

La Guerra de Italia

M. Leal y Madrigal, Gregorio Amado Larrosa

LA
GUERRA
DE
ITALIA.

LA

GUERRA DE IT

(1859)

ESCRITA POR

M. LEAL Y MADRIGA

PRECEDIDA DE UNA

OJEADA HISTÓRICA DE IT

DESDE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO HASTA N

POR

D. GREGORIO AMADO LARR

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO I

Escudillers, 40, piso principal.

1859.

PARTE PRIMERA.

OJEADA HISTÓRICA DE ITALIA

desde la caida del imperio romano hasta nuestros dias.

Todas las miradas se dirigen en el dia con ansiosa inquietud hácia esa península que, reina en otro tiempo del mundo, yace abatida y viviendo tan solo con los gloriosos recuerdos de su pasado. ¿Por qué vibra tan hondamente en todos los corazones generosos el nombre de Italia? ¿por qué despierta el destino de esa malhadada nacion las simpatías de todos los hombres ilustrados? Italia es la cuna de la civilizacion, y de su desgarrado seno salieron en siglos de regeneracion laboriosa las naciones de Europa, dando muerte al nacer á su madre comun, que vertió en ellas su vida y su vigor para salvar al mundo de la barbarie. La indiferencia de las naciones civilizadas y cristianas para con Italia fuera por lo tanto una ingratitud tan culpable como la de un hijo que despreciára al que le dió el ser, y por eso un secreto é irrisistible instinto nos mueve á participar de sus esperanzas, á desearla un feliz porvenir, y á alentarla con su pasado esplendor, para que se levante de su sepulcro y vuelva á ocupar en la familia de los estados de Europa el puesto que le pertenece, reclamando el derecho de primogenitura.

Los males que hoy aquejan á la Italia van perpetuándose hace quince siglos, desde que cayó el poder romano bajo el impetuoso oleaje de pueblos bárbaros, empujados por la mano de Dios desde los bosques de Germania para la regeneracion de la sociedad antigua, enervada por el sensualismo. En tanto que las demás naciones se salvan del naufragio de la civilizacion, mezclando las antiguas razas degeneradas con las tribus bárbaras que rebosaban de vida y de vigor, y ostentando la cruz como enseña y emblema de la nueva era, Italia agota sus fuerzas, luchando en vano para constituir una nacionalidad que huye ante sus esperanzas cuando mas próxima ve su realizacion, y ora son los lombardos, ora los fráncos, ora los germanos, ora los españoles los que imperan en sus fértiles y co-

diciadas comarcas, dividiéndolas para dominarlas con tiranía, y apoyando su dominacion en derechos cuyo origen se debe á la errada política de algunos soberanos pontífices. Es verdad que Leon I contiene á los hunos y Leon IV arroja á los mahometanos; pero Leon III llama á los francos para darles en nombre de Dios el Imperio de Italia, y Gregorio V y Silvestre II se lo entregan á los germanos, creando los encarnizados bandos de güelfos y gibelinos, que se truecan por fin en dos partidos extranjeros, y someten la Italia á la influencia francesa desde el *cautiverio de Babilonia*. ¿Y cuáles son los frutos de tan prolongada lucha? Los efímeros ensayos de una monarquía imperial, en que prepondera tan solo el elemento extranjero; la creacion de limitadas repúblicas, cuyas glorias son mas que guerreras mercantiles, como sucede en Venecia y en Florencia; la formacion de un reino, en cuyo trono se sientan alemanes, franceses y aragoneses pero nunca italianos, como Nápoles; pero Italia se separa cada vez mas de la unidad, presa de continuas é infructuosas revoluciones, pasando de la anarquía al despotismo, devorada por aventureros y dictadores, saludando como libertadores á sus tiranos, viendo espirar con Rienzi la emancipacion de toda la Italia, y con Savonárola su fe y su libertad, y convirtiéndose en palenque para Francia y España, que se disputan la preponderancia en el mundo, en tanto que Lutero arrebata á la Iglesia la Alemania, y un pérfido Borbon supera en el asalto de Roma al bárbaro Alarico.

Esa lucha gigantesca que acaba de llenar de asombro á la vieja Europa, que creia haber cerrado para siempre el templo de Jano con el soplo benéfico y civilizador de las artes y la industria, esa gloriosa y breve campaña que lega á la historia los nombres de Magenta y Solferino, no son mas que el eco de luchas y campañas sangrientas, nacidas todas del odio de rivales poderosos ó protectores interesados, y del deseo de unidad nacional y de independencia á que aspiran hace tantos siglos sin fruto los descendientes de los dominadores del mundo.

¿Conseguirá por fin la Italia esa nacionalidad tan anhelada? ¿Ha terminado por fin la desastrosa era de opresion y de frustrados ensayos? ¿Ha llegado la hora que le marcó el destino para entrar á formar parte en la familia europea?

Abrámos la historia, y juzguemos de su porvenir por su pasado.

I.

Cinco siglos contaba el imperio romano cuando los bárbaros bajaron de los Alpes, despues de invadir todas las provincias conquistadas por las legiones de la república y de los Césares: las Galias fueron las primeras que sucumbieron en 448 bajo la espada de los francos mandados por Meroveo, que fundó la monarquía francesa; los borgoñones ocuparon la Saboya y una parte de la Galia céltica, á la cual dieron el nombre de Borgoña; los godos se apoderaron del mediodía de la Galia, fundando el reino de Arles, y tras ellos se lanzaron sobre las provincias romanas los vándalos, los alanos y los hunos, y Atila, deseoso de vengar su derrota de los campos cataláunicos, retrocedió tan solo á la voz de Leon I, que le amenazó con el castigo del cielo que habia alcanzado á Alarico por haber llevado la destruccion hasta la ciudad Eterna.

La política imperial se dirigió entonces á atraer á los bárbaros reconociéndolos como aliados; pero los pueblos establecidos en Africa, en España y en las Galias, se habian declarado soberanos de los paises conquistados, habian fundado reinos independientes, introduciendo nuevas leyes y un régimen enteramente opuesto al romano, convirtiéndose al cristianismo y mezclando con las tradiciones del mundo antiguo usos, idiomas y hasta sentimientos bárbaros que revela-

ban la energía de una sociedad jóven y vigorosa; codiciaron la Italia con la confianza de que su posesion les daria el imperio del mundo, y trataron de destruir el fantasma que llamaban aun imperio de Occidente desde que los sucesores de los Césares habian trasladado su corte á Constantinopla.

Odoacro, rey de los hérulos, realizó por fin este sueño de los jefes bárbaros: despreció la púrpura imperial, y rehusó el título de rey de Italia; pero reinó en toda la península, se apoderó de todos los esclavos, distribuyó á sus soldados la tercera parte del territorio, y llegó á hacerse amar y respetar de los pueblos que, durante los diez y siete años de su reinado, creyeron que la Italia habia llegado por fin á la era de la paz y de unidad que habian destruido las calamidades de la época de la agonía del imperio.

¡Vana esperanza! Teodorico, rey de los godos orientales, cuya dominacion se extendia desde la Panonia hasta los muros de Constantinopla, impulsado por el emperador de Oriente, que deseaba alejar á un enemigo tan peligroso, y jurando vengar al rey de los rugianos, derrotado por Odoacro, penetró en Italia, venció á los hérulos á orillas del Isonzo y del Adda, y asesinó á su rival en un banquete á que le habia invitado, bajo el pretexto de celebrar un tratado de paz entre ambos pueblos.

Italia pasó entonces al poder de los godos, pero Teodorico desplegó una moderacion y grandeza muy notables en aquella época, y deseando reunir á las dos naciones sometidas á su imperio, dió á los romanos los cargos civiles y á los godos los militares, y mereció el sobrenombre de *Grande*. Se rodeó de los hombres mas distinguidos de Roma, publicó el *Edictum Theodoricum* que creó la unidad de jurisprudencia entre el pueblo conquistador y los conquistados; y sin embargo, Teodorico era arriano, y el espíritu religioso fué una constante rémora durante los treinta y tres años de su reinado para consolidar su conquista. A pesar de sus victorias con Clodoveo, rey de los francos, murió (526), legando en su memoria el baldon de la muerte de Odoacro, y mas adelante de la del pontífice Juan I, de su ministro Symmaco y del filósofo Boecio.

El emperador Justiniano envió contra los godos á Belisario, vencedor de los persas, que, tras una guerra de tres años en que tomaron parte los francos y los borgoñones, sojuzgó toda la Italia, hizo prisionero á Vitiges, sucesor de Teodorico, y entronizó el imperio de los griegos. Los godos, segun dice Piedro Giarmone en su *Historia civil del reino de Nápoles*, nacion ilustre y guerrera, jamás dejaron de conservar la justicia, la moderacion y las demás virtudes que les adornaban: se les ha acusado sin razon de bárbaros é inhumanos por cuanto dejaron vivir á sus enemigos vencidos bajo sus propias leyes, y las desgracias que sufrió en aquella época la Italia se deben, mas que á los godos, á los emperadores de Oriente.

La corrupcion y la tiranía de los griegos fueron causa del desastre que sometió nuevamente la Italia á los bárbaros. Narsés, deseando vengarse del emperador Justiniano, que le habia exonerado del gobierno de Italia, se hizo amigo de Albonio, rey de los lombardos, que habia fundado un reino en Panonia, y le indujo á que invadiese el país donde, segun le decia, «manaban en abundancia la miel y la leche; el país donde Dios habia derramado á manos llenas todos sus dones.» Alboino se dirigió á Italia al frente de sus lombardos (568) y de una inmensa multitud de sajones, godos y suevos; pero no pudo conquistar toda la península, pues se libraron de su yugo los pueblos independientes que se habian fortificado en las lagunas de Venecia desde la invasion de Atila, formando una república poderosa, y Roma con su territorio, que permaneció fiel á los emperadores de Oriente, lo mismo que las ciudades marítimas de la Italia meridional,

y finalmente, se fundó entonces el ducado de Benevento, de modo que el reino de Lombardía solo abarcaba la Umbría y la alta Italia.

Muerto Alboino, los lombardos, en vez de nombrar un nuevo rey, dividieron los paises conquistados en treinta ducados formando una república federativa, bastante fuerte para defenderse de los griegos, pero sobrado débil para llevar á cabo la conquista del resto de Italia. Los estragos causados por la tiranía de los bárbaros, convirtió en ruinas las ciudades, en eriales las ricas campiñas, y en desiertos las comarcas mas pobladas; los habitantes huyeron á los bosques ó á las islas vecinas para librarse de la esclavitud mas espantosa, y destruidas las instituciones municipales romanas, se inauguró la era del feudalismo, se formaron nacionalidades, se preparó la creacion de repúblicas, nacieron los principados independientes, y la Italia perdió para muchos siglos la esperanza de su unidad en medio de rivalidades y guerras de pueblo á pueblo y de ciudad á ciudad, que profundizó cada vez mas las divisiones que se advierten aun en nuestros dias.

La corona era electiva entre los lombardos, y la asamblea nacional, que se llamaba *Placita seu malli regnum*, era una reunion de los prelados, duques, condes, enviados reales, jueces, regidores, jurisconsultos y de todos los hombres libres, que se verificaba en Pavía, á veces en Milan, y posteriormente en la llanura de Rocaglia cerca de Plasencia, y en la cual se confirmaba la autoridad real por medio de aclamaciones, siendo al mismo tiempo el consejo supremo de justicia del reino.

Las leyes de los lombardos, como las de las demás naciones germánicas, sometian casi todas las causas al juicio de Dios, y el combate judicial era el procedimiento mas usado; los nobles permanecian en la mas completa ignorancia, dedicando sus ocios á la caza y al ejercicio de las armas, y su educacion se limitaba á saber domar un caballo y manejar con destreza la espada y la lanza; la lengua vulgar tomó un carácter diferente del latin, y las artes fueron tan despreciadas como las ciencias. Diez y seis reyes lombardos ciñeron en Monza la *corona de hierro* desde que los treinta duques eligieron á Rotaris para hacer frente á la anarquía y á las invasiones de los francos y de los griegos (1), y la historia de estos reyes, durante ochenta años, es una série de incesantes turbulencias que terminaron con la cuestion religiosa, que cambió completamente el destino de Italia.

El emperador Leon Isauro reinaba en Oriente, Liutprando ceñia la corona de hierro, y Gregorio II ocupaba la silla pontificia: los papas no poseian aun el titulo de soberanos temporales; pero ejercian una grande influencia y su autoridad espiritual era respetada por los pueblos. Leon habia abrazado la heregía de los *iconoclastas*, y su edicto imperial, prohibiendo el culto de las imágenes, excitó la indignacion de los romanos, que veian con horror la destruccion de objetos que tanto veneraban. Gregorio II rompió el edicto, excomulgó al emperador, exhortó á los pueblos á defender la fe católica, y toda la Italia se alzó contra los emisarios de Leon. Gregorio III continuó la obra de su antecesor: declaró á Roma independiente, fortificó á Civitavecchia, é hizo alianza con los duques de Benevento y de Espoleto contra Liutprando, que cercó la ciudad Eterna, pidiendo la cabeza del duque de Espoleto que se habia refugiado en ella despues de ser derrotado por el rey lombardo. Zacarías y Estéban completaron la empresa de emancipacion de la Santa Sede: el segundo declaró justa y necesaria la usurpacion de Pepino, primer rey de la estirpe carlovingia, y le excitó á que se apoderase de Italia para defender la Iglesia y la ciudad de que le confirió el título de Patricio.

(1) Reyes lombardos desde Rotaris hasta la destruccion de la monarquía lombarda: 646, Rodoaldo; 657, Aliberto I; 661, Pertarites y Godoberto; 662, Grimoaldo; 671, Pertarites segunda vez; 678, Caniberto; 700, Lucutberto; 701, Ragunberto; 712, Alejandro y Liutprando; 736, Alejandro; 744, Rahis; 749, Astolfo; 757, Desiderio con su hijo Adalgiso.

Entraron los francos en Italia; Pepino legó á Carlomagno su reino, y el papa Leon III, despues de implorar en vano el auxilio del imperio griego, imitó á sus antecesores, y creó el imperio de Occidente. Carlomagno se ciñó la corona de hierro, y el dia de Navidad del año 799 recibió en la basílica vaticana la corona imperial, tan ardientemente deseada por el conquistador de los sajones, en presencia de sus dos hijos Carlos y Pepino, del clero y de la nobleza. Pero el nuevo emperador, en vez de constituir la unidad de Italia, convirtió al papa en príncipe temporal, respetó la república de Venecia, que era el único país libre y próspero de la península, y no llevó á cabo la conquista del ducado de Benevento, de Sicilia ni de las demás posesiones del imperio de Oriente. El poder temporal del papa dió orígen á interminables contiendas entre la Iglesia y el imperio, especialmente con motivo de las investiduras, y no faltân escritores juiciosos é imparciales que aseguran que Carlomagno causó mas perjuicio á los derechos de los príncipes que Constantino el Grande.

Los italianos consideraron la conquista de los francos como una nueva invasion de bárbaros, y vieron con indiferencia renacer en la persona de Carlomagno la dignidad imperial que se habia extinguido trescientos veinte y cuatro años antes en la de Rómulo Augústulo. ¿Qué le importaba á la desdichada Italia la creacion del nuevo imperio si continuaba esclava del extranjero, si el único poder que podria haberla arrancado de su abatimiento, se obstinaba en dar una corona de emperador, reservándose la Sede del imperio, y preferia ser feudo de una princesa oscura á reconocer á los herederos del monarca que habia ensalzado? ¿Qué podia esperar la Italia de un hombre que era germano por su cuna, su lengua y sus costumbres, y que creia restablecer la civilizacion romana valiéndose de los bárbaros como instrumentos?

El imperio franco cayó, despues de entregar la Italia á la ambicion de príncipes rivales que no supieron defenderla de los enemigos exteriores, ni de la anarquía que asolaba sus provincias. La deposicion de Carlos el Gordo y las revoluciones del trono durante los sesenta y tres años que trascurrieron desde la expedicion de los Carlovingios hasta la coronacion de Othon I, despertaron sin embargo el carácter nacional, y la Italia se vió gobernada por monarcas de su país, y animada por los elementos de libertad republicana que se desenvolvieron mas adelante. Confuso y animado es el cuadro que presenta en aquel intervalo de trasformacion anárquica y germinadora: se ven en primer lugar dos figuras que dominan á la revuelta turba de señores que se reparten este desventurado país, y son Berenguer, duque de Friul, y Guido, duque de Espoleto. El primero descendia de los duques lombardos por su padre y de Carlomagno por su madre Gisela, hija de Luis el Piadoso, dominaba todo el país que se extendia desde los Alpes hasta el Adiger, y se hacia coronar rey de Italia por el arzobispo de Milan, reconociendo por soberano á Arnolfo, rey de Alemania; el segundo, francés de orígen y aliado de la familia Carlovingia, que habia reunido á sus Estados las marcas de Formo y de Camerino y la mayor parte del ducado de Benevento, venció á su rival en Trebbia (889), se hizo coronar rey de Italia en Pavía y dos años despues emperador en Roma, y atrajo á la península las tropas de Arnolfo que se hizo coronar tambien rey de Italia.

Sangrientos y vergonzosos desastres manchan en tanto la ciudad Eterna. Son elegidos papas Sergio y Fornoso; Estéban anula los actos de su antecesor, y los partidarios del antipapa Sergio desentierran el cadáver de Fornoso y lo arrojan en el Tíber; Estéban muere ahogado en una cárcel, y Romano y Teodoro, sus sucesores, anulan cuanto habia establecido, llegando el desórden y la confusion hasta el extremo de que dos mujeres, Teodora y su hija Marozia, disponen con

omnímodo poder de la dignidad mas venerada de los pueblos cristianos. Y toda la Italia gime bajo la invasion de los sarracenos que devastan el Mediodía, y de los húngaros que penetran sembrando la destruccion y el espanto hasta la Lombardía.

Juan XII desea salvar á la Italia de una completa ruina; pero impotente para vencer ó reconciliar á los príncipes que se disputaban la corona, llama á los alemanes que bajan de los Alpes en pos de Othon el Grande, codicioso de la corona imperial y de la dominacion de las fértiles provincias que atraen hace tantos siglos á los bárbaros. El aleman vence á los príncipes que se disputan la corona de Italia (1); Gregorio V y Silvestre II reconstituyen en favor de los Othones el santo imperio germánico, y la Italia, cansada de tantos desastres y de luchas tan sangrientas, saluda al nuevo César que tiende sobre su cuello la cadena; pero los dominadores vuelven á su país sin erigir en feudos las ciudades y respetando sus privilegios, y las ciudades se erigen en municipios y no tratan de sacudir el yugo aleman hasta que, habiendo muerto sin sucesion el último de los Othones, se creen libres de todo lazo con el imperio (1002).

Muerto Othon III, se reunió en Pavia una dieta de señores que eligieron rey de Italia á Ardonio, marqués de Ivrea; pero los alemanes consideraron esta eleccion como un acto de rebeldía, y no tardó en invadir la Italia Enrique II al frente de un poderoso ejército. Dióse entonces el grito de independencia, el extranjero fué derrotado, y tras reñida lucha en que la peninsula ve brillar por fin la aurora de su libertad y se halla próxima á formar un reino y nacionalidad, Ardonio se retira á un convento dejando á su rival una fácil victoria y abandonando á su patria entregada á sus propias fuerzas, presa de las facciones, víctima de sus tiranos, y devastada por los sarracenos que se habian apoderado ya de Sicilia, Córcega y Cerdeña.

Coronáronse reyes de Italia los emperadores Conrado, Enrique III, Enrique IV, príncipes de la casa de Franconia, llamada tambien de los Weibelinos ó Gibelinos, á causa del castillo de Weibelingen que habia sido su cuna. Enrique IV se casó con Berta, hija de Eudo de Saboya, cuya familia estaba destinada á reinar en una parte considerable de Italia, y con él principió aquella gran contienda entre Roma y el imperio que debia agitar durante tanto tiempo al mundo, y que Alejandro II legó al morir en 1073 á su sucesor Gregorio VII.

¿Cuál era el estado de Italia antes de trabarse la lucha entre Hildebrando y el emperador, lucha en la cual iba á ventilarse la gran cuestion de la soberanía universal de los vicarios de Dios y la soberanía independiente de los príncipes de la tierra?

La Lombardía pertenecia á los emperadores de Alemania como reyes de Italia; el Papa era soberano de Roma y de todo el patrimonio de la Iglesia; el antiguo ducado de Benevento y la Sicilia pertenecian á los normandos que la habian conquistado á los sarracenos; Venecia habia extendido su dominacion; Pisa y Génova eran ciudades ricas é independientes; la condesa Matilde poseia la Toscana, Parma, Reggio, Mantua y una parte de las modernas legaciones, y Adelaida, marquesa de Suza, dominaba los Alpes y los paises bañados por el Isera y el Doira y daba origen á la casa de Saboya.

Gregorio VI pidió á Enrique IV la emancipacion de la Santa Sede y la inde-

(1) Soberanos que se disputaron el trono de Italia desde Carlos el Gordo hasta Othon el Grande: Berenguer, elegido rey en 888, emperador en 913 y muerto en 924; Guido, 889 á 894; Lamberto, hijo de Guido, 892 á 898: Arnolfo, rey de Germania, 896 á 899; Luis III, rey de Provenza, 900 á 915; Rodolfo, rey de Borgoña, 921 á 937; Hugo, duque de Provenza, 926 á 947; Lotario, hijo de Hugo, 931 á 950; Berenguer II, marqués de Ivrea, 950 á 966; Adalberto, su hijo, 950 á 951.

pendencia de Italia, y no tardó en manifestar que no se contentaba con esto tan solo, sino que aspiraba á la dominacion política y religiosa de toda la cristiandad. Dió entonces la famosa decretal (1076) por la cual prohibia bajo pena de excomunion á los obispos, abades y eclesiásticos beneficiados que pidieran la aprobacion temporal, y prohibia igualmente á sus sucesores que impetrasen para su eleccion la aprobación de los emperadores. Enrique IV convocó en Worms una dieta compuesta de feudatarios y prelados, enojados contra las sábias reformas que el Papa habia introducido en la disciplina de la Iglesia, declaró nula su eleccion, y mandó lanzar contra él un decreto excomulgándole; pero Gregorio VII no se contentó con excomulgar al emperador, sino que hasta desató á sus súbditos del juramento de fidelidad. El mundo presenció entonces una escena que basta para describir el carácter de aquel siglo de ciega fe religiosa y de preponderancia de los pontífices. Aterrados los alemanes con los rayos de la Iglesia, abandonaron al emperador, y sentaron en el trono á Rodolfo de Suavia. Enrique se vió reducido á partir á Italia é implorar el perdon de Gregorio VII, á quien habia ofendido; el sucesor de Carlomagno permaneció cuatro dias y cuatro noches con los piés descalzos, la cabeza descubierta, espirando de sed y de hambre como el mas miserable mendigo, sufriendo el riguroso frio del invierno, cubierto de nieve, y esperando á las puertas del castillo de Canosa la absolucion del Pontífice.

Gregorio VII habia creido llegado por fin el momento de realizar su ilusion y de convertir al jefe de la Iglesia en soberano de una teocracia feudal de todas las naciones cristianas; pero su grandioso plan solo podia llevarse á cabo mientras su genio osado animase el poder pontificio, mientras la fe fuera el único móvil de los pueblos, y mientras los rayos del Vaticano pudiesen ahogar la ambicion de los turbulentos príncipes que convertian la cristiandad en un gran campo de batalla. La noble ambicion de los pontífices dió, sin embargo, preciosos frutos en aquella época de transicion para la humanidad, aunque se frustró entre las incesantes guerras que siguieron á su primer victoria contra el imperio, pues fué un freno para los usurpadores, una esperanza para los pueblos oprimidos, y la espada de la justicia divina en la tierra para humillar á los poderosos, que se creian por sus armas ó su corona libres de castigo en sus crímenes de usurpacion y tiranía.

Los papas que sucedieron á Gregorio VII trataron en vano de consolidar el poder universal que aquel habia creado, y renunciando á la dominacion, se contentaron con la independencia en el concordato de Worms, donde el emperador obtuvo la investidura secular en cambio de su renuncia á la investidura eclesiástica (1122). La condesa Matilde legó entonces al morir todos sus bienes á la Santa Sede, y los pontífices desistieron de sus luchas con el imperio para convertirse en soberanos independientes.

El espíritu republicano se propaga en tanto por Italia, y los que aspiraban á la formacion de la unidad nacional, al ver á la Santa Sede impotente para salvar á su patria del yugo aleman, vuelven los ojos hácia Pisa, Génova y Venecia, poderosas repúblicas, cuyas naves recorrian victoriosas el Mediterráneo, y que prestaban una parte activa en las expediciones de los cristianos á la Tierra Santa, pues si las cruzadas fueron para las demas naciones un episodio de su historia, para las repúblicas marítimas de Italia fué el primero y el mas importante negocio, y el origen de su gloria y engrandecimiento.

Pero la libertad republicana ¿podia dar la unidad á la Italia? Las tres confederaciones formadas por los venecianos de las ciudades libres de la Iliria, por los pisanos de las *Maremmas* ó marítimas, y por los genoveses de las costas de Poniente y de Levante, ¿eran bastante poderosas para poner término á la esclavitud de la Italia? La larga anarquía y los desórdenes que habia ocasionado la guerra

entre Inocencio II y el antipapa Anacleto, incitan al pueblo de Roma á alzarse contra su soberano; el monje Arnaldo de Brescia despierta las pasiones populares; se proclama la república; se nombra un Patricio para presidir el Senado; muere el papa Celestino II en una sedicion, y Arnaldo es condenado como hereje y rebelde y espira con él la república de Roma. Los estados particulares formaron entonces una confederacion, el emperador Federico de Hohenstauffen convocó en Roncaglia una dieta del reino de Italia, á la cual asistieron la mayor parte de los obispos, un gran número de señores, los cónsules y los jueces de todas las ciudades. En aquella asamblea instituyó Federico un *podestá* en cada diócesis para la administracion de la justicia, y esta institucion fué mas adelante fatal para la libertad de los pueblos.

Las ciudades lombardas se niegan á admitir á estos representantes del imperio; Milan dá el grito de guerra, y Federico, con un formidable ejército aleman y apoyado por las ciudades gibelinas, corre á combatir la liga de las ciudades güelfas, y convierte en escombros á Cremona y á Milan; pero se ve obligado á cruzar los Alpes en tanto que los cónsules de Brescia, Bérgamo, Cremona, Lodi, Parma, Módena, Bolonia, Mantua, Ferrara, Verona, Padua y de otras ciudades libres se reunen en asamblea general, nombran sus jefes militares y políticos, y prestan el juramento de que no harán paz ni tregua con el emperador é impedirán á toda costa que el ejército imperial cruce los Alpes.

Seis años gozó la Italia de independencia; pero la paz fué una desgracia para la liga, pues no tardó en alzar la cerviz la discordia que tan fatal ha sido siempre para Italia. Federico penetró en Italia por los Estados de Saboya, cuyos condes le dejaron libre el paso del monte Cenis; pero á pesar de su formidable ejército, fué vencido en Legnano (1176) por un puñado de italianos, que hicieron prodigios de valor al santo grito de patria y libertad.

Firmóse la paz en Constanza entre el emperador y las ciudades libres; pero la liga faltó á su juramento de no hacer paz ni tregua con el enemigo, y en cambio de la libertad y los privilegios de algunas ciudades, se sacrificó la independencia italiana, y las puertas de la peninsula quedaron abiertas á los alemanes. ¡Este fué el resultado de aquella lucha gloriosa que hubiera podido asegurar para siempre la emancipacion de Italia!

La historia de Italia se complica de tal modo desde la paz de Constancia, y la importancia de las ciudades libres, de la república de Venecia y del reino fundado en Sicilia por los normandos es tanta, que cada una de ellas exigiria una historia particular. Diremos únicamente que, en vez de llevar á cima su mision emancipadora, emplearon su energía en hacerse la guerra constantemente, y que hasta en su mismo seno estallaron sangrientas discordias. Solo Venecia gozó de paz merced á su régimen aristocrático, y no se vieron allí bandos y jefes de partido que esclavizaran su patria en vez de acrecentar su prosperidad. En todas las ciudades de Italia se ven hombres poderosos que se apoderan de la soberanía y de las riquezas del país y las legan á su familia; en Milan se ve un Visconti, en Luca un Castruccio Castracani, en Padua un Carrara, en Verona un Cane de la Scala, en Florencia un Médicis, y todos usurpan el poder supremo é imponen el yugo á sus conciudados.

Continuaba en tanto la lucha del sacerdocio con el imperio. Muerto Teodorico, su hijo Enrique VI, que se habia casado con Constanza, hija de Roger y tia y heredera de Guillermo II, descendiente de la dinastía normanda que reinaba en las Dos Sicilias, despues de coronarse en Roma, marchó contra Tancredo que ocupaba el trono siciliano, á pesar de pertenecer á los herederos de Constanza, llenó de sangre y ruinas á la infortunada Sicilia, y solo la muerte (1197) puso fin á su desapiadada tiranía.

La menor edad de Federico II, su sucesor, dió lugar á guerras civiles de las que se aprovecharon su tio Felipe, jefe del partido gibelino, y Othon de Sajonia, jefe del partido güelfo, para disputarse en Alemania la corona imperial. Venecia en tanto conducia á los cruzados á Oriente, se apoderaba con sus armas de Zara, y su dux Dandolo auxiliaba al conde de Flandes Balduino para tomar á Constantinopla, donde se creó un imperio latino. La república de Venecia se hizo dueña de la isla de Candia y de ricas colonias, y la preponderancia marítima de Italia llegó á su apogeo, especialmente de Venecia, Génova y Pisa, cuyas naves dominaron el Mediterráneo como si fuera un lago italiano (1204).

Federico II luchó con los pontífices y fué excomulgado, y cuando murió Conrado, á quien habia legado el reino de Sicilia, y Coradino reclamó su herencia, Clemente IV, francés y enemigo encarnizado de la casa de Suavia, ofreció la corona (1263) á Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, que venció á Coradino, le condenó á muerte en Nápoles, y estableció su dinastía, vertiendo torrentes de sangre, y reanimando con su tiranía las esperanzas de los gibelinos.

Desde el advenimiento de Gregorio VII hasta la muerte del último vástago de la familia de Hohenstauffen, empieza á asomar la aurora del renacimiento; Módena, Mantua y Pisa fundan universidades; Italia envia jurisconsultos á todas las naciones; la lengua vulgar se hace superior al aleman y al latin, y en el siglo XIII la adoptan y embellecen poetas é historiadores. El *Trivium* y el *Quadrivium*, que formaban el círculo completo de los conocimientos humanos desde Carlomagno, y comprendian las siete artes denominadas gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía, dejan de existir para dar cabida en la instruccion de los sábios á la historia, la medicina, la poesía, la teología y la jurisprudencia, ciencias que, especialmente las dos últimas, elevaban á las mas altas dignidades y profesaban san Buenaventura y el autor de la escolástica, el célebre santo Tomás de Aquino. Las bellas artes participaron del progreso de las letras y las ciencias, y se alzaron magníficos edificios como la iglesia de San Marcos en Venecia, la cúpula de Pisa, y los palacios de Milan y de Florencia, en tanto que Giotto daba extenso vuelo á la pintura, y Dante escribia la *Divina comedia*.

El nuevo rey de las Dos Sicilias, cuya ambicion le hacia soñar con el imperio de toda la Italia, se erigió en jefe del partido güelfo, y su triunfo hubiera ocasionado la unidad nacional, dominando desde los Alpes hasta Sicilia, si su gobierno hubiese sido menos tiránico, y si por otra parte no hubiese excitado el recelo de la Santa Sede, que le opuso un rival poderoso, nombrando rey de Italia á Rodolfo de Hapsburgo, fundador de la casa de Austria (1275). Su orgullo y tiranía arrastraron á sus pueblos á la sublevacion, y las *Vísperas Sicilanas* recuerdan la caida de Carlos de Anjou y los triunfos de Pedro de Aragon, cuyas sienes ciñeron la corona de Sicilia, que supo conservar con las victorias de sus escuadras, mandadas por Roger de Lauria.

Entonces principia la prolongada lucha entre la casa de Anjou y la de Aragon; el reino de Nápoles y Sicilia se convierte en foco de la ambicion de los dos partidos antiguos; se inaugura la decadencia del imperio y del pontificado; los *condottieri*, compañías de aventureros, ofrecen sus armas á todos los príncipes ambiciosos que desean destruir la libertad de sus vecinos; Felipe el hermoso, rey de Francia, sienta en la silla pontificia á su mas terrible adversario, que se trueca en humilde esclavo al tomar de sus manos la tiara, y el nuevo papa Clemente V fija su residencia en Francia, dando principio al *Cautiverio de Babilonia* (1305).

Abandonada la Italia por el emperador y el Papa, lucha con la guerra civil que convierte en un inmenso campo de batalla las ciudades y las repúblicas, que

corren todas las aventuras de una libertad mal constituida, y mientras la tiranía se esfuerza en vano en doblegar á la Lombardía, trasmitiéndose de los Visconti á los Sforza, la reina de Nápoles, Juana de Anjou, sucumbe despues de haber tenido cuatro maridos, y Rienzy se atrae todas las miradas de Italia, los loores de Petrarca y el entusiasmo de los hombres libres, cuando, al grito de independencia, trata de alzar á toda la península desde Roma (1347), y solo encuentra la muerte al pié del Capitolio, desde donde habia dispertado momentáneamente su voz á los pueblos italianos.

Sicilia seguia separada de Nápoles desde 1287, formando un reino independiente que antes habian poseido la familia de Suavia y la de Anjou, y en tanto dominanba en Nápoles Ladislao de Hungría, que luchaba victoriosamente contra las pretensiones de Luis de Anjou, y su hermana Juana II, viuda de Leopoldo, archiduque de Austria, la cual adoptó á Alfonso V, rey de Aragon y de Sicilia, cuyos sucesores heredaron mas adelante (1458) ambos tronos.

En Lombardía, así como toda la parte de Italia que se extiende al Norte de los Apeninos, las ciudades continuaban su existencia de incesantes revoluciones, y eran gobernadas por *señores* que se eregian en tiranos, sin derecho hereditario reconocido, y sin tener apenas tiempo para consolidar sus efímeros gobiernos. Las usurpaciones se sucedian casi sin intervalo, y aunque en las revoluciones se invocaban los nombres de libertad y república, los jefes de las ciudades seguian una política pérfida, y en medio de sangrientas discordias y rivalidades, la traicion era reputada como destreza, y la tiranía como una necesidad.

Entre las nobles familias que habian usurpado el señorío de las ciudades, se distinguian algunas que lograron conservar su autoridad á su descendencia, como la casa de Este que reinaba en Ferrara, Módena y Reggio; la de Saboya que poseia una gran parte del Piamonte, y entre cuyos descendientes pasó á la posteridad con el nombre del Grande Amadeo V, á quien el emperador Enrique VII dió el condado de Asti con el título de vicario del imperio en Italia, y finalmente la de Monferrato, cuyos dominios, además de sus feudos, abrazaban las ciudades de Pavía, Novara, Alejandría y otras no menos populosas.

Las repúblicas de Florencia, de Pisa y de Génova, se presentan como el teatro de las discordias de güelfos y gibelinos, y su historia es durante dos siglos una série de guerras de bandos, usurpaciones, crímenes y heroicidades, en la cual aparecen traidores al pueblo, como Alejandro de Médicis y el conde Ugolino; esforzados capitanes, como Corso Donati y Vieri du Cerchi, y hombres distinguidos por su ciencia como Dante, Guido Cavalcanti y Dino Compagni.

Venecia se veia al mismo tiempo agitada por continuas conspiraciones, pero creaba el consejo de los Diez, encargado de perseguir y castigar los crímenes contra el Estado, y establecia el despotismo y la supremacía de la aristocracia. Y en medio de este oleaje de revoluciones que, ora se extiende de los Alpes á la Lombardía, ora de los Apeninos á Roma, ora del Adriático al Mediterráneo, aparecen á intervalos, como faros en una tempestad, los libertadores que se esfuerzan por salvar la independencia de Italia, y naufragan dando el grito de guerra á los bárbaros; pero la unidad nacional no tiene ya por apoyo á los pontífices, ni á los emperadores; los grandes hombres de aquella época, así como Petrarca y todos los poetas nacionales de Italia, se lamentan de que la discordia y el espíritu inconstante de los príncipes sean obstáculos para que nada se funde. Al ver desvanecidas sus esperanzas, y conociendo con dolor que la nacion no puede llegar á la unidad con sus propios esfuerzos, invocan la intervencion del extranjero. En efecto, se habian extinguido ya la fe republicana, el poder feudal y la preponderancia pontificia que solamente condujeron al renacimiento, límite entre la edad media y de la nueva era de progreso intelectual, pero de retraso social y político.

El siglo XIV ofrece además de la malograda tentativa de Rienzy algunos otros hechos culminantes en la historia de Italia, como la conspiracion de Marino Faliero en Venecia (1355), cuyo verdadero objeto se ignora aun en el dia; la aparicion en Italia de Carlos IV, emperador de Alemania, que publicó la famosa *bula de oro,* por la cual se estableció un nuevo modo para la eleccion de los emperadores romanos; el término del cautiverio de Babilonia y la traslacion de la sede pontificia á Roma, lo cual fué un obstáculo para la unidad política de la Península, y finalmente el engrandecimiento de los Visconti, que, despues de conquistar la ciudad de Padua y Treviso á los venecianos, compraron al emperador Wenceslao el título de duques de Milan y veinte y seis ciudades lombardas situadas desde las orillas del Tessino hasta las lagunas.

La cristiandad se hallaba al principiar el siglo XV sumida en un cisma que no terminó hasta el concilio de Constanza (1417): cuatro pontífices con los nombres de Gregorio XII, Benedicto XIII, Juan XXIII y Martin V aspiraban á la dignidad de vicarios de la Iglesia. La república de Florencia, que se habia engrandecido con la adquisicion de Pisa, Pistoya, Arezzo y Volterra, es dominada por el partido aristocrático, pero se entrega al partido liberal y mas adelante á la familia de los Médicis que tan fatal fué para ella, cuando llegó el poder á las manos de Cosme de Médicis, el rico banquero. Sus descendientes Pedro y Lorenzo desplegaron una opulencia mas propia de un rey que del jefe de una república, y despues de triunfar de repetidas conspiraciones contra su autoridad tiránica, Lorenzo de Médicis tomó el título de príncipe, hizo alianza con Fernando de Aragon y Luis el Moro contra los venecianos y el Papa, y murió en 1492, despues de haber sido respetado y temido de los mas poderosos monarcas. El mismo año Cristóbal Colon descubria un nuevo mundo, y perpetuaba el genio marítimo de sus compatricios Flavio Gioja de Amalfi, inventor de la brújula, y de Marco Polo, el célebre viajero que habia roto el velo que cubria las regiones del Asia.

Los Visconti, que poseian el feudo de Milan con condicion de ser trasmitido en la línea varonil, perdieron su nombre y su poder con Felipe María que murió sin sucesion (1448), y un aventurero, Sforza Atendolo, que de aldeano habia llegado á gran condestable del reino de Nápoles, y á quien los milaneses encargaron la custodia de la república que habian restablecido al morir el último Visconti, mató la libertad, usurpando la dignidad suprema, y se ciñó la corona de duque que compró al emperador Federico III.

La toma de Constantinopla por los turcos legó á la Italia los restos de la civilizacion del mundo antiguo, enviando al único país de Europa que pudiera en aquella época dar proteccion á los sábios, los numerosos representantes de la literatura griega. Cosme de Médicis, admirador de la filosofía platónica, atrajo á Florencia á los sábios desterrados de su patria, y estableció una academia para combatir los principios de Aristóteles.

El gran movimiento intelectual del siglo XV dió en Italia hombres eminentes que fueron los maestros de las demás naciones de Europa: Poggio, Ascio de Viterbo, Strozzi y Pontano, que exhumaron de los archivos las obras desconocidas de la antigüedad; Pico de la Mirandola que á los diez y ocho años poseia veinte y dos lenguas y publicaba un programa de cien proposiciones *de omni re scibili,* comprometiéndose á sostenerlas contra todos los sábios que se presentaran, y célebres poetas como Guido á Conti, Burchiello, Bojardo, etc. Entonces se dió principio á la *grandiosa epopeya arquitectónica*, la basílica de San Pedro, ideada por Bramante, y llevada á cima por Rafael, Julian de San Gallo, Peruzzi y Miguel Angel.

Cuando murió Lorenzo de Médicis el *Magnífico,* la Sicilia y el reino de Nápo-

les se hallaba bajo el cetro de la casa de Aragon ; ocupaba la silla pontificia Alejandro VI, que dió á sus contemporáneos un espectáculo poco honroso para la cristiandad : el ducado de Milan pertenecia en realidad á Luis el Moro, que gobernaba en nombre de su sobrino Juan Galeato, casado en 1489 con Isabel de Aragon , hija del rey de Nápoles; la familia de Este reinaba en Ferrara y Módena, y la de los Gonzaga en Mantua , y era duque de Saboya Carlos II. La república de Venecia, aunque era el Estado mas considerable y mas sólidamente constituido de Italia , vivia aislada, y solo se ocupaba en defender sus posesiones de Oriente contra los otomanos.

La Italia se hallaba dividida y se habia extenuado su espíritu guerrero con las tiranías de sus príncipes y usurpadores , en tanto que se habian formado en Europa grandes potencias como España , Francia , Inglaterra y Alemania. ¿Qué iba á hacer la desdichada Península , viviendo aun en la division de los siglos feudales , sin un reino prepotente que absorbiese los demas Estados y crease una Italia, grande y capaz de hacerse respetar de las nuevas naciones, hijas de la edad media ? Sucumbir para no volverse á alzar jamás y ver otra vez invadido su fértil suelo por los *bárbaros*, que acudieron de toda Europa á la voz del traidor Luis el Moro , y convirtieron durante un siglo la Italia en campo de batalla.

Y sin embargo, la Italia se hubiera salvado tal vez de la invasion extranjera y de los desastres que durante el siglo XVI le impidieron constituirse en una nacion, si se hubiese realizado el proyecto de los Albizzi, que trató de renovar Six-IV, y que consistia en conservar la república de Milan, repartiendo la Lombardía entre este Estado y Venecia, reunir las demás repúblicas en el comun interés de la independencia y libertad italianas, y apoyarlas en la alianza de los suizos.

La ambicion de los Médicis y de Luis el Moro perdió á la Italia.

El primer *bárbaro* que cruzó los Alpes fué el rey de Francia Carlos VIII. Le abren las puertas Milan , Florencia y Roma, llega á Nápoles, el hijo de Fernando II (1495) huye á Sicilia vendido y abandonado por los suyos, y entra triunfalmente en los Estados que reclamaba como heredero de Carlos de Maine.

Pero el francés perdió su conquista con tanta facilidad como la hiciera, pues apenas entró en Nápoles , se formó contra él una liga formidable , en la que tomaban parte el papa Alejandro , la república de Venecia , el mismo traidor que le habia abierto las puertas de Italia, Maximiliano, rey de los romanos , y Fernando el Católico; y se vió obligado á regresar á Francia, abriéndose paso á costa de torrentes de sangre al través del ejército italiano, que mandaba el marqués de Mantua.

Los florentinos, despues de derrocar á los Médicis, se gobernaban libremente obedeciendo empero á la influencia del célebre Jerónimo Savonarola, que fué en política el continuador de Rienzzy y en religion el precursor de Lutero; pero al predicar la reforma política y religiosa, solo consiguió la ruina de la república y la muerte en una hoguera en 1498.

Luis XIII sube al trono á la muerte de su padre Carlos VIII, y como los franceses habian aprendido el camino de Italia , no tardaron en cruzar los Alpes para reclamar el ducado de Milan, y hacer que prevaleciera el derecho que tenia su soberano á este Estado como descendiente directo de Valentina Visconti, duquesa de Orleans. Milan, al verse abandonada del Papa, de los florentines, de Venecia y del emperador Maximiliano, se dirigió en su desesperacion al sultan Bayaceto pidiéndole auxilio, pero sucumbió ante las tropas francesas, en tanto que César Borgia, aliado de los invasores y duque de Valentinois , sometia la Romanía, y la guerra de Nápoles entre los franceses y los españoles terminaba con la victoriosa campaña de 1503, en que Gonzalo de Córdoba aseguró á Fernando el Católico un trono en que se habian sentado normandos, aragoneses , franceses, árabes y alemanes y ningun italiano.

Julio II, cuyo único deseo consistia en arrojar allende los Alpes á franceses y españoles para restaurar el poder teocrático de Gregorio VII, trató de entregar la Italia á Maximiliano; conocia que el imperio era ya un fantasma, pero lo creia con bastante poder para oponerlo como un dique poderoso entre los dos rivales, Francia y España. Guiado en su plan por un noble interés, y viendo que Maximiliano no podia penetrar en Italia, se dirigió entonces á toda la Europa, y á la voz del pontífice guerrero todos olvidaron sus contiendas para lanzarse contra Venecia que habia impedido al emperador la entrada en la península y ocupaba la ciudad de Ravena y otras plazas de la Romanía que pertenecian á los Estados pontificios. Fórmose la liga de Cambray (1508), y Venecia se rindió á discrecion de sus vencedores, Maximiliano, Luis XII, Fernando de Aragon y Julio II. El papa, luego que recobró sus ciudades, firmó la paz con Venecia, y rompió la liga para combatir contra los franceses con un ejército de suizos, como si quisiera reparar el error de haber llamado tantas veces al extranjero, y especialmente de haber tomado parte en la inicua liga de Cambray: al verse vencido por los franceses en Casalecchio (1511), ideó una nueva liga que llamó santa con la república de Venecia, los suizos, España é Inglaterra. Los franceses fueron entonces completamente derrotados, perdieron una tras otra todas las ciudades que habian conquistado; el hijo de Luis el Moro recobró el ducado de Milan; Julian y Juan de Médicis tomaron posesion de Florencia, y Génova recobró su libertad. Pero aunque habian sido expulsados los franceses de Italia, quedaban los españoles, los suizos y los alemanes.

Muere el Papa guerrero y le sucede Leon X, pero el hijo del *Magnífico*, Lorenzo de Médicis, no tenia la ambicion ni el carácter enérgico de su antecesor, y en vez de libertar á la Italia, solo pensó en ser Mecenas de artistas y escritores. Dos dias despues de ceñir la tiara (1515), se sentaba en el trono de Francia Francisco I, que inauguró su reinado, invadiendo la Lombardía y ganando á los suizos la terrible batalla de Marignan, que obligó al Papa á hacer la paz y á firmar un concordato con el rey de Francia.

El victorioso Francisco I vió muy pronto ante sus pasos un poderoso rival que ambicionaba como él el imperio de Europa, y que ciñendo la corona de España y la imperial, reunia bajo su cetro las naciones mas poderosas de la cristiandad. Clemente VII, al ver al coloso vencedor en Pavía, extendiendo sus manos de uno á otro confin del mundo, y amenazando la independencia de Italia y de la Europa entera con su preponderancia, se acordó de que era italiano y de que, como pontífice, debia oponer el resto de influencia que le daba su suprema dignidad, para evitar que la Santa Sede y la Italia cayesen para siempre en un abismo de esclavitud y envilecimiento.

¡Vano esfuerzo! La batalla de Pavía fué la muerte de la libertad de Italia, y el asalto de Roma por las tropas de Borbon (1527), demostró que los papas tenian ya menos prestigio que cuando los bárbaros se lanzaban sobre la ciudad Eterna, y retrocedian ante Leon I.

Italia hizo sin embargo el ¡postrer esfuerzo. El marqués de Peschiera, que mandaba el ejército imperial en Pavía, enojado al ver que á pesar de sus servicios se veia postergado por el emperador, y halagado con la esperanza de ceñir la corona de Nápoles, se prestó á abrazar la causa de la independencia italiana para arrojar á los extranjeros de la Península; pero arrepentido de su empresa y haciendo traicion al duque de Milan, vendió á sus cómplices, y Clemente VII y los venecianos desistieron de su proyecto y aceptaron gustosos el tratado de Madrid (1526), por el cual Francisco I desistia de sus pretensiones al reino de Nápoles y al ducado de Milan, y posteriormente los tratados de Barcelona y Cambrai (1529) en que el rey de Francia abandonó á sus aliados en cambio de la Borgoña.

Carlos V repartió entonces la Italia como soberano absoluto: restableció á Francisco Sforza en el ducado de Milan, dando el condado de Pavía á don Antonio de Leyva; firmó la paz con los venecianos que abandonaron sus conquistas en la Pulla y restituyeron al Papa la ciudad de Ravena; dió á Alfonso, duque de Ferrara, la investidura á precio de 100,000 ducados de oro pagados á la cámara apostólica; erigió en ducado el marquesado de Mantua; respetó la libertad de las repúblicas de Sena y Luca, y únicamente quiso sacrificar la república de Florencia, cuya caida acarreó la de Sena.

La Italia, tras las largas y sangrientas luchas de la edad media, en vez de robustecer su vida política, se entregó al sensualismo, y sus príncipes renovaron la molicie y el lujo de los siglos mas degenerados del imperio romano. Suscitóse una noble emulacion entre los de Este, los Gonzaga, Carrara y los Della Scala, para proteger las letras y las artes, y los Médicis superaron posteriormente á aquellos ilustres Mecenas, convirtiendo á Florencia en una escuela brillante y creando en ella la academia de la *Crusca*. Boyardo, Ariosto, el Tasso, Maquiavelo, Galileo, Rafael, el Ticiano, el Tintoreto, son nombres gloriosos que la fama imperecedera ha legado á la posteridad y que recuerdan la superioridad intelectual con que el destino habia compensado á la desgraciada Italia en medio del abatimiento de su fe política y guerrera. Mientras España, Francia y Alemania exparcian sus ejércitos, conquistando y absorbiéndose los últimos Estados que permanecian en pié desde la destruccion del feudalismo; mientras se formaban las grandes potencias y las armadas desdeñaban el limitado Mediterráneo para lanzarse en la inmensidad del Océano en busca de ignoradas regiones, la Italia se convertia en un gran festin donde se olvidaba el envilecimiento en medio de los placeres, del lujo y de las artes, donde los príncipes remedaban en magníficos palacios la pompa de los antiguos monarcas del Asia, y donde el mismo jefe de la Iglesia, el fastuoso Leon X, se rodeaba de artistas célebres, y se enorgullecia con los genios que su mano protectora arrancaba del olvido.

La decadencia política de Italia no tenia como en otros siglos la compensacion del imperio que ejercian en toda la Europa los jefes de la Iglesia; un oscuro monje de Alemania atacó la supremacía pontificia, y minó las bases de la unidad religiosa; y Leon X, que se burlaba de la reforma en un principio, tuvo que echarse en brazos de Carlos V, cuando la tempestad invadia ya la mitad de Europa, y se vió precisado á renunciar á su independencia, y á hacer esclava la Italia para conjurar con la espada del emperador el peligro que amenazaba al catolicismo.

El vencedor de Francisco I se retiró á un convento, renunciando al imperio y legando á su hijo Felipe II la España y las Indias, Flandes, Borgoña, Cerdeña, las Dos Sicilias y el ducado de Milan, é Italia quedó sujeta á la preponderancia española, que ahogó su nacionalidad, matando las esperanzas de los que confiaban en un porvenir de grandeza y alianza de todos los Estados italianos.

Aparece entonces en la historia de la Península uno de los mas ilustres progenitores de la casa de Saboya, que en el siglo XIX acomete la noble empresa de la regeneracion y unidad italiana: Manuel Filiberto reinaba (1559) en Saboya y en el Piamonte, y despues de combatir en pro de España, se dedicaba á mejorar sus Estados y á seguir en sus relaciones políticas con las demás naciones la tendencia á apoyarse en la causa de la familia de Austria que dió á sus sucesores una corona real.

La república de Venecia permanecia extraña á los negocios de la Península, y disputaba palmo á palmo á los turcos sus antiguas conquistas, defendiendo las islas de Candía y Chipre, que eran las únicas que conservaba en el Archipiélago.

La república de Génova habia perdido la mayor parte de sus dominios, y solo

poseia la Córcega y el angosto territorio que rodea la ciudad entre el mar y los Apeninos.

Guillermo de Gonzaga era marqués de Monferrato y duque de Mantua.

Octavio Farnesio reinaba en Parma, y los ducados de Ferrara y Módena pertenecian á la familia de Este.

Cosme I gobernaba en Toscana como príncipe absoluto, gozando el título de gran duque, rodeándose de una guardia española y alemana, y haciendo alarde de tiranía, que compensaba con su proteccion á la agricultura, al comercio, á las ciencias y á las artes.

La Italia vivió pacificamente durante veinte y cinco años en que fué aumentándose la decadencia de sus Estados, á excepcion del que gobernaba Manuel Filiberto, el cual legó á Carlos Manuel una independencia que solo gozaba en Italia la república de Venecia.

Los progresos de la reforma pusieron término á la indiferencia religiosa que habia caracterizado, el siglo XVI: ocuparon la silla apostólica varones rígidos y virtuosos que, creyendo que los peligros de la Iglesia y la servidumbre de Italia se debian tan solo al espíritu tolerante de sus antecesores, desterraron el libre exámen para evitar la propagacion de la herejía, proscribieron los estudios antiguos, esclavizaron las conciencias, y la literatura quedó sumida en el silencio. La reforma amenazaba todas las ciencias y derechos de la sociedad nacida del cristianismo, y que habia cruzado los siglos bárbaros hasta el renacimiento bajo la tutela de la fe religiosa, y los sucesores de Gregorio el Grande, al ver que su voz se perdia sin eco en la Europa agitada por el clamoreo de los innovadores, se apoyaron en el cetro de Felipe II, campeon de la fe y de la idea monárquica, y trataron de oponer un dique al torrente invasor de las nuevas ideas, que brotaban con vigor de entre las hogueras y los rios de sangre derramados en las guerras religiosas. El catolicismo se salvó; España y Francia conservaron la fe que tantos héroes habia creado desde la invasion de las hordas sarracenas hasta la victoria de Lepanto, y si Italia no quedó borrada del nombre de las naciones, se debió tan solo á la Santa Sede, que conservó en la ciudad Eterna el imperio espiritual del mundo. Pio V y Sixto V hacen olvidar, con sus virtudes y la reforma que llevaron á cima en las costumbres del clero, los pontificados que habian acarreado la indiferencia religiosa y los excesos de la herejía.

La historia de Italia durante el siglo XVII se reduce á la preponderancia de la monarquía española y al engrandecimiento de la casa de Saboya. Felipe III, Felipe IV y Carlos II, entregados á indignos ó ineptos favoritos, acarrearon la decadencia del vasto imperio que les habian legado Carlos V y Felipe II, pero Italia no supo aprovecharse de esta circunstancia favorable para sacudir el yugo, aunque felizmente dejó de ser teatro de la guerra de las demás potencias, y únicamente Nápoles y Sicilia dieron señales de vida durante este prolongado letargo de la desventurada Península.

Si Carlos Manuel I hubiera tenido un heredero digno de sus nobles y esforzados progenitores, la casa de Saboya habria absorbido la mayor parte de Italia; pero entre aquel príncipe y el reinado de Victor Amadeo II trascurrió cerca de medio siglo al través de tres minorías y dos regencias. Victor Amadeo se casó con Cristina, hija de Enrique IV, y permaneció hasta su muerte fiel á la alianza francesa; pero el destino de la casa de Saboya era tan fatal, que volvió á encontrarse con otra minoría, turbada por sangrientas guerras civiles, un reinado breve pero próspero, el de Carlos Manuel II, y otra minoría menos agitada que la anterior, y que terminó con el reinado brillante y glorioso de Victor Amadeo II.

La Toscana, que á tanto poderío habia llegado en los siglos anteriores, ofrece

una série de acontecimientos de tan escaso interés durante los reinados de Fernando I, Francisco, Cosme II y Cosme III, que el mas importante es la fuga de Margarita Luisa de Orleans á la córte de Luis XIV, y la perseverancia de su esposo en perseguirla.

La sublevacion de la ciudad de Palermo á la voz de un hombre del pueblo contra los dominadores de Sicilia, y el entronizamiento del pescador Mazaniello en Nápoles, revelan los esfuerzos que hacia la Italia para recobrar su independencia; pero al unirse con el cadáver de la estirpe real de España, la desgraciada Península habia perdido completamente su vitalidad, y debia esperar que la gigantesca lucha entre los príncipes de la dinastía de Borbon y de Hapsburgo la despertase de su letargo, y Victor Amadeo fundase un reino italiano, reuniendo la Saboya, el Piamonte y la Cerdeña.

La Italia fue teatro de cuatro guerras durante el siglo XVIII, guerras que prepararon la regeneracion social de sus Estados, y que hubieran realizado las esperanzas italianas, si la revolucion francesa de 1789, no hubiese aparecido de pronto con su larga série de sangrientas luchas que commovieron desde sus cimientos á la vieja Europa y ahogaron en la Península los esfuerzos de todo un siglo.

Francia, España, Baviera y Saboya traban en 1701 la contienda en que se disputaba la herencia del trono que dejára huérfano Carlos II, el degenerado descendiente de Carlos V y Felipe II, contra el Austria, Inglaterra y Holanda, que se habian unido con la *grande alianza* de 7 de setiembre de aquel año. Un célebre capitan italiano, el príncipe Eugenio de Saboya, personifica en aquella reñida lucha el espíritu guerrero de Italia; pero pelea defendiendo á los antiguos opresores de su patria, y la victoria se decide por los franceses despues de haber desertado el duque de Saboya de la alianza franco-española, deshonrando su memoria con una falta que le conquistaba el trono de Sicilia, pero que entregaba su patria á sus enemigos. Firmáronse por fin en Utrech cinco tratados entre Francia, Inglaterra, Saboya, Portugal, Prusia y los Paises Bajos (1713), resultando de estos convenios para Italia que el ducado de Milan, la Cerdeña y el reino de Nápoles quedasen en poder del Austria, y que el duque de Saboya, á quien se dió el título de rey, obtuviera la Sicilia con el Monferrato, Alejandría, Valenza, la Lomellina, el valle de Sesia y todo lo que poseia la Francia allende los Alpes.

Murió Luis XIV (1715), y el cardenal Alberoni, ministro de Felipe V, descontento del tratado de Utrech é impulsado por la ambicion de recobrar las antiguas posesiones españolas, dirigió su mirada hácia Italia, en tanto que Carlos VI, emperador de Alemania, deseaba extender su dominacion hasta Sicilia. Trábóse la segunda guerra (1717); el español se apoderó de Cerdeña, á pesar de las protestas y amenazas de Europa, y envió otro ejército para arrojar de Sicilia á Victor Amadeo, en tanto que los austriacos acudian en defensa de su aliado. Firmóse entonces un tratado (1720) que dejó á la Italia en poder del Austria, porque si el duque de Saboya recibió la Cerdeña en cambio del reino de Sicilia, el hijo de Felipe V heredó al enlazarse con Isabel Farnesio el gran ducado de Toscana y el ducado de Parma y Plasencia, y el emperador Carlos VI quedó en posesion de las Dos Sicilias, del ducado de Milan y del territorio de Mantua, y extendió su dominacion desde el norte al mediodía de Italia.

La tercera guerra fué tan breve como sangrienta.

La república de Venecia corria en tanto á pasos agigantados hácia su decadencia; la de Génova luchaba con la sublevacion de Córcega, y en Módena y Ferrara sucedia Francisco III á Reinaldo de Este.

La causa de aquella guerra tuvo una causa muy lejana: la disputada eleccion de un rey de Polonia, Estanislao Leczinski. El rey del Piamonte, que con-

tinuamente estaba en acecho de las ocasiones favorables para engrandecerse, cebado por la promesa del Milanesado, abrazó la causa de Francia y España contra el Austria, y mientras los franceses y piamonteses se apoderaban de Milan, los españoles conquistaron á Nápoles y Sicilia. ¿Qué ganó la Italia despues de ser vencidos los austriacos? Se firmó la paz general de Viena (1738), y el duque de Lorena, esposo de la archiduquesa María Teresa, presunta heredera del imperio de Austria, sucedió en Toscana á don Carlos, que fue reconocido rey de las Dos Sicilias. Las ambiciosas esperanzas de Carlos Manuel III salieron fallidas al terminarse la lucha, porque solo adquirió á Tortona y Novara, viendo formarse en cambio en el mediodía de Italia un reino independiente, rival de sus aspiraciones al dominio de la Península.

La paz de Viena solo duró seis años, que Carlos Manuel III en el Piamonte y el rey D. Carlos en Nápoles aprovecharon para hacer laudables esfuerzos con objeto de consolidar la administracion de sus Estados. La muerte del emperador Carlos VI y las guerras que commovieron la Europa en la lucha de María Teresa y Federico II contra el elector de Baviera atrajeron á Italia á los combatientes, y Carlos Manuel, siguiendo su política inconstante é interesada, se separó de los Borbones para hacer alianza con la reina de Hungría. El tratado de Aix-la-Chapelle dió fin á la guerra; se devolvieron al Austria los ducados de Milan y de Mantua, los ducados de Parma y Plasencia formaron una cuarta soberanía que se dió á Felipe, hermano del rey de España y de Nápoles, recobraron sus posesiones el duque de Módena y la república de Génova, la Toscana fué cedida al segundo hijo del emperador Francisco y llegó á ser estado independiente en la rama menor de la dinastía de Lorena, y la Italia disfrutó cuarenta y cuatro años de paz, despues de resignarse á no formar una unidad nacional y de haber sido el palenque de las ambiciones de Europa.

Durante las sangrientas guerras de Italia en el siglo XVIII, los soberanos pontífices se limitan á ejercer su influencia espiritual, y viven tranquilos en Roma, pidiendo á Dios la concordia de los príncipes cristianos. No se aparece ya ningun Julio II, ceñida la frente con el casco del guerrero y empuñando la espada, ni salen del Vaticano los rayos que herian de muerte á los reyes mas poderosos. El rigor á que habia dado lugar la espantosa amenaza de la reforma se trueca en una tolerancia prudente, y solo dejan oir su voz los vicarios de Cristo para apartar á los fieles de las seducciones del jansenismo y de la filosofía enciclopédica, adoptada por los mismos soberanos. La inquisicion ha extinguido ya sus hogueras, y van desmoronándose los antiguos abusos de la edad media. Vico, Beccaria y Filangieri reforman la legislacion, representan dignamente á la historia Muratori y Giannone, brillan los poetas Metastasio, Goldoni, Casti y Alfieri, las ciencias se enorgullecen con Galbani, Volta, Morgagni y Spallanzani, y la música hace rápidos progresos con Porpora, Leo, Pergoleso, Piccini y Cimarosa.

II.

El destino habia sido fatal durante varios siglos para las familias soberanas de Italia; parecia que este país estaba condenado á cambiar continuamente de dominadores. Hemos visto extinguirse en Nápoles las familias de Durazzo, de Anjou y de Aragon; en Milan, los Visconti y los Sforza; en Monferrato, los Paleógolos; en Urbino, los Montefeltro y los Rovere; en Mantua, los Gonzagas; en Parma y Plasencia, los Farnesios; en Módena, los de Este, y en Florencia los Médicis, y únicamente la casa de Saboya habia continuado su marcha de progresivo engrandecimiento.

Venecia estaba en el último período de decadencia, y ya no combatia en mar ni en tierra, ni sus escuadras arrostraban el poderío de los turcos desde la paz de Passarowitz. El leon de San Marcos habia cesado de rugir y dormia en ese letargo que presagia una muerte próxima, y el desposorio de la república con el Adriático era ya una vana ceremonia. El comercio desdeñaba el Mediterráneo desde que se habia abierto paso por remotos mares hasta la India, y un nuevo mundo, evocado á la voz de un italiano, atraia las escuadras de las potencias que habian heredado la prosperidad mercantil de la ciudad de las lagunas.

La república de Génova, cansada de luchar para recobrar la isla de Córcega, cedia su posesion á la Francia en 1769, y aquel mismo año nacia en Ajaccio Napoleon Bonaparte, el guerrero que debia asombrar al mundo con sus conquistas, y que á pesar de ser italiano, solo contribuyó á esclavizar su patria verdadera y hasta olvidó su orígen cuando ciñó sus sienes la corona imperial de Carlomagno y Carlos V.

La revolucion francesa amenazaba á todas las naciones de Europa, y el viejo mundo se agitaba aterrado al eco de los gritos de libertad que lanzaba un pueblo embriagado con la alegría del triunfo al ver caer en escombros todo lo que durante tantos siglos habia sido respetado en nombre del derecho divino. Los reyes temblaron al ver subir al cadalso al descendiente de los soberanos mas poderosos del mundo, y se aprestaron á la pelea para salvar de la desecha tempestad los tronos estremecidos.

Victor Amadeo III, viéndose próximamente amenazado por la revolucion, concibió la idea de una liga entre los príncipes italianos; pero, al temor de atraer á los extranjeros á la Italia, que principiaba á regenerarse durante la larga paz que habia sucedido al tratado de Aix-la-Chapelle, permanecieron aquellos inmóviles y silenciosos, sin atreverse siquiera á hacer alianza con el Austria como la Saboya, cuyo acto imprudente acarreó á su país todas las calamidades de la guerra.

Las tropas de la república francesa entraron en Saboya en el mes de setiembre de 1792, y fueron rechazadas el año siguiente por los piamonteses y austriacos; pero la toma de Tolon, las considerables victorias de los franceses, y la ambicion de Victor Amadeo, que consentia en ceder al Austria las provincias lombardas, que tantos sacrificios habian costado á sus antecesores, en cambio de los territorios que esperaba conquistar en Francia, completaron la invasion de la Italia por el extranjero. El Piamonte se vió solo con el Austria para luchar contra la victoriosa espada de Napoleon Bonaparte.

Un fenómeno extraño presentó entonces el espíritu público en Italia: las ideas de libertad encontraron eco en las clases ilustradas, que vieron en las tropas de la república los regeneradores de su patria; las esperanzas de un porvenir de gloria y de renacimiento nacional halagaron la imaginacion de los que acusaban á los soberanos extranjeros de la esclavitud en que yacian los pueblos desde las últimas luchas de los Borbones y la familia de Austria; se despertó en los corazones generosos de los que recordaban las páginas brillantes y sangrientas de las repúblicas italianas de la edad media el ardor de los Rienzi y de los infortunados héroes que habian sucumbido defendiendo la noble causa de la independencia de Italia; y los liberales principiaron á ofrecer su sangre como primicias de la que habia de verterse en dias mas aciagos, cuando la reaccion volvió á entronizar á los dominadores caidos ante el soplo del huracan revolucionario. En cambio la plebe apoyaba á los gobiernos constituidos, y representaba el espíritu de la vieja sociedad que, temerosa de que fuesen destruidas sus antiguas creencias, veia en los soldados de la república francesa los nuevos bárbaros destinados á derrocar sus templos y las instituciones que estaba acostumbrada á respetar ciegamente.

Napoleon seguia en tanto ganando en cada batalla una victoria. Nombrado por el directorio general en jefe del ejército de Italia, apenas llegó al teatro de la guerra, venció á los austriacos y piamonteses en Montenotte, en Dego, en Millesimo y en Moldovi en el espacio de un mes, y obligó á Victor Amadeo á firmar un armisticio y la paz de París (28 de mayo de 1796), en la que renunció á la alianza del Austria, cedió el condado de Niza y la Saboya, entregó las principales plazas de su Estado y se humilló ante la república francesa.

Tan señalado triunfo facilitó á Bonaparte el paso del Pó, y despues de exigir un rescate al duque de Parma, el moderno César cruzó el Adda y entró en Milan en medio de los aplausos de los escasos partidarios de las ideas proclamadas por la república francesa y entre el silencio hostil del pueblo, cuyo ardor ahogaban la indignacion y la sorpresa.

Los soldados franceses consideraron entonces la Italia como un país de conquista, y en vez de atraerse al pueblo, creando instituciones útiles y realizando las esperanzas prometidas en las pomposas proclamas del general en jefe, se apoderaron de los caudales públicos, sin respetar los depósitos mas sagrados, impusieron contribuciones de guerra, recorrieron las aldeas para entregarse á tiránicas exacciones, y suscitaron con sus excesos sublevaciones populares que sofocaron con sangrientos castigos. El norte de Italia padeció todos los rigores de una invasion extranjera, sin vislumbrar en el porvenir la era de libertad y regeneracion que les habia anunciado como próxima; al abrirse la campaña, el jóven guerrero, que mas tarde debia convertir los laureles ganados en Italia en una corona de emperador.

Bonaparte cruzó el Oglio, entró en el territorio de Venecia sin respetar la neutralidad de la repúblicá, pasó el Mincio despues de la victoria de Borghetto, cercó la plaza de Mantua, y esperó al formidable ejército que enviaba el Austria al mando del general Wurmser. Los austriacos fueron vencidos en Castiglione y Lonato (julio de 1796), y se vieron obligados á refugiarse en los Alpes del Tirol, dejando al general francés que, como árbitro de la Península, impusiese una paz vergonzosa al rey de Nápoles y al duque de Parma, y convirtiese los territotios de Módena, Boloñia y Ferrara en una república llamada Cisalpina.

Los austriacos volvieron á descender del Tirol al mando del general Alvinzi, vencido en Arcola, pero rechazados en Rívoli, Bonaparte penetró con una parte de su ejército en los Estados pontificios, y obligó al Papa á firmar la paz de Tolentino, en que este cedia á la Francia las ciudades de Aviñon, Ferrara y Bolonia con las legaciones á pagar un crecido rescate, y prometer que entregaria los cuadros mas preciosos de los museos de Roma.

Se vió entonces un suceso sin ejemplo en la historia de Italia. ¡Por vez primera penetraba un ejército en Alemania, cruzando aquellos Alpes por donde habian bajado unos tras otros godos, hunos, lombardos, francos y germanos con el afan de conquistar las fértiles y desgraciadas comarcas del Lacio!

Vencido el archiduque Carlos en Tagliamento y en Esonzo (marzo de 1797), Bonaparte se dirigia á Viena resuelto á borrar el Austria del mapa de Europa cuando cometió el error de conceder un armisticio á sus aterrados enemigos, y de caer sobre Venecia para castigar á la república por los asesinatos cometidos en Verona contra franceses indefensos en el nefasto dia de luces de Pascua de 1797, que la historia recuerda con el nombre de *Pascuas Veronesas*. Bonaparte declaró la guerra á la serenísima república, pero no tuvo necesidad de enviar un ejército, porque el gran Consejo abdicó y entregó el poder á una municipalidad democrática. Los degenerados descendientes de los que durante tantos siglos habian dominado el Adriático y el Mediterráneo, de los conquistadores de Constantinopla,

de los vencedores de Lepanto se humillaron á los piés del general Bonaparte, y ningun labio se atrevió á defender la república, asilo un dia de los restos de la libertad romana, cuando los soldados franceses pisaron la plaza de San Marcos, cuyos leones dormian para siempre el sueño de la muerte.

El dia 17 de octubre de 1797 se firmó el tratado de Campo Formio, en que quedó definitivamente constituida la república *Cisalpina*, que componian la Romanía, las legaciones, el ducado de Módena, la Lombardía, la Valtelina, Brescia, y Mantua, y se cedieron al Austria los territorios de la república de Venecia.

¡El anciano dux Manini cayó sin vida al pronunciar el juramento de fidelidad al emperador!

De este modo correspondió la Francia republicana á las esperanzas que habian fundado en ella los patriotas italianos, que, despues de sacrificar la independencia á la libertad, se vieron privados de una y otra. Este desengaño produjo una súbita reaccion en las ideas, y se organizó la sociedad de los *Unitarios,* que mas adelante se llamó la *Liga negra*, cuyo objeto era la unidad nacional, combatiendo á un tiempo á los principes adictos al Austria y á las tropas francesas.

El primer Estado que cayó ante el ímpetu de la invasion extranjera fué el del Papa. Habiendo intentado los republicanos de Roma una sublevacion, y refugiándose los vencidos en el palacio donde residia José Bonaparte, embajador de la república francesa, el general Duphot, que formaba parte de la legacion, fué muerto por los dragones romanos al tratar de defender á los refugiados.

Esto bastó para que el ejército francés ocupase la ciudad Eterna, y así lo verificó el general Berthier el 11 de febrero de 1798, proclamando dos dias despues la república romana bajo las bases de la francesa. El Papa cayó prisionero y fué conducido á Toscana, y posteriormente á Francia, donde murió el 29 de agosto del año siguiente.

Tambien habia llegado la hora fatal para el rey del Piamonte y para el de Nápoles.

El gobierno de la república francesa obligó á Carlos Manuel á firmar su abdicacion y á retirarse á Cerdeña, desde donde publicó una vana protesta. Se trató de crear una república en el Piamonte, pero la Francia, que abrigaba el deseo de agregarse esta parte de la Peninsula, se limitó á reformar la constitucion y á establecer un gobierno provisional.

La caida del rey de Nápoles fué tan rápida como la de el del Piamonte. Los soldados napolitanos y austriacos combatian con los franceses en Roma, mientras Naselli y Roger de Damas desembarcaban en Nápoles, y obligaban al rey Fernando á huir á Sicilia con su familia el 2 de enero de 1799 en el navío almirante de Nelson, despues de entregar á las llamas la escuadra napolitana y de llevarse el tesoro de San Javier y hasta el dinero depositado en los bancos del Estado. El ejército francés entró en Nápoles, despues de una resistencia desesperada y de haberse apoderado los republicanos de las fortalezas en una conspiracion fraguada y llevada á cabo con éxito inesperado contra los *Lazzaroni.* Proclamóse entonces la república partenopea, que no tuvo mas duracion que la permanencia de los franceses en Nápoles, á pesar de haberse puesto al frente de ella personas eminentes.

La ausencia del general Bonaparte, que se hallaba entonces en Egipto, fué tan fatal para las armas francesas, que poco tiempo despues toda la Italia estaba en poder de los ejércitos austro-rusos, y el populacho cometia los excesos mas horribles en todas las ciudades y aldeas al grito de *¡viva la fe!* Pero en ninguna ciudad de Italia se presentó la reaccion con un aspecto tan odioso como en Nápoles. El cardenal Rufo, enviado por el rey Fernando á Calabria para sublevar el país, reunió un ejército de bandidos que dejó por donde pasaba un rastro de

sangre y fuego, y entró en Nápoles el 13 de junio de 1799, despues de haber luchado en vano con un puñado de republicanos, que prefirieron la muerte á rendirse á sus feroces enemigos.

Nelson, el vencedor de Aboukir, entró en el puerto cuando algunos republicanos continuaban defendiéndose en las fortalezas, y el cardenal Rufo les concedia una capitulacion, permitiéndoles que se retirasen libremente del país; pero el vengativo inglés mandó detener los buques que conducian los republicanos á Marsella, los prendió y encarceló en los calabozos de los castillos, y faltando á los derechos mas sagrados, condenó á aquellos infelices al cadalso, despues de formarles causa por medio de un tribunal de guerra. La sentencia se ejecutó á bordo de la *Minerva*, y á estas muertes lamentables siguieron las de centenares de personas ilustres, y hasta de mujeres, como Leonor de Pimentel y Luisa Sanfelice, acusada la primera de haber redactado el *Monitor republicano*, y la segunda, de haber revelado al gobierno de la república una conspiracion realista, cuyo objeto era la matanza en masa de todos los patriotas. Algunos historiadores aseguran que únicamente en la ciudad de Nápoles perecieron cuatro mil personas por la mano del populacho ó por la del verdugo.

Solo quedaba á los franceses la ciudad de Génova, cuando Napoleon Bonaparte llegó de improviso de Egipto, derrocó el Directorio, se hizo nombrar primer cónsul, y volvió á emprender las operaciones militares para reconquistar los territorios que durante su ausencia habia perdido la república francesa. El primer cónsul pasó de un modo prodigioso los Alpes por el San Bernardo, y mientras Moreau ganaba brillantes victorias en Alemania, abria la gloriosa campaña de Italia de 1800, cruzando el Tessino, entrando en Milan y combatiendo en Stradella y Montebello, que fueron los preludios de la gran batalla de Marengo, ganada por el esfuerzo heróico de Desaix, que cambió la suerte de la guerra y la de toda la Península. Melas se vió obligado á firmar un armisticio que le permitió retirarse detrás del Mincio, y los franceses volvieron á ocupar el Piamonte, la Liguria, Parma, Módena, las Legaciones y la Toscana. Finalmente, el 9 de febrero de 1801 se concluyó entre la Francia y el Austria la paz de Luneville en que se fijaban los límites del imperio austriaco y de la república Cisalpina, bajo las bases del tratado de Campo Formio, aunque la Francia aplazaba para decisiones ulteriores la suerte definitiva del Piamonte y la Toscana. Siguieron otros tratados al de Luneville, siendo uno de ellos el de 21 de marzo de 1801 con España, por el cual cedia esta potencia el ducado de Parma y Plasencia, en nombre del rey Fernando; y el 15 de julio del mismo año se firmó el concordato entre la república francesa y Pio VII, elegido en Venecia el 14 de marzo del año anterior, siendo coronados todos estos tratados por el que se celebró en Amiens el 27 de marzo de 1802 entre Francia é Inglaterra, y que acarreó una paz general, aunque poco sólida, pues la lucha volvió á continuar trece meses despues con encarnizamiento.

Habiendo muerto el duque de Parma y Plasencia, Napoleon Bonaparte envió á Moreau de Saint-Mery para administrar el ducado é introducir las leyes francesas; Carlos Manuel IV, entregado á la devocion en medio de su aislamiento, abdicó en 22 de junio en favor de su hermano el duque de Aoste, que reinó en Cerdeña con el nombre de Victor Manuel I; la Toscana obedecia en apariencia á Luís de Borbon, pero en realidad á Murat, general en jefe de las tropas francesas, cuyo poder era absoluto; el Papa ejercia en lo que le quedaba de los Estados romanos la autoridad que se dignaba permitirle el primer cónsul, cuyo dominio se extendia en Italia desde los Alpes hasta el golfo de Tarento; y finalmente, se consumó la reunion del Piamonte á la Francia el 11 de setiembre de 1802.

En mayo de 1803 se rompieron las hostilidades entre Inglaterra y Francia,

se proclamó el imperio, y el 2 de diciembre, el sucesor de Gregorio el Grande coronaba en París al afortunado capitan que llamaban usurpador los antiguos monarcas. Abolida en Francia la república, la Cisalpina se convirtió en reino de Italia, la de Liguria pasó á ser provincia francesa, y la de Luca un principado en favor de un hermano del emperador Napoleon.

Este, despues de haber sido consagrado en Paris, partió á Milan á ceñir la corona de hierro, que tantos habian codiciado desde Carlomagno, y los ejércitos de Italia se dirigieron en su mayor parte al Austria para vencer en Austerlitz el 2 de diciembre de 1805, y preparar la paz de Presburgo, que tan ventajosa fué para la Península, pues trasladó los límites del Austria hasta el Isonzo. Si Napoleon hubiera cumplido su promesa, la Italia hubiese logrado su union, aunque bajo el yugo del extranjero; pero Napoleon sacrificó á proyectos insensatos el plan de formar de Italia una gran nacion, que le hubiera defendido en sus dias aciagos.

Doce mil rusos y tres mil ingleses desembarcaron de pronto en el reino de Nápoles el 20 de noviembre de 1805, y Napoleon, que solo buscaba un pretexto para extender su poder hasta Nápoles, dando la corona á su hermano José, envió á Massena á combatir y expulsar á los rusos é ingleses. El rey, siguiendo su sistema de huir del peligro, se refugió en Sicilia, y los franceses entraron en Nápoles el 14 de febrero de 1806, entre las aclamaciones de los republicanos, que preferian un extranjero á los Borbones, y proclamaron rey de Nápoles y Sicilia á José Bonaparte.

El 6 de agosto de aquel año Francisco II de Austria renunció al título de emperador de los romanos, que sus predecesores habian llevado hasta entonces, y que tantos desastres habia acarreado á Italia.

Los soldados italianos tomaron durante las guerras del imperio una parte gloriosa que dejan de mencionar los historiadores franceses; pero es indudable que las victorias de Napoleon se debieron, tanto al esfuerzo de los guerreros de Francia como al valor de los piamonteses, lombardos, venecianos, romanos, modeneses, toscanos y napolitanos que siguieron la bandera tricolor por toda Europa, y no dejaron las armas hasta que el imperio francés sucumbió en 1815 bajo los ejércitos de los monarcas coaligados.

Pio VII, que era el único príncipe italiano que quedaba en la Península, perdió sus Estados en 1808; Parma y Plasencia fueron declaradas provincias del imperio francés, y Joaquin Murat, cuñado del emperador, ocupó el trono de Nápoles. Se estableció en este reino el Código Napoleon, se emprendieron varias obras de utilidad pública, se decretó la desamortizacion de los bienes del clero, dando impulso á la agricultura, se organizó el ejército de mar y tierra, y se introdugeron mejoras considerables en todos los ramos de la administracion.

En 1809 se renovó la lucha entre los reyes legítimos y Napoleon Bonaparte; pero las nuevas victorias de los franceses acarrearon la paz de Schoenbrunn, y el emperador casó con María Luisa de Austria que le dió un hijo, al que confirió el título de rey de Roma. La guerra de España de 1808 á 1814 fué fatal para los soldados italianos que combatian en los ejércitos franceses: de treinta mil solo regresaron á su patria ocho mil, y entre estos se contaban mil napolitanos, únicos restos de los diez mil que habian formado el contingente de Nápoles.

Murat empezó entonces á separar su causa de la de su cuñado y á seguir los impulsos de su propia ambicion, y en 1814 ocupó á Roma, hizo alianza secreta con Austria é Inglaterra, rompiendo las hostilidades contra su protector, y cooperó á la destruccion del imperio francés y á la expulsion de los ejércitos de Napoleon. «Los franceses, dice Carlos Botta (*Historia de los pueblos de Italia*), obligados á abandonar la Italia despues de haber dominado en ella diez y ocho años,

dejaron profundos recuerdos. Abriéronse numerosas vias al comercio, y principalmente las carreteras de la Corniche, del monte Cenis y del Simplon , obras admirables y dignas de los antiguos romanos, que atestiguan lo que puede la actividad unida al genio; las ciencias tomaron nuevo impulso con la proteccion; la agricultura hizo inmensos progresos; se edificaron magníficos palacios y se terminaron antiguos templos; lanzáronse sobre los rios mas impetuosos puentes que son obras maestras del arte, y se manifestó en todas las partes del cuerpo social un notable aumento de vida.» Es cierto, pero el historiador debió añadir á estos justos elogios que Napoleon cometió un error culpable, dejando á la Italia tan esclavizada y dividida como la habia encontrado en 1796.

Victor Manuel I desembarcó en Génova el 12 de mayo de 1814, y entró en Turin al mismo tiempo que Pio VII en Roma, y el 30 se firmó el tratado de Paris, que restablecia el estado de cosas que habian derrocado en Francia y en Italia la revolucion y las guerras de la república y del imperio. El Austria tomó posesion del reino lombardo-veneto, y Murat trató de aprovecharse de las conspiraciones de los milaneses y de la vuelta de Napoleon de la isla de Elba para dirigirse á los italianos en una proclama en que les inducia á dar el grito de independencia. Hé aquí algunos párrafos de su manifiesto: «Ha llegado la hora de la libertad de Italia: la Providencia os llama por fin para que formeis una nacion independiente. ¿Con qué derecho pretende el extranjero esclavizaros? ¿Con qué título ocupa vuestro hermoso país? En vano alzó la naturaleza entre él y vosotros la barrera de los Alpes. ¡Desaparezca por fin la huella de la dominacion extranjera del suelo italiano! Fuisteis un dia soberanos del mundo, y bastante habeis expiado vuestra gloria con veinte siglos de opresion. Ochenta mil italianos de los Estados de Nápoles siguen á su rey despues de haber prestado el juramento de no dejar las armas hasta daros la libertad. Italianos, secundad un designio tan magnánimo; únios íntimamente, y que un gobierno de vuestra eleccion, una representacion verdaderamente nacional, y una constitucion digna de vosotros y de vuestro siglo, aseguren para siempre vuestra libertad y vuestra ventura.»

La Italia, escarmentada ya con tantos desengaños, permaneció inmóvil é indiferente, y el ejército napolitano se vió obligado á ceder ante las fuerzas del Austria. Joaquin Murat partió á Francia, pero queriendo imitar á Napoleon, sin reflexionar que las circunstancias eran diferentes, y que la Santa Alianza era omnipotente desde la jornada de Waterloo, salió en una barca de pescador de Córcega y desembarcó en Pizzo con veinte y ocho de los suyos. Al pisar el suelo napolitano fué preso y procesado por un tribunal de guerra, y el rey Fernando dictó la siguiente sentencia: «El general Murat será condenado á muerte, y solo se le concederá media hora para recibir los auxilios de la religion.» El 13 de octubre de 1815 fué fusilado en la explanada del castillo de Pizzo.

Los tratados de 1815, que el Austria ha invocado en la reciente guerra de Italia terminada con la paz de Villafranca, establecian el siguiente arreglo en la Península:

El reino de Nápoles y la Sicilia quedaban reunidos bajo el cetro del hijo de Carlos III que, despues de haberse llamado Fernando IV en Nápoles y Fernando III en Sicilia, tomó el título de rey de las Dos Sicilias con el nombre de Fernando I. Pio VII volvió á tomar posesion de los Estados romanos, inclusos los principados de Benevento y de Pontecorvo, enclavados en el reino de Nápoles, con los mismos límites que tenian antes de la invasion francesa, aunque el Austria se reservaba la parte del territorio de Ferrara situada en la ribera izquierda del Pó, y se arrogaba el derecho de tener guarnicion en la ciudadela de Ferrara y en Comacchio. Fernando III recobró el gran ducado de Toscana con los límites que tiene en el

dia, á excepcion del territorio de Luca que quedaba en favor de la reina de Etruria y de su hijo. Francisco IV, hijo del archiduque Fernando y de Beatriz de Este, único heredero de Hércules Reinaldo, quedó en posesion del ducado de Módena, exceptuando el Estado de Massa y Carrara que se devolvió á la archiduquesa Beatriz, para reunirse á su muerte con los demás Estados de Francisco IV. Diéronse Parma y Plasencia á la viuda de Napoleon, declarando que este Estado habia de pasar despues de la muerte de María Luisa á los Borbones que reinaban en Luca. El rey de Cerdeña recobró todo el territorio que constituia sus Estados el 1.° de enero de 1792, á excepcion de algunos pueblos de la Saboya, que se cedieron á Francia y Suiza, y poseyó además el ducado de Génova. El Austria se quedó con la parte del leon, porque además de todas sus antiguas posesiones, como la Istria, la Iliria, la Dalmacia y el territorio de Ragusa, se adjudicó las provincias lombardo-venetas con la Valtelina, Bormio y Chiavenna, es decir, el magnífico y vasto país que se extiende desde los Alpes al Pó y desde el Tessino al Adriático.

III.

Las semillas que habia dejado en Italia el paso de los ejércitos republicanos principiaron á brotar cuando los reyes volvieron á sentarse en sus tronos, pero la reaccion se presentaba con aspecto tan amenazador, que los defensores de las ideas del 89 se vieron obligados á llevar adelante su obra en el silencio y la oscuridad, y nacieron y se desarrollaron en todos los ámbitos de la Península las sociedades de los *carbonari*. La reaccion creó entonces las sociedades de los *calderari* y *sanfedistas* para combatir con las mismas armas el espíritu liberal; pero el absolutismo, tan fanático como cruel, se habia propuesto el exterminio de sus adversarios, y exigia la siguiente profesion de fe á sus adeptos:

«Juro ser constante en la defensa de la causa santa que he abrazado, no per-
«donar á ningun individuo que pertenezca á la infame secta de los liberales, y no
«tener compasion alguna de las lágrimas de los niños ni de los ancianos, ni consi-
«deracion al sexo ni á la categoría.»

Victor Manuel I, cediendo á los consejos del partido realista, publicó un decreto suprimiendo todo lo que habia establecido la dominacion francesa, y órdeno destituciones en masa, tanto en la magistratura como en la administracion y el ejército. Esta deplorable medida dividió el país en dos campos, el de lo pasado ó de los realistas, y el del porvenir ó de los liberales, y no satisfecho con el tratado de alianza con el Austria, por el cual se comprometia á tener á disposicion de esta potencia un ejército de treinta mil hombres, y con un concordato que destruia lo que habia establecido el de Napoleon en 1805, Victor Manuel I restableció los conventos y los mayorazgos, y convirtió al clero y á la nobleza en verdaderos soberanos del Estado.

La independencia que hasta cierto punto habian disfrutado los lombardo-venetos bajo el reino de Italia, porque el país tenia entonces su ejército y su bandera, se convirtió en el régimen mas opresor que haya pesado jamás sobre un pueblo; mientras los tudescos invadian la mayor parte de los empleos, y los soldados italianos eran incorporados en el ejército austriaco y enviados á las provincias mas lejanas del imperio, se ponia en vigor el Código austriaco, se restablecian los conventos y los mayorazgos, y se suprimian todos los periódicos, á excepcion de la *Gaceta de Milan*, que era el órgano del gobierno. Respecto á la instruccion pública, Francisco II decia á los profesores de Pavía estas célebres palabras: «Sabed, señores, que tengo muy pocos deseos de ver aumentarse en mis
«Estados el número de los sábios y los literatos, y que ante todo quiero súbditos-

«fieles y adictos.» Pero el instrumento mas poderoso del gobierno austriaco era la policía, cuyas redes se extendian á las aldeas mas insignificantes. Hé aquí como se ponia en práctica este sistema de espionaje. En un pueblo, aldea, villa ó ciudad, el vigilante oficial de la municipalidad era el comisario de policía del distrito, pero este era vigilado por su inferior, y así sucedia hasta llegar al último eslabon de la cadena. No es extraño, por consiguiente, que los italianos, al ver frustradas sus esperanzas de libertad é independencia, formasen un inmenso partido que, bajo el nombre de *carbonari*, reunió á los liberales de todos los matices.

En tanto que el emperador de Austria visitaba las provincias lombardo-venetas y recorria el resto de la Península, recibiendo de todos los príncipes italianos una acogida mas propia de vasallos que de soberanos, los *carbonari* preparaban en Nápoles la revolucion que debia ser un eco de la de España. El carbonarismo era tan poderoso en aquella época, que habia penetrado en todas las clases de la sociedad y especialmente en el ejército, y apenas se sublevaron algunos pueblos de la provincia de Salerno y de la Basilicata, cuando el general Guillermo Pepe se vió al frente de siete mil hombres, y el rey obligado á publicar el siguiente decreto:

«Se adoptará en el reino de las Dos Sicilias la Constitucion española de 1812, «sancionada por S. M. Católica en el mes de marzo del presente año (1820), á ex«cepcion de las modificaciones que la representacion nacional crea que debe pro«ponernos, para adaptarla á las circunstancias particulares de los Estados del «rey.»

La revolucion habia costado poca sangre, pero para sostenerla era preciso propagar el movimiento sin demora al resto de la Península, ó en otros términos, convertir un movimiento parcial en sublevacion general y en cruzada contra el enemigo implacable de toda libertad allende los Alpes. El general Pepe y los jefes del carbonarismo no comprendieron por desgracia esta verdad, y solo pensaron en verificar su entrada triunfal en Nápoles el 9 de julio de 1820, con gran terror del rey Fernando que se ocultó en el palacio, en tanto que el duque de Calabria hacia esfuerzos para disimular sus verdaderos sentimientos. Jamás se representó mejor una comedia política; el rey recibió á Pepe, y le dijo que habia prestado un eminente servicio á la nacion, y que le daba las mas expresivas gracias, y cuando prestó el juramento, pronunció estas palabras, puestas las manos sobre el Evangelio y los ojos fijos en la Cruz: «Dios omnipotente, cuya mirada infinita «lee en mi alma como en el porvenir, lánzame uno de tus rayos al instante si «miento ó si debo faltar á mi juramento algun dia.»

Se reunió el parlamento, se adoptaron medidas urgentes, como la libertad de todos los presos políticos, la organizacion de las milicias provinciales y la rebaja del impuesto de la sal; se mejoraron las leyes y la administracion del Estado; se hicieron reformas en los cargos de la magistratura, y hasta se propuso el establecimiento del jurado.

El Austria habia declarado en julio de 1820 que no permitiria que se atentara contra los tratados de 1815, ni contra los derechos de los príncipes italianos, y puesta de acuerdo en Troppau con Rusia y Prusia, publicó una declaracion mas explícita aun, en tanto que Inglaterra reprobaba los proyectos de intervencion de las tres potencias absolutistas, aunque sin dar paso alguno para combatirla, y el gobierno francés se adheria á los principios sentados en Troppau, y aconsejaba al rey de Nápoles que modificase la Constitucion para calmar la inquietud de los soberanos coaligados. Fernando I quiso partir á Leybach á defender, segun decia, ante los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia la Constitucion; pero se aprovechó de la candidez del parlamento, que le dió permiso para salir del rei-

no, y se embarcó en un buque inglés, dejando á su hijo, el duque de Calabria, al frente del Estado.

Los tres soberanos publicaron un manifiesto en el congreso de Leybach, declarando que estaban prontos á destruir con la fuerza de las armas el nuevo régimen establecido en Nápoles en el caso que Fernando no pudiera conseguirlo. El parlamento se negó á aceptar la proposicion que le dirigió el rey en tan crítica circunstancia, y los austriacos invadieron el reino, mandados por el general Walmoden que derrotó al general Pepe en la llanura de Rieti el 7 de marzo de 1821, y entró en Nápoles en medio de la consternacion general y en el momento que la cámara, representada por veinte y dos diputados, añadia, antes de ser disuelta por la fuerza, una nueva protesta á la que cuatro dias antes habia redactado

Los *carbonari* hicieron algunas manifestaciones en el resto de Italia durante el breve período constitucional de Nápoles, pero produjeron insignificantes resultados. Los de los Estados romanos, despues de esperar en vano que la revolucion del Piamonte respondiera á la de Nápoles, tuvieron que renunciar á su proyecto, cuando las fuerzas austriacas se dirigieron á las fronteras napolitanas; la Toscana, que no podia quejarse de su gobierno, permaneció tranquila, en tanto que los *carbonari* de los ducados de Parma y Módena organizaban sus fuerzas, y los de Bolonia esparcian proclamas revolucionarias; y finalmente, los liberales lombardos, cuya accion estaba subordinada á la del Piamonte, iban á secundar el movimiento de este país, cuando paralizó de pronto su proyecto la derrota de Rieti.

Las sociedades secretas habian hecho igualmente numerosos adeptos en el Piamonte desde 1816, siendo la mas notable por la índole de sus tendencias la de los *federados,* cuyo objeto principal era el engrandecimiento de la casa de Saboya, con condicion de que asegurase esta la independencia italiana. El proyecto de los federados consistia en dividir la Italia en tres grandes Estados, el del Norte, el del Centro y el del Mediodía, sin dejar al Papa mas que la ciudad de Roma, y de completo acuerdo con los liberales lombardos, reconocian por jefe supremo al príncipe de Cariñan, que posteriormente reinó con el nombre de Carlos Alberto.

En 1821 estallaron algunos movimientos de insurreccion en Alejandría, en Fossano y en Turin, que obligaron á Victor Manuel I á abdicar en favor de su hermano Carlos Félix, designando regente del reino al príncipe de Cariñan. El regente se decidió, tras una vacilacion que revelaba la debilidad de su carácter, á proclamar la constitucion española; pero á los pocos dias huyó de Turin con dos regimientos de caballería, la artillería ligera y los guardias de corps, dejando el gobierno en manos de una junta provisional. Esta resolucion incalificable se debia á una declaracion hecha desde Módena por Carlos Félix en que consideraba nulo todo lo que se habia establecido desde la abdicacion de su hermano; aunque forzoso es confesar tambien que el regente obraba por interés personal, y que al abandonar á los liberales, que hasta entonces le habian considerado como jefe, solo se acordó de su cualidad de heredero presunto de la corona. Completó su desercion dirigiéndose al campo austriaco, donde fue objeto del desprecio del general Bubna, despues á Módena, donde Carlos Félix se negó á recibirle, y finalmente á Florencia, donde permaneció al lado del gran duque. El ejército de la junta provisional fué completamente derrotado por los austriacos bajo los muros de Novara, como lo habia sido antes el general Pepe, y los soldados de Austria ocuparon el Piamonte como habian ocupado el reino de Nápoles, de modo que el único y verdadero soberano de Italia era el emperador Francisco II.

Una de las primeras medidas del gobierno de Nápoles contra los que el rey Fernando llamaba rebeldes, olvidándose de su juramento, fué el desarme general del país, llevado á cabo con tal rigor, que era inmediatamente fusilado el que lle-

vaba una arma cualquiera, aunque fuese un cuchillo de mesa, y al mismo tiempo un decreto imponia pena de muerte á todos los prosélitos del carbonarismo. Estableciéronse comisiones inquisitoriales con órden de escudriñar la conducta de todos los empleados civiles y militares, disposicion que acarreó destituciones en masa; se creó una censura severa; se publicó una amnistía general, que no impidió las prisiones, y subieron al caldalso durante los primeros meses de la reaccion mas de setecientas personas.

Carlos Félix nombró al conde de Thaon de Revel teniente general del Piamonte, y se constituyó una comision destinada exclusivamente á averiguar y castigar los crímenes de alta traicion, de rebelion y de insurreccion perpetrados con objeto de llevar á cabo ó sostener la supresion del gobierno legítimo. Esta comision sentenció á muerte á setenta y tres personas; pero como la mayor parte se hallaban ausentes, fueron ejecutadas en efigie despues de despojarlas de sus bienes. Tambien se establecieron comisiones inquisitoriales como en Nápoles, se cerraron las universidades de Turin y de Génova, se declararon nulos los exámenes sufridos por los estudiantes durante el breve período constitucional, y se publicó igualmente una amnistía real, con excepciones tan numerosas, que solo aprovechó á los malhechores.

El reino lombardo-veneto presenció tambien persecuciones no menos severas antes y despues de la revolucion del Piamonte, haciéndose célebre el *cautiverio de Spielberg* que cuentan en obras muy notables y conocidas algunos escritores que fueron en aquella época víctimas del Austria. Los condenados á aquella horrible prision estaban cargados de pesadas cadenas, dormian sobre paja en oscuros subterráneos, y algunos perecian de hambre como Oroboni, el coronel Moretti, Villa y Albertini.

A fines del año 1822, se celebró el congreso de Verona, donde se reunieron casi todos los soberanos de Europa con sus principales diplomáticos, como Chateaubriand, Metternich, Nesselrode y Pozzo di Borgo.

Entre otras varias materias que se trataron en aquel congreso, ocuparon principalmente la atencion de los soberanos las medidas que debian adoptarse respecto de la revolucion de España, y de la ocupacion del Piamonte y de Nápoles por el Austria. Esta potencia se empeñaba naturalmente en prolongar indefinidamente la ocupacion de los Estados sardos y de las Dos Sicilias, con el doble interés de acrecentar su tesoro y su poderío, en tanto que Rusia y Francia, apoyadas por el cardenal Spina en nombre del Papa, conseguian que se extipulase entre los plenipotenciarios austriaco, ruso, prusiano, y sardo, que las tropas austriacas evacuarian inmediatamente á Verceil, Vigevano y todos sus acantonamientos situados en la ribera izquierda del Pó, lo cual debia disminuir el cuerpo de ocupacion de cuatro mil hombres; que posteriormente evacuarian á Casal, Voghera, Tortone, Castelnuovo y otros puestos fortificados de la ribera derecha, y que finalmente, el resto de las tropas ocuparia á Verona y Alejandría hasta el 1.º de octubre de 1823, en cuya época habian de estar evacuados completamente los Estados sardos. El rey de Nápoles se manifestó menos deseoso de consentir en la partida de los austriacos, pero tuvo que ceder á que su número se redujese considerablemente. Aquel célebre congreso no propuso medio alguno para mejorar la suerte de Italia, y la época que medió desde entonces hasta 1830 fué una larga série de persecuciones de los gobiernos contra los que seguian las doctrinas liberales.

Muerto Pio VII en agosto de 1823, despues de un pontificado de veinte y tres años, los cardenales, reunidos en cónclave, se dividieron en dos bandos, y eligieron por fin al cardenal Della Genga, que tomó el nombre de Leon XII, el cual suprimió la comision encargada de la vacuna, entre otras innovaciones mas ó

menos inexplicables; pero se mostró clemente con varias personas acusadas de asesinatos políticos en la Romanía, conmutando la pena de muerte en cárcel perpétua.

La Italia central era entonces el teatro predilecto de las sociedades secretas, y se contaban, además de los *carbonari*, los *hermanos artistas*, los *defensores de la patria*, los *hijos de Marte*, los *ermolaistas*, los *masones reformados*, los *tiradores americanos*, los *iluminados*, los *adelfos*, y otras varias que se reunieron en el *carbonarismo reformado*, que fué absorbido tambien despues de 1830 por la *Jóven Italia*, fundada por José Mazzini.

Las campiñas estaban invadidas por cuadrillas de salteadores que llegaban hasta las cercanías de Roma, y la deuda pública aumentaba de un modo deplorable, sin que se encontrase alivio á la extrema miseria del país y al desórden de la administracion de la hacienda con los cambios de gobierno, que acarreó el advenimiento de nuevos pontífices. Pio VIII sucedió á Leon XII en marzo de 1829, y á éste Gregorio XVI, que fué elegido en febrero de 1831.

Fernando I continuaba en las Dos Sicilias, ahogando las conspiraciones liberales y persiguiendo á las sociedades secretas que tenian numerosas ramificaciones en todo el reino. La persecucion aumentaba sin embargo su número, pues además de los *carbonari*, existian en Sicilia la del *silencio*, la de los *imitadores del Sand*, la de los *jóvenes espartanos*, la de *Fabio* y la de los *prosélitos de Alfieri*.

El rey de las Dos Sicilias murió de una aplopegía fulminante el 4 de enero de 1825, y ocupó el trono Francisco I, quei nauguró su reinado, haciendo un viaje á Milan para conferenciar con el emperador de Austria, y conseguir que se prolongara por un año mas la ocupacion de las tropas austriacas. Tomó entonces á su servicio seis mil suizos que costaban al Estado triple que los soldados nacionales, se rodeó de favoritos que hacian vergonzoso tráfico de los empleos y dignidades, persiguió como su antecesor á los liberales, y no pudo impedir en el año 1828 una sublevacion que estalló en Salerno al grito de *¡Viva la constitucion francesa!* El movimiento se extinguió fácilmente, nó habiendo sido secundado por la capital ni las provincias, y persiguió á los revolucionarios el general Decarreto, que, despues de haberse señalado por su exaltacion liberal en 1821, cuando era jefe de estado mayor del general Pepe, se habia convertido en uno de los mas ardientes defensores del régimen absoluto.

El rey Francisco partió á España en 1829 á acompañar á su hija Cristina, cuyo enlace con Fernando VII se habia tratado hacia algun tiempo, y quedó al frente del gobierno como vicario general del reino el duque de Calabria, que, á pesar de sus pocos años, dió pruebas de firmeza y de rara aptitud para dirigir los negocios públicos, é inspiró gratas esperanzas que no tardaron en desvanecerse.

El rey Francisco, cuyo viaje costó sumas enormes, sin ningun beneficio para el Estado, regresó á Nápoles algunos dias antes de la revolucion de julio, y murió el 8 de noviembre de 1830.

Los Estados sardos gozaban bajo el cetro de Carlos Félix una paz envidiable y raras veces turbada por persecuciones y movimientos revolucionarios, lo cual era debido al régimen, aunque despótico, ilustrado y prudente del gobierno del Piamonte. La instruccion pública, la marina, el comercio y la industria hicieron notables progresos en ese intervalo, tan desastroso para los demás países italianos.

Los ducados de Parma, Plasencia y Módena, como verdaderos feudos del imperio, especialmente el primero, estaban á merced del Austria. Francisco IV, duque de Módena, heredó á la muerte de su madre, Beatriz de Este, segun se habia estipulado en los tratados de 1815, el pequeño ducado de Massa y Carrara, además de inmensas cantidades, acrecentadas posteriormente con veinte millones de florines.

El gran ducado de Toscana y el ducado de Luca disfrutaron durante la época de la reaccion absolutista una tranquilidad excepcional, porque no solo no se vieron persecuciones en Toscana, sino que habiendo presentado un dia á Fernando III el embajador de Austria la lista de los toscanos afiliados en el carbonarismo, el gran duque la arrojó al fuego sin leerla. Tampoco se fraguaron durante la misma época conspiraciones, como para demostrar que solo conspiran y se sublevan los pueblos oprimidos y tiranizados. Fernando III murió el 18 de junio de 1824, y Leopoldo II siguió las huellas de su padre hasta la revolucion de julio, protegiendo la agricultura, la industria y las ciencias, dando un noble ejemplo á los demás gobiernos de Italia, y resistiéndose de las pretensiones del Austria que habia tratado de impedir su coronacion hasta que el emperador prestase su consentimiento.

La revolucion francesa de 1830 despertó á la Península de su letargo, y le inspiró esperanzas de recobrar la libertad perdida en 1821. La Italia central fué la primera en sublevarse, confiando en el apoyo del duque de Módena, Francisco IV, y en la cooperacion de Francia; pero el duque faltó á las promesas que, segun aseguraban los conspiradores, les habia hecho, y prendió á los jefes del movimiento, entre ellos á Menotti, á quien se llevó en rehenes cuando huyó á Mantua al recibir la noticia de la insurreccion de Bolonia. El pueblo de Módena, dueño entonces de sus acciones, observó una moderacion que distinguió igualmente los movimientos revolucionarios de los Estados romanos y del ducado de Parma, donde seestablecieron, como en Módena, gobiernos provisionales que, aunque formados de personas honradas, no supieron dirigir al país en circunstancias tan azarosas.

Las tropas pontificias hicieron causa comun con el pueblo, y la revolucion estaba á punto de extallar en Roma, con el apoyo de los dos Bonapartes, hijos del rey de Holanda, cuando estos tuvieron que huir al campo de los insurgentes, despues de haber intentado dar un golpe de mano con una parte de la guarnicion; y el gobierno provisional de Bolonia, temiendo disgustar á Luis Felipe, se negó á aceptar sus servicios, y les envió á Forli, donde murió el primogénito.

María Luisa, archiduquesa de Parma, se retiró á Plasencia, y auxiliada por un cuerpo de austriacos, volvió á hacer respetar su autoridad; y lo mismo sucedió en el ducado de Módena, que invadieron las tropas austriacas y ducales. Los gobiernos provisionales de la Italia central incurrieron en 1831 en el mismo error en que habian incurrido en 1820 y 1821 los revolucionarios de Nápoles y los Estados sardos, no propagando el movimiento á los países limítrofes, y el Austria se apresuró á aprovecharse de su division, primeramente en Parma y Módena, y despues en los Estados romanos, sin que el gobierno de Luis Felipe prestase mas apoyo que la publicacion de una vana protesta.

Los revolucionarios de los Estados romanos, obligados á retirarse ante fuerzas superiores, se dirigieron á Ancona; pero antes de llegar á Rimini fueron vencidos y se vieron precisados á refugiarse en las Marcas. La mayor parte de los insurgentss cayeron prisioneros y estuvieron durante un año en las cárceles de Venecia. El duque de Módena principió á castigar á los que habian cometido la imprudencia de no recurrir á la fuga despues de haberse comprometido en la revolucion, y Menotti fué elegido como víctima expiatoria y subió al cadalso en 25 de mayo de 1831.

Los efectos de la reaccion fueron tan ruidosos en los Estados romanos, y conmovieron de tal modo las cinco grandes potencias de Europa, que estas presentaron colectivamente al Papa en mayo de 1831 un *memorandum*, pidiendo que se hiciesen mejoras positivas en el gobierno del Estado pontificio. Las mejoras que se aconsejaban debian abarcar el sistema judicial y el de la administracion mu-

nicipal y provincial. «En cuanto al órden judicial, decia el *memorandum*, parece que la ejecucion completa y el desarrollo consiguiente de las promesas y principios del *motu propio* de 1816, presentan los medios mas seguros y eficaces de satisfacer las quejas bastante generales, relativas á esta parte tan interesante de la organizacion social. En cuanto á la administracion local, parece que el restablecimiento y la organizacion general de municipalidades, elegidas por el pueblo, y la fundacion de franquicias municipales para arreglar la accion de aquellas con los intereses locales de los pueblos, deberian ser la base indispensable de toda mejora positiva.» Aconsejaba por fin la organizacion de consejos provinciales, la admision de los laicos para los cargos judiciales y administrativos, y el arreglo de la hacienda pública, creando un tribunal supérior de cuentas y una junta administrativa que formase parte de un consejo de Estado.

El cardenal Bernetti, respondió al *memorandum* de las cortes de Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia con una nota llena de promesas solemnes, y posteriormente con un *motu propio*, en que se prescribia lo contrario de lo que habian pedido las cinco grandes potencias.

Cuando Fernando II subió al trono de Nápoles en noviembre de 1830, publicó una proclama en que prometió «cicatrizar las heridas del reino;» pero si se exceptúa el perdon concedido á algunos liberales comprometidos en los movimientos revolucionarios, muy pronto demostró, con la condenacion de doce liberales de Palermo, que el príncipe que tantas esperanzas habia hecho concebir en el reinado anterior á los constitucionales, seria el defensor mas severo del absolutismo.

Carlos Alberto sucedió á Carlos Félix en el Piamonte en 1831, y aunque se le creia animado de tendencias liberales, no modificó en nada el sistema del gobierno, ni inauguró su reinado abriendo las puertas de la patria á los proscritos. Todas sus reformas se redujeron á crear un consejo de Estado, al cual privó de toda iniciativa, pero confió en cambio la cartera de justicia al conde Barbaroux, que extirpó numerosos abusos, tanto en la legislacion como en el órden judicial. Carlos Alberto principió sin duda en aquella época á preparar su venganza contra las humillaciones que habia sufrido del Austria, porque se dedicó casi exclusivamente á la organizacion del ejército.

Las provincias lombardo-venetas estaban mas que nunca sujetas á los rigores del Austria, que miraba con recelo las esperanzas que habian inspirado los acontecimientos de París y la insurreccion de la Italia central: aquella parte de la Península, enteramente desarmada y comprimida por fuerzas superiores, no pudo hacer esfuerzo alguno en defensa de la independencia nacional.

Continuaban las persecuciones contra los liberales en Toscana y en Módena, cuyo ducado ocupaban las tropas austriacas. A consecuencia de temores infundados de una conspiracion fraguada contra la vida del príncipe y su familia, Módena presenció en 1832 medidas rigurosas, que llenaron de terror y ansiedad al país y terminaron con la prision del caballero Ricci, á quien se acusaba de autor de tan sangriento atentado, y que murió fusilado en el mes de julio de aquel año.

Descubriéronse tres conspiraciones en el reino de Nápoles durante los años 1832 y 1833, y se celebró en medio de las persecuciones políticas el enlace de Fernando II con Cristina de Saboya, princesa amada del pueblo por sus virtudes, que murió á principios de 1836, despues de dar á luz al príncipe que ocupa actualmente el trono. Seria imposible enumerar el movimiento secreto que se efectuaba entonces en todo el reino, con ramificaciones que se extendian al resto de la Península, y cuyos efectos se manifestaron en 1837, cuando el cólera invadia la Italia. Sin mencionar los disturbios de Viterbo, ahogados fácilmente, recordaremos

la sublevacion de una parte de los Abruzzos y la tentativa de Calabria. Al mismo tiempo que la epidemia diezmaba la poblacion, entraba en Nápoles la nueva reina, la princesa austriaca, hija del archiduque Carlos, que Fernando II habia preferido á una de las hijas de Luis Felipe.

Cuando el cólera invadió la isla de Sicilia, las autoridades huyeron con un gran número de empleados subalternos, y el país quedó sumido en el mas espantoso desórden. Cometiéronse graves excesos, originados por el temor de los envenenamientos; el furor popular se cebó en los agentes del poder ó en los habitantes que tenian fama de serles adictos; se interrumpieron las comunicaciones entre las ciudades; la falsa noticia de la insurreccion de la capital influyó en los movimientos de Siracusa y Catana, y mientras la hez del populacho cometia excesos deplorables al grito de ¡mueran los envenenadores! ciudades populosas continuaban abandonadas de sus autoridades, y perdiendo la sexta parte de su poblacion en quince dias, como sucedió en Palermo.

Cuando el gobierno de Nápoles supo lo que pasaba en Sicilia, envió dos cuerpos de ejército, uno bajo las órdenes del general Desauget, que se dirigió á Palermo, y otro mandado por el ministro de la guerra Delcarreto, quien tomó el camino de Mesina, llevando ámplios poderes para castigar á los revolucionarios de las tres provincias de Mesina, Siracusa y Catana. Cuando llegaron las tropas se habia verificado ya una contrarevolucion en las ciudades, y solo quedaban con las armas en la mano algunos habitantes de las aldeas Delcarreto puso á precio ciento sesenta cabezas, cuyas cantidades variaban, segun la importancia de las personas, de ciento veinte á trescientos ducados; pero debemos decir en honor del pueblo siciliano que ni una sola cabeza fué presentada al proconsul de Fernando II. Prendiéronse sin embargo muchas personas, y fueron pasados por las armas cincuenta y ocho revolucionarios, entre los cuales se contaba un niño de catorce años.

La muerte del emperador de Austria, Francisco II, en 2 de marzo de 1835, no alivió la desgraciada suerte del reino lombardo-veneto. Habian trascurrido dos años desde el advenimiento de Fernando I, cuando, con motivo de su coronacion en Milan, se publicó una amnistía general. pero con condiciones tan humillantes, que ningun proscrito se aprovechó de ella para volver á su patria. El gobierno de Viena agobió á los pueblos con nuevos impuestos, y la ley sobre el timbre se extendió á todo, hasta á los naipes, bajo pena de multa, que no solo pagaban los fabricantes, sino tambien los jugadores. Los impuestos sobre los consumos estaban arrendados, lo cual era orígen de vejaciones continuas para los contribuyentes porque, deseando los arrendadores sacar del impuesto todo el beneficio mayor posible, se valian de medios rigurosos y de investigaciones odiosas. Para formarse una idea del exceso de contribucion que pesaba sobre este desgraciado país desde 1814, bastará decir que la extension del reino lombardo-veneto no excede de la décimaoctava parte de la superficie total del imperio de Austria, y que, sin embargo, estaba recargado con la cuarta parte de los impuestos generales.

La posicion de los Estados sardos, comparada con la del reino lombardo-veneto, era digna de envidia, porque á pesar de su gobierno despótico y de que ejercian una influencia excesiva el clero y la aristocracia, al menos las cargas públicas no eran tan pesadas, los hombres que estaban en el poder se distinguian por su probidad, la instruccion pública hacia considerables progresos, y eran bien administradas las rentas públicas y la justicia. Desgraciadamente el carácter débil y vacilante de Carlos Alberto era una rémora para el curso normal de las leyes y de las obras del gobierno, y citaremos un ejemplo relativo á la publicacion del ***Código Albertino***, coleccion de leyes, aunque inferiores á las francesas, infinitamen-

te superiores á la antigua legislacion. El conde Barbaroux habia conseguido que se excluyera el título referente al derecho de primogenitura; pero el rey, cediendo á la presion de una parte de la nobleza, lo mandó publicar aparte algun tiempo despues, obligando al conde á retirarse del gobierno. Al mismo tiempo que Carlos Alberto parecía humillarse ante el Austria, auxiliaba bajo mano á D. Carlos y á D. Miguel en España y Portugal, y si no favorecia los manejos de la duquesa de Berry y de los legitimistas franceses, era por temor al poder mas inmediato de Luis Felipe. Su conducta se resentia de su carácter inconstante, lo cual era causa de que le mirasen con igual desconfianza el partido liberal y el retrógado; vacilando entre sus dos ministros, el conde della Margherita y el marqués de Villamarina, jefe el uno del partido absolutista, y representante el otro del liberal, Carlos Alberto no seguia una semana la misma política.

Principió, sin embargo, á manifestar con franqueza su antipatía hácia el Austria en 1840, con motivo de una nota del príncipe Schwarzenberg, embajador cerca de la corte de Turin, relativamente á la ocupacion por las tropas imperiales de algunas posiciones en el Piamonte, en el caso de que estallase la guerra que se temia á consecuencia de la cuestion de Oriente. Carlos Alberto rompió por fin con sus hábitos de reserva é indecision, declaró resueltamente que no toleraria violacion alguna de sus derechos, y que sostendria á toda costa la neutralidad del Piamonte. Los patriotas italianos aplaudieron con entusiasmo su contestacion.

La situacion de los Estados romanos era de dia en dia mas triste, porque á los estragos del cólera se habia agregado la miseria que el gobierno no podia aliviar á causa del estado deplorable de las rentas públicas. El descontento público, originado por haber ascendido el presupuesto en pocos años de cuatro millones de ducados á cerca de doce, produjo nuevas turbulencias, para cuya represion echó mano el gobierno romano de un recurso gravoso, cual fué el alistamiento de cinco mil suizos.

La Toscana y el ducado de Luca disfrutaban en tanto la mayor tranquilidad, pues los gobiernos de estos dos paises tuvieron el talento de no seguir la corriente contraria de la opinion pública. En Luca casi no se dejaba sentir la autoridad, porque Carlos Luis de Borbon entregaba el poder en manos de sus ministros, y se convertia de pronto al protestantismo, para abjurar algun tiempo despues sus nuevas creencias delante del patriarca de Venecia.

El gran duque Leopoldo permitia en Pisa, en 1839, la primera reunion de esos congresos científicos que, enlazando las inteligencias y al mismo tiempo las notabilidades liberales de la Península, debian contribuir eficazmente á activar el movimiento que empezaba á manifestarse en los ánimos. El ejemplo de Leopoldo II fué imitado en Turin, en 1840, por Carlos Alberto, y tomando desde entonces mayor fuerza la opinion pública, estimuló el celo de los demás gobiernos, á excepcion de los de Módena y Roma.

La posicion de Sicilia continuaba como en la época de las sublevaciones suscitadas indirectamente por el cólera. La falta de vias de comunicacion, de que se quejaba el reino de Nápoles, era casi absoluta en Sicilia, donde no habia mas carreteras que la de Palermo á Mesina y la de esta ciudad á Catana. «Las obras públicas, dice el escritor absolutista Bianchini, á cargo de las provincias ó municipalidades, se hallaban en la mas triste condicion, de modo que Sicilia se encontraba bajo este punto en el mismo estado que hace cuatro ó cinco siglos, y á excepcion de algunos caminos mal construidos y peor conservados, las vias destinadas á poner en comunicacion las diferentes localidades, eran tan escabrosas é intransitables, que solo se podia cruzarlas sobre mulos y exponiendo la existencia al recorrer las angostas sendas rodeadas de precipicios. Inmensas campiñas desiertas, condenadas

á la esterilidad mas completa, demostraban, tanto la incuria de los habitantes, como los defectos ó la inobservancia de las leyes políticas y civiles. Las corrientes de agua no se utilizaban para la agricultura ni para la industria, y los establecimientos manufactureros eran muy raros y hasta desconocidos en ciertas comarcas.» Este país que antiguamente se consideraba como el granero de Italia, no exportó en 1839 un solo saco de trigo al extranjero, y por el contrario, lo recibió en cantidad considerable. La censura era tan rígida en Sicilia, que se prohibian en Mesina y Palermo las obras impresas en Nápoles y que circulaban libremente por el resto del reino.

Durante el año 1840 se suscitó la famosa cuestion de los azufres que se zanjó con la humillacion del rey de Nápoles.

El gobierno napolitano habia hecho en julio de 1838 un contrato con una sociedad francesa, que, además de ser ruinoso para el país, perjudicaba los intereses de algunos súbditos de Inglaterra. Despues de dos años de inútiles reclamaciones, habiendo exigido formalmente Inglaterra la anulacion del contrato, Fernando II se negó á ceder; pero la presencia de una escuadra inglesa delante de Nápoles le obligó, con la captura de algunos buques napolitanos, á conceder por la fuerza lo que habia negado á los medios diplomáticos. La Sicilia tuvo que pagar una indemnizacion á la compañía francesa y á los ingleses, despues de haberse perjudicado con el contrato.

Entre los movimientos de mas importancia de aquella época, mencionaremos la insurreccion de Aquila, capital de los Abruzos, en setiembre de 1841, y la desgraciada tentativa de los hermanos Bandiera.

La insurreccion de Aquila fué ahogada fácilmente, y dió origen á un proceso en que fueron condenados á muerte doce personas, y ciento veinte á presidio perpetuo.

Los hermanos Bandiera, hijos de un almirante austriaco y oficiales de la marina imperial, se decidieron á exponer su vida para arrancar al partido liberal italiano del letargo en que yacia. Habiendo logrado sobornar una parte de las tripulaciones de la escuadra austriaca, que como es sabido, estaba casi completamente tripulada por italianos, de acuerdo con las sociedades secretas la *Jóven Italia* y la *legion itálica*, trataron de efectuar un desembarco en Sicilia por medio de la fragata *Bellona*. Se descubrió, sin embargo, la conspiracion antes de llevar á cabo su intento, y los hermanos Bandiera huyeron á Corfú, desde cuyo punto combinaron otra tentativa no menos atrevida. Desembarcaron en Sicilia con diez y ocho compañeros en las inmediaciones de Crotona; pero fueron pronto descubiertos y perseguidos, y pagaron con la muerte su temeraria audacia.

La opinion pública era de dia en dia mas favorable á las ideas de libertad é independencia nacional, y todo anunciaba que no estaba lejano el dia de las grandes conmociones políticas. Leíanse en toda Italia los folletos publicados por los proscritos, distinguiéndose entre estos el abate Gioberti, el cual, despues de haber dado á luz varias obras filosóficas, ó por mejor decir, teológicas, publicó á principios de 1843 un libro titulado: *De la supremacía civil y moral de los italianos*, que aunque bastante temida en sus conclusiones, pues se reducian á proponer una confederacion entre los gobiernos, incluso el de Austria, bajo la presidencia del pontífice, causó tanta exasperacion á los príncipes italianos como al Austria Cesar Balbo publicó tambien entonces sus *Esperanzas de Italia*, obra basada especialmente en el principio de la independencia nacional, y los medios que proponia para conseguir tan grandiosa empresa consistian en que el Austria renunciase espontáneamente al reino lombardo-veneto. Decia, olvidando los inmensos sacrificios que habia hecho aquella potencia desde 1796 á 1814 para conservar y re-

cuperar las posesiones italianas, que la disolucion mas ó menos próxima del imperio otomano daria al Austria compensaciones suficientes en el Danubio.

Los liberales exaltados excitaban al pueblo á la rebelion, valiéndose de declamaciones que respiraban odio y venganza; pero Balbo y todos los escritores de su escuela, que llamaban *liberales moderados*, á los cuales se agregaron los que se habian desanimado al ver que todas las tentativas eran inútiles, aconsejaban los medios pacíficos en vez de recurrir á la revolucion, ó en otros términos, que se sustituyera la iniciativa nacional con la de los príncipes.

Las persecuciones continuaban en tanto contra los liberales en la mayor parte de los estados de la península, especialmente en la Romanía, donde se alzó Pedro Renzi al grito de *¡viva la reforma! ¡abajo el mal gobierno!* al mismo tiempo que Beltrami se esforzaba en propagar el movimiento revolucionario por el resto de los estados romanos. Las tropas suizas obligaron á los insurgentes á buscar un asilo en Toscana, cuyo gran duque, á instancias del Austria y del nuncio pontificio, entregó á los revolucionarios, y este acto indujo á M. de Azeglio, liberal de la escuela reformista, á publicar su folleto titulado: *de los acontecimientos de la Romanía.*

Los sangrientos desastres de Galitzia y la confiscacion de la república de Cracovia hicieron pronunciar á lord Palmerston en aquella época las siguientes palabras: «Si se declaran nulos en el Vístula los tratados de 1815, podrán declararse tambien nulos tarde ó temprano en el Rhin ó el Pó;» palabras que produjeron profunda sensacion en Italia, por cuanto los patriotas italianos creian desde 1831 que su causa estaba íntimamente enlazada con la de Polonia.

Principió el año 1846 con la muerte del duque de Módena, Francisco IV, pérdida que lamentó el partido sanfedista del cual era jefe supremo; y su hijo, Francisco V, en vez de inaugurar su reinado con las reformas que le aconsejaba su ministro Riccini, respondió que para evitar las revoluciones tenia á su disposicion, además de sus tropas, las trescientas mil bayonetas del emperador de Austria, y que nada tenia que reformarse en su ducado.

El gobierno de Parma era cada vez peor á medida que envejecia la archiduquesa y que ganaba terreno la influencia austriaca.

El gobierno pontificio se negaba igualmente á introducir las reformas que aconsejaba Rossi, enviado de embajador á Roma por el rey Luis Felipe, é indudablemente hubiera estallado una revolucion á no haber muerto Gregorio XVI el 1.° de junio de 1846. La esperanza de que el nuevo sumo pontífice trataria de poner remedio á los males que afligian al país, fué lo único que impidió un conflicto, pero continuó reinando una sorda agitacion que calmaron los esfuerzos del partido liberal moderado.

Los cardenales se reunieron en el Quirinal el 13 de junio, y tres dias despues dieron su voto á Juan Mastai Ferrati, que tomó el nombre de Pio IX, y adoptó, desde el momento en que subió al trono pontificio, una política diferente de la que habia seguido su antecesor.

Su advenimiento tuvo lugar el 16 de junio, y hasta un mes despues no publicó la amnistía; pero este acto esencialmente reparador y que hacia indispensable el número inmenso de expatriados ó condenados por delitos políticos que vagaban por tierra extranjera ó poblaban las prisiones del Estado, fué llevado á cabo de modo que se atenuó la mayor parte de su trascendencia. Advertimos en primer lugar que fueron excluidos de la amnistía los eclesiásticos, los militares y los empleados del gobierno, y que el decreto se expresaba de esta manera en el preámbulo al hablar de los presos por delitos políticos: «Se exime de su castigo á todos nuestros súbditos que estén actualmente sufriendo condena por delitos políticos,

con la condicion de que declaren solemnemente por escrito que en ninguna época y bajo ningun concepto abusarán de esta gracia, y que cumplirán en lo sucesivo todos los deberes de fieles y sumisos vasallos.» Se concedia á los numerosos proscritos de los Estados romanos el plazo de un año para *manifestar á los nuncios apostólicos su deseo de aprovecharse de este* acto de soberana clemencia; finalmente, la proclama pontificia terminaba con estas palabras: «Pero en el caso de que saliesen fallidas nuestras esperanzas, nos veríamos precisados á recordar, con el mas amargo pesar, que si la clemencia es el atributo mas precioso de la soberanía, su primer deber es la justicia.»

Tal fué la primera medida liberal adoptada por Pio IX, que fué acogida con general entusiasmo, lo mismo que los actos posteriores del nuevo pontífice, el cual, al tomar las riendas del gobierno, en vez de nombrar un secretario de Estado en reemplazo del cardenal Lambruschini, que habia desempeñado este cargo en los últimos años del reinado de Gregorio XVI, creó una comision consultiva, en la que, al lado de los cardenales Amat y Gizzi, que gozaban de cierta popularidad, se vieron á los secretarios del anterior pontificado. No elevó al cargo de secretario de Estado al cardenal Gizzi hasta el mes de agosto de 1846, y entonces se inauguraron las reformas deseadas, y que valieron al pontífice entusiasta ovaciones, recordando entre otras la de 8 de setiembre que fué de las mas solemnes. Dirigia estas manifestaciones populares un mercader de vinos llamado Angel Brunetti, á quien el pueblo conocia con el apodo de *Cicerovachio*, esto es, Ciceron el Valiente, á causa de su elocuencia y su valor.

Habiendo muerto Daniel O'Conell en Génova en el momento en que se preparaba á partir para Roma, celebráronse en honra suya magníficas exequias, y el padre Ventura pronunció un sermon lleno de ideas liberales y rebosando patriotismo, que produjo un efecto sorprendente porque el orador habia pertenecido al partido retrógado.

La ciudad de Milan presentó aquel mismo año un espectáculo interesante. Una multitud inmensa, compuesta de personas de todas las clases, asistia á los funerales de Confalonieri, una de las víctimas del Austria, que, despues de haber pasado trece años en los calabozos de Spielberg, vivió diez mas en el destierro; pero con una salud tan delicada á consecuencia de las privaciones del cautiverio, que parecia una sombra evocada del sepulcro. Los milaneses, despues de sus exequias, abrieron una suscricion destinada á subvenir los gastos de un monumento que se proponian erigirle en Hospenthal, donde habia muerto Confalonieri. Este proyecto era una protesta contra la dominacion extranjera, y el Austria reconoció con asombro que, despues de haber hecho tantos esfuerzos para ahogar en Italia las ideas liberales y el sentimiento nacional, se despertaba con mas vigor que nunca el sentimiento de libertad ó independencia.

Pio IX se decidió en marzo de 1847 á publicar el decreto relativo á la prensa, que no era en realidad mas que una medida destinada á suavizar la censura; pero que permitió la fundacion de varios periódicos políticos, de los cuales el mas importante fué el *Contemporáneo*, redactado principalmente por Sterbini y el marqués Potenziani.

Un nuevo *motu proprio* creaba el 14 de abril una *consulta de Estado*, compuesta de veinte y cuatro diputados que el pontífice habia de elegir en listas de tres personas presentadas por los prelados encargados del gobierno de las provincias. Esta consulta, que los romanos elogiaron porque era en cierto modo una representacion nacional, no se reunió hasta el 15 de noviembre del mismo año, y al celebrarse su apertura, Pio IX dijo contestando al cardenal Antonelli, presidente de la consulta: «Que les daba las gracias por sus buenas inten-

ciones; que desde el primer momento de su elevacion al trono pontificio, habia hecho por el bien público todo lo que habia podido, segun los consejos inspirados de Dios, y estaba dispuesto á conceder todo lo que fuera justo; pero sin menoscabar la soberanía del pontificado, porque era un depósito sagrado que debia trasmitir á sus sucesores tan íntegro como lo habia recibido; que tenia por testigos á tres millones de súbditos y á toda la Europa de cuanto habia hecho hasta entonces para granjearse el afecto de sus súbditos, y conocer de cerca sus necesidades para satisfacerlas; que con objeto de conocerlas mejor y de acceder á las exigencias del pueblo, les habia reunido en consulta permanente para oir en caso de necesidad sus pareceres, y para ayudarle en sus resoluciones soberanas, en las cuales consultaria su conciencia.»

S. S. pronunció su discurso con cierto calor, y añadió despues con su bondad y dulzura habituales, que confiaba en la cooperacion de los diputados para impedir que ciertas personas que, no teniendo nada que perder, viven del desórden y las rebeliones, no abusasen de las concesiones que acababa de otorgar, y para ayudarle á idear las medidas mas útiles para la seguridad del trono y la verdadera felicidad de sus súbditos.

Pio IX habia nombrado cuatro nuevos cardenales, entre ellos al prelado Antonelli, á quien, á pesar de su impopularidad, habia elevado á la categoría de ministro con otros cardenales no menos conocidos por sus ideas anti-reformistas, por cuya razon el 16 de junio, aniversario de su advenimiento, el pueblo le victoreó gritando: *¡Viva Pio IX, pero solo!* como atribuyendo á los ministros la marcha lenta é indecisa del gobierno. El cardenal Gizzi prohibió las manifestaciones populares, y el descontento llegó á ser tan general, que el pontífice se vió obligado á conceder la institucion de la guardia nacional de la metrópoli para tranquilizar los ánimos; pero una conspiracion descubierta en Roma el 14 de julio, conspiracion organizada por el partido sanfedista, le indujo á hacerla extensiva al resto del Estado.

El gran duque de Toscana, impulsado incesantemente por la opinion pública como Pio IX, consintió al principio en reformas parciales como la rebaja del porte de los periódicos extranjeros, la supresion de algunas oficinas de aduana, la abolicion de la policía, y la creacion de una comision encargada de reformar las leyes penales; pero viéndose de dia en dia mas apremiado, concedió por decreto del 6 de mayo de 1847 cierta libertad á la prensa, creó igualmente el 25 de agosto una consulta, y acabó por ceder al deseo general instituyendo en setiembre la guardia urbana. Esta última concesion, que dió lugar á la solemne fiesta del 12 del mismo mes, fué debida á las turbulencias de la ciudad de Siena, en que un estudiante llamado Petronici sucumbió bajo las bayonetas de los carabineros, y á la excitacion que habia causado en Toscana el doble hecho de la conspiracion sanfedista descubierta en Roma, y la ocupacion de Ferrara por los austriacos.

La nueva ley de imprenta permitió la fundacion de una multitud de periódicos, entre los cuales se distinguieron el *Alba*, dirigido por la Farina; la *Patria*, que contaba entre sus redactores al abate Lambruschini y al abogado Salvagnoli; la *Italia*, fundada en Pisa por Montanelli y Centofanti, y el *Correo liornés*, cuyo director era Guerazzi. Todos estos periódicos prestaron eminentes servicios á la causa italiana.

El gobierno de Parma permanecia estacionario en medio de este movimiento de los ánimos, y únicamente contribuyó á las reformas exigidas por el deseo público con un reglamento de correos, un decreto ordenando trabajos de estadística, y el anuncio de la construccion de algunos ferro-carriles; pero estas insig-

nificantes concesiones perdian todo su mérito con la prohibicion de todos los periódicos, hasta los mas inocentes, y con la tiránica vigilancia de la policía, especialmente cuando se trataba de manifestaciones populares en honor del pontífice. Este gobierno terminó el 17 de diciembre de 1847 con la muerte de María Luisa, para ceder su puesto al del antiguo duque de Luca. La muerte de la archiduquesa y la anexion del ducado de Luca á la Toscana, redujeron el número de Estados en que estaba dividida la Italia.

Hemos dicho anteriormente que Francisco V siguió en Módena la política de su padre, y que ninguno de los numerosos proscritos modeneses habia vuelto á pisar el suelo pátrio. Decidióse, empero, á modificar su opinion, y en octubre de 1847 puso en libertad á todas las personas presas por delitos políticos, pero dió al mismo tiempo el mando de las tropas al coronel Saccozzi, que en 1831 presidia el consejo de guerra que condenó á Menotti, y que posteriormente habia llevado á las cárceles de Reggio á varios ciudadanos, especialmente jóvenes, por el único delito de haber cantado el himno de Pio IX. Francisco V se negó además obstinadamente á entrar en la liga aduanera, á pesar de las instancias de los gobiernos de Roma, de Cerdeña y de Toscana. Esta liga aduanera, que hubiera sido de inmensos resultados para Italia, produciendo los que el Zollverein para Alemania, esto es, quitando esas barreras de aduanas que entorpecen á cada paso su industria y su comercio y matan la riqueza del país, no pasó del estado de proyecto, á pesar de los esfuerzos de su principal promovedor, el prelado Carboli Bussi.

Las contradicciones del rey de Cerdeña seguian reproduciéndose con frecuencia, á pesar de los consejos del partido liberal moderado que aprovechaba las ocasiones mas insignificantes, ora para inducirle á entrar con franqueza en la senda de las reformas, ora para excitarle contra el Austria. El carácter de incertidumbre y reserva del rey sardo se hizo mas palpable cuando, despues de haber permitido una suscricion cuyo objeto era regalar una espada á Garibaldi, prohibia á su ejército que tomase parte en ella, y cuando, al mismo tiempo que mandaba la supresion de las *Lecturas de familia*, excelente periódico popular, autorizaba la entrada en el Piamonte del *Jesuita moderno* de Gioberti, obra en que se atacaba con violencia al partido del oscurantismo. Aun mas: mientras fomentaba la construccion de ferro-carriles, algunos de los cuales no tardaron en ejecutarse en beneficio del país, y se demostraba protector del principio de libre cambio, prohibia la impresion de los discursos pronunciados en los banquetes dados por el partido liberal en obsequio de Cobden, que recorrió en aquella época casi toda la Italia. Finalmente, mientras ofrecia á Pio IX su apoyo contra el Austria, sus agentes se declaraban en Suiza en favor del *Sonderbund*.

En los primeros dias de setiembre de 1847, habiéndose celebrado en Casal la quinta reunion de la *Sociedad agraria*, el conde de Castagneto, secretario del rey, leyó una carta de este que terminaba del modo siguiente: «Si la Providencia nos concede el poder de acometer la guerra de la independencia nacional, montaré á caballo con mis hijos, me pondré á la cabeza del ejército, y haré lo que Schamyl contra los rusos.»

Esta carta, profusamente esparcida por todo el reino, produjo una profunda sensacion, y valió á Cárlos Alberto, durante su viaje al través de una parte del Piamonte, entusiastas ovaciones que aterraron hasta tal punto al partido retrógado, que indujo al rey, el cual continuaba vacilando entre dos influencias, á prohibir las manifestaciones populares. Sin embargo, la agitacion del país tomaba de dia en dia mayor incremento, y siendo ya indispensables algunas concesiones, Carlos Alberto se decidió el 30 de octubre á publicar seis decretos; el primero modificando esencialmente la ley municipal y dándole por base el principio de elec-

cion ; el segundo , aboliendo las jurisdicciones excepcionales ; el tercero , creando en Turin un consejo supremo de última instancia ; el cuarto, introduciendo en los procesos criminales la defensa oral y la publicidad de los debates ; el quinto , limitando los poderes de la policía que habian sido hasta entonces ilimitados , y el sexto , moderando los rigores de la censura.

Fácil es imaginar el efecto que producirian en el reino lombardo-veneto las noticias de las reformas introducidas, primeramente en Roma y en Toscana, y despues en los Estados sardos. El abogado Nazari presentó en la órden del dia de la sesion de la congregacion central de Milan una protesta enérgica «sobre la necesidad de poner fin á la profunda desunion que existia entre los gobernantes y los gobernados,» y tan osada proposicion , que en otra época hubiera llevado á su autor á los calabozos de Spielberg , solo ocasionó que el gobernador de Milan aconsejase , por una carta de 13 de diciembre de 1847 , á la congregacion , que se guardase en lo sucesivo de excederse en sus atribuciones relativamente á la política.

El partido liberal se manifestó igualmente en Venecia con no menos osadía , y Daniel Manin , oscuro abogado hasta entonces, hizo en aquella ciudad lo que Nazari en Milan , esto es : insistió sobre la necesidad de reformas urgentes, y alzó su voz contra las leyes opresoras que pesaban sobre la imprenta. Su osadía le acarreó la persecucion y la cárcel.

La ciudad de Milan ofreció entonces un espectáculo doloroso. Deseando los patriotas manifestar su hostilidad al gobierno , se coligaron para no fumar , con objeto de disminuir la pingüe renta del tabaco ; pero la policía repartió dinero para que salieran á la calle numerosos grupos de soldados fumando , con órden de rechazar con la fuerza al que tratara de impedírselo , y se trabó una espantosa contienda , de la cual resultaron mas de doscientos heridos.

En la noche del 9 de enero de 1848 y en la mañana del 10, la sangre tiñó tambien las calles de Pavía , con motivo de contiendas entre la tropa y los estudiantes, de los cuales murieron y quedaron algunos otros heridos de mas ó menos gravedad.

El gobierno del rey de las Dos Sicilias se esforzaba en tanto en contener las tendencias liberales con tal rigor , que los antiguos revolucionarios , á pesar del éxito desgraciado de todas sus tentativas , se decidieron á sublevarse. Uno de los principales jefes de la conspiracion era el calabrés Domingo Romeo , á quien secundaban en su provincia natal los liberales mas avanzados ; pero , ora no estuviesen de acuerdo todos los afiliados , ora se creyesen descubiertos los de Reggio y Messina , y obligados por consiguiente á adelantar de algunos dias la ejecucion de sus proyectos , el movimiento estalló en aquellas ciudades antes del tiempo prefijado. El rey , á quien se dió aviso por el telégrafo , mandó que inmediatamente partiese su hermano el conde de Aquila con fuerzas considerables , y los insurgentes, que no habian tenido tiempo para extenderse por la Calabria , fueron fácilmente derrotados. Las tropas reales bombardearon la ciudad de Reggio , y el general Nunciante , que habia vencido á los revolucionarios en el distrito de Gerace , fusiló á cinco jóvenes del pais , en tanto que Domingo Romeo era asesinado en una emboscada.

A pesar de tan sangrienta represion , el partido liberal no se desanimó , y aunque estaba seguro de que Fernando II acogeria desfavorablemente la expresion de sus deseos , organizó en Nápoles una de esas manifestaciones solemnes que estaban entonces en boga en la Italia central. La primera tentativa de este género se verificó el 14 de diciembre de 1847 : una multitud inmensa , compuesta de personas de todas las clases , se dirigió con órden por la calle de Toledo al pa-

lacio real; pero las tropas la dispersaron y se hicieron numerosas prisiones. Se proyectó otra manifestacion el 25 del mismo mes, y viendo el partido liberal que el rey rechazaba sus exposiciones y manifestaciones populares, se resolvió á lanzarse á la calle dando el grito de ¡libertad y constitucion! Así lo verificaron los sicilianos en un dia fijo, el 12 de enero de 1848, en el momento en que las autoridades y las tropas celebraban el aniversario del rey de Nápoles. Dieron principio á la sublevacion unas cincuenta personas armadas de escopetas, entre las cuales se hallaba José Lamassa, que con su pañuelo blanco, otro encarnado y una cinta verde, atados en el extremo de un baston, formó la bandera tricolor italiana, como para demostrar á los sicilianos y á la Italia que la insurreccion era nacional. El primer dia, á pesar del reducido número de sublevados, no mediaron mas que insignificantes escaramuzas en Palermo, y se construyeron barricadas con objeto de paralizar los esfuerzos de la caballería, y el dia siguiente, duplicadas las fuerzas de los insurgentes con la llegada de numerosos aldeanos, ningun soldado se atrevió á salir del palacio real ni del fuerte de Castellamare.

El 14 apareció en el puerto la escuadra que el rey habia mandado salir apresuradamente de Nápoles, á las órdenes del conde Aquila, con cinco mil soldados mandados por el general Desauget; pero se habia organizado ya una junta bajo la presidencia de Ruggiero Settimo, antiguo contra-almirante.

El dia 15 fué terrible para Palermo, porque al fuego de fusilería y artillería de la guarnicion se añadieron las balas y bombas de la escuadra, y el ataque de las tropas mandadas por Desauget. Los palermitanos se resistieron sin embargo, y viendo el conde de Aquila la inutilidad de sus esfuerzos, se apresuró á partir para Nápoles con objeto de manifestar á su hermano la gravedad de la situacion, y aconsejarle que hiciera algunas concesiones. En efecto, el 21 de enero el general Majo comunicó á la junta cuatro reales decretos en los cuales se abolian algunas de las medidas prescritas por el decreto de 1837, se prometia una amnistía general, y se cambiaba el personal de los principales empleados del gobierno, pero reemplazando al general Majo el conde de Aquila, que habia bombardeado á Reggio y acababa de bombardear á Palermo. Estas concesiones fueron rechazadas por la junta, la cual respondió en nombre de Sicilia, que se habian alzado para recobrar sus antiguos derechos y las garantías políticas que podian asegurar la prosperidad de la patria, y que no dejarian las armas hasta el dia en que Sicilia, representada en Palermo por su parlamento, hubiera adaptado á las necesidades de la época la constitucion de 1812.

En efecto, no solo no dejaron las armas, sino que se defendieron con tal ardor que el general Desauget se vió precisado á alejarse de Palermo para embarcarse con sus soldados, dejando una parte de su material de guerra, y despues de dar muerte á todos sus caballos. El resto de Sicilia tomó parte en la revolucion, y en los primeros dias de febrero solo quedaba en poder del ejército la ciudadela de Messina, que no dejó de vomitar bombas y metralla sobre la ciudad. Los liberales dieron á Fernando II, á consecuencia de tan frecuentes bombardeos, el apodo de *Bomba*, que en 1848 fué grabado en Sicilia en todas las monedas que circulaban por la isla.

El reino de Nápoles respondió al grito de libertad lanzado en Sicilia, y habiendo estallado una sublevacion en las cercanías de Salerno, y llegando la fermentacion á su colmo en la misma capital, el rey se vió precisado á hacer la primera concesion á la opinion pública y sacrificó á Delcarreto. Era tal el terror de Fernando II al ver la efervescencia del pueblo, que mandó el 27 de enero preparar un barco de vapor para huir; pero tuvo que renunciar á su proyecto al ver la manifestacion popular que hicieron los liberales de Nápoles aquella misma noche.

El 29 de enero publicó la siguiente proclama, firmada por el duque de Serra Capriola que habia sucedido á Delcarreto en la presidencia del consejo:

«Habiendo oido el deseo general de mis súbditos, y dispuesto á dar garantías é instituciones conformes con la civilizacion actual, etc.

«El poder legislativo se ejercerá por nos y por dos cámaras, esto es, una de pares y otra de diputados.

«La única religion del Estado será la religion católica, apostólica y romana.

«La persona del rey será sagrada, inviolable, y no estará sujeta á responsabilidad.

«Los ministros serán responsables de todos los actos del gobierno.

«Dependerán del rey las fuerzas de mar y tierra.

«Se organizará en el reino la guardia nacional bajo el mismo pié que la de la capital.

«La prensa será libre y estará sujeta únicamente á una ley represiva para todo lo que pueda ofender la religion, la moral, el órden público, el rey, la familia real, los soberanos extranjeros y sus familias, así como el honor y los intereses de los particulares.»

Los napolitanos acogieron con júbilo y entusiasmo esta proclama, olvidando los diez y ocho años de absolutismo que habian atravesado.

La constitucion prometida entonces y publicada el 10 de febrero fué obra del nuevo ministro del Interior, Francisco Bozzelli, desterrado en 1821 como liberal exaltado y preso despues dos veces por haber conspirado contra el absolutismo; pero el tiempo habia calmado en parte su exaltacion, y su obra no fué mas que una copia de la carta francesa de 1830.

El parlamento de Sicilia manifestó desde sus primeras sesiones una tendencia mas revolucionaria que el de Nápoles, creó un gobierno independiente, y aprobó el siguiente decreto el 13 de abril de 1848:

«Art. 1.° Se declaran privados para siempre del trono de Sicilia Fernando de Borbon y su dinastía.

Art. 2.° La Sicilia se regirá por un gobierno constitucional, y despues de haber reformado su constitucion, llamará al trono á un príncipe italiano.»

Los ministros sicilianos publicaron en 8 de mayo de 1848 un manifiesto á la Europa, en que exponian las quejas de la Sicilia y las razones que habian dictado su resolucion del 13 de abril. Fernando II se limitó á protestar contra el decreto, reservándose para otra época mas favorable emplear la fuerza material contra sus súbditos rebeldes.

Los acontecimientos de las Dos Sicilias acarrearon un cambio completo en la actitud respectiva de los gobiernos y los pueblos del resto de la Península. El rey de Cerdeña fué el primero que, cediendo á la presion de la opinion pública, publicó el 8 de febrero las bases de una constitucion bastante parecida á la de Nápoles, pero que tenia para los Estados sardos una importancia especial, porque abolia los privilegios de la aristocracia y del clero. El estatuto constitucional se publicó en Turin el 4 de marzo de 1848, y el nuevo ministerio, presidido por el conde Balbo, se componia de liberales moderados.

El gran duque de Toscana, despues de prometer por su *motu proprio* de 31 de enero de 1848, una ampliacion de la consulta de Estado y una ley mas lata sobre la prensa, publicó el 11 de febrero una proclama anunciando una constitucion. Promulgóse esta el 17 del mismo mes, y se distinguia en ella un artículo relativo á la igualdad política de los ciudadanos, cualquiera que fuese su religion, lo cual equivalia á la completa emancipacion de los israelistas, que son muy numerosos en esta parte de Italia.

Carlos Luis de Borbon, duque de Parma, cuyo gobierno habia perdido la popularidad desde el tratado que, con acuerdo del duque de Módena, habia firmado con el Austria, no tardó en ceder su puesto á una regencia provisional, y abdicó el 9 de abril, dejando su Estado bajo la tutela y proteccion de Carlos Alberto.

El movimiento constitucional se hizo sentir hasta en el pequeño principado de Monaco, donde Florestan I se vió obligado á aceptar un gobierno representativo, y únicamente el duque de Módena se oponia al movimiento revolucionario llamando en su auxilio á los austriacos, y huia con ellos de Módena al recibir la noticia de la sublevacion de Milan.

La efervescencia de los ánimos habia llegado á su colmo en las provincias lombardo-venetas, cuando estalló de pronto el 13 de marzo la insurreccion de Viena. El vice-presidente del gobierno de Lombardía, el conde O'Donnel, se apresuró á publicar una proclama, despues que partió de Milan el virey con su familia, en la que decia que el emperador habia abolido la censura y ordenado que se convocasen en breve plazo las congregaciones centrales del reino lombardo veneto.

El alcalde de Milan se dirigió al palacio del gobierno, seguido de una inmensa multitud, para pedir en nombre de la ciudad que se diese libertad á los numerosos ciudadanos que gemian en las cárceles desde la rebelion de enero. El gobierno se negó resueltamente, y principió la insurreccion que, tras cinco dias de combates, obligó á retirarse de la ciudad al mariscal Radetzky con sus catorce mil soldados y sesenta piezas de artillería. Millares de aldeanos se dirigieron á Milan; desde las torres de los templos se veian las masas compactas que perseguian á la caballería austriaca; quinientos voluntarios de la Suiza italiana, reunidos con los montañeses del lago de Cómo y con los jóvenes de esta ciudad, se apoderaron de mil doscientos croatas, y una junta organizada en Lecco sublevó la Valtelina, la Valsassina y la Briance.

Los austriacos se retiraron dejando un rastro de sangre por donde pasaban, cebándose á veces en mujeres y niños, mutilando á los que caian en su poder con las armas en la mano, y huyendo tan desordenadamente, que á no ser por la firmeza de Radetzky y el ascendiente que ejercia en sus soldados, todos hubieran sucumbido porque el número de los insurgentes, crecia por momentos, y los austriacos habian dejado ya en Milan cuatro mil hombres muertos ó heridos. Se estableció el gobierno provisional el 23 de marzo de 1848, y anunció la victoria de Milan, diciendo á los ciudadanos que el mariscal Radetzky, que habia jurado convertir nuestra ciudad en un monton de ruinas, no habia podido resistir el ímpetu de un puñado de ciudadanos sin armas ni municiones de guerra. Y terminaba su alocucion victoreando á la Italia y á Pio IX.

Mientras la Lombardía era el teatro de estos acontecimientos, Venecia y sus antiguas provincias de tierra firme enarbolaban el pendon de la independencia, y los austriacos se retiraban de todas partes casi sin quemar un cartucho. El 17 de marzo por la noche se oyeron en el teatro vivas á la Italia, y el dia siguiente se reunió una inmensa multitud delante de la iglesia de San Marcos, gritando ¡viva Manin y Tommaseo! y corriendo á la cárcel, rompió las puertas, sacó á Manin y á Tommaseo, y les paseó en triunfo por la ciudad. El 20 de marzo estalló la revolucion al grito de ¡mueran los austriacos! Trescientos croatas, que estaban formados en batalla en la plaza, hicieron fuego sobre el pueblo, y atacados por todas partes, se vieron precisados á fortificarse en el antiguo palacio de los Dux. El dia siguiente cayó en poder de los sublevados el arsenal, y veinte y cuatro horas despues, los austriacos salian de Venecia, aunque eran mas de siete mil, y ocupa-

ban formidables posiciones, y se habia proclamado la república bajo la presidencia de Manin.

Cuando las ciudades de la Lombardía y del Veneciado tuvieron noticia de la insurreccion de Venecia y Milan, se declararon sucesivamente contra los austriacos, los cuales se retiraban de todas partes sin hacer resistencia, ni aun en ciudades como Vicenza, donde el general Aspre no se atrevió á combatir, á pesar de las respetables fuerzas que mandaba, y se retiró á Verona. El grueso del ejército austriaco solo ocupaba las plazas fuertes de Mantua, Peschiera, Verona y Legnago, y el resto del país estaba en poder de la revolucion.

El rey Carlos Alberto se aprovechó de circunstancia tan propicia para entrar en la Lombardía al frente de treinta mil hombres, pero en vez de avanzar, apoyado por el entusiasmo de los pueblos y por el terror de los austriacos, para rechazar al extranjero hasta los Alpes, perdió un tiempo precioso delante de Peschiera, rechazó el poderoso auxilio de los pueblos alzados en masa, descontentó á los voluntarios que acudian de todas partes, regateó su apoyo á la república de Venecia, y dejó descubiertas sus provincias de tierra firme. Sin embargo, acudieron voluntarios de toda Italia, de Parma, Módena, Bolonia y Toscana, de los Estados romanos, y del reino de Nápoles y Sicilia. Pio IX, aunque declaró que, como jefe de la Iglesia, no podia tomar parte en la guerra, se vió obligado á dejar partir, no tan solo legiones de voluntarios á las órdenes del general Ferrari, que habia combatido en España contra los carlistas mandando la legion extranjera, sino tambien cerca de diez mil hombres de tropas regulares al mando del general Juan Durando, en tanto que la Toscana, además de la tropa de línea mandada por los generales César de Laugier y de Arco-Herrari, enviaba á la Lombardía una legion universitaria, cuyos oficiales eran profesores y estudiantes sus soldados.

He aquí el lenguaje que usaba en aquella época un príncipe de orígen austriaco en una proclama que dirigió en abril al cuerpo expedicionario Leopoldo II: la copiamos íntegra para demostrar el espectáculo que presentaba toda la Italia y cuan general era el deseo de combatir contra el Austria.

«La santa causa de la independencia, decia, se decide hoy en los campos de «la Lombardía. Los habitantes de Milan han comprado ya la libertad con su san«gre y un heroísmo de que ofrece pocos ejemplos la historia. El ejército sardo «marcha al gran combate, mandado por el magnánimo Cárlos Alberto, que tiene «bajo sus órdenes á los príncipes reales.

«Hijos de Italia y herederos de la gloria militar de sus antepasados, los tosca«nos no pueden, no deben en momento tan solemne, permanecer en vergonzosa «indolencia. Volad, pues, unidos á los valerosos voluntarios que se han alistado en «nuestras banderas, en auxilio de vuestros hermanos los lombardos.

«Excite en vosotros el amor patrio ese valor de que ha dado prueba en todas «las épocas el soldado toscano.

«Pedid á la disciplina la fuerza que no siempre dá el número, y contad con la «victoria.

«¡Loor y prez á las armas italianas!

«¡Viva la independencia de Italia!

He aquí algunos párrafos del primer parte que se publicó en Turin en el diario oficial del 30 de marzo de 1848:

«La vanguardia del primer cuerpo de ejército sardo, á las órdenes del general «Trotti, se hallaba el 28 en Lodi.

«El enemigo se retira de toda la línea del Adda, y está completamente desmora«lizado. Han caido en Brescia en poder de los lombardos el general Schoenals, dos

«coroneles, dos tenientes coroneles, cincuenta oficiales, ochocientos soldados de «diversos cuerpos, sesenta dragones, tres piezas de campaña y sesenta carros.

«Se ha rendido la ciudadela de Rocca de Anfo.»

El rey Carlos Alberto entró en Pavia siete dias despues de la evacuacion de Milan por los austriacos, pero en vez de marchar directamente sobre el enemigo sin dejarle un momento de tregua hasta rechazarlo del territorio italiano, le dió tiempo para retirarse á sus plazas fuertes y esperar allí refuerzos. Una simple demostracion contra Mantua y Verona hubiera asegurado el buen éxito de la campaña.

La primera accion no se dió hasta el 8 de abril en el puente de Goito, pero en vez de pasar el Mincio, el ejército sardo se contentó con ataques parciales hasta el 19 de abril, en que Carlos Alberto salió de su cuartel general de Volta con una parte de sus tropas, con objeto de reunirse con el ejército toscano cerca de Mantua. Esta operacion se verificó sin obstáculo despues de derrotar á los austriacos en las inmediaciones de la iglesia de las Gracias. Mas gloriosa fué, sin embargo, la batalla de Pastrengo, el 30 de abril, que dió por resultado cortar la comunicacion entre Verona y Peschiera, y costó al enemigo pérdidas considerables.

Mientras los italianos combatian para libertar á su patria del extranjero, empezaba á manifestarse la defeccion de los príncipes. El gobierno napolitano solo ejercia una autoridad nominal, tanto por el descrédito en que habia caido el ministerio, como por la desenfrenada impaciencia que se apodera á veces de los pueblos en las épocas de revolucion. No pasaba un dia sin que las turbas trastornaran el órden en las calles, y salian de los clubs órdenes, ora para quitar las armas de la embajada de Austria, ora para perseguir á los jesuitas, ora en fin para pedir nuevas concesiones á Fernando II. Los periódicos dirigian los mas violentos ataques contra los hombres públicos y contra el ejército, al que se echaban en cara hechos pasados con palabras insultantes; las provincias, sumidas en la mas deplorable anarquía, porque habian sido desarmados los gendarmes y apenas estaba organizada la guardia nacional, eran teatro de desórdenes que escandalizaban á las personas sensatas, como el reparto de los bienes del comun y hasta de los particulares acusados de dilapidadores; la industria y el comercio estaban completamente paralizados, y era tal la miseria, que no creemos exagerar diciendo que en Nápoles perecia de hambre la cuarta parte de la poblacion.

Semejantes excesos presagiaban una reaccion próxima y justificada.

En el mes de marzo se modificó el ministerio, pero la pugna entre los miembros del gabinete y la corona produjo dos crísis en pocos dias, hasta que se encargó de la presidencia Carlos Troya, literato distinguido, pero inepto para los negocios de Estado. Los liberales pedian una ley electoral basada en principios mas latos que los que tenian los artículos 56 y 57 de la constitucion, la supresion ó modificacion de la cámara de los pares, y que se diese á los diputados poderes constituyentes. El ministerio Troya, para salir del conflicto, adoptó un término medio, y el 5 de abril de 1848 publicó su programa en el cual daba bastante latitud á la ley electoral, trocaba en cierto modo la cámara de los pares en una segunda cámara electiva, y prometia que encargaria á los diputados la revision de la constitucion, siendo además la parte mas trascendental de este programa el compromiso formal de cooperar con las armas al triunfo de la causa de la independencia italiana. En efecto, además del 10.° de linea que habia partido de Nápoles por mar casi al mismo tiempo que los voluntarios, se enviaron á Lombardía dos divisiones formando catorce mil hombres al mando del general Guillermo Pepe, el mismo que habia presidido al movimiento de 1820, y que habia vuelto á entrar en Nápoles á consecuencia de la amnistía general publicada en los primeros dias de febrero.

El 7 de abril, en tanto que partia á Roma una comision para reunirse con el congreso destinado á organizar una liga contra el Austria, entre Carlos Alberto, Fernando II, Pio IX y Leopoldo II de Toscana, el rey de Nápoles dirigia una proclama á sus súbditos manifestando el interés que tomaba por la causa italiana, aconsejando la union, la abnegacion y la firmeza, y asegurando que los veinte y cuatro millones de italianos no tendrian pronto mas que una patria poderosa, y un rico patrimonio comun de gloria y nacionalidad, que seria de gran peso en la balanza política del mundo.

Las elecciones se hicieron con órden, exceptuando la negativa de siete provincias á proceder al nombramiento de los pares, y la mayoría de los diputados se consideró desde luego francamente liberal. El parlamento, que debió reunirse el primero de mayo, fué convocado para el 15 del mismo mes; pero al prestar el juramento, cuya fórmula se habia redactado secretamente, los diputados se negaron á hacerlo, y reuniéndose los que se hallaban en la ciudad en número de ciento, celebraron una asamblea preparatoria en que se decidió por mayoría no acceder al juramento propuesto. La guardia nacional se mostraba hostil al gobierno, pero el ejército estaba dispuesto á obedecerle, de modo que aquel mismo dia las tropas salieron de los cuarteles y empezaron á formarse barricadas en las calles.

Mientras los diputados se hallaban en las casas consistoriales en sesion permanente, se pusieron sobre las armas algunos batallones y escuadrones para tranquilizar al rey, y esta medida bastó para que cierto número de liberales exaltados diesen el grito de guerra y construyesen las primeras barricadas. La gran mayoría de la guardia cívica no acudió al llamamiento de los insurgentes ó asistió arma al brazo á los preparativos de la insurreccion, desconociendo la voz de sus jefes. El rey, ya por temor, ya por cálculo, en vez de ahogar la rebelion, mandó que se retirase la fuerza armada, lo cual aumentó de tal modo la audacia de los exaltados, que al dia siguiente toda la calle de Toledo estaba obstruida por barricadas.

Los diputados seguian en tanto reunidos, y se cruzaban sin interrupcion los mensajes entre ellos y el gobierno. La efervescencia crecia, contribuyendo á exaltar los ánimos la presencia de la escuadra francesa en las aguas de Nápoles, y el 15 de mayo, á las dos de la mañana, cuando los diputados volvian á las Casas consistoriales, la guardia real, los suizos, la infantería de marina y la artillería se formaron en batalla en las cercanías del palacio real. Los diputados y la guardia nacional enviaron comisiones al monarca, se retiró el ministerio, y Fernando II contestó á unos y otros, volviéndoles las espaldas, que habia llegado la hora de su castigo. Trabóse el combate entre el pueblo y las tropas, y un fuego nutrido de las barricadas y de las casas respondió á la primera descarga de las tropas formadas en la plaza del palacio real. Viendo el general que las mandaba que era imposible vencer una resistencia tan tenaz sin recurrir á medios mas rigurosos, mandó descargar metralla sobre las barricadas, y los soldados invadieron las casas cometiendo deplorables excesos, distinguiéndose los suizos en tan viles hazañas, pues superaron en crueldad á la hez del populacho que seguia las huellas de aquellos mercenarios.

¿Qué hacian en tanto los diputados que se habian reunido en las casas consistoriales? Esperaban con ansiedad el regreso de la comision enviada al rey, cuando al medio dia el oficial de la guardia entró de pronto á anunciar que se habia empeñado el combate, y el estruendo de la fusilería y el estampido del cañon corroboraron bien pronto la siniestra noticia. Oyese entonces un grito universal de indignacion, y Estéban Romeo pidió que se declarase destronado á Fernando II,

como si este paso, al cual se opuso la mayoría de sus cólegas, pudiera disminuir en nada las fuerzas de que disponia el monarca. ¿Cuál debió ser en aquella ocasion la conducta de los representantes del pais? Apoyarse en la guardia cívica, cuya adhesion á la causa liberal no era dudosa, concentrar en su mano todos los poderes á la primera noticia de los preparativos militares del gobierno, y llamar al mismo tiempo en torno suyo á los defensores naturales de las libertades públicas. En este sentido presentó una proposicion Richardi, insistiendo en que se nombrase en el acto un comité de bien público, pero habiendo acarreado su idea una viva oposicion, se iba á proceder á la clausura de la sesion cuando, entraron en la sala varios guardias nacionales que venian del teatro del combate, y pusieron sobre la mesa algunas balas en testimonio de la certeza de la perfidia del gobierno.

Seguia en tanto el estampido del cañon, y el proyecto de Richardi, apoyado por los representantes mas avanzados, se llevó á cabo nombrándose un comité compuesto de cinco diputados, que por desgracia no eran los mas aptos para dominar la situacion, y se limitaron á enviar una diputacion al gobernador de la plaza para que mandase cesar el fuego, y otra á bordo de la escuadra francesa. Tan mal éxito obtuvo una como otra, y las tropas triunfaban en todos los puntos mientras los diputados se limitaban á hacer una protesta que firmaron á las siete de la tarde los sesenta y cuatro que habian permanecido en las casas consistoriales.

Apenas acababan de firmarla, cuando entró un oficial de ordenanza del rey para mandar á los diputados que se retirasen en el acto. El presidente de edad, que era el abate Cagnazzi, respondió á esta intimacion leyendo la protesta, despues de lo cual, declaró terminada la sesion.

Luego que quedó ahogada la insurreccion, el rey llamó las tropas y la escuadra que habia de enviar contra el Austria, y el nuevo ministerio, formado al dia siguiente (16 de mayo) bajo la presidencia del príncipe Cariati, contó entre sus miembros á Bozzelli, Ruggiero, el general Carrascosa, el príncipe de Ischitella y el príncipe de Torella.

Los acontecimientos del 15 de mayo llenaron de asombro y terror á toda la Italia liberal, y para dar una muestra de lo terrible que fué la reaccion en Nápoles, copiaremos el artículo siguiente que publicó la *Patria* de Florencia, uno de los periódicos mas moderados de aquella época: «Los horrores de Nápoles en 1848 han «superado á los de 1799, pero esta vez el triunfo del despotismo no será duradero. La Italia provocará contra él una cruzada así como contra el Austria, pues si «tienden al mismo fin deben tener igual suerte. Cuando una nacion abriga en su seno tales enemigos, debe arrojarlos ó sucumbir. Un rey como Fernando es el mas «elocuente apóstol de la república, no de la del 1848, sino de la de 1793.»

Los refugiados inundaban el 15 por la noche los buques de la escuadra de Baudin, que les recibió con la caballerosidad que distingue á la nacion francesa, y hasta se dignó cederles el vapor *Pluton* para que se trasladaran á Malta.

Además de una proclama publicada por el ministerio el 16 de mayo, el rey mandó publicar otra el 24 en que decia: «Deseamos mantener la constitucion «del 10 de febrero preservándola de todo exceso, pues siendo la única compatible «con las verdaderas necesidades de Italia, será el arca santa que guardará los de«rechos de nuestros queridos súbditos y los de la Corona. Volved á vuestras ha«bituales ocupaciones, y tened entera confianza en nuestra lealtad, en nuestra «religion, y en el juramento sagrado que espontaneamente hemos prestado.»

Fernando II llevo á cabo no obstante la obra de la reaccion, y despues de destruir una tras otra las garantías constitucionales, el estatuto del 10 de febrero solo subsistió de nombre desde entonces.

Volvamos la vista hácia la alta Italia, donde los acontecimientos militares tenian tanta importancia como la frustrada insurreccion de Nápoles. El 13 de abril principio el sitio de Peschiera, pero faltando la artilleria de grueso calibre que de dia en dia se esperaba, eran muy lentos los progresos de los sitiadores, aunque se conocia la necesidad imperiosa de aislar esta plaza del cuerpo de ejército que tenia el cuartel general en Verona. Las instancias del ministerio, la próxima apertura de las cámaras piamontesas, las contínuase xcitaciones de los milaneses, y sobre todo, las quejas generales sobre el escaso partido que se habia sacado de la victoria de Pastrengo, todo inducia á Carlos Alberto á intentar alguna empresa importante. Así pues, el 6 de mayo el rey sardo dió órden á una parte del ejército de que avanzase hácia Verona, con la esperanza de obligar á los austriacos á aceptar la batalla ó de provocar una insurreccion en la ciudad. Dióse en efecto la batalla de *Santa Lucia*, en la cual los piamonteses hicieron prodigios de valor, pero que por la errada direccion de Carlos Alberto y de sus generales, dió por único resultado pérdidas considerables.

Mientras Carlos Alberto sacrificaba inútilmente la sangre de sus soldados perdiendo un tiempo precioso para su causa, Venecia se defendia penosamente de los austriacos mandados por Nugent, y los pasos de los Alpes estaban abandonados á la débil defensa de los voluntarios lombardos y napolitanos. Dueños estos de los fuertes de Lodrone y Rocca de Anfo, así como de otros puntos importantes, pero abandonados completamente por el ejército de Carlos Alberto, defendieron como veteranos las posiciones confiadas á su valor, y no cesaron hasta el armisticio de Milan.

Despues de la batalla de *Santa Lucia* el ejército piamontés permaneció inmóvil en el Mincio, y aunque habia llegado al campamento un parque de sitio, que le permitia atacar sériamente a Peschiera, se perdia un tiempo precioso en torno de esta plaza, cuya rendicion solo podia producir un resultado insignificante en comparacion de la ventaja que hubiera reportado acudir con la mayor parte de sus fuerzas á Venecia, aunque no fuera mas que para impedir la reunion de las tropas que mandaba Nugent con las de Radetzky.

El rey encargo la direccion superior del sitio á su segundo hijo, el duque de Génova, y el mismo dia que el ejército de Carlos Alberto alcanzaba la brillante victoria de Goito (30 de mayo), la plaza se rindió despues de una defensa heróica y desesperada.

Antes de continuar nuestra sucinta historia de las operaciones militares que tuvieron lugar en la alta Italia hasta la capitulacion de Milan, diremos cual era la actitud de los diferentes gobiernos italianos, pero especialmente de la accion que ejerció el gobierno provisional de Milan, el cual formado de elementos heterogéneos y en modo alguno en relacion con las circunstancias, contribuyó en gran parte con su inexperiencia, y á pesar de sus buenas intenciones á la ruina de la causa nacional.

El comité de Milan dirigió el 12 de abril de 1848 á las potencias europeas un manifiesto en que exponia las causas que habian inducido á la Italia á tomar las armas contra el yugo austriaco, y suplicaba á todas las naciones civilizadas que les prestasen su apoyo, que condenasen «la cruel obstinacion de su único enemigo», y les reconocieran dignos de hablar en nombre de la patria italiana. En vez de separar de la administracion pública un gran número de empleados adictos á la causa del Austria, se creo con ellos un enemigo natural que se esforzó, como era indispensable en entorpecer todos sus actos; abolió la lotería, rebajó el precio de la sal y modificó la ley sobre el timbre, pero para llenar el déficit que ocasionaban estas reformas, echo mano de un empréstito que trocó en un sacrificio á la patria,

pues puso por condicion que lo exigia sin interés. Sin embargo, á pesar del desprendimiento del país y de haber entrado en las arcas públicas algunos millones, como se necesitaban enormes sumas para atender á los gastos que ocasionaba el ejército lombardo, no tardó en recurrir á impuestos sobre la industria y el comercio, sin que este medio extremo bastase tampoco para desvanecer el conflicto. La impericia del gobierno provisional fué mayor aun en las medidas militares, y el servicio de los víveres se hacia con tanta negligencia ó desórden, que hubo dias en que los soldados piamonteses se vieron privados de todo alimento en uno de los paises mas ricos del mundo.

Los partidarios de Carlos Alberto trabajaban en tanto para que la Lombardía, el Veneciado y los ducados de Parma y Módena se pronunciasen en favor de su anexion al Piamonte, pero aunque esta cuestion debió ventilarse despues de terminada la guerra, el gobierno provisional llamó al pueblo de Lombardía á exponer su deseo, y el sufragio universal, celebrado el 29 de mayo, dió por resultado 361,002 votos en favor de la fusion inmediata contra 681. Iguales resultados dió el sufragio universal en los ducados de Parma y Modena, y en las provincias venecianas, y apenas se habia votado la union, cuando el gobierno piamontés suprimió los gobiernos provisionales en Parma y Módena y las tropas sardas ocuparon los ducados.

El gran duque Leopoldo y el Pontífice principiaban á manifestar cierta tibieza por la causa italiana, aunque su triunfo parecia seguro al ver el conflicto del gobierno de Austria que, mientras sostenia tan penosamente la lucha en Italia, habia de atender á la revolucion de Viena y á la creciente agitacion de Hungría. Contribuia tal vez á fomentar esta incertidumbre la inaccion del ejército de Carlos Alberto, quien, no sabiendo aprovecharse de la batalla de Goito, donde Radetzky perdió tres mil hombres, dejó por el contrario que sus enemigos se reuniesen con nuevas fuerzas, se apoderasen en pocos dias de todo el Véneto, á excepcion de Venecia y Osopo, y preparasen la batalla de Custozza que decidió de la suerte de la campaña.

Carlos Alberto se retiró á Goito y hasta pidió una suspension de armas á Radetzky, proponiéndole el Oglio como línea de separacion de ambos ejércitos; pero el mariscal, animado con el triunfo y con la superioridad numérica, exigió que los piamonteses se retirasen detrás del Adda, evacuando completamente el Véneto y los ducados, les persiguió hasta Milán, y les obligó á retirarse al Piamonte. Firmóse entonces el armisticio pedido por Carlos Alberto (9 de agosto de 1848), cuyas condiciones fueron las siguientes: «La frontera del Piamonte declarada lí«nea de separacion de ambos ejércitos; evacuacion por las tropas sardas de las «plazas de Peschiera, Rocca de Anfo y de Osopo, así como del puerto y territorio «de Venecia, y retirada de la escuadra sarda del Adriático.» Es decir, que la situacion de Italia volvia á ser la misma que antes de la guerra, y se perdian en un dia el fruto de la revolucion y los enormes sacrificios en hombres y dinero que se habian hecho durante cuatro meses.

Los desgraciados acontecimientos del norte de Italia tuvieron pronto eco en toda la Península, especialmente en Toscana, en los Estados romanos y en Sicilia. Las tropas que partieron de Nápoles en setiembre de 1848, al mando del general Filangieri, se apoderaron de Mesina tras una desesperada resistencia, que ocasionó la destruccion de una gran parte de la ciudad, y los fugitivos encontraron un asilo en los buques de Inglaterra y Francia.

Pio IX, que desde su advenimiento al trono pontificio hasta la publicacion de la encíclica del 29 de abril, habia sido el ídolo de los defensores de la independencia italiana, se vió precisado á huir de Roma y refugiarse en Gaeta. El parlamento

romano nombró entonces una comision provisional de tres miembros, destinada á ejercer el poder ejecutivo durante la ausencia del Pontífice. Este triunvirato, compuesto del príncipe Corsini, el conde Camerata y Galletti, dirigió el 20 de diciembre una proclama convocando una asamblea constituyente.

Fuera imposible referir los rigores con que castigó el Austria la revolucion de las provincias lombardas-venetas, á pesar de las promesas hechas por Radetzky en la capitulacion de Milan, y nos limitaremos á citar entre otras mil disposiciones tiránicas, el decreto dado por la autoridad militar de Verona en que declaraba á los propietarios responsables de cualquier pasquin revolucionario fijado en las paredes de sus casas. Los consejos de guerra permanentes establecidos en todas las ciudades importantes condenaban á la última pena al que se encontraba con una arma cualquiera, y habiéndose añadido este rigor á las enormes contribuciones impuestas á las clases ricas, la emigracion llegó á ser tan considerable, que mas de cincuenta mil habitantes del reino lombardo-veneto abandonaron su patria.

No era menos terrible la reaccion en los ducados, y únicamente Venecia, protegida por sus lagunas y por las armas de sus entusiastas defensores, desafiaba todos los ataques de los austriacos, y hasta tomaba á veces la ofensiva con feliz éxito, como lo demostró el combate de Mestre (27 de octubre de 1848), en el que los italianos se apoderaron de una bandera y varios cañones. Inmensos fueron los sacrificios de los venecianos para atender á las necesidades de la guerra, y segun resulta de un informe presentado por el gobierno á los representantes del pais, los préstamos y donativos que se hicieron exceden de cien millones de reales, cantidad considerable para una ciudad cuyo comercio se hallaba en plena decadencia.

El 2 de diciembre de 1848, habiendo abdicado Fernando de Austria y su hermano el archiduque Francisco, subió al trono imperial el hijo del segundo, Francisco José, el cual, aunque encontró el imperio en una situacion azarosa, logró con el apoyo de Rusia y los errores de sus enemigos, no solamente impedir su ruina, sino darle mayor importancia política de la que hasta entonces habia tenido.

Los funestos resultados de la campaña de 1848 desvanecieron las ilusiones que habian hecho concebir los príncipes al secundar el movimiento nacional, y exasperaron el odio contra el Austria.

Los progresos de la reaccion en Toscana y la conducta equívoca del gobierno sardo, produjeron un descontento general en el Piamonte, manifestándose con frecuentes tumultos, especialmente en la ciudad de Génova. Aquel estado incierto que no era la paz ni la guerra, anunciaba una crísis próxima, y el parlamento elevó por fin al poder á los partidarios de la guerra, los cuales, sin esperar el apoyo de las demás provincias italianas, rompieron el armisticio, y arrojaron las tropas á una derrota segura. Novara fué el castigo de la imprudente impaciencia de Cárlos Alberto.

Apenas se habia roto el armisticio cuando las tropas sardas corrieron en busca del enemigo. A pesar de la imprevision é incapacidad del gobierno, la campaña de 1849 hubiera tenido un feliz resultado, si jefes hábiles la hubiesen dirigido. ¿Qué plan aconsejaba el recto criterio al general Chrzanowski desde el primer dia en que se puso en marcha el ejército? Consistiendo el principal apoyo de este en la insurreccion de las provincias lombardo-venetas, era evidente que las fuerzas piamontesas debieron dirigirse inmediatamente á Lombardía. Radetzky estaba tan penetrado de esta verdad y del peligro á que se exponia encontrándose entre el ejército sardo y la insurreccion lombarda, que concibió para evitarlo el proyecto atrevido de llevar la guerra al Piamonte.

El ejército austriaco se componia de seis cuerpos: uno se quedó en el Mincio, en el Adiger y en el Véneto, y los otros cinco, dejando tan solo diez mil hombres repartidos en diferentes fortalezas, se dirigieron al ángulo del Pó y del Tessino, y sorprendieron á Carlos Alberto, que no tuvo noticia del movimiento convergente que verificaban las tropas austriacas en todos los caminos de Lombardía, hasta que se concentraron en torno de Pavía el 20 de marzo, en número de setenta mil hombres y doscientos cañones. ¡Y el ejército piamontés esperaba al enemigo en Buffalora, creyéndole en retirada hácia el Adda, mientras entraba sin obstáculo en el Piamonte!

La derrota de Mortara fué el primer resultado de tan fatal imprevision, y la desastrosa jornada de Novara, en la que los piamonteses perdieron seis mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, terminó la sangrienta y breve campaña en que sucumbia la independencia italiana. Viendo Carlos Alberto que todos los esfuerzos serian inútiles en lo sucesivo, pidió un armisticio al mariscal Radetzky, el cual respondió que únicamente lo concederia con la condicion de ocupar el país situado entre el Tessino y el Sesia, y hasta manifestó que, no pudiendo fiar en la palabra del rey, queria tener en rehenes al duque de Saboya. Carlos Alberto reunió entonces á los generales, y les preguntó repetidas veces si era posible la retirada á Alejandría; pero todos respondieron unánimamente que era imposible, y entonces abdicó y proclamó rey al duque de Saboya.

Carlos Alberto partió de Novara inmediatamente despues de su abdicacion, acompañado de su ayuda de cámara, y habiendo encontrado en el camino de Verceil un destacamento de austríacos, debió su libertad á un prisionero piamontés que declaró que Carlos Alberto era verdaderamente el conde de Barge, como habia dicho el monarca en el interrogatorio que le hizo el general Thurn. Este supo la verdad algunos momentos despues, y exclamó: «¡Dios protege al Austria! ¿Qué «habria dicho el mundo si nuestros soldados hubiesen muerto al rey del Piamon-«te?» Carlos Alberto llegó á Nisa el 26 de marzo, y el prefecto le auxilió para pasar la frontera en secreto. «El primer pensamiento, dijo el rey sardo al prefecto, «fué partir á Palestina; pero el temor del ridículo me hizo desistir de este plan. «Tambien he pensado ir á Lóndres, pero no deseo aumentar el número de los «proscritos que se hallan en ese país hospitalario, y he resuelto por lo tanto re-«tirarme á Oporto, ciudad demasiado lejana del Piamonte, para que se sospeche «que trato de mezclarme en los negocios públicos.» Carlos Alberto pronunció estas palabras sin conmoverse; pero habiéndole expresado el prefecto la esperanza de dias mas felices para la Italia y para él, su rostro pálido se puso encendido, y exclamó con voz animada: «En cualquiera época ó lugar que un gobierno alze su «bandera contra el Austria, puede estar bien segura esta de que me hallará co-«mo soldado raso en las filas de sus enemigos.» Tales fueron las últimas palabras que pronunció Carlos Alberto antes de salir del territorio italiano. Luego que llegó á Portugal, cayó enfermo y murió en Oporto el 28 de julio de 1849.

Cuando Radetzky recibió la noticia de la abdicacion de Carlos Alberto, se manifestó menos exigente, y el nuevo monarca consintió en tener una entrevista con el anciano mariscal en una quinta cerca de Vignale, donde se firmó un armisticio entre el Piamonte y el Austria el 26 de marzo de 1849.

La dolorosa impresion que produjo entre los emigrados italianos el desastre de Novara, impulsó á los que se hallaban en Francia á elevar una manifestacion á los representantes de la república, implorando el auxilio de las armas francesas contra el Austria.

La reaccion se extendia en tanto en Toscana, á excepcion de Liorna, cuyo gobernador Cárlos Pigli proclamó la república, y no se sometió al gran duque hasta

el siguiente mes, sucumbiendo á los batallones austriacos que ocupaban á Massa y Carrara en nombre del duque de Módena, y á Pontremoli en nombre del de Parma.

La república romana no se desanimó con tan reiterados desastres, y Mazzini, que habia entrado en el triunvirato el mismo dia que se recibió en Roma la noticia de la derrota de Novara, dió el grito de guerra, y se preparó á la defensa contra toda la Europa católica, que enviaba sus ejércitos para libertar al pontífice de su cautiverio. Los austriacos se dirigian á Bolonia, los napolitanos se reunian en el Garigliano, España armaba un ejército expedicionario, y el general francés Oudinot desembarcaba con siete mil hombres en Civita-Vecchia, encargado por su gobierno de hacer imperar la influencia francesa y la libertad. A pesar de la proclama del general Oudinot en que declaraba que queria respetar el deseo de la mayoría de los pueblos romanos, el triunvirato se alarmó al ver que Civita-Vecchia se hallaba en estado de sitio, y que el general francés habia puesto preso al gobernador despues de desarmar la guarnicion de la ciudad y el batallon que los triunviros habian enviado á las órdenes del coronel Mellara. La guardia nacional y la tropa, especialmente la legion de Garibaldi, corrieron á las armas con entusiasmo.

El general Oudinot se dirigió á Roma, confiando en que su presencia bastaria para ahuyentar á los revolucionarios y abrirle las puertas de la ciudad, pero tuvo que retirarse precipitadamente ante los soldados de Garibaldi, que le derrotaron con fuerzas muy inferiores, haciéndole mas de trescientos prisioneros. Igual suerte alcanzaron las tropas que el rey de Nápoles habia conducido en persona hasta Palestrina, y tambien fué Garibaldi el héroe de esta segunda victoria de la república de Roma. Las tropas napolitanas, vencidas por él en Palestrina, en Albano y en Veletri, aunque eran superiores en número y llevaban una artillería formidable, se vieron obligadas á entrar precipitadamente en el reino, y el rey de Nápoles se salvó por un milagro de la persecucion de los republicanos. Todos estos hechos gloriosos acontecieron en la segunda quincena de mayo de 1849, en tanto que Bolonia, atacada por numerosos batallones austriacos y una terrible artillería, capitulaba tras una desesperada resistencia, y tenia igual suerte algunos dias despues la guarnicion de Ancona.

El gobierno francés mandó al general Oudinot que atacase á la ciudad eterna, y el 3 de junio se vió un ejército republicano combatiendo para derrocar una república. Despues de algunos encuentros, que no interrumpieron los trabajos de sitio de los franceses, y estando en batería todos los cañones, se rompió el fuego contra Roma el 19 de junio, y se dió el primer asalto el 21 á las diez de la noche, por tres brechas abiertas en las murallas de la plaza; pero vencido este primer obstáculo, hubo necesidad de construir nuevas baterías para asaltar el recinto aureliano, que encontraron detrás del primer lienzo de murallas. El nuevo asalto se dió el dia 30 á las dos de la noche por una inmensa brecha, pero fué tan encarnizada la resistencia de los romanos, que los franceses solo lograron apoderarse del baluarte de San Pancracio, tras esfuerzos inauditos y pérdidas enormes.

Las tropas del general Oudinot entraron en Roma el 3 de julio, en el momento en que la asamblea constituyente publicaba desde el Capitolio la constitucion que habia discutido y votado mientras retumbaba el cañon contra la ciudad eterna. Un destacamento de soldados franceses fué á dispersar á los representantes de Roma reunidos en el Capitolio; mas estos no se separaron hasta firmar una protesta, al pié de la cual se veia, entre otras firmas, la de Cárlos Bonaparte, príncipe de Canino, vice-presidente de la asamblea romana.

Uno de los episodios mas notables, no tan solo del año 1849, sino de la his-

toria de Italia, es la retirada de Garibaldi, el cual, despues de haber sido el último en 1848 en renunciar á la lucha contra el Austria, no se rindió hasta desvanecerse toda esperanza de triunfo. He aquí la proclama que dirigió á sus soldados al partir para Toscana:

«Soldados, voy á deciros lo que os espera: calor y sed durante el dia, y frio y hambre durante la noche; no tendreis sueldo, descanso ni abrigo, sino miseria extrema, alarmas y marchas continuas, y combates á cada paso. ¡Qué me sigan tan solo los que aman á la Italia!»

El cuerpo expedicionario, dividido en dos legiones, se componia de 4,000 infantes y 800 caballos. Despues de seis dias de marcha por escabrosos senderos, porque era preciso evitar las carreteras, las tropas republicanas llegaron á Terni, donde encontraron 800 de los suyos á las órdenes del coronel Forbes, oficial inglés que habia combatido con valor por Italia, y que recibió el mando de una de las legiones de Garibaldi. Franceses, españoles y austriacos se pusieron en marcha para cerrar el paso al célebre general republicano, pero este supo huir de todos sus enemigos y llegar sin obstáculo á Todi para pasar la frontera. Habiendo principiado la desercion en su cuerpo desde Spoleto, no contaba ya mas que 3,000 hombres el 15 de julio, despues de haber tenido cuidado de dividir sus tropas en varios destacamentos, dando órden á sus jefes respectivos que siguieran caminos diferentes. El 18 llegó á Toscana, y como habia indicado como punto de reunion la aldea de Cetona, todos los destacamentos se incorporaron con el de Garibaldi el 20, y llegaron á Montepulciano por caminos casi intransitables. Suponiendo el general de Aspre que Garibaldi huia con intencion de embarcarse en los buques americanos que habian visto en las costas de Toscana, habia concentrado en Siena una division al mando del general Stadion, con órden de impedir á toda costa el embarque de los garibaldinos, y envió al mismo tiempo para atacarlos 3,000 hombres, mandados por el archiduque Ernesto. El gobierno toscano, alarmado con la audaz empresa de Garibaldi, habia organizado una partida compuesta de la hez del pueblo que lanzó contra los fugitivos; pero el diestro jefe, aunque acosado por todas partes, y sin embargo de que la desercion y las enfermedades disminuian continuamente el número de los suyos, logró burlar todos los planes y ataques de sus enemigos con la extrema rapidez de sus movimientos y sus mil ardides de guerra, eclipsándose repentinamente ante sus fuerzas, siempre que le veia muy numeroso, y arrojándose sobre él cuando estaba seguro de vencerlo.

Viendo Garibaldi que el partido liberal de Toscana no acudia á su llamamiento, regresó hácia la Romania, pero viendo qué por instantes aumentaban las deserciones, pensó en asegurar la salvacion de sus soldados, y el 31 de julio llegó á la cima del monte Titan, en la república de San Marino. Se despidió allí de sus tropas, y seguido de los que se decidieron acompañarle, llegó á Cesenatico el 2 de agosto, y se embarcó con los suyos en trece lanchas de pescadores. Solo cinco lanchas llegaron á la playa de Mesola, y Garibaldi se dirigió á Ravena, viendo morir antes en sus brazos á su esposa, la intrépida brasileña Anita, que solo se separó de su lado al exhalar el postrer suspiro. Perseguido por los austriacos, logró con gran trabajo, y á favor de un disfraz, llegar á Toscana y cruzar entre sus encarnizados enemigos hasta los Estados Sardos.

Mientras la revolucion espiraba en la Italia central, obligado el Piamonte por las derrotas de Custoza y Novara á firmar una paz humillante, aceptó el 6 de agosto un tratado con el Austria, en que renunciaba á sus pretensiones sobre los países situados mas allá de los límites designados en el acta final del congreso de Viena de 9 de junio de 1815, y se obligaba á pagar quince millones de francos.

La bandera tricolor solo ondeaba ya en el Piamonte y en la ciudad de las la-

gunas, pero pronto iba á sucumbir Venecia bajo las fuerzas victoriosas del Austria.

La campaña piamontesa del mes de marzo habia sido tan corta, que el general Pepe no pudo acometer empresa alguna en interés de la causa italiana, y cuando el general Haynau comunicó á Manin la noticia de la derrota de Novara, habiendo interpelado este á la asamblea veneciana, en la sesion secreta del 2 de abril, acerca de su intencion, los representantes votaron por unanimidad el decreto siguiente: «Venecia se resistirá á todo trance del Austria. Con este motivo se con«ceden plenos poderes al presidente Manin.» El Austria reunió entonces fuerzas inmensas, y habiéndose terminado la primera paralela el 4 de mayo, se rompió el fuego contra la ciudad, siendo contestado por las baterias venecianas con tan feliz éxito, que no tardaron en apagarlo. La principal defensa de Venecia consistia en el fuerte de Malghera, defendido por dos mil cuatrocientos hombres, mandados por el napolitano Jerónimo Ulloa.

Los austriacos emprendieron nuevos trabajos de sitio en tanto que acudian contínuos refuerzos, y el general Thurn se encargó de la direccion del sitio en reemplazo de Haynan, que el gobierno imperial enviaba á combatir á Hungría. Se abrió un terrible fuego de ciento sesenta piezas de artilleria contra Venecia en la noche del 23 al 24 de mayo, que no cesó hasta que, por consejo del general Pepe, Ulloa evacuó el fuerte, que cayó en poder de los sitiadores así como la isla de San Julian. Los austriacos se hallaron entonces á tres mil doscientos metros de la ciudad, que solo estaba defendida ya por la segunda línea, formada por el centro de la plaza, el gran puente del ferro-carril y la isla de San Segundo.

Mientras retumbaba el cañon, se cruzaban despachos y parlamentarios entre la ciudad y los austriacos, pero las condiciones que imponia el general Thurn eran rechazadas por la asamblea nacional de Venecia. Las bombas y las balas caian sobre la ciudad á millares, causando deplorables estragos, y durante la noche del 28 al 29 de julio el fuego se convirtió en una verdadera lluvia, que sembraba el espanto, la destruccion y la muerte. ¡Al mismo tiempo el cólera arrebataba de trescientas á cuatrocientas personas por dia!

Llamada la Asamblea nacional el 6 de agosto para deliberar sobre el partido que debia tomarse en semejante situacion, se contentó con confirmar los plenos poderes de Manin, reservándose únicamente la facultad de ratificar el tratado que se hiciera con el Austria. Pero Manin no podia usar ya de sus poderes extraordinarios mas que para prolongar la lucha hasta el dia en que Venecia careciese de víveres y municiones. Y así lo hizo; y cuando llegó el dia fatal, no queriendo él ni la Asamblea nacional negociar con el Austria, la municipalidad presentó la capitulacion el 22 de agosto, y Venecia fué ocupada por el sitiador despues que partieron los batallones lombardos, los cuerpos del Triul y los soldados napolitanos.

Aunque la lucha contra el Austria cesó con la rendicion de Venecia, los acontecimientos desgraciados y casi providenciales de que acababa de ser teatro la Italia, eran una leccion para sus dominadores, inspiraban grandes esperanzas para el porvenir. Sí; la vieja Italia, enervada por tantos siglos de letargo y servidumbre, necesitaba una conmocion profunda que lanzase á sus hijos al campo de batalla y les despertase del sueño en que yacian. Y despertaron en efecto, y cuando resonó el estampido del cañon de un confin á otro de la Península, una juventud entusiasta acudió de todas partes á arrojar como en otros siglos al extranjero. La lucha no era ya parcial; toda la Italia se hallaba reunida bajo la gran bandera nacional, y sus hijos llegaron á fraternizar, tras tantos siglos de discordias, en el campo de batalla y bajo las balas de sus antiguos dominadores.

IV.

Triste y mezquino es el periodo histórico que media entre la frustrada empresa de 1848 y la última guerra de Italia ; pero la reaccion no estaba tan segura de su triunfo como en otras épocas mas nefastas, y la causa de la nacionalidad Italiana tenia un representante respetable en la casa de Saboya, destinada á ser algun dia la emancipadora de la desventurada Península.

El reino de las dos Sicilias continuó gimiendo bajo el régimen absoluto, sin libertad de imprenta, estacionado en sus obras públicas, mientras la Europa se cubria de ferro-carriles, viendo con asombro que el gobierno prohibia á los industriales que tomasen parte en las exposiciones universales de Lóndres y Paris, aislado de las demás naciones, y privado de sus varones mas ilustres que gemian en el destierro. Fernando II llegó al extremo de romper sus relaciones diplomáticas con Francia é Inglaterra, que le aconsejaban un sistema menos despótico, segun se habia considerado necesario para la conservacion de la paz en el congreso de París, y la cuestion suscitada en 1857 por la captura del vapor piamontés *Cagliari* originó una contienda diplomática entre los dos Estados preponderantes de Italia, que sanjó el gobierno británico, quedando airosamente la corte de Turin, y obligado á humillarse el rey Fernando II.

Pio IX, al ver la desecha borrasca que habia suscitado sus buenos deseos al subir al trono pontificio, restableció en sus Estados el régimen político que habian destruido el gobierno provisional y la república en el breve período de su dominacion, y entró en Roma el 12 de abril de 1850, donde ha permanecido bajo la proteccion de las armas francesas.

El gran duque Leopoldo no entró en Toscana hasta haber trascurrido algunos meses despues de la ocupacion de sus estados por las tropas austriacas, que no partieron hasta el 27 de diciembre de 1854, aunque el gobierno continuó una marcha tan contraria á la opinion pública como conforme á los consejos del Austria.

El gobierno del duque de Parma fué un modelo de arbitrariedad hasta la muerte de Carlos III, víctima de un puñal asesino el 26 de marzo de 1854. La duquesa Luisa de Borbon, su viuda, se encargó de la regencia, y se esforzó en reparar el mal ocasionado por su esposo. Despues de cambiar el ministerio, adoptó medidas importantes, cuales fueron la reduccion del ejército, la devolucion de los bienes de los hospitales y otros establecimientos de utilidad pública, que se habian agregado al patrimonio ducal, la conversion del empréstito forzoso creado por el difunto duque en empréstito facultativo, con garantía para los acreedores del Estado en los bienes de la duquesa, y la supresion de la policía militar. Una loca tentativa revolucionaria en Parma frustró tan buenos deseos, y el estado de sitio se prolongó durante un año en todo el ducado, y la ocupacion de las tropas austriacas hasta el 5 de febrero de 1857, ocasionando un gasto de veinte millones de reales.

En el reino lombardo-veneto no existía mas que una autoridad, la militar, y esta se resumia en la voluntad suprema de Radetzky. La conspiracion del país contra el Austria era permanente, los manejos del comité revolucionario establecido en Lóndres tenian en continua alarma al mariscal, y se agravaban sin cesar los rigores del estado de sitio. El emperador de Austria visitó en 1851 las provincias lombardo-venetas, y en vano la municipalidad de Milan le pidió una amnistía general; por el contrario, aun no habia trascurrido un año, y con motivo del supuesto descubrimiento de un tribunal secreto y de una carta de Kossuth, interceptada por la policía, se pronunciaron tres sentencias de muerte en Mantua, la

ciudad de Milan quedó declarada en estado de sitio, y se secuestraron los bienes de las personas sospechosas de complicidad en tentativas de alta traicion, para indemnizar al tesoro público de los gastos extraordinarios que le ocasionaban los continuos esfuerzos de la revolucion. La medida de los secuestros se llevó á cabo con tanta extension, que alcanzó á varios lombardos que se habian naturalizado en el Piamonte, y el gobierno de Victor Manuel dirigió al de Austria un enérgico *memorandum* reclamando contra tanta injusticia. Estas reclamaciones ocasionaron el rompimiento de las relaciones diplomáticas entre el Piamonte y el Austria. El odio que animaba á los italianos contra su dominadora llegó á ser tan general y profundo, que cuando el emperador Francisco José visitó por segunda vez el reino lombardo-veneto, le fué imposible hacer aceptar el cargo de alcalde de Milan á un habitante de esta ciudad, á pesar de los esfuerzos de las autoridades, de declarar nulos los secuestros y publicar una amnistía, y en tanto los lombardos enviaban su ofrenda para los *cien cañones de Alejandría*, y la municipalidad de Turin designaba el sitio donde el escultor lombardo Vela debia colocar el monumento destinado á perpetuar los gloriosos recuerdos de la expedicion de Crimea.

Cuando Victor Manuel prestó su juramento como rey constitucional el 30 de marzo de 1849, dirigió sentidas y nobles palabras á sus pueblos, y estos correspondieron á sus generosas promesas, mostrándose dignos de la libertad que acababan de salvar en el naufragio de toda la Italia. Es verdad que agitaron al Piamonte las cuestiones religiosas, ocasionadas por la ley de 8 de abril de 1850, aboliendo el derecho de asilo y las inmunidades del clero, y por los proyectos de ley sobre el matrimonio civil y la secularizacion del clero regular, que dieron por resultado la supresion de cuatrocientos conventos; pero las cámaras sardas, especialmente desde el advenimiento del conde de Cavour á la presidencia del consejo, prestaron servicios inmensos al pais, aumentaron las rentas públicas, hicieron progresar la industria, la agricultura y el comercio, y organizaron el ejército hasta el punto de poder enviar á la guerra de Oriente una division de quince mil hombres, al mando del general Alfonso la Marmora, que hizo prodigios de valor en la batalla del Tchernaïa.

El conde de Cavour representó dignamente al Piamonte en el congreso de París, y por vez primera se vió desde el tratado de Utrecht una potencia de segundo órden participando en la solucion de un problema europeo. La tranquilidad admirable y el desarrollo de las libertades públicas en el reino constitucional de Italia, formaban un contraste doloroso con la situacion de los demás Estados. La prensa del Austria, celosa de la prosperidad de la única comarca de la Península capaz de reunir bajo una bandera nacional á las provincias oprimidas por el extranjero, y alarmada con las alianzas que con Rusia y Francia contraia Victor Manuel, esperanza de la libertad de Italia, no cesaba de representar al Piamonte como un foco de revolucion y como un peligro para la paz del mundo.

La Europa contemplaba con inquietud las manifestaciones belicosas de Victor Manuel contra el Austria en 1858, pero los amigos de la libertad de Italia alentaban al esforzado monarca y le ofrecian las simpatías de Francia é Inglaterra, para el momento supremo en que desenvainase su espada para dar el grito de union y salvar á los pueblos italianos de la opresion en que yacian. La mision de la casa de Saboya es llevar á cima la noble empresa de la independencia y unidad de Italia, pero es forzoso que antes cese la autonomía de ciertas provincias para formar un conjunto homogéneo, una armonía en que se extingan las tradicciones inveteradas que separan al norte del centro y del mediodía de la península. Por esta razon, cuando la Italia se agita, próxima á alzarse contra sus opresores, todas las miradas se dirigen ya al Piamonte, patria moral de todos los hombres ilustrados

de Italia, y por eso se dirigieron en 1858 al ver á Victor Manuel preparándose al combate.

La Europa entera se hallaba en ansiosa espectacion, y aunque reinaba una calma completa, era la calma que precede á las tempestades. Nadie decia ya: *L' Italia fara da se*, y se preguntaba con alarma al emperador Napoleon III si su influencia era la oculta causa de la actitud belicosa del Piamonte; pero el *Monitor* desvanecia los temores de una guerra en defensa de la emancipacion de Italia, y los falsos rumores y las exageradas declamaciones llenaban sin embargo de séria inquietud los ánimos en Francia, en tanto que en Italia, especialmente en el Piamonte, daban nuevo pábulo á la exaltacion de los ánimos.

Las palabras dirigidas por Napoleon III al embajador de Austria el 1.º de enero de 1859, demostraron al mundo que Italia podia contar con un poderoso aliado, y que habia llegado el momento de cóntinuar esa gigantesca empresa, tantos siglos ha inaugurada, frustrada tantas veces, y que ha costado arroyos de sangre.... la emancipacion de Italia, la formacion definitiva de su nacionalidad.

LA GUERRA DE ITALIA.

(1.° DE ENERO DE 1859.)

El problema de los destinos de Italia se agita hace doce siglos en las polémicas del humano entendimiento, en los consejos de los príncipes y en los campos de batalla; los conquistadores, impulsados por una política de dominacion universal, han creido que podia resolverse con la espada; los fanáticos utopistas han presentado sus ilusiones como profundos pensamientos, y los diplomáticos, en fin, creyendo que no debian hacer mas que negar el problema para que no existiera, han procurado tranquilizar su ánimo diciendo, apoyados en la autoridad soberana del hecho, que la Italia no era mas que una expresion geográfica. No hay solucion que no haya sido discutida ó ensayada, todas han tenido entusiastas partidarios, pero ninguna ha dado hasta ahora el resultado apetecido: los planes de los conquistadores han desaparecido con ellos, los utopistas revolucionarios han atravesado rápidamente la escena, los diplómaticos han tenido horribles sobresaltos, y la cuestion italiana queda siempre planteada. Cada vez que la Europa se agita, ábrese aquella llaga como una antigua herida; cada vez que la Italia se conmueve, la Europa se turba y teme. Así sucede ahora.

Al considerar la vida misteriosa y convulsiva de la Italia, reconócese una causa esencial, una anomalía constante y peligrosa, orígen y madre de todas las demás. Los hombres de Estado, reunidos hace tres años para afirmar de nuevo la paz europea, quisieron aplicar á la Pe-

nínsula algun remedio interior, y dirigieron sus esfuerzos á Roma y á Nápoles, pero en vano: conocióse que se emprendia una senda sin salida, que la cuestion no estaba allí, que el mal no se llama Pio IX ó Fernando II, sino el extranjero que bajo muchos nombres ha dominado mas allá de los Alpes, siendo así que no deberia dominar bajo ninguno. Mírense las cosas bajo el aspecto que se quiera, es lo cierto que entre el Po y el Tagliamento existen dos hermosas y fértiles provincias, dos Estados por decir mejor, la Lombardía y Venecia, que con una poblacion de seis millones de almas, con centros como Milan, Venecia, Verona y Mantua, no se pertenecen á sí mismos. El Austria posee las regiones del norte que deberian por su posicion ser el baluarte de la Península, y que son por el contrario su flanco débil, puesto que entregan la llave de Italia á un soberano que reside en Viena. Hay mas: la dominacion extranjera en Italia no se limita á la presencia de los austriacos en Milan y en Venecia; la indefinida extension de su interesada influencia aniquila la vida propia de la mayor parte de los Estados realmente italianos; el Austria defiende sus posiciones y su política como un gran imperio que cree su honor comprometido, el espíritu nacional resiste á su vez, y en esto estriba, esto es la cuestion italiana.

Antes de entrar en materia y de explicar el camino que en los últimos cinco meses ha seguido la cuestion, digamos algo de la posicion del Austria y de la situacion y tendencias del Piamonte, los dos enemigos que se hallan en el dia frente á frente.

La dominacion austriaca en Italia si históricamente se enlaza con los tiempos pasados es un hecho del todo moderno políticamente hablando. El Austria en 1815 no es ya el santo romano Imperio reconquistando su poder en la otra parte de los Alpes y extendiendo de nuevo su soberanía sobre los milaneses; en la época del gran castigo impuesto por las naciones al perturbador de Europa, nadie sabia aun lo que deberia hacerse con la Italia. El comisario enviado á Milan tomó posesion de aquellas provincias en *nombre de las altas potencias aliadas*; firmáronse los tratados de 1815, y desde aquel momento, por una cesion consentida por todo el mundo, excepto por los interesados en aquella inmensa adjudicacion de almas, el Austria acampa no solo en Milan, donde podian llamarle sus recuerdos y tradiciones, sino tambien en Venecia, para cuya revindicacion no tenia otro título que el acto desleal de Campo Formio. (Véase la cuarta parte de esta obra. I.)

El Austria al volver á Italia la encontró muy distinta de como la habia dejado. Antes de 1789 no vemos en Milan una hostilidad real contra la dominacion del Imperio, en especial desde que ciñera la corona la casa de Lorena; habia entonces una especie de tregua entre los imperiales y los pueblos italianos; el gabinete de Viena les gobernaba con dulzura, y les dejaba una existencia distinta, sus instituciones lo-

cales, una completa libertad en el manejo de sus intereses, y una sombra de independencia en el bienestar y en los placeres. Vino empero la revolucion francesa, y aquel gran suceso, despertando todos los instintos patrióticos, dió orígen, no al sentimiento de independencia, antiguo ya en Italia, pero sí al sentimiento nacional tal como existe en el dia. El reino de Italia fundado por Napoleon distaba mucho de ser la independencia, mas mantenia esperanzas que los príncipes de Europa alentaron y explotaron en su lucha contra Bonaparte, y de esto resultó que el Austria á su vuelta á Italia se encontró frente á frente con un espíritu de independencia que ella misma habia halagado, y al que solo podia ofrecer un yugo austriaco en lugar de un yugo francés. De ahí una lucha ostensible ú oculta, pero incesante, entre un poder tanto mas dispuesto á exagerar su accion en cuanto sentia una resistencia mas profunda, y un sentimiento nacional que se ha robustecido con todos los agravios, que ha sido á veces alentado con aparentes concesiones, y que jamás ha sucumbido ni aun á impulsos del rigor.

Colocada el Austria en una situacion donde todo era nuevo, rodeada de ardientes y numerosos enemigos, desesperando quizás de atraerse el afecto de los italianos, y engañada tambien por las circunstancias, creyó que debia tratar sus posesiones de la otra parte de los Alpes como un país conquistado y mal sometido; en vez de dejar á aquellos pueblos cierta autonomía de instituciones é intereses que habria halagado sus instintos de nacionalidad sin desarmar la autoridad imperial, gobernó el nuevo territorio por el Austria y solo para el Austria, organizó una centralizacion despótica, y excluyó á los italianos de la mayor parte de los cargos de administracion y de gobierno. Todo se hacia en Viena, todo se ejecutaba por manos alemanas, y al mismo tiempo que los soldados italianos eran diseminados en Moravia, en Bohemia, en Transilvania, los alemanes guarnecian las ciudades italianas.

Por desgracia si los moradores del reino Lombardo-Veneto tenian escasa intervencion en la administracion de sus propios intereses, participaban no poco en las cargas públicas. Las contribuciones directas é indirectas aumentaban cada dia, y á pesar de que el expresado reino representa la décimatercera ó décimacuarta parte de la superficie total de la monarquía austriaca, de que su poblacion forma la séptima parte de la del Imperio, contribuia hace veinte años, por una desproporcion notable, con una cuarta parte del presupuesto, teniéndose en cuenta que los tiempos y los acontecimientos han aumentado las cargas, sin aligerar el peso del régimen politico.

¿Qué ha resultado de semejante sistema de administracion que constituye toda la política del Austria en sus posesiones italianas? Que los lombardos, agobiados de tributos, han sentido crecer mas y mas su descontento; que excluidos de las esferas ordinarias de la actividad públi-

ca, se han refugiado en las conspiraciones; que el poder imperial, despues de cuarenta años de dominacion, se ha encontrado tanto ó mas débil que el primer dia; que si sus batallones acampan en Milan y en Venecia, no puede decirse que reine en el país; que la Italia, replegada en sí misma, parece impenetrable á la influencia extranjera que en ella domina.

Sin embargo, existe un hecho mas grave todavía: el Austria no solo ocupa en Italia el Milanesado y el estado de Venecia, sino que su influencia envuelve á la mayoría de los gobiernos italianos, identificando situaciones é intereses del todo distintos. Desde 1815 el plan constante del gabinete de Viena ha sido convertir la Italia en una reunion de soberanías nominales bajo un poder director y protector, y para lograrlo ha echado mano de todos los medios que le daba su posicion militar ó que las circunstancias le ofrecian. Los tratados de comercio y de alianza, las líneas de ferro-carriles construidas segun el sistema imperial, todo lo ha empleado para alcanzar el resultado mas palpable, mas evidente de su política, la intervencion material.

Pero se dice: ese derecho de preponderancia, de influencia permanente, de intervencion eventual es una necesidad para el Austria, es para ella el derecho de existencia, es la prenda de su seguridad en el reino Lombardo-Veneto; al intervenir en Toscana, en Parma, en Módena y en la Romanía, se defiende á sí misma y obedece á un estricto sentimiento de conservacion. Quizás sea así; pero considérense la incertidumbre, la confusion que nacen de semejante política, dejando á la Europa sin garantía alguna, pesando sobre los mismos gobiernos italianos y destruyendo en la Península todo órden moral.

En efecto, toda intervencion no origina necesariamente una guerra, pero puede producirla, y siempre que se apela á ella, es fuerza arrostrar un peligro. El Austria, segun los tratados, está en su derecho mientras no traspasa las fronteras de la Lombardía; pero su intervencion en los demas puntos de la Italia es un riesgo, una tentativa de la fuerza que puede encontrarse con otra fuerza igual, y así es como esa política, que es la salvaguardia de la posicion austriaca en Italia, pone la seguridad de la Europa á merced de un incidente imprevisto.

Por otra parte, ¿cuáles son las consecuencias de la política austriaca para los estados italianos? Atenuar en aquellos gobiernos el sentimiento de la responsabilidad, despojarles á la vista de sus pueblos de toda independencia, y multiplicar á su alrededor las enemistades y los odios al ofrecerles un socorro material. Por una reciprocidad muy fácil de apreciar, cuanto mas se deja sentir la presion del Austria, tanto mas se irrita el espíritu popular, y cuanto mas se exaltan las pasiones revolucionarias, tanto mas se encrudece la intervencion; y en medio de semejante malestar, de peligros que se derivan unos de otros y se

engendran mútuamente, los gobiernos, inquietos, recelosos, presa de perpetuas angustias, acaban siempre por echarse en brazos del Austria, cuya tutela les compromete mas y mas. Tal es el modo como vemos nosotros la situacion de Italia: el Austria es una fuerza, no una influencia; despopulariza á los gobiernos italianos y les mantiene bajo su dependencia por los mismos peligros á que les expone.

La preponderancia austriaca en Italia es causa de otro hecho mas desastroso si cabo que los demas, y es que por la fuerza misma de las cosas produce un trastorno general de ideas y de sentimientos, una espantosa confusion moral. Llamarse italiano en cierto sentido político y nacional es ya un crímen; alimentar ideas de reformas civiles, de emancipacion, lo es tambien; y de aquí las singulares é indefinibles condiciones que son particulares á la Italia. Despojados de una accion regular, tropezando siempre con obstáculos, debiendo guardar en su pecho sus opiniones mas modestas y sus mas inocentes aspiraciones, los ánimos agriados se engolfan en la esfera de las ilusiones; el arte de conspirar se ha perfeccionado, é inteligencias rectas en un principio han ido á perderse en violentas concepciones; la exaltacion solitaria ha proporcionado mas de un neófito á las sectas fanatizadas, y de este modo se han engrosado tanto y tanto en Italia las filas de los partidos revolucionarios.

Pasemos ahora al Piamonte, al esforzado adversario del Austria en la actual contienda. Es indudable que lo que mas ha contribuido á poner en relieve las condiciones morales y políticas de una parte de la Península, á llamar la atencion de la Europa sobre la cuestion italiana, ha sido la existencia junto á estados debilitados ó exasperados por la compresion de un país que, como la monarquía piamontesa, es la viva oposicion de los gobiernos todos de la Península. Desde hace diez años existen dos Italias: la una confusa, irritada y alarmante siempre; la otra liberal, activa é inteligente; la guerra de Crimea hizo que la influencia del Piamonte traspasara sus fronteras, y mientras sus instituciones liberales le servian para extender su preponderancia en la Península, su participacion en los asuntos de Europa le permitia plantear las cuestiones referentes á la Italia en los consejos de la diplomacia. Los instintos de independencia, las quejas de los pueblos han hallado en él un defensor y un órgano; monarquía libre y constitucional, han podido agruparse á su alrededor los hombres de los partidos extremos, la política austriaca en Italia ha debido contar con un enemigo reconocido, y el Piamonte se ha convertido en la opinion pública, como lo era ya en sus esperanzas, en el instrumento posible de la emancipacion italiana. Desde aquel momento lo que era una fuerza diseminada é incoherente es una fuerza regular y concentrada, la nacionalidad italiana tiene ya un gobierno, un soberano, una representacion exterior, y por una coinci-

dencia feliz, el Piamonte no ha tenido mas que inspirarse en su propia historia para hacerse el campeon de la causa que en el dia defiende.

La política actual del Piamonte es en su esencia la expresion de las constantes tendencias de la casa de Saboya y del pueblo piamontés. Los príncipes de Saboya, que aparecen en la escena del mundo á principios del siglo XI con Humberto el de las Blancas Manos, han tendido siempre á ceñir en Milan la corona de la Italia del norte; no hay acontecimiento que no aprovechen para dar un paso adelante, resultando de aquí que cuanto mas han avanzado en la Lombardía, mas han comprendido la necesidad de poseer el Milanesado, aun cuando solo fuese para defender su frontera abierta, desigual y sin defensa.

El Piamonte y el Austria no pueden existir el uno al lado de la otra; todos los políticos piamonteses han tenido por máxima de estado aquel antagonismo, y el conde de Maistre ha escrito: «Si el Austria domina desde Venecia á Pavía, deja de existir la casa de Saboya: *vixit.*»

Tenemos pues que el Piamonte desea adquirir la Lombardía, que la casa de Saboya tiene tradiciones de engrandecimiento que sus príncipes se trasmiten unos á otros y han convertido en política; pero no se olvide que esta política tiene dos aspectos, que si por el uno puede llamarse ambicion de familia, se llama por el otro la independencia de Italia. Cárlos Alberto identificó ambas ideas; su hijo Victor Manuel II ha seguido sus huellas, y el Piamonte ofrece en el dia el curioso fenómeno de un pueblo que tiene una política superior á su posicion territorial; su extension no se halla en relacion con su influencia moral, y como en la época del conde de Maistre, «su diámetro no guarda armonía con la grandeza y nobles aspiraciones de la casa de Saboya.»

Tales son los dos enemigos que se encuentran ahora frente á frente, tal era la situacion de la Italia al principiar el presente año. En la Lombardía reinaba una sorda agitacion á causa de las recientes disposiciones del Austria relativas á la reforma monetaria y á la quinta, medidas que hicieron extensivo el descontento de la aristocracia y de las clases letradas, á los artesanos y habitantes del campo. El archiduque Maximiliano, cuyas leales intenciones nadie ponia en duda, se veia aislado y no acertaba á vencer la hostilidad del país apesar de las promesas casi liberales que hiciera al tomar sobre sí el gobierno del reino Lombardo-Veneto. El odio entre los imperiales y los italianos habia estallado bajo todas las formas; los habitantes se retiraban al presentarse un oficial austriaco; en los teatros y ante los ojos de la policía tenian lugar las mas significativas demostraciones, y otra vez se formó la conspiracion de los cigarros que habia inaugurado la revolucion de 1848.

Esto no obstante, y aunque el Piamonte se agitaba mas de lo acostumbrado, la Europa, que acababa de presenciar una guerra terrible, que se hallaba saciada de emociones violentas, y que ante todo desea-

ba la paz para entregarse á sus pacíficos trabajos, no tomaba gran interés en la agitacion lombarda, creyendo que se calmaria poco á poco como tantas otras veces habia sucedido; la confianza era general, nadie pensaba en la posibilidad de una lucha, cuando las palabras dirigidas por el emperador Napoleon III á M. Hubner, embajador austriaco en París, en la recepcion oficial de las Tullerías, el dia 1.° del año, despertaron á todos de su pacífico letargo, demostraron ser falsa la seguridad con que descansaba la Europa, y lanzáronla en las alarmas y temores de lo desconocido.

«Deploro que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan amistosas como antes, dijo Napoleon III; pero os ruego que digais al emperador que mis sentimientos personales hácia él continúan siendo los mismos.»

Estas palabros desgarraron un velo cuya existencia se ignoraba, y sumieron á la Europa en profundo estupor. La ignorancia acerca de lo que debia temerse, de los intereses comprometidos, entraba por mucho en la ansiedad general; sabíase desde mucho tiempo que las relaciones del gobierno francés con el gabinete de Viena no eran enteramente satisfactorias; que el primero habia disentido del segundo en cuantas cuestiones se habian suscitado para la aplicacion del tratado que puso fin á la guerra de Oriente; que la revolucion de Servia habia creado nuevas dificultades; pero por infinitas consideraciones, que apreciaron al momento los hombres enterados de los asuntos europeos, conocióse que no eran aquellos disentimientos los que habian agriado las relaciones de la Francia con el Austria hasta el punto de obligar á Napoleon á manifestarlo así en una circuntancia solemne, poniendo desde aquel instante en peligro la paz europea.

No tardó la opinion pública en fijar su vista en Italia, donde, como ya hemos dicho, podia el estado de los ánimos ser causa de graves acontecimientos. Estudiáronse con avidez las cuestiones que agitaban la Península, vióse que la intimidad del Piamonte con el gobierno francés crecia á proporcion que se agriaban las relaciones entre la Francia y el Austria, y si bien el *Monitor* francés habia condenado á principios de diciembre los ataques que parte de la prensa dirigia contra el Austria, era evidente que desde entonces al 1.° de enero habian mediado hechos, que el porvenir nos revelará sin duda, capaces de hacer variar de senda al gobierno de Napoleon. Casi al mismo tiempo el discurso del rey del Piamonte en la abertura de las cámaras sardas anunció que el año 1859 no aparecia en un horizonte muy sereno; que el Piamonte, arrostraria con resolucion los azares del porvenir; que el Piamonte, aunque pequeño, es grande por las simpatías que inspira, que su posicion no estaba exenta de peligros, y que á pesar del respeto que á los tratados profesaba no era insensible al grito de dolor que se elevaba

hasta él desde todos los puntos de Italia (vease la cuarta parte, II). Finalmente, las simpatías que engrandecian al Piamonte y la solidaridad que parecia deber unir la política francesa y la piamontesa, quedaron explicadas por medio del anunciado enlace del príncipe Napoleon Gerónimo con la princesa Clotile, hija del rey Victor Manuel. Desde aquel momento no fué posible ya la duda; la cuestion italiana, tal como se entiende en Turin, tal como la hemos explicado, es decir, la independencia de la Península desde los Alpes hasta la Sicilia, quedó planteada en Europa, presentándose la Francia como una de las potencias mas empeñadas en su solucion.

Veamos ahora en qué términos lo fué. La política oficial no podia tender abiertamente á la emancipacion de la Lombardía y del estado de Venecia, en cuanto atajaba sus pasos el respeto debido á los tratados que han distribuido el territorio de la moderna Europa, estableciendo una estrecha solidaridad entre los soberanos; pero la política del Piamonte, evitando semejante peligro, supo dar una forma diplomática á la cuestion, colocándola en un terreno que puede llamarse legal. Los derechos de su seguridad, los de su independencia le autorizaban para protestar contra la intervencion del Austria en los estados italianos donde mantenia el régimen despótico con sus fuerzas militares, de modo, que la cuestion italiana, revestida por decirlo así de una forma legal, ha consistido para el Piamonte en pedir que no pudiese el Austria salir de su frontera lombarda, en solicitar la reforma de los malos gobiernos de la Península, y en ejercer su influencia sobre los partidarios de la independencia y de la libertad que gimen bajo la dependencia extranjera.

Encerrada en estos límites, la política del Piamonte era inatacable; reclamar la reforma de los gobiernos abusivos de los estados italianos; oponer como principio la independencia de los mismos estados al sistema de intervencion practicado por el Austria, sistema que impide el progreso sano y regular de la Italia, y mantiene en ella un foco inextinguible de pasiones revolucionarias; pedir que el Austria no pase las fronteras que los tratados le señalan, es el derecho legal y estricto de una potencia italiana, celosa de su independencia y de la independencia de Italia. No hay duda que si esta política no hubiese ido mas allá de sus declaraciones públicas, no habria satisfecho á todos los pueblos italianos, pues hubiera debido contener los esfuerzos de su generosa iniciativa ante las fronteras de las provincias que los tratados han conferido al Austria en el norte de la Lombardía; no hay duda que semejante política comprometeria con su triunfo los intereses de la dominacion austriaca, haciendo insoportable á los lombardos su sumision á un poder extranjero al considerar el espectáculo y el contraste de la emancipacion de sus compatriotas; pero no por esto su victoria habria sido

menos legítima; tanto peor para el Austria si no hubiese podido sostener su dominacion mas que á costa de grandes sacrificios.

Fácil es comprender como se ha convertido esta cuestion en una cuestion francesa. Es natural que la Francia prefiera un Piamonte independiente á un Piamonte austriaco, una línea de reducidos estados á fronteras que la pusiesen en contacto directo con grandes potencias, con la condicion empero de que aquellos estados sean libres y no se conviertan en avanzadas de enemigos poderosos. La seguridad y libertad del Piamonte interesan pues en alto grado á la nacion francesa; Napoleon III, mas quizás que otro soberano alguno, se halla interesado en apagar el volcan revolucionario que mantiene en Italia el sistema de compresion; la prolongada ocupacion de Roma coloca á la Francia en una posicion falsa, y todo esto, unido á los recuerdos de su historia, á las tradiciones nacionales, á la idea de libertad que representa la Francia en el mediodía de Europa, ha contribuido á que hiciese suyos los agravios del Piamonte, á que considerase como ofensas propias las usurpaciones del Austria.

Inútil es decir el efecto que en Italia produjeron los nuevos acontecimientos: agitacion, ansiedad, esperanzas, temores, y dominando sobre todo una sed ardiente de combates, tal era lo que experimentaban sus moradores. Las demostraciones contra los extranjeros redoblaron en Milan y en Venecia, el archiduque Maximiliano encontróse cada dia en situacion mas crítica; el Austria movilizó y dirigió á Italia el tercer cuerpo de ejército, aumentando sus fuerzas en el reino Lombardo Veneto hasta 140,000 mil hombres, y reforzó las guarniciones de Verona, Mantua, Milan y Pavía. Por su parte, el Piamonte aumentó las guarniciones fronterizas, y al mismo tiempo, el dia 30 de enero, se consumaba en Turin la alianza del Piamonte y de la Francia con el matrimonio del príncipe Napoleon y la princesa Clotilde.

La Francia, fuerza es confesarlo, vió con disgusto la terrible cuestion que se elevaba al dia siguiente de terminada una guerra que habia devorado sus soldados y sus capitales, y si bien no entendia sacrificar á la paz los grandes intereses del país ni la dignidad nacional, deseaba y esperaba que la diplomacia diera al asunto una solucion pacífica. Desde el primer momento se habló de disidencias en el seno del gabinete imperial, y era evidente el espíritu de la nacion por la avidez con que acogia los rumores de paz.

Las palabras de Napoleon produjeron igualmente profunda sensacion en Alemania, debida en parte á los manejos del Austria, y en parte al recuerdo no lejano de los calamitosos tiempos del primer imperio. Esto no obstante, así la Dieta como la Prusia, manifestaron una gran reserva en su conducta, y el príncipe regente, que por aquel entonces abrió en Berlin la legislatura de sus cámaras, no hizo la menor alusion á las nue-

vas cuestiones, y dijo estar en buenas relaciones con todas las potencias europeas.

Estos acontecimientos entibiaron desde un principio la alianza entre la Francia y la Inglaterra; la prensa británica se entregó á toda clase de conjeturas acerca de la nueva actitud de la política francesa, y aun cuando exagerase la inminencia de los peligros que entreveia, podíase dar por seguro que la Gran Bretaña miraria con malos ojos á la potencia á cuya iniciativa se debiese el rompimiento de la paz de Europa. No es esto decir que los ingleses viesen con gusto la dominacion del Austria en Lombardía, ni el régimen de gobierno establecido en la mayor parte de la Península; el partido whig y el radical han alentado siempre las esperanzas de Italia, y nadie ha echado en olvido el famoso viaje de lord Minto en 1847. Sin embargo, la actitud del país en la época de que nos estamos ocupando, revelaba que la Inglaterra encontraria á mal que se plantease en los campos de batalla la cuestion de la independencia italiana. Tal fué sin duda el espíritu que animó á lord Malmersbury en los consejos que dirigió al Piamonte, y á los mas influyentes miembros del partido whig, cuando resolvieron no emplear esfuerzo alguno para derribar al gabinete tory antes de conocer el giro que tomasen los asuntos del continente.

Esperábase, pues, con ansiedad la abertura de las cámaras inglesas, y en esa ocasion el orgullo británico, que cree su parlamento el parlamento del mundo, debió quedar satisfecho. El discurso de la reina y los debates de que fué objeto en ambas cámaras la contestacion á las palabras reales, fueron dignos de la gravedad de las circunstancias; amistoso para la Francia y su soberano, el discurso de la reina Victoria alentó las esperanzas de paz: «Mantengo con todas las potencias extranjeras, dijo, las relaciones mas amistosas. Cultivarlas y robustecerlas, conservar intacta la fe de los tratados, y contribuir con toda mi influencia á la paz general, tales son los objetos de mi constante solicitud.»

Las palabras de la corona fueron adoptadas como tema por los oradores que hablaron sobre la cuestion italiana y las dificultades suscitadas entre la Francia y el Austria; jefes de oposicion y ministros, todos á su vez se presentaron á atestiguar su respeto á los tratados existentes, y á expresar su deseo de ver reformados los gobiernos de Italia, y su adhesion á la alianza francesa. Los hombres de estado ingleses no se engañaron ni un momento sobre la consecuencia inmediata á que tendian la Francia y el Piamonte, conocieron que se trataba de expulsar al Austria del reino Lombardo Veneto, y lord Granville, perteneciente al partido whig, manifestó los peligros que preveia en semejante empresa llevada á cabo con el auxilio extranjero. Lord Derby, lord Palmerston, M. Disraeli, lord John Rusell, todos dijeron ser inviolables los tratados que habian conferido al Austria la posesion de la Lombardía y del Esta-

do de Venecia; todos hablaron de los sufrimientos de la Italia, de sus infortunios, de la degradante condicion en que la mantienen sus gobiernos esclavos; no renegaron de ninguna de sus convicciones, no abandonaron sus antiguas simpatías, pero todos proclamaron que no debe un pueblo esperar del extranjero su emancipacion nacional y la conquista de su libertad. Hablaron del Piamonte, de su constitucion actual, de su caballeroso monarca y de su sábio ministro con el sincero interés que merece aquel país por su conducta liberal y enérgica; convinieron en la urgente necesidad de reformar los gobiernos de la Italia central, y lord Derby dijo haberse dirigido á los gabinetes de Paris y de Viena excitándoles á ponerse de acuerdo para la evacuacion de los Estados Romanos. Finalmente, para terminar el exámen de las interesantes noticias que proporcionaron las primeras sesiones del parlamento inglés acerca de la paz ó de la guerra, no olvidemos las palabras de lord Derby que se consideraron entonces como decisivas para la conservacion de la paz. «El gobierno francés, dijo el primer ministro, ha prometido que mientras el Austria no salga de sus límites, la Cerdeña no debe esperar auxilio alguno por parte de la Francia para una guerra agresiva; el Austria ha declarado tambien que no pretendia intervenir en los asuntos interiores de ninguno de sus vecinos, que deseaba encerrarse en sus fronteras, y no apartarse de las obligaciones que los tratados le imponen, cifrando su exclusiva atencion en administrar sus propias provincias.»

Así pues la Europa se abandonaba á sus esperanzas de paz, y mientras todos iban en busca de una combinacion que resolviera honrosamente el asunto; mientras se habia echado á volar la idea de un congreso, y que algunos partidarios del Austria hablaban de la posibilidad de que el emperador constituyese en un reino independiente sus provincias Lombardo Venetas bajo el gobierno del archiduque Maximiliano; mientras se enviaban notas de Paris á Turin, de Lóndres á Viena, de San Petersburgo á Berlin; mientras que el Austria procuraba atraer á su causa á los estados de la Confederacion germánica, sin olvidar por ello el envio de tropas á Lombardía, en la cual se encontraban cuatro cuerpos de ejército, el emperador Napoleon pronunció en 7 de febrero ante el cuerpo legislativo y el senado un discurso que acabó de afirmar en sus ideas á los que no creian en la inminencia de la guerra.

El emperador repite las célebres palabras que dió por divisa al régimen actual: «El imperio es la paz.» El estado de Italia no es para él un motivo suficiente para creer en la probabilidad de una guerra, y espera que la paz no será alterada; protesta, recordando su fidelidad á la alianza inglesa, de su deseo de conservarla, y como la dignidad de soberano le prohibia sin duda poner en cuestion la sinceridad del respeto que los tratados le merecen, como un discurso imperial no debia entrar en los detalles de los varios problemas suscitados por la situacion de

Italia, se limita á indicar la precaria condicion de la Península, y la necesidad de mantener allí el órden por medio de tropas extranjeras. Sin embargo, la fidelidad de la Francia á las reglas del derecho público europeo y las simpatías que debe á la infeliz Italia, se expresan en esta frase: «Seguiré sin vacilar la senda del derecho, de la justicia y del honor nacional.» Las disposiciones pacíficas del jefe del Estado se revelan en estas palabras: «Mi política no ha variado ni un momento: es firme, pero conciliadora (véase la cuarta parte, III).» En resúmen, el discurso de Napoleon produjo en toda Europa un excelente efecto, y junto con los primeros debates del parlamento inglés, hizo que nadie dudase ya de la conservacion de la paz.

Los actos del Piamonte turbaron la confianza general, y de nuevo despertaron la ansiedad y los temores; el conde de Cavour, fundado en los refuerzos recien enviados á Italia por el Austria, aumentó los armamentos de la Cerdeña y contrajo un empréstito de cincuenta millones; los debates abiertos con este motivo en las cámaras piamontesas, distaron mucho de hallarse animados de un espíritu pacífico, y otra vez temió la Europa que se buscase en las armas la solucion del problema, que, si merecia todas sus simpatías, habria preferido resolver en los consejos de la diplomacia. La nota circular de M. de Cavour aumentó la inquietud léjos de desvanecerla (parte cuarta, IV); todo el mundo comprendia la necesidad de una solucion, y de una solucion pronta, y con este objeto publicáronse infinitos escritos y folletos, abogando por diversos sistemas que creemos poder reducir á dos: sistema de los cambios arbitrarios y violentos, y sistema de las reformas progresivas por los medios pacíficos. El primero fué preconizado en un escrito publicado en Paris, que, así por las regiones de que se supone dimanado como por las ideas que en él se vierten, causó en Europa profunda sensacion. Apartados nosotros de Paris, del centro entonces de los acontecimientos, no podemos decir el efecto que produjo en Francia; mas segun el acreditado periódico *La Revista de ambos mundos*, recibió de la opinion pública una desfavorable acogida. Sin embargo, las razones antes expuestas, la sospecha de que quizá sea la expresion de las ideas que animan á Napoleon III, y aunque así no fuese, la importancia que le ha atribuido la Europa, hacen que demos su traduccion en la *cuarta parte*, V.

El Austria á su vez reforzó con 5,000 hombres la guarnicion de Ancona, convirtió á Sinigaglia en plaza de armas, construyó varios fuertes en toda la línea del Adriático desde el Po hasta Ancona, y dispúsose con grandes armamentos para una lucha que al parecer consideraba inminente. Ya habia aumentado antes la guarnicion de Bolonia, reunido entre el Adda y el Tessino y sobre todo entre Cremona, Plasencia y Pavía un verdadero cuerpo de operaciones, ocupado varias poblaciones por medio de cuerpos destacados, y colocado sus avanzadas

en el puente de Bussalora, límite entre el Piamonte y las posesiones austriacas. El archiduque Maximiliano, convencido de que sus buenas cualidades, sus intenciones paternales no bastaban para granjearle la popularidad que anhelaba, abandonó Milan y se dirigió á Trieste, huyendo del estrépito guerrero que llenaba las ciudades de la Lombardía.

Tambien el parlamento inglés fué esta vez ante la Europa el heraldo de los acontecimientos. Interpelado el gabinete en la cámara de los comunes por lord Palmerston sobre los asuntos europeos, en la sesion del 25 de febrero, contestó M. Disraeli en los siguientes términos:

«Tengo el placer de anunciar á la cámara que las comunicaciones hasta ahora recibidas nos hacen creer que dentro de muy poco tiempo los Estados Romanos serán evacuados por las tropas francesas y austriacas, con asentimiento del gobierno pontificio.

«Lord Cowley, que posee toda la confianza del gobierno de la reina, ha marchado á Viena con una mision confidencial. La cámara no querrá sin duda que entre en detalles acerca de la comision y de las instrucciones dadas á lord Cowley; basta decir que su mision es del todo conciliadora. Estad seguros de que no omitiremos por nuestra parte esfuerzo alguno para mantener la paz general sobre la base de los principios compatibles con la dignidad y el bienestar de Europa.»

Estas palabras tranquilizaron otra vez los ánimos que desde hacia dos meses se hallaban en continua alternativa de temor y de esperanza. La Inglaterra deseaba la paz, esto era indudable, y esta consideracion bastaba pára apartar de todas las imaginaciones la inminencia de la guerra.

El *Monitor* francés confirmó la primera parte de las explicaciones dadas por el ministro británico, con la siguiente nota que apareció en su número del 26:

«El dia 22 del corriente Su Eminencia el cardenal Antonelli ha anunciado por órden de Su Santidad á los embajadores de Francia y de Austria cerca de la Santa Sede, que el Santo Padre, agradecido al auxilio que hasta el dia le han prestado SS. MM. el emperador de los franceses y el emperador de Austria, creia deber advertirles que su gobierno es ya bastante fuerte para atender á su propia seguridad y conservar la paz en sus Estados, y que por lo tanto el Papa se halla dispuesto á entrar en negociaciones con ambas potencias para combinar la evacuacion simultánea de su territorio por los ejércitos francés y austriaco con la brevedad posible.»

La evacuacion de los Estados Romanos por la Francia y el Austria en las circunstancias en que se encuentra la Italia, se decia, hará desaparecer uno de los mayores obstáculos de la política austriaca en la Península, pues la presencia simultánea de sus tropas y de las francesas en el territorio pontificio ponia necesariamente en relieve el antago-

nismo de ambas potencias en los negocios italianos, irritaba la lucha de influencias, y podia ser para ambas una inmediata ocasion de conflicto. Considerada bajo el punto de vista del gobierno pontificio, la resolucion anunciada por el cardenal Antonelli puede ser objeto de apreciaciones y conjeturas diversas, pero de todos modos redunda en honor de Pio IX. En el momento en que la Francia y el Austria estaban próximas á considerarse como enemigas, no quiso el Papa que su gobierno fuese la causa ó el pretexto de una lucha entre dos potencias católicas; al tomar tan magnánima decision, Su Santidad obró, no solo como soberano entendido, sino como príncipe leal; no solo adoptó una política acertada, sino que cumplió un deber religioso.

La evacuacion de los Estados Pontificios fué considerada en los primeros momentos como la solucion de la dificultad mas grave que ofrecia el estado de Italia, pero no tardó en conocerse que no era mas que un simple incidente en la inmensa cuestion, é incidente que entrañaba las mas grandes complicaciones. Díjose que el gobierno pontificio se hacia ilusion acerca de sus propias fuerzas, que la revolucion aprovecharia la ausencia de las fuerzas extranjeras para repetir escenas que se encuentran grabadas todavía en la memoria de la cristiandad; algunos periódicos franceses, poniendo en duda la sinceridad del gobierno pontificio, dijeron que si el Papa renunciaba al apoyo del ejército francés, que tan necesario le habia parecido diez años antes; si solicitaba espontáneamente, cuando nada habia cambiado á su alrededor, la marcha de las tropas francesas, era porque se consolaba de su ausencia con la proximidad de las tropas austriacas. En una palabra, la medida que fué acogida en un principio como un feliz presagio, acabó por ser considerada como una dificultad nueva; y así fué que cuando se hablaba ya de la potencia neutral que quizás deberia reemplazar á los franceses y austriacos en el territorio pontificio, cuando lord Malmersbury en el parlamento inglés manifestaba de nuevo la confianza en que se hallaba el gabinete de que cuanto antes podria participar la evacuacion de los Estados Romanos, los soldados franceses lo mismo que los austriacos continuaron en los puntos que ocupaban, los emperadores de Francia y de Austria, que sin duda no participaban de las ilusiones del gabinete británico en favor de la paz, y que se hallaban en estado de apreciar mejor las dificultades que entrañaba para ambos la medida en cuestion, no dieron órden alguna para retirar sus tropas, los acontecimientos se precipitaron, y al estallar la guerra ocupaban todavía los franceses Civita-Vecchia y Roma, y los austriacos las Legaciones.

Otro hecho de importancia suma que supo el público oficialmente por boca de M. Disraeli, y que ya antes habian insinuado algunos periódicos, fué la mision de lord Cowley cerca de la corte de Viena, y aunque no se dijo en un principio en que consistian sus instrucciones aten-

dida la índole confidencial de su mision, fué saludado aquel acto como una señal infalible de paz. Supúsose que los consejos confidenciales que el noble lord se hallaba encargado de dirigir al gabinete austriaco tenian relacion con los tratados particulares celebrados por el Austria con varios estados italianos desde 1815, tratados que, como hemos dicho, consagran el principio de intervencion extranjera en las cuestiones interiores que pueden suscitarse entre los gobiernos y los pueblos. «Nadie ignora, dijo lord Palmerston en la cámara de los comunes, que median ciertos tratados entre el Austria y los Estados de Italia, tratados que, segun creo, contienen dos clases de estipulaciones: las unas se refieren á la proteccion de los mismos Estados contra las agresiones extranjeras, las otras tienen por objeto asegurar á los gobiernos el auxilio del Austria en sus negocios interiores. La parte que hace relacion á las agresiones extranjeras es inatacable, pues además de los lazos de parentesco que unen á muchas de las familias reinantes de Italia con la casa de Austria, lazos que justifican la existencia de semejantes pactos, nada impide á una gran potencia salir á la defensa de un estado mas débil contra los ataques extranjeros, conforme practica la Inglaterra con el Portugal; pero no sucede lo mismo con los pactos que hablan de la intervencion austriaca en los asuntos interiores de los estados, á los cuales puede renunciar el Austria sin deshonra y sin faltar en lo mas mínimo á su propia dignidad.»

Estas palabras, si no explicaron la forma precisa de la negociacion encargada á lord Cowley, pusieron al público en estado de juzgar de la esencia de la misma. Pensóse que la Gran Bretaña no habia apartado de sus funciones de embajador en Paris á un personaje como lord Cowley para enviarle con tanta premura á la corte á quien deseaba reconciliar con la Francia, medida casi sin ejemplo en la historia diplomática, sin una creencia poderosa de que sus esfuerzos debian producir el resultado apetecido; creyóse que las bases que lord Cowley se hallaba encargado de proponer habian sido aceptadas ya en Paris, que la corte de Viena habia dado de antemano su consentimiento á semejante paso, y desde aquel momento se consideró la cuestion como resuelta.

Esta opinion general se hallaba justificada por la respectiva posicion de las principales potencias interesadas en la cuestion; entre ellas, á pesar de sus enormes aprestos militares, no habian mediado las contiendas de honor, la oposicion repentina de intereses que excitan el odio de los pueblos y no dejan otro recurso que la guerra, y en tanto era así como que los pueblos del continente observaron las disposiciones militares tomadas por sus gobiernos mucho antes de conocer ó comprender las causas que á ellas les obligaban. Los pueblos no se habian apasionado, y solo pedian y no esperaban mas satisfaccion que la noticia de que sus gobiernos se daban por satisfechos, y de que la paz no peligraba.

Lo que decimos de los pueblos no debe aplicarse á la Italia ni á una parte de la Alemania. Hacia algun tiempo que la Italia ardia en un furor guerrero; en pocos dias acudieron á Turin hasta 3000 voluntarios, pertenecientes muchos de ellos á las primeras familias del país; Garibaldi fué nombrado jefe de una division franca, hiciéronse donativos patrióticos, y la guerra era el deseo, la esperanza de todos. El gobierno sardo no cesaba en sus armamentos, y á cada nuevo regimiento austriaco que desde el interior del imperio llegaba á las fronteras de la Lombardía, contestaba la Italia enviando la flor de sus hijos bajo las banderas de la independencia.

Tambien en una parte de la Alemania se mostraba extrema agitacion, no precisamente contra la causa italiana, sino por ver mezclada en ella el nombre francés y el nombre de Bonaparte. En Leipzick se hicieron públicas rogativas para la union de la Alemania, en los teatros y en la prensa tuvieron lugar demostraciones contra las miras de conquista que se atribuian al emperador de los franceses, y la Baviera y el Hannover, que habian tomado la direccion del movimiento, adoptaron varias medidas que parecian indicar su deseo de mezclarse en la contienda, en caso de que esta llevase los adversarios al campo de batalla. Esta agitacion, esta desconfianza eran en gran parte resultado de la nota circular austriaca de 5 de febrero (véase la parte cuarta, VI), á la que el gabinete de Berlin, prudente y reservado siempre, creyó deber contestar con otra nota circular de 12 de febrero. En ella se reprueban ciertos actos que solo contribuian á excitar las pasiones, se fija la posicion que el gobierno entendia tomar por entonces en la cuestion, y la Prusia asegura que, si como potencia federal cumplirá exactamente los deberes que la Confederacion le impone, no reconoce motivos suficientes en la situacion política para contraer compromisos que podrian ser un obstáculo á la marcha que se propone seguir como potencia europea (véase la parte cuarta, VII).

Otros dos documentos arrojaron por aquel entonces nueva luz sobre la cuestion italiana; es el primero la nota de M. Buol al conde Appony con fecha de 25 de febrero, como en contestacion al manifiesto del conde de Cavour relativo al empréstito, y el segundo un artículo del *Monitor* francés inserto en su número del 5 de marzo. La nota austriaca, notable por su forma, es la expresion lógica del principio político de la legitimidad, personifica en las familias reinantes la soberanía, y por lo tanto les reconoce la facultad de contraer las alianzas y de celebrar los tratados que mas les convengan; M. Buol sincera á la política austriaca de los cargos de que era objeto, achaca á la ambicion piamontesa los males de la situacion, y termina dando á la Inglaterra solemne palabra de que el Austria no atacará al Piamonte mientras el gobierno sardo respete la inviolabilidad del territorio imperial y la del de sus aliados (véase la parte cuarta, VIII).

El artículo del *Monitor* que por primera vez reveló al público la existencia de un tratado de alianza defensiva entre la Francia y el Piamonte, procura, con lenguaje algo mas vivo del que en los documentos oficiales se acostumbra, desvanecer la general inquietud, desmiente el rumor de los armamentos atribuidos á la Francia, y anuncia haber entrado las cuestiones pendientes en la via diplomática (véase la parte cuarta, IX).

Este documento pareció producir muy mal efecto en la impaciencia piamontesa, y atribuyéronse á la corte de Turin arranques de irritacion apenas disimulados, é ideas de resoluciones extremas. Temíase que un acto imprudente frustrase los esfuerzos conciliadores de la diplomacia, pero no sucedió así; el gobierno sardo no abusó en lo mas mínimo de la autoridad latente que ejercia sobre todo el partido liberal de la Península; el órden fué mantenido así en Roma, como en los ducados y en la Lombardía; las tropas piamontesas evitaron acercarse á la frontera, y el gobierno suspendió las sesiones de las cámaras, sin duda para evitar interpelaciones temerarias é intempestivas.

Los amigos mas adictos que el liberalismo italiano cuenta en Inglaterra no escasearon entonces sus consejos á la Italia: representáronle que la política piamontesa habia conseguido ya un completo triunfo; que la ocupacion de los Estados Romanos y los tratados del Austria con los ducados, las dos peligrosas anomalías que M. de Cavour habia indicado en la cuestion italiana, iban á desaparecer, la primera á peticion del gobierno pontificio, la segunda por acuerdo de la Europa; dijéronle que lo que intentaba era una quimera, que abriendo la Península á las tropas extranjeras para contribuir á su emancipacion atraeria sobre sí nuevos infortunios; manifestáronle que la paz, la reforma de los gobiernos á la que la Europa se hallaba resuelta á cooperar, y la práctica de las libertades de que gozaba el Piamonte, era el camino lento, pero seguro, para llegar á la independencia á que aspiraban. Estos consejos que los italianos pueden leer en su propia historia, no fueron desoidos, y el Piamonte, la Italia entera, esperaron, si no con confianza, con calma al menos, el resultado de las deliberaciones europeas.

Los periódicos franceses, los pocos que en el actual sistema que rige á la Francia, se atreven á levantar la voz en medio del silencio de la prensa, abogaban tambien por la paz; y en efecto, razones de todas clases, razones que todo el mundo conoce, razones interiores, y razones exteriores hacian que la Francia viese con disgusto una guerra, aun cuando fuese necesaria, aun cuando la responsabilidad moral de ella no recayese sobre la nacion francesa.

Las razones interiores eran evidentes. La guerra se distingue por su carácter esencialmente revolucionario, y confia á la fuerza, es decir á la fatalidad, la direccion de los asuntos humanos. La política que á ella

recurre abdica su razon y su libre albedrío, consiente en abandonar al azar así sus designios como las consecuencias de sus actos, y si semejante abdicacion es dolorosa á toda inteligencia elevada, aun cuando la haga obligatoria un enemigo furioso, solo puede calificarse de jugada ó de locura, hecha espontánea y deliberadamente. No es esto todo: las consecuencias económicas de las guerras son en el dia harto conocidas para ser relegadas al olvido por los hombres de Estado: sábese que toda guerra es una destruccion de capital, que este es la vida del trabajo y del espíritu de especulacion, y que por consiguiente la guerra dilapida los recursos de la clase que trabaja, siendo causa de mayor pobreza y de prolongados sufrimientos. Tales resultados se demuestran en el dia con exactitud matemática, y precipitarse en una lucha que hubiera podido ser evitada es en nuestra época sembrar á sabiendas incalculables males á través de las generaciones; los intereses materiales, estrechamente unidos con los intereses morales mas elevados, deben pesar y pesarán siempre en la balanza de las decisiones de un gobierno que conserve la libertad de sus actos. Entre ellos los hay que contribuyen de una manera eficaz á la accion exterior de los pueblos, procurando mas legítima y duradera influencia que la que reconoce por base la supremacía de las armas. ¿No deberia calificarse de criminal imprudencia las pérdidas que una guerra sin necesidad emprendida, causaria á los capitales franceses invertidos, fiados en una sólida paz, en la construccion de líneas férreas en Rusia, en España, en Austria y en Italia? ¿Acaso la Francia no tenia algo que hacer en su propio recinto en favor de las libertades públicas para complacerse en los peligros y furores de la guerra? ¿Y no seria semejante progreso mas eficaz para los pueblos italianos oprimidos, no deberian ver en él mas segura garantía que en los azares de las batallas?

Las razones exteriores que se oponian á la guerra eran infinitas, y de ellas procuraremos insinuar algunas. Sin evocar el recuerdo de antiguas alianzas, funestas no ha mucho para el pueblo francés, pues semejante amenaza nunca debe apartar á nacion alguna del cumplimiento de lo que el honor le exige, debíase pensar en el enojo general que inspiran á la sociedad europea, tal como se halla ahora organizada por la industria y el comercio, aquellos que turban su reposo. Despues del triste ejemplo del emperador Nicolás que lo desconoció, lo arrostró, acabando por sucumbir bajo su peso, los gobiernos de Europa deben tener muy en cuenta el veredicto de la opinion, que es el infalible presagio del triunfo ó de la derrota; pero limitándonos á considerar los intereses exteriores de la Francia, ¿quién no veia que la cuestion italiana, á pesar de su importancia, distaba mucho de ser el único, el principal objeto de sus cuidados, y que en su politica extranjera debia sufrir el contrapeso de otras cuestiones considerables? El Austria no es solo una

potencia italiana, es una potencia europea, y puede prestar al equilibrio del continente servicios que la Francia no debe olvidar. En Oriente, por ejemplo, en la vasta region donde la Rusia hallaria tan fácil camino hasta Constantinopla, el Austria, como una especie de Turquía cristiana, parece predestinada á oponer á las agresiones rusas una insuperable barrera. Uno de los mas grandes resultados políticos de la guerra de Crimea consistió para la Francia y para la Europa en haber quebrantado la antigua intimidad de las cortes de Viena y de San Petersburgo, obligando al gabinete austriaco á realizar el famoso ejemplo de ingratitud que el príncipe de Schwarzenberg habia prometido dar al mundo á expensas de la Rusia; ¿y debia la Francia sacrificar ciegamente uno de los mas importantes resultados de la lucha que tantos hombres y millones le costara? ¿Debia exponerse á humillar al Austria tanto y tanto, que debilitada, fuera de sí, volviese á arrojarse en brazos del soberano moscovita? Y la Inglaterra, la potencia tan orgullosa como fuerte, ¿habia de consentir que sin haberse contado con ella se turbase la paz general, se decidiese con las bayonetas una cuestion que, como la de la influencia austriaca en Italia, tan de cerca toca á los tratados de 1815, que sus hombres de Estado habian declarado inviolables? ¿A tal peligro debia exponerse la alianza franco-inglesa, que tan grandes cosas habia realizado, y que tantas otras podia llevar á cabo?

El estado de la opinion pública en Francia, segun lo que de ella sabemos por los periódicos y correspondencias, en la época de que nos estamos ocupando, esto es, en los primeros meses del presente año, era digno de llamar la atencion de los hombres pensadores. Los grandes militares están acordes en decir que la primera condicion para el buen éxito de una guerra es la preparacion, entendiendo por ella la formacion é instruccion del personal de los ejércitos y los grandes acopios de materiales. La preparacion moral, la que se logra con la comparacion de los intereses en el seno de la opinion pública, no es menos indispensable, y esta era precisamente la que no precedió á la crísis en que la Francia se encontraba. La opinion pública, representada como ya hemos dicho por las correspondencias y parte de la prensa, manifestaba en favor de la paz preferencias vagas, porque ni siquiera habia entrevisto las causas que podian convertirse en razones precisas de guerra; carecia de firmeza y de resolucion, porque no le era dable formular una decision razonada. Lo que se llama sexta potencia europea no existia entonces en Francia, ó á lo mas residia en las agencias telegráficas, las únicas que poseian la confianza del gabinete, y cuyas incoherentes y á veces ridículas revelaciones recibia el público con credulidad febril, mostrándose tan dócil como el hilo que vibra pasivamente bajo la corriente eléctrica. «La cuestion italiana, dice la *Revista de ambos mundos*, ha cogido de improviso á la Francia, y la sorpresa ha sido una de las pri-

meras causas del escaso favor con que se ha mirado entre nosotros la política piamontesa. Una nacion no quiere verse comprometida en los asuntos de otra sin haber sido antes advertida, y quizás M. de Cavour no tuvo bastante en cuenta la consideracion que merece entre nosotros la opinion pública. Para la empresa á la que el ministro de Victor Manuel invita á nuestro país, no basta el simple acuerdo de los gabinetes. Cuando una nacion pide á otra su auxilio contra una dominacion extranjera en nombre de los principios liberales, no es suficiente la secreta unidad de miras por parte de los gobiernos, es necesario que haya entre los pueblos perfecta cordialidad, completa simpatía. Ministro en el Piamonte, en un país que goza de la libertad de tribuna y de imprenta, M. de Cavour ha empleado muchos años en meditar sus planes y en hacerlos aceptar por las poblaciones que gobierna; él, ministro de un pueblo libre, acostumbrado á influir en la opinion por medio de la libertad, ¿cómo ha podido creer que la Francia se mostrase en un instante al nivel de los ardores piamonteses por una causa en la que no se halla directamente interesada, y que habria de costarle inmensos sacrificios? ¿Cómo ha desconocido la diferencia de instituciones que separa al Piamonte de la Francia? El Piamonte ha empezado por la libertad su atrevida empresa de la independencia italiana, y solo por la libertad podrá ser organizada dicha independencia el dia en que se haya conquistado. Ahora bien, ¿qué pide el Piamonte á la Francia? Que conquiste para la Italia libertades que la Francia se ha resignado á abdicar momentáneamente; y ¿cómo ha podido pasar desapercibido por un talento tan perspicaz un contraste, una anomalía que ha sorprendido á toda la nacion francesa?... En las luchas que ponen á los Estados frente á frente ha de intervenir desde su orígen el sentimiento de los pueblos por medio de manifestaciones espontáneas, único medio de prevenir las irreflexivas y funestas animosidades que han sobrevivido á las guerras producidas por la política de los gabinetes, en las que las naciones, reducidas al estado de instrumentos mudos y pasivos, no acertaban á conocer ni sus causas ni su importancia.... Ante la Francia asociada á la política general por medio de las francas demostraciones de la libertad, enmudecerian los rumores de conquistas, de orgullosa dominacion, que han excitado en una parte de Europa las pasiones nacionales.»

Mientras la Francia perpleja, ansiosa, no habia podido todavía tomar una resolucion razonada en la cuestion que amenazaba sumirla en los horrores de la guerra, lord Cowley llegaba á Viena, recibia por parte de aquella corte una acogida en extremo lisonjera, y regresaba á Lóndres á mediados de marzo, despues de manifestar que llevaba consigo muy buenos elementos de paz. Lord Malmesbury explicó en la cámara de los lores, en la sesion del 28 de marzo, la índole de la mision de lord Cowley en los siguientes términos:

«Vuestras señorías recordarán que á fines del pasado mes, lord Cowley marchó á Viena. Antes de su salida de Paris fué su mision aprobada por el gobierno francés, y partió con un perfecto conocimiento de las ideas y miras de aquel gobierno acerca de la cuestion italiana y de las complicaciones que de ella han nacido. Vino á Lóndres, pero no recibió del gobierno de S. M. instruccion alguna con carácter oficial, y marchó luego para inquirir cerca del gobierno austriaco si habia en las negociaciones algunos puntos que fuesen considerados en Viena del mismo modo que en Paris, y de qué medio podria valerse para restablecer, con la amistosa intervencion de la Inglaterra, las buenas relaciones entre los gobiernos francés y austriaco. Dirigióse, pues, á Viena y desplegó allí el tacto y la sagacidad que el noble lord ha manifestado en cuantos puestos ha ocupado en servicio de su país, recibiendo por parte del gobierno austriaco una franca y cordial acogida.

«Lord Cowley supo entonces que existian puntos sobre los cuales ambas cortes podrian ponerse de acuerdo con la cooperacion de la Inglaterra, y otros sobre los cuales, segun declaró con franqueza el conde Buol en sus comunicaciones, se hallaba dispuesto á conferenciar con el gobierno de S. M. y el de Francia, á fin de conjurar los peligros de una guerra italiana y de devolver la paz á la Europa.

«Cumplida ya lo que debia considerarse como una mision fecunda en esperanzas, lord Cowley regresó á Paris.»

Lord Cowley, pues, habia practicado en Viena como un reconocimiento diplomático. La Inglaterra habia aconsejado desde un principio á los gobiernos de Francia y Austria que recurriesen á una negociacion directa, negociacion á que se negó Napoleon III como incompatible con su dignidad, y entonces marchó lord Cowley á Viena para estudiar y preparar el terreno. Durante su permanencia en la capital austriaca pudo convencerse de que existian puntos sobre los cuales podrian ponerse de acuerdo los gobiernos de Francia y de Austria; las negociaciones, pues, se hallaban en excelente camino, cuando una proposicion hecha por la Rusia, con la mejor intencion sin duda, puso fin á la mision de lord Cowley, precipitó los acontecimientos, y llevó á los adversarios á la lucha que devasta en el dia las llanuras de Italia.

La existencia de los elementos de negociacion que se revelaron á lord Cowley no pasó desapercibida para la Rusia. Desde algun tiempo el lenguaje de la diplomacia rusa en las principales cortes hacia presagiar un acto significativo por parte del gabinete de San Petersburgo; sus palabras eran pacíficas, y reprobaban las medidas violentas, los partidos extremos que temia la opinion pública. Atribuíase al embajador de Rusia en Viena, M. de Balabine, la siguiente frase, que bajo un sarcasmo anunciaba un golpe teatral: «La Rusia, dijo M. de Balabine, parodiando las palabras del príncipe Felix Schwartzenberg, admirará al mundo por su generosidad hácia el Austria.»

A la Rusia, pues, debióse la proposicion de diferir á un congreso de las cinco grandes potencias el exámen de las dificultades pendientes, proposicion que fué aceptada al mismo tiempo que la Inglaterra obtenia del conde de Cavour la promesa, consignada en una comunicacion dirigida al marqués de Azeglio, de que el Piamonte no atacaria al Austria (véase la cuarta parte, X). Francisco José, Victor Manuel y Napoleon habian dado su palabra de no tomar la iniciativa de la agresion, y su solemne promesa dejaba libre el campo á las negociaciones.

Nada como las explicaciones de lord Malmesbury á la cámara de los lores, podrán dar mas justa y exacta idea de lo sucedido despues del regreso de lord Cowley; por esto las continuamos aquí:

«Al llegar lord Cowley á Paris, dijo, el dia 16 de este mes (marzo), supo que la Francia y el gobierno ruso habian entrado en comunicaciones sobre la cuestion pendiente, y que la Rusia, con aprobacion de la Francia, proponia la reunion en congreso de las cinco grandes potencias europeas á fin de tratar y zanjar las dificultades. En 18 del corriente, el gobierno de S. M. recibió un aviso extra-oficial, anunciándole ser tal en efecto la intencion del gobierno ruso, y el dia siguiente, por medio de una comunicacion dirigida á nuestro representante en San Petersburgo, contestamos que aceptaríamos la proposicion, en caso de hacerse, bajo ciertas condiciones, las cuales manifestamos al gobierno ruso antes de que recibiéramos del mismo la menor proposicion oficial. El dia 23, el baron Brunnow vino á mi casa y me anunció oficialmente, no solo la proposicion del gobierno ruso, como una de las cinco grandes potencias, sino tambien la aceptacion por el mismo gobierno de las condiciones presentadas por el de S. M.

«Desde entonces las cinco grandes potencias han consentido en la celebracion de un congreso; pero si se hallan acordes sobre este punto, es decir, sobre la necesidad de que se reuna un congreso para discutir los asuntos de Italia y poner fin á las graves complicaciones actuales, no lo están todavía acerca de los detalles de la cuestion que ha de debatirse, ni tampoco sobre la composicion del congreso, si bien no dudo que lo estarán en breve. No tengo inconveniente en decir que, considerando que las cuestiones que deben ventilarse en el congreso tienen estrecha relacion con la felicidad politica y social del pueblo italiano, el gobierno de S. M. es de parecer que los Estados de Italia tengan cada uno y juntos ocasion de expresar de un modo ú otro su manera de ver sobre los puntos discutidos.

«Nuestro objeto, como es natural, será no imponer condiciones á los Estados italianos, respecto de las reformas y de los demás puntos, sino recomendarles lo que creemos importa á su interés y á la seguridad de la Europa. Será para VV. SS. un motivo de satisfaccion saber que el Austria y el Piamonte han declarado formalmente que no se ataca-

rian uno á otro, y que se abstendrian de toda hostilidad, si bien el desarme que de todas veras desearia que se verificase ahora mismo, como una medida preliminar de la abertura del congreso, no ha empezado todavía. Así pues, á no sobrevenir un fatal y casi imposible accidente, nos es permitido esperar que la paz no será alterada, y que el congreso que se reunirá probablemente á fines del mes próximo, dará los resultados que VV. SS. y la Europa entera apetecen.»

La reunion del congreso fué considerada como un hecho de importancia suma; y en efecto, un congreso es el suceso mas grave y solemne á que pueden dar lugar las relaciones internacionales; un congreso es en cierto modo un alto tribunal cuyas decisiones obligan moral, si no legalmente, á cuantas potencias toman parte en el mismo. La que se adhiriese á su reunion con la resolucion de recurrir á la guerra en caso de que no prevalecieran sus ideas, cometeria una incomprensible torpeza, y se expondria á salir del congreso aislada, y por lo tanto debilitada moral y materialmente, así por la manifestacion contraria de las opiniones de la mayoría, como por las alianzas que durante las negociaciones habrian podido formarse contra ella. En semejante hipótesis, mil veces habria debido aquella potencia preferir la guerra antes que despues del congreso.

Otra ventaja tenia además la reunion del congreso en las circunstancias por que atravesaba entonces la Europa. Que la guerra habia sido proyectada en alguna parte, nadie podia ignorarlo, y hablando como lord Clarendon, hubiera sido una afectacion pueril fingir acerca de ello ni una sombra de duda; sin embargo, para ser aceptada la guerra por la conciencia de los pueblos, es fuerza que se les aparezca como una inevitable necesidad, y nada hasta entonces habia dado tal carácter á la lucha que amenazaba á la Europa. El congreso, pues, hubiera satisfecho la ansiedad general, habria demostrado con las precisas demandas de unos, con las precisas concesiones de otros, y con la resistencia de todos, de qué parte se encontraba la obstinacion, el deseo de salir al campo; habria puesto en relieve si la guerra, en caso de no poderla evitar, era necesaria ó arbitraria, y habria señalado por fin la potencia sobre quién debia recaer su responsabilidad moral.

Estas razones, cuya exactitud no desconocemos, hacian que se considerase la proposicion de la Rusia como un gran paso hácia una solucion pacífica; sin embargo, creemos que no se tuvo en cuenta, tanto como se debia, que la diplomacia jamás ha sido inventiva ni creadora, que los congresos siguen y ratifican las combinaciones que los acontecimientos han realizado en las cosas, sin que tengan la iniciativa ni precedan á estas mismas combinaciones. Además, en el caso presente, ¿no pareceria que se citaba al Austria ante un tribunal europeo para dar cuenta de sus actos? Y semejante suposicion, que vimos en un periódi-

tinental, pero que en ella deben buscar las bases de esta influencia las dos grandes potencias del continente, la Francia y la Rusia. Esta fué la política de Richelieu, de Mazarino y de Luis XIV, continuada con mas violencia que habilidad por Napoleon I. Despues de 1815, la Rusia por medio de sus alianzas de familia y su activa diplomacia, adquirió la preponderancia en Alemania, y cuando podia esperarse que la guerra de Oriente la habia debilitado por largo tiempo, la cuestion italiana, excitando en la Confederacion las pasiones nacionales, amenazaba con devolver al gabinete de San Petersburgo su pasado ascendiente. Proponiendo y presidiendo congresos, la Rusia daba de nuevo principio á la política á que debió el importante papel que desempeñára en Europa por espacio de cuarenta años. Estas ideas, y tambien el deseo de prevenir los perjuicios inmediatos que le habria causado una declaracion de la Alemania entera en favor del Austria, en la cuestion que entonces se debatia, inspiraron sin duda al gobierno de Napoleon aquella protesta de sus leales intenciones.

Tócanos decir aquí, á fin de guardar en nuestra relacion el mayor órden cronológico posible, que en una nota dirigida á las potencias y comunicada á los gobiernos de los veinte y dos cantones, la Suiza proclamó una completa neutralidad para el caso de estallar la lucha (véase la parte cuarta, XV).

Aceptada por las cinco grandes potencias la idea de someter á un congreso la resolucion de las dificultades pendientes, el gobierno británico propuso las siguientes bases de discusion, que son sin duda la fórmula de los elementos de negociacion que lord Cowley habia obtenido en Viena:

I. Medios para afianzar la conservacion de la paz entre el Austria y la Cerdeña.

II. Evacuacion de los Estados romanos por las tropas extranjeras de ocupacion, y exámen de las reformas que conviene introducir en los Estados italianos.

III. Sustituir una combinacion á los tratados celebrados entre el Austria y los Estados italianos.

IV. No se alterarán las divisiones territoriales ni los tratados de 1815.

Estas bases preliminares comprendian cuantas quejas y reclamaciones habia elevado el ministro piamontés desde 1856, y era sin duda un importante triunfo para la causa italiana y para su infatigable abogado el haber dado el tema á las solemnes deliberaciones de las grandes potencias. Planteada la cuestion en estos términos, y haciendo que el cañon no ahogase la voz de los plenipotenciarios, era indudable que la suerte de la Italia habria sufrido reformas considerables. Bajo la sancion de la Europa, se habrian puesto fin á las usurpaciones del Austria

mas allá de sus fronteras legales; la era de las intervenciones extranjeras habria cesado, una nueva época habria lucido para la Península, los pueblos y los gobiernos habrian podido establecer con independencia sus mútuas relaciones, y de una transacion necesaria habria nacido un régimen liberal. Los patriotas italianos hubieran debido empezar entonces á la faz de la Europa una obra interesante y difícil, á la que iba unida la independencia total de la Península; sostenidos por el liberalismo europeo, habrian manifestado lo que por sí mismos pueden practicar, y en esta noble y elevada empresa habrian podido satisfacer las aspiraciones de un verdadero patriotismo. Por desgracia y horror de la humanidad y del tiempo en que vivimos no ha sucedido así!

Sin perjuicio de dar en su lugar las oportunas explicaciones acerca de la suerte que en épocas pasadas cupo á todas las partes de Italia y de los convenios y estipulaciones que con las potencias extranjeras celebraron, creemos del caso, puesto que sobre los ducados de la Italia central y los tratados firmados por ellos con la corte de Viena habian de versar las deliberaciones del congreso, decir algunas palabras sobre los mismos y sobre las convenciones referidas.

Toscana.—Los Médicis, expulsados de Florencia, fueron reintegrados en el poder por el emperador Carlos V, quien confirió á Alejandro en 1531 el título de duque de Florencia. Asesinado Alejandro en 1537, Cosme I, perteneciente á una rama colateral, recibió del Papa en 1569 el título de gran duque de Toscana, y desde aquella época la Toscana mas que feudo del Imperio pareció serlo de la Iglesia.

En 1718, el tratado de la cuádruple alianza estableció que el gran ducado de Toscana se considerase como feudo masculino del Imperio, para el caso de que se extinguiera la línea varonil de la familia de los Médicis.

El tratado de Viena de 1738 estipuló la permuta de la Lorena, poseida por el duque Estéban Francisco, con el gran ducado de Toscana, vacante por haber muerto Gaston de Médicis sin sucesion; y á consecuencia del enlace del duque Estéban Francisco, luego emperador de Alemania bajo el nombre de Francisco I, con María Teresa, archiduquesa de Austria, el gran ducado de Toscana recayó en la casa de Austria para sus segundones. En 1765, muerto Estéban Francisco, Leopoldo, hijo segundo de María Teresa, fué gran duque de Toscana, pero al ceñir la corona imperial por muerte de José II, renunció á aquel gobierno en favor de su hijo segundo, Fernando III. Este abandonó sus derechos en 1801, á causa del tratado de Luneville, y en 1814 fué reintegrado en su antigua soberanía.

Su hijo Leopoldo II, gran duque reinante, le sucedió en 1824.

Parma y Plasencia.—La ciudad de Parma, feudo del Imperio, fué cedida por Maximiliano al papa Julio II. En 1547 el papa Paulo III for-

mó con ella y la ciudad de Plasencia un ducado hereditario en favor de su sobrino, Pedro Luis Farnesio.

El tratado de la cuádruple alianza en 1718 declaró al ducado de Parma y Plasencia feudo masculino del imperio para el caso de extinguirse la línea varonil de Farnesio, y el Austria confirió la investidura del mismo á D. Carlos, hijo del primer lecho de Isabel Farnesio, reina de España.

En 1735 Nápoles y Sicilia pasaron bajo la dominacion española, y el Austria recibió en clase de compensacion Parma y Plasencia, que cedió luego al infante de España D. Felipe, bajo la condicion de que el ducado, engrandecido con el principado de Guastalla, volviese á su familia en caso de extinguirse la línea masculina de aquel príncipe, ó de sentarse en el trono de las Dos Sicilias. En 1805 Napoleon I reunió el ducado al imperio francés.

En 1814 fué cedido en toda soberanía á la emperatriz María Luisa; en 1817 estipulóse entre el Austria y la España que al morir María Luisa perteneciese el ducado de Parma á la ex-reina de Etruria y á sus descendientes varones en línea directa. En caso de extinguirse dicha familia, Parma debia pasar bajo la dominacion austriaca, y Plasencia ser incorporada al reino de Cerdeña.

Muerta la emperatriz María Luisa en 17 de diciembre de 1847, el hijo de la ex-reina de Etruria, Carlos II, duque de Luca, sucedióla en el gobierno del ducado de Parma y de Plasencia, y cedió Luca á la Toscana, en virtud de los pactos anteriores. En 1848 abandonó su capital, y en 14 de marzo de 1849 renunció al gobierno en favor de su hijo el duque Carlos III, el cual fué asesinado en marzo de 1854. El duque Roberto, su hijo primogénito, reina bajo la tutela de su madre, la duquesa regenta Luisa, hija del duque de Berry.

Módena.—El ducado de Módena, feudo del Imperio, era poseido por la antigua familia de Este, cuya línea masculina se extinguió á mediados del siglo XVIII. La hija del último duque de Este se casó con el gran duque Fernando de Austria, hijo de María Teresa, el cual obtuvo el ducado de Módena en virtud del testamento de su suegro. En 1805 lo perdió á consecuencia del tratado de Presburgo.

Su hijo, el duque Francisco IV, archiduque de Austria, entró en 1814 en posesion de su corona, tomó el título de duque de Este, y fué el fundador de una nueva rama de aquella familia. Su hijo Francisco V, archiduque de Austria-Este, príncipe real de Hungría y de Bohemia, le sucedió en 1846.

Extinguida la línea masculina de la familia reinante, el ducado de Módena deberá pasar bajo la dominacion de los emperadores de Austria.

En 12 de junio de 1815 celebró el Austria con el duque de Toscana un tratado de alianza ofensiva y defensiva, cuyo objeto permanente,

dícese en él, consiste en atender así á la tranquilidad interior de la Italia como á su seguridad exterior.

El artículo primero dice que ambos soberanos se unen para la defensa de sus respectivos Estados y la conservacion del reposo interior y exterior de Italia.

Por el artículo segundo, los contrayentes se garantizan recíprocamente, y del modo mas absoluto, cuantos Estados poseen en Italia.

El tercero estipula que considerarán todo ataque ó agresion inminente contra sus posesiones de Italia como propio y personal.

El cuarto establece que para la mútua garantía de sus Estados de Italia emplearán, en caso necesario, todas sus fuerzas, y fija el número de tropas que en un momento dado deberán aprontar: el emperador 80,000 hombres, y 6,000 el duque de Toscana (*véase la parte cuarta*, XVI).

El reino de Nápoles se halla tambien moralmente enfeudado á la política austriaca; véase sino el tratado de 12 de junio de 1815, que revelaron al mundo los sucesos ocurridos en las Dos Sicilias en 1820 y en 1821, y por el cual ambos gobiernos formalizaron la promesa que se hicieran en 29 de abril de 1815, consistente en «celebrar un tratado de alianza defensivo perpetuo, con objeto de consolidar el estado de paz y la tranquilidad interior y exterior, así del reino de las Dos Sicilias como de la Italia en general, reservándose el convenir ulteriormente en las medidas oportunas para realizar el objeto permanente de su union.» Uno de los artículos secretos del tratado está concebido en estos términos:

«Como los compromisos que SS. MM. contraen en virtud del presente tratado á fin de asegurar la paz interior de Italia, les obligan á preservar sus Estados y súbditos respectivos de nuevas reacciones y de los peligros que llevan consigo imprudentes innovaciones, causa infalible de aquellas, entiéndese entre las altas partes contratantes que S. M. el rey de las Dos Sicilias, al restablecer el gobierno del reino, no introducirá cambios y alteraciones inconciliables con las instituciones monárquicas ó con los principios adoptados por S. M. I. y R. A. para el régimen interior de sus provincias italianas (*véase la parte cuarta*, XVII y XVIII).»

Puede darse algo mas significativo que los términos del presente tratado? Hubo jamás confiscacion mas manifiesta de los derechos de un Estado secundario por una potencia poderosa? Es de admirar en vista de la prohibicion impuesta al rey de Nápoles de introducir en las instituciones napolitanas cambios incompatibles con el régimen adoptado por el Austria en las provincias italianas; es de admirar, repetimos, el que el rey de Nápoles permaneciera sordo á las aspiraciones de sus pueblos y á los consejos de las grandes potencias?

Los ducados de Parma y de Módena celebraron en diciembre de 1847

y en febrero del siguiente año tratados de alianza ofensiva y defensiva con el gobierno austriaco, en virtud de los cuales entraron dichos territorios en la línea de defensa del Austria. Sus estipulaciones confieren á esta potencia el derecho de intervenir en aquellos Estados de un modo permanente, de ocupar sus territorios y sus fortalezas en caso de ataques exteriores ó de sublevaciones interiores, tomando únicamente consejo de su prudencia militar.

El artículo II del tratado de 24 de diciembre de 1847 con el duque de Módena, concede al Emperador el derecho de hacer entrar las tropas imperiales en el territorio de Módena y de ocupar las plazas fuertes del mismo, siempre que así lo exijan el interés de la comun defensa y las precauciones militares. El artículo II del tratado firmado en febrero de 1848 entre el Austria y el duque de Parma contiene igual estipulacion (*véase la parte cuarta*, XIX y XX).

Estos eran los tratados que, como hemos dicho, daban al Austria una influencia constante y dominadora en toda la Italia central en contravencion á los tratados de 1815 que establecieron allí soberanos independientes; estos eran los tratados que amenazaban ahogar al Piamonte, y contra los cuales habia elevado su autorizada voz el conde de Cavour, y estos eran en fin los tratados que el congreso debia revisar y modificar.

Volvamos ahora á nuestra interrumpida relacion.

El Austria habia manifestado adherirse á las bases propuestas por la Inglaterra, salvo empero algunas modificaciones de escasa monta, hijas mas bien de su amor propio y dignidad, que de su deseo de entorpecer las negociaciones. Así, á la primera base habia sustituido la siguiente: «El congreso examinará los medios de hacer que cumpla la Cerdeña sus obligaciones internacionales y las medidas convenientes para evitar la repeticion de las actuales complicaciones.» A la segunda: «Podrá discutirse la cuestion de la evacuacion de los Estados pontificios, dejando el congreso los detalles de su ejecucion á las tres potencias directamente interesadas. Tambien podrá debatirse la cuestion de las reformas administrativas, lo mismo que los consejos que convenga dar, pero su adopcion definitiva dependerá de las decisiones de los Estados directamente interesados.» A la tercera: «La validez de nuestros tratados no puede ponerse en duda; mas si todas las potencias representadas en el congreso convienen entre sí en producir sus tratados políticos con los Estados italianos, el Austria hará lo mismo por su parte. Se pondrá de acuerdo con los gobiernos co-interesados para presentar al congreso sus comunes tratados, y para examinar hasta qué punto su revision puede ser considerada útil.» A la cuarta: «Entiéndese que no se alterarán las divisiones territoriales existentes, los tratados de 1815, ni los celebrados en cumplimiento de los mismos.» El Austria añadió además una quinta base que decia así: «Acuerdo para un simultáneo desarme de las grandes potencias.»

Ya antes se habia agitado la cuestion de si el Piamonte seria ó no admitido en el congreso; el conde de Cavour en una nota dirigida al marqués de Azeglio, embajador del gobierno sardo en Lóndres, habia expuesto la necesidad de que se hallara la Cerdeña representada en el congreso propuesto por la Rusia (véase la parte cuarta, XXI); mas su pretension encontró escaso favor cerca de las grandes potencias, y con razones mas especiosas que sólidas se negó el derecho del Piamonte á intervenir en el congreso con voto deliberativo con igual título que los cinco estados que forman lo que se llama el tribunal europeo. Sin embargo de lo dicho, y á pesar de la nota de M. de Cavour, consideramos semejante dificultad como de escasa importancia, pues creíamos que ningun perjuicio reportaria la Cerdeña de no tomar parte en las decisiones del congreso, conservando así para el porvenir, mediante tal abstencion, la libertad de accion de su política italiana. Esta polémica que motivó el viaje del conde de Cavour á París, y que acabó por ser resuelta en sentido negativo, fué olvidada por una cuestion mas espinosa. En la nota del conde Buol á lord Loftus, embajador de Inglaterra en Viena, admitiendo y modificando en parte las bases propuestas por la Inglaterra para el futuro congreso, y en la que antes habia dirigido al embajador ruso, M. de Balabine, el Austria adujo una pretension que durante una semana hizo temer la explosion inmediata de la guerra, y que acabó por producirla despues de varias alternativas de temor y esperanza. El gabinete de Viena subordinó su participacion en el congreso al desarme previo de la Cerdeña y á la disolucion de los cuerpos francos que se habian formado en Turin (véase la cuarta parte, XXII), cuestion candente, planteada con singular torpeza, y en los términos que mas alejaban un desenlace pacífico. Llevada á semejante terreno la cuestion entre el Austria y el Piamonte no tenia solucion posible. ¿Quién fué el primero en armarse? De dónde partieron las primeras amenazas? Cuando se ha prolongado por algun tiempo una lucha política, cada parte cree sinceramente poder decidir tales cuestiones en contra de su adversario. ¿Quién debia fallar entre el Austria y el Piamonte? Cómo admitir que la Francia y la Rusia se declarasen contra el Piamonte y á favor del Austria? Y suponiendo que la Inglaterra y la Prusia se hallasen dispuestas á imputar al Piamonte la actitud agresiva, ¿qué medidas coercitivas podrian emplear para obligar á la Cerdeña á deponer las armas? Planteada en semejantes términos, repetimos, la cuestion carecia de solucion posible; haciendo del previo desarme del Piamonte una condicion absoluta para su participacion en las conferencias, el Austria hizo que fuesen desconocidas sus verdaderas intenciones, pareció buscar un pretexto para eludir la accion del congreso, tomó el carácter agresivo, perdió su causa ante la opinion europea que debia achacar la responsabilidad de la guerra al que diese principio á las hostili-

dades, y atrajo sobre su exigencia la reprobacion de los cuatro gobiernos que con ella debian formar el congreso.

Y sin embargo, á fuer de imparciales, á fuer de cronistas que si deploramos la suerte de la parte de Italia sometida al yugo extranjero, deploramos tambien los horrores de una guerra en la que por dar una independencia dudosa al reino Lombardo Veneto, pueden naufragar las pocas libertades que restan á la Europa, debemos decir que la exigencia del Austria encerraba en el fondo elementos que la opinion pacífica europea habria debido tener en cuenta, á ser posible despojarles de la forma con que la corte de Viena los habia revestido. Un gran imperio, una diplomacia que ha sido siempre reconocida por la primera de Europa, no formula sin una causa real una pretension tan absoluta, y el público ha de mirarlo una y otra vez antes de calificarla de descabellada: lo que el Austria deseaba era un pretexto honroso para desarmarse á sí misma. Oigamos sobre esto á la *Revista de ambos mundos*, periódico que se recomienda por la exactitud é independencia de sus apreciaciones. «Sus armamentos y el pié de guerra en que se ha puesto, dice, la arruinan, y su interés, mas que el de otra potencia alguna, está en que sea eficaz y decisiva la obra del congreso. Al entrar en él quiere poseer una formal garantía de que las conferencias no darán por resultado la guerra, y si debiese reinar sobre este punto una vaga incertidumbre hasta el fin de los trabajos del congreso, trabajos que se prolongarán durante muchos meses, sufriria largo tiempo é inútilmente el peso del gran aparato militar que le obliga á mantener el temor de la guerra, teniendo así los perjuicios que á su hacienda inferiria la lucha sin compensacion alguna, sin poder esperar siquiera que á costa de cuantiosos gastos se librase de la necesidad final de una guerra verdadera. Al pedir el desarme del Piamonte queria tener un pretexto para desarmarse á su vez, y como solo podia conseguir aquel desarme con la cooperacion de las cuatro potencias, esperaba además encontrar en él la garantía moral de que el congreso al reunirse pondria fuera de cuestion la eventualidad de la guerra.» Pero no es esto todo: al aceptar las cuatro bases establecidas por el gabinete de Lóndres para las futuras negociaciones, el Austria hizo á la Europa concesiones que bajo su punto de vista debió considerar muy importantes. Dichas bases comprenden cuantas reclamaciones adujo el Piamonte conciliables con los tratados, y ha de convenirse que al aceptarlas, por el mero hecho de consentir en el congreso, el Austria se mostró dispuesta á hacer concesiones reales y sacrificios positivos; daba algo, y este algo era á sus ojos mucho, de modo que para ella el precio de lo que estaba dispuesta á ceder debia ser la certidumbre de la paz. Si despues de concesiones que tanto le costaban, podia encontrarse frente á frente con una guerra inevitable, era natural que creyese preferible una guerra inmedia-

ta, antes de toda concesion, á los peligros de una lucha luego de consentir en concesiones. En una palabra, la fórmula adoptada por el Austria no pudo ser peor, pero las razones aunque mal expresadas, eran buenas; en su proposicion habia una palabra preciosa: el desarme, y para convertirla en excelente, bastaba que no se aplicase injusta y exclusivamente á la Cerdeña, sino que generalizándola fuese la piedra de toque de todas las intenciones, siendo una segura prenda de la pacífica obra del congreso.

En tanto la agitacion tomaba creces en los Estados secundarios de Alemania, donde podian aplicarse por completo las palabras de M. Bastide, ministro de la república francesa en 1848: «No podemos hacer resonar la culata de un fusil en el suelo de una ciudad fronteriza, sin que los gobiernos y los pueblos se imaginen ó finjan creer que tratamos de dar otra vez principio á las brillantes locuras del imperio.» La excitacion de las pasiones germánicas era uno de los hechos mas notables de la crísis por que atravesaba la Europa, y el *Monitor* hizo un nuevo esfuerzo para calmarlas en un artículo oficial debido á la elegante pluma del autor de *Napoleon III y la Italia*, M. de la Gueronière (*véase la parte cuarta, XXIII).*

La condicion impuesta por el Austria á su participacion en el congreso hacia pues la guerra inevitable; pero en el mismo momento en que la situacion parecia desesperada, logróse conjurar el peligro. La corte de Viena sustituyó á su proposicion la de un desarme general, la Prusia y la Inglaterra la recomendaron vivamente, y no quedaron en pié otras dificultades que la aceptacion de la Francia, que no podia ser dudosa en vista de la moderacion de que habia dado tantas pruebas durante las negociaciones, y el saber si el desarme se verificaria antes ó en el seno mismo del congreso.

Desde este momento se olvidó el fondo político de la cuestion que se agitaba, para no tratar mas que de la forma, y fueron tan complexas las negociaciones, apreciadas de tan distinto modo en París, en Viena y en Lóndres, que creemos lo mas conveniente dejar hablar aquí á los órganos oficiales de la diplomacia. La opinion pública ahora, y la historia en los tiempos venideros, decidirán de qué parte estaban la razon y el buen derecho.

En su número del 19 de abril el *Monitor* del imperio francés publicó el siguiente articulo:

«Despues de adherirse á la proposicion de la corte de Rusia, consistente en confiar á un congreso la solucion de la cuestion italiana, las cinco potencias han creido oportuno ponerse de acuerdo en las bases de las deliberaciones futuras, estableciendo los cuatro puntos siguientes, propuestos por el gobierno de S. M. B.

«1.° Determinar los medios por los cuales puede ser mantenida la paz entre el Austria y la Cerdeña.

«2.º Establecer el mejor modo como puede efectuarse la evacuacion de los Estados romanos por las tropas francesas y austriacas.

«3.º Examinar la conveniencia de introducir reformas en la administracion interior de dichos Estados, y de los demás Estados italianos, cuyo régimen ofrezca defectos que tiendan con evidencia á crear un estado permanente y peligroso de descontento y agitacion, y cuáles deben ser dichas reformas.

«4.º Sustituir á los tratados entre el Austria y los ducados una confederacion de los Estados de Italia para su mútua proteccion así interior como exterior.

«Posteriormente el gabinente de Viena ha reclamado el desarme prévio de la Cerdeña, declarando ser para él semejante medida una condicion absoluta de su participacion en el congreso; pero al ver que su condicion suscitaba unánimes objeciones de parte de todas las potencias, sustituyó á ella la de un desarme general antes de la apertura del congreso.

«El gobierno de S. M. B. ha creido que bastaba admitir el principio del desarme general, reservando el determinar su ejecucion al inaugurarse las deliberaciones de los plenipotenciarios.

«El gobierno del emperador, impulsado por los mismos sentimientos de conciliacion que le movieron á adherirse á la reunion de un congreso y á las bases de la negociacion, no vaciló en dar su asentimiento á semejante combinacion.

«Sin embargo, no tardó en manifestarse un disentimiento acerca de si era ó no indispensable la adhesion de la Cerdeña al principio así admitido.

«El gobierno del emperador creyó que no podia lógica y equitativamente invitarse al Piamonte á admitir aquel principio, si al mismo tiempo no admitian las potencias su representacion en el congreso.

«El gabinete inglés ha insistido vivamente para lograr que la Francia excitase al gabinete de Turin á consentir en el principio del desarme general; el gobierno del emperador no se ha negado á dar esta nueva prueba de sus disposiciones conciliadoras, y ha prometido acceder á la demanda con tal de que la Cerdeña y los demás estados italianos fuesen invitados á tomar parte en el congreso.

«En una circunstancia análoga, en las conferencias de Troppau celebradas en 1820, la corte de Austria tomó la iniciativa de una proposicion semejante. Su primer plenipotenciario, el príncipe de Metternich, manifestó ser justo y conveniente á la vez invitar á los varios Estados italianos á enviar plenipotenciarios al congreso que debia reunirse en Leybach para ocuparse de los asuntos de Italia, y su opinion fué aprobada por todas las potencias.

«Semejante precedente nos hace esperar que la condicion exigida

por nosotros, conforme en un todo con los principios de equidad y con los intereses de las cortes todas de la Península, encontrará un unánime asentimiento.

«El gobierno del emperador que ha admitido el principio del desarme, no puede oponer objecion alguna acerca del momento que se considere mas oportuno para su ejecucion, y si las potencias acordasen proceder á él aun antes de la reunion del congreso, no vacilaria en conformarse con su resolucion.

«Todo hace pues presumir que si no han sido allanadas aun todas las dificultades, no tardará en reinar la armonía y en quedar allanados cuantos obstáculos entorpecen la reunion del congreso.»

Obsérvese que los cuatro puntos señalados en este documento como base de las futuras deliberaciones del congreso, son distintos de los que nosotros hemos señalado copiándolos de la nota oficial del conde Buol al embajador británico en Viena, nota que puede verse en la parte cuarta y en el lugar que le corresponde. En las bases del *Monitor* no consta la condicion de respetar las divisiones territoriales existentes y los tratados de 1815, y la base cuarta referente á los tratados del Austria con la Italia central se halla redactada en un sentido del todo distinto. Recuérdese esto para cuando mas adelante citemos las palabras pronunciadas por lord Derby en la cámara de los lores.

Tenemos pues, que toda la dificultad consistia en saber si la Cerdeña podia quedar armada al mismo tiempo que se desarmaba el Austria, esto es, si era ó no obligatorio para ella el principio del desarme general no siendo admitida en el congreso.

La contestacion dada por el gobierno sardo al gabinete de Lóndres que le habia pedido su adhesion al principio del desarme general y simultáneo antes de la reunion del congreso, fué enviada por el telégrafo y decia así:

«Si la Cerdeña hubiese sido admitida en el congreso bajo igual pié que las grandes potencias, podria aceptar como la Francia el principio del desarme general, confiada en que su asentimiento no produciria fatales consecuencias para la Italia; pero su exclusion del congreso no le permite contraer el compromiso que le reclama la Inglaterra.

«Sin embargo, á fin de conciliar los esfuerzos de la Gran Bretaña con su seguridad y el mantenimiento del órden en Italia, la Cerdeña, en caso de que el Austria cese de enviar nuevas tropas á Lombardía, se obliga:

«1.° A no llamar á las armas sus reservas, como se hallaba decidida á practicarlo despues de haber sido llamadas las reservas austriacas;

«2.° A no movilizar su ejército que no se encuentra en pié de guerra;

«3.° A no hacer salir sus tropas de las posiciones enteramente defensivas que ocupan hace tres meses.»

Al artículo del *Monitor* contestó el gabinete austriaco con el siguiente inserto en la *Gaceta de Viena* del 23 de abril, y que creemos deber insertar, así como lo hemos hecho con el primero, á fin de que puedan exactamente apreciarse las razones por ambas partes emitidas. Dice así:

«El artículo del *Monitor* de fecha del 19, da lugar á algunas consideraciones que creemos deber exponer aquí, impulsados tanto por el interés de la verdad histórica como para explicar otra vez la posicion del Austria en la gran cuestion del dia.

«La publicidad dada recientemente á dos importantes documentos, esto es, á las notas dirigidas por el conde Buol á M. de Balabine y á lord Loftus, en las cuales el gabinete imperial manifiesta su opinion acerca del congreso propuesto, las condiciones á que somete su adhesion y los límites en que consiente participar en las negociaciones, facilita mucho nuestra tarea. Compárense los cuatro puntos tales como han sido formulados por el *Monitor*, con la contestacion dada al embajador de Inglaterra, y véase si puede decirse como lo hace aquel periódico «haber convenido en ellos las cinco grandes potencias.»

«El aserto de que el Austria no pidió hasta mas tarde el desarme de la Cerdeña, declarando que semejante medida constituia la condicion *sine qua non* de su participacion en el congreso, es tambien contrario á los documentos conocidos. En la nota del conde Buol á M. de Balabine se dice expresamente «ser indispensable antes de toda conferencia que la Cerdeña se desarme.» Lo que el Austria deseaba, lo que podia desear, era una deliberacion que consolidase la paz, no un prólogo de la guerra.

«Por esto, y porque sabia que las tendencias del gobierno piamontés formaban la única dificultad en la actual situacion de Italia, reinando en los demás puntos sin excepcion un estado regular y legal, debia considerarse justa y equitativa la demanda del gobierno imperial de que se le diese una garantía previa de la pacífica actitud de la Cerdeña. Esta demanda fué articulada claramente, no despues, sino en 23 de marzo, al paso que la declaracion inglesa relativa á los cuatro puntos es del 28 del mismo mes, y ha sido luego reproducida en los actos diplomáticos siempre que las circunstancias lo han exigido.

«Si luego, como dice el *Monitor*, el gobierno imperial sustituyó á su primera demanda la de un desarme general antes del congreso, debe verse en ello otra prueba de su moderacion, llegando de este modo al último límite de las concesiones que puede otorgar una potencia que se encuentre en su posicion. Una transaccion ulterior sobre la proposicion tan lealmente sentada por el Austria, no parece ya posible, y así nos lo indica la idea emitida por el *Monitor* de hacer participar la Cerdeña en el congreso con motivo de la proposicion austriaca de que acabamos de hablar.

«La proposicion rusa hablaba de una negociacion entre las cinco

grandes potencias, y en estos términos fué aceptada por el Austria, la que jamás consentirá en desviarse de las bases primeras. Solo para evitar toda usurpacion de los derechos de los terceros, añadió á ellas el gobierno la observacion de que en virtud de lo prevenido en el protocolo de Aquisgran (Aix-la-Chapelle) de 1818, y no habiendo ninguno de los Estados italianos invitado á las cinco grandes potencias á conferenciar sobre sus asuntos interiores, no podian tomarse decisiones definitivas sobre tales cuestiones.

«La analogía que establece el *Monitor* con las deliberaciones del congreso de Troppau, es tambien inexacta. Tratábase entonces, en 1820, del restablecimiento del órden alterado violentamente en Nápoles, de la libertad del rey de las Dos Sicilias, y de sofocar la revolucion fomentada por los carbonarios; y segun los inviolables principios del derecho público europeo, no se procedió á la intervencion hasta que el rey Fernando la hubo solicitado formalmente.

«Acordada la participacion de aquel soberano en las conferencias que debian ser trasladadas desde Troppau á Leybach, invitóse á los demás Estados italianos á tomar parte en el congreso, y si entonces los plenipotenciarios de las grandes potencias reconocieron, como asegura el *Monitor*, la justicia y utilidad de aquella invitacion, explícase esto fácilmente por la situacion general, en cuanto la mayor parte de los Estados italianos se hallaban directamente interesados en una intervencion armada en la Italia meridional, puesto que las tropas debian pasar por el territorio de casi todos ellos.

«La situacion actual no guarda la menor analogía con lo que entonces sucedia, pues á lo que sepamos, la Cerdeña no ha pedido aun que su situacion interior fuese el único objeto de las deliberaciones del congreso; el precedente de Troppau y de Leybach no podria tomarse por norma á no ser en el caso de que el rey de Cerdeña reconociese tener necesidad del auxilio de las potencias, como el rey de Nápoles en aquella época. La legalidad del estado de cosas en el resto de Italia no se halla sometida á duda alguna, y los gobiernos italianos, repetimos, no han tomado hasta ahora la iniciativa provocando conferencia alguna, al paso que siempre han elevado su voz para rechazar las increibles pretensiones del Piamonte, que tiende constantemente á ofrecerse como el representante de la Italia entera delante de la Europa, y que exige, en su calidad usurpada, ser el único Estado italiano con sitio y voto en el congreso.

«El congreso de Troppau, pues, no puede ser un precedente para el proyectado congreso.

«El Austria ha aceptado de buena fe la proposicion de un congreso, tal como ha sido hecha por la Rusia, es decir, tomando parte en él solo las cinco grandes potencias; con igual lealtad ha manifestado su opi-

nion sobre las proposiciones inglesas que contenian las bases de las futuras negociaciones; el gobierno imperial no puede apartarse de lo que sobre esto ha manifestado.

«El desarme de la Cerdeña no lleva en sí para dicho Estado el derecho de tomar parte en las deliberaciones de las cinco grandes potencias, y en tanto es imposible apoyarse en semejante pretexto, en cuanto el desarme ha constituido siempre una condicion *sine qua non* de la reunion de las cinco potencias.

«Tal es el estado de la cuestion.

«El Austria ha sufrido por espacio de una série de años, con una paciencia de que se hallarian pocos ejemplos en la historia, y que como tal ha sido generalmente apreciada, los incesantes ataques, las secretas intrigas, y las mas evidentes violaciones por parte de su débil vecino. Pedir además de esto que la gran potencia imperial se coloque en la misma línea que ese estado, es en verdad una exigencia que rechaza el sentimiento moral, y que la Europa entera ha de considerar como incompatible con el honor y la dignidad de nuestro gobierno.»

Así se hallaba la cuestion; el Austria consentia en desarmarse con tal de que se desarmara la Cerdeña, y esta no accedia á contraer semejante compromiso á menos de ser admitida en el congreso, á lo cual el Austria se negaba. Quedaba además en pié la cuestion de la época en que se verificaria el desarme, pero esta habia perdido toda su importancia despues de la explícita declaracion del *Monitor*.

La sesion del parlamento inglés del 18 de abril arrojó nueva luz sobre los acontecimientos; probó de nuevo los constantes y leales esfuerzos del gabinete británico en favor de la paz, y manifestó el modo como consideraban la cuestion los hombres que regian los destinos de la Inglaterra. Su importancia nos obliga á reproducir aquí las palabras mas notables del gabinete; téngase en cuenta empero que eran pronunciadas en 18 de abril, el dia antes de la publicacion del artículo del *Monitor*, y que por lo tanto no hacen mencion de las nuevas concesiones de la Francia.

Lord Malmesbury en la cámara de los lores hace una reseña de las negociaciones, y al llegar al estado en que entonces se encontraban, dice:

«Una de las cuestiones mas graves es la del desarme, pues es de desear, para que la situacion pierda su carácter de gravedad, la desaparicion de los medios de violencia. El Austria quiere un desarme general; la Francia propone que el desarme se someta á las deliberaciones del congreso, y yo propongo que se difiera á delegados militares. Las potencias se hallan de acuerdo en todo excepto en un punto: en la época precisa en que ha de verificarse el desarme.

«Milores, no porque el Austria posee la Lombardía es nuestra sim-

patía hácia dicha potencia menor de lo que deberia ser, sino porque en la posicion que ocupa en aquella parte de Italia, léjos de limitarse, como creemos deberia haber hecho para obrar con toda cordura en la direccion de sus propios asuntos procurando mejorar el gobierno de sus pueblos, ha intervenido en los asuntos de los demás Estados de Italia, impulsada por causas políticas, haciéndose de este modo impopular no solo en la Península, sino tambien entre nosotros. En la vida privada es una ocupacion peligrosa é impopular el constituirse en agente de policía encargado de velar por la paz de una ciudad ó de un país.

«El Austria ha tomado en Italia una posicion semejante, y ya conocereis, milores, que el mantener el órden entre unos pueblos que no pueden ser refrenados por sus propios gobiernos es una mision sembrada de escollos. Con ello el Austria, además de asumir una impopularidad inútil, ha debilitado sus fuerzas, y no cabe duda de que si cambiase de conducta aumentaria en mucho en el resto de Italia su importancia política.

«Milores, por lo que toca á nuestros sentimientos hácia la Cerdeña, debo decir, que si bien se nota un singular contraste entre su raza y la nuestra, existe una semejanza notable entre la forma de su gobierno y la del nuestro, habiéndonos siempre mostrado solícitos de su prosperidad, y admiradores de sus esfuerzos para defender sus libertades y de su resolucion para conservar el gobierno constitucional.

«Cuando ha debido empuñar las armas hemos sido testigos de su arrojo y valentía; pero recientemente, con pesar lo digo, parece haber olvidado que su mision consiste en dar ejemplo á la Italia, y en presentarse siempre como un modelo en la Península. Parece haber olvidado que si bien la guerra y la gloria militar pueden existir con un gobierno constitucional, no son el objeto que este debe proponerse; parece haber olvidado que si la lucha no tiene por objeto su propia conservacion, las victorias son infructuosas y no hacen mas que engolfarle en nuevas dificultades. Estas causas, que he bosquejado de un modo imperfecto, hacen que la posicion de la parte septentrional de la Italia sea tal que solo es posible considerarla con pesar, y cuando el Austria y la Cerdeña se encontraban delante de la Europa en semejante estado, ha habido un gran imperio que no lo ha visto con indiferencia.

«Inútil es decir que ese imperio es la Francia. Milores, para los ingleses y para un ministerio inglés, no es fácil comprender la série de razonamientos y de consideraciones de sana política, por las que el jefe de aquel dichoso país interviene en las demás naciones, tomando su parte de las dificultades que las agitan. La Francia es el país mas hermoso de Europa, y el que ofrece mayor igualdad en las condiciones del suelo y del clima, siendo susceptible de un aumento incalculable de riquezas; sin embargo, dista mucho de haber alcanzado semejante per-

feccion, y una vasta senda se abre á su energía y al vigor de su gobierno para guiarla á un estado de riqueza y de prosperidad mucho mas considerable del que disfruta ahora.

« A lo que parece, la Francia ha hecho suya la causa del Piamonte, pareciendo decidida á sostener su derecho de intervencion en lo que puede ocurrir en Italia, y de restriccion en lo que considera como usurpaciones morales y materiales del imperio de Austria en aquel país. Milores, semejante conducta causa gran sentimiento á la Inglaterra, su fiel aliada. Nadie nos supondrá capaces á nosotros ni á ministro alguno de prestar auxilio á las legiones austriacas contra los súbditos del emperador de Austria, pues es igualmente ajeno á nuestros principios y á nuestra política intervenir en las intestinas luchas de las naciones extrañas para emanciparse de un mal gobierno real ó supuesto, ó para mejorar sus instituciones.

« Aceptamos las revoluciones que se consuman por sus propias fuerzas; aceptamos de hecho y no en virtud de derecho los gobiernos sean cuáles sean, y uno despues de otro; de modo, repito, que no es fácil para nosotros comprender la política por medio de la cual ha intervenido la Francia en una lucha en la que no se halla directamente interesada.

« Milores, despues de una prolongada discusion, la cuestion se presenta actualmente en estos términos: El Austria y la Francia están conformes en el principio del desarme, pero no en la época ni en el modo como ha de tener lugar.

« El Austria propone que el desarme se verifique antes de las conferencias, mas la Francia propone que el principio de desarme sea reconocido antes del congreso, estableciéndose las reglas del mismo luego de reunida la Conferencia. Mi opinion es que el congreso dista mucho de ser el cuerpo competente para fijar las reglas de un gran desarme como ese, y que dichas reglas deberian establecerse por los oficiales superiores del ejército antes de la reunion del congreso, á fin de que al empezar nuestras deliberaciones en las conferencias nada turbase nuestros debates sobre cuestiones exclusivamente políticas, extraños como somos á las operaciones militares. Con pesar he de decir que la cuestion del desarme no ha sido solventada, y que es imposible proceder á la abertura del congreso antes de su solucion.

« La Prusia junto con nosotros ha invitado á la Cerdeña á deponer las armas lo mismo que al Austria; pero la Francia no ha consentido aun en semejante medida. VV. SS. comprenderán mi sentimiento al no poder darles mas satisfactoria explicacion acerca de las negociaciones que mantienen en suspenso á la Europa; comprendo toda la responsabilidad y gravedad de la situacion, y sepan VV. SS., que todos hemos de emplear toda nuestra energía para conseguir el apetecible resultado que nos proponemos, la conservacion de la paz.

« Si considerais cuál seria el carácter de esa guerra en caso de que estallara, y cuál la responsabilidad de los que han rechazado ó desperdiciado las ocasiones favorables que se han ofrecido para conservar la paz, reconocereis conmigo que su responsabilidad es inmensa.

« Debeis pensar que no seria esa una guerra ordinaria, ni tampoco la que se trabase entre dos naciones caballerescas en una tierra apartada, como la que la Rusia sostuvo en Crimea contra los aliados. Si los elementos de guerra en Italia permanecen mucho tiempo sin ser sofocados, si la guerra estalla, se mezclarán en ella personas que, sin sentimiento alguno de patriotismo, esperan obtener por medio de ella la realizacion de sus miras desesperadas; esa guerra agitará á los teóricos de gobiernos imposibles, á los republicanos de todos matices, á todos los hombres que esperan hacer fortuna entre las calamidades públicas. Se mezclarán en ella toda clase de principios, nacerán toda clase de esperanzas, de modo que no puede un ser humano, por mucha que sea su experiencia, decir razonablemente el resultado de tan gran trastorno.

« Milores, séame permitido, en mi calidad de ministro de nuestro gran país, suplicar á los ministros de las demás potencias que hagan cuanto puedan para impedir semejante guerra, manifestarles cuan grande seria la responsabilidad de los que se lanzasen sin motivo á ella, y cuan inmensa su culpa personal si desperdiciasen una ocasion favorable de evitarla. El único consuelo que resta al gobierno de S. M. es que nada ha omitido para oponerse á los desastres y á las calamidades generales que de una lucha resultarian: suceda lo que suceda, nos hallamos al abrigo de toda censura, pues hemos hecho cuanto en nosotros cabia para conservar á nuestro país y á la Europa los beneficios de la paz.»

Las notables palabras de lord Malmesbury fueron repetidas con mayor fuerza si cabe por el jefe del gabinete, de cuyo discurso copiamos los siguientes párrafos, seguros de que nada es inútil cuando se trata de ilustrar la trascendental cuestion que parecia haber llegado en aquel entonces á su momento de crísis.

« El gobierno de la reina, dijo lord Derby, exigió como condicion *sine qua non* al aceptar la proposicion rusa, que el congreso no se ocupase del actual estado de la posicion territorial en Italia, ni de la modificacion de los tratados de 1815. . . . .

. . . .

« Desde un principio hemos obrado del modo que hemos creido mas oportuno para conseguir el fin á que aspirábamos, esto es, para impedir que la guerra estallase en Europa, guerra cuyos resultados no puede la prudencia prevenir ni el entendimiento adivinar, y estoy convencido de que se habria conseguido solventar la cuestion pacíficamen-

te, si hubiese sido aceptada la proposicion hecha por el gobierno de la reina, dejando la mediacion en manos de lord Cowley.

«Durante la corta permanencia de lord Cowley en la corte de Viena entró en negociaciones regulares con diferentes personas, y logró establecer las bases que el Austria y la Francia se hallaban dispuestas á aceptar como principios de una reconciliacion satisfactoria.

«Mas tarde, ó al mismo tiempo, la Rusia con la mejor intencion sin duda propuso la reunion en congreso de las cinco grandes potencias, y su proposicion, orígen de las dificultades actuales, ha retardado la solucion que creo habríamos ya conseguido si el asunto se hubiese abandonado á lord Cowley, cuyo talento inspiraba gran confianza á la Inglaterra, al Austria y á la Francia.

«Causan general y justa admiracion los enormes armamentos y extraordinarios preparativos que se llevan á cabo, y que pueden por una parte hacer augurar la guerra, y por otra la probabilidad de hostilidades formidables; y tócame declarar, milores, que atribuyo en parte la desconfianza, la ansiedad y los preparativos militares á las inoportunas palabras pronunciadas por el rey de Cerdeña al abrirse la legislatura sarda. En vista de tales expresiones, no es de admirar que el Austria haya hecho preparativos en mas vasta escala, al mismo tiempo que declaraba no tener la Cerdeña nada que temer de su parte, mientras no saliera de su territorio y no interviniera en los derechos de sus vecinos.

. . . .

«Milores, creo próximo el momento en que debe resolverse por fin y definitivamente, si el congreso debe ó no reunirse, y si es posible todavía resolver la cuestion de un modo pacífico; el honor y el interés de la Inglaterra no pueden consentir que las negociaciones, relativas á la forma específica del propuesto congreso, se dilaten por mas tiempo, y pienso que cercano ó llegado el instante en que despues de hacer la Gran Bretaña un nuevo esfuerzo y una proposicion nueva (no creo conveniente explicarme mas por ahora), despues de agotar su mediacion amistosa y desinteresada, despues de intentar cuanto podia conducirnos á una paz permanente, deberá decir: «Harto tiempo se ha perdido inútilmente!» y retraerse con pesar de mezclarse en un asunto en el cual su intervencion no es útil al interés público ni compatible con su dignidad, reservándose, como se ha reservado hasta hoy, la libertad completa, absoluta é intacta para seguir la política que el principio de neutralidad pueda obligarle á adoptar.

«Mi noble amigo ha manifestado los peligros y las consecuencias de la guerra, consecuencias que pesarán sobre la Italia en último resultado, sea quien fuere el primero que empuñe la espada ó adquiera su dominacion; pero mi noble amigo ha pintado el peligro con colores mucho mas suaves de lo que era necesario cuando ha limitado las desas-

trosas consecuencias de la guerra á las provincias lombardo-venetas, esto es, cuando las ha localizado en Italia.

« Si la guerra estalla, la Italia será su foco central, será teatro de una lucha de índole sangrienta y terrible, en cuanto será una lucha de principios y de pasiones. No creais que sea una guerra entre dos grandes naciones para un objeto de ambicion definido; no, será una lucha que excitará los mas contradictorios principios, y desencadenará las mas violentas pasiones, sin que pueda preverse cuándo y cómo terminará por lo que toca á la Italia.

« Pero no es esto todo, milores; empezada la guerra en Italia, es imposible esperar que se detenga allí; se dispertarán otras pasiones, se sublevarán otras nacionalidades oprimidas, tomarán parte en la lucha otros pueblos y otros soberanos. Encendida la guerra en Italia abrasará á la Europa en un incendio general.

« No seria difícil, pero tampoco seria prudente, trazar ahora el cuadro de los efectos probables de semejante complicacion; diré únicamente que no puede la Inglaterra mirar con indiferencia una modificacion en el litoral del Adriático ni en nuestro interés y poder en las aguas del Mediterráneo; la inminencia de semejante catástrofe exige por nuestra parte la mayor solicitud y una exquisita vigilancia si queremos ponernos á cubierto de las empresas de una potencia cualquiera.

« Es evidente que la mas pequeña desviacion de los límites señalados á la Italia, lanzará á la Alemania en las complicaciones de la lucha, impulsada por las precisas obligaciones de los tratados; y si su ejército entra en campaña, ¿qué será de la Bélgica, y de la Suiza, qué actitud tomarán las demás potencias de Europa? Milores, si la guerra estalla, no será, no puede ser localizada ni circunscrita á la Italia.

« La Inglaterra se halla profundamente interesada en el mantenimiento de la paz, y está dispuesta á grandes sacrificios para conservarla; pero su interés exige tambien una actitud con la cual pueda hacer frente á todo. Mientras dure la guerra, sean cuales fueren sus consecuencias, debemos permanecer armados, y pensar en el partido que el honor, la justicia y la dignidad pueden imponernos.

« Esta es, milores, la marcha en que el gobierno de la reina espera verse apoyado por el parlamento y por el pueblo inglés, seguro como está de seguir la única política razonable que al país le es dado adoptar. Quiera Dios evitarnos la necesidad de penetrar en tan peligrosa senda, inspirar la moderacion y la templanza á los Estados de Europa, y hacer que las nubes que amenazan ahora tan recia tormenta, pasen y desaparezcan apareciendo otra vez el cielo sereno y azulado!

« Mi conviccion es que del unánime asentimiento de las cámaras á los principios sentados depende en gran parte la conservacion de la paz. Convenzamos á la Europa de que la Inglaterra no debe permanecer es-

pectadora débil é indefensa de acontecimientos que podrian comprometer su dignidad y su honor, y que una responsabilidad inmensa pesará sobre la potencia, sea cual fuere, que sin provocacion legítima, sin una necesidad urgente é imperiosa, y con el solo objeto de satisfacer su ambicion, atraiga sobre el mundo las calamidades, los azares y los delitos de la guerra!»

M. Disraeli en la cámara de los comunes explicó tambien los favorables resultados que podian esperarse de la mision de lord Cowley; habló de la proposicion de la Rusia, de la condicion impuesta por la Inglaterra respecto á los tratados de 1815, de la cuestion del desarme general, y continuó luego en los siguientes términos:

«La Cerdeña, empero, se niega á desarmarse en atencion á que no es admitida en el congreso. El gobierno de la reina desea interpretar del modo mas favorable la conducta del Piamonte, pero he de decir que su conducta es cuando menos ambigua.

«Es innegable que se han manifestado siempre en Inglaterra vivas simpatías en favor de la Cerdeña, y aunque quizás se han debilitado en estos últimos tiempos, tócame decir que á pesar de lo que se nota oscuro y equívoco en la conducta que recientemente ha observado, la opinion pública en este país no le es contraria, y el gobierno de S. M. se halla dispuesto á interpretar su conducta del modo mas favorable, considerando las dificultades que ha tenido que vencer y las grandes cosas que ha sabido realizar.

«Hemos examinado pues sin preocupacion de ningun género la cuestion de si la Cerdeña debia ó no ser admitida en el congreso. La proposicion primitiva hablaba de una conferencia de las cinco grandes potencias, y habiendo partido de un gabinete que se suponia en extremo favorable á la Cerdeña, y sido dirigida á otra potencia que se sabia unida íntimamente con esta, era difícil atinar como podia la Cerdeña tomar parte en el congreso. Se ha dicho que la Cerdeña habia ocupado un lugar en la conferencia de París, y en efecto, así es: por hechos que enaltecen su gloria, que honran á su soberano y á su pueblo, mereció el sentarse en el congreso. Habia desempeñado un papel activo en la guerra que acababa de terminar, habia hecho grandes esfuerzos é inmensos sacrificios, y despues de semejante lucha tenia por cierto derecho de contribuir á la solucion definitiva de las dificultades pendientes. ¿Pero puede concurrir la Cerdeña, que no es potencia de primer órden, á la conferencia de las grandes potencias propuesta por los gabinetes amigos de la Cerdeña?

«¿Qué otros derechos podria alegar que la Suecia, el Portugal y la Holanda? y si se dice que siendo la Cerdeña un Estado italiano, deberia estar representada en el congreso, contestaremos que igual derecho, sino mas, tienen los demás Estados de la Península. El congreso que

ha de reunirse tratará de los intereses de los demás Estados italianos, pero para nada se ocupará de la Cerdeña, cuyos territorios y posicion van unidos á los tratados de 1815.

«Ninguna de las combinaciones que podrá recomendar el congreso no ha de afectarle en lo mas mínimo, pues sean cuales fueren sus decisiones, solo pueden presentarse bajo la forma de recomendacion dirigida á los diferentes Estados. Nuestra opinion es que existen otros medios por los cuales, sin participar en el congreso, los Estados italianos podian ser consultados y representados; habríamos podido seguir el ejemplo de la conferencia de Lóndres, en la que la Holanda y la Bélgica, sin formar parte del congreso, expusieron sus opiniones; ó el del congreso de Leybach, en el cual, á pesar de ser una conferencia de las cinco grandes potencias, fueron oidos casi todos los Estados de Italia.»

Así hablaron los ministros británicos, manifestando claramente sus tendencias, que para nosotros no han desvirtuado sus sucesivas protestas de completa neutralidad; y como lo habia hecho presentir el lenguaje de lord Derby y de M. Disraeli, el gabinete de Lóndres dirigió á las cuatro potencias las proposiciones siguientes:

«1.° Que se efectuase un previo desarme general y simultáneo.

«2.° Que fijase las reglas del mismo una comision militar ó civil independiente del congreso, y compuesta de seis comisarios, uno por cada una de las cinco potencias y el sexto por la Cerdeña.

«3.° Que luego de haberse reunido la comision, y empezado sus trabajos, el congreso se reuniria á su vez para proceder á la discusion de las cuestiones políticas.

«4.° Que el congreso, luego de su reunion, invitaria á los representantes de los Estados italianos á deliberar con los representantes de las cinco grandes potencias, del mismo modo que se practicó en el congreso de Leybach en 1821.»

La Francia, la Rusia y la Prusia se adhirieron á las proposiciones inglesas; pero el Austria, como lo hacia presentir el artículo de la Gaceta de Viena que hemos insertado, y como lo anunció el *Monitor* francés del 23 de abril, las rechazó y dirigió al gobierno sardo una comunicacion directa que le fué comunicada durante la tarde del mismo dia 23, intimándole el desarme de los voluntarios y la reduccion de su ejército al efectivo de paz. El embajador encargado de presentar el ultimatum, debia estar á disposicion del ministro piamontés por espacio de tres dias, y considerar como una negativa toda contestacion dilatoria. El ultimatum y un artículo oficial de la *Gaceta de Viena* en el que se manifiestan las razones que lo dictaron, pueden verse en la parte cuarta, XXIV y XXV.

El violento mensaje del gabinete de Viena produjo la consternacion en toda Europa; la Gran Bretaña, la Rusia y la Prusia protestaron con-

tra tamaña violencia que inmolaba la paz general á una pueril cuestion de amor propio. El Austria, gran potencia, no quiso hallarse en el congreso en presencia del reducido Piamonte; al aceptar el congreso, decia, habia entendido que segun los términos de la proposicion rusa solo debian participar en él las grandes potencias; pero esta razon, de algun peso, queda desvanecida por las tergiversaciones de la corte de Austria acerca de la admision en el congreso de los Estados italianos. M. de Buol habia solicitado en un principio como una de las bases del congreso, la observacion del protocolo de Aquisgran (Aix-la-Chapelle) de 1818, el cual establecia, segun hemos dicho, que fuesen llamados en los congresos ulteriores los Estados secundarios sobre cuyos intereses debiese deliberarse. Al invocar la autoridad de dicho protocolo, el gabinete de Viena no podia tener mas idea que la que se presentaba á la mente de todos: esto es, que un congreso donde se discutiesen los asuntos de Italia no podia prescindir de la cooperacion de los Estados italianos. El Austria esperaba tener en su favor los votos de Roma, Nápoles, Florencia y Módena, y con semejante cortejo no vacilaba en arrostrar al Piamonte en el seno del congreso. Sin embargo, no tardó en saberse que Roma, Nápoles y Módena no consentian en enviar agentes al congreso; la Toscana vacilaba, y habria acabado por hacerse representar en él, mas por desgracia, viéndose el Austria en el congreso casi sola como potencia italiana delante del Piamonte, dió á aquel protocolo una interpretacion imposible, y consideró como punto de honor la exclusion de la Cerdeña.

El ultimatum del Austria fué considerado, y debia serlo, como una declaracion de guerra. El dia 26 de abril á las cinco y media de la tarde el conde de Cavour dió al enviado austriaco, baron de Kellersberg, la contestacion de la Cerdeña al violento mensaje, que fué, como no podia dejar de ser, negativa en todas sus partes (véase la parte cuarta, XXVI). La invasion de la Cerdeña era inminente, todo se preparaba en Turin para resistir al ataque de su poderoso vecino, y la cámara de los diputados reunida en sesion pública concedió al rey poderes extraordinarios durante la guerra, despues de oir el enérgico discurso del primer ministro (véase la parte cuarta, XXVII). En Milan, donde se reunian cada dia nuevas tropas, pasóse una revista en la plaza de Armas, bendijéronse las banderas como en vísperas de una batalla, y el general Giulay pronunció una belicosa alocucion. Las fondas se hallaban vacías, los teatros cerrados, excepto dos á donde nadie iba; los cafés estaban desiertos y desiertos los paseos; leíase en todos los rostros una mortal ansiedad, y la poblacion se halló convertida en un cementerio de vivientes. En Francia, á contar desde el momento en que el *Monitor* anunció la resolucion del Austria, y que el gobierno hubo expuesto al Senado y al Cuerpo legislativo el estado de la cuestion, comunica-

cion que fué seguida de una circular emanada del ministerio de negocios extranjeros y dirigida á los agentes diplomáticos del Emperador (véase la parte cuarta, XXVIII y XXIX), cesaron las fluctuaciones de la opinion pública. Con el sentimiento patriótico que á nuestros vecinos anima, solo se pensó en vencer puesto que la guerra era ya inevitable; los mismos que reprobaran la política imperial en Italia, hacian votos por el triunfo de sus armas; y la Francia toda saludó su bandera con guerreras aclamaciones. El movimiento de tropas se verificó con una rapidez que rayó en prodigio, y que atestiguó la excelente organizacion militar del vecino imperio: el dia 25 de abril empezó el embarque en Tolon, y antes de haber expirado el plazo fijado en el ultimatum del Austria, tenia la Francia considerables fuerzas en Génova que se encaminaban á Alejandría y á Turin.

Al mismo tiempo otros regimientos, pasando los unos por Grenoble y Besançon, y por Chambery y San Juan de Maurienne los otros, descendian á Suza por el Monte Cenis ó por el Monte Ginebra, y el 30 de abril por la mañana la division Buat llegaba á la capital del Piamonte, siendo recibida con frenética alegría y con gritos de Viva la Italia! Viva la Francia! por la poblacion y el ejército. Al mismo tiempo Génova recibia con aclamaciones á los libertadores de Italia, quienes sin detenerse apenas en la ciudad de los palacios marchaban á toda prisa para contrarestar la invasion con que amenazara al Piamonte el belicoso lenguaje del gabinete de Viena.

Este, sin embargo, despues del acto que mereció la unánime reprobacion de Europa, y que atrajo sobre ella el anatema con que cubre esta á los que son los primeros en trasladar las cuestiones al terreno de la fuerza, parecia arrepentirse de su orgullosa violencia; y despues de asombrar al mundo con su guerrero ardor, debia asombrarle mas con su inaccion.

La Inglaterra, que tan constantes y leales esfuerzos hiciera en favor de la paz, que se habia convertido en representante de la opinion pública europea por la aversion que manifestara á la guerra, no dió la partida por perdida aun. En la mañana del dia 26 envió á París y á Viena una nueva proposicion, ofreciendo tomar de nuevo bajo su mediacion las negociaciones en el punto en que las dejara lord Cowley, bajo la condicion de un desarme inmediato, absoluto y simultáneo por parte de la Francia, del Austria y del Piamonte, ó de una promesa hecha por las tres potencias de conservar inactivas sus tropas mientras durase la mediacion en las posiciones que entonces ocupaban.

M. Harris, hermano del conde de Malmesbury y ministro inglés cerca de la Confederacion helvética, marchó de Berna por órden de su gobierno, y se dirigió á Milan para solicitar del general Giulay la suspension de todo movimiento ofensivo antes de saber el resultado del su-

premo y último esfuerzo del gabinete británico. El general, en vista de tan inesperada demanda, pidió instrucciones á Viena, y á pesar de haber expirado los tres dias concedidos por el ultimatum, el ejército austriaco no siguió á la orilla derecha del Tessino á sus esploradores que habian sido divisados en las inmediaciones de Garlasco. El Austria aceptó en efecto la proposicion inglesa, pero la Francia que habia enviado ya sus pendones á un territorio extranjero, que tenia ya empeñado en la cuestion el honor de su bandera, no podia admitirla sin formales garantías, y acabó por rechazarla. La guerra, pues, con su devastacion y sus horrores era la única solucion posible, y otra vez deberá comparecer el siglo XIX ante el tribunal de la historia para responder á los graves cargos que ha de dirigirle la posteridad por tanta sangre derramada!

Los acontecimientos se precipitaron con tal rapidez en los últimos dias de abril y en los primeros de mayo, que nos es preciso pasar de unos á otros á fin de que en lo posible tengan lugar en nuestro relato á medida que se produjeron.

En aquel entonces circuló por Europa una noticia vaga, que aunque no apoyada en dato alguno oficial, halló crédito en todas partes, pues explicaba en cierto modo el móvil, á decir verdad algo confuso, que impulsara á Napoleon III á engolfarse en las complicaciones de la cuestion italiana. La Francia, decíase, ha celebrado con la Rusia un tratado de alianza, y aunque no se sabian ni expresaban las condiciones del mismo, bastó esta voz para conmover los ánimos; abierto el campo á las suposiciones y exageraciones, recordáronse los pactos de Tilsitt y de Erfurth, hablóse de la concentracion de sesenta mil rusos en el Pruth bajo el mando del general Luders, díjose que la Rusia hacia aprestos militares en su frontera asiática, que reunia tropas en Galitzia; y una parte de la prensa de todos los paises, especialmente la alemana y la inglesa, entregóse á toda clase de comentarios y de vaticinios funestos. Semejantes rumores tomaron tal consistencia que el embajador ruso en Lóndres creyó deber explicarse con el gobierno de la reina, y anunciarle que entre la Francia y la Rusia no existia pacto alguno que pudiese afectar á los intereses británicos. No satisfecho el gabinete inglés dirigió al emperador de Rusia una pregunta directa y categórica sobre el mismo asunto, y segun declaró un miembro del ministerio, M. Fitzgerald, el príncipe Gortschakoff dió la contestacion siguiente:

«No niego que pueda existir un convenio escrito entre la Francia y la Rusia, pero puedo sí, afirmaros del modo mas positivo, que nada contiene que pueda ser interpretado en el sentido de una alianza hostil contra la Inglaterra. Si lord Malmesbury es interpelado sobre este asunto, puede asegurarlo así con entera confianza, pues os doy mi garantía personal de que los hechos no desmentirán sus palabras.»

Así pues el tratado en esta ó en la otra forma, con pactos mas ó menos explícitos, y con estipulaciones mas ó menos importantes, existe, no hay que dudarlo; pruébalo la contestacion del príncipe Gortschakoff, pruébanlo otras circunstancias y otros actos de los cuales haremos mencion en su lugar oportuno. La Francia en la cuestion italiana puede esperar el apoyo directo ó indirecto de la Rusia, y esto, repetimos, explica como Napoleon III espontánea y deliberadamente ha tomado sobre sus hombros, cargados ya con el difícil gobierno de la Francia en circunstancias no muy normales, el nuevo peso de las consecuencias que puede producir la cuestion italiana, consecuencias que previstas por los hombres de Estado de todos los paises, no podian pasar desapercibidas para su penetracion. ¿Debe, sin embargo, Napoleon III contar con el apoyo del soberano moscovita, sea cual sea el tratado celebrado, en cuantas peripecias y formas revista la actual contienda? Puede considerarse de sana política para la Francia, para la mision que está llamada á desempeñar en el continente su alianza con la Rusia? Creemos que no, é insinuaremos algunas de las razones que nos dictan semejante opinion. Lo primero que debe alegarse contra una política de intimidad con el gabinete de San Petersburgo, es su incompatibilidad con la alianza inglesa, garantía de la paz europea y de la libertad del continente, y la única que puede impedir que la herencia del moribundo codiciada por el emperador Nicolás, caiga poco á poco ó repentinamente en manos de la Rusia. Además, siendo el poderío ruso esencialmente continental, no puede el czar dar á la Francia lo que á esta le falta, y le da en cambio lo que ya posee con abundancia, esto es, la fuerza militar. Téngase tambien en cuenta que obrando la Francia con la alianza rusa ya en Oriente, ya sobre la Confederacion germánica, conspira por necesidad contra sus intereses y en beneficio de los intereses rusos. El resultado de semejante política en Oriente es harto visible: acelera la disolucion del imperio otomano, y abre en él vasto campo á la influencia rusa, ya la anarquía de razas sea causa algun dia de intervencion, ya la Puerta, reducida al último extremo, se coloque de nuevo bajo el yugo que sacudió en 1853. En Alemania es inevitable un resultado análogo: si la Francia debiese sostener una lucha contra la Confederacion, de nada le serviria la Rusia. Tilsitt y Erfurth, toda su historia y todas las leyes naturales de su existencia política, nos manifiestan que la Rusia no tomaria partido contra la Alemania, pues por la Alemania y por la proteccion que ha dispensado á sus Estados secundarios, por la mediacion que ha ejercido entre la Prusia y el Austria, ha conquistado la Rusia su grande influencia en los asuntos de Europa desde 1815. Es natural que una alianza franco-rusa cuente en Rusia con ardientes partidarios, pues favorece en gran manera sus intereses y le restituye el gran papel que la guerra de Oriente parecia haberle arrebatado; la rá-

pida fortuna del príncipe Gortschakoff, eminente representante de esa política, es un símbolo exacto de los beneficios que á su país procura; mas para la Francia y para el Mediodía de Europa creemos semejante alianza peligrosa y completamente estéril para sus libertades y progreso.

El ultimatum austriaco fué causa de graves acontecimientos en la Italia central, en Toscana, en Parma y en Módena. Los toscanos, con el patriotismo que tan bien sienta á aquella parte privilegiada de Italia, deseaban asociarse á la guerra de la independencia, y pedian la alianza con la Francia y el Piamonte. El gran duque Leopoldo, alucinado por los recuerdos de 1848 y por los lazos que le unen con la casa de Austria, pretendia mantenerse neutral; pero la agitacion popular, manifestada por medio de violentos escritos, y por la no interrumpida marcha de voluntarios al Piamonte, debia estallar al saberse la pretension formulada por el Austria; preparábase una gran manifestacion para decidir al gobierno, y los liberales moderados no se mostraban parcos de advertencias, excitando á los ministros á consentir en las aspiraciones del pueblo. El gobierno vaciló hasta el último momento; pero por fin, llegado el dia 27 de abril, tomó el gran duque una resolucion: encargó al marqués de Lajatico la formacion de un nuevo gabinete, dijo estar dispuesto á acceder á la alianza piamontesa y á la guerra nacional, y prometió una constitucion. El pueblo, empero, exigióle otro sacrificio, su abdicacion; el marqués Ridolfi dió á conocer al gran duque el penoso acto que de él exigia el voto popular, y el marqués Lajatico, que pasó á la legacion sarda luego de tomar sobre sí el encargo de formar un nuevo gabinete, recibió el programa de las condiciones que se imponian al príncipe. Era la primera la abdicacion del gran duque en favor de su hijo, el príncipe hereditario; exigiase luego la alianza ofensiva y defensiva con el Piamonte, y una inmediata cooperacion en la guerra con todas las fuerzas del Estado, bajo el mando del general Ulloa, el heróico defensor de Venecia en 1849, estableciendo por fin el programa que la organizacion de las libertades constitucionales del país deberia conformarse con la organizacion general de la Italia. Provisto con ese programa, el marqués de Lajatico regresó al palacio Pitti; Leopoldo se negó á abdicar, dijo que preferia abandonar Florencia, y el marqués de Lajatico volvió á la legacion sarda para referir la inutilidad de su tentativa. El gran duque reunió en seguida el cuerpo diplomático, protestó contra la violencia de que era objeto, y abandonó sus Estados para dirigirse á Viena, protestando de nuevo en Ferrara con fecha de 1.° de mayo, y declarando nulos y de ningun valor ni efecto los actos del 27 del mes último (véase la parte cuarta, XXX). En tanto izábase en Florencia el pabellon tricolor; aclamábase á Victor Manuel como dictador y protector de aquel país durante la guerra, despues de una alocucion del embajador sardo á la multitud reunida debajo de sus ventanas; encar-

gábase del gobierno provisional un triunvirato compuesto de los ciudadanos Ubaldino Peruzzi, Vicente Malenchini y Alejandro Danzini; nombrábase al general Ulloa jefe del ejército toscano, y el gobierno de Turin conferia á Mr. Boncompagni el título de comisario extraordinario para dirigir los asuntos del ducado. Estos y los sucesivos actos de soberanía ejercidos por la Cerdeña en el territorio toscano, obligaron al gran duque á formular la nueva protesta que se lee en la parte cuarta, XXXI.

No léjos de allí, en Parma, verificóse en pocas horas, y tambien sin desgracias personales, una revolucion y una restauracion. Varios oficiales del ejército se presentaron á la duquesa regente el dia 30 de abril solicitando reunirse con el ejército piamontés, al mismo tiempo que tenia lugar una manifestacion en igual sentido delante del Palacio Real. La duquesa salió de la ciudad con direccion á Mantua despues de nombrar un consejo de regencia compuesto de sus ministros (véase la parte cuarta, XXXII); mas el dia 4 volvió á entrar en ella, escoltada por parte de sus tropas que habian salido á su encuentro, y formando las otras en la carrera que debia seguir; este resultado fué debido á la proximidad de los austriacos por la parte de Módena.

Por desgracia en Módena tomaron las cosas un aspecto mas grave; el gran duque Francisco V, adicto enteramente al Austria, debió sostener una lucha contra la poblacion; las ciudades de Massa y Carrara proclamaron la dictadura de Victor Manuel, quien las declaró incorporadas al territorio sardo, y envió á ellas á M. Giusti en calidad de comisario, llegando las tropas del gran duque á batirse con los toscanos y piamonteses.

El gobierno de Nápoles, aunque veia paralizada su accion por la enfermedad del rey, declaró su intencion de conservarse neutral, y verificó extraordinarios armamentos. El Papa, á quien se supusieron intenciones de trasladarse á Gaeta ó á las islas Baleares luego que empezasen las hostilidades, manifestó igualmente que conservaria la mas extricta neutralidad, como su elevado carácter requeria (véase la parte cuarta, XXXIII). Recibió, segun se asegura, una carta autógrafa del emperador Napoleon III, protestando del amor y veneracion de la Francia á la Sede apostólica, carta que no ha visto la luz pública; y mientras en Toscana se destronaba al gran duque y la Cerdeña ejercia actos de soberanía en el ducado de Módena, el general francés Goyon, gobernador de Roma, publicaba un bando reprobando toda manifestacion aunque fuera pacífica, y recordando que los grupos se hallaban prohibidos.

Semejantes hechos evidenciaron á los ojos de la Europa el odio que siente la Italia toda por la dominacion extranjera, y manifestaron una vez mas que la causa de la independencia italiana no es la de la revolucion en el mal sentido en que se entiende vulgarmente esta palabra; la Toscana se ha asociado al movimiento que lanza á la Italia contra s

dominadores, y sin embargo no ha sido allí conculcado ninguno de los principios del órden social; pero no olvide el Piamonte que si al alzar la bandera de la independencia contra el Austria, sostiene una causa santa, superior hasta á los mismos tratados, el dirigirla contra las demás soberanías italianas, no seria emancipacion sino conquista, y que el primer efecto de sus excitaciones seria, como ha sido ya, lanzar á aquellos príncipes en brazos del Austria, creando entre esta potencia y los primeros una identidad de intereses que realmente no existe. Sin hablar de los derechos de los mismos soberanos, que sin embargo han de pesar mucho en la balanza europea, hay además el espíritu de los pueblos que, por sus tendencias naturales y su existencia histórica, han de creerse destinados á conservar su vida propia en la reconstitucion de la Italia, sin que por haber enviado sus contingentes al ejército libertador entiendan justificar en lo mas mínimo anexiones arbitrarias ó prematuras.

Los acontecimientos de Toscana, Parma y Módena tuvieron además el inconveniente de colocar á los aliados en una posicion falsa á los ojos de la Italia y de la Europa. Es indudable, en vista de la relacion que hemos hecho de la revolucion toscana, tomándola de la *Storia di quattro ore*, escrita por el marqués de Lajatico, que la Cerdeña tuvo bastante intervencion en los sucesos que obligaron al gran duque Leopoldo á abandonar su capital, y es de presumir tambien, en vista de su actitud en las ciudades de Massa y Carrara, que desearia hacer lo mismo en el ducado de Módena; ahora bien, mientras esto sucede, el general Goyon prohibe en Roma toda clase de manifestaciones, recuerda que no pueden formarse grupos, y nadie desconoce lo que tiene de contradictoria semejante conducta. Es cierto que toda tentativa contra el poder temporal de Su Santidad causaria general trastorno, que introduciria la alarma en las conciencias católicas, pero tambien lo es, legalmente hablando, que no tiene el Papa mas derechos á los Estados romanos que Leopoldo II á Toscana y Francisco V á Módena.

Explicadas las negociaciones diplomáticas que precedieron á la guerra, y los principales hechos que en Italia produjo la declaracion de la misma, hemos de entrar en el relato de la campaña que iban á presenciar entonces las márgenes del Tessino; y sin pretension de escribir una página de historia militar, y aun exponiéndonos á cometer inevitables errores, en cuanto no han visto la luz pública los documentos necesarios para referirla con acierto, procuraremos dar en lo posible á nuestros lectores aproximada cuenta de las operaciones de los ejércitos que han sustituido á la diplomacia en el conocimiento de la cuestion italiana. Antes, empero, parécenos oportuno dar una sucinta idea de las fuerzas militares de las tres naciones que aparecen en el campo de batalla.

Las fuerzas movilizables del Piamonte ascienden á unos cien mil

hombres, con las que se ha compuesto un ejército activo de cinco divisiones de infantería y una de caballería, formando un total de 55,000 hombres; lo restante se halla ocupado en las guarniciones de las plazas ó permanece provisionalmente en sus hogares. La infantería comprende diez brigadas de dos regimientos cada una, designadas por el nombre de las provincias donde se reclutaban separadamente antes de que una ley aboliera hace pocos años el sistema de quintas provinciales, dejándolo subsistente en Saboya á causa de las diferencias de orígen, y sobre todo de idioma.

Las diez brigadas se denominan así: 1.ª de Granaderos de Cerdeña, titulada antes de Guardias; 2.ª de Saboya, exclusivamente reclutada en dicha provincia; 3.ª del Piamonte; 4.ª de Aosto; 5.ª de Coni; 6.ª de la Reina; 7.ª de Cassale; 8.ª de Pignerol; 9.ª de Savona; 10.ª de Acqui.

El cuerpo de los *Bersaglieri*, compuesto de diez batallones, es en su clase de los mas antiguos de cuantos existen en Europa, y fué organizado, tomando por modelo á los cazadores tiroleses, por el general Alejandro de La Mármora, y puede compararse con lo mejor que de su arma existe en Europa.

La caballería piamontesa ha sido refundida modernamente; los seis regimientos que antes existian, y que estaban armados, la mitad de lanzas y la otra mitad de sables, han sido sustituidos por nueve regimientos, cuatro de dragones, y cinco de caballería ligera, armados estos de sable y carabina, y aquellos con lanza y mosquete. Consta cada uno de cinco escuadrones, de los cuales es uno de depósito.

La artillería sarda, cuyo calibre es superior al que tiene la de las demás naciones, es considerada como una de las mejores de Europa; compónese de 18 baterías de batalla y de 12 de posicion, de un regimiento de artillería de plaza, y de otro de obreros. Cada batería cuenta seis piezas.

El cuerpo de Estado mayor, el de administracion y el de sanidad militar mostraron ser algo defectuosos en 1848, pero desde entonces han sido reconstituidos y reorganizados.

La marina militar sarda cuenta 40 buques y 2860 marinos.

En la presente lucha, el rey de Cerdeña ha tomado el mando superior del ejército, teniendo por jefe de estado mayor al general La Mármora; el mando de las cinco divisiones está confiado á los generales Durando, Cialdini, Cucchiam, Fanti, y Castelborgo. La caballería se halla á las órdenes del general Sambuy, y el cuerpo de ingenieros á las del general Menabrea.

El ilustre archiduque Carlos, el rival de Napoleon, fué el reorganizador del ejército austriaco en la época de los grandes desastres de la monarquía, y solo en 1848 sufrieron sus disposiciones alguna modi-

ficacion, siendo la mas importante el licenciamiento de los regimientos húngaros por haber tomado parte en la insurreccion, y el haber renunciado á la formacion de los regimientos por provincias. A fines de 1858 promulgóse una ley de quintas muy semejante á la que rige en la mayor parte de los Estados europeos, estableciendo el sorteo y las mismas excepciones legales en favor de los hijos de viuda ó de septuagenarios, y de los jóvenes que se destinan al estado eclesiástico ó á la instruccion. El servicio dura 8 años, el sorteo puede aplicarse á todas las clases, y solo una, la octava, se encuentra definitivamente libre; las dos primeras (de 20 á 21 años) pueden ser llamadas en cualquiera ocasion; las cinco siguientes (de 22 á 26 años) solo en defecto del suficiente número de hombres en las dos primeras, quedando dispensados del servicio los jóvenes casados que forman parte de ellas. Por el contrario, el matrimonio está prohibido á los jóvenes de las dos primeras clases, bajo pena de servicio forzado. Como en España, es posible librarse del servicio mediante cierta cantidad.

El conjunto de las modificaciones introducidas en la legislacion militar, es conforme generalmente con el espíritu moderno si bien se observan en las mismas ciertas huellas del tiempo pasado. Así, aunque los regimientos se hallen clasificados por órden numérico, tienen coroneles propietarios, por cuyos nombres son conocidos todavía, poseyendo tales propietarios una autoridad muy lata que delegan las mas de las veces á los coroneles titulares. Sin embargo, el poder de los propietarios de regimientos va cada dia menguando, pues el emperador Francisco José, continuando la obra de sus antepasados, no cesa de combatir su influencia, y reserva en lo posible aquellos títulos para él (es ya propietario de ocho regimientos), para los miembros de su familia ó para algunos príncipes extranjeros, en cuyo caso es puramente honorífico. Los regimientos de algunos personajes ilustres, como el archiduque Carlos y el emperador Alejandro I, han continuado llevando sus nombres aun despues de su muerte.

La infantería se compone en Austria de sesenta y dos regimientos de línea, de un regimiento de cazadores tiroleses, de catorce regimientos fronterizos, y de veinte y cinco batallones de infantería ligera. El regimiento tirolés, en razon á su servicio especial, ha sobrevivido á la antigua institucion de los regimientos provinciales. Nada se ha cambiado tampoco en la organizacion de los regimientos fronterizos, debida al genio del príncipe Eugenio de Saboya; los Ilyrios y los Croatas que los componen, son la mejor infantería austriaca. Cada uno de los sesenta y dos regimientos se compone de un batallon de granaderos con 4 compañías, de un batallon de depósito de igual fuerza, y de cuatro batallones de 6 compañías cada uno, formando un total de 175,460 hombres en tiempo de paz, y de 426,932 en tiempo de guerra. Los oficia-

les están en proporcion de uno por cada 40 soldados; el número de los subalternos es tambien muy limitado, pero esto se compensa con la existencia de cierto número de soldados distinguidos que desempeñan parte de las funciones reservadas á nuestros cabos.

Los regimientos fronterizos constan de dos batallones de campaña y de una batería de reserva cada uno, y forman un total de 40,000 hombres en tiempo de paz, y de 56,254 en tiempo de guerra. El regimiento de cazadores tiroleses consta de 7 batallones de campaña y de un batallon de depósito. Los veinte y cinco batallones de cazadores constan de cinco á seis compañías en tiempo de paz, y de siete en tiempo de guerra, formando un total de 20,268 hombres en tiempo de paz, y de 32,961 en tiempo de guerra. Su armamento consiste en carabina rayada y en sable bayoneta. Existen además catorce compañías sanitarias compuestas de 2,728 hombres en tiempo de paz, y de 4,770 en tiempo de guerra.

Desde 1848, el Austria ha aumentado el número de su caballería, facilitándole la ejecucion de esta medida la costumbre de montar á caballo, muy generalizada en Alemania. En el dia cuenta ocho regimientos de coraceros, ocho de dragones, doce de húsares y doce de uhlanos, habiendo las disposiciones naturales sobrevivido á los reglamentos que las consagran: así los húsares son Húngaros, los dragones y los uhlanos Polacos, y los coraceros Alemanes. La caballería de línea cuenta seis escuadrones por regimiento además del de depósito, y la caballería ligera, como son los húsares y los uhlanos, ocho; la primera se compone de 66,120 caballos en tiempo de paz, y de 70,912 en tiempo de guerra; la segunda de 55,552 y de 60,992 respectivamente. La caballería austriaca goza de merecida reputacion, así por el valor y destreza de sus soldados como por la fuerza de sus caballos de guerra.

La artillería se divide en regimientos de plaza y en regimientos de campaña, distinguiéndose además con el nombre de *artillería técnica* al cuerpo encargado de la fabricacion del material y del estudio de las cuestiones del arte. La artillería de campaña comprende doce regimientos compuestos cada uno de cuatro baterías de á 6, cada una de las cuales cuenta ocho cañones; de seis baterías á caballo, y de tres de á 12 con seis piezas cada una; y finalmente de una batería de obuses. La artillería de plaza se compone de ocho batallones, y su efectivo total es de unos diez mil hombres.

No debemos omitir que el cuerpo de artillería austriaco se halla muy envanecido con un regimiento de coheteros (racketen) en el que funda muchas esperanzas. Sus cohetes tienen fama en efecto de ser los mejores proyectiles de este género empleados por los ejércitos europeos, sin que pueda apoyarse este hecho en pruebas muy auténticas, y la fuerza del regimiento que debe dispararlos se eleva en tiempo de guerra á 4000 hombres y 2500 caballos. Existe además un regimiento de

artillería destinado á las costas, compuesto de tres batallones; en resúmen la artillería ocupa en el ejército austriaco 27,953 hombres y 4,864 caballos en tiempo de paz, y 54,503 hombres y 29,944 caballos en tiempo de guerra.

El cuerpo de ingenieros, organizado con el mismo espíritu de economía que rige en todo el ejército austriaco, consta de un escaso número de oficiales que son en general muy instruidos. Este cuerpo estuvo colocado durante mucho tiempo bajo la alta direccion del archiduque Juan, y ha dado pruebas de su capacidad en la construccion de numerosas plazas de guerra, levantadas durante los últimos cuarenta años en diferentes puntos del imperio. Cuenta dos regimientos, menos numerosos que los de infantería, compuestos de seis batallones y de 6,936 plazas en tiempo de paz, y de 11,232 en tiempo de guerra; y de seis batallones de pontoneros, formando un total de 4,373 hombres en tiempo de paz, y de 10,000 en tiempo de guerra, dispersados por las orillas de los lagos y rios principales, y encargados, además de sus ordinarias funciones, de las escuadrillas de vapor del Lago Mayor y del de Garda.

El importante cuerpo encargado de los trasportes militares se halla sometido á variaciones de efectivo que hacen imposible una apreciacion exacta del mismo; considerable en tiempo de guerra, queda reducido á simples cuadros durante la paz.

En resúmen, el ejército activo cuentau nos 350,000 hombres y 62,000 caballos en tiempo de paz, y 650,000 hombres y 100,000 caballos en tiempo de guerra.

Además de las fuerzas que acabamos de enumerar, el Austria posee varios cuerpos destinados á servicios particulares los que pueden formar un total de 50,000 hombres.

El estado mayor general del ejército activo consta de 4 feld-mariscales; de 18 generales de caballería y feld-zeugmestres; de 112 feld-mariscales tenientes; de 130 generales mayores, y de 266 coroneles.

La marina se compone de 135 buques armados con 852 cañones y montados por 8,700 tripulantes. La escuadrilla de las lagunas, es decir la apostada en Venecia, consta de 7 baterías flotantes, de 25 lanchas cañoneras de hélice, de 22 lanchas cañoneras de ruedas, de 26 buques ligeros, de 2 buques de trasporte de hélice, y de 28 buques de trasporte de ruedas.

Al empezar las hostilidades en la presente lucha, las tropas austriacas en Italia se hallaban bajo el mando del feld-zeugmestre conde Gyulai, y constaban del 2.°, 3.°, 5.°, 7.°, 8.° y 9.° cuerpos de ejército, á los que se unió despues el 1.°, mandados por los tenientes mariscales Liechtenstein, Schwartzemberg, Stadion, Zobel, Benedek, Schaffgotsche y Clam Gallas, formando en todo unos 300,000 hombres.

El ejército francés es reputado y con razon como uno de los mejores de Europa, por su intrepidez en la lucha y por la paciencia con que soporta las fatigas y privaciones, de lo cual dió un memorable ejemplo en la penosa campaña de Crimea. Su infantería consta de cien regimientos de línea, compuestos cada uno de cuatro batallones, tres de campaña y uno de depósito, y cada uno de estos de mil doscientas plazas y de ocho compañías. La proporcion de los oficiales es de uno por cada treinta soldados. Existen además veinte batallones de cazadores y tres regimientos de Zuavos, que gozan ya de fama europea, formando en 1.° de abril del presente año un total de 351,228 hombres. La infantería se halla armada toda ella con fusiles rayados, lo cual le proporciona una incontestable superioridad sobre los ejércitos que usan todavía las antiguas armas. La caballería, dividida tambien en caballería de línea y en caballería ligera, contaba en la fecha citada 72,100. ginetes; hállase perfectamente montada y equipada, y aunque desde hace mucho tiempo no ha podido mostrar como la infantería su fuerza militar, pues la guerra de Argelia que constantemente ha de sostener la Francia, y la última de Crimea, no han sido favorables para combates de caballería, se cree que no cede en nada al acreditado arrojo de la infantería. De lo dicho han de exceptuarse los ocho regimientos de cazadores de Africa, que así en Argelia como en Crimea han dado pruebas de ser una inmejorable caballería ligera. La artillería francesa, compuesta de 168 baterías de campaña, ha tenido ya muchas ocasiones de hacer sus pruebas, y fúndanse en ella grandes esperanzas, especialmente en los cañones rayados de grande alcance inventados por Napoleon III. Constaba de 44,250 hombres. Lo mismo ha de decirse del cuerpo de ingenieros, compuesto de 11,760 hombres. La guardia imperial, cuerpo escogido, que en Crimea manifestó ser digno sucesor del que alcanzara tan gran renombre durante el primer imperio, cuenta 29,800 hombres, habiendo entre ellos 33 batallones de infantería. Posee además la Francia entre la gendarmería y los cuerpos extranjeros ó indígenas unos 50,000 hombres armados, de modo que su ejército constaba hace tres meses de 568,000 hombres, que se elevó en 1.° de junio á 672,400 á consecuencia de haber llamado á las filas la totalidad del contingente de 1858. Restando por consiguiente de esta cantidad los 50,000 hombres que son necesarios en Argelia, y los que deben cubrir las guarniciones del interior, puede la Francia poner en línea medio millon de hombres sin alterar en nada el regular mecanismo de sus instituciones militares.

La Francia divide sus tropas, además del modo ya expresado, en cuerpos de ejército, divisiones y brigadas: cada cuerpo de ejército consta de cuatro divisiones; cada una de estas de dos brigadas; y estas, la primera de dos regimientos de línea y un batallon de cazadores,

y la segunda de dos regimientos de línea. Cada division va acompañada de su correspondiente dotacion de artillería.

La marina de guerra francesa consta de 417 buques, entre ellos 300 de vela y 117 de vapor, y de 27,000 marinos.

En la presente campaña tiene la Francia en Lombardía cuatro cuerpos de ejército y la guardia imperial en masa, cuyas fuerzas han tomado el nombre de *ejército de Italia.* Desde los primeros momentos en que la guerra pareció inminente, díjose que el emperador Napoleon III reservaba para sí el mando en jefe de aquellas fuerzas, decision anunciada despues en la proclama del dia 3 de mayo. El mando del primer cuerpo de ejército se confió al mariscal Baraguay-d'Hilliers; el del segundo al general Mac-Mahon; el del tercero al mariscal Canrobert, y el del cuarto al general Niel.

El príncipe Napoleon recibió el mando de un cuerpo de ejército especial, que en este momento acaba de organizarse en Toscana; la guardia imperial fué puesta á las órdenes del general Regnault de Saint-Jean-d'Angely.

El mariscal Rendon fué nombrado mayor general, si bien fué reemplazado en breve en dicho cargo por el mariscal Vaillant, á quien sucedió á su vez como ministro de la guerra.

Las divisiones de que se componen estos diferentes cuerpos están mandadas por los generales Renault, Roguet, Herbillon, Morris, Forey, Camou, Ladmirault, Partouneaux, Goyon, Cotte, Luzy, Pelissac, Autemarre, Ervillé, Martimprey, Mellinet, de la Motte-Rouge, Uhrich, Espinasse, Vinoy, Bazaine, Failly, Montebello, Bourbaki, Le Bœuf, Frossard, Desvaux y Trochu. El mariscal Pellissier, duque de Malakoff, fué nombrado jefe del ejército de observacion que debia formarse en el Norte, compuesto de 140,000 hombres.

Para inteligencia de las operaciones militares, que debian tener el Piamonte por primer teatro, es fuerza decir algunas palabras acerca de la topografía de aquel territorio. Cerrado al Norte por la Suiza, al Mediodía por el Mediterráneo, y al Oeste por la Francia, con la cual confina por medio del Ródano, de los Alpes y del Var, el Piamonte linda al Este con el reino Lombardo-Veneto, y los ducados de Parma y de Módena. El Tessino, que nace en Suiza en la vertiente meridional del San Gotardo, y que lleva al Pó, con el cual se reune á 5 kilómetros mas abajo de Pavía, las aguas del lago Mayor, separa el Piamonte de la Lombardía.

El Piamonte, que forma con la Saboya los Estados de tierra firme del reino de Cerdeña, contiene una poblacion de unos cinco millones de almas.

La frontera militar del Piamonte empieza, propiamente hablando, en la línea que forman: 1.° el Sesia, que bajando del Monte-Rosa se une

con el Pó ; 2.° el Scrivia, que naciendo á 16 kilómetros de Génova, en la vertiente septentrional de los Apeninos, desagua en el Pó á 13 kilómetros de Voghera.

Como diremos en su lugar oportuno la ocupacion de esta línea no entraba en el sistema de defensa de los piamonteses, quienes debian apoyarse en una posicion mas central, esto es, en el Dora-Baltea, que no debe confundirse con el Dora-Ripaira, otro rio de los Estados sardos, mas inmediato á Turin, que sigue una direccion completamente distinta.

El Dora-Baltea que nace cerca del pequeño San Bernardo, en la division de Aosta, desagua en el Pó despues de un curso de 154 kilómetros en la direccion de Crescentino, poblacion de 4,000 almas situada á 38 kilómetros de Turin. A lo largo de este rio se encuentran Ivrea, Caluzo y Chivasso.

La línea de defensa de los piamonteses empezaba en Ivrea, en el Dora-Baltea, y seguia el curso del Dora hasta el punto en que este rio desagua en el Pó, el Pó hasta Cambio, el Scrivia hasta Gabi, pequeña plaza fuerte que se eleva á 12 kilómetros de Novi, llegando hasta Génova por los Apeninos.

Tres plazas de guerra, situadas en esta línea, en el ángulo que forma el Tanaro al unirse con el Pó, protegen á Turin por la parte del Sur, así como el Dora-Baltea es su antemural por el lado del Norte. Dichas tres plazas son Casal, en la orilla derecha del Pó; Valenza, situada en la misma orilla, en el punto en que el rio declina mas hácia el Sur antes de dirigirse al Este hácia Pavía, y finalmente Alejandría que se eleva en la orilla derecha del Tanaro, en la confluencia de este rio con el Bormida.

Casal y Valenza tienen escasa importancia, pero Alejandría es reputada como una de las plazas mas fuertes de Italia; su importancia estratégica es debida á su vasta ciudadela en la orilla izquierda del Tanaro, á las inmensas obras avanzadas de que se halla rodeada, y á la posibilidad de inundar en un momento la llanura y de defender las cercanías de la plaza por medio de un sistema de esclusas establecidas en el Tanaro.

El Scrivia desde el Pó y los Apeninos hasta Génova, formaban la última parte de la línea de defensa que, como hemos dicho, empezaba en Ivrea.

El dia 29 de abril los austriacos pasaron el Tessino, invadiendo el territorio piamontés divididos en tres cuerpos; la primera columna, compuesta de ocho batallones y de tres baterías, salió de Pavía y pasó el Gravellona, canal que forma, delante de aquella plaza, el límite de ambos Estados. Otro cuerpo de ejército mas considerable penetró durante la noche del 29 al 30 por Buffalora y Abbiate-Grasso, hasta Cus-

salo, cerca de Vigevano; y finalmente, el 30 por la mañana, un tercer cuerpo de ejército, desembarcado por la escuadrilla del lago Mayor, ocupó en la orilla occidental Intra-Pallanza y Arona, donde fueron cortados los hilos del telégrafo que comunica con la Suiza. La invasion, pues, se extendia por toda la frontera piamontesa, desde la confluencia del Pó y el Tessino, hasta el lago Mayor. Los tres cuerpos de ejército se ponen en marcha el dia 30 de abril; las avanzadas piamontesas se retiran, y emplean un medio de defensa que retarda eficazmente la marcha de los austriacos; levantan las esclusas que sirven para el riego de los arrozales, abren en los caminos zanjas á cien metros de distancia unas de otras, y los invasores se encuentran perdidos en medio de las llanuras de la Lemollina, completamente inundadas.

Sin embargo, su marcha puede ser entorpecida, pero no detenida; fieles á su sistema de ataques concéntricos, las columnas austriacas se acercan y se dirigen á Novara, donde entraron el dia 1.° de mayo á las tres de la tarde; desde allí se adelantan hasta Verceil, destacando hácia Mortara una columna de dos mil hombres, que se apodera de la poblacion. El mismo dia un cuarto cuerpo de imperiales, compuesto de veinte y cinco mil hombres, á las órdenes del general Benedeck, pasó el rio entre Corte-Olona y Pavia, y se encaminó á Stradella; Verceil fué ocupado el dia 2 de mayo por la noche, y de este modo quedaron los austriacos dueños del curso del Sesia en cuya orilla derecha se eleva aquella ciudad. El grueso del ejército enemigo permanecia concentrado en la márgen izquierda del Pó, mientras que quince mil austriacos llegan á Sannazaro y á Lomello, donde el feld-mariscal-Gyulai estableció su cuartel general.

Hemos dicho que los piamonteses, considerando su inferioridad numérica, habian abandonado las líneas avanzadas de defensa que les ofrecia su territorio para replegarse á posiciones mas centrales, esto es, á la línea del Dora-Baltea, que antes hemos descrito, admirablemente fortificada por el general Menabrea y esperar allí el auxilio de sus aliados. San Salvatore, pueblo situado entre Valenza y Alejandría, fué el punto elegido como cuartel general por el rey Victor Manuel, quien antes de salir de Turin el dia 1.° de mayo, para ponerse al frente de sus tropas, dirigió á sus pueblos la siguiente proclama:

«El Austria, que protesta de su amor á la paz, nos ataca y se niega á someterse á un congreso europeo; viola las promesas hechas á la Inglaterra; quiere que disminuyamos nuestro ejército y abandonemos á los valientes voluntarios que acuden de todos los puntos de la Italia para defender la sagrada causa de la independencia italiana. Confío el cuidado del gobierno á mi querido primo, y de nuevo empuño la espada.

« Al lado de nuestros soldados combatirán por la causa de la libertad y de la justicia las valientes tropas del emperador Napoleon, mi generoso aliado. Pueblos de Italia! el Austria ataca al Piamonte porque ha sostenido la causa de la patria comun en los consejos de la Europa, mostrándose sensible á los gritos que os arrancaba el dolor; el Austria rompe abiertamente los tratados que jamás ha respetado; desde hoy la Italia es libre, y podré cumplir sin faltar al derecho de las naciones el juramento que hice en el sepulcro de mi augusto padre.

« Confiemos en la Providencia, en nuestra union, en el valor de los soldados italianos, en la alianza de la noble nacion francesa; confiemos en la justicia de la opinion pública. Mi única ambicion es ser el primer soldado de la independencia italiana.

« Viva la Italia! »

Otra proclama del rey Victor Manuel á sus soldados llevó á su colmo el entusiasmo del Piamonte y de la Italia toda; decia así:

« Soldados!

« El Austria que en nuestras fronteras aumenta sus ejércitos y amenaza invadir nuestro territorio, porque reina en él la libertad con el órden, porque no la fuerza sino la concordia y el amor entre el pueblo y el soberano rigen el Estado, porque hallan eco en nuestro pecho los gritos de dolor de la Italia oprimida, se atreve á intimarnos, á nosotros armados únicamente para defendernos, que depongamos las armas y nos entreguemos á su merced.

« Tan injuriosa intimacion debia recibir la merecida respuesta, y la he rechazado con desprecio. Sabedlo, soldados, seguro como estoy de que considerareis como propio el insulto hecho á vuestro rey y á la nacion entera. El anuncio que en este momento os dirijo es un anuncio de guerra. A las armas, soldados!

« Delante de vosotros encontrareis á un enemigo á quien ya conoceis; valiente y disciplinado, no temais compararos con él puesto que podeis envaneceros de las jornadas de Goito, de Pastrengo, de Santa Lucía, de Sommacampagna y tambien de Custosa, donde cuatro brigadas lucharon solas durante tres dias contra cinco cuerpos de ejército. Yo seré vuestro jefe; nos conocemos ya; muchos de vosotros os hallasteis junto á mí en la ardiente pelea, al lado de mi magnánimo padre, y allí admiré con orgullo vuestro indomable valor.

« Seguro estoy de que en el campo del honor y de la gloria sabreis conservar y aumentar la fama de vuestra bravura; allí tendreis por compañeros á los intrépidos soldados de la Francia, vencedores en tantas y tan señaladas batallas, vuestros hermanos de armas en el Tchernaia, enviados generosamente en numerosos batallones por Napo-

leon III, á quien se encuentra siempre donde hay una justa causa que defender y la civilizacion que hacer triunfar. Marchad, pues, seguros de la victoria, y adornad vuestra bandera con nuevos y recientes laureles, vuestra bandera que con sus tres colores y con la entusiasta juventud que de todos los puntos de Italia se ha agrupado bajo sus pliegues, os indica que vuestra empresa es la independencia de Italia, empresa justa y santa que ha de ser vuestro grito de guerra.»

Al mismo tiempo el emperador Francisco José publicaba desde Viena, con fecha del 28 de abril, el siguiente manifiesto:

A MIS PUEBLOS.

«He dado órden á mi fiel y valeroso ejército de poner fin á los ataques, recientemente llegados á su colmo, que el vecino Estado de Cerdeña dirige hace una serie de años contra los incontestables derechos de mi corona y la inviolabilidad del imperio que Dios me ha confiado.

«Con ello he cumplido un deber, penoso es cierto, pero inprescindible para el jefe del Estado.

«Tranquila está mi conciencia, y confiado alzo mis ojos á Dios omnipotente y me someto á su sentencia.

«Con igual confianza espero el juicio imparcial de la edad presente y el de la posteridad. En cuanto á mis pueblos, seguro estoy de su aprobacion.

«Hace diez años que el mismo enemigo, violando todas las reglas del derecho de gentes y los usos todos de la guerra, penetró armado en el reino Lombardo-Veneto, sin causa ni motivo alguno, y sin mas objeto que conquistarlo; mi ejército le venció en dos combates gloriosos, y desoyendo yo todos los consejos que no nacian de la generosidad, le tendí la mano y le ofrecí una reconciliacion.

«No me he apropiado ni un solo palmo de su territorio; en nada he atentado contra los derechos que pertenecen á la corona de Saboya en la familia de los pueblos europeos; no exigí la menor garantía contra la reproduccion de aquellos hechos; en la mano que estreché en señal de reconciliacion la que yo con sinceridad tendiera y que habia sido aceptada, creí encontrar la amistad.

«Sacrifiqué á la paz la sangre que vertieran mis súbditos en defensa del honor y de los derechos del Austria.

«¿Cómo se correspondió á mi generosidad, quizás única en la historia? Empezóse acto contínuo á mostrar un odio que crecia de año en año; provocóse por los medios mas desleales una peligrosa agitacion para el reposo y bienestar de mi reino Lombardo-Veneto.

«Sufrí sin quejarme los nuevos ataques, sabiendo lo que debo á la paz, bien precioso para mis pueblos y para la Europa. Mi paciencia no habia sido aun agotada cuando las medidas de seguridad mas extensas que me ha obligado á tomar en estos últimos tiempos el exceso de las sordas provocaciones que se producian en las fronteras y aun en el interior de mis provincias italianas, fueron de nuevo esplotadas por la Cerdeña para observar una conducta mas hostil todavía.

«Dispuesto á tener en cuenta la benévola mediacion de las grandes naciones amigas, deseosas de conservar la paz, consentí en tomar parte en un congreso de las cinco grandes potencias.

«Acepté los cuatro puntos propuestos por el gobierno inglés y trasmitidos al mio como base de las deliberaciones del congreso, creyendo que podian facilitar una paz leal y duradera.

«Convencido empero de que mi gobierno no habia realizado acto alguno capaz de producir ni remotamente la guerra, exigí al mismo tiempo el desarme previo, causa del desórden y del peligro que á la paz amenaza.

«Finalmente á instancias de las potencias amigas consentí en la proposicion de un desarme general.

«La mediacion se estrelló contra las inaceptables condiciones que ponia la Cerdeña á su consentimiento.

«Solo quedaba entonces un medio para conservar la paz: dirigir al gobierno del rey de Cerdeña una intimacion para que pusiera su ejército en pié de paz y licenciara sus voluntarios.

«La Cerdeña no ha accedido á semejante demanda, y ha llegado el momento en que no puede mantenerse el derecho sino con la fuerza de las armas.

«He dado á mi ejército la órden de entrar en Cerdeña.

«Conozco la trascendencia de semejante acto, y si alguna vez he sentido el grave peso de los cuidados del gobierno es sin duda en este momento. La guerra es un azote de la humanidad; mi corazon se conmueve pensando en los miles de mis súbditos cuya vida y bienes amenaza, y deploro profundamente que sufra mi imperio el doloroso trance de la guerra en el mismo momento en que se entrega á su progreso interior, y en que necesitaba la conservacion de la paz para completar su obra.

«Sin embargo, el corazon del monarca debe enmudecer cuando el honor y el deber lo exigen.

«El enemigo se halla armado en nuestras fronteras y se ha aliado con el partido del desórden general, con el proyecto altamente proclamado de apoderarse de las posesiones austriacas en Italia. Sostiénele el soberano de Francia, el cual, bajo pretextos que no existen, se mezcla en los asuntos de la Península resueltos por los tratados, y dirige su ejérci-

to en auxilio del Piamonte: algunas de sus divisiones han pasado ya la frontera sarda.

«La corona que sin mancha me legaron mis abuelos ha tenido que sufrir muchos dias de prueba; pero la gloriosa historia de nuestra patria demuestra que cuando las sombras de una revolucion, contra los mas preciosos bienes de la humanidad, amenazan envolver la Europa, la Providencia se sirve de la espada del Austria para desvanecerlas con sus fulgores.

«Otra vez nos encontramos en vísperas de una de esas épocas, y en ella las doctrinas subversivas de todo el órden existente no son ya predicadas por algunas sectas, sino que son lanzadas al mundo desde lo alto de los tronos.

«Mi espada se halla consagrada á la defensa del honor y del buen derecho del Austria, de los derechos de los pueblos y de los Estados todos, y de los mas santos bienes de la humanidad.

«A vosotros, pueblos mios, que por vuestra fidelidad hácia vuestros legítimos soberanos, sois el modelo de los pueblos de la tierra, dirijo en este momento mi voz; contribuid á la lucha que se prepara con vuestra fidelidad nunca desmentida, con vuestra abnegacion, con vuestro arrojo.

«A vuestros hijos, á quienes he llamado á las filas de mi ejército, les envio, yo su capitan, mi saludo de guerra; contempladles con orgullo; fiada á sus manos el águila del Austria alzará muy alto su glorioso vuelo.

«La lucha que sostenemos es justa, y la aceptamos con valor y confianza.

«Esperamos no hallarnos solos en la lucha.

«El terreno en que combatimos ha sido tambien regado con la sangre de los pueblos de la Alemania, hermanos nuestros; ha sido conquistado y conservado hasta hoy como uno de sus baluartes, y los astutos enemigos de la Alemania han empezado siempre sus ataques por aquel punto cuando han querido quebrantar su poder. El sentimiento del peligro se ha difundido ya por la Alemania toda, desde la cabaña hasta el trono, desde una á otra frontera.

«Como príncipe de la Confederacion germánica os indico el peligro comun, y os recuerdo los gloriosos dias en que la Europa debió su libertad al ardor y unanimidad de nuestro entusiasmo.

«Con Dios y por la patria!»

El emperador Francisco José dirigió además á su ejército de Italia la siguiente órden del dia:

«Despues de infructuosos esfuerzos para conservar la paz á mi imperio, sin comprometer su dignidad, me veo obligado á empuñar las armas.

«Confío sin vacilar el buen derecho del Austria á manos experimentadas, á las de mi valiente ejército.

«Su fidelidad y su valor, su disciplina ejemplar, la justicia de la causa que defiende y un pasado glorioso, me aseguran el triunfo.

«Soldados del segundo ejército! á vosotros toca encadenar la victoria á las inmaculadas banderas del Austria. Marchad con Dios al combate confiados en vuestro emperador.»

El manifiesto del emperador Francisco José fué trasmitido á los agentes diplomáticos austriacos junto con una circular del conde Buol, que puede verse en la parte cuarta, XXXIV. Antes de que las proclamas guerreras sustituyan del todo á los documentos diplomáticos, permítasenos citar la comunicacion dirigida por M. Walewski al embajador de Francia en Viena, fechada el 29 de abril, mandándole pedir sus pasaportes luego que las tropas austriacas hubiesen pisado el territorio piamontés (parte cuarta, XXXV).

El emperador Napoleon III á su vez dirigió tambien la voz á su pueblo, y desde el palacio de las Tullerías publicó en 3 de mayo el siguiente manifiesto:

«Franceses!

«Al hacer entrar su ejército en el territorio de nuestro aliado el rey de Cerdeña, el Austria nos declara la guerra, viola los tratados y la justicia, y amenaza nuestras fronteras. Las grandes potencias todas han protestado contra semejante agresion, que ha causado general sorpresa en cuanto habia aceptado el Piamonte las condiciones que debian afianzar la paz. Con ello el Austria ha llevado la cuestion al extremo de que es fuerza que su dominacion se extienda hasta los Alpes, ó que la Italia sea libre hasta el Adriático; todo rincon de tierra que conserve en aquel país su independencia es un peligro para su poder.

«Si hasta ahora la moderacion ha sido la regla de mi conducta, la energía es ahora mi primer deber.

«Armese la Francia y diga con resolucion á la Europa: No quiero conquistas, pero sí sostener con firmeza mi política nacional y tradicional; observo los tratados á condicion de que no serán violados contra mí; respeto el territorio y los derechos de las potencias neutrales, pero proclamo en alta voz mi simpatía hácia un pueblo cuya historia se confunde con la mia, y que gime bajo la opresion extranjera.

«La Francia ha mostrado su odio contra la anarquía, y ha consentido en depositar en mis manos un poder bastante fuerte para reducir á la impotencia á los autores del desórden y á los hombres incorregibles de aquellos antiguos partidos que encontramos siempre al lado de nuestros enemigos; mas no por ello ha abdicado su mision civilizadora. Sus

aliados naturales han sido siempre aquellos que aspiran al progreso de la humanidad, y cuando empuña la espada, no lo hace para dominar sino para emancipar.

«El objeto de la presente guerra es hacer á la Italia independiente, no hacerla cambiar de dueño, y de este modo tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo que nos deberá su independencia.

«No vamos á Italia á fomentar el desórden ni á menguar el poder del Santo Padre, á quien sentamos en el trono, sino á sustraerle de la presion extranjera que se siente en la Península toda, á fundar allí el órden sobre la satisfaccion de los intereses legítimos.

«Vamos en fin á la clásica tierra ilustrada por tantas victorias, en pos de las huellas de nuestros padres; quiera Dios que seamos dignos de imitarles!

«Marcharé en breve á ponerme al frente del ejército dejando en Francia á la Emperatriz y á mi hijo; secundada aquella por la experiencia y las luces del último hermano del Emperador, se elevará á la altura de su mision.

«Confíoles al valor del ejército que permanece en Francia para velar sobre nuestras fronteras y defender nuestro hogar doméstico; confíoles al patriotismo de la guardia nacional, y al pueblo todo, que les rodeará del amor y adhesion de que recibo cada dia tantas pruebas.

«Valor, pues, y union! Nuestro país demostrará otra vez al mundo no haber degenerado. La Providencia bendecirá nuestros esfuerzos, porque la causa que se apoya en la justicia, en la humanidad, en el amor de la patria y de la independencia, es santa á los ojos de Dios.»

La guerra, pues, se hacia por un objeto enteramente distinto del que se propusieron las negociaciones; en estas se habia tratado de poner freno á las agresiones del Austria mas allá de sus fronteras; aquella pretendia devolver á la Italia su independencia y hacerla libre hasta el Adriático. Hermoso resultado, magnífico espectáculo para el siglo XIX que ha presenciado tantas injusticias, si no fuese la guerra, es decir, la fuerza, la fatalidad, el azote de los pueblos, el que se hubiera encargado de realizarlo!

Los generales franceses á quienes se confiara el mando de los cuerpos de ejército habian marchado á Italia sin esperar á sus tropas. El dia 29 de abril, el mariscal Baraguay-d' Hilliers, antes de establecer sus divisiones en el valle del Scrivia, y de escalonarlas desde Novi hasta Tortona, publicó desde su cuartel general de Génova la siguiente órden del dia:

«Soldados,

«En 1796 y en 1800, el ejército francés bajo las órdenes del general Bonaparte, consiguió en Italia memorables victorias contra los mis-

mos enemigos contra quienes vamos á combatir ahora, y muchos regimientos adquirieron en ellas los nombres de Terrible y de Invencible, que cada uno de vosotros por su valor, su tenacidad y su disciplina, se esforzará en adquirir para su bandera.

«Soldados, tened confianza en mí como la tengo yo en vosotros; mostrémonos dignos de la Francia y del Emperador, y dígase un dia de nosotros lo que de nuestros padres se decia como resumiendo sus títulos de gloria:

«Pertenecia al ejército de Italia!»

El verdadero punto estratégico de la línea desde Génova á Alejandría es el pueblo de Novi, donde el general Baraguay-d'Hilliers trasladó su cuartel general; situado en una eminencia, aquel pueblo domina la llanura y el paso de las montañas, y su ocupacion por los austriacos, aislando Génova de Alejandría, habria interceptado los refuerzos que podian llegar por mar.

El mariscal Canrobert, que se encontraba en Turin en los últimos dias de abril, visitó con el rey Victor Manuel y el general Niel la línea del Dora-Baltea, y ocupóse en concentrar en aquella importante línea las divisiones que habian atravesado el Monte Cenis y el Monte Ginebra.

A medida que llegaban nuevas tropas francesas agrupábanse en la línea defensiva formada por el Dora-Baltea desde Ivrea hasta Chivasso, y desde este punto hasta Alejandría por el Tanaro y el Pó, línea que no debe perderse de vista para comprender exactamente los movimientos de los ejércitos aliados.

El feld-zeugmestre Giulay al dar principio á su movimiento ofensivo, dirigió á su ejército la siguiente órden del dia:

«Soldados!.S. M. nuestro emperador os llama á las armas, y saludais con gozo la voz imperial, que os llama á la victoria. Estrechaos al rededor de nuestras banderas, pues combatís por derechos sagrados, por el órden y la legalidad, por la gloria y la prosperidad del Austria. Dentro de pocas horas llevareis las águilas imperiales mas allá de los confines del imperio contra un enemigo que recuerda aun Volta y Mortara, y á quien vencereis de nuevo como en Custozza y en Novara. El Piamonte ha olvidado la generosidad que por dos veces ha usado con él nuestro monarca, y si no ha podido menos de admirar siempre nuestra disciplina, reconocerá ahora vuestra valentía. Las miradas de vuestro emperador se hallan fijas en vosotros; con vosotros está el alma del héroe Radetzki! A las armas, pues, compañeros; marchemos á la victoria con alegres gritos de Viva el emperador!»

Dirigió además una proclama á los pueblos en la cual les participaba quedar concentrados en sus manos los poderes del gobierno civil y militar del reino Lombardo-Veneto desde el momento en que se hallasen en territorio piamontés las águilas imperiales, y les recomendaba la conservacion del órden. La que dirigió á los pueblos de Cerdeña, decia así:

« Pueblos de Cerdeña,

« Al atravesar vuestras fronteras, no dirigimos nuestras armas contra vosotros, sino contra un partido destructor, poco numeroso, pero fuerte por su audacia, que os oprime con su violencia, que se muestra sordo á toda proposicion de paz, y que atenta contra los derechos de los demás Estados italianos y contra los de nuestro soberano.

« Si saludais sin cólera la llegada de las águilas imperiales, se presentarán ante vosotros con moderacion y sin enojo, pudiendo estar cierto el ciudadano pacífico de que la libertad, el honor, las leyes y las fortunas serán respetadas y protegidas como cosas inviolables y sagradas.

« La constante disciplina que en las tropas imperiales iguala á su valor, es segura prenda de lo que os prometo.

« Intérprete cerca de vosotros de los sentimientos generosos de mi augusto soberano, proclamo al sentar el pié en vuestro suelo, que esta guerra no se dirige contra los pueblos ni las naciones, sino contra un partido provocador que bajo la máscara de la libertad, acabaria por arrebatarla á todo el mundo, si el Dios de los ejércitos no fuese tambien el de la justicia.

« Venzamos á vuestro adversario y al nuestro; restablézcanse el órden y la paz, y vosotros, que quizás nos mirais hoy como enemigos, nos considerareis en breve como vuestros libertadores y amigos.»

Numerosas fuerzas austriacas habian pasado ya á la márgen derecha del Tessino, hasta que el dia 3 de mayo el movimiento de los imperiales tomó un carácter mas activo. Un cuerpo de tropas ocupó Trino, mientras que por la derecha de aquella poblacion, hacia otro cuerpo preparativos para forzar el paso; echó dos puentes sobre el Pó, uno entre Cambio, en la orilla izquierda, y Sale, en la orilla derecha, mas allá de la confluencia del Scrivia; y otro entre este rio y el Curone, cerca de los pueblos de Gerola y de Cornale. Las tropas pasan el Pó por aquellos puentes, y ocupan Castelnuovo della Scrivia, Ponte-Curone, Vogherá y Tortona.

Para proteger la construccion de aquellos puentes empeñan los austriacos un vivo cañoneo, en las inmediaciones de Valenza en un principio, y despues en Frassinetto, á 3 kilómetros de Casale. El primero de

ambos ataques tuvo por objeto destruir el machon del puente de Valenza; el segundo fué probablemente una mera diversion, pues no es probable que los imperiales quisiesen intentar el paso del rio por entre las líneas piamontesas, en un punto donde la orilla derecha domina á la orilla izquierda, que ellos ocupaban. De todos modos, su tentativa, que por primera vez puso á ambos ejércitos uno en frente de otro, se frustró por completo: á las 4 de la mañana del indicado dia 3 de mayo, las columnas austriacas ocuparon el valle de Terra-Nuova y diseminaron sus tiradores por la orilla izquierda, donde se habian montado varias piezas de artillería; aquellas fuerzas abrieron un vivo fuego de fusilería, mezclado con algunos cohetes á la Congréve, contra la avanzada piamontesa, compuesta del regimiento de línea núm. 17, del batallon de cazadores núm. 8, y de las baterías 1.ª, 17.ª y 18.ª, cuyas fuerzas sostuvieron vigorosamente el ataque hasta la llegada de refuerzos. Advertido por las detonaciones de la artillería, el general Cialdini salió de Casale con el regimiento de infantería núm. 15, dos escuadrones de caballería ligera Monferrato y la 3.ª batería de campaña, y dirigióse apresuradamente al lugar del combate; pero al llegar á él los austriacos habian cesado ya su fuego, que de nuevo abrieron, pero sin mejor éxito, durante la noche, pretendiendo echar un puente de barcas. Las pérdidas de los imperiales en estos encuentros fueron de unos cincuenta hombres fuera de combate, y las de los piamonteses seis muertos y veinte y siete heridos.

Al mismo tiempo, verificábase una insignificante tentativa contra el puente de Casale, probablemente para cubrir los reconocimientos hechos á lo largo del Pó hasta Trino, situado en el camino de Turin, á 16 kilómetros de Casale. Las tropas que operaron este movimiento se replegaron á Verceil el dia 5 de mayo despues de la derrota de Frassinetto, y construyeron allí algunas obras de defensa; aquella misma noche ocuparon, para abandonarlos al siguiente dia, Trino y Pobiello, que han sido, por la parte del Dora, el límite de la invasion austriaca. A contar desde el dia 6, los imperiales empezaron á evacuar parte de sus posiciones, sin duda al ver los incesantes refuerzos que recibia el ejército francés acampado en el valle del Scrivia, y despues de adelantarse hasta Tortona, donde incendiaron el puente del camino de hierro y siete arcos del puente de madera que atraviesa el Scrivia, salieron presurosos de aquella poblacion y acamparon en las cercanías de la puerta Castelnuovo-Scrivia. El dia siguiente continuaron su movimiento de retirada; Castelnuovo, Ponte-Curone y Voghera fueron sucesivamente evacuados, y los franceses pudieron restablecer el puente del Scrivia; por fin, el 7 por la tarde, los austriacos pasaron otra vez el Pó en Gerola, y se situaron en los bosques que se elevan en la orilla izquierda.

Para comprender la importancia de semejante movimiento, es preci-

so saber que Voghera habia sido ocupada por fuerzas austriacas muy considerables, las cuales habian llevado sus avanzadas hasta Sale y Mede, Piave del Cairo, Castelnuovo y Scrivia, formando aquellas tropas el ala izquierda del ejército invasor. Gerola por donde repasaron el rio, es un villorrio situado entre Voghera y Casei.

En aquel entonces, es decir el dia 8 de mayo, obsérvase un cambio completo en las disposiciones estratégicas de los imperiales: en vez de continuar operando hácia Alejandría, la agresion se dirige á otro punto. Hubiérase dicho que el ejército del conde Giulay intentaba marchar contra Turin, pues avanzaba, siguiendo aquella direccion, por Biella, Ivrea y Saluzzola; mas al cabo de uno ó dos dias, su actitud se modifica de nuevo. Despues de ocupar á Biella por espacio de algunas horas con 2400 infantes y 300 ginetes, los austriacos se retiran apresuradamente al ver los grandes preparativos de defensa hechos en Ivrea por el pueblo y el ejército. En los siguientes dias, abandonan Livorno, Tronzano, Santtica, Cavaglia y Saluzzola, y en la tarde del 10, empieza su vanguardia á salir de Verceil y á retirarse á la orilla opuesta del Sesia, para concentrarse cerca de Casale.

El cuerpo de ejército que ocupaba la orilla izquierda del Pó aumentó sus fuerzas en el camino que va desde Plasencia á Stradella, y en 13 de mayo, colocó sus avanzadas en el torrente de Bardonezza, que sirve de frontera entre el ducado de Parma y el Piamonte; las patrullas austriacas dirigieron constantemente reconocimientos hácia Casteggio, y fueron frecuentes las escaramuzas en las inmediaciones de aquel pueblo. En tanto, un cuerpo de ejército austriaco repasó el Pó por el puente de la Stella y fué acercándose á Pavía; Bobbio fué ocupada y abandonada luego precipitadamente.

Estas marchas y contramarchas de los imperiales ofrecieron escaso interés, pareciendo anunciar grande confusion en los planes del general en jefe y no poca vacilacion en sus órdenes; esto á lo menos hasta que publique la corte de Viena datos é informaciones de los que carecemos todavía. Las maniobras ofensivas cesaron del todo; el ejército austriaco se concentró desde el dia 10 al 15 de mayo entre la confluencia del Pó con el Tessino y el punto en que desagua el Trebbia; evacuó precipitadamente la Lomellina; hizo pasar su artillería por el puente de Molta-Visconti, y tomó el Tessino por línea de operaciones. Esto no obstante, la concentracion de sus fuerzas entre Stradella y Broni, en la orilla derecha del Pó, parecia indicar su intencion de no abandonar aun el territorio piamontés, y de querer esperar en aquellos puntos una demostracion ofensiva del ejército franco-sardo.

La ocupacion por las tropas francesas de la llanura que se extiende delante de Casale obligó al ejército austriaco á continuar su movimiento de retirada; la evacuacion de Verceil, donde habian conservado los

imperiales un cuerpo de ocupacion de 2,000 hombres, es el hecho mas significativo de las nuevas evoluciones. A las once de la mañana del 19 de mayo empezaron á abandonar dicha ciudad, y á las tres de la tarde no quedaba ya un austriaco en sus muros; en seguida, y en virtud de un aviso trasmitido desde Verceil á Biella, tomaron posesion de ella cincuenta carabineros sardos, bajo el mando de un capitan.

Hemos procurado explicar con la claridad posible los confusos y á veces contradictorios movimientos del ejército austriaco hasta el 19 de mayo; hémosle visto en sus indecisas correrías á través de los valles del Pó, del Sesia y del Scrivia, ya dirigiéndose á la derecha hasta Gattinara y Biella, ya marchando por el centro contra Saluzzola y Tronzano, para dirigirse otro dia á la izquierda contra Desana, Stroppiana y Villanuova. Despues de haber recorrido el país en todas direcciones volvia constantemente á Verceil, hasta el momento en que abandonó aquella ciudad para replegarse hácia Mortara, donde se encontraba el cuartel general del conde Giulay. En tanto el ejército aliado, engrosado cada dia con numerosos refuerzos, permanecia espectador de aquellas evoluciones, y se acercaba poco á poco á las avanzadas austriacas.

La campaña empezaba pues con los mejores auspicios para los franco-sardos. Cuando el Austria envió al Piamonte su fatal ultimatum pudo temerse que las operaciones del ejército austriaco reunido en Pavía siguiesen prontamente al reto diplomático, no llegando á tiempo las tropas francesas para salvar al Piamonte de un desastre; en efecto, la distancia desde el Tessino hasta Turin es de 105 á 110 kilómetros, y el camino recorre un país llano, surcado por corrientes de agua de escasa importancia, sin que ofrezca otra línea de defensa que el Dora-Baltea, situada á 33 kilómetros de la capital sarda. Atacando por su izquierda las improvisadas fortificaciones de aquella línea, defendida por fuerzas insuficientes, cayendo sobre los franceses, desprovistos de material y de municiones, los austriacos llegaban en muy pocas horas á Turin, é impedian ó contrariaban la reunion de los franceses que llegaban por Suza con los que desembarcaban en Génova; temíase en una palabra que el Austria hubiese tomado la iniciativa de la agresion diplomática para tomar en su provecho la iniciativa de una vigorosa agresion militar. Sin embargo, la primera condicion de semejante maniobra era la celeridad del ataque: era preciso marchar sin perder un momento, sin dar al ejército piamontés el tiempo necesario para organizarse, sin permitir que el ejército francés volara á su socorro, ó aun así, caer sobre los franceses luego de su desembarco, cuando eran en escaso número y se hallaban desprovistos de todo. Era preciso obrar simultáneamente en muchos puntos, cortar la via férrea que va desde Alejandría hasta Génova, y ocupar el paso de la Bocchetta, que cierra la entrada de los Apeninos.

Pero no sucedió así: en vez de mostrar una actividad y un conocimiento de la guerra, que sin duda habria dado á la campaña de Italia una direccion totalmente distinta, siendo tambien muy distintos los resultados, la corte de Viena dió pruebas hasta el último momento de la indecision que reinaba en todos sus actos; en vez de obrar con el vigor y el secreto que el buen éxito de su operacion exigia, deja presentir el envío de su ultimatum dos dias antes de ser presentado oficialmente al gabinete de Turin; concede en el mismo el dilatado plazo de tres dias, y una vez espirado este, trascurren otros muchos antes de que sus tropas pasen el Tessino. Una vez en territorio sardo las tropas austriacas permanecieron en la llanura limitada casi paralelamente por el Tessino y el Sesia y cerrada al mediodía por el Pó; fingieron ó intentaron maniobrar en la orilla derecha de aquel rio, hicieron algunas excursiones mas allá del Sesia, pero abandonando cuantas posiciones tomaran y contentándose con vivir algunos dias á expensas del enemigo, esperaron en actitud defensiva el ataque de los franco-sardos. ¿Cuáles fueron las causas de semejante conducta? ¿Débese atribuir tal cúmulo de faltas á las indecisiones de la corte de Viena, á la creencia en que quizás se hallaba de que el ultimatum no produciria la guerra, á la última mediacion inglesa que suspendió por algunos momentos el movimiento de sus tropas, á la proverbial lentitud de los ejércitos austriacos, ó á los accidentes de la estacion? Para contestar á semejante pregunta, para descubrir los motivos que dictaron su conducta á los diplomáticos y estratégicos del Austria, son necesarios mas documentos, mas noticias que las que en este momento poseemos.

Tócanos aquí, puesto que puede darse por terminada la campaña del ejército austriaco en el Piamonte, decir algunas palabras acerca de los vandálicos actos á que segun opinion general se entregaron los invasores. No nos referimos á los actos mas ó menos punibles que puede haber cometido la soldadesca aislada, pues por desgracia acompañan siempre el paso de grandes masas armadas, ni tampoco haremos mencion de ciertos actos atribuidos á los jefes austriacos, como por ejemplo, el haber pedido un general cierto número de mujeres al alcalde de Verceil, pues á pesar de haber hallado eco en algunos periódicos que se reputan graves, no queremos decir luego que lo pedido por el jefe imperial era *belladona* para sus hospitales: tratamos de actos de barbarie y crueldad bastante calificados y acreditados para haber dado lugar á que los denunciase á la Europa el primer ministro piamontés en la circular que insertamos en la parte cuarta, XXXVI. Poco podria dudarse de la exactitud de tales hechos despues de las positivas declaraciones del conde de Cavour, si el Austria no los hubiese desmentido en una enérgica protesta, la cual, si bien sabemos que existe, no podemos ponerla á la vista de nuestros lectores por no haber recibido todavía su

texto oficial, á causa de los entorpecimientos que sufren para llegar hasta nosotros las publicaciones austriacas, prometiéndonos insertarla luego de recibirla. Esto hace que debamos suspender todo juicio acerca de los mismos escándalos, pues nosotros que si no podemos hacer cargo á una nacion de los excesos á que se entreguen algunos soldados rezagados, la hacemos sí responsable de los actos que se cometan á la sombra de su bandera al ser llevada esta á un territorio extranjero, vacilamos en arrojar sobre un gran pueblo el baldon y la infamia hasta tener noticia de los documentos todos que se refieren á los hechos imputados, hasta que hayan podido apreciarse los antecedentes y las pruebas de los mismos, hasta que el tiempo haya desvanecido el encono de los unos y el despecho de los otros.

En su manifiesto á la nacion, Napoleon III anunciaba su propósito de ponerse al frente del ejército de Italia, y el dia 10 de mayo á las seis de la tarde salió de París, confiando la regencia á un consejo privado bajo la presidencia de la emperatriz. Los periódicos y correspondencias se hallan acordes en atestiguar el entusiasmo del pueblo de París, amante mas que ninguno de la gloria militar, al despedirse de su soberano, el cual marchó á la estacion del camino de hierro acompañado de la emperatriz, de la princesa Clotilde, del príncipe Gerónimo, y de los militares y servidumbre que le seguian á Italia: el embajador ruso fué el único miembro del cuerpo diplomático que asistió á la ceremonia. Las estaciones todas de la linea y la ciudad de Marsella dispensaron igual acogida al emperador, y el dia 11 se embarcó este en el yate imperial *La Reina Hortensia*, en compañía del príncipe Napoleon y del mariscal Vaillant. Una lancha cañonera inglesa, *La Coqueta*, anclada en el nuevo puerto de Marsella, saludó el pabellon del emperador con 21 cañonazos y escoltó al yate hasta dejarlo en alta mar.

El dia 12, el yate imperial hallóse á la vista de Génova, y al anunciar las baterías de la Linterna la proximidad del ilustre aliado del rey Victor Manuel, salieron á su encuentro el príncipe de Carignan, el conde de Cavour y su séquito, acompañados de mas de mil barcas empavesadas. Decir la acogida que la poblacion de Génova dispensó al que consideraba como el salvador de Italia, es tarea imposible, el entusiasmo de la antigua ciudad republicana rayaba en delirio al recibir en su recinto al sobrino y sucesor del general Bonaparte.

El mismo dia en que el emperador desembarcó en el territorio aliado, dirigió á su ejército la siguiente órden del dia:

«Soldados!

«Vengo á ponerme al frente de vosotros para guiaros al combate. Vamos á secundar la lucha de un pueblo que revindica su independencia y á librarle de la opresion extranjera, causa santa que cuenta con las simpatías del mundo civilizado.

«No necesito estimular vuestro ardor; cada alto que hareis en el camino os recordará una victoria, y así como en la via Sacra de la antigua Roma se veian en mármol las inscripciones que perpetuaban en el pueblo la memoria de sus altos hechos, hoy, al pasar por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rivoli marchareis por otra via Sacra atestada de gloriosos recuerdos.

«Conservad la severa disciplina que es la honra del ejército, y no olvideis que no hay aquí otros enemigos que los que combaten contra vosotros. Permaneced compactos en la pelea, y no abandoneis las filas para correr hácia delante: desconfiad de un excesivo ardor, lo único que de vosotros temo.

«Las nuevas armas de precision solo son peligrosas de léjos, y no han de impedir que sea la bayoneta, como antes, el arma terrible de la infantería francesa.

«Soldados! Cumplamos todos con nuestro deber, y pongamos en Dios nuestra confianza. La patria espera mucho de vosotros, y de un extremo á otro de la Francia resuenan ya estas palabras de feliz agüero: El nuevo ejército de Italia será digno del antiguo.».

Al mismo tiempo el príncipe Napoleon, nombrado jefe del 5.° cuerpo de ejército, de cuya organizacion y operaciones hablaremos á su debido tiempo, dirigió á sus tropas la siguiente proclama:

«Soldados del 5.° cuerpo del ejército de Italia,

«El emperador me ha dispensado la honra de llamarme vuestro jefe; muchos de vosotros sois mis antiguos camaradas del Alma y de Inkermann, y como en Crimea, como en Africa, os mostrareis dignos de vuestra gloriosa reputacion. Disciplina, valor y tenacidad tales son las virtudes militares que de nuevo mostrareis á la Europa, atenta á los grandes acontecimientos que se preparan. El país que fué la cuna de la civilizacion antigua y del renacimiento moderno os deberá su independencia; vosotros le librareis para siempre de sus dominadores, de los eternos enemigos de la Francia, cuyo nombre se confunde en nuestra historia con el recuerdo de nuestras luchas todas y de todas nuestras victorias.

«La acogida que los pueblos italianos dispensan á sus libertadores manifiesta la justicia de la causa cuya defensa el emperador ha tomado á su cargo

«Viva el emperador! Viva la Francia! Viva la independencia italiana!»

El rey Victor Manuel visitó á su aliado y á su yerno, y el dia 14 Napoleon salió de Génova entre las mismas manifestaciones de entusiasmo

con que fué acogido á su llegada; aquella misma tarde entró en Alejandría, y despues de algunas horas de descanso, practicó un reconocimiento militar hasta Valenza, recorrió las márgenes del Pó, y llegó hasta las avanzadas francesas.

El emperador continúa sus excursiones durante algunos dias; el 17 dirígese á San Salvatore, y desde allí á Occimiano, donde el rey de Cerdeña habia trasladado su cuartel general; visita el campo de batalla de Marengo, hace una expedicion á Valenza y á Tortona, y llega hasta Ponte-Curone, cuartel general del mariscal Baraguay-d' Hilliers.

En tanto, nuevos batallones y convoyes de material reforzaban cada dia los cuerpos de ejército franceses; los últimos destacamentos de la guardia imperial llegaron á Alejandría el 19 de mayo, y unido esto á la unidad de mando que se habia establecido desde la llegada de Napoleon y al ardor que su presencia comunicaba á las tropas, hacia presagiar próximos y grandes acontecimientos. Las escaramuzas eran mas frecuentes desde la una á la otra orilla del Pó, y en la que se trabó el dia 18, delante de Valenza, empleáronse por primera vez los cañones rayados, inventados por Napoleon III; aquella batería de seis piezas disparaba á 2600 metros de distancia, y cada tiro hacia volar en polvo las obras de tierra levantadas por los austriacos.

Las hostilidades no tardaron en tomar un carácter mas grave: el combate de Montebello cerró la fase de preparacion y espectativa de la campaña, y el general Garibaldi con su division de voluntarios tomó la iniciativa del movimiento ofensivo. Refiramos antes el primero, á fin de entrar luego en la segunda parte de la campaña.

El ejército austriaco parecia indeciso acerca del punto donde los aliados debian descargar sus mas vigorosos esfuerzos; hacia algunos dias que aparentaba creer en un ataque contra su ala izquierda por la parte del Trebbia y de Plasencia, y operaba por lo tanto su concentracion hácia aquel punto; despues de practicar varias excursiones al norte y mas allá del Sesia hasta Biella y Santhia y de establecer su cuartel general en Verceil, el general Gyulai retrocediendo sucesivamente á la otra parte de aquel rio y abandonando Verceil, corrióse hácia su izquierda y estableció su cuartel general primeramente en Mortara y luego en Garlasco, acercándose mas y mas á Pavía, fortaleza que servia de base á sus operaciones. En esta incertidumbre, el general Gyulai habia en 15 de mayo dirigido el quinto cuerpo á las órdenes del conde de Stadion desde Mortara á Pavía, y envióle el 20 á reconocer las avanzadas del ejército francés en Montebello. La division francesa que sostuvo victoriosamente el combate, no solo tuvo el mérito de arrancar á un enemigo mas numeroso la importante posicion de Montebello, sino que prestó á su bandera un eminente servicio, si es cierto como parece, que lograse engañar con su valor á los imperiales acerca

de su fuerza numérica, y por consiguiente acerca de los verdaderos designios de su general, arrastrándoles así á falsas disposiciones que explicaremos en breve. Para comprender la importancia de semejante hecho de armas es preciso conocer la que tiene el valle del Scrivia entre las posiciones estratégicas de la Italia superior. Hállanse en él una serie de posiciones militares formidables, determinadas por una multitud de escasas corrientes de agua, que, procedentes de los Apeninos, se pierden en el Pó entre Valenza y Plasencia, pudiendo los ejércitos que suben ó bajan por el valle establecer fuertemente sus dos extremos en el rio y en los últimos baluartes de los Apeninos. Entre aquellas posiciones son las mas importantes las de Novi y Montebello, pero al paso que la primera es esencialmente defensiva para un ejército que tenga en el Piamonte su base de operaciones, pues domina, al pié del Monte-Rotondo, la interseccion de los caminos que unen entre sí á Génova, Savona y Turin; la de Montebello es por el contrario esencialmente ofensiva, pues es preciso pasar por allí, ya partiendo del Trebbia se amenaze el Scrivia, ya se haga un movimiento inverso. La posicion de Montebello no es sin embargo la única en su género que se encuentra en dicho camino: entre el Scrivia y el Trebbia en direccion de sur á norte, los Apeninos proyectan cinco ó seis cordilleras de colinas casi paralelas, las cuales declinan gradualmente hasta los alrededores de Montebello, Casteggio, Santa-Giuletta, Cassine, Broni y Stradella, donde las últimas alturas van á perderse en la llanura por medio de rápidas pendientes. El gran camino de Tortona á Plasencia sigue constantemente la falda de dichas colinas y es dominado por ellas, de modo que las crestas de las montañas constituyen otras tantas fuertes posiciones para la artillería. El pueblo de Montebello se levanta en la primera altura que se presenta al dirigirse desde Tortona á Plasencia, y como los flancos de los Apeninos se estrechan allí repentinamente, la llanura puede prolongarse mas por el valle del Scrivia. Esto ha hecho que aquella eminencia fuese siempre disputada en las guerras que han tenido por teatro las llanuras de Alejandría, debiendo su antiguo nombre *(mons belli)* á los combates que ha presenciado; allí tuvo lugar el encuentro de la caballería númida de Anibal con la vanguardia de Scipion, preludio de la batalla del Trebbia; y allí fué donde Lannes en 9 de junio de 1800 derrotó al cuerpo austriaco de Ott, al dirigirse á la llanura de Marengo.

Montebello se levanta en el último baluarte de las alturas que se adelantan hácia la llanura, y domina por consiguiente el camino que, partiendo de Voghera, llega diagonalmente al pié de la colina y la rodea para dirigirse al este hácia Plasencia. La montaña cortada por profundos barrancos y llena de altillos y grupos de árboles ofrece á los tiradores un seguro abrigo, mientras que desde el pueblo la artillería puede

batir el camino en todas direcciones. El pueblo de Montebello es naturalmente dominado á su vez por las sucesivas colinas que se unen con los Apeninos; detrás de la altura en que se halla situado, el suelo declina sensiblemente formando un angosto valle en el cual corre el Fossa-Gazza, riachuelo sin importancia alguna á no hallarse encajonado entre márgenes escarpadas, que hacen muy dificil su acceso á la caballería. Mas allá del Fossa-Gazza se encuentra Casteggio al pié de una segunda colina paralela á la de Montebello.

La lucha del dia 20 empezó á orillas del Fossa-Gazza entre Montebello y Casteggio: en una relación piamontesa escrita con mucha inteligencia, y de cuya exactitud nos hallamos seguros, leemos curiosos detalles acerca de aquella jornada. La llanura que se extiende al rededor de Montebello y de Casteggio era guardada hacia muchos dias por el coronel brigadier Sonnaz al frente de dos regimientos sardos de caballería ligera, formando un total de 650 hombres; el brigadier habia recibido noticia de los movimientos de una columna austriaca contra Casteggio, y la órden además de sostenerse en caso de ataque hasta la llegada de refuerzos. El brigadier piamontés y sus ginetes cumplieron su consigna con heróica obstinacion, y disputaron durante una hora el paso del Fossa-Gazza á las fuerzas que les atacaban compuestas de unos 15,000 hombres; la caballería piamontesa retardó cuanto pudo la marcha de los austriacos hácia el arroyo: cargó diferentes veces á la caballería, á la artillería y á la infantería enemigas; pero á cada carga sus filas se aclaraban, y fué preciso pasar de nuevo el Fossa-Gazza. El capitan Piola intentó entonces un supremo esfuerzo, y subiendo por el rio, trató de envolver una batería austriaca; el escuadron sardo logró pasar á la otra orilla sin ser apercibido y acuchillar durante algunos instantes á los artilleros, pero atacado en breve por un regimiento austriaco, fué preciso pensar en la retirada. Un jóven teniente, vástago de una ilustre familia genovesa, el conde Scassi, salvó en aquella circunstancia la vida del capitan Piola encontrando él la muerte en cambio. El escuadron que se componia al partir de ochenta ginetes volvió al regimiento con cuarenta y seis hombres montados. Refiérese que en aquel momento el brigadier Sonnaz, no atreviéndose á asumir sobre sí tan terrible responsabilidad, dijo en pocas palabras á sus soldados que si no llegaban los franceses antes de un cuarto de hora, no les quedaba mas recurso que morir; apenas habia acabado cuando le contestó un solo grito de: Viva el rey! Muramos en nuestro puesto! Y aquellos valientes arrollados en la márgen del Fossa-Gazza se prepararon á cumplir su palabra. Allí fué donde murió de un bayonetazo el coronel Morelli cuando la caballería sarda se hallaba ya envuelta por una nube de tiradores, que empezaban á ocupar las alturas de Montebello. La infantería austriaca siguió en breve á sus tiradores, y se fortificó apresuradamente en el pueblo, en el cementerio

y sobre todo en Genestrello, quinta que forma una especie de obra avanzada del mismo. Apenas habian terminado los imperiales sus preparativos de defensa, cuando en el momento en que la caballería sarda iba á sucumbir, llegó el 17.° batallon de cazadores de Vincennes formando la vanguardia de la division francesa Forey, compuesta de los regimientos de línea números 74, 84, 91 y 98, seguidos de algunos cazadores de Africa y de una batería de artillería, formando un total de unos diez mil hombres. Entonces empezó el segundo combate, el combate francés, cuya relacion mejor que nosotros hace el general Forey en el parte oficial del mismo que insertamos en la parte cuarta, XXXVII. La lucha decisiva tuvo lugar en Genestrello, y allí experimentaron los franceses sus mas dolorosas pérdidas; dueños estos por fin de aquel puesto dominante desde donde pudieron dirigir sus fuegos contra los enemigos atrincherados en Montebello, se lanzaron al asalto del pueblo y se apoderaron de él despues de dos horas de un reñidísimo combate, en el que fué preciso desalojar casa por casa al enemigo; allí cayó mortalmente herido el general Beuret y otros muchos jefes franceses, en ocasion en que el triunfo coronaba ya sus esfuerzos, y que solo quedaban encerrados 200 austriacos en el cementerio, prefiriendo morir peleando antes que rendir sus armas. Los austriacos habian perdido unos dos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; entre los primeros se contaban el mayor Buttner, unido accidentalmente á una columna de ataque, al teniente coronel Spielberg y el mayor Piers, y entre los segundos al general Braun. Los imperiales se retiraron hácia Casteggio, y pasaron otra vez el Pó, sosteniendo vigorosamente el fuego de la artillería francesa. Los franco-sardos experimentaron tambien grandes pérdidas; además del general Beuret, quedó en el campo el comandante Duchet, del 98, y fueron heridos los coroneles de los regimientos números 74, 91 y 98, el comandante del 84, el del batallon de cazadores y el brigadier Sonnaz. Su pérdida total entre muertos y heridos fué de unos 700 hombres.

En la parte cuarta, XXXVIII, insertamos el parte del general Gyulai sobre la misma jornada, y por él puede venirse en conocimiento del ningun resultado producido por la maniobra del conde Stadion, en cuanto se engañó completamente acerca del número de sus enemigos.

En aquel primer combate pelearon con indecible ardor franceses y austriacos; pero creemos deber insistir particularmente acerca de los servicios prestados á la causa de los aliados por la admirable resistencia de la caballería sarda, que sufrió sola durante un tiempo muy largo, atendiendo á su peligrosa posicion, los ataques de un enemigo tan superior en número. Segun leemos en una correspondencia de Turin, algunos oficiales piamonteses que en el primer momento solo juzgaron el combate de Montebello por las crueles pérdidas causadas á su caballería, creyeron que el brigadier Sonnaz, en vez de aceptar tan desigual

batalla, habria podido replegarse hácia Voghera; atiéndase que á ser cierto que el brigadier se hallase clavado en su puesto por órdenes terminantes, cae la objecion por sí misma; pero aun cuando no hubiese sido así, es fuerza convenir en que el jefe sardo prestó con su obstinada resistencia un señalado servicio á la causa italiana. En efecto, que podian proponerse los austriacos en su ataque contra Montebello? Apoderarse de aquella posicion para conservarla y prepararse un campo de batalla, donde habrian esperado á pié firme el ataque de los franco-sardos? Semejante hipótesis es poco verosimil, pues no se habrian apostado con solos quince mil hombres á pocos kilómetros de sus enemigos, sin contar que la retirada del general Stadion á la otra parte del Pó y la inmovilidad del ejército austriaco, desmienten del todo aquella suposicion. Quisieron los austriacos, como aseguran, practicar solo un fuerte reconocimiento? Temiendo ser atacados por la parte de Pavía ó de Plasencia, quisieron asegurarse de las fuerzas que por aquellos puntos les amenazaban? Todo parece hacerlo creer así, y en este caso, el valor que una brigada sarda y una division francesa desplegaron en Montebello, hízoles formar un concepto del todo equivocado acerca de las verdaderas intenciones de los aliados. Si como no puede dudarse en vista del parte oficial del general Gyulai, creyó este que el conde Stadion tuvo que luchar con 40,000 aliados; si pensó en su consecuencia deber ser atacado entre Pavía y Plasencia; si á consecuencia de esta apreciacion debilitó su ala derecha hasta el punto de dejar pasar á Garibaldi desde el lago Mayor al de Como, fortificándose en la orilla izquierda del Pó entre dichos puntos de Pavía y de Plasencia, y en la orilla derecha delante de la última ciudad, la caballería piamontesa hizo bien en resistirse en las orillas del Fossa-Gazza: sus pérdidas fueron no solamente gloriosas sino tambien útiles para su causa.

El indicado movimiento de los austriacos, consecuencia á lo que parece del combate de Montebello, produjo para los mismos funestos resultados, que les habrán ilustrado ya acerca del grave error que cometieron; uno de los primeros efectos del movimiento de concentracion hácia la izquierda, fué el haber pasado los cuerpos francos piamonteses á través de su línea, y el verse amenazados á sus espaldas por los mismos cuerpos y por la insurreccion de la Lombardía superior.

La jornada del 20 cerró como ya hemos dicho la campaña defensiva por parte de los aliados, y dió principio á una serie de victoriosas operaciones que han conducido á los mismos á las márgenes del Mincio. A la mañana siguiente del dia en que el cuerpo de ejército del conde Stadion tuvo que abandonar Montebello, el general Cialdini, por medio de una maniobra tan hábil como atrevida, forzó el paso del Sesia por dos distintos puntos; queriendo apoderarse del extremo izquierdo del puente de Verceil, destruido por los autriacos, y proteger la construc-

cion de otro sobre el Sesia, el general puso en movimiento dos columnas las cuales despues de pasar el rio, se reunieron en un mismo sitio. Una de ellas, se dirigió á Albano y vadeó el Sesia debiendo sostener un vivo combate en Villata y logrando por fin establecerse en Borgo-Vercelli; la otra vadeó el rio en Capucchini-Vecchi, y sorprendió á dos compañías austriacas, no sin experimentar sensibles pérdidas.

En otro punto los imperiales que pretendian impedir el reconocimiento armado que practicaba el rey del Piamonte en persona, desplegaron grandes fuerzas en Palestro, pueblo situado á nueve kilómetros de Verceil; mas la artillería sarda apagó en toda la línea los fuegos de los cañones austriacos, y las tropas piamontesas ocuparon el islote que se encuentra delante de Terranova.

Mientras se verificaban estas operaciones en el centro y en el lado derecho de la línea de operaciones, Garibaldi, al frente de los voluntarios conocidos con el nombre de cazadores de los Alpes, llegaba á Romagnano el dia 23 de mayo, y desde allí, veloz como el rayo, dirigíase á Arona, pasaba el Tessino cerca del lago Mayor, y entraba en Lombardía el dia 24 por las inmediaciones de Sesto-Calende.

Nunca mas oportuno que ahora el dar algunas noticias sobre el cuerpo que con tanto entusiasmo obedece las órdenes del famoso general italiano.

La division de Garibaldi se compone de 8,000 hombres decididos y escogidos entre los numerosísimos voluntarios que acudieron á Turin, y consta de tres regimientos de infantería, de 250 guias y de 200 carabineros: el primer regimiento está mandado por el coronel Cosenz, y sus dos batallones por los mayores Sacchi y Lipari; el segundo regimiento lo está por el coronel Medici, y sus dos batallones por los mayores Ricardo, Ceroni y Nino Bixio; y el tercero por el coronel Ardonio, y sus dos batallones por los mayores Stallu y Frigeri. Se ha confiado al mayor Foresti el mando de los guias, cuyas armas son una lanza, un sable y dos pistolas revolvers. En el estado mayor del general figuran el coronel Carrano, el capitan Cenni, los tenientes Curti, Bovi y Gian Felici, jóvenes llenos de ardor é intrepidez. Además de esta fuerza, Garibaldi ha podido disponer despues de un pequeño cuerpo de artillería (14 piezas), 6 de las cuales han sido capturadas por sus voluntarios.

A esas tropas regulares deben añadirse ahora unos 10,000 voluntarios que se unieron á Garibaldi apenas hubo entrado en Lombardía.

Los voluntarios de Garibaldi pasaron el Tessino llevando cada uno dos fusiles, con objeto de armar á los muchos que habian de acudir bajo sus banderas, y apenas sentaron el pié en el territorio lombardo cuando marcharon directamente á Varese por el camino de Como. Difícil, por no decir imposible, es seguir al célebre general en su marcha triunfadora, sublevando y arrastrando á las poblaciones. Llega á Varese

y es recibido con gritos de: «Viva el rey Victor Manuel y la independencia italiana!» Los pueblos de los alrededores despliegan la bandera tricolor; el toque de rebato resuena en todos los campanarios; Luino Maccagno y toda la orilla derecha del lago Mayor se sublevan, y la efervescencia se hace tan amenazadora que los aduaneros austriacos deben refugiarse en el territorio suizo.

En presencia de tales hechos los austriacos se dirigieron rápidamente al encuentro del atrevido general, y atacáronle el dia 26 en Varese; el primer choque fué terrible: los voluntarios se arrojaban á la bayoneta contra las compactas columnas austriacas, y despues de tres horas de combate, los austriacos se declararon en retirada, dejando tres cañones y algunos prisioneros en poder de los vencedores.

El dia siguiente, 27, alcanzó Garibaldi una nueva victoria; con su intrépida columna continúa avanzando hácia el centro de la Lombardía y se dirige á Como. En Borgo-Vico encuentra á los imperiales, quienes, despues de una encarnizada lucha en que el toque de rebato mezclaba su lúgubre voz con el estampido de la artillería, se retiraron á Camerlata en la línea del camino de hierro de Milan, donde se trabó una nueva pelea el dia 28.

Otra vez alcanzó la victoria el célebre general, y acto continuo hizo su entrada en la ciudad de Como en medio de un diluvio de flores y entre las aclamaciones de sus habitantes.

La importancia de la expedicion llevada á cabo con tanto valor como fortuna por el general Garibaldi, no puede ser desconocida así bajo el punto de vista político como bajo el punto de vista militar; aquella audaz diversion practicada en el extremo derecho de la línea de los imperiales, al mismo tiempo que el cuerpo de operaciones del príncipe Napoleon amenazaba el extremo izquierdo de la misma, secundó admirablemente las miras de los ejércitos aliados. Al dar un punto de apoyo á la insurreccion de las poblaciones lombardas que habitan el quebrado país que se extiende en la vertiente meridional de los Alpes, dicha expedicion no solamente amenazó el flanco derecho y las espaldas del ejército austriaco que acampaba en la línea del Pó, sino que sublevando la Valtelina, debia hacer en extremo difíciles las comunicaciones de los austriacos con sus posesiones alemanas.

La correspondencia de Bonaparte con el general Moreau en la campaña del año 1800, nos revela lo importante que, para un ejército que opera en la Italia superior, es tener cubierto su flanco izquierdo contra cualquier sorpresa procedente de los Alpes, y el ejército aliado quedaba libre de semejante peligro por la irrupcion de los cazadores de los Alpes á Lombardía y por la insurreccion de la Valtelina.

Dueño ya de Como, el general Garibaldi no pierde ni un instante; mientras se dirigen numerosos refuerzos de hombres y de material á su

intrépida division de voluntarios, establece en aquella ciudad su cuartel general, coloca sus avanzadas en Cantu, camino de Milan, y organiza los numerosos reclutas que de todas partes acuden bajo sus banderas. La insurreccion se extiende y propaga por la Valtelina; Sondrio, capital de la provincia, proclama á Victor Manuel, cuya soberanía es ya reconocida en Varese, en Angera y en Como, y algunos comisarios sardos constituyen las municipalidades, y crean una guardia nacional. La ciudad de Lecco se une al movimiento nacional, hecho de gran importancia, pues Lecco, ciudad industrial, situada casi en el extremo oriental del lago de Como, al pié de una de las muchas ramificaciones que tienen los Alpes en la Lombardía, domina el curso del Adda.

La suspension que el general Garibaldi hizo sufrir á sus operaciones, revela en él otras cualidades que las de un atrevido aventurero: antes de marchar adelante procura asegurarse la posesion del país que ha dejado á sus espaldas en su precipitada marcha hácia Como; Laveno, plaza fuerte situada en la orilla lombarda, quedó en poder de los imperiales; pero luego de su llegada á Como, Garibaldi envió contra ella algunos regimientos, ante los cuales se retiraron los austriacos despues de dos dias de combate.

La primera ciudad lombarda de que tomó oficialmente posesion el gobierno del rey de Cerdeña fué la de Varese, y el comisario provisional de S. M. sarda en dicha ciudad y sus alrededores, dirigió á sus habitantes el bando y la alocucion siguientes:

«En virtud de los poderes que le han sido conferidos por el general José Garibaldi, jefe de los cazadores de los Alpes, el infrascrito manifiesta y ordena lo que sigue:

«1.º El gobierno austriaco es declarado depuesto y queda reemplazado por el del magnánimo rey Victor Manuel de Cerdeña, en cuyo nombre gobernarán desde hoy las autoridades, segun las instrucciones que les serán trasmitidas.

«2.º Las medidas de órden público y las que convenga tomar para la defensa del país, quedan concentradas en manos del infrascrito, y su ejecucion confiada al patriotismo de la poblacion y de la guardia nacional que será organizada cuanto antes.

«Depositen los habitantes su entera confianza en el que les dirige estas palabras, seguros de que procurará corresponder dignamente á las buenas intenciones del magnánimo rey á quien representa, y de su general de quien ha recibido estos extraordinarios poderes para bien del país y de la Italia. El comisario real sardo residirá en el punto del antiguo comisariato del distrito.

«Varese 24 de mayo de 1859.»

«Ciudadanos, apenas el rey Victor Manuel, primer soldado de la independencia nacional, hubo anunciado á la Italia que de nuevo desenvainaba la espada, las poblaciones lombardas, fijas las miradas en el Tessino, pidieron la señal de la insurreccion; motivos de humanidad y de prudencia y las necesidades generales de la guerra nos obligaron á aconsejaros una dilacion que vosotros aceptasteis, porque ahora todo se halla organizado en Italia, así la calma como la accion. Sin embargo, no mas dilaciones! El valiente general Garibaldi ha venido á anunciárnoslo, y los pueblos se sublevan á su paso, pronunciándose por la causa nacional y por el gobierno del rey Victor Manuel.

«Comisario de S. M. sarda, vengo á tomar sobre mí el gobierno civil de tan espontáneo movimiento. Ciudadanos, la insurreccion lombarda estará animada, no hay que dudarlo, del nuevo y admirable espiritu italiano que, con el secreto de la concordia, nos ha revelado el secreto de la fortuna; no es de temer que desórden alguno turbe el sublime espectáculo de la libertad, que un irreflexible ardor desordene el organismo civil del país, que ideas de imprevisora reaccion consideren como el triunfo de un partido lo que es el triunfo de una sociedad entera.

«Las guerras de independencia deben su buen éxito á grandes esfuerzos; delante de vosotros se ofrece el ejemplo del generoso Piamonte, el cual sufre desde hace once años los mas crueles sacrificios, sostenido por la noble esperanza que es en el dia una realidad. Nuestra victoria es segura: el valiente ejército piamontés, bajo las órdenes del rey, viene á nuestro auxilio; la Italia se organiza para sostener la guerra de la independencia, y Napoleon III ha arrojado en la balanza de los destinos la espada de la Francia nuestra hermana, la natural aliada de las causas generosas. La Italia entera nos pide la formacion de un Estado fuerte, baluarte de la nacion, que dé principio á sus nuevos destinos. Los incesantes votos del país van á cumplirse, y seguros ya de haber alcanzado tan deseada union, podeis sublevaros al grito de: «Viva Victor Manuel, rey constitucional.»

Para no dar al presente relato una extension inútil, nos abstendremos en adelante de reproducir las proclamas dirigidas por los comisarios reales á los habitantes de las ciudades lombardas anexionadas al reino piamontés; pero hemos creido necesaria la publicacion de los dos citados documentos á fin de precisar el espíritu que anima al rey Victor Manuel, y la causa que sostiene en el dia al frente de sus soldados.

Con igual título debe registrar la historia la proclama dirigida á los lombardos por el general Garibaldi al penetrar en su territorio.

Dice así :

«Lombardos!

«Sois llamados á una nueva vida, y debeis contestar al llamamiento como lo practicaron vuestros padres en Ponsida y en Legnano. El enemigo es aun el mismo: bárbaro, asesino, implacable y saqueador. Vuestros hermanos de todas las provincias han jurado vencer ó morir á vuestro lado, y á nosotros toca vengar los insultos, los ultrajes, la servidumbre de veinte generaciones pasadas, dejando á nuestros hijos un patrimonio puro de la dominacion extranjera.

«Victor Manuel, á quien la voluntad nacional ha elegido por nuestro jefe supremo, me envia entre vosotros para organizaros en la patriótica pelea. Mi corazon se conmueve al pensar en el santo encargo que se me ha confiado, y se enorgullece al llamarme yo vuestro jefe.

«A las armas pues! cese la esclavitud. Quien puede empuñar un arma y no lo hace, es un traidor!

«La Italia con sus hijos unidos y libres del yugo extranjero, reconquistará entre las naciones el rango que la Providencia le tiene señalado.»

El relato de las operaciones de los ejércitos aliados en las orillas del Pó y del Sesia, quedó interrumpido en la jornada del 20 de mayo, señalada por el feliz movimiento del general Cialdini atravesando el Sesia bajo el fuego del enemigo; rechazados de aquel punto, los austriacos se retiraron á las inmediaciones de Borgo-Vercelli, donde los franco-sardos se hallaban establecidos, y colocaron sus avanzadas en Palestro, reducido pueblo cuyo nombre no debia tardar en ser ilustrado por un brillante hecho de armas. Pasáronse varios dias sin ocurrir por una ni otra parte un movimiento decisivo, si bien las avanzadas de ambos ejércitos empeñaban diariamente un vivo tiroteo y trababan reñidas escaramuzas. Los imperiales practicaron varios reconocimientos hasta Borgo-Vercelli, y la impaciencia y el ardor del ejército piamontés que ocupaba los puntos mas próximos al enemigo, el cual se consumia en deseos de distinguirse bajo los ojos de su rey, hacian inevitable una batalla.

El ejército aliado permaneció inmóvil delante del austriaco hasta el 28 de mayo, ocupando desde el principio de las hostilidades el ángulo saliente que traza el Pó entre Pavía, Valenza y Frassinetto; los franceses se organizaban entre Voghera, Tortona, Alejandría y Plasencia, y los sardos cubrian el Montferrato entre Valenza, Frassinetto y Casale hasta el Dora-Baltea. El ala izquierda del ejército austriaco, desde Plasencia hasta Valenza, solo se hallaba separada por el Pó de

las avanzadas francesas; su centro desde Valenza hasta Frassinetto, defendia la orilla izquierda del Pó delante de los piamonteses, y su derecha se extendia por la llanura desde el Sesia hasta Novara. El dia 28 de mayo por la mañana antes de dar principio al movimiento ofensivo que procuraremos describir del mejor modo posible, en vista de los partes oficiales y de varias correspondencias y relaciones particulares que nos merecen completo crédito, los aliados ocupaban los siguientes acantonamientos: el tercer regimiento de zuavos (quinto cuerpo) formando el extremo derecho, se hallaba en Bobbio cerca de la frontera de Parma; el primer cuerpo en Voghera; el segundo cuerpo en Tortona; el tercer cuerpo y la guardia imperial en Alejandría; y el cuarto cuerpo en Valenza. El ejército sardo tenia una division en San-Salvatore, otra en Casale, dos divisiones en la orilla derecha del Sesia, y una division de reserva á sus espaldas.

El sábado 28 de mayo á las primeras horas de la madrugada, dos compañías de ingenieros franceses arrojaron á toda prisa, y con gran admiracion del público, dos puentes sobre el Tanaro, entre Bassignano y Sale, en el camino de Tortona á Valenza. En aquel momento, como si una chispa eléctrica hubiese recorrido la línea en toda su extension, el ejército aliado se puso en movimiento: el cuarto cuerpo de ejército salió de Valenza y marchó hácia Casale, donde se dirigian al mismo tiempo por el camino de hierro el tercer cuerpo y la guardia imperial; el segundo cuerpo abandonó Tortona y se encaminó á Valenza por Bassignano y el puente del Tanaro; el primer cuerpo permaneció acantonado entre Voghera y Tortona, ya para cubrir á Alejandría, ya para cooperar á operacionos ulteriores, de modo que por medio de un rápido movimiento el ejército francés pasaba desde la izquierda al frente del ejército enemigo, al paso que el ejército sardo, que acababa de abandonarle sus posiciones, penetraba por Casale en la llanura del Sesia con objeto de atacar el ala derecha de los austriacos desde Palestro hasta Casalino, esforzándose para cortarle la retirada á Vigevano.

En tanto Napoleon trasladó su cuartel general á Verceil, y desde allí á Novara, disponiéndose las tropas franco-sardas á tomar la ofensiva en toda la extension de su línea.

Sorprendente es en verdad la inaccion de los austriacos mientras que el enemigo verificaba su movimiento general. Despues de la accion de Montebello, era evidente que el ejército imperial renunciaba á tomar la ofensiva, y que solo pensaba en disputar á los aliados la entrada en la Lombardía; encerrado en semejante sistema defensivo, el general Gyulai debia ante todo ejercer activa vigilancia sobre los movimientos del ejército contrario, y apoyar sus observaciones en la intencion reveladora que no es otra cosa que la inspiracion de la guer-

ra. El general austriaco podia ser atacado en su ala izquierda, entre Pavía y Plasencia, en su centro ó en su derecha: el ataque del centro era el menos verosímil, pues jamás se ataca por allí á un enemigo sino cuando él mismo ha debilitado aquel punto por medio de sus propias faltas; el ataque contra la izquierda, entre Pavía y Plasencia, era para los aliados de extrema dificultad como lo ha explicado el *Monitor* francés en el parte oficial de la batalla de Magenta: los aliados habrian encontrado al enemigo apostado entre dos plazas fuertes, y hallándose situada una de estas, la de Plasencia, en la orilla derecha del Pó, habrian debido sitiarla antes de intentar el paso de un rio que cuenta mas de un kilómetro de anchura. Aquel era el punto fuerte del ejército austriaco, y el ala derecha era por el contrario su flanco débil, en cuanto se hallaba sin apoyo. Si los franco-sardos lograban pasar el Tessino en los alrededores de Novara, encontrábanse á algunas leguas de Milan, envolvian al ejército enemigo, inutilizaban entre sus manos Pavía, Plasencia y la fuerte posicion del Pó, y obligábanle á retroceder á lo menos hasta el Adda. Natural es que un ejército desee ser atacado por su enemigo en el punto donde se cree fuerte, pero natural es tambien en el enemigo atacar á aquel por el punto mas débil, y donde al mismo tiempo debe el triunfo producir consecuencias políticas y militares mas considerables. El general Gyulai pareció rechazar las consideraciones que debian servir de móvil al ejército aliado, y obstinóse en creer únicamente lo que deseaba, hasta que los acontecimientos hicieron en él toda ilusion imposible; decíase sin duda que un movimiento de flanco por parte del ejército francés, era una operacion atrevida hasta la temeridad, en cuanto debia encontrarse en una posicion escabrosa en caso de ser cortado en su movimiento; mas tamaña consideracion, en vez de adormecerle en una falsa seguridad, debia por el contrario excitar su vigilancia, pues por medio de esta y de la rapidez, podia y debia aprovecharse del temerario arrojo de sus enemigos. El general austriaco no hizo tales consideraciones, á pesar de que pudiese ser fácilmente adivinado el movimiento de los aliados á contar desde el 28 de mayo: apostados delante de Valenza, teniendo centinelas en el campanario de Frascarolo, los imperiales se hallaban en excelente posicion para observarlo. «Las tropas del general Mac-Mahon, dice una correspondencia particular, entraron en Valenza al son de sus músicas y tambores, y el oficial que mandaba el destacamento austriaco en la orilla opuesta del Pó, al cual veia yo con su anteojo fijo en la ciudad, habria podido contar sin dificultad alguna el número de regimientos y cañones que atravesaron la poblacion en el espacio de dos dias.» La franqueza es algunas veces la mejor astucia, y quizás debióse la alucinacion de los austriacos á la misma publicidad con que se llevó á cabo el movimiento de las tropas francesas; en efecto, el mismo dia en que aquel



El General Benret.

se realizaba, la *Gaceta de Milan* publicó un parte del cuartel general austriaco, en el que se aseguraba comprender el general en jefe todas las ventajas de su posicion, no ignorando tampoco que el enemigo le amenazaba ya por su izquierda, con un ataque por la parte de Bobbio, ya con una tentativa para pasar el Pó delante de Valenza, entre la izquierda y el centro; el mismo parte añadia que el ejército austriaco se hallaba pronto á recibir á los aliados en sus posiciones, y que no caeria en el lazo que procuraba tendérsele con falsos ataques por la parte de Palestro y de Novara. Si al hablar así los austriacos lo hacian de buena fe, como es presumible en vista de las correspondencias enviadas desde su cuartel general á los periódicos extranjeros, se comprenderá fácilmente el desórden que debió sembrar entre ellos la noticia de un vigoroso ataque contra su extremo derecho, donde, despues de haber rechazado el reconocimiento que practicara el general Cialdini contra Borgo-Vercelli, solo creian tener delante de sí algunos débiles destacamentos.

Así, pues, la errónea y obstinada confianza de los austriacos, fué un gran beneficio para los aliados; el ataque del ejército sardo contra Palestro, ocultaba el movimiento del ejército francés hácia Novara y el Tessino, y si dicha posicion hubiese sido defendida por cincuenta mil hombres, los franceses en vez de desfilar hácia aquel rio habrian debido contribuir á desalojar de aquel punto á los austriacos, lo cual no habrian conseguido sino á costa de enormes sacrificios. De aquí resulta que los combates de Palestro han ejercido una influencia considerable en el éxito de la gran maniobra que condujo á los aliados al corazon de la Lombardía, y así por este motivo, como porque con ellos abrió el ejército sardo las operaciones ofensivas, debemos, guiados por un verdadero interés político, dejar bien sentado el servicio que tropas sardas, tropas italianas, prestaron á la causa de la independencia de Italia.

Ante todo, es preciso tener una idea clara de la posicion de Palestro bajo el punto de vista estratégico, pues así esta como las posiciones análogas de Robbio, Candía, Confienza y Casalino, han sido siempre disputadas entre los ejércitos que han defendido el Piamonte y los que lo han atacado por la parte de la Lombardía. Antes de recibir las aguas del Sesia, el Pó describe una curva muy pronunciada, á cuyo abrigo los ejércitos sardos pueden rechazar con ventaja al enemigo; en las inmediaciones de Frassinetto, en el punto en que termina dicha curva, el Sesia que desciende de los Alpes y corre de Norte á Mediodía, se reune con el Pó, el cual, despues de recibir sus aguas, dirige su curso de Oeste á Este y se encamina hácia el Sur por medio de un rápido rodeo, tanto, que parece seguir el curso de aquel rio mas bien que el suyo propio. Prolongada pues la línea del Sesia hácia el Sur por

el Pó desde Frassinetto hasta Valenza, forma una línea paralela al Tessino, y es el frente natural de un ejército que invada el Piamonte saliendo de la Lombardía; pero como el volúmen de agua que el Sesia lleva consigo es raras veces considerable, los ejércitos enemigos se encuentran con frecuencia en el Pó, ya en la una, ya en la otra de sus orillas. De aquí la fama militar de que gozan en la historia del Piamonte los pueblos ribereños, uno de los cuales es Palestro, que se eleva en la márgen izquierda del Sesia. En aquel punto el rio se desliza á través de una llanura que con frecuencia inunda con sus aguas, y en la que abre sin cesar nuevos y repetidos brazos que abandona y recobra sucesivamente. A algunos centenares de metros el vasto lecho del rio se halla dominado por una línea de colinas, en la cual está situada la aldea de Palestro; en ella se cruzan dos caminos, el que desde Vercelli y Borgo-Vercelli se dirige á Robbio y á Mortara, y el que desde Frassinetto y Candía llega hasta Novara, siendo por consiguiente un punto estratégico de suma importancia para un ejército que, ocupando la Lomellina, sea atacado por el lado del Piamonte. Un canal de unos dos metros de profundidad atraviesa el pueblo en la direccion de Norte á Sur, y despues de rodear la parte meridional del mismo por el lado de la Lomellina, se dirige hácia el Sur á poca distancia del camino real que va desde Palestro á Robbio. Otro canal corre por delante del pueblo, al pié del ribazo sobre el cual se levanta Palestro, y como se dirige hácia el Este se cruza con el anterior á un kilómetro de distancia; así pues, un pequeño canal, detrás de este una rápida cuesta, y luego otro canal mas ancho y mas profundo rodeando el ribazo y atravesando el pueblo en figura de S, tal es la fortificacion natural que encuentran en Palestro los enemigos que lo ataquen por la parte de Vercelli y del Sesia. Los austriacos habian añadido á ella varias obras de defensa á fin de cubrir su extremo derecho; pero afortunadamente para los aliados, sus generales, obstinados en creerse amenazados en su izquierda por la parte de Voghera y de Stradella, tenian su ala derecha concentrada alrededor de Robbio, de modo que en la madrugada del 30 de mayo, Palestro solo estaba defendido por el regimiento de infantería del baron Wimpffen, por un destacamento de húsares y por dos piezas de artillería, reforzando estas fuerzas, luego despues del ataque de las divisiones sardas, el regimiento del archiduque Segismundo, que llegaba para relevar al regimiento de Wimpffen. Las posiciones vecinas, como Vinzaglio, Casabro y Confienza, eran relativamente á Palestro de una importancia secundaria, así era que en las dos primeras solo habian establecido los austriacos débiles avanzadas para vigilar los movimientos del ejército sardo que durante el dia 29 se habia establecido en Torrion y en Borgo-Vercelli, entre el Sesia y ambas poblaciones; Casalino, situado en las márgenes del Roggione-Bosca, se hallaba ocupado por

unos mil hombres y algunos caballos, pero sin artillería, é indudablemente con el único objeto de poner en comunicacion el reducido cuerpo que ocupaba Novara con el grueso del ejército austriaco acantonado en la Lomellina.

El ejército sardo destinó cuatro divisiones para el ataque de aquellos varios puntos; despues de pasar el Sesia por el puente establecido entre Vercelli y Borgo-Vercelli, aquellas fuerzas avanzaron por el camino real de Palestro por espacio de tres kilómetros. Llegadas á Torrione, la division del general Cialdini (9.°, 10.°, 15.° y 16.° regimientos de infantería y 7.° batallon de *bersaglieri*) continuó la marcha hácia Palestro, al mismo tiempo que la division Fanti, que formaba el ala izquierda, se dirigia contra Casalino, punto avanzado de Confienza, y que la division Durando, que formaba el centro, marchaba contra Vinzaglio. La primera division, general Castelborgo, compuesta de las brigadas de granaderos y de Saboya, se mantenia en reserva en el camino de Palestro, á la altura de Vinzaglio.

El general Durando desalojó al enemigo de Vinzaglio, pues aunque fortificados y en una posicion dominante, no tenian los austriacos fuerzas suficientes para luchar con ventaja contra una division. La del general Fanti, en el extremo derecho de los austriacos, habíase dirigido hácia Confienza luego de ocupar la posicion de Casalino, debiendo allí vencer una mas obstinada resistencia: los austriacos, en vez de desplegar su línea delante de la aldea, habíanse atrincherado en el interior de la misma, de modo que las columnas pudieron penetrar hasta la plaza de la iglesia, que se encuentra á continuacion de la calle Mayor; pero apenas llegaron allí, cuando fueron recibidas por un nutrido fuego que salia de las casas, introduciendo por un momento la confusion en sus filas, al mismo tiempo que los cazadores tiroleses, emboscados entre los trigos, muy altos en las inmediaciones del pueblo, dirigian, segun su costumbre, sus certeros tiros contra los jefes y oficiales. La vacilacion de los sardos duró pocos momentos: el general Fanti, que acababa de llegar al sitio de la lucha, dió la órden de atacar, y los *bersaglieri*, animados de su irresistible ardor, penetraron en el pueblo seguidos por la infantería, mientras que algunas cargas de la caballería ligera obligaban á los tiroleses á abandonar sus posiciones. El combate se prolongó por espacio de una hora en la aldea y en los alrededores, hasta que por fin los piamonteses, que habian perdido un centenar de hombres, quedaron dueños de la posicion y de unos cien prisioneros.

Mientras ocurrian aquellas luchas secundarias en el extremo derecho de la línea austriaca, la division Cialdini marchaba al ataque de Palestro. El 7.° batallon de *bersaglieri* y un batallon del regimiento número 9, abrieron el fuego á las nueve de la mañana, y precipitándose sin vacilar en el canal que corre al pié del ribazo, se lanzaron con va-

lor al ataque, tratando de trepar por el quebrado terreno por el lado derecho, mientras que el resto de la brigada se desplegaba de frente. Llegados á las cercanías del pueblo, encontráronlas defendidas por medio de barricadas y empalizadas de las que no pudieron apoderarse, así por su solidez como por la superioridad numérica de sus adversarios. Las balas que sobre ellos llovian obligaron á los dos batallones á emprender su retirada y á formarse de nuevo en la llanura; otra vez volvieron al ataque, y si tampoco lograron penetrar en el pueblo, se mantuvieron en sus inmediaciones, dando tiempo para que llegara á apoyarles el regimiento de infantería número 16, el cual, destrozado casi por completo en la batalla de Santa Lucía, dada en 1848 cerca de Verona, no desperdició la ocasion de tomar su desquite. Sin detenerse ante los obstáculos naturales, sin cejar ni un momento bajo el mortífero fuego del enemigo, dirigióse en línea recta al pueblo, y precipitándose á la bayoneta contra los austriacos, arrebatóles dos piezas de artillería. Entonces empezó la segunda lucha en el interior del pueblo; el regimiento del archiduque Segismundo que, como hemos dicho, se hallaba en marcha para relevar al de Wimpffen, apresuró su paso al oir el fuego y llegó á tiempo para tomar parte en el segundo combate. Con semejante refuerzo, los austriacos eran en número de ocho mil á lo menos, pero esto no impidió que los sardos, que disponian de fuerzas casi iguales, les desalojasen una á una de todas sus posiciones, y á las cinco de la tarde, despues de siete horas de pelea, debieron ponerse en completa retirada por el camino de Robbio, dejando en el campo unos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, y doscientos prisioneros en poder de los vencedores.

El rey Victor Manuel, bajo cuyas órdenes superiores se habian realizado hechos de armas tan gloriosos, dirigió aquel dia á sus tropas, desde su cuartel general de Tortona, la siguiente proclama:

«Soldados!

«Nuestra primera batalla ha sido seguida de la primera victoria. Vuestro valor heróico, el órden admirable que ha reinado en vuestras filas, la audacia é inteligencia de vuestros jefes, han triunfado hoy en Palestro, en Venzaglio y en Casalino. El enemigo, repetidas veces atacado, ha dejado en nuestro poder sus fuertes posiciones despues de una obstinada resistencia. La campaña se inaugura bajo los auspicios mas felices, y el triunfo de hoy me asegura que alcanzareis otras victorias para gloria de vuestro rey y eterna fama del ejército piamontés.

«Soldados! la patria se entrega al contento y os manifiesta su gratitud por mis labios; orgullosa con vuestros combates, trasmite á la historia los altos hechos de sus heróicos hijos, quienes, por segunda

vez, en la memorable jornada del 30 de mayo, han combatido sin temor por ella.»

En efecto, la jornada del 30 de mayo es una fecha célebre en la historia del Piamonte, y como lo recuerda el general della Rocca en la órden del dia que dirigió á las tropas, el hijo de Carlos Alberto acababa de tributar el mas solemne homenaje á la memoria del vencedor de Goito.

Durante el dia 30 y la noche del 30 al 31 pudo convencerse por fin el general Gyulai de que el movimiento del ejército aliado contra su ala derecha, no era un falso ataque, sino un movimiento general de todas las fuerzas franco-sardas; entonces comprendió sin duda, aunque algo tarde, que el movimiento del ejército sardo ocultaba quizás un segundo movimiento de todo el ejército francés, y así sucedia en efecto. Mientras las cuatro divisiones sardas atacaban el ala derecha austriaca delante de Vercelli, la guardia imperial y los cuerpos de ejército franceses 2.°, 3.° y 4.° desfilaban á sus espaldas y avanzaban hácia Novara por el camino de Borgo-Vercelli. Las medidas que tomó en aquel momento el general Gyulai revelan su talento militar: comprendiendo por fin la maniobra del ejército francés, conoció tambien el flanco débil de la misma, é intentó recobrar á Palestro el dia 31; sin embargo, no empleó en aquella operacion fuerzas bastante considerables para obligar á todo el ejército francés á tomar parte en la batalla, ó quizás no obtuvo de sus tropas la energía que era necesaria. Los soldados austriacos se batieron en aquellos varios encuentros con indomable firmeza, y en general no cedieron hasta el momento de ser atacados á la bayoneta; lo que les falta es la inspiracion, el sentimiento personal de la gloria de que se hallan animadas las masas populares en el Mediodía de Europa. Si el general Gyulai hubiese empleado en el ataque de Palestro fuerzas mas numerosas, ó si estas hubieran mostrado la impetuosidad de los soldados meridionales, el ejército francés podia pagar á gran precio su marcha de flanco hácia Novara.

Al saber el ataque de Palestro y el movimiento del ejército francosardo hácia Novara, el general austriaco podia elegir entre tres partidos. 1.° Dirigirse á Palestro con su centro y su ala derecha, dispersar con aquellas fuerzas reunidas á las divisiones sardas, y caer luego contra el flanco del ejército francés que desfilaba de Vercelli á Novara, ejecutando en aquel momento una marcha de flanco, maniobra siempre peligrosa al verificarse á corta distancia del enemigo. Este era quizás el plan que mejor se avenia con las prescripciones de la ciencia, mas para ello era necesario poder contar con la retirada á Pavía, y estar seguro de toda la orilla izquierda del Pó, desde aquel punto hasta la desembocadura del Sesia. Es indudable que si el ejército austriaco hubiese sido

bastante numeroso y sólido para ejecutar aquella maniobra, el ejército aliado, atacado por su flanco y cortado en su base de operaciones, habríase hallado en una posicion muy crítica. 2.° El general Gyulai podia retirarse apresuradamente por Vigevano á Binasco y Melegnano, mas allá del Tessino, elegir una fuerte posicion que defendiera al mismo tiempo Lodi y Pavía, y esperar allí al enemigo. 3.° Podia en fin retirarse en buen órden á la otra parte del Tessino, tratando de entretener al enemigo durante un dia ó dos por medio de un vigoroso ataque contra Palestro. Semejante plan, que mereció la preferencia del general austriáco, presentaba efectivamente algunas ventajas, pero tenia el inconveniente de exigir el sacrificio de un cuerpo considerable, sacrificio inútil desde el momento en que podia efectuarse la retirada por Vigevano. Esto no obstante, debemos reconocer que el punto de Palestro tenia bastante importancia para justificar el ataque austriaco del 31 de mayo, y necesario es tambien convenir en que si el plan de los imperiales no hubiese sido desconcertado por un accidente imprevisto, podia la jornada ser muy funesta para los aliados. Damos á continuacion el relato que nos hace de aquel hecho de armas una correspondencia particular.

Al saber la ocupacion de Palestro por las tropas sardas, el general Gyulai dió órden de recobrar el pueblo al general Zobel que mandaba el ala derecha del ejército austriaco, y que tenia establecido su cuartel general en Robbio á dos leguas de aquel punto. Las brigadas Lillia y Jelachich con dos baterías de artillería y algunos escuadrones de caballería, se adelantaron hácia Palestro en la madrugada del dia 31; el regimiento del archiduque Segismundo, el mismo que habia peleado la víspera, formaba la reserva con seis piezas de artillería y el 7.° batallon de cazadores, componiendo todo un efectivo de unos veinte y cinco mil hombres. El rey de Cerdeña que mandaba en persona, solo podia oponer á los cuerpos austriacos dos divisiones muy debilitadas por el combate del dia anterior, formando un total de diez y seis mil hombres á lo mas.

La posicion de Palestro, tan fácil de ser defendida contra un ataque por la parte del Sesia á causa de la inclinacion del terreno hácia el rio, no es de mucho tan formidable por el lado opuesto por el cual se extiende la llanura; por otra parte los sardos no habian tenido intencion ni tiempo de fortificarse en ella, de modo que cuando las columnas austriacas se presentaron delante del pueblo, no presentaba este mas defensa que el poco seguro abrigo de las habitaciones; sin embargo, no entra en los hábitos del rey de Cerdeña el esperar al enemigo detrás de trincheras y empalizadas, y así que la brigada Lillia apareció en el camino de Palestro mas allá del canal de San Pedro, y que la segunda brigada tomó posicion á lo largo del segundo canal de que antes hemos hablado, el regimiento sardo número 10 y los *bersaglieri* marcharon

contra el enemigo é intentaron una carga. Arrollados empero por el número, formáronse entre el canal mas ancho llamado Roggia-Cámara y el cementerio, donde se trabó una encarnizada lucha entre los austriacos y la brigada de la reina. Los piamonteses, establecidos en la parte meridional de Palestro y cubiertos por el *Roggia*, tomaban de flanco á las columnas de ataque que avanzaban por entre el pueblo y el cementerio, en cuyo punto desplegaba el rey un indomable valor. Los austriacos, recurriendo entonces á todas sus fuerzas, corriéronse hácia su derecha, con el objeto de envolver el cementerio y el ala izquierda de los piamonteses, pues aquella era en efecto la parte débil de la posicion, en cuanto las casas que se levantan diseminadas detrás del cementerio son de muy difícil defensa y no están cubiertas por el canal. Dueño el enemigo de aquella parte del pueblo, domina la eminencia que se levanta en el valle del Sesia, impide la llegada de refuerzos, y corta la retirada desde el pueblo hácia aquel rio. Los esfuerzos de los austriacos se dirigieron por lo tanto hácia aquel punto, pero á pesar del arrojo que en el ataque desplegaron, la brigada de Savona, aunque arrollada varias veces, dió el tiempo suficiente para que entrasen en línea las tropas de reserva. Allí expuso el rey su persona á los mayores peligros, tomando parte léjos de su escolta en la lucha de arma blanca.

El general Zobel que mandaba personalmente el ataque, creyó llegado el momento de intentar el último esfuerzo, y dió órden al regimiento del archiduque Segismundo, al 7.º batallon de cazadores, y á una batería, á quienes dejara en reserva en el canalizo de San Pedro, de atravesar el paso del Roggia-Cámara, y de adelantarse por la estrecha lengua de tierra comprendida entre él y el segundo canal, conocido con el nombre de Cavo-Cámara-Scotti. Siguiendo aquella línea de tierra, el regimiento debia llegar á la parte meridional del pueblo sin atravesar el *Roggia* por delante de Palestro, como sucede á los que penetran en la aldea por el camino real de Robbio. Precedido el regimiento por el batallon de cazadores entró sin desconfianza en el peligroso desfiladero, pues como la lucha se habia concentrado en el norte, donde los austriacos se esforzaban en envolver el ala izquierda de los sardos, creia no encontrar al enemigo hasta los alrededores de Palestro.

En tanto las tropas del rey y los imperiales sostenian en la parte septentrional del pueblo una lucha encarnizada: el terreno del combate habia sido muy mal elegido, cortado como estaba por canales, arrozales y barrancos, y atravesado únicamente por algunos estrechos senderos. La caballería no podia moverse de su sitio, y la artillería maniobraba con sumo trabajo; pero esto no obstante los austriacos lograron colocar una batería de ocho piezas á orillas del Bisogna, caudaloso torrente que no se atrevieron á pasar por hallarse delante del vado por el cual sabian que debian reunirse con el rey las divisiones Renault y Trochu, pertenecientes al cuerpo de ejército del mariscal Canrobert.

Los cazadores austriacos que precedian al regimiento del archiduque Segismundo penetraron en la lengua de tierra que hemos explicado sin desconfianza alguna y con el fusil al hombro; afortunadamente para los sardos, el tercer regimiento de zuavos, enviado por el emperador en auxilio del rey de Cerdeña, que acababa de llegar de Vercelli, habia hecho alto en la llanura mas allá del Cavo-Cámara-Scotti, y esperaba el momento de entrar en accion. Los zuavos tendidos entre los trigos, dormian la siesta á medio kilómetro del combate con la tranquila indiferencia que les comunica el sentimiento de su espíritu militar. «De repente, dice una correspondencia, un zuavo levanta la cabeza, luego otro, despues un tercero.... Cambian entre sí miradas y señales de inteligencia.... Dase una ojeada á la bayoneta, y en breve todos se hallaron despiertos. Qué hay? preguntan los que estaban todavía tendidos; es un cazador austriaco, dos, tres, diez, una compañía, un batallon de cazadores! levántanse todos, míranse entre sí, cuando detrás del batallon de cazadores observan prolongadas filas de capotes blancos. Un soldado austriaco habia divisado tambien los anchos y encarnados pantalones de los zuavos, y en su sorpresa hizo fuego.

«Al oir aquel tiro que introdujo la alarma entre los austriacos, el primer movimiento de los cazadores fué retirarse, y el de los zuavos lanzarse contra ellos. Renuncio á describiros la espantosa carnicería que se verificó entonces; los zuavos saltan al *Cavo,* menos ancho y profundo que el *Roggia*, se arrojan á la bayoneta contra los cazadores austriacos los cuales, sorprendidos por tan repentino ataque, encerrados en el estrecho espacio limitado por el pequeño y el gran canal, se empujan y amontonan en el reducido paso por donde habian llegado... No pudiendo pasar todos á la vez, y se precipitan en el *Roggia;* doscientos hombres vigorosamente cargados y no pudiendo por consiguiente mantenerse á flor de agua, se hunden en el canal, mientras que los zuavos, abriéndose paso á bayonetazos á través de los fugitivos, llegan á la parte opuesta, se precipitan sobre los cañones de la reserva antes de que pudiesen ser apartados, y reciben á la bayoneta á los restos del batallon de cazadores que lograron atravesar el *Roggia*. No tardó empero la generosidad en recobrar su imperio; los zuavos tienden la mano á los cazadores que se ahogan, y se limitan á hacerles prisioneros. Cinco piezas de artillería y un centenar de tiradores caen en poder del vencedor; el regimiento del archiduque Segismundo, que no habia penetrado aun en el desfiladero, tuvo tiempo para retirarse dejando muertos ó prisioneros á un centenar de hombres, y tomó posicion en el camino de Robbio á fin de cubrir la retirada que acababa de ordenar el general Zobel, sabedor ya del funesto resultado de aquella diversion.»

El combate, empero, no terminó todavía: los zuavos encontraron á los piamonteses al entrar en el pueblo, y la persecucion del enemigo

se convirtió entre los soldados de los ejércitos aliados en objeto de una justa prodigiosa: zuavos y *bersaglieri* querian ser los primeros en llegar junto á los austriacos y los últimos en cesar la lucha, y en medio de ellos, y siempre en primera fila, se encontraba el rey Victor Manuel. «Yo mismo, dice el autor de las notas que tenemos á la vista al escribir el presente relato, he hablado con el zuavo que tomó su caballo por las riendas para impedirle pasar adelante.» Un oficial de *bersaglieri*, el teniente Ropolo, se obstinó en aquella carga heróica; siete veces se lanzó contra el enemigo al frente de su compañía; la última vez solo le seguian doce hombres, y cayó mortalmente herido de un balazo en la cabeza.

Al ver que el rey arriesga su vida como el último de sus soldados, el ejército aliado experimenta una conmocion eléctrica, y todos, zuavos, *bersaglieri*, caballos ligeros de Alejandría y soldados de línea, guiados por Victor Manuel, cuya actitud es magnífica, penetran á la carrera en las filas austriacas abriéndose paso con sus sables, sus bayonetas y sus culatas. No es ya la pelea un combate regular, en apariencia á lo menos, es una lucha sangrienta, espantosa, en que todos procuran causar la mayor destruccion posible; los zuavos y los *bersaglieri* se excitan mútuamente; la caballería ligera carga sin descanso, celosa de la gloria y de los triunfos de la infantería, mientras que en el centro el rey admirado de todos, tranquilo en medio de un espantoso huracan de balas, dirige con rara habilidad la furiosa pelea, y asegura con sus acertadas disposiciones la gloriosa victoria del ejército aliado. A las dos de la tarde, los austriacos abandonaron todas sus posiciones, dejando en poder de los vencedores nuevecientos prisioneros, ocho cañones, y unos mil hombres en el campo de batalla entre muertos y heridos. Entre estos se contaba al general Salat.

Tan completa victoria costó á los sardos numerosas y sensibles pérdidas; mil quinientos hombres entre muertos y heridos fueron los primeros en regar con su sangre la bandera de la independencia italiana. Los zuavos tuvieron doscientos heridos, casi todos en las piernas, y ochenta muertos, entre ellos su capitan mayor.

Aquel mismo dia, el rey de Cerdeña dirigió á sus tropas la siguiente proclama, fechada en su cuartel general de Torrione:

«Soldados!

«Un nuevo y brillante hecho de armas ha sido hoy causa de una nueva victoria.

«El enemigo nos ha atacado vigorosamente en Palestro, y ha lanzado la mayor parte de sus fuerzas contra nuestra derecha, á fin de impedir nuestra reunion con el cuerpo del mariscal Canrobert.

«El momento era solemne: nuestras tropas eran de mucho inferiores en número á las del enemigo, pero este tenia delante de sí á los valerosos soldados de la 4.ª division, mandados por el general Cialdini, y al incomparable tercer regimiento de zuavos, el cual ha contribuido eficazmente á la victoria, combatiendo hoy en nuestras filas.

«La lucha ha sido sangrienta, pero las tropas aliadas han rechazado por fin al enemigo despues de causarle graves pérdidas, entre las cuales se cuenta la de un general y varios oficiales.

«Hemos hecho unos mil prisioneros; ocho cañones han sido tomados á la bayoneta, cinco por los zuavos, y tres por nosotros.

«En el mismo momento en que alcanzábamos la victoria de Palestro, el general Fanti, acaudillando á las tropas de la segunda division, rechazaba igualmente un ataque de los austriacos contra Confienza.

«S. M. el emperador, que ha visitado el campo de batalla, ha manifestado su viva satisfaccion, y ha apreciado la inmensa importancia de la gloriosa jornada.

«Soldados!

«Continuad en vuestras heróicas disposiciones, y os aseguro que el cielo coronará vuestra obra con tanto valor emprendida.»

Para apreciar en su justo valor los dos combates de Palestro, el primero de los cuales habia desalojado al enemigo de una posicion importante quitándole el segundo toda esperanza de recobrarla, es preciso observar sus inmediatos resultados en los movimientos de ambos ejércitos. Despues de su última tentativa, los austriacos dieron principio á su retirada hácia el Tessino; el centro pasó el rio por las inmediaciones de Vigevano y se estableció entre Rosate y Abbiate-Grasso á 8 kilómetros de Magenta; el ala izquierda desfiló hácia Binasco y Rosate por Bereg-nardo y Pavía, y el ala derecha, mandada por el general Zobel, abandonaba á Robbio y, cubriendo la retirada, seguia el mismo camino que el centro. Los combates de Palestro obligaban definitivamente á los austriacos á evacuar los Estados sardos, y no debe causar sorpresa el que los piamonteses se envanezcan con aquellas jornadas, por las cuales consiguieron el honor de la victoria, y la libertad de su territorio.

Despues de los combates del 30 y 31 de mayo, solo faltaba marchar contra Novara, último alto en el camino que conduce á Lombardía; el general Niel, encargado de desalojar de aquel punto al enemigo, se puso en marcha el 1.º de junio á las 7 de la mañana, al frente de una parte de su cuerpo de ejército, y encontró á doscientos ó trescientos hombres para disputarle el paso del Gogna, riachuelo que corre á un cuarto de legua de Novara. El 15.º batallon de cazadores fué lanzado contra el enemigo, el cual, en número muy reducido, debió retirarse abandonando dos piezas de artillería. En la puerta Milano, los austria-

cos habian colocado dos cañones que recibieron á los franceses con una descarga de metralla, pero acuchillados los artilleros, y tambien los hombres que servian otras dos piezas que hacian fuego desde el Campo-Santo, las tropas francesas verificaron su entrada en Novara como en una ciudad abierta, entre las aclamaciones de los habitantes que gritaban: Viva la Italia! viva la Francia!

El emperador trasladó entonces su cuartel general á Novara, y el ejército francés, aprovechando la firmeza de sus aliados, que les servia de muralla, ejecutó su rápida marcha hácia la orilla izquierda del Tessino. El 4.° cuerpo (Niel) estaba encargado de cubrir las comunicaciones de ambos ejércitos entre el Gogna y el Tessino, amenazando desde Novara la posicion de Vigevano y la retirada de la retaguardia austriaca. El dia 2 de junio á las dos de la tarde, la guardia imperial seguida de los cuerpos de ejército 2.° y 3.° tomó el camino de Milan, y entonces fué cuando el general Gyulai, sin desalentarse por la infructuosidad de sus anteriores ataques, intentó su gran movimiento contra el flanco del ejército francés, logrando por medio de una sangrienta lucha detener por algunas horas sus columnas en Buffalora y en Magenta.

La guerra cesa de tener por teatro el Piamonte para trasladarse á la Lombardía, y no será por demás antes de relatar sus peripecias, dar una mirada topográfica y estratégica al territorio lombardo, á fin de comprender mejor la marcha y las operaciones de las tropas.

El reino lombardo-veneto se divide en dos gobiernos, cuyas capitales son Milan, en donde residia el archiduque gobernador general, y Venecia; compónese de 17 provincias y de 4,328 municipalidades, y su poblacion, que ocupa un territorio de 568,416 millas cuadradas, se eleva á unos 4.323,890 habitantes.

Aquella hermosa region, que se extiende bajo el cielo mas puro de Europa, está surcada por varias corrientes de agua que le proporcionan la fertilidad en la paz y preciosas líneas de defensa durante la guerra. Limitada al norte por la Suiza, país neutral, y por el Tirol, perteneciente al Austria, y al este por la Iliria y el mar Adriático, hállase protegida al oeste por el Tessino, que lleva las límpidas aguas del lago Mayor al rey de los rios, cuyo tributario parece. El Pó, desde su confluencia con el Tessino en Pavía, forma á su vez al sur del reino lombardo-veneto una continua muralla hasta el Adriático.

Aquella línea natural era la primera posicion del Austria en el suelo italiano, y mas allá de Milan se encuentra el Adda, que puede considerarse como un segundo punto de resistencia. El Adda nace en los Alpes Réticos, atraviesa los lagos de Como y de Lecco, pasa por Cassano á 24 kilómetros de Milan, riega Lodi y Pizzighettone, y desagua luego en el Pó entre Plasencia y Cremona, despues de un curso de 253 ki-

lómetros. En las anteriores guerras, los austriacos concentraron su defensa en la parte oeste de aquella línea, y reciente está todavía el recuerdo de la jornada de Lodi, en 10 de mayo de 1796, uno de los mas brillantes episodios de las campañas de Bonaparte. Al este de Lodi y en las márgenes del mismo rio se levanta Pizzighettone, plaza fuerte situada á 24 kilómetros de Cremona; sitiada en 1706, en 1733 y en 1746, aquella ciudad fué tomada dos veces por los franceses en 1796 y en 1799.

Adelantando hácia el centro de la Lombardía, el ejército austriaco, una vez forzado el paso del Adda, no puede pensar en crearse un abrigo defensivo ni en el Seria, que nace en la vertiente meridional del monte Barbelino y desagua en el Adda en Montodino, en la orilla izquierda del mismo; ni en el Oglio, que, corriendo del norte al sudeste, se confunde con el Pó en Borgoforte despues de un curso de 170 kilómetros, ni finalmente en el Mella, confluente del Oglio. Se ha dicho y con razon, que aquellas corrientes de agua eran un obstáculo para todos, y á duras penas el Chiesa, que nace en el Tirol y que despues de formar el lago de Idro y regado las provincias de Brescia y de Mantua se pierde en el Oglio, habiendo recorrido de norte á sur una extension de 130 kilómetros; á duras penas, decimos, permitiria á un ejército vigorosamente perseguido el rehacer sus fuerzas escudado en sus aguas, ni el tomar, aunque fuese momentáneamente, una posicion defensiva.

Llégase por fin á la línea del Mincio que constituye el mejor baluarte del poderío austriaco en Italia, tanto mas en cuanto solo cuenta 30 kilómetros de extension desde Peschiera á Mantua. El Mincio nace en el extremo sudeste del lago de Garda en Peschiera, forma en la provincia de Mantua el lago Superior, atraviesa aquella plaza, y sale de ella despues de alimentar con sus aguas el lago Inferior, para desaguar en el Pó, cerca de Graverlono; recorre una extension de 62 kilómetros, y es navegable para buques de 25 toneladas. Dando una mirada al mapa viénese en conocimiento de que seria preciso dar la vuelta al lago de Garda para evitar el paso del Mincio, defendido al norte por Peschiera y al sur por Mantua á 120 kilómetros de Milan y á 112 de Venecia. Fortificada por el arte y mas todavía por la naturaleza, la plaza de Mantua ha sido considerada siempre por el Austria como uno de los baluartes de su dominacion en Italia. Los franceses se apoderaron de ella en 1797 á las órdenes de Bonaparte.

Peschiera y Mantua, en el Mincio, constituyen los dos puntos avanzados de la posicion militar designada bajo el nombre de *cuadrilátero*, posicion que ha inspirado siempre á los austriacos extremada confianza, y que así bajo el punto de vista del ataque como de la defensa, desempeña el papel mas importante en las operaciones estratégicas de una guerra en Italia. Otras dos plazas situadas en el Adiger, Verona y Leg-

nago, completan dicho cuadrilátero, pero antes de hablar de las mismas conviene decir algunas palabras acerca del Adiger, rio que ha de considerarse con fundamento como la mejor, pero tambien como la última, línea defensiva del Austria.

Dicho rio, que tiene sus fuentes en las montañas de Suiza, pasa por Balzano, Trento y Roveredo, atraviesa la plaza de Verona á la que divide en dos partes desiguales, é inclinándose hácia el sudeste, desagua en el Adriático, en Posto-Fossonne, despues de seguir por largo espacio el curso del Pó, á una distancia de 12 kilómetros. En el Adiger se encuentran, como hemos dicho, Verona al norte, y Legnago al sudeste.

Verona, situada á 105 kilómetros de Venecia, es una plaza de primer órden, en la cual han realizado los austriacos obras de gran importancia durante los últimos años. Su poblacion excede de 60,000 habitantes, y aquella inmensa fortaleza que puede dar asilo á un ejército derrotado ó inferior en número hasta la llegada de refuerzos, es tambien una excelente base de operaciones en caso de tomar la ofensiva en el valle del Pó. Legnago, plaza fuerte situada á 36 kilómetros de Mantua, dista mucho de ofrecer la importancia de Verona, pero no por esto deja de formar con dicha plaza, Peschiera y Mantua la posicion que los austriacos consideran como inexpugnable.

La ocupacion del Tirol, á lo menos hasta las fuentes del Adiger, es indispensable á un ejército que pretenda forzar aquella formidable línea de defensa, y esto hacia tan importante y útil la diversion verificada por Garibaldi en el ala derecha del ejército austriaco; en efecto, dueños los imperiales de aquel territorio que comunica con el corazon del Austria, podian dirigir por los tres caminos que conducen desde el Adiger superior á la Lombardía un ejército hácia Brescia, Bérgamo ó Milan, y envolver así al enemigo apostado en el Mincio, auxiliando á las bloqueadas guarniciones de Pavía, de Plasencia y de Pizzighettone, y cortando sus comunicaciones.

Napoleon I que estudió cual ninguno la configuracion de Italia bajo el punto de vista militar, ha sentado en sus memorias los principios de toda guerra en el reino lombardo-veneto: desde el pié de los Alpes hasta las orillas del Adriático ha indicado cuatro grandes altos que deben asegurar á todo ejército invasor la posesion de la Lombardía. En una línea de mas de 100 leguas, prolongándose desde Chambery hasta Verona, designa como plazas de depósito ó de provisiones Tortona, Pizzighettone, Peschiera y Verona, situadas á cuatro jornadas una de otra. Allí fué donde durante el largo sitio de Mantua en 1797 estableció sus hospitales, sus almacenes y el punto de reunion para los refuerzos que á cada instante recibia de Francia.

Al trasladarse la guerra á las márgenes del Mincio daremos algunos nuevos detalles acerca de las cuatro plazas que componen la célebre po-

sicion austriaca conocida con el nombre del cuadrilátero. Volvamos ahora á nuestro interrumpido relato.

Hemos dejado en movimiento á todo el ejército aliado con direccion á la orilla derecha del Tessino, realizando su atrevida marcha de flanco, y al general Gyulai operando para contrarestar los movimientos de sus enemigos. El resultado de aquellas operaciones debia ser la sangrienta batalla de Magenta y la emancipacion de la Lombardía.

Grande seria nuestra satisfaccion si documentos é informes completos y precisos nos permitiesen referir los gloriosos y terribles episodios de tan encarnizada lucha, y explicar el conjunto de la batalla de Magenta; semejante relato es superior á nuestras facultades, y esperamos que el honor de exponer las combinaciones y peripecias del gigantesco combate que presenció la Lombardía, tentará en breve algunas plumas militares. En tanto, y siendo el boletin oficial del ejército francés la relacion mas completa y exacta de aquel hecho de cuantas han salido á luz hasta ahora, la trascribimos aquí, seguros de que nuestros lectores han de preferirla á la que pudiésemos redactar nosotros en vista de las muchas correspondencias particulares que nos han explicado aquella jornada, en cuanto ninguna lo hace con la precision y exactitud del boletin oficial. Dice así:

BOLETIN DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

Paso del Tessino y batalla de Magenta.

Cuartel general de San Martino, 5 de junio.

«El ejército francés reunido al rededor de Alejandría, tenia ante sí muchos y grandes obstáculos que vencer. En caso de marchar contra Plasencia, debia poner sitio á aquella plaza y forzar el paso del Pó, que en aquel punto cuenta unos 900 metros de anchura, operacion cuya dificultad sube de punto al ser ejecutada en presencia de un ejército enemigo de mas de 200,000 hombres.

«Si el emperador hubiese resuelto pasar el rio en Valenza, habria encontrado al enemigo concentrado en la orilla izquierda, en Mortara, no pudiendo atacarle en aquella posicion sino por medio de columnas separadas, operando en medio de un país lleno de arrozales y corrientes de agua. Así pues, en ambos puntos se ofrecia un obstáculo casi insuperable: el emperador resolvió evitarlo, y engañó á los austriacos acerca de sus intenciones concentrando su ejército en la derecha, y haciéndole ocupar Casteggio y Bobbio en las márgenes del Trebbia.

«El dia 31 de mayo, el ejército recibió órden de marchar por la izquierda, y atravesó el Pó en Casale, cuyo puente habia quedado en nuestro poder, tomando al momento el camino de Vercelli, donde ve

rificó el paso del Sesia para protejer y cubrir nuestra rápida marcha hácia Novara. Los esfuerzos del ejército se dirigieron hácia la derecha, contra Robbio, y dos batallas gloriosas para las tropas sardas, empeñadas en aquella parte, hicieron creer mas y mas al enemigo que marchábamos contra Mortara. Sin embargo, mientras esto sucedia, el ejército francés se encaminaba á Novara y tomaba posicion en el mismo punto en que combatiera diez años antes el rey Carlos Alberto. Allí podia hacer frente al enemigo en caso de que se presentase.

«Aquella atrevida marcha habia sido protegida por 100,000 hombres acampados en Olengo, delante de Novara, en nuestro flanco derecho; de modo que en semejantes circunstancias el emperador debia confiar á la reserva la ejecucion del movimiento que se verificaba á espaldas de la línea de batalla.

«El dia 2 de junio destacóse hácia Turbigo en el Tessino, á una division de la guardia imperial, y no hallando allí la menor resistencia, arrojó tres puentes sobre el rio.

«El emperador, cuyos informes estaban acordes en asegurar que el enemigo se retiraba á la orilla izquierda del rio, mandó pasar el Tessino por aquel punto al cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, seguido al dia siguiente por una division del ejército sardo.

«Apenas habian tomado nuestras tropas posicion en la orilla lombarda, cuando fueron atacadas por un cuerpo austriaco que habia llegado de Milan por el camino de hierro, logrando rechazarle victoriosamente ante la vista del emperador.

«Durante el mismo dia 2, la division Espinasse se adelantó por el camino de Novara á Milan hasta Trecate, desde donde amenazaba el puente de Buffalora, y el enemigo, evacuando precipitadamente las fortificaciones que habia levantado en aquel punto, se replegó hácia la orilla izquierda, haciendo saltar el puente de piedra que atraviesa el rio. Sin embargo, sus hornillos no produjeron completo efecto, y como los dos arcos que se propuso destruir solo quedaron taladrados, no se interrumpió el paso en lo mas mínimo.

«El dia 4 habia sido fijado por el emperador para tomar posesion definitiva de la orilla izquierda del Tessino. El cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, reforzado con la division de cazadores de la guardia imperial y seguido por todo el ejército del rey de Cerdeña, debia dirigirse desde Turbigo á Buffalora y Magenta, mientras que la division de granaderos de la guardia imperial se apoderase del extremo del puente de Buffalora en la orilla izquierda, y que el cuerpo de ejército del mariscal Canrobert avanzase hácia la orilla derecha para pasar el rio en el mismo punto.

«La realizacion de este plan de operaciones fué turbada por algunos de aquellos incidentes inevitables en la guerra. El ejército del rey

retardó el paso del rio, y solo una de sus divisiones pudo seguir de léjos al cuerpo del general Mac-Mahon.

« La marcha de la division Espinasse experimentó tambien dilaciones, y en otro punto, al salir de Novara el cuerpo del mariscal Canrobert para reunirse con el emperador, que se habia encaminado al puente de Buffalora, halló el camino de tal modo obstruido que no llegó hasta muy tarde al Tessino.

« Esta era la situacion de las cosas, y el emperador esperaba no sin ansiedad la señal de la proximidad del cuerpo del general Mac-Mahon á Buffalora, cuando á las dos oyó por aquella parte un vivo tiroteo; el general acababa de llegar.

« Aquel era el momento de apoyarle marchando hácia Magenta, y el emperador lanzó la brigada Wimpffen contra las formidables posiciones ocupadas por los austriacos delante del puente, siguiendo el movimiento la brigada Cler. Las alturas inmediatas al Naviglio (gran canal) y al pueblo de Buffalora fueron en breve tomadas por el valor de nuestros soldados, quienes se encontraron entonces delante de considerables masas á las que no pudieron arrollar y que les impidieron pasar mas allá.

« El cuerpo de ejército del mariscal Canrobert no aparecia, y habia cesado del todo el cañoneo que indicara la llegada del general Mac-Mahon. Habiendo sido rechazado el general, ¿debia la division de granaderos de la guardia sostener sola los ataques del enemigo?

« Este es el momento oportuno para explicar la maniobra practicada por los austriacos. Al saber durante la noche del dia 2 de junio que el ejército francés habia sorprendido el paso del Tessino en Turbigo, hicieron pasar otra vez el rio en Vigevano á tres cuerpos de ejército, los cuales incendiaron los puentes que dejaban á sus espaldas, hallándose delante del emperador el dia 4 por la mañana en número de 125,000 hombres. Contra fuerzas tan desiguales iba á luchar sola la division de granaderos de la guardia, á cuyo frente se encontraba el emperador.

« En tan críticas circunstancias, el general Regnaud de Saint-Jean-d'Angely manifestó la mayor energía, lo mismo que los generales que mandaban bajo sus órdenes. El general de division Mellinet perdió dos caballos; el general Cler cayó mortalmente herido; el general Wimpffen recibió una herida en la cabeza; los comandantes Denné y Maudhiey, de los granaderos de la guardia, fueron muertos; los zuavos perdieron 200 hombres, y los granaderos experimentaron pérdidas no menos considerables.

« Finalmente, despues de cuatro horas, durante las cuales la division Mellinet sostuvo sin retroceder los ataques del enemigo, llegó al lugar del combate la brigada Picard llevando á su frente al mariscal

Canrobert. Poco despues se presentó la division Vinoy, del cuerpo del general Niel, llamada por el emperador, y luego las divisiones Renault y Trochu, del cuerpo del mariscal Canrobert.

«Al mismo tiempo oíase otra vez á lo léjos la artillería del general Mac-Mahon; el cuerpo del general retardado en su marcha y menos numeroso de lo que habria debido ser, habiase adelantado en dos columnas hácia Magenta y Buffalora.

«El enemigo quiso interponerse entre ambas para cortarlas, y el general reunió la de la derecha con la de la izquierda, marchando ambas hácia Magenta, lo cual explica por qué habia cesado el fuego por la parte de Buffalora.

«En efecto, los austriacos al verse atacados á su frente y á su izquierda, habian evacuado el pueblo de Buffalora y dirigido la mayor parte de sus fuerzas contra el general Mac-Mahon, delante de Magenta. El regimiento de línea número 45 se lanzó con intrepidez al ataque de la granja de Cascina Nuova, situada antes de llegar al pueblo, defendida por dos regimientos húngaros. Mil quinientos enemigos rindieron allí las armas, y nos apoderamos de su bandera sobre el cadáver del coronel.

«En tanto la division de la Motterouge se veia atacada por fuerzas considerables que amenazaban separarla de la division Espinasse. El general Mac-Mahon habia dispuesto en segunda línea á los trece batallones de cazadores de la guardia, bajo el mando del valiente general Camou, quien, pasando á la primera línea, sostuvo en el centro los esfuerzos del enemigo y facilitó á las divisiones de la Motterouge y Espinasse el tomar vigorosamente la ofensiva.

«En aquel momento de ataque general, el general Auger que mandaba la artillería del 2.° cuerpo, colocó en batería cuarenta cañones en la calzada del camino de hierro, y tomando de flanco á los austriacos que desfilaban con gran desórden, hizo en ellos una espantosa carnicería.

«El combate fué terrible en Magenta; el enemigo defendió aquel pueblo con encarnizamiento, pues ambas partes comprendian que aquella era la clave de la posicion. Nuestras tropas se apoderaron del pueblo casa por casa haciendo experimentar á los austriacos pérdidas considerables; mas de 10,000 enemigos quedaron fuera de combate, y el general Mac-Mahon les hizo 5,000 prisioneros entre ellos un regimiento completo, el 2.° de cazadores de infantería, mandado por el coronel Hauser. Sin embargo, tambien sufrió mucho el cuerpo del general, y fueron muertos ó heridos unos 1,500 hombres. En el ataque del pueblo, cayeron heridos de muerte el general Espinasse y su edecan, el teniente Froidefond, y como ellos los coroneles Drouhot del regimiento de línea número 65, y Chabrière, del 2.° regimiento extranjero, encontraron la muerte al frente de sus tropas.

«En otro punto las divisiones Vinoy y Renault hacian prodigios de valor bajo las órdenes del mariscal Canrobert y del general Niel; la division Vinoy, salida de Novara aquella misma mañana, fué llamada por el emperador en el momento de llegar á Trecate, donde debia apostarse, y marchando á la carrera hasta Ponte di Magenta, arrojó al enemigo de las posiciones que ocupaba y le hizo mas de 1,000 prisioneros; sin embargo, en aquella lucha con fuerzas muy superiores á las suyas, sufrió considerables pérdidas: 11 oficiales fueron muertos y 50 heridos, 650 subalternos y soldados quedaron fuera de combate. El regimiento de línea número 85 fué el que mas padeció; el comandante Delort, del mismo regimiento, cayó al frente de su batallon, y fueron heridos los demás jefes superiores. El general Martimprey fué alcanzado por una bala al frente de su brigada.

«Las tropas del mariscal Canrobert experimentaron tambien sensibles pérdidas. El coronel Senneville, su jefe de estado mayor, halló la muerte á su lado; el coronel Charlier del regimiento de línea número 90 fué mortalmente herido de cinco balazos, y muchos oficiales de la division Renault quedaban fuera de combate mientras que el pueblo de Ponte di Magenta era tomado y perdido siete veces consecutivas.

«Finalmente, á las ocho y media de la noche, el ejército francés quedaba dueño del campo de batalla, y el enemigo se retiraba dejando en nuestro poder cuatro cañones, uno de ellos tomado por los granaderos de la guardia, dos banderas, y siete mil prisioneros. El número de austriacos que quedaron fuera de combate puede calcularse en veinte mil, habiendo sido encontrados en el campo de batalla doce mil fusiles y treinta mil mochilas.

«Los cuerpos austriacos que combatieron contra nosotros son los de Clam-Gallas, Zobel, Schwartzenberg y Lichtenstein; el feld-mariscal Gyulai ejercia el mando en jefe.

«Así pues, trascurridos cinco dias despues de la marcha de Alejandría, el ejército aliado habia sostenido tres combates, ganado una batalla, libertado al Piamonte de los austriacos, y abierto las puertas de Milan. Desde la batalla de Montebello, el ejército austriaco ha perdido 25,000 hombres entre muertos y heridos, 10,000 prisioneros y 17 cañones.»

Las fuerzas francesas que tomaron parte en la batalla de Magenta fueron la guardia imperial, y los cuerpos de ejército 2.°, 3.° y 4.°; las pérdidas sufridas por ambas partes fueron las siguientes:

Guardia imperial: 9 oficiales muertos y 36 heridos; 135 soldados muertos, 707 heridos y 165 prisioneros.

2.° cuerpo de ejército: 25 oficiales muertos y 78 heridos; 215 soldados muertos, 1,099 heridos y 364 prisioneros.

3.° cuerpo de ejército: 11 oficiales muertos y 46 heridos; 110 soldados muertos, 872 heridos y 154 prisioneros.

4.° cuerpo de ejército: 7 oficiales muertos y 34 heridos; 52 soldados muertos, 273 heridos y 52 prisioneros,

Formando un total de 52 oficiales muertos, entre ellos dos generales, y 194 heridos; 512 soldados muertos, 2,951 heridos y 735 prisioneros.

Las pérdidas de los austriacos, segun la *Gaceta de Viena*, fueron las siguientes:

Estado mayor: heridos el feld-mariscal teniente baron Reischach, los generales mayores Bardina, Dasfeld, Lebzeltern y Wetzlar, el coronel Pokorny, el conde Mergersen, oficial de estado mayor del segundo cuerpo, 4 capitanes y 1 teniente.

Regimiento Archiduque José: 1 capitan, 1 teniente y 44 hombres muertos; 1 teniente, 2 subtenientes y 132 soldados heridos; 3 capitanes, 2 tenientes y 5 subtenientes prisioneros.

2.° regimiento fronterizo: 1 teniente y 222 soldados muertos; 1 teniente coronel, 1 mayor, 1 capitan, 2 tenientes, 2 subtenientes y 246 soldados heridos; 4 capitanes, 1 teniente y 8 subtenientes prisioneros.

Batallon de cazadores número 14: 42 soldados muertos; 1 capitan, 1 teniente, 3 subtenientes y 195 soldados heridos; 1 teniente y 1 subteniente prisioneros.

Regimiento de infantería Príncipe Wasa: 1 teniente, 1 subteniente y 50 hombres muertos; 1 capitan, 2 tenientes, 7 subtenientes y 144 soldados heridos; 3 capitanes, 2 tenientes, 7 subtenientes y 2 oficiales de sanidad prisioneros.

Batallon de cazadores número 2: 1 coronel, 1 capitan, 1 teniente y 60 hombres heridos; 2 tenientes y 3 subtenientes prisioneros.

Regimiento de infantería Archiduque Guillermo: 1 capitan, 2 tenientes y 89 soldados muertos; 4 capitanes, 3 tenientes y 200 soldados heridos; 1 capitan prisionero.

Batallon de cazadores número 7: 4 soldados muertos; 1 teniente y 1 subteniente heridos.

Regimiento de infantería Príncipe Alejandro de Hesse: 1 capitan, 4 tenientes, 2 subtenientes y 86 soldados muertos; 1 capitan, 3 tenientes, 5 subtenientes y 157 soldados heridos; 3 subtenientes prisioneros.

Batallon de cazadores número 21: 1 subteniente y 82 soldados muertos; 1 teniente y 78 soldados heridos.

Regimiento de infantería Conde Hartmann: 1 coronel, 3 capitanes, 4 tenientes y 2 subtenientes muertos; 1 teniente coronel, 1 mayor, 3 capitanes, 3 tenientes y 6 subtenientes heridos; 7 capitanes, 4 tenientes y 12 subtenientes prisioneros.

Batallon de cazadores número 10: 1 teniente y 27 soldados muertos; 6 oficiales y 99 soldados heridos.

Regimiento de infantería Archiduque Segismundo: 2 oficiales y 59 soldados muertos; 11 oficiales y 272 soldados heridos.

Regimiento de infantería Rey de los Belgas: 7 oficiales y 46 soldados muertos; 11 oficiales y 341 soldados heridos; 8 oficiales prisioneros.

Batallon de cazadores número 13: 1 oficial y 18 soldados muertos; 3 oficiales y 96 soldados heridos.

Regimiento de infantería Archiduque Estéban: 6 soldados muertos; 13 oficiales y 233 soldados heridos; 1 mayor prisionero.

Batallon de cazadores número 15: 1 oficial y 26 soldados muertos; 6 oficiales y 124 soldados heridos.

Los regimientos de infantería Príncipe de Liechtenstein, Gran Duque de Hesse, Baron Culoz, Baron Grueber, Conde Wimpffen, Archiduque Leopoldo y Archiduque Renier, los batallones de cazadores números 3 y 23, el regimiento fronterizo número 2, el regimiento de uhlanos número 12, los regimientos de húsares números 1 y 10, y la artillería, tuvieron 25 oficiales y 408 soldados muertos, 23 oficiales y 1,606 soldados heridos y 25 oficiales prisioneros.

En resúmen, las pérdidas austriacas, segun el estado que antecede, fueron de 63 oficiales y 1,392 soldados muertos; y de 218 oficiales, entre ellos 5 generales, y 4,130 soldados heridos. Además desaparecieron de las filas, segun expresion de la *Gaceta de Viena,* unos 4,000 soldados.

El boletin que acaba de leerse proporciona una idea bastante completa de la gran batalla que abrió á los aliados las puertas de la Lombardía; por ambas partes fué encarnizada la lucha; el ejército austriaco manifestó un valor y una solidez que realzan la gloria adquirida por las tropas francesas, y las pérdidas experimentadas por ambos ejércitos revelan la impetuosidad del ataque y la obstinacion de la resistencia.

La batalla de Magenta fue especialmente una lucha de infantería; en ella apenas tomaron parte la artillería ni la caballería, y solo el general Auger empleó las 40 piezas del cuerpo del general Mac-Mahon.

Lo mismo que en las grandes jornadas militares del primer imperio, podríanse citar en la batalla de Magenta infinitos actos aislados y muchos incidentes y episodios que ponen en relieve el irresistible valor y el heroísmo de los vencedores; momentos hubo en que la batalla no fué mas que una inmensa lucha cuerpo á cuerpo en que jefes y soldados daban muerte y morian en medio de una espantosa carnicería. Las tropas austriacas manifestaron entonces un valor y una decision á toda prueba: un capitan encerrado con 300 hombres en una casa de Magenta, luchó contra la division Lamotterouge hasta que solo quedó á su lado un

subteniente y un soldado; conociendo entonces la inutilidad de su resistencia, bajó á la calle buscando la muerte; las balas silbaban á su alrededor sin alcanzarle, y atrincherándose luego en otra casa, luchó hasta caer acribillado de heridas.

Despues de la toma de Magenta hiciéronse prisioneros por espacio de tres dias; el ejército austriaco al retirarse no habia llevado consigo todos sus soldados, y en las buhardillas, en los subterráneos halláronse muchos hombres desarmados y heridos, á los cuales se prodigaron toda clase de socorros.

El emperador elevó á la dignidad de mariscales de Francia á los generales Regnault de Saint-Jean-d' Angeli, jefe de la guardia imperial, y Mac-Mahon, jefe del 2.º cuerpo. Este, á cuya atrevida maniobra se debia el triunfo de la jornada, fué creado además duque de Magenta.

El establecimiento del cuartel imperial en Magenta ofrecia el golpe de vista mas pintoresco; la casa en que se alojó el emperador no era mas que un monton de ruinas en la que apenas pudo encontrarse una pieza al abrigo de la intemperie; en ella, sobre algunos colchones, durmieron Napoleon y sus ayudantes de campo. Al dia siguiente tuvo lugar el desfile de las tropas que debian continuar su marcha hácia Milan por el camino que reconociera de antemano el cuerpo del mariscal Canrobert.

En la parte cuarta, XXXIX, XL, XLI y XLII, pueden verse los partes dados á Napoleon III por los generales, cuyos cuerpos de ejército combatieron en Magenta.

Las tropas austriacas aunque derrotadas conservaron sin embargo su disciplina y se retiraron en buen órden delante del enemigo. Los partes oficiales que insertamos en la parte cuarta, XLIII y XLIV, manifiestan que el conde Gyulai creia hallarse en disposicion de empeñar al dia siguiente una nueva batalla, y que pudo fingir un nuevo ataque contra Ponto di Magenta á fin de facilitar su movimiento de retirada.

Desde el primer momento en que se esparció por Europa la noticia de la gran batalla empeñada en las llanuras de la Lombardía, el público y la prensa se entregaron á toda clase de comentarios acerca de un combate que habia dejado al vencido con toda su energía; púsose en duda una victoria en que solo se habian tomado al enemigo cuatro cañones y dos banderas, y se habló no poco de las malas disposiciones atribuidas á Napoleon antes de la batalla, y de los obstáculos que encontraron en su marcha los diferentes cuerpos de ejército, obstáculos que debian haber sido previstos. Es cierto que el ejército del rey de Cerdeña no pudo seguir á las tropas del general Mac-Mahon como se habia dispuesto, que la division Espinasse experimentó un prolongado retardo, que el cuerpo del mariscal Canrobert encontró el camino atestado de convoyes, que las fuerzas disponibles del general Mac-Mahon eran menos numerosas de lo que debieran ser, segun confesion del mis-

mo Boletin oficial, que dicho general decidió el éxito de la jornada cón una maniobra algo distinta de la que debia operar conforme á las instrucciones del emperador, sucesos todos que quizás no basta á justificar por completo lo alegado en el Boletin oficial acerca de los imprevistos incidentes que ocurren en la guerra; pero tambien es verdad que en la guerra es donde mas se aplica y ha de aplicarse el juicio por los resultados, y no por las combinaciones anteriores, ni por los trofeos alcanzados ha de medirse el valor de las victorias. No hay duda que la destruccion ó dispersion de un ejército enemigo es una de las mas importantes consecuencias que puede reportar una batalla ganada, y tampoco la hay en que los aliados se habrian mostrado muy satisfechos con semejante resultado; sin embargo, no lo obtuvieron; el ejército austriaco no quedó destruido, puesto que acampó á dos leguas del campo de batalla, y pudo verificar al dia siguiente un simulacro de ataque para proteger su retirada. Esto no obstante, la victoria de Magenta permitió á Napoleon III sacar todo el partido posible de la maniobra estratégica que condujo á su ejército al extremo derecho de los austriacos y al camino de Milan: los imperiales quisieron en Magenta cortar al ejército francés atacándole por el flanco, y no lo lograron; quisieron á lo menos rechazarle á la otra parte del Tessino, y tampoco lo consiguieron, é impotentes para conservar el campo de batalla debieron emprender la retirada, y dejar á los aliados que hicieran lo que se habian propuesto al pasar el Tessino por Turbigo y Buffalora. Ahora bien, una batalla empeñada para desconcertar una maniobra es en todos tiempos una completa victoria si deja dueño al que realizó aquella de los previstos frutos de la misma, aun cuando no vaya acompañada de la destruccion del enemigo, aun cuando hayan mediado ciertos incidentes, ciertas faltas, que pudieran comprometer su buen éxito: tal es nuestra opinion sobre la batalla de Magenta.

Gracias á aquella victoria que justificó una operacion militar considerada por algunos antes del triunfo como temeraria, los austriacos se vieron obligados á cambiar su sistema de guerra en Italia. La corte de Viena habia cometido la gran falta política de ser la primera en romper la paz, sustrayendo la cuestion italiana al arbitraje diplomático de la Europa para tomar la ofensiva militar; la impaciencia de los favoritos que rodeaban al emperador de Austria fué lo que le indujo á semejante extremo, y entre las influencias que arrastraron á aquel soberano pueden citarse las de su ayudante de campo favorito el conde Grrünne y la del mismo general Gyulai. El Austria, pues, sufria todos los malos efectos políticos de la iniciativa de la guerra sin recojer ninguna de las ventajas guerreras; dos sistemas militares al mismo tiempo que dos sistemas políticos se hallaban en lucha en los consejos del emperador Francisco José: el uno, el de los impacientes, deseaba llevar la

guerra al Piamonte, mientras que el otro aconsejaba una poderosa defensiva en el corazon de las fortalezas que custodian las líneas del Mincio y del Adiger. El sistema defensivo era apoyado por el primer estratégico del ejército austriaco, el jefe de estado mayor del mariscal Radetzky durante las campañas de 1848 y 1849, el general Hess, y á él debia acogerse el emperador de Austria despues de la jornada de Magenta.

El resultado político mas importante y de mas vastas consecuencias producido por aquella victoria, fué sin duda la ocupacion de la Lombardía por los ejércitos aliados, siendo libres desde aquel momento las poblaciones lombardas para manifestar con irresistible evidencia su odio hácia la dominacion extranjera. La ocupacion de Milan por los aliados es el hecho culminante de tan grandes acontecimientos, así es que debe ocupar el primer lugar en nuestra relacion, reservándonos el exponer luego las consecuencias de la batalla de Magenta y de la retirada de las fuerzas imperiales de los demás puntos de Italia.

En una vasta llanura, en la orilla izquierda del Olona, se levanta la ciudad de Milan, cuyo orígen se remonta al año 587 antes de Jesucristo. Créese generalmente que su fundacion es debida al galo Belloveso, mas andan muy discordes los pareceres acerca de la etimología de su nombre: preténdese que Belloveso vió en el lugar que ocupa la ciudad una marrana cubierta de lana *(mediolana)*, y de aquí Milan, en latin *Mediolanum*, en italiano *Milano*.

Desde su fundacion hasta nuestros dias el primer cuidado de los milaneses ha sido la defensa de su libertad: capital de los insubrios, debió rechazar primeramente los ataques de los romanos cuando adelantaron estos por la Cisalpinia; vencida, debió pagar un tributo, y de tributaria se convirtió en pueblo conquistado. Sin embargo, cuatro siglos despues tomaba aquella ciudad un glorioso desquite, era por un momento bajo el imperio de Maximiniano, capital del imperio romano, y en el año 313 daba Constantino desde Milan el célebre edicto en favor de los cristianos que consagraba el triunfo de la nueva religion.

Por su posicion admirable, por sus riquezas, por su magnificencia, Milan parece ser un cebo para la invasion; dominada sucesivamente por los visigodos, por los hérulos y por los ostrogodos, pasa en 568 al poder de los lombardos, si bien en aquella época era únicamente la segunda ciudad del reino, siendo Pavía la capital.

Carlomagno destruye en Milan el imperio de los lombardos, y devuelve á aquella ciudad el primer rango en la Italia septentrional. Al desmembrarse el imperio Carlovingio, Milan se convierte en una ciudad feudal.

Imposible es encontrar en aquella época una historia mas agitada que la suya: al encenderse la prolongada guerra entre los güelfos y los

gibelinos, Milan, la ciudad italiana por excelencia, es la que sufre los primeros golpes. Ella sola sostiene el choque del imperio germánico; Federico Barbaroja la destruye en vano en 1162; Milan renace de sus cenizas, se pone al frente de la liga lombarda, dicta en Legnano la paz de Constanza (1176), y conquista su libertad por espacio de muchos siglos.

Entonces fué cuando reinaron en Milan aquellas tan célebres familias en la historia italiana: primeramente obtuvieron el poder los Della Torre cuya efímera dominacion (1257-1277), no tardó en hacer lugar á la de los Visconti. Estos se aliaron con la Francia y les trasmitieron sus derechos; los Sforzas les sucedieron en 1447, y sus excesos fueron causa de la invasion francesa. En 1499 y en 1513, la Francia arrebata la ciudad de Milan á los Sforzas, mas luego debe cederla á Carlos V y á la España despues, conservándola esta hasta el año 1700, es decir, hasta el momento en que estalló la guerra de sucesion austriaca. Milan cayó entonces en poder de los imperiales, los cuales la dominaron hasta el momento de ocurrir la revolucion francesa.

Apenas el general Bonaparte pone el pié en el territorio italiano (1796), cuando Milan da al viento su bandera nacional. Seis dias despues de la batalla de Lodi, el general en jefe entra en la rica y hermosa capital, cuya posesion á sus ojos y á los de la Europa entera equivalia á una gran victoria.

Esto no obstante, la guerra continuó; vencedor en todas partes, Bonaparte organizó la Lombardía en Estado con cierta independencia, mas el general partió para Egipto, y Milan fué reconquistada por Souvarow; este restableció en ella la dominacion austriaca, que Bonaparte, de regreso de Egipto, y vencedor en nuevas batallas, no tardó en derribar otra vez.

Tres dias despues de la batalla de Marengo (junio de 1800), el primer consul verificaba su solemne entrada en Milan, como debia hacerla su sobrino cincuenta y nueve años despues en igual mes y casi en igual dia; entonces lo mismo que ahora, el pueblo rodeaba al vencedor, cubríale de flores, y le saludaba con el nombre de libertador. En la parte de esta obra en que tratemos de los sucesos ocurridos en Italia antes de 1859, veremos como correspondió el tio al dictado con que le honraron los milaneses y los pueblos de Italia; en esta misma, y dentro de poco, diremos la conducta del sobrino respecto de los mismos pueblos.

Si Napoleon I no dió á Milan la independencia que le prometiera, fuerza es convenir empero en que la dió insignes pruebas del particular afecto que la profesaba; era á sus ojos la segunda capital del imperio, y no contento con visitarla repetidas veces, dió dos millones para la conclusion de la cúpula de la catedral, fundó el Foro, que lleva todavía el nombre de Bonaparte, el Conservatorio de música, la Bolsa, el

Panteon, etc. etc. Milan, sino feliz, vivió tranquila durante el primer imperio; al ser este destruido, cayó de nuevo bajo el yugo de sus antiguos dominadores.

En 1848, quisieron los milaneses librarse otra vez de la dominacion extranjera; pero, como dice muy bien un historiador de aquella calamitosa época, su libertad no fué mas que el sueño de un dia. «La Italia, abandonada á sí misma, prosigue, debió humillar la frente bajo el yugo, y Milan fué mas infortunada que nunca.

«Su estado era peor que la muerte mas cruel: el espionage introducido en las familias; el honor de todos á merced del primer delator que se presentase; ninguna franquicia, provincial ni municipal; ninguna libertad, ni aun la de las lágrimas; nada, á no ser esperanzas tan remotas que parecian irrealizables: esta era la situacion de Milan.»

A ella le arrancó la victoria de Magenta.

Vencidos en Magenta el dia 4 de junio, los austriacos se replegaron hácia Milan con todo el órden posible en un ejército que acaba de experimentar una derrota: los milaneses habian oido el estampido del cañon durante todo el dia, y sabian que se daba en aquel momento una gran batalla en la que se agitaban sus propios destinos.

A las siete y media de la tarde el arrabal de San Pedro in Sala dió paso á las primeras columnas austriacas procedentes del campo de batalla; confundidos todos y mezclados, ginetes, infantes y artilleros, estenuados, cubiertos de polvo y de sangre, marchaban penosamente y con atristado semblante; los carros de heridos, llenos de oficiales de toda graduacion, sangrientos y mutilados, formaban una fila interminable; de cuando en cuando algunos batallones y escuadrones, completos todavía, distraian los ojos de aquel desolador espectáculo; y todos, así los desbandados y heridos como los regimientos que guardaban aun cierto órden de formacion, hicieron alto en el Campo de Marte delante de la Ciudadela.

En un instante el pueblo de Milan acudió en tropel á aquel punto para presenciar la humillacion de sus enemigos, quienes se disponian á emprender la marcha; la poblacion contemplaba sus preparativos con vivos trasportes de alegría, pero preciso es tributarle la justicia de proclamar muy alto que no cometió acto alguno indigno de la libertad por la que suspiraba; no se dejó arrastrar á ninguna manifestacion violenta, y se limitó, luego que los austriacos hubieron salido, á tomar las medidas necesarias para impedir su regreso. La guarnicion y el ejército no podian permanecer en Milan con los aliados victoriosos á sus puertas y con la poblacion dispuesta á sublevarse, así es que se ordenó la retirada al Adda, y el movimiento empezó sin pérdida de momento. A medida que llegaba una division descansaba algunos instantes, tomaba

víveres, los empleados se unian á las tropas, y estas volvian á ponerse en marcha. El desfile duró toda la noche.

En tanto enclavábanse los cañones de la Ciudadela y del fuerte de Ponte Tesa; cargábase en carros cuanto era susceptible de ser trasportado, y parecia no haber mas que una sola órden: aprisa á toda costa. El pueblo habia penetrado en la Ciudadela, y á la vista de los austriacos, se apoderaba de las armas del arsenal, de las municiones y de varios efectos militares, sin que nadie pensara en impedírselo.

El domingo por la mañana, 5 de junio, los últimos batallones austriacos abandonaron la ciudad, no sin que antes el conde Gyulai dirigiese á los habitantes un extraño bando. excitándoles á conservar el órden y amenazándoles con el restablecimiento de la dominacion austriaca; pero apenas hubieron atravesado las puertas los últimos soldados, cuando los ciudadanos, muchos de los cuales se hallaban armados, construyeron barricadas para oponerse á cualquier tentativa por parte del enemigo. Milan era libre por fin, y sintiéndose renacer á la vida política, no perdió tiempo para ejercer los derechos de que por tanto tiempo se habia visto privada. La multitud se dirigió al palacio Broletto, residencia de la municipalidad, y pidió la anexion conforme al acta redactada *ad hoc* en 1848. El podestá, M. Sebregondi, habia desaparecido, pero sus seis adjuntos permanecian en su puesto, y despues de redactar el acta de adhesion, partieron apresuradamente para el cuartel general de Victor Manuel establecido en San Martin de Trecate. El dia 6 entregaron al rey en presencia del emperador, junto con las llaves de la ciudad, la siguiente exposicion:

«Señor:

«La municipalidad de Milan se enorgullece al usar hoy de uno de sus mas preciosos privilegios y al hacerse intérprete de los votos de sus conciudadanos en las graves circunstancias en que nos encontramos: quiere renovar para con vos el pacto de 1848, y proclamar de nuevo á la faz de la nacion aquel gran hecho que once años han fructificado en las inteligencias y en los corazones.

«La anexion de la Lombardía al Piamonte proclamada esta mañana cuando la artillería enemiga podia aun destruir la ciudad, y mientras sus batallones desfilaban por nuestras calles, es el primer paso dado en la via de un nuevo derecho público que deja á los pueblos árbitros de sus destinos.

«El heróico ejército sardo y el de su augusto aliado que quiere ver á la Italia libre hasta el Adriático, darán cima en breve á su magnánima empresa.

«Señor, dignaos aceptar el homenaje que Milan os dirige por nuestro

conducto. Creed que nuestros corazones son completamente vuestros, y que nuestro lema es y será: Viva el rey! Viva el Estatuto de Italia! »

Al partir, los miembros de la municipalidad habian dirigido al pueblo la siguiente proclama:

« Ciudadanos!

« El ejército aliado reunido bajo las órdenes del magnánimo emperador Napoleon III, el cual se ha declarado campeon de la independencia italiana, se acerca á las puertas de la ciudad despues de brillantes victorias. Las tropas enemigas se hallan derrotadas; el rey Victor Manuel II, el primer soldado de la Italia rescatada, llegará dentro de poco en medio de nosotros, y preguntará lo que ha hecho el heróico pueblo de Milan en favor de la causa nacional.

« La resistencia moral de diez años á la opresion extranjera os ha granjeado ya el amor de toda Italia, y ha confirmado la gloria de las cinco jornadas; pero en este momento debemos preparar una acogida digna de vosotros al ejército nacional y al ejército aliado. Proclamemos al rey Victor Manuel II, quien, desde hace diez años, prepara la guerra de la independencia; renovad la anexion de la Lombardía al generoso Piamonte; renovadla por medio de los hechos, de las armas, de los sacrificios.

« Viva el rey! Viva la Italia! Viva el Estatuto!

« Milan 5 de junio de 1859. »

El acta citada por la municipalidad milanesa en su exposicion al rey, fué redactada en junio de 1848, época en que la Lombardía, entonces dueña de sí misma, debió decidir de su suerte por el sufragio universal, segun los deseos del rey Carlos Alberto. Los electores inscritos eran quinientos sesenta y dos mil, y quinientos sesenta y un mil y dos votaron por la inmediata fusion del país con la monarquía sarda, bajo la soberanía de la casa de Saboya, y seiscientos ochenta y uno para que se aplazase la votacion. En 4 de julio, la asamblea veneciana, reunida en el palacio ducal, se pronunció unanimamente en idéntico sentido en nombre de Venecia y de sus provincias, y poco despues un solemne acuerdo del parlamento sardo aceptó la union del reino lombardo-veneto á los antiguos Estados de Saboya, quedando así revestido aquel acto con la postrera sancion legal.

Los soberanos aliados eran esperados en Milan el dia 7 de junio, y la multitud se dirigió desde las primeras horas de la mañana al arco de triunfo del Simplon, por donde debian verificar su entrada. La poblacion milanesa, ocupando ambas orillas del camino desde la meseta del

Simplon hasta la plaza del Domo, ofrecia en aquellos momentos un indescriptible espectáculo; la municipalidad y el obispo, monseñor Caccia, se habian colocado bajo el arco de triunfo para felicitar á Victor Manuel y á Napoleon; la guardia nacional, improvisada en dos dias, se hallaba formada en la carrera que debia seguir el cortejo.

A las diez aparecieron los primeros batallones franceses, precedidos de dos bandas de música milanesas; el mariscal Mac-Mahon, el héroe de Magenta, marchaba al frente de las tropas, y fué aclamado con frenesí. Despues de su estado mayor desfilaban los tiradores argelinos, los regimientos de línea números 2, 45, 65 y 70, un regimiento de cazadores de á caballo y un destacamento de artillería con diez y seis piezas.

Entonces empezó para Milan una fiesta que debia durar toda la semana; por espacio de seis dias, la gran metrópoli de la Italia superior vivió en un estado de excitacion y de entusiasmo que tomaba las formas mas delirantes y apasionadas. Jamás pueblo alguno sintió mas vivamente el goce de la independencia, jamás pueblo alguno manifestó con mas ardor su reconocimiento hácia sus libertadores. A los que duden del odio que inspira el Austria á los lombardos, contestan las aclamaciones de aquel pueblo loco de alegría; los imperiales no dejaban allí ni un amigo, ni un pesar, y prolongados siglos de dominacion extranjera no habian podido destruir ni alterar la nacionalidad de los milaneses, cuya conciencia ha protestado siempre contra la violacion de sus derechos.

No hay expresion bastante para pintar los trasportes de entusiasmo con que recibieron los habitantes de Milan á los vencedores de Magenta. «Figuraos, dice un testigo ocular, la embriaguez llegada á su colmo, el mas exaltado frenesí; considerad la exageracion que la mas loca alegría puede producir en la manifestacion de los sentimientos mas ardorosos, y tendreis una aproximada idea del espectáculo que ofrecia Milan en aquellos momentos. No era una ciudad, era un volcan; no era alegría lo que se experimentaba, era locura.

«Las calles se hallaban empavesadas con banderas y colgaduras; el damasco, el oro y la seda mezclaban sus reflejos y sus vivos colores; por todas partes hermosas mujeres agitaban sus pañuelos, batian palmas y derramaban flores; un sol de fuego llenaba la ciudad de calor y de luz, y el hombre mas indiferente sentia su cabeza como presa de un vértigo.»

Y no se diga que semejantes manifestaciones deben considerarse como sospechosas por el mero hecho de encontrarse en Milan los ejércitos aliados; si la guerra hubiese conducido á los franco-sardos á otras partes de Europa, ¿es posible suponer que hubiesen recibido una acogida semejante á la que encontraron en Milan? Puede imaginarse que po-

blaciones españolas, inglesas ó alemanas recibiesen de aquel modo á los vencedores de sus gobiernos? Habrian provocado los aliados semejantes manifestaciones en las demás provincias del imperio austriaco? En cualquier otra parte tales hechos habrian sido mirados como una traicion vil é infame, como un monstruoso olvido del sentido moral y del sentimiento patriótico, y el mismo vencedor los habria rechazado con disgusto. Cuando se produce en un pueblo tan extraño fenómeno, no debe mirarse como una acusacion contra el mismo pueblo, pero condena, sí, al gobierno caido ante la conciencia de la humanidad. Antes de empeñarse la guerra muchos corazones generosos podian vacilar ante un acto tan grave como la violacion de los tratados invocada en favor de la emancipacion de un pueblo; mas puesto que la guerra rompió ya los lazos del derecho público europeo, digno siempre de respeto, quedan aquellos libres de una dolorosa inquietud, y solo deben tener una aspiracion, la de que sacuda la Italia un yugo que detesta, quedando libre para dirigir sus propios destinos.

Así las familias distinguidas como las clases mas modestas parecieron animadas de una admirable emulacion para recibir y obsequiar á los soldados aliados: luego que se hubieron depuesto las armas cada uno de los habitantes quiso apoderarse de un francés ó de un sardo para hospedarle entre su familia y pasearle triunfalmente por las calles de la ciudad. Mientras se hacia tan espléndida recepcion á los que habian quedado ilesos, no eran olvidados aquellos para quienes se mostrara adversa la fortuna: parte de los heridos franceses del 4 de junio, llegados de Magenta por el camino de hierro, recibian en las casas particulares los cuidados mas tiernos y solícitos, mientras que las damas principales de la poblacion, convertidas en hermanas de la caridad, velaban noche y dia en las lúgubres salas de los hospitales.

Amantes nosotros de cuantas medidas tiendan á humanizar la guerra y á revestirla de cierto carácter caballeresco muy propio de pueblos cristianos para disminuir sus horrores, no podemos menos aquí de tributar nuestros sinceros elogios á la disposicion dictada por Napoleon III para que no se considerasen prisioneros de guerra los heridos que cayesen en poder de los aliados, debiendo ser devueltos á sus banderas sin cange ni condicion alguna. La especie de vergüenza que lleva en sí el caer en manos del enemigo no debe pesar sobre aquel hombre que exánime y desarmado nada pudo hacer para evitarla. Por desgracia no podemos decir lo mismo del envío á las colonias argelinas de los prisioneros austriacos, destinándoles á la construccion de vias férreas y de otras obras públicas. Además de la inhumanidad que encierra el trasladar á los croatas, á los húngaros y á los bohemios á regiones cuyo clima es tan distinto del de su país natal, creemos que nunca debe el vencedor obligar al vencido á faltar á los juramentos hechos á su

rey, y falta á ellos el que por cualquier medio contribuye al engrandecimiento del enemigo de su patria. A nuestros ojos la humanidad y el honor reprueban la conducta usada por Napoleon III con los prisioneros que puso en su poder la suerte de las armas.

El mariscal Mac-Mahon anunció á los milaneses que el emperador no debia llegar hasta el dia siguiente en compañía del rey Victor Manuel; ambos soberanos habian querido dejar á los vencedores de Magenta los honores de la primera jornada. El dia 8 de junio, el emperador y el rey, cuyo cuartel general se hallaba la víspera en Quarto-Cagnino, se dirigieron por fin á la gran ciudad lombarda; desde las siete de la mañana el Corso fué invadido por una multitud inmensa, y las damas que llenaban los balcones y ventanas tenian en las manos enormes ramilletes y ramos de laurel. A las siete y cuarto Victor Manuel y Napoleon verificaron su entrada; los cien guardias abrian la marcha, y cuando empezaron á desfilar por el Corso, estallaron los vivas para no interrumpirse ya mas. Lanzados desde todas las ventanas, los ramilletes y las coronas formaban un lecho de rosas y de hojas de laurel; las mujeres agitaban sus pañuelos, é inclinadas sobre la barandilla de los balcones, manifestaban la mas frenética alegría.

El aspecto del Corso era verdaderamente maravilloso: los balcones se hallaban cubiertos de colgaduras de seda ó de terciopelo con franjas de oro; en todas las casas flotaban banderas italianas y francesas. En las calles, los oficiales agitaban sus espadas en señal de agradecimiento, y una lluvia de flores caia de los balcones. Al aparecer los soberanos redoblaron las aclamaciones; el rey Victor Manuel marchaba á caballo por en medio de la calle llevando al emperador á su derecha, pues Napoleon III habia querido, como era justo, ocupar el segundo lugar al hacer su entrada en la nueva capital.

Ninguno de los monarcas aliados quiso hospedarse en el palacio real; el emperador se alojó en la *villa* Bonaparte, antigua habitacion de su familia, despues de haber acompañado al rey al palacio del marqués Busca, donde todo estaba preparado para recibir á S. M.

Pasados algunos instantes, fijáronse en las esquinas de Milan una proclama del emperador á los italianos y una órden del dia al ejército que hicieron en el pueblo una impresion profunda; en la primera renovaba Napoleon el compromiso que habia contraido de libertar á la Italia, al cual debia faltar dentro de muy poco tiempo, y en la segunda resumia los altos hechos realizados durante aquella corta, pero gloriosa campaña. Dicen así:

PROCLAMA DEL EMPERADOR NAPOLEON III Á LOS ITALIANOS.

«Italianos,

«La fortuna de la guerra me ha conducido hoy á la capital de la

Lombardía, y debo deciros el motivo por que me encuentro en ella.

«Cuando el Austria atacó injustamente al Piamonte, resolví auxiliar á mi aliado el rey de Cerdeña, aconsejado por el honor y los intereses de la Francia. Vuestros enemigos, que son los mios, han intentado disminuir la universal simpatía que vuestra causa inspiraba á la Europa, haciendo creer que habia emprendido la guerra solo por ambicion personal ó para engrandecer el territorio de la Francia.

«Si existen hombres que no comprenden la época en que viven, no soy yo de este número; en el estado de ilustracion en que se encuentra la opinion pública, se es en el dia mas grande por la influencia moral que se ejerce que por medio de estériles conquistas, influencia moral á que con orgullo aspiro, contribuyendo á libertar á una de las mas hermosas regiones de Europa. Vuestra acogida me ha manifestado que me habeis comprendido. No vengo entre vosotros con un meditado sistema para despojar á los soberanos ni para imponeros mi voluntad; mi ejército solo se ocupará en dos cosas: en combatir á vuestros enemigos y en mantener el órden interior, sin oponer el mas mínimo obstáculo á la libre manifestacion de vuestras legítimas aspiraciones.

«La Providencia favorece algunas veces á los pueblos lo mismo que á los individuos dándoles ocasion de engrandecerse de repente, con tal empero de que sepan aprovecharse de ella. Aprovechad pues la fortuna que á vosotros se presenta! Vuestro deseo de independencia tantas veces expresado y tantas desvanecido, se realizará si vuestra conducta es digna. Unios pues para un solo fin: la emancipacion de vuestro país; organizaos militarmente, volad bajo las banderas del rey Victor Manuel, que con tanta nobleza os ha mostrado el camino del honor; acordaos de que sin disciplina no hay ejército, y alentados por el sagrado fuego de la patria sed hoy soldados; mañana sereis ciudadanos libres de un gran pueblo.

«Dado en el cuartel imperial de Milan á los 8 de junio de 1859.

«NAPOLEON.»

ÓRDEN DEL DIA.

«Soldados!

«Hace un mes que, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba todavía la paz, cuando de repente la invasion del Piamonte por las tropas austriacas nos obligó á empuñar las armas. No estábamos dispuestos para semejante llamamiento: faltaban hombres, caballos, material y provisiones, y para socorrer á nuestros aliados debimos marchar apresuradamente y por pequeñas fracciones á la otra parte de los Alpes, presentándonos ante un enemigo temible y preparado de antemano.

«Grande era el peligro, pero la energía de la nacion y vuestro valor han hecho frente á todo. La Francia ha manifestado otra vez sus antiguas virtudes, y unida para un solo objeto y en un solo sentimiento, ha revelado la inmensidad de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Diez dias hace que han empezado las operaciones, y el territorio piamontés se ve ya libre de sus invasores.

El ejército aliado ha sostenido cuatro batallas afortunadas y conseguido una victoria decisiva que le han abierto las puertas de la capital de la Lombardía; habeis puesto fuera de combate á mas de treinta y cinco mil austriacos, tomado diez y siete cañones y dos banderas, y hecho ocho mil prisioneros; sin embargo, no todo ha terminado aun: deberemos sostener otras luchas, vencer otros obstáculos.

«En vosotros confío. Valor pues, valientes soldados del ejército de Italia! desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!

«Dado en el cuartel general de Milan á los 8 de junio de 1859.

«Napoleon.»

Durante el dia 8, la municipalidad de Milan se presentó al rey Victor Manuel para felicitarle y confirmar el reconocimiento de su gobierno, entregándole además la exposicion siguiente:

LA CIUDAD DE MILAN Á S. M. EL REY VICTOR MANUEL II.

«Señor:

«El voto público desea que V. M., á quien por un milagro de concordia han sido confiados los destinos de la patria comun, se encargue lo mas pronto posible del gobierno y de la direccion de los asuntos públicos de este país. Semejante deseo ha sido solemnemente proclamado por nuestros voluntarios, primeramente por su juramento ante Dios, y despues por su sangre vertida ante los cañones austriacos.

«El consejo de la municipalidad, representando al pueblo milanés, ha aprobado y adoptado hoy por unanimidad y por aclamacion irresistible la exposicion que las corporaciones municipales enviaron á V. M. en 6 del corriente, y que le fué presentada al dia siguiente en el cuartel general de San Martin de Trecate.

«Señor:

«En la resolucion del consejo municipal de Milan, V. M. verá una nueva prueba de que las verdades del corazon no pueden expresarse de dos modos. Os pertenecemos por conviccion, por afecto, por la necesidad geográfica, por el derecho histórico del acta de fusion de 1848, confirmado por once años de preparacion y sufrimientos que permanecerán indelebles en la historia de los pueblos como un sublime ejemplo

de lo que puede la perseverancia aplicada á justos designios, y la dignidad en medio de las calamidades públicas.

«Señor:

«Esta poblacion ha ganado mucho por lo mucho que ha sufrido. V. M. ha sido llamado por los votos de la Italia entera, por el respeto de la Europa, y por el asentimiento de la Francia para consolar las angustias de la nacion y recoger los frutos de sus dolorosas pruebas. Señor, os dirigiremos las palabras que tanto os conmovieron cuando las oisteis de los labios de nuestros voluntarios heridos en la gloriosa jornada de Palestro: Haced libre y feliz á la Italia, y bendeciremos nuestras heridas.

«Milan 8 de junio de 1859.»

Algunas horas despues publicábase un decreto declarando á la Lombardía parte integrante de los Estados sardos en virtud del acta de union de 1848, decreto que fué seguido de una ley determinando las atribuciones del gobernador de la Lombardía, destituyendo á los empleados que no fuesen italianos, suprimiendo la tenencia y la subtenencia, las delegaciones provinciales, la oficina general de policía, lo mismo que los comisarios imperiales de las provincias, é instituyendo en cada provincia una intendencia general y una cuestura de seguridad pública (parte cuarta, XLV).

El conde Luis Belgiojoso fué nombrado Podestá, y este nombramiento fué universalmente aplaudido. Fieles á nuestro propósito de imparcialidad, debemos consignar que el emperador Napoleon dejó en completa libertad á la poblacion milanesa, sin intervenir en lo mas mínimo en los actos del nuevo gobierno.

Aquel mismo dia, una exposicion expresaba al emperador los sentimientos que su conducta inspiraba á la ciudad de Milan, libre, gracias á sus armas victoriosas, de la dominacion austriaca.

LA CIUDAD DE MILAN Á S. M. EL EMPERADOR NAPOLEON III.

«Señor:

«El consejo municipal de la ciudad de Milan ha celebrado hoy una sesion extraordinaria, en la que ha resuelto por aclamacion presentar á S. M. el emperador Napoleon III una exposicion, espresándole la viva gratitud del país por su generosa cooperacion en la gran obra de la emancipacion italiana. Señor, la corporacion municipal se considera muy honrada por tan elevado mandato, pero no ignora que las palabras son impotentes para desempeñarlo.

«En un discurso cuyos magnánimos sentimientos fueron por todos admirados, y que los italianos escucharon con religioso placer y que

interpretaron como un felicísimo agüero, decia V. M. confiar en el juicio de la posteridad.

«Señor, el juicio sobre la santidad de la guerra que V. M. ha emprendido en union con el rey Victor Manuel II, ha sido ya pronunciado por la unánime opinion de la Europa civilizada, y los nombres de Montebello, de Palestro y de Magenta pertenecen ya á la historia.

«Si el dia de la batalla, la grandiosidad de los planes concebidos por V. M. igualada apenas por el heroísmo de vuestros soldados, nos asegura la victoria, podemos al dia siguiente deplorar con amargura la pérdida de tantos valientes entre los muchos que os siguieron al campo del honor. Los nombres de los generales Beuret, Cler, Espinasse y otros héroes, agostados prematuramente, figuran ya en el santuario de nuestros mártires, y quedarán grabados en el corazon de los italianos como en un monumento indestructible.

«Señor, nuestra gratitud hácia V. M. y hácia la gran nacion á la cual haceis mas grande aun, será manifestada con mayor energía por la Italia toda una vez libertada; pero en tanto, nos enorgullecemos de ser los primeros en expresarla, así como hemos sido los primeros en vernos libres de la odiosa tiranía austriaca.

«Señor, permitid que saludemos á V. M. con este grito de nuestro pueblo:

«Viva Napoleon III!

«Viva la Francia!

«Milan 6 de junio de 1859.»

Mientras la ciudad de Milan se entregaba así á la alegría y á las fiestas, tenia lugar no léjos de su recinto un encarnizado combate. El dia 8 de junio, al mismo tiempo que el rey de Cerdeña y el emperador de los franceses entraban en Milan, entre las frenéticas aclamaciones del pueblo, parte del ejército francés proseguia su camino, y se dirigia á desalojar al enemigo, el cual en número de 35,000 hombres se habia fortificado en Marignan, pueblo situado á 14 kilómetros al sudeste de Milan, y á la mitad del camino entre dicha ciudad y Lodi. El pueblo de Marignan era ya célebre por la victoria alcanzada por el rey de Francia Francisco I contra los suizos auxiliados por el duque de Milan, en setiembre de 1515, victoria conocida con el nombre de *batalla de los Gigantes*. Tambien es famoso Marignan por la heróica resistencia que los italianos opusieron allí á Federico Barbaroja en 1155.

Los austriacos esperaban detener la marcha del ejército francés dando á sus bagages y á su material el tiempo de retirarse; pero el mariscal Baraguay d' Hilliers, encargado por el emperador junto con el mariscal Mac-Mahon de apoderarse de aquella importante posicion, desde la cual podian ser amenazadas dos líneas enemigas de retirada, se pre-

sentó con su cuerpo de ejército delante de Marignan á las cuatro de la tarde.

El pueblo, situado en medio de una vasta llanura, es atravesado por un camino, á cuyos lados corre un canal y se extienden grandes prados, cortados por zanjas y arrozales. La division Bazaine ocupó dicho camino, mientras que la division Ladmirault formaba sus batallones en columnas cerradas en un camino mas estrecho; á alguna distancia del pueblo, y en la parte de la division Ladmirault, se hallaba apostada, invisible para el enemigo, la artillería de la division Forey.

El primer regimiento de zuavos es lanzado contra el enemigo, y despues de atravesar por entre dos regimientos austriacos, trata de penetrar en el pueblo; pero recibido por un vivo fuego de artillería y fusilería, procedente del cementerio, debió suspender su marcha y esperar al resto de la columna. Llegada esta, empieza la pelea, y el cementerio fué tomado á la bayoneta despues de un combate de media hora.

En tanto que la division Bazaine atacaba al pueblo por el camino, la de Ladmirault habia logrado abrirse paso y caia contra el enemigo por su flanco izquierdo; los imperiales peleaban con indecible encarnizamiento, pero al fin, despues de luchar por espacio de mas de dos horas, los franceses penetran en Marignan; en las calles se traba un nuevo combate; los austriacos se fortifican en las casas, y es preciso entrar al asalto en todas ellas y sostener reñidísimas luchas.

Acercábase la noche, y empezaba á caer un copioso chubasco, contratiempo que incomodaba mucho á los franceses, pero no muy sensible para los austriacos encerrados en las casas, desde donde fusilaban impunemente á sus enemigos; de cada ventana caia una lluvia de balas; habíanse abierto troneras en las paredes, y estas servian de muralla á otros combatientes.

Sin embargo, los franceses ganaban terreno; penetran en las casas, y los austriacos, desalojados, se lanzan á la calle donde de nuevo principió una lucha cuerpo á cuerpo. Finalmente, despues de seis horas de obstinada resistencia, acaban por ceder, y abandonando la posicion, emprenden la retirada por el camino de Lodi.

El general Forey que mandaba la reserva, habia previsto la retirada del enemigo, y dando la vuelta al pueblo, disparó, contra los batallones que se retiraban, ciento veinte tiros de metralla de ochenta balas cada uno, que cubrieron el suelo de cadáveres. Las pérdidas de aquella jornada fueron bastante numerosas por una y otra parte: los franceses tuvieron 12 oficiales muertos y 56 heridos; 141 soldados muertos, 669 heridos y 64 prisioneros. Los austriacos, segun la *Gaceta de Viena*, perdieron en Marignan 1 general, 7 oficiales y 112 soldados muertos; 15 oficiales y 234 soldados heridos; y 2 capitanes, 2 tenientes, 6 subtenientes, y gran número de soldados del Príncipe real de Sajonia prisioneros.

Estos cayeron en poder de los franceses del modo siguiente: á las once de la noche de aquel mismo dia un batallon de dicho regimiento se adelantó hácia Marignan, creyendo que el enemigo habia dejado en el pueblo un débil destacamento; el centinela francés se retiró en silencio hasta los retenes, y les avisó la llegada de los austriacos. El batallon imperial fué envuelto, y la mayor parte de su gente quedó prisionera.

En la parte cuarta, números XLVI y XLVII puede verse el parte trasmitido al emperador Napoleon por el mariscal Baraguay d'Hilliers, jefe del primer cuerpo, y la relacion austriaca publicada por la *Gaceta de Viena* referente á la misma batalla.

Entre las iluminaciones que convertian la noche en dia, súpose en Milan la noticia del combate de Marignan y de sus felices resultados; durante aquella noche no cesaron las aclamaciones y los vivas; los habitantes no conocian el reposo ni el sueño, y el dia siguiente por la mañana presentaba todavía la ciudad idéntico espectáculo.

En la catedral debia cantarse un *Te-Deum* para celebrar las victorias del ejército franco-sardo; habíanse hecho grandes preparativos en el Corso para recibir al cortejo imperial, y cuando apareció la division de los cazadores de la guardia, llevando á su frente al mariscal Regnault de Saint-Jean d'Angely, cuando atravesó el Corso en toda su extension para formar la carrera á ambos lados del mismo, cayó sobre los soldados un diluvio de flores; cada uno de ellos llevaba un ramo en la boca de su fusil, y las águilas de oro desaparecian del todo bajo las guirnaldas que colgaban de las banderas.

No obstante, aquel entusiasmo, aquel frenesí, no era mas que el preludio de la esplosion que iba á producir la presencia de los soberanos; cuando Victor Manuel y Napoleon se presentaron en el extremo del Corso, seguidos por un numeroso estado mayor, echáronse á vuelo todas las campanas de la ciudad, los tambores batieron marcha en toda la línea, y las músicas dieron al viento sus estrepitosas notas. Una inmensa y unánime aclamacion salió de todos los pechos; la lluvia de rosas y de laurel empezó otra vez, con tal fuerza, que el caballo del emperador y el del rey se encabritaron distintas veces.

No sin dificultad llegó el cortejo á la plaza de la Catedral; el obispo, monseñor Caccia, y los canónigos recibieron á los dos monarcas, y dióse principio á la ceremonia en las vastas naves de la majestuosa basílica. Despues del *Te-Deum*, cantóse en honor de Victor Manuel y de Napoleon el *Domine, salvum*, siendo aquel el primer acto público que consagró el nuevo régimen inaugurado en la Lombardía.

Para no incurrir en repeticiones omitiremos el hablar del regreso del emperador y del rey; pero debemos, sí, mencionar la noble y tierna manifestacion verificada aquella tarde. La *passeggiata* cotidiana por

el Corso fué reemplazada por una peregrinacion á Marignan: toda la aristocracia envió sus coches al campo de batalla para recojer á los heridos, al mismo tiempo que la municipalidad se procuraba cuantos carros y carruajes le era posible encontrar; una larga fila de coches salió por la Puerta Romana, y vióse á las nobles damas milanesas apearse en medio del camino, tomar en sus brazos á los heridos, auxiliarles para que se sentaran en los almohadones, y subir sin vacilar al pescante junto al cochero, despues de llenar su carruaje con aquella noble carga.

Por la noche apareció la ciudad espléndidamente iluminada, y verificóse una imponente manifestacion en pro de la union del Piamonte y de la Lombardía. Quince mil personas á lo menos se dirigieron al palacio Busca gritando: *Viva il re! Viva Vittorio-Emmanuele!* y el rey de Cerdeña, despues de nombrar al caballero Vigliani gobernador de la Lombardía, dirigió á la nacion lombarda la siguiente proclama:

«Pueblos de la Lombardía!

«Las victorias de los ejércitos libertadores me han conducido en medio de vosotros.

«Restaurado el derecho nacional, vuestros votos afirman la union con mi reino fundada en las garantías de la vida civil.

«Las necesidades de la guerra reclaman la forma interina que doy actualmente al gobierno.

«Asegurada la independencia, los ánimos adquirirán moderacion, los corazones virtud, y fundaré luego un régimen duradero basado en instituciones libres.

«Pueblos lombardos! Los Subalpinos han hecho y hacen todavía grandes sacrificios en pro de la patria comun; nuestro ejército que ha admitido en sus filas á muchos voluntarios de nuestras provincias y de los demás puntos de Italia, ha dado ya evidentes pruebas de su valor combatiendo victoriosamente por la causa nacional.

«El emperador de los franceses, nuestro generoso aliado, digno heredero del nombre y del genio de Napoleon, ha querido ponerse al frente del heróico ejército de aquella gran nacion, á fin de hacer á la Italia independiente desde los Alpes hasta el Adriático.

«Si dejais reinar entre vosotros la emulacion de los sacrificios, secundareis en los campos de batalla sus magnánimas intenciones, y os mostrareis dignos de los destinos á los cuales la Italia está llamada, despues de muchos siglos de sufrimiento.

«Cuartel general de Milan, 9 de junio de 1859.

«VICTOR MANUEL.»

Milan vivió durante algunos dias aun en un estado de continua é in-

descriptible exaltacion, y no hubo prueba de afecto y gratitud que no fuese prodigada al ejército libertador. Mas de ochenta mil soldados de todas armas, franceses y piamonteses, con artillería, bagajes y municiones desfilaron á la vista de aquel pueblo entregado al regocijo; la multitud divagaba por las calles siguiendo á las tropas, corriendo á los puntos donde esperaba encontrar al rey ó al emperador, y el dia 9 pudo conocer y aclamar al hombre á quien la Lombardía debe su actual independencia, al conde de Cavour, llegado al cuartel general por asuntos del servicio.

Finalmente, aquella agitacion, aquella fiebre, disminuyeron pasados algunos dias, y si Milan no recobró aun la fisonomía tranquila de una ciudad en la que nada altera el curso de los acontecimientos ordinarios, la excitacion permanente de que eran presa los habitantes se calmó poco á poco; su entusiasmo, sin ser menos vivo ni menos sincero, tomó una forma menos ruidosa y menos espansiva; las tiendas volvieron á abrirse, todos se dedicaron otra vez á sus ocupaciones, y la ciudad recobró su antiguo aspecto, animada por la vida, por la comunicativa alegría que inspira la libertad reconquistada.

El dia 12 de junio, el emperador abandonó la ciudad y trasladó su cuartel general á Gorgonzola, disponiéndose á pasar el Adda al frente de sus tropas para forzar la línea defensiva detrás de la cual se habian retirado los austriacos.

La victoria de Magenta dió inmediatamente sus frutos: y como la ocupacion de Milan por los aliados amenazaba las posiciones que los austriacos ocupaban mas acá del Pó, en Stradella, replegáronse igualmente por aquel punto, volaron el puente del Stella, y abandonaron Pavía, para concentrarse entre Lodi, Cremona y Marignan.

Desde entonces empieza la retirada de los imperiales debida, segun se asegura, á los consejos del general Hess, cuyo objeto era operar en las líneas del Mincio y del Adiger una rápida concentracion de cuantas fuerzas poseia el Austria en el suelo italiano. El movimiento retrógrado del ejército austriaco continúa el dia 10 de junio y siguientes con la evacuacion de Pizzighetone, de Cremona y de Plasencia, situadas en la parte inferior del curso del Adda, mientras que en el norte de la Lombardía, otras divisiones, retirándose ante las tropas de Garibaldi, abandonan Bérgamo y Brescia, y se reunen con el grueso del ejército; las guarniciones austriacas de Brescella y de Reggio (Módena) se retiran tambien, y hacen presentir la evacuacion casi inmediata del ducado; en una palabra, el dia 12 de junio, el ejército entero de Francisco José se hallaba concentrado en la orilla izquierda del Adda, y su cuartel general establecido en Cavatigozzi; pero la celeridad que los aliados desplegaron en su marcha, no le permitió detenerse mucho tiempo en aquella posicion.

Como hemos dicho en otro lugar, la línea del Adda no ofrece una excelente línea de defensa, y no tiene mas valor que proporcionar algunos dias de reposo á las tropas que de ella se apoderen. De una anchura media de sesenta á setenta metros, y de una profundidad que varia de dos metros y medio á tres, aquel rio no presenta en tiempo seco grandes obstáculos á un ejército que desee atravesarlo, pero en épocas lluviosas crece rápidamente y adquiere una anchura de ciento veinte á ciento cincuenta metros, y una profundidad doble de la que de ordinario tiene.

La série de puentes establecidos en Lecco, en Brivio, en Bassano y en Lodi daba cierta fuerza á la línea del Adda; Lodi, célebre en las guerras de la república francesa, domina á la vez el camino de Bérgamo, único practicable para la artillería, y los caminos de Pavía y de Brescia. La plaza de Pizzighetone asegura la defensa del Adda inferior; situada en la orilla derecha de aquel rio, cerca de su confluencia con el Pó, el abandono de Plasencia y de Lodi la despojaba de toda importancia; por esto los austriacos se decidieron á evacuarla.

La evacuacion de Plasencia, de Brescia y de Cremona se explica mas difícilmente, á no ser atribuida á un cambio total en las resoluciones de los generales del emperador Francisco José, y al nuevo plan de campaña adoptado por consejo del feld-mariscal Hess.

El abandono de Plasencia manifiesta de cuanta importancia era el triunfo conseguido en Magenta; aquella fortaleza, llave de la Lombardía, aquella ciudadela, á tanta costa fortificada, valia quizás el sacrificio de una guarnicion, y podia dar lugar á un sitio largo y penoso. Las provisiones de toda clase, víveres, material y artillería, que los austriacos habian reunido en ella, y que abandonaron al retirarse despues de destruir las fortificaciones, prueban que no esperaban ni preveian la derrota de Magenta, hecho que demuestra él solo la importancia de aquella jornada, que sin duda calificará la historia como una de las mas decisivas de nuestra época.

Plasencia se halla situada en el ducado de Parma, en la orilla derecha del Pó, á corta distancia del punto en que aquel rio se une con el Trebbia; cuenta una poblacion de 30,000 almas, y se encuentra á 52 kilómetros de Parma y á 50 de Milan.

No será inoportuno explicar aquí cómo y por qué circunstancias habia convertido el Austria la plaza de Plasencia en una importante fortaleza.

El tratado europeo de 10 de junio de 1817, celebrado con objeto de fijar, en cumplimiento de las antiguas disposiciones del tratado de Aquisgran, las eventualidades de reversion de los ducados, conferia al Austria un simple derecho de guarnicion en la ciudad de Plasencia, estableciendo, empero, y con esto se reconoció la independencia y sobe-

ranía de los duques de Parma, consagrada en el acta final del congreso de Viena, «que la fuerza de dicha guarnicion en tiempo de paz seria fijada amistosamente entre las partes contratantes (parte cuarta, XLVIII).» Sin embargo, cuando á consecuencia del tratado particular de 4 de febrero de 1848, hizo el Austria entrar al ducado de Parma en su línea de defensa militar, cuando hubo arrancado al duque la autorizacion de ocupar el territorio y las fortalezas del ducado, en tiempo de paz, y bajo la sola inspiracion de su prudencia militar, y sin un acuerdo anterior con el duque, no se contentó ya con el derecho de guarnicion.

Con la perseverante é infatigable obstinacion que la caracteriza, ocupóse en fortificar aquella plaza; para poner el puente que constituye su importancia militar al abrigo de un golpe de mano, impuso al ducado de Parma la construccion al rededor de la plaza de reductos capaces de sostener un sitio. El recinto de antiguas murallas fue reforzado con torres y otras obras de defensa, formando el conjunto de estos trabajos un vasto y sólido campo atrincherado, donde un cuerpo numeroso podia refugiarse y arrostrar el ataque de fuerzas superiores. Tales trabajos habian costado considerables sumas, y dado lugar de parte del ducado de Parma á vivas reclamaciones; el Austria, al exigirle obras y sacrificios que no tenian mas objeto que reforzar su propio poder en Italia, infringia los tratados de 1815; pero sea como sea, es lo cierto que habia adquirido allí un punto militar de una fuerza incontestable, y que para renunciar tan repentinamente á mantenerse en él, era preciso que los acontecimientos tomasen á sus ojos un aspecto muy amenazador.

Los ejércitos aliados se lanzaron, como ya hemos dicho, en persecucion del enemigo en retirada, y despues de pasar cuatro dias en Milan, Napoleon III trasladó su cuartel general á Gorgonzola, á unos diez y seis kilómetros de la capital; los cazadores de la guardia habian partido aquella misma mañana, y á las tres de la tarde siguióles la division de granaderos, acampando en Venodremo, á medio camino de Gorgonzola; los sardos habian tambien seguido el movimiento impulsivo del ejército, y acabaron por tomar posicion en el Mella, cerca de Brescia, estableciendo el rey su cuartel general en Castegnato. Inútil es decir que á su salida de Milan los aliados fueron saludados con los clamores y las demostraciones mas entusiastas.

Por su parte, el emperador Francisco José, que habia abandonado su capital algunos dias antes para trasladarse al teatro de la guerra, acompañado del baron de Hess y de sus principales generales, encontrándose en la plaza de Verona, dirigió á su ejército la siguiente órden del dia.

«Fiel á su antigua fama, el ejército ha mostrado en Magenta, batiéndose contra un enemigo superior en número, lo que pueden el heroísmo y el amor á mi persona y á la patria.

«Gracias doy al ejército en mi nombre y en el de la patria, y quiero que me sean designados los mas valientes entre los valientes.

«Cuartel general de Verona, 8 de junio de 1859.»

Tambien el emperador dirigió su voz en estos términos á los pueblos del Tirol, constantes y decididos defensores de la casa de Austria.

A mis fieles pueblos del Tirol y del Vorarlberg.

«Os llamo á las armas! Os llamo para que probeis de nuevo á vuestros contemporáneos y á los venideros vuestra fidelidad, vuestra fuerza y vuestros piadosos sentimientos, llenos de inspiraciones divinas. Os llamo para defender la causa mas justa que haya obligado jamás á desnudar la espada; empuñad el arma del país, que tan bien manejais, y reunidos en cuerpos de tiradores, marchad á la frontera para defenderla con vuestra fidelidad y con vuestro valor contra un enemigo que ha pagado tantas veces con su sangre la tentativa de penetrar en vuestras montañas. A vuestro valor confío las fronteras de mi querido Tirol contra un enemigo aliado de la rebelion para destruir la autoridad legítima instituida por Dios. Si nuestros adversarios llegasen á amenazarlas, les manifestareis que encierran todavía el mismo pueblo que, á ejemplo de sus padres, sabe combatir y vencer por Dios y por la patria.

«Cuartel general de Verona, 1.° de junio de 1859.»

Despues de la derrota de Magenta, preciso era, para rehacer el valor y la confianza del soldado, confiar á otra persona el mando del ejército austriaco; el General Gyulai, si bien habia manifestado algun talento militar, no se hallaba á la altura de las circunstancias, ni podia otra vez conducir al combate á las tropas que hasta entonces habia guiado de derrota en derrota. El *Boletin oficial* de Verona del 17 de junio confirmó los rumores propalados de antemano acerca de la separacion del general en jefe, y designó para sucederle al conde Schlick. El conde Gyulai continuó la campaña, habiéndose encargado del mando del regimiento que lleva su nombre.

Napoleon III, luego de su llegada á Gorgonzola, mandó echar dos puentes sobre el Adda, á la altura de Cassano, mientras que se reparaban los destruidos por el enemigo. El Adda, engrosado por las lluvias de los últimos dias, habia adquirido una fuerza y rapidez que hicieron la operacion difícil, pero que no pudieron impedirla, y apenas se hallaron echados los puentes, cuando el ejército empezó su movimiento; el

dia siguiente todas las divisiones francesas habian pasado el Adda en Cassano, y los piamonteses en Vaprio, llevando á su frente al rey Victor Manuel, que habia salido de Milan el dia 11.

Los ejércitos aliados continuaron durante los siguientes dias su marcha paralela; los franceses pasaron el Serio el dia 14 y trasladaron su cuartel general á Palazzolo, en las márgenes del Oglio; los sardos lo pasaron en Seriate, y se dirigieron igualmente hácia el Oglio, llegando su vanguardia á Coccaglio, donde reemplazó al cuerpo del general Urban que se habia retirado hacia muy pocas horas. El 17, encontrábase á seis millas al oeste de Brescia, donde se dirigia tambien el ejército francés por medio de un movimiento convergente ejecutado sobre el ala derecha de los sardos. El dia 16, el emperador establece su cuartel general en Covo, entre el Serio y el Oglio, y el 17 lo traslada á Travigliato, en la márgen izquierda del Oglio, y en la parte derecha del camino que une á Bérgamo con Brescia, donde debia verificarse en breve la reunion de ambos ejércitos.

El Serio desciende en línea recta de Bérgamo hácia el Adda, en cuyo rio desagua entre Crema y Pizzighetone; el Oglio, que en la primera parte de su curso sigue una direccion paralela al Serio, se inclina luego hácia la izquierda para confundirse con el Pó al sur de Mantua. Antes de llegar al Mincio se encuentran otros dos rios, el Mella y el Chiesa, en el primero de los cuales, junto á las puertas de Brescia, tomó posicion el ejército sardo el dia 17. El general Urban habia incendiado la víspera el puente de Portogatello, en el Mella, y se dirigió á Montechiaro, en las márgenes del Chiesa, donde se encontraba reunida la masa del ejército austriaco; no tardó, empero, aquel punto en ser abandonado á su vez, y los austriacos continuaron su movimiento de retirada, estableciendo su ala derecha en Lonato, entre Brescia y Peschiera, su centro en las alturas de Castiglione, y su ala izquierda en Castelgoffredo, pueblo situado á 28 kilómetros al noroeste de Mantua.

Todas las probabilidades parecian indicar la proximidad de una gran batalla en la orilla derecha del Mincio: la posicion ocupada por los imperiales entre Castiglione y Lonato, ha sido detenidamente estudiada por los generales austriacos; allí se empeñaron las dos batallas de Lonato en 31 de julio y en 3 de agosto de 1796, y la de Castiglione dos dias despues, y sabido es que la Italia ha sido desde entonces la escuela militar práctica del ejército austriaco. El Austria no ha olvidado ninguna de las circunstancias de la memorable campaña en la que un ejército francés, salido de las orillas del Var, marchó de victoria en victoria hasta el centro de las provincias hereditarias del imperio, logrando solo detenerle los preliminares de paz, y ni un momento ha dejado de ocuparse en impedir la repeticion de semejantes sucesos. Sus ejércitos

verifican cada año un simulacro de las batallas de Arcola y de Rivoli en los mismos puntos en que estas se empeñaron; estudian las operaciones que habrian opuesto un dique á la marcha de los franceses, y en las escuelas militares se enseñan las disposiciones que debieran tomarse para frustrar los planes de los vencedores, y para impedir que los franceses diesen otra vez principio á la campaña de 1796. Profundos estudios han precedido á la ejecucion de considerables trabajos: se han construido inmensas plazas fuertes, se han abierto caminos militares á través de las montañas, todo por manos del ejército, y mientras en Francia y en otras naciones se discutian las ventajas de emplear las tropas en las grandes obras de utilidad pública, era esta medida aplicada del modo mas lato por los ingenieros austriacos.

Ocasion era entonces para aplicar semejantes lecciones, puesto que ambas partes se encontraban precisamente en un terreno célebre ya por tantos combates, y predestinado al parecer para grandes luchas militares. Por otra parte, el emperador Francisco José habia partido de Verona para Lonato el dia 18 de junio, habia revistado á sus tropas, de cuyo mando en jefe se habia encargado para arrojar en la balanza el gran peso de su nombre y de su espada, y les habia dirigido la siguiente órden del dia:

«Al tomar hoy el mando inmediato de mis ejércitos acampados delante del enemigo, quiero continuar al frente de mis valientes tropas la lucha que el Austria se ha visto obligada á aceptar en defensa de su honor y de su derecho.

«Soldados!

«La adhesion que teneis á mi persona, el valor de que habeis dado tan relevantes pruebas, me aseguran que bajo mi mando conseguireis los triunfos que la patria espera de vosotros.

«Verona, 18 de junio.»

«Así pues, todo presagiaba la inminencia de una batalla, cuando un hecho inesperado, y de muy difícil explicacion al tiempo de producirse, cambió en apariencia á lo menos las disposiciones de los imperiales. Estos, que se habian solidamente fortificado en las posiciones que acabamos de indicar, las abandonaron de improviso, siendo al dia siguiente ocupadas por los aliados. ¿Qué objeto se proponia la voluntad que dirigia los movimientos del ejército austriaco? ¿Queria que los aliados pasasen sin obstáculo el Mincio y salirles luego al encuentro en el famoso cuadrilátero, ó bien disputarles su paso en el mismo rio, con un ejército cuya derecha se apoyase en Peschiera y su izquierda en Mantua? Los planes de los generales enemigos debian revelarse en breve.

Dos dias antes, en 17 de junio, Victor Manuel habia verificado su

solemne entrada en Brescia, donde se le reunió al dia siguiente el emperador Napoleon III.

Desde Milan hasta Brescia, los ejércitos aliados atravesaron las mas fértiles llanuras de la Lombardía; el emperador marchaba con sus tropas, ya en el centro, ya en la vanguardia, segun las circunstancias, pernoctando, el 12 en Gorgonzola, el 13 en Cassano, el 14 en Triviglio, el 15 en Covo, el 16 en Calcio, y el 17 en Travigliato.

El calor era extremado durante el dia; casi cada tarde caian fuertes chubascos, y los soldados debian pasar las noches en un suelo húmedo y fangoso; sin embargo, la energía de las tropas era superior á tantas fatigas y privaciones, y un parte del teniente general Della Rocca, jefe de estado mayor del ejército sardo, al resumir las operaciones y combates de las tropas desde el 29 de mayo hasta el 18 de junio, termina con estas palabras: «A pesar de las cansadas marchas, de la inconstancia de la atmósfera, y de haber estado las tropas sin cesar acampadas durante los últimos dias, el estado moral y sanitario de nuestros soldados ha sido y es satisfactorio. Dios ha bendecido hasta ahora nuestras armas, y es de esperar que querrá coronar una obra emprendida bajo tan felices auspicios en pro de la independencia nacional.»

En Covo el emperador se alojó en una deliciosa quinta propiedad del conde Lecco d' Aragone; en Calcio, se hospedó en la del conde Oldofredi, y despues de pasar la noche del 17 en Travigliato, llegó á Brescia el 18 á las nueve de la mañana. Los habitantes, que ya la víspera habian dado riendas á su entusiasmo al recibir en sus muros al rey del Piamonte, acogieron al emperador con iguales trasportes.

Al saber la victoria de Magenta y la entrada de los franceses en Lombardía, la ciudad de Brescia se habia sublevado, y abierto sus puertas al general Garibaldi. Los habitantes de Brescia se han distinguido en todas ocasiones por su odio á la dominacion austriaca, y en la campaña de 1848 y 1849, despues de desplegar grande energía combatiendo á los imperiales, fueron los primeros en dar el ejemplo de la fusion.

En 1848, cuando el ejército austriaco se concentró en el Tessino, Brescia fué completamente evacuada, excepto la ciudadela en la que quedaron quinientos hombres; la poblacion se encontraba muy agitada, y el 23 de marzo, el mismo dia de la batalla de Novara, algunos refugiados, procedentes de Suiza, dieron el último impulso á la sublevacion. El gobernador de la ciudadela, sorprendido en la ciudad, fué hecho prisionero, los correos de Milan á Verona fueron interceptados, y aunque los sublevados se lanzaron contra las murallas de la ciudadela, la guarnicion rechazó fácilmente todos los ataques y cubrió á la ciudad con el fuego de sus cañones.

Los insurrectos, dejando bloqueada la ciudadela, se extendieron por las cercanías y llegaron hasta el pueblo de Santa Eufemia, que ocu-

paron; pero las escasas tropas que habia disponibles en los alrededores, consistentes en dos batallones italianos y un escuadron, se dirigieron á aquel pueblo, expulsaron de él al destacamento que se hallaba allí establecido, y obligaron á los sublevados á encerrarse en la ciudad.

El dia 30 de marzo, llegó apresuradamente con tres ó cuatro mil hombres el general Haynau, que mandaba las tropas acantonadas en el territorio veneto, y Brescia se halló atacada por la guarnicion de la ciudadela, por las tropas que se encontraban ya al pié de sus murallas, y por las del general Haynau.

La infortunada ciudad, abandonada á sus propias fuerzas, resolvió defenderse hasta el último extremo, persuadida de que servia útilmente la causa de la independencia. Trabado el combate el dia 31 con gran encarnizamiento, los austriacos penetraron en la ciudad, sin lograr por esto apoderarse de ella, debiendo ganar una despues de otra cada calle y cada casa.

Brescia, inundada de sangre y llena de cadáveres, se sometió el dia 1.° de abril.

Otra vez se subleva al saber la proximidad de sus libertadores, y advertido el general Garibaldi de su animosa iniciativa, marcha á la ciudad á toda prisa, la ocupa militarmente, entra en ella el dia 13, persigue auxiliado por los habitantes al enemigo en retirada, y en nombre del rey, dirige á los habitantes la siguiente proclama:

«Ciudadanos de Brescia!

«La acogida dispensada á los cazadores de los Alpes, es una nueva prueba de vuestro entusiasmo patriótico.

«El sublime espectáculo que vuestra ciudad ofrece es digno de vuestra antigua fama.

«Al acudir hoy al primer grito de alarma á reforzar las filas de los cazadores de los Alpes, habeis mostrado que, celosos custodios de la independencia, estais resueltos á defenderla, á consagrarla con vuestra sangre. Gloria á los Brescianos!

«Los enemigos que me rodean todavía por los alrededores no son soldados que amenazan vuestra ciudad, sino adversarios fugitivos que, para abrirse un camino, dejan en los sitios por donde pasan las huellas de su execrable dominacion.

«Ciudadanos de Brescia, y vosotros, habitantes de la campiña,

«Llegado es el momento de combatir en nombre de vuestros hermanos muertos en el campo de batalla, de continuar vuestras brillantes tradiciones de gloria!

«Al furor del enemigo, obligado á abandonar para siempre tan bellas regiones, oponed el valor del sacrificio; corred á engrosar las filas

de los voluntarios, y no retrocedais ante obstáculo alguno para reconquistar vuestra libertad.

«La bandera tricolor, antiguo ídolo de nuestros corazones, ondea sobre vuestras frentes, y os impone el deber de amar á la patria y de sacrificaros por ella; haced que los victoriosos ejércitos franco-italianos, al libertaros de vuestros enemigos, os hallen dignos de su glorioso auxilio.

«Brescia, 13 de junio de 1859.

«General GARIBALDI.

«El comisario de S. M.

«BERNENDINO BLANCHI.»

Desde la ocupacion de Como y de Lecco hemos cesado de ocuparnos en los movimientos del general Garibaldi y de su esforzada division, y las operaciones de los ejércitos aliados han cautivado desde entonces nuestra exclusiva atencion, así por su importancia como por sus grandes resultados. Esto no obstante, ha de reconocerse que va unido un gran interés á las maniobras de aquel célebre jefe, en quien la campaña de 1859 ha revelado un general tan entendido como emprendedor, y perfectamente enterado del tablero estratégico del norte de la Lombardía. Sus atrevidas marchas por la Valtelina son el resultado de combinaciones tan exactas como prudentes.

Con su base de operaciones establecida siempre segun los verdaderos principios de la guerra, dueño de los desfiladeros inmediatos al lago Mayor, y seguro en todas ocasiones de una retirada en caso de derrota, lanzaba á sus valientes soldados contra las columnas austriacas, atacábalas en el momento oportuno, y replegábase al encontrar delante de sí fuerzas superiores.

En vano el general Urban intenta hacerle salir de Como y atraerle á la llanura; su marcha hácia Cantu hace creer por un momento que se arriesga á perseguir á los austriacos, pero léjos de caer en el lazo que le tiende el enemigo, él es quien le atrae á sus redes. Garibaldi contaba en sus batallones numerosos voluntarios de la Lombardía superior, y enviándoles á la vanguardia para que penetren en las poblaciones que desea sublevar, es ya dueño de Como, cuando sus voluntarios capturan los vapores austriacos con los cuales estos esplotaban el lago.

Mientras que el jefe de los voluntarios parece perseguir á los austriacos por el camino de Monza, envia dos de aquellos buques cargados de tropas á Lecco, cambia de direccion, dirígese á la izquierda, y marcha hácia aquella ciudad que se apresura á proclamar al rey Victor Manuel. Con una maniobra semejante subleva la Valtelina y Sondrio, su capital.

Este resultado de las operaciones de Garibaldi es seguramente uno

de los acontecimientos mas favorables para el buen éxito del plan de campaña adoptado por Napoleon III, pues hemos explicado ya la necesidad de que los aliados se hallasen en posesion de los pasos del Tirol, por donde el ejército austriaco recibia de Viena sus provisiones y refuerzos. Bajo este punto de vista en especial, la diversion verificada por el general Garibaldi fué un poderoso auxiliar para los ejércitos aliados.

Despues de apoderarse de Como en 29 de mayo, el general volvió á Varese, que habia sido otra vez ocupada por los imperiales, les sorprende, atácales el dia 2 de junio, y se apodera por segunda vez de la ciudad. Al dia siguiente regresó á Como donde estableció su cuartel general, desde cuyo punto extiende su accion hasta las montañas de la Valtelina, desde Fuente, Sondrio y Tirano hasta Barmio.

Garibaldi visita en Milan al rey del Piamonte y á Napoleon III, y despues de recibir de manos de Victor Manuel la medalla de oro, una de las mas elevadas recompensas militares del reino de Cerdeña, parte otra vez para Lecco, y marcha desde allí á Bérgamo, ocupada por 5,000 austriacos. Estos abandonan la ciudad, y el dia 6 entran en ella los cazadores de los Alpes; desde allí toma Garibaldi el camino de Brescia, donde segun su costumbre, precede á los soberanos aliados como atrevido y glorioso explorador.

Apenas instalado en Brescia con su legion, el general Garibaldi se dirige á Bettoletto durante la noche del 14 al 15 de junio, y construye allí un puente sobre el Chiesa, en reemplazo del que habian destruido los austriacos poco tiempo antes. Para conservar sus comunicaciones con Brescia, coloca el resto de sus tropas en Rezzatto y en Treponti con órden de hacer frente á los austriacos, los cuales, ocupando la posicion de Castenedolo, tenian establecidas sus centinelas muy cerca del enemigo. Una escaramuza de avanzadas es causa de un combate: algunas compañías de voluntarios, á las órdenes del coronel Medici, atacan vivamente á las avanzadas austriacas que se retiran combatiendo; los cazadores de los Alpes, llevados por su ardor, caen en el lazo que el enemigo les tendiera, y llegan hasta Castenedolo, donde son envueltos por considerables masas.

El general Garibaldi, que habia acudido al sitio de la lucha sin pérdida de momento, logra libertar á sus voluntarios, no sin experimentar grandes pérdidas, entre ellas la de muchos oficiales.

Aquella misma mañana, el rey habia dado órden á la 4.ª division de ocupar Santa Eufemia y San Paolo, en los caminos que desde Brescia conducen á Lonato y á Castenedolo, á fin de apoyar el movimiento del general Garibaldi. El general Cialdini, al saber el combate que se habia empeñado, se dirigió con parte de su division á Rezzatto para reforzar en caso necesario á los cazadores de los Alpes; sin embargo, los

austriacos no pasaron de Civilonghe y de Treponti, de cuyos puntos no tardaron en retirarse, evacuando tambien Castenedolo. El dia siguiente un escuadron de caballería ligera de Novara reconoció el abandono del pueblo por los imperiales, y poco despues de haber entrado en él, oyó la explosion de una mina con la cual el enemigo volaba el puente que atraviesa el Chiesa, delante de Montechiaro.

Antes de explicar el último acto del sangriento drama que se representaba en la Lombardía y el incalificable desenlace que dió el emperador Napoleon III á la lucha que sostenia la Francia para hacer á la Italia libre desde los Alpes hasta el Adriático, es necesario dar una rápida mirada retrospectiva sobre los puntos de Italia apartados del teatro de la guerra, y sobre las principales potencias europeas, á fin de apreciar los efectos allí producidos por las victorias de los aliados y por los importantes sucesos que se verificaban en la Lombardía, efectos que á su vez fueron causa de la solucion, si así merece llamarse, que ha recibido la cuestion italiana.

Veamos primeramente lo que sucedia en la Italia central, y empecemos para ello fijando nuestros ojos en el gran ducado de Toscana.

Despues de la pacífica revolucion que expulsara de sus Estados al gran duque Leopoldo, y que asociara el ducado á la guerra de la independencia, hemos visto confiado el poder á un gobierno provisional, el que apenas instalado, publicó la siguiente proclama:

«Toscanos:

«El gran duque y su gobierno, en vez de satisfacer los justos deseos manifestados por el país hace tanto tiempo y por tan distintos modos, lo han abandonado á sí mismo; en tan angustiosa situacion, el consejo municipal de Florencia, único resto subsistente de autoridad, se ha reunido en sesion extraordinaria para atender á la imperiosa necesidad de no dejar sin gobierno á la Toscana, y nos ha encargado su administracion provisional.

«Toscanos, hemos aceptado tan grave cargo solo durante el tiempo necesario para que S. M. el rey Victor Manuel, pueda prontamente, y mientras dure la guerra, cuidar del gobierno de la Toscana y hacerla contribuir con eficacia á la emancipacion del país. Para la conservacion del órden y de la tranquilidad, confiamos en el amor de la patria italiana que á nuestro país anima, pues solo con órden y disciplina se logra el triunfo en las batallas y la regeneracion de las naciones.»

El primer acto de la nueva administracion fué, como tambien hemos dicho, conferir el mando del ejército al general Ulloa, cuyo nombre popular y antecedentes eran una segura prenda para una revolucion verificada en nombre de la independencia italiana.

Al saber lo sucedido en Toscana, el general Ulloa salió de París y llegó á Florencia el 28 de abril, dirigiendo aquel mismo dia al ejército colocado bajo sus órdenes la siguiente proclama:

«Soldados toscanos!

«No podeis permanecer con el arma al brazo cuando el cañon resuena ya en Italia contra el Austria. ¿Cómo podrian los valientes de Curtatone no acudir á la voz de los héroes de Pastrengo, de Goito y del Tchernaia? Soldados toscanos, acudid á engrosar el ejército del valiente y leal Victor Manuel, pues no es solo el ejército piamontés, sino que es el ejército de Italia. Confundíos con los piamonteses y con los hijos de la generosa Francia bajo la bandera tricolor, bajo el estandarte que siempre hemos izado para sostener las luchas de la comun independencia. Reunámonos todos, desde los Alpes hasta los dos mares; estrechados en falanges, mas que fuertes, seremos invencibles: disciplina, valor y constancia, y el Dios de las victorias estará con nosotros! Adelante pues! Viva la Italia!

La nueva administracion publicó una serie de decretos que, referentes á distintas materias, tendian todos á un solo objeto: la salvacion de la patria y el triunfo de la causa italiana.

La infantería del ejército fué organizada en batallones, regimientos, brigadas y divisiones; la artillería fué aumentada hasta cuatro baterías, el cuerpo de ingenieros se compuso de dos compañías, y la division de caballería de cuatro escuadrones.

El gobierno provisional envió á las provincias comisarios encargados de ilustrar la opinion pública y de organizar los gobiernos locales; dió una amnistía general para los delitos políticos sin excepcion, y las tablas de bronce, en las que se hallan grabados los nombres de los que murieron en 1848 en la guerra de la independencia, fueron colocadas en el lugar que antes ocupaban en la iglesia de Santa-Croce.

La cuestion rentística ocupa en alto grado al nuevo gobierno, y la comision especial, nombrada para estudiarla, adquiere la evidente prueba de que puede sostenerse la guerra sin alterar en lo mas mínimo el crédito del Estado, sin que el país deba sufrir nuevos tributos, ni nuevos empréstitos. Por otra parte, el entusiasmo del pueblo toscano no se revela en gritos estériles, sino en hechos, y dispuesto á verter su sangre como á sacrificar su hacienda, aplaude con frenesí la siguiente proclama del alcalde de Florencia:

« La guerra emprendida hoy no es una guerra de ambicion privada, sino de emancipacion nacional, y todos debemos contribuir á la obra patriótica. La patria puede ser socorrida de otros modos que con el brazo, y quien no pueda satisfacer con su persona tan sagrado tributo, debe llenar de otro modo sus deberes de ciudadano. En este supremo momento necesitamos hombres y dinero, y así como animados de noble emulacion, aumentareis las filas de nuestro ejército, no dudo tampoco de que respondereis á mi voz cuando os pediré dinero, caballos y cuanto puede ser útil á nuestro ejército, que se apresta para la guerra de la independencia.»

Los que nada pueden dar se apresuran á ofrecer á la patria el auxilio de su brazo, y es tal el número de voluntarios que acuden bajo las banderas, que el gobierno no tiene necesidad de recurrir á la quinta.

El movimiento se propaga entre el mismo clero, y muchos obispos y párrocos de Toscana exhortan á los pueblos de sus diócesis y á sus feligreses á secundar con todos sus esfuerzos al gobierno provisional. «Hermanos italianos, exclama una parte del clero de Luca, tambien nosotros somos italianos; vuestras glorias, lo mismo que vuestras angustias, son las nuestras; nuestros amigos son comunes lo mismo que nuestros enemigos. Todos, no formamos mas que un solo pueblo, que una sola nacion, y quiera el Dios de misericordia hacer que la victoria de las armas italianas haga triunfar el reino donde solo imperará la santidad de las leyes y el bienestar universal! Quiera Dios que extinguida la cólera, recobren los ánimos la paz y la equidad, y que de nuevo florezcan el amor á la religion y á la ciencia cristiana, á fin de que domine para siempre en la tierra la civilizacion del Hijo del hombre!»

En un memorandum fechado en 2 de mayo y entregado por el gobierno provisional al cuerpo diplomático acreditado en Toscana, se aprecian del modo siguiente los sucesos que acababan de verificarse:

«Si revolucion hay sobre la cual no pueda existir duda ni equívoco alguno, y á la que haya presidido una idea sola y exclusiva, es la realizada en Florencia el dia 27 de abril, emanada únicamente de las aspiraciones nacionales, y del deseo de contribuir á la guerra de la independencia italiana, participando de los peligros de la lucha y de la gloria de la emancipacion.»

Como hemos dicho anteriormente, ofrecióse al rey de Cerdeña la dictadura del país durante la guerra, y el diario oficial de Florencia al comentar y justificar aquel acto, se expresaba en los siguientes términos:

« Siendo tal el único y exclusivo carácter del movimiento, ¿á quién podian confiarse mejor los destinos del país que al gobierno piamontés, que ha dado tantas pruebas de su fidelidad á aquella noble causa, y cuya conducta y generosa actitud inspiran á los pueblos todos de la Península una confianza ilimitada? Poseido de semejante conviccion, el gobierno provisional toscano ha rogado al de S. M. el rey de Cerdeña que asumiera sobre sí el protectorado de la Toscana mientras durasen las operaciones de la guerra, demanda que ha sido limitada por la condicion de que el país, aun en este período, puramente transitorio, conservará la plenitud de su autonomía y una administracion distinta de la del reino de Cerdeña, debiendo tener lugar su organizacion definitiva luego de terminada la guerra y al procederse á la organizacion general de la Italia. El gobierno piamontés ha recibido la proposicion con placer; ha aceptado en interés de la causa comun tan eminente tutela, y en breve llegará á Florencia un comisario especial enviado por S. M. sarda. El gobierno provisional toscano depositará en sus manos el poder, seguro de haber cumplido con lo que su conciencia le exigia, y envanecido, para honra de su país, de que ni una gota de sangre, ni un insulto, ni el mas mínimo desórden ha seguido á modificacion tan grave.»

En efecto, el dia 11 de mayo el gobierno provisional trasmitió sus poderes al comisario real, M. Boncompagni, quien al notificar al país el principio de sus nuevas funciones, expresa el constante objeto á que tenderá su administracion: « el de secundar la guerra, conservando al mismo tiempo el órden en un Estado, que terminada aquella, será devuelto como un sagrado depósito por S. M. el rey Victor Manuel, cuya lealtad es la admiracion de Italia y la del mundo entero. Toscanos! añadió, con vuestra conducta habeis otra vez probado que la Italia es digna de la independencia por la cual combaten el rey de Cerdeña y su ejército, auxiliados por su augusto aliado el emperador de los franceses. Continuad manifestando disciplina, moderacion y obediencia á las leyes y autoridades, y de este modo lograreis asegurar aquel beneficio á la Italia y á la Toscana, libres para siempre de toda influencia extranjera; por mi parte, os prometo cifrar todo mi anhelo en corresponder á las intenciones del rey y en merecer vuestra confianza, cooperando al bienestar de esta noble parte de la Italia.»

Los primeros actos del comisario sardo consistieron en el nombramiento de un nuevo ministerio y en la institucion de una consulta para cuidar de los intereses del país, al mismo tiempo que se organizaba rápidamente el ejército nacional que debia llevar el nombre de segundo cuerpo de la Italia central.

Esto, empero, no bastaba aun; terminados todos los preparativos,

debíase pasar de la teoría á la práctica, convenia establecer á los ojos de todos la existencia del estado de guerra entre la Toscana y el Austria; para ello, el comisario extraordinario dirigió al conde de Cavour la siguiente manifestacion:

«Considerando el gobierno de Toscana que su existencia durante la guerra de la independencia debe su orígen al voto de la nacion, resuelta á asociarse á la lucha empeñada por el Piamonte contra el Austria, y á sustraer el Estado á las influencias austriacas que se habian hecho sentir en la nacion por la ocupacion de su territorio, la destruccion de sus libertades y la usurpacion de las prerogativas de la soberanía;

«Considerando que el protectorado de la Toscana solicitado por el país y aceptado por el rey Victor Manuel, debe tener por consecuencia necesaria la reunion de las fuerzas de ambos Estados para la defensa de la independencia italiana; y que si bien su reunion basta para establecer el estado de guerra entre la Toscana y el Austria, importa que semejante estado sea formalmente proclamado, á fin de que no sean dudosas las relaciones del Estado con las potencias extranjeras, declara:

«La Toscana se asocia á la Cerdeña y á la Francia en la guerra empeñada actualmente contra el Austria en pro de la independencia italiana.»

La importancia de este documento oficial es evidente; mediante él la Toscana podia apoyarse en un nuevo elemento de que hasta entonces habia carecido; asociándose oficialmente á la Cerdeña y á la Francia, hacia posible la intervencion francesa, y abria á los soldados franceses las puertas del territorio toscano, en el cual podian ya penetrar con igual título que en el reino piamontés.

Aun antes de aquella declaracion, en 20 de mayo, dia de la batalla de Montebello, 350 hombres de la brigada Coffinieres, artilleros, ingenieros, tropa de línea, y cazadores de caballería, formando parte del 5.º cuerpo mandado por el príncipe Napoleon, desembarcaron en Liorna, y el general se puso inmediatamente de acuerdo con la autoridad militar del país acerca de las primeras medidas que debian tomarse para la organizacion en Toscana del 5.º cuerpo de ejército.

El príncipe Napoleon dirigíase tambien á aquel puerto, y el rey Victor Manuel anunció su llegada á las tropas toscanas por medio de la siguiente órden del dia:

«Soldados toscanos:

«Al primer rumor de una guerra nacional, habeis buscado á un capitan que os guiase contra los enemigos de la Italia.

«Mi deber es organizar y dirigir las fuerzas todas de la nacion, y por esto he consentido en mandaros.

«No sois ya los soldados de una provincia, sino que formais parte del ejército italiano.

«Os creo dignos de combatir al lado de los valientes soldados de la Francia, y os coloco bajo las órdenes de mi querido yerno, el príncipe Napoleon, el cual ha recibido del emperador de los franceses la direccion de importantes operaciones militares.

«Obedecedle como me obedeceriais á mí mismo, pues con el generoso emperador llegado á Italia para defender la justicia y el derecho nacional, no tenemos mas que un solo pensamiento.

«Soldados! han llegado los dias de prueba, y en vosotros confío.

«Vuestro deber es conservar y enaltecer el honor de las armas italianas.»

Los soldados recibieron estas palabras con indescriptible entusiasmo; el pueblo imitó al ejército, y confundidos todos en un mismo sentimiento patriótico, preparáronse para hacer al ejército francés y á su jefe una inmensa ovacion.

Antes de sentar el pié en el territorio cuya defensa se le habia confiado, el príncipe Napoleon dirigió á su vez á los toscanos una proclama fechada en el mismo puerto de Liorna (23 de mayo), en la cual establece del modo mas positivo el objeto únicamente militar de su mision.

«Habitantes de Toscana, dijo el príncipe, el emperador me envía á vuestro país á peticion de vuestros representantes, para sostener en él la guerra contra vuestros enemigos, los opresores de Italia.

«Mi mision es exclusivamente militar, y no debo ocuparme ni me ocuparé en vuestra organizacion interior.

«Napoleon III ha declarado no tener mas que una sola ambicion, la de hacer triunfar la sagrada causa de la emancipacion de un pueblo, sin que en él tuviesen jamás influencia los intereses de familia. Ha dicho además que el único objeto de la Francia, satisfecha con su poder, era tener en sus fronteras un pueblo que le debiese su regeneracion.

«Si Dios nos proteje y nos otorga la victoria, la Italia se constituirá libremente; y ocupando en adelante un lugar entre las naciones, afianzará el equilibrio europeo.

«Pensad en que nunca son harto grandes los sacrificios cuando la independencia ha de ser su recompensa, y manifestad al mundo por vuestra union y cordura, tanto como por vuestra energía, que sois dignos de la libertad.»

Es incontestable que en la revolucion toscana habia un elemento unitario que intentaba sofocar la autonomía del país; pero el partido liberal moderado, apoyado en la inmensa mayoría de la opinion pública, logró hacer que dominara el elemento toscano; por la influencia de este partido obtuvo la Toscana un ministerio respetable y una consulta de estado á despecho de las exageradas ideas unitarias defendidas por algunos hombres que se decian verdaderos representantes de la política que dominaba en Turin. Sus esfuerzos y declamaciones hicieron correr á lo que parece un grave peligro á la autonomía del ducado: la Toscana, decian los adversarios del nuevo órden de cosas, se halla en plena anarquía, es indispensable la ocupacion francesa, y acto contínuo los unitarios hablaban de anexion inmediata, de supresion de las aduanas, de la administracion de hacienda, del ministerio de negocios extranjeros, etc. Semejante alarma no fué del todo extraña sin duda á la repentina llegada del príncipe Napoleon á Florencia, ni á la proclama que acabamos de trascribir; sin embargo, el peligro se desvaneció por algun tiempo, y los liberales toscanos, que supieron defender su causa en muy buenos términos, lograron oponerse por entonces á la política de absorcion de que se hallaban amenazados.

Las tropas francesas llegaban en gran número á Toscana; los húsares, el cuerpo de ingenieros y la artillería desembarcaron sucesivamente en medio del entusiasmo de la poblacion liornesa; tan cordial acogida ha quedado oficialmente consignada en una circular dirigida por el ministro del interior á los prefectos toscanos, de la cual copiamos los siguientes párrafos:

«Como sabreis ya por el *Monitor toscano*, el 5.° cuerpo del ejército francés, mandado por S. A. I. el príncipe Napoleon, ha llegado á Toscana para realizar las miras del supremo jefe que dirige la guerra nacional.

«La acogida que esos valientes han recibido en Liorna ha sido la que merecen los aliados del rey Victor Manuel y los leales defensores de la independencia italiana.

«Iguales sentimientos serán sin duda manifestados por el resto de la poblacion toscana, que ve quizás por primera vez llegar en auxilio de la Italia á soldados extranjeros, y que reverencia en el emperador Napoleon III el vengador invocado por la nacionalidad oprimida. Sin embargo, no deben tributarse á aquellos valientes solo aclamaciones populares y una entusiasta acogida; el gobierno desea que en todos los puntos del territorio toscano donde les conduzcan las órdenes de sus jefes y las necesidades de la guerra, encuentren en las autoridades cuantos auxilios puedan hacerles agradable la hospitalidad de un pueblo civilizado y agradecido.

«Servíos pues desde ahora dar aviso á las autoridades políticas y municipales de vuestra provincia de que si por su territorio pasan soldados franceses sean recibidos con todas las consideraciones, y provistos de cuanto necesiten en víveres y en alojamiento. Para ello las autoridades se pondrán de acuerdo con los jefes de columna, y resolverán con estos lo que crean mas necesario.»

La acogida dispensada por la ciudad de Liorna al representante del emperador y del rey de Cerdeña sobrepuja á cuanto es dable figurarse; las tropas son cubiertas de flores; las banderas de Francia y de Italia ondean en todas las ventanas, y por la noche apareció la ciudad, desde las tiendas hasta los últimos pisos de todas las casas, profusamente iluminada.

El príncipe salió de Liorna el dia 1.° de junio y se dirigió á Florencia, donde queria establecer durante algunos dias su cuartel general.

El prefecto de la ciudad habia anunciado la víspera á los florentinos la llegada del príncipe: «Ciudadanos, les dijo, S. A. I. el príncipe Napoleon, jefe del quinto ejército francés, llegará hoy entre nosotros; la hospitalaria acogida que le espera será digna del generoso defensor de nuestra independencia por voluntad de aquel que se ha declarado su magnánimo campeon, y del yerno del rey caballero que, despues de diez años de impaciente angustia, nos ha llamado á los combates tan deseados. Habeis acogido ya fraternalmente á los soldados franceses que vienen á vengar los seculares ultrajes sufridos por nuestra patria; saludad hoy en el príncipe Napoleon al jefe que ha de guiarles con nosotros al combate. Bajo sus órdenes, ambas naciones hermanas, renovarán la noble fraternidad de armas que reunió á toscanos y á franceses en las gloriosas guerras del primer imperio.

«La Italia no ha recibido nunca mas poderoso ni mas desinteresado auxilio, ni mas segura garantía de recobrar su esplendor antiguo.»

La poblacion de Florencia y las de los alrededores habian salido con músicas y banderas al encuentro del príncipe francés; las aclamaciones populares le acompañaron hasta el palacio de la Crocetta, y le obligaron á salir luego al balcon, desde donde dirigió á la multitud algunas palabras acerca de la importancia de la union y concordia para conseguir el triunfo. «El único pensamiento de la Toscana, dijo, debe ser la guerra, y su único grito: Viva la independencia italiana!» alusion sin duda á los síntomas de division que se notan entre unitarios y liberales.

Sin embargo, entre aquellas fiestas y ovaciones, el príncipe Napoleon no pierde de vista ni un momento el objeto de su mision; desde el dia de su llegada, participa al general Ulloa que las tropas indíge-

nas formarán parte en adelante del 5.° cuerpo, y que por lo tanto quedan sometidas bajo sus órdenes.

Considerables fuerzas desembarcan constantemente en Toscana, y luego de su llegada reciben por disposicion del príncipe su organizacion definitiva. Una columna del 5.° cuerpo acampa interinamente en Florencia en las praderas de la isla de los Cascinos; el regimiento de línea número 80, un batallon del regimiento número 26 y una batería del regimiento de artillería número 14 son enviados á Pistoja, pasando sucesivamente por Pisa y Luca; 500 piamonteses de infantería de marina marchan á aquel punto por el camino de hierro, y finalmente sin dejar traslucir ninguno de sus intentos ni las instrucciones que ha recibido del emperador, el yerno de Victor Manuel se prepara á empezar cuanto antes sus operaciones militares en la Italia central.

El gobierno toscano no muestra menos ardor: provee de un modo definitivo la direccion del ministerio de la guerra, llamando á aquel puesto al mayor general Pablo Antonio Decavero; las tropas prestan juramento de obediencia á Victor Manuel como general en jefe del ejército italiano, reciben las nuevas banderas tricolores con el escudo de Saboya, y el arzobispo de Florencia encargado de bendecirlas, dirige á los soldados una patriótica alocucion.

El dia siguiente se celebró en todas las iglesias una gran ceremonia religiosa en conmemoracion de los valientes toscanos muertos en Curtatone y en Montanara durante la guerra de 1848; la poblacion en masa asistió á los divinos oficios, y despues de tributar un piadoso recuerdo á los guerreros que murieron por la causa de la patria, invocó al Dios todopoderoso para conseguir el triunfo en la nueva lucha que iba á presenciar la Italia.

La victoria de Palestro produjo en Toscana trasportes de entusiasmo y de admiracion hácia el valeroso rey que exponia hasta su vida en pro de la causa italiana, y la siguiente exposicion, cubierta en un momento por miles de firmas, fué enviada desde Florencia al rey Victor Manuel:

«Señor:

«El anuncio de la victoria de Palestro habia conmovido ya nuestros corazones, cuando otra noticia ha venido á turbar nuestra alegría.

«Arrastrado por el noble entusiasmo que desde hace tanto tiempo encerraba vuestra alma, lanzasteis vuestro caballo delante de nuestra bandera, como para abriros á estocadas un camino á través de las filas enemigas. Al poner en fuga á nuestros adversarios solo debisteis vuestra salvacion á la mano de Dios.

«Señor, al saberlo se ha elevado un grito de un extremo á otro de

la Península: vos que conoceis la voz de vuestros hijos por haberla escuchado cuando prorumpia en quejas de dolor, la atendereis tambien ahora que os manifiesta nuestros afectuosos temores.

«Confiada en su buen derecho, la Italia no ha de ver expuesta la vida de su soberano, y os pide una prueba de amor que no podeis negarle, solicita de vos un sacrificio no superior á vuestro gran corazon: tened fuerza, señor, para unir la prudencia al arrojo, y para no prodigar vuestra sangre y vuestra vida, como acabais de practicarlo. Para nosotros sois mas que un rey; vuestra vida pertenece á la Italia y no debeis exponerla; con vos caerian nuestras esperanzas en el campo de batalla.

«La Italia ha llorado ya bastante, y á vos toca, señor, el ahorrarle nuevas lágrimas. Como capitan, como rey, debeis vengar una derrota y enaltecer la bandera italiana; pero como padre de vuestros súbditos, no podeis dejar sin amparo y sin guia á la gran familia italiana que solo tiene confianza en vos.

«Señor, nadie puede dudar de vuestra bravura, mas quiera el cielo que tan noble arrojo no os haga olvidar la patria á la cual debeis consagrar la vida. Combatid, sí, pero como rey, hasta que podais clavar vuestra bandera en la cima de los Alpes; entonces los italianos podrán deponer á vuestros piés sus armas victoriosas, exclamando:

«Viva Victor Manuel, rey de Italia!»

A las seis de la tarde del domingo 5 de junio súpose en Florencia la noticia de la victoria de Magenta; al momento salieron por las calles músicas militares; organizóse una manifestacion espontánea; en pocos instantes quedó la ciudad entera iluminada como por magia, y la poblacion en masa que rodeaba el palacio del príncipe hacia resonar el aire con sus aclamaciones.

La municipalidad de Florencia dirigió al rey y al emperador ardientes exposiciones, y las oficinas se hallaban atestadas de una multitud impaciente por tomar parte en aquella manifestacion nacional.

No era menos viva la impaciencia de los soldados por reunirse cuanto antes con los ejércitos victoriosos; el reposo les era ya insufrible, pero por fortuna comprendian que su inaccion no debia prolongarse mucho tiempo.

La actitud pacífica del 5.º cuerpo de ejército se explica por diferentes causas: era preciso en primer lugar ocupar el país, y atender luego á la organizacion de la division Ulloa y de la de voluntarios de la Romanía mandada por el general Mezza-Capo. Además una de las divisiones francesas del 3.er cuerpo, la del general Autemarre, de la cual formaban parte los zuavos que tanto se habian distinguido en Palestro, habia sido retenida por el emperador para el gran plan estraté-

gico de Magenta, de modo que para que el 5.° cuerpo marchase á su vez, era fuerza que las tropas indígenas se hallasen organizadas, y que la division Autemarre se hubiese reunido con la division Uhrich.

En tanto, el príncipe Napoleon y el general Ulloa se ocupaban activamente y sin levantar mano en la organizacion militar de la Toscana; deseoso de obtener á toda costa la disciplina, sin la cual no existen buenos soldados, el general en jefe habia licenciado tres batallones de cazadores voluntarios del litoral, y otros tres de las fronteras para refundirlos en el ejército regular. Esta medida y otras idénticas habian producido excelente efecto, tanto que el príncipe Napoleon al inspeccionar el campamento del ejército toscano, habíase mostrado muy satisfecho por el marcial continente de las tropas y por el espíritu de que se hallaban animadas. Así lo consignó en una carta dirigida al general Ulloa, que este puso en conocimiento de sus soldados en una órden del dia, en la cual les exhortaba además á mostrarse dignos émulos de los héroes de Montebello, de Palestro y de Magenta.

El ministro de la guerra del gran duque habia dejado un déficit en su presupuesto, el ejército se hallaba en plena disolucion, siendo preciso organizarlo todo, y en menos de cuarenta dias, diez mil hombres fueron armados, equipados y provistos de todo lo necesario.

Las tropas toscanas manifestábanse poseidas de gran ardor y entusiasmo; nuevos reclutas acudian cada dia bajo las banderas de la independencia, y si en la precision de sus movimientos dejaban aquellos soldados algo que desear, era seguro que en el campo de batalla harian olvidar su inexperiencia por un valor á toda prueba.

Los voluntarios de la Romanía formaban tambien una division no despreciable bajo el punto de vista militar; con riesgo de su vida habian atravesado las fronteras de su país para servir á la patria comun. Mas de doce mil voluntarios habian acudido desde aquella parte de Italia, y vióse entre ellos á niños de quince ó diez y seis años que lloraban de dolor al verse rechazados por no permitirles su juventud y debilidad sufrir las fatigas de la guerra.

El príncipe Napoleon no olvidaba ninguno de los minuciosos é infimos cuidados que exigia el establecimiento interino de las tropas francesas en Toscana. Los soldados habian sido acuartelados en los Cascinos, en las puertas de Florencia, pero viendo el general que aquel lugar debia ser insalubre para las tropas, resolvió alojarlas en los conventos, en los establecimientos piadosos y en los palacios de Florencia.

La permanencia del príncipe Napoleon en Toscana, y la ignorancia que reinaba acerca de la mision confiada al 5.° cuerpo de ejército, habian hecho nacer en Italia y en Europa rumores atribuyendo á Napoleon III y al príncipe su primo distintas miras de ambicion; decíase que el hijo del ex-rey Gerónimo queria constituirse un reino á las puertas

del de su suegro, y que la Toscana veria el establecimiento de una dinastía napoleónica; pero el príncipe no desperdiciaba ocasion alguna para contradecir aquellas suposiciones y para convencer á los toscanos de que al emperador y á él no les movia ambicion alguna personal.

«El que ocupa el primer lugar en las gradas del trono imperial de Francia, decia, no puede envidiar una reducida soberanía en Italia. La ilustrada política de Napoleon III tiene otras miras que erigir la Toscana ó las Dos Sicilias en patrimonio de alguno de los miembros de la familia imperial.»

Semejantes declaraciones, varias veces repetidas, y corroboradas por todos sus actos, causaron entre el pueblo y el ejército gran entusiasmo, y convencidos del papel que se les destinaba, estaban seguros de luchar únicamente en pro de la independencia italiana.

Las obras de defensa ocupan en el ánimo de ambos jefes militares un lugar no menos importante que la organizacion de las tropas. Sus primeras atenciones se fijan en Liorna, plaza que debia ser fortificada por la parte de tierra. El muro que rodea la ciudad, cinco fuertes, y la red de canales que la atraviesan, facilitaron mucho los trabajos, los cuales permitieron abandonar á sus propias fuerzas la base del ejército que operaba en Toscana.

Como es sabido, Liorna es un puerto de primer órden que facilita extraordinariamente las provisiones de un ejército en Italia, gracias á los ferro-carriles que parten de la ciudad en todas direcciones.

En el siglo XV, Liorna no era mas que una aldea de la república de Pisa, pero luego que pasó á la dominacion florentina, convirtióse en una ciudad de treinta mil habitantes, rodeada de un recinto fortificado; este no tardó en ser insuficiente para contener á una poblacion que aumentaba sin cesar, y en el siglo XVI era ya la ciudad un puerto mercantil que completaba con su importancia la ruina del de Pisa.

Por fin, llegó para el 5.° cuerpo de ejército la hora de ponerse en marcha: al despertarse la ciudad de Florencia el dia 12 de junio buscó en vano á la infantería francesa: la division Uhrich se habia puesto aquella madrugada en camino para Pistoja, acompañada de su artillería; el dia 13 tocó su vez á la caballería, y con esta á los guias toscanos del general Ulloa; casi simultáneamente los voluntarios de la Romanía recibieron órden de partir, y en breve no quedó en Toscana mas que el regimiento de gendarmes de infantería, compuesto de unos dos mil hombres. El 5.° cuerpo verificaba hácia delante y hácia la izquierda un movimiento para acercarse al Pó y á los puertos de Spezzia y de Avenza. Este, situado en el punto en que desagua el torrente de Carrione, al sud de Spezzia, no es un puerto propiamente dicho, sino un simple embarcadero para las mercancías de Carrara.

A las dos de la tarde del 16 de junio, el príncipe Napoleon salió

de Florencia por el camino de hierro, y á las tres llegó á Luca despues de detenerse algunos momentos en Pistoja. La ciudad entera se hallaba empavesada, y varias inscripciones en italiano y en francés, en honor de los ejércitos aliados, adornaban las puertas y ventanas. Igual entusiasta acogida se dispensó á las tropas durante dos dias, á medida que iban entrando en la ciudad.

El 18 de junio, el general Ulloa anunció á su ejército haber llegado el momento de ponerse en marcha para ir á conquistar una parte de gloria en los acontecimientos que se preparaban, y quedar abierta la campaña. Su órden del dia estaba concebida en los siguientes términos:

«Oficiales, subalternos y soldados:

«Nuestros votos han sido satisfechos, y os conduzco al encuentro del enemigo. Cuando se quiso convertiros en ciegos instrumentos del Austria, rechazasteis tan vil condicion, y contestando á la voz que os llamaba bajo la bandera italiana, os levantasteis como un solo hombre, gritando: Viva la Italia!

«Sí, soldados! viva la Italia! pues para que la Italia viva, es preciso arrojar de ella al austriaco que aun la mancilla. Si sabeis combatir sin miedo, con la firme resolucion de vencer ó morir, ahuyentareis al enemigo. Soldados! seguro estoy de vuestro valor y de vuestra disciplina, y confío en que rivalizareis con vuestros hermanos del Piamonte y con vuestros amigos de Francia. El combate se acerca; la victoria es segura; adelante pues, que la Italia nos contempla.

«Viva la Italia! Viva Victor Manuel! Viva Napoleon!»

El 5.° cuerpo se dirigió hácia los Apeninos, debiendo vencer en su marcha repetidos obstáculos á causa de las considerables avenidas experimentadas por los torrentes. El 21 por la tarde llegó el estado mayor general á Pontremoli en medio de las montañas, durante cuya noche se experimentó un temblor de tierra que duró unos veinte minutos, seguido de una violenta tempestad. El príncipe Napoleon llegó á Berzetto el dia 23, á Fornobo el 24, y á Parma el 25, debiendo el 5.° cuerpo entrar en línea el dia 28 con el grande ejército, al cual llevaba un refuerzo de 30,000 franceses y de 10,000 toscanos.

El 5.° cuerpo, destinado á operar en el ala derecha del grande ejército, y á observar, y en caso necesario, á atacar la plaza de Mantua, se componia de dos divisiones, á saber:

1.ª division: general Autemarre.—1.ª brigada, general Neigre: tercer regimiento de zuavos, regimientos de infantería números 75 y 89.—2.ª brigada, general Correard: regimientos números 93 y 99.—

2.ª division: general Uhrich.—1.ª brigada, general Grand-Champ: batallon de cazadores número 14, regimientos de infantería números 18 y 26.—2.ª brigada, general Cauvin de Bourguet: regimientos de infantería números 80 y 82.

El jefe de estado mayor general del cuerpo era el general de brigada Beaufort de Hautpoul, el cual tenia por segundo al coronel Henry, ayudante de campo del príncipe Gerónimo.

El cuerpo de ingenieros y la artillería hallábanse colocados bajo la direccion de los generales de brigada Coffinieres y Fiereck; la caballería estaba á las órdenes del general Laperouse.

Antes de la definitiva constitucion del 5.º cuerpo, y durante la ocupacion de la Toscana, la division Autemarre, llegada recientemente de Africa, y una de las empleadas primeramente en Italia, habia operado separadamente en el ala derecha del ejército francés; uno de sus regimientos, el 93.º, se distinguió en Montebello, y es célebre ya la brillante carga del 3.º de zuavos en Palestro. La division Uhrich, formada exclusivamente por cuerpos que hicieran la campaña de Crimea, habia salido de París á fines de mayo con direccion á Toscana.

El dia 26 de junio la division del general Ulloa, la division Uhrich, la caballería del general Laperouse, y la artillería del 5.º cuerpo, se hallaban reunidos en Parma. En aquel entonces recibióse en el estado mayor del 5.º cuerpo la noticia de la batalla de Solferino, y durante el mismo dia 26, el príncipe, despues de reunirse en Piadena con el general Autemarre, envió al coronel Franconniere al cuartel general del emperador para pedirle sus órdenes. Aquella misma noche el coronel trasmitia á S. A. I. la órden de reunir el 5.º cuerpo al grande ejército, pasando el Pó en Casal Maggiore. Semejante operacion ofrecia algunas dificultades á causa de la anchura del rio en aquel punto (unos 600 metros); pero fué tal la actividad y el celo empleados, que las tropas pudieron pasar á la orilla opuesta el dia 28 de junio. Algunos dias despues habíase efectuado completamente la reunion del 5.º cuerpo con el resto del ejército.

El papel desempeñado por las tropas del príncipe Napoleon fué mucho mas importante de lo que á primera vista pudiera creerse, y si los soldados que de ellas formaron parte, no tuvieron como sus hermanos de armas el placer de medir sus fuerzas con el enemigo, apresuraron con su presencia en Toscana el movimiento retrógrado de los austriacos, y el abandono por estos de las fortalezas situadas en la orilla derecha del Pó.

Napoleon III, al desembarcar un cuerpo de tropas francesas en Toscana, consiguió, sin disparar un tiro, los resultados que vamos á expresar en pocas palabras.

Bajo el punto de vista político, la presencia de los franceses en Lior-

na, en Florencia y en las fronteras de la Romanía, tranquilizó á las poblaciones que podian temer la entrada de los austriacos en aquellos paises ricos y de admirable fertilidad.

El príncipe Napoleon, con la autoridad de su nombre y con la posicion que ocupá, pudo contener dentro de sus justos límites el movimiento de aquellos paises.

Los italianos de las comarcas vecinas, dominadas todavía por el Austria, pudieron mas fácilmente emigrar y alistarse en las banderas de la independencia, de modo que, mientras se calmaba por una parte la efervescencia que podian temer en Toscana los hombres moderados amantes del órden, se regularizaba por otra el movimiento italiano.

Bajo el punto de vista militar, los resultados fueron mas importantes aun.

A la sombra de la bandera francesa la Toscana pudo convertir en poco tiempo su mal organizado ejército en una tropa nacional, patriótica, y dispuesta á combatir al enemigo.

Las fuerzas austriacas, amenazadas en su flanco izquierdo por el 5.° cuerpo, tuvieron que abandonar prontamente, luego de perdida la primera batalla, los Ducados y la Romanía, por temor de verse cortadas; y el abandono de Plasencia, de Pizzighettone, de Módena, de Reggio, de Parma, de Bracello, de Bolonia, y finalmente de Ancona, permitió al ejército aliado avanzar con tanta rapidez hasta la ciudad de Brescia.

Los numerosos voluntarios que marcharon de Romanía, y que formaron una excelente division á las órdenes del general Mezza-Capo, encontraron en Florencia un centro de accion y de provisiones.

El 5.° cuerpo de ejército desempeñó además un papel moral que tampoco carece de importancia: al recorrer un país dominado poco antes por el Austria, al recibir las entusiastas ovaciones de los habitantes, obtuvo una nueva prueba de la nacionalidad del movimiento que impulsaba contra el yugo austriaco á los italianos de todas las clases y de todas las condiciones.

Cuanto llevamos dicho acerca de la mision del 5.° cuerpo y de los resultados por él obtenidos, se expresa en el parte que el príncipe Napoleon dirigió al emperador al reunirse con el grande ejército, parte que insertamos en la *Parte cuarta*, XLIX.

Veamos ahora lo que habia sucedido en el ducado de Parma.

Aquel reducido territorio solo cuenta 495,840 habitantes; su ejército consta en tiempo de paz de 2,802 hombres y de 250 caballos, y se compone de alabarderos, de dragones, y de un batallon de infantería. En tiempo de guerra su efectivo es de 4,100 hombres, y 350 caballos.

Parma es un pais pobre; la emigracion de los habitantes de la mon-



Lit Vazquez R. 31

El Principe Napoleon.

c
la
na
pr
Ga
llor
de t
to d
por
otro
luego
á todo
Al
de siti
da; la
genera
Plasenc
bia susc
tedian ú
entera c
frente á
Parm
sional qu
mia toda
tados ba
ido de Pa
edició o

taña toma anualmente importantes proporciones: hostigados por el hambre 35 ó 36,000 habitantes abandonan el Ducado, y se dirigen en busca de pan, unos al reino lombardo-veneto, otros á la Romanía, á Toscana ó á Córcega, y algunos llegan hasta Francia.

Así sucedia á lo menos hace algunos años, pues bajo el gobierno protector de la duquesa regente, que ejercia el poder en nombre de su hijo menor, el duque Roberto, la situacion del pais ha mejorado considerablemente, y mientras que en 1853 ofrecia su presupuesto un déficit de 360,000 libras, tres años despues, es decir, en 1856, los ingresos cubrian los gastos, llegando á excederlos durante los dos años siguientes.

Rodeada la duquesa por dos facciones extremas, la austriaca y la ultra revolucionaria, viósela proteger constantemente al partido nacional y probar el sentimiento que de su fuerza tenia amnistiando á los que pretendian atentar contra su poder.

Así fué como en marzo de 1856, cuando la faccion austriaca, aprovechando las turbulencias que habian estallado, esparció la voz de que las tropas imperiales iban á ocupar el país, y de que el gabinete de Viena aconsejaba á la duquesa que abandonara el ducado, no vaciló en protestar contra tan malévolos rumores: «Los austriacos, dijo en la *Gaceta oficial* de Parma, nunca han tenido en el país mas de un batallon compuesto de seis compañías, y esto en 1854, durante algunos dias de turbulencias. La duquesa se halla resuelta á no abandonar su puesto de regente y de madre, y si algunos miserables han podido engañar por un momento á la autoridad con sus calumnias acerca de este ó del otro ciudadano, los inocentes calumniados han recobrado su libertad luego de reconocido el error, y los calumniadores han sido sometidos á todo el rigor de las leyes.»

Al mismo tiempo levantábase definitivamente en Parma el estado de sitio á pesar del descontento que inspiró al Austria semejante medida; la duquesa, no satisfecha aun, solicitó, en virtud de los tratados generales, la completa evacuacion del ducado, excepto de la plaza de Plasencia, «persuadida, contestó á las objeciones que su demanda habia suscitado, de que el descontento y la irritacion de sus súbditos, procedian únicamente de la presencia de los austriacos, y añadió que tenia entera confianza en su pueblo, y que en todo caso deseaba encontrarse frente á frente con él.»

Parma fué evacuada, y, para completar la obra de regeneracion nacional que habia emprendido, rompió la duquesa el último lazo que la unia todavia al Austria, esto es, los tratados de union aduanera, celebrados bajo el anterior reinado, y que convertian, por decirlo así, al ducado de Parma en una dependencia austriaca. Desde entonces, no desperdició ocasion para manifestar sus tendencias exclusivamente italia-

nas, y conocidas son las sucesivas declaraciones de la *Gaceta oficial* de Parma con motivo de la creacion de un banco nacional, de la concesion de un camino de hierro hasta la frontera sarda, y del aumento de las tropas austriacas en Plasencia.

En otro lugar del presente relato hemos visto la conducta observada por la duquesa al estallar los sucesos que siguieron á la declaracion de guerra, las nobles palabras que dirigió á su pueblo al abandonar el Ducado, y hemos referido tambien como volvió á sentarse en el trono apoyada por gran parte de sus tropas.

Hemos dicho asimismo que la duquesa habia nombrado antes de partir un consejo de regencia, compuesto de sus ministros, pero estos se retiraron aquel mismo dia, y cedieron su lugar á un gobierno provisional.

Sin embargo, las tropas que habian permanecido fieles á la duquesa, no tardaron en dominar la situacion, apoyadas por la influencia que les daban las fuerzas austriacas del ducado de Módena; el coronel jefe del ejército real intimó á la junta interina la órden de disolverse, y desde el dia siguiente, la comision nombrada por la duquesa, recobró el ejercicio de sus funciones.

Luisa de Borbon, despues de encontrar para su hijo un honroso asilo, volvió á Parma, y el 5 de mayo, cinco dias despues de su partida, anunciaba su regreso á los parmesanos en los siguientes términos:

«Los desórdenes del primer dia de este mes, aunque verificados contra la voluntad de la inmensa mayoría de los ciudadanos fieles, los cuales rara vez expresan sus leales y excelentes intenciones fuera de sus propios hogares, han justificado mi prevision maternal en pro de la seguridad de mis queridos hijos.

«Sin embargo, derribada la autoridad ilegítima é intrusa por la fidelidad de las tropas reales, y devuelto el poder á mi comision de gobierno, he regresado inmediatamente en medio de vosotros para encargarme otra vez de la regencia, de acuerdo con el unánime sufragio de las autoridades constituidas, de la municipalidad, y de los habitantes mas notables del país.

«Cifrada mi confianza en la lealtad de las tropas y del pueblo, permaneceré en la actitud expectante que es para nosotros de absoluta necesidad, y que, prescrita por el verdadero espíritu de los tratados, debe ser la salvaguardia del país, en cuanto la justicia y caballerosidad de las potencias beligerantes no ha de permitir que se ofenda á quien no ataca y á quien cumple su deber conservando el órden, hasta que la prudencia de la Europa tome las convenientes resoluciones para restablecer la paz de un modo permanente.»

Tan noble resolucion no pudo sin embargo ser llevada á cabo; la impaciencia del pueblo, por una parte, que deseaba compartir los triunfos y peligros de sus compatriotas, las varias manifestaciones verificadas en el Ducado contra la neutralidad que proclamara la duquesa, y las exigencias austriacas, por otra, obligaron á Luisa de Borbon á cejar en su acertado propósito. Cuatro dias despues de la batalla de Magenta, el 8 de junio, el gobernador de la fortaleza de Plasencia enviaba á la duquesa un correo portador de una importante comunicacion, informándola de que órdenes superiores le obligaban á evacuar con todas sus fuerzas la ciudad y la ciudadela, y excitándola á dirigirse sin pérdida de momento á Viena por Verona y Mantua, á fin de no comprometer su seguridad personal.

Vivamente conmovida por semejante comunicacion, la regente dió libre curso á sus lágrimas por espacio de una hora; pero acordándose luego de que era princesa, y que descendia de una familia de reyes tan torturada por las vicisitudes humanas, recobró toda su energía para tomar y prescribir las disposiciones de la marcha. Manda comparecer ante ella al síndico de Parma y al director de policía, autoriza á la municipalidad para que, con la asistencia de treinta personas notables del país, tome las medidas mas necesarias, y absolviendo á las tropas del juramento de fidelidad, dirigió al pueblo la siguiente proclama, impresa á la vez de tristeza y de moderacion:

«A vosotros todos, habitantes de este Estado, y á la historia, dejo el cuidado de decir cuál ha sido el gobierno de mi regencia.

«Ideas exaltadas, halagüeñas para los corazones italianos, han venido á impedir las mejoras pacíficas y liberales á las que consagraba toda mi solicitud.

«Los acontecimientos que se suceden me han colocado entre dos exigencias contrarias. Trátase por una parte de intervenir en una guerra considerada como nacional, y por otra de no infringir los tratados bajo cuyo régimen se hallaban Plasencia y todo el Estado mucho antes de que fuese llamada á gobernarlos.

«Ni quiero oponerme á los deseos de la Italia, ni faltar á la lealtad. No pudiendo, pues, conservar una neutralidad, que parecian aconsejarme las condiciones excepcionales en que nos han puesto los tratados, impelida por los acontecimientos, cedo á la necesidad, é invito á la municipalidad de Parma á que nombre una comision de gobierno para mantener el órden, asegurar las personas y los bienes, ocuparse en la administracion pública, dar un destino conveniente á las tropas reales, y tomar por último todas las medidas que reclamen las circunstancias.

«Me retiro á un país neutral cerca de mis amados hijos, declarando

reservarles plenos y enteros sus derechos, que confio á la justicia de las grandes potencias y á la proteccion de Dios.

«Honrados habitantes de todas las municipalidades del Ducado, siempre por do quiera vuestro recuerdo será grato á mi corazon.

«Parma, 9 de junio de 1859.

«LUISA, regente.»

Tomadas estas disposiciones, marcha en silla de posta hácia Verona y Suiza, negándose formalmente á dirigirse á Viena, y abandona otra vez su capital en medio de un religioso y profundo silencio; parte con dignidad, sin manifestar odio ni cólera, y la historia debe tener en cuenta su conducta para enaltecer la nobleza de sentimientos que la misma revela.

El dia 12 del mismo mes, la municipalidad envió al rey Victor Manuel una diputacion elegida en su seno para renovarle la solemne expresion del acuerdo tomado en 1848, para la reunion de aquel Estado al reino de Cerdeña. Semejante resolucion fué anunciada en estos términos por la comision de gobierno á los habitantes del Ducado:

«Ciudadanos! un nuevo órden de cosas acaba de inaugurarse en Parma; la municipalidad, renovando por medio de un acuerdo solemne la anexion de Parma al reino sardo decretada en 1848, envió ayer una diputacion al rey Victor Manuel para manifestarle los deseos del país. La comision de gobierno no puede en tanto tomar disposiciones de un carácter definitivo, en razon al mandato temporal de que se halla investida, y debe limitar su accion á lo que sea necesario para la conservacion de la seguridad y del órden, y para preparar la entronizacion del nuevo gobierno.

«En tan grave y difícil mision, la comision de gobierno tiene el consuelo de verse auxiliada con valor y celo por la comision de seguridad y de defensa, por los cuerpos de la guardia nacional, de gendarmes y de aduaneros, y finalmente por la mayor parte de los habitantes, algunos de los cuales han abandonado, para servir á su país, el trabajo que les daba vida.

«Al elogiar la conducta y la cooperacion de los buenos ciudadanos, promete que los que se hagan culpables para con el país serán sometidos al rigor de las leyes.

«Tenga el país confianza en la comision de gobierno, deseosa únicamente de conservar el órden y la tranquilidad, á fin de poder decir á la persona que el rey Victor Manuel envie para representarle: «Parma es digna hija de esa Italia á quien Dios ha prodigado la grandeza y los infortunios.»

El primer acto de la comision fué instituir la guardia nacional y organizarla segun las leyes y disposiciones vigentes en los Estados sardos, y el pueblo, si bien experimentaba cierta simpatía por la duquesa regente, se asoció con vivo entusiasmo á las esperanzas de la nacionalidad italiana. Los triunfos de los aliados llenaban de alegría los corazones todos, y la bandera italiana con la cruz de Saboya desplegó sus colores en la torre de la ciudadela.

Hemos dicho que los austriacos habian evacuado Plasencia, y algunas horas despues, el consejo cívico y la comision provisional de gobierno anunciaban la anexion de aquella ciudad y su territorio á la Cerdeña y el restablecimiento del pacto celebrado en 1848 con el rey del Piamonte.

El consejo cívico de Plasencia adoptó por unanimidad la resolucion siguiente:

«En 1848, Plasencia y su ducado, llamados á deliberar acerca de su gobierno político, proclamaron por unanimidad su anexion al Piamonte bajo la dinastía de Saboya; en 1849 las armas austriacas han impuesto á este país un gobierno contrario á nuestros votos, y lo han sostenido hasta el dia en que el enemigo ha abandonado nuestra ciudad; pero hoy que no existe la fuerza extranjera que nos mantenia separados del gobierno piamontés, Plasencia y el ducado vuelven bajo el gobierno de Victor Manuel, de ese rey que por su lealtad y su valor ha adquirido tantos derechos al afecto de los italianos.»

Al mismo tiempo la municipalidad dirigia á los habitantes la siguiente proclama:

«Habitantes de Plasencia! nuestro eterno enemigo, el opresor de Italia, derrotado y ahuyentado en muchos y rápidos combates por las invencibles armas franco-italianas, ha abandonado Plasencia, destruyendo los numerosos fuertes que recientemente construyera. Plasencia es libre, y puede hoy renovar el pacto que con admirable y universal asentimiento de todos, fué la primera entre las ciudades de Italia en celebrar con el ilustre mártir de la independencia italiana, el magnánimo Carlos Alberto, de santa memoria.

«La municipalidad, representante natural del pueblo, ha proclamado por unanimidad el pacto despues de deliberar con gran número de ciudadanos, y ha elegido una comision provisional de gobierno compuesta de los abogados José Manfredi, marqués José Mischi y Fabricio Gavardi. Dicha comision gobernará la ciudad y el ducado de Plasencia hasta que llegue entre nosotros el comisario del rey italiano, que, con el generoso Napoleon III, sostiene en el territorio lombardo la última guerra de la independencia nacional.

« Habitantes! la digna y tranquila actitud que habeis mostrado durante los dias de infortunio, dice mucho en vuestro favor! Hoy que ha cesado la compresion, os mostrareis fieles á vosotros mismos, y mientras vuestros hijos sufrirán las fatigas y los peligros de la guerra, todo buen ciudadano será depositario del honor del país.

« Viva Victor Manuel! Viva Napoleon III! Viva la Italia! Viva la Francia! Vivan las naciones hermanas! »

El gobierno provisional á su vez, al tomar posesion del poder, dirigió la palabra al pueblo en los siguientes términos:

« Ciudadanos! el yugo y la usurpacion han cesado. En virtud del unánime y espontáneo voto de todos vosotros, nos hallamos de nuevo reunidos con el reino del cual nuestros corazones no se separaron jamás durante los once años que ha dominado la fuerza. El rey magnánimo, el primer soldado del valiente ejército de la independencia italiana, es hoy nuestro monarca, y nuestra bandera es la bandera nacional.

«Conciudadanos! al tomar el gobierno de este ducado en nombre del rey Victor Manuel hasta que llegue entre nosotros el comisario real, tenemos el consuelo en medio de las dificultades que encierra la mision con que nos habeis honrado, de ver que la concordia, la dignidad y la cordura de todas las clases, corresponden á la elevada idea de nacionalidad y á los solemnes dias en que la Italia verifica su emancipacion. Firmes en estos sublimes principios de libertad y de órden, de virtud y de gloria, gritemos todos:

« Viva Victor Manuel, nuestro rey! Viva la Italia! »

Si nos extendemos en la relacion de los sucesos ocurridos en la Italia central, si insertamos íntegras las proclamas de las municipalidades y de los gobiernos provisionales, es para dar una exacta idea del espíritu que á aquellos paises animaba hace muy poco tiempo, para que pueda venirse en conocimiento de si será ó no conforme con él el definitivo arreglo que sufra la cuestion italiana, y de si tendrá ó no por lo tanto probabilidades de estabilidad.

Lo que sucedia en Italia tenia todos los caracteres de un movimiento nacional; ya antes de estallar la guerra importantes manifestaciones y escritos aclamados por la multitud, anunciaban que todas las partes de Italia contribuian á la agitacion, cuyo foco era el Piamonte; este movimiento se precisó luego, y los acontecimientos posteriores, además de indicar la ruina del régimen que sobre la Italia pesaba, indicaron la direccion política del movimiento, que hasta ahora, preciso es reconocerlo, es enteramente unitario, y busca en el rey Victor Manuel su personificacion. Así pues las revoluciones causadas por la guerra pre-

pararon al mismo tiempo la organizacion política á que aspira la Italia, aspiracion que en el momento en que escribimos es con evidencia la unidad. Las ideas de confederacion que tan populares fueron en 1848, han sido dejadas muy atrás, y en las interesantes cartas que tenemos á la vista, escritas por influyentes jefes del movimiento, se califica el federalismo de Gioberti de desatino doctrinario, y poco falta para que se hable de él como sucedia en Francia en tiempo de la Convencion, en que el cargo de federalismo fué dirigido contra los girondinos de un modo tan injusto como cruel. Señalamos esta tendencia, no la discutimos, y nos limitaremos á decir que bajo el punto de vista de una guerra de independencia, la unidad fué una buena inspiracion del patriotismo italiano: la Italia que necesitaba el auxilio extranjero, hacia bien en atenuar semejante necesidad, llevando el mayor número posible de italianos á los campos de batalla, y era evidente que sus esfuerzos militares no podian producir todo su efecto sino disciplinándose al rededor del monarca italiano, que sostenia en sus manos la bandera de la independencia. Ignoramos, y creemos difícil, si terminada la lucha podrá establecerse en Italia la unidad que es sin duda la aspiracion del momento; es fácil que aun durando aquella se noten síntomas de division entre los hombres que quisiesen conservar la autonomía de sus respectivos Estados y los que deseasen refundirlos en una sola nacion; mas la unidad era el triunfo seguro en la guerra que sostenia la Italia, y al patriotismo de los italianos tocaba relegar al porvenir sus particulares opiniones, olvidar por un instante sus divisiones antiguas, y marchar al combate con la bandera que fuese para ellos mas segura prenda de victoria, aun cuando en tiempo de paz no hubiesen querido verla ondear sobre sus cabezas.

A la hora en que estas líneas escribimos, la guerra ha terminado en Italia, y no ha terminado todavía la dominacion extranjera; para nosotros, segun dijimos en las primeras páginas del presente relato, el mal que padece la Península consiste todo en la dominacion del extranjero, no creemos que puedan salvarla las acaloradas discusiones á que se entregan los unitarios y los autonómicos, ni tampoco el entusiasmo de los pueblos centrales en favor de la dominacion piamontesa. Las discusiones de que en este momento es teatro la Italia solo estarian en su lugar despues de la completa expulsion del extranjero, ahora las creemos casi inútiles y perjudiciales para la buena armonía que ha de reinar entre los Estados italianos todos, para continuar y completar algun dia la obra de emancipacion en tan mal hora suspendida.

En Módena ocurria lo mismo que en Parma. Francisco V se habia mostrado siempre fiel aliado del Austria, y desde el principio de la guerra declaró el gobierno piamontés considerarle como otro de sus enemigos. Las ciudades de Massa y Carrara fueron anexionadas, como

ya hemos dicho, al reino piamontés, y las tropas toscanas del general Ulloa, requeridas por el comisario sardo en Florencia, rechazaron á los soldados de Este que intentaban someterlas de nuevo á la dominacion ducal.

Francisco V, que no se creia en seguridad en sus Estados, resolvió abandonarlos, y nombró una comision que debia gobernar en su puesto y lugar, devolviéndole intacto á su regreso el poder que le confiaba. Los acontecimientos sin embargo debian decidirlo de otro modo.

El dia 12 de junio un cuerpo austriaco, procedente de Bolonia, llegó á Módena rodeado al parecer de profundo misterio, no tardando en saberse que era aquel el último resto de los ejércitos austriacos que habian ocupado los ducados y las legaciones, y que solo entraba en Módena para incorporar á sus filas la guarnicion y verificar su retirada.

Semejante rumor se convirtió en breve en certeza, siendo esta la señal de una verdadera explosion; despues del primer momento consagrado á la alegría, pensóse únicamente en cortar á los austriacos el camino de Bresello, pero los modeneses no tuvieron tiempo para verificarlo. Al dia siguiente muy de madrugada los imperiales evacuaron la ciudad.

La poblacion no habia esperado su partida para enarbolar la bandera tricolor en todos los monumentos públicos, ni para adornarse con escarapelas italianas. Apenas habian pasado las puertas de Módena los últimos croatas, cuando las campanas fueron echadas á vuelo en señal de público regocijo.

Dos horas despues, una reunion de mas de dos mil jóvenes pertenecientes á las primeras familias de la ciudad, á los cuales no tardó en unirse la poblacion entera, se dirigió al palacio ducal, donde se hallaba establecida la regencia. Los miembros de ella, de antemano advertidos, creyeron deber separarse para impedir desagradables sucesos.

La multitud se dirigió entonces al palacio municipal, donde proclamó como miembros del nuevo gobierno á los ciudadanos José Tivelli, Pedro Muratori, Emilio Nardi, Juan Montanoui y Egidio Boni, siendo el primer acto del nuevo poder el instituir una guardia nacional y proceder á su inmediato armamento. Envióse una diputacion al cuartel general del rey de Cerdeña, á fin de ofrecerle la anexion del ducado á su corona, y abriéronse registros en las casas consistoriales para los voluntarios deseosos de tomar parte en la guerra de la independencia.

En medio de tales acontecimientos, la actitud del pueblo no cesaba de ser digna y su conducta exenta de toda licencia, hecho notable en las revoluciones todas de aquellos reducidos paises, consumados sin violencia y sin efusion de sangre.

El 15 de junio el *Diario oficial* de Módena apareció con la cruz de Saboya y decia lo siguiente:

«La regencia instituida por el duque Francisco V ha sido derribada, y la municipalidad anuncia á los habitantes que dentro de pocas horas, y en virtud de una peticion dirigida al campamento de los aliados, llegará un comisario real sardo, al cual se apresurará la municipalidad á hacer entrega de todos sus poderes.»

Dicho comisario era el abogado Luis Zini, cuya llegada precedió de pocas horas á la de un cuerpo real sardo, cuya mision era mantener el órden en el territorio.

Poco despues, M. Farini, diputado, era nombrado gobernador de los Estados de Módena, y el conde Pallieri gobernador de los Estados de Parma.

Semejantes cambios, semejantes anexiones, no podian tener lugar sin mediar protestas por parte de los antiguos soberanos, notas por parte de las potencias europeas, interesadas en las distribuciones de territorio capaces de alterar el equilibrio establecido, y explicaciones por parte del gobierno á quien aprovechaban. En 14 de junio el conde de Cavour habia ya dirigido á los representantes del rey de Cerdeña cerca de las cortes extranjeras una nota circular, explicando las causas y el objeto de la guerra que proclama altamente ser la independencia italiana y la exclusion del Austria de la Península, añadiendo que «no se turbaria el equilibrio europeo con el aumento territorial de una gran potencia, y que se crearia en Italia un reino fuertemente constituido tal como lo indica la naturaleza por medio de la configuracion geográfica, de la unidad de raza, de idioma y de costumbres, y tal como la diplomacia habia querido constituirlo en otros tiempos en comun interés de la Italia y de la Europa (parte cuarta, L).»

En 16 de junio el mismo ministro dirigió otra circular á los representantes de su nacion, en la que trató especialmente de la posicion excepcional de los ducados de Módena y de Parma, resultado de los tratados particulares que dichos ducados habian celebrado con el Austria, y que no permitian considerarles como paises neutrales. Para explicar y justificar por otro concepto la conducta del gobierno sardo, recuerda que ambos ducados solicitaron su anexion al Piamonte despues de proclamar la deposicion de sus antiguos gobiernos (parte cuarta, LI).

Estos sucesos no podian pasar desapercibidos para el gobierno de la Gran Bretaña, y en 28 de junio lord John Russell dirigió al embajador inglés en Turin una nota, diciendo que la Inglaterra solo podia considerar como provisionales aquellas anexiones de territorio (parte cuarta, LII), pretension que no parece muy conforme con la nota envia-

da por el conde de Cavour al marqués de Azeglio, embajador de Cerdeña en Lóndres que puede leerse en la Parte cuarta, LIII.

El *Monitor* francés mezclóse tambien en la cuestion, y expresó las miras del gobierno de Napoleon III respecto de los sucesos ocurridos en la Italia central; las palabras del gobierno del emperador y lo que para él significan las anexiones expresadas, no parecen muy conformes con lo manifestado por el gabinete de Turin, pues solo reconocen en ellas como la Inglaterra un carácter transitorio y provisional, sin prejuzgar en nada las combinaciones del porvenir (parte cuarta, LIV).

En la Parte cuarta, LV, insertamos la protesta que desde San-Gall (Suiza) publicó la duquesa regente de Parma contra los actos de rebelion ejercidos por los pueblos del ducado, contra la conducta observada por el gobierno piamontés, y contra todos los que en el curso de las vicisitudes políticas hubiesen atacado ó ataquen de cualquier modo los derechos de su hijo el duque Roberto I.

Gran parte de las tropas de ambos ducados se unieron con el ejército austriaco; las parmesanas llegaron á Mantua el 13 de junio, y las modenesas el 14. Fatal error que convertia en fratricida una guerra de independencia nacional!

Nápoles habia visto sucumbir á su rey Fernando II el 22 de mayo, y subir al trono al jóven Francisco II, el cual, si bien no adoptó una marcha tan liberal como debia desearse en vista de la situacion de Italia, manifestó intenciones de apartarse de la senda seguida por su padre en el gobierno interior de sus Estados. El advenimiento del nuevo soberano fué anunciado á los pueblos de Nápoles en los siguientes términos:

«Francisco II, etc., etc.

«Por el triste acontecimiento de la muerte de nuestro augusto y amado padre, Fernando II, Dios nos llama á ocupar el trono de nuestros ilustres antepasados; acatando profundamente sus impenetrables designios, confiamos con firmeza é imploramos su misericordia para que nos conceda especial ayuda y constante asistencia, á fin de cumplir los nuevos deberes que nos impone, tanto mas graves y difíciles, cuanto que sucedemos á un monarca grande y piadoso, cuyas heróicas virtudes y sublimes méritos no serán jamás harto enaltecidos.

«Protegido por el Todopoderoso procuraremos mantener el respeto debido á nuestra religion, la observancia de las leyes, la administracion recta é imparcial de justicia, y la prosperidad del Estado, á fin de que, segun los decretos de la Providencia, quede asegurado el bienestar de nuestros felices súbditos.

«Y queriendo que el despacho de los negocios públicos no sufra dilacion alguna,

«Hemos resuelto y decretamos que continúen en sus puestos las autoridades todas del reino de las Dos Sicilias.

«Caserta, 22 de mayo de 1859.»

Los primeros actos de la nueva administracion fueron llamar al poder al general Filangieri, cuya elevacion promete un gobierno accesible á las medidas progresivas, y publicar una amnistía para los delitos políticos, que borró muchas injusticias é hizo cesar crueles persecuciones. La corte de Nápoles reanudó sus relaciones diplomáticas con las de Francia y de Inglaterra, y todo anunciaba que si el nuevo rey no queria llevar su bandera á los campos en que se peleaba por la independencia italiana, renunciaba á lo menos al opresor sistema de gobierno seguido por su difunto padre y reprobado por la Europa entera.

La agitacion de que era presa gran parte de la Italia, la lucha de que eran teatro las llanuras piamontesas y lombardas, y las victorias de los aliados, no podian menos de producir en Nápoles viva sensacion. Despues de la victoria de Magenta intentáronse algunas demostraciones delante de la embajada sarda, pero la presencia de las tropas y las enérgicas medidas tomadas por la autoridad, hicieron que el órden no fuese turbado, habiendo atravesado el reino de Nápoles la presente crísis sin conmocion ni violencia alguna.

Vamos á ocuparnos ahora de otros sucesos mas graves así por el país en que tenian lugar, y por el poder á que atacaban, como por las consecuencias que sin duda han tenido en lo que ha dado en llamarse desenlace de la cuestion italiana; nos referimos á lo ocurrido en las legaciones. Debiendo tratar aquí de la augusta persona del sucesor de san Pedro, y de una autoridad que consideran inviolable y sagrada las conciencias de los católicos de todos los paises, se comprenderá fácilmente que nos mostremos parcos de observaciones, limitándonos á referir los hechos, sin dejar por esto, como practicamos ya en otra ocasion, de insistir sobre la inconsecuencia que los mismos entrañan contra los actos de Napoleon III.

En efecto, italianos los romanos como los naturales de Toscana, de Parma y de Módena, era natural que considerasen justo para ellos lo que en aquellos paises era no solo tolerado sino fomentado: Leopoldo II accede á dar una constitucion á su pueblo, á celebrar una alianza con el Piamonte, y á pesar de esto es casi expulsado de su capital. Luisa de Borbon declara querer conservarse en la mas estricta neutralidad, la conserva en lo que cabe, atendida la debilidad de sus fuerzas, y sin embargo, segun habia sucedido en Toscana, el gobierno sardo nombra un comisario real que ejerce en su ducado actos de soberanía, las tropas franco-sardas invaden su territorio, y el Piamonte acaba por declararlo

unido á su monarquía. Los toscanos y modeneses pueden expresar con toda libertad sus votos, pueden enarbolar la bandera italiana y abatir la de sus príncipes, pueden formarse en batallones y marchar en defensa de la causa nacional, y los romanos ni siquiera pueden manifestar el alborozo que les causan los triunfos de sus hermanos. ¿Por qué semejante diferencia? ¿Por qué reprimir en una parte hasta con la amenaza de la fuerza lo que se fomenta en otras? Se dirá que Napoleon III habia garantido al Papa la integridad de sus Estados, pero mal se aviene semejante garantía en el que marchaba á Italia para destruir igual promesa hecha por el Austria á los gobiernos de Toscana, de Módena y de Parma. Napoleon III para ser lógico debia, si no reprimir, no fomentar al menos los movimientos de Florencia y de los dos ducados; á no contar estos con la proteccion de la Francia, á buen seguro que no habrian derribado á sus gobiernos, los cuales no hubieran deseado mas que conservarse neutrales; entonces, es cierto, no habria podido presentarse en Italia con la falsa aureola de protector de las aspiraciones populares, pero no hubiera incurrido tampoco en el contrasentido de que mientras el jefe de su 5.º cuerpo de ejército excitaba á los toscanos á tomar las armas, á constituir el gobierno que mejor se aviniera con sus deseos, el general Goyon, su gobernador en Roma, prohibia á los romanos el salir en grupos por las calles, y les amenazaba con emplear la fuerza si se hacian eco de las aclamaciones ardorosas de que tan envanecidos se mostraban los franceses en otros puntos de Italia.

Los habitantes de los Estados pontificios que no creian en semejante inconsecuencia, ó que no pensaban llegase jamás al extremo de castigar en ellos lo que se calificaba en los demás de acendrado patriotismo, hicieron lo que los otros italianos luego que los austriacos, á consecuencia de la batalla de Magenta, abandonaron las posiciones que en aquel territorio ocupaban. Bolonia fué evacuada por los austriacos el 12 de junio, y el cardenal legado se apresuró á publicar la siguiente proclama:

«Habitantes de Bolonia:

«La guarnicion austriaca ha abandonado la ciudad; pero esto no obstante, continúan subsistiendo los solemnes pactos en virtud de los cuales la soberanía de Su Santidad es protegida por la palabra de ambos emperadores católicos que se hallan en guerra. Apelo al buen sentido de esta ciudad y de esta provincia; agrúpense á su alrededor todos los amigos del órden para conservarlo y defenderlo, y lo será si se respeta el primero y el mas sagrado de todos los derechos, el del monarca, el de Su Santidad.

«Bolonia, 12 de junio de 1859.

«G. cardenal MILESI.»

Sin embargo, la ciudad de Bolonia, entusiasta por la causa nacional, quiso asociarse al movimiento italiano, y obligando al legado á abandonar su residencia, quitó las armas pontificias de los edificios públicos, izó la bandera italiana, hizo causa comun con las pocas tropas que habia en la ciudad, y proclamó la dictadura de Victor Manuel. La revolucion no tardó en comunicarse á las demás ciudades de las Legaciones: Ferrara, Ravena, Imola, Forli, Ancona y Perusa, manifestaron iguales simpatías por la causa nacional, y todas ellas ofrecieron el protectorado de sus territorios á Victor Manuel. Júzguese, empero, de su sorpresa al oir del rey del Piamonte la siguiente contestacion:

«Haced comprender á los patriotas de Bolonia y de las demás ciudades de la Romanía que en las actuales circunstancias todo acto, toda resolucion inconsiderada, podria comprometer la causa de la independencia. No quiero que la Europa pueda acusarme de obrar únicamente por ambicion personal, y de sustituir la dominacion piamontesa á la opresion austriaca. Su Santidad, el verdadero jefe de los fieles, permanece al frente de su pueblo; no ha abandonado, como los soberanos de Parma, de Módena y de Toscana, su autoridad temporal, que debemos no solo respetar, sino consolidar, y reprobaré cualquier acto subversivo contrario á la equidad y perjudicial para la noble causa que servimos. No olvidemos que Pio IX es un príncipe italiano.»

Pio IX no podia guardar silencio contra el movimiento sedicioso que sustraia de su obediencia y autoridad parte del patrimonio de la Iglesia, y en 18 de junio dirigió á los patriarcas, arzobispos y obispos una encíclica semejante á un grito de dolor, en la que, «reprobando y deplorando los actos de rebelion con los cuales una parte del pueblo en las provincias sublevadas despreciaba con tanta injusticia su celo y sus paternales cuidados, declaró solemnemente que la soberanía temporal que se esforzaban por quitarle los pérfidos enemigos de la Iglesia de Jesucristo, es necesaria á la Santa Sede para que pueda ejercer sin obstáculo su sagrada autoridad en bien de la religion.» Su Santidad exhorta á los prelados á que unan sus oraciones á las suyas, y termina declarando en alta voz, «que, revestido de la virtud celeste que Dios, oyendo las súplicas de los fieles, habia de comunicar á su debilidad, arrostrará todos los peligros y sufrirá toda clase de pruebas antes que faltar en nada á su deber ó hacer cosa alguna contra la santidad del juramento, por el cual se ligó, cuando, á pesar de su indignidad, fué elevado por la voluntad divina á la suprema sede del Príncipe de los Apóstoles, ciudadela y baluarte de la fe católica. Parte cuarta, LVI.»

No satisfecho aun Su Santidad levantó su voz, no triste y dolorida ya, sino poseida de las santas iras de la Iglesia contra los hombres que

eran causa del escándalo que sufria la cristiandad; de nuevo estableció la inviolabilidad del patrimonio eclesiástico, recordó los Sagrados Cánones, las Constituciones apostólicas y los decretos de los Concilios generales, y especialmente del Tridentino, que imponen excomunion mayor y otras penas y censuras eclesiásticas contra los que, de cualquier modo, ataquen el poder temporal del romano Pontífice; fulminó dichas penas contra los que en Bolonia, Ravena, Perusa y otras partes se atrevieron con actos reales, consejos, aquiescencia ó de cualquier otro modo, ó violar, alterar y usurpar su poder y jurisdiccion temporal, y concluyó rogando al clementísimo Padre de las misericordias «para que amaneciese cuanto ántes el apetecido dia, en el cual, arrepintiéndose aquellos hijos y volviendo á ser recibidos con alegría en el seno paterno, pudiese Su Santidad ver restablecidos en toda la jurisdiccion de su territorio pontificio el órden y la tranquilidad sin amago de perturbacion alguna. «Con esta confianza en Dios, añade, abrigamos tambien la de que los príncipes de Europa procurarán como en otro tiempo emplear ahora todos sus consejos y esfuerzos para defender y conservar íntegro el principado temporal Nuestro y el de esta Santa Sede, pues á todos y á cada uno interesa, en gran manera, que el romano Pontífice goce de plenísima libertad para que pueda atender, como es debido, á la tranquilidad de la conciencia de los católicos residentes en los territorios de los mismos príncipes. Cuya esperanza se aumenta por cuanto nuestro Hijo carísimo en Jesucristo, el emperador de los franceses, ha manifestado que, á pesar de estar en Italia las tropas de su nacion, no solo no harán nada contra el gobierno temporal Nuestro y de esta Santa Sede, sino que lo defenderán y conservarán. Parte cuarta, LVII.»

La conducta del gobierno pontificio estuvo acorde con sus enérgicas palabras: la ciudad de Perusa fué atacada el dia 20 de junio por un regimiento suizo, un batallon de cazadores y algunas piezas de artillería; los habitantes, aunque desprovistos de recursos, quisieron resistirse, y despues de cuatro horas de combate, las tropas pontificias penetraron en la ciudad, donde se entregaron, segun es fama, á reprensibles excesos. Un grito de dolor resonó en la Italia entera, pues el crímen de Perusa era el mismo que el de Florencia y de tantas otras ciudades; habíase pronunciado en favor de una causa que los soberanos aliados habian llamado tantas veces santa y justa, y habia enviado al ejército franco-sardo la flor de su juventud. En la parte cuarta, LVIII, insertamos el parte dado por el jefe de las fuerzas pontificias que tomaron parte en tan deplorable lucha.

Casi al mismo tiempo en que el rey Victor Manuel dirigia á los enviados de las ciudades romanas sublevadas las palabras que mas arriba hemos trascrito, negándose á aceptar la dictadura que se le ofrecia, su ministro el conde de Cavour escribia á dichos comisionados una carta

que hacia completamente ilusoria la negativa de S. M. Decia así:

«Turin, 28 de junio de 1859.

«Señores: S. M. el rey me manda dar gracia á VV. SS. por la exposicion que se le ha dirigido en nombre de los pueblos de la Romanía, exposicion en la cual, consignando el deseo de ser agregadas al Piamonte, solicitan dichas poblaciones la dictadura de nuestro soberano. S. M., preocupado exclusivamente por la idea de librar á la Italia del yugo extranjero, no puede condescender á un acto que, suscitando complicaciones diplomáticas, tendería á hacer mas difícil la realizacion de este objeto. Sin embargo, reconociendo el noble y generoso sentimiento que ha inducido á esos pueblos á cooperar á la guerra sostenida en apoyo de esta gran causa por el Piamonte y su generoso aliado el emperador de los franceses, no puede negarse, á pesar de su profundo respeto hácia Su Santidad, á tomar bajo su direccion las fuerzas que esos paises organizan en la actualidad, y que se disponen á poner al servicio de la independencia italiana. S. M. cumplirá de este modo la doble tarea de dirigir la cooperacion de la Romanía en la guerra, y de impedir que el movimiento nacional, que acaba de verificarse, degenere en desórden y anarquía.

«Debo añadir que S. M. ha resuelto nombrar comisario á este efecto al caballero Máximo de Azeglio, quien ha aceptado este cargo.»

Semejante resolucion del gabinete de Turin hizo que se reunieran en Bolonia gran número de oficiales piamonteses, al objeto de organizar las fuerzas del país, y que este negara toda obediencia al gobierno del Papa. Los voluntarios romanos de la division Mezzo-Capo salieron de Toscana para la Romanía, introdujeron allí millares de fusiles para armar á los sublevados, y en la tarde del dia 6 de julio entró en la ciudad un batallon de bersaglieri y un regimiento de línea piamontés entre las aclamaciones del pueblo, mientras que otras tropas sardas, penetrando en territorio pontificio, ocupaban Torte, Urbano y Castelfranco. M. de Azeglio llegó á Bolonia el dia 11, y ocupóse sin pérdida de momento en organizar las fuerzas del país, ignorándose contra quien, si bien los órganos de la opinion pública de Bolonia afirmaban ser contra el soberano legítimo. No bastó á desvanecer semejante opinion la proclama publicada por aquel enviado á su llegada á Bolonia, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

«No vengo para prejuzgar cuestiones políticas ó de soberanía intempestivas ahora; vengo únicamente para realizar en estas predilectas provincias el acertado consejo de Napoleon III: Sed hoy soldados si

quereis ser mañana ciudadanos libres é independientes. No os invito al reposo, sino á la fatiga; no os traigo la licencia, sino el órden y la disciplina.

«Olvidad los amargos recuerdos del pasado; daos todos la mano como hermanos, y pensad que al querer ser libre, no tiene la Italia sino una sola voluntad.

«Viva Victor Manuel y la independencia italiana!

«Bolonia, 11 de junio de 1859.

«Máximo de Azeglio.»

La importancia del personaje elegido para desempeñar el cargo de comisario sardo en las Legaciones, manifestaba el sumo tacto que creia el gobierno deber emplearse en tan delicada mision; el talento empero del enviado no fué bastante para superar los obstáculos de la embajada: en vano dijo ser su mision puramente militar, en vano alegó no presentarse como hombre de Estado sino como el soldado de la independencia que fué herido en 1848 combatiendo por la causa nacional; era imposible no ver en él un poder extraño é incalificable dentro de un estado independiente y libre, cuya neutralidad habia sido reconocida y merecido protestas de amor y respeto por parte de aquellos mismos que entonces la desconocian. El gobierno de Su Santidad no podia permanecer indiferente ante aquellas violaciones de su poder y de su territorio, y en una nota dirigida á los representantes de las potencias extranjeras denuncia dichos actos, reclama y protesta contra ellos, é implora el apoyo y proteccion de las naciones europeas (Parte cuarta, LIX).

No era solamente en Italia donde se preparaban los aliados para descargar rudos golpes contra el poderío austriaco; acordábanse de la heróica lucha que sostuviera la Hungría en 1848 en defensa de sus libertades y franquicias, y pensaban en renovarla para aniquilar el imperio de la casa de Hapsburgo. Prescindiendo de la parte impolítica que pudiera tener semejante proyecto, pues la existencia del Austria, Estado organizado para la defensiva mas que potencia ofensiva, es indispensable á la Europa para constituir una barrera á las usurpaciones rusas, ideas que hemos vertido ya en otra parte de la presente obra, tócanos referir en pocas palabras el insignificante papel que se ha hecho desempeñar al ex-dictador húngaro en la contienda italiana.

La primera vez que resonó el nombre de Kossuth entre el estrépito de armas que llenaba la Europa, fué en un *meeting* celebrado en Manchester durante el mes de mayo; el ex-dictador, dijo que el curso de los acontecimientos habia de obligarle en breve á empuñar la espada en favor de su país, deseoso de sacudir cuanto antes el yugo del Austria, y excitó á la Inglaterra á no mezclarse en la contienda. Algun tiempo despues marchó á Francia, por cuyo territorio se le habia negado el

paso algunos años antes, y que le recibia entonces con honores y muestras de deferencia; celebró varias conferencias con los ministros del emperador Napoleon III, y llegó á Génova donde le esperaban ya muchos emigrados húngaros, entre otros los generales Klapka, Czest, y Veter, y cuya poblacion, viendo en él un nuevo auxilio para la causa que defendia, le tributó una entusiasta acogida.

Al mismo tiempo difundióse entre las filas del ejército austriaco una proclama dirigida á los húngaros que formaban parte del mismo, concebida en estos términos:

«El grande ejército franco-sardo, despues de librar á la Italia del yugo austriaco, entrará en Hungría para que vuestra patria quede tambien libre cuanto antes. Los franceses y piamonteses son vuestros aliados y hermanos; no lucheis contra ellos, pues esto equivaldria á un suicidio. Venid á nuestro lado: os aguardamos con la bandera tricolor de la Hungría, y si no podeis venir asociaos con las tropas italianas del Austria luego que se subleven.»

Esta proclama empero no produjo efecto alguno: los regimientos húngaros no abandonaron sus banderas y continuaron peleando con denuedo contra los enemigos del Austria, debiendo recurrir los aliados á los prisioneros de aquel pueblo para formar lo que llamaron *la legion húngara*.

Con ellos lograron formar una division compuesta de 5,000 hombres, y mientras los croatas, los bohemios y los alemanes eran trasladados al Africa, los húngaros quedaban acantonados en Acqui, Alejandría y Asti.

Ignórase que papel habrian desempeñado aquellas fuerzas en la lucha, y si habrian correspondido á las esperanzas que en ellas cifraban los aliados, pues sorprendiólas la paz cuando no se habia completado aun la organizacion de las mismas, y Kossuth, renunciando á las esperanzas que le hicieran concebir, debió emprender otra vez el camino del destierro.

Ya que de la Hungría hemos hablado, no podemos pasar en silencio un notable documento que ha visto recientemente la luz pública. Aludimos á la comunicacion de M. Szemere, ex-ministro presidente de Hungría, en la cual se manifiesta que la causa que aquel heróico pueblo quiso defender en 1848, y por la que quizás esté pronto todavía á derramar de nuevo su sangre, nada tiene de comun con las declamaciones á que el furibundo dictador se ha entregado en Inglaterra y en los Estados Unidos. El pueblo húngaro no luchó contra la monarquía ni tampoco para derribar del trono á la casa de Hapsburgo; peleó en defensa de sus instituciones, de su antigua constitucion, de su liber-

tad, de sus derechos, de sus leyes, y del pacto que medió entre aquel pueblo y la casa de Austria al formar parte del imperio. (Véase la parte cuarta, LX.)

Para terminar la exposicion de lo que ocurria en Italia al tiempo que los ejércitos aliados combatian en las llanuras de la Lombardía, digamos algo de lo sucedido en la ciudad de Venecia que esperaba con impaciencia la hora de la emancipacion, y extendamos nuestras miradas hasta las aguas del Adriático, donde los aliados se preparaban con sus fuerzas marítimas á descargar un nuevo golpe contra la dominacion austriaca en Italia.

Los venecianos no podian permanecer indiferentes ante los graves acontecimientos que inauguraron el año 1859, y tomaron no poca parte en la agitacion de que fué presa la Italia antes de estallar la guerra. Las victorias de la bandera italiana fueron saludadas en Venecia con secreto pero vivo entusiasmo, y la de Magenta fué causa de que los habitantes se entregasen á ciertas demostraciones que obligaron á las autoridades austriacas á recurrir á rigurosas medidas. Propalábanse por la ciudad las mas contradictorias noticias: ya los franceses victoriosos se acercaban á la ciudad, ya los austriacos habian repasado el Tessino en persecucion de los aliados, cuando el abandono de Milan desvaneció cuantas dudas cabian acerca de la suerte de la campaña. La aparicion en las aguas del Adriático de la escuadra francesa, no les dejó ya duda alguna acerca de los triunfos de sus libertadores; la poblacion en masa acudió á las inmediaciones del Faro, la alegría pública rayaba en delirio, y algunos habitantes se atrevieron por la noche á iluminar sus casas. En tanto el gobierno austriaco no descuidaba sus medios de defensa; el dia 17 obstruyóse la entrada del puerto de Venecia en Malamocco echando á pique un navío de línea, una fragata y tres vapores del Lloyd, y reuníase en los canales una escuadrilla de vapor.

Las fuerzas navales de la Francia en el Adriático comprendian cuatro divisiones, bajo el mando superior del vice-almirante Romain-Desfosses, y constaban de diez navíos de línea, cuatro fragatas de hélice, cuatro de ruedas, veinte y cinco baterías flotantes y otros buques; los contra almirantes Bouet-Willaumez, Jurien de la Gravière y Jehenne mandaban las tres divisiones, y la cuarta estaba bajo las inmediatas órdenes del almirante en jefe. El mando superior de las lanchas cañoneras se habia confiado al capitan de navío Roncière le Nourry.

La escuadra francesa salida de Tolon, hizo en su travesía numerosas presas, y llegó á las aguas de Venecia á últimos de junio; desde aquel momento empezó sus reconocimientos por la costa, sufriendo mas de una vez el fuego de las baterías austriacas: de sus observaciones resulta ser Venecia una de las ciudades mas solidamente fortificadas; solo por la parte del mar se halla defendida por el fuerte de Treporti, el de San

Erasmo, el de San Andrés, el del Lido y el de Santa Isabel, y por las baterías del Lido y de los Jardines, sin contar ocho baterías levantadas desde la declaracion de guerra, que se extendian desde el cementerio de los Judíos hasta el pueblo de Malamocco. Los buques franceses permanecieron algunos dias á la vista de Venecia sin entregarse á operacion alguna importante, y esperando que la entrada de los ejércitos de tierra en el Estado veneto les permitiera cooperar con una útil diversion á la total derrota de los austriacos, cuando el dia 12 de julio á las nueve de la noche, al tiempo que habia salido tambien al mar la escuadra sarda, compuesta de seis buques de vapor al mando del baron de Anvare, un parlamentario salido de Venecia llevó al almirante la noticia de la celebracion de un armisticio, y la órden de volver con su escuadra á la isla de Lossini á la brevedad posible. El dia siguiente los cañones que debian anonadar en Venecia el poderío austriaco, sirvieron para saludar el pabellon imperial enarbolado en sus fuertes, y los buques franceses marcharon á alta mar llevando consigo las últimas esperanzas de los infelices venecianos. En lugar oportuno diremos la sensacion producida en la antigua y poderosa república por el tratado que celebrara el digno heredero en Italia del negociador de Campo-Formio. En la Parte cuarta, LXI insertamos el parte dirigido al ministro de marina por el vice-almirante Romain-Desfosses, relativo á las operaciones de sus escuadras en el Adriático.

Fieles á nuestra mision de imparciales cronistas, ya que no podamos ni deseemos ocultar el modo como juzgamos nosotros los acontecimientos, no abandonamos nuestro propósito de que nuestros lectores hallen en este relato cuanto tiene referencia con la cuestion italiana en 1859, para que pueda servirles, si no de otra cosa, al menos de recopilacion de hechos sobre los cuales puedan fundar sus propias observaciones; por esto debemos decir algunas palabras acerca del modo como Mazzini, el apóstol de la revolucion, el enemigo de todo lo establecido en Italia, juzga la guerra que se habia empeñado en la Península. El manifiesto dado á luz desde Lóndres por el ex-triunviro romano con motivo de cesar en la publicacion del periódico *Pensiero ed Azzione*, se distingue por un espíritu esencialmente unitario, y reprueba sin rebozo el movimiento que impulsaba á los italianos á los campos de batalla; lleno de sombrías amenazas para la Italia, pretende saber los planes de engrandecimiento que abrigaba Napoleon III, muéstrase tan duro para con el Piamonte, como acérrimo enemigo del Austria, y asegura no poder esperar la Italia su libertad y la expulsion del extranjero, sino por medio de la sublevacion (Parte cuarta, LXII).

La «Sociedad nacional italiana» presidida por Garibaldi y establecida en Turin, habia ofrecido mucho tiempo antes el reverso de la medalla; firmemente unida con el gobierno de Victor Manuel, segun se

desprende del documento que insertamos en la Parte cuarta, LXIII, contribuyó no poco al movimiento que agitara á la Italia entera al estallar la guerra, y sus instrucciones dadas en 1.° de marzo fueron puntualmente seguidas en todas partes algunos meses despues. Para convencerse de ello, no hay mas que comparar dichas instrucciones con lo sucedido en Toscana, en Parma, en Módena, en la Lombardía y en las Legaciones.

El principio de una lucha que amenazaba producir en Europa un incendio general, obligó á todas las potencias europeas á considerables armamentos. España, que por sus islas, por sus Antillas, por su numerosa marina mercante en desproporcion con su marina de guerra, debia abrigar mas serios temores de verse arrastrada á una lucha general, no descuidó prepararse para la guerra aun proclamando su resolucion de mantenerse en una extricta neutralidad; aplicó un crédito extraordinario á las necesidades del ejército, llamó á las armas á algunos de sus batallones provinciales, dió gran impulso á las obras de fortificacion del puerto de Mahon, y dispuso el levantamiento en sus costas de fuertes y numerosas baterías.

La Gran Bretaña vió con pesar la terrible guerra que sus constantes y leales esfuerzos no habian logrado evitar, y el *Times* se hizo eco del disgusto de la nacion, comparando á los franceses con el pueblo cristiano de Alejandría en el siglo V, que abandonaba los sermones y las letanías para correr al circo, y aplaudir con pagano delirio á los gladiadores. «Los franceses son así, dijo aquel periódico; hace un mes se hallaban unánimes contra la guerra; si hubiesen tenido tribuna y libertad de imprenta, no habria habido ni guerra ni cuestion de Italia.... pero el mero hecho de la guerra basta para aniquilar la voluntad del pueblo francés; apenas ha resonado el estrépito de las armas, apenas se han fijado las proclamas de los generales, cuando les han embriagado las visiones de gloria y de engrandecimiento territorial.»

La conducta que en tan críticas circunstancias pensaba seguir el gobierno, hállase indicada en los siguientes párrafos del discurso que pronunció lord Derby el dia 31 de marzo en el banquete con que de ordinario se celebra la apertura de la exposicion que verifica la Academia real. El primer ministro inglés se expresó en estos términos:

«Estoy íntimamente convencido de que la conducta que ha de observar la Inglaterra, es guardar en lo posible una actitud imparcial, digna y neutral, aprovechar cuantas ocasiones pueden presentarse para reconciliar á las naciones rivales, y, lo que es mas difícil aun, para armonizar los principios opuestos. El estado de guerra en que va á encontrarse la Europa causará sin duda alguna á la Inglaterra mucha ansiedad, repetidas alarmas y crecidos gastos; pero líbrenos Dios del

mas terrible de todos ellos, del de la sangre y de las vidas inglesas.

«Al esforzarnos en limitar los males de la guerra y servir la causa de la paz, obtendremos la aprobacion de todos los partidos políticos dignos de ser tenidos en cuenta por la nacion, pues al tratarse en Inglaterra del honor y de los intereses de la patria, las animosidades privadas se olvidan, y todos, gobernantes y gobernados, vencedores y vencidos, estamos prontos á consagrar nuestro apoyo á la sagrada obra del bien público.

«Señores, abundo en los sentimientos expresados por el ilustre duque (el de Cambridge) cuando ha dicho que para conservar la actitud que tome la Inglaterra, convenia en interés de la paz, que se hallase preparada para las eventualidades que pueden sobrevenir. Este sentimiento se halla en perfecta armonía con las miras de los actuales consejeros de S. M., y antes de que hayan pasado veinte y cuatro horas, se conocerá que está tambien conforme con su conducta práctica.»

Así pues la Gran Bretaña habia de mantenerse neutral en la gran lucha trabada entre los dos imperios católicos; así lo mandó la reina Victoria (Parte cuarta, LXIV), y así lo proclamó la nacion á su manera, esto es, por las manifestaciones populares en las elecciones, por la voz de la opinion pública en sus periódicos, por el órgano de sus representantes y de sus hombres de Estado en los *hustings*. La neutralidad era el voto sincero y la declaracion unánime de la nacion inglesa, efecto sin duda de que el pueblo inglés es el único entre todos que conoce exacta, precisa y prácticamente en qué consiste la guerra. Los ingleses hacen la guerra con un vigor y una constancia superiores á los que pueden manifestar otro pueblo, cuando se ven obligados á ella por la necesidad; pero como conocen y aprecian los sufrimientos, los gastos y casi siempre la esterilidad que reporta, jamás se muestran afanosos para tomar parte en una lucha general. Para comprender su disposicion sobre este punto, ha de saberse que toda su política interior desde 1815 ha sido una minuciosa averiguacion, una discusion profunda y un remedio incesante aplicado á los estragos de la guerra que desoló el mundo á fines del siglo pasado y á principios del actual. Los ingleses solo se han ocupado desde entonces en pagar menos tributos, ó en repartirlos mejor, en aumentar su prosperidad mercantil é industrial por medio de reformas de hacienda, en mejorar la condicion moral y material de sus proletarios, en difundir en el pueblo la instruccion y el bienestar, y en llamar progresivamente á la vida política las clases populares educadas por los trabajos y las conquistas de la paz. Cuantos obstáculos han debido superar en semejante camino, eran resultado de la pasada guerra, y la lucha moral contra las cargas que esta les legara, les ha enseñado á detestarla en lo pasado y sobre todo á temerla para el por-

venir. Un ataque contra los intereses permanentes de su política ó una ofensa contra su honor nacional, es lo único que podria hacerles aceptables una guerra, en la que se lanzarian con tanto mayor encarnizamiento en cuanto mayor habria sido la repugnancia vencida para resolverse á ella.

El partido whig, que trataba entonces de escalar el poder, no podia negar sus simpatías á la causa italiana de la cual se mostrara en todos tiempos constante abogado y defensor; en otra parte de este relato hemos visto que lord Palmerston, lo mismo que los demás caudillos del indicado partido, se mostraban tan enemigos como los torys de cualquier acto que tendiera á arrebatar al Austria por la fuerza sus posesiones italianas y á destruir los tratados de 1815; pero el ultimatum y la agresion del Austria contra el Piamonte modificó completamente las miras del noble lord que debia ocupar en breve el sillon ministerial, tanto que al ser reelegido por los electores de Tiverton, no vaciló en pronunciar las siguientes palabras:

«El Austria al desnudar la espada ha debido arrojar la vaina muy léjos de sí; dícese para justificarla que sabia la existencia contra ella de una coalicion entre la Francia, la Cerdeña y quizás la Rusia, deseosa de arrojarla de sus Estados, y que prefiere combatir hoy que se encuentra dispuesta á ello, que esperar mas tarde, cuando quizás no podria sostener la lucha contra sus adversarios. Mal argumento, señores: el Austria se ha colocado en una posicion falsa, pues si al invadir la Cerdeña desgarra los tratados en que se apoya su dominacion, su movimiento militar, injusto en sí, no puede producir resultado alguno permanente.

«Puede conseguir un primer triunfo, pero este ha de ir seguido de una inevitable derrota, y los que, como yo, creen muy ventajosa para la Europa la existencia en Alemania de una potencia tan fuerte como el Austria que sirva de barrera entre el Oriente y el Occidente para mantener nuestras libertades y nuestra independencia, deben deplorar una marcha cuyos resultados, segun temo, pueden alterar materialmente la futura posicion y la condicion del Austria.

«Si la guerra queda circunscrita á la Italia, si las consecuencias de la agresion austriaca obligan á los imperiales á retirarse al norte de los Alpes, dejando á la Italia libre y á los italianos independientes, los ánimos generosos, al deplorar las desastrosas calamidades que habrán precedido á semejante resultado, comprenderán que el bien puede salir algunas veces del mal, y celebrarán tan feliz desenlace.»

El gabinete de lord Derby habia disuelto el parlamento en el que su modo de conducir la cuestion italiana le habia puesto en minoría, y

la Inglaterra presentó el agitado espectáculo que siempre ofrecen en su seno las elecciones; el partido tory no omitió gasto ni sacrificio alguno para conseguir el triunfo, pero á pesar de sus esfuerzos solo alcanzó una mayoría de unos veinte votos. El partido conservador contaba con 300 miembros en la cámara de los comunes delante de 350 liberales, teniendo los primeros la ventaja de formar un partido compacto y disciplinado, mientras que la mayoría liberal se subdividia en tres ó cuatro fracciones.

La discusion que al abrirse el nuevo parlamento puso en tela de juicio la existencia del ministerio Derby, no presentó el interés oratorio que de ordinario va unido á las grandes luchas de los partidos en la cámara de los comunes: la cuestion agitada no era uno de aquellos elevados intereses de reforma ó de conservacion al rededor de los cuales realiza la Inglaterra su marcha progresiva; el debate era del todo personal. Lord Derby habia disuelto la cámara de los comunes sin empeñar la lucha electoral sobre una cuestion de principios, é invitando sencillamente al país á elegir una mayoría bastante compacta para que un ministerio, expresion de la misma, pudiese gobernar en el interior y llevar á buen término en el exterior los asuntos del país. Para recomendar su partido al favor de la nacion, se habia limitado á presentar á los conservadores como la seccion mas numerosa y disciplinada entre las varias que dividian á la cámara de los comunes; habia sometido á los electores del Reino unido una cuestion de confianza, y natural era que el primer acto de la nueva cámara elegida con semejantes condiciones fuese resolver esta cuestion en nombre del país. Semejante lucha se redujo á panegíricos personales y á acusaciones contradictorias, siendo la tesis de la oposicion el probar que la política interior de los ministros, no se hallaba en armonía con las tendencias reformadoras del país, y que su política exterior habia sido cuando menos muy poco sagaz. Los adversarios del gabinete no podian perdonarle el no haber sabido evitar la guerra, acusábanle de haber tomado respecto de la Italia una actitud hostil, y le reconvenian por haber dejado que se entibiaran gradualmente las relaciones entre la Inglaterra y la Francia.

El discurso del jefe del gabinete en la cámara de los lores (sesion del 7 de junio) y el de lord Palmerston en la de los comunes, manifiestan las ideas que sobre la guerra tenian los hombres que ocupaban el poder, y las que abrigaban los que debian sucederles. Por esto insertamos sus principales párrafos:

«Siempre he sostenido, dijo lord Derby, que si se tratase de una cuestion de nacionalidad italiana ó de otra cualquiera deseosa de sacudir un yugo odioso y de establecer un gobierno mas parecido á las instituciones que tenemos la felicidad de poseer, la opinion personal de

todos estaria aquí en favor del establecimiento de gobiernos libres. Pero ¿sucede esto en modo alguno en la lucha que estámos presenciando? ¿Es acaso la de una nacion que desea emanciparse del yugo extranjero y reemplazarlo con un gobierno libre? Diré mas: sean cuales fueren nuestras opiniones y simpatías, no olvidemos que nos hallamos ligados por obligaciones internacionales que no habian de permitirnos el obrar segun aquellas.

«Al mismo tiempo que repruebo la conducta del Austria, la dominacion austriaca y la forma de su gobierno, diré en alta voz que la presente guerra ha sido emprendida bajo falsos pretextos, y no para la independencia de la Italia; la Cerdeña ha tomado por desgracia la iniciativa de la misma, obligando á la Italia á seguir sus huellas, y con esto ha manifestado que la forma del gobierno constitucional que desearíamos ver prosperar en aquel país, no ofrece garantía alguna contra la adopcion de una política agresiva, que es generalmente el carácter distintivo de los poderes despóticos.

«No digo sobre qué parte ha de caer el anatema, pero creo sí que ni por un lado ni por otro existian suficientes motivos para exponerse á los desastres de la guerra, ni dificultad alguna política que no hubiese podido ser resuelta por medio de negociaciones amistosas. La Inglaterra no puede aplaudir la victoria ni la derrota de ninguno de los dos, y su deber en las actuales circunstancias es conservar la política que antes de ahora hemos indicado; esto es, una estricta é imparcial neutralidad entre las partes beligerantes.

«Por desgracia la posicion neutral se halla expuesta á tantas sospechas, en el cumplimiento de esta política se presentan tantas ocasiones de ofender á una ú otra de las partes interesadas, que han de preverse mil complicaciones, é insensato seria el hombre de Estado que, mientras la guerra se desencadena á su alrededor, no pusiese al país en disposicion de hacer frente á los sucesos y de atender á su seguridad.»

Lord Palmerston en la cámara de los comunes fué el orador de la oposicion, y apoyando la enmienda propuesta por el marqués de Hartington en la contestacion al discurso de la corona dirigida á suscitar la cuestion de si tenia ó no el gobierno la confianza de la cámara, dijo:

«No niego las buenas intenciones del gobierno: ha hecho sin duda lo que ha creido mas á propósito para impedir la guerra; pero creo en conciencia que la marcha que ha seguido ha sido causa de ella. Su principal pensamiento ha sido que el peligro de la guerra venia de la Francia y de la Cerdeña, y usando un lenguaje hostil á la Francia y á la Cerdeña y favorable al Austria, creyó conservar la paz.

«Este es el secreto de lo que hemos observado en esta y en la otra

cámara del Parlamento. Hasta el último momento ha creido el gobierno que no tenia mas que amenazar á la Francia con la hostilidad y enemistad de la Europa en el caso de que la guerra estallase, sin parecer que tomaba una parte activa por una ni por otra parte, y que con esto evitaria la guerra.

«Ignoraba que el Austria acumulaba elementos de guerra en Italia y habia tomado la resolucion de llevarla á cabo en el momento mismo en que el gabinete hablaba en esta cámara de la noble conciliacion del Austria y de la conducta sospechosa y equívoca de la Cerdeña. El lunes que precedió á la disolucion, la intimacion dirigida á la Cerdeña, y que el noble lord que está al frente del gobierno ha declarado hacer al Austria criminal, partia para Turin.

«En el momento en que hablaba de la noble conciliacion del Austria, esta se ponia en marcha. Si hubiera sabido que el Austria estaba resuelta á hacer la guerra cuando él decia que la Francia y la Cerdeña habian consentido en el principio del desarme, como preliminar de un congreso; si hubiera sabido que, á pesar de esto, el Austria enviaba á la Cerdeña una intimacion, á la cual era imposible que ningun país que tuviera el sentimiento de su independencia se sometiese, intimacion de desarmar en tres dias ó de prepararse para una invasion, se habria conducido de una manera muy distinta.

«No puedo creer que el gobierno haya sabido que el Austria trataba de turbar la paz de Europa, porque entonces no hubiera hablado de su noble conciliacion y de la conducta equívoca y sospechosa de la Cerdeña. Está fuera de duda, pues, que el lunes ignoraba la situacion de los negocios, que estaba bajo el dominio de una ilusion en cuanto á las intenciones de las diferentes partes, y pensaba que el peligro de la guerra era inminente de parte de la Francia y de la Cerdeña, y que no habia nada que temer respecto del Austria.

«Sin embargo, los resultados han probado que el Austria estaba preparada y que la Francia no lo estaba. La guerra ha avanzado desde la Lombardía y no descendido de los Alpes; pero el gobierno no debe haberlo conocido. Si hubiera sabido lo que pasaba en Viena, habria usado diferente lenguaje con el Austria; y no puedo menos de pensar que si hubiera habido en aquel momento un gobierno que mereciera la confianza del Parlamento, contando con el apoyo de la mayoría de esta cámara, aquel lenguaje moderado y amistoso habria obligado al Austria á abstenerse de semejante acto de agresion.

«Sí, señores, es evidente que el Austria no se hallaba tranquila acerca de los derechos que los tratados le dieran sobre la Lombardía y Venecia. Creia que aquellos paises serian atacados, y el gobierno podia hacerle saber que en un congreso de las grandes potencias estaria la Inglaterra á su lado para sostener los derechos de aquellos tratados; pero

en cambio habria podido decirle: «Debeis hacer cesar la presencia de vuestros soldados y vuestra despótica influencia en los paises que no os corresponden.

«Debeis librar á la Italia meridional y central de la ocupacion militar, y dejar á los gobiernos italianos gobernarse á si propios como las demás naciones: dejadles arreglar sus diferencias, y probablemente este arreglo refluirá en vuestra propia prosperidad.»

«Jamás podré persuadirme de que el gobierno, conduciéndose segun el modo de ver de los hombres de Estado, apoyándose en la autoridad del Parlamento, y teniendo la confianza del país, no hubiese podido en aquel momento impedir que estallase la guerra que ahora está ejerciendo sus rigores.

«Concluyo, pues, manifestando que el gobierno no merece la confianza ni el apoyo del Parlamento en lo relativo á los asuntos extranjeros, ni tampoco á los interiores.»

La cuestion ministerial tuvo el fin lógico y previsto por todos: la situacion extranjera entraba en una nueva fase y exigia nuevos ministros libres de todo compromiso anterior. Así lo opinó la cámara de los comunes al declarar que el gabinete no gozaba de su confianza.

Grande trabajo costó la formacion del ministerio whig, pero por fin, reuniendo partidos y hombres políticos que se habian combatido muchas veces, reconciliando á lord John Russell con lord Palmerston, á sir James Graham con M. Sidney Herbert, logróse componer un ministerio en el cual fué lord Palmerston primer lord de la Tesorería; lord John Russell se encargó de los negocios extranjeros; M. Sidney Herbert de la guerra, lord Granville de la presidencia, M. Cobden del comercio, M. Gladstone de la hacienda, etc.

La política seguida por la Francia en Italia encontraba un nuevo apoyo en el ministerio liberal que tomaba en Lóndres la direccion de los negocios; pero tampoco creemos justa la opinion que atribuia á lord Derby y á sus compañeros una pronunciada tendencia en favor de la causa austriaca. Para nosotros el gabinete de lord Derby era sincero en su política de neutralidad, y habia dado seguras prendas de su buena fe, haciendo oir á las cortes alemanas prudentes consejos, cuya autoridad invocó el mismo príncipe Gortschakof; el gabinete Derby era por otra parte un ministerio débil, no contaba con mayoría, y no podia hacer á la opinion pública la menor violencia, viéndose obligado por el contrario á estudiar sus tendencias y á consentir en sus deseos. Sospechoso de abrigar predileccion hácia el Austria, veíase contenido por una desconfianza siempre alerta; pero esto no bastaba ya en el punto á que las cosas habian llegado. La Inglaterra se hacia mas favorable á la causa italiana á medida que veia hacerse mas rápida la pendiente de los he-

chos consumados; cada paso retrógrado, cada derrota de los austriacos en el terreno de la lucha, hacia mas sensible aquella trasformacion en las disposiciones de la Gran Bretaña. Lord Derby, empero, no siguió el movimiento de sus compatriotas; frustrados sus leales esfuerzos para conservar la paz, habia acabado por poner mal rostro á todos los combatientes, y por envolverles á todos en una misma irritacion. Despues de la batalla de Magenta, era intempestiva semejante actitud, y era preciso prepararse para una situacion nueva: creíase que la Italia iba á ser emancipada, que deberia atenderse á su reorganizacion política, y por esto fué que hallaron lugar en el gabinete de lord Palmerston los mas ardientes amigos del liberalismo italiano, hombres que como lord John Russell, M. Cobden y M. Gladstone habian dado numerosas pruebas de su afecto á la causa de la libertad de Italia.

Al hablar de las deliberaciones diplomáticas á que la guerra dió orígen, al explicar la actitud de la Alemania, veremos la eficacia del apoyo moral prestado por la Inglaterra á la causa de los aliados.

Tampoco la Gran Bretaña pudo librarse de la epidemia militar que reinaba entonces en Europa; pero así como en los demas países provoca el Estado las cuestiones de armamento, en Inglaterra la iniciativa del público se anticipó entonces á la del gobierno. En todos los condados y en todas las ciudades organizáronse cuerpos de voluntarios, sociedades de *riflemen*, como una inmensa guardia nacional, levantándose espontáneamente sin esperar la sancion ni las reglas de la ley, y limitándose el gobierno á darles *consejos* sobre su formacion en compañías, y á proporcionarles para sus ejercicios cartuchos y pistones.

Veamos ahora lo que sucedia en Alemania.

Presa los ánimos germánicos de profunda agitacion antes de estallar la guerra, júzguese la efervescencia que mas allá del Rhin reinaria al encontrarse frente á frente franceses y austriacos; los cuerpos de tropas imperiales que debieron atravesar algunos Estados alemanes, el de Clam-Gallas por ejemplo, fueron objeto de entusiastas manifestaciones, y gran número de jóvenes acudieron á Viena para imitar á los estudiantes de la capital y alistarse como voluntarios. En vano se pretendia, y así era, que en nada amenazaba á la Alemania la contienda empeñada en Lombardía; el Hannover, la Sajonia, la Baviera la habian tomado como propia, é imprimian á la Confederacion un movimiento belicoso que la Prusia procuraba refrenar.

La formacion del ejército del Norte y el importante personaje nombrado para ejercer el mando del mismo, dieron nueva fuerza á los temores germánicos, tanto que el gobierno francés creyó conveniente la publicacion de la siguiente nota en el periódico oficial:

«Escriben de Alemania que el título de jefe del ejército de obser-

vacion conferido al mariscal Pellisier, ha hecho suponer en el gobierno francés la intencion de reunir un ejército en el Rhin; no es cierto: el duque de Malakoff reemplaza al mariscal Canrobert en su mando de Nancy. El campamento de Chalons no será este año mas numeroso que el anterior, y podemos afirmar que las guarniciones del Este no han sido aumentadas ni con un solo regimiento. Si el emperador ha creido conveniente dar al ilustre mariscal el título de jefe de un ejército de observacion, ha sido para indicar que en caso de ser amenazadas nuestras fronteras, las guarniciones del Este formarian un ejército al mando del mariscal.»

En tanto la Prusia, que habia manifestado el disgusto que le causara la violenta conducta del Austria, proclamaba su resolucion de mantenerse en su posicion de potencia mediadora, y el siguiente manifiesto del diario ministerial explica la actitud que entendia tomar el gabinete del príncipe regente al inaugurarse la crísis, de cuya actitud no se ha apartado, si bien el curso de los sucesos, mas decisivos cada dia, debia comunicar á sus medidas un carácter tambien mas decisivo.

La *Gaceta prusiana* se expresó en estos términos:

«Los esfuerzos prodigados por las potencias mediadoras á fin de conservar la paz amenazada por las complicaciones de la cuestion italiana, no han producido hasta ahora el apetecido resultado. La esperanza de la reunion de un congreso de las potencias europeas que solventara la cuestion, se ha desvanecido por completo, y una de las esenciales condiciones de la paz, el desarme de las potencias rivales, no ha podido obtenerse á pesar de las negociaciones que sobre el modo de verificarse se han seguido.

«Durante las tentativas de negociacion, en las que debia la Prusia participar muy particularmente por haber firmado los tratados de Viena, y por hallarse en buenas relaciones de amistad con las potencias interesadas, el gobierno del rey no ha olvidado ni un momento las obligaciones que le impone su posicion como potencia federal alemana, y conociendo la pérdida de tiempo que con la organizacion de la Confederacion lleva consigo el establecimiento de los medios de defensa, el gobierno del rey ó ha hecho por sí mismo proposiciones relativas á medidas de precaucion, ó ha cooperado á las disposiciones preparatorias adoptadas para este objeto.

«En este tiempo, la situacion de las cosas ha tomado un grave carácter, y el gobierno del rey, despues de detenidas reflexiones, cree llegado el momento de proponer á la Confederacion germánica una medida general en interés de su seguridad, haciendo preceder á aquella proposicion la órden de poner en pié de guerra tres cuerpos de su ejército.

«Al mandarlo así, S. A. R. el príncipe regente, no ha tenido otro deseo que cooperar oportunamente á las medidas que la dignidad de la Confederacion exige en vista de los armamentos á que se entregan los Estados inmediatos, poniéndola en estado de atender con energía á su seguridad y defensa, en caso de que las eventualidades la colocasen en una situacion peligrosa.

«La preparacion de guerra de los cuerpos de ejército, destinados á formar el contingente federal prusiano, lo mismo que la proposicion de preparar los demás contingentes federales que someterá en breve á la Dieta el representante de la Prusia, no tienen mas objeto que el que acaba de indicarse, propio del carácter defensivo de la Confederacion, sin que pueda atribuírseles el menor carácter agresivo. La Prusia conserva en la cuestion pendiente su posicion de potencia mediadora, tanto en su propio interés, como en el de sus confederados alemanes.

«El gobierno del rey no reconoce otro móvil que los intereses de la Prusia y los de la Alemania, y para defenderlos, la corona y el país no retrocederán ante sacrificio alguno.»

Iguales manifestaciones hizo el baron de Schleinitz, ministro de negocios extranjeros, al exponer á la cámara las medidas militares adoptadas por el gobierno. Los acontecimientos, dijo el ministro, son excesivamente graves; las dificultades que se han suscitado entre el Austria de una parte, y la Francia y el Piamonte de otra, han llegado á tal punto, que á cada momento puede estallar la guerra. La Gran Bretaña ha hecho una última tentativa en favor de la paz, pero la esperanza de buen éxito es muy débil. «En semejante estado de cosas, añadió el ministro, no puedo hacer comunicaciones detalladas, y me limito á manifestar á la cámara las medidas cuya adopcion ha creido necesaria.

«Tres cuerpos de ejército prusianos han sido puestos en pié de guerra, y la Dieta de Francfort ha declarado la necesidad de realizar preparativos militares. El gobierno, no solo vela por la seguridad de la Prusia, sino tambien por la de la Alemania, y está decidido á mantener las bases conocidas, de las que no se ha apartado en la proposicion hecha á la Dieta, proposicion de un carácter esencialmente defensivo, segun corresponde al de la Confederacion. La Prusia en comun con sus aliados alemanes, y preparada para la defensa, seguirá sin vacilar el principio de que los intereses de la Alemania son tambien los intereses de la Prusia.»

Firme el gobierno prusiano en su propósito de hacer frente á cuantas eventualidades fuesen resultado de la guerra, presentóse á la cámara el dia 5 de mayo, luego de empezadas las hostilidades, y M. de Schleinitz dirigió á los diputados las siguientes palabras:

«Señores, la comunicacion que el gobierno hizo á la cámara ocho dias ha, ha debido prepararos para el proyecto de ley que os presentamos ahora. Lo que entonces solo era un temor, es hoy un hecho consumado: la guerra ha estallado en Italia; dos potencias europeas, ambas nuestras vecinas, se encuentran en abierta lucha en el territorio italiano. Con estas pocas palabras habreis comprendido toda la gravedad de la situacion.

. . . .

«Si ha creido hasta aquí el gobierno que su mision era emplear todos sus esfuerzos para conservar la paz, en adelante toda su accion debe tener por objeto el restablecimiento de la misma sobre bases que reunan las condiciones de la estabilidad á los de la justicia; pero á fin de que la Prusia pueda alcanzar este objeto en medio de los universales armamentos, no puede dispensarse de tomar una posicion armada á fin de apoyar su accion.

«Partiendo de este concepto, el gobierno ha extendido á todo el ejército prusiano la medida ordenada recientemente, relativa al contingente federal prusiano, compuesto de tres cuerpos de ejército, é impulsado por iguales motivos, se presenta hoy á la cámara para solicitar de ella el crédito que necesita si la Prusia ha de mirar con confianza el porvenir, y desempeñar el papel que se ha impuesto en la crisis actual, esto es velar por la seguridad de la Alemania, por los intereses nacionales y por el equilibrio europeo.»

A los proyectos de ley presentados por el ministro prusiano iba unida una memoria, resumiendo la historia de la cuestion, y justificando las medidas que el gobierno del rey se habia creido y se creia obligado á adoptar en vista del desenlace sufrido por aquella (Parte cuarta, LXV).

Otro importante documento arrojó nueva luz sobre la actitud y las intenciones de la Prusia en la crísis que agitaba entonces los ánimos de Europa; aludimos al dictámen de la comision de la cámara de diputados acerca de las leyes propuestas por el gobierno. «La comision ha visto con placer, dice, que el gobierno al proponer á la Dieta que se declararan en pié de guerra los contingentes federales, no se unia en lo mas mínimo á la ofensiva, tomada tan repentinamente por el Austria, no teniendo aquella medida mas objeto que afianzar la seguridad de nuestro país y la de la Alemania.»

«La comision, dice en otro punto, ha venido en conocimiento por las declaraciones del gobierno y por la política que hasta aquí ha seguido de que la guerra, empeñada en este momento por el Austria contra la Cerdeña y la Francia para mantener su poder y su política en Italia, no constituye un motivo suficiente para tomar las armas en pro del Aus-

tria contra la Francia, enajenándose las otras dos potencias, aun cuando pueda abrigarse contra las intenciones del gobierno francés una desconfianza fundada en varios indicios.

Otro de los párrafos mas significativos de este documento dice así:

«Es indudable que incumbe al emperador de Austria la defensa de su poder italiano y de sus posesiones que no pertenezcan á la Confederacion germánica, en cuanto el mismo declaró en el protocolo de 6 de abril de 1818, al fijarse el territorio federal aleman, su deseo de probar á la Confederacion, no incluyendo la Lombardía en el territorio de la misma, que no abrigaba intencion alguna de extender mas allá de los Alpes la línea de defensa de la Confederacion germánica.»

En la Parte cuarta, LXVI insertamos íntegro tan notable documento, lo mismo que el discurso pronunciado por el príncipe regente de Prusia en el acto de cerrar el parlamento, LXVII.

Desde el principio de las hostilidades, el conde de Buol dirigió á todos los gobiernos de la Confederacion germánica una nota circular, participándoles el estado de guerra producido en Italia, y su resolucion de pedir en Francfort la movilizacion del ejército federal (Parte cuarta, LXVIII).

Poco despues, el conde de Buol no era ya ministro; ya fuese que viera con disgusto las guerreras resoluciones del emperador, ya que este sacrificara á la neutralidad rusa el ministro que asociara al Austria á la política de las potencias occidentales durante la guerra de Oriente, es lo cierto que la cartera de negocios extranjeros pasó á M. de Rechberg, presidente entonces de la Dieta germánica. M. de Rechberg, miembro de una familia Vurtembergesa, entró muy jóven en la diplomacia austriaca, y estuvo colocado al frente de la administracion civil en Italia como *ad latus* del mariscal Radetzky; tiene fama de estar dotado de un ánimo esforzado, de un carácter leal, pero áspero y poco simpático á la Italia; antes de ahora era tenido por hostil á la Prusia, y cuando reemplazó á M. de Prokesch en la presidencia de la Dieta, vióse en aquel nombramiento una idea agresiva del gabinete de Viena contra la corte de Berlin.

El Hannover, que se habia distinguido siempre por el ardor con que abrazara la causa del Austria, fué el primero en someter á la Dieta medidas de un carácter abiertamente hostil á la causa de los aliados, como fué el pedir la concentracion de un cuerpo de ejército federal en el Rhin. La Prusia vió con disgusto semejante proposicion que contrariaba su política espectante, y su plenipotenciario en el seno de la Dieta protestó contra la proposicion del Hannover, no oponiéndose empero á que se pasara á la comision militar para su exámen. «La Prusia, dijo

el representante prusiano, que ha prometido tantas veces á sus confederados alemanes que en caso necesario intervendria con todas sus fuerzas y aun mas allá del límite de sus deberes, para proteger y defender la independencia de la Alemania, puede esperar de los demás confederados alemanes que le dejarán la iniciativa de las medidas militares que hayan de tomarse. Solo así puede contarse con la unidad indispensable para el triunfo, y cualquiera proposicion que se anticipase á los acontecimientos y traspasara los límites del derecho de la Confederacion, seria rechazado por el gobierno prusiano con vivo pesar, pero con grande energía.»

La Dieta adoptó la resolucion indicada por la Prusia, y pasó la proposicion del Hannover á la comision militar.

El gobierno ruso, que veia crecer la agitacion en los Estados alemanes, creyó llegado el caso de levantar la voz en favor de la causa de la cual se le suponia ser uno de los defensores, y en una nota dirigida á los representantes rusos cerca de las cortes alemanas, excepto la de Prusia, manifiesta á los agitadores los peligros á que se exponen; dice que la Alemania nada ha de temer en vista de las declaraciones del emperador de los franceses; prodiga su incienso á la Prusia, y deja traslucir en diferentes puntos el mal reprimido rencor que contra el Austria le anima. «La Confederacion germánica, dice, es una combinacion pura y exclusivamente defensiva; con este título ha tomado parte en el derecho público europeo en virtud de tratados firmados por la Rusia. La Francia no ha cometido ningun acto hostil contra la Confederacion, y no existe para esta tratado alguno obligatorio que pueda motivar un ataque contra aquella potencia. Por consiguiente, si la Confederacion se dejase llevar á actos hostiles contra la Francia, fundada en conjeturas contra las cuales ha obtenido mas de una garantía, habria falseado el objeto de su institucion, y desconocido el espíritu de los tratados que han consagrado su existencia (Parte cuarta, LXIX).»

Antes de pasar adelante creemos conveniente presentar á la vista de nuestros lectores los dos artículos del pacto federal aleman, que determinan la asistencia que se deben entre sí los confederados por sus territorios no alemanes.

Art. 46. Si un Estado federado, en su calidad de potencia europea, empieza una guerra fuera del territorio federal, la Confederacion permanece extraña á la misma.

Art. 47. En caso de que un Estado sea amenazado ó atacado en sus posesiones situadas fuera de la Confederacion, esta no estará obligada á tomar medidas de comun defensa, á participar en la guerra ó á prestarle auxilio, hasta que la Dieta reconozca por mayoría de votos que existe un peligro para el territorio federal.

La cuestion, pues, bajo este punto de vista, no podia ser mas clara

y sencilla : el Austria habia empezado la guerra , luego ningun auxilio podia esperar de la Confederacion ; sin embargo , hechos posteriores á la celebracion del pacto federal y consentidos por las potencias europeas, habian quizás variado la índole de la Confederacion germánica , y desde el momento en que así se estableció , la cuestion de si podia ó no la Alemania tomar legalmente participacion en la guerra volvió á entrar en el dominio de lo contencioso. M. de Beust, ministro de negocios extranjeros del rey de Sajonia, se encargó de responder á la nota del príncipe Gortschakoff, y lo hizo á decir verdad de un modo concluyente. Despues de negar que la Confederacion germánica sea una combinacion exclusivamente defensiva , pues los tratados en que se apoya le reconocen el derecho de paz y de guerra , dice no ser aquella la primera vez que la Dieta de Francfort debe deliberar sobre las obligaciones federales de la Alemania, respecto de las dos grandes potencias que forman parte de la Confederacion , y recuerda que en época no muy lejana, cuando la Rusia , á consecuencia de la guerra en que se hallaba empeñada con el imperio Otomano , hizo ocupar por sus tropas los principados danubianos , la Confederacion germánica, á propuesta del Austria y de la Prusia , declaró que todo acto de agresion contra las posesiones no alemanas del Austria y de la Prusia, seria considerada como un ataque contra el territorio federal; «algunos meses despues , añade el ministro sajon , las tropas austriacas ocuparon los principados, y la Confederacion amplió aquella declaracion, diciendo que un ataque contra dichas fuerzas que se hallaban fuera , no solo del territorio federal, sino tambien del territorio austriaco , seria considerado como un acto agresivo contra la Confederacion.

«Semejantes decisiones no provocaron protesta ni reclamacion alguna por parte de los gabinetes de París, de Lóndres , ni de San Petersburgo , y esto que el gobierno imperial de Rusia habria hallado sin duda materia para oponerse á ellas , á ser contraria á los tratados la actitud de la Confederacion (Parte cuarta , LXX).»

Tambien el ministro francés, M. Walewski, tomó parte en el debate, y apoyado en la circular rusa , quiso demostrar á los gobiernos europeos, en una nota dirigida á los agentes de la Francia en el extranjero, que la Alemania no podia tomar parte en la contienda, al mismo tiempo que protestó otra vez de las pacíficas intenciones del emperador respecto de la Alemania (Parte cuarta , LXXI).

Las amonestaciones del gobierno ruso y las del gobierno francés, no impidieron empero al gabinete de Berlin el tomar una medida que se consideró como decisiva en los primeros momentos, si bien, las repetidas declaraciones de los periódicos oficiales, la despojaron de una parte del inminente peligro con que la misma amenazaba á la Europa, sin quitarle sin embargo nada de su importancia. El dia 24 de junio, el en-

viado prusiano cerca de la Dieta hizo á esta la comunicacion siguiente:

«En presencia de la extension que ha tomado la guerra de Italia, el gobierno real de Prusia, para apoyar su propia política y asegurar á todo evento la seguridad de la Alemania y su posicion como potencia, ha resuelto movilizar seis cuerpos de ejército á fin de poder de un momento al otro disponer de sus soldados.

«Por esto proponemos á la elevada Asamblea federal el siguiente decreto:

«1.° Para la seguridad de la Alemania y de sus intereses, se reunirá en el Rhin superior un cuerpo de observacion, compuesto de los contingentes de los 7.° y 8.° cuerpos federales, de modo que esta reunion coincida con la medida proyectada de elevar el ejército prusiano á su efectivo de guerra, medida á que da su asentimiento la Asamblea federal, aun cuando se verifique en el Rhin medio y en un territorio federal no prusiano.

«2.° En virtud del artículo 46 de la constitucion militar de la Confederacion, se confiere á la corona de Baviera el mando del cuerpo de observacion federal que se trata de formar.»

Semejante medida, que además de colocar en la frontera francesa un ejército de tropas federales, aumentaba las fuerzas prusianas de 70,000 hombres de infantería y de 13,800 de caballería, excitó en Europa y especialmente en Francia una sensacion profunda. Veíase ya al Austria defendida por las imponentes fuerzas de la Confedéracion y por las tropas prusianas, y preguntábase qué seria de la causa italiana en medio del universal cataclismo en que tan gigantesca lucha sumiria á la Europa. La Inglaterra, aun antes de haber sido propuestas oficialmente aquellas medidas, se apresuró á dirigir su voz á la corte de Berlin; expresóle la ansiedad que le causaba la tendencia que en Alemania se advertia á tomar parte en la guerra, y exhortó á la Prusia á adoptar una actitud moderada y prudente. Representó al príncipe regente la impolítica de convertirse en campeon de los malos gobiernos de la Italia; dijo ser un error que las fortalezas del Mincio y del Adiger sean los baluartes de la Alemania, manifestó los peligros que una guerra general acarrearia sobre el continente europeo; y terminó diciendo, que resuelta la reina de la Gran Bretaña, sostenida por la unánime opinion de su pueblo, á conservar una estricta neutralidad, esperaba que la Prusia seguiria igual senda, en cuanto se lo permitiesen los intereses de la Alemania (Parte cuarta, LXXII.)

Tan profunda emocion obligó, como hemos dicho, al gabinete de Berlin á publicar diferentes declaraciones, despojando á dicha medida de cuanto tendiese á representarla como una alianza defensiva de la

Prusia con el Austria; la corte de Berlin que, á favor de la crísis que el Austria atravesaba, arrogábase el derecho de representar y protejer á la Alemania entera, decia ser aquella medida una consecuencia de la actitud armada que habian tomado las potencias europeas, y de la proximidad de la guerra á las fronteras alemanas; pero no de querer la Prusia salir en defensa de la causa por la que luchaba el Austria en las márgenes del Mincio.

Uno de los artículos que publicó el ministerio en su diario oficial, la *Gaceta prusiana*, decia así:

«Al solicitar el gobierno crecidas sumas de las cámaras, no les ocultó el objeto político en que debian emplearse, aprobándolo aquellas por unanimidad.

«La marcha de los acontecimientos nos ha acercado mas y mas al punto en que dicho objeto ha de realizarse, y si la autoridad de la Prusia, sus resoluciones y su accion deben quedar ilesas en la crísis que pesa sobre la Europa, es preciso comprender á tiempo lo que la situacion le impone.

«El ejército franco-sardo se encuentra próximo á la frontera de Alemania, y el gobierno prusiano ha declarado varias veces, con el asentimiento de las cámaras, considerar la seguridad de la Alemania como confiada á sus cuidados.

«El conflicto italiano toma cada dia mayores proporciones; la Inglaterra y la Rusia, aunque apartadas del teatro de la guerra, hacen armamentos considerables, y ¿cuál es el prusiano dotado de sentimiento nacional que quisiese ver á la Prusia en una situacion espectante en presencia de tales armamentos y de semejante conflicto?

«En estas circunstancias el gobierno prusiano faltaria á sus deberes para con la nacion si renunciase á obrar conforme al espíritu á que la Prusia debe su grandeza.

«La Prusia está libre de todo compromiso, y solo obedece á las obligaciones que resultan de la naturaleza de sus intereses como Estado. El gobierno prusiano desconoceria las bases que constituyen su fuerza si quisiese obrar contra el movimiento nacional.

«Los intereses de la Alemania son al mismo tiempo intereses prusianos, y se verá en breve si la iniciativa tomada por la Prusia será apoyada por los Estados y las poblaciones de la Alemania con la fuerza que la ejecucion exige. Estas poblaciones se hallan animadas por el deseo de adquirir en Europa la importancia debida á un gran pueblo tan ricamente dotado por la naturaleza, y la Prusia está pronta á arrojar el peso de la Alemania en la balanza que debe decidir los acontecimientos.

«El gobierno confía en el patriotismo del pueblo prusiano, del pueblo aleman. La marcha de su política es firme, y los que tratan de opo-

ner obstáculos á ella, deben pensar que prestan con su conducta un gran servicio á los adversarios de la libertad.»

Los alemanes, aun aquellos que al principiar la lucha la consideraran como propia exclusivamente del Austria, no vacilaron en excitar á la Prusia en la nueva via en que parecia haber entrado, y unieron sus clamores guerreros á los que proferian los Estados del Mediodía. ¿Cuál era la causa de semejante cambio? Por qué la Alemania del Norte tan hostil siempre á los intereses del Austria queria entonces combatir en su defensa? *El Mensajero de la Frontera*, periódico literario y político que se publica en Leipzig, bajo la direccion de escritores prusianos, nos lo dice expresamente: «La Prusia está obligada á erigirse en jefe de la agitacion alemana si quiere conservar y robustecer su posicion en Alemania; el sentimiento es en las actuales circunstancias un agente de un valor inmenso, y puesto que la Prusia se resuelve á marchar con el sentimiento general, no debe seguirlo, sino precederlo y guiarlo. El único deber de la Prusia es dar á la guerra, que le es imposible evitar, una solucion favorable á los intereses prusianos.» En una palabra, la política de la Prusia era reconquistar la supremacía en el seno de la Confederacion germánica, poniéndose para ello al frente de los Estados secundarios; la Prusia se preparaba á sostener la causa del Austria para despojarla en su propia casa.

Al considerar el gran país que se extiende entre la Europa meridional y la Rusia, entre el mar Océano en el Occidente y las regiones danubianas al Oriente, vemos por decirlo así, dos seres, dos fuerzas, dos sistemas. Existe una Alemania dividida por las demarcaciones políticas y unida por el patriotismo, una Alemania que vive de su existencia propia, teniendo sus intereses, sus aspiraciones, su idioma y su religion, que se muestra animada de un sentimiento nacional, grande sin duda así entre los grandes como entre los pequeños, pero que tiene su personificacion en la Prusia. Junto á ella se levanta un imperio, poderoso en verdad, pero mal unido y compuesto de distintas razas, con intereses en Alemania, como es natural, pero con intereses mayores fuera de ella. El Austria solo cuenta ocho millones de alemanes en una poblacion de cerca de cuarenta millones de hombres reunidos bajo el cetro imperial, y no está comprendida en la Confederacion sino por trece millones de habitantes, de lo cual se sigue que las tendencias y los intereses de la Alemania son esencialmente distintos de los intereses y de las tendencias del Austria. Lo que la Alemania quiere, lo que desea hace mucho tiempo, la organizacion, la constitucion de su nacionalidad, el Austria lo impide. Lo que la Alemania quiere, lo que desea hace mucho tiempo, un progreso liberal conciliado con las tradiciones de su historia, el Austria lo contraría, y este es el doble móvil y el doble

resultado de la política austriaca mas allá del Rhin desde 1815. Siempre que la Alemania ha querido organizarse, constituirse en nacion mas compacta y mas unida, el Austria ha sido un obstáculo para conseguirlo, y esto se explica fácilmente: ya se intente constituir la Alemania con exclusion del Austria, como se pensó por un momento en 1848, ya quiera el Austria penetrar en la Confederacion con todas sus provincias, como lo intentó en un cambio de fortuna en 1850, la dificultad es igual. Excluir al Austria es imposible, equivaldria á dejar fuera de la Alemania á ocho millones de alemanes; dejarla entrar con todas sus fuerzas en la esfera del cuerpo germánico, constituiria un grave peligro, seria entregar la Alemania á una potencia cuya fuerza principal no es alemana, y así es como el pueblo germánico ve frustradas periódicamente sus tentativas de organizacion en un estado en que el Austria paraliza su impulso nacional, y pesa sobre él con la influencia de intereses que no son alemanes.

La influencia compresiva del Austria, no es menos sensible en el progreso interior y liberal de la Alemania; el Austria, que vive con sus tradiciones federales é imperiales, se cree interesada en combatir un progreso que es para ella la revolucion, y lo hizo impidiendo en todos los paises la creacion de asambleas. Repuesta del gran trastorno de 1815, dió principio á la reaccion que ha durado cuarenta años; por medio de severos reglamentos contra la imprenta, por la fiscalizacion introducida en las universidades, por el establecimiento de una comision de la Dieta, encargada de la policía general, el Austria ha creado la fuerza de compresion que deseaba para obrar sobre todos los Estados alemanes, y convirtió á la Dieta en un poder soberano bajo el punto de vista interior y exterior, reservándose á sí misma la direccion de aquella asamblea, salvo el dividirla con la Prusia.

¿Cómo nació pues aquella agitacion alemana? Muchas causas contribuyeron á ello sin duda: el patriotismo alarmado fué el noble principio del movimiento, si bien se mezclaron luego con él otros elementos muy distintos. El gabinete imperial encontró auxiliares en la aristocracia del Mediodía que tiene grandes posesiones en Austria, en el mismo radicalismo que vió abrirse por medio de una guerra universal nuevas perspectivas de trastornos, y en una multitud de intereses de industria y de especulacion que se creyeron amenazados. Así se desenvolvió la agitacion, y la Alemania ofreció el espectáculo de un país, en que la exaltacion era tanto mas grande, cuanto que los Estados son mas pequeños, y á no ser el freno que la prudencia prusiana imprimia á la efervescencia del Hannover, de Nassau, de Baviera, etc., no hubiera tardado en correr al Mincio la Alemania entera.

La Prusia, que como hemos dicho, no podia resistir del todo al empuje de los pequeños Estados, y que sin contrariarlo abiertamente queria

presentarse ante la Europa como si no tuviera solidaridad alguna con la dominacion imperial en Italia, y que sin embargo pensaba en aprovecharse de la agitacion en contra de los intereses austriacos en el seno de la Confederacion, no podia empero responder de no verse arrastrada por el comun movimiento. El gobierno del príncipe regente, una vez entrado en el camino de las medidas belicosas, no podia detenerse en él; movilizó tres cuerpos de ejército de la landwehr, medida muy grave en cuanto la landwehr, compuesta de ciudadanos, no puede permanecer mucho tiempo con el arma al brazo, y si se le arranca de sus hogares, es para conducirla al fuego. La Prusia, no contenta aun, ó por mejor decir, no contenta todavía con la fuerza superior que la impulsaba, propuso en 4 de julio á la Dieta de Francfort, que habia ya aprobado sus anteriores proposiciones, las medidas siguientes:

1.ª La agregacion de los cuerpos federales números 9.° y 10.° al ejército prusiano.

2.ª La organizacion de una direccion superior de los cuatro cuerpos de ejército federales no prusianos y no austriacos.

3.ª La órden de hacer preparativos para la movilizacion de los contingentes de reserva.

Al mismo tiempo poníanse en movimiento hácia el Rhin los cuerpos movilizados, y lo particular del caso es que, mientras la conducta aparente de la Prusia hacia temer una próxima declaracion de guerra de la Alemania contra la Francia y la Cerdeña, el lenguaje diplomático de sus ministros perseveraba en querer alejar de las enunciadas medidas militares toda idea de intervencion. En la nota que M. de Schleinitz dirigió en 24 de junio á las cortes de Lóndres y de San Petersburgo, explica del modo dicho las bélicas precauciones de la Prusia, y trata de ponerse de acuerdo con dichos gabinetes para combinar los medios de terminar la efusion de sangre, y de devolver á la Europa la paz y seguridad que exigen sus intereses morales y materiales. El gabinete de Berlin dice no abrigar la idea de contribuir á la restauracion irrealizable de un pasado que tan tristes resultados ha producido, y añade que acogerá con afan cualquiera proposicion que tienda á conciliar los derèchos de la casa imperial de Austria con una obra de regeneracion, basada en principios liberàles y conciliadores, y que le parezca capaz de satisfacer los legítimos deseos de los pueblos (Parte cuarta, LXXIII).

A esta nota, la primera que medió entre las tres potencias con objeto de intentar una accion comun cerca de las partes beligerantes, contestó lord John Russell en 7 de julio, declarando que el gobierno de la reina veria con gusto el momento en que podria aceptarse una proposicion equitativa de armisticio ó de negociacion; pero dice creer que en el estado de los asuntos de Italia, no se puede esperar el término de la guerra sin una cesion por parte del Austria.

«El gobierno de la reina, dice al concluir el ministro inglés, tendrá un placer en ponerse de acuerdo con la Prusia en todas las ocasiones en que una de las dos potencias crea llegado el momento de dar con éxito algun paso que pueda conducir á la paz. El gobierno de S. M. se complace en ver que el gabinete de Berlin no participa de la violenta excitacion que se ha manifestado en algunos puntos de Alemania, y que al tiempo que dirige los asuntos de la Confederacion germánica, se sienta animado de una solicitud ilustrada en favor de los mas caros intereses de la Confederacion europea (Parte cuarta, LXXIV).»

Estos dos documentos manifiestan con evidencia, que la proyectada obra de mediacion entre las tres potencias, iniciada por la Prusia, se hallaba aun en su principio; que no se habian convenido todavía los puntos que la misma habia de abrazar, ni tampoco la accion que habian de ejercer las potencias en caso de verlos rechazados. Si la Prusia, como parecia en virtud de su lenguaje oficial, no debia tomar parte en la lucha, sino para hacer aceptar su obra mediadora, ¿cómo habria conciliado la fogosa impaciencia de los Estados alemanes y las esperanzas que sus medidas militares les hicieran concebir, con las necesarias dilaciones que aquella obra prometia antes de llegar á buen término? Segun el giro que tomaba la campaña, era probable que los austriacos habrian sido arrojados de su famoso cuadrilátero antes de que la Prusia, de acuerdo con la Rusia y la Inglaterra, hubiese guiado á la Alemania á los combates que la última anhelaba.

Así se hallaban las cosas en la última época de la campaña que presenciaba la Italia, esto es, poco antes de la batalla de Solferino y de la paz de Villafranca.

Las negociaciones que mediaron entre la Prusia y el Austria, no fueron conocidas hasta despues de aquellos acontecimientos, y para entonces nos reservamos el dar cuenta de las mismas.

Hemos dejado en Brescia á los soberanos aliados, adelantándose hácia el Mincio, y á los austriacos abandonando sucesivamente sus posiciones delante de los vencedores. El dia 21 de junio el emperador y el rey de Cerdeña salieron de Brescia para ponerse al frente del ejército; aquel mismo dia el emperador Francisco José trasladó su cuartel general desde Verona á Villafranca, es decir, á un punto mucho mas inmediato al Mincio; el dia 22, el ejército francés pasó el Chiesa en Montechiaro; el 23 los soberanos aliados entraron en Lonato, y practicaron un reconocimiento hasta Desenzano.

En 24 de junio, los austriacos pasaron otra vez el Mincio, y presentaron batalla á las tropas aliadas. Lo mismo que hicimos al dar cuenta de la batalla de Magenta, haremos con la de Solferino, y para dar de ella una idea exacta y completa, acudiremos al boletin oficial del ejército francés.

BOLETIN DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

Batalla de Solferino.

«Cuartel general de Cavriana, 28 de junio de 1859.

«Despues de la batalla de Magenta y del combate de Marignan, el enemigo habia emprendido su retirada hácia el Mincio, abandonando una despues de otra las líneas del Adda, del Oglio y del Chiesa; creíase que iba á concentrar toda su resistencia en la orilla izquierda del Mincio, é importaba que el ejército aliado ocupase lo mas pronto posible los puntos principales de las alturas que se extienden desde Lonato hasta Volta, y que forman al sur del lago de Garda una aglomeracion de reductos escarpados. Los últimos partes recibidos por el emperador indicaban en efecto que el enemigo habia abandonado aquellas alturas, y retirádose á la otra parte del rio.

«En virtud de la órden general dada por el emperador en 23 de junio por la tarde, el ejército del rey debia dirigirse á Pozzolongo, el mariscal Baraguay-d' Hilliers á Solferino, el mariscal duque de Magenta á Cavriana, el general Niel á Guidizzolo, y el mariscal Canrobert á Medola. La guardia imperial habia de marchar hácia Castiglione, y las dos divisiones de caballería de línea establecerse en la llanura entre Solferino y Medola. Habíase decidido que las operaciones empezarian á las dos de la madrugada, á fin de evitar el excesivo calor del dia.

«Sin embargo, durante el dia 23 mostráronse en diferentes puntos varios destacamentos enemigos, y así se comunicó al emperador; pero como los austriacos tienen por costumbre multiplicar los reconocimientos, S. M. no vió en aquellas demostraciones sino un ejemplo mas del cuidado y de la habilidad con que aquellos se enteran de las disposiciones de sus contrarios.

«El 24 de junio á las cinco de la mañana, el emperador, que se hallaba en Montechiaro, oyó el estampido del cañon en la llanura, y se dirigió á toda prisa hácia Castiglione, donde debia reunirse la guardia imperial.

«El ejército austriaco que se habia decidido á tomar la ofensiva, habia pasado el Mincio durante la noche en Goito, Valeggio, Monzambano y Peschiera, y ocupaba de nuevo las posiciones que recientemente

habia abandonado. Aquel era el resultado del plan seguido por el enemigo desde la batalla de Magenta, retirándose sucesivamente de Plasencia, de Pizzighettone, de Cremona, de Ancona, de Bolonia y de Ferrara, evacuando en una palabra todas las posiciones para acumular sus fuerzas en el Mincio. Además, habia aumentado su ejército con la mayor parte de las tropas que componian las guarniciones de Verona, de Mantua y de Peschiera, y de este modo pudo reunir cinco cuerpos de ejército, formando un total de 250 ó 270,000 hombres, los cuales se avanzaban hácia el Chiesa, cubriendo la llanura y las colinas. Aquella inmensa fuerza parecia dividirse en dos ejércitos: el de la derecha debia apoderarse de Lonato y Castiglione, segun las notas halladas despues de la batalla sobre un oficial austriaco, y el de la izquierda habia de dirigirse á Montechiaro. Los austriacos creian que la totalidad de nuestro ejército no habia pasado todavía el Chiesa, y su intento era arrojarnos á la orilla derecha de aquel rio.

«Ambos ejércitos, pues, se encontraron impensadamente. Apenas los mariscales Baraguay d'Hilliers y Mac-Mahon hubieron pasado Castiglione, cuando se hallaron en presencia de fuerzas considerables que les disputaron el terreno. En el mismo instante el general Niel se batia con el enemigo en la altura de Medola; el ejército del rey, en camino para Pozzolongo, encontraba tambien á los austriacos delante de Rivoltella, y por su parte el mariscal Canrobert hallaba ocupado el pueblo de Castelgoffredo por la caballería enemiga.

«Todos los cuerpos del ejército aliado se hallaban entonces en marcha á gran distancia unos de otros, y el emperador pensó ante todo en acercarlos, á fin de que pudieran sostenerse mútuamente. Para ello, S. M. se dirigió cerca del mariscal duque de Magenta, que se encontraba á la derecha en la llanura, y que habia desplegado sus fuerzas en direccion perpendicular al camino que va de Castiglione á Goito.

«Como el general Niel tardaba en presentarse, S. M. hizo apresurar la marcha de la caballería de la guardia imperial, y la puso á las órdenes del duque de Magenta, como cuerpo de reserva, para operar en la llanura, á la derecha del 2.º cuerpo. El emperador envió al propio tiempo al mariscal Canrobert la órden de apoyar al general Niel, en cuanto le fuese posible, recomendándole que estuviese prevenido á la derecha contra un cuerpo austriaco que, segun avisos comunicados á S. M., debia dirigirse de Mantua á Azola.

«Tomadas estas disposiciones, el emperador se dirigió á las alturas, en el centro de la línea de batalla, donde el mariscal Baraguay d'Hilliers, demasiado apartado del ejército sardo para poder unírsele, tenia que luchar, en un terreno muy quebrado, contra tropas que se renovaban sin tregua.

«Sin embargo, el mariscal habia llegado al pié de la colina escarpa-

da, en cuya cumbre está edificado el pueblo de Solferino, defendido por fuerzas considerables atrincheradas en un antiguo castillo y en un gran cementerio, cercados uno y otro de gruesos y almenados muros. El mariscal habia perdido ya mucha gente, y habia debido mas de una vez poner en peligro su persona, colocándose al frente de las tropas de las divisiones Bazaine y Ladmirault. Estenuadas de fatiga y de calor, y expuestas á un nutrido fuego de fusilería, esas tropas solo ganaban terreno con mucha dificultad.

« En este momento, el emperador dió la órden á la division Forey para que adelantase una brigada por la parte del llano, y otra hácia la altura para atacar el pueblo de Solferino, mandándola apoyar por la division Camou, de los cazadores de la guardia. Hizo marchar con estas tropas la artillería de la guardia que, mandada por el general Sevelinges y el general Le Bœuf, fué á tomar posicion á cuerpo descubierto á trescientos metros del enemigo. Esta maniobra decidió el triunfo del centro.

« Mientras la division Forey se apoderaba del cementerio, y el general Bazaine arremetia con sus tropas hácia el pueblo, los cazadores de la guardia imperial trepaban hasta el pié de la torre que domina el castillo y se apoderaban de ella. Sucesivamente se iban tomando los mamelones de las colinas inmediatas á Solferino, y á las tres y media los austriacos evacuaron la posicion bajo el fuego de nuestra artillería, que coronaba las cumbres, dejando en nuestro poder 1,500 prisioneros, 14 cañones y dos banderas. De este glorioso trofeo tomó la guardia imperial 13 cañones y una bandera.

« Durante esta lucha, y en lo mas empeñado del fuego, cuatro columnas austriacas, avanzando entre el ejército del rey y el cuerpo del mariscal Baraguay d'Hilliers, habian tratado de envolver la derecha de los piamonteses. Seis piezas de artillería hábilmente dirigidas por el general Forgeol, habian abierto un nutrido fuego contra el flanco de esas columnas, obligándoles á desandar el camino en desórden.

« Mientras el cuerpo del mariscal Baraguay d'Hilliers sostenia la lucha en Solferino, el cuerpo del duque de Magenta se habia desplegado en la llanura de Guidizzolo, delante de la aldea Casa Marino, y su línea de batalla, cortando el camino de Mantua, dirigia su derecha hácia Medola. A las nueve de la mañana fué atacado por una fuerte columna austriaca, precedida de una numerosa artillería que vino á colocarse en batería á 1,000 ó 1,200 metros delante de nuestro frente.

« La artillería de las dos primeras divisiones del 2.° cuerpo, avanzando inmediatamente sobre la línea de los cazadores, abrió un fuego vivísimo contra el frente de los austriacos, y al propio tiempo las baterías montadas de las divisiones Desvaux y Partonneaux, dirigiéndose rápidamente á la derecha, tomaron al arma blanca los cañones ene-

migos que de esta suerte empezaron por apagar su fuego, y luego se vieron obligados á retroceder. Inmediatamente despues las divisiones Desvaux y Partonneaux cargaron á los austriacos, y les hicieron 600 prisioneros.

«Sin embargo, una columna de dos regimientos de caballería austriaca habia procurado envolver la izquierda del 2.° cuerpo, y el duque de Magenta habia dirigido contra ella seis escuadrones de cazadores. Tres excelentes cargas de nuestra caballería rechazaron la del enemigo, que dejó en nuestro poder gran número de hombres y de caballos.

«A las dos y media el duque de Magenta tomó á su vez la ofensiva, y dió al general de la Motterouge la órden de pasar á su izquierda por la parte de Solferino, para apoderarse de San Casiano y de otras posiciones ocupadas por el enemigo.

«El pueblo fué cercado por dos lados y tomado con un vigor irresistible por los tiradores argelinos y por el 45. Los tiradores fueron conducidos poco despues al contrafuerte principal que une Cavriana y San Casiano, defendido por fuerzas considerables. El primer mamelon, coronado por una especie de reducto, cayó muy pronto en poder de los tiradores; pero el enemigo, haciendo una contramarcha y tomando de nuevo una empeñada ofensiva, logró desalojarlos de aquel punto. Apoderáronse de él nuevamente con el auxilio del 45 y del 72, y una vez mas fueron rechazados. Para sostener este ataque el general de la Motterouge hubo de hacer marchar su brigada de reserva, y el duque de Magenta hizo adelantar todo el cuerpo de su mando.

«Al propio tiempo el emperador daba la órden á la brigada Manèque, de los cazadores de la guardia, apoyada por los granaderos del general Mellinet, para que de Solferino se dirigiese contra Cavriana.

«El enemigo no pudo resistir por mas tiempo á este vigoroso ataque sostenido por el fuego de la artillería de la guardia, y á eso de las cinco de la tarde los cazadores y los tiradores argelinos entraban á un tiempo en el pueblo de Cavriana.

«En este momento, una furiosa tormenta que se desató sobre ambos ejércitos, oscureció el cielo y suspendió la lucha; pero luego que hubo cesado la tormenta, nuestras tropas volvieron á continuar la tarea empezada, y arrojaron al enemigo de todas las alturas que dominan el pueblo. Luego despues, el fuego de la artillería de la guardia hacia cambiar la retirada de los austriacos en una fuga precipitada.

«Durante este choque los cazadores de caballería de la guardia que flanqueaban la derecha del duque de Magenta, dieron una carga á la caballería austriaca que amenazaba envolverle.

«A las seis y media el enemigo se declaraba en retirada en todos los puntos.

«Mas aunque la batalla estaba ganada en el centro, donde nuestras

tropas no habian cesado de conseguir ventajas, la derecha y la izquierda estaban aun rezagadas. Sin embargo, las tropas del 4.° cuerpo habian tomado tambien una grande y gloriosa parte en la batalla de Solferino.

«Habiendo salido de Carpenedolo á las tres de la madrugada, se dirigian sobre Medola, apoyadas por la caballería de las divisiones Desvaux y Partonneaux, cuando á dos kilómetros antes de llegar á Medola los escuadrones de cazadores, que despejaban la marcha del cuerpo, se encontraron con los uhlanos. Les dieron una impetuosa carga; pero fueron contenidos por la infantería y la artillería enemigas que defendian el pueblo.

«El general Luzy tomó al punto sus disposiciones para el ataque. Mientras hacia envolver á Medola á derecha é izquierda por dos columnas, avanzaba de frente precedido de su artillería que hacia fuego contra el pueblo. Este ataque, ejecutado con gran vigor, obtuvo un feliz éxito; á las siete el enemigo se retiraba de Medola, y le habiamos quitado dos cañones, y hecho un buen número de prisioneros.

«La division Vinoy que seguia á la division Luzy, tomó al salir de Medola la direccion una casa aislada, llamada la Casanova, que está situada en el llano, en el camino de Mantua, á dos kilómetros de Guidizzolo. Por este lado el enemigo tenia fuerzas considerables, y se empeñó un encarnizado combate mientras la division Luzy marchaba hácia Ceresara de una parte, y de otra hácia Rebecco.

«En estas circunstancias el enemigo trató de envolver la izquierda de la division Vinoy por el espacio que dejaban entre ellos el 2.° y el 4.° cuerpo; se aproximó hasta á 200 metros del frente de nuestras tropas; pero entonces se vió atajado por el fuego de 42 piezas de artillería dirigidas por el general Soleille. El cañon del enemigo tomó inmediatamente parte en la lucha, y la tuvo por espacio de muchas horas, aunque con manifiesta inferioridad.

«Llegó á su vez la division Failly, y el general Niel, reservando la segunda brigada de esta division, atacó con la primera á Casanova y Rebecco, hácia la cabaña de Baete, para incorporar las divisiones del general Luzy y del general Vinoy. El general Niel se proponia dirigirse hácia Guidizzolo luego que el duque de Magenta se hubiese apoderado de Cavriana, y esperaba cortar de este modo al enemigo el camino de Volta y del Goito; mas para ejecutar este plan, se necesitaba que las tropas del cuerpo del mariscal Canrobert fuesen á reemplazar en Rebecco á las del general Luzy.

«El 3.er cuerpo que habia salido de Mezzana á las dos y media de la mañana, habia pasado el Chiesa en Viseno, y habia llegado á las siete á Castelgoffredo, reducido pueblo rodeado de murallas que la caballería del enemigo estaba aun ocupando. Mientras el general Jannin

envolvia la posicion al Sur, el general Renault la atacaba de frente, haciendo derrumbar la puerta por los zapadores, y penetraba en el pueblo, arrojando á su vista á la caballería enemiga.

«A las nueve de la mañana, la division Renault que habia llegado á la altura de Medola, se unia por su izquierda con el general Luzy por la parte de Ceresara, y á su derecha hacia frente á Castelgoffredo, de modo que vigilaba los movimientos del cuerpo destacado, cuya salida de Mantua se habia anunciado.

«Esta aprension paralizó, durante la mayor parte del dia, al cuerpo de ejército del mariscal Canrobert, que no creyó prudente prestar desde luego al 4.° cuerpo el apoyo que le pedia el general Niel. Sin embargo, á las tres de la tarde, tranquilizado ya con respecto á su derecha, y habiendo examinado por sí mismo la posicion del general Niel, el mariscal Canrobert hizo apoyar la division Renault sobre Rebecco, y dió órden al general Trochu de que llevase su primera brigada entre Casanova y Baete, al punto á que se dirigian los mas temibles ataques del enemigo. Este refuerzo de tropas frescas permitió al general Niel expedir en direccion de Guidizzolo, parte de las divisiones de Luzy y de Failly. Esta columna se adelantó hasta las primeras casas del pueblo; pero encontrando en él fuerzas superiores establecidas en una buena posicion, se vió obligado á detenerse.

«Entonces el general Trochu se adelantó para sostener el ataque con la brigada Bataille de su division. Avanzó contra el enemigo con los batallones formados en masa, con tanto órden y sangre fria como si estuviese haciendo el ejercicio. Arrebató al enemigo una compañía de infantería y dos piezas de artillería, y ya habia llegado á la mitad de la distancia entre Casanova y Guidizzolo, cuando estalló la tormenta que acabó de poner fin á esta terrible lucha, que la cooperacion de los cuerpos 3.° y 4.° amenazaba hacer funesta al enemigo.

«En medio de las peripecias de este combate, que duró doce horas, la caballería ha prestado un eficaz auxilio para contener los esfuerzos del enemigo por la parte de Casanova. En diferentes veces las divisiones Partonneaux y Desvaux cargaron contra la infantería austriaca y rompieron sus cuadros; pero lo que produjo mayores estragos en el enemigo, fué la artillería de nuevo modelo. Sus tiros alcanzaban á distancias desde las cuales eran impotentes para contestar las piezas de mayor calibre, y llenaban de cadávêres el llano.

«El 4.° cuerpo quitó á los austriacos una bandera, siete piezas de artillería, y les tomó 2,000 prisioneros.

«Por su parte el ejército del rey, colocado al extremo de nuestra izquierda, llevaba tambien á cabo su ruda y gloriosa jornada.

«Avanzaba con sus cuatro divisiones en direccion á Peschiera, Pozzolongo y Madonna della Scoperta, cuando á las siete de la mañana su

vanguardia encontró á las avanzadas enemigas entre San Martino y Pozzolongo.

«El combate se empeñó; pero gruesos refuerzos austriacos se adelantaron é hicieron retroceder á los piamonteses hasta detrás de San Martino, y amenazaron cortar su línea de retirada. Entonces llegó á toda prisa una brigada de la division Mollard al sitio del combate, y dió el asalto á las alturas en que acababa de situarse el enemigo. Dos veces llegó á la cima apoderándose de varios cañones; pero dos veces tambien hubo de ceder al mayor número y abandonar su conquista.

«El enemigo ganaba terreno, á pesar de algunas cargas excelentes de la caballería del rey, cuando la division Cucchiari, desembocando en el campo de batalla por el camino de Rivoltella, fué á sostener al general Mollard. Las tropas sardas se arrojaron por tercera vez al ataque bajo un mortífero fuego; la iglesia y todas las casas de la derecha fueron tomadas, y se cogieron ocho piezas de artillería; pero el enemigo logró recobrarlas, y ocupar nuevamente sus posiciones.

«En estas circunstancias, la segunda brigada del general Cucchiari que se habia formado en columna cerrada á la izquierda del camino de Lugana, emprendió el ataque contra la iglesia de San Martino, recobró el terreno perdido, y se apoderó de las alturas por cuarta vez, sin lograr empero sostenerse en ellas; pues sofocada por la metralla y colocada en frente de un enemigo que, derrotado cada vez, volvia cada vez á la carga, no pudo esperar el socorro que le traia la segunda brigada del general Mollard, y los piamonteses estenuados se retiraron en buen órden por el camino de Rivoltella.

«Entonces la brigada de Aoste, de la division Fanti, que se habia dirigido primero hácia Solferino para ponerse en contacto con el mariscal Baraguay d' Hilliers, fué enviada por el rey para apoyar á los generales Mollard y Cucchiari en el ataque de San Martino. Por un rato hubo de detenerle la tormenta; pero á las cinco de la tarde, esta brigada y la brigada Pignerol, sostenidas por una fuerte artillería, avanzaron hácia el enemigo bajo un fuego terrible y alcanzaron á las alturas. Apoderáronse del terreno palmo á palmo y casa á casa, y lograron sostenerse, luchando con encarnizamiento.

«El enemigo empezó á replegarse, y la artillería piamontesa, ganando las alturas, pudo en breve coronarlas con 24 cañones de los cuales los austriacos trataron en vano de apoderarse: dos excelentes cargas de la caballería del rey los dispersaron; la metralla introdujo el desórden en sus filas, y por último las tropas sardas quedaron dueñas de formidables posiciones que el enemigo habia defendido con tanto encarnizamiento durante toda la jornada.

«Por otro lado la division del general Durando estaba luchando con los austriacos desde las cinco y media de la mañana. A esta hora su van-

guardia habia encontrado al enemigo en Madonna della Scoperta, y las tropas sardas habian sostenido hasta el medio dia las fuerzas de un enemigo superior en número, que por último las habia obligado á replegarse; pero reforzadas entonces por la brigada de Saboya, volvieron á tomar la ofensiva, y rechazando á su vez á los austriacos, se apoderaron de Madonna della Scoperta.

«Despues de este primer triunfo, el general de la Mármora dirigió la division Durando hácia San Martino, donde no pudo llegar á tiempo para recobrar la posicion, pues encontró en el camino una columna austriaca, con la cual hubo de luchar para abrirse paso, y cuando venció este obstáculo, el pueblo de San Martino estaba ya en poder de los piamonteses. El general de la Mármora habia dirigido por otra parte la brigada piamontesa de la division Fanti hácia Pozzolongo. Esta brigada se apoderó con grande ímpetu de las posiciones del enemigo que daban frente al pueblo, y habiéndose hecho dueña de Pozzolongo, despues de un vivo ataque, rechazó á los austriacos y los persiguió hasta alguna distancia, causándoles grandes pérdidas.

«Las del ejército sardo fueron por desgracia muy considerables, y no bajaron de 49 oficiales muertos, 167 heridos, 642 sargentos y soldados muertos, 3,405 heridos, y 1,258 desaparecidos; total, 5,525 bajas en la lista. Cinco cañones habian quedado en poder del ejército del rey, como trofeo de esta sangrienta victoria conseguida contra un enemigo superior en número, cuyas fuerzas no bajaban al parecer de doce brigadas.

«Las pérdidas del ejército francés han ascendido á la cifra de 12,000 entre muertos y heridos, y 720 oficiales fuera de combate, de los cuales hay 150 muertos. Entre los heridos se cuentan los generales Ladmirault, Forey, Auger, Dieu y Donay: han muerto 7 coroneles y 6 tenientes coroneles.

«En cuanto á las pérdidas del ejército austriaco, no han podido calcularse todavía; pero han debido ser muy considerables, á juzgar por el número de muertos y de heridos que han abandonado en toda la extension de un campo de batalla que tenia cinco leguas de frente. Han dejado en nuestro poder 30 piezas de artillería, gran número de armones, 4 banderas y 6,000 prisioneros.

«La resistencia opuesta á nuestras tropas por el enemigo por espacio de diez y seis horas, puede explicarse por la ventaja que le daban las posiciones casi inexpugnables que ocupaba.

«Fuera de esto, por vez primera las tropas austriacas combatian á la vista de su soberano, y la presencia de los dos emperadores y del rey, haciendo mas encarnizada la lucha, debia hacerla mas decisiva.

«El emperador Napoleon no dejó un momento de dirigir la accion, trasladándose á todos los puntos en que sus tropas tenian que desplegar

mayores esfuerzos y vencer mas difíciles obstáculos. Varias veces los proyectiles del enemigo alcanzaron á las filas del Estado mayor y á la escolta que acompañaban á S. M.

« A las nueve de la noche se oia todavía á lo léjos el estampido del cañon que hacia apresurar la retirada del enemigo, y nuestras tropas encendian lumbre para hacer el rancho en el campo de batalla que con tanta gloria habian conquistado.

« El resultado de esta victoria es el de haber abandonado el enemigo todas las posiciones que habia preparado á la derecha del Mincio para disputar las inmediaciones. Segun los últimos partes recibidos, el ejército austriaco desalentado, parece que renuncia á defender el paso del rio y se retira hácia Verona.»

En la Parte cuarta, LXXV, LXXVI, LXXVII, LXXVIII, LXXIX y LXXX insertamos los partes dados al emperador por los jefes de los cuerpos que combatieron en Solferino, y por S. M. el rey de Cerdeña.

La idea que indujo á los austriacos á repasar el Mincio y á ofrecer la batalla á los aliados en la orilla derecha, es de una explicacion algo difícil, y en nada se aparta del carácter contradictorio con que se distinguió la direccion del ejército austriaco desde el principio de la guerra. Para invadir el Piamonte, no vacila el Austria en enajenarse las simpatías de las potencias que mas favorables le fueron durante las negociaciones, y cuando se creia al menos que reportaria de aquella temeridad política todas las ventajas militares que la misma ofrecia, cuando la suerte de Turin inspiraba graves temores, cuando se pensaba que el ejército austriaco cortaria en Novi las comunicaciones del ejército francés en via de formacion, impidiendo que se reunieran las tropas que llegaban por los Alpes con las que llegaban por mar; el ejército imperial renuncia á todas las ventajas de la actitud ofensiva, se mantiene en la defensiva, guarda con exquisita vigilancia la línea del Pó, que no será atacada, y descuida la del Tessino que disputa tarde y con fuerzas insuficientes reunidas con precipitacion en Magenta. Desde el Tessino hasta el Mincio, la retirada del ejército austriaco es tan precipitada que tiene todos los visos de una fuga, y el Austria, que tan gran precio diera á la línea del Pó, evacua de repente cuantas posiciones fortificadas tenia en la misma. Créese que concentra sus tropas en la orilla izquierda del Mincio para rehacerlas, colocando entre ellas y los aliados las murallas de sus fortalezas: nueva sorpresa; el ejército austriaco abandona su retiro para atacar á los franco-sardos. En estos distintos actos vemos una mezcla de temeridad fantástica, de perezosa lentitud y de repentino desaliento, que anuncia la existencia de una gran confusion y de una cruel incertidumbre en los consejos del Austria desde el principio de la crísis.

Tan contradictorias oscilaciones hacen que reine todavía gran oscuridad acerca de la idea que se proponian los austriacos en sus resoluciones militares; pero sea cual fuere el móvil que les impulsara en Solferino, ya tomara el emperador Francisco José tan vigorosa ofensiva por amor propio militar, ya para impedir la reunion del cuerpo organizado en Toscana con el ejército aliado, ya con la esperanza de sorprender á los franco-sardos en medio de una marcha harto confiada, es lo cierto que, segun el órden lógico y natural de las cosas, el resultado de su derrota debia agravar de un modo desastroso para él el resultado final de la campaña. Despues de ser expulsado de la Lombardía, es vencido en su primera tentativa para recobrarla, y esto que su tentativa es gigantesca. El ejército austriaco ocupa en su marcha un frente de cinco leguas; las masas que van á combatir son tan considerables como las que se encontraban en los campos de batalla, donde se jugaban los destinos de Europa durante la segunda mitad del primer imperio; hubiérase dicho una de aquellas desesperadas partidas despues de las cuales la parte á quien no ha sido favorable la fortuna, no tiene mas recurso que resignarse con su suerte. En efecto, la posicion del ejército austriaco se agravó, no solo por la importante derrota que acababa de sufrir, sino tambien por la fuerza de los nuevos ataques que iban á ser dirigidos contra él: el ejército aliado iba á pasar el Mincio sin obstáculo; reforzábase con el cuerpo del príncipe Napoleon y con la division toscana; la escuadra francesa del Adriático se disponia á atacar la posicion de Venecia, abriendo á los vencedores una nueva base de operaciones, y fuesen cuales fueren los designios del emperador de Austria al atacar á los franco-sardos en la línea de colinas que forman una fortificacion avanzada de la línea del Mincio, es evidente que la batalla de Solferino habia dado un golpe mortal á su dominacion en Italia. Así se opinaba en Europa, así lo decian los órganos todos de la opinion pública, cuando el árbitro de la paz ó de la guerra en aquella cuestion, el emperador Napoleon III, lo decidió de otro modo.

La batalla de Solferino fué de las mas sangrientas que se hayan dado en los tiempos modernos: el ejército sardo perdió 5,525 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; el ejército francés tuvo que deplorar la pérdida del general de artillería Auger, que sucumbió poco despues de la victoria, elevado por el emperador en el mismo campo de batalla al grado de general de division; los generales Dieu, Forey, Ladmirault y Lonay fueron heridos; siete coroneles y seis tenientes coroneles quedaron muertos en el campo, y el número total de hombres fuera de combate fué de unos 12,000.

El 1.er cuerpo de ejército (Baraguay d'Hilliers) mató al enemigo 800 ó 1,000 hombres, causóle gran número de heridos, hízole 1,200 prisioneros, tomóle 4 cañones y 2 banderas; pero compró su triunfo

con extraordinarias pérdidas. El número de oficiales fuera de combate se elevó á 234, y á 4,000 el de los soldados muertos ó heridos.

El 2.º cuerpo (Mac-Mahon) tuvo 19 oficiales muertos, 95 oficiales heridos, 192 soldados muertos, 1,266 heridos, y 300 prisioneros.

Las pérdidas experimentadas por el 3.er cuerpo (Canrobert), se elevan á 250 hombres entre muertos y heridos.

El 4.º cuerpo (Niel) tomó en la batalla de Solferino muy grande y gloriosa parte; el estado general de sus pérdidas se eleva á 4,804 hombres fuera de combate, entre ellos 46 oficiales muertos, 207 heridos y 7 prisioneros; 586 soldados muertos, 3,417 heridos, y 541 prisioneros.

Los austriacos dejaron en manos de los vencedores 30 piezas de artillería, gran número de carros, 4 banderas y 6,000 prisioneros. Los muertos y heridos ascendieron á unos 15,000 hombres, entre ellos 90 oficiales muertos, 417 oficiales heridos, 4,000 soldados muertos y 10,000 soldados heridos.

En la Parte cuarta, LXXXI, insertamos la relacion oficial de la *Gaceta de Viena* relativa á esta batalla.

La accion de Solferino se empeñó casi en el mismo terreno en que lo fué la de Castiglione en 1796; Wurmser acababa de reemplazar á Beaulieu, lo mismo que Schlick habia reemplazado á Gyulai.

Figúrese el lector una cordillera de colinas que, empezando en los alrededores de Castiglione, á corta distancia de Montechiaro, se extiende en forma de media luna hasta Cavriana, desde donde, dirigiéndose por Castellaro, Pozzolongo y San Martino, pasa por Desenzano en el lago de Garda, y se pierde en las vertientes avanzadas de los Alpes, llamadas las montañas de Brescia y de Bérgamo. Dichas colinas se hallan ordinariamente cubiertas en su falda de árboles y cepas, y su cima es enteramente árida y desnuda cuando no se halla coronada por castillos de la edad media, ó por torres que los austriacos no podian menos de aprovechar como sucedió en Castiglione, en Solferino, en Cavriana y en Pozzolongo.

Un camino estrecho y sinuoso que pasa entre viñas y campos de trigo, costeando la falda de una larga cordillera de colinas desde Castiglione hasta la llanura de San Martino, conduce á la aldea de Solferino, dominada por la eminencia y la torre del mismo nombre, llamada vulgarmente *La Spia d'Italia* (el espía de Italia).

Cavriana ó Cavriano, segun dicen los mapas italianos, se halla situado á cuatro ó cinco kilómetros del Mincio, en la orilla derecha del rio, delante de Valeggio, situado en la otra orilla y á dos kilómetros de distancia; allí se encontraba el cuartel general del emperador de Austria. Cavriana se levanta á la izquierda del camino de Brescia á Mantua por Castiglione y Goito, á una distancia casi igual de ambas

ciudades y de Peschiera, y por lo tanto casi en el centro de la línea del Mincio. El teatro de las operaciones se dividia pues en dos partes muy distintas, así por su aspecto como por su disposicion: por un lado levantábanse treinta ó treinta y dos colinas que, partiendo de Solferino, toman la direccion de Mantua, y por el otro se extendia una llanura inmensa terminada fuera del alcance de la vista por las montañas de Parma: es la *Campagna di Medola*.

En aquel terreno en el que puede ser el Mincio la línea visual, el ejército sardo formaba el ala izquierda, y los franceses el centro y el ala derecha; aquel acampaba en Desenzano y en las cercanías, y estos se hallaban en marcha desde Castiglione y Medola. Ambos ejércitos enemigos marchaban de frente en línea recta: los austriacos de oriente á poniente, los franco-sardos de poniente á oriente, y en un espacio de doce ó quince kilómetros de largo y de cinco ó seis de ancho, cuatrocientos mil hombres y seiscientas piezas de artillería marchaban unos contra otros. El emperador Francisco José y el emperador Napoleon mandaban en persona sus ejércitos.

El emperador de Austria para empeñar tan gran partida habia desguarnecido sus plazas fuertes del cuadrilátero, y sacado de la Alemania la flor de sus tropas; habia colocado en las alturas desde San Martino á Pozzolongo cuarenta mil combatientes y sesenta cañones para aniquilar el ejército piamontés; habia cubierto las alturas desde Solferino á Cavriana y el llano de Guidizzolo con ciento cincuenta mil soldados y doscientas cincuenta piezas de artillería, y tenia además treinta mil caballos y seis baterías de cohetes.

En resúmen, las fuerzas de los imperiales se elevaban á doscientos cincuenta ó doscientos sesenta mil hombres, y los aliados solo podian oponer á fuerzas tan considerables el cuerpo de ejército sardo, la guardia imperial francesa y cuatro cuerpos de ejército, tropas que habian dejado numerosos destacamentos en los puntos vulnerables del país, y que solo ofrecian por lo tanto el efectivo siguiente:

1.er cuerpo: 41 batallones y 16 escuadrones, 21,000 infantes y 1,800 caballos.

2.º cuerpo: 27 batallones y 8 escuadrones, 14,000 infantes y 900 caballos.

3.er cuerpo: 39 batallones y 16 escuadrones, 20,000 infantes y 1,800 caballos.

4.º cuerpo: 39 batallones y 8 escuadrones, 20,000 infantes y 900 caballos.

Guardia imperial: 24 batallones y 24 escuadrones, 12,000 infantes y 3,000 caballos.

Añadiendo á estas fuerzas 7,000 hombres de artillería para el servicio de las 32 baterías de las divisiones, y un número casi igual de bate-

rías de reserva, tendremos que el ejército francés pudo colocar en línea el dia 24 de junio 87,000 infantes, 8,400 caballos y 7,000 artilleros. Total: 102,400 hombres.

El ejército sardo constaba á lo mas de 35,000 hombres, número que unido al que ofrecia el ejército francés, da por total unos 140,000 combatientes.

No todo el efectivo de fuerzas que acabamos de indicar tomó parte en la batalla, y así sucedió con la mitad de la infantería del 3.er cuerpo; en el Boletin tampoco se habla de la caballería del 4.° cuerpo. La infantería de la guardia imperial parece haber entrado toda en accion, mientras que en la caballería, solo los cazadores cargaron al enemigo.

En el ataque contra Solferino, el fuego de los austriacos causó en los aliados considerables estragos, y su artillería descargando balas rasas y metralla cubrió de cadáveres el llano y la colina.

La artillería desempeñó un gran papel en la batalla de Solferino: era aquel el primer ensayo que se hacia de los cañones rayados, y su resultado sobrepujó á todas las esperanzas. Los imperiales, colocados á enorme distancia, veíanse alcanzados y diezmados por imprevistos proyectiles; los artilleros que los lanzaban, se hallaban fuera del alcance de los cañones austriacos y á cincuenta pasos miraban caer las balas ya sin fuerza; semejante seguridad favorecia extraordinariamente la exactitud de la puntería, y en las llanuras de Solferino hallábanse con tanta seguridad como en el ejercicio.

Lo que hizo el ejército francés en la jornada de Solferino raya casi en prodigio. Es preciso haber visto las posiciones para juzgar de la exactitud de este aserto: los franceses debieron desalojar á los imperiales y á su artillería de unas treinta colinas, escalarlas á pico muchas veces, y expulsar de mata en mata á tiradores obstinados y valientes. La posicion de los *Cipressi* fué tomada y recobrada tres veces; la de *Montaldo* fué defendida durante cinco horas, y la de *San Casiano* y la de *la Rocca* cayeron por sorpresa en poder de los vencedores. Cada una de aquellas prominencias se convertia en una ciudadela; tomábase una colina, y los austriacos empezaban otra vez la lucha en la colina inmediata.

La copiosa lluvia que cayó á las seis de la tarde fué precedida de una violenta ráfaga, que levantó todo el polvo de los caminos formando compactas nubes; la caballería cargaba en medio de aquel torbellino, lanzándose contra el enemigo que sabia encontrarse delante, pero al que ni siquiera divisaba.

El emperador Napoleon, segun voz pública, se expuso al peligro como un simple jefe de columna, y fueron heridas varias personas de su escolta; por la noche se alojó y durmió en las habitaciones preparadas y ocupadas aquella mañana por el emperador Francisco José. Este fué

el último en retirarse del campo de batalla, y lo hizo con los ojos humedecidos y el corazon desgarrado.

Cosa particular! el terreno en el cual fueron derrotados los austriacos es el mismo que hace cuarenta años les sirve de escuela práctica para sus maniobras de otoño; la naturaleza y obras importantes de defensa debian hacerles invencibles, y mas que aquello aun el valor real que manifestaron y que no se desmintió tampoco en la derrota. Los jefes se lanzaban contra las bayonetas ó las baterías para alcanzar la muerte, y el mismo Francisco José corria con la espada en la mano al encuentro de los fugitivos, amenazándoles y aun hiriéndoles, sin que el temor ni el respeto que les inspiraba pudiesen detenerles en su fuga.

El ejército sardo desplegó tambien indecible arrojo, y se mostró digno en todos conceptos de combatir al lado de los franceses. Su valor le costó pérdidas sensibles; varios oficiales superiores fueron muertos, y entre ellos el general Mollard, el general Perrier, jefe de la brigada de Saboya; el general Arnaldi, jefe de los guardias, y los coroneles Beretta, Pernot y Pallavicini.

La artillería piamontesa disparó contra el enemigo los últimos cañonazos, no cesando el fuego hasta las nueve de la noche.

El dia siguiente, 25 de junio, el emperador y el rey de Cerdeña manifestaban con las siguientes proclamas que todos, franceses y sardos, habian cumplido su deber en aquella memorable jornada.

«Cuartel general de Cavriana, 25 de junio de 1859.

«Soldados!

«El enemigo creia sorprendernos y rechazarnos mas allá del Chiesa, y él ha sido quien ha repasado el Mincio.

«Habeis sostenido dignamente el honor de la Francia, y la batalla de Solferino iguala y sobrepuja los recuerdos de Lonato y Castiglione.

«Por espacio de doce horas, habeis rechazado los desesperados esfuerzos de mas de 150,000 hombres; ni la numerosa artillería del enemigo, ni las formidables posiciones que ocupaba en una profundidad de tres leguas, ni el calor sofocante, han podido detener vuestro ardor.

«La patria agradecida os da las gracias por mi boca por tanta constancia y arrojo, si bien llora conmigo los que han muerto en el campo del honor.

«Hemos tomado 3 banderas y 30 cañones, y hecho 6,000 prisioneros.

«El ejército sardo ha luchado con igual valor contra fuerzas superiores, y es digno de marchar á vuestro lado.

«Soldados! tanta sangre derramada no será estéril para la gloria de la Francia y para la felicidad de los pueblos.

«Napoleon.»

«Soldados! dijo el rey Victor Manuel: en dos meses de guerra habeis avanzado de victoria en victoria desde las orillas invadidas del Sesia y del Pó hasta las márgenes del Garda y del Mincio. En la gloriosa senda que habeis recorrido con nuestro noble y poderoso aliado, habeis dado por do quiera brillantes pruebas de disciplina y heroísmo.

«La nacion se envanece de vosotros; la Italia entera, que cuenta con orgullo en vuestras filas á sus mejores hijos, aplaude vuestro valor, y vuestras hazañas le inspiran confianza y le hacen augurar bien de sus futuros destinos.

«Hoy hemos alcanzado una nueva victoria, y habeis derramado otra vez vuestra sangre, triunfando de un enemigo superior en número y protegido por formidables posiciones.

«En la memorable jornada de Solferino y de San Martino habeis rechazado desde el amanecer hasta ya muy entrada la noche, precedidos por vuestros intrépidos jefes, los repetidos ataques del enemigo á quien habeis obligado á repasar el Mincio, dejando en vuestro poder y en el campo de batalla hombres, fusiles y cañones.

«El ejército francés ha obtenido tambien igual gloria, dando nuevas pruebas del incomparable valor que desde hace siglos atrae sobre sus heróicos batallones la admiracion del mundo entero.

«La victoria ha exigido grandes sacrificios, pero la noble sangre derramada por la mas santa de las causas manifestará á la Europa que la Italia es digna de figurar entre las naciones.

«Soldados!

«En las anteriores batallas he señalado en la órden del dia los nombres de muchos de vosotros; hoy me es imposible excluir á nadie, y cito en la órden del dia á todo el ejército.

«Cuartel general de Rivoltella, 22 de junio de 1859.

«Victor Manuel.»

El general Niel, que tanto se habia distinguido en Solferino, fué elevado por el emperador al grado de mariscal de Francia y á la dignidad de duque de Solferino.

«El paso del Mincio sin oposicion fué la primera consecuencia de la victoria alcanzada. Lo mismo sucedió en 1796 despues de la batalla de Castiglione.

La lucha se trasladaba pues al famoso cuadrilátero, y antes de proseguir nuestro relato, creemos oportuno dar sobre el mismo y sobre las plazas que lo componen una detallada explicacion.

Por la parte del Oeste, forma el Mincio el frente defensivo de aquella posicion, cuyos límites son: al Sur el Pó, desde Mantua hasta Polosella; al Este el Adiger, y al Norte el lago de Garda y el camino de hierro de Venecia á Milan.

Los cuatro ángulos están ocupados por las plazas de Peschiera, de Mantua, de Legnago y de Verona.

Diríase que la naturaleza ha agotado sus recursos para aumentar la fuerza de aquella posicion, que forma la entrada del Estado de Venecia. Los Alpes tiroleses se adelantan en aquel punto hácia el Pó, y estrechan la llanura lombarda, reduciéndola á una distancia de 40 kilómetros; la proximidad de las cuatro fortalezas, separadas una de otra por uno ó dos dias de marcha á lo mas, permite á las tropas que las ocupen concentrar todas sus fuerzas sobre el punto amenazado, inmensa ventaja, sobre todo cuando fortificaciones y obras de defensa prestan un sólido apoyo á sus esfuerzos.

El Austria que no desconoce, que quizás se exagera la importancia de su cuadrilátero, se ha ocupado incesantemente desde hace cincuenta años en crearse en él una posicion inexpugnable; con este objeto, no solo ha desplegado allí todos los recursos del genio militar, sino que ha multiplicado los caminos estratégicos y los rápidos medios de comunicacion. A través de la cordillera de los Alpes ha abierto un soberbio camino que pone en relacion directa al Vorallberg y al Tirol con la Lombardía por el monte Stelvio, y si bien en aquel momento no podia serle aquel camino de grande utilidad, pues pasa por Bérgamo, costea el lago de Como y atraviesa la Valtelina, paises que no se hallaban ya en su poder, no sucedia lo mismo con otras dos vias, caminos de hierro trazados con grande inteligencia de las necesidades estratégicas. El uno reune la Lombardía con el Estado de Venecia, abrazando en un semicírculo el golfo del Adriático, y empalma luego en Mertio con el camino de hierro que va desde Venecia hasta Milan, atravesando Padua, Vicenza, Verona, Peschiera, Brescia, Bérgamo y Bassano; el otro parte de Botzen, costea á cierta distancia el lago de Garda, pasa por Trento, Roveredo y Verona, unida á Mantua por medio de un ramal, y pone así en comunicacion los dos principales ángulos del cuadrilátero.

La línea del Mincio era la base de las futuras operaciones. El paso de aquel rio solo es practicable entre Peschiera y Mantua, pues la restante parte de su curso, desde Mantua á Governolo, no es mas que un pantano invadeable para un ejército.

El Mincio nace en el extremo Sudeste del lago de Garda, en Peschiera, circula en la llanura Mantuana, y forma algunas leguas mas léjos un nuevo lago de que hablaremos mas tarde, y en medio del cual se levanta la plaza de Mantua. Despues de un curso de 62 kilómetros, aquel rio desagua en el Pó cerca de Governolo.

En sus innumerables rodeos ofrece el Mincio en varios puntos las condiciones de ordinario exigidas para favorecer el paso á la otra orilla, es decir, un ángulo entrante y una elevacion de terreno, desde donde pueda hacerse fuego contra el enemigo, al mismo tiempo que se arrojan puentes sobre el rio. Mozanbano y Volta son los puntos en que se revelan mas claramente estas ventajas; y las posiciones en que un ejército parece tener mas probabilidades de disputar el paso con éxito, son los pueblos de Ponti, de Valeggio y de Pozzola, situados en la orilla izquierda. Apoyado en Peschiera y en Mantua, la proximidad de aquellas plazas fuertes le proporciona un considerable elemento de fuerza.

Esto no obstante, la historia nos demuestra que con un ejército bien mandado el paso del Mincio es una operacion de éxito seguro. Desde hace medio siglo lo han pasado dos veces los ejércitos de Francia, y una vez los del Piamonte. En mayo de 1796, las divisiones Kilmaine, Massena y Augereau, mandadas por Bonaparte, forzaron el paso en Borghetto y en Valigio, puntos que defendia Beaulieu. En 1800 Brune y Dupont lo pasaron igualmente, despues de una sangrienta batalla que les diera Bellegarde; finalmente, en 1848 los piamonteses, mandados por el duque de Génova, se establecieron despues de algunas horas de lucha en tres puntos de la orilla derecha, en Mozambano, en Goito y en Borghetto.

En las márgenes de aquel rio se encuentran Peschiera al Norte y Mantua al Sur, lo cual nos obliga á fijar en ambas plazas nuestra atencion.

Peschiera se halla situada en una pequeña isla, formada por el Mincio á su salida del lago de Garda; esta plaza se halla destinada á dominar el flanco derecho de la línea del rio, á mantener libres las comunicaciones con el lago, y á defender el sistema de esclusas que producen en el Mincio una corriente bastante rápida para arrastrar los puentes de barcas construidos sobre sus aguas. Las obras de la plaza datan en gran parte de la época de la dominacion veneciana, y aunque mejoradas mas tarde por los franceses, jamás han ofrecido gran fuerza de resistencia. En 1848 los piamonteses se apoderaron de la plaza despues de un sitio de un mes, dirigido por el difunto duque de Génova, hermano de Victor Manuel; mas en los tiempos posteriores, los austriacos han establecido varias obras avanzadas en la orilla izquierda del Mincio para protejer la plaza. La gran ventaja de la posicion de Peschiera, plaza fuerte de tercer órden, es dominar el camino de Brescia á Verona, y ofrecer á quien la ocupe la facilidad de establecerse segun sus necesidades en la una ó en la otra orilla del Mincio.

Situada en una isla en el extremo de aquel rio, en medio de una dilatacion pantanosa del mismo, Mantua debe á su posicion geográfica defensas naturales que el arte ha aumentado considerablemente. El la-

go en que se levanta, formado por las aguas del Mincio, se halla dividido en cuatro partes por las calzadas ó diques que lo atraviesan: el lago Superior, el del Centro, el Inferior, y el llamado Pajolo, al Oeste y al Mediodía de la ciudad, el cual mereceria el nombre de pantano mas que el de canal, pues sus aguas, muy poco profundas, exhalan pestilentes miasmas que en verano diezman á la guarnicion.

Un canal de navegacion atraviesa la ciudad en toda su longitud, y forma un pequeño puerto en el lago Inferior, puesto en comunicacion con la tierra firme por cinco calzadas ó caminos, á saber: Roverbello, Legnago, Módena, Borgoforte y Cremona. Estos pasos se hallan fortificados, y uno de ellos, el de Roverbello, se halla provisto de máquinas hidráulicas para producir inundaciones artificiales. En 1848, los austriacos emplearon este medio contra el ejército piamontés, y en aquella época, lo mismo que hoy, tenian en el lago Superior una escuadrilla que les prestó importantes servicios.

El cuerpo de la plaza se halla rodeado por cinco fuertes destacados que son: al Norte, la ciudadela, que forma un pentágono regular, cuya gola, cerrada por medio de una simple muralla, se apoya en el lago Superior; al Este el fuerte de San Jorge, situado en la orilla izquierda del Pó, y los fuertes de Pietola, de Stradella y de Migliaretto, que dominan los caminos de Cremona, de Borgoforte y de Governolo.

Mantua posee además en su parte meridional dos campos atrincherados de una extension de cuarenta kilómetros, á los cuales se llega por las puertas de Cerese y de Portello. Finalmente, al Sur de la ciudad se encuentra una vasta extension de terreno pantanoso, pero muy fértil, rodeado por todas partes por las aguas del Mincio, del Pó y del Ausone, á cuyo país se da el nombre de Seraglio. Los pueblos de Borgoforte y de Governolo lo dominan, y en 1848 fué teatro el segundo de un sangriento combate que facilitó aquel territorio á los piamonteses.

Por lo que acabamos de decir, es evidente que la fuerza de Mantua consiste mas que en el número y en la solidez de sus fortificaciones en la dificultad de acercarse á ellas en medio de las aguas y pantanos que las rodean. En 1799, el general de ingenieros francés Foyssac-Latour, que no pudo defender la plaza sino por espacio de tres semanas contra el general Kray, teniente de Souwaroff, decia: «Las inundaciones y la dificultad del primer acceso dan á Mantua un aspecto formidable que está muy léjos de merecer.» El general demuestra luego, como hombre facultativo, que el recinto de Mantua carece de las obras, de las dimensiones y de las propiedades esenciales á una plaza fuerte propiamente dicha; que se halla muy mal fortificada en algunos puntos, y que la rodea un lago navegable y sin corriente. Niega que pueda este suplir á las fortificaciones, y examinando su efecto definitivo, demuestra que en la hipótesis en que el sitiador sea dueño del Pó, del lago de Garda,

y del Mincio superior é inferior, las aguas del lago favorecen el ataque en vez de contrariarlo, pues en la época de las grandes lluvias y del derretimiento de las nieves, suben hasta los parapetos y llevan fácilmente á ellos á los nadadores y las barcas.

Las cinco calzadas que son los únicos caminos que á la ciudad dirigen, hacen muy fácil su bloqueo, pues basta para ello apoderarse del extremo de dichas comunicaciones. De esto resulta que en contra de lo que generalmente sucede, el cuerpo que sitie aquella plaza puede ser inferior á la guarnicion que la ocupe.

Mantua es una hermosa ciudad de 25,000 habitantes. Desde el siglo XIII hasta la guerra de sucesion de España, formó un Estado independiente, pero en aquella época fué confiscada por el emperador José II y unida á los Estados austriacos hasta 1797, en que un memorable sitio la puso en poder de los franceses. En 1814 fué devuelta al Austria, la que aumentó sus fortificaciones y secó sus pantanos; pero la despojó á causa de los grandes establecimientos fundados en Verona de la importancia militar que le perteneciera hasta entonces por su posicion dominante en el Nordeste de la Italia superior.

En el lado oriental del cuadrilátero, es decir, en el Adiger, se encuentran Verona y Legnago. Antes de hablar de estas plazas digamos algunas palabras sobre aquel rio, que puede ser considerado como la mas fuerte, pero como la última línea defensiva del Estado de Venecia.

El Adiger, que nace en las montañas de Suiza, pasa por Bolzano, Trento y Roveredo antes de llegar á Verona; inclinándose luego al Sudeste, á su salida de Verona, á la que divide en dos partes desiguales, encuentra en la llanura á Legnago, punto tambien fortificado, y desagua por fin en el Adriático, en Porto-Fossone, despues de seguir por mucho tiempo el curso del Pó á una distancía de 12 kilómetros. El Adiger forma pues una prolongada línea, defendida por sus dos puntos extremos, y que por lo tanto ha de ser salvada por medio de puentes de barcas.

Verona es bajo todos aspectos una ciudad muy importante y una plaza de guerra de primer órden; tiene además un inmenso valor estratégico, pues domina los caminos del Frioul y del Tirol, y constituye la principal defensa de la línea del Adiger.

Situada á 105 kilómetros de Venecia, al pié de las últimas vertientes de Montebello, Verona no era mas que una plaza secundaria en la época de las guerras que sostuvo la república francesa; sus fortificaciones se limitaban á un recinto almenado, pero luego despues los austriacos no han omitido medio alguno para convertirla en una fortaleza inexpugnable. En 1848 solo estaba bien fortificada por la parte oriental que mira al Austria, mientras que por el lado de la Lombardía, es decir, por el que mas peligraba, era todavía muy débil; semejante falta ha sido reparada despues.

Al Oeste de la ciudad se extiende una série de alturas fortificadas, indicadas por los pueblos de Chieno, Massinio, Santa Lucía, Tomba y Tombetta, formando un vasto campo atrincherado de 6 kilómetros de extension, y presentando la forma de un semicírculo, cuyos dos extremos tocan en el Adiger en Chieno y en Tombetta. Contra dichas alturas se estrelló el ardor del ejército sardo en 6 de mayo de 1848; creia apoderarse de ellas y producir así la sublevacion de Verona, pero despues de un encarnizado combate en Santa Lucía, Carlos Alberto volvió á sus posiciones. La campaña que debió sostener el Austria contra el Piamonte en 1848, manifestó á aquella potencia los puntos vulnerables de la plaza, y se esforzó desde entonces en aumentar su sistema de fortificaciones; sin entrar en los detalles técnicos de las obras que defienden á Verona, diremos únicamente que el conjunto de todas ellas está rodeado por un doble recinto de fuertes destacados en número de 20, que independientes unos de otros, pueden sin embargo defenderse mútuamente.

Aquella inmensa fortaleza ofrece un asilo para un ejército que, vencido ó en número inferior, quisiese esperar allí refuerzos. La posicion de Verona contribuye tambien á multiplicar los obstáculos para los sitiadores: situada en ambas márgenes del rio, y ocupando la falda del último reducto de los Alpes, no puede ser atacada por el Norte, donde el Adiger es profundo y rápido, sin que pueda pasarse sino en Carpi y Bussolongo, y aun á costa de mil peligros. Cerca de la ciudad, y situadas al pié de los Alpes, se encuentran las posiciones de Rivoli y de la Corona, tan célebres durante las guerras de la revolucion francesa, y teatro en 1848 de repetidos combates, entre ellos el del 10 de julio, en el cual los piamonteses, mandados por el duque de Génova, se apoderaron de aquellas eminencias. Estas son las posiciones avanzadas de Verona que, junto con las de Roveredo y de Trento y con el Tirol italiano, complemento natural del cuadrilátero, contribuyen á la defensa del Adiger.

Para dar una última idea de la fuerza defensiva de aquella posicion militar, diremos que un camino de hierro que corta el cuadrilátero en diagonal une á Verona con Mantua, pudiendo las guarniciones de las cuatro plazas dirigirse rápidamente á cualquiera de los puntos amenazados.

Legnago, última fortaleza del cuadrilátero, situada en las márgenes del Adiger al Sudeste de Verona, es una plaza de la misma fuerza que Peschiera; esto no obstante, su posicion es para los austriacos de grande importancia, ya porque dicha plaza posee una cabeza de puente en ambas orillas del rio, donde la guarnicion puede operar con igual facilidad, ya porque ofrece una segura retirada á un ejército arrollado hasta el Adiger. Aquella ciudad tiene diques que, abriéndose en un mo-

mento dado, hacen impracticable el curso inferior del rio, y pueden inundar el territorio que se extiende desde Legnago hasta el Adriático.

Tales son los cuatro puntos principales del famoso cuadrilátero, llamado por los alemanes el cuadro de los Othones; si nuestros lectores han seguido en el mapa los puntos que acabamos de indicar, habrán comprendido perfectamente la fuerza de aquella posicion, única quizás en el mundo, y admirablemente trazada por la naturaleza.

Retirados los austriacos mas allá del Mincio, y renunciando á disputar el paso del rio á los aliados, el emperador Napoleon III, despues de ver reunido á sus fuerzas el 5.° cuerpo de ejército, dió en 27 de junio la órden de marchar adelante. El dia 29 estableciése en Volta su cuartel general, y luego que se hubieron construido sobre el Mincio algunos puentes en reemplazo de los que destruyeran los austriacos en su retirada, empezó el desfile de las primeras divisiones francesas con banderas desplegadas y tambor batiente.

Solo 4 kilómetros separan á Volta de Valeggio, primer pueblo que se encuentra en la orilla izquierda del Mincio, en el que estableció el emperador su cuartel general el dia 1.° de julio.

Borghetto, situado delante de Valeggio en una altura, ofrece uno de los puntos mas pintorescos de la Lombardía: á sus piés el Mincio, aprisionado en un angosto lecho entre márgenes escarpadas, hace rodar precipitadamente sus aguas, y salta en cascadas tumultuosas por encima de elevadas esclusas. Las ruinas del castillo de Valeggio dan nuevo encanto al paisaje, pero lo que le proporciona un aspecto singular y grandioso son dos fortalezas feudales, elevadas á ambas orillas del Mincio y unidas antes por un puente, por medio del cual los Gonzagas dominaban en la edad media el valle y el curso del rio.

El rey de Cerdeña y Napoleon III fueron acogidos en la orilla izquierda del Mincio con indecible entusiasmo; los habitantes de aquel pueblo que hospedaran poco antes al emperador Francisco José, al archiduque Maximiliano y al duque de Módena, cuando consternados y abatidos habian visto desvanecerse en Solferino sus mas lisongeras esperanzas, aclamaban entonces con frenesí á sus libertadores. Mientras una parte de las tropas aliadas pasaba el Mincio en Valeggio, otros cuerpos de ejército lo practicaban por Goito, por Monzanbano y por Pozzolo; al dia siguiente todo el ejército francés se hallaba concentrado en la orilla izquierda del Mincio, sus avanzadas acampaban en Capo á 8 kilómetros de Verona, y el enemigo habia desaparecido en todas partes.

Imposible es hallar un territorio mejor defendido que la entrada del cuadrilátero; nada se ha omitido para favorecer una resistencia enérgica: espaldones para baterías en los sitios que dan á los caminos de

la orilla derecha, sólidas empalizadas en todos los puntos accesibles, obras de defensa en los puntos culminantes, nada faltaba á aquellos trabajos, sino defensores.

Los sardos, que formaban el ala derecha del ejército aliado, recibieron órden de atacar á Peschiera, operacion que parecia corresponderles de derecho, en cuanto ya en 1848 se habian apoderado de la plaza.

El rey Victor Manuel estableció su cuartel general primero en Rivoltella y luego en Ponti, junto al lago de Garda, y á pocos kilómetros de Peschiera, empezando vigorosamente los trabajos en la orilla izquierda del Mincio el dia 30 de junio. En los cinco dias siguientes se terminaron las obras preparatorias, y en 5 de julio hallábase establecido el tren de sitio, que contaba cañones rayados del calibre de á 12; las operaciones continuaban con actividad, no solo en ambas márgenes del rio, sino por la parte del lago, y á la circunvalacion completa sucedió desde aquella fecha la segunda parte de la operacion, consistente en disminuir la extension de aquella, y en acercarse al recinto.

Peschiera, de la cual ya hemos dicho anteriormente, no es una ciudad propiamente hablando, sino un grupo de casas, rodeado de fortalezas; tiene delante de sí el lago de Garda, á sus espaldas las montañas del Tirol, y á su izquierda una série de alturas que los piamonteses se apresuraron á ocupar. Al ser atacada contaba cinco ó seis mil hombres de guarnicion, los cuales practicaron varias salidas sin resultado alguno, y mientras los sitiadores trabajaban en sus paralelas sin disparar un tiro, los sitiados no cesaban un instante su fuego.

Las posiciones ocupadas por los aliados el dia 8 de julio eran las siguientes: los piamonteses, apoyados por el 1.er cuerpo de ejército (Baraguay d' Hilliers), sitiaban á Peschiera; el 2.° cuerpo (Mac-Mahon) tenia su cuartel general en Monzambano; el 4.° cuerpo (Niel), en Villafranca para observar á los enemigos que salieran de Verona; el 3.er cuerpo (Canrobert) y la guardia imperial, en Valeggio; y finalmente, el 5.° cuerpo (príncipe Napoleon) se hallaba colocado á retaguardia, en Goyto, en la orilla derecha del Mincio, y observaba la plaza de Mantua.

Para completar tan excelente posicion estratégica, la division de cazadores de los Alpes, mandada por Garibaldi, y la del general Cialdini, operaban en el norte de la Lombardía para cerrar el valle del Adiger, apoderarse del lago de Garda, y aislar del Tirol la plaza de Verona. Varias columnas de ambos cuerpos, despues de desalojar á los austriacos de Bormio, situado en el extremo septentrional de la Valtelina, en un torrente llamado Frodolfo, les habian rechazado hasta la primera *cantoniera* del Stelvio, llamada *Piazza Martena*, haciéndoles experimentar considerables pérdidas.

¿Qué hacia el ejército austriaco en tanto que se realizaban semejantes preparativos, y que los aliados se establecian en sus nuevas posicio-

nes? Encerrado en sus fortalezas, concentrado especialmente en Verona, sus avanzadas acampaban en Villafranca, á dos kilómetros apenas del cuartel general. ¿Esperaban á que se les atacase en Verona, ó querian intentar la suerte de otra batalla? Durante la mañana del 7 de julio creyóse por un momento que habian adoptado el último partido; el dia anterior las avanzadas austriacas se extendieron por la llanura, como una extensa línea blanca detrás de Villafranca; pero al dia siguiente todo habia desaparecido.

En aquel mismo momento un inesperado suceso, que debia ir seguido de otro mas inesperado aun, fué anunciado por Napoleon III á la Europa en los siguientes términos:

El emperador á la emperatriz.

«Entre el emperador de Austria y yo se ha convenido en una suspension de armas.

«Se nombrarán comisarios para establecer sus cláusulas y su duracion.»

La sorpresa, mezclada con muy distintos sentimientos que debió producir en París tan extraña noticia, está indicada suficientemente en la nota que publicó el *Monitor* francés al dia siguiente de haber comunicado aquella:

«El público, dice el diario oficial, no ha de ver en la suspension de armas, sino lo que realmente es, es decir, una tregua entre los ejércitos beligerantes, sin perjuicio de quedar libre el campo para futuras hostilidades. Las negociaciones no pueden hacer prever la conclusion de la guerra.»

El armisticio fué firmado en efecto el dia 8 de julio en Villafranca por los mayores generales de los ejércitos beligerantes: el mariscal Vaillant en nombre del emperador de los franceses, el general della Rocca en nombre del rey de Cerdeña, y el teniente feld-mariscal Hess en nombre del emperador de Austria. La tregua debia durar hasta el dia 15 de agosto; señalóse una línea de demarcacion para los respectivos ejércitos, permitióse el abastecimiento de las plazas de Peschiera y Mantua, y se estipuló que los buques mercantes, sin distincion de pabellones, pudiesen circular libremente por el Adriático (Parte cuarta, LXXXII).

Una nota oficial del *Monitor* francés, publicada el dia 10 de julio, explicó las circunstancias en que se habia producido tan inesperado acontecimiento; hállase concebida en los siguientes términos:

«La suspension de armas que acaba de celebrarse entre el emperador de los franceses y el emperador de Austria, ha sido efecto de circunstancias que debemos explicar.

«Las tres potencias neutrales se hallaban en comunicaciones con objeto de ponerse de acuerdo y ofrecer á las partes beligerantes su mediacion, cuyo primer acto debia ser la celebracion de un armisticio. Sin embargo, á pesar de la rapidez de las comunicaciones telegráficas, el acuerdo que habia de establecerse entre los gabinetes, no permitia obtener semejante resultado hasta pasados algunos dias, y esto cuando nuestra escuadra iba á abrir las hostilidades delante de Venecia, y podia trabarse á cada momento una lucha en las inmediaciones de Verona.

«En presencia de semejante situacion, el emperador, fiel siempre á los moderados sentimientos que constantemente han dirigido su política, deseoso por otra parte, y ante todo de evitar una inútil efusion de sangre, no ha vacilado en indagar directamente las disposiciones del emperador Francisco José, con la idea de que, si eran conformes á las suyas, era para ambos soberanos un deber sagrado el suspender desde ahora unas hostilidades que podian quedar sin objeto á consecuencia de la mediacion.

«El emperador de Austria ha manifestado intenciones análogas, y los comisarios nombrados por una y otra parte se han reunido á fin de establecer las cláusulas del armisticio; este fué definitivamente firmado el dia 8 de julio, y su duracion fijada en cinco semanas.»

Napoleon III dirigió á sus tropas, desde su cuartel general de Valeggio, la siguiente órden del dia:

«Soldados:

«Las partes beligerantes han convenido el dia 8 de julio en una suspension de armas que durará hasta el dia 15 de agosto. Esta tregua os permitirá descansar de vuestros gloriosos trabajos, y cobrar nuevas fuerzas para continuar, si preciso fuere, la obra que con vuestro valor y denuedo habeis inaugurado de un modo tan brillante.

«Vuelvo á París, dejando el mando interino de mi ejército al mariscal Vaillant, mi general mayor; pero luego que suene la hora de los combates, me volvereis á ver entre vosotros, para participar de vuestros peligros.»

Escrito estaba que la Europa habia de marchar, en aquellos dias de sorpresa en sorpresa. Un parte del emperador á la emperatriz, de fecha de 12 de julio, anunció un suceso previsto ya en cierto modo por la celebracion del armisticio, sin que lograra desvanecer esta idea la primera nota del *Monitor*, que hemos insertado. El parte decia así:

«Se ha firmado la paz entre el emperador de Austria y yo.

«Sus bases son:

«Confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del Papa.

«El emperador de Austria cede sus derechos sobre la Lombardía al emperador de los franceses, el cual los trasmite al rey de Cerdeña.

«El emperador de Austria conserva el Estado de Venecia, pero este formará parte integrante de la Confederacion italiana.

«Amnistía general.»

¿Cómo, despues de Solferino, despues de un triunfo tan completo y decisivo, si hemos de creer á los periódicos y correspondencias que se recibian del campo de los aliados; cómo al encontrarse ya dentro del terrible cuadrilátero, celebróse un armisticio seguido tan en breve de un tratado de paz? Poco ó nada puede contestar la Europa todavía á semejantes preguntas, y antes de exponer las reflexiones que estos hechos nos inspiran, expliquemos lo que hasta ahora ha traslucido el público acerca de las circunstancias que los acompañaron.

La opinion general en el campamento francés esperaba un próximo y atrevido movimiento contra Verona, cuando el dia 6 de julio, á las siete de la noche, el emperador mandó llamar al general Fleury, su ayudante de campo. «Mi querido general, le dijo en presencia del rey del Piamonte que parecia muy turbado, pero que algun tiempo despues aprobó con el gesto y la cabeza las palabras del emperador; necesito en este momento un militar diplomático, un hombre amable y conciliador, y he pensado en vos. Ved aquí una carta que dirijo al emperador de Austria, y que vais á llevar á Verona. Leedla, y penetraos de su espíritu; solicito en ella una suspension de armas, y es necesario que el emperador Francisco José la acepte. Confio en vuestra inteligencia para desenvolver las ideas apuntadas en este papel.»

Dió luego algunas explicaciones que recibieron igualmente la aprobacion del rey del Piamonte, y tomando el general un carruaje, partió para Verona acompañado de su ayudante de campo. Aunque la distancia que debia recorrer fuese muy corta, los obstáculos para llegar á las avanzadas fueron muy grandes, y el general Fleury no llegó al cuartel imperial austriaco hasta las diez y media de la noche. El emperador se hallaba acostado, y dormia profundamente; pero al manifestar el general Fleury al ayudante de campo de servicio que traia una carta del emperador de los franceses, resolvióse á despertarle; Francisco José se vistió á toda prisa, y el general fué introducido.

Al leer la carta de Napoleon, pintóse una indecible sorpresa en el rostro del emperador, y dijo: «Vuestra comunicacion es muy grave, tan grave que necesito reflexionar sobre ella. Permaneced aquí hasta mañana por la mañana, y á las ocho os daré la contestacion.—Estoy á

las órdenes de V. M., repuso el general Fleury; pero solicito sin embargo vuestro permiso para someter á V. M. algunas consideraciones, que le explicarán la resolucion del emperador.» El general Fleury tomó entonces la palabra y expuso los argumentos que abogaban en favor de lo que propusiera Napoleon III; representóle la proximidad de ambos ejércitos, que hacia inminente una batalla; díjole que la mediacion llegaria tarde; previnole del formidable ataque que contra Venecia se preparaba; y expúsole sin duda otras consideraciones que los corresponsales no expresan, pero que no podian menos de tener cabida en la carta de Napoleon, en cuanto á contener únicamente lo que expresára el general Fleury, se hubiera asemejado mucho á una amenaza, y es claro que no pensaria en recurrir á ella aquel para quien *era necesario* que el emperador Francisco José consintiese en lo que le pedia.

«Lo que me decís es muy justo, contestó Francisco José; pensaré en ello, y mañana por la mañana sabreis mi resolucion.» A las ocho de la mañana siguiente el general fué introducido; el emperador de Austria tuvo con él una larga conversacion, y pasando luego á una pieza inmediata, le entregó su respuesta.

Tres horas despues, el general Fleury se hallaba de regreso junto al emperador Napoleon, y á las dos de la tarde se presentó un parlamentario austriaco en las puertas de Valeggio, entregó al emperador el mensaje de que se hallaba encargado, y aquella misma tarde tomó de nuevo el camino de Villafranca.

Acto continuo reunióse en la *casa Maffei* un consejo de guerra con asistencia del emperador, del rey de Cerdeña, del príncipe Napoleon, y de los mariscales jefes de cuerpo; en él se decidió la suspension de armas, y despues que el duque de Cadore, enviado á Verona, hubo fijado las últimas condiciones del armisticio, el mariscal Vaillant y el general Martimprey, acompañados del teniente general della Rocca, jefe de estado mayor del ejército sardo, se dirigieron á Villafranca á fin de establecer con los generales austriacos los detalles de ejecucion.

Luego que se hubo firmado la suspension de armas, el cuartel general del ejército francés fué trasladado á un lugar menos insaluble que Valeggio, pueblo que, construido sobre una roca árida y desnuda, no ofrecia á los soldados ni una sombra, ni una gota de agua, en cuanto sus pozos poco profundos habian sido prontamente secados por un calor que variaba de 38 á 40 grados. En 9 de julio trasladóse la residencia imperial á Desenzano, pero el emperador solo pasó en ella un dia, empleado en visitar las chalupas cañoneras, que se habian montado para el sitio de Peschiera; el dia 10 volvió á Valeggio para dirigirse á Villafranca, donde debia tener lugar una solemne entrevista entre él y el emperador de Austria.

Napoleon III salió de aquel punto el dia 11 á las ocho y cuarto de la

mañana, acompañado del mariscal Vaillant, del general Martimprey, y de toda su servidumbre militar, llevando por escolta el escuadron de los cien guardias y un escuadron de guias con uniforme de gala. A las nueve en punto el cortejo entraba al trote largo en la plaza mayor de Villafranca.

En aquel momento llegó á galope por la puerta de Verona un oficial austriaco, el cual participó á Napoleon que el emperador Francisco José se hallaba á muy poca distancia del pueblo; el cortejo siguió entonces su marcha hasta un kilómetro de Villafranca.

Los dos emperadores se encontraron en medio del camino, en la llanura donde debian algunos dias antes empeñar un nuevo combate.

Las escoltas se detuvieron á una distancia de cincuenta metros una de otra; ambos soberanos se adelantaron solos, y saludáronse primero de léjos, llevando el emperador de Austria la mano abierta á su kepi, y quitándoselo Napoleon á la usanza francesa. Cambiado este doble saludo, los caballos se acercaron, y Napoleon III tendió la mano á Francisco José, el cual la estrechó entre las suyas; los dos emperadores hablaron por espacio de algunos minutos, y despues que Napoleon hubo dado vuelta á su caballo, se dirigieron hácia Villafranca, pasando por entre las filas de la caballería francesa.

Francisco José iba acompañado del feld-mariscal baron de Hess y por sus oficiales de ordenanza; llevaba el uniforme diario de general de caballería, compuesto de una chaqueta ajustada azul celeste y de un pantalon de igual color; en su pecho no se veian cordones ni cruces.

El feld-mariscal Hess, muy robusto y ágil aun, á pesar de sus años, llevaba el uniforme y las insignias todas de su grado.

Un escuadron de guardias nobles y otro de uhlanos formaban la escolta del emperador de Austria, y reunidos luego con la escolta de Napoleon, tomaron todos el camino de Villafranca en el órden siguiente:

Marchaban primero los dos emperadores, llevando la derecha el de los franceses; ambos estados mayores iban mezclados y confundidos, y el mariscal Vaillant hablaba con el general Hess; venian luego los guardias nobles austriacos, seguíanles los cien guardias y los guias, y los uhlanos cerraban la marcha.

Habíase preparado en Villafranca una casa para recibir á los dos soberanos, la del señor Carlos Gardini Marelli, situada en la calle principal del pueblo, en la cual habia pernoctado ya el emperador de Austria la víspera de la batalla de Solferino.

Llegados á dicha casa, SS. MM. echaron pié á tierra, formándose los guardias nobles en el lado derecho del vestíbulo, y los cien guardias en el izquierdo; ambos soberanos entraron solos en la sala principal, dejando al mariscal Vaillant y al general Hess en una pieza del vestíbulo, mezclados con los oficiales de la escolta.

La entrevista duró mas de una hora; nadie asistió á ella, y así en la casa como en el pueblo reinaba un silencio solemne. Todas las conversaciones quedaron suspendidas; los habitantes todos eran presa de indecible emocion, pues comprendian que en aquella casa se agitaba la cuestion de la paz ó de la guerra.

Pasada una hora y diez minutos salieron del salon ambos soberanos, y el de Austria presentó al de Francia por sus nombres todos los oficiales de su estado mayor. En seguida revistaron á pié al regimiento de lanceros que sirviera de escolta á Francisco José, practicando luego lo mismo con los cien guardias y el escuadron de guias.

Ambos emperadores montaron luego á caballo, y el de Austria quiso acompañar á Napoleon hasta fuera del pueblo por el camino que conduce á Valeggio; juntos marcharon el espacio de cuatro ó cinco metros, y luego se separaron, retrocediendo el uno por el camino de Villafranca y siguiendo el otro el de Valeggio; algunos instantes despues Napoleon puso su caballo al galope, y á las once y cuarto se hallaba de vuelta á la *casa Maffei*.

Durante la entrevista, el emperador de Austria formuló una contraproposicion á las presentadas por Napoleon III, y éste se obligó á dar una respuesta por todo aquel dia. De regreso al cuartel general, el emperador de los franceses celebró consejo con el rey de Cerdeña y el príncipe Napoleon, y este marchó aquella tarde á Verona para anunciar á Francisco José que «Napoleon III encontraba sus proposiciones honrosas para las partes beligerantes, y que por lo tanto las aceptaba.»

A las diez de la noche regresaba de Verona el príncipe Napoleon, y en la madrugada del dia siguiente 12 firmáronse los preliminares de paz. Entonces fué cuando el emperador Napoleon dirigió á la emperatriz el parte que hemos insertado.

La guerra quedaba terminada; tanta sangre, tantos horrores, tanta desolacion, tantas madres sin hijos, tantos ancianos sin apoyo, eran el resultado que podia ofrecer por una parte Napoleon III á la Europa conmovida; ¿le era dable en cambio presentarle á la Italia libre, independiente y colocada en una via de regeneracion? Responda por nosotros el descontento de Italia, el descontento de Francia, el descontento de la Europa toda. En efecto, ¿qué habia sucedido para hacer variar tan completamente las ideas del que marchara á Génova para hacer á la Italia libre desde los Alpes hasta el Adriático? Sus soldados habian vencido en Montebello, en Palestro, en Magenta, en Marignan y en Solferino; en una campaña de dos meses habia libertado el Piamonte y conquistado la Lombardía; ¿qué razones, pues, pudo tener para no realizar la promesa que á la Europa hiciera, para obligar á la Francia á faltar al compromiso que solemnemente contrajera, cuando otros dos meses de lucha le prometian llegar al fin que se habia propuesto? ¿Qué

habia sucedido, repetimos, para que el descendiente de Napoleon I imitase á su antecesor, sacrificando en holocausto á sus proyectos la república del Adriático? Qué habia sucedido para que así olvidara su proclama de Milan? Nada que no fuese ya previsto por todos los hombres que en Europa se ocupan algo de los asuntos públicos.

Al hablar de los sucesos de Toscana, Parma y Módena, manifestamos ya la inconsecuencia y crueldad de castigar á los unos por aquello que se premiaba á los otros, y esta misma era la opinion general. Al empezar la guerra decíase ya que Napoleon no podria contener el movimiento italiano en los arbitrarios límites que le señalara, y que si bien siguiendo el principio del emperador su tio, trataba al Papa como si tuviera á sus espaldas un ejército de cien mil hombres, los pueblos de los Estados romanos no se considerarian ligados por semejante teoría, y además de querer tomar parte en la guerra de la independencia, se entregarian á todos aquellos actos que viesen fomentados en otros puntos por la influencia que entonces dominaba en Italia, esto es, por la influencia francesa. Las Legaciones, decíase, son uno de los mayores obstáculos que habrá de vencer Napoleon en su camino: las Legaciones se sublevaron, en efecto; los romanos, á pesar de las amenazas, quisieron marchar con los piamonteses y con los toscanos contra el enemigo comun; Su Santidad dirigió su voz á las naciones católicas como una queja primero y como una amenaza despues; realizáronse los vaticinios hechos por todos desde tanto tiempo, la situacion se complicaba, las Legaciones eran en realidad un grande obstáculo para Napoleon III, y este no encontró otro remedio para atajar el mal que firmar un tratado que abandonaba al Austria la mitad de lo que se propusiera arrebatarle.

¿Qué mas habia sucedido?

La Alemania, decíase tambien al extallar la lucha, se mezclará en la contienda mas ó menos tarde; la Prusia y la Alemania, si bien pueden gozarse en la momentánea humillacion del Austria, no consentirán jamás en que se aniquile uno de los mas poderosos miembros de su Confederacion. Así se opinaba vulgarmente en Europa, así opinaba tambien Napoleon III, y las repetidas notas que dirigiera á los pueblos de la otra parte del Rhin, por medio de su diario oficial, son de ello una evidente prueba. Pues bien, esto, si podia temerse que sucediera, no habia sucedido aun, ni era probable que sucediese en breve. Los alemanes habian visto á los aliados pasar el Tessino, entrar en Milan, pasar el Adda, vencer en Solferino, atravesar el Mincio, pretendido baluarte de la Germania, y amenazar el cuadrilátero, sin que á estos hechos opusieran mas dique que ruidosas manifestaciones en algunos Estados, y varias medidas militares de aplicacion no inmediata. La diplomacia alemana, formularia y lenta como siempre, no podia seguir

ni ponerse á la altura de los rápidos sucesos de la guerra; la Dieta de Francfort no acertaba á dirigir la impaciencia de los unos y la calma de los otros, y al darse la batalla de Solferino, esto es, á fines de junio, la Prusia se preparaba únicamente á llamar la atencion de los gabinetes de Lóndres y de San Petersburgo acerca de la conveniencia de una mediacion, cuyos términos ni siquiera se indicaban. ¿Era pues inminente la intervencion de la Alemania en la guerra que sostenian la Francia y la Cerdeña? No vacilamos en decir que no, á pesar de las últimas medidas militares tomadas por la Dieta, y mas que nosotros lo dicen las comunicaciones diplomáticas que hemos citado, y las que citaremos á su tiempo. Así pues, la opinion general en Europa habíase equivocado, si no respecto de las Legaciones, respecto de la Alemania al menos, la cual, si bien tarde ó temprano hubiera tomado quizás parte en la lucha, habia conservado hasta entonces una actitud muy favorable para los triunfos de los aliados. Y sin embargo, estos dos hechos, previstos y vaticinados por todo el mundo antes de empezar la guerra, uno de los cuales no llegó siquiera á realizarse, han sido los móviles reconocidos hasta ahora de la conducta de Napoleon III. Este no podia ignorar lo que todo el mundo sabia; mas que nadie debia contar con la hostilidad de la Alemania y con la sublevacion de las Legaciones, de modo que ambos extremos dejaron de tener fuerza al ver que por ellos pasaba el que habia promovido la cuestion, y consideróse que allá en su mente debia abrigar Napoleon los medios de salvar los dos obstáculos que todos veian, y que él debia ver mejor que nadie. Esto no obstante, y á pesar de la lógica que estas observaciones encierran á nuestro modo de ver, no sucedió así: el que habia fomentado la sublevacion de la Toscana, el que enviara allí á su primo para organizar las fuerzas militares del país, parece sorprenderse de que los Estados romanos quieran imitar á los habitantes del Gran Ducado. El que sabia las ideas ó preocupaciones de la Alemania, llámense como se quiera, se admira en apariencia de la agitacion que gana cada dia terreno entre los Estados germánicos, de las medidas militares que toma la Prusia solo para no ser dejada en zaga por los pequeños gobiernos, de los belicosos acuerdos que decreta de cuando en cuando la Dieta de Francfort, y su sorpresa, su admiracion es tan poderosa que le hace firmar un tratado del todo contradictorio con el programa que se propusiera al desenvainar la espada.

De esto ha de concluirse una de estas dos cosas: ó Napoleon, al marchar á Italia no creia en la sublevacion de las Legaciones y en una actitud mas belicosa cada dia por parte de la Alemania, lo cual no es admisible, ó emprendió la guerra sin un plan, sin un sistema para vencer estas dificultades.

Al publicarse el manifiesto del emperador Napoleon á la nacion

francesa, pensaban algunos, y hemos de confesar que éramos nosotros de este número, que semejante documento hacia la paz, si no imposible, muy difícil al menos. En efecto, la guerra no se hacia ya por una cuestion mas ó menos vaga, como hubiera sido la de los tratados austriacos con los Ducados, sino por un objeto determinado y concreto, sobre el cual no cabian interpretaciones, ni acomodamientos que dejasen satisfecho el honor de ambas partes. La Italia ha de ser libre hasta el Adriático, dijo Napoleon III, y se comprende que el Austria hubiera luchado hasta ver morir su último soldado antes de que se cumpliera semejante resolucion. Los que así opinaban, empero, han manifestado tener mas candidez y corazon que penetracion política; creian que cuando el que se llama jefe de un Estado lanza al viento una palabra, cuando compromete á la nacion que gobierna ante las demás del mundo á cumplir lo prometido, cuando impulsa á un pueblo á quien da el nombre de aliado á la senda peligrosa de la guerra, ni el jefe del Estado falta á su palabra, ni su nacion olvida lo que prometiera, ni abandona á aquellos á quienes brindara su apoyo. Nosotros que somos amantes de la paz, que estamos convencidos en conciencia de que la guerra no es legítima, sino con la condicion de no ser arbitraria, y de presentarse con el carácter de una irresistible necesidad, que confiamos muy poco en la eficacia de la fuerza material aplicada á la solucion de las grandes cuestiones morales, persuadidos de que un pueblo no logra reconquistar su independencia y sacudir una dominacion extranjera por medio de auxilios extraños; nosotros, repetimos, á quienes animan semejantes ideas expuestas varias veces en el decurso de este relato, no podemos inspirar sospechas de que deseásemos la continuacion de la guerra solo por ardor belicoso, y como causa de futuros é imprevistos trastornos. Al estallar la lucha la calificamos de una calamidad, y un mal creemos tambien su conclusion con las circunstancias que la han acompañado. En la trabajosa crísis que la sociedad atraviesa, en medio del descrédito en que por desgracia han caido todos los grandes intereses morales, en un mundo que juzga solo por los resultados obtenidos, y para el cual es siempre el mejor el mas afortunado, entre la gran confusion que se ha establecido entre lo bueno y lo malo, en una época de veleidades como la presente, creemos que habrian de darse desde muy alto, para que todos lo vieran, grandes y solemnes ejemplos de abnegacion, de fe en la palabra empeñada, de profunda y arraigada conviccion en lo que una vez se ha creido ser bueno y necesario, y no es ciertamente de esta clase el que acaban de ofrecer al mundo Napoleon III y la nacion francesa. En un siglo en que se va desconociendo la sublimidad del sacrificio, ha de producir peor efecto de lo que muchos imaginan el ver á un soberano y á un gran pueblo faltar á lo que con solemnidad se obligaran, sobre todo cuando lo hicieron espontáneamen-

te, y cuando no existen inmensas causas que justifiquen su desistimiento.

En vano los periódicos franceses adictos al gobierno, que son los mas, enaltecieron la moderacion de su emperador, que sacrificó, dicen, al reposo de la Europa y ante un enemigo vencido, las magníficas posiciones que ocupaba, posiciones que en efecto eran admirables. La Francia tenia en Italia un ejército de unos 250,000 hombres, inclusas las tropas piamontesas, y protegido á sus espaldas por un rio, cuyas dos orillas dominaba, prolongaba su derecha hácia Goito, su izquierda hácia Peschiera, y su centro se hallaba en Valeggio; ocupaba una série de alturas inexpugnables, en las cuales podia establecer su artillería y barrer la llanura, concentrarse en aquellas antes de desplegarse en esta, y permanecer allí inatacable, ó bajar para atacar á su vez, si consideraba mas propicias las condiciones de la batalla.

Aquel ejército contaba además con un cuerpo destacado en Roma, con otro cuerpo en las montañas del Tirol, pronto á interceptar el camino del Stelvio, y con una escuadra que bloqueaba el Adriático, y que se preparaba á operar contra Venecia; tenia un material de 2,000 piezas de artillería, entre ellas unas cuarenta baterías de cañones rayados, y un material de sitio único en Europa; una caballería ligera que alcanzara en Solferino eterno renombre, y una infantería colocada por sus hazañas en primera línea entre todas las del mundo. A sus espaldas y en sus flancos se extendia un país amigo, feliz por haber sacudido el yugo extranjero y dispuesto á toda clase de sacrificios; aquel ejército se hallaba á una jornada de marcha del enemigo, encerrado en sus fortalezas.

El emperador de Austria tenia por su parte un ejército de 200,000 hombres, 60,000 de ellos de tropas descansadas, y una artillería de 1,500 piezas de campaña; estas fuerzas se hallaban atrincheradas en las orillas del Adiger, ó encerradas en las fortalezas que han alcanzado una reputacion proverbial.

Una de ellas, Peschiera, se hallaba ya sitiada, y no habria podido resistir mucho tiempo al ataque combinado de las chalupas cañoneras trasladadas al lago de Garda, y de las fuerzas que la bloqueaban por tierra.

El sitio de Mántua no es indispensable en rigor para asegurar á un ejército victorioso su marcha por el cuadrilátero, bastando bloquearla con algunos miles de hombres, lo que es muy fácil, atendiendo á su situacion, é impedir sus comunicaciones con Verona.

Esta plaza era la única temible; pero una vez tomada esta, lo que no era dudoso con los medios de que dispone la táctica moderna, quedaba abierto el camino de Viena y la Italia era libre. El ejército austriaco se encontraba con un rio á sus espaldas, que podia ser su sepulcro

en caso de derrota, como lo fué el canal de Palestro, desplegábase en la llanura que es el terreno menos favorable para sus evoluciones, y su caballería se hallaba al alcance de los cañones rayados que, colocados en las alturas, habrian renovado las sangrientas escenas de la batalla de Solferino. Aquel ejército acababa de ser vencido en todos los encuentros, sus generales se hallaban desprestigiados, y una vez tomada Peschiera, libre el camino de Verona, podia la plaza ser atacada por todas partes, y sabido es que no existen en el dia fortalezas inexpugnables.

El ejército austriaco se hallaba pues en una mala posicion para atacar, y en una no muy buena para ser atacado, al paso que el ejército aliado se hallaba admirablemente dispuesto, tanto para el ataque como para la defensa.

Por consiguiente, el bloqueo de Legnago, única posicion importante en el Adiger, cuyo curso no defiènden las fortificaciones de Verona, y el ataque simultáneo de esta última plaza, facilitaban el paso del rio á los aliados como lo pasaron los franceses en enero de 1801.

«El Estado de Venecia se hallaba en nuestro poder, dice un periódico francés al terminar la anterior reseña, y lo hemos devuelto generosamente al Austria.»

Pues bien! esta devolucion es lo que ha indignado á la Europa, ella la que le ha hecho gritar que la Francia y su soberano carecian de derecho para verificarla, ella es la que fué un eterno baldon para el tio, y la que lo será tambien para el sobrino.

¿Y qué diremos de esa Lombardía cedida por uno y aceptada y trasmitida por otro? ¡Qué bien sienta semejante conducta á los que justificaron su oposicion á los tratados de 1815, diciendo que estos habian dispuesto y traficado con los territorios y sus habitantes, como con rebaños de carneros! ¿Cómo no advirtió el emperador de los franceses que al admitir la cesion que le hiciera Francisco José reconocia el derecho que este tenia á la Lombardía, y cómo no pensó que al trasmitirla y al disponer de ella del modo que lo hizo imitaba á los soberanos reunidos en Viena en 1815? ¡Qué hermoso papel se hacia desempeñar en todo ello al monarca y al pueblo de quienes la Francia se habia declarado aliada, y cómo se recompensaban las hazañas de Victor Manuel y de sus tropas en Palestro y Solferino!

Antes de apartar para siempre nuestros ojos de las escenas guerreras y de extendernos en los resultados de la paz, creemos conveniente citar un estado inserto recientemente en el *Diario de los Debates*, comprensivo de las fuerzas empeñadas, y de las pérdidas sufridas por una y otra parte.

De dicho estado resulta que la superioridad del número estuvo siempre de parte de los austriacos que entraron en línea con 170,000 hom-

bres, al paso que los aliados no les opusieren nunca mas que 150,000. En Montebello entraron en accion 7,000 aliados que tuvieron 850 hombres fuera de combate sin ningun prisionero; los austriacos eran en número de 13,000, quedaron fuera de combate 1,150, y tuvierón 150 prisioneros. En Palestro eran los franceses 21,000, é igual número los austriacos; los primeros perdieron 1,400 hombres sin ningun prisionero, y los segundos 2,100, 950 prisioneros y 6 cañones. En Magenta eran los franceses 55,000 hombres, y perdieron 4,400, 200 prisioneros y 1 cañon; los austriacos ascendian á 75,000, y perdieron 13,000 hombres, 7,000 prisioneros y 4 cañones. En Marignan eran los franceses 16,000 hombres, y tuvieron 900 fuera de combate y ningun prisionero; los austriacos eran en número de 18,000 y perdieron 1,400 hombres y 900 prisioneros. En Solferino combatieron 145,000 aliados y 170,000 austriacos; los primeros perdieron 16,000 hombres y 530 prisioneros, y los segundos 21,000, 7,000 prisioneros y 30 cañones. Resulta pues que los aliados tuvieron 24,000 hombres fuera de combate, y los austriacos 38,650; que los franceses perdieron 730 prisioneros y 1 cañon, y los austriacos 16,000 prisioneros y 40 cañones.

En la guerra que acaba de terminar empleáronse por primera vez los cañones rayados de nueva invencion, que tan admirables resultados produjeron. Fué tambien notable en ella, y sin duda habria causado grande efecto, la traslacion de chalupas cañoneras y de barcos chatos á los rios de la Lombardía para tomar parte en el sitio de las fortalezas.

Los combates de arma blanca desempeñaron el principal papel en las batallas de la última guerra, y el soldado francés demostró no echar en olvido la recomendacion de su emperador sobre la eficacia de la bayoneta. Como en Crimea, practicáronse en Italia varias ascensiones aereostáticas para descubrir los movimientos del enemigo; antes de la batalla de Marignan y en el paso del Mincio, los hermanos Godard, aereónautas, acompañados de algunos oficiales de estado mayor, eleváronse sobre las posiciones del enemigo, y pudieron apreciarlas en todos sus detalles.

Luego de firmados en Villafranca los preliminares de paz, Napoleon III dirigió á su ejército la siguiente proclama:

«Soldados!

«Con el emperador de Austria hemos convenido en las bases de la paz; alcanzado el objeto principal de la guerra, la Italia va á convertirse por primera vez en una nacion. Una Confederacion de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria de Su Santidad, reunirá á los miembros de una misma familia; es cierto que el Estado de Ve-

necia permanece bajo el cetro del Austria, pero será á pesar de esto una provincia italiana, formando parte de la Confederacion.

«La reunion de la Lombardía al Piamonte nos crea en esta parte de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia; los gobiernos que han permanecido ajenos al movimiento, ó que son restablecidos en sus posesiones, comprenderán la necesidad de saludables reformas. Una amnistía general borrará las huellas de las discordias civiles, y la Italia, dueña en adelante de sus destinos, solo á ella podrá culparse si no progresa regularmente en la via del órden y de la libertad.

«En breve regresareis á Francia, y la patria reconocida acogerá con trasporte á los soldados que tanto han enaltecido la gloria de nuestras armas en Montebello, en Palestro, en Turbigo, en Magenta, en Marignan y en Solferino; que en dos meses han libertado el Piamonte y la Lombardía, y que solo se han detenido porque la lucha iba á tomar proporciones que no se hallaban ya en relacion con los intereses que tenia la Francia en esta guerra formidable.

«Enorgulleceos, pues, con vuestros triunfos, con los resultados obtenidos; enorgulleceos sobre todo con ser los hijos queridos de esa Francia, que será siempre el gran pueblo, mientras tenga un corazon para comprender las nobles causas, y hombres como vosotros para defenderlas.

«Cuartel imperial de Valeggio, 12 de julio de 1859.»

En este documento se habla por primera vez del restablecimiento de los príncipes desposeidos, los cuales no son mentados en el parte que el emperador dirigiera á la emperatriz participándole la celebracion de la paz. Esta cuestion, de graves y trascendentales consecuencias, debia dar no poco que hacer á Napoleon III, y no se halla resuelta todavía á la hora en que escribimos estas líneas.

Tambien en dicha proclama se insinúa una de las causas que produjeron la inesperada resolucion del emperador de los franceses, esto es, las proporciones que la lucha iba á tomar superiores á los intereses que tenia la Francia en aquella guerra formidable.

Sin embargo, cuando dijo Napoleon que se proponia hacer á la Italia libre hasta el Adriático, nadie ignoraba, todo el mundo sabia las proporciones que debia tomar la lucha, y no se ha de suponer ciertamente que no las previera Napoleon III.

En aquel mismo dia, el emperador de Austria dirigió tambien la voz á sus soldados en los siguientes términos:

«Apoyado en mi buen derecho, empeñé la lucha por la santidad

de los tratados, confiando en el entusiasmo de mis pueblos, en el valor de mi ejército, y en los aliados naturales del Austria.

«He encontrado á mis pueblos dispuestos á todos los sacrificios; encarnizados combates han manifestado de nuevo al mundo el heroísmo de mi valiente ejército y su desprecio de la muerte; luchando con un enemigo superior en número, despues que miles de oficiales y soldados han sellado con su sangre su fidelidad al deber, permanece firme, animoso, y espera con gozo la continuacion de la guerra. Sin aliados, solo cedo á las desgraciadas circunstancias de la política, ante las cuales era de mi deber el no derramar por mas tiempo inútilmente la sangre de mis soldados, y el no imponer á mis pueblos nuevos sacrificios. Celebro la paz basándola en la línea del Mincio.

«Doy gracias de todo corazon á mi ejército, que de nuevo me ha demostrado poder confiar en él para los combates venideros.

«Verona, 12 de julio de 1859.»

Francisco José deja traslucir tambien la causa que le moviera á cesar las hostilidades. «Sin aliados, dice, solo cedo á las desgraciadas circunstancias de la política,» amarga queja contra la Alemania, y mas aun contra la Prusia que le dejaran abandonado en la guerra. Ambos emperadores, como mas adelante veremos, deploran y justifican la paz celebrada, el uno porque iba á verse amenazado por nuevos y poderosos enemigos, el otro porque era dejado solo en el campo de batalla. Singular contradiccion que la historia apreciará justamente!

El rey Victor Manuel debió anunciar igualmente á sus tropas el inesperado suceso que habia ocurrido, y les dirigió la siguiente órden del dia:

«Soldados,

«Despues de dos meses de guerra, hemos llegado vencedores á las márgenes del Mincio. Unidos con nuestros valientes aliados, hemos triunfado en todas partes.

«Vuestro valor, vuestra disciplina, vuestra constancia han excitado la admiracion de Europa; el nombre del soldado italiano se halla en todos los labios.

«Yo, que he tenido la gloria de mandaros, puedo apreciar mas que nadie la heróica y sublime conducta que habeis observado en la presente guerra, é inútil es repetiros que habeis adquirido grandes títulos á mi gratitud y á la de la patria.

«Soldados,

«Importantes asuntos de Estado me llaman á la capital, y confio el mando del ejército al digno y valiente general La Mármora, que ha

compartido con nosotros los peligros y las victorias de esta campaña. Ahora os anuncio la paz; pero si algun dia, en el porvenir, el honor de nuestra patria nos llamara otra vez al combate, me vereis en medio de vosotros para mandaros, seguro de que marcharemos otra vez á la victoria.

« Monzambano, 12 de julio de 1859.»

La conducta de Victor Manuel no puede ser juzgada por la generacion presente, y el fallar sobre ella corresponde á la posteridad; esta, apreciando los sucesos sin la menor circunstancia de actualidad, viéndolos desde una distancia á que nosotros no nos es dable llegar, examinando sus resultados y los bienes que quizás produzcan, decidirá si el vástago de la ilustre casa de Saboya faltó ó no á la dignidad de su nombre y á la dignidad de su pueblo, constituyéndose en concesionario de Napoleon III, de aquel que representaba en la guerra el papel secundario; ella dirá si convenia que el Piamonte en el siglo XIX se engrandeciera con anexiones de territorio, que no tuvieran por base la libre voluntad de los pueblos.

Otro de los notables documentos que se publicaron en aquellos dias fué el manifiesto dirigido por el emperador Francisco José á sus pueblos, dice así:

«Cuando se han agotado todas las concesiones compatibles con la dignidad de la corona, el honor y el bienestar del país; cuando se han frustrado todas las tentativas de conciliacion, no puede ya elegirse, y aquello que es imposible evitar se convierte en un deber.

«Este me puso en la dura necesidad de solicitar de mis pueblos nuevos y penosos sacrificios para poder defender sus mas sagrados bienes.

«Mis fieles pueblos contestaron á mi voz; estrecháronse unánimemente al rededor del trono, y han hecho los sacrificios de toda clase que las circunstancias exigian, con un ardor y un celo que merecen mi reconocimiento, que aumentan si cabe el profundo afecto que les profeso, y que debian inspirarme la confianza de que, la justa causa para cuya defensa marchaban mis ejércitos al combate con entusiasmo, alcanzaria la victoria.

«Por desgracia el resultado no ha correspondido á la esperanza general, y la fortuna de las armas nos ha sido adversa.

«Las valientes tropas del Austria han dado ahora tan brillantes pruebas de su heroísmo nunca desmentido, y de su incomparable constancia, que han sido la admiracion de todos, aun de sus mismos enemigos. Experimento un legítimo orgullo en ser jefe de semejante ejército, y la patria debe agradecerle el haber mantenido en toda su pureza el honor de la bandera austriaca.

«Queda perfectamente acreditado que nuestros enemigos á pesar de sus esfuerzos, á pesar de las fuerzas superiores que habian reunido para la lucha desde hacia mucho tiempo, no han podido, ni aun á costa de onerosos sacrificios, obtener sino ventajas, pero nunca una victoria decisiva, al paso que el ejército austriaco, animado aun de igual entusiasmo, poseido del mismo valor, conservaba una posicion desde la cual podia quizás arrancar al enemigo el fruto de cuantas ventajas alcanzara. Sin embargo, para intentarlo, hubiera sido preciso hacer nuevos sacrificios, que ciertamente no habrian sido menos sangrientos que aquellos que les precedieran y que tanto han afligido mi corazon.

«En tales circunstancias, era de mi deber, como soberano, el tomar en consideracion las proposiciones de paz que me fueron dirigidas.

«La necesidad de continuar la guerra hubiera sido tanto mas dolorosa en cuanto me habria visto obligado á reclamar de los fieles pueblos de la monarquía nuevos sacrificios de sangre y de dinero mas considerables aun que los hechos hasta ahora; y sin embargo, el triunfo habria sido dudoso, puesto que he visto con amargura frustradas mis legítimas esperanzas al encontrarme solo en una lucha que no habia sido emprendida por el solo interés y el buen derecho del Austria.

A pesar de la simpatía ardiente y digna de eterna gratitud que la justicia de nuestra causa inspiraba á la mayor parte de los gobiernos y de los pueblos de Alemania, nuestros aliados naturales, nuestros aliados mas antiguos, se han obstinado en no conocer la alta importancia que encerraba la cuestion del dia.

«El Austria, pues, habria debido hacer frente sola á los acontecimientos que se preparaban y que podian ser cada dia mas graves.

«En su consecuencia, quedando intacto el honor del Austria, merced á los heróicos esfuerzos de su valiente ejército, resolví ceder á consideraciones políticas, hacer un sacrificio para el restablecimiento de la paz, y aceptar los preliminares que deben preparar la conclusion de la misma, por cuanto he podido convencerme de que obtendria siempre condiciones menos desfavorables, negociando directamente con el emperador de los franceses sin intervencion de un tercero, que haciendo participar en las negociaciones á las tres grandes potencias que no tomaron parte en la lucha, y aceptando las proposiciones de mediacion convenidas entre ellos y apoyadas por la presion moral de un previo acuerdo.

«Por desgracia me ha sido preciso separar del résto del imperio la mayor parte de la Lombardía.

«Consuélame, empero, el ver asegurados de nuevo á mis queridos pueblos los beneficios de la paz, beneficios que son para mí mucho mas preciosos, en cuanto me permitirán en adelante consagrar mi atencion y mi solicitud toda á la fecunda empresa que me propongo realizar,

29

consistente en establecer de un modo duradero el bienestar interior y el poderío exterior del Austria, por medio del feliz desenvolvimiento de sus fuerzas morales y materiales, y de reformas acomodadas al espíritu de la época en los ramos todos de las leyes y de la administracion.

«Así como en estos dias de críticas pruebas y de inmensos sacrificios, mis pueblos se han mostrado fieles á mi persona, tambien ahora por la confianza con que acogerán mis proyectos, deben contribuir á la realizacion de las obras de la paz, ayudándome á llevar á cabo mis benévolas intenciones.

«Como jefe del ejército, le he manifestado ya el reconocimiento que por su valor abrigo en una órden del dia especial.

«Hoy, sin embargo, le renuevo la expresion de los mismos sentimientos, y al dirigir la voz á mis pueblos, doy gracias á aquellos de sus hijos que han combatido por Dios, el emperador y la patria; doiles gracias por el heroísmo que han manifestado, y mi corazon guardará siempre el doloroso recuerdo de los compañeros de armas que por desgracia no han vuelto del combate.

«Luxemburgo, 15 de julio de 1859.»

Esta proclama, en la cual con noble franqueza se reconoce que la suerte de las armas no se habia mostrado favorable al Austria, dió lugar á no pocas contestaciones por parte de la Prusia, á quien alude Francisco José al reconvenir á sus aliados naturales por el abandono en que le dejaron, y fué causa de que, con motivo de las proposiciones que el mismo emperador atribuye á las potencias mediadoras, se revelase al mundo uno de los incidentes mas singulares, por no llamarlo con otro nombre, que acompañaron á la conclusion de la paz. De todo ello nos ocuparemos en breve.

El ejército francés recibió con sorpresa y disgusto la noticia de aquellos acontecimientos, y no tardó en tomar sus cuarteles de estío á orillas del lago de Garda, abandonando el árido y monótono terreno en que se hallaba establecido desde el 24 de junio. Napoleon III salió de Valeggio el dia 12, despues de conceder audiencias á los jefes de los diferentes cuerpos de ejército, y se dirigió á Desenzano; el dia 13 inspeccionó las chalupas cañoneras que se encontraban en el lago de Garda destinadas al sitio de Peschiera, y el 14 partió para Milan en compañía del mariscal Vaillant. El príncipe Napoleon habia partido tambien la víspera para la capital de la Lombardía, dejando su cuerpo de ejército bajo el mando del general Autemarre.

Victor Manuel abandonó su cuartel general de Monzanbano el dia 12 de julio, y cuatro dias despues, es decir, el 16, empezó el ejército aliado á salir de sus acantonamientos, y á emprender su movimiento general de retirada. La guardia imperial, que habia seguido al emperador á

Desenzano, fué dirigida hácia Milan por Brescia, Chiari y Triviglio; el 1.er cuerpo, acampado en Castelnovo, en la orilla izquierda del Mincio, debia seguir las huellas de la guardia y partir durante los dias 19, 20 y 21 para llegar á Milan diez dias despues. El 2.° cuerpo se concentraba en Brescia; el 3.° marchó desde Goito á Parma; el 4.° abandonó el cuartel general de Valeggio, y escalonándose en el Po, ocupó Plasencia, Pizzighettone y Cremona; y finalmente, el 5.°, que no empezó su movimiento hasta el 18, dirigióse á Bérgamo por Brescia.

La artillería y los trenes de sitio fueron enviados á Pavía; la caballería marchó á Novi, Tortona y Voghera, y la magnífica division toscana, organizada y mandada por el general Ulloa, fué separada del 5.° cuerpo para ser unida al ejército sardo, bajo la autoridad del rey del Piamonte.

La llegada del rey á Milan no bastó para desvanecer la tristeza que al presentarle sus felicitaciones dominaba á la ciudad; el consejo municipal le rogó que excusára á la poblacion si no festejaba su entrada con iluminaciones y otros regocijos, pues cubríala un velo de luto, y nadie se sentia con valor para dar la señal de las fiestas en semejantes circunstancias.

Esto no obstante, Victor Manuel recibió una afectuosa acogida, y luego de su entrada publicó la siguiente proclama:

«El rey á los pueblos de la Lombardía.

«El cielo ha bendecido nuestras armas: con el poderoso auxilio de nuestro magnánimo y valeroso aliado el emperador Napoleon III, hemos llegado en pocos dias á las márgenes del Mincio, marchando de victoria en victoria. Hoy vuelvo entre vosotros para participaros la buena noticia de que Dios ha oido nuestros votos. El armisticio y los preliminares de paz que han sido consecuencia del mismo, han asegurado la independencia á los pueblos de la Lombardía, y segun el deseo tantas veces expresado por vosotros, formareis en adelante una sola y libre familia con nuestros antiguos Estados. Tomaré vuestra suerte bajo mi direccion, y seguro de encontrar en vosotros el apoyo de que necesita el jefe de un Estado para crear una nueva administracion, os digo: «Pueblos de la Lombardía, confiad en vuestro rey, quien establecerá sobre sólidas é imperecederas bases la felicidad de las nuevas comarcas que ha puesto el cielo bajo su gobierno.»

El dia siguiente verificó su entrada en la ciudad el emperador de los franceses, siendo recibido, á lo que se asegura, si no con tanto entusiasmo como despues de Magenta, con algunas fiestas y aclamaciones. La municipalidad milanesa, admitida á la presencia del emperador, presentóle la exposicion siguiente:

«Señor:

«El pueblo, del cual tenemos el honor de ser los representantes, ha seguido con ansiedad la victoriosa marcha de vuestro heróico ejército, y se ha conmovido por los peligros que habeis arrostrado para realizar hechos de armas que son para la historia de Francia una nueva y gloriosa página, y que unen nuestros sentimientos de admiracion con los de nuestro eterno reconocimiento.

«El país, libre del yugo extranjero, sabrá mostrarse digno del porvenir, cuyo camino le ha abierto V. M.; unido con los animosos pueblos del reino sardo, colocado bajo el régimen de una libertad bien entendida, esperará el momento de poder manifestar su gratitud por los grandes sacrificios que ha hecho por él la Francia generosa.

«La alianza ha manifestado á nuestras poblaciones cuán grande era vuestro afecto hácia esta nacion, y si graves consideraciones políticas han detenido el curso de vuestros triunfos, se inclinan ante vuestras decisiones, pues confian en el que ha comprendido la nobleza de la causa italiana y ha combatido por ella.

«Señor, el magnánimo corazon y la profunda política de V. M. son para nosotros una segura garantía de que la suerte de la Italia continuará siendo el objeto de vuestra solicitud, y la union de las dos banderas que han tremolado juntas en los campos de batalla será entre ambas naciones una prenda de indisoluble alianza.»

El emperador salió de Milan el dia 15 y llegó aquella noche á Turin, donde le precediera el rey Victor Manuel para hacerle los honores de su capital; ambos soberanos fueron recibidos con grandes aclamaciones. A las seis de la mañana siguiente, el emperador partió para Suza, hasta donde le acompañó el rey del Piamonte; llegados allí ambos soberanos se despidieron, y Napoleon tomó el camino de Francia.

Casi al mismo tiempo que la conclusion de la paz supo la Europa la dimision del conde de Cavour, primer ministro del rey Victor Manuel. Aquel hombre de Estado, en quien se personificaba hacia muchos años la política del Piamonte, habia concebido para su país y para su rey magníficas esperanzas, que el tratado de Villafranca habia frustrado por completo. El conde de Cavour habria querido trasformar al Piamonte en un reino de Italia fuertemente constituido, tal como lo indica su configuracion geográfica y su unidad de orígen y de idioma; en otros términos, el conde proyectaba la anexion al Piamonte de la Lombardía y del estado de Venecia, de los ducados de Parma y de Módena, del gran ducado de Toscana, de las Marcas y de las Legaciones. Segun su plan, Victor Manuel habria reinado sobre catorce millones de súbditos en los países mas hermosos de Europa, admirablemente situados entre el

Adriático y el Mediterráneo. Las antiguas repúblicas de Génova y de Venecia se habrian convertido en provincias del reino de Italia, el cual se habria así elevado al rango de las mas grandes potencias de Europa.

Era aquel en realidad un magnífico programa, y el conde de Cavour habia consagrado á su realizacion las fuerzas todas de su viva inteligencia, tan notable en la tribuna y en los congresos. Las estipulaciones de Villafranca, además de frustrar tan gigantescos planes, colocaron al Piamonte en una posicion secundaria en una cuestion en que sin duda era el principal interesado, y así la política del ministro como su dignidad no pudieron consentirlo. El conde de Cavour habia tomado militarmente posesion, en nombre de su soberano, de los ducados de Módena de Toscana y de Parma; acababa de enviar un comisario extraordinario á la Romanía, el caballero Máximo de Azeglio, encargado de organizar á los voluntarios; y viendo la imposibilidad de continuar en semejante política, presentó su dimision, junto con todos sus colegas, y fué aceptada.

Absorbidos hasta ahora por la relacion de los acontecimientos militares y de los efectos por los mismos producidos, apenas hemos tenido tiempo para pronunciar el nombre del conde de Cavour, y esto que nadie debia ocupar mas preferente sitio en este relato, pues, no solo resume en sí toda la política del Piamonte desde algunos años á esta parte, sino que él fué uno de los mas ardientes promovedores de la guerra contra el Austria. El fué quien despues de la guerra de Oriente adujo las quejas y los votos de la infortunada Italia delante de los plenipotenciarios europeos reunidos en las conferencias de París; á él en fin debe en gran parte el Piamonte el nuevo rango que acaba de conquistar entre las potencias europeas.

El conde de Cavour ha atraido al rededor del Piamonte y del trono de Victor Manuel las simpatías de todos los corazones italianos, y esto hace que su popularidad no conozca límites. Cuanto ha hecho del Piamonte un país noble, cuerdo y glorioso, es debido al conde de Cavour, y los piamonteses le han consagrado un profundo reconocimiento; en sus sentimientos de justo orgullo nacional, jamás dejan de asociar al rey y al ministro, á Victor Manuel y al conde de Cavour.

Pocos hombres políticos, colocados al frente de un Estado tan reducido y débil materialmente, han adquirido semejante preponderancia; la grandeza de los destinos que para su país ha preparado, asegura al conde de Cavour una fama imperecedera, y le ha granjeado la admiracion de todos los corazones patrióticos. Se le ha acusado de ambicion, pero esta jamás se ha ejercido sino en beneficio de su país, al cual ha regenerado y dirigido con firme y atrevida mano por la via de las reformas constitucionales.

Aceptada la dimision del conde, preciso fué proceder acto contínuo á la formacion de un nuevo gabinete; el rey pensó primeramente en el

conde Arese, noble milanés, poseedor de una gran fortuna, y apreciado por su lealtad y su amor á la causa italiana; pero este no pudo lograr la composicion de un gabinete, y dicho encargo fué conferido al caballero Urbano Ratazzi, presidente de la Cámara de diputados, conocido por su talento y carácter conciliador.

El ministerio quedó constituido del modo siguiente:

Presidente del Consejo y ministro de la guerra, general La Mármora.

Negocios extranjeros, general Dabormida.

Interior, Ratazzi.

Hacienda, Oytana.

Obras públicas, Monticelli.

Justicia, Miglietti.

El primer acto del nuevo ministro del interior fué dirigir una circular á los gobernadores é intendentes de las provincias, expresando que el cambio de gabinete no modificaba gravemente el carácter político de la Cerdeña. «El nuevo ministerio, dice aquel documento, continuará favoreciendo el progreso de los grandes principios que son la base del derecho público entre los pueblos piamonteses.» El ministro solicita el apoyo de sus dependientes para tranquilizar los ánimos desalentados, robustecer la fe en el derecho y en la libertad, y preparar para las instituciones liberales á las provincias recien incorporadas á la corona sarda, concluyendo con la promesa de introducir varias reformas en favor de las libertades municipales y provinciales (Parte cuarta, LXXXIII).

Algunos dias antes, y cuando existia aun el anterior gabinete, publicóse una ley aboliendo en la Lombardía toda diferencia entre los habitantes por razon de su culto religioso, y declarándoles iguales ante la ley fuese cual fuese el que profesasen (Parte cuarta, LXXXIV).

En tanto se trabajaba sin descanso en la definitiva organizacion del ejército sardo-lombardo, el cual, á lo que se pretende, ha de contar en tiempo de paz un efectivo de 100,000 hombres.

El emperador de los franceses llegó á Chambery el dia 16 de julio por la tarde, y despues de descansar algunos momentos, emprendió, para no detenerse ya mas, el camino de su capital. El emperador entró en ella de incógnito, y se dirigió directamente á Saint-Cloud, reservando para el dia de la entrada de las tropas en París las fiestas y regocijos con que debia celebrarse su regreso.

El dia 19, los grandes cuerpos del Estado fueron admitidos en Sain-Cloud para presentar sus felicitaciones al emperador; y á los discursos de aquellos grandes personajes, adornados con recuerdos de la antigüedad romana, y que como es natural solo respiraban admiracion y alegría, el emperador contestó, no ocultando hallarse menos satisfecho que ellos de los resultados políticos de la guerra; al hablarles parecia dirigirse á un gran interlocutor invisible, la opinion pública; y es que en

efecto, luego que los preliminares de la paz fueron conocidos, luego que se llenaron los vacíos que habia dejado el emperador en su parte, la opinion pública se mostraba mas y mas indignada. La guerra, que debia hacer á la Italia libre hasta el Adriático, no solo terminó sin libertar á Venecia, sino que dejó las fortalezas lombardas, Peschiera y Mántua, en poder del Austria, dando así á la Cerdeña una provincia amenazada por las ciudadelas que habrian debido ser su natural defensa. La posesion de la Lombardía por el rey Victor Manuel es ilusoria, en cuanto Francisco José guarda sus llaves.

Inútil creemos insertar aquí los pomposos discursos de M. Troplong, del conde de Morni, y de M. Baroche, á los cuales está el público acostumbrado, sabiendo ya de memoria casi lás perpétuas alabanzas que no olvidan dirigir jamás al jefe del Estado, siempre que les pone en su presencia una gran solemnidad; inútil creemos reproducir las adulaciones que á Napoleon se prodigaron, celebrándole como guerrero y comparándole con Scipion el uno, enalteciendo el otro su generosidad y desinterés, y el tercero sus profundas miras políticas. A ellos contestó el emperador con las siguientes palabras:

«Señores:

«Al encontrarme otra vez en medio de vosotros, que durante mi ausencia habeis rodeado á la emperatriz y á mi hijo de tanta adhesion, experimento la necesidad de daros gracias primero y explicaros despues el móvil de mi conducta.

«Cuando despues de una feliz campaña de dos meses los ejércitos francés y sardo llegaron bajo los muros de Verona, la lucha debia por precision cambiar de naturaleza, así bajo el aspecto militar, como bajo el aspecto político.

«Veíame obligado á atacar de frente á un enemigo encerrado en inmensas fortalezas, protegido contra cualquier diversion en sus flancos por la neutralidad de los territorios que le rodeaban; al empezar la estéril y larga guerra de sitios, me hallaba delante de la Europa armada y pronta á disputarnos nuestros triunfos ó á agravar nuestras derrotas.

«Sin embargo, la dificultad de la empresa no habria variado mi resolucion, ni detenido el ardor de mis tropas, si los medios no hubiesen estado en desproporcion con los resultados que debian alcanzarse.

«Era preciso resolverse á romper, sin miramiento alguno, las trabas opuestas por los territorios neutrales, y aceptar entonces la lucha en el Rhin y en el Adiger; era preciso robustecerse, francamente en todas partes, con el auxilio de la revolucion.

«Debia derramarse aun mas sangre preciosa, cuando harta se habia

vertido ya: en una palabra, era necesario arrostrar, para conseguir el triunfo, lo que un soberano jamás debe exponer, sino por la independencia de su propio país.

«Si me he detenido, no ha sido por cansancio, porque hubiese agotado mis fuerzas, ni porque abandonara la noble causa que deseaba servir, sino porque en mi corazon clamaba una voz mas fuerte aun: la del interés de la Francia.

«¿Creeis acaso qué no me ha sido difícil refrenar el ardor de mis soldados que, exaltados por la victoria, solo pedian marchar adelante?

«¿Creeis qué no me ha sido penoso eliminar de mi programa ante la Europa entera, el territorio que se extiende desde el Mincio hasta el Adriático?

«¿Creeis qué no me ha sido sensible ver tantas ilusiones desvanecidas, tantas esperanzas frustradas en nobles y leales corazones?

«Para servir la causa de la independencia italiana, hice la guerra contra la voluntad de la Europa; pero desde el momento en que los destinos de mi país han peligrado, he celebrado la paz.

«¿Puede decirse, empero, que nuestros sacrificios hayan sido estériles? No; como he dicho ya al despedirme de mis soldados, podemos envanecernos con esta corta campaña.

«En cuatro combates y dos batallas ha sido vencido un ejército numeroso, que no cede á ninguno en organizacion y en valor. El rey del Piamonte, llamado antes el guardador de los Alpes, ha visto libre su país de la invasion, y trasladada desde el Tessino hasta el Mincio la frontera de sus Estados.

«La idea de una nacionalidad italiana es admitida por los que mas la combatieran, y los soberanos todos de la Península comprenden al fin la necesidad imperiosa de reformas saludables.

«La paz que acabo de celebrar, despues de haber dado una nueva prueba del poder militar de la Francia, será fecunda en buenos resultados; el porvenir los demostrará mas cada dia para la felicidad de la Italia, la influencia de la Francia y el reposo de la Europa.»

Pocos documentos se prestan á tantas reflexiones como el que acabamos de insertar; pocos soberanos se habrian atrevido á dirigir á una nacion, aunque ligera, caballerosa y leal, las palabras con que contestó Napoleon III á las felicitaciones de los altos cuerpos del Estado. Ellas demostraron que Napoleon habia marchado á Italia sin plan ni sistema fijo, así militar como político; que así como se sorprende y vacila delante de las fortificaciones de Verona, asimismo se sorprende y duda ante la prevista hostilidad de la Alemania, hostilidad que sin embargo no se habia declarado aun. Solo cuando ha comprometido á la Italia y á su propia nacion, solo cuando ha lanzado por la senda de la guerra á

un monarca emprendedor y valiente, solo cuando ha visto talados los campos, incendiados los pueblos, y mas de cincuenta mil cadáveres tendidos en las llanuras de la Lombardía, advierte que los medios por que habia intentado realizar su empresa, no guardaban proporcion con los resultados que podian alcanzarse. ¿Qué diríamos de semejante imprevision si fuese cierta? ¿Cómo calificarla? ¿Qué piensa el mundo del hombre que en sus empresas no obedece á cálculo ni razon alguna, y qué ha de pensar cuando este hombre se llama Napoleon III, cuando se encuentra al frente de un gran pueblo?

El emperador de los franceses reconoce lo que hasta entonces siempre habian negado sus órganos mas acreditados, esto es, que hizo la guerra de Italia contra la voluntad de la Europa; habla luego de la necesidad de aliarse con la revolucion para conseguir el triunfo, y de estas palabras, con las que alude á lo ocurrido en las Legaciones, no dejarán de tomar acta los enemigos de la causa italiana; no vacila en reconocer que su conducta ha desvanecido nobles ilusiones y patrióticas esperanzas en los honrados y leales corazones, y se consuela del mal que ha obrado en Italia con las esperanzas que el porvenir le inspira. Pero ¡ay! pocos son los hombres que en Europa participan de las halagüeñas ideas del emperador de los franceses: siempre que la Francia ha pasado los Alpes, ha llevado á la Italia mayor esclavitud, mayores desgracias. Dios quiera que ahora no suceda así!

Dos dias despues de la recepcion de los grandes cuerpos del Estado, felicitó al emperador el cuerpo diplomático, presidido por el nuncio de Su Santidad; este tomó la palabra y habló á S. M. en los siguientes términos:

«Señor:

«El cuerpo diplomático deseaba ofrecer á V. M. sus sinceras y solícitas felicitaciones con motivo de su feliz regreso y de la pronta conclusion de la paz.»

El emperador contestó:

«La Europa ha sido en general tan injusta conmigo desde el principio de la guerra, que he tenido un placer en celebrar la paz luego que han sido satisfechos el honor y los intereses de la Francia, probando así que no entraba en mis intenciones el trastornar la Europa, ni el promover una guerra general. Espero que habrán cesado hoy todas las causas de disentimiento, y que la paz será de larga duracion. Doy gracias al cuerpo diplomático por sus felicitaciones.»

Las palabras dirigidas por Napoleon III, así á los altos cuerpos del

Estado, como al cuerpo diplomático, en lo referente á la enemistad de la Europa, causaron universal sorpresa en el mundo político al ser comparadas con lo que sobre el mismo punto dijo el emperador de Austria: no se acertaba como la hostilidad de Europa era por ambas partes invocada, y habia sido la causa decisiva de una paz ofrecida y aceptada por las dos partes como un sacrificio, como pudo pesar sobre uno de ambos soberanos sin obrar por esto mismo en favor del otro. La corte de Viena comprendió la falsa posicion en que se habia colocado, y para justificar el aserto del emperador Francisco José, creyó deber dar á luz ciertas bases de pacificacion, representándolas como un proyecto de mediacion que le habia sido trasmitido por las potencias neutrales. Dentro de poco explicaremos la singular historia del indicado proyecto que nos ha puesto al corriente de las relaciones diplomáticas que mediaron entre la Prusia y el Austria durante la guerra. El gabinete prusiano quiso sincerarse del cargo que le dirigia el gobierno de Viena, y no consintió en sufrir pacíficamente una imputacion que representaba al Austria como peor tratada por la Prusia, su aliada y confederada, que por la Francia, su enemiga. Para ello publicó sus antiguas comunicaciones, Viena contestó, y las dos cancillerías alemanas, ordinariamente tan misteriosas, dieron al viento todos sus secretos. Sabemos ya lo que el Austria pedia á la Prusia, y lo que la Prusia pretendia hacer. Preciso es reconocer que la impaciencia del Austria contra la Prusia era muy natural, pero el Austria daba ella misma pretextos á la lentitud prusiana á causa de la exagerada formalidad de sus pretensiones. El principal interés del Austria era ser socorrida lo mas pronto posible con cualquier título y bajo cualquiera forma, pero el gabinete de Viena no miraba la cuestion bajo este punto de vista: queria ser socorrido por ciertos títulos tomados de la legalidad de los tratados, bajo ciertas formas correctas; pretendia que la Prusia estaba obligada á auxiliarla por los tratados de Viena y por el pacto de la confederacion; que la via de la mediacion armada, preferida por la Prusia para intervenir en la guerra, era viciosa en cuanto el gabinete de Berlin se abrogaba con ella una verdadera libertad de accion, y evadia las positivas obligaciones de alianza cuyo cumplimiento le intimaba. La corte de Viena exigia además que el gabinete prusiano trasformase al menos las intenciones que manifestaba en verdaderos compromisos, obligándose, si no por medio de un tratado, por medio de un cambio de notas. La Prusia aceptaba de buen grado estos puntos de estéril discusion, y hé aquí lo que se agitaba al rededor de la mision del general Willissen, que inspiró á la Europa tan graves inquietudes. En la *Parte cuarta* LXXXV, LXXXVI, LXXXVII y LXXXVIII insertamos las revelaciones retrospectivas de la diplomacia alemana, y han de ser relegadas al limbo atestado de legajos llamados políticos, en que debia pensar Oxenstiern cuando decia su hijo: «Ved

cuán pequeña es la sabiduría que preside al gobierno de los Estados!»

Veamos ahora en qué consistian las proposiciones de mediacion á que alude en su manifiesto el emperador Francisco José, proposiciones que han hecho decir á un periódico aleman, la *Prensa* de Viena, que la paz de Villafranca era el fruto de una mala inteligencia.

Dichas proposiciones publicadas, como ya hemos dicho, por el gabinete de Viena, decian así:

1.ª La Italia será libre.

2.ª Confederacion de todos los Estados italianos, sin excepcion alguna.

3.ª Engrandecimiento de la Cerdeña, ya por la Lombardía, ya por los ducados.

4.ª Creacion de un estado independiente comprendiendo el Veneto y el Modenesado bajo un archiduque.

5.ª La Toscana á la duquesa de Parma.

6.ª Las Legaciones formarán un vireinato con una administracion secular bajo la soberanía de Su Santidad.

7.ª Congreso para reorganizar la Italia bajo las indicadas bases, teniendo en cuenta los derechos adquiridos y los deseos de los pueblos.

Razon tenia, pues, Francisco José al decir que las proposiciones, procedentes segun él creia de las potencias mediadoras, eran mucho mas duras que las que de su enemigo alcanzara; pero el mismo dia en que el *Diario de Maguncia* publicaba dicho proyecto de mediacion, el gabinete prusiano dirigia una circular á sus legaciones en Alemania, autorizándolas para declarar positivamente: 1.° Que la Prusia no habia formulado condiciones de mediacion de ningun género, ni aceptado ninguna formulada por otros; 2.° Que el proyecto publicado por los periódicos le era del todo desconocido (*Parte cuarta* LXXXIX).

Igual declaracion hizo el gabinete de San Petersburgo, el cual dijo, que no solo no se habia determinado base alguna de mediacion, sino que ni siquiera habian sido discutidas (*Parte cuarta* XC).

Así las cosas, y rechazado por todo el mundo el proyecto de mediacion, ignorábase quién lo habia presentado al emperador de Austria, y de dónde dimanaba. El gobierno inglés, ó por mejor decir M. Disraeli, aclaró por fin el misterio: las proposiciones que Francisco José creyó dimanadas de las potencias mediadoras, y cuya dureza, comparadas con las que le sometió en Villafranca el emperador de los franceses, fué una de las causas que le movió á aceptar las condiciones que le fueron propuestas despues de Solferino, tenian con estas un mismo é idéntico orígen. En la sesion de la cámara de los comunes del 28 de julio en la que lord John Russell expuso su modo de ver sobre los asuntos de Italia, lord Palmerston se vió obligado á explicar el orígen y el carácter de aquel proyecto de mediacion. Lord John Rusell se habia

limitado á decir no haber llegado á su noticia que ninguna potencia neutral hubiese presentado al Austria proposicion alguna; estas palabras ponian á cubierto la responsabilidad del gobierno inglés, y lo alegado en el manifiesto imperial quedaba desmentido por las tres potencias neutrales; pero M. Disraeli, que sabia á fondo la crónica secreta de aquel incidente que tanto absorbiera la atencion de la Europa, quiso que supiera el público lo que realmente habia sucedido, y por medio de una interpelacion muy detallada obligó á lord Palmerston á declarar la verdad sobre un hecho tan oscuro. El noble lord dijo, pues, que en cierto período de la guerra, M. de Persigny, embajador francés en Lóndres, entregó á lord John Rusell «un pequeño papel,» en el cual estaban escritas ciertas condiciones de arreglo concebidas en términos generales, rogándole que las trasmitiera al gobierno austriaco, y recomendándoselas como un proyecto que podia servir de base á un tratado de paz. El gobierno inglés, que deseaba el fin de la guerra, no creyó deberse negar á servir de intermediario á comunicaciones que tenian por objeto la paz, y desempeñó el encargo. La nota francesa fué entregada al embajador austriaco, pero lord Palmerston no olvidó decir que lord John Russell advirtió al ministro austriaco ser aquella una proposicion francesa sobre la cual la Inglaterra no expresaba opinion alguna (*Parte cuarta* XCI). Resta saber ahora si en la trasmision del «pequeño papel» usó lord John Russell de la circunspeccion, discrecion y reserva que lord Palmerston revindica para su colega. Nuevas revelaciones diplomáticas nos lo dirán sin duda con el tiempo, pero conste entretanto que hubo indudablemente una mala inteligencia en la paz de Villafranca, como observa muy bien el periódico aleman que hemos citado, que las potencias neutrales no habian aun manifestado, muy léjos de esto, las condiciones de su mediacion, y que Napoleon III, que exigia despues de Magenta la independencia de la Lombardía y de Venecia, se contenta con la de la primera despues de Solferino. A este paso y cediendo en sus exigencias á cada nueva victoria, habria devuelto al Austria todas sus antiguas posesiones si hubiese llegado á rechazarla hasta el Adiger.

La Alemania miró la paz celebrada con profundo disgusto: los entusiastas partidarios del Austria por la humillacion que esta sufria; los demas por el provecho que esperaban de prestarle á tiempo su auxilio. La Prusia quedó como si se le hubiese escurrido algo de entre las manos, y ese algo no era otra cosa que el predominio que creia conquistar, ó por mejor decir, haber conquistado ya en Alemania, gracias á las tribulaciones que afligian al imperio austriaco.

«El tratado que el Austria acaba de celebrar, dijo la *Gaceta nacional* de Berlin (fué eco en aquel momento de las ideas de su gobierno), es tan deplorable que con dificultad se buscaria otro semejante en los ana-

les de la historia. No puede decirse sino que el Austria ha preferido arrojarse en brazos de Napoleon III antes que permitir á la Prusia elevarse al rango que le corresponde en Alemania.»

Inútiles quedaron pues los bélicos preparativos que la Prusia y la Alemania hicieran; las tropas que se dirigian á ocupar sus acantonamientos en el Rhin fueron detenidas en su marcha, y el príncipe regente de Prusia dirigió al ejército la siguiente órden del dia:

«Al estallar la guerra entre dos grandes potencias vecinas he ordenado poner al ejército en estado de marcha á la primera señal, á fin de conservar la posicion que corresponde á la Prusia como potencia. El peligro que entonces nos amenazaba se ha desvanecido, y mientras os hallabais en camino para ocupar los puntos que se os habian señalado, las potencias beligerantes han firmado repentinamente la paz.

«Con vuestro movimiento hemos demostrado la firme resolucion de mantener intactas las fronteras alemanas, cualquiera que hubiere sido la suerte de las armas. Habeis correspondido á lo que de vosotros esperaba, mostrándoos dignos del nombre de prusianos; habeis hecho grandes sacrificios personales, y por ello he de expresaros mi sincero agradecimiento.

«El príncipe regente de Prusia.»

Así pues, una vez celebrada la paz, el Austria y la Prusia quedaron en una posicion análoga á la de la Rusia y del Austria al terminar la guerra de Oriente. La Rusia pensaba y decia entonces haber sido abandonada por sus aliados naturales, y cuando hubo cedido á pesar suyo, conservó mayor odio á sus inconstantes amigos, que á sus enemigos. Lo mismo sucedia entre el Austria y la Prusia: aquella se habria alegrado de toda humillacion impuesta á esta, como indudablemente se alegró la Rusia de la humillacion del Austria.

Compréndese por lo tanto que no habia de faltar materia para una ruda polémica entre los periódicos de Viena y de Berlin, y sin mentar los dichos de los órganos de la prensa en ambas capitales, nos limitaremos á insertar en la *Parte cuarta* (XCII y XCIII) los artículos oficiales de la *Gaceta prusiana* y de la *Gaceta austriaca*.

Apenas celebrada la paz, una emocion extraña estalla de improviso como todo lo que ocurre en este bendito año de 1859; invade de repente la opinion inglesa y se comunica á la Francia. En el momento en que la guerra cesa, en que todo el mundo iba á deponer las armas, ó lo menos así era de creer, la Gran Bretaña se alarma por la insuficiencia de sus medios de defensa, créese amenazada por el aumento del poder marítimo y militar de la Francia, y por el órgano de sus mas autorizados oradores y de sus periódicos se exhorta á hacer en grande esca-

la armamentos defensivos. Nadie ignora que si la Inglaterra es siempre formidable al fin de una guerra, jámas se halla dispuesta al principiarla, lo que depende de la naturaleza de su gobierno y del espíritu de economía que anima á su parlamento al tratarse del improductivo presupuesto del ejército y de la marina; contra esa tendencia excesiva, contra esta imprevision acostumbrada que podian en un momento dado compremeter la seguridad nacional, quiso ponerse en guardia la opinion inglesa. Los preparativos ingleses ofenden en Francia al vulgo poco ilustrado; el *Monitor* habló de ellos no sin aspereza, y al momento una prensa servil y rutinaria, despojada de toda iniciativa propia, intentó hacer revivir las antiguas animosidades. Temíase que una nueva complicacion, mas grande que todas las pasadas, se mezclase á las dificultades en que sumiera á la Europa la algarada de Napoleon en Italia, cuando el *Monitor francés*, mejor inspirado, anunció que el emperador habia decidido el inmediato restablecimiento en pié de paz de su ejército y marina. ¿Cumplióse esta providencia? Distinto es lo que sobre esto nos han dicho los periódicos, pues es lo cierto que la Gran Bretaña no cesó en sus preparativos, que aumentó de un modo considerable el material y la dotacion de su marina, que se multiplicaron las compañías voluntarias de *riflemen* y que se halló preparada á todo.

¿Cómo fué juzgada en Inglaterra, en esa nacion dotada de un perfecto espíritu práctico, la paz de Villafranca? Contesten por nosotros el discurso pronunciado por lord Derby, jefe del partido conservador, en el banquete que le ofrecieron sus correligionarios (*Parte cuarta* XCIV), y las repetidas declaraciones de lord John Russell con motivo del propuesto congreso. De ellas hablaremos luego.

Tambien Mazzini dejó oir su voz al terminar la contienda italiana como la dejara oir al empezar la guerra, y fuerza es convenir en que la experiencia ha demostrado en Villafranca el buen orígen y exactitud de algunos de sus informes. Su último manifiesto tiene todos los visos de ser dirigido á los diplomáticos de la Gran Bretaña y del continente, mas bien que á sus sectarios: habla en él de golpe de estado europeo, anuncia una coalicion de los tres emperadores del continente, y profetiza la próxima division del imperio otomano entre la Francia, la Rusia y el Austria. Aunque no sea mas que á título de documento curioso, el tiempo nos dirá si es alguna cosa mas, la insertamos en la *Parte cuarta* (XCV).

En tanto que esto sucedia, daba la Italia un magnífico espectáculo al mundo; refrenando el disgusto que debió causarle la paz de Villafranca, que oponia un dique á su triunfante bandera que la fortuna de las armas prometia llevar hasta las fronteras alemanas, resignóse á ver al Austria dominar todavía en Venecia, y solo pensó en aprovechar la parcial victoria que habia alcanzado. Es cierto que las *nobles ilusiones* destruidas y las *patrióticas esperanzas* desvanecidas manifestaron su indig-

nacion, hasta el punto de hacer precisa una circular del gobernador de Milan, llamando al órden á los periódicos lombardos; mas poco á poco la irritacion cesó, los ánimos se calmaron, y se olvidó el infortunio de Venecia para no pensar mas que en la dicha de la libertad alcanzada.

La noticia de la paz y de las condiciones con que se celebrara produjo en Florencia un efecto singular: en un principio quedó la ciudad aterrada, pero al cabo de un momento imaginó alguien que los partes fijados en los sitios públicos podian ser un ardid leopoldino, y adoptóse tal idea con entusiasmo. Renace la alegría, arráncanse los partes, mas aparece *El Monitor,* y en él leen todos con estupor la terrible noticia.

El pueblo entregó á las llamas la imprenta oficial, mientras que algunos grupos se dirigen al Palazzo Vechio á fin de preguntar á los ministros como puede ser posible semejante hecho. Los ministros se habian ocultado; recuérdase la restauracion de 1849, y se teme que las poblaciones rurales proclamen otra vez á Leopoldo II: el pueblo corre al arsenal y se arma para reprimir cualquiera tentativa.

El gobierno, empero, conoció no poder permanecer mudo en tan críticas circunstancias, y publicó la siguiente proclama:

«Toscanos:

«Las noticias de los recientes sucesos han destruido nuestras mas lisonjeras esperanzas y cubierto de luto los corazones de todos.

«El gobierno participa de vuestra consternacion: mas no debemos abandonarnos á ella; esperemos á tener conocimiento de los hechos que no sabemos todavía en todos sus detalles. Por nuestra firmeza mostrémonos dignos de ser ciudadanos de una patria independiente y libre. Mientras nos quede esta firmeza, no habremos perdido la última esperanza.

«Han salido ya enviados para Turin á fin de averiguar el verdadero estado de las cosas; una manifestacion de dolor solo serviria en estos momentos para agravar nuestros males. Conservemos el órden, mas necesario que nunca para la libertad de la patria.

«Mañana se reunirá la *Consulta*, y elevará la voz de la Toscana á Victor Manuel, en quien se halla depositada nuestra confianza.

«La Toscana no será sometida otra vez al yugo ó á la influencia austriaca, á pesar de su voluntad y de sus derechos.

«Florencia, 13 de julio de 1859.»

Este lenguaje y el de las autoridades todas calmó la efervescencia popular; el prefecto, A. Bassini, publicó al dia siguiente una proclama excitando á los buenos ciudadanos á abstenerse de toda demostracion en favor de los partidos extremos: recordó que se hallaban prohibidos los

grupos en los sitios públicos, y que la fuerza pública estaba obligada á dispersarlos.

En una proclama del mismo dia, el gonfaloniero de Florencia recomendó á sus administrados la calma y la concordia:

«Nunca fué tan necesario mantenerse unidos y abrigar una sola voluntad. De vuestra prudencia y moderacion, dijo, dependen nuestros destinos; del amor y de la confianza en el rey Victor Manuel depende la seguridad de que no volveremos á una dinastía que se ha hecho imcompatible con los mas sagrados sentimientos de la nacion italiana.»

La Consulta se reunió el 14 de julio, y recibió las comunicaciones del ministerio, y así el gobierno como aquella corporacion decidieron por unanimidad, dice el *Monitor toscano,* que debian emplearse todos los medios posibles para evitar la pública calamidad del restablecimiento de la influencia austriaca. Los acuerdos de la Consulta fueron los siguientes:

«1.° El gobierno debe gestionar cerca de S. M. el emperador de los franceses y de las otras grandes potencias, á fin de obtener que al fijarse la suerte de aquella parte de Italia, sean atendidas sus legítimas aspiraciones.

«2.° Estas aspiraciones se manifestarán en tiempo oportuno por una asamblea de los representantes del país; para ello se acudirá á la ley electoral de 1848, y se mandará la formacion de listas electorales.

«3.° Conviene solicitar de S. M. el rey Victor Manuel que se digne conservar el protectorado de la Toscana, aun despues de la celebracion de la paz, hasta la completa organizacion del país.»

Conforme con estas disposiciones, tomó el gobierno sin perder momento las medidas convenientes para dejar ileso el interés nacional: envió á Turin á varios diputados con encargo de solicitar el apoyo del rey de Cerdeña, y declaró en vigor la ley electoral de 3 de mayo de 1848 para la eleccion de los representantes llamados á emitir su voto acerca de los futuros destinos del país.

El diario oficial trató de demostrar á los toscanos la imposibilidad de la restauracion del gran duque. «El emperador Napoleon, escribia el *Monitor toscano,* ha dicho que los gobiernos extraños al movimiento ó establecidos en sus estados, comprenderán la necesidad de saludables reformas, y estas palabras no pueden extenderse á restauraciones forzosas, sino á las que sean resultado del voto de los pueblos. Otra interpretacion de las palabras del emperador seria contraria á la solemne promesa hecha en la proclama de Milan, á las declaraciones de lord

John Russell al parlamento inglés, y al principio reconocido por la Europa entera en los Principados danubianos.»

No pasaron muchos dias sin recibir noticias de lo alcanzado por los diputados toscanos cerca de Victor Manuel; el ministro del interior lo comunicó á los prefectos y subprefectos en la circular siguiente:

«Los enviados toscanos escriben al gobierno:

«Si la Toscana sabe conservar su bueno y verdadero espíritu italiano, quedará dueña de su suerte, y disponiendo de sí misma de un modo italiano, contribuirá eficazmente á la realizacion de los destinos de Italia. Despues de esta promesa, pocas palabras hemos de añadir: prepárese el país para proclamar con dignidad y firmeza su voto italiano; hoy como siempre se mostrará el gobierno á la altura de las circunstancias; abrirá al voto nacional del país caminos civiles de manifestacion, combatirá el desórden, proceda de donde procediere, pues el desórden es enemigo de todo buen pensamiento y de toda deliberacion generosa y sensata, destruye las fuerzas vivas de un pueblo ó las emplea en su propia vergüenza.»

En otra circular de 16 de julio, M. Ricasoli, despues de recomendar la organizacion regular de una guardia nacional, manifiesta la confianza de que los unánimes votos de la Toscana no hallarán insensible á la Europa. «Las cuestiones secundarias que han de ocupar á los potentados, escribia, nos tocan muy de cerca para que no las resolvamos como conviene á un pueblo civilizado, si queremos librarnos del anatema de la Italia toda. La Toscana deberá á sí misma la suerte que le quepa, pues es de esperar que la Europa no querrá resistir á los votos que nosotros expresemos con calma, firmeza y unanimidad. La Europa se halla interesada en no renovar los dolorosos períodos de perturbacion que han tenido que deplorarse en el estado de Italia.»

Desde aquel momento emprendióse con ardor infatigable la organizacion de la guardia nacional; el gobierno comprendia la necesidad de no dejar indefenso al país contra una tentativa de restauracion armada. Por esto el *Monitor* que exhorta á los ciudadanos á conservar el órden y la calma, les excita expresamente á no abandonar las armas; anuncia además que «el gobierno continúa recibiendo excelentes noticias de Turin. S. M. el rey Victor Manuel se halla animado de grande afecto hácia la Toscana, y confia en que sabrá contribuir en lo que de ella dependa á la próxima organizacion de la Italia. El emperador Napoleon se encuentra muy bien dispuesto respecto de la Toscana, y en el futuro Congreso apoyará sus votos con tal que no turben el país trastornos ni tumultos.»

«Se ha dicho entre el público, añadia, que el gobierno al saber la

celebracion de la paz habia cesado en el reclutamiento de los voluntarios; no es cierto. El gobierno continúa armando el país con extremado vigor: recibe á todos los voluntarios que se presentan, y les hace instruir en los depósitos. Preciso fuera que el gobierno desconociera del todo el pasado y el porvenir para aconsejar al país que depusiera las armas. No es tal su idea, y mas que nunca persiste en lo que dijo al saber la primera noticia de la paz: Mientras la diplomacia gestione, ármese la Italia.»

Mientras el periódico oficial de Toscana interpretaba con tan enérgica moderacion los sentimientos del gobierno, hacíase la agitacion mas viva en las provincias; en todas partes estallaban demostraciones en favor de la anexion del gran ducado al Piamonte. El dia 15 tuvo lugar en Liorna una solemne manifestacion: el pueblo recorrió las calles con banderas tricolores en las que se veia la bandera de Saboya, y envióse una diputacion al gobernador á fin de exponerle la firme voluntad del pueblo á oponerse á la reclamacion de la dinastía de Lorena.

No dejaba esta empero de contar con algunos partidarios, y en la *Parte cuarta* XCVI insertamos la protesta que estos formularon contra los actos del gobierno y de la mayoría de la poblacion.

En la sesion del 20 de julio, la municipalidad de Florencia expresó el deseo de que la Toscana fuese reunida á un reino italiano bajo el cetro del rey de Cerdeña, y si por razones de alta política no fuese posible la anexion, quedase colocado el ducado bajo la dominacion de un príncipe de la casa de Saboya.

Algunos dias antes de las elecciones salió de Florencia el comisario sardo M. Buoncompagni, no queriendo el gobierno de Turin que pudiese acusársele de haber ejercido la menor influencia en las elecciones. Este hecho, lo mismo que el de igual naturaleza ocurrido en los demás Estados revolucionarios, fué efecto de las reclamaciones de Napoleon III, que veia muy comprometida en la Italia central su obra de Villafranca.

Antes de su partida, M. Buoncompagni dirigió á los voluntarios del ejército toscano, llamados á Florencia con su jefe el general Ulloa, una proclama en la que invocaba su patriotismo y su valor para velar sobre la libertad de las elecciones y para hacer respetar su sinceridad.

«Si la fortuna ha negado á vuestro arrojo los peligros de la lucha y las recompensas de la victoria, dijo, abrirá á vuestra disciplina otro campo no menos honroso en Toscana. La patria os espera para hacer mas augusta la solemne manifestacion de sus votos; vuestras armas no deberán combatir con enemigos interiores; la union de los ciudadanos nunca turbada, merced á la vuestra, será mas y mas sólida ahora que se trata de confiar nuestra suerte á un cetro que no sea austriaco, sino nacional. Quien se atreviese á ofender la majestad del pueblo que dis-

pone libremente de su porvenir, quien amenazase nuestras fronteras, seria rechazado por vosotros como el mayor de nuestros enemigos.

«Soldados, á vosotros y á la guardia nacional confia el gobierno la proteccion del mas sagrado derecho de la Toscana, el de proclamar libremente una soberanía nacional y constitucional á fin de conservar su antigua civilizacion y de afianzar la nueva independencia.»

Los ducados de Módena y Parma no fueron menos explícitos que el de Toscana al manifestar sus deseos de reunirse al Piamonte y su odio contra las antiguas dinastías. En Plasencia, un numeroso gentío rodeó el dia 15 de julio el palacio del intendente, y victoreó con entusiasmo á Victor Manuel; el intendente dirigió algunas afectuosas palabras á la multitud, y le contestaron con unánimes gritos: «Decid al rey que queremos ser siempre suyos.» Desde el dia siguiente abriéronse registros para recibir las firmas de los ciudadanos que quisiesen la anexion al Piamonte; y en poco tiempo quedaron llenos con miles de firmas.

La municipalidad de Parma votó una exposicion al rey que terminaba con estas palabras: «Señor, estamos con vos y por vos; nuestra resolucion y nuestra esperanza durarán siempre.»

En el ducado de Módena las poblaciones rurales, lo mismo que las ciudades, votaron exposiciones adhiriéndose al gobierno de Victor Manuel; el clero se asoció en muchos puntos á aquellas demostraciones, y el gobierno provisional envió representantes á Turin, á París y á Lóndres para manifestar la pública oposicion al restablecimiento de los príncipes de Este.

Ante tan ardientes manifestaciones, el gobierno piamontés conservó una actitud digna y tranquila; léjos de ceder desde el momento á las seductoras y unánimes ofertas de los pueblos que tendian hácia él las suplicantes manos, retiró sus poderes á los comisarios sardos enviados á diferentes puntos de la guerra, y esperó confiado las decisiones de la Europa.

M. Ricasoli, ministro del interior en Toscana, encargó á las municipalidades del país que recogieran los votos de las poblaciones en sus distritos respectivos, y aquellos documentos, reunidos en una memoria de dicho ministro de 23 de julio, manifiestan la unanimidad con que los toscanos deseaban ver reunido su país á la Italia que debia constituirse bajo el cetro de la casa de Saboya. «Las victorias de los ejércitos franco-italianos, leemos con este motivo en el *Monitor toscano*, y las promesas de Napoleon han dado á los toscanos la confianza de expresar un voto, que, reunido á otros votos mas solemnes que formulará en breve la asamblea de representantes, puede ser útil para definir las condiciones de paz dejadas en suspenso en los preliminares ya firmados.

«Los resultados hasta ahora conocidos emanan de 141 poblaciones, entre las cuales figuran Florencia, Liorna y las ciudades mas notables

de la Toscana, y entre ellos se observan 809 votos afirmativos y 15 negativos, representando entre todos los deseos é intereses de 1.135,863 habitantes. Algunas ciudades esperan para pronunciarse la reunion de la asamblea especial, pero puede casi asegurarse que ratificarán las decisiones de las otras, y que la Toscana se pronunciará por unanimidad, no siendo tampoco dudoso que los votos del ducado, así formulados y ratificados por la asamblea nacional, serán tomados en la debida consideracion por las potencias á quienes corresponde la organizacion de la Italia.»

Así las cosas, el gran duque Leopoldo, creyendo que su persona era quizás el principal obstáculo para la restauracion de su dinastía, decidióse á abdicar en favor de su hijo Fernando. No por esto empero logró desvanecer la animosidad que sobre sí y su familia atrajera, y la mayoría de los toscanos le contestó: «¡Es tarde!»

Fácilmente se comprende cual debió ser el inmenso dolor de la infortunada Venecia que creia próximo el momento de la libertad, que contaba los minutos que la separaban de los ejércitos aliados; al anunciarse la paz, nadie quiso dar crédito á la infausta noticia, y por espacio de dos ó tres dias creyóse ser un engaño como tantos otros se habian propalado. La escuadra francesa se hallaba á la vista de la ciudad, el ataque iba á empezar, y los venecianos, que dirigian al cielo los mas ardientes votos por sus libertadores, no se convencieron de la paz hasta que la escuadra saludó con sus cañonazos el fuerte del Lido, y que sus buques empezaron á retirarse. El dolor de los venecianos no se tradujo en gritos de indignacion; un profundo estupor sucedió á la animacion que reinara en la ciudad pocos dias antes, y solo algunos hombres notables de la poblacion tuvieron valor para elevar su voz hasta el conde de Cavour, en una sentida exposicion (*Parte cuarta* XCVII), y para protestar contra los pactos de Villafranca ante los embajadores de Inglaterra, de Rusia y de Prusia, residentes en Turin (*Parte cuarta* XCVIII).

Garibaldi con 12,000 cazadores de los Alpes, ocupaba al celebrarse la paz, la línea del Stelvio á Tanale, la Valtelina, Valcanonica y Valsebio; la actitud que podia tomar no dejaba de inspirar algunas inquietudes, pero despues de una larga conferencia que tuvo en Brescia con el general La Mármora, decidió entrar con el grado de general en el ejército regular sardo-lombardo, permaneciendo al frente de su valerosa division, á la que dirigió desde Lovera en 19 de julio la siguiente órden del dia, eco fiel de los sentimientos que animaban á la mayoría de los italianos:

«Sea cual fuere, dijo, el sesgo de los acontecimientos políticos, los italianos no deben en las actuales circunstancias deponer las armas ni desalentarse; al contrario, deben aumentar sus filas y manifestar á la

Europa que guiados por el valiente Victor Manuel, están dispuestos á hacer frente á todas las vicisitudes de la guerra.»

El general Ulloa, jefe de los voluntarios toscanos, habia presentado su dimision luego de su regreso á Florencia, y el gobierno del gran ducado invitó á Garibaldi á ponerse al frente de aquella division. Así lo hizo en efecto, y en 23 de julio dirigió su voz á los italianos del centro, excitándoles á mostrarse unidos en los campos de batalla y á vencer ó morir por la Italia y Victor Manuel.

En la Romanía ocurrian análogos sucesos que en Toscana, en Parma y en Módena: la paz sorprendió al marqués Máximo de Azeglio en medio de su trabajo para organizar las fuerzas militares del país; la division Mezzacapo se encontraba en camino hácia las Legaciones, procedente de Toscana; algunas fuerzas regulares sardas habian penetrado en territorio pontificio, y las tropas del Papa parecian dispuestas á recobrar el terreno perdido. El marqués de Azeglio pidió entonces al conde de Cavour, ministro dimisionario, refuerzos para oponerse á los suizos en caso de que avanzasen contra Bolonia, y el conde le dirigió la siguiente respuesta: «Si las poblaciones no saben defenderse por sí solas contra los suizos, no son dignas de ser italianas. Os hablo como italiano y no como ministro: luego que se me haya nombrado un sucesor, lo que no tardará mucho, iré á ponerme á vuestras órdenes como simple soldado, á fin de ofrecer mi vida en defensa de la independencia de Italia.» Esas palabras del conde de Cavour revelaron la intencion por parte del gobierno de Turin de abandonar la senda que en la cuestion de las Legaciones habia emprendido, y de no atentar por mas tiempo, abiertamente á lo menos, á la independencia del gobierno de la Santa Sede. Así se lo prescribia, si deseaba ser lógico, la conclusion de la paz que le imposibilitaba de apelar al pretexto de la organizacion de las fuerzas del país, y mas que todo las amonestaciones que le llegaban de las Tullerías. Las tropas piamontesas se retiraron á su territorio, el marqués de Azeglio cedió el puesto á un ministerio presidido por el coronel Cipriati, despues de prometer en nombre del rey Victor Manuel que se emplearian todos los medios posibles para obtener la cooperacion de los gobiernos europeos á la realizacion de los justos deseos de la poblacion, y se publicó la siguiente manifestacion:

«Ciudadanos: La manifestacion del deseo general sobre la organizacion de las cosas públicas es el derecho natural de todo pueblo.

«Este derecho ha sido proclamado solemnemente por el emperador de los franceses ante el mundo, como la verdadera base del derecho público.

«En las graves circunstancias en que se encuentra ahora la Italia

victoriosa en los campos de batalla, pero con su porvenir confiado todavía en manos de la diplomacia, los italianos deben apelar á ese derecho, manifestando con el mayor órden sus deseos.

«La esforzada juventud de los Estados romanos ha vertido generosamente su sangre por la causa nacional, haciendo mas ilustre aun el nombre italiano, y tan noble sangre seria perdida si todo ciudadano que puede hacerlo libremente, no acudiese ahora á completar su obra, manifestando su voluntad sobre el régimen futuro de estos pueblos.

«Módena, Parma y Toscana han levantado la voz ante la Europa y han protestado contra toda idea de restauracion.

«Protestad tambien vosotros, ciudadanos, y decid con franqueza lo que quereis, lo que deseais.

«Está dispuesta para firmarse una declaracion explícita del público deseo, que rechazando lo pasado tiende á hacernos italianos con Victor Manuel.

«Ciudadanos que pensais como nosotros, acudid á firmar y haced que vuestros votos se cuenten por miles.

«La reciente historia de los Principados danubianos nos indica que en el consejo de las potencias será atendido el voto de los pueblos.

«Bolonia, 22 de julio de 1859.»

No permaneció sordo el pueblo á este llamamiento; miles de firmas cubrieron los registros de anexion, y entonces fué cuando el coronel Cipriati convocó una asamblea, para que revistiese con una decision solemne los votos de los habitantes.

En la *Parte cuarta* XCIX insertamos la carta que dirigió Su Santidad al obispo de Albano, en la que, despues de dar gracias á Dios por la paz celebrada, protesta de nuevo contra los hechos que tendian á sustraer parte de sus Estados á su dominio temporal.

A ejemplo de lo que sucedió en Toscana y en las Legaciones, el gobierno sardo revocó los poderes que concediera á su comisario extraordinario en Módena, M. Farini, quien al cesar en el desempeño de sus funciones dirigió al pueblo la siguiente proclama:

«Habitantes de las provincias de Módena:

«El gobierno del rey debia dejaros la plena y entera libertad de manifestar otra vez del modo mas espontáneo y solemne vuestros legítimos votos.

«Lo que conviene á este país y á toda la patria comun, es probar que los movimientos que han sobrevenido en Italia no han sido resultado de un entusiasmo fugaz, ni la obra de una ambicion secreta.

«Constituyéndoos en defensores del porvenir, merecereis que el

rey, así me encarga que os lo manifieste, defienda en los consejos de Europa vuestros legítimos derechos, y ya sabeis lo que vale la palabra de Victor Manuel.

«Durante el breve tiempo que he ocupado el poder, han sido admirables vuestra concordia y virtudes cívicas. Vuestra disciplina os ha dado fuerza, y en medio del júbilo de las victorias, en medio de los árduos deberes que la inesperada paz ha impuesto á los italianos, habeis conservado la misma perseverancia, la misma abnegacion, la misma conciencia del derecho.

«Os dejo libres, organizados y unidos.

«Vuestra conducta me responde de que no confundireis nunca las nobles aspiraciones de la libertad con los vanos alardes del desenfreno; no os convienen, por cierto, las escenas tumultuosas, propias de los que dudan ó temen. La Europa ha proclamado el derecho que tienen las naciones de disponer de su organizacion interior; disponeos, pues, á usar dignamente de ese derecho, seguros de que contra la voluntad de los pueblos no se restauran poderes destituidos en virtud de una decision nacional. Confio en que las provincias de Módena no suministraran el mas leve pretexto de calumnia á los implacables detractores de la malhadada Italia, y en que procurareis siempre que vuestras palabras, escritos, consejos y acciones redunden en honra y provecho de la nacion entera, contribuyendo á aumentar la buena reputacion de la familia italiana.

«Habitantes de las provincias de Módena!

«Vuelvo á la vida privada, y merced al honor que me han dispensado las municipalidades de las dos ciudades mas importantes del país, puedo llamarme conciudadano vuestro.

«En calidad de tal, marcho confiado en vuestros destinos y en la justicia de la opinion pública. Si el porvenir os reserva alguna dolorosa prueba, la ventaja de haber sido el primero en el poder me dará el derecho de serlo tambien en el peligro.

«Módena, 27 de julio de 1859.

«Farini.»

No sucedió, empero, lo que creia el gobernador Farini; las municipalidades y la guardia nacional, así de los Estados de Módena como de los de Parma, le proclamaron dictador, y necesario le fué encargarse otra vez del mando supremo, atendidas las críticas circunstancias en que se le ofrecia. Su primer cuidado fué la organizacion de las fuerzas militares del país, y la convocacion de una asamblea para decidir sobre los destinos del mismo.

Tal era, pues, la situacion de Italia: Toscana, Módena, Parma y las Legaciones formando una liga llamada de la *Italia central*, en abier-

ta rebelion contra sus antiguos gobiernos y aclamando su anexion al Piamonte; las asambleas populares debian en breve dar á aquellos votos una forma solemne, y en tanto las tropas pontificias acampaban con aspecto amenazador en las fronteras de la Romanía, casi á la vista de las fuerzas sublevadas; el rey de Nápoles concentraba su ejército y parecia dispuesto á intervenir en favor de Su Santidad; Francisco V de Módena, al frente de un ejército que algunos hacian subir á 10,000 hombres, amenazaba desde Mántua apoderarse por la fuerza de la corona que le devolvia el tratado de Villafranca; y Napoleon, imposibilitado de cumplir lo que prometiera, perplejo, deseoso de descargar en un congreso europeo la inmensa responsabilidad que habia contraido, ya recibia con todos los honores que á su rango se debian al nuevo duque de Toscana, ya enviaba á los ducados á los señores Reyset y Poniatowski para alcanzar por la via de la persuacion lo que se habia comprometido ante la Europa á no intentar por la via de las armas. Sin embargo, todo fué en vano; comisiones toscanas enviadas á Turin, á París y á Lóndres, manifestaron la invencible resolucion tomada por la Italia central de rechazar por todos los medios la dominacion de sus antiguos soberanos.

Mientras esto sucedia disponíase el ejército francés á abandonar la Italia, y despues de recibir la entusiasta acogida y las ardientes exposiciones de Brescia, de Milan, de Turin y de Génova, se embarcó para volver á Francia, quedando en Lombardía el 5.° cuerpo de ejército y las terceras divisiones de los cuerpos 1.°, 3.° y 4.°, formando un total de unos 50,000 hombres á las órdenes del mariscal Vaillant. Napoleon al frente de sus tropas hízose en París el triunfador romano (14 de agosto), y esto cuando la obra cuya conclusion celebraba, cuando las estipulaciones del tratado de Villafranca amenazaban naufragar en medio de la confusion en que dejára sepultada á la Italia. En efecto, ¿quién hablaba, ni se acordaba ya de la confederacion italiana, sueño acariciado por Napoleon III? La Francia y el Austria parecian de acuerdo sobre la necesidad de formarla; el Papa debia ser su presidente honorario; pero ¿quién debia ser su presidente titular? Cómo se constituiria la autoridad federal? Dónde habia de reunirse la dieta italiana? Cuáles serán sus atribuciones? Hasta dónde se extenderá para ella el derecho de intervenir en la administracion interior de estados que han sido siempre dueños absolutos de sus destinos? Lo ignoramos, á no ser que se dé crédito á lo único que sobre este punto se ha escrito, esto es, á un proyecto de confederacion publicado por un periódico como procedente del gabinete de Viena, y que á falta de otro documento mas auténtico insertamos en la *Parte cuarta* C. Nadie, repetimos, puede contestar con certeza á tales preguntas, y solo el tiempo, si el proyecto pasa adelante, lo que dudamos, podrá aclararlas de un modo satisfactorio. Tó-

canos decir, empero, que consultado Su Santidad por el emperador Napoleon acerca de si aceptaria la presidencia honoraria de la confederacion, dijo considerar como una prueba de filial afecto del emperador aquella proposicion, y no poder rehusarla ni admitirla sin conocer á fondo los compromisos á que podria dar lugar, y las relaciones que deberian existir entre él y los varios soberanos italianos. Pio IX expresó además, que en caso de que el interés católico le permitiera aceptar aquel cargo, la pacificacion de la Italia y la sujecion de sus provincias sublevadas, deberian preceder naturalmente al establecimiento de la confederacion y de la presidencia honoraria.

Ya que de Roma hablamos, no podemos pasar en silencio la llegada á aquella capital, el dia 20 de julio, de un ayudante de campo de Napoleon, portador de una carta de su soberano para Su Santidad; en ella pedíanse al papa reformas radicales, que si bien se ignora todavía cuales debian ser precisamente, tenemos por seguro que son muy semejantes, sino del todo iguales, á las que el embajador de Francia recibió órden de solicitar en 1857, y que no llegaron á serlo á causa de las circunstancias.

Aquellas proposiciones consistian en lo siguiente: Admision al empleo de ministro, de los eclesiásticos y de los legos bajo la presidencia de un cardenal secretario de Estado;

Un consejo de estado organizado segun las bases del de Francia;

Una consulta compuesta de cuarenta miembros á lo menos, cuyo voto debia ser necesario y no puramente consultivo para la formacion de las leyes y el establecimiento de las constituciones; el resúmen de las deliberaciones de aquel cuerpo habia de ser publicado aunque las sesiones se verificasen á puerta cerrada;

Los consejos municipales debian elegir á los miembros de la consulta y del consejo de estado.

Pedíase además que se dejase una mayor esfera de accion á la autoridad municipal, que se disminuyese en lo posible la centralizacion administrativa, que se redactase un Código semejante al de la Lombardía, de Nápoles ó de Francia, que hubiese dos órdenes de tribunales legos y un tribunal único de casacion, cuyos jueces fuesen una mitad eclesiásticos y la otra legos, y finalmente que se estableciese una ley de quintas semejante á la del imperio francés.

Su Santidad contestó que someteria aquellos puntos á un profundo exámen; pero hasta ahora la oficiosidad de Napoleon no ha producido resultado alguno.

Así, pues, los planes del emperador de los franceses parecian desmoronarse uno por uno: toda su idea política, todo su empeño estaba en convertir á la Italia en una confederacion, y la Italia le respondia formando un solo y poderoso reino en su parte septentrional, lo cual

es del todo opuesto á la política seguida siempre por los soberanos franceses, que han tratado constantemente de rodear sus fronteras con pequeños y débiles Estados; deseaba investir al Papa con la presidencia honoraria de su imaginaria confederacion, y el Papa le da, como no podia menos, una respuesta evasiva; habia prometido en Villafranca la restauracion de los duques de Toscana y Módena, y toscanos y modeneses le contestan aclamando por rey á Victor Manuel; queria que las grandes potencias europeas compartieran con él en un congreso la responsabilidad de sus actos en Italia, sancionando lo obrado por él solo, y el Austria embozadamente y la Inglaterra sin rodeos niéganse la primera á someter á otras deliberaciones lo formalmente acordado, la segunda á librar á su vecino del mal paso en que voluntariamente y contra sus consejos se habia empeñado.

De algun tiempo á esta parte los congresos se han hecho muy impopulares en la Gran Bretaña; el partido liberal avanzado, que representa igualmente el espíritu mercantil de la clase media, desea restringir en lo posible los compromisos de la política inglesa, creyendo disminuir con ello el peligro para la Inglaterra de verse arrastrada á luchas continentales que tanto le costaron en otro tiempo. Los ingleses no ignoran que casi siempre se contraen en los congresos onerosas responsabilidades, que desapercibidas al momento de aceptarlas, pesan muy mucho en el porvenir; la escuela económica, que tanto imperio ha alcanzado en Inglaterra desde el triunfo de la libertad de comercio, desconfia en extremo de las combinaciones de la diplomacia, y repite como un axioma las palabras de lord Macaulay: los embajadores hacen la guerra y los generales la paz. Este sentimiento muy general entre la clase media se mezclaba en las circunstancias de que estamos hablando con otra consideracion no menos seductora para el público de la Gran Bretaña: los ingleses no aprobaron la guerra emprendida por Napoleon en Italia, y no desconocian las dificultades que llevaba consigo la inesperada paz que celebrara. «Hemos reprobado la guerra, decian, y no somos responsables en lo mas mínimo de las cuestiones que ha suscitado; ¿por qué, pues, habíamos de tender la mano á los que han despreciado nuestros consejos y contraer compromisos que nos sumirian quizás en una situacion análoga á la en que se encuentran aquellos en este momento?» Semejante situacion era un obstáculo para el gabinete: lord Palmerston y lord John Russell deseaban visiblemente tomar parte en una conferencia sobre los asuntos de Italia, pero temian encontrarse con una mayoría parlamentaria hostil; de aquí las precauciones de su lenguaje; de aquí pedir á la Cámara que esperase los acontecimientos, pues los hechos habian de mostrar á la Inglaterra si convenia ó no ocuparse, de acuerdo con la Europa, del arreglo de las cuestiones italianas. Todo esto puede verse en la sesion de la cámara de los Comunes, cuyo extracto hemos

continuado en la *Parte cuarta* CI. La Inglaterra antes de prometer su participacion en un congreso exigia garantías; queria la seguridad de que se respetasen las aspiraciones de la Italia central, de que de ningun modo se impondrian á aquellos pueblos gobiernos contrarios á sus votos, y por lo tanto de que se abandonaria la restauracion de los archiduques en Toscana y en Módena. Esto es lo que quiere decir el párrafo siguiente que tomamos del discurso de la reina Victoria al cerrar el Parlamento:

«Terminada por la paz de Villafranca la guerra que habia estallado en el norte de Italia, se hicieron proposiciones á S. M. para asegurarse de si, en el caso de que se celebrara una conferencia de las grandes potencias de Europa para ponerse de acuerdo sobre el arreglo de los asuntos de Italia, se enviaria por S. M. un plenipotenciario á fin de asistir á esta conferencia. Pero hasta ahora S. M. no ha recibido informes que le permitan decidir si cree ó no oportuno tomar parte en tales negociaciones. S. M. celebraria poder encontrarse en el caso de tomar parte en aquellas medidas que establezcan la paz general sobre bases satisfactorias y duraderas.»

Las declaraciones de los ministros ingleses sirvieron á lo menos para poner fuera de duda que jamás se emplearian las fuerzas militares de la Francia y del Austria para llevar á cabo la restauracion de los archiduques.

Esta conducta de la Gran Bretaña y los deseos manifestados por el Austria hizo que las tres partes beligerantes prescindiesen de la intervencion de los neutrales, y que resolviesen formular el tratado de paz solo por medio de sus embajadores. Reuniéronse pues en Zurich á primeros de agosto el conde Colloredo por el Austria, M. Desambrois por la Cerdeña, y M. Bourqueney por la Francia, á fin de formular las bases establecidas en Villafranca. Desde un principio fueron muy contradictorias las noticias propaladas acerca de los puntos que debia decidir la conferencia de Zurich; pero por fin, aunque sea todavía un secreto, á la hora en que estas líneas escribimos, el resultado final de dicha conferencia, parece fuera de duda que no decidirá ninguna de las grandes cuestiones interiores que agitan en este momento á la Península. Hablóse tambien de disidencias entre los plenipotenciarios, y en efecto se ha observado que rara vez, pasados los primeros dias de conferencia, se han reunido á un mismo tiempo los embajadores de Francia, Austria y Cerdeña: los primeros han conferenciado á solas con los de las otras dos naciones; pero jamás, repetimos, ó muy pocas veces á lo menos, se han reunido los tres plenipotenciarios. Segun lo que hasta ahora ha podido traslucirse, la conferencia de Zurich se ha limitado á prorogar indefinidamente el armisticio que terminaba en 15 de agosto, á regularizar el estado de paz, á consagrar la laudable resolucion del Austria

y de la Francia de no recurrir ninguna de ellas á la fuerza para restaurar á los despojados archiduques, y por fin á determinar el modo como ha de llevarse á cabo la cesion de la Lombardía. Esta cesion ha sido á lo que parece el principal motivo de disidencia entre los plenipotenciarios, á causa de las considerables exigencias del Austria que pretendia cargar al Piamonte gran parte de su deuda lombarda. La cantidad que por tal título reclamaba hizo decir á M. Desambrois que el Austria no cedia sino que vendia la Lombardía De todos modos no tardaremos seguramente en poder apreciar con toda exactitud los pactos estipulados en Zurich, en cuanto no pueden tardar en ver la luz pública los tratados allí celebrados.

Mientras esto sucedia, la Italia central refutaba con su conducta cuantos cargos se habian dirigido hasta entonces á los italianos, cargos que harto habian merecido en 1848. Calificábase á los italianos de violentos y ligeros; siendo así que bajo los gobiernos interinos de la Italia central muestran un respeto al órden y una constancia en sus designios, de las que no ha habido hasta ahora ejemplo en una crísis revolucionaria; decíase que los italianos se hallaban separados por divisiones de clases, por rivalidades locales, por antipatías municipales; y no solo reina la concordia entre todos, sino que las ciudades y los estados se unen impulsados por un mismo pensamiento nacional. Aquellos pueblos tan amantes de su autonomía, la sacrifican voluntariamente, comprendiendo que se les ofrece una ocasion única para poner al abrigo de cualquier tentativa su independencia nacional, y que el despreciarla seria una falta quizás irreparable. De admirar son las cualidades que aquellos pueblos están manifestando, pero ha de reconocerse tambien el mérito de los jefes que han puesto á su frente; en la direccion del movimiento siéntese la accion de un fuerte pensamiento político, á cuya realizacion contribuyen los diferentes jefes con sus distintas cualidades: en Parma y en Módena, por ejemplo, el dictador Farini con su ardor expansivo; el ministro Ricasoli en Florencia con su firmeza inteligente y sencilla, que ha revelado en él al verdadero hombre de estado.

La Italia central no se abandona á los inciertos arranques de un imprevisor entusiasmo; sigue por el contrario una política, cuyas sagaces y visibles combinaciones han producido ya resultados que, suceda lo que suceda, ejercerán grande influencia en los destinos de Italia. Traslademonos sino á la época en que se firmaron los preliminares de Villafranca; segun estos habian de resolverse en la Italia central tres dificultades muy sencillas consideradas aisladamente; la cuestion de Parma, de la que ni siquiera se hacia mencion en el tratado; la de Módena y de Toscana y la de las Legaciones. A volver el duque de Módena á sus estados, cosa que creia muy fácil el emperador de Aus-

tria, no habria tardado la Toscana en recibir al gran duque; una mediacion clemente hubiera restablecido al Papa en las Legaciones, y se habria hecho de Parma lo que se hubiese querido. Ahora bien, los directores del movimiento italiano conjuraron con prontitud el peligro de la division: la liga reunió los tres intereses amenazados por las restauraciones, y por medio de una fusion de nueva especie, hicieron solidarias las tres dificultades de la Italia central, aumentando cada una de ellas con la gravedad de las otras dos. Dichas dificultades no pueden resolverse ya aislada y sucesivamente; no puede tocarse á las Legaciones, sin encontrarse de frente con las fuerzas militares de la Toscana y de los Ducados; no puede tocarse á estos, sin luchar con las Legaciones. El acto que ha establecido semejante solidaridad tiene grande importancia práctica, y al mismo tiempo que ha excluido todo idea de restauracion de uno de los príncipes por medio de la fuerza, ha dado á los gobiernos interinos de la Italia central una seguridad militar muy respetable, que les permite dedicarse tranquilamente á su trabajo político interior. El general Manfredo Fanti es el jefe de las fuerzas de la liga, que ascienden á unos 40,000 hombres sin contar la guardia nacional movilizada.

Las asambleas convocadas en Toscana, en Módena, en Parma y en las Legaciones dieron nueva solemnidad á los votos de los pueblos, y este es el lugar mas á propósito para dar cuenta de sus deliberaciones. Empecemos por la de Toscana.

Despues de manifestar las elecciones allí verificadas, los deseos populares con evidente unanimidad, la asamblea, compuesta en su mayor parte de hombres distinguidos que gozan de gran consideracion en Europa, celebró su primera sesion en 11 de agosto, el mismo dia en que cumplian años que Clemente VII y Carlos V despojaron al pueblo de Florencia de sus libertades para convertirlo en feudo de la Iglesia y del Imperio. Reunidos los mandatarios de la Toscana en número de ciento setenta y dos, el presidente del consejo de ministros leyó un discurso modesto, claro y enérgico, que insertamos en la *Parte cuarta* CII. Despues de saludar á los diputados, expuso con pocas palabras la situacion, y si bien no ocultó su gravedad y sus peligros, recordó las palabras de Napoleon y de Victor Manuel, quienes prometieron escuchar la voz de la Toscana legalmente interrogada. «Jamás, dijo, un pueblo entregado á sí mismo durante cuatro meses ha manifestado mayor órden ni mayor cordura; nuestra conciencia nos dice que hemos cumplido nuestro deber, y lo cumpliremos hasta el fin Las circunstancias han puesto á la Italia central en una posicion muy grave; limitados por espacio de tres siglos á la vida municipal, estos países, abandonados por sus príncipes tributarios del Austria, van á renacer á la vida nacional. Tal es nuestra aspiracion y el resultado que nos prometemos; al efecto

se establecerá una liga militar, y estrechará nuestros comunes lazos una solidaridad completa. Suceda lo que suceda, la posteridad nos hará justicia, y sabrá la Europa que no es posible una sólida paz mientras no desaparezcan las causas de nuestros infortunios, mientras no sean respetados los derechos de los pueblos.» Acto contínuo procedióse al nombramiento de presidente que recayó en M. Tito Coppi, y la asamblea pasó á deliberar sobre la proposicion siguiente, presentada por el diputado marqués Lorenzo Ginori-Lisci:

«Considerando que los hechos ocurridos desde hace muchos años han demostrado hasta la evidencia cuan fuertemente se halla arraigada en el corazon de los toscanos la idea de una nacionalidad italiana, y su ardiente deseo de constituirla y defenderla;

«Considerando que estos sentimientos y deseos se han manifestado con extraordinario entusiasmo durante la eleccion de los diputados para esta asamblea, nombrados en todas partes en virtud de este principio de constitucion;

«Considerando que esto se ha verificado sin turbar en lo mas mínimo el órden público, y que hasta las últimas clases de la sociedad se hallan animadas de iguales ideas;

«Considerando que la casa Austro-Lorena, que por espacio de algun tiempo mereció bien de la Toscana, ha roto voluntariamente los lazos que á este país la unian, y por sus actos y declaraciones despues de la restauracion de 12 de abril de 1849 ha convencido á todos de que no podia unir su suerte á la causa nacional, quedando por lo tanto imposibilitada de obtener la confianza de los toscanos, y la autoridad moral, base necesaria de todo gobierno,

«La asamblea declara:

«Que la dinastía de Lorena, que en 27 de abril de 1859 abandonó voluntariamente la Toscana, sin dejar en ella forma alguna de gobierno y buscó un asilo en las filas enemigas, se ha hecho del todo incompatible con el órden y la felicidad del país;

«Que no reconoce medio alguno para restablecer dicha dinastía sin ofender los sentimientos del pueblo, y sin un constante peligro de alterar la paz pública en perjuicio de la Italia;

«Finalmente, y fundada en estos motivos, que la dinastía de Lorena no podrá ocupar jamás el trono de Toscana.»

Esta proposicion fué votada por unanimidad por los ciento sesenta y nueve diputados que se hallaban presentes.

La misma suerte cupo á la proposicion para que se uniera la Toscana al reino de Victor Manuel. El abogado Mazzei pronunció en su defensa un extenso discurso, del cual extractamos los siguientes párrafos.

«El valor definitivo de nuestro voto no puede ser puesto en duda. Nuestra asamblea, así por el modo de su eleccion como por la naturale-

za de su mandato, es esencialmente competente lo mismo para pronunciar la deposicion de una dinastía que para proclamar una dinastía nueva. El parlamento de Inglaterra al declarar válida la deposicion del rey Jacobo II y el advenimiento de la casa de Orange, no habia recibido un mandato semejante.

«Lo mismo puede decirse de la cámara francesa que en 1830 sustituyó en el trono de Francia la rama lateral á la directa de los Borbones, y de la otra asamblea que en 1848 pronunció la deposicion de la familia de Orleans.

«Así pues, mas fuertes ante el derecho de lo que lo eran los diputados de Inglaterra y Francia, votemos sin temor alguno; así lo quiere nuestro derecho, así lo exige nuestro deber.»

Tomadas estas importantes resoluciones, y nombrada una comision para presentar al rey la decision del ducado, separóse la asamblea hasta nueva convocacion.

La asamblea de las provincias modenesas celebró su primera sesion el dia 16 de agosto. Los diputados, en número de setenta y tres, se reunieron en la gran sala del palacio ducal, inaugurando la sesion un discurso del dictador Farini, quien, despues de bosquejar á grandes rasgos la historia del país, condenó con concisa y severa elocuencia los tristes reinados de los dos últimos duques.

«Francisco IV, dijo, abolió los códigos napoleónicos y todas las instituciones nuevas, condenó la tolerancia y la igualdad civil, despreció el talento y el saber, amó la ignorancia, preconizó la hipocresía, reunió grandes riquezas, y no tuvo mas ley que su ávida y obstinada voluntad. No hablo, añadió, de las sentencias crueles y sin forma legal, de los suplicios, de las confiscaciones, de las proscripciones; los pueblos libres son clementes: Perdonemos!» Habló luego del duque Francisco V, quien por medio de los tratados de 1847 entregó sus pueblos, el Estado y su propia persona á merced de la corte de Viena, y que reinó y gobernó con el cetro austriaco en beneficio de su familia de Austria. Recordó los cuatro mil voluntarios que las provincias modenesas enviaron al ejército sardo, y la fuga del duque que se habia llevado las arcas del Estado, las joyas de la corona, las preciosidades de los museos y ochenta presos políticos. Despues de tributar justicia á la actitud y cordura del pueblo, el dictador recapituló los actos del gobierno nacional, expuso los motivos que le hicieron aceptar la dictadura, y terminó con estas palabras:

«A vosotros toca ahora el pronunciar sobre los destinos de la patria y el constituir legítimamente la autoridad que en vuestras manos deposito. Cuantos en la Italia central se propongan obtener la libertad y la union de la patria, deben perseverar en el órden, en la concordia, y en la estrecha senda del honor, que es el mejor consejero así de hombres

como de naciones. Mostrémonos como hasta aquí firmes y prudentes, reconozcamos consejos benévolos, pero no suframos la violencia; dispuestos á negociar lo mismo que á batirnos, demos á la Europa garantías de órden y de paz, con la condicion de que nuestra libertad quede asegurada y de que la Italia pertenezca á los italianos!»

En la sesion siguiente el marqués Fontanelli presentó á la asamblea la proposicion siguiente:

«La asamblea nacional de las provincias modenesas,

«Considerando que el derecho de los pueblos á constituirse segun la voluntad nacional, tantas veces desconocido, se halla en el dia admitido entre las naciones mas civilizadas, y tiende á formar parte de un derecho público europeo;

«Considerando que los pueblos modeneses, sujetos en 1814 por la fuerza de las armas aliadas á la casa de Austria-Este, han experimentado por espacio de medio siglo los sufrimientos de un mal gobierno;

«Considerando que durante tanto tiempo el pensamiento ha sido constantemente comprimido, la justicia hollada, y la dignidad humana insultada con la pena del palo y del látigo; que respetables ciudadanos han sido torturados, desterrados, encarcelados y condenados á muerte por comisiones militares permanentes; que toda vida municipal, último resto de la libertad italiana, se ha desvanecido por completo; que se ha entregado á merced del Austria el destino de los pueblos; que nuestros presos políticos han sido llevados á las cárceles austriacas, y nuestros soldados conducidos á las filas enemigas en menosprecio de la palabra empeñada é impulsados á una guerra fratricida;

«Considerando que tales actos confieren otra vez al pueblo el pleno derecho de decidir por sí mismo de su futura existencia política y civil;

«Considerando que la dinastía de Austria-Este, expulsada cuatro veces de estos Estados desde 1814, y cuatro veces restablecida por las armas extranjeras, no es compatible con el órden público y el gran principio de la nacionalidad italiana;

«Considerando que el reinado de aquellos que pretendiesen sucederle por razones de familia ó en virtud de los tratados, tampoco seria posible en este país, porque tambien serian extranjeros, enemigos de la independencia y de la prosperidad de la nacion italiana;

«Decreta:

«Francisco V de Austria-Este queda exonerado de la soberanía de los Estados modeneses.

«Quedan excluidos del gobierno de las mismas provincias, bajo cualquier forma que sea, la dinastía de Austria-Este y todo príncipe de la casa de Habsburgo-Lorena.»

Tomada en consideracion la proposicion anterior, la comision encargada de su exámen presentó su dictámen en la sesion siguiente; des-

pues de recordar en él las vicisitudes de la soberanía en las provincias modenesas, el pacto de sucesion entre el penúltimo duque de Este y María Teresa y las decisiones del congreso de Viena, se exponen las quejas del país contra el gobierno de Francisco IV y de Francisco V, súbditos sumisos de la casa de Austria. El dictámen terminaba enumerando las razones que hacen la restauracion de la dinastía incompatible con los sentimientos mas profundos, con los intereses mas evidentes, y con la dicha y tranquilidad de los pueblos, y opinaba por la adopcion del proyecto.

Los diputados pidieron que la votacion fuese pública, y así se hizo en efecto; solo uno faltaba, el general Fanti, retenido en Lombardía por las obligaciones de su grado, y los setenta y dos restantes no tuvieron mas que una voz para aprobar la proposicion.

Igual suerte cupo á la que presentó en seguida el diputado Maramotti concebida en estos términos:

«La asamblea nacional de las provincias modenesas,

«Considerando que para obtener nuestra independencia y libertad debemos agruparnos al rededor del gobierno constitucional del rey Victor Manuel II;

«Considerando que la union con dicho gobierno es aconsejada á las provincias modenesas por la necesidad política de constituir un reino fuerte en Italia, por su posicion geográfica y por sus intereses materiales;

«Considerando que por medio de votos universalmente expresados y por un solemne acto de anexion las provincias modenesas fueron ya incorporadas al reino sardo en 1848, no dejando de formar parte del mismo sino por la violencia de las armas extranjeras;

«Considerando que tales aspiraciones, constantemente conservadas á pesar de la mas dura tiranía y de las mas desfavorables condiciones políticas, han sido manifestadas de nuevo y de un modo mas solemne aun en 1859 por los miles de voluntarios que se alistaron en las filas del ejército de la independencia y por mas de noventa mil adhesiones;

«Considerando que dichos votos se cumplieron otra vez desde mediados de junio hasta el momento en que se firmó la paz de Villafranca, cuya paz al colocar á estas provincias bajo su propia autoridad, les ha puesto en la precision de determinar su destino futuro,

«Decreta:

«Querer confirmar y mantener á costa de cualquier sacrificio la union de las provincias modenesas con el reino constitucional de la gloriosa casa de Saboya, bajo el cetro del magnánimo rey Victor Manuel II.»

Tomadas tan importantes decisiones, la asamblea nombró dos comisiones de su seno para presentarlas al rey de Cerdeña y al emperador

de los franceses; confirmó al caballero Farini como dictador de las provincias modenesas con plenos poderes, y entre los gritos repetidos de viva el rey! declaró suspender sus sesiones hasta nueva convocacion.

Lo mismo sucedió en Parma, cuya asamblea celebró su primera sesion el dia 7 de setiembre; el dictador Farini trazó un cuadro histórico de la dominacion de los Borbones en el ducado, y acto continuo fueron presentadas á la asamblea y aprobadas unánimemente por esta dos proposiciones análogas á las que fueron sometidas á las asambleas toscana y modenesa.

Otro tanto ha de decirse de la ciudad de Bolonia; su asamblea, compuesta de los hombres mas notables del país, aprobó por unanimidad en 7 de setiembre la proposicion siguiente:

«Considerando que los pueblos de las Legaciones, despues de haber tenido en anteriores siglos estatutos y leyes propias, y de haber formado á principios del presente parte de un reino civil, fueron á despecho suyo sometidos en 1815 al gobierno temporal pontificio;

«Considerando que este gobierno, sin otorgar ninguna de las antiguas franquicias, ha destruido todas las buenas instituciones del reino itálico, y ha oprimido á sus súbditos con su mala administracion que es notoria en Europa;

«Considerando que desde entonces la historia de estas provincias ha sido una valerosa série de revoluciones y de reacciones, hasta el punto de que las medidas excepcionales y el estado de sitio se han convertido en sistema normal de gobierno;

«Considerando que este sistema, no solo ha afectado gravemente á la prosperidad pública, sino que ha pervertido el sentido moral de los pueblos y ha puesto en constante peligro la tranquilidad de la Italia y de la Europa;

«Considerando que han sido vanas todas las tentativas de reforma, que han sido inútiles las súplicas de los pueblos y los consejos de las potencias europeas, y que han sido ilusorias todas las promesas;

«Considerando que este gobierno se ha mostrado incompatible con la nacionalidad italiana, con la igualdad civil y con la libertad política;

«Considerando que ni aun ha sabido defender la vida y las propiedades de sus súbditos;

«Considerando que de hecho ha abdicado la soberanía cuando ha confiado las mas nobles prerogativas de la misma á los generales austriacos, que por espacio de muchos años han desempeñado el gobierno civil y militar de estas provincias, y han hecho de aquellas un deplorable abuso;

«Considerando que el gobierno no puede sostenerse con sus propias fuerzas, sino que necesita armas extranjeras y mercenarias, medio incompatible con la tranquilidad pública y el órden establecido;

«Considerando por último que el gobierno temporal pontificio es esencial é históricamente distinto del gobierno espiritual de la Iglesia, á la cual jamás negarán estos pueblos su veneracion,

«Nosotros, representantes de los pueblos de las Legaciones, reunidos en la asamblea general, y tomando á Dios por testigo de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos que los pueblos de las Legaciones no quieren estar por mas tiempo sujetos al gobierno temporal pontificio.»

Declaró además que los pueblos de las Legaciones querian la incorporacion de su país al reino constitucional de Cerdeña bajo el cetro de Victor Manuel; y despues de ratificar las medidas tomadas por el gobierno provisional, entre otras el establecimiento del código Napoleon y la igualdad de los ciudadados sin distincion de cultos; despues de nombrar, á ejemplo de lo practicado en Toscana, en Módena y en Parma, una comision que presentara al rey del Piamonte la expresion del voto popular, suspendió sus sesiones confirmando en el poder al coronel Cipriani, y encargando á éste que cooperase enérgicamente á la realizacion de los deseos de la asamblea y á la defensa del país.

Despues de haber permitido á la Italia central dar tan gran paso, es incomprensible que se alimente todavía en ciertàs regiones la idea de restablecer allí á los príncipes destronados. Llevar á cabo semejante restauracion por medio de la fuerza, nos ha parecido siempre una imposibilidad moral, pues la Francia, á pesar de las infinitas inconsecuencias en que ha incurrido en la cuestion italiana, no puede prestar sus fuerzas á los príncipes que se pretender establecer, ni permitir tampoco al Austria que envie sus soldados á los Ducados. Así lo manifestó el mismo Napoleon III al alcalde de Parma, enviado por aquel ducado cerca de su persona para participarle los votos de anexion manifestados por las municipalidades; sin embargo, no bastaba aquella actitud del gobierno francés: los intereses de la Italia, las necesidades de la política, la misma seguridad de la paz, exigian que se diese á aquellas cuestiones una solucion pronta. Las cosas marchaban cada dia, y obstinándose en realizar lo imposible, corríase el peligro de dejarse sorprender por acontecimientos deplorables, ó por compromisos que impulsaran á la Italia central á combinaciones que agravaran mas y mas las dificultades actuales; así sucedia con las decisiones de las asambleas, proclamando la deposicion de las dinastías reinantes, y la anexion de aquellos países al reino de Cerdeña. Bajo el punto de vista italiano los argumentos patrióticos en que aquellas decisiones se apoyan, son irrefutables; el público puede juzgarlo por el notable memorandum que el gobierno toscano dirigió á las grandes potencias, y que continuamos en la *Parte cuarta* CIII. Despues de tales manifestaciones, á las cuales se han asociado los hombres mas distinguidos de Italia, ¿puédese pensar, preguntamos, en restablecer en los Ducados á los antiguos gobiernos? ¿Quién no vé que se-

mejantes actos elevan una insuperable barrera entre los pueblos y los príncipes fugitivos? ¿Cuál seria el gobierno de estos mismos príncipes si lograsen subir al poder á despecho del voto popular? ¿Cuánta habia de ser la fuerza de oposicion que les rodease, y por decirlo así les sumergiese, invocando sin cesar el precedente de esas unánimes demostraciones de la voluntad nacional? Sea cual fuere la contestacion del Piamonte á las diputaciones que le presentasen el voto de anexion, y que como veremos en breve fué la única que podia ser, esto es, dilatoria, es cierto que la union, aplazada por una reserva diplomática, debia convertirse y se ha convertido en efecto para la Italia central en una de aquellas aspiraciones, de aquellas esperanzas que tan obstinadamente se arraigan en el corazon de los italianos. Lo repetimos, no hay gobierno posible en la Italia central despues de una solemne demostracion que ha de dejar recuerdos tan profundos, así en el Piamonte como en los Ducados y en las Legaciones. Contraidos tales compromisos, ¿créese acaso que podrá destruirse su fuerza por medio de una política dilatoria, ganando tiempo y especulando sobre los incidentes que este puede llevar consigo?

No creemos que en el caso presente puedan cifrarse tantas esperanzas en la eficacia de una política espectante; el tiempo puede aprovechar á unos hombres no revolucionarios, pero sí independientes y liberales, á quienes se trata de cansar y aburrir por medio de un estado provisional; los pueblos italianos pueden acostumbrarse en tales pruebas al *self-government*, y ha de ser mas difícil entonces conducirles á donde no quieran ir. Si la Europa no quiere ver terminar en desórdenes revolucionarios y quizás en nuevas y sangrientas guerras el movimiento actual de la Península, preciso será que sancione en un congreso la formacion de un reino de Italia independiente y fuerte, por mas que esto se oponga á las miras políticas de Napoleon III.

Aquella situacion de Italia, que dura todavía á la hora en que estas líneas escribimos, inspiró al gobierno francés el artículo del *Monitor* que insertamos en la *Parte cuarta* CIV, en el cual, segun nosotros, estuvo la cancillería francesa tan poco acertada como en gran parte de lo que ha dicho y hecho acerca de la cuestion italiana el que es ahora jefe del gobierno francés. Si reuniéramos pura y sencillamente los artículos referentes á este punto, publicados por el *Monitor* desde diciembre del año último, sin omitir los discursos, las proclamas y los manifiestos oficiales, inspirados y motivados por los acontecimientos del presente año, formaríase una coleccion no menos sorprendente que instructiva, de la cual no seria seguramente el documento menos curioso el artículo que estas reflexiones nos inspira. Su único mérito, ya que no resuelva las dificultades de la actual situacion de Italia, consiste en definirlas y en encerrarlas dentro de límites prácticos.

La contradiccion que existe entre lo estipulado en el tratado de Villafranca acerca de los archiduques destronados, y las decisiones de las asambleas convocadas en la Italia central, es la mas completa que imaginar se puede; es, como ha dicho un periódico, el *to be* delante del *not to be*. De dos modos puede apreciarse semejante contradiccion, segun se examine bajo el punto de vista del pasado ó bajo el punto de vista del porvenir, segun se estudien sus causas ó se calculen sus consecuencias, segun sea juzgada histórica ó políticamente. ¿Cómo se ha producido y cómo se resolverá? El *Monitor* se limita á establecer claramente la existencia de la contradiccion; proporciona nuevas y parciales noticias sobre la parte histórica de la misma, y deja sumida la otra en las tinieblas de la incertidumbre.

Las palabras del *Monitor* nos ilustran acerca de las circunstancias que fueron orígen de la estipulacion de Villafranca, relativa á la restauracion de los príncipes, y acerca del verdadero sentido de aquella condicion de paz. En el mes de julio último, despues de la batalla de Solferino, cuando los ejércitos franco-sardo y austriaco se hallaban uno delante de otro entre el Adiger y el Mincio, las probabilidades de triunfo, dice el *Monitor*, eran casi iguales por ambas partes. La Alemania, añade, se hallaba pronta á la primera señal para hacer suya la causa del Austria, y «al realizarse semejante eventualidad, el emperador Napoleon se habria visto obligado á retirar sus tropas de las orillas del Adiger, para llevarlas al Rhin.» Tales fueron las circunstancias que, segun el diario oficial, decidieron al emperador á la celebracion de la paz. Muy mortificado habrá quedado el amor propio de nuestros vecinos con semejantes revelaciones, y el orgullo nacional ha de tardar mucho tiempo en convencerse de que despues de Solferino fuesen casi iguales por ambas partes las probabilidades de triunfo; la opinion pública en Francia y aun en Europa, distaba mucho de formarse una idea tan humilde de las cinco victorias alcanzadas por el valor de los aliados. Y aun dejando esto aparte, y aun concediendo que la Alemania se hallase pronta á la primera señal para unirse con el Austria, lo cual puede ponerse muy en duda, y aun negarse enteramente en vista de las comunicaciones oficiales que entre el Austria y la Prusia mediaron, ¿qué diremos de la exagerada modestia del *Monitor* con que al hablar de los recursos de la Francia asegura que habria debido retirar sus tropas de las orillas del Adiger para llevarlas al Rhin? Singular seria que no pudiese la Francia sostener dos ejércitos, en el Adiger y en el Rhin, que se hallase imposibilitada de hacer lo que siempre ha hecho, en tiempo de Luis XIV y de Luis XV, en tiempo de la república y de Napoleon I.

Segun el diario oficial presentábanse dos graves cuestiones al querer celebrarse la paz: era la primera saber si el Austria cederia el territorio conquistado, y la segunda «si abandonaria abiertamente la su-

premacía que habia adquirido en toda la Península; si reconoceria el principio de una nacionalidad italiana, admitiendo el sistema federativo; y si consentiria en fin en dotar al Estado de Venecia de instituciones que lo convirtiesen en una verdadera provincia italiana.» Ninguna dificultad habia sobre el primer punto; en cuanto al segundo, el emperador de Austria «prometió para el Estado de Venecia las mas latas concesiones, admitiendo para su organizacion futura la posicion del Luxemburgo respecto de la Confederacion germánica; mas á sus condiciones ponia una condicion *sine qua non*: «la restauracion de los archiduques en sus Estados.» ¿Por qué consideraciones ponia el emperador de Austria semejante condicion, sin la cual se negaba á asociar el Estado de Venecia á la Confederacion italiana? Aunque muy claras, el *Monitor*, como era natural, no entra en su exposicion, y se limita á manifestar las que impulsaron al emperador Napoleon, indicando igualmente en qué sentido consintió este en la restauracion de los príncipes. El emperador quiso obtener concesiones favorables para el gobierno interior del Estado de Venecia; quiso que reconociera el Austria el principio de la nacionalidad italiana, y dió su adhesion al restablecimiento de los archiduques. Las explicaciones del *Monitor* manifiestan tambien que la Francia prometia únicamente una cooperacion moral, pues quedaba sobreentendido que los archiduques no serian restaurados por tropas extranjeras, que darian á sus pueblos «formales garantías,» y que serian restablecidos por «la libre voluntad de sus súbditos.» Habia de ejercerse en los pueblos una simple influencia moral, «habia de demostrárseles cuanto interesaba aquella restauracion á la gran patria italiana.»

Así pues, segun el *Monitor*, el interés de la patria italiana fué lo que movió á Napoleon III á dar su asentimiento á la restauracion de los archiduques, y esta intencion, que podrá ser bien ó mal fundada, es á todas luces generosa; así nos cumple manifestarlo. Tampoco puede objetarse la menor cosa á la naturaleza de la cooperacion prometida por el emperador, puesto que semejante cooperacion excluia el empleo de toda coaccion material, puesto que solo debia apelar á la fuerza moral de la persuasion, y señalaba por límite práctico «la libre voluntad de los pueblos interesados.» Inútiles hasta cierto punto eran las explicaciones del *Monitor* para convencer á la Europa de que la disposicion del tratado de Villafranca, de cuyo sentido tratamos, no podia en caso alguno obligar á la Francia á mas que una simple cooperacion moral, prestada al cumplimiento de la condicion *sine qua non* del emperador de Austria, pues es evidente que no podia la Francia haberse arrogado en un tratado el derecho de disponer imperiosamente de la suerte de los Ducados. La causa principal de la última guerra, la usurpacion diplomática de que se acusaba al Austria, el abuso que se quiso extirpar y cuyo remedio formaba parte del objeto que llevara á lord Cowley has-

ta Viena, y de los cuatro puntos que el proyectado congreso debia resolver, éran los tratados particulares que permitian al Austria ejercer una accion decisiva en la constitucion interior de los Ducados. Merced á ellos, el Austria podia imponer por fuerza á los pueblos gobiernos á quienes, á lo que se dice, detestaban, y la Francia se habria dado á sí misma un mentís harto solemne, habria caido en un lazo harto grosero si en su tratado celebrado con el Austria se hubiese atribuido un poder semejante en la Italia central. Pero no es esto todo; el pueblo toscano, representado por su gobierno provisional, por los diez mil voluntarios que habia enviado bajo las banderas del rey Victor Manuel, y por sus tropas regulares reunidas al 5.° cuerpo del ejército francés, cimentaba su alianza con la Francia, y esta, no solo habia admitido la revolucion toscana, sino que la habia reconocide y empleado como un aliado; la equidad natural y los principios elementales del derecho de gentes prohiben decidir por medio de un tratado sobre la suerte de un aliado sin su participacion y consentimiento, de modo que al adherirse en Villafranca á la restauracion del gran duque, su enemigo en Toscana, la Francia subordinaba implícita y necesariamente su adhesion á la voluntad de sus aliados los toscanos. Lo que en esa transaccion no se comprende es el carácter de un pacto bilateral en que una de las partes sienta una condicion absoluta y *sine qua non*. Y en que la otra solo acepta y puede aceptar una obligacion eventual, condicional y subordinada al consentimiento de un tercero. Aunque noveles en semejantes materias, como habrán visto ya nuestros lectores, nos basta nuestro buen sentido para asegurar que no se habrán presentado muchos casos análogos al que nos ocupa en los fastos de la historia diplomática.

Veamos ahora la importancia política de la combinacion para cuyo triunfo se contrajo el entendido compromiso. Segun el *Monitor* no puede existir para la Italia combinacion mas ventajosa, y no solo cree que tales condiciones son «conformes con el programa que el emperador se habia impuesto,» sino que añade: «Para todo hombre imparcial, es evidente que el emperador obtenia por el tratado tanto y mas quizás de lo que conquistara por la fuerza de las armas.» En efecto, «si el tratado recibia sincera ejecucion, el Austria dejaba de ser para la Península el poder enemigo y temible opuesto á todas las aspiraciones nacionales;» aceptada por los pueblos de la Italia central, la restauracion de los archiduques, el Estado de Venecia recibia una vida propia, tenia una administracion y un ejército italianos; en una palabra, el emperador de Austria no era mas «que el gran duque de Venecia en esta parte de los Alpes, así como el rey de Holanda es únicamente para la Alemania el gran duque de Luxemburgo.» Hay mas aun. «Es posible que á consecuencia de negociaciones francas y amistosas adopte el empera-

dor de Austria combinaciones mas en armonía con las aspiraciones manifestadas por los ducados de Módena y de Parma.» ¿Qué mas se quiere? el Austria se habria encargado de «plantear ella misma la nacionalidad italiana desde los Alpes hasta el Adriático.»

Decididamente el *Monitor* se dejó arrastrar algo léjos por su entusiasmo, olvidando la triste franqueza con que el emperador decia á los grandes cuerpos del Estado á su regreso de Italia: «¿Creeis que no me ha sido penoso eliminar de mi programa ante la Europa entera el territorio que se extiende desde el Mincio hasta el Adriático?» A buen seguro que cuando en 3 de mayo decia el emperador en su manifiesto de guerra: «El Austria ha llevado la cuestion al extremo de que es fuerza que su dominacion se extienda hasta los Alpes, ó que la Italia sea libre hasta el Adriático, pues todo rincon de tierra que conserve en aquel país su independencia es un peligro para su poder,» estaba muy léjos de prever que dentro de pocos meses, parafraseando el *Monitor* tan célebres palabras, daria al Austria la inesperada mision de realizar por sí misma tan importante parte del programa imperial. El *Monitor* no es mas feliz en los ejemplos que alega en apoyo de su tésis. ¿Cómo admitir la comparacion que establece entre la Holanda figurando por el Luxemburgo en la Confederacion germánica, y el Austria entrando con Venecia en la Confederacion italiana? Difícil es atinar lo que habrá podido atraer á los Países Bajos tan inesperado paralelo. La Holanda es un pequeño Estado, el Austria es un imperio poderoso; la Holanda no ha pretendido jamás ejercer influencia en Alemania, el Austria ha ejercido en Italia una dominacion secular; la casa de Nassau no tiene ramas establecidas en los Estados de la Confederacion germánica, la casa de Habsburgo-Lorena ha poblado con sus agnados los tronos de la Italia. Si se quiere explicar á toda costa por medio de analogías el papel que desempeñaría el Austria en una confederacion italiana, no es preciso extender tanto la vista: en el Austria y en sus relaciones con la Confederacion germánica se encontrará la única comparacion aplicable. El Austria no figura en la Confederacion germánica sino por una parte de sus Estados; el rey de Hungría y de Bohemia no es un confederado aleman; con sus posesiones alemanas el emperador de Austria seria inferior al rey de Prusia, y esto no obstante sus posesiones extra-alemanas, su posicion preponderante en la Alemania católica, la clientela que esta doble causa de ascendiente le crea entre los gobiernos de los Estados secundarios, amenazados por las tendencias de la Prusia y las aspiraciones unitarias de sus súbditos, han dado al Austria su dominadora influencia en el seno de la Confederacion germánica. Iguales causas obrarian con mayor fuerza aun en Italia si la Confederacion italiana recibiese en su seno á los archiduques restaurados al mismo tiempo que al Austria.

Del articulo del *Monitor* detenidamente meditado, resulta que la Confederacion fué el verdadero escollo de los preliminares de Villafranca, la causa de las pretensiones contradictorias y absolutas del gabinete de Viena por una parte y de los pueblos de la Italia central por otra. Reflexiónese bien; como ya hemos dicho, la idea de una Confederacion, patrocinada por la Francia, se encuentra aun en el estado de teoría; el carácter que puede tener en los tiempos venideros, y la influencia que ha de tener en los destinos de Italia, dependen únicamente de los elementos que se hagan entrar en ella desde su orígen. La Confederacion será una combinacion buena ó mala, segura ó peligrosa, italiana ó austriaca, segun los principios en virtud de los cuales se realice, y por esto es que antes de encadenar el porvenir quieren ambas partes rodearse de precauciones. Así se explica la condicion *sine qua non* del emperador de Austria, y la obstinada resistencia de los pueblos de la Italia central contra las pretensiones austriacas.

El artículo del *Monitor*, que quizás hubiera producido algun efecto inmediatamente despues de la paz de Villafranca, fué á todos luces inconveniente despues de expresados los votos de la Italia central. Admiracion, por no decir otra cosa, causa tambien la amargura de las reconvenciones dirigidas á los italianos, y la singular conclusion que lo termina. A los hombres ilustrados y firmes que han desempeñado los gobiernos provisionales de la Italia central en una crísis revolucionaria, se les representa «mas preocupados de mezquinos triunfos parciales que del porvenir de la patria comun.» Si por su culpa no se realiza la parte del tratado de Villafranca relativa á los archiduques, el emperador de Austria se encontrará libre de sus compromisos respecto de Venecia, se mantendrá en estado de guerra, y de nuevo nacerán turbulencias y trastornos. Y no se espere en un congreso para ver terminar tan amenazadora incertidumbre, la guerra seria la única solucion posible; pero sepan los italianos que la Francia es el único pueblo en Europa que hace la guerra por una idea, y que su mision está ya cumplida.

Cómo! es prudente ni acertado recomendar las pretensiones austriacas, mostrando el Austria pronta á hacer expiar al estado de Venecia el desengaño que experimente en la Italia central? Cree acaso el *Monitor* que para poner á cubierto los intereses y la responsabilidad de la Francia de las vicisitudes reservadas á la Italia, basta mostrar para el porvenir la perspectiva de una guerra, y declarar que la Francia, cuya mision está ya cumplida, no se mezclaria en ella? La Francia que hace la guerra por una *idea*, no la haria para cumplir con la responsabilidad que le hubiera impuesto su política anterior? Nadie ignora en Europa que sin el presunto apoyo de la Francia, el Piamonte no habria excitado en la Península el movimiento que hizo perder la paciencia al Austria; todos los hombres de estado europeos, convienen en que la Francia

34

planteando de improviso la cuestion italiana, produjo á sabiendas la probabilidad de una guerra; Napoleon ha reivindicado á la vez el peligro y el honor de semejante tentativa al declarar haber hecho la guerra contra la voluntad de la Europa, y quién no sabe que en tales empresas á nadie le es dado medir su responsabilidad por sus previsiones ni por la resolucion que de antemano se haya formado, en cuanto nadie es dueño de fijar las consecuencias que las mismas deben producir? Al plantear por ejemplo la cuestion italiana, no pudo creerse que el movimiento obedeciese al freno con igual docilidad con que habia obedecido al impulso. La tendencia unitaria que produce en el dia los resultados que el *Monitor* deplora con tanta vivacidad, obró ya desde un principio como lo atestigua la circular que hemos insertado de la junta presidida por La Farina y el general Garibaldi; las revoluciones de la Italia central fueron su aplicacion sistemática, y la guerra las robusteció necesariamente cuando dijo á los italianos: «Unios con una sola idea, la emancipacion de vuestro país.... Volad bajo las banderas del rey Victor Manuel.... Mañana sereis ciudadanos libres de un gran pais.» La paz en fin, sorprendiendo á los pueblos de la Italia central arrastrados por semejante corriente, comprometidos para con las familias soberanas destronadas por ellos, animados de las nobles ilusiones que aquel suceso desvaneciera, de las patrióticas esperanzas que frustrara, ha generalizado y fijado de repente sus aspiraciones á la unidad. Los italianos tomaron sobre sí el cuidado de sus propios destinos, y recordando que se les habia dicho: «La Providencia favorece á veces á los pueblos lo mismo que á los individuos, dándoles ocasion de engrandecerse de improviso, con tal de que sepan aprovecharla,» han querido aprovechar la leccion y la ocasion, resolviendo engrandecerse de improviso formando un reino poderoso. Esta resolucion que puede sin duda contrariar á la Francia, es una consecuencia de la guerra y de la paz, y si la debilidad humana puede reclamar el derecho de no prever las consecuencias todas de lo que hace cuando se lanza á la guerra ó cuando celebra la paz, ha de sufrir con paciencia los resultados que de sus actos nazcan aun cuando no los haya previsto, aun cuando se opongan á su voluntad.

Apartémos ya los ojos de Francia para fijarlos en Italia, donde parecia comprenderse mejor que en las Tullerías el movil que impulsára al Austria al dictar su condicion *sine qua non*. La diputacion toscana enviada á Turin para presentar al rey Victor Manuel la decision de la asamblea de su país, fué recibida por aquel soberano el dia 3 de setiembre, y el conde Ugolino-Della Gherardesca, uno de los miembros de la diputacion, dirigió al rey las siguientes palabras:

«Majestad, un voto unánime de la asamblea nacional, fiel intérprete de los sentimientos de todo un pueblo, ha proclamado solemne-

te la voluntad de la Toscana de formar parte de un reino italiano bajo el cetro constitucional de V. M.

«Encargado el gobierno de la Toscana de implorar de la benevolencia de V. M. una favorable acogida para dicha decision, ha aceptado tan elevado encargo con el gozo que inspira el cumplimiento de un gran deber, cuando es al mismo tiempo la satisfaccion de un prolongado y ardiente deseo.

«Majestad, si este homenaje de confianza y adhesion del pueblo toscano, no tuviese mas objeto ni debiese producir otro efecto que procurar á V. M. un aumento de su estado, podriamos dudar del éxito de nuestras súplicas; pero el voto de la asamblea toscana ha sido dictado por el amor á la nacionalidad italiana, y se propone la grandeza y la prosperidad de la patria comun, y por esto abrigamos la esperanza de que, venciendo en vuestra alma generosa la idea de la Italia á cualquier otro pensamiento, se dignará V. M. dar á la Toscana el placer de otorgar su augusto asentimiento á los votos que con tanta efusion, reconocimiento y fe han expresado á la faz del mundo sus legítimos representantes.»

Victor Manuel contestó:

«Quedo profundamente agradecido á los votos de la asamblea toscana de que sois intérpretes cerca de mi persona; por ellos os doy gracias y tambien os las dan mis pueblos. Recíbolos como una manifestacion solemne de la voluntad del pueblo toscano que, haciendo cesar en aquella tierra, madre de la civilizacion moderna, los últimos restos de la dominacion extranjera, desea contribuir á la constitucion de un reino fuerte, que ponga á la Italia en estado de bastar para la defensa de su propia independencia.

«La asamblea toscana ha comprendido, empero, y la Italia entera comprenderá que la realizacion de tales votos no puede efectuarse sino por medio de las negociaciones que tengan lugar para la organizacion de los asuntos italianos.

«Secundando vuestro deseo, fuerte con los derechos que vuestro voto me confiere, defenderé la causa de la Toscana ante las potencias, en las cuales ha puesto su esperanza la asamblea, y sobre todo ante el generoso emperador de los franceses, que tanto ha hecho en pró de la causa italiana.

«Espero que la Europa no se negará á cumplir respecto de la Toscana la obra reparadora que en circunstancias menos favorables realizó en favor de la Grecia, de la Bélgica y de los Principados de Moldavia y de Valaquía.

«Señores, vuestro noble país ha dado en estos últimos tiempos un admirable ejemplo de moderacion y de concordia; seguro estoy de que

á esas virtudes que la Italia ha aprendido en la escuela del infortunio, añadireis la que sabe vencer las pruebas mas arduas, y asegurar el triunfo de lasjustas empresas, la perseverancia.»

Pocos dias despues, en 15 de setiembre, tocó su vez á las diputaciones de las asambleas de Módena y Parma; al discurso de los diputados ofreciéndole la soberanía de su país, contestó el rey del Piamonte con las siguientes palabras:

«Doy gracias á los pueblos de Módena y de Parma por la unanimidad con que han confirmado los votos hace once años manifestados al augusto rey mi padre, y los acepto como una nueva expresion de la voluntad nacional, deseosa de sustraer el país á las funestas consecuencias de la dominacion extranjera, y de elevar una barrera que asegure á la Italia la posesion de sí misma.

«Los pueblos, empero, comprenderán ya el modo como debo procurar le realizacion de los votos de sus asambleas; apoyado en los derechos que me son conferidos, sostendré su causa cerca de las grandes potencias y cerca sobre todo del emperador de los franceses, que al frente de las legiones de la Francia ha combatido por la independencia de Italia.

«La Europa que ha reconocido á otros pueblos el derecho de atender á su seguridad, constituyendo un gobierno capaz de defender su libertad y su independencia, no será para con las provincias italianas menos justa ni menos generosa.

«El voto renovado por vuestras asambleas, y los numerosos voluntarios enviados bajo las banderas del Piamonte durante los dias de combate, han manifestado ser la firmeza una virtud muy arraigada en los pueblos de Módena y de Parma.

«Inútil es, pues, deciros, que persevereis en ella, y me felicito con vosotros por el órden y la moderacion de que habeis dado tan brillante ejemplo, probando á la Europa que los italianos saben gobernarse por sí mismos, y son dignos de ser ciudadanos de una nacion libre.»

Hemos dicho que la asamblea de las Legaciones, imitando á las de Toscana, Parma y Módena, habia nombrado una diputacion para presentar al rey Victor Manuel el voto con que declaraba no reconocer ya en aquel país el gobierno temporal de la Santa Sede, y querer unirse al reino del Piamonte. Las causas de tan grave decision expónense en el Memorandum publicado por el gobierno provisional de Bolonia, que insertamos en la *Parte cuarta* CV, y que de nuevo manifestó al rey la diputacion que se presentó á él el dia 24 de setiembre. La contestacion que dió el rey á los diputados, esperada con mayor impaciencia que la dada á las diputaciones de Toscana, Parma y Módena, á causa del principio á que podia atentar, fué la siguiente:

«Quedo agradecido á los votos manifestados por los pueblos de la Romanía, de que sois los intérpretes cerca de mi persona. Príncipe católico, conservaré siempre un profundo é inalterable respeto hácia el jefe supremo de la Iglesia; príncipe italiano, debo recordar ahora, que considerando la Europa que la condicion de la Romanía exijia prontas y eficaces medidas, ha contraido para con vuestro país formales obligaciones. Acojo vuestros votos, y fuerte con los derechos que ellos me confieren, sostendré vuestra causa ante las grandes potencias, confiado en su justicia. Tened confianza en el generoso patriotismo del emperador de los franceses, què consumará la grande obra de reparacion tan felizmente empezada, asegurándole para siempre la gratitud de la Italia.

«La moderacion que ha dirigido vuestras resoluciones en momentos de incertidumbre, ha demostrado que en la Romanía la sola esperanza de un gobierno nacional, basta para disipar las discordias civiles. Cuando vuestros numerosos voluntarios acudian bajo mis banderas, durante los dias de la lucha nacional, seguros estabais de que el Piamonte no combatia en su exclusivo beneficio, sino por la patria comun. La unanimidad que demostrais hoy en pro del órden interior es muy grata á mi corazon, y ha de asegurar vuestro porvenir.

«La Europa reconocerá que es deber é interés comun el cerrar para siempre la era de los desórdenes, dando satisfaccion á los legítimos votos de los pueblos.»

El gobierno sardo dió principio á la ejecucion de sus promesas, pasando una nota á los gabinetes de París, Lóndres y San Petersburgo, abogando por la anexion solicitada, *Parte cuarta* CVI.

Así, pues, la situacion moral de la Italia central quedaba tan claramente delineada como era posible, en vista de las aspiraciones de los pueblos, entregados á sí mismos. La actitud del rey de Cerdeña, ante las manifestaciones de la Italia central, no podia ser tan franca como la de los pueblos que acababan de entregarse á él; estos no debian contar por entonces sino con sí mismos, eran dueños de sus palabras y de sus actos; al paso que el rey del Piamonte se veia obligado á contar con la Francia su aliada, con el Austria su enemiga ayer, con el tratado de Villafranca, al que suscribió, y en cuya virtud posee la Lombardía, con la Europa, en fin, sin cuyo consentimiento no puede improvisarse en el norte de la Italia un gran reino de doce millones de almas. Victor Manuel, pues, se mantuvo en cierta reserva; pero una vez observadas las oportunas consideraciones diplomáticas, su posicion no pudo ser mas natural. Entre la Italia central y él, deja ver á la Francia y la Europa, no como un obstáculo, sino como una autoridad, cuya decision era fuerza esperar con deferencia; toma luego en cierto modo posesion moral de los derechos que le confieren los votos de la Italia, y fuerte en efecto, sino con

el poder actual, con las influencias eventuales al menos que adquiere para el porvenir, promete emplear sus esfuerzos para la realizacion de aquellos votos.

Mucho distaba de ser tan clara y despejada la posicion de la Francia: comprometida por las estipulaciones de Villafranca, guiada por las tradiciones de su política, que no permiten la creacion de un reino poderoso y temible en su frontera mas abierta, los votos de la Italia central creábanle grandísimas dificultades, y parecia ser una consecuencia necesaria de su situacion el planteamiento de una combinacion nueva que no fuese precisamente la solucion de Villafranca, ni tampoco la anexion pura y simple al Piamonte de los Ducados y de las Legaciones. Los viajes del embajador de Austria entre Viena y Biaritz, donde se hallaba Napoleon III, la llegada á aquella residencia de diplomaticos austriacos é ingleses, y sobre todo la presencia allí del rey de los belgas, consumado político, é interesado por sus alianzas en todas las grandes cuestiones europeas; dieron orígen á no pocos comentarios, y acabaron por producir (así á lo menos parece á la hora en que escribimos estas líneas), la famosa carta de Napoleon III á Victor Manuel, especie de ultimatum amistoso, de que luego hablaremos, y la seguridad de que decidirá un congreso los asuntos de Italia, despues que la conferencia de Zurich haya terminado su mision, consistente en convertir en derecho el hecho de la paz en Italia. A lo que se cree tomarán parte en el futuro congreso cuantas potencias firmaron los tratados de 1815.

En tanto, los sucesos continuaban su curso en la Italia central: Victor Manuel no era aun el rey definitivo, pero si el *rey electo*, y bajo este título figura en las monedas que se han acuñado con su efigie. Lo mismo en las Legaciones, que en Toscana, en Módena y en Parma, las armas de la casa de Saboya sustituyeron á la de los antiguos gobiernos, encabezáronse todos los actos públicos con la fórmula de *Reinando Victor Manuel*, suprimióse la línea de aduanas entre el Piamonte y la Italia central, introdujéronse en esta la ley arancelaria y otras del reino sardo, dispúsose que toda sentencia dada en un país fuese ejecutoria en el otro; y en una palabra, ambos territorios no formaron de hecho bajo muchos aspectos mas que un solo Estado, siendo evidente que suceda lo que suceda, aun cuando aborte la fusion política, la obra que actualmente se esta realizando dejará para el porvenir indestructibles semillas. La liga militar continuaba organizándose bajo la activa direccion del general Fanti; Garibaldi abria una suscricion para la compra de un millon de fusiles; el mismo general anunciaba á sus tropas que no tardarian en medir de nuevo sus fuerzas con el enemigo, y la Italia central contestaba con bélicos é incesantes preparativos á la amenazadora actitud de las tropas pontificias, del ejército napolitano y de las fuerzas del duque de Módena. Tiempo era, pues ya, de que la voz de la Europa,

pusiera fin á tan violento estado de cosas, convirtiendo en estable la transitoria situacion en que se hallaba la Italia.

Si para el público en general solo hay una cuestion en Italia, la de la situacion de los ducados, ó por mejor decir, la de la Italia central, hay en ella para la diplomacia tres cuestiones muy distintas, á saber: la de Parma, que no suscita grandes dificultades á causa de no haberse hecho en Villafranca reserva alguna en favor del duque menor de edad, y de que la duquesa regente y su hijo no se apoyan en ninguna gran potencia, habiendo sido el gobierno de España el único que ha elevado su voz en favor de la desgraciada Luisa de Borbon; la de Módena y de Toscana con sus archiduques, cuya restauracion fué estipulada por el emperador de Austria, y la de las Legaciones, en la que se encuentran comprometidos parte del patrimonio y el principio del poder temporal del la Santa Sede con los intereses católicos que al mismo van unidos. La votacion de la asamblea de la Romanía, la deposicion del poder pontificio, la contestacion del rey de Cerdeña al voto de anexion de las legaciones, tuvieron al momento por eco la alocucion consistorial de su santidad pronunciada en 26 de setiembre, (*parte cuarta* CVII) el rompimiento de las relaciones diplomáticas entre la corte de Roma y la Cerdeña, la salida de aquella capital del embajador sardo, conde de Minerva, y en los diferentes países católicos, en Francia en especial, ardientes manifestaciones episcopales en favor del poder temporal del papa. Renunciando á insertarlas todas ponemos únicamente á la vista de nuestros lectores el discurso que dirigió á Napoleon III el cardenal arzobispo de Burdeos al pasar el emperador por aquella capital, y la contestacion de S. M. (*Parte cuarta* CVIII y CIX).

Tiempo era ya de que la Europa pusiera fin al violento y transitorio estado de Italia, hemos dicho, y en efecto un crímen horrible, cometido en Parma por el feroz populacho, vino á demostrar que aquella situacion no podia prolongarse sin peligro. El dia 5 de octubre el conde Antivi, coronel de las tropas ducales, pasó por la ciudad dirigiéndose á Plasencia; reconocido en la estacion de Parma fué preso y conducido á un cuerpo de guardia, pero el populacho que odiaba al conde por sus relaciones con la duquesa, corrió al lugar de su encierro, forzó las puertas, se apoderó del infeliz, descargó sobre él mil y mil golpes, arrastróle vivo aun por las calles de la ciudad, y acabó por decapitarle y pasear su cabeza en la punta de una pica en medio de espantosos alaridos. Todo anuncia empero que el vergonzoso atentado será vengado con ejemplar severidad; si en ausencia del dictador Farini no pudieron ó no quisieron las autoridades suplir con la intrepidez y la energía moral los medios militares de que carecieron, la indignacion y firmeza manisfestadas por Farini á su regreso á Parma y el vigor con que persiguió á los culpables y desarmó á la parte peligrosa del pueblo, son el princi-

pio de una reparacion moral, que recibirá sin duda su complemento con el castigo de los asesinos.

No podemos menos de hacer mencion aquí de la carta escrita en 20 de octubre por Napoleon III al rey de Cerdeña, carta que constituye á todas luces un acto de gravedad extrema. De ella puede decirse en el fondo ser un ultimatum amistoso, pero á qué debe atribuirse su publicacion? Habia declinado el Piamonte sin motivo alguno los consejos que se le dieran? Habíase visto obligado el emperador á tomar por testigo al público de la oportunidad de sus exhortaciones desoidas? Quiso el rey de Cerdeña manifestar á sus amigos de Italia el peso de las consideraciones que le impedian acceder á sus votos? Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la publicacion de dicho documento constituye un hecho tan grave como la misma carta; no entraremos en su exámen y solo diremos que nos dá las primeras noticias oficiales que hayan aparecido sobre la Confederacion, piedra angular del edificio que se proponia levantar en Italia el emperador de los franceses. La modestia con que este se reviste en ella contrasta extraordinariamente con las declamaciones que la paz de Villafranca ha inspirado á torpes aduladores. En la *parte cuarta* CX insertamos tan notable documento, cuyas soluciones repetimos no pretender discutir en cuanto deberán dar lugar á profundas deliberaciones en el seno del congreso.

En tanto, los gobiernos provisionales de la Italia central hallábanse cada dia en situacion mas crítica; su prestigio empezaba á decaer, y podia temerse que la anarquía viniese á turbar la obra de regeneracion á pesar de los esfuerzos de muchos y leales patricios. El ejército de la liga empezaba á mostrar su descontento por la inaccion en que se le tenia; Victor Manuel debió llamar á Turin al general Garibaldi á fin de refrenar sus belicosos proyectos, y todo hacia prever que la obra de la diplomacia llegaria tarde. Para robustecer la vacilante autoridad, las asambleas de Toscana, Parma, Módena y Bolonia, convocadas en seccion extraordinaria, nombraron regente de la Italia central al príncipe de Carignan en nombre de Victor Manuel. Este acto no fué aprobado por el gobierno francés, en cuanto dijo prejuzgar las cuestiones que debian tratarse en el futuro congreso, y el príncipe vióse obligado á rehusar el puesto á que le elevara la confianza de los italianos del centro, si bien designó al comendador Buoncompagni para el cargo que él no podia aceptar.

Pero no se satisfizo así el gobierno francés ni las aspiraciones de la Italia central; Garibaldi abandonó el mando y volvió á la vida privada con el corazon contristado, no sin dirigir antes á sus compatriotas muy enérgicas palabras excitándolos á la resistencia; el baron Ricasoli de Florencia se opuso á la especie de delegacion hecha por el príncipe, y Napoleon III no consideró tampoco conforme con sus proyectos la delegacion expresada. A la hora en que estas líneas escribimos nada se ha

resuelto aun sobre el particular, y todo continúa en el mismo estado que antes, si se exceptúa que Farini ha extendido su dictadura á la Romanía por renuncia del coronel Cipriani.

Hemos llegado ya al fin que nos habiamos propuesto: los plenipotenciarios reunidos en Zurich, firmaron las bases de Villafranca, en 10 noviembre el tratado definitivo que regularizando las bases de Villafranca hace suceder el estado paz al estado de guerra. La lucha italiana en 1859 queda terminada, y debe tambien terminar la presente obra con los actos que á aquella han dado lugar.

La conferencia de Zurich empezó por ocuparse de la restauracion de los príncipes, cuestion que fué luego aplazada á causa de los progresos de la revolucion en la Italia central, esperando el efecto de las negociaciones á que se entregaba el gabinete de las Tullerías deseoso de allanar los obstáculos que se oponian al restablecimiento de los antiguos gobiernos. En tanto planteáronse las cuestiones que podian resolverse inmediatamente, como son el deslinde de fronteras, la restitucion de las presas, la determinacion de la deuda lombarda y la navegacion del Pó. Establecidos estos puntos, volvióse á tratar de la cuestion candente, esto es, de la de los archiduques, poniéndose al fin de acuerdo los plenipotenciarios sobre la reserva que en favor de aquellos se expresa en el tratado, y de la cual hablaremos en seguida.

Los trabajos de la conferencia de Zurich han dado por resultado tres tratados. En el primero, celebrado entre la Francia y el Austria, se determinan las cuestiones mas importantes: los dos emperadores pónense en él de acuerdo para lograr las reformas necesarias del gobierno de Su Santidad, modifican la fórmula absoluta con que pactaron en Villafranca la restauracion de los archiduques, y declaran respetar el libre arbitrio de las potencias que han de ser convocadas en congreso. El tratado reconoce á las potencias que tomaron parte en la formacion de los Estados de Italia y que salieron garantes de su existencia, el derecho de alterar los límites territoriales de aquellos Estados que no tuvieron participacion en la última guerra, en cuanto declara que semejantes alteraciones no podrán verificarse sin su asentimiento. El hecho de la restauracion de los archiduques no se afirma ya de un modo absoluto; exprésase únicamente una reserva en favor de los derechos de aquellos príncipes y del duque de Parma, reserva que solo liga á las partes contratantes, y esto con un simple lazo moral, sin comprometer en modo alguno á las demás naciones. Lo mismo puede decirse del artículo referente á la Confederacion: los dos emperadores prometen favorecer con todo su poder la formacion de aquella, cuyo objeto ha de ser conservar la independencia y la integridad de la Italia, asegurar el progreso de sus intereses morales y materiales, y atender á la defensa interior y exterior de la Península por medio de un ejército federal; las

demás potencias empero quedan libres de admitir ó de reprobar semejante combinacion. Los Estados de Italia especialmente conservan su entera libertad de accion, lo mismo respecto del principio, que de las combinaciones particulares que se trata de establecer, puesto que se confia á sus representantes la redaccion del pacto federal. Así pues, sin juzgar en lo mas mínimo el primer tratado de Zurich, hemos de reconocer en él una gran circunstancia; si se exceptúa al papa, cuyas promesas de reforma se recuerdan, y para la ejecucion de las cuales se estipula la union de la influencia francesa y austriaca, dicho tratado en nada perjudica los derechos de tercero, y deja suficientemente abiertas las cuestiones que deben estarlo para que las demás naciones puedan tomar parte con dignidad en una deliberacion general sobre los asuntos de Italia. La reunion de un congreso puede depender de cuestiones que ni siquiera se indican en el tratado de Zurich, pero nada hay en él que la haga imposible.

Por el segundo tratado, la Francia cede á la Cerdeña la provincia de la Lombardía con las mismas condiciones con que la recibió del Austria por el tratado anterior.

El tercero restablece el estado de paz entre la Francia, el Austria y la Cerdeña.

En la *Parte cuarta* CXI CXII y CXIII insertamos los tres documentos que á la misma ponen fin del mismo modo que su otorgacion lo ha puesto al presente relato.

La guerra de 1859 ha terminado en Italia. Ha producido para la desgraciada Península los frutos que de la misma se esperaban? Ahora mas que nunca nos felicitamos de haber consignado al principio de esta narracion ciertas reflexiones que pudieron ser miradas como contrarias al sentimiento general en el momento en que fueron escritas. Otra vez queda para nosotros demostrado que el auxilio extranjero, que esos alardes de fuerza por parte de grandes potencias, en nada contribuyen á la emancipacion de un pueblo, ni á la solucion de las cuestiones morales que pueden agitarle. Que la guerra producirá algun bien, es indudable: la situacion de Italia antes del presente año era harto anómala, harto violenta, segun explicamos al principio de esta obra, para que todo cambio introducido en ella aunque la empeore, no ofrezca alguna esperanza de futuro alivio; la Providencia sabe sacar el bien del mal, y no es la mision del historiador el prever acontecimientos que aun no han sucedido; pero si bajo el punto de vista del presente consideramos la lucha que acaba de ensangrentar el hermoso suelo italiano, las víctimas inmoladas, los capitales invertidos, el trastorno en que sumió á la Europa, y la vaguedad de los resultados obtenidos, habremos de de-

cir, á imitacion de las palabras pronunciadas en el congreso de diputados españoles por D. Nicolás Rivero , que no estuvimos acertados al dar á la presente obra el título que lleva: en vez de GUERRA ITALIANA en 1859 debimos llamarla SEGUNDA GUERRA NAPOLEÓNICA.

FIN.

PARTE TERCERA.

BIOGRAFÍAS.

VICTOR MANUEL II,

rey del Piamonte.

Un célebre poeta y publicista italiano, Montanelli, el triunviro toscano, describe del modo siguiente, en sus *Memorias de Italia*, el interior del palacio y la persona de Carlos Alberto, padre del rey de Cerdeña actualmente reinante.

«El palacio de Carlos Alberto se asemejaba á una mansion de penitencia, tan sombrío, severo y monacal era el aspecto que le daba la devocion del rey; despues de las oraciones de costumbre, encerrábase en el silencio y la soledad, y varias veces, en medio de la noche, una débil luz en el aposento real indicaba que el rey penitente velaba entregado á sus piadosos ejercicios. Oia misa cada dia, ayunaba aun en dias en que no era de obligacion, y mortificaba su cuerpo hasta el punto de comprometer su salud.»

En tal hombre se habia convertido aquel príncipe filósofo que en su mocedad asistia á las conferencias de Collegno, de Santa Rosa y de Confalomeri; á fuerza de vivir en una situacion complexa, de ver comprometidos sus intereses dinásticos ó sus sentimientos de patriota italiano, Carlos Alberto habia caido en

una especie de vacío moral, en una soledad de alma que fué el tormento de su vida.

Su irresolucion, empero, no le impedia dar á su hijo, el príncipe de Saboya, Victor Manuel, una educacion muy distinguida aunque severa. Quizás presentia instintivamente que su hijo se libraria de las perplejidades que habian torturado su propio carácter y arrojado su existencia por una série de perpétuas complicaciones.

Victor Manuel, nacido en 14 de marzo de 1820, no habia salido aun de la infancia cuando los principios de la revolucion francesa, vencidos en 1815 despues de veinte y cinco años de combates, tendian á recobrar su supremacía en los negocios públicos de Europa. Habíanse constituido los tronos de Grecia y de Bélgica; Carlos X era vencido en París, llevándose consigo los fundamentos de la antigua monarquía, y los principios liberales ganaban terreno en España, en Inglaterra, en Prusia y en Suecia.

Carlos Alberto no se atrevió á seguir el movimiento general de la Europa, con la resolucion que su voluntad le dictaba; pero al mismo tiempo que educaba á su hijo con dureza y severidad, hacia cultivar su juvenil inteligencia por maestros que no le ocultaban la antorcha de las nuevas doctrinas.

Así pues, desde su mas tierna edad, Victor Manuel fué formado para la mision de rey-soldado de la independencia italiana que el porvenir le tenia reservado.

Mientras el príncipe real crecia dedicado á sus estudios militares, el rey su padre continuaba fluctuando entre las aspiraciones de su juventud y los naturales temores de su edad madura. La Jóven Italia le ofreció su auxilio con tal de que reinase sobre toda la Italia y constituyese por medio de la conquista la unidad italiana; pero Carlos Alberto conocia la Italia mejor que Mazzini, mejor que Gioberti y que los miembros todos de aquella sociedad secreta, cegada por las ilusiones de la juventud; comprendia que la Italia no se hallaba dispuesta aun para la emancipacion, y que no encontraria un seguro apoyo ni en los pueblos ni en los reyes.

Gioberti cambió entonces de táctica; dejó á Mazzini y á sus compañeros con la utopia de una Italia, una y republicana á la vez, y adoptó la idea transitoria de una Italia del Norte. Católico y liberal, agitó el alma del clero inferior, y como Campanella, hizo bajar al silencio de los claustros la esperanza de un Mesías de la libertad italiana.

Sin embargo, el Mesías no llegaba, y las complicaciones aumentaban; un hálito guerrero abrasaba el continente y presagiaba próximas tempestades; los príncipes iban en busca, no de ideas, pero sí de alianzas.

La Francia, solicitada por el Piamonte, le negó la suya; el Austria, por el contrario, le prometió su proteccion y pretendió encargarse de la guarnicion de Alejandría. Carlos Alberto evitó la dificultad declarándose neutral, lo que indignó no poco al gobierno de Luis Felipe.

—«La Francia pasará por encima de su cuerpo!» exclamó M. Thiers irritado.

La guerra no llegó á tener lugar, pero la actividad que inspiró á las testas coronadas, reanimó el ardor de Carlos Alberto, y desconfiando hallar auxilio en el gobierno egoista de Luis Felipe, buscó el apoyo de Inglaterra, prometió á aquella nacion un camino de hierro desde Génova al lago Mayor para prolongarse desde allí hasta Ostende, y esperando hacerse propicia á la Gran Bretaña por medio de los intereses mercantiles, que constituyen la base de su política, tomó para con el Austria una actitud provocadora. Los poetas, los publicistas, los filósofos comprendieron haber llegado la hora, y publicáronse infinitas obras para despertar en la Italia entera el genio de la libertad y el amor á la patria.

En una carta leida en Casale por Castagneto, Carlos Alberto se declaraba el Schamyl de la Italia.

La Inglaterra pareció apoyar las reformas y dió á entender que se opondria á una intervencion del Austria. Pio IX acababa de sentarse en el trono pontificio, y si su carácter no le permitia desear la guerra, favoreció la idea de una línea aduanera que podia convertirse fácilmente en una línea política.

Las miradas de la Italia se fijaron en el Piamonte; habíase al fin despertado á la voz de Pio IX.

En noviembre de 1847, Carlos Alberto dió á su pueblo un régimen constitucional; al llegar el siguiente año, desnudó su espada.

Victor Manuel, príncipe de Saboya, contaba entonces veinte y ocho años; era un robusto jóven, de franca y militar fisonomía; lo que mas sorprendia en su brillante mirada, en la actitud de su persona, en todo su aspecto, en fin, era un aire de resolucion incomparable.

Carlos Alberto, víctima como Hamlet de una situacion fatal, andaba errante por la vida, melancólico, turbado, vacilante.

Victor Manuel, por el contrario, aguzaba su espada y no perdia en palabras ni en ensueños la hora de la accion preciosa y fugitiva.

Durante la campaña de Lombardía en 1848, el duque de Saboya mandaba una division del ejército sardo; viósele en todos los combates al frente de sus tropas, cuyo ídolo era, cargar al enemigo como un valiente que se olvida de su propia existencia; él, á quien esperaba un trono, se batia como si debiese conquistar su fortuna por medio de su espada.

Un diplomático francés, M. de Talleyrand, que se encontraba en el cuartel general sardo en 30 de mayo de 1848, dia de la batalla de Goito, vió al rey Victor Manuel como podria desear verle el pintor que debiese legar su imágen á la posteridad. Vióle á través de la sombría atmósfera de un campo de batalla; vióle pasar como una vision, con la espada en la mano, con la voz de mando en sus labios; y aquella imágen, vista por un solo momento, no se ha borrado jamás de su memoria.

«He visto al rey, miremos ahora al duque de Saboya.

«Nos hallamos ahora en el ala derecha; el combate es allí encarnizado. Buscaba al duque de Saboya y encuentro á los austriacos; acosan vivamente á un

Carlos Alberto juró hacer la guerra.

Las tropas empezaron á replegarse; mujeres, niños y ancianos inundaban los caminos; todos huian llevando consigo sus enfermos y sus objetos mas preciosos, y al despuntar el dia ondeó otra vez en las murallas de la plaza la bandera amarilla y negra de la casa de Austria.

El armisticio de Satasco siguió á la capitulacion de Milan, y Brescia, Peschiera, Venecia, Parma y Módena volvieron al poder de sus antiguos señores.

En tanto que en Roma y en Toscana los patriotas italianos intentaban destruir la antigua autonomía de los Estados de la Península y formar una constituyente italiana, Gioberti predicaba en Turin la idea de la grandeza del Piamonte, y en aquel grande y múltiple conflicto, Carlos Alberto se esforzó en conciliar los intereses de la casa de Saboya con el movimiento general de la Italia.

El invierno de 1848 á 1849, se empleó en reconstituir el ejército piamontés. Victor Manuel, cuya existencia se confundió entonces con los acontecimientos en los que desaparecian las mas grandes individualidades, tomó la parte mas activa en la reorganizacion de las tropas sardas, calculándose luego en cien mil hombres el efectivo del novel ejército.

El armisticio habia sido violado; Ratazzi sucedió á Gioberti en la direccion del gobierno; los hombres del partido extremo le acusaron de haberse negado á aliarse con los toscanos, y sin considerar las inmensas consecuencias que podia tener para la Italia entera la pérdida de una nueva batalla, dióse la señal de las hostilidades.

A fines de marzo, Radetzky pasó el Tessino; la Cava, pueblo fortificado, fué ocupado por el enemigo. El duque de Saboya esperaba á los austriacos en Mortara con Durando; sus fuerzas eran insignificantes, é intentó en vano resistir al general Aspre. Los austriacos desalojaron igualmente de Bicocca al generalísimo Chzarnowski.

El ejército piamontés, reunido bajo los muros de Novara, iba á presentar su última batalla; el ejército austriaco era casi igual en fuerzas.

La batalla de Novara duró diez y ocho horas, y fué de las mas sangrientas de la época moderna; los valientes soldados piamonteses que tomaron parte en aquel postrer é impolítico combate, comprendieron la responsabilidad que para con la Italia contraian.

Carlos Alberto y sus hijos pelearon con un arrojo superior á todo elogio, pero de un modo muy distinto.

Victor Manuel combatia con todo el ardor de la juventud, al paso que su padre no tenia ya esperanza.

Las siguientes líneas debieron ser trazadas por Montanelli despues de Novara; en ellas aparece la viva imágen de aquel rey tan cruelmente perseguido por la fatalidad.

«Cuando la patria estará en peligro, escribe el triunviro de Florencia, le veremos á caballo, alto, pálido y flaco como un esqueleto, con su frente ancha y

despejada, con su bigote blanco, sus mejillas hundidas, semejante á su propia sombra; verémosle á la primera señal de la batalla dirigirse con indiferencia allí donde silben las balas con mayor furor, procurando excitar á los soldados con tres palabras francesas, que pronuncia con aire extenuado y en voz baja:

— «*Allons, mes enfants!* (Vamos, hijos mios!)

«Inmóvil como una estátua, arrostrará con impavidez la muerte; aquella precoz vejez, aquel flemático valor, aquella absoluta carencia de entusiasmo en el mundo, aquel *Allons, mes enfants!* en los campos de batalla de la Lombardía, pintan al hombre mejor de lo que podríamos hacer nosotros, y dicen claramente que tenemos á nuestra vista á un valeroso duque de Saboya, y no como ha querido acreditarlo una musa cortesana, al predestinado caudillo de la Italia.»

No seremos nosotros quienes participaremos de la acritud que se revela en las palabras citadas; extraños aquí á las intestinas contiendas del pueblo italiano, hemos de decir, empero, que no era Carlos Alberto el caudillo predestinado, puesto que sucumbió sin haber salvado la Italia. ¿Lo será Victor Manuel? El porvenir es el único que puede decirlo.

Victor Manuel no fluctúa entre encontradas resoluciones. La naturaleza parece haberle formado para aquella mision; soldado animoso y sin graves preocupaciones, no olvida á la Italia por su reino, detesta al Austria, no teme á la democracia, y es un verdadero campeon de la libertad.

Doscientas piezas de artillería contestaron en Novara á la calumnia harto propalada de que el valor militar habia abandonado á la raza italiana, y de que la Italia era el pais de los sepulcros.

Cuatro mil soldados piamonteses murieron por la libertad de la Italia, y con su sangre dejaron en el suelo de Italia el gérmen de nuevas batallas. Seis mil combatientes se retiraron heridos.

El ejército piamontés perdió la batalla, pero se retiró de Novara llevando consigo el aprecio del mundo; perdió la revolucion italiana, pero salvó el honor de Italia é hizo posible la independencia para el porvenir.

Vióse á generales desesperados y que antes habian reprobado la guerra, correr á la muerte al frente de sus divisiones; los oficiales, sobre todo, mostraban un furor por hacerse matar. El rey y sus hijos cargaron todo el dia á través de las balas y de la metralla; solo mil doscientos hombres quedaron de la brigada de Saboya, que contuvo por espacio de ocho horas el choque del enemigo.

El jóven duque de Génova perdió tres caballos.

Cárlos Alberto, impasible como la misma muerte, veia caer á su alrededor á sus ayudantes de campo. Cuando todo hubo terminado, abandonó á su hijo Victor Manuel el cuidado de reunir en Novara los restos de sus regimientos, y se retiró al paso de su caballo, pudiendo decir sin exageracion: «La muerte me ha rechazado.»

En Novara envió el rey á M. Cardona para solicitar de Radetzky un armisticio que fué rehusado. Carlos Alberto convocó entonces á los príncipes y generales de

su ejército, y despues de recordarles sus sacrificios, dijoles su resolucion de inmolarse en aras de la paz, que creia necesaria, y de renunciar á la corona en favor de su hijo primogénito, Victor Manuel, duque de Saboya.

El año 1848 habia visto la abdicacion de Luis Felipe; pero este huia delante de una insurreccion victoriosa, al paso que Carlos Alberto abdicaba despues de una batalla, en la que en vano habia buscado la muerte. Los testigos de tan desgarradora escena, no pudieron contener sus lágrimas, y el duque de Saboya lloraba como su hermano.

Carlos Alberto se levantó; entonces sí que podian aplicársele las palabras del poeta toscano: «Asemejábase á su propia sombra.» Las vacilaciones de su vida, atormentada por tantos pesares, habian terminado: retirábase como un convidado herido de un mal repentino, antes de que hubiese empezado el banquete de la independencia, á que invitara al Piamonte y á la Italia.

Sin pronunciar una palabra se retiró á su gabinete. «Una hora despues, dice M. de la Varenne, luego de haber firmado su abdicacion, tomó, solo y sin séquito, el camino del lejano destierro, donde tan en breve debia morir, sin querer ver otra vez su capital ni á persona alguna de su corte.»

Partió disfrazado en compañía de dos servidores, y se dirigió á Portugal. El duque de Dino refiere, con motivo de la fuga del rey, un incidente singular que demuestra haber guardado los austriacos en su victoria el respeto á la monarquía, y que en último resultado se habrian encontrado no poco confusos, si Carlos Alberto hubiera caido en su poder muerto ó prisionero.

La escena que refiere el duque de Dino tuvo lugar durante la noche de la batalla de Novara, en el momento en que los austriacos acababan de interceptar las comunicaciones entre aquella ciudad y Verceil, y disponian sus tiendas. Dos piezas de artillería se hallaban apuntadas en el camino contra la ciudad; un centinela, colocado delante de las piezas, vigilaba la carretera y los campos inmediatos; un reten de infantería, extenuado y sin aliento, acampaba cerca de los cañones.

«A media noche, dice el duque de Dino, oyóse á lo léjos un ruido de ruedas, y se advirtió al jefe de la guardia que parecian dirigirse hácia aquel punto algunas piezas de artillería piamontesas. Sin pérdida de momento manda encender las mechas, dispone que se carguen los cañones á metralla, y que se dispare luego que el enemigo se encuentre á una distancia conveniente. En tanto el ruido se hace cada vez mas distinto; los soldados preparan sus armas, los artilleros inmóviles ocupan sus puestos, y por fin vése aparecer por un recodo del camino un carruaje que adelanta rápidamente.

—«Mi capitan, dijo el sargento, no es artillería, sino un coche.

«En efecto, no tardó en distinguirse una silla de posta, tirada por cuatro caballos que parecian devorar el espacio; el capitan suspende su primera órden, y se adelanta con una patrulla. Detiene al postillon, se acerca á la portezuela, y pregunta el nombre del viajero.

—«Soy el conde de Barge, contestó el hombre que se encontraba solo en el carruaje; soy coronel piamontés, y vuelvo á Niza habiendo dado mi dimision despues de la batalla.

—«Señor conde, espero que me dispensareis, peró no me es posible dejaros pasar así, y es fuerza que os conduzca á la presencia del general. Dista de aquí muy pocos pasos.

—«Como gusteis, caballero; estoy á vuestras órdenes.

«Y escoltado el carruaje por algunos húsares, se dirigió hácia la quinta que servia entonces de cuartel general al conde de Thurns. El oficial subió el primero y advirtió al general que cierto condo de Barge, que se titulaba coronel piamontés, acababa de ser detenido al dirigirse á Niza, y de que esperaba abajo en su coche.

—«Que suba, dijo el general, y mandad comparecer tambien al sargento de bersaglieri á quien hemos hecho prisionero; si este le reconoce, le dejareis pasar, si no, le retendreis prisionero. Participadme lo que ocurra.

«El conde de Barge es introducido en la antecámara lo mismo que el bersaglieri.

—«Reconoceis al conde de Barge, coronel piamontés?

—«No sé que exista semejante nombre en el ejército.

—« Mirad bien!

El bersaglieri se acerca, mira con atencion al viajero, y queda confuso. El conde le dirige una significativa mirada.

—«Sí, en verdad; ahora reconozco al señor, al conde Barge! exclama el sargento; ha estado junto al rey durante toda la batalla.

«El conde le hace una seña con la mano, el bersaglieri se aleja, y el viajero, adelantándose hácia la puerta, dice al oficial:

—«Supongo, caballero, que nada se opone ya á mi partida.

—«Perdonadme, coronel, pero el general de Thurn os ruega que tomeis con él una taza de té.

«El conde aceptó y penetró en la estancia del general, quién, despues de muy atentas excusas acerca de los rigores que impone la guerra, entabló la conversacion. Hablóse de la batalla; el conde refirió cuanto se habia hecho por los piamonteses, el general cuanto habia sucedido entre los imperiales, y luego añadió:

—«Me admira, señor conde, que hombre tan distinguido como vos pareceis serlo, se encuentre tan poco adelantado en el ejército.

—«Qué quereis? jamás he sido afortunado; así que viendo despues de la batalla enteramente cerrada para mí la carrera militar, he presentado mi dimision del grado que ocupaba.

«La conversacion se prolongó por algun tiempo en el mismo tono amistoso, y por fin el conde se despidió del general, quien le acompañó hasta su carruaje. Al subir la escalera el general dijo á sus ayudantes de campo:

—«El conde de Barge es en verdad un hombre seductor por su talento y sus buenos modales. Jamás le habria creido militar; se parece mas á un diplomático.

—«Lo mismo hemos pensado nosotros, general; pero aquí está el bersaglieri, y nos dirá que empleo ocupaba el coronel en la corte de Turin. Hola! amigo, ¿qué clase de hombre es ese conde de Barge que acaba de separarse de nosotros?

—«El conde de Barge es el rey Carlos Alberto.

—«El rey!

—«Señores, exclamó el conde de Thurn despues de algunos instantes de silencio, Dios protege al Austria! — Qué habria dicho el mundo si por un fatal error la batería hubiese hecho fuego contra el carruaje, y si ese príncipe desgraciado hubiera sido herido como parecia inevitable! Qué enemigos tan pérfidos como implacables, habriamos asesinado al rey Carlos Alberto en una infame emboscada! Demos gracias á Dios que nos ha evitado semejante infortunio, y felicitémonos por haber podido apreciar tan de cerca á nuestro heróico adversario.»

Los últimos esfuerzos de la Italia se resumieron en la idea de una constituyente italiana y en una unificacion, cuyo objeto previo debia ser la expulsion del extranjero. La relacion de estos hechos pertenece á la historia general de Italia, y sabido es que la tragedia terminó entre mares de sangre.

En tanto el jóven rey Victor Manuel empezaba á ejercer la soberanía; con un buen sentido recto y leal, conoció el lado débil de la antigua política de la casa de Saboya, de aquella política tan duramente calificada por lord Brougham de *especulacion sarda*.

Su nobleza natural iluminó su inteligencia; en vez de ceder al impulso de las circunstancias, robusteció el régimen constitucional establecido en el Piamonte, y fué italiano, no Ligurio ni Alobrogo. Permaneció firme en la senda de la libertad, juzgándola indispensable para comunicar á su pueblo la energía de las grandes resoluciones; la idea de vengar á su padre, á su pueblo y á la Italia, se fijó de un modo indeleble en su mente, y á ella deben atribuirse los actos todos de su vida pública. En vez de acariciar la utopia de un reino de la Italia del Norte, realizado por la intervencion legitimista, y de formar una especie de sociedad secreta con los príncipes errantes y los reyes destronados, marchó á París para *fraternizar* con el emperador de los franceses; en vez de conspirar con los difuntos, sumergióse por completo en el mar de la vida, mostróse hombre honrado, valiente soldado, monarca leal y sencillo, excelente caballero; en una palabra, con sus virtudes militares y civiles, tan naturales y espontáneas, fué un gran rey con un pequeño reino.

Bajo su autoridad, los partidos perdieron su aspereza; los desterrados cifraron su esperanza en él, y un ilustre italiano, Daniel Manin, fué el primero en proclamar esta fórmula: Unidad, Victor Manuel, rey de Italia.

En vano se buscaria en Europa un soberano mas tiernamente querido por sus súdditos; su valor no ha contribuido poco á granjearle el afecto del pueblo, el cual se complace en referir sobre este asunto anécdotas que se convertirán en leyendas, lo mismo que las aventuras de Enrique IV y de Ricardo Corazon de Leon.

Hace algunos años que una banda de malhechores desolaba cierta parte del Piamonte; mandábala un tal Del Pero, y excitaba constantemente las persecuciones de la policía, llegando su osadía hasta el punto de resistir con las armas á la

fuerza pública. En cierta ocasion se acercó al palacio de Pollenzó, residencia veraniega de Victor Manuel, donde el rey tiene por costumbre pasar algunos dias sin corte ni escolta entre la calma de la sóledad.

Una noche fué despertado por varios fusilazos; Del Pero y su partida combatian con la gendarmería, y la lucha parecia obstinada. Victor Manuel coje una carabina, se lanza hácia el punto donde se oia el fuego, y ataca con furor á los bandidos. Dos gendarmes cayeron muertos á su lado, pero el triunfo quedó por la fuerza pública, cuya sorpresa no fué poca al reconocer en su defensor á la misma persona del rey.

El rey Victor Manuel no se halla dotado únicamente del valor que arrostra la muerte en un combate; posee tambien la abnegacion cristiana del sacerdote y del médico, que desafia el peligro del contagio en la cabecera de los moribundos.

Cuando el cólera desoló la ciudad de Génova en 1854, arrebatando cuatrocientas ó quinientas personas cada dia, y renovando los horrores de aquella peste de Florencia tan admirablemente descrita por Manzoni, el rey salió de Turin; su paternal corazon sufria al ver á la noble ciudad inclinada bajo el terror del azote, sin tener siquiera la energía de luchar contra la enfermedad. Victor Manuel se presentó allí con el semblante franco y benévolo que inspira confianza y valor á quien lo contempla; visitó los hospitales, consoló á los enfermos, y quizás conservó á la vida con la resurreccion de la fuerza moral á muchos que se deslizaban ya hácia el sepulcro.

Turin temblaba por la vida de su rey; el pueblo sardo en masa, atento y como suspenso por la ansiedad de ver á tan buen padre y á tan animoso soberano expuesto á semejante peligro, esperaba con mortal angustia el término de aquella prueba. Victor Manuel salió de ella sano y sonriendo á las aclamaciones populares, y Génova vió en breve alejarse de su seno el espantoso azote.

Despues de la muerte del rey su padre, que espiró en Oporto poco tiempo despues de la derrota de Novara (28 de julio de 1849), Victor Manuel perdió á su esposa, la reina María Adelaida, hija del archiduque Renato, muerta en 20 de enero de 1855.

Hubiérase dicho que debian caer sobre la casa de Saboya todas las desgracias á la vez, para concentrar el corazon y la suerte del rey en la gran mision que se preparaba á llevar á cabo. Desde entonces vivió gran parte del año en el campo, en sus palacios de Racconigi, de Pollenzo y de Sonma-Riva-Perno.

La reina María Adelaida dejó al morir tres príncipes y dos princesas (1); la mayor de estas se ha enlazado con el príncipe Napoleon, hijo del ex-rey Gerónimo.

El primogénito, el príncipe Humberto, es coronel de la primera legion de

(1) Los príncipes y princesas de la casa real de Saboya son los siguientes por órden de nacimiento:

1.° Princesa Clotilde, María, Teresa, Luisa, nacida en 2 de marzo de 1843.

2.° Príncipe Humberto, Renato, Carlos, Manuel, Juan María, Fernando, Eugenio, príncipe real, nacido en 14 de marzo de 1844.

3.° Príncipe Amadeo, Fernando, María, duque de Aosta, nacido en 30 de mayo de 1845.

4.° Príncipe Oton, Eugenio, María, duque de Monferrato, nacido en 11 de julio de 1846.

5.° Princesa María Pia, nacida en 16 de octubre de 1847.

la guardia nacional de Turin; desde sus primeros años ha podido ver lo que cuesta la independencia de un pueblo, y quizás le están reservados elevados y felices destinos.

Aliado de la Francia por su cooperacion en la guerra de Crimea, y por alianza de la princesa Clotilde con el primo de Napoleon III, Victor Manuel que no se atrevia á dar el primer paso, retenido como estaba por su sagaz aliado, esperaba con ansia la hora en que el Austria, perdida ya toda paciencia, se lanzase contra su tenaz enemigo.

Sabia que la Francia no habia de negarle el auxilio de su espada, y desde aquel momento las condiciones de la lucha se presentaban de un modo muy distinto.

Luego que Victor Manuel desnudó la espada, estalló el entusiasmo en todos los puntos de Italia; el rey de Cerdeña fué objeto de un verdadero culto; al presentarse en público tributabásele una continua ovacion, y cada dia acudian á felicitar al rey diputaciones procedentes de todos los puntos de Italia.

Refiérese que uno de los miembros de la diputacion de Plasencia, M. Fioruzzi, se conmovió tanto á las patrióticas palabras de Victor Manuel, que juraba no volver la espada á la vaina antes de cumplir el voto de los últimos once años, que exclamó al separarse del rey:

—«Señor, he de pediros una gracia.

—«Hablad, dijo el rey.

—«Quisiera besar la mano que sostiene con tanta firmeza la espada de la patria.

—«Besar mi mano! exclamó el rey, oh! decid estrecharla!»

Y el buen rey, conmovido tambien, estrechó afectuosamente la mano de los tres diputados de Plasencia.

Al salir de Cassale, Victor Manuel pasó por delante de una division francesa, y acercándose al general, á quien tendió la mano, le dijo:

—«General, mañana atacaré á los austriacos en Bogo Vercelli; voy á arrojarles de mis Estados y á abriros el camino de Milan.»

Los soldados franceses aclamaron con entusiasmo al rey.

El afecto de las tropas francesas hácia Victor Manuel, se manifestó en especial en Palestro; el tercer regimiento de zuavos combatió allí junto con la division Cialdini, y varias veces corrieron aquellas á detener al rey que mostraba un temerario arrojo.

Propalóse entonces el rumor de que, admirados los zuavos por el valor del rey, le habian conferido por unanimidad el título de *cabo*; á pesar del crédito que esta noticia ha alcanzado y de haberla dado como cierta casi todos los periódicos, nos vemos obligados á decir que no pasa de ser una invencion parisiense.

Despues de la jornada de Palestro, vióse á Victor Manuel consolar á los heridos en el campo de batalla.

—«Señor, decian al espirar, libertad á la pobre Italia!»

El rey Victor Manuel cuenta en el dia treinta y nueve años, y su vida ha

presenciado ya muchos y contradictorios acontecimientos; ha vuelto á ver victorioso las orillas del Mincio, las calles de Milan y los muros de Novara, testigos en otro tiempo de los reveses de su padre, y destinados ahora á vivir bajo su cetro. Singular ejemplo de lo que puede en pro de su patria un príncipe que lleva en su corazon la fe en la Providencia, el amor á su pueblo, la constancia en los infortunios y el honor por norma de su camino.

Victor Manuel tiene por costumbre vestir el sencillo uniforme de oficial de caballería; su tez es morena, sus facciones fuertemente pronunciadas, y lleva un bigote espeso y levantado; su fisonomía es militar y franca, pero no tiene nada del aire de maton y traga hombres que la turba de litógrafos se complace en atribuirle para mayor contento de los curiosos y de los vendedores de estampas.

Las personas que han tenido el honor de vivir en la intimidad del rey Victor Manuel, celebran su generosidad, y dicen que dedica gran parte de su dotacion al socorro de los necesitados.

La vida retirada que lleva le permite mostrarse generoso; excepto algunas grandes fiestas que da en Turin durante el invierno, el rey no tiene ocasion de hacer grandes gastos, y ha disminuido mucho el fausto que mantenia el rey su padre.

Su mayor gasto consiste en la compra de hermosos caballos; Victor Manuel es un excelente ginete, y es en extremo aficionado á los caballos. Dícese que tuvo gran pesar por haber perdido en la batalla de Novara los que entonces tenia y se los hizo restituir.

Victor Manuel vive con mucha sencillez, y es accesible para todos; cualquiera de sus súbditos puede acercársele y hablarle; ama á su pueblo como un padre á sus hijos.

Victor Manuel ha conservado un recuerdo tierno y profundo de su padre Carlos Alberto; testigo de ello la carta que dirigió al alcalde de Milan en 31 de julio de este año. No deja pasar ocasion alguna de defender la memoria de su padre contra las imputaciones de que han sido objeto sus últimos actos, especialmente la capitulacion de Milan.

Imposible creemos que la posteridad no agradezca á Carlos Alberto sus esfuerzos; lo cierto, lo positivo es que perdió el trono y la vida por la independencia de la patria italiana, y es adelantarse mucho el asignar móviles individuales á tan nobles acciones. Si así no fuera, el heroismo no seria mas que una vana poesía de que la imaginacion, ávida de maravillas, se complaceria en revestir los hechos y hazañas de la humanidad.

Ignoramos lo que reserva el porvenir á Victor Manuel, pero creemos que su valor y lealtad le harán siempre superior á todas las complicaciones.

El rey soldado ha vuelto á su vida de otro tiempo; viaja, visita los hospitales, y recibe los homenajes de la libertada Lombardía.

NAPOLEON III,

emperador de los franceses.

Carlos, Luis, Napoleon Bonaparte nació en Paris el dia 20 de abril de 1808, y fué el tercer hijo de Luis, Napoleon Bonaparte, rey de Holanda, de modo que nada presagiaba que debiese ceñir un dia una corona. Sin embargo, su hermano mayor, el gran duque de Berg, príncipe real de Holanda, murió en la Haya á la edad de cinco años; el segundo falleció en 1831.

Napoleon I y María Luisa presentaron á la pila bautismal al hijo de la reina Hortensia, que debió abandonar la Francia á la edad de ocho años. Su madre residió sucesivamente en Baviera, en Suiza y en Roma; las agitaciones de la vida empezaban para él desde la infancia

Su educacion fué confiada al hijo del famoso convencional Lebas, de modo que el jóven Carlos Luis pertenece por un lado al trono, y por otro á la revolucion.

Siempre que se depongan dos principios opuestos en el corazon de un niño, la primera parte de su vida estará consagrada á aquel de ambos principios que por su naturaleza se halle mas en armonía con el espíritu aventurero de la juventud; la primera parte de la vida del príncipe Carlos Luis pertenece pues á la revolucion; por la fuerza de las cosas, la segunda ha pertenecido al trono.

Su primer acto político fué un acto revolucionario; al estallar una insurreccion en la Romanía tomó las armas en pro de la independencia de Italia, y aquel suceso, que terminó con la completa derrota de los sublevados, tuvo en el destino del príncipe una influencia decisiva: su hermano perdió en él la vida, y Carlos Luis quedaba hijo único de rey.

Entonces tomó el nombre de Napoleon Luis, pues segun un pacto de familia, emanado de la voluntad del emperador, que deseaba imitar en esto á Julio César, el primogénito de la familia imperial debia llamarse siempre Napoleon.

Napoleon Luis tenia entonces veinte y tres años; la Italia era invadida por el Austria, y acompañado de su madre llegó á París de incógnito, para implorar de Luis Felipe el honor de servir como soldado bajo las banderas francesas. El rey, que no consideró prudente el colocar en las filas del ejército á un hombre llamado Napoleon, rechazó semejante demanda.

Desde su nacimiento hasta 1849, la existencia de Luis Napoleon es una continuada série de reveses: desterrado desde la infancia, hijo de rey sin trono, su primer combate es una derrota, y obtiene una negativa su primera peticion para volver á su patria. La constancia con que Luis Napoleon ha luchado siempre contra los obstáculos y el infortunio, es seguramente una de las cualidades que con mayor eficacia han contribuido á su elevacion.

Despues de su viaje á Francia, Luis Napoleon, retirado con su madre en el canton suizo de Thurgovia, en el palacio de Arenemberg, preparóse, movido por lo que él llamaba la idea napoleónica, á lanzarse á nuevas tentativas. En 1832 el jóven duque de Reichstadt ofrecia todavía un objeto á las esperanzas del partido bonapartista, y Napoleon Luis se hizo su representante. «Un cuerpo de ejército entero le esperaba, dice M. Laity, y vista la imposibilidad en que se encontraba de llegar á la frontera, los jefes habian resuelto recibir á su primo con tal de que se hallase provisto de una simple carta de Napoleon II.» En aquel entonces murió el duque de Reichstadt, y por uno de aquellos azares de la fortuna, que se complace á veces en derribar todos los obstáculos, Napoleon Luis se encontró ser el heredero de la corona imperial de Napoleon I segun el plebiscito del año XII.

Este acontecimiento influyó mucho sin duda en el carácter de Napoleon Luis, y comunicó á sus estudios una direccion del todo política y militar. En 1833 publicó una memoria sobre la Suiza que le valió el título de *Ciudadano honorario* del canton de Thurgovia; voluntario en la escuela militar de Thun, publicó un año despues un manual de artillería, y el gobierno de Berna le nombró capitan en su regimiento de la expresada arma.

Es probable que el jóven príncipe hubiese tomado en aquella época una resolucion, pues rehusó en 1835 la mano de D.ª María, reina de Portugal, viuda del duque de Leuchtenberg. Sus esperanzas se cifraban únicamente en la Francia.

Luis Napoleon manifestó ya entonces tener grande habilidad en el arte de las preparaciones; su plan consistia en darse á conocer á los hombres eminentes de los distintos partidos. Chateaubriand, por ejemplo, pasa por Suiza en 1833, recibe en el palacio de Arenemberg la mas cordial hospitalidad, escucha al jóven príncipe, lee sus primeros ensayos políticos, y le escribe estas palabras: «Si Dios, en sus impenetrables designios hubiese desheredado á la estirpe de San Luis, si nuestra patria debiese anular una eleccion que no ha sancionado, y si sus costumbres no hiciesen posible para ella el estado republicano, entonces, príncipe, no hay nombre alguno que como el vuestro se avenga mejor con la gloria de la Francia.»

La Fayette solicita en 1833 una entrevista del príncipe, y le excita «á aprovechar la primera ocasion favorable para regresar á Francia. Vuestro nombre es el único popular,» añade aquel anciano tan conocedor en materia de popularidad.

Un enviado del príncipe sondeó á Armando Carrel. «Las obras políticas y militares de Napoleon Luis Bonaparte, anuncian una *buena cabeza,*» contestó, y predijo al príncipe un gran porvenir si se decidia á «olvidar sus derechos de legitimidad imperial.»

La soledad de Arenemberg era visitada en aquella época por un jóven ardiente, salido de la artillería, M. Fialin de Persigny; conocedor de la Francia, persuadido del bonapartismo del pueblo, comunicó al alma del príncipe la llama de sus esperanzas.

El teniente Armando Laity, otro partidario del príncipe, habíale tambien consagrado una adhesion absoluta.

A corta distancia de Arenemberg vivia un teniente coronel retirado, ex-capitan de la guardia veterana, y fué otro de los fieles partidarios del príncipe.

La Francia, como lo probó despues, no se hallaba satisfecha con el gobierno de Luis Felipe; pero el príncipe, que veia una ocasion favorable para realizar sus planes en la circunstancia de mandar el coronel Baudrey, adicto á su causa, la artillería de Strasburgo, se exageró á sí mismo aquel descontento, y concibió y realizó la insurreccion de Strasburgo, que, segun él, debia propagarse á la Alsacia, á los Vosgos, á la Lorena y á la Champaña, tan poblados de imperiales recuerdos.

Al salir una noche de un baile dado en Baden, el príncipe monta á caballo; un solo amigo le acompaña, y entrando en Strasburgo se presenta á una reunion de oficiales, y les dice: «Señores, el sobrino del emperador se abandona á vuestra lealtad.» Explícales luego sus planes y su idea, y se resuelve aprovechar la primera ocasion favorable.

Algunos meses despues, en 25 de octubre, el príncipe cree llegado el momento; abraza á su madre manifestándole que marcha á visitar á una de sus primas; preséntase á M. Parquin y le dice: «Parquin, voy á hacerme matar, ó clavaré otra vez el águila en nuestras banderas; quereis seguirme?» Parquin le siguió.

Conviene observar aquí que Luis Napoleon no se halla dotado de una de aquellas naturalezas sanguíneas que buscan con afan la lucha; el príncipe que tomó las armas en la insurreccion de la Romanía, que expuso dos veces su vida en dos tentativas, que arrostró la muerte cuando el golpe de Estado, era tímido al principio. La voluntad le ha hecho vencer su natural reserva, y ha llegado á la audacia por medio de la flema; suyas son aquellas memorables palabras que pronunció entre las turbulencias de 1848: «El porvenir pertenece á los apáticos.»

No referimos los detalles de la insurreccion de Strasburgo, pues muy conocidas son las muchas relaciones que de la misma se han hecho, y solo diremos algo de la extensa carta que escribió á su madre el príncipe vencido desde el buque que le conducia á Rio Janeiro por órden de Luis Felipe. Recuerda á su madre el momento de su marcha para Strasburgo: «Una voz secreta me arrastraba,» dice, y al mismo tiempo que se sentia animado de una invencible resolucion, habíase apoderado de su alma una secreta melancolía. «Triste y pensativo, dice, mi corazon habíase infiltrado de la fria neblina que me rodeaba.»

Llegado á Larh, pequeña ciudad del gran ducado de Baden, rómpese su carruaje: era aquello un triste presagio, pero la voz secreta le grita: Adelante!

Atraviesa Friburgo, Neuf-Brisach, Colmar, y llega á Strasburgo á las once de la noche, hospedándose en un reducido aposento que habia alquilado en la calle de la Fuente; amigo de observar la naturaleza, ha hablado de la *fria neblina*, y nos dice tambien que *la luz de la luna iluminaba las calles;* el silencio de la ciudad dormida le sorprende.

¿Quién no comprende el sentimiento de piedad que ha de sobrecoger al hom-

bre político al contemplar una ciudad tranquila á la cual debe despertar el dia siguiente el estrépito de la fusilería? «¿Qué reemplazará mañana á esta calma? Si yo triunfo no habrá desórden, dije á mi compañero.»

«Las situaciones dependen de las emociones que en ellas sentimos, continúa el príncipe; hace dos meses que solo pedia no volver mas á Suiza, y si me abandonase ahora á mí mismo, no tendria mas deseo que hallarme otra vez en mi reducido cuarto, en ese hermoso pais, donde me parece que debí ser tan dichoso.»

Mas léjos se mezcla á sus pesares un pensamiento de amor. «Al volver hace algunos meses de acompañar á Matilde, encontré en el parque un árbol desgajado por la tempestad, y dije para mí: Ay! así romperá el destino nuestro enlace!....»

Vencido en Strasburgo y conducido á América, sabe que su madre se halla gravemente enferma, y vuela á su lado para recoger su último suspiro. El duque de Montebello, embajador entonces de Luis Felipe en Suiza, no puede ver sin zozobra tan inmediato á las puertas de Francia al que intentara abrirlas con la punta de la espada, é intima á la Suiza la expulsion del príncipe. La Suiza quiere conservar su huésped, el duque remite á la dieta una nota amenazadora, y deseoso el príncipe de poner fin á una contienda que podia ser grave, escribe al landamann Auderwert para anunciarle hallarse pronto á retirarse luego de recibir su pasaporte.

Desde allí marchó á Inglaterra, y mientras se le veia figurar en el torneo de Ecklington y se le creia entregado á los devoradores placeres del *dandysmo* inglés, medita una nueva tentativa yendo á estrellarse todos sus planes en la plaza de Bolonia en 1840. Aquella vez, no el destierro, sino la cárcel de Ham es quien enseña al príncipe que nadie tiene en política el derecho de equivocarse.

Napoleon Luis continuó su obra desde el fondo de su cárcel; estudia, escribe, publica, y por medio de una activa correspondencia, continúa dándose á conocer á las notabilidades de la Francia. Al mismo tiempo proyecta su evasion, y con el traje de uno de los operarios que trabajaban en el fuerte de Ham, logra fugarse y regresar á Inglaterra.

Sabido es el modo como la revolucion le abrió las puertas de Francia; las escenas de junio de 1848 apartaron del general Cavaignac los votos de las masas, y diéronlos al príncipe Napoleon; este contestó: «Lo juro» á la fórmula del juramento que le leyó Marrast, presidente de la asamblea, y fué proclamado presidente de la república francesa.

No es este el lugar oportuno para trazar las faltas de los republicános y la série de errores con que prepararon la elevacion del presidente al trono imperial; la vida de los soberanos es por decirlo así la historia de su pueblo, y no nos es dable explicar aquí la historia de la nacion francesa durante los últimos diez años; conocidos son y mucho los actos de Luis Napoleon: su presidencia, la expedicion de Roma, el golpe de Estado, su enlace, la alianza inglesa, la guerra de Crimea, el atentado de la ópera, la guerra de Italia, son hechos que todo el mundo sabe y que todo el mundo juzga. Limitémonos aquí á continuar algunas consideraciones que copiamos de una obra publicada en París acerca del actual emperador, sin

entenderse por ello que nos hallemos conformes en todas sus apreciaciones.

«La providencia habia formado al pretendiente para su mision, y al darle mas carácter que talento superficial, al crearle mas propio para la accion que para la oratoria, inmovilizando por decirlo así su pensamiento en una especie de idea fija: la reconstitucion del imperio francés, habíale armado para la lucha. Una madre le dijo al oido las palabras de las brujas de Macbeth: «Serás rey,» y habia andado por el mundo con esta inmutable creencia, no imaginando para él otro modo de existir á no ser el del sepulcro. No comprendia el valor de la vida no siendo emperador de los franceses, y habia escrito: «Estoy decidido á realzar el águila imperial ó á morir víctima de mi fe política.»

«Dentro de tres siglos no habrá leyenda mas interesante que la del príncipe Luis Napoleon.

«Luis Napoleon no era menos diferente de su siglo por su carácter que por su historia; en esta sociedad ecléctica, rutinaria, parlamentaria, donde los hombres muestran tan poca resolucion para arrostrar el todo por el todo y seguir la pendiente de su destino, el pretendiente aparecia con la idea de vencer ó morir, y este hecho debia darle una superioridad incontestable entre tantos hombres vacilantes ó escépticos.

«Luis Napoleon reune las dos cualidades que constituyen los políticos; á la calma del norte la sagacidad meridional; y si á esto se añade que los reveses no logran jamás vencer su fe ni domar su valor, se comprenderá que en tiempos de discordias civiles debia el poder ir á parar en sus manos. Los que han gozado de la intimidad del príncipe saben la obstinacion de su voluntad; enemigo de inútiles palabras, jamás desiste; pero vuelve sin cesar á la carga; entonces se conocia la diferencia que existe entre el carácter y el talento, quedando casi siempre el triunfo por el primero. Los mas brillantes discursos, los manejos parlamentarios estrellábanse ante aquella inmutable voluntad, como se desvanece contra las rocas la ligera espuma de las olas.

«En una época en que la mayor parte de las escuelas economistas, designadas con el nombre genérico de socialismo, niegan y rechazan la política como un harapo de otros tiempos, como un objeto harto mezquino para el siglo XIX; cuando pretendidos pensadores derraman torrentes de tinta contra la diplomacia, la guerra, etc., considerándolas como los últimos vestigios de los tiempos bárbaros, Luis Napoleon penetraba en la liza con las antiguas armas usadas en tiempo de los Médicis, con la política italiana que será siempre la primera del mundo; llegaba con la política de Tácito, de Tito Livio, de Julio César, de Machiavelo y de Napoleon el Corso; pero qué digo? llegaba con la única y eterna política basada en el conocimiento del hombre y de sus intereses, ventaja inmensa en esta época de utopistas que pretenden reducir el mundo á sistemas.

«Ante un príncipe cuyo solo nombre encerraba tan gran peligro para la república, el partido republicano no supo obrar políticamente; sin recurrir á una de esas sangrientas traiciones posibles siempre de suplir con los recursos del ingenio, era fácil al partido republicano absorber á Luis Napoleon en beneficio de

la república. Ni Lamartine, ni Ledru-Rollin, ni Cavaignac, ni Changarnier, ni personaje alguno de los que ocuparon entonces la opinion pública, estaba dotado del carácter necesario para la larga y trabajosa empresa de fundar un gobierno democrático en un país monárquico y católico hacia catorce siglos; en vez de suscitar obstáculos al único hombre que por su origen real y plebeyo á la vez, por la gloria unida á su nombre, por la flexibilidad de su genio, se hallaba en las condiciones necesarias para realizar la transicion de la monarquía á la república, era preciso envolverle con una especie de celoso afecto que no permitiera llegar hasta su persona el espíritu monárquico. Estrechándose á su alrededor, los republicanos, dueños de las altas funciones del Estado, habrian detenido á Luis Napoleon como los republicanos ingleses detuvieron á Cromwell al borde de la monarquía. Mas feliz que Cromwell, quizás hubiera ese príncipe fundado la república en Francia, y preferido una gloria personal como Washington al honor mas efímero de fundar una dinastía.

«Entre la idea de Luis Napoleon y la de su tio existe una diferencia capital. No hay duda que Napoleon I fué tan grande administrador como buen guerrero; pero tampoco la hay en que el genio de la guerra destruyó en él todo equilibrio, sin contar que su mision habia sido trazada ya de antemano por la coalicion de los reyes contra la república francesa. Esta mision consistia, como tantas veces se ha dicho, en propagar por la Europa toda entre los pliegues de la bandera tricolor las ideas francesas, de modo que encerrado en el circulo de la guerra, el carácter de Napoleon I es ante todo conquistador y propagador. Nacido en circunstancias distintas, Napoleon III considera de otro modo lo que él llama la *idea napoleónica*; segun él no es esta una idea de guerra, sino una idea social, industrial, mercantil y humanitaria. *El Imperio es la paz*, ha dicho, y, de acuerdo con la mayoría de los socialistas, cree que debe emanar del gobierno la iniciativa de las grandes cosas. *Un gobierno no es una úlcera necesaria, como ha dicho un economista, sino el benéfico motor de todo el organismo social.*

«Napoleon III no es como su tio, el armado Mesías entrevisto por el genio patriótico del poeta polaco Mickiewitz; es el hombre de la paz, el *gran edificador* que construye una ciudad en el espacio de pocos dias.

«En la política exterior, no es menos distinto de su tio; las *Consideraciones políticas y militares sobre la Suiza*, dicen que Napoleon hizo reyes para que se creyera en la estabilidad y no se le acusase de ambicion. El sobrino no piensa en hacer reyes, sino en reconstituir una raza que tiende á desaparecer del globo, fenómeno tanto mas interesante para nosotros cuanto que esa raza es la nuestra.

«Lo que no dejará de causar sorpresa es que el príncipe, en el que ven muchos un servil imitador de la idea de Napoleon I, se remontaba hasta la profundidad de la edad media en busca de un modelo y de un maestro. Esta idea que no ha encontrado jamás eco en la prensa, se ha producido bajo mil formas en el palacio del Eliseo, entre los íntimos partidarios adictos desde mucho tiempo á la fortuna del pretendiente.

«Con grande admiracion de los que lean estas líneas, diremos que Luis Napo-

Bonaparte ha encontrado en su patron S. Luis el objeto de su mas viva emulacion. Príncipe cristiano y católico, queria, como el santo rey, ser la columna de la Iglesia en el siglo XIX; espíritu verdaderamente político, comprendia que el principio de autoridad tiene por base la religion, contando en cambio sacar de la misma su prestigio y su fuerza. Sabido esto, no es de admirar el poderoso intéres que debió ofrecer á su imaginacion la cuestion de los Santos Lugares, promovida por las atrevidas combinaciones del sistema ruso.

«Terminada felizmente la expedicion romana, restablecido Pio IX en el trono pontificio, Luis Napoleon habria aceptado, á modo de cruzada, una campaña á Jerusalen (1). Su tio gustaba del título de protector de la Confederacion germánica; él habria preferido el de protector del Santo Sepulcro y de los Santos Lugares. La conquista de Tunez le perseguia en sus sueños como perseguia á S. Luis, y el engrandecimiento de la raza latina era el remate del edificio religioso y político que allá en su mente construia. Pasando á las consecuencias de tan vasto plan, poblaba la antigua línea de los estados berberiscos, desde Trípoli hasta Tánger, con una colonia ítalo-hispano-francesa, de modo que delante de la Francia, delante de la España, delante de la Italia, se hubieran contemplado otra Francia, otra España y otra Italia como un mágico reflejo proyectado por el espejo del Mediterráneo. Así se resolvia en Europa el problema del equilibrio de las razas; así se contrapesaban las influencias greco-slava y anglo-sajona.

«Cuando al pasar por Marsella Napoleon III exclamó: «El Mediterráneo es un lago francés!» levantaba á los perspicaces ojos de las masas un extremo del velo que descorria del todo en las conversaciones íntimas del Eliseo. «El mar Negro es un lago ruso!» habia dicho el emperador de Rusia, y en estas dos frases que se chocan como dos aceros en un combate, ha de verse á la raza latina luchando á brazo partido con la slava.

«En aquellas íntimas conversaciones, en medio de aquel reducido círculo de amigos de su eleccion y de compañeros de fortuna, el pensamiento del pretendiente se inflamaba al eco de sus propias palabras. Su indiferencia acostumbrada se rompia como un cristal que no puede contener un vino harto generoso, retaba al combate á la política rusa, declaraba que entraria en aquella cuestion con todo el ardor de su celo católico, y si la Europa le preguntaba: «Quién eres? á dónde vas?» le contestaria: «Soy el libertador de los pueblos, y si algun dia aparecen mis escuadras por los mares de Levante, será que van en busca de la Rusia bajo un cielo menos helado que el de Moscou.» Entristecíanle los dolorosos recuerdos de 1812, y decia no ser perdidas para él las lecciones de 1814, 1815 y 1848; queria lavar en el Bósforo la deshonra de los tratados de Viena, y dirigir un dia su voz á los polacos, á los húngaros y á los habitantes de los Principados.

«Fijando luego sus miradas en el continente americano, explicaba su idea de engrandecer la raza latina en Méjico y en los estados del sur, y de restablecer allí como en Europa el equilibrio entre ella y la raza anglo-sajona; y volviendo á

(1) Esta idea aparece en el discurso pronunciado en Chartres el dia 6 de julio de 1849.

Francia á través de los mil rodeos de tan deslumbradora vision, consagraba el último período de su reinado á la reconciliacion de los intereses y á la solucion regular de la cuestion social.»

La vida de un hombre político, y en especial de un soberano, se parece mucho á una tragedia, y es tan difícil formar un juicio que merezca llamarse tal acerca de un príncipe reinante, como lo es decidir del mérito de una pieza teatral antes de caer el telon. Veremos si fueron sueños de Luis Napoleon ó del autor de su vida las palabras que hemos trascrito, ó si llegarán á ser algun dia una realidad. Hasta ahora nuestra opinion es que tienen mucho de lo primero.

FRANCISCO JOSÉ II,

emperador de Austria.

Carlos Francisco José, nació en Viena en 18 de agosto de 1830, y cuenta por lo tanto 29 años. Recibió una esmerada y cumplida educacion de su madre la princesa Sofía, hija de Maximiliano José, rey de Baviera, y de su ayo el conde de Mombelles, dejando entrever desde su mas tierna infancia disposiciones nada comunes, pues habla con facilidad los numerosos idiomas del imperio de Austria, Los sucesos ocurridos en 1848, le elevaron al trono mas pronto de lo que se creia, puesto que fueron la principal causa de la abdicacion hecha por el emperador su tio en favor de su hermano único el archiduque Francisco Carlos, quien trasmitió el mismo dia la corona á su hijo primogénito el emperador actual.

Azarosos fueron los primeros dias del reinado para el novel soberano; la rebelion en sus ciudades, la guerra en Italia y en Hungría eran bastantes para intimidar á un hombre menos animoso, y sobre todo menos obstinado que Francisco José II.

Haciendo frente á todas las calamidades, encargándose á pesar de su juventud de la direccion suprema del Estado, reorganizó el ejército, dió nueva fuerza á la máquina administrativa, y cuando sus tropas, mandadas por Radetzky pusieron fin despues de una corta y gloriosa campaña á la guerra contra el Piamonte, trasladóse el jóven emperador á Hungría, asistió á la toma de Raap, verificada en 28 de junio; la capitulacion de Vilagos (13 de agosto), y la rendicion de Comorn, le hicieron dueño de la Hungría, cuya provincia trató con excesiva severidad.

Sus armas y su política le hicieron triunfar igualmente en Italia. Venecia capituló el 23 de agosto de 1849, en tanto que el rey de Cerdeña se habia obligado, por el tratado de paz de Milan, á pagar al Austria setenta y cinco millones de francos por gastos de la guerra. Dueño ya de todas sus posesiones, el emperador dedicó todos sus esfuerzos á recobrar sucesivamente cuantas prerogativas per-

diera su predecesor en 1848 hasta que en 1852, con la obstinada voluntad, que es el distintivo de su carácter, restableció otra vez el poder absoluto. Lo único que quedó de la pasada era revolucionaria, fué la emancipacion de los siervos.

El emperador dirigió principalmente sus conatos á la organizacion de las fuerzas militares de su imperio, y amante del ejército y de la gloria militar, reservóse para sí la cartera de la guerra, pasando por uno de los mejores estratégicos de Europa.

Si el reino Lombardo-Veneto no debió á este emperador instituciones libres, débele en cambio magníficas carreteras, infinitos caminos de hierro como á una administracion modelo, y crecidas subvenciones á sus teatros y empresas artísticas. Al estallar la última guerra, hablábase de la creacion de un reino Lombardo-Veneto independiente, bajo el cetro del archiduque Maximiliano, hermano del emperador; pero este proyecto, de dudosa existencia, ha naufragado en medio de las vicisitudes de la lucha.

En 1850 fué objeto de una tentativa de asesinato cometida por un húngaro, recibiendo en el cuello una peligrosa herida.

En el exterior Francisco José trató de volver á adquirir la preponderancia que sus antecesores ejercian en Alemania, tomó una parte muy activa en los asuntos del Schelsswig-Holstein, envió tropas para someter el gran ducado de Shes, sublevado contra su soberano, y en el viaje que hizo despues á Berlin restableció las buenas relaciones del Austria con el rey de Prusia, interrumpidas hacia muchos años. En el interior la política del monarca es la centralizacion.

El emperador Francisco José ha tomado por esposa á la princesa Isabel, Amelia, Eugenia, hija de Maximiliano José de Deux-Ponts-Bukenfeld, duque de Baviera; en la época de su matrimonio levantó el estado de sitio en el reino Lombardo-Veneto.

Difícil y espinoso por demás era para un soberano austriaco el atravesar la crisis de 1854 sin devolver al Czar el inapreciable servicio que al imperio prestara en 1849, aun á costa de comprometer quizás para siempre los intereses de la política austriaca en Oriente. Sin embargo, Francisco José y sus diplomáticos lograron salvar el mal paso, si no con toda facilidad, es decir, conservando el aprecio del emperador moscovita, manteniendo ilesos sus intereses en Oriente y no declarándose abiertamente contra su antiguo protector. Es cierto que Francisco José firmó con las potencias occidentales el tratado de 2 de diciembre de 1854, mas pudo conservar hasta el fin el papel de mediador; y la aceptacion por la Rusia de los cuatro puntos de garantía que reclamaba en union de sus aliados, libróle de la dura necesidad de hacer la guerra al emperador Nicolás. El monarca austriaco supo aprovecharse sagazmente de la paz celebrada en París, y hasta ahora ha conservado su preponderancia en los Principados danubianos.

Hemos explicado el modo como se ha portado Francisco José en la cuestion italiana, y tambien en la sangrienta guerra á que la misma dió lugar. Excelente estratégico, segun fama pública, jefe de un ejército disciplinado y valiente, no pudo mostrar en la corta campaña en quetomó parte su talento militar, si bien

deben elogiarse las disposiciones que tomó en Solferino. La fortuna de las armas le fué adversa, y no es sin duda uno de sus menores méritos en los tiempos que corremos el haberlo con tanta franqueza confesado.

EL CONDE DE CAVOUR.

Obsérvase una lógica muy consoladora en el destino de las naciones: sucumben por sus culpas, y renacen y se elevan cuando saben sacar provecho de la experiencia.

Cada uno de sus errores es causa de una calamidad; cada una de sus grandes acciones lleva en pos de sí una recompensa.

Jamás ha existido pueblo mas ciego, mas loco que la Italia; la Italia ha sido tambien el pueblo mas infeliz.

Pero nunca nacion alguna, abriendo al fin los ojos y arrepintiéndose de los excesos pasados, ha visto brillar tan deslumbrante esperanza, anunciarse tan espléndida compensacion á sus dolores pasados.

Salir de los calabozos, volver del destierro, sentirse libre de cadenas, librar su oprimido pecho de las bayonetas extranjeras que lo amenazaban, y verse en libertad, á la luz del sol, poder aspirar con fuerza el aire, cantar, abrazar á sus hermanos, vivir con gloria en una tierra de delicias donde no se escucharán mas gritos de desesperacion, donde no correrán mas lágrimas, donde no se albergarán ya el infortunio y la tiranía; ¿puede darse mayor felicidad en el mundo para un pueblo martirizado, humillado y escarnecido?

Hace poco era el enemigo de sí mismo y desgarraba el seno de la patria, lleno de odio hácia su propia raza, y complaciéndose en su esclavitud.

Desgraciado y abyecto mereció su suerte hasta el momento en que empezó á comprender su vergüenza y su crimen, y en que resonó, en 1847, el primer grito de union que fué asimismo el grito de libertad y de resurreccion.

Entonces la union debió luchar en Italia con la incredulidad, y los italianos, obrando con el antiguo egoismo local, solo procuraban alcanzar la libertad y la independencia para el estrecho recinto de su casa paterna, dejando á su vecino, á su hermano, que sucumbiera aislado y sin auxilio.

Así pues, el universal desastre de 1848 fué una gran leccion y una gran felicidad para la Italia.

Venecianos aquí, romanos allá, genoveses mas léjos, y luego lombardos, sicilianos, piamonteses suspiraban por la independencia privada, pero no por la grandeza nacional. Despues de la victoria habrian combatido unos contra otros para caer otra vez sucesivamente bajo el yugo del extranjero, sin que la Europa tuviese para ellos una mirada de compasion ni una palabra de consuelo.

Cuando en 1848 poseidos de entusiasmo, de confianza y de ilusiones dieron el grito de independencia para ver luego á la Italia derribada y sin fuerzas en los campos de batalla, donde cayeron sus soldados, sus estudiantes y sus profesores; cuando el rey del Piamonte, rechazado hasta las puertas de Turin, vencido y desesperado, hubo perdido la última apuesta de una partida que tan bien empezara, la aurora de la libertad y de la grandeza italianas lució velada por la humareda de las derrotas, sombría y manchada con la sangre de los vencidos, que no sospechaban siquiera su aparicion.

Desde aquel momento el corazon de la Italia solo abrigó una idea y una pasion; la union, la nacionalidad. Entristecida la Europa por sus inmensos infortunios, veló por ella para salvarla luego que llegase la ocasion propicia, y la condujo por la mano á fin de mostrarle el camino que debia seguir.

Las faltas de aquella época fueron enormes, y engendrólas todas el espíritu de division con sus malas inspiraciones; la catástrofe empero aniquiló los fatales recuerdos del tiempo pasado, y el Piamonte marchó con valor por una nueva senda bajo la direccion de su rey y de un gran ministro, el conde de Cavour, en quien se personifica la independencia, la mision de Italia.

La vida política del conde de Cavour es la historia del Piamonte desde 1848.

Carlos Alberto, victorioso al principio, vióse obligado á detenerse y á retroceder luego ante el anciano Radetzki; entonces desvaneciéronse cuantas ideas abrigara su mente, apoderóse de su alma la amargura, y ya en nada creyó. Las vacilaciones, las injurias de los milaneses causáronle el efecto de la gota que cae en el vaso lleno ya, y sin esforzarse en triunfar de su mala voluntad, volvió al territorio piamontés que le pareció muy reducido, muy mezquino y muy indiferente, á él que señora con la Italia entera tendida ante las gradas de su trono. En la jornada de Novara luchó sin esperanza y sin tomar casi medida alguna militar; los generales pudieron disponer sus operaciones como mejor les pareció, y en aquel combate, empeñado solo por respetos humanos, llevábase la idea de morir, no la de vencer. En una hora quedaron los austriacos vencedores en toda la línea, y los piamonteses no defendieron, por decirlo así, mas que la derrota. Desde aquel instante no hubo ya ejército, ni reino, ni rey; quedaba únicamente el porvenir que debia restaurarlo todo.

«Tal fué Novara! exclama Mr. Platel; la Italia quedaba vencida. Los bersaglieri llenaban los barrancos con sus cadáveres; caballos sin ginetes galopaban arrastrando sus entrañas por los caminos; los cañones sardos yacian sobre sus rotas cureñas; los guiones azules ó amarillos de las brigadas pasaban de manos de los muertos á las de los moribundos; las banderas aparecian sangrientas y desgarradas. El duque de Génova, que prefiriera su espada sarda á la corona de Sicilia, combatia al frente de los últimos soldados; el duque de Saboya, el actual rey, blandia con furor su roto acero; oíase en el campo como un estertor inmenso.

«El rey Carlos Alberto se adelantó por un estrecho camino; su caballo se encontraba cubierto de espuma y temblaba; al ver al rey los moribundos se levantaban sobre sus codos y gritaban: *Viva il re!*

«Él, sombrío y con los ojos apagados, dirigió su caballo hácia las baterías austriacas que vomitaban torrentes de metralla; el animal aspiró con fuerza el humo y retrocedió; el rey miraba hácia el Sud. ¿Vió acaso á la Italia presa de las llamas? ¿Oyó el sonar de las cadenas? ¿Comprendió la inmensa ilusion que acababa de ser destruida?... ¿Díjose acaso que solo su muerte podia salvar el país? ¿Prefirió morir antes que envainar la espada? ¿Sardo, quiso hacerse matar por la Cerdeña? ¿Militar, buscaba sencillamente la muerte de un soldado? Nadie lo sabe; los que aquel dia le vieron no descubrieron emocion alguna en su rostro; queria morir y parecia esperar las balas.»

Carlos Alberto no habia gobernado con el amor de los pueblos, y la Italia no podia confiarse á él. El Piamonte no era entonces el estandarte de la Italia, no era como ahora una especie de tierra sagrada donde se conserva la libertad y la civilizacion. Carlos Alberto no pudo ser comprendido.

En el dia, merced á Victor Manuel, bastante cuerdo para dejar hacer, y al conde de Cavour, bastante enérgico para no retroceder ante atrevidas tentativas, el Piamonte es el corazon de la Italia, y su rey el campeon reconocido á quien siguen todos los brazos y todos los ojos á la guerra de la independencia.

Victor Manuel recogió la corona que su padre dejára caer en el sangriento campo de Novara.

En tan funesta jornada, al ver combatir á sus soldados y al considerar cuantas desgracias habia atraido Carlos Alberto sobre sí por haberse mantenido aislado de sus pueblos, quienes se negaron á seguirle llegado el momento decisivo, Victor Manuel comprendió que el Piamonte necesitaba ser libre para reparar sus infortunios, y unió sus esfuerzos á los de todo el reino.

En un rincon del suelo italiano quiso conservar un resto intacto del naufragio, y encender en él un faro de independencia que mostrase el porvenir á los dispersos vencidos, á fin de que algun dia se agrupáran todos á su alrededor.

Victor Manuel conoció que el gobierno de su padre habia sido causa de su desgraciada muerte, y que el Piamonte merecia mas por sus sacrificios. Leal ante todo, dejó que la Cámara de diputados aplicára un bálsamo á las heridas comunes, y mantúvose apartado de los negocios con la mano en la empuñadura de la espada y los ojos fijos en el Austria. Heróico soldado, soberano poseido de abnegacion y de prudencia, ocultó todo lo posible su corona á fin de hacer mas brillante su papel de campeon de los pueblos italianos. El Piamonte y el rey Victor Manuel no tienen mas que un alma, mas que un corazon.

Victor Manuel ha tenido la suerte de encontrar á un hombre de conviccion profunda, paciente y obstinada que condujo sin vacilar al Piamonte, al rey y á la Italia hácia su libertad. Este hombre es el conde de Cavour. En Cerdeña no hay mas que dos nombres, Victor Manuel y el conde de Cavour; cuando los piamonteses los pronuncian, su corazon late y suben á sus ojos lágrimas de admiracion y de alegría. Como si no hubiera mas conde que él en el país, llámanle, no el conde de Cavour, sino solamente el Conde. Cuanto ha convertido al Piamonte en una nacion noble, gloriosa y libre, procede de Cavour, de modo

que no hay límites posibles para la gratitud que todos profesan hácia el grande y sencillo ministro, sencillo como un hombre de negocios, grande como un bienhechor.

Otros antes que él se hallaron al frente del Estado despues del año 1849, pero aparecieron tímidos, desalentados, tristes y como asustados de la fuerza austriaca. Él fué quien con mano segura levantó á su país de la postracion en que yacia.

Así como la figura militar y aventurera del rey Victor Manuel excita las aclamaciones y la entusiasta esperanza de futuras glorias cuando pasa al galope por delante de sus soldados altivos y conmovidos, del mismo modo el pueblo procura leer en la tranquila actitud y en la penetrante fisonomía del ministro, si ha llegado el tiempo de la cosecha, ó si ha de esperar todavía que madure el fruto.

El conde de Cavour es alto y grueso; sus ojos fatigados por el trabajo descansan detrás de anteojos sin perder su expresion aguda y profunda. Su rostro, frio al primer aspecto, revestido de una impasibilidad irónica y de una firmeza invencible, varia frecuentemente de expresion, pues el ministro pasa con mucha facilidad de la risa á la impaciencia.

La seguridad de su conviccion, la certeza que posee de estar en lo verdadero, la excelencia de los resultados obtenidos por su conducta, la grandeza del horizonte que ha abierto á su país, estas razones todas le hacen impaciente y hostil á la contradiccion, al mismo tiempo que le inspiran cierto desprecio hácia las ideas contrarias, en las que encuentra una mezquindad, una inconsecuencia, de las que se burla.

Como todos los hombres dotados de grandes miras, y que al obrar saben realizar grandes cosas, no contesta á sus adversarios sino cuando los cree á su altura; de otro modo continúa su discurso como si no hubiesen hablado.

El rey Victor Manuel a caballo ostenta una actitud magnífica; el conde de Cavour sentado en la Cámara piamontesa produce una impresion admirable; su aspecto revela la fuerza y la importancia del hombre de meditacion, cuya pluma destruye y edifica mejor que una espada; su indiferencia es la del hombre que jamás abandona el fin que se propone, y no se inquieta de los demás; no les ve, solo mira lo que tiene dentro de si, lo que germina en su pensamiento. El conde de Cavour está dotado de gran penetracion y juzga admirablemente á los hombres; esto hace que no ame las personalidades medianas, dotadas de mas pretensiones que facultades; y cuando pretenden impedir su marcha, trátales con una ironía contundente que las deja aniquiladas.

Orador, el conde de Cavour no cuida de la entonacion y de la frase; su único objeto es ser claro, fácil y lúcido hasta que la patria, hasta que la Italia despiertan su corazon. Entonces se conmueve; al economista, al hombre de Estado metódico y preciso, sucede el ardiente patriota, y se escuchan religiosamente las palabras del que ha sido, por decirlo así, el iniciador de la union italiana.

El publicista piamontés M. Chiala, se expresa del modo siguiente acerca del gran ministro:

«Si se entiende por orador al que adapta perfectamente las palabras á las ideas; al que expresa sus pensamientos con imponente y grandioso estilo; al que encuentra para sus ideas una expresion atrevida, severa y siempre nueva, bajo este punto de vista, el conde de Cavour no es absolutamente lo que se llama un orador.

«Nada le falta tocante al pensamiento y á la elevacion de miras, pero no posee las cualidades que acabamos de exponer y que son necesarias para profesar el arte de hablar bien. Esto no obstante, ha logrado el conde de Cavour adquirir tal habilidad en vencer las dificultades del grande arte de decir, se ha adiestrado tanto y tanto en la lucha parlamentaria de cada dia, que al ser elevado al poder era ya uno de los oradores de la Cámara piamontesa con mas favor escuchados. Entonces como ahora, sabia su voz imponer silencio y atraer una atencion particular; y no se crea que hiera agradablemente el oido de los que la escuchan; su voz es por el contrario dura y va acompañada de un acento áspero. Aquella voz sin timbre y poco vigorosa, expresa sin embargo ideas claras, precisas y dispuestas con riguroso método; sencillas unas veces, impregnadas otras de profundas meditaciones, sus pensamientos se hallan siempre tan perfectamente coordinados que los unos dimanan de los otros, resultando un todo verdaderamente persuasivo. Semejante claridad, que casi llamaríamos maravillosa, era y es todavía la causa principal de la influencia que ejerce el conde en el ánimo de los diputados. Otra ventaja del ministro piamontés consiste en una penetracion singular, por medio de la que adivina casi instintivamente cuáles son las dos ó tres cuestiones principales que sobrenadan en el agitado mar de las discusiones, y que es preciso atacar ó defender, de modo que, seguro de su posicion, triunfa fácilmente apelando á la estrategia, sin emplear el impulso de la violencia.

«En estas dos facultades, que posee en alto grado el conde de Cavour, reside el secreto del imperio casi autocrático que ha logrado ejercer sobre el parlamento sardo.»

El conde de Cavour habla casi siempre con las manos en sus bolsillos y con aire indiferente, seguro de que ha de ser escuchado lo que va á decir, pues en aquel parlamento nuevo, inexperto y ardiente, es casi el único hombre profundamente versado en las ciencias económica, administrativa y política.

La superioridad del conde de Cavour en este punto es tan evidente, que en época no lejana dirigia por sí solo los tres ministerios del interior, de hacienda y del exterior, trabajando catorce horas diarias, y deplorando no poder desempeñar á la vez todos los ministerios.

Su conocimiento práctico de los negocios es extraordinario, y varias veces se le ha oido decir que bastan dos horas para atender á los graves cuidados de las relaciones exteriores. Esto no obstante créese en Europa que se halla completamente absorto en aquellos cuidados, y que no puede tener bastante tiempo para asistir á los congresos, celebrar tratados y redactar esas notas claras y completas, como si las hubiese redactado el mas escrupuloso notario.

El conde de Cavour se halla dotado de cierta aspereza é inflexibilidad al mismo tiempo que de un amor al poder sin trabas, á fin de procurar á su modo la libertad de los demás; atacado con frecuencia y muy vivamente porque rara vez comunica sus planes ni los documentos oficiales, su sistema, sus sentimientos pueden resumirse en estas solas palabras: « Confiad en mí, dejadme hacer!»

El ministro conoce su fuerza, sabe ser necesario, y no vacila en afirmar con frecuencia la necesidad absoluta de las medidas que propone como único argũmento, dejando entrever que si se le negára la confianza que reclama, abandonaria aquellos negocios cuya dificultad solo él conoce y puede resolver.

El conde Camilo de Cavour nació en 1809; su padre, comerciante en el condado de Niza, prestó algunos servicios al rey Carlos Alberto, el cual le concedió un título de nobleza. Segun ciertos biógrafos, su familia era ya una de las mas antiguas del país.

El conde trabajó asiduamente desde su juventud, aprendió el francés y las ideas francesas, y asistió mudo y con la frente apoyada en su mano al aflictivo espectáculo de los infortunios de Italia, jurando aplicar al apoyo de semejante causa, no un entusiasmo vago y de palabras, no un sentimiento estéril y artístico, sino una ciencia política, fuerte y práctica, ideas administrativas, principios de gobierno metódicos y profundos. El conde de Cavour estudió la revolucion de 1789, consideró sus resultados en Francia, cobró grande afecto hácia el régimen parlamentario inglés, observó atentamente la marcha de las reformas económicas en ambos paises, reflexionó, y comprendió entonces cuanto la Italia ignoraba, cuanto le era necesario.

El conde de Cavour residió muchos años en Inglaterra y luego en Francia. En París escribió en los periódicos franceses, y publicó en la *Nueva Revista* algunos artículos sobre los caminos de hierro piamonteses.

Durante el reinado de Carlos Alberto fué su vida el estudio y la paciencia, hasta que en 1847 dióse el solemne grito de emancipacion.

Sin pérdida de momento fundó M. Cavour junto con el conde Balbo el periódico *il Risorgivento* ó la *Resureccion*. Apareció entonces una falanje que, como los dos condes, los Azeglio, los Buoncompagni, los Anfieri, presintió los tiempos venideros. El *Risorgivento* representó la grande esperanza italiana precisada en fórmulas de economía política y en cuestiones administrativas.

El *Risorgivento* atrajo la atencion sobre el conde de Cavour, cuyo talento enérgico y despejado causó general admiracion. Todo el país pudo leer en aquel periódico el programa político que se realizó despues, y reconocer la conviccion profunda que presidió mas tarde á los actos de los ministros. El conde de Cavour acababa de colocarse en primer lugar entre los hombres profundos y prácticos de Europa, y desde entonces el Piamonte no apartó sus ojos de aquel periodista de cuya pluma salian continuas lecciones. El amigo de Cavour, el conde Balbo, era un célebre escritor que solo vivia para la Italia, un patriota ardiente lleno de esperanza; los dos veian mas allá de 1848.

El *Risorgivento* intentó la union de la Italia con sus solas fuerzas, y dirigió

al rey de Nápoles una calorosa súplica para que se uniera con el Papa y el rey del Piamonte en defensa de la patria comun.

La catástrofe de Novara no abatió al conde de Cavour que se habia alistado ya como voluntario; pero la espantosa rapidez de las victorias austriacas no dejó tiempo al Piamonte para lanzar nuevos soldados al campo de batalla.

El *Risorgivento* continuó su patriótica empresa explicando los peligros revolucionarios, y demostrando el mecanismo de las instituciones políticas, cuyo régimen iba á establecerse en el país. Por un momento la entereza del conde de Cavour le aisló de todos los partidos; por una parte tuvo un duelo, y por otra el público le abandonó. Sucedia esto en la época de turbacion inmensa que precedió á la catástrofe de Novara, cuando todos los dolores, todas las alarmas, todos los furores de Italia se habian concentrado en el Piamonte, ahogando toda voz razonable y sincera.

Sin embargo, despues de Novara comprendióse la necesidad de hombres inteligentes, y M. Cavour fué elegido para la Cámara de diputados. Abríase por fin á su talento el verdadero camino.

En poco tiempo el nuevo diputado dominó á la Cámara, y poniéndose al frente de las ideas prácticas de libertad, demostrólas con irresistible lógica, manifestó que la grandeza del Piamonte estaba en la union del rey y del país, y cuando la muerte del marqués de Santa Rosa, ocurrida en 1850, dejó vacante el ministerio de agricultura y de comercio, M. Cavour ocupó un puesto que debia ser el primer escalon de su encumbramiento.

El conde de Cavour habia admirado constantemente la profundidad de miras de los ministros ingleses, el valor frio é inteligente con que avanzaban siempre, y hombre enérgico y decidido, comunicó al Piamonte el primer impulso en la via de las reformas. En 1851 fué encargado del cuidado de la hacienda, y á medida que se veian sus obras, hacíase indispensable y la confianza aumentaba. Aplicóse á restablecer, en cuanto lo permitian las circunstancias, el equilibrio entre los ingresos y los gastos, y proporcionó al Piamonte los beneficios de la libertad comercial despues de encarnizadas luchas en el seno de la Cámara.

El conde de Cavour es mas italiano que piamontés; cuanto ha realizado en el Piamonte lo ha hecho para la Italia entera. El rey Víctor Manuel reconoce en el afecto del Piamonte, sin cesar renaciente, en la ansiosa esperanza de la Italia, que su ministro no se engaña y confia enteramente en él.

M. Cavour encontró al Piamonte desorganizado, azorado ante mil cosas desconocidas, y le ha conducido por la senda de la gloria, lo ha familiarizado con las instituciones liberales, le ha puesto las armas en la mano, y lo ha lanzado á una vida menos angustiosa, á una atmósfera mas respirable.

Esto, empero, no se realizó sin resistencia, sin combates con las antiguas ideas; pero al fin logró hacer del Piamonte un país franco, un modelo, un tipo completo de emancipacion.

En 1852, M. Cavour se halló en desacuerdo con sus colegas Azeglio y Gal-

vagno, quienes, desprovistos de la energía que á aquel caracteriza, comprometian su propia causa por su timidez en las reformas, su vacilacion respecto del Austria, su oposicion á los deseos manifestados por la mayoría de la Cámara. M. Cavour separóse entonces de sus colegas, y se unió con M. Ratazzi, jefe del partido avanzado; cuatro meses despues entraba otra vez en el ministerio como presidente del Consejo, y desde aquel momento hasta hace poco no ha cesado, por decirlo así, de ser el soberano.

No se crea, sin embargo, que no se encontrasen en la Cámara brillantes personalidades, pero la superioridad de M. Cavour las ofuscó ó las arrastró en pos.

Eran aquellas el caballero Máximo de Azeglio, poeta y soldado, el hombre mas popular de Italia por un momento, pero incapaz para el gobierno y la administracion. Esforzado y elocuente, M. de Azeglio desempeñó la dolorosa mision de firmar la paz con el Austria, y ante las necesidades prácticas de la situacion, ante la nueva organizacion que no comprendia muy bien, vaciló y retrocedió.

M. Ratazzi, ministro de Carlos Alberto en los dias de infortunio, inclinándose bajo la fatalidad que asoció su nombre á punzantes recuerdos, resignado y animoso, no por ello dejó de ser el jefe del partido avanzado que tomaba la iniciativa de las reclamaciones de la nacion. Buen orador y con sólidos apoyos en la Cámara, hízose el auxiliar de M. Cavour, cuyas intenciones y ciencia conocia.

El conde Solaro della Margherita, representante del antiguo Piamonte, ex-ministro de Carlos Alberto, y el mas activo adversario de M. Cavour, cuya marcha no ha logrado detener á pesar de sus amargos sarcasmos, á pesar del recuerdo de 1848 que invoca siempre como una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza del reino.

M. Valerio, banquero é industrial, lanzado á la arena periodistica por la pasion patriótica y director de *El Derecho*. Hombre práctico, entendido y activo, hace en la Cámara las veces de un clarin guerrero, y así defiende al ministro como le ataca cuando le impulsa el aguijon de su impaciencia.

M. Brofferio, naturaleza singular, casi mística, azote de los hombres tímidos. En la Cámara se oye á M. Brofferio como se mira y escucha por gusto una deshecha tempestad.

El marqués Costa y el coronel Menabrea, diputados saboyardos, tristes, temerosos de otro 1848, desconfiando de las nuevas formas y adictos á los principios que regian el antiguo Piamonte, en cuanto no empeñaban al pais en las peligrosas aventuras de la emancipacion.

El conde Revel, el único hacendista que pueda oponerse á M. Cavour, hombre de ingenio y penetracion, pero sin iniciativa ni atrevimiento.

Casi todos los hombres que acabamos de enumerar tiemblan por el Piamonte y temen al Austria; paréceles que M. Cavour se arriesga mucho al jugar el todo por el todo, y sin cuidarse mucho de la Italia, aman con frenesí su rincon de tierra piamontesa ó saboyarda, donde reinaba antes una tranquilidad jamás turbada.

O bien querian lanzarse contra el enemigo italiano sin esperar mas tiempo, sin ser auxiliados, sin haber preparado el terreno, y dejando á sus espadas la desorganizacion y la anarquía.

Entre ambos partidos debió establecerse M. Cavour, sirviéndose de los unos contra los otros, calmando á los impacientes, arrastrando á los rezagados y realizando casi siempre lo que le dictara su voluntad.

De los doscientos diputados de que consta la Cámara piamontesa, ciento veinte votan constantemente con M. Cavour, y por lo general uno de los dos partidos opuestos se reune con la mayoría.

Sostenido por la nacion, marchando hácia un fin deslumbrante, el conde de Cavour pudo al principio luchar con ellos, luego vencerles y prescindir de su cooperacion. La claridad, la grandeza de sus miras, la precision de su programa de organizacion, le habrian bastado contra adversarios apóyados en débiles y vacilantes bases, y además se halla secundado por muchos amigos antes de sus triunfos y de la patria italiana, como son el general de La Mármora, los ministros Lanza y Deforesta, el marqués de Villamarina, el conde Salmour, M. Massari, etc.

La lucha periodística es muy viva entre los partidarios del ministro y sus enemigos. M. Cavour ha sido puesto mas de una vez en caricatura, pues es él solo toda la política del Piamonte; los hombres son cavourianos ó anti-cavourianos.

El conde de Cavour ha mostrado su fidelidad á sus convicciones dando al Piamonte la libertad de imprenta. En la Cámara, obra como dueño, é interpela á los miembros personalmente ó les estimula ó reprende en particular. Lo que se llama en Piamonte el partido avanzado y el partido retrógrado, hacen la oposicion al conde de Cavour; pero no piensan en derribarle por miedo cada uno de que el otro suba al poder y destruya ó precipite la obra del popular ministro.

Una de las singularidades del parlamento sardo consiste en resonar en él dos idiomas á la vez, el francés y el italiano; los diputados saboyardos reivindican como un privilegio hablar solo en francés, y vése con frecuencia á oradores, al conde de Cavour entre otros, dirigirse en italiano á la Cámara entera, y contestar luego en francés á un discurso pronunciado por un diputado de Saboya.

Los saboyardos cifran grande orgullo en formar una nacion separada del Piamonte, al cual no quieren pertenecer, sino por su adhesion á la familia reinante; de aquí el sistema casi general entre ellos de lucha y de oposicion contra el conde de Cavour y la idea italiana, que creen haber amenguado la grandeza de la casa de Saboya, á causa de su régimen constitucional y de su actitud hostil contra el Austria.

Una de las mas encarnizadas luchas sostenidas por el conde de Cavour, tuvo por motivo al clero, y no ha terminado todavía.

M. Ratazzi pidió cierto dia que los bienes de manos muertas fuesen reunidos á los bienes del Estado, que la enseñanza se confiase á los seglares y que el matrimonio civil dominase como en Francia al matrimonio religioso. M. Cavour,

que participaba de estas ideas, emprendió la campaña é intentó obtener de Roma un concordato á fin de llevar á cabo dichas innovaciones sin trastornos interiores. La corte de Roma nada quiso conceder; la Saboya se agitó y el ministro se halló rodeado de grandes dificultades que superó en parte con su habitual firmeza. Poco despues ocurrieron los sucesos de Oriente, y el conde de Cavour vió con alegría la ocasion por tanto tiempo esperada de hacer entrar al Piamonte en los consejos de las grandes potencias y de unirse estrechamente con ellas. Los piamonteses fueron á pelear en Crimea, y desde aquel dia M. Cavour adquirió el derecho de hablar en alta voz á la Europa de los infortunios de la Italia y de la opresion austriaca

A contar desde aquel dia, el conde lo subordinó todo á su grande objeto; llamado al congreso de París, el ministro del Piamonte solo se ocupó allí de la Italia, y á su regreso, pudo decir en Turin á la Cámara de diputados las siguientes palabras:

«El camino que hemos seguido en estos últimos años nos ha hecho dar un gran paso; por primera vez en nuestra historia la cuestion italiana ha sido planteada y discutida ante un consejo europeo, no como en otras épocas con intencion de agravar los males de la Italia, sino con el fin altamente proclamado de remediar sus males, de declarar sin rodeos la simpatía que las grandes naciones experimentan por su causa. Terminado el congreso de París, la causa de la Italia se halla en la actualidad sometida al tribunal de la opinion pública, el cual, segun la memorable frase del emperador de los franceses, pronuncia en última instancia y decide definitivamente los negocios. El pleito puede ser largo todavía, las peripecias muchas; pero convencidos de nuestro buen derecho, esperamos un buen resultado con entera confianza.»

La Italia se estremeció y el Piamonte aclamó á su ministro; el rey Victor Manuel, irritado por los ataques que algunos dirigian contra el gran servidor de su país, deploró, á lo que se asegura, el no ser rey absoluto para vengar á su ministro que es tambien su mejor amigo.

El conde de Cavour no se intimidó, y continuó sus armamentos; abrió una suscricion pública para poner en estado de defensa la fortaleza de Alejandría, y de todas partes afluyeron entusiastas dones, en tanto que él en enérgicas y repetidas notas llamaba á la Europa en auxilio de la Italia.

El conde de Cavour ha tenido el valor de denunciar los grandes abusos de la dominacion austriaca, sin dejarse intimidar por el poderío ni por las amenazas de su enemigo.

La necesidad de preparar al Piamonte para la guerra, de reparar los desastres y de conservar una vigorosa actitud, ha impedido restablecer el equilibrio en el presupuesto.

La Italia toda era invitada en la persona de sus mas ilustres desterrados á tomar parte en las libertades del Piamonte, y á seguirle en la guerra que se meditaba.

Unos cuarenta mil refugiados lombardos, casi todos propietarios, nobles ó

pertenecientes á la clase media han encontrado asilo en el Piamonte. Por este medio se ha hecho éste italiano, y sus senadores, sus diputados, sus ministros han sido con frecuencia romanos, lombardos, florentinos ó napolitanos; citemos entre ellos á Azeglio, Mamiani, Paleocapa, Cantú, Borromeo, Casati, Montanelli, Mariano de Azayala y Pallavichini.

Los demás hechos son muy recientes y los hemos explicado ya en el cuerpo de esta historia.

El Piamonte era hace diez años la sombra de un reino, y es en el dia una potencia europea.

El grande hombre á quien se debe tan inmenso resultado se ha retirado del poder hace muy poco tiempo á consecuencia de la paz de Villafranca, que ha echado momentáneamente por tierra todos sus planes de engrandecimiento exterior; es probable que no haya terminado aun su papel delante de la historia, pero esta puede y debe ya saludarle con agradecimiento.

GARIBALDI.

El levantamiento y las luchas de la Italia en 1848, hicieron aparecer sobre los sucesos todos, á un hombre de extraordinaria audacia, que pareció resumir en sí por medio de acciones en cierto modo exageradas é hiperbólicas, todo el épico y heróico vigor del temperamento italiano.

De interesante rostro, de alta estatura, dotado de fuerza y agilidad, imponente, altivo y teatral, mandaba sus soldados vestidos de encarnado, y se complacia en llevar un manto escarlata que flotaba al viento, pues el genio meridional cifra grande interés en cautivar los ojos.

Nada en él seguia el curso acostumbrado.

Su esposa á quien pusiera al frente de algunos hombres combatia á su lado; y sus soldados le eran tan fuertemente adictos, que morian á la mas leve órden suya, sin querer separarse de él cuando la dispersion llegó á ser necesaria para la salvacion comun.

Si hablaba, hacíalo en pocas palabras, duras como el acero, siempre para proponer la lucha, la resistencia encarnizada, las resoluciones rápidas é irrevocables; sus proclamas, iban como un cilicio erizadas de puntas de hierro, y era necesaria grande abnegacion patriótica para arrostrar los peligros y las fatigas que prometian.

Una extraña impaciencia de accion y de movimiento, una especie de agitacion febril, lanzábanle continuamente á través de los valles, de las montañas, en busca de sus enemigos. Arrastrábale sin cesar un exceso de ardor, de energía y de entusiasmo.

Cuanto mayores eran los obstáculos que debia vencer, mas aumentaba su

ardor, y como las naturalezas insaciables de placeres á las que exalta la vista de un festin inmenso, así se mostraba él insaciable de peligros, gozándose en verlos renovarse de continuo.

Tenia gran predileccion por las montañas donde el terreno es mas quebrado, donde los movimientos exigen mas vigor y fuerza, donde no se anda sino que se corre ó se trepa entre cavernas, desfiladeros y emboscadas.

Semejante predileccion, su modo irregular de combatir y de organizar á sus soldados; su prodigiosa fuerza corporal, el placer que le causa la lucha cuerpo á cuerpo, sus apariciones, sus desapariciones, todo contribuyó, auxiliado por el espíritu de partido, á formar á José Garibaldi una fama terrible, pero dudosa á los ojos de muchos hombres.

Y, mientras que en Italia su nombre representaba la gloria de un atrevido patriotismo, pasaba en el extranjero casi por un jefe de bandidos.

Es cierto que en aquella época en que la Italia, herida por todos lados y sin esperanza, intentaba en vano devolver los golpes que recibia, el país entero se hallaba muy próximo á ser considerado como una caverna de malhechores.

La existencia toda de Garibaldi le muestra poseido de la pasion de libertar á su patria, al mismo tiempo que es presa en cierto modo de la locura del sable, no pudiendo resistir al deseo de correr tierras y mares, de luchar entre los pueblos mas lejanos. Tan audaz marino como valiente soldado, de una educacion mediana, sóbrio de palabras, rico en acciones, generoso y hasta tierno, Garibaldi es una de las figuras mas gloriosas de la época presente.

A primera vista, Garibaldi no anuncia al guerrero, al hombre de fuego y amante de los cintarazos; su cabellera rubia, sus ojos tranquilos y casi siempre lánguidos, parecen indicar un alma melancólica y entregada á las ilusiones. Sin embargo, como rara vez se le ve sino al frente de sus voluntarios ó en operaciones militares, obsérvase en él una actitud altiva, y á veces teatral, que entusiasma á sus soldados y atrae sobre su manto rojo las balas de sus enemigos.

Por esta parte Garibaldi tiene cierta analogía con el deslumbrante rey Murat.

Su vida es una continua série de aventuras, de viajes, de amores y de grandes lances de guerra, como en los romances del Ariosto.

José Garibaldi nació en Niza el dia 4 de julio de 1807 á orillas del mar; su padre fué un pescador que habia reunido cierta fortuna haciendo el comercio de cabotaje entre los puertos sardos.

El héroe italiano creció en medio de pescadores y marineros, hombres rudos y francos, que no tardaron en admirarse de la fuerza y audacia del niño. Habíase convertido en el protector y dominador á la vez de sus camaradas, y él era quien administraba entre ellos justicia con su energía y la fuerza de sus brazos; violento, infatigable en el juego, pronto á batirse contra cualquiera que contrariase sus nociones de lo justo y de lo injusto, empleaba su notable fuerza en proteger á los débiles y en castigar á los opresores.

Atrevido en el mar hasta exponerse voluntariamente á los peligros, Garibal-

di desarrolló desde su infancia su rica naturaleza, y sin embargo, repugnábale el trabajo en su primera juventud. Su familiaridad con los buques y el mar le habian hecho adquirir rápidamente los conocimientos prácticos marítimos, mas el estudio sentado y lento era insoportable á su espíritu sediento de actividad y á su cuerpo deseoso de movimiento y de ejercicio.

Garibaldi descuidó pues las matemáticas y la mayor parte de los estudios á que su padre deseaba que se consagrara; esto no obstante, aprendió lo suficiente para ingresar muy jóven en la marina sarda como oficial inferior. Sus primeros viajes marítimos no le alejaron del Mediterráneo y de las costas de Italia, pero en ciertas circunstancias se observó la sangre fria, la actividad y el ardor de Garibaldi, lo mismo que el afecto y el entusiasmo que sabia inspirar á los marineros que se hallaban á sus órdenes.

Los buques sardos hacian frecuentes arribadas á los puertos, y sus tripulaciones permanecian tanto tiempo en tierra como en el mar. Garibaldi conoció en Génova algunos jóvenes que asistian sombríos y desesperados á la humillacion de la Italia bajo el yugo del Austria y bajo el despotismo local de cada uno de sus príncipes, y ellos le comunicaron su amor á la patria, sus dolores y su cólera.

En Niza, país mixto por decirlo así, puesto que no es italiano ni francés, nadie pensaba en los destinos de Italia, y Garibaldi tampoco pensaba en ellos lo mismo que sus compatriotas de Niza.

Con dolorosa sorpresa supo los infortunios de su país, y abrazó la causa de la libertad y de la union italiana, con tanto mayor ardor, cuanto que sus ideas de independencia, de justicia y de generosidad no se habian aplicado á cosa alguna hasta entonces, y necesitaba abrazar algun gran partido que llenara su mente y su corazon. En adelante sabia ya hácia donde dirigir sus fuerzas.

Garibaldi tuvo desde entonces una conviccion, un objeto; consagróse á la causa que habia emprendido, y se dedicó al estudio que despreciara á fin de dar á su patria la abnegacion de un hombre que habia hecho cuanto el deber le mandaba.

Los amigos de Garibaldi, afiliados en el partido Mazziniano, conspiraron en 1834; Garibaldi, que se vió tambien comprometido en la frustrada conspiracion, no tuvo mas recurso que refugiarse en Francia.

Su carrera en la marina sarda habia terminado, mas Garibaldi acababa de abrazar de hecho su verdadera profesion, que no debia ser otra que la emancipacion de Italia. Atravesó á pié y de noche el grupo de montañas que separan á Génova de Niza y que cubren el territorio llamado la ribera de Génova.

Garibaldi no volvió á la casa paterna, donde la policía habia practicado ya un escrupuloso registro; mantúvose oculto en casa de un amigo durante dos ó tres dias, no dando noticia alguna á su familia por miedo de que se descubriera su asilo; su amigo le procuró un traje de campesino francés, y Garibaldi, tomando el camino del destierro, pasó la frontera y se dirigió á Marsella.

Léjos de desalentarse por el revés experimentado en Génova, robusteciéronse mas y mas sus resoluciones libertadoras. Garibaldi, que por fin habia entrado

personalmente en lucha, púsose en correspondencia con sus compatriotas que reanudaban el roto hilo de la conspiracion, y permaneció por espacio de dos años en Marsella, esperando sin cesar que la noticia de un levantamiento le llamaria otra vez á Cerdeña, permitiéndole empuñar las armas contra los austriacos. Pasado aquel tiempo sin que viera en el Piamonte señal alguna de libertad, empezó á cansarse de su inaccion, y como habia completado sus estudios matemáticos y marítimos, algunos oficiales que servian en la escuadra egipcia le aconsejaron entrar al servicio del Dey de Túnez, el cual dispensaba buena acogida á cuantos europeos se le presentaban. Hízolo así en efecto, y se le confió el mando de una pequeña embarcacion. Sin embargo no tardó en disgustarse de su nuevo estado; una absoluta calma reinaba en las posesiones del Dey que solo pensaba en preservarse de toda especie de guerra, y además Garibaldi, aunque quizás no tan religioso como la mayor parte de sus compatriotas, no supo avenirse con su tripulacion mahometana. A fin de burlar la devoradora necesidad de movimiento que experimentaba Garibaldi, exigia de la pereza de su gente trabajos multiplicados, y los tunecinos intentaron rebelarse; su jefe empero dió muerte de un pistoletazo al mas atrevido, y desde aquel dia concibieron los demás un supersticioso respeto hácia su mano segura y firme. La Italia, de cuyas costas no habia querido alejarse, se hallaba encadenada y sin aliento, y el animoso jóven volvió entonces sus ojos á la América, acariciando el doble proyecto de enriquecerse por medio del comercio para consagrar luego su fortuna á la emancipacion de su patria, y de ofrecerse á las repúblicas españolas como marino ó soldado, á fin de formarse en el arte de la guerra y emplear mas tarde en beneficio de la independencia italiana la experiencia adquirida.

Garibaldi llegó á Rio Janeiro á fin de inspeccionar el terreno y ver á qué parte de la América española podia dirigirse. En la casa que en aquella ciudad habitaba encontró á una hermosa brasileña, cuyo carácter atrevido y viriles inclinaciones acabaron por seducirle; enamoróse de ella y la hizo su esposa. Desde aquel momento, Ana Leonta le acompañó en todas sus aventuras y en muchos de sus combates.

Montevideo y Buenos Aires acababan de declararse la guerra; Montevideo queria emanciparse de la dominacion del déspota Rosas, y Garibaldi marchó á aquella ciudad singular llena de aventureros de todos los países y de gente que buscaba fortuna. La llegada de un oficial de marina (Garibaldi tenia sus despachos sardos y tunecinos), fué celebrada con entusiasmo, pues Montevideo poseia algunos buques y marineros, pero carecia de oficiales. Garibaldi recibió el mando de la escuadra armada para combatir á la de Buenos Aires.

La guerra se hacia en aquellos países de un modo muy extraño; como si solo se hiciera por el gusto de pelear, batíanse los enemigos un dia, y á la mañana siguiente se retiraban todos á sus casas, para volver á empezar al cabo de algun tiempo. Los de Buenos Aires y de Montevideo se armaban celadas, se sorprendian, se despedazaban; y prolongaron su sangriento duelo por espacio de once años.

En aquella guerra de combates aislados é irregulares, Garibaldi aprendió á

batirse, llevando á las batallas una conviccion y un ardor que le hicieron el terror de sus adversarios.

La lucha con la escuadrilla de Buenos Aires duró mas de dos años, lo que induce á creer que no hubo combates generales, pero sí un sistema de correrías recíprocas á semejanza de lo que sucedia en tierra. Embarcábanse algunos soldados en la escuadra, remontábase el rio de la Plata ó el Uruguay, desembarcábase de improviso, y se atacaba á algun destacamento enemigo. Una vez este se habia dispersado y los invasores habian recogido abundante botin, la expedicion quedaba terminada.

Garibaldi se hizo famoso en tales encuentros por su emprendedora audacia, por la abundancia de sus recursos y por su valor personal; mas de una vez mató á cuatro ó cinco enemigos, y procuróse caballos derribando á sus ginetes. El terrible italiano se lanzaba allí donde el combate era mas encarnizado, y pocos hombres podian hacerle frente en una lucha cuerpo á cuerpo.

La fortuna no le abandonó jamás, y no recibió ni una herida; esto acreditó el rumor de que era invulnerable, y fué apellidado *el Diablo*. Los fusiles se desviaban de su pecho, pues segun decian los de Buenos Aires, era inútil disparar contra él, por cuanto las balas se aplastaban en su pecho.

En el mar hizo experimentar sensibles pérdidas á la escuadrilla de Rosas; no habia marinos que se opusiesen á un hombre capaz de realizar hazañas como la siguiente, que recuerda las maravillas de Montbars y de sus corsarios.

Ambas escuadras, ancladas á corta distancia una de otra, se observaban hacia algunos dias, y Garibaldi quiso aprovechar una espesa niebla que envolvia al enemigo, para reconocerle de cerca y apreciar sus fuerzas.

Entró en un bote con doce marineros, y se adelantó hasta el centro de la escuadra de Buenos Aires; pero divisado, dióle caza una goleta de seis cañones; los remeros del bote no podian luchar en velocidad con un buque ligero navegando á toda vela, y aunque la niebla les protegió por algunos momentos, una bala rasa, disparada desde la goleta, hundióse en el mar á poca distancia de la lancha. La goleta queria obligarles á que se arrojaran á la costa, y Garibaldi, renunciando á la fuga, dirigióse al fondo de una pequeña ensenada, á cuya boca llegó poco despues la goleta, deteniéndose allí como un centinela que custodia á sus prisioneros. Acercábase la noche, y el capitan del buque de Buenos Aires no se atrevió á intentar la captura definitiva, y aplazóla para el dia siguiente.

El punto en que Garibaldi se habia refugiado era un pequeño promontorio estrecho y afilado, desde donde se oia el rugido de las olas que se estrellaban en el flanco opuesto, y el atrevido jefe concibió el proyecto de trasladar por tierra su embarcacion á la otra parte de aquella montaña. Con infinito trabajo logró realizar su idea, y despues de dar algun descanso á su gente, les propuso tomar la goleta al abordaje antes de que asomara el dia, aprovechando el sueño de la tripulacion. Los valientes marineros salen al mar poseidos de entusiasmo, la lancha se acerca en silencio á la goleta, Garibaldi y su gente suben con precaucion, matan á los hombres de guardia, y penetrando en el puente, obligan á ren-

dirse á cuarenta marineros. Garibaldi, montado en su presa, se reune con su escuadra alarmada por su desaparicion, y desalentados los enemigos, se alejan y vuelven al amparo de los fuertes de Buenos Aires.

Poco tiempo despues, Garibaldi, al frente de un reducido cuerpo de tropas, intentó sorprender á un numeroso destacamento del ejército de Rosas que devastaba los alrededores de Montevideo; mas al principiar la accion recibió una grave herida, y sus soldados, sin valor al ver desmentida la reputacion de invulnerabilidad de su jefe, se retiraron llevándosele consigo; acosados por los vencedores, acabaron por desbandarse, y algunos oficiales adictos colocaron á Garibaldi en su caballo, llegando en rápida fuga á la provincia neutral de Entre-rios. Una vez allí, arrestóse á Garibaldi y se le tuvo por espacio de algunos meses en una especie de cárcel, hasta que alcanzó su libertad y volvió á Montevideo, donde se ignoraba su suerte. Grande fué el gozo á la vista del jefe á quien se creia perdido, y la república le equipó algunos buques destinados á una nueva expedicion que realizó con toda fortuna.

En esto los ingleses intervinieron para obligar á la paz á ambas repúblicas, cuya guerra causaba graves perjuicios á sus intereses mercantiles. Una fuerte escuadra, mandada por el almirante Brown, puso fin á las hazañas de Garibaldi.

Atacado por primera vez en la desembocadura del rio, cerca de la isla de Martin García, el audaz aventurero sostuvo animosamente el fuego de las fragatas inglesas y logró escaparse de entre ellas; cercado otra vez en el Uruguay, y vencido á pesar de sus esfuerzos, el heróico marino desembarcó sus tripulaciones, y personalmente pegó fuego á su escuadrilla, á fin de que no cayese en poder del almirante Brown. Hecho esto volvió á Montevideo.

Tan enérgica conducta le granjeó la admiracion de la república; en aquella época, gran número de desterrados italianos habian buscado asilo en Montevideo, donde todos los hombres debian ser soldados para defender una independencia tan vivamente atacada por Rosas. El incansable Garibaldi formó una legion italiana de mas de dos mil hombres, á cuyo frente prestó á la república los mas activos servicios, pudiendo decirse que era la espada de Montevideo contra Rosas. Formada y conducida por Garibaldi, que supo conmover los corazones italianos recordándoles las esperanzas de la patria, la legion italiana arrolló constantemente á las tropas de Rosas.

El entusiasmo, el amor y la fidelidad de aquellos hombres á su jefe no conocia limites, y obtenia con ellos cuanto se proponia.

Sucedia á veces que Garibaldi, descontento porque no habian sido obedecidas estrictamente sus órdenes, llamaba á los que se mostraran infieles á su consigna, y les mandaba hacerse matar á la primera ocasion, á fin de reparar su falta. Soldados ú oficiales peleaban entonces como demonios, y si no alcanzaban la muerte, era porque el enemigo volvia las espaldas.

Entre los combates que tenian lugar, pocos merecian el nombre de batallas; batíanse en partidas de trescientos ó cuatrocientos hombres, si bien Rosas ponia algunas veces en lucha fuerzas mas considerables. En Salta, Garibaldi

con trescientos compañeros puso en fuga á tres mil hombres; el enemigo creíase seguro de la victoria merced á su número, pero despues de la primera descarga, los italianos se precipitaron contra ellos á la bayoneta, y les pusieron en completa derrota.

Garibaldi era un excelente ginete, pues en aquellas aventureras luchas cobró gran predileccion por el caballo; diestro en nadar, en correr, en escalar, en lanzar el lazo, en manejar el sable ó la lanza, Garibaldi habia acostumbrado á su legion á toda clase de ejercicios.

El lazo es un arma que desaparece cada dia de la guerra en la América del Sur, quedando limitada al dominio de la caza; mas esto no obstante, en los ejércitos de la Plata y del Uruguay, se hallaban algunos hombres célebres por el modo de manejarlo.

En un encuentro de caballería, un oficial enemigo, que era una de esas celebridades, desafió á Garibaldi á singular combate; ambos adversarios, el italiano con el sable en la mano, y el americano blandiendo el lazo por encima de su cabeza, se precipitaron uno contra otro. La correa del lazo, impulsada por sus pesadas bolas de plomo, silbó junto á la frente de Garibaldi, mas este se inclinó sobre el cuello de su caballo, y cortó el lazo con su sable; el ginete enemigo, privado de su arma favorita, emprendió la fuga, mas Garibaldi le alcanzó y le dió muerte.

La república de Montevideo dió un decreto diciendo que la legion italiana habia merecido en Salta bien del país, y que en recompensa tomaria la derecha de las tropas de la ciudad, así en combate como en parada; diéronse además dinero y tierras á los vencedores, pero rechazando el primero solo aceptaron las segundas á fin de contribuir durante la paz á la prosperidad pública por medio de su trabajo. El desinterés de Garibaldi era no menos proverbial que su intrepidez militar.

Las grandes noticias de 1848 llegaron á Montevideo, poniendo en fermentacion á la colonia italiana; Garibaldi fletó varios buques para marchar á Italia con los compañeros que quisieron seguirle; pero las dilaciones exigidas por las dificultades inseparables de su empresa, le llenaron de angustia. Poner fin á sus compromisos con la república de Montevideo, reunir á sus soldados, acopiar una crecida suma, equipar los buques, fueron operaciones que exigieron algun tiempo, y Garibaldi ignoraba si hallaria á la Italia libre ó de nuevo subyugada. La travesía en buques de vela, aunque feliz, pareció muy larga á su devoradora impaciencia.

Al desembarcar en el Piamonte, encontró la Península en una situacion no muy brillante; el rey Carlos Alberto se retiraba ante los austriacos; el reino se hallaba trastornado, y Garibaldi comprendió que no debia contar mas que consigo mismo, pues en medio del desórden y desaliento general, no podia esperar que el gobierno sardo le proporcionase tropas ni tampoco sueldo.

Dirigió entonces su voz á los pueblos, y con sus bandas de Montivideo se lanzó al Tirol, donde disputó á los austriacos el terreno palmo á palmo. Uniéron-

sele muy pocos voluntarios, pues Garibaldi era desconocido de los pueblos; mas su inútil defensa del Tirol atrajo sobre él la atencion, cuando hubo debido ceder el campo ante las fuerzas de Radetzky.

Mazzini le llamó á su lado desde la Italia central, y le confió el mando en jefe de lo que se llamó por un momento el ejército republicano, compuesto apenas de cinco mil hombres.

A pesar de sus escasas fuerzas, Garibaldi intentó detener al general Aspre, que habia penetrado en Toscana al frente de quince mil hombres; mas los austriacos son mejores soldados que los guerreros de Buenos Aires, y el general dispersó aquel puñado de tropas indisciplinadas.

Garibaldi pensó entonces que un país montañoso como los Apeninos, seria mas propicio para la resistencia, y evitando por medio de una rápida marcha la persecucion del general Aspre, penetró en aquella comarca, donde no tardó en encontrarse con otro ejército austriaco compuesto de unos diez mil hombres que se dirigia hácia Ancona. Derrotados otra vez, sus soldados se desalentaron y abandonaron sus filas.

Reuniendo sus fieles compañeros de Ultramar, Garibaldi volvió con ellos al Piamonte, renunciando á toda esperanza de victoria.

En aquel momento verificábanse en Cerdeña las elecciones de la Cámara de diputados, instituida por la nueva constitucion, y Garibaldi fué elegido por el condado de Niza.

Las sesiones parlamentarias le fatigaron en breve; su voz dominadora y acerba resonó en ellas algunas veces, acusando las dilaciones, las dudas y el desaliento de los piamonteses.

Sóbrio, endurecido á todas las penalidades que soporta mejor que nadie, su ejemplo ha servido siempre de norte á los que le han seguido; maravilloso jefe, la salvacion de la patria exigia su despotismo sobre sus compañeros, y estos lo aceptaban con gozo en nombre de la Italia.

Garibaldi no pudo ponerse de acuerdo con el gobierno piamontés que vacilaba en confiar un mando al hombre que tanto le reprendia y aguijoneaba.

En aquel tiempo el Papa habia salido de Roma donde se formaba una asamblea constituyente; Mazzini que se encontraba allí, escribió otra vez á Garibaldi, y reuniendo el valiente guerrero sus bandas de Montevideo, se puso en marcha hácia Roma tomando el camino de las costas.

Su tropa recibió numerosos refuerzos en todos los pueblos y aldeas que atravesó, y Garibaldi llegó á Roma con muchos miles de hombres, divididos en legiones, cohortes y centurias. Acompañábanle su esposa y sus hijos; la valerosa Ana mandaba una centuria, y galopaba al lado de su marido en un caballito de Pampas traido de América.

Desde su regreso á Italia, Garibaldi habia gastado todo su capital en beneficio de la causa patriótica, así es que debió pedir al gobierno provisional romano á título de adelanto, la cantidad de 12,000 piastras para pagar á su legion. El gobierno le entregó parte de la suma en dinero y la otra en delegaciones á cargo

de las cajas públicas de los pueblos inmediatos, y sobre todo á cargo del patriotismo de los habitantes de la Romania.

Esto hizo que Garibaldi debiese recorrer el país en todas direcciones para atender á la manutencion de sus voluntarios.

Miembro de la Constituyente, abierta en 5 de febrero de 1849, asistió á la primera legislatura.

Llegado el mes de abril, presentóse delante de Roma el cuerpo del general Oudinot; la asamblea se dividió con motivo de la defensa de la ciudad, mas Garibaldi puso fin á la cuestion, lanzándose contra los franceses que penetraban ya en los arrabales.

El impetuso y repentino ataque de Garibaldi, el terrible fuego que salia de todas las casas, detuvieron á los franceses y les obligaron á retirarse.

En aquel primer combate recibió Garibaldi una bala muerta que penetró poco profundamente en sus carnes; arrancóla de allí sonriéndose, y mostrándola á sus soldados les dijo: «Todavía no nos hacen daño!»

Es cierto que mas tarde debian sus soldados convencerse de lo contrario.

Una suspension de armas celebrada con el general Oudinot, permitió á los romanos destacar un pequeño ejército contra el rey de Nápoles que se habia puesto en marcha con 15,000 hombres para restablecer al Papa.

Garibaldi, que mandaba una division de aquel ejército á las órdenes superiores del general Roselli, sorprendió en Palestrina á la vanguardia napolitana, y la dispersó arrebatándole tres cañones.

El ardiente jefe doblegábase con dificultad á las exigencias de las operaciones metódicas, y sobre todo á ser mandado por otro; esto hizo que se suscitara cierto desacuerdo entre él y su general en jefe, y que se adelantase mucho al grueso del ejército, que se halló entonces subordinado á sus movimientos. En Velletri, Garibaldi empeñó solo el combate contra el enemigo, á quien obligó á la retirada, intentando luego cortarle y atacarle por retaguardia; pero el general Roselli se hallaba harto léjos para apoyarle con oportunidad, y los napolitanos pudieron retirarse sin otro tropiezo. Garibaldi habia sido herido en la accion.

El ejército francés compuesto de treinta mil hombres, amenazaba á Roma con un sitio vigoroso, y el gobierno llamó á Roselli y á Garibaldi; este recibió una brillante ovacion, y fué llevado en triunfo por el pueblo alborozado; todos querian vestir el uniforme rojo de la legion de Garibaldi.

Las hostilidades empezaron el dia 3 de junio con el ataque de las alturas, llamadas de la *villa Pamfili*.

A pesar de qué no sea Roma una ciudad fuerte propiamente dicha, los sitiados habian improvisado numerosas obras de defensa, que exigieron un mes de esfuerzos y combates por parte de los franceses.

Garibaldi entre los romanos desempeñó en aquella defensa el papel mas activo y glorioso.

El ataque de la villa Pamfili tuvo un éxito completo, á pesar de que Garibaldi, saliendo repentinamente de la plaza, intentó una diversion contra los flancos del enemigo.

Varias veces quiso recobrar aquella posicion importante, pero siempre inútilmente; en muchas ocasiones penetró en las trincheras sin cuidarse de si era ó no seguido, y hallóse en situaciones tan peligrosas, que en mas de un encuentro se le creyó muerto ó prisionero; sin embargo, su sangre fria, su agilidad y su audacia, le sacaron con bien de todo.

Hasta llegó intentar combates de caballería en las mismas puertas de la ciudad al alcance de las piezas de sitio.

Al empezar las operaciones ocupaba con parte de su legion un grande edificio fortificado que se levantaba en una colina, no léjos de la villa Pamfili, y no lo abandonó hasta que cayó en ruinas bajo una lluvia de proyectiles.

Al darse el asalto, defendió el baluarte conocido con el nombre de baluarte número 8, que tanta sangre costó á los franceses; al dia siguiente halláronse allí ochocientos cadáveres con uniforme rojo.

Algun tiempo antes habia dado órden á un reducido destacamento de conservar á toda costa la posesion de Quatroventi, que impedia las operaciones de los franceses, y contra la cual dirigieron estos un fuego terrible; los romanos habian cesado de contestar á él hacia algunos minutos, y algunas compañías enemigas se lanzaron contra la posicion para ocuparla, no hallando allí mas que muertos y heridos.

Todos habian sucumbido en su puesto antes que evacuarlo ó rendirse.

La víspera ó antevíspera del asalto dado por los franceses, la asamblea deliberó, y preguntó á Garibaldi si podia prolongarse la defensa en la orilla izquierda del Tíber.

—Sí, dijo el general, abandonando el Transtevere y destruyendo los fuertes.

—¿Y podremos así resistirnos mucho tiempo contra el ejército francés? preguntó un triunviro.

—Sí, contestó con calma, ¡siempre podemos defendernos tres ó cuatro dias!

La asamblea pensó en capitular, pero Garibaldi volvió á las murallas y de nuevo empezó la lucha.

Mientras los franceses entraban victoriosos en Roma, Garibaldi abandonaba la ciudad con sus dos legiones compuestas todavía de dos mil infantes y de algunos centenares de ginetes; á su paso levantaban barricadas en las calles á fin de detener la marcha de los vencedores.

A fin de *atraer y seducir* á sus compañeros, Garibaldi les dirigió la siguiente proclama:

«Soldados! los que me sigan sufrirán el calor y la sed durante el dia, el frio y el hambre durante la noche. Sin paga, sin abrigo, sin reposo, tendrán en cambio una absoluta miseria, continuas alarmas, fatigosas marchas, é incesantes combates. Vengan conmigo los que amen á la Italia.»

Al salir de Roma, Garibaldi rehusó diez mil escudos de oro que el gobierno le ofrecia personalmente en recompensa de sus servicios; confiaba en el patriotismo

de los habitantes de la Romanía para alimentarse á sí y á los suyos, y no queria que se le acusára, el dia en que los partidos lanzasen al viento las calumnias, de haberse apropiado el tesoro público antes de emprender la fuga.

Vencido por tercera vez, Garibaldi tendió una mirada á su alrededor para ver á qué terreno podia trasladar la lucha; por un momento pensó en marchar á Venecia que rodeada gloriosamente de cañones austriacos, recibia en el fuego y la sangre el bautismo de la independencia; mas luego prefirió el espacio, la guerra de correrías, y eligió la Toscana, donde habia ya combatido y donde esperaba reunir los restos de todas las fuerzas italianas, para formar con ellos un ejército que sujetara por fin á sus banderas la disputada victoria.

Con él se encontraban el tribuno Cicervacchio y sus dos hijos, el padre Hugo Bassi y Ana Leonta, en cinta en aquel momento de seis meses; el padre Hugo Bassi servia de capellan á la legion, y Ana, mujer viril, capaz de permanecer veinte horas á caballo, conservaba el mando de su centuria. En la retirada de Roma mantúvose en la retaguardia, y dirigió una pequeña escaramuza contra los franceses que perseguian á su marido.

Al anunciar á este que su esposa se hallaba empeñada en el combate, dijo:

—Tanto mejor para los franceses; desde que mis soldados son mandados por una mujer, se baten mucho mejor.

En efecto, terminada la accion, Ana participó á Garibaldi que los franceses se habian retirado.

Ana dirigia discursos á los soldados, y su presencia les alentaba; cuidaba á los heridos, y su valor excitaba el de los demás.

Garibaldi encontró á la Toscana ocupada por los austriacos en número muy considerable; por algun tiempo maniobró entre ellos á fin de dividirles, arrastrarles en su persecucion y vencerles separadamente. El enemigo, empero, se adelantó en masa contra él, y envuelto por fuerzas superiores, detúvose por un momento en Montepulciano, desde donde dirigió una proclama á los florentinos excitándoles á la sublevacion, y volvió al territorio romano para encontrarse en situacion mas penosa aun. Atacado al Sud por los franceses y al Norte por los austriacos, comprendió Garibaldi la imposibilidad de sostener por mas tiempo la bandera italiana en el centro de la Italia, y resolvió buscar un asilo en el territorio neutral y libre de la pequeña república de San Marino. Desde allí sus compañeros de armas licenciados, podrian pasar unos á Venecia, otros al extranjero, y volver los mas á sus hogares, pensando él dirigirse á Venecia, donde la Italia blandia la espada por última vez.

Garibaldi era perseguido tan de cerca, que antes de llegar á San Marino debió sostener tres combates con la vanguardia enemiga; por fin el dia 31 de junio de 1849, llegó á las puertas del suspirado asilo, diciendo antes á sus soldados:

« Desde este momento os absuelvo de toda obediencia para conmigo; libres sois de dirigiros á donde mejor os plazca; mas no olvideis que la Italia no debe permanecer bajo el oprobio, y que la muerte es preferible mil veces al yugo del extranjero. »

El *capitan* de San Marino vaciló en recibir á la tropa de Garibaldi.

Los austriacos se acercaban, y el gobierno de la pequeña república temia una batalla en las calles de la ciudad; el padre Hugo Bassi recibió el encargo de negociar para obtener el refugio que se esperaba, pero solo logró los víveres que reclamaba Garibaldi. Este acampó con su legion á una legua de San Marino, donde fué atacado por sus enemigos, hasta que resolvió entrar en la ciudad, á fin de proporcionar á sus soldados una seguridad relativa.

Su tropa no quiso abandonarle, y le suplicó que permaneciera á su frente, llena de esperanza en su intrepidez y la fertilidad de su inventiva.

Aquellos infelices se hallaban casi todos heridos, sus uniformes caian en jirones, y la mayor parte marchaban con los piés descalzos, sin sombrero y sin mochila. Sus rostros pálidos y enflaquecidos manifestaban que habian recogido el botin de sed, de hambre y de dolores que les prometiera su jefe.

Garibaldi tuvo lástima de sus soldados y pidió al gobierno de San Marino que se hiciera el intermediario de un tratado con el general austriaco Gorzowsky, por el cual se concediese á su legion la libertad de licenciarse y de dirigirse al punto de Italia que cada uno escogiera.

Despues de tantas fatigas, de tantos sufrimientos acumulados unos sobre otros, Garibaldi y sus compañeros experimentaron una hora de alegría al ver á sus heridos acostados y asistidos, y al encontrarse los que se hallaban ilesos sentados delante de abundantes mesas. Desde hacia mucho tiempo les era desconocido semejante placer.

Sin embargo, no tardó en llegar el momento de nuevos infortunios.

El general Gorzowsky imponia condiciones muy dudosas: los legionarios debian entregar sus armas á los magistrados de San Marino, y ser luego escoltados hasta sus provincias, donde, entregados á las autoridades restablecidas, decidirian estas si debian ó no ser puestos en libertad. En cuanto á Garibaldi y á su familia habrian recibido un pasaporte para América, embarcándose inmediatamente bajo la vigilancia austriaca.

El general comunicó á sus soldados las condiciones del general Gorzowsky.

No, no! gritaron todos; no queremos separarnos de vos!

El valeroso jefe tomó al momento una resolucion, y á media noche, mientras su legion dormia acampada en la plaza de San Marino, dió órden de despertarla y de que se preparasen todos á partir, decidido á dirigirse á Venecia á través de todos los peligros.

Mas la fatiga hacia muy pesado el sueño de sus soldados; no todos oyeron la órden; muchos se despertaron con la firme voluntad de marchar, y volvieron á dormirse; otros contestaron á los que les llamaban:

— Dejadnos hasta mañana!

Solo doscientos hombres se levantaron para seguir á Garibaldi, y desaparecieron entre las tinieblas.

Al llegar el dia esparcióse la noticia de la marcha, y alarmados los magistrados de San Marino por los excesos que la desesperacion podia aconsejar á los sol-

dados que habian permanecido dentro de sus muros, advirtieron lo que habia sucedido al general austriaco; este entró en la ciudad con sus tropas, y se apoderó de los infortunados restos de la legion, enviándoles á Mantua sin pérdida de momento. Los que se hallaban comprometidos en conspiraciones anteriores, fueron fusilados; los demás fueron incorporados al ejército austriaco.

En tanto Garibaldi y sus fieles compañeros habian llegado á una reducida aldea á orillas del mar, llamada Cesenatico; unos treinta austriacos que ocupaban aquel punto fueron muertos ó tomaron la fuga. Garibaldi se fortificó algun tanto á fin de prevenirse contra un repentino ataque del enemigo, y explorando despues la costa inmediata, procuróse trece embarcaciones, suficientes para contener á su gente. El dia 2 de agosto por la mañana la reducida tropa se embarcó haciendo rumbo á Venecia, adonde todos esperaban llegar; por desgracia un crucero austriaco divisó á la escuadrilla cerca de aquel puerto, concibió sospechas y le dió caza.

De las trece embarcaciones, ocho fueron capturadas ó echadas á pique por el bergantin; solo las mas pequeñas y ligeras pudieron llegar á la costa, donde Garibaldi se encontró rodeado de cuarenta hombres.

Preciso fué separarse; la despedida fué sombría y triste. Ana, extenuada por tantos sufrimientos, se hallaba próxima á morir, y Garibaldi, su esposo, que le engañaba acerca de su verdadero estado para no retardar la fuga, y dos ó tres amigos tomaron el camino de Rávena.

Durante tres dias ó por mejor decir durante tres noches, pues no se atrevian á salir por los caminos antes de ponerse el sol, anduvieron errantes, deteniéndose en las cabañas aisladas, donde se concedia una hospitalidad recelosa á aquellos sospechosos viageros. Garibaldi se desesperaba por no encontrar en parte alguna un asilo donde su esposa pudiera recibir los indispensables cuidados; durante la marcha era preciso llevarla en brazos; cada vez que intentaba andar, Ana caia desmayada.

Al llegar el tercer dia la creyeron muerta, mas los fugitivos descansaron algunas horas en una cabaña, y Ana pareció recobrar sus fuerzas. De repente anuncióse la proximidad de los austriacos, y subiendo todos á una carreta propia del dueño de la casa, fueron conducidos á algunas leguas de allí. Sin embargo, el campesino se vió obligado á abandonarles, y continuaron á pié su lúgubre viaje.

Hallábanse cerca de Rávena; haciendo un último esfuerzo, Ana habia andado durante algun tiempo, y llegaron á la puerta de una especie de granja. Al entrar, Ana se desmayó; Garibaldi quiso llevarla á la cama, y en el mismo momento espiró entre sus brazos.

Garibaldi, fuera de sí de dolor y de desesperacion, quiso darse muerte; pero la idea de la patria se presentó á él, y cierta lejana esperanza detuvo su brazo. Enterró por sí mismo á su esposa, y llegando á Rávena, se ocultó en casa de un amigo.

El padre Hugo Bassi y los Cicervacchio que se habian separado de él al saltar á tierra cayeron en poder de los austriacos, lo mismo que casi todos sus compa-

ñeros. El padre Bassi fué fusilado; los Cicervacchio desaparecieron sin que jamás se haya sabido la suerte que les cupo.

Entre los prisioneros figuraba tambien un coronel inglés llamado Forbes; pero reclamado por su gobierno fué puesto en libertad.

Garibaldi bajo un disfraz atravesó la Toscana y volvió á Cerdeña deteniéndose en Chiavari. Reconocido en dicha ciudad, su aparicion causó viva emocion entre sus habitantes; las autoridades le arrestaron interinamente, y pidieron instrucciones á Turin, para saber la conducta que con él debian observar. La noticia de su arresto suscitó discusiones en el seno del parlamento, y el gobierno mandó á Garibaldi abandonar el territorio sardo.

En aquella época habian concebido los piamonteses grandes inquietudes con motivo de los refugiados, y nadie habia olvidado las contiendas promovidas á los generales sardos por el fogoso aventurero. Los vencidos de Novara y el vencido de Roma no debian tardar en reconciliarse; mas por entonces Garibaldi volvió á Túnez donde residiera en otro tiempo; allí esperó con ansiedad la caida de Venecia, y viendo al fin que todo habia concluido, emprendió otra vez la vida de viajero y negociante.

Sus amigos le compraron un buque para comerciar en América y le confiaron sus intereses.

Garibaldi recorrió las costas de los Estados Unidos, de la China, y de la California, y visitó de nuevo á Montivideo, que en aquella época se encontraba tranquilo. En Lima, en el Perú, los jefes de un pronunciamento le ofrecieron el mando de las tropas de su partido: su reputacion era inmensa en la América del Sur.

En 1854, el negociante Garibaldi volvió á Génova; bajo el impulso del conde de Cavour, el Piamonte seguia una nueva senda, y Garibaldi pudo residir en su patria. Cediósele una pequeña isla cerca de la Cerdeña, y ocupóse junto con sus hijos en desmontarla y colonizarla. Embarcado en un pequeño buque, iba de cuando en cuando á Niza, y algunos domingos veiasele en el puerto jugando á los bolos con sus antiguos compañeros.

Encontróse allí con Roselli, su ex-general en jefe, y despertándose las antiguas rencillas, convínose un duelo entre ambos generales; algunos amigos comunes lograron dar á la contienda una solucion pacífica.

La hora sonó de nuevo para Garibaldi; habian pasado diez años, y el Garibaldi de 1859 no es ya el mismo que el de 1849.

Sus cabellos son grises, la experiencia ha engrandecido su alma; tiene menos ilusiones, pero quizás mas ardor; se ha despojado del valor temerario, del traje teatral, de sus ímpetus juveniles, y usa en el dia el uniforme de general sardo.

Traslúcese en él una pasion mas concentrada, mas fria, pero mas poderosa; se considera como el misionero de la venganza italiana, y todos sus pensamientos están fijos en esta sola idea.

Inflexible para con sus voluntarios, les ha dado una organizacion severa; la Italia lo quiere, deben morir. Así se lo ha dicho Garibaldi en un lenguaje magnífico: « No hay para nosotros sacrificio que pueda llamarse grande, puesto que so-

mos la generacion que habrá realizado la obra de la independencia italiana.»

El relato que hemos hecho de la campaña de Italia en 1859, completa esta biografía, á la que ha añadido el general algunas brillantes páginas. Garibaldi ha entrado en el segundo período de su vida activa, quizás el mas glorioso, y sino es él quien gana las grandes batallas, no por ello dejará de ser la encarnacion del heróico genio italiano.

EL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

Clemente Wenceslao Nepomuceno Lotario, conde y despues príncipe de Metternich-Wunneburgo-Ochsenhausen, duque de Portella, nació en Coblentza en 15 de mayo de 1779. Como M. de Talleyrand, fué su infancia muy precoz en inteligencia; al salir de la universidad de Strasburgo, el jóven Metternich estudió filosofía en Alemania y viajó hasta la edad de veinte y un años.

A su regreso se casó con una princesa de Kaunitz-Reiberg, la cual murió en 1819 y tuvo de ella tres hijas.

A semejanza de los grandes hombres de Estado de la aristocracia inglesa, el príncipe de Metternich entró muy jóven en la carrera de los negocios públicos; apenas contaba veinte y un años cuando le hallamos de secretario en el congreso de Rastatd, donde representaba el colegio de los condes de Westfalia.

Francisco II le agregó despues á la embajada del conde de Stadion en San Petersburgo, y le nombró sucesivamente ministro de Austria en Dresde y en Berlin.

Liberal como toda la juventud de aquel tiempo, durante sus estudios universitarios, apenas hubo respirado el aire de las cancillerías, cuando no fué ya el mismo hombre: del liberalismo pasó á las doctrinas absolutistas.

El príncipe de Metternich concibió desde un principio la idea de extender su sistema por la Europa entera; instruido, sagaz, amable, seductor, de una fisonomía encantadora, y dotado de una astucia que desafiaba la penetracion mas perspicaz, hízose el alma de la nueva escuela diplomática que tan bien supo oponerse á los ambiciosos planes de Napoleon I.

Nombrado embajador de Austria en París, vémosle en la corte del emperador empleando su talento y su persona para la realizacion de su fin: empezó por seducir á las mujeres primero, y despues al mismo Napoleon, á pesar de que le encontraba muy jóven para aquel puesto de embajador de una de las grandes potencias continentales.

La situacion del Austria era entonces casi desesperada; vencida en el Rhin, expulsada de Italia y de las provincias ilirias, bloqueada en Alemania por los manejos de Napoleon, no podia rehacerse sino por medio de algun gran trastorno en la fortuna de la Francia.

Hasta 1807 el príncipe de Metternich solo habia podido obtener del vencedor la restitucion de la ciudad de Braunau y la limitacion del reino de Italia á las aguas del Lisonzo; para obtener mayores ventajas era preciso inducir á la Francia á una estrecha alianza con la corte de Austria.

La balanza se inclinó en favor de la Rusia; Napoleon habia conquistado en Tilsitt, la admiracion de Alejandro, y la entrevista de Erfurth aumentó aquel sentimiento, sincero en aquella época. Napoleon habia concebido la gigantesca idea de una gran division de Europa en Occidental y Oriental, y en Erfurth se trató entre ambos emperadores de aquel vasto proyecto, mediando á lo que se asegura promesas por una y otra parte.

Semejante proyecto habria tenido por primera consecuencia la destruccion del Austria, y de todos modos nada bueno presagiaba para esta potencia una cordial union entre las cortes de París y San Petersburgo.

Mr. de Metternich lo comprendia así mejor que nadie, y de acuerdo con su gobierno y con el conde de Stadion, que dirigia su conducta, anudó secretas relaciones con la Inglaterra, á fin de lanzarse contra el enemigo comun en el preciso momento en que otros obstáculos paralizasen sus movimientos.

Mr. de Talleyrand acababa de ser reemplazado en el ministerio por Mr. de Sanspagny; las tropas francesas llegaban á las fronteras españolas, y aquella era la ocasion elegida por el Austria para arrojar la máscara. «Haz que te expulsen» escribió el conde de Stadion á Mr. de Metternich.

Al mismo tiempo el gobierno austriaco desgarraba el tratado de Presburgo, sus tropas pasaban el Inn, entraban en Baviera, conseguian una victoria en Essling y acababan por hacerse derrotar en Wagram.

Furioso el emperador al verse burlado por Metternich, dió órden de conducirle hasta la frontera escoltado por dos gendarmes: Fouché, atenuando el rigor de semejante proceder, le hizo escoltar por un capitan de gendarmería. A pesar de esto halló medio de volver á congraciarse con Napoleon durante las conferencias de Schoenbrunn.

Francisco II abandonó entónces los planes ingleses, y Mr. de Metternich, que acababa de entrar en el departamento de negocios extranjeros, inauguraba el sistema de neutralidad armada, á que tantas veces ha acudido el Austria desde 1813.

Por un momento concibió Napoleon la idea de borrar del mapa el antiguo imperio de Austria, á imprimirse en el *Monitor* que la casa de Lorena habia cesado de reinar; poco tiempo despues, empero, Napoleon, preso en las redes de Metternich y del conde Bubna, consintió en firmar un tratado de paz.

El imperio era en él cruelmente tratado, pero conservaba su existencia.

En aquel peligro extremo, el orgullo de Napoleon salvó á la casa de Lorena; rechazadas las ofertas que de su mano hiciera á una hermana del emperador Alejandro, tomó por esposa una archiduquesa de Austria. Mas tarde, durante las amargas horas de Santa Elena, Napoleon exclamaba: «Ese enlace me ha perdido!»

Poco satisfecha la Rusia bajo el punto de vista mercantil del sistema continental, tomó una actitud hostil, y Napoleon, que queria acabar con ella por medio de un golpe formidable, le declaró la guerra. Como Pedro el Grande, como todos los conquistadores, veia á la India mas allá de Moscou. Allí queria herir en el corazon á ese poder británico cuya cabeza está en Lóndres.

El Austria prometió treinta mil hombres mediante indemnizacion despues de la victoria: la Prusia entró tambien en la alianza, y de los seiscientos mil hombres que penetraron en Rusia, solo volvieron cuarenta mil.

Napoleon de regreso á Francia, reunió trescientos mil hombres, é intimó á Viena que aprontara sus treinta mil soldados.

Otra vez encontramos aquí á Metternich con su talento y su sagacidad: protestando la fidelidad del Austria, manda ostensiblemente reunir treinta mil hombres al mismo tiempo que da contraórden en secreto; reune doscientos mil soldados en Bohemia; celebra con Walpole un tratado secreto estipulando la restitucion de la Italia y de la Iliria, y la reconstitucion del imperio germánico, y cuando Mr. de Narbonne, embajador de Francia, le intimó por fin que se explicara, el astuto diplomático descubrió todas sus baterías.

A la eterna alianza jurada despues de Wagram, sustituyó la *mediacion armada*, y al dia siguiente de Lutzen y de Bautzen ofreció la reunion de un congreso en Praga.

Por su parte Napoleon, inflexible á pesar de sus derrotas, solo consentia en ceder la Iliria; comprendiendo la secreta idea del enemigo, el congreso de Praga no le engañó en lo mas mínimo, y en 28 de junio, hallándose en Dresde, manifestó á Metternich la indignacion que el proceder del Austria le inspiraba.

—He adivinado vuestras intenciones, Metternich, dijo; vuestro gabinete quiere aprovecharse de mis infortunios y aumentarlos si es posible, á fin de recobrar el todo ó parte de lo que ha perdido.

Y en los términos mas violentos reconvino al gabinete de Viena por aquella mediacion, que se hacia hostil á fuerza de ser inactiva.

—La gran cuestion para vosotros, añadió, consiste en saber si podeis exigirme un rescate sin combatir, ó si os será preciso lanzaros con decision entre las filas de mis enemigos. Ignorais aun qué partido ha de ofreceros mas ventajas, y quizás venis aquí solo para averiguarlo. Sea, tratemos; ¿qué quereis?

Febril, agitado, ahogándose en su uniforme, Napoleon se paseaba á grandes pasos, mientras que Metternich se concentraba y tenia todas las ventajas que da la sangre fria.

—Hablad claro, exclamó Napoleon. Vuestra neutralidad es lo único que pido.

Mr. de Metternich le dejó entender que el Austria podria ponerse á su lado con tal de que accediese á condiciones dictadas por un verdadero espíritu de equidad.

—Soy un soldado que se rompe antes que doblarsé; os he ofrecido la Iliria; os conviene mi oferta? preguntó el emperador.

Mr. de Metternich acabó por exigir la Iliria, la mitad de la Italia y la Polo-

nia, y el abandono de la España, de la Holanda, de la Confederacion del Rhin y de la Suiza.

—¿Es este el espíritu de moderacion que os anima? exclamó el emperador. El hecho es que vosotros quereis la Italia; la Rusia, la Polonia; la Suecia, la Noruega; la Prusia, la Sajonia; y la Inglaterra, la Holanda y la Bélgica.

Mr. de Metternich permaneció mudo.

—Y sin disparar un tiro, sin desenvainar la espada quiere el Austria hacerme suscribir á semejantes condiciones! Semejante pretension es un ultraje.

Vuestras aspiraciones solo tienden al desmembramiento del imperio francés! Y ha sido mi suegro quien ha aceptado semejante proyecto!

Volviéndose luego hácia el embajador austriaco, exclamó:

—Ah! Metternich, ¿cuánto os ha dado la Inglaterra para que desempeñarais este papel cerca de mi persona?

El diplomático palideció, pero nada dijo.

Napoleon, empero, acabó por calmarse, y despues de manifestar que la restitucion de la Iliria no era su última palabra, tendió la mano al despedirse á M. de Metternich.

El armisticio espiró el dia 10 de agosto de 1813 sin haberse resuelto cosa alguna, y el Austria, sin pérdida de momento, declaró la guerra á la Francia.

Esto no obstante, presentó un ultimatum cuyas cláusulas principales contenian la disolucion del ducado de Varsovia para ser dividido entre la Rusia, la Prusia y el Austria, el restablecimiento de Hamburgo y de Lubeck, ciudades libres, la reconstitucion de la Prusia con una frontera en el Elba, y la restitucion al Austria de las provincias ilirias, incluso Trieste.

Poco tiempo despues, en 9 de setiembre de 1813, el Austria entraba en la coalicion.

El congreso de Chatillon, último esfuerzo de la diplomacia impotente contra la fuerza de los hechos, ofreció el espectáculo mas evidente de la lucha de Napoleon contra sus propios destinos.

A pesar de la inutilidad de sus esfuerzos, el emperador se revelaba contra la idea de firmar un tratado humillante, y retirando los poderes que diera á su negociador, tomaba otra vez una actitud dominadora.

«La ocasion huirá de nosotros» escribia el duque de Vicenza insistiendo en la necesidad de resignarse á los sacrificios exigidos. Suplicaba al emperador que observase cuanto diferia aquella negociacion de todas las demás. «Es totalmente opuesta, decia, á las que V. M. ha dirigido hasta ahora; distamos mucho de poder dominar.»

Inútiles consejos del sentido comun contra la tempestad de ideas y de sentimientos que se agitaba en la mente y en el corazon de Napoleon; parecia que cómplice de la fortuna, auxiliábala á precipitar el poema de su destino hácia una catástrofe suprema é inaudita.

M. de Metternich no reapareció hasta que se celebraron las conferencias de Viena; allí salieron á luz las aspiraciones del Austria, sus pretensiones á la direc-

cion católica de la Alemania, y allí se estableció la vasta confederacion territorial que señalaba no ha mucho sus fronteras.

Desde 1815 á 1848, M. de Metternich ha empleado su vida en crear y en mantener junto á la Rusia la originalidad del Austria en el acuerdo europeo, no apartándose en lo mas mínimo de su sistema de imperio federativo, de protectorado católico, de neutralidad armada, y de *statuo quo absoluto.*

El mayor talento de M. de Metternich, segun observa el vizconde de Chateaubriand en la *Historia* del congreso de Verona, fué perpetuarse bajo muchos soberanos sucesivos, inmortalizar con su persona la política austriaca, y constituirse una inviolabilidad casi real. Sin embargo, el ilustre historiador añade: «La autoridad procede del genio del gobierno ó de la medianía del gobernado, y esto es lo que falta averiguar en M. de Metternich.»

Apenas hubo dado la Grecia el grito de independencia, cuando las revoluciones se desencadenaron contra la Europa con un vigor inesperado; la Francia dió la señal en julio de 1830; y la Polonia, la Bélgica y la Italia, la secundaron muy pronto.

M. de Metternich no se intimidó comprendiendo, segun dijo, que á la *comedia de quince años* debia suceder el necesario *sainete.*

La prudencia de Luis Felipe ganó el corazon de M. de Metternich, quien tomó la iniciativa del reconocimiento del nuevo gobierno.

Al estallar las demás revoluciones, M. de Metternich dejó á la Francia que protegiese á la Bélgica, pero se desquitó entrando en Italia, á pesar de la actitud algo hostil del gabinete Laffitte. A él se debe las memorables palabras de que la Italia no es mas que una expresion geográfica.

Vencidas otra vez las revoluciones, M. de Metternich fijó su atencion en el terreno diplomático, y al tratado de la cuádruple alianza, nacida de la union de la Francia y la Inglaterra, opuso las conferencias de Tœplitz, es decir, la union de la Rusia, de la Prusia, y del Austria, union que existirá siempre en el fondo de las cosas, sean cuales fueren los incidentes contradictorios que en la superficie se agiten.

Al morir el emperador Francisco II, M. de Metternich nada perdió del favor que gozaba en la corte, y la elevacion de Fernando I no hizo mas que aumentar la influencia del ministro que parecia encarnado en la monarquía austriaca.

La revolucion de 1848 puso término por fin á la larga carrera política de M. de Metternich. Sabido es que aquella revolucion fué precedida de una crísis rentística y de agitaciones muy vivas al Sur del imperio; el consejo áulico habia abierto con toda premura conferencias militares, y dirigia numerosas tropas hácia el territorio lombardo.

De repente llegó á Viena la noticia de la revolucion de Paris; los ánimos se agitaron; las noticias de Hungría y de Italia agravaban la situacion, y el dia 13 de marzo, Viena, que tan tranquila habia estado desde 1809, se despertó á los gritos de: Abajo Metternich!

Los estudiantes y los profesores pidieron la libertad de imprenta, y hablóse de constitucion.

M. de Metternich era considerado como el único dique que detenia la inundacion de reformas que los vieneses reclamaban de su gobierno.

El pueblo se dirigió entonces á la quinta del ministro sacrificado por la corte, y la saqueó á su placer. El anciano Metternich pudo salvarse, y presentó al monarca su dimision, que fué aceptada.

M. de Metternich, fugitivo, dirigióse á la residencia de su yerno el conde Szandor, el cual se negó á darle asilo. Pasó luego á Inglaterra, y desde allí á Holanda, donde se le reunió su familia; á fines de 1849 se estableció en Bruselas, y pudo por fin volver á Viena en 1851.

El jóven emperador Francisco, que habia sucedido á su tio Fernando, dispensó al anciano hombre de Estado el honor de una visita personal; pero el príncipe, agobiado ya por los años, no volvió jamás á los negocios, si bien no han faltado nunca hasta su muerte á la corte de Austria sus autorizados consejos.

M. de Metternich ha muerto en 1859, poco antes de que la paz de Villafranca destruyese su obra de 1815. Sus tres esposas le dejaron una numerosa familia. La primera, Leonor de Kaunitz, le hizo padre de tres hijas. La segunda, la baronesa de Leycœm, con quien casó en 1827 y que murió dos años despues, le dejó un hijo, Ricardo de Metternich, que cuenta en el dia 27 años. Sus dos últimos hijos, Pablo y Lotario, nacidos de su matrimonio con Melanía de Zichy-Ferraris, tienen el primero 24 años, y el segundo 21.

EL PRÍNCIPE NAPOLEON BONAPARTE.

El principe Napoleon, hijo del principe Gerónimo Bonaparte y de la princesa Sofía Dorotea de Wurtemberg, nació en Trieste en 9 de setiembre de 1822, pasando los primeros años de su vida en Roma, donde se hallaban reunidos la mayor parte de los miembros de su familia.

Del matrimonio de Gerónimo Bonaparte, príncipe de Montfort y ex-rey de Westfalia, con la princesa Sofía Dorotea Federica Catalina, hija del rey de Wurtemberg, nacieron dos principes y una princesa. El mayor de los príncipes murió en 1846, y los que sobreviven son: el príncipe Napoleon José Cárlos Pablo Bonaparte, y la princesa Matilde Leticia Wilehelmina su hermana.

Despues de la segunda abdicacion, Gerónimo Bonaparte anduvo errante por Suiza durante mucho tiempo, costándole no poco trabajo reunirse con su esposa, la cual habia sido despojada de sus diamantes y de su tesoro al tiempo que se retiraba junto á su hermano. Ambos esposos se reunieron por fin en el palacio de Geppingen, donde fueron tratados como prisioneros de Estado, trasladándoles luego al castillo de Ellevangen. Dos años despues pidieron residir en Trieste, donde poseian un palacio, y estas fueron las circunstancias que hicieran nacer tan léjos de Francia al príncipe Napoleon.

Educado en Roma, vióse obligado en 1831 á abandonar los Estados pontificios á consecuencia de la insurreccion de la Romania, en la que se hallaban comprometidos dos miembros de su familia, y habitó en Florencia hasta 1835 en que fué enviado por su padre á un colegio de Ginebra. En 28 de noviembre del mismo año, el príncipe perdió á su madre, y como contaba entonces 13 años y era llegado el momento de dar á sus estudios una direccion mas especial, envióle su padre á la escuela militar de Luisburgo, en el reino de Wurtemberg, donde permaneció hasta la edad de diez y nueve años. Mr. Thiers era entonces ministro en Francia, y mostraba ciertas disposiciones belicosas, que hicieron entrever por un momento la posibilidad de una guerra general. Educado en una escuela militar del país de su madre, el príncipe Napoleon podia encontrarse en el caso de hacer armas contra la Francia; el hermano de su madre reinaba en Wurtemberg, y era preciso abandonar el reino ó sufrir las consecuencias de su situacion.

El príncipe prefirió alejarse, y cosmopolita desde la cuna, tomó otra vez el camino de las naciones, viajando ya por Alemania, ya por Inglaterra, ya por España; estudiando las costumbres, las artes y la política de los pueblos europeos, y asistiendo en Lóndres al espectáculo de la Liga; en Madrid á las escenas á que dió lugar la regencia de Espartero; en Viena á la elaboracion de los planes de M. de Metternich; en el Norte á los dramas del romanticismo germánico, y á los primeros pasos del régimen constitucional en aquellos países llenos todavía de recuerdos feudales.

En 1845 obtuvo permiso para permanecer cuatro meses en Francia; pero antes de espirar dicho término, vióse obligado á abandonar el territorio francés donde ya contrajera afectuosas relaciones. Su comunicacion con algunas personas del partido democrático, y su adhesion á su primo Luis Napoleon Bonaparte, inspiraron alguna inquietud al gobierno de Luis Felipe, el cual le dió órden de salir de Francia dentro de ocho dias.

En 1847, Gerónimo Napoleon Bonaparte dirigió á las dos Cámaras una peticion para que se permitiera la vuelta de su familia á Francia, y tomada en consideracion por la Cámara de diputados, el ministerio se vió obligado á abrir las puertas de la patria á Gerónimo Bonaparte y á su hijo el príncipe Napoleon. Allí le sorprendió la revolucion de febrero; la Providencia reservaba á la Francia muy singulares destinos.

El príncipe Napoleon se dirigió á las Casas consistoriales el 24 de febrero; gran número de personas se agrupaban al rededor del frágil poder nacido de la revolucion, ofreciendo sus fuerzas para restablecer el órden. En 26 de febrero el príncipe Napoleon escribió en los siguientes términos al gobierno provisional:

«Ciudadanos, al saber la victoria del pueblo, me he dirigido á las Casas consistoriales; el deber de todo buen ciudadano es reunirse junto al gobierno provisional de la república, y quiero ser de los primeros en hacerlo, feliz si mi patriotismo puede ser útilmente empleado.»

El movimiento electoral empezó durante el siguiente mes; cuatro departa-

mentos nombraron representante del pueblo al preso de Ham, y otros dos príncipes Bonaparte igualmente elegidos, sentáronse en los bancos de la Asamblea constituyente al lado de su primo.

Uno de ellos era el príncipe Napoleon, nombrado por 39,229 electores de Córcega, á quienes habia dirigido una profesion de fe en la que se leian estas palabras: «Educado entre la persecucion y las desgracias del destierro, he consagrado mi tiempo y mi inteligencia á estudiar y conocer los paises extranjeros, y á no desmerecer de la Francia, la patria ausente que siempre me ha sido tan querida. Nuestra última revolucion ha convertido al proscripto en ciudadano, y este recuerdo quedará grabado en mi corazon.»

El príncipe Luis ha encontrado siempre en su primo el mas enérgico apoyo; ante su firme conviccion del triunfo, debieron enmudecer los tímidos consejos que se daban antes del 10 de diciembre al futuro presidente, y una vez decidida la candidatura, fué tambien el príncipe Napoleon quien se puso al frente del gran movimiento electoral.

Cuando el imperio sucedió á la república, la primera idea del emperador fué la constitucion de una dinastía, y como las leyes del primer imperio habian declarado á los hijos del príncipe de Canino despojados de su derecho eventual al trono en razon del matrimonio de su padre, resolvióse que solo tuviese derechos á la herencia imperial la rama del príncipe Gerónimo. En su consecuencia este y su hijo fueron declarados *príncipes franceses,* y únicos aptos para suceder á la corona; los demás miembros de la familia Bonaparte y de Murat, solo tienen el título de *príncipes de la familia imperial*, único que les distingue de los demás ciudadanos.

Nombrado el príncipe por el emperador general de division, quiso justificar su grado, y se apresuró á escribir á su primo la siguiente carta:

«Señor, al estallar la guerra, ruego á V. M. que me permita formar parte de la expedicion que se prepara. No solicito un mando importante, ni un título que me distinga; el puesto que me parecerá mas honroso será el que mas me acerque al enemigo. El unifórme que me envanezco de llevar, me impone deberes que cumplir; y deseo ganar el grado que vuestro afecto y mi posicion me han dado. Cuando la nacion empuña las armas, creo que V. M. ha de considerar que mi lugar está en medio de los soldados, y suplico que me permita mezclarme con ellos para defender el derecho y el honor de la Francia.»

El príncipe salió de París el dia 10 de abril, embarcóse en Tolon el dia 17 y llegó á Constantinopla el 1.° de mayo. Desde allí marchó á Gallipois, donde organizó su division (la 3.ª).

En tanto tomaban los rusos en el Danubio una amenazadora actitud; el sitio de Silistria habia comenzado, y el mariscal Saint-Arnaud tomó la resolucion, considerada en aquel entonces como muy aventurada, de enviar la division del príncipe á Constantinopla para cubrir la capital del imperio que se creia amenazada.

El príncipe, al frente de su division formada en dos columnas, atravesó en quince dias la mayor parte de la Turquía europea, y los soldados franceses saludaron la cúpula de Santa Sofía que sus antepasados habian visto por última vez hacia cinco siglos.

Nuevos progresos de los rusos hicieron necesario un movimiento hácia adelante, y la division entera del príncipe embarcada en el Arsenal, desembarcó en Varna tres dias despues; el príncipe permaneció allí al abrigo de una tienda durante la mayor parte del verano.

Llegado el mes de julio, verificóse la expedicion de la Dobrutcha, famosa por el terrible golpe que recibió el ejército francés, y que estuvo á punto de destruirle aun antes de haber combatido. Las divisiones Canrobert, Bosquet y Napoleon estaban escalonadas en las inmensas llanuras de la antigua Mesia, cuando de repente, despues de un violento huracan, declaróse en ellas un cólera fulminante; los hombres caian en las filas como si hubiesen marchado bajo el fuego del enemigo. En aquellos críticos momentos la conducta del príncipe fué admirable, y de aquella época data el amor que le profesan los soldados. El príncipe condujo su diezmada division á Varna, y despues de instalarla en un campamento saludable, consintió en ceder á los consejos de los médicos que le ordenaban algunos dias de reposo en Constantinopla para curarse de la terrible fiebre que le devoraba.

Veinte dias despues embarcábase de nuevo llamado por el mariscal Saint-Arnaud, y reuníase con su division en Varna. La expedicion de Crimea estaba decidida.

Sabido es el papel que desempeñó la tercera division en la batalla de Alma; ella fué la que arrolló el centro ruso. En los primeros dias de noviembre, despues de principiado el sitio, el príncipe, que se hallaba ya enfermo, solicitó del general en jefe (el general Canrobert) el mando de las columnas de asalto que debian ser lanzadas contra Sebastopol. Frustrado el ataque regular por el fuego del 17 de octubre, concibióse el proyecto de emprender contra la ciudad una vigorosa tentativa, cuando el terrible ataque de los rusos en Inkermann modificó todos los planes é hizo tomar á las operaciones el aspecto de lentitud que tuvieron por espacio de mas de un año. En aquella memorable jornada, recibió el príncipe la órden de enviar al campo de batalla de Inkermann su primera brigada al mando del general Monet; el príncipe no tardó tambien en salir de su campamento al frente de la segunda brigada para defender las líneas francesas, amenazadas por una terrible salida de los rusos; rechazada esta, el príncipe pidió la órden de marchar con su segunda brigada al llano de Inkermann, y no permitiéndole su impaciencia esperarla, se puso en marcha, y llegó á tiempo para tomar parte en los últimos incidentes de la terrible lucha.

Dos dias despues, el príncipe Napoleon, sin fuerzas y devorado por la fiebre, vióse obligado á embarcarse para Constantinopla; allí permaneció un mes, y como su salud no se restablecia, las órdenes del emperador le llamaron á Francia.

Antes de su marcha á Crimea, habíale nombrado el emperador presidente de

la junta de la Exposicion, y su regreso comunicó á los trabajos de la misma un poderoso impulso.

Terminada la Exposicion, el príncipe formó el cuadro de la misma que llena tres tomos considerables; esta obra será en el porvenir para la industria francesa del siglo XIX, lo que fué en otro tiempo la *Casa rústica*, es decir, un verdadero monumento histórico de los progresos del espíritu humano aplicado al bienestar.

Los peligros y las fatigas de la campaña de Crimea no impidieron al príncipe Napoleon concebir y ejecutar el plan de una expedicion muy distinta.

El proyecto del príncipe era visitar la Escocia, la Islandia, la Groelandia, las regiones escandinavas y los mares polares árticos; intereses marítimos, etnográficos y de historia natural daban á semejante viaje un carácter de utilidad muy conforme con las inclinaciones del príncipe Napoleon. Un navegante ilustre, el célebre sir John Franklin, habia perecido en aquellas desoladas regiones, donde solo se atreven á penetrar los balleneros.

El príncipe reunió á su alrededor muchos sábios y artistas, y partió del Havre el dia 15 de junio de 1856 á bordo de la corbeta *Reina Hortensia;* el vapor *Cocyte* seguia á la corbeta para prestarle auxilio en caso necesario.

La expedicion empezó visitando la Escocia, y despues de explorar sus ruinas, sus sitios pintorescos y sus ásperos montes, los navegantes dieron el último adios á la tierra europea.

Con un tiempo frio y lluvioso y un mar agitado, la *Reina Hortensia* se dirigió hácia la isla desolada que se distingue al extremo del mapa como un lugar de destierro, y que lleva el nombre de Islandia. *La Reina Hortensia* recorrió noventa leguas en veinte y cuatro horas, y el dia 29 de junio aparecieron en el horizonte las rocas volcánicas de aquellas playas solitarias.

El cielo estaba sereno y el mar inmóvil; las ballenas y los peces monstruosos que buscan durante el verano la frescura del polo, aparecian en la superficie del Océano; un mundo desconocido y maravilloso se ofrecia bajo un cielo descolorido y frio á las miradas de los pasajeros de la *Reina Hortensia*. La corbeta dobló el cabo Portland, el cabo Reykianes, atravesó los islotes de los *Hombres del Oeste* y entró el dia 30 de junio en la rada de Reykiawik.

Una aldea de setecientas almas, detrás de la cual se levantan á lo léjos montañas de lava y picos eternamente cubiertos de nieve, tal es la capital de la Islandia. Los recuerdos que aquel país despierta son otros tantos recuerdos de muerte; hay allí una eterna leyenda que jamás varia: la de los buques perdidos entre los hielos, sin que jamás se haya oido de ellos cosa alguna. Allí vive un pueblo afable, pobre y resignado, que parece agobiado bajo el peso de un perpetuo frio, y que vive seis meses en la luz y otros seis en la oscuridad mas profunda. El trigo no crece en aquella ingrata tierra, no se encuentran en ella árboles ni carbon, y el combustible falta tambien en un país donde podria ofrecer á lo menos una compensacion á los rigores del clima.

El único placer de aquel pueblo silencioso es la lectura, y el príncipe Napoleon regaló á la biblioteca de Reykiawik una coleccion de obras francesas.

Luego que hubo visitado la Islandia, sus manantiales de agua caliente, sus volcanes, sus neveras, sus pálidas y silenciosas praderas; el príncipe Napoleon resolvió explorar las siniestras costas de Groenlandia, partiendo para la isla de Juan Mayen, árida roca perdida entre los hielos á muchos centenares de leguas hácia el Norte, y que solo tres ó cuatro buques se han atrevido á visitar hasta ahora.

Las focas y los osos marinos son los únicos habitantes de aquella horrorosa isla; un solo yate, *el Foam* montado por lord Dufferin, siguió con intrepidez á la *Reina Hortensia*.

Los navegantes salieron de Reykiawik el dia 7 de julio.

Una muralla de hielo, flotante ó inmóvil y cuya situacion es variable, se extiende á veces desde el cabo Farewell por toda la extension de la costa de Groenlandia, y se apoya en las rocas de la isla de Juan Mayen, á la que envuelve entonces con sus hielos hasta veinte leguas á la redonda.

Los navegantes penetran en un mar de tempestades, de hielos y de nieblas, donde flotan montañas de hielo de ciento cincuenta metros de altura, y cuya base es siete veces mayor, La *Reina Hortensia* navegaba por un mar cuyo fondo no ha examinado sonda alguna.

Pasóse al fin la línea del círculo ártico, y los marineros lo celebraron alegremente con una ceremonia burlesca semejante á la que se practica al pasar la línea del ecuador.

El tiempo se mantenia tranquilo y no se perdia la esperanza de llegar á la isla de Juan Mayen. En el siglo XVII, siete marineros intentaron pasar un invierno en la isla, y los que fueron en su busca, al llegar el siguiente verano, les hallaron muertos. Despues de seis meses pasados entre las tinieblas y las tempestades polares, habian muerto al primer soplo de la primavera, en el preciso momento en que iban á salvarse; la palabra *morir* fué la última escrita en su diario, pero nada detiene al hombre, tan grande es su afan de saber.

El dia 10 de julio la temperatura bajó de repente; una niebla impenetrable envolvió la embarcacion, y una manada de focas jugueteaba al rededor del buque; eran entonces las dos de la madrugada. De repente el sol desgarra la niebla, y vése el mar cubierto de blancos trozos de hielo como una pradera de carneros; en breve los hielos aumentan, toman formas extrañas, fantásticas, y pasan silenciosos cerca de la corbeta para hundirse otra vez entre la bruma.

A través de los flotantes témpanos se distingue la muralla de hielo; la nieve cae en torbellinos y no se percibe objeto alguno á cien metros de distancia. El príncipe, empero, persistió en navegar hácia la isla de Juan Mayen, y la *Reina Hortensia* continuó avanzando hácia el polo, cuyos sombríos misterios no ha permitido Dios que el hombre sondeara todavía.

Los navegantes costearon durante tres dias la muralla de hielo, que creciendo á cada instante y tomando formidables actitudes, parecia decir: «No ireis mas léjos.» El frio se hacia cada dia mas intenso; la nieve caia con mayor violencia, y los témpanos de hielo se elevaban á mas altura que el buque. El *Foam*, se separó

de la corbeta, y era preciso resolverse cuanto antes á salir del hielo; la isla de Juan Mayen era aquel año inaccesible; la corbeta volvió á través de mil peligros á las costas de la Islandia y dirigióse luego á Groenlandia, cuyas inhospitalarias playas aparecieron en el horizonte el dia 21 de julio. Sus gigantescos y sombríos picos se levantan al extremo del cabo Farewell, la gran muralla de hielo que á cuatro cientas leguas de allí se apoya en las rocas de la isla de Juan Mayen, reapareció mas amenazadora aun que la primera vez. La corbeta atravesó una zona de flotantes hielos, y descubrióse en fin el continente de nieves y rocas en que viven los pobres esquilmales.

La *Reina Hortensia* navegó por el estrecho de Davis y por el mar de Baffin; y dobló el cabo de la Desolacion para acercarse á la costa. Los esquilmales, semejantes á grandes peces, llegaron en sus kayaks y echóse el ancla no léjos de la principal factoría de Groenlandia llamada Gothaab.

La capital de aquel continente mas grande que la Europa, se compone de cinco casas de madera y de algunas chozas de tierra, donde viven como topos algunas familias de esquilmales de raza mongala, sin tradicion histórica, que disputan su vida á los elementos, pasan rara vez de los cincuenta años, y prefieren sin embargo su salvaje patria á las mas hermosas regiones de la tierra.

Un pastor danés y algunos europeos habitan aquel lúgubre país. El príncipe visitó algunos puntos de la costa de Groenlandia, volvió el 13 de agosto á Reykiawik, partió el 16 para las islas Feroe, visitó la Noruega y la Dinamarca, y el dia 6 de octubre entró otra vez en el puerto del Havre.

Antes de emprender su viaje á los mares polares, el príncipe Napoleon habia concebido el plan y empezado la construccion de un palacio romano, que es para los extranjeros y artistas otra de las curiosidades de París; allí pasó el principe dos años de su vida, consagrado al culto de las artes y de las ciencias, rodeado de una sociedad escojida, y permaneciendo totalmente extraño á las pasiones políticas.

En 1857, la cuestion de Neufchatel arrancó al príncipe Napoleon de las dulzuras de la vida privada. El emperador le confió una delicada mision para el rey de Prusia, y el pronto y decisivo arreglo de la cuestion, se debió en gran parte á sus acertadas negociaciones.

Algun tiempo despues el emperador concibió el proyecto de utilizar las cualidades de su primo y de hacerle tomar parte en los consejos del gobierno, creando para él el ministerio de Argelia y de las colonias, y confiando en sus manos el destino de las posesiones francesas de Ultramar. El príncipe procuraba dar á aquellos lejanos intereses una vida que les fuese propia, emancipándoles de las trabas que la centrilizacion administrativa les habia impuesto, cuando la cuestion de Italia, suscitada por Napoleon III y su enlace con la princesa Clotilde de Cerdeña, hija de Victor Manuel, le lanzaron á mas guerreras preocupaciones; y jefe del 5.º cuerpo de ejército en Italia, hizo dimision de su ministerio que fué abolido. La paz de Villafranca le sorprendió al entrar con sus tropas en la línea de batalla. Algunas disidencias con su augusto primo acerca del modo de ver en aquella cuestion, le mantienen actualmente alejado de los negocios públicos.

EL MARISCAL VAILLANT.

Juan Bautista Filiberto Vaillant, nació en Dijon el dia 6 de octubre de 1790; su infancia pasó entre las últimas agitaciones de la revolucion francesa y el primer período de la epopeya imperial. La rectitud de juicio del jóven Vaillant, le impulsaron á el estudio de las ciencias exactas, y á la edad de diez y siete años entró en la escuela Politécnica de la que salió en 1809 con la charretera de subteniente en el cuerpo de ingenieros. El 1811 fué nombrado teniente del batallon de zapadores que se hallaba de guarnicion en Leipsick, y su actitud era tal que á pesar de su modesto grado, uno de los hombres mas célebres en el arma á que pertenecia, el general Haxo, le llamó á su lado en 1812, nombrándole su ayudante de campo. En el momento de entrar en Rusia, la eleccion del general Haxo indica suficientemente el aprecio en que tenia el mérito del jóven oficial.

Llegó 1814, y en aquella memorable campaña de Francia el cuerpo de ingenieros debió redoblar sus esfuerzos para protejer las plazas centrales del país é improvisar en ellas trincheras y fortificaciones; el general Haxo se multiplicaba, y su jóven ayudante de campo le prestó muy útil cooperacion. Colocado en situacion de reemplazo durante la primera restauracion, el teniente Vaillant continuó su servicio cerca de su general al llegar los Cien Dias; tomó parte en las obras de fortificacion elevadas á toda prisa alrededor de París, y combatió en Waterloo.

La restauracion respetó las armas especiales y en 1816 M. Vaillant fué promovido á capitan, y en 1826 á comandante. Tan rápido ascenso, justificado por eminentes trabajos, hízole designar en 1830 por el mariscal Bourmont para mandar uno de los destacamentos de ingenieros unido al cuerpo expedicionario de Argel; durante los trabajos dirigidos contra el fuerte del Emperador, el comandante Vaillant recibió un casco de metralla que le rompió una pierna.

De vuelta á Francia y nombrado teniente coronel, sabe la formacion del ejército del Norte; el general Haxo debia mandar el cuerpo de ingenieros en aquel ejército destinado á sitiar la plaza de Amberes, y M. Vaillant, curado apenas de su herida, solicita y obtiene el puesto de jefe de Estado mayor de su antiguo general. Su conducta durante las campañas de 1831 y 1832 valióle un nuevo ascenso, y promovido á coronel en 1832, obtuvo poco despues el mando del 2.º regimiento de ingenieros; tenia entonces cuarenta y dos años. En 1837 y 1838 encontramos otra vez á M. Vaillant dirigiendo las fortificaciones de Argel, y dotando á la nueva colonia de un excelente sistema de defensa. Vuelto á Francia como mariscal de campo, fué nombrado jefe de la escuela Politécnica, donde habia empezado su carrera militar treinta años antes.

En 1845, recibió junto con el grado de teniente general, la direccion superior de las obras de fortificacion de París, puesto que siempre en tiempo de paz

el mas importante del arma despues de la presidencia de la Junta de ingenieros, es tambien el mas codiciado. Vaillant habia sucedido al general Haxo, y pasaba con justicia por uno de los ingenieros militares mejores de Europa. En 1849 recibió el encargo de dirigir las obras del sitio de Roma, mision delicada bajo mas de un concepto. El general en jefe del cuerpo expedicionario, antiguo oficial de caballería, no reunia quizás todas las condiciones de experiencia y de práctica necesarias, para mandar un cuerpo compuesto casi exclusivamente de infantería destinado á operar delante de una plaza fortificada. Las circunstancias políticas eran por otra parte muy críticas, y además de ser imposible el asalto de la plaza, convenia respetar los monumentos de la ciudad eterna.

Los poderes del general Vaillant eran mucho mas extensos de lo que revelaba su título de general de ingenieros, y tenia en su poder una carta cerrada del príncipe Presidente confiriéndole el mando en jefe, luego que juzgase conveniente encargarse del mismo. M. Vaillant logró reducir á Roma sin lastimar la susceptibilidad de un cólega que habria ignorado siempre semejante hecho, sin las revelaciones que originaron los siguientes acontecimientos políticos. Elevado mas tarde al grado supremo de la milicia en Francia, y encargado del ministerio de la guerra, manifestó durante los cinco años que en él ha permanecido, y expecialmente durante la campaña de Crimea, su talento organizador y su prevision y celeridad en la ejecucion. En 1859 fué nombrado por el emperador mayor general del ejército de Italia.

EL MARISCAL CONDE BARAGUAY D'HILLIERS.

El mariscal conde Baraguay d'Hilliers cuenta un año menos que el mayor general del ejército de Italia, y nació en París en 1791. Su carrera no ofrece la regularidad magistral que caracteriza la vida del mariscal Vaillant; alistado á los quince años y medio en el 1.er regimiento de dragones, colocado á las órdenes de su padre, coronel general del arma, el jóven Baraguay d'Hilliers anunciaba por su turbulencia y su prodigiosa actividad de ánimo, ser para él la profesion de las armas una necesidad mas que una herencia de familia. Sin embargo, la posicion del soldado raso era poco conforme con el alto grado de su padre, que temia para un niño de quince años las fatigas de las trabajosas campañas del imperio. Colocóle pues en el Pritáneo militar, donde fortificó sus estudios y aprendió la profesion, saliendo de allí en 1811 con el grado de subteniente en el 1.er regimiento de cazadores de á caballo, agregado á uno de los cuerpos del grande ejército. La primera campaña fué la de Rusia, ruda escuela que le permitió ejercer á la vez su sangre fria, su paciencia y su valor. En 1813, el 1.º de cazadores reconstituido á toda prisa, partió para Prusia, y el subteniente Baraguay d'Hilliers, herido de un sablazo en la cabeza fué nombrado teniente

y enviado á Alemania, como ayudante de campo del duque de Ragusa. Una bala de cañon llevósele en Leipsick la mano izquierda, pero esto no fué causa para que abandonara el servicio activo y el arma de caballería

Al regresar los Borbones era capitan en el 6.° de cazadores, y adicto á la familia imperial, presentó su dimision antes que llevar la escarapela blanca. Su genio activo y amigo de aventuras le impulsó hácia la oposicion, y en aquella época, en que los oficiales realistas y los del ejército licenciado se batian por una palabra, por una mirada, por una intencion, fueron muchos los duelos en que se encontró el capitan Baraguay d'Hilliers. Algun tiempo despues volvió al ejército, pues si bien las campañas eran raras en aquella época, podria oir á lo menos el ruido de las armas y gozar de la apariencia de la guerra. En 1823 se encontró en España en clase de capitan en el regimiento de línea número 9.°, y en 1830 hizo como comandante la campaña de Argel.

Colocado algun tiempo despues de la revolucion de julio al frente de la escuela especial militar de Saint-Cyr, restableció en ella la disciplina y las buenas tradiciones; el régimen que impuso á los futuros oficiales parecióles duro, y el espíritu de insubordinacion que dominaba en la escuela no podia avenirse con la fórmula favorita del nuevo jefe; «Saber obedecer para aprender á mandar.» — «Solo tengo una mano, añadia el coronel Baraguay d'Hilliers, pero es de hierro.» Gracias á su firmeza, unida á una indisputable equidad, la escuela de Saint-Cyr volvió á ser lo que fuera en tiempo del Imperio, y los militares que estuvieron en ella bajo la direccion del mariscal, se hallan unánimes en atribuirle la mitad de su mérito.

Recompensado con el grado de mariscal de campo por los servicios que prestara á la escuela, M. Baraguay d'Hilliers solicitaba en cada revista ser relevado de su puesto y enviado al ejército de Africa. El general Bugeaud atendió por fin á sus ruegos, y al encargarse del mando superior de la Argelia, le llamó á su lado. Desde 1841 á 1844, ya al frente de una brigada activa, ya como superior de la division de Constantina, viósele dirigir las columnas, utilizando sin cesar la prodigiosa necesidad de movimiento que le caracteriza. Al estallar la revolucion de febrero mandaba la division militar de Besanzon; y el departamento del Doubs, cuyas simpatías se habia grangeado, le envió á la Constituyente y á la Legislativa. Despues de la eleccion del 10 de diciembre fué continuado en la lista de los tres candidatos para la vice-presidencia de la república, y en 1849 el príncipe presidente le dió el encargo de restablecer el órden en la ciudad de Roma.

El nuevo general en jefe, investido al mismo tiempo con las funciones de ministro plenipotenciario, hizo cesar por medio de un justo rigor los crímenes de que eran víctimas los soldados franceses; desde allí fué trasladado por el presidente al mando del ejército de París en reemplazo del general Changarnier, y en aquel difícil puesto prestó al poder ejecutivo grandes servicios, que el emperador le pagó despues nombrándole embajador en Constantinopla.

Las cuestiones agitadas en 1853 y 1854 son harto complexas para que puedan entrar en cuadro tan limitado como el nuestro; la guerra que resultó de la pro-

longada polémica diplomática que se agitaba penosamente hacia tantos años, no ofrecia puesto alguno en Oriente á M. Baraguay d'Hilliers; la posicion de embajador que habia ocupado, no permitia ofrecerle el mando de una simple division, y se le reservó la direccion del 1.er cuerpo de ejército que debia operar aisladamente. Mientras que el mariscal Saint-Arnaud preparaba en el mar Negro la expedicion de Crimea, los gobiernos de Francia y de Inglaterra resolvieron verificar en el Báltico una poderosa diversion. La fortaleza de Bomarsund se elevaba amenazadora mas allá de las islas de Aland, y parecia desafiar á las escuadras aliadas con su triple fila de cañones y sus inmensas torres de granito, y el general Baraguay d'Hilliers recibió la órden de apoderarse de ella. Las operaciones fueron llevadas á cabo con el ardiente vigor que distingue al general, quien, en recompensa de aquel hecho de armas, recibió el baston de mariscal de Francia.

El mariscal Baraguay d'Hilliers ha mandado durante la guerra de Italia el 1.er cuerpo de ejército.

EL MARISCAL CONDE DE MAC-MAHON.

El conde María Patricio Mauricio de Mac-Mahon se ha distinguido desde 1830 en veinte combates distintos, no por el valor pasivo y subalterno que mantiene en su puesto al hombre de deber, sino por actos caballerescos que rayan casi en temeridad.

A pesar de esto, el público ignoraba su nombre; solo el ejército conocia sus grandes cualidades. Fué preciso que en el asalto de Malakoff la gloria hiciese traicion á su modestia para que la indiferencia se trocase en popularidad.

Nacido en 12 de junio de 1808, el jefe del 2.º cuerpo del ejército de Italia cuenta en el dia cincuenta y un años. Su reserva se trueca casi en timidez al salir del círculo de los negocios militares ó de sus íntimas relaciones; rubio, delgado, bien formado y de estatura mas que mediana, M. de Mac-Mahon revela en su rostro cierta altivez aristocrática, y aunque sus facciones no sean fuertemente acentuadas, su mirada resuelta y su aire militar revelan en él al soldado.

M. de Mac-Mahon es de orígen irlandés, y nació en las cercanías de Autun, en el magnífico castillo de Sully que pertenece á su familia, refugiada en Borgoña despues de la caida de los Estuardos. Su padre y su tio sirvieron á la Francia; el primero llegó al grado de teniente general, y el segundo al de mariscal de campo. Su familia le destinó quizás en un principio al estado eclesiástico, pues luego de haber recibido la primera instruccion en la casa paterna, fué colocado en el seminario de Autun; entró despues en la escuela preparatoria de Versalles, de la que salió para ingresar en Saint-Cyr el dia 24 de noviembre de 1825. Admitido bajo muy buen pié, obtuvo en los exámenes de fin de curso el número cuatro, que le permitió elegir el Estado mayor.

En aquella arma hizo las campañas de 1830 en Argel, de 1831 en Amberes, desde 1836 á 1840 en Argelia. La *Revista de Autun* explica por que el nombre del mariscal ha estado por tanto tiempo privado de la popularidad que merece.

«Es imposible seguir metódicamente á M. Mac-Mahon en sus numerosos hechos de armas, en todas sus promociones, en todas las órdenes del dia en que ha sido citado. Para ello seria preciso recurrir á su hoja de servicios, que se conserva en el ministerio de la guerra, pero cuya copia no se permitiria sin autorizacion expresa del mariscal, autorizacion que niega hasta á su propia familia. M. Mac-Mahon es absolutamente mudo acerca de su persona, y su mismo hermano, el conde José, que profesa al mariscal la mas afectuosa ternura, solo sabe las acciones de su vida militar por lo que ha leido en los periódicos, por las relaciones de los soldados, por los ecos del campo de batalla.»

A pesar de su temerario valor, M. Mac-Mahon no ha recibido mas que una sola herida, un balazo en el pecho, el 10 de noviembre de 1837, delante de Constantina.

El mariscal fué el primero en llegar al pico del Atlas durante la expedicion de Mouzaia; distinguióse en la batalla de Staoueli, en Amberes, y en el sitio de Constantina.

En 1840 cambió de arma, siendo otro de los diez oficiales elegidos para mandar los nuevos batallones de cazadores de á pié; desde aquella fecha hasta 1852 permaneció siempre en Argelia, y en el último de los años expresados mandó como jefe consumado una expedicion contra la Kabylia. En 1855 mandaba una division en el campamento del Norte, y el emperador le designó para reemplazar en Crimea al general Canrobert, que volvia á Francia, dejando vacante la primera division del cuerpo Bosquet. Meditábase entonces el último golpe contra Sebastapol, y apenas llegado á Crimea recibió el general la órden de prepararse al asalto. La víspera del dia decisivo, el general Niel, al darle sus últimas instrucciones, insistia, lo mismo que el general Bosquet, en la importancia del ataque que se le confiaba. «Mañana entraré en Malakoff, les contestó sencillamente; y estad seguros de que saldré de allí vivo.» El general cumplió su palabra.

Celebrada la paz, M. Mac-Mahon no quiso tomar reposo alguno; en 1856 el emperador le llamó al Senado, donde su noble conducta le atrajo el aprecio de todos; pero el Africa le reclamaba, y partió para tomar el mando de la segunda division á las órdenes del mariscal Randon, en la gran expedicion de la Kabylia, que pacificó definitivamente aquella turbulenta comarca. Finalmente, cuando la nueva organizacion de la Argelia, fué investido con el mando superior de las fuerzas militares de tierra y de mar, y tambien allí, en medio de una crísis inerente á toda trasformacion, el general con su prudencia y su espíritu conciliador, evitó sérios conflictos entre la autoridad civil repentinamente exaltada y la militar deprimida.

El emperador le arrancó á aquellos trabajos pacíficos, para ponerle al frente del 2.º cuerpo del ejército de Italia, en cuyo puesto ha aumentado mas aun si cabe la reputacion militar del general Mac-Mahon.

EL MARISCAL CANROBÉRT.

Francisco Certain Canrobert, mariscal de Francia y senador, nacido en 1809, es hijo de una familia respetable de Bretaña. Admitido en 1825 en el colegio militar de Saint-Cyr, salió de él en 1828 de subteniente para el 47, de linea; ascendió á teniente en 1832, y en 1835 se embarcó para Argelia. Llegado allí tomó parte en la expedicion de Mascara; despues asistió sucesivamente á la toma de Tlemcen, á los combates de Sidi-Yacoub, de Tafna y de Sikkak. Capitan en 1837, se encontró en el sitio de Constantina. Formó parte de las columnas de asalto y recibió su primera herida en la brecha al lado del coronel Combes, quien, antes de espirar, le recomendó al general Vallée con estas palabras: «Este oficial tiene porvenir.» Condecorado con la cruz de la Legion de honor, regresó á Francia en 1839, donde se le dió el encargo de organizar un batallon para la legion extranjera con los restos de la emigracion carlista española.

En 1841 volvió al Africa, distinguiéndose por su sangre fria y su energía en las arriesgadas expediciones que se le confiaron, especialmente en la del desfiladero de Mouzaïa: mandó un batallon de cazadores, despues el 64.° de linea, y á la cabeza de este último cuerpo sofocó la sublevacion de Bou-Maza y de las tribus de Bas-Dhara; el combate de Sids-Kalifa fué muy honroso para él. Ocho meses de luchas obstinadas y sangrientas le valieron el ser ascendido á coronel en 1847; despues de haber obtenido este elevado grado dirigió la expedicion contra Ahmed-Sghir, avanzó hasta el desfiladero de Djerma, en el cual se habia atrincherado el enemigo, lo batió y regresó á Bathna conduciendo prisioneros á dos cheiks.

Despues de haber mandado el 2.° regimiento de la legion extranjera, recibió el mando del 3.° de zuavos que condujo con la misma gloria contra los kabylas y las tribus del Jurjura. Dejando despues la ciudad de Aumale (noviembre de 1849), socorrió á Bou-Sada, cuya guarnicion se encontraba bloqueada, reunió el grueso del ejército delante de Zaatcha, y fué uno de los primeros que subieron al asalto de aquella ciudad; por esta brillante accion mereció la cruz de comendador de la Legion de honor.

Llamado á Francia al año siguiente, Canrobert abrazó la causa del príncipe Luis Napoleon que le nombró general de brigada, le hizo su ayudante de campo, y le dió un mando en París, donde trabajó enérgicamente en reprimir la insurreccion que siguió al golpe de Estado de diciembre. El 14 de enero de 1853 fué nombrado general de division.

Declarada la guerra á la Rusia, el mariscal Canrobert, que adoptó entonces este apellido, tomó el mando de la primera division del ejército de Oriente, la cual, á consecuencia de la desgraciada campaña de la Dobrutcha, fué tan terriblemente diezmada por el cólera. Mas tarde apoyó con todas sus fuerzas la expedi-

cion de Crimea, sostuvo el primer choque de los rusos en Alma, y á pesar del fuego mortífero que estos hacian, se estableció en las alturas hasta la llegada del general Forey; herido en el brazo por un casco de granada, no abandonó por eso el campo de batalla.

Dos dias despues el general Saint-Arnaud, sintiéndose próximo á su fin, le entregaba el mando en gefe del ejército, como se lo prescribia una carta confidencial del emperador, de fecha del 12 de marzo anterior. El nuevo general marchó en seguida contra Sebastopol, hizo construir muchas baterías, la primera paralela, y rompió el fuego contra la plaza el 17 de octubre; pero habiendo visto la imposibilidad de apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, emprendió, en medio de obstáculos insuperables, y en una estacion de las mas rigurosas, los trabajos gigantescos que permitieron atacarla mas tarde.

Este primer período del sitio, el mas penoso, se distinguió por la batalla de Inkermann, los combates de Balaklava, Eupatoria, la toma del Carenero y las contínuas salidas de la guarnicion. Habiendo rehusado lord Raglan cooperar al plan de ataque propuesto por Canrobert, este, cuya situacion respecto á los ingleses se hacia cada dia mas difícil, entregó el mando al general Pelissier, y se puso otra vez á la cabeza del primer cuerpo. A los dos meses tuvo que dejar la Crimea, y el año siguiente recibió el baston de mariscal de Francia (18 de marzo de 1856), siendo gran cruz de la Legion de honor desde el 20 de mayo de 1855.

El mariscal Canrobert ha mandado en la actualidad el 3.er cuerpo de ejército de los Alpes.

EL MARISCAL NIEL.

El gefe del 4.º cuerpo del ejército de Italia era ayer, como M. de Mac-Mahon un simple general de Division; como á él, servicios excepcionales le han elevado rápidamente al primer puesto, poniendo en sus manos el baston de mariscal de Francia.

El mariscal Adolfo Niel nació en 1802, y pertenece al arma de ingenieros, habiendo tomado una parte activa en todos los sitios memorables hechos desde hace veinte y cinco años por los ejércitos franceses. En 1837, en que por primera vez se encontró mezclado el capitan Niel en aquel género de guerra en el cual ha conquistado una celebridad especial, habíase experimentado una primera derrota bajo los muros de Constantina. Era preciso vencer á toda costa: un príncipe real asistia á la lucha, que podia comprometer la influencia francesa en todo el Norte del Africa. La brillante conducta del capitan Niel el dia del asalto, mereció las felicitaciones del ministro de la guerra y el grado de comandante. Calificado desde aquella fecha como uno de los oficiales mas inteligentes de su arma, ascendió á coronel en 1846, y en 1849 nombróle el general Vaillant su jefe de Estado ma-

yor: dos meses despues ascendió á general de brigada, y fué el encargado de presentar al Papa en Gaeta las llaves de su capital. De regreso á Francia se encargó de la direccion de ingenieros en el ministerio de la guerra, formó parte de las juntas superiores de ingenieros y de fortificacion instituidas en el consejo de Estado, y fué promovido á general de division en 30 de abril de 1853.

Declarada la guerra á la Rusia, designóle el emperador para mandar la seccion de ingenieros agregada al cuerpo enviado al Báltico por el géneral Baraguey-d'Hilliers; la fortaleza de Bomarsund fué la primera en atraer los golpes de las fuerzas aliadas, y el diario de sitio manifiesta la prontitud con que fueron realizados todos los trabajos. El dia 1.º de abril se verificó el primer reconocimiento; el 13 á las tres de la mañana abrió su fuego la primera batería de brecha, y el 18 la bandera de la Francia ondeaba en la fortaleza de Bomarsund. M. Niel no quiso confiar á nadie el cuidado de reconocer y dibujar las obras enemigas; él mismo indicó las baterías que debian construirse, y con su cartera y su lápiz en la mano, acompañado de una reducida escolta de cazadores, trepaba por las malezas con todo el valor y la indiferencia de un principiante en la carrera. A su regreso, le nombró el Emperador su ayudante de campo, y le confió luego la mision de marchar á estudiar el verdadero estado del sitio de Sebastopol. El general pasó algunas semanas visitando minuciosamente los trabajos de sitio, y formuló su opinion del modo siguiente: Que debia acercarse enteramente á Sebastopol para que las diferentes partes del sitio entrasen en condiciones regulares y posibles, y que el ataque debia emprenderse por la torre de Malakoff.

Muerto el general Bizot tres meses despues, M. Niel se encargó del mando en jefe del cuerpo de ingenieros del ejercito de Oriente, y dirigió el sitio de la plaza, recibiendo algunos dias despues del asalto definitivo la gran cruz de la Legion de Honor.

EL MARISCAL CONDE REGNAULD DE SAINT-JEAN D'ANGELY.

El conde Augusto, Miguel Estéban Regnaud de Saint-Jean d'Angely, nombrado mariscal del Imperio en el campo de batalla de Magenta, nació en París el dia 30 de julio de 1794. Admitido á los diez y siete años y medio en la Escuela de caballería de San German, partió en 1812 para el Grande Ejército con el grado de subteniente en el 8.º regimiento de cazadores de á caballo; despues de la desastrosa campaña de Rusia, fué nombrado teniente en el 8.º de húsares, ascendió á capitan en 1814, y ejerció sucesivamente las funciones de ayudante de campo cerca de los generales Piré y Corbineau. Oficial de ordenanza del Emperador durante los Cien Dias, ganó durante aquella campaña el grado de comandante que no debia ser reconocido por la restauracion.

El ardor militar que atrae al soldado á los campos de batalla decidió á él, an-

tiguo oficial superior del Imperio, á hacer la campaña de Morea con el grado de teniente, mas un decreto de 1829 le confirió el de capitan. La Revolucion de Julio se mostró mas benévola con los ejércitos imperiales, y el conde Regnaud de Saint-Jean d'Angely fué nombrado en 11 de setiembre de 1830 teniente coronel del 1.º de lanceros, y coronel del mismo regimiento en 1832.

Al estallar la revolucion de Febrero era mariscal de campo desde 1841, y mandaba la brigada de caballería acuartelada en París. Su conducta durante aquellos acontecimientos merecióle los elogios del mariscal Bugeaud buen conocedor en materias de honor y valentía «El general Regnaud de Sain-Jean d'Agely, dijo, se distinguió en aquellas jornadas por la firmeza de su conducta y por el órden que supo mantener en su brigada; mantuvo á su caballería en el puño, y fiel hasta el último momento, acompañó militarmente al jefe del Estado mientras su marcha no fué una fuga.»

Nombrado general de division en 14 de julio de 1848, mandó sucesivamente delante de Roma una division de caballería y una de infantería. Miembro de la Legislatura por el departamento del Charente Inferior, votó siempre con el partido del órden. Ministro de la guerra desde 9 de enero á 24 de junio de 1851, desarmó á las facciones privándolas del apoyo que esperaban encontrar en el general Changarnier..

Al designarle el Emperador para el mando en jefe de la guardia imperial, ha recompensado en él servicios militares y dinásticos. El conde Regnaud de Saint-Jean d'Angely representa exactamente el tipo de los generales del primer Imperio; de elevada estatura, ha conservado entre la vida activa de las armas una fuerza y agilidad de cuerpo extraordinarias. Paternal para con sus suborninados, hace respetar la disciplina por medio de la práctica y del ejemplo de todas las virtudes militares.

EL GENERAL LA MÁRMORA.

El marqués de la Mármora, general piamontés y ministro de la Guerra, nació el 17 de noviembre de 1804. En 1816 entró en la Academia militar, de la que salió en 1823 con el empleo de teniente de artillería, siendo al poco tiempo nombrado ayudante mayor. Habiéndose dedicado á la equitacion, á la gimnástica y al tiro, organizó escuelas normales para los sargentos y soldados. En 1831, siendo capitan, visitó los primeros establecimientos militares de Europa. Cuando estalló la guerra de 1848 era comandante, á cuyo grado habia ascendido en 1845. Recibió mencion honorífica en las acciones de Monzambano, Borghetto, Valleggio y Peschiera, y á mas una medalla de oro; se distinguió especialmente en las alturas de Pastrengo, el 2 de abril de 1848, por la diversion que supo operar contra la retaguardia del ejército austriaco, la cual permitió rehacer el desordenado ejército piamontés, dándole la victoria sobre sus enemigos. Este hecho de armas le valió el favor de

Cárlos Alberto, que no le habia mirado hasta entonces con muy buen ojo por sus tentativas de reforma militar.

Su firmeza en medio de la agitacion popular que puso en peligro la persona del rey en Milan, valió á La Mármora el empleo de general de brigada y el ser nombrado jefe de estado mayor de Chrzanowski. En marzo de 1849, mandando un cuerpo de reserva, intentó una intervencion en Toscana, y despues recibió la órden de cooperar á los esfuerzos del ejército sardo que acabada de repasar el Tesino, si bien su alejamiento del teatro de la guerra le impidió llegar á tiempo á la batalla de Novara. Sin embargo, pudo quitar á la division lombarda la plaza fuerte de Reta, de la cual se habia apoderado con la mira de dar la mano á los sublevados de Génova.

Nombrado teniente general por el nuevo Rey, fué al poco tiempo encargado del ministerio de la Guerra que desempeñara ya dos veces interinamente. Reorganizó el ejércto piamontés, que no existia mas que de nombre, eliminando de él á todos los refugiados.

A consecuencia del tratado de 29 de enero de 1855 que admitia á la Cerdeña en la alianza de las potencias occidentales, La Mármora dimitió la cartera de la Guerra y tomó el mando de la division enviada á Crímea. Ocupando allí un punto en la línea de reserva, no pudo secundar á los aliados de una manera eficáz hasta que los rusos intentaron el paso del Tchernaya en el que sus cazadóres rechazaron á los rusos con su mortífero fuego. A la conclusion de la guerra recibió la órden del Baño y la gran cruz de la Legion de honor, y en la actualidad vuelve á desempeñar la cartera de la Guerra.

LOS GENERALES CIALDINI Y FANTI.

Los generales Cialdini y Fanti, destinados á mandar divisiones en el ejército piamontés, hicieron la guerra de los siete años en España como oficiales de la legion extranjera, ó Cazadores de Oporto, á las órdenes del general Borso di Carminati, y se encontraron en las operaciones de Aragon, Cataluña y Valencia. Cuando se creó la Guardia civil pasó á ella D. Enrique Cialdini, y era primer capitan de este cuerpo al estallar en 1848 la guerra de la independencia italiana. Entonces pidió permiso á S. M. la Reina para pasar al Piamonte, donde hizo la campaña con Carlos Alberto. Herido y hecho prisionero en la batalla de Novara, mereció, por su valor, la señalada distincion de que el mismo general Radetzky fuese á visitarle despues de la accion. El general Cialdini se encontró en las operaciones de Crimea, y ha llegado á la alta posicion que hoy ocupa en el ejército sardo por sus grandes hechos militares.

El general Fanti, capitan del ejército español en 1842, tuvo entrada, mediante exámen, en el cuerpo de Estado mayor que fué organizado en aquella fe-

cha. Cuando estalló la guerra entre Cerdeña y Austria en 1848, el gobierno sardo le invitó á pasar al Piamonte, á cuyo país se dirigió tan luego como obtuvo el consentimiento del gobierno español. El general Fanti se distinguió como militar científico en la campaña de Carlos Alberto y se portó con mucha bizarría en la desgraciada jornada de Novara.

En nuestro país el general Fanti habia desempeñado el cargo de jefe de Estado mayor de las tropas que operaron en el Maestrazgo, donde es muy conocido y apreciado por sus recomendables circunstancias. Fué colaborador de la *Revista Militar* española. Habiendo estudiado en España la guerra de guerrillas, entre otras obras que sobre arte militar ha dado á luz en su país, ha publicado un tratado de guerra de esta clase aplicado al Piamonte. Militares prácticos y llenos de servicios, los generales Cialdini y Fanti, han figurado dignamente en las operaciones que han tenido lugar en los campos de Italia.

EL GENERAL ULLOA.

Gerónimo Ulloa, general italiano, nació en Nápoles en 1810. Hijo de una de las familias mas distinguidas de esta ciudad, contaba apenas veinte años cuando fué recibido, el primero, en el colegio de la *Nunziatella*, la escuela politécnica del reino de las dos Sicilias, y salió tambien el primero en 1831 con el grado de abanderado de artillería. En 1833 fué arrestado por no haber querido descubrir una conspiracion, de que tenia conocimiento, por lo cual sufrió arbitrariamente seis meses de detencion. En 1837 se le nombró teniente, y capitan en 1845; durante este tiempo encargósele con frecuencia la direccion de los ejercicios de las escuelas prácticas de artillería.

En 1848, cuando se estableció en Nápoles el gobierno constitucional, Ulloa hizo prometer públicamente á los oficiales de su regimiento, que nunca romperian el fuego contra el pueblo, sino para mantener, en union con la Milicia nacional, las libertades garantidas por la Constitucion. Habiendo empezado las hostilidades entre el Piamonte y el Austria, solicitó licencia por seis meses, con el objeto de ir á combatir en el alta Italia en favor de la Independencia nacional. Iba á partir al frente de un batallon de voluntarios que él mismo habia organizado, cuando se decidió que un cuerpo de ejército napolitano fuera á operar contra el Austria, á las órdenes del general Guillermo Pepe. Este último se apresuró á incorporar á Ulloa en su Estado mayor, en calidad de edecan; mas habiendo caido enfermo, confió á dicho Ulloa los preparativos de la expedicion. Pero apenas habia llegado á Bolonia el cuerpo de ejército mandado por Pepe, cuando fué llamado por el rey Fernando, y la mayor parte de las tropas regresaron á Nápoles, mientras que el general en jefe marchaba al socorro de Venecia con unos mil quinientos hombres.

Ulloa le siguió y entró con él en la ciudad el 13 de junio, resuelto á no salir de la misma sino despues de haberse consagrado á su defensa en cuanto fuese posible. Distinguióse, en efecto, en los mas brillantes encuentros que tuvo con el enemigo, y, nombrado sucesivamente teniente-coronel, coronel y general de division, debió cada uno de sus ascensos á una accion memorable: Ulloa tomó tambien una parte activa en el éxito alcanzado por los sitiados el 27 de octubre. El 27 de abril de 1849, cuando Venecia se hallaba sitiada de cerca por el enemigo, se le confió el mando del fuerte Malghera. Bajo su direccion, la guarnicion que solo se componia de 2,400 hombres, resistió durante un mes á 18,000 austriacos. El 28 de mayo supo evacuar la fortaleza, casi desmantelada, sin dejar en poder del enemigo, ni un solo hombre ni un solo cañon. Poco despues, se le nombró miembro de la comision militar, revestida con poderes ilimitados que le habia dado la ciudad. Cuando los estragos del cólera, el hambre y la falta de municiones obligaron á rendirse á la heróica Venecia, Ulloa salió para el destierro con un número considerable de intrépidos defensores. En el mes de mayo de 1848, no obstante su ausencia, fué nombrado diputado en el Parlamento de Nápoles, y en enero de 1849, fué elegido miembro de la Asamblea nacional de Venecia. Desde 1849 ha permanecido en París.

Ulloa se cuenta tambien en el número de los escritores militares. Se citan del mismo, además de una série de escritos publicados en la *Antologia militar* de Nápoles, de 1832 á 1848, las obras siguientes: *Táctica de las tres armas* (Nápoles 1838); *Nápoles considerado político y militarmente* (Id., 1848); *Sobre la organizacion del ejército napolitano* (Id., 1848); *Instruccion sobre el tiro para los alfereces de artilleria* (Id., 1847); *Del arte de la guerra* (Turin, 1851); *Guerra de la independencia italiana en* 1848 *y* 1849.

En la guerra de Italia en 1859 tuvo el mando en jefe de las tropas toscanas agregadas al quinto cuerpo de ejército.

EL GENERAL GYULAI.

El conde Gyulai, general austriaco, nació en Pesth el año 1799; es hijo del general Ignacio Gyulai que desempeñó una parte tan importante en la campaña de Francia. Entrando en el servicio militar en 1816, llegó rápidamente á pesar de la paz, á los grados superiores de la milicia; mayor general en 1839, fué nombrado teniente general en 1846, y al año siguiente pasó á encargarse del mando de la provincia de Trieste. En 1848 contribuyó mucho á conservar al Estado la marina del Adriático. Despues de haber desempeñado el ministerio de la Guerra desde junio de 1849 hasta julio de 1850, pasó á Italia á tomar el mando del 5.º cuerpo de ejército.

Nombrado general en jefe de las tropas del reino Lombardo-veneto, á la

edad de 60 años, acreditó ser un entendido militar si bien no muy audaz ni afortunado.

EL MARISCAL HESS.

Si el conde Gyulai presenta una hoja de servicios pobre, en cambio el baron Enrique de Hess, los tiene en demasía. Nacido en 1788 cuenta ahora 71 años. Es natural de Viena, y por consiguiente austriaco puro, cosa rara en el ejército del imperio. El baron de Hess tiene el mérito de no deber á nadie su fortuna militar. En 1805 empezó á servir como abanderado, y ha pasado sucesivamente por todos los grados de la milicia. En 1842 fué ascendido á feld-mariscal. Se le tiene por buen estratégico. Radetzki, de quien fué mucho tiempo consejero principal, le tenia en gran predicamento, y no fué el que menos contribuyó á los últimos triunfos del anciano mariscal.

EL GENERAL WIMFFEN.

El general austriaco Francisco Hermann de Wimffen, á pesar de sus 62 años de edad, pasa con justicia por uno de los primeros generales de Europa. El fué el que dió en Vicenza, en la campaña de 1848, aquel golpe decisivo á los piamonteses y lombardos, que permitió al anciano mariscal Radetzki rehacer sus cuerpos de ejército y preparar la catástrofe definitiva de Novara. En el campo de batalla de Custozza, este teniente general fué la admiracion del ejército austriaco por su hábil estratégia y su valor personal: allí fué donde ganó las insignias de la órden de María Teresa. Wimffen ha mandado el cuerpo de ejército que ocupó despues los Estados pontificios; y con un arrojo digno de su reputacion, se apoderó de Ancona y bombardeó á Bolonia. En octubre de 1849 fué nombrado gobernador civil y militar de Trieste y del litoral adriático. Desde 1854 manda el mariscal Wimffen el primer cuerpo del ejército austriaco, que adora á su general.

FIN.

PARTE CUARTA.

DOCUMENTOS OFICIALES Y OTROS.

I.

Tratado de Campo Formio, celebrado entre la Francia y el Austria en 17 de octubre de 1797.

Art. 6.° La República francesa consiente en que S. M. el emperador y rey posea en toda soberanía los paises á continuacion designados: la Istria, la Dalmacia, las islas antes venecianas del Adriático, las bocas del Cattaro, la ciudad de Venecia, las lagunas y los paises comprendidos entre los estados hereditarios de S. M. el emperador y rey, el mar Adriático, y una linea que partirá del Tirol, seguirá el torrente por delante de la Gardola, y atravesará el lago de Garda hasta Cisa, donde tendrá orígen una linea militar hasta San Giacomo, ofreciendo á ambas partes iguales ventajas, cuya línea será trazada por los oficiales de ingenieros que por ambas partes se nombren antes de la ratificacion de este tratado. La linea fronteriza pasará entre el Adiger y San Giacomo, seguirá por la orilla izquierda de aquel rio hasta el Canal Blanco, incluyendo la porcion de Porto Legnago que se encuentra en la márgen derecha del Adiger junto con un radio de tres millas. La línea continuará por la orilla izquierda del Tartaro, la orilla izquierda del canal llamado la Polisella hasta su desagüe en el Po, y la orilla izquierda del gran Po hasta el mar.

Art. 7.° El emperador renuncia á todos sus derechos sobre los paises que forman la república Cisalpina.

Art. 8.° El emperador reconoce á dicha república como potencia independiente. La república Cisalpina comprenderá: el territorio llamado antes Lombardia austriaca, el Bergamasco, el Bressan, el Cremasco, la ciudad y fortaleza de Mantua, Peschiera, la parte de los estados antes venecianos situados al oeste y al sur de la linea designada en el artículo 6.°, el Modenesado, el principado de Masa y Carrara, y las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y la Romanía.

Acta final del congreso de Viena de 9 de junio de 1815.

Art. 93. A consecuencia de las renuncias estipuladas en el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814, las potencias que firman el presente tratado reconocen á S. M. el emperador de Austria y á sus herederos y sucesores como soberanos legítimos de las provincias y territorios que habian sido cedidos, ya

en todo, ya en parte por los tratados de Campo Formio (1797), de Luneville (1801), de Presburgo (1805), por la convencion adicional de Fontainebleau (1807), y por el tratado de Viena (1809), en la posesion de cuyos paises ha sido reintegrada S. M. imperial y real apostólica á consecuencia de la última guerra. Son dichos paises y territorios: la Istria así la austriaca como la antes veneciana, la Dalmacia, las islas antes venecianas del Adriático, las bocas del Cattaro, la ciudad de Venecia, las lagunas, las provincias y distritos de tierra firme de los estados antes venecianos en la orilla izquierda del Adiger, los ducados de Milan y de Mantua, los principados de Brixen y de Trento, el condado del Tirol, el Vorarlberg, el Frioul austriaco, el Frioul antes veneciano, el territorio de Montefalcone, el gobierno y la ciudad de Trieste, la Carniola, la Carinthia superior, la Croacia á la derecha del Save, Fiume y el litoral húngaro, y el distrito de Castua.

Art. 94. S. M. imperial y real apostólica reunirá á su monarquía para ser poseidos por sí y sus sucesores en toda soberanía:

I. Además de las partes de tierra firme de los Estados venecianos, de que se hace mencion en el art. anterior, las demás partes de dichos Estados, así como cualquier otro territorio que se halle situado entre el Tessino, el Po y el mar Adriático.

II. Los valles de la Valtelina, de Bormio y de Chiavenna.

III. Los territorios que formaron la república de Ragusa.

. . . .

Art. 103. S. M. imperial y real apostólica y sus sucesores tendrán derecho de guarnicion en las plazas de Ferrara y de Comachio.

II.

Discurso pronunciado por el rey Victor Manuel en la apertura de la sesion legislativa el dia 10 de enero de 1859.

Señores senadores, señores diputados:

La nueva legislatura inaugurada hace un año, no ha defraudado las esperanzas del país, ni ha desmentido mis previsiones. Merced á su cooperacion leal é ilustrada, hemos triunfado de las dificultades de la política interior, consolidando así los grandes principios de nacionalidad y de progreso en que descansan nuestras instituciones libres.

Continuando pues del mismo modo en el presente año, lograreis hacer nuevas mejoras en los diferentes ramos de la legislacion y de la administracion públicas. En la última legislatura os fueron presentados algunos proyectos referentes á la administracion de justicia; tan pronto como hayais empezado en la presente su interrumpido exámen, espero se procederá á la reorganizacion de la magistratura, á la institucion de los tribunales de *assises*, y á la revision del código de procedimientos.

Sereis nuevamente llamados á deliberar sobre la reforma de la administracion de las municipalidades y provincias, sirviéndoos de estímulo el general deseo para consagrar á ella todos vuestros cuidados. Os serán propuestas algunas modificaciones que deben hacerse en la ley relativa á la guardia nacional, á fin de que puedan conservarse las bases de esta noble institucion, y hacerse en ella cuántas mejoras sugiera la experiencia, para que sea su accion mas eficaz en todos tiempos.

La crísis comercial, de que no ha podido librarse nuestro país, y la calamidad que en diferentes épocas ha pesado sobre nuestra principal industria, han disminuido considerablemente las rentas del Estado, privándonos de ver realizada hasta ahora la esperanza de nivelar los ingresos y los gastos. Esto, empero, no os impedirá conciliar las necesidades del Estado con los principios de una severa economía, al examinar el nuevo presupuesto.

Señores senadores, señores diputados, el horizonte en medio del cual aparece el nuevo año, no es de los mas serenos. No dudo, sin embargo, de que sabreis consagraros á vuestros trabajos parlamentarios con el acostumbrado celo. Sostenidos por la experiencia del pasado, sabremos hacer frente á todas las eventualidades del porvenir.

Ese porvenir debe ser prósporo, pues nuestra política descansa en la justicia y en el amor á la libertad y á la patria. Nuestro país, aunque pequeño por su territorio, disfruta de gran crédito en los consejos de la Europa, y es grande á causa de las ideas que representa y de las simpatías que inspira.

Semejante situacion no se halla exenta de peligros; pues si bien respetamos los tratados, no podemos mostrarnos insensibles al grito de dolor que se levanta hácia nosotros desde tantos puntos de Italia. Fuertes por la concordia, y confiados en nuestro buen derecho, aguardemos con prudencia y firmeza los decretos de la divina Providencia.

III.

Discurso pronunciado por el emperador Napoleon III en el acto de la apertura de las cámaras (7 de febrero de 1859).

Señores senadores, señores diputados:

Bien sabeis que la Francia ha visto en seis años aumentar su bienestar, acrecentarse su riqueza, desaparecer sus disensiones intestinas y realzarse su poder; sin embargo, surge á intervalos en medio del sosiego y de la prosperidad general una inquietud vaga, una agitacion oculta, que sin fundarse en causas precisas y deslindadas, se apodera de ciertos ánimos y afecta la confianza pública.

Deploro esos periodos de desaliento sin sorprenderme de su aparicion sucesiva. En una sociedad conmovida como la nuestra por tantas revoluciones, solo el tiempo puede arraigar las convicciones, templar los caracteres y crear la fe política.

La emocion que acaba de manifestarse sin que se funde en peligros inminentes, tiene motivos para sorprender, pues revela á un tiempo una desconfianza excesiva y un exagerado temor. Parece que se ha puesto en duda por una parte la moderacion de que he dado tantas pruebas, y por otra el poder real de la Francia. Por fortuna la masa del pueblo está muy distante de sufrir semejantes impresiones.

Hoy me incumbe recordaros nuevamente lo que al parecer se ha echado en olvido.

¿Cuál ha sido constantemente mi política? Tranquilizar á la Europa, colocar á la Francia en su verdadero rango, afianzar íntimamente nuestra alianza con la Inglaterra, y regular mi intimidad con las potencias continentales de Europa en conformidad á nuestras miras y á la índole de su conducta con respecto á la Francia.

Así es que en vísperas de mi tercera eleccion decia yo en Burdeos: *El imperio es la paz*, deseando manifestar con esto que si el heredero del emperador Napoleon subia al trono, no daria principio á un periodo de conquistas, sino que inauguraria un sistema de paz, que solo pudiera alterarse para la defensa de los grandes intereses nacionales.

He cifrado todo mi anhelo en consolidar la alianza de la Francia y de la Inglaterra, y he encontrado al otro lado del estrecho una reciprocidad de sentimientos de parte de la reina de la gran Bretaña y de parte de los hombres de Estado sin distincion de opiniones políticas. Además, para conseguir este fin tan útil á la paz del mundo, he desatendido en todas ocasiones los enojosos recuerdos del pasado, los ataques de la calumnia, y aun las preocupaciones nacionales de mi pais. Esta alianza ha producido sus frutos, pues no solo adquirimos de consuno una gloria duradera en Oriente, sino que en el confin del mundo acabamos de abrir un inmenso imperio á los progresos de la civilizacion y de la religion cristiana.

Desde que se firmó la paz, mis relaciones con el emperador de Rusia han tomado el carácter de la cordialidad mas franca, porque hemos estado de acuerdo en todos los puntos que han sido objeto de discusion.

Tambien tengo motivos para felicitarme de mis relaciones con la Prusia, relaciones que no han dejado de ser mútuamente benévolas y amistosas.

Por el contrario, debo consignar con disgusto que el gabinete de Viena y el mio se han encontrado muchas veces en desacuerdo en cuestiones principales, y se ha necesitado un grande espíritu de conciliacion para llegar á resolverlas. Así, por ejemplo, el restablecimiento de los principados danubianos no ha podido darse por terminado sino despues de vencer numerosas dificultades, que han privado de dar completa satisfaccion á sus legítimos deseos; y si se pregunta qué interés puede tener la Francia en esos lejanos paises que baña el Danubio, contestaré que el interés de la Francia se encuentra siempre donde hay una causa justa y civilizadora que defender.

En este estado de cosas no es extraordinario que la Francia estrechase mas sus relaciones con el Piamonte, que tan adicto se mostró durante la guerra, y tan fiel á nuestra política en la paz. El feliz enlace de mi muy amado primo el príncipe Napoleon con la hija del rey Victor Manuel no es pues uno de esos hechos á los que es menester señalar un motivo oculto, sino la consecuencia natural de la mancomunidad de los intereses de ambos paises, y de la amistad de los dos soberanos.

Hace ya algun tiempo que la situacion anómala de Italia, donde no puede mantenerse el órden sin el auxilio de tropas extranjeras, desazona, y no sin fundamento, á la diplomacia. No es esto, sin embargo, un motivo suficiente para pensar en la guerra. Si los unos la desean con todo corazon y sin fundados motivos, los otros en sus temores exagerados amenazan á la Francia con los peligros de una nueva coalicion; yo, sin embargo, seguiré sin vacilar la senda del derecho, de la

justicia y del honor nacional, y mi gobierno no se dejará arrastrar ni intimidar, porque mi política no será jamás ni provocadora ni pusilánime.

Alejemos pues de nosotros esas alarmas falsas, esa desconfianza infundada. La paz no creo que pueda ser alterada. Podeis dedicaros tranquilamente á vuestras habituales tareas.

Acabo de exponeros con toda llaneza el estado en que se encuentran nuestras relaciones con los paises extranjeros, y esta reseña, que está conforme con la historia interior y exterior de dos meses á esta parte, os probará, como me place creerlo, que mi política no ha variado ni un momento; es firme pero conciliadora.

Por esto espero en vuestra cooperacion y en el apoyo de la nacion que me ha confiado sus destinos. Bien sabe la Francia que nunca permitiré que dirijan mis acciones el interés personal ó una ambicion mezquina. Cuando en alas del deseo y del sentimiento popular se suben las gradas de un trono, se arrostra una responsabilidad gravísima, remontándose sobre la region en que se disputan intereses vulgares, y teniendo por móviles y al propio tiempo por jueces: Dios, su conciencia, y la posterioridad.

IV.

Nota circular del conde de Cavour á los agentes y ministros plenipotenciarios de S. M. sarda acreditados cerca de las cortes europeas.

Turin 4 de febrero de 1859.

Señor embajador:

El gobierno del rey acaba de pedir al parlamento la autorizacion para contraer un empréstito de 50 millones, destinados á hacer frente á los acontecimientos que puedan sobrevenir en Italia, cuyo orígen y término es imposible prever.

Como esta medida, que la prudencia nos dicta, podria dar lugar á inexactos comentarios, hemos creido conveniente exponer con claridad el pensamiento que la ha dictado, á fin de que podais rectificar lo que podria haber de inexacto en los juicios que formaran sobre ella los hombres políticos y los órganos de la opinion pública en el país en que residís.

Hace cerca de tres años que el gobierno del rey, por medio de sus plenipotenciarios, llamó la atencion de la Europa en el congreso de París, sobre el deplorable estado de Italia; protestó contra la extension de la influencia austriaca en la Península, no apoyada en las estipulaciones de los tratados, y manifestó por último, que de no poner á ello pronto y eficaz remedio, podian quedar gravemente comprometidas la paz y la tranquilidad del mundo. Las representaciones de la Cerdeña fueron acogidas favorablemente por la Francia y la Inglaterra, y fueron reproducidas casi de un modo solemne en el seno mismo del congreso. La Italia aguardó confiada y parecieron calmarse los ánimos; pero al fin las esperanzas que aquella manifestacion de interés por parte de las potencias occidentales habian hecho nacer, acabaron por desvanecerse del todo.

El triste estado de Italia no ha sido modificado en lo mas mínimo. La influencia preponderante que en ella ejerce el Austria, traspasando los límites que le señalaron los tratados, influencia que constituye una amenaza continua para la Cerdeña, mas bien ha aumentado que disminuido.

Por otra parte, los demás Estados de la Península han persistido en un sistema de gobierno que no podia dar otro resultado que el descontento de las poblaciones y la provocacion al desórden.

Por mas que los peligros que amenazaban á la Cerdeña fuesen cada vez mas inminentes, merced á aquel estado de cosas, la conducta del gobierno del rey fué siempre regida por un espíritu de dignidad y de reserva, que no podrá menos de ser reconocido por todos los hombres de buena fe.

Si el gobierno de S. M. rechazó enérgicamente las pretensiones del Austria, cuya potencia exigia que fuesen modificadas las instituciones del país, estuvo sin embargo léjos de tomar una actitud hostil contra ella; pero no por esto dejó el gabinete de Viena de echar mano de un pretexto, que fué reconocido como vano por casi todos los hombres de Estado de Europa, para romper abiertamente sus relaciones diplomáticas con la Cerdeña.

El gobierno sardo se limitó á recordar de tiempo en tiempo á los gobiernos, con los cuales estaba en relaciones de amistad, sus tristes previsiones, convertidas en hechos mas tristes aun por los acontecimientos, y á apelar á su solicitud sobre las condiciones de la Península.

Jamás ocultó este pais ni las preocupaciones ni la simpatía que le inspira el estado de la mayor parte de las provincias italianas; pe-

ro cuando ha creido deberlas manifestar públicamente, lo ha hecho con tanta prudencia como dignidad.

Por su ejemplo, por su conducta en la última guerra y en el congreso de París, y por sus manifestaciones de interés y de conmiseracion hácia las poblaciones italianas, procuró siempre la Cerdeña hacer renacer la esperanza, la paciencia y la calma, á donde solo reinaban el desconsuelo, la impaciencia y la agitacion. Se abstuvo siempre con el mayor cuidado de presentarse como provocadora, pudiéndose decir que si alguna vez ha sido desconocido el derecho público en Italia, nunca podrá acusarse á la Cerdeña de haber faltado en lo mas mínimo á los tratados existentes.

Ese espíritu de moderacion que se ha notado hasta aquí en todos los actos del gobierno del rey, ha merecido la aprobacion de todos los hombres imparciales y de la opinion pública en todas las naciones de Europa.

Ahora, empero, que los extraordinarios preparativos hechos por el gabinete de Viena son evidentemente dirigidos contra la Cerdeña, cuyas fuerzas militares son tan insignificantes, comparadas con las del Austria, el gobierno del rey debe prepararse para hacer frente á un peligro que puede ser inminente. Por mas que ya la Europa esté al corriente de estas medidas, he creido, sin embargo, deber recordarlas en este documento.

Antes de que el rey hubiese pronunciado el discurso de apertura de la nueva legislatura á principios de enero, anunció el gabinete de Viena en su diario oficial el envio de un cuerpo de ejército de 30,000 hombres á Italia, cuyo cuerpo, unido á los tres restantes que habia allí permanentes, elevaba las fuerzas austriacas á un número infinitamente mayor del que podian exigir en Italia el sosten del órden y la tranquilidad interior.

Mientras se dirigian aquellas tropas á la Lombardía y á Venecia con extraordinaria rapidez, se vieron tambien llegar *batallones fronterizos*, que solo abandonan sus provincias en tiempo de guerra.

Las guarniciones de Bolonia y de Ancona fueron reforzadas, pero lo mas grave aun es que el Austria ha concentrado fuerzas respetables en nuestras fronteras, que ha reunido entre el Adda y el Tessino, y sobre todo entre Cremona, Plasencia y Pavía, un verdadero cuerpo de operaciones que no puede á la verdad estar destinado á conservar en la obediencia á aquellas poblaciones de una importancia enteramente secundaria.

Durante algunos dias ha presentado la orilla izquierda del Tessino el aspecto de un país en el que va á estallar la guerra.

Todos los pueblos han sido ocupados por cuerpos destacados; en todas partes se han dispuesto cuarteles y adoptado medidas para formar almacenes. Se han puesto avanzadas hasta en el mismo puente de Bussalora, el cual sirve de límite á los dos paises.

No creo deber mencionar las amenazas proferidas públicamente en Milan y en otras muchas ciudades por la mayor parte de los oficiales austriacos, sin exceptuar á los jefes de mas alta graduacion, por saber que no siempre debe hacerse responsables á los gobiernos del lenguaje de sus subordinados.

Pero si creo deber notar la recepcion hecha en Venecia á las tropas procedentes de Viena, así como tambien la ostentacion con que se han hecho en Plasencia preparativos formidables, ocupando fuertes construidos con menosprecio de los tratados, y abandonados desde mucho tiempo.

En presencia de tan amenazadoras disposiciones permanece nuestro pais tranquilo, confiando en el patriotismo del rey y de su gobierno, y pidiendo únicamente que se le ponga en disposicion de hacer frente á las eventualidades que hace presagiar el imponente aparato de las fuerzas austriacas.

A este fin, ha dispuesto el gobierno llamar al Piamonte las guarniciones establecidas en Cerdeña y mas allá de los Alpes, y pedir á las cámaras la autorizacion para contratar un empréstito.

Esta última peticion, que confio será prontamente atendida, demostrará á la nacion que el gobierno está pronto á hacer cuanto la seguridad y el honor de su pais le exijan, conservará la calma en los ánimos, y nos pondrá en el caso de aguardar sin temor los acontecimientos futuros.

Espero que podreis fácilmente convencer á los hombres políticos con que estais en relaciones, de que todas las medidas antes citadas tienen un objeto puramente defensivo, y de que, léjos de encerrar una amenaza para la tranquilidad de la Europa, contribuirán á calmar la agitacion que reina en Italia, á que renazca en los ánimos la confianza, demostrando que el Piamonte, escudado en su buen derecho y protegido por los aliados que ha de procurarle la justicia de su causa, está pronto á combatir en la Península todo elemento de desórden, ora proceda del Austria, ora de la revolucion.

Os encargo que observeis el mismo lengua-

je con el ministro de negocios extranjeros, y os suplico me comuniqueis desde luego los juicios que se emitan en ese país sobre las medidas de que se trata. Recibid la seguridad de mi mas alta consideracion, etc.

CAVOUR.

V.

El emperador Napoleon III y la Italia.

1.º

Al ver tan vivamente excitada la atencion pública por la cuestion de Italia, todo el mundo pensará con nosotros ser una cuestion tan imposible de adormecer como de ahogar, y que lo mas prudente es por lo tanto estudiarla, meditarla y observarla por medio de un exámen imparcial y simpático, en vez de exasperarla con el desden ú oscurecerla con el silencio. Acabamos de hacer este exámen, animados por el sincero deseo de ser útiles á una causa que abraza los mas considerables intereses políticos y religiosos de Europa.

La Italia representa en la historia lo que es mas grande aun que la nacionalidad, representa la civilizacion, porque en aquella tierra predilecta nacieron los principios inmortales y los gloriosos ejemplos que han formado así á los hombres como á los pueblos. La Italia es para las demás naciones, mas que una hermana, una madre; su genio, su poder, sus instituciones, sus conquistas, sus obras maestras; y mas adelante, sus desgracias, sus ruinas, sus turbulencias, todo en fin, lo mismo en la era antigua que en los siglos modernos, sus cónsules, sus tribunos, sus historiadores, sus emperadores, sus mártires y sus papas, han contribuido á darle en cierto modo un carácter generador, y en la política, en la guerra, en la legislacion civil y penal, en las artes, en la elocuencia y en la poesía como en la religion, ha sido la patria comun de todos los estados civilizados. Puede decirse pues, que no ha cesado nunca su influencia en el mundo. Despues de haberlo subyugado, lo ilustró, y cuando cayó su dominacion material, principió su dominacion moral. El olvido de Europa seria ingratitud, el de Italia abnegacion. ¿Podremos pedir este sacrificio á los que no han conservado de su pasada grandeza mas que el orgullo de haberla justificado, y la esperanza de volver á hallar un dia algunos restos de la misma? Y si se lo pidiéramos á Italia, ¿no tendria derecho para respondernos con este pensamiento de Tácito en la *Vida de Agricola?* «Hubiéramos perdido hasta la memoria con la palabra si estuviera en nuestro poder así el olvidar como el callar (1).»

2.º

En la cuestion de Italia existen dos elementos muy distintos.

El elemento revolucionario, que corresponde á teorías subversivas y á pasiones violentas, igualmente incompatibles con el órden europeo, las leyes de la civilizacion, el interés religioso y la independencia política del pontificado; y el elemento nacional, que tiene su origen en la historia y en las tradiciones de Italia, y que está relacionado con cuanto hay de mas imperioso y legítimo en las aspiraciones de los pueblos de la Península, y en las mismas condiciones de la duracion y consolidacion de sus gobiernos.

La revolucion no seria en el dia mas que un partido impotente y destructor en Italia. Aislada en Europa, donde felizmente domina por do quiera el espíritu de órden, y aislada hasta en Italia, donde suscitaria contra ella los intereses conservadores y religiosos, no hallaria apoyo en parte alguna, y se veria reducida á sus propios recursos. Condenada por la opinion pública y vencida por la fuerza, su tentativa no fuera mas que una aventura, retrocederia, sucumbiria, ensangrentaria nuevamente el suelo italiano, y solo contribuiria á que fuese mas dolorosa la situacion de aquel noble país.

El elemento nacional representa todo lo que de mas vital existe en Italia, y satisface las esperanzas comunes de los pueblos y de los gobiernos de la Península. Léjos de amenazar los tronos, los realza, y abre ante el pontificado un horizonte inmenso y glorioso, que sedujo por un momento al noble corazon de Pio IX, y que en 1847 llegó á enlazar en un sentimiento comun de patriotismo al rey de Cerdeña y al de Nápoles. El elemento nacional halla además en Europa simpatías seguras, porque está enlazado con los principios de justicia, que son para en adelante el fin de la política de todos los gobiernos, y encuentra especialmente el apoyo moral de la alianza anglo-francesa, formada entre dos grandes Estados, precisamente con el objeto de precaver las complicaciones europeas, arreglar las divergencias entre los pueblos, y sostener en todas partes la causa del derecho de gentes y de la civilizacion.

(1) Memoriam quoque ipsam cum voce perdidissemus si tam in nostra potestate esset oblivisci quam tacere.

La Inglaterra, en efecto, no puede abandonar á la Italia, porque ella, su gobierno, sus hombres de Estado, su tribuna y sus periódicos la han animado y sostenido constantemente, aun antes de 1848. Recuérdese el cambio que se efectuó en la política del último reinado con motivo de los casamientos españoles. El gobierno de Luis Felipe habia incurrido en el error de sacrificar la alianza anglo-francesa á un interés de familia, siendo su consecuencia su aislamiento en Europa, pues como declaró M. Thiers en una discusion memorable: «Se vió al instante dependiente del Austria, y obligado á seguir su inspiracion en Italia y en Suiza» ¿Qué hizo entonces la Inglaterra? Tomar el papel que pertenecia á la Francia, é hizo mas, lo exageró.

Lord Minto desempeñó la mision que le habia encargado lord Palmerston con un ardor que traspasó los límites justos, excitando impaciencias é ilusiones donde convenia especialmente inspirar moderacion y sostener la firmeza. La promesa del protectorado del gabinete de Lóndres hecha á la Península en el momento en que el gabinete de las Tullerías parecia abdicar el que le daban la historia y la geografía, forzosamente debia hacer vacilar nuestra influencia allende los Alpes, pero debia al mismo tiempo conservar el entusiasmo nacional que se habia manisfestado desde el advenimiento de Pio IX, y que tan pronto comprometió el espíritu revolucionario. Italia no creia ya en la Francia, y ponia toda su confianza en la Inglaterra.

Preciso es confesar que no fué vana esta confianza. La Inglaterra, como potencia marítima, no podia tomar parte en una lucha continental entre el Piamonte y el Austria, pero cuando la revolucion del 24 de febrero hizo prevalecer en Francia una política que debia suponerse favorable á la independencia italiana, no vaciló en declararse contra la dominacion austriaca Toda la política inglesa sobre este punto se halla resumida en un documento de la mayor importancia. Lord Palmerston dirigia el 29 de octubre de 1848 á lord Ponsonby, embajador de la reina de la Gran Bretaña en Viena, un despacho en el cual declara «que no hay probabilidad alguna para el Austria de poder conservar de un »modo útil y permanente la alta Italia, cu»yos habitantes están profundamente imbui»dos en un odio invencible contra el ejército »austriaco.»— Y añade «que seria por cier»to mas prudente por parte del gobierno aus»triaco, y mas útil á la fuerza real y propia »de este imperio, libertar á los pueblos de »su dominacion que considerarán siempre »como un yugo.»

Lord Palmerston piensa que este yugo no puede sostenerse sin valerse de una respetable fuerza y á costa de inmensos gastos, y prevé que debe implorarse y concederse un auxilio extranjero. ¿Qué sucederá en este caso? El gabinete de Lóndres no deja sobre este punto ilusion alguna al de Viena acerca de la opinion de Europa y de la conducta de la Inglaterra. Citaremos textualmente el despacho:

«Aun en el caso de que la guerra llegase á »ser europea con la participacion de otras »potencias, que en ella se hallasen arrastra»das, no habria motivo para creer que el re»sultado final dejase al Austria en posesion de »territorio alguno allende los Alpes. Pero el »Austria deberia considerar además, que aun»que estuvieran enteramente dispuestas las »potencias aliadas y amigas suyas á prestarle »auxilio si se viera atacada en Alemania, en »su existencia propia y legítima, existe res»pecto de sus pretensiones á imponer su yu»go á los italianos una creencia tan universal »de su injusticia, que podria esta creencia »dar tal vez por resultado el dejarla con es»caso auxilio en el caso de una guerra como »la de que acabo de hablar.»

¿No es claro este lenguaje? ¿Es posible desinteresar con mas franqueza á la Inglaterra, y aislar mas completamente al Austria, alzando entre ella y la Europa la *creencia universal* de la injusticia de sus pretensiones?

Lord Palmerston ni siquiera admite que el Austria pueda contar en caso de guerra con la Alemania. «El gobierno austriaco, dice, »¿está bien seguro de que la simpatía de »Alemania le seguiria en sus esfuerzos para »hacer pesar por mas tiempo su yugo sobre »la nacion italiana?» Esta duda no se expresa ligeramente, y el eminente hombre de Estado la motiva al momento en una razon tan política, evidente y justa, que puede considerarse como positiva. Esta razon es la siguiente: «El »principio de las nacionalidades, que es en el »dia el grito de union de toda Alemania, ¿no »se presentaria á protestar en alta voz contra »el Austria en semejante lucha?»

Los actos de la Inglaterra no desmintieron sus palabras, y su diplomacia poderosa sostuvo á la Italia en sus pretensiones como la habia animado en su entusiasmo. Hubo tal vez una hora de fortuna para la nacionalidad italiana, y fué aquella harto fugaz en que los piamonteses, vencedores en el Adiger, se hi-

cieron dueños de casi toda la Lombardía; en que Austria, aterrada con la sublevacion general que la obligaba á retroceder, inquieta con sus derrotas, no queriendo jugar hasta el fin aquella partida terrible contra la desesperacion y el heroismo de un pueblo, y temiendo por otra parte la revolucion en Alemania, ofreció el sacrificio del acta final del congreso de Viena como precio de la victoria, y como una concesion al restablecimiento de la paz. El Austria proponia la independencia para la Lombardía y un gobierno separado para Venecia, reservándose únicamente su soberanía. Enviáronse estas proposiciones directamente á Lóndres, y solamente fueron conocidas en Francia. Se creia entonces en Lóndres que la Italia podia alcanzar mejores condiciones, y el gabinete inglés no se valió de su poderosa y legítima autoridad para impedir la negativa que se hiciera desde Milan á estos preliminares.

El desaliento del Austria duró poco tiempo. En el mes de mayo de 1848 estaba dispuesta á tratar sobre las bases que acaban de indicarse, y á fines de junio el Piamonte habia agotado ya sus fuerzas en aquella lucha desigual, en que todo era agotable menos su valor. Apeló entonces á la intervencion de Francia, y el gobierno del general Cavaignac respondió con una oferta de mediacion á la que debia asociarse tambien la Inglaterra.

Inglaterra y Francia, completamente unidas en la misma idea, tomaron por punto de partida de las nuevas negociaciones las bases que habian sido rechazadas en Milan; pero el Austria victoriosa declaró sin embozo que ya no estaba dispuesta á admitir lo que se habia visto reducida á proponer. Sin embargo, se decidió la celebracion de un congreso en Bruselas, donde la Francia debia estar representada por M. de Tocqueville, y la Inglaterra por sir Enrique Ellis. Sabido es lo que sucedió: el congreso de Bruselas no pasó de proyecto, la mediacion anglo-francesa no logró siquiera constituirse, y se hizo oir la voz del cañon en vez de la de la diplomacia. Era el cañon de Novara. Carlos Alberto, impaciente al contemplar tantas dilaciones, exasperado por las dificultades, y confiando en su causa, lo habia empeñado todo en aquella gloriosa temeridad. Italia sucumbia al menos noblemente, y el soberano caballeresco que habia aspirado á su emancipacion, se retiraba vencido pero no humillado, dejando su corona y su causa á su hijo, que ascendia al trono en aquel campo de batalla despues de habersrecibido en su capote diez y seis balazos.

La nacionalidad italiana solo ha vivido desde aquella época con el patriotismo y con la política del Piamonte, sostenidos por el apoyo moral de la alianza anglo-francesa. El pendon de Novara volvió á alzarse en Crimea, donde el ejército sardo tuvo su parte en las luchas, los peligros y las victorias de los ejércitos de Francia é Inglaterra. Finalmente, los plenipotenciarios del rey de Cerdeña vinieron á sentarse en el congreso de Paris al lado de las primeras potencias de Europa, y á cooperar con ellas al arreglo de los intereses mas considerables del mundo.

Es indudable que la Cerdeña se debe á sí propia la categoría que supo conquistar en 1856 entre las grandes potencias, despues de haber sido vencida en Novara en 1849; pero la debe tambien al apoyo moral y directo de la alianza anglo-francesa, y especialmente, como nadie lo negará en las regiones diplomáticas, á la tendencia perseverante y notable de la Inglaterra á engrandecer y constituir su importancia.

La política inglesa no ha variado por consiguiente desde 1847 respecto de Italia, y hasta nos ha superado, pues en tanto que la diplomacia del rey Luis Felipe sostenia el pensamiento austriaco, la de la reina Victoria alentaba el pensamiento italiano. La influencia de Inglaterra no ha dejado de interesarse un solo dia durante esos once años en los negocios de la Península; se la encuentra en los primeros ímpetus de nacionalidad que acogieron el advenimiento de Pio IX, lo mismo que en los esfuerzos de independencia que mas adelante se concentraron bajo la bandera de Cerdeña; se ve su mano en las pretensiones inspiradas por la victoria, lo mismo que en las negociaciones que sucedieron á las derrotas; y finalmente, cuando el conde Walewski creyó en el congreso de Paris que debia llamar sobre el estado interior de Italia la solicitud y la atencion de los plenipotenciarios reunidos para arreglar las condiciones de la paz, lord Clarendon apoyó enérgicamente, con la autoridad particular de su categoría y de su elevada experiencia, los deseos del ministro del emperador de los franceses.

Es verdad que la direccion de la política inglesa ha cambiado de mano desde aquella época, pero no ha cambiado el espíritu inglés. Inglaterra es una nacion liberal, y su grande aristocracia solo se ha conservado al través de todas las crisis de nuestras trasformaciones parciales por haber marchado siempre al frente de la civilizacion y del progreso.

No hay hombre de Estado, ministro ni parlamento en la Gran Bretaña que pueda sostener en Italia una causa diferente de la que apoya con resolucion hace quince años el gobierno de la Reina. Esta causa corresponde á todo lo que Inglaterra respeta y tiene mision de propagar en el mundo, y no podrá faltar á ella sin desmentir su historia y su carácter.

En resúmen, la cuestion de Italia solo puede ser un interés nacional para el gobierno inglés lo mismo que para el francés. Es una cuestion italiana y no podrá ser otra cosa. No podrá llegar á ser francesa, sin dejar de ser europea, pero aun conservando su carácter propio, encontrará seguramente en Inglaterra las simpatías de una nacion liberal y de un gobierno ilustrado, porque corresponde para Inglaterra á los principios verdaderos con que está enlazada por medio de una de esas alianzas que tienen su base en las costumbres de un pueblo y su sancion en su conciencia.

3.°

Hemos visto cual era la política de la Inglaterra respecto de la Italia: ¿cuál es ahora el interés de la Alemania en esta cuestion? Inútil será hablar del Austria, interesada en conservar un estado de cosas favorable á su dominacion. Queda la Alemania propiamente dicha.

El Papa Pio IX definia en estos términos los deberes y la mision de la Alemania al dirigirse al Emperador de Austria en el momento en que sostenia contra los lombardo-venetos una lucha doblemente dolorosa para el patriotismo del príncipe italiano y para el corazon del Pontífice:

« Abrigamos la confianza de que la nacion » alemana, tan generosamente enorgullecida » con su propia nacionalidad, no cifrará su » honor en tentativas sangrientas contra la na- » cion italiana, sino que lo creerá mas bien » interesado en reconocer noblemente á esta » por hermana, contentándose las dos, que » son nuestras hijas y tan caras para nuestro » corazon, con habitar cada cual en su terri- » torio natural, donde vivirán una vida hon- » rosa y bendita del Señor.»

Así hablaba la grande alma y la elevada razon de Pio IX. El espíritu de concordia que inspiraba esta súplica del Pontífice la elevaba á una mira política digna de un hombre de Estado. El emperador Napoleon I, en una de aquellas ojeadas que lanzaba á veces sobre el mundo desde lo alto de su peñasco, habia generalizado esta idea aplicándola á todas las naciones. « Uno de mis pensamientos mas » grandes, decia, habia sido la aglomeracion » y concentracion de los mismos pueblos geo- » gráficos disueltos y divididos por la revolu- » cion y la política. Se cuentan en Europa, » aunque esparcidos, mas de treinta millones » de franceses, quince de españoles, quince » de italianos, y treinta de alemanes. Hubiera » querido hacer de cada uno de estos pueblos » un solo cuerpo de nacion, y con semejante » cortejo hubiera sido hermoso el perpetuar- » se en la posteridad y en la bendicion de los » siglos. Yo me sentia digno de esta gloria. »

¿Qué nacion tiene mas interés que la Alemania en que se respeten las nacionalidades? Con justicia está celosa de la suya. Desde 1815 tiende cada vez mas á reconstituir su unidad, y vemos con cuanto ahinco reclama á la Dinamarca los ducados de Holstein y de Slewig. Pues bien, la nacionalidad alemana lleva en sí una causa de decadencia y una alteracion de su derecho y de su principio, y consiste en un elemento que le es extraño y que la desnaturaliza: en haber agregado al gran cuerpo germánico un jiron de la nacionalidad italiana.

De modo que uno de los hombres de Estado mas eminentes del Piamonte, el marqués de Azeglio, tenia razon cuando en otro tiempo formulaba esta queja: « La Alemania se » esfuerza para obtener su independencia y » constituirse en nacionalidad, y al mismo » tiempo se arroja sobre la Italia para dispu- » tarle los derechos que para sí reclama. »

Existe, en efecto, en semejante conducta una inconsecuencia contra la cual se alzan á la vez el buen sentido y el patriotismo de la Alemania. La opinion pública no se engañaba sobre este punto en la otra parte del Rhin en 1848 y en 1849, y la inmensa mayoría de los alemanes deseaba el triunfo de la causa italiana; únicamente el carácter republicano de la revolucion de 1848 aterraba con razon á la Dieta de Francfort, y hacia que fuera muy circunspecta la derecha de esta asamblea en su simpatía por la nacionalidad italiana. La Confederacion germánica se creyó amenazada en su independencia, y finalmente, algunos oficiales alemanes aseguraban que la línea del Mincio era bajo el punto de vista estratégico necesaria á la Alemania, y habian acreditado la opinion de que el Austria debia conservar en todo caso como un abrigo necesario el país comprendido entre aquel rio y el Adriático.

La Prusia habia aceptado este punto de par-

tida para proponer á la Dieta una especie de transaccion, que demostraba al menos su simpatía por la causa italiana, al mismo tiempo que su solicitud por los intereses alemanes. Segun este proyecto, cuyo enunciador fué M. de Radowitz, el Austria debia conservar la línea del Mincio como punto estratégico, pero el pais que quedaba en los límites del imperio austriaco habia de formar parte de una confederacion italiana. El espíritu revolucionario, lo mismo en Alemania que en Italia y que en todas partes, triunfó del movimiento nacional que habia precedido ó seguido al levantamiento de 1848. La Dieta de Francfort no hizo nada, la Confederacion germánica no obtuvo ninguna de las garantías de unidad y de libertad de accion que deseaba, y sometida á la influencia de dos grandes potencias solo tiene esperanza tal vez en su rivalidad necesaria. Una y otra potencia están condenadas por su parte á un antagonismo que constituye la condicion de su importancia. La Prusia, que tiende á ser la cabeza del cuerpo germánico, tiene un inmenso interés en contener al Austria, y convirtiéndose en aliada suya, se haria cómplice de su propio abatimiento, y faltaria de esta suerte á la obra del gran Federico.

En resúmen, la cuestion italiana, reducida á un interés nacional, desprendida del elemento revolucionario, y contenida y moderada en sus pretensiones por el protectorado moral de la Europa, no puede ser en nada amenazadora para la Alemania. Todo lo contrario; su solucion, si fuera posible, sería una nueva fuerza para la nacionalidad alemana, y una garantia de seguridad y de equilibrio para todos los Estados que la componen.

4.°

Despues de demostrar que la Inglaterra está moralmente empeñada, y la Alemania políticamente interesada en una solucion nacional de la cuestion de Italia, debemos examinar cómo habria de caracterizarse esta cuestion relativamente á la Francia.

¿Qué quiere la Francia? ¿Quiere, como en tiempo de la República y del primer Imperio, reconstituir la Europa para dominarla, cambiar las fronteras, alterar las nacionalidades, destronar á los reyes y fundar dinastías, ó bien quiere simplemente consolidar y asegurar el órden europeo, aplicando su poder al objeto de resolver las dificultades que pueden amenazarla y comprometerla?

Creemos que se sienta claramente la cuestion de este modo.

El primer Imperio, lo mismo que la Revolucion, tenian un objeto general ante el cual solo eran secundarios los intereses nacionales. La Europa estaba coaligada contra principios que acababan de triunfar en Francia, y bajo cuya influencia iba á verificarse una inmensa trasformacion. Estábamos condenados por mucho tiempo quizás á luchar solos contra todos, con el doble interés de conservacion territorial y de espansion moral en beneficio de los demás pueblos. Debiamos por consiguiente crearnos en todas partes, en el Rhin, en el Escalda, en los Pirineos y en los Alpes, fortalezas ó avanzadas para sostener, segun las circunstancias, nuestra politica sucesivamente ofensiva ó defensiva. Cuando el emperador Napoleon I se hacia coronar rey de Italia y proclamar protector de la Confederacion germánica, queria mas bien proteger que engrandecer el territorio francés, que era bastante considerable en sus límites naturales para traspasarlos; constituia de este modo la independencia al mismo tiempo que la influencia de la nueva Francia, y sus victoriosas águilas llevaban al exterior, no la servidumbre, sino la civilizacion.

En lo que concierne particularmente á la Italia, el Emperador explicó los motivos de su dominacion en aquel país en una de sus memorables conversaciones de Santa Elena. «En cuanto á los italianos, decia, la aglomeracion estaba ya muy adelantada; no le faltaba mas que inveterarse, y cada dia sazonaba en ella la unidad de principio y de legislacion, la de pensar y sentir, que es el cimiento seguro é infalible de las aglomeraciones humanas. La reunion del Piamonte á la Francia, y la de Parma, Toscana y Roma, solo las habia concebido con un carácter pasajero, y no tenian mas objeto que vigilar, garantir y adelantar la educacion nacional de los italianos.» Y no se diga que esta idea tan generosa era en la conciencia del glorioso proscrito la excusa de su dominacion perdida, pues era verdaderamente la inspiracion de su genio político, y así lo prueba la respuesta oficial que dió en 1808 á M. Melzi que presidia la comision encargada de ofrecerle la corona de Italia.

Esta respuesta es un rayo de luz en esta cuestion histórica. «Siempre abrigué la intencion, dijo, de crear libre é independiente la nacionalidad italiana; acepto la corona, y la conservaré, pero únicamente durante el tiempo que lo exijan mis intereses.»

Las campañas de la Revolucion y las conquistas del Imperio eran, por consiguiente, un medio violento, un recurso extremo de lucha y de propaganda, pero no un sistema. Si el Emperador hacia francesas á la Alemania y á la Italia era para prepararlas algun dia á ser alemanas é italianas La adversa fortuna le sorprendió antes que pudiera verificarse este objeto de equilibrio europeo, y lo mas notable fué que para rechazarle de la otra parte del Rhin y de los Alpes, hubo necesidad de excitar contra él el sentimiento nacional que comprendia y hacia entrar en su vasto plan como un elemento de la pacificacion general. La coalicion consiguió reunir bajo su bandera á la Italia y á la Alemania prometiéndoles su independencia.

La situacion de la Francia con respecto á la Europa es en el dia del todo diferente. La revolucion francesa llevó á cabo su obra en las constituciones, en las leyes y en las costumbres, y su influencia se hizo sentir mas allá de nuestras fronteras. El Imperio, restablecido despues de mas de treinta años de luchas, ha conquistado la alianza de algunas de las mas antiguas monarquías, la amistad de otras y el aprecio de todas. No ha de temerse, pues, que nuestra generacion vea trabarse otra vez guerras como las que costaron tanta sangre y dieron tanta gloria á nuestros padres.

Si la Francia, que quiere la paz, se viera precisada á hacer la guerra, la Europa deberia indudablemente conmoverse, pero no alarmarse, pues no se pondria en litigio su independencia. Si la guerra, que felizmente no es probable, fuese necesaria, no tendria mas objeto que precaver las revoluciones por medio de satisfacciones legítimas dadas á las necesidades de los pueblos, con la proteccion y la garantía de los principios reconocidos y de los derechos auténticos de su nacionalidad.

El emperador Napoleon I se creyó obligado á conquistar las nacionalidades para emanciparlas, pero si su sucesor tiene que defenderlas algun dia, será para emanciparlas, sin conquistarlas. Tambien podríamos decir á la Italia lo que le decia M. Thiers en 29 de enero de 1848 desde la tribuna, con tanta razon como elocuencia: «Cuando cincuenta años há quisimos poseer la Italia, cometimos un error, pero un error excusable, porque poseerla equivalia á salvarla, y el inmenso imperio que se extendia desde Roma á Hamburgo no fué mas que una gran represalia del célebre convenio de Pilnitz. Pasó aquel tiempo; es preciso que sepa la Italia que la Francia desea verla independiente, libre y feliz.»

5.°

Hay en Francia y en Europa hombres de muy buena fe que preguntan si existe verdaderamente la cuestion italiana. Es cierto que esta cuestion no se ha planteado en estos últimos tiempos por medio de la guerra civil ni de la extranjera, pero ¿debemos deducir de esto que no existe? No es tal nuestra opinion.

La cuestion italiana está planteada por las inquietudes que causa á la Europa, por el malestar que en ella perpetúa, y por la situacion falsa en que todos los gobiernos de la Península están mas ó menos empeñados bajo el imperio de causas á la vez comunes y diversas.

Analicemos rápidamente estas causas para que la opinion pública de Europa se halle en el caso de juzgar si es posible que se conserve el actual estado de cosas en Italia, y si seria mas prudente y político precaver profundas perturbaciones que dejarse sorprender por los acontecimientos.

6.°

En Roma, el Papa está bajo la custodia respetuosa y adicta de las armas de Francia. Esta ocupacion militar es un hecho anormal y necesario al mismo tiempo, y si cesase hoy, veriamos entrar mañana para reemplazarnos al Austria ó á la revolucion.

Las nobles cualidades y las generosas intenciones de Pio IX parecian reservarle un papel escepcional en la historia del pontificado. El patriotismo italiano se unió en el á todas las virtudes cristianas, y era digno de regenerar la Italia. Esta fué la primera inspiracion de su advenimiento: la grandeza de Roma pareció revivir momentáneamente bajo la figura de este Papa, y Turin, Nápoles, Venecia y Milan se hallaron animados de un nuevo espíritu al oir la señal que daba la campana de la cúpula de San Pedro; pero sobrevino por desgracia la revolucion que arrastró á los pueblos, hizo retroceder á los príncipes, y llenó de desengaños el alma de Pio IX, no dejándole otro refugio que el destierro, ni mas salvacion que la espada de la Francia.

No es culpa de Pio IX si la autoridad temporal que queria reformar se halló otra vez en sus manos tal como la habia recibido de su antecesor. Convencido de la necesidad de esta reforma, sintió sin duda el verla fracasada

pero nunca tendrá un remordimiento ante Dios por haberla intentado. Actualmente soporta con resignacion enteramente cristiana el peso de una situacion que ha tratado en vano de mejorar, y cuyos abusos, si posible fuera, hubiese corregido su bondadoso corazon.

Esta situacion coloca al Papa ante tres dificultades muy reales, y que ponen sériamente en peligro, segun nuestro parecer, el poder politico del pontificado, poder necesario á su indepencia y á la grandeza de su mision religiosa.

La primera de estas dificultades se encuentra en el régimen administrativo de los Estados romanos, que no es mas que la autoridad católica aplicada á los intereses del órden temporal. Las leyes de la iglesia no permiten la discusion, y si merecen respeto al considerarlas como emanacion de la divina sabiduría, la sociedad civil reclama su legislacion como la religiosa exige y conserva la suya. El derecho canónico, inflexible como el dogma, é inmóvil en medio del movimiento de los siglos, es esencialmente distinto del derecho legal, variable como las necesidades y los intereses de la sociedad, y si el derecho canónico pudo adaptarse á los primeros siglos de la civilizacion cristiana, cuando Carlomagno trasladaba á sus capitulares las reglas y los preceptos de la teocracia, no basta para la proteccion y el desenvolvimiento de la sociedad moderna.

Hay sin embargo un punto esencial que no conviene perder de vista cuando se trata del gobierno pontificio, y es la necesidad de respetar su doble carácter y de conciliar el régimen de la Iglesia y el de la nacion que ejerce una misma mano. Es preciso conciliarlos sin confundirlos. Hé aquí el problema; problema difícil en efecto, pero de cuya solucion depende quizás la salvacion del poder temporal del pontificado.

Efectivamente, de esta confusion nacen abusos reales, independientes de los hombres é inherentes á la índole de las cosas, abusos que excitan en el seno del pueblo romano un espíritu que le hará fácilmente injusto y desconfiado, y que solo contiene la presencia de nuestros soldados. Nosotros somos responsables de lo que protegemos, y nuestra ocupacion se desprestigiaria, y comprometeria el nombre y la influencia de Francia, si se prolongara en semejantes condiciones.

Así pues, el carácter absolutamente clerical del gobierno de los Estados romanos es bajo el punto de vista politico un contrasentido, una causa activa de descontento, y por consiguiente un elemento de debilidad para el mismo Papa, y un peligro permanente de revolucion.

La segunda dificultad para el Papa es la que resulta de la cuestion nacional. Bajo este punto de vista su situacion no es mas franca ni menos peligrosa. La irritacion en los Estados romanos depende menos de la carencia de garantías legales y de la administracion clerical que del antagonismo necesariamente establecido entre la mision del jefe de la Iglesia y la del Papa, príncipe italiano. La causa de la revolucion de 1848 fué ante todo la esplosion de la idea nacional. Del Vaticano debian proceder á un tiempo el estímulo y el obstáculo al establecimiento de la nacionalidad de Italia.

El Papa sostenia como soberano la causa de la independencia, y como jefe de la Iglesia vituperaba la guerra y se negaba á romper con el Austria. Colocado entre un doble deber, se veia reducido á sacrificar el uno al otro, y sacrificaba necesariamente el deber político al espiritual: condenacion, no de Pio IX, sino del sistema: no del hombre, sino de la situacion, porque la situacion impone al hombre la terrible alternativa de sacrificar el príncipe al pontífice, ó el pontífice al príncipe.

Finalmente, existe otra dificultad, que no es la menos grave, y que ha creado al Papa la imposibilidad absoluta en que se encuentra de formar en las condiciones actuales un ejército italiano. Todas las tentativas hechas con este objeto se han frustrado.

Así pues, en resúmen, en lo que concierne á Roma, existen tres dificultades considerables, que corresponden á tres necesidades urgentes, que son:

1.° Conciliar el régimen de la Iglesia con un régimen político legal y regular en los Estados romanos; 2.° dejar al Papa independiente de las cuestiones de nacionalidad, de guerra, de armamento y de defensa interior y exterior; 3.° constituir un ejército indígena, y sustituir á nuestra ocupacion la proteccion de una fuerza italiana formal y eficaz.

Triple exigencia á la cual importa acceder so pena de una perturbacion segura y tal vez próxima, en interés de la Italia, de la Religion, y de todos los Estados católicos.

7.°

El Piamonte ha crecido sobremanera en

importancia y en gloria, y ha conquistado un lugar en los negocios de Europa y un papel en los destinos de Italia. Pero para cimentar su poder enteramente nuevo aun, y garantir su seguridad interior y exteriormente, su gobierno se ha visto precisado á dar satisfaccion á dos intereses que padecen, y son el nacional y el religioso.

La idea italiana es desde 1847 el móvil y la razon de todos los actos de la politica piamontesa, la pasion del rey Victor Manuel, y la bandera del gobierno presidido por el conde de Cavour. Sin embargo, como esta idea ha producido todo lo que en las actuales circunstancias le era permitido bajo el punto de vista de los hechos militares, de los preparativos de armamento, de los sistemas de defensa, y de las manifestaciones politicas contra el Austria, no podrá ir mas allá bajo este concepto sin encontrarse con la guerra.

El Piamonte empero no puede permanecer sin grandes peligros en el punto á que ha llegado, ni ha debido tomar en vano la iniciativa de un movimiento italiano para retroceder en seguida. Necesita indispensablemente hallar el medio de satisfacer las esperanzas que ha excitado, so pena de perder toda su influencia en Italia y de ser superado por las pasiones que contiene su actual popularidad.

Hemos dicho que el interés religioso padece en el Piamonte lo mismo que el nacional; urge pues, por muchas razones, que en un pais católico no se prolongue por mas tiempo una desavenencia con la corte de Roma, que es un estímulo para las pasiones revolucionarias, un motivo de tristeza y un obstáculo para las conciencias, y un verdadero peligro para el gobierno.

El clero Piamontés no abriga odio contra el gobierno representativo. En 1846 y 1847 estaba casi unánimemente en favor del movimiento liberal que dirigian el conde Balbo y el abate Gioberti, y cambió su actitud cuando la ley sobre el matrimonio civil y la de las fiestas eclesiásticas originaron una ruptura con Roma. No nos toca discutir esas leyes, y únicamente manifestaremos que todas las personas ilustradas del Piamonte deploran este estado de cosas y desean con ahinco que termine. Tenemos sobrada confianza en la alta inteligencia del primer ministro del rey de Cerdeña para no estar convencidos de que no es su voluntad el obstáculo que se opone á una reconciliacion tan apetecible, y lo prueba su declaracion en la última legislatura sobre la incorporacion al estado de los bienes del clero, que rechazó enérgicamente, inspirándose, segun dijo, en motivos de elevada politica.

Pero no es preciso hacerse ilusiones: esta reconciliacion no es fácil. Hay compromisos empeñados, amor propio excitado, y no se podrá salir del conflicto en que se pugna, sino bajo la proteccion de algun grande acto que fuera una prueba dada al interés nacional, y un medio de reconciliarlo con el interés religioso.

Si en vez de esto, se prolonga el *statu quo* en el Piamonte, irá á parar fatalmente como resultado politico á la guerra, y como resultado religioso al cisma.

Son dos grandes peligros, no tan solo para el Piamonte, sino para la Italia y para la Europa, y sobre los cuales la prudencia politica aconseja que no se cierren los ojos.

8.°

El *statu quo* tan dificil de sostener en Roma y en Turin por las razones que acabamos de dar, ¿podrá durar en Milan, en Nápoles, en Florencia, en Parma y en Luca?

El emperador de Austria envió á Milan al archiduque que abriga grandes simpatias hácia la Italia. Conocidas son las buenas intenciones del archiduque Maximiliano, el cual usa de su poder con una moderacion que nos complacemos en notar; ¿pero es por esto mas sólida la dominacion del Austria en Italia? Nada prueban las cualidades de un principe, ni tampoco el tiempo que trascurre, y como decia lord Palmerston en 1849 en el despacho que hemos citado anteriormente: «No hay probabilidad alguna para el Austria de poder conservar de un modo útil y permanente la Italia superior.» Asi pues, tenemos por esta parte una insurreccion adormecida, con frecuencia vencida, pero nunca desalentada.

En Nápoles el gobierno está aislado, no solo en Europa por la posicion que se ha creado relativamente á la Francia y á la Inglaterra, sino tambien en Italia por el rompimiento con el único gobierno que hay alli sériamente organizado. Tambien el rey de Nápoles, y mas tal vez que cualquier otro, hallándose debilitado con este doble aislamiento, debe contar con una opinion nacional que existe en el Mediodia lo mismo que en el Norte de la Península. Se ha recordado últimamente un documento de sumo interés que explica la resistencia del rey de Nápoles á la accion combinada de la alianza anglo-francesa. Los gobiernos de Austria y de las Dos Sicilias se habian comprometido, por el articulo 2 del convenio d

29 de abril de 1815, á celebrar un tratado de alianza con objeto «de consolidar el estado de »paz y tranquilidad interior y exterior de la »Dos Sicilias y de la Italia en general.» Este tratado, firmado en el mes de julio siguiente, estipula en un artículo secreto «que S. M. el »Rey de las Dos Sicilias no admitirá cambio »alguno que no pueda conciliarse, ya con las »instituciones monárquicas, ya con los prin»cipios adoptados por S. M. I. para el régi»men interior de sus provincias italianas.» Es imposible ver con mayor claridad la mano del Austria. Es indudable que, bajo el imperio de semejante estipulacion, ella reina en Nápoles lo mismo que en Milan. Pero el rey Fernando, que se emancipó de esta dominacion en 1847, ¿se creerá siempre protegido por ella? Es permitido pensar que conoce la humillacion y el embarazo que le causa, y que tendria un placer en apoyar una organizacion que, sin contrarestar las prerogativas de que está tan celoso, le permitiera ser por fin príncipe italiano y reconquistar las simpatías de los hombres inteligentes, con los que no puede sin duda estar divorciado mientras ocupe el trono.

En Florencia el gran duque Leopoldo ha visto eclipsarse la brillante popularidad de que disfrutaba antes de 1848, y de la cual habia recibido un testimonio en la restauracion completamente espontánea de su trono. Entre él y su pueblo se alzan las bayonetas del Austria, y la dominacion austriaca pesa sobre la Toscana lo mismo que sobre Nápoles, pues tambien hay allí un contrato que la sanciona. Un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el emperador de Austria y el gran duque de Toscana, entrega esta parte de Italia á la mano poderosa que se extiende sobre ella así en el Norte como en el centro y en el Mediodía. Para que cese esta situacion, para que Florencia vuelva á ser italiana como en tiempo de los Médicis, y para que sus príncipes recobren la popularidad, la Toscana necesita como los Estados romanos un gobierno nacional y un ejército italiano.

En Parma la gran duquesa se ha resistido mejor que en otras partes á la influencia del Austria, á la cual no ha permitido hasta el presente tener guarnicion en sus Estados, lo que es un buen ejemplo, siendo notable que esta inspiracion de patriotismo procede del corazon de una mujer. Pero la duquesa de Parma está ligada por los tratados y por la política como todos los soberanos de la Italia central, pertenece al Austria, y no podrá sustraerse de este yugo hasta que reviva la Italia.

El duque de Módena es el teniente decidido del Austria, y tiene la franqueza de aceptar esta posicion. En 1847 no vaciló en llamar á los austriacos para combatir, no á la revolucion que aun no habia alzado la cabeza, sino el movimiento nacional de que era jefe Pio IX. «Tengo detras del Pó, escribia algun »tiempo antes, una reserva de 300,000 hombres.» El 24 de diciembre de 1847 firmaba un tratado de alianza con el gabinete de Viena, y concedia al emperador, por el artículo II de dicho tratado, «el derecho de hacer entrar »las tropas imperiales en el territorio de »Módena y de guarnecer las plazas fuertes, »siempre que lo exigieran el interés de la »comun defensa y las precauciones milita»res.» Esta alianza no le impedia salir de Módena el 21 de marzo de 1848, despues de haber establecido una regencia encargada de conceder las reformas «que se creyeran úti»les, y de dar al ducado un estatuto represen»tativo sobre las bases del que regia en el »Piamonte.» La dominacion austriaca alimenta de este modo en Módena, lo mismo que en todos los Estados de Italia donde se halla establecida, el elemento revolucionario, que solo podrá dominar y aniquilar el elemento nacional.

Tal es el estado actual de la Península: en Roma, antagonismo entre el gobierno eclesiástico y los intereses de la sociedad civil; aislamiento del Soberano, aun en medio de los respetos que rodean al Pontífice, y ocupacion francesa indefinida: en Turin, excitacion del pensamiento nacional que puede acarrear la guerra, y rompimiento con Roma, que puede producir el cisma: en Milan, protesta universal de la nacionalidad abatida, pero viva aun, contra la soberanía del Austria: en Nápoles, en Parma, en Florencia, en Módena, en todos los puntos donde gobierna el Austria por medio de sus tratados, de sus consejos, que son mandatos, y de sus guarniciones, rebelion del sentimiento italiano capaz de degenerar en revolucion; en una palabra, una Italia donde las mayores desgracias han borrado y marchitado los recuerdos mas grandes de la historia, donde están comprometidos ó perdidos los intereses mas esenciales de la sociedad, la religion, el órden, la independencia de los pueblos y la autoridad de los príncipes, y de donde se elevan como una reconvencion y un peligro permanente para la Europa y su civilizacion, padecimientos que no pueden ver con indiferencia la humanidad y la política. Hé aquí el cuadro que se presenta á nuestras miradas allende los Al-

pes. Al reproducirlo aquí con su dolorosa verdad, no acusamos á nadie, y únicamente queremos que la opinion pública pueda decidir con completo conocimiento de las cosas, no si es justa semejante situacion, sino si es posible.

9.°

La Francia y la Inglaterra estaban de acuerdo en el congreso de París, y creian necesario dar buenos consejos á Nápoles y á Viena. Este deseo, que no encontró mas que simpatías en el seno de la reunion de los plenipotenciarios, llegó á ser el punto de partida de una negociacion que reclamaba, como primera condicion de su buen éxito, la cooperacion del Austria. El gabinete de Viena y el de las Tullerías se comunicaron sus miras sobre este grave asunto, y uno y otro trataron de ponerse de acuerdo para proponer al Papa un plan de reformas, cuya urgencia y necesidad nadie negaba.

El gobierno del Emperador quiso sentar francamente sus principios en este plan que puede resumirse de este modo:

Secularizacion del poder administrativo con la formacion de un Consejo de Estado compuesto de legos, y encargado de examinar y discutir las leyes; representacion de todos los intereses del país en una Consulta elegida directamente por los Consejos provinciales, ó cuando menos por el Papa, segun una lista de candidatos presentada por estos Consejos, y llamada á deliberar sobre todas las leyes y á votar el presupuesto; fiscalizacion eficaz de los gastos locales por Consejos provinciales, recibiendo su delegacion de los Consejos municipales, que tambien sean nombrados por los electores conforme al edicto del 24 de noviembre de 1850; reforma judicial con la promulgacion de un código de leyes civiles, modelado segun el código Napoleon, el lombardo-veneto ó el de Nápoles: recaudacion regular de las rentas públicas con la organizacion del cobro de la contribucion como existe en Francia; y finalmente, reconciliacion de todas las clases y opiniones por medio del uso ilustrado y paternal de la clemencia respecto de todos los que quisieran prestar respetuosa sumision al Soberano Pontífice.

Tales eran las bases del proyecto enviado desde París á Viena en el mes de junio de 1857. El gobierno austriaco las modificó en extremo, y sometió á su vez un contraproyecto en el que habian desaparecido casi todas las garantías de fiscalizacion propuestas por la Francia.

La Francia pensó entonces con razon que valia mas no hacer nada que unirse al Austria para dar en el vacío y engañar la esperanza de los pueblos con simulacros de reformas, cuando sus intereses mas esenciales reclamaban formales mejoras.

Estamos convencidos de que el Austria, al negar su cooperacion á reformas formales despues de admitir su principio, ha cedido á un sentimiento político que no podremos vituperar, pero que debemos hacer constar. No pudiendo hacer reformas en sus provincias italianas, tampoco puede permitir que se hagan en los demás puntos de Italia. Así lo comprendió perfectamente en 1815 cuando prohibia al Rey de Nápoles, por el artículo que hemos citado ya, admitir «cambio alguno que no pudiera conciliarse con los principios adoptados por ella para el régimen interior de sus provincias italianas.» M. de Metternich, con el golpe de vista que caracterizaba á aquel hombre de Estado, sentaba de este modo el principio de la situacion que se ha producido despues, y que no puede dejar en adelante ilusion alguna.

Pedir al Austria que aplique á la Lombardia un régimen mas suave y mas liberal, fuera proponerle un suicidio. Es indudable que solo por la fuerza puede sostenerse su dominacion en la alta Italia, pues cualquiera libertad que diese á este país conquistado, seria un arma de que se serviria para emanciparse. Pero no se reduce á esto todo, como tambien lo comprendió M. de Metternich en 1815: colóquese á los Estados Romanos, á Nápoles y á Toscana en condiciones administrativas mejores, y el primer efecto de este cambio será necesariamente el crearse entre estos Estados y la Lombardia un lazo cuya intimidad conocerá inmediatamente el Austria.

Así pues, el Austria se veria amenazada en Italia, no tan solo por las reformas que haria en sus provincias, sino tambien por las que se realizaran en los Estados independientes, y por lo tanto está condenada á oponer una resistencia inflexible contra toda innovacion, porque la inmovilidad es la condicion absoluta de su poder. Es por consiguiente imposible obtener su cooperacion, pero sin ella no se hará nada en Roma, en Nápoles, en los ducados, en donde quiera que se tema su poder ó se siga su impulso. Es preciso, pues, venir á parar á la triste conclusion de que son estériles los deseos del congreso de París para mejorar el gobierno de la Península, y que son impotentes las negocia-

ciones, cuya iniciativa tomó la Francia despues del congreso. Pero estas negociaciones sin resultado patentizarán al menos el deseo sincero de que estaba animado el gobierno del Emperador para poner remedio á una situacion perjudicial al reposo de la Europa y á los intereses de la civilizacion.

10.°

Entre la imposibilidad de una reforma y los peligros inminentes del *statu quo* ¿qué queda á Italia? ¿Cómo saldrá de este conflicto?

¿Acaso por el recurso desesperado de una revolucion? Este medio seria no tan solo peligroso, sino impotente. Demostrémoslo de una vez.

Las pasiones y las ilusiones de los revolucionarios exaltados de todos los países son idénticas, pues desvanecidos por sus ideas y extraños á las cosas reales, sustituyen naturalmente sus quimeras ó sus deseos á las certezas mas palpables. Así es, por ejemplo, que por mucho tiempo se han figurado y se figuran aun que no hay cosa mas fácil que sublevar la Italia, expulsar de ella al Austria, y rechazarla á la otra parte de los Alpes. Esta opinion revela de parte de los que la profesan mas ignorancia que presuncion. La simple noticia de las fuerzas militares del Austria y de sus posiciones estratétigas basta para desvanecerla. Sentamos como principios, sin temor de que nos desmienta persona alguna competente, que aunque toda la Italia fuera revolucionaria desde el golfo de Tarento hasta los Alpes, el ejército austriaco podria sufrir indudablemente derrotas parciales, pero que en último resultado, siempre le seria fácil apoderarse nuevamente de la Península.

En efecto, las revoluciones producen hombres de entusiasmo, pero no forman en un dia soldados aguerridos, organizacion militar sólida, ni el inmenso material necesario para luchar con un estado de primer órden como el Austria. La Italia no podria defender por sí sola su independencia sino fuera capaz de poner en campaña 200,000 hombres bien disciplinados, de los cuales fueran 20,000 de caballería, con 500 piezas de artillería de campaña y 200 de sitio, lo cual exige cerca de 50,000 caballos. Esta simple enumeracion demuestra que para producir semejante poder militar se necesitarian al menos diez años de un gobierno fuerte y enérgico.

Es preciso reconocer tambien que la naturaleza ha contribuido en extremo á protejer la dominacion austriaca en Italia, y que todo lo que ha hecho la naturaleza lo ha fortificado y aumentado la mano del hombre. La alta Italia es una gran llanura limitada al Norte por los Alpes, al Mediodía por los Apeninos, y al Este y al Oeste por el Tessino, el Pó, el Adda, el Mincio, el Adiger, el Brenta, el Piave, el Livenza y el Tagliamento. Todos estos rios ofrecen admirables líneas de defensa, y el Austria ha cubierto sus pasos principales con plazas que el arte ha hecho casi inexpugnables.

Supongamos que por un concurso de circunstancias extraordinarias un ejército italiano llegase triunfante hasta el Adiger, y que la insurreccion ganase todo el país llano, y supongamos además, lo cual es poco probable, que cayeran en poder del vencedor plazas fuertes como Pavía, Plasencia, Ferrara, Brescia, Bresera, Pizzighitone, Peschiera, Mántua, Milan, Laveno, la Roca de Anso, Peguago, Venecia, Osopo y Palma Nuova. Pues bien, aun en este caso no quedaria perdida para el Austria la partida, porque si la Italia es su campo de batalla, el Tirol y los Alpes de la Carintia son sus verdaderas plazas de armas, de las que es su obra avanzada Verona con sus inmensas fortificaciones y su campo atrincherado, que puede contener 50,000 hombres.

Suponiendo, pues, al Austria replegada á los Alpes, puede dejar impunemente á todo el ejército italiano gozando de su triunfo momentáneo; despues, reuniendo fácilmente nuevos ejércitos por sus ferro-carriles que van de Verona á Trieste, y de Viena á Inspruck, por las nuevas vias que ha atrazado y que desembocan de los Alpes, ya por Bassano, Vicenza, ó Verona, ya por los lagos de Idra, de Iseo y de Como, puede caer de improviso sobre los flancos y la retaguardia del enemigo, cortarle todas las comunicaciones, y rechazarle instantáneamente al otro lado del Pó, repitiendo de este modo la maniobra victoriosa del mariscal Radetzky en 1848.

De estos hechos resulta para cualquier hombre de guerra la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás el resultado de una revolucion, ni podrá tener buen éxito sin un auxilio extranjero.

11.

Si el *statu quo* es peligroso, si las reformas son imposibles, si la revolucion lo es tambien, ¿por qué combinacion los pueblos y los gobiernos de la Península se librarán

de las consecuencias de la situacion anormal y amenazadora que pesa sobre ellos?

¿Debe formarse de la Italia un solo reino? La historia, la naturaleza misma se oponen á esta solucion: la unidad italiana podria constituirse solamente despues de grandes esfuerzos, por la grandeza militar ó por la tiranía revolucionaria. Desde los Alpes á la Sicilia, la Península itálica presenta diferencias muy marcadas que hacen mas sensibles las divisiones, en las cuales se reproduce siempre la originalidad primitiva Al propio tiempo que esta variedad evidente, se nota una conformidad de lenguaje, de costumbres y de intereses que se revela en todas las épocas por la tendencia federativa, pero que no va nunca hasta la fusion. Puede decirse que la unidad absoluta bajo el cetro de Roma no ha sido mas que un accidente. Los romanos se vieron obligados á trasportar naciones enteras para dominar y unificar la Península. Les costó tanto tiempo hacer esta conquista como el subyugar el mundo. Tuvieron que violentar la Italia lo mismo que violentaron el universo.

Cuando Napoleon I fundaba el reino de Italia, obedecia á un pensamiento mas elevado que una ambicion dinástica; concentraba bajo su mano poderosa las aglomeraciones dispersas para hacer brotar de ellas una nacionalidad fuerte y viril; no pensaba tanto en fundar un reino como en regenerar un pueblo.

Nadie podria recoger hoy dia la corona de hierro que cayera de su frente; esta corona seria tan costosa de llevar como difícil de conquistar. Se trata por otra parte de tranquilizar la Europa pacificando la Italia, y no de fomentar una guerra de sucesion.

12.°

No es, pues, la *unidad absoluta* lo que debe buscarse en Italia, sino la *union federativa*. Esta idea de *union* se presenta como la expresion de una necesidad comun á todos los Estados italianos; es para ellos una tradicion y una solucion. Vamos á demostrarlo.

En Italia, las confederaciones parecen nacer por sí mismas como una produccion natural del país. Despues del imperio romano, bajo el impulso de los Papas, por la iniciativa de los Médicis, estas tentativas se renuevan sin cesar: con frecuencia son felices y gloriosas. Dante no abriga otro pensamiento cuando llama al emperador Enrique VIII á Italia, y la idea de una union federativa inspira las palabras del Petrarca, cuando escribe al dux de Venecia y al de Génova suplicándoles que hagan pedazos las armas fatricidas y que se unan para compartir el dominio de los mares. A los que niegan la solidaridad de los Estados italianos les responde: «No creais »que pueda salvarse Venecia pereciendo la »Italia, pues Venecia es un miembro de este »gran cuerpo.»

En otra parte, Petrarca se indigna porque en una reunion de hombres políticos hay quien se atreva á preguntar «si era útil á la »Europa que la ciudad de Roma y la Italia »estuviesen unidas por un interés comun.»

Aun en las épocas mas aciagas de su historia, la Italia no pierde la conciencia de su porvenir. Al principio del siglo décimoséptimo, Trojano Boccalini exhorta á los príncipes de los diversos Estados á «que olviden todo sen»timiento egoista, que no abandonen la causa »del interés general, y que se consideren ante »el extranjero como solidarios los unos de los »otros;» para obligarles á unirse, les pinta de la manera siguiente los males que engendra el aislamiento: «Tú, Estado de Milan; tú, »reino de Nápoles; tú, Venecia; y tú, Roma, »¿cuál es vuestra situacion? Examinaos un »momento, y vereis que la muerte os cerca »por todas partes. Os arrebatan vuestros hi»jos y vuestros bienes en tanto que con vues»tra sangre alimentais guerras funestas.»

Despues del aborto de las deplorables insurrecciones de 1821 y de 1831, los hombres de Estado que dirigian entonces los negocios de Europa resolvian la cuestion italiana en dos palabras: *La Italia ha muerto,* decian. Se engañaban. Precisamente en esta época es cuando nacia la escuela jóven y vigorosa que quince años há resume y dirige todo el movimiento nacional.

Esta escuela rechazaba las conspiraciones y las sociedades secretas: invocaba en alta voz la union de los príncipes y de los pueblos, la alianza de la religion y de la libertad; con sus publicaciones, con su influencia real sobre los ánimos, con la autoridad legítima de sus jefes, ha conmovido verdaderamente la Italia: esta escuela es la que ha producido á Pio IX y á Carlos Alberto, unidos un instante por la misma causa antes de la revolucion de 1848.

La idea fundamental de esta escuela política es la que se desprende de la historia de Italia y de las aspiraciones de todos los pueblos que la componen, la que se presenta como el resultado del trabajo de los siglos: la federacion.

«La idea de la unidad federativa, decia el »abate Gioberti, uno de los jefes de esa ilus»tre escuela, léjos de ser nueva para los ita»lianos, es muy antigua en su país; es hija »de su genio y de sus costumbres, y está »conforme con las instituciones y con las con»diciones geográficas de la Península.»

El conde Balbo, cuyo nombre aparece rodeado de un universal respeto, al adoptar esta idea la justificaba de la manera siguiente: «La proposicion de formar una confede»racion italiana permanente, y de realizar »así, de un modo durable, y por la mano »de la política moderna, lo que la Italia en »las primeras fases de su desenvolvimiento »social pudo hacer solamente de una manera »incompleta, es un hecho nacional.»

Así fué como se acogió al formularse clara y definitivamente, para entrar en las preocupaciones de la política contemporánea, el pensamiento de una confederacion de los Estados italianos. Este pensamiento es, pues, al mismo tiempo la expresion histórica y política del movimiento italiano que resume el pasado y el presente. Hoy dia este pensamiento está arraigado en todos los espíritus prácticos de la Península, con tanta mas fuerza cuantas son las pruebas á que ha resistido.

Por consiguiente, lo que se queria en 1847 era la union de los príncipes y de los pueblos, la *Confederacion*, presidida por un jefe. Pero ¿quién seria este jefe? el que personifica la idea mas universal y mas poderosa, el que reune en el suelo de la Península los entusiasmos y los respetos, el que ha dado á la Italia sus artes, sus costumbres, su vida social, el que ha hecho de Roma el centro de la tierra, y el que le asegura una segunda eternidad! Los hombres de Estado que dirigian el gran movimiento designaron sin vacilar al Papa para jefe de la confederacion italiana.

Apenas la idea de confederacion ha invadido los ánimos, los jefes de la opinion en Italia trabajan con ardor increible para asegurar su ejecucion. El mismo Pio IX la sanciona. Primeramente toma la forma de una liga aduanera celebrada el 3 de diciembre de 1847 bajo la inspiracion del Papa. Bosquéjase despues como una liga militar cuando el rey de Nápoles y el Gran Duque se declaran prontos á unir sus tropas con las de Carlos Alberto, y finalmente se precisa y se formula en toda su trascendencia política despues de los descalabros del ejército piamontés, cuando se redactó en presencia del Padre Santo el proyecto que era su fórmula completa.

La diplomacia no podia mostrarse indiferente á una idea que debia traer consigo un cambio tan considerable en Europa. La atencion de la Francia estaba en este momento absorbida por sus disensiones civiles; pero la Inglaterra seguia con atencion simpática el movimiento italiano. Su representante en Viena, lord Ponsonby, apoyaba con su influencia el proyecto de una confederacion. Esto es lo que se desprende de un despacho en el cual hallamos lo siguiente:

«El primer medio de remediar los peligros de la Península, consiste en el reconocimiento franco y leal de la nacionalidad italiana, y no de una nacionalidad provincial que se limite á conceder como un favor á la Lombardía y á Venecia lo que el emperador ha concedido á todos los paises que componen la monarquía, es decir, una administracion provincial y municipal y los derechos sancionados por la Constitucion, esto no basta; seria menester que el Austria declarase querer contribuir con todas sus fuerzas á la formacion de la confederacion italiana bajo las bases nacionales, con la condicion de que esta confederacion proclame una estricta y permanente neutralidad, y de que la Europa sancione á su vez esta neutralidad como lo hizo con la Suiza en 1815.

«Esta declaracion, añadia lord Ponsonby, deberia hacerse al gobierno inglés pidiéndole su mediacion, y al Papa, que, en su calidad de soberano temporal y como jefe de la Religion católica, hallaria en esta medida los medios de salir de las dificultades que le amenazan, entre las cuales no es la menos apremiante y la menos funesta en sus consecuencias un cisma en Alemania.»

Este proyecto que tantas esperanzas despertaba en Italia, y que, como se ve, era apoyado por la diplomacia inglesa, naufragó en la revolucion. El partido revolucionario, que preparaba en Roma una sombra de república, no quiso aceptar una combinacion cuyo resultado hubiese sido aumentar el prestigio del pontificado, popularizar á los príncipes, y consolidar el órden monárquico en Italia, reconciliándolo con el interés nacional.

Es curioso ver como un soberano, de cuyo testimonio no puede sospecharse, el rey de Nápoles, se adheria al pensamiento de esta grande organizacion política aun antes de que estuviese formulado. En 7 de abril de 1848, Fernando II dirigia á su pueblo la siguiente proclama: «Vuestro rey comparte con vosotros la satisfaccion que despierta en todos los ánimos la causa italiana. Aun cuando la

liga no se haya efectuado aun por medio de convenios positivos, la consideramos como existente de hecho, puesto que está celebrada de antemano por el consentimiento universal de los principes y de los pueblos, y que vamos á ver reunirse en Roma el congreso que hemos sido los primeros en proponer, y al cual seremos tambien los primeros en enviar los representantes de esta parte de la gran familia italiana.»

Las manos augustas de Pio IX se elevaban entonces para bendecir la Italia. En una magnífica alocucion, en la cual el patriotismo y la fe se hermanaban en su corazon, exclamaba: «¡Qué peligro puede amenazar á la Italia en tanto que un lazo de gratitud y de confianza una la fuerza de los pueblos á la prudencia de los Reyes!»

El dia en que se rompió la union entre la prudencia de los reyes y la fuerza de los pueblos, todo se desvaneció; la Italia volvió á postrarse bajo el peso de sus infortunios. Sin embargo, algo quedó de los generosos arranques y de los nobles impulsos que acabamos de recordar: quedó la imágen gloriosa, aunque fugaz, de una Italia un momento regenerada por el sentimiento nacional y religioso. ¿Qué faltó á esa época para que la imagen pudiese fijarse y convertirse en una realidad? Le faltó lo que tenemos hoy: una Francia tranquila, fuerte, capaz de hacerse escuchar en Europa y de defender en Italia una política que le fue siempre propia, así bajo el reinado de Enrique IV, como en el de Napoleon I.»

13.°

La política francesa tiene tradiciones que no puede abandonar jamás, porque están en armonía con los intereses permanentes de su influencia. Una de estas tradiciones consiste en que los Alpes, que son para ella una muralla, no se conviertan en una fortaleza armada contra su poder. Nuestros antiguos monarcas lo habian comprendido como mas tarde lo comprendieron la República y el Imperio. Poseido de este pensamiento nacional, Enrique IV no hizo mas que preceder á Napoleon. Aquel gran rey, cuyo talento era tan práctico como caballeresco su corazon, sabia que la Italia debia extenderse entre el Austria y la Francia, sin pertenecer á nadie mas que á sí misma: «están tan divididos y son tan poco resueltos, decia hablando de los príncipes italianos, que cada uno de por sí precipitará su servidumbre.»—Por consiguiente, la esclavitud de la Italia era el objeto al cual se dirigia la casa de Austria con una constancia infatigable como condicion de su engrandecimiento. El obstáculo á la realizacion de este objeto estaba en la voluntad de Enrique IV, que nunca habria permitido la dominacion de la casa de Hausburgo á costa del menoscabo y de la humillacion de la Francia. Reconócese su genio político en el plan que organiza en vista de la lucha que presentia su prevision. Desde luego, él, antiguo jefe de los protestantes, no vacila en sostener á la Santa Sede, y comprende perfectamente que para ser fuerte, la Italia debe unirse al Papa. Reconviene á la República de Venecia por su lucha con Roma, interviniendo para lograr una reconciliacion tan esencial á los intereses religiosos como á los políticos. De acuerdo con el papa Clemente VIII, separa en seguida al duque de Saboya de la casa de Austria, y hace de él su aliado, al propio tiempo que lo convierte en defensor de la nacionalidad italiana. Con esta alianza asegura á la Francia la libertad de los Alpes, y, en caso de guerra, un magnífico campo de batalla para una lucha ofensiva o defensiva. Su muerte prematura desbarató este plan en el momento que iba á ponerlo en ejecucion y dar á la monarquía francesa una fuerza y un esplendor de los cuales carecia desde mucho tiempo. La nacionalidad italiana habria salido necesariamente victoriosa de este proyecto: perdiendo á Enrique IV lo perdia todo, y esta circunstancia iba a hacerla entrar en un período de dilacion cuyo término solo la Providencia sabia.

Segun el plan de Enrique IV, el Milanesado pasaba al duque de Saboya, que debia tomar el título de rey de la Lombardía; se entregaba la Sicilia á los venecianos, y el reino de Nápoles pasaba al dominio del Papa. Toscana debia recibir algunas plazas importantes; un lazo federativo debia unir y sancionar la existencia de los diferentes estados, «á fin, dijo Sully, de que todos esos estados y príncipes, estando asociados en comunidad de intereses, ganasen en consideracion, sin que por esta confederacion cambiasen en nada sus posesiones ni sus leyes usuales...»

Así se conservan los pensamientos á través de la diferencia de los tiempos cuando representan intereses permanentes y una política nacional y europea.

14.°

Es muy notable que el pensamiento de En-

rique IV, tan bien definido por Sully, haya entrado en 1847 en el plan de confederacion que fracasó en 1848. Lo que el jefe de la casa de Borbon no tuvo tiempo para llevar á cabo, y lo que fracasó en 1848 por causas generales que, á Dios gracias, han dejado de existir, ¿puede realizarse al presente? ¿Es necesario cambiar las condiciones de existencia política de la Italia? ¿Es posible darle una organizacion que esté conforme con su historia, sus costumbres, sus intereses y sus votos? Esta organizacion largo tiempo preparada y formulada ya, ¿hallará obstáculos y corresponderá al objeto que debe proponerse la Europa? Hé aquí los puntos que nos faltan aclarar para completar esta reseña.

Antes que todo, ¿es esto necesario?—Despues del análisis que acabamos de hacer de la situacion de los Estados italianos, debemos deducir que no hay uno solo entre ellos, así Roma como Turin, Nápoles como Florencia, que, cada uno de por sí y por razones diferentes, segun su carácter propio, el papel que le imponen necesidades superiores ó circunstancias especiales, el grado de importancia de que goza, y la parte de influencia que está llamado á ejercer en los asuntos generales de Europa, no hay uno, decimos, que no sienta la necesidad de modificar las condiciones de su existencia política. Reconocida esta necesidad, ¿se debe eludir ó aplazar? ¿No es mas prudente tratarla sin rodeos, y someterse á ella con la confianza que inspira el sentimiento de un gran deber?

Pero ¿es posible hacerlo ahora? ¿Puede la Italia, en las condiciones en que se encuentra, ser confederada como la Alemania, creándose de esta manera una fuerza italiana que le dé una vida nacional, que la libre de la necesidad de las ocupaciones militares y de la fatalidad de las revoluciones?

El punto mas delicado es Roma á causa del carácter mixto del poder, donde lo espiritual y lo temporal se encuentran confundidos. ¿Cuál será el efecto de una confederacion italiana respecto al Papa? Este efecto, segun nuestro parecer, puede resumirse así: engrandecerá el prestigio y el poder moral del pontificado, aflojará el lazo demasiado tirante que une el Príncipe al Pontífice, y que oprime toda la actividad de un pueblo á riesgo de hacerlo romper en el círculo inflexible del poder eclesiástico.

Hoy, como once años atrás, solo se puede concebir una liga italiana cuyo centro sea Roma con el Papa por presidente. La supremacía de Roma sobre las demás ciudades de la Península está sancionada por el tiempo, por la gloria, por la admiracion y por la piedad de todos los pueblos. La preeminencia del Papa resulta de su título de Pontífice; representa la soberanía eterna de Dios, y este carácter augusto permite que los reyes mas grandes se inclinen ante él. El Papa no es un señor, es un padre!

Turin, Nápoles, Florencia, Milan y Venecia tienen sus recuerdos, su importancia y su grandeza que podrian crear entre ellas derechos iguales y rivalidades justas; pero estos derechos desaparecen ante la ciudad eterna. Ninguna de esas capitales se humilla reconociendo por cabeza de la confederacion una ciudad que fué la capital del mundo.

Al recibir este acrecentamiento de influencia moral, al encontrarse investido de esta especie de protectorado sobre la Italia, que le cede el respeto de todos los pueblos, el Papa, sin rebajarse, puede disminuir su poder temporal y aligerar su responsabilidad política. Puede, sin exponerse, organizar bajo su vigilancia respetable una administracion secular, una legislacion civil, y una magistratura regular é independiente. Todo lo que pierde en privilegios lo gana en importancia. En vez de gobernar un pueblo estacionario, extiende su mano sobre toda la Italia para bendecirla y guiarla: es el jefe irresponsable y venerado de 26 millones de cristianos que, clasificados en diferentes estados, van á parar todos á un centro en el cual se confunden la actividad y la grandeza de Italia.

15.°

Hé aquí lo que pedimos para el Papa: su parte es bella indudablemente. La de los demás Estados, nada dejaria que desear á su ambicion ó á su dignidad. La Cerdeña ganaria en ello el verse libre de los compromisos interiores y exteriores; se presentaria en la confederacion con el papel importante que representa en Italia y en Europa. Su ejército, con la experiencia que ha adquirido en los reveses y en las victorias, seria la vanguardia del ejército federal; sus hombres de Estado, sus luces y sus luchas políticas le darian sobre la opinion una influencia que alcanzaria mucho mas allá de sus fronteras, y que irradiaria sobre la Península entera. Finalmente, el rey de Nápoles, el gran duque de Toscana, etc., condenados á reinar bajo la proteccion del Austria, recobrarian su independencia y podrian volver á ser príncipes italianos sin temor á las revoluciones.

Ya se comprende que no proponemos aquí un plan de confederacion. El que se habia redactado en 1848, y al cual se habian adherido el Papa, el rey del Piamonte y el gran duque de Toscana, facilitaria todavía mas de un elemento útil, estando basado, como el pacto aleman, en el doble principio fácil de organizar y de conciliar con diversas formas de gobierno: solidaridad de todos los Estados confederados para la defensa interior y exterior, independencia de cada uno de ellos en el ejercicio de su soberanía particular.

Los Estados italianos confederados significan la Italia pacificada, el pontificado consolidado y elevado á toda la altura de su mision; significan la Europa libre del peligro real que puede conmoverla profundamente. El interés general, pues, aboga por esta solucion.

Hay empero un obstáculo fuera de Italia y distinto del interés europeo: la situacion del Au-tria en Lombardía. Está, por consiguiente, en la lógica de la política austriaca el oponerse á ella, como se ha opuesto á las reformas, como se opondrá á todo.

¿Qué debe hacerse pues? ¿Debe inclinarse la frente ante el veto de Viena? ¿Se debe seguir adelante? Para triunfar de esa resistencia y llegar á una solucion reclamada por el interés general, ¿hay que apelar á la fuerza ó á la opinion pública? Esta es la última cuestion que tenemos que resolver.

16.°

Los tratados que ligan entre sí á las naciones son las leyes internacionales de los pueblos, y solo serian invariables si el mundo fuera estacionario.

Si los tratados que deben proteger la seguridad de Europa la ponen en peligro, es que han dejado de llenar los fines ó las necesidades que los dictaran. La prudencia política aconseja en tal caso sustituirles otra cosa.

Una potencia que se escude con esos tratados para resistirse á modificaciones reclamadas por el sentimiento general, tiene indudablemente en su favor el derecho escrito, pero tiene tambien en contra el derecho moral y la conciencia universal.

Por consiguiente, si se ha demostrado que la situacion de los Estados italianos no es solamente una causa de sufrimiento para este pais, sino de inquietud, de malestar y quizá de revolucion para la Europa, en vano se puede invocar la letra de los tratados: esta no podria luchar contra la necesidad de la política y del interés europeo.

¿Qué debe hacerse pues? ¿Recurrir á la fuerza? ¡Aparte de nosotros la Providencia este caso extremo! Debe recurrirse á la opinion.

Cuando se conozca en toda Europa la verdadera situacion de Italia, cuando todo el mundo esté convencido de que existe en medio de los estados mas ilustrados del globo, en esa tierra donde nació la civilizacion, un foco de inquietud, de desórden y de perturbacion profunda que podria convertirse fácilmente en un nucleo de inteligencia y de noble actividad, entonces la opinion podrá juzgar y resolver quizá como la justicia pacífica del buen derecho.

Para que se encuentre en estado de pronunciar este fallo nos hemos impuesto este trabajo.

No abrigamos sentimiento alguno hostil contra el Austria. El único motivo de desavenencia que puede existir entre ella y la Francia es la Italia. Respetamos su situacion en Alemania, la cual nada debe temer de nosotros en el Rhin. La solucion de la cuestion italiana dará por resultado borrar entre la Francia y el Austria todo motivo de disentimiento. Estas dos potencias pueden conservar su intimidad por medio de muchos intereses comunes, sin contar con que la union de todos los grandes gobiernos de Europa es indispensable para prevenir las complicaciones del porvenir. Para hacer mas íntima esta unidad de miras, y para intentar todos los esfuerzos que reclame el bien general, quisiéramos ver desaparecer todas las dificultades actuales y resolver una de las cuestiones mas urgentes y mas considerables del momento.

Gobernar es prever. La mejor manera de asegurar la paz es salir al encuentro de las complicaciones susceptibles de provocar la guerra. En Italia hay peligros y los señalamos; por ese lado hay que conceder garantías á intereses fundamentales; reclamamos esas garantías.

Hay en el mundo causas que no pueden sucumbir; esta es una de ellas, pues ni es egoista ni exclusiva: es la causa de la nacionalidad de un pueblo viviente, del equilibrio de Europa, y quizá de la independencia del Pontificado, causa que la Francia ha defendido siempre. Dios reservará indudablemente una bella parte de gloria humana á los que sostengan la lucha. No nos seduce la gloria; tenemos la suficiente en la historia del pasado asi como en nuestros acontecimientos contemporáneos para que deseemos mas. Anhelamos si ardientemente que la diplomacia haga en

vísperas de una lucha lo que haria al dia siguiente de la victoria. ¡Únase la Europa para esta obra de justicia y de paz! Esté la Europa á nuestro lado, como nosotros estaremos siempre junto á ella para defender su honor, su equilibrio y su seguridad!

VI.

Nota circular confidencial del conde Buol á los representantes del Austria en las cortes alemanas.

Viena 5 de febrero de 1859.

La viva inquietud que se nota en la situacion política de Europa desde principios del presente año, se hace sentir tambien profundamente en todos los puntos de Alemania. Con sorpresa de los gobiernos y de los pueblos que desean la paz, y cuyos esfuerzos tienden hácia los fines y resultados que la paz procura, se ha visto desaparecer con dolor la confianza general que en el porvenir se cifraba. Ninguna diferencia existe entre las potencias que pueda explicar esa alteracion; y cuanto mas imposible es atribuir á causas fundadas la inquietud general, tanto mas difícil es que sepa esta apreciar en su justo valor el presente estado de cosas.

Si es de deplorar ese sentimiento de incertidumbre que se propaga en todas partes, es imposible desconocer el buen efecto producido por la unanimidad y la resolucion con que ante la eventualidad de una guerra posible ha manifestado la Alemania en pro de una cooperacion enérgica.

Este hecho, que nadie puede poner en duda, es un punto luminoso en medio del cuadro sombrío de la situacion presente.

El lenguaje de los hombres de Estado alemanes, lo mismo que el de la prensa, ha contribuido poderosamente á arraigar la conviccion de que la Alemania, como potencia colectiva, se ha de considerar amenazada el dia en que por un injusto ataque contra sus posesiones de Italia, se viese obligada el Austria á apelar á las armas contra una de las primeras potencias militares de Europa.

Las convicciones de la Alemania entera se han unido para protestar enérgicamente contra la repeticion de los tiempos de la Confederacion del Rhin, declarando, con una unanimidad imponente, que si una violacion del derecho europeo amenazase á una potencia alemana, aun cuando fuese en territorios extra-alemanes, harian los confederados causa comun con ella para conservar la paz por medio de la fuerza moral que les daria tan poderosa union; y que para el inesperado caso de que no fuese esto bastante, procederian en comun á la defensa de las atacadas posesiones del miembro de la Confederacion, y de la santidad de los tratados, afianzando así el honor, la dignidad y el poder de la Alemania unida.

En tales circunstancias, muchos son los gabinetes alemanes que nos han manifestado el deseo de examinar detenidamente la cuestion, para saber las medidas que serian necesarias en el caso de un ataque contra el Austria, para asegurar en tiempo útil una accion solidaria. Tambien se nos han pedido explicaciones acerca del modo cómo considerábamos la situacion, y en especial hasta qué punto convenia impulsar el órgano constitucional de la Confederacion germánica á que se pronunciase ó preparase las resoluciones que deberia tomarse en un caso dado, y esto nos obliga á comunicar confidencialmente á nuestros confederados lo que creemos reclama la situacion presente.

Esta se halla caracterizada por síntomas que indican ser menos inminentes los peligros de guerra; pero tambien por una carencia absoluta de garantía, tanto que, en un momento y bajo cualquier pretexto, puede estallar una guerra en Italia y amenazar seriamente la paz general de Europa, sin que á nadie sorprendiera.

Fiel á sus sentimientos de moderacion y á su amor á la paz, hará el gobierno imperial todos los esfuerzos posibles para evitar ulteriores complicaciones; mas no por esto podemos desconocer que, mientras conserve la política de Cerdeña su actual carácter de hostilidad contra los tratados, y se apoye, como hasta aquí, con la revolucion y con la guerra, podrá ser esta una consecuencia inmediata de nuestra firme resolucion de defender contra todo ataque los derechos que en Italia conceden los tratados al Austria.

Debemos por nuestra parte dar gran importancia á convencer á la Europa de que la Alemania estrechamente unida, no tolerará semejante ataque contra nuestros derechos.

Sin embargo, no creemos haya llegado aun el momento de deliberar en Francfort sobre este asunto, ni de hacer adoptar resoluciones definitivas por la Confederacion germánica.

Es preciso no perder de vista el efecto que esto produciria, así en el extranjero como en el seno mismo de la Confederacion, y opinamos por ahora que la mancomunidad entre

la Alemania y el Austria en caso de guerra, no deberia estar revestida de las formas obligatorias de la Constitucion federal, hasta que se presentara de un modo claro y preciso el caso para el cual ha sido aquella establecida.

Con todo, inútil nos parece asegurar que las opiniones que aduzcan nuestros confederados sobre punto tan trascendental, serán tomadas en consideracion, y que estamos dispuestos á atenderlas en lo que se merezcan.

Por el contrario creemos de todo punto indispensable que desde ahora se comuniquen entre sí los gobiernos de la Alemania, como miembros de un gran cuerpo, las convicciones de que se hallen animados en vista de los peligros del porvenir, y que, puestos de acuerdo, se dispongan á usar en tiempo oportuno un lenguaje idéntico, adecuado á las circunstancias y eficaz, ora con respecto á la Cerdeña, ora con respecto á la Francia, ó ya con entrambas potencias reunidas.

Recibiremos con el mas vivo interés y profundo reconocimiento la seguridad de que participan nuestros aliados de la misma opinion, y de que en particular el gobierno, cerca del cual teneis el honor de representarnos, está dispuesto á cooperar por su parte á que se establezca una verdadera inteligencia *de hecho (der Sachenach)* por medio de una accion comun entre el Austria y la Alemania, apetecido resultado, cuyo éxito dependerá de la oportunidad del momento y de la buena eleccion de las formas.

Quedais autorizado para comunicar confidencialmente el presente despacho á.....

Recibid, etc.—Buol.

VII.

Circular del baron de Schleinitz á los agentes diplomáticos de la Prusia acreditados cerca de las cortes alemanas.

Berlin 12 de febrero de 1859.

Si ante las complicaciones que han surgido en la situacion política desde principios del corriente año, el gobierno del rey no ha explicado hasta ahora sus miras y su objeto á sus representantes en el extranjero, y sobre todo á sus enviados cerca de las cortes alemanas, debe atribuirse su silencio á la naturaleza particular de la situacion presente.

Los peligros con que por diferentes motivos se cree amenazada la paz europea, no pueden establecerse y fijarse de un modo determinado y positivo. Los acontecimientos de Oriente, tanto en Servia como en los Principados, no han tomado un carácter que justifique el temor de que no puedan resolverse las dificultades existentes por la via regular de las negociaciones diplomáticas.

Lo propio sucede con respecto á los asuntos de Italia. La situacion interior de una parte de los Estados italianos puede ser tal en concepto de algunas potencias, que se hayan creido obligadas á manifestar á los gobiernos de aquellos Estados la necesidad de abandonar los principios de administracion seguidos hasta ahora. Tambien puede juzgarse de distintos modos, si las posesiones pontificias reclaman todavía la proteccion de guarniciones extranjeras contra movimientos interiores, ó bien si el peligro que ofrecen estos últimos se conjuraria de un modo mas seguro, adoptándose un nuevo sistema de administracion; pero sea cual fuere la importancia que se atribuya á estas cuestiones, es evidente que no presentan en caso alguno un carácter tal que pueda justificar la suposicion de que la paz europea haya de verse por ellas seriamente turbada.

En concepto del gobierno del rey, deben buscarse las causas que han producido la situacion actual y los peligros de un conflicto, no tanto en la imposibilidad de resolver las cuestiones particulares que se trata de decidir, como en las disposiciones que se han revelado entre algunos gabinetes en estos últimos años, particularmente entre las cortes de Viena y de Paris, las que de algunas semanas á esta parte han tomado un carácter tan grave, que no sin motivo hacen concebir serias inquietudes.

En presencia de tal situacion, no hemos titubeado ni un momento en reconocer los deberes que nuestra posicion nos impone. Penetrados del deseo de conservar su fuerza á los tratados, su validez al actual estado de cosas, y por lo tanto, la paz á la Europa, hemos dirigido nuestros esfuerzos todos á manifestar á las cortes de Viena y de Paris los peligros incalculables de un conflicto, haciendo á la una y á la otra repetidas observaciones en el sentido de la paz y de la moderacion.

Sin embargo, no nos hemos hecho ilusion acerca de las condiciones mediante las cuales podia prometerse satisfactorios resultados nuestra pacífica accion; siendo nuestro propósito obrar en el sentido indicado cerca de los dos gabinetes que están en disidencia, hemos debido conservar nuestra libertad de accion por ambas partes. Como Estado fede-

ral, jamás faltaremos al cumplimiento de los deberes que nos imponen las leyes fundamentales de la Confederacion; pero no vemos motivo en la situacion política actual para ir mas allá, para aceptar compromisos que traspasen los límites que aquellos deberes nos señalan, faltando en nuestro concepto á la mision que por ahora nos hemos impuesto como *potencia europea*.

El nuevo sesgo que, segun datos recientes, va tomando la situacion actual, nos obliga á conservar mas y mas la posicion en que desde un principio nos colocamos.

Si, como es probable, se procede á la apertura de negociaciones para tratar de los asuntos de Italia, en la libertad de accion que tan cuidadosamente hemos conservado, hallaremos el medio mas eficaz para hacer que prevalezcan nuestros consejos, y para dar á nuestras representaciones un enérgico apoyo.

A la misma conducta deberemos el encontrarnos como hasta ahora, al hacer los esfuerzos posibles para conservar la paz y conciliar las diferencias existentes, en un mismo terreno con el gabinete británico, y el poseer en semejante acuerdo, así como en la cooperacion de la Rusia, que procuramos alcanzar, la mas segura garantía de obtener el apetecido resultado.

Tales son sustancialmente las miras que hemos tenido hasta aquí, y que nos proponemos conservar por ahora. Por este medio creemos servir del modo mas eficaz la causa comun, esto es, la causa de la paz y del sosten del estado de cosas existente, sosten hácia el cual se dirigen nuestros mas ardientes votos, que son tambien los de todos nuestros aliados alemanes. Por este medio, en fin, creemos servir mejor la expresada causa que con demostraciones que no corresponden, en nuestro sentir, ni al objeto que se pretende alcanzar, ni al carácter de la situacion actual, contribuyendo únicamente á excitar mas y mas las pasiones, y á procurarles una extension mayor aun de la que han tenido hasta aquí.

Queda V. E. autorizado para dar conocimiento de este escrito á ese gobierno por lectura y copia del mismo.

Recibid, etc.—De Schleinitz.

VIII.

Nota dirigida por el conde de Buol al conde de Appony, ministro de Austria en Lóndres.

Lord Loftus me ha leido confidencialmente un despacho en el cual el conde de Malmesbury manifiesta que el gobierno británico ve con dolor no hallarse desvanecidos los temores de guerra, difundidos desde principios de este año; y que por lo tanto se creia obligado á continuar sus esfuerzos para evitar una lucha que probablemente no quedaria limitada á Italia.

La nota circular dirigida por el conde de Cavour á los representantes sardos con motivo del empréstito que desea contraer el gobierno piamontés para dedicarlo á preparativos militares, ofrece, en concepto de lord Malmesbury, una ocasion propicia para repetir á ambas partes sus amonestaciones amistosas.

El gabinete británico, sin admitir el verdadero sentido de aquella circular, que tiende á justificar el empréstito por medio de la amenazadora actitud que se supone haber tomado el Austria en las fronteras piamontesas, desea á lo que parece conocer nuestra opinion acerca de aquel documento, así como tambien adquirir la conviccion de que no entra en nuestras miras atacar á la Cerdeña; y de que antes, por el contrario, estamos dispuestos á una reconciliacion con el gobierno piamontés á fin de que puedan ambas partes retirar las tropas de sus respectivas fronteras.

Apreciamos en su justo valor los sentimientos que han inspirado tan conciliadoras palabras, y nos asociamos sinceramente al deseo del gobierno británico para evitar al mundo, si posible es, las calamidades de una guerra general. Con gusto aprovechamos pues esta ocasion para extendernos en algunas observaciones que harán públicos nuestros pacíficos deseos.

¿Cuáles son los agravios de que se queja en su circular el conde de Cavour? Resúmense todos en la protesta emitida por aquel ministro contra la preponderante influencia que, segun él, ejerce el Austria en Italia fuera de los límites que le han señalado los tratados, preponderancia que constituye una continua amenaza contra la Cerdeña.

Examinemos detenidamente tan singular acusacion. O mucho me engaño, ó está en el órden natural que los grandes cuerpos políticos ejerzan siempre cierta influencia en los Estados limítrofes. Lo que sí importa al interés general, es, que nunca sea aquella influencia usurpada, ni que se abuse de ella en perjuicio de la independencia de otro Estado.

El Austria ha debido mas de una vez tender una mano protectora á gobiernos italianos derrocados por la revolucion; pero lé-

jos de ser su apoyo impuesto á nadie, ha sido, por el contrario, concedido á peticion de los gobiernos legítimos con el mayor desinterés, para conservar el órden, la paz y la tranquilidad públicas. Nuestras tropas se han retirado desde el momento en que la autoridad legítima ha quedado asegurada no necesitando ya de su desinteresado auxilio; y no ha de remontarse el conde de Cavour á tiempos muy remotos en la historia de su país para encontrar un servicio de esta clase, prestado por el Austria á la dinastía de Saboya. Es verdad que en aquella época no se habian arraigado todavía en el Piamonte las modernas teorías de derecho público puestas en boga por el conde de Cavour.

No nos detendremos mas en poner de manifiesto cuanto hay de absurdo en el cargo que se nos dirige por la confianza que nuestros principios políticos y la rectitud de nuestras intenciones inspiran á nuestros vecinos. Lo que se ha dicho contra los tratados de alianza que existen entre nosotros y algunos Estados italianos, no nos parece ni mas importante ni mas fundado.

En efecto, ¿qué puede haber mas inofensivo, y mas inatacable bajo el punto de vista del derecho de gentes, y mas conforme con el interés universal del sosten del órden y de la paz, que los tratados de alianza establecidos entre estados independientes en interés de una legítima defensa, ó imponiendo á las partes contratantes obligaciones recíprocas que no envuelven el menor ataque contra los derechos de las demás potencias? Sin embargo, si de modo alguno están aquellos tratados en desacuerdo con los principios del derecho público, no sucede así con respecto á la libertad de accion y á las ambiciosas miras de un gobierno que, no contento con imperar en sus Estados, se constituye en órgano privilegiado de los supuestos sufrimientos de la Italia, y se atribuye la mision altamente reprobada por los demás soberanos italianos, de representar á toda la Península. El conde de Cavour reconoce el derecho de apelar al auxilio extranjero en interés del desórden, y lo niega á los gobiernos legítimos, cuya mision es sin embargo velar por el órden público y garantir la seguridad de sus súbditos; y es lo mas singular que el gobierno de Turin proclama tan extraños principios en el momento en que se generaliza la opinion de que, para la realizacion de sus proyectos agresivos, puede contar con el apoyo de una gran potencia limítrofe.

Son estas contradicciones harto palpables para dejar ni una sombra de duda acerca de que las quejas formuladas contra la influencia que ejerce el Austria en contravencion á los tratados, no son otra cosa que pretextos vanos. Lo único cierto y verdadero que existe en el fondo de tantas declamaciones, es lo siguiente:

En 1848 el rey de Cerdeña invadió á mano armada la Lombardía, sin prévia declaracion de guerra, y sin otra justificacion de aquel rompimiento que el sentimiento nacional que, á su decir, le impulsaba á socorrer á sus hermanos oprimidos. El injusto agresor fué rechazado en dos campañas gloriosas, sin que aprovechara el Austria del fruto de la victoria mas que para patentizar su moderacion, reconocida por la Europa entera. Una vez firmada la paz, fué por nosotros rigurosamente observada; pero en cambio, la idea de una tercera campaña (la terza riscossa), ha formado parte desde entonces del programa del gobierno piamontés.

Interin se presentaba el momento oportuno para luchar á mano armada, el Piamonte declaró una guerra sorda, dando libre curso ya á las calumnias y á los insultos que una prensa licenciosa nos prodigaba cada dia, ya á las excitaciones á la rebelion que dirigia á los demas pueblos italianos, ya en fin, á toda clase de demostraciones hostiles. Cuando dos años ha visitó el Emperador, nuestro augusto señor, sus provincias italianas, señalando su paso con actos de gracia y de clemencia, redobló su furor la prensa piamontesa, llevando su demencia hasta la apología del regicidio. Entonces fué cuando dirigimos al gabinete de Turin esta sencilla pregunta: ¿qué garantías podia ofrecernos contra la indefinida prolongacion de aquel estado de cosas atentatorio á las relaciones de amistad que hubiéramos deseado ver establecidas entre ambos gobiernos? ¡A esto llama el conde de Cavour exigir modificaciones en las instituciones de su país!

El encargado de negocios del Emperador fué llamado á Viena, á fin de que no fuese testigo ocular en Turin de una situacion anormal, á la que el gobierno piamontés se negaba á poner remedio. Sin embargo, aquella suspension de relaciones diplomáticas no nos impidió combinar y concertar como antes con las autoridades piamontesas cuanto podia favorecer y desarrollar las comunicaciones, las relaciones comerciales, y en una palabra, estrechar los vínculos de vecindad que deben reinar entre los habitantes de ambos países.

A pesar de nuestra buena voluntad y cons-

tante moderacion, á pesar de nuestra inagotable paciencia, se han lanzado siempre allende el Tessino gritos frenéticos de guerra, particularmente desde principios del año actual.

En presencia de la agitacion provocada por ese ardor guerrero, que ni el discurso de la corona en la apertura del parlamento, ni las explicaciones subsiguientes de los ministros podian por su índole calmar en lo mas mínimo, el gobierno imperial decidió enviar refuerzos al reino Lombardo Veneto. Esta medida, dictada por la simple prudencia, tiene un objeto puramente defensivo, y el aserto del conde de Cavour de que era esto una medida hostil dirigida contra la Cerdeña, es tan infundado como el de haber sido reforzadas las guarniciones de Bolonia y de Ancona.

Tal es la situacion actual puesta en su verdadero terreno. Con la mano sobre el corazon podemos afirmar que no estaba en nosotros hacer mas de lo que hicimos para mejorarla, y que no podiamos llevar mas léjos nuestra moderacion y longanimidad. ¿Es posible, en vista de esto, que las potencias que, como la Gran Bretaña, consagran al sosten de la paz una solicitud tan justa como honrosa, no se sientan dispuestas á reparar el mal, haciendo que el Piamonte aprecie y practique con mas rectitud sus derechos y deberes internacionales? Si por sus comunes esfuerzos se ve el gabinete de Turin privado de continuar el papel de provocador, que desempeña hace años, abusando de las ventajas de su posicion y de la tolerancia de la Europa, es indudable el próximo renacimiento en el resto de la Península de la tranquilidad y de la paz que tienden á desterrar las continuas excitaciones del gabinete de Turin.

Contestemos á una objecion que, segun presentimos, puede hacérsenos aquí. El descontento de una parte de las poblaciones, particularmente en la Italia central y meridional, se nos dirá, procede de la defectuosa administracion de los gobiernos.

No sin reprobar altamente las mil calumnias con que se trata de sublevar la opinion contra aquellos gobiernos, debemos decir que no nos sentimos llamados á sostener la tésis de que todo sea perfecto en la organizacion y en el sistema administrativo de sus respectivos países. Donde son mas excelentes las instituciones, han de tenerse siempre en cuenta las muchas imperfecciones de los instrumentos. Desde hace medio siglo se ha visto entregada la Italia á toda clase de experimentos políticos, y en ella se han ensayado sucesivamente toda clase de sistemas. A consecuencia del planteamiento de instituciones que producen admirables resultados en los paises donde han podido desenvolverse sazonadas por los siglos, pero que no parecen adecuadas al genio, á las tradiciones y á las condiciones sociales de los italianos, ha tenido que sufrir la Península deplorables trastornos, y escenas de desórden y de sangrienta anarquía; y sin embargo, no fueron los consejos del Austria los que acarrearon á la Italia los dias nefastos de su moderna historia. Por el contrario, siempre hemos aplaudido toda mejora marcada con el sello de una sana práctica, y acogido y favorecido con nuestra influencia todo verdadero progreso. Cuantas veces se nos ha consultado, hemos emitido nuestra opinion despues de un detenido exámen de todas las circunstancias.

Pueden estas medidas no haber producido siempre todo el bien que prometian; pero ¿quién se atreverá á hacer á los gobiernos responsables de este hecho, cuando nadie ignora la lucha que han de sostener los Estados grandes y pequeños contra poderosos obstáculos? Ya antes hemos dicho que la libertad tal cual se comprende en el Piamonte, libertad que raya en licencia y que no respeta los derechos ajenos, es sumamente perjudicial para los Estados limítrofes; y sin embargo, no se nos oculta que el gobierno piamontés es el juez del régimen interior que á su país conviene; pero así como respetamos su autonomía, creemos deber respetar tambien á los demás Estados italianos, no imponiéndoles un sistema gubernamental, y precisando el oportuno momento para introducir en ellos las mejoras de que podria ser susceptible su sistema.

El gran argumento aducido contra la administracion pontificia, es que solo puede sostenerse con el auxilio extranjero; pero á esto contestaremos que el gabinete del Vaticano ha entrado ya en negociaciones con el Austria y con la Francia para lograr la evacuacion de los Estados romanos, evacuacion dispuesta ya de antemano con la sucesiva disminucion de los cuerpos de ocupacion, y con la progresiva reorganizacion del ejército pontificio.

Al prestar al soberano pontífice, destronado por la revolucion, el auxilio de sus armas, el Austria y la Francia prestaron un servicio inmenso á la causa del órden social. La soberanía temporal del Sumo Pontífice es una de las garantías del libre ejercicio de su ministerio apostólico y de la independencia del jefe

espiritual del catolicismo; mas el dia en que el gobierno pontificio declare haber hecho la reorganizacion de su fuerza armada bastantes progresos para atender por sí sola á las necesidades del órden y de la seguridad interior, el Emperador, nuestro augusto señor, retirará sus tropas con vivo placer, viendo en ello una nueva prenda de la solicitud con que se consagrará el Santo Padre á la mejora sucesiva de los demás ramos del servicio público.

No se nos oculta empero que las dificultades á que tiene que hacer frente el gobierno pontificio para cumplir su mision, proceden, mas que del interior, de los elementos revolucionarios y de las influencias y excitaciones hechas desde el extranjero; y es indispensable, repetimos, para poder prometerse en este terreno prontos y felices resultados, hacer que respete el Piamonte la independencia de los demás Estados italianos, del mismo modo que debe ser su propia independencia respetada por aquellos Estados y por nosotros, dentro los límites que los tratados le señalan.

Solo cuando se habrá obtenido semejante resultado, podrán el gobierno pontificio y los demás gobiernos italianos ocuparse con eficacia en las mejoras que su administracion interior permita. Entonces los benévolos consejos del Austria, que mas que cualquier otra potencia está interesada en el bienestar y en la prosperidad de la Península, les alentarán en la nueva senda.

Encargo á V. E. que someta estas consideraciones á la ilustrada apreciacion del gobierno británico. Estamos altamente penetrados de la inmensa responsabilidad que ante Dios y los hombres contraerian los que sin causa legítima turbasen la paz de Europa, y deseamos que un gobierno amigo y aliado como el de la Gran Bretaña conozca á fondo nuestras pacíficas intenciones.

El Austria no medita proyecto alguno hostil contra el Piamonte, y á pesar de las graves causas que podria alegar, se abstendrá de toda accion agresiva, con tal de que el gobierno sardo, por su parte, respete la inviolabilidad del territorio imperial y la del de sus aliados.

El Emperador, nuestro augusto señor, así puede V. E. manifestarlo á lord Malmesbury, solo desenvainará su espada en defensa de sus incontestables derechos y para el sosten de los tratados, los que consideramos, lo mismo que al gobierno británico, como la única garantía sólida del órden político.

Dignaos, señor conde, comunicar este despacho á lord Malmesbury, y darle de él una copia en caso de que su señoría lo desee.

Recibid, etc.

Viena 25 de febrero de 1859.—CONDE BUOL.

IX.

Artículo inserto en el *Monitor* francés en su número del 5 de marzo de 1859.

Por mas que el estado de cosas en Italia no haya sufrido una gran variacion, y que sea siempre el mismo en el fondo, ha tomado á los ojos de todos en estos últimos tiempos un carácter tal de gravedad, que debia naturalmente llamar la atencion del Emperador, pues no está permitido al jefe de una gran nacion como la Francia aislarse de las cuestiones que pueden influir en el órden europeo. Animado el Emperador de un espíritu de prevision de que no puede carecer sin ser culpable, se ocupa con lealtad en la solucion regular y equitativa que podria darse á aquellos delicados y difíciles problemas.

El Emperador nada debe ocultar en sus ideas y en sus alianzas; el interés de la Francia domina en su política y justifica su prevision.

En presencia de las infundadas inquietudes, así nos complacemos en creerlo, que agitan los ánimos en el Piamonte, el Emperador ha prometido al rey de Cerdeña defenderle contra todo acto agresivo por parte del Austria: nada mas ha prometido, y sabrá cumplir su palabra.

¿Y podrá darse á esto el nombre de ensueños de guerra? ¿Desde cuándo ha dejado de estar conforme con las reglas de la prudencia el prever dificultades mas ó menos próximas, y el calcular todas sus consecuencias?

Lo que acabamos de indicar es lo único que existe realmente en las ideas, en los deberes y en las disposiciones del Emperador: lo que las exageraciones de la prensa han añadido á ello, es vision, delirio, falsedad.

La Francia, se dice, hace armamentos considerables; suposicion gratuita en cuanto no ha sido aumentado el efectivo normal señalado hace dos años por el Emperador. El cuerpo de artillería compra cuatro mil caballos para llegar á aquel límite reglamentario; los regimientos de infantería constan de dos mil plazas, y de nuevecientas los de caballería.

Dícese tambien haber recibido nuestros arsenales un impulso extraordinario sin atender á que debe cambiarse todo el material de nuestra artillería y transformarse la escua-

dra. Esta última empresa, resuelta hace ya mucho tiempo á fin de poner nuestras fuerzas marítimas en su estado normal, ha sido sancionada anualmente por el cuerpo legislativo; y á pesar de una laudable actividad, se necesitarán muchos años para llevar á cabo tan importantes trabajos.

Finalmente, preocúpanse los ánimos con los preparativos de nuestra marina, sin contar que estos consisten en el armamento de cuatro fragatas para el trasporte de tropas desde Francia á la Argelia y desde la Argelia á Francia; y en el de cuatro buques de trasporte mixtos, destinados á hacer frente á todas las eventualidades, y en especial al servicio de Civita-Vecchia y al abastecimiento de nuestra expedicion de Cochinchina por la via de Alejandría.

Tales son los hechos que deben tranquilizar los ánimos sinceros acerca de los proyectos atribuidos al Emperador, y desvanecer las suposiciones de los hombres interesados en hacer dudar de las ideas mas leales y en oscurecer las situaciones mas despejadas.

Tiempo es ya de que cesen para siempre los vagos y absurdos rumores esparcidos por la prensa desde el uno hasta el otro confin de Europa, acusando en todas partes al Emperador de los franceses como promovedor de la guerra, y haciéndole responsable á él solo de la general inquietud y de los armamentos de la Europa. ¿Con qué derecho se extravía así la opinion pública y se comprometen los intereses todos?

¿Dónde están las palabras, dónde las notas diplomáticas, dónde los actos que revelan la intencion de provocar la guerra por las pasiones que esta satisface, ó por la gloria que procura? ¿Quién ha visto á los soldados, contado los cañones, ni podido apreciar los grandes acopios hechos á tanta costa y con tal rapidez? ¿Dónde están las levas extraordinarias, el llamamiento de los cuerpos de reserva, y las órdenes para que ingresen en sus filas los que disfrutan de licencia temporal? ¿Quién podrá en fin alegar las causas, por insignificantes que sean, de esas acusaciones generales que la malevolencia inventa, que la credulidad propaga y que la torpeza acepta?

Como hemos dicho, el Emperador tiene fija la vista en las varias complicaciones que pueden presentarse de un momento á otro en el horizonte político. La buena política aconseja que se conjuren los acontecimientos y las cuestiones que puedan turbar el órden, sin el cual no existen la paz ni las transacciones. No es un momento de descanso lo que necesitan los verdaderos negocios, sino seguridad y porvenir.

Semejante prevision no puede ser considerada como temor y provocacion. Estudiar las cuestiones, no es crearlas, así como tampoco es suprimirlas ni resolverlas el prescindir de ellas.

Por otra parte, el exámen de estas cuestiones pertenece ya al dominio de la diplomacia, y nada induce á creer que no sea su resultado favorable á la consolidacion de la paz europea.

X.

Nota del conde de Cavour al marqués de Azeglio, ministro de Cerdeña en Lóndres.

Turin 17 de marzo de 1859.

Señor marqués:

Sir James Hudson en una nota fechada en 14 del presente mes, de la que os remito copia, me ha preguntado en nombre de su gobierno si la Cerdeña estaba dispuesta á seguir el ejemplo del Austria, declarando de un modo formal, como lo ha hecho el conde Buol en su despacho dirigido al conde de Appony en 25 de febrero, que no tenia intencion alguna de atacar á su poderoso vecino.

Apreciando como es debido los sentimientos que han inspirado semejante paso al gabinete de San James, no vacilaremos en contestarle con la mayor franqueza, como lo hicimos poco ha, al pedirnos que formulásemos de un modo claro y preciso las quejas de la Italia contra el Austria, y que indicásemos los medios de satisfacerlas.

Ante los actos agresivos (¿qué otro nombre darles?) cometidos por el Austria, ante la concentracion de imponentes fuerzas en la frontera sarda, ante sus medidas para poner en pié de guerra su ejército de Italia, ante la construccion y ocupacion de nuevas fortificaciones en un territorio que no le pertenece, ante la ocupacion decenal de las Legaciones, ante la violacion de los tratados públicos, tendria derecho el gobierno del rey, segun la ley de las naciones, de atender á su defensa contra el Austria hasta por la via de las armas. La Inglaterra reconoció implícitamente este derecho, cuando no hace mucho tiempo, por medio de su ministro de negocios extranjeros, reprobó con todo el peso de su autori-

dad y con la solemnidad de un despacho diplomático, la medida inicua de los secuestros puestos por el Austria sobre los bienes de los súbditos sardos, conviniendo en que si en aquella circunstancia se habia logrado conjurar los peligros de la guerra, debióse exclusivamente este resultado á la gran moderacion de que dió pruebas el gobierno sardo.

No obstante, puesto que el gobierno británico ha reconocido el estado anormal de la Italia, y prometido á la Cerdeña hacer los esfuerzos posibles para llevar á él pronto remedio, el gobierno sardo, tomando en consideracion estos compromisos, y reservándose su libertad de accion para el caso de que el Austria no se abstuviese de cometer en lo sucesivo actos agresivos, está pronto á manifestar que no es su ánimo atacar al Austria, y consiente en hacer sobre este punto una declaracion idéntica á la contenida en el citado despacho del conde Buol, que no es ciertamente mas que una extensa y cruel acusacion contra la Cerdeña y la política del gabinete que tengo el honor de presidir.

Los discursos pronunciados en el Parlamento para explicar nuestra política, los despachos y las circulares que habeis debido comunicar al gabinete de San James, y particularmente el Memorandum dirigido á la Inglaterra y á la Prusia, al cual lord Malmesbury se dignó hacer la mas completa justicia, explican y justifican nuestra conducta de un modo harto claro y terminante para creerme dispensado de aprovechar esta ocasion para refutar uno por uno los argumentos que emplea el conde Buol para presentar á la Cerdeña como la causa verdadera del estado anormal de la Italia.

Por otra parte, cuantos argumentos podríamos aducir carecerian de valor para toda persona imparcial que conserve el recuerdo de los hechos que han sucedido desde principios del corriente año.

Las medidas militares adoptadas sucesivamente por el Austria, de que os hablaba en mi despacho de.... han precedido á todos los actos del gobierno sardo que habrian podido justificarlas. El discurso de la Corona en la apertura del parlamento de Turin, fué pronunciado el dia 10 de enero, y ya desde el 3 del propio mes se habia enviado á Italia un nuevo cuerpo de ejército.

Nuestro empréstito tuvo lugar mucho tiempo despues de haber intentado el Austria contratar en Lóndres uno mucho mas considerable.

Finalmente, si hemos llamado á las armas nuestros contingentes dejando á las reservas en sus casas, ha sido solo cuando el Austria, al decretar la movilizacion de sus ejércitos de Italia, nos ha convencido de que no tardariamos en tener que hacer frente á uno de los ejércitos mas formidables que hayan pisado el suelo italiano.

Semejantes hechos forman un raro contraste con las protestas pacíficas que terminan la comunicacion austriaca, y seria difícil conciliarlos entre sí, á no hallarse consignado en aquel mismo documento diplomático el pensamiento del Austria acerca de la cuestion italiana.

Despues de explicar el conde Buol bajo su punto de vista los acontecimientos que sucedieron desde 1848, acaba por declarar que si la Italia está profundamente agitada, si los pueblos están descontentos, si nada han hecho los gobiernos para satisfacer los legítimos deseos de sus súbditos, depende esto de los sentimientos y del espíritu turbulento que la libertad ha desarrollado en el Piamonte, ó para servirme de las mismas palabras del conde Buol, de la introduccion en nuestro país de instituciones que funcionan admirablemente en los países donde han sido sazonadas por los siglos, pero que no parecen homogéneas con el genio, con las tradiciones y con las condiciones sociales de los italianos.

Tambien indica el conde Buol como principal remedio para el presente estado de cosas, cuya gravedad no desconoce, una accion comun de las grandes potencias contra la Cerdeña para obligarla á modificar sus instituciones.

Sofóquese la libertad en el Piamonte, y la Lombardía, el estado de Venecia y los demás Estados italianos quedarán tranquilos.

Sin admitir semejante conclusion, convencidos como estamos de que la destruccion de las instituciones libres del Piamonte, en vez de procurar la paz, daria por resultado el lanzar por la senda de la revolucion á los italianos desesperados; con todo, no titubeamos en afirmar que existe un gran fondo de verdad en el pensamiento que inspiró esta cláusula al ministro del imperio austriaco.

El contraste que ofrece el Piamonte con las provincias sometidas á la dominacion austriaca y con los demás Estados de la Península, es harto patente para inspirar al Austria profunda irritacion. El ejemplo de nuestro pais, al probar, en contra de los asertos del conde Buol, que son los italianos susceptibles de un régimen liberal y progresivo,

hace mas odioso á los pueblos de la Península el sistema que se apoya en la fuerza militar, en los castigos corporales, en los impuestos gravosos, en desastrosas medidas rentísticas y en el poder omnímodo del clero que se abroga los derechos mas sagrados del Estado y de los ciudadanos.

Bajo este concepto, reconocemos ser la libertad del Piamonte un peligro y una continua amenaza para el Austria, la cual solo tiene dos medios para evitarlo: destruir el régimen liberal en Cerdeña, ó extender su dominacion sobre toda la Italia para impedir que alcance el contagio á los Estados de la Península que no disponen de bastantes fuerzas para sofocar las aspiraciones de los pueblos. El Austria ha adoptado el segundo partido, esperando llegar mas tarde por medios indirectos á la realizacion del primero.

El Austria ha logrado hasta aquí por sus tratados particulares con Parma, Módena y Toscana, por la ocupacion indefinida de la Romanía, que no debe cesar por ahora, segun confesion de las cortes de Viena y de Roma, y por las considerables fortificaciones que allí levanta, hacerse dueña absoluta de los Estados de la Italia central, y estrechar al Piamonte en un círculo de hierro.

Contra tal estado de cosas, que de ningun modo puede ser justificado por los tratados de Viena, la Cerdeña no ha dejado de protestar desde hace muchos años, reclamando la intervencion y el apoyo de las grandes potencias que firmaron los mismos tratados.

Tal estado de cosas que constituye hace mucho tiempo una amenaza y un peligro para la Cerdeña, agravado últimamente por los armamentos extraordinarios y actos agresivos del Austria, es el que ha obligado al gobierno del rey á tomar medidas defensivas y á llamar los contingentes á las armas.

Cese semejante situacion, vuelva la dominacion austriaca en Italia á los límites que las estipulaciones formales le señalan, proceda el Austria á su desarme, y la Cerdeña, aunque deplorando la triste suerte de las poblaciones de la otra parte del Tessino, limitará sus esfuerzos, insiguiendo los consejos de la Inglaterra, á una propaganda pacífica destinada á ilustrar la opinion pública en Europa acerca de la cuestion italiana, y á preparar de este modo los elementos para su solucion futura.

Pero mientras que nuestro vecino agrupe en su alrededor y contra nosotros los demás Estados de Italia, mientras pueda hacer marchar libremente sus tropas desde las orillas del Pó hasta la cima de los Apeninos, mientras, en fin, conserve Plasencia, transformada en plaza de primer órden, como una constante amenaza contra nuestra frontera, nos será imposible, aunque cumpliendo siempre con lo prometido en el primer apartado de este despacho, proceder al desarme, ni dejar de mirar con desconfianza al Austria armada y provocadora.

El gobierno de S. M. británica es harto ilustrado y leal para admitir que siguiésemos distinta línea de conducta sin hacer traicion á nuestros deberes y sin faltar al honor, por ardiente que sea nuestro deseo de desvanecer las nubes que amenazan turbar la paz del mundo, y de adherirnos á las instancias de la Inglaterra, nacion hácia la cual profesamos tanta deferencia como amistad.

Os encargo, señor marqués, que leais y deis copia de este despacho al conde de Malmesbury, aprovechando esta ocasion, etc.

C. Cavour.

XI.

Nota dirigida por el conde Buol á M. de Balabine, embajador de Rusia en Viena, en contestacion a las proposiciones hechas por el gabinete de San Petersburgo para la reunion del congreso.

El abajo firmado etc. se ha apresurado á someter al Emperador, su augusto soberano, la proposicion que le ha hecho M. de Balabine en nombre de su corte comunicándole un parte telegráfico del príncipe Gorstchakoff de fecha del 21 de este mes, en el cual se dice que el emperador Alejandro, deseando por medio de un supremo esfuerzo asegurar la conservacion de la paz, propone la reunion de un congreso de las grandes potencias con objeto de allanar las complicaciones italianas, manifestándose además que la proposicion ha sido ya aceptada por los gobiernos de Francia, de la Gran Bretaña y de Prusia.

En cumplimiento de las órdenes de S. M. I., el infrascrito tiene el honor de manifestar á M. de Balabine la resolucion siguiente, que le ruega eleve al conocimiento de su corte.

El emperador Francisco José, apreciando en su justo valor los sentimientos que han inspirado á S. M. el emperador de todas las Rusias la proposicion que acaba de hacerle, y deseando cooperar á una obra que debe ser la sancion de los pactos consignados en los tratados y de la totalidad de los derechos que de ellos derivan, acepta por su parte dicha proposicion.

Segun el gabinete imperial, toda la dificultad estriba en el sistema político adoptado por la Cerdeña en sus relaciones exteriores. Poner fin á semejante estado de cosas que conmueve á la Europa, é impedir su reproduccion, tal parece ser la obra reservada á las potencias llamadas por su rango á mantener el órden social.

Sin embargo, si además de esta cuestion que el infrascrito considera como la única que importa esencialmente á la pacificacion moral de Italia, entrase en las intenciones de las potencias el suscitar otros puntos de discusion, seria necesario darlos á conocer de antemano, y en cuanto afectasen el régimen interior de otros estados soberanos, el infrascrito no puede menos de insistir para que en este caso se proceda segun las reglas formuladas en el protocolo firmado en Aquisgran (Aix-la-Chapelle) en 15 de noviembre de 1818.

Al concluir, el infrascrito debe exponer una última consideracion: querer abrir deliberaciones pacíficas en presencia del choque de las armas y de los preparativos guerreros, seria no solo materialmente peligroso, sino tambien moralmente imposible. Es pues indispensable, segun opina el gabinete imperial y segun opinarán sin duda las demas potencias, que antes de toda conferencia la Cerdeña se desarme.

Viena 23 de marzo de 1859. — Buol.

XII.

Protocolo firmado en Aquisgran (Aix-la-Chapelle) en 15 de noviembre de 1818 por los plenipotenciarios de las cortes de Austria, Francia, Gran Bretaña, Rusia y Prusia.

Los ministros de Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia, luego del cambio de ratificaciones del tratado firmado en 9 de octubre, relativo á la evacuacion del territorio francés por las tropas extranjeras, y despues de haberse extendido las notas adjuntas, se han reunido en conferencia para tomar en consideracion las relaciones que en el actual estado de cosas debian establecerse entre la Francia y las potencias signatarias del tratado de paz de 20 de noviembre de 1815, relaciones que, al asegurar á la Francia el lugar que le corresponde en concepto de la Europa, la unirán estrechamente con las pacíficas y benévolas miras que animan á los soberanos todos, quedando así consolidada la paz general.

Despues de haber examinado detenidamente los principios conservadores de los grandes intereses que constituyen el órden de cosas establecido en Europa, bajo los auspicios de la Divina Providencia, mediante el tratado de París de 30 de mayo de 1814, las deliberaciones de Viena y el tratado de paz del año 1815, las cortes signatarias de la presente acta han reconocido y declarado unánimemente lo que sigue:

1.º Estar firmemente resueltas á no separarse, ni en sus mútuas relaciones, ni en las que las unen con los demás Estados, del principio de íntima union que ha reinado hasta aquí en todas sus relaciones y comunes intereses; union que han hecho mas estrecha é indisoluble los lazos de fraternidad cristiana que los soberanos han formado entre sí.

2.º Ser esta union tanto mas real y duradera en cuanto no depende de ningun interés aislado ni de una combinacion momentánea, no teniendo mas objeto que el sosten de la paz general, basado en la religiosa observancia de las obligaciones consignadas en los tratados y de todos los derechos que de ellos derivan.

3.º La Francia, unida con las demás potencias para restaurar el poder monárquico, legítimo y constitucional, se obliga á cooperar en lo sucesivo al sosten y consolidacion de un sistema que ha procurado la paz á la Europa, y que es el único que puede asegurar su duracion.

4.º Si para alcanzar mejor el objeto propuesto en el anterior artículo, juzgasen necesario las potencias signatarias celebrar entre sí algunas reuniones particulares, ya entre los augustos soberanos, ya entre sus ministros y plenipotenciarios respectivos, para tratar en comun de sus propios intereses, deberán citarse antes por medio de comunicaciones diplomáticas la época y el punto en que hayan de celebrarse sus reuniones; y en el caso de que tengan estas por objeto tratar de asuntos que interesen á otros Estados de Europa, solo podrán tener lugar despues de una invitacion formal de los mismos Estados á quienes conciernan, bajo la expresa reserva de poder asistir á ellas directamente ó por medio de sus plenipotenciarios.

5.º Que las resoluciones consignadas en la presente acta serán puestas en conocimiento de todas las cortes europeas por medio de la presente declaracion, la cual será considerada como sancionada por el protocolo de que forma parte.

Hecha por quintuplicado para poder ser re-

partida en original entre todos los gabinetes signatarios.

Aquisgran (Aix-la-Chapelle) 15 de noviembre de 1818.—Metternich, Richelieu, Castlereagh, Wellington, Bernstorff, Nesselrode, Capo d'Istria.

XIII.

Memorandum presentado por el gobierno sardo al de S. M. Británica.

Turin 1.º *de marzo de* 1859.

El gobierno de S. M. Británica, animado de una benévola solicitud en pro de la Italia, y deseoso de evitar las causas que podrian producir graves perturbaciones en Europa, ha invitado al gobierto de S. M. el rey de Cerdeña á manifestarle cuales son á su modo de ver las quejas que los italianos abrigan contra el Austria, ya con motivo de su dominacion en las provincias que posee en virtud de los tratados, ya á consecuencia de sus relaciones con los Estados de la Italia central, cuya condicion anómala es reconocida por los gabinetes todos.

Para contestar á semejante invitacion de un modo claro y preciso, el gabinete de Turin cree necesario tratar separadamente las dos cuestiones sobre las cuales se ha pedido su parecer, explicándose primeramente sobre las condiciones de la Lombardía y del Estado de Venecia, y luego sobre los resultados de la política austríaca respecto á la Italia central.

Cualesquiera que hayan sido los resultados de la cesion hecha al Austria en 1814 del reino Lombardo-Veneto, es innegable que su posesion por esta potencia es conforme á los tratados, aun cuando en estos se pensó muy poco en la suerte de los pueblos de que disponian. Esto haria que no agitásemos una cuestion imposible de resolver sin una modificacion de los tratados existentes á no habernos excitado el gobierno británico á manifestarle nuestras ideas, así sobre este punto como sobre los demás.

Reconocemos pues que la dominacion austriaca en los paises situados entre el Tessino, el Po y el Adriático es legal; pero esto no impide que haya producido deplorables consecuencias y sido causa de un estado de cosas que no tiene ejemplo en la historia moderna.

Es de hecho que la dominacion austriaca inspira á la inmensa mayoría de los italianos sometidos á ella una repugnancia invencible, y que los únicos sentimientos que experimentan hácia aquellos que les gobiernan son la antipatía y el odio.

¿De dónde proviene esto? Sin duda ha contribuido á ello el sistema de gobierno austriaco; su pedantismo *burocrático*, las vejaciones de su policía, los enormes impuestos que ha establecido, su sistema de quintas, mas duro que los demás vigentes en Europa, sus rigores y sus violencias, aun contra las mujeres, han ejercido un efecto fatal sobre sus súbditos italianos; pero no es esta la causa primera de los hechos indicados!

La historia nos ofrece muchos ejemplos de gobiernos, peores que el de Austria, y menos detestados que el suyo.

La verdadera causa del profundo descontento de los Lombardo-Venetos es el ser gobernados, dominados por el extranjero, por un pueblo con el cual no tienen analogía algunas ni de origen, ni de costumbres, ni de gustos, ni de idioma.

A medida que el gobierno austriaco ha aplicado de un modo mas completo el sistema de centralizacion administrativa, han aumentado aquellos sentimientos; y ahora que ese sistema ha llegado á su apogeo, que la centralizacion es en Austria mas absoluta que en la misma Francia, ahora que se ha comprimido toda accion local, y que el mas humilde ciudadano se halla en contacto para el menor de sus actos con empleados públicos á quienes no ama ni respeta, la antipatía y el odio hácia el gobierno han llegado á su colmo.

El progreso de las luces y de la instruccion que el Austria no puede impedir del todo, ha contribuido á hacer mas sensible su infortunio á aquellas poblaciones. Los milaneses y los venecianos que regresan á su país despues de visitar á los pueblos que gozan de un gobierno nacional, experimentan mas vivamente la humillacion y el peso del yugo extranjero.

Durante algun tiempo, la conducta firme é independiente del gobierno austriaco para con la corte de Roma, suavizó los funestos efectos de la dominacion extranjera. Los lombardo-venetos se sentian libres del imperio que ejerce la Iglesia en las demas partes de la Península sobre los actos de la vida civil y hasta en el santuario de la familia; pero esta compensacion, de gran precio para ellos les ha sido arrebatada por el último concordato, que, como es notorio, asegura al clero mayor influencia, mayores privilegios que en

otro país alguno, aun de Italia, excepto en los Estados pontificios.

La destruccion de los sábios principios introducidos en las relaciones del Estado con la Iglesia por María Teresa y José II, ha sido causa de que el gobierno austriaco acabara de perder toda fuerza moral en el ánimo de los italianos.

A consecuencia de las causas expuestas, las provincias lombardo-venetas presentan un triste espectáculo que, como se ha dicho antes, no tiene ejemplo alguno en la historia. Vése en ellas á un pueblo que ha tomado respecto de los que le gobiernan una actitud abiertamente hostil, que no vencen ni atenuan las amenazas ni las caricias.

Basta recorrer la Lombardía y el Estado de Venecia para convencerse de que los austriacos no se hallan establecidos sino acampados en aquellas provincias: todas las casas, desde la mas humilde choza hasta el mas suntuoso palacio, se hallan cerradas para los agentes del gobierno. En los sitios públicos, en los teatros, en los cafés, en las calles, existe una separacion absoluta entre ellos y los habitantes del país, y diríase ser aquella una comarca invadida por un ejército enemigo odioso por su insolencia y su orgullo.

Hay mas: semejante estado de cosas no es un hecho transitorio producto de circunstancias excepcionales, cuyo término mas ó menos próximo puede calcularse; por el contrario dura y se agrava hace medio siglo, y es seguro que si el movimiento civilizador de la Europa no pone á él remedio, empeorará cada dia.

Como ya hemos dicho, semejante condicion no es contraria á los tratados, pero sí lo es á los grandes principios de equidad y de justicia en que descansa el órden social, y se halla en oposicion con el precepto proclamado por la civilizacion moderna de que solo es gobierno legítimo el que los pueblos aceptan, sino con amor, con resignacion al menos.

Si se nos pregunta que remedio puede aplicar la diplomacia á semejante estado de cosas, contestaremos con franqueza que si no se logra el consentimiento del Austria para la modificacion de los tratados, no puede esperarse una resolucion definitiva y viable, debiendo contentarse con paliativos. Es preciso que la Europa se resigne á asistir impasible al doloroso espectáculo que presenta la Lombardía y el Estado de Venecia, hasta que la revolucion que se oculta sin cesar en aquellas comarcas bajo las cenizas, aproveche una circunstancia favorable y sacuda violentamente el yugo que le han impuesto la guerra y la conquista.

Ese espectáculo, sin embargo, seria menos doloroso y el estado de los Lombardo-Venetos mas tolerable, si el Austria se mostrase fiel á las promesas que dirigió á los Italianos cuando en 1814 les excitaba á sublevarse contra la dominacion francesa, y si, conforme á la proclama del jefe de sus ejércitos el general Bellegarde, estableciese en esta parte de los Alpes, sino un gobierno, al menos una administracion nacional, con un ejército indígena, acantonado en Italia y mandado por oficiales italianos, dotando además á los pueblos con instituciones fundadas en el principio representativo. Es cierto que seria esto un paliativo, pero podria inspirar paciencia á pueblos acostumbrados á sufrir, y alejar los peligros que teme con tanto motivo la opinion pública europea.

Al aconsejar al gabinete de Viena la política que acaba de indicarse, la diplomacia realizaria una obra prudente y meritoria, aunque no podamos esperar con gran confianza que obtuviera los resultados propuestos. La experiencia de cuarenta y cinco años lo ha demostrado así; el Austria solo cuenta con la fuerza para mantener su dominacion en Italia.

Pasando á la segunda cuestion que le ha sido sometida, esto es, los efectos de la política austriaca en la Italia central, el gobierno del rey se mantendrá en el círculo que los tratados y el derecho público europeo trazan á la diplomacia: colocado en este terreno, no se limitará á denunciar los actos ilegales del Austria, sino que invocará á su vez las transacciones europeas violadas por aquella potencia, y reclamará la ejecucion de las necesarias medidas para poner remedio á los males que han sido consecuencia de aquella violacion. Así se lo aconseja su derecho, así se lo manda su deber.

El tratado de Viena ha dado al Austria gran parte de la Italia; al cuadruplicar casi el número de sus antiguos súbditos, añadiendo al ducado de Milan, que le pertenecia antes de la revolucion, la Valtelina, las posesiones del Papa situadas en la orilla izquierda del Pó, y los Estados todos de la república de Venecia, destruyó el equilibrio que existia en el siglo pasado. El Piamonte, á pesar de la anexion de Génova, no pudo, como antes, formar un contrapeso al Imperio, el cual, dominando el curso del Pó, del Adiger y de los principales rios de la Italia septentrional, habia logrado unir sus posesiones italianas

con sus Estados hereditarios. El Piamonte pues se halló delante de una potencia que contaba en Italia mas súbditos que él, y que disponia de fuerzas mucho mas considerables que las suyas.

Con todo, si el Austria se hubiese mantenido en los límites que los tratados le señalaban, el resto de la Italia habria podido participar de los progresos que se han realizado en Europa desde que cesaron las guerras del imperio, y formar con el Piamonte una barrera eficaz contra las extranjeras influencias.

El Austria empero, desde los primeros años que siguieron á la restauracion, se ha esforzado por todos los medios posibles en adquirir sobre toda la Peninsula una influencia preponderante.

Presentándose como defensora de todos los gobiernos italianos, por malos que fuesen, interviniendo con fuerzas irresistibles siempre que un pueblo trataba de obtener de su propio gobierno mejoras y reformas, ha logrado extender su dominacion moral mucho mas allá de sus fronteras, y sin referirnos á la historia de los últimos cuarenta años, pues harto conocida es, nos limitaremos á exponer el estado de cosas actual, debido á la perseverante accion de la política austriaca.

Los ducados de Parma, de Módena y de Toscana se han convertido en verdaderos feudos del imperio.

La dominacion del Austria en los dos primeros se apoya en el tratado de 24 de diciembre de 1847. Este tratado, al darle el derecho de ocuparlos con sus tropas, no solo cuando el interés de Parma y Módena lo reclamen, sino tambien siempre que pueda ser útil á sus operaciones militares, hace al Austria dueña absoluta de toda la frontera oriental de la Cerdeña, desde los Alpes hasta el Mediterraneo. Y no se diga que es esto una vana amenaza, un peligro imaginario, pues hemos visto hace apenas tres años, cuando el congreso de París resonaba todavia con las protestas formuladas por el Piamonte y sostenidas por la Inglaterra contra la intervencion extranjera, hemos visto, repetimos, á las tropas austriacas ocupar, bajo un despreciable pretexto, no solo Parma sino tambien los puntos mas apartados del ducado, y acampar en la cima de los Apeninos, desde donde dominan la orilla del mar perteneciente á la Cerdeña.

En tanto se considera el Austria dueña de hacer cuanto le plazca en los Estados de Parma, en cuanto en mengua de los tratados que solo le dan derecho de tener guarnicion en la ciudadela de Plasencia, ha mandado construir y en este momento arma fuertes destacados del recinto de la ciudad, destinados á trasformar á Plasencia en un campamento atrincherado capaz para dar abrigo á un ejército considerable.

El lazo que une á la Toscana con el Austria por no ser tan aparente, no es menos real ni menos fuerte. Ignórase si existe entre ambos Estados un tratado secreto, pero es lo cierto que el gobierno toscano por una parte sabe poder contar en todo tiempo y en todas circunstancias con el apoyo armado del Austria para contener á sus pueblos, y que por otra el Austria se halla segura de poder ocupar la Toscana, si asi se lo aconsejase un interés estratégico.

El modo de proceder del Austria por lo que toca á los Estados romanos ha sido mas sencillo: los ha ocupado siempre que las turbulencias políticas le han proporcionado un pretexto para hacerlo. Desde 1831, ha pasado tres veces el Pó y puesto guarnicion en las ciudades de la Romanía; y la última ocupacion, mas completa que las anteriores, puesto que se extiende hasta Ancona, dura hace diez años. El gobierno pontificio ha pedido es cierto la retirada de las tropas extranjeras, mas no creemos que semejante medida pueda hacer cesar las anormales condiciones de los Estados de la Santa Sede: la retirada de dichas tropas, á no ir precedida de reformas radicales en todos los ramos de la administracion, dejará libre el campo á las revoluciones; la anarquía sustituirá á la ocupacion extranjera, y tendrá necesariamente que recurrirse otra vez á esta última.

Asi pues, la intervencion del Austria en aquel país tiene tal carácter de permanencia que puede asegurarse que dichas provincias formando de derecho Estados independientes, han pasado de hecho bajo la dominacion austriaca.

Tan grande extension del poderío austriaco en Italia, en contra de las estipulaciones de los tratados, constituye un grave peligro para el Piamonte, y su gobierno tiene el derecho de protestar contra la misma. El Austria, dueña absoluta del curso del Pó, desde Pavia hasta el Adriático, levantando en nuestras fronteras una plaza de guerra de primer órden, libre de ocupar cuando le parezca las montañas que deberian servirnos de murallas, amenazándonos por todos lados, nos obliga á mantener nuestras fuerzas bajo un pié ruinoso, que no guarda proporcion alguna con nuestros recursos rentísticos.

Se dirá quizás que la presencia de las tropas francesas en Roma neutraliza las fuerzas del Austria, y disminuye los peligros del Piamonte; pero no es exacto. Bajo el punto de vista político, la ocupacion de Roma por los franceses puede tener grande importancia, mas no la tiene bajo el punto de vista militar, sobre todo por lo que se refiere á la Cerdeña. Si en caso de una agresion debiéramos invocar el auxilio de la Francia, las tropas que esta potencia mantiene en Provenza y al pié de los Alpes, nos servirán de mas eficaz apoyo que aquellas que, aisladas en Roma, no podrian obrar en nuestro favor sino embarcándose en Civita-Vecchia.

En su consecuencia creemos que la presencia de los franceses en Roma, que por otra parte deseamos vivamente ver cesar, en nada disminuye el valor de las reclamaciones que la Cerdeña eleva contra la invasora política del Austria.

Si esta potencia, accediendo á tan justas reclamaciones, reconociese la absoluta independencia de los demás Estados de la Península, las condiciones de la Italia central no tardarian en mejorar considerablemente: los gobiernos de aquellos territorios, no viéndose apoyados por los ejércitos austriacos, deberian por necesidad satisfacer las legítimas aspiraciones de los pueblos; pero en interés del órden y del principio de autoridad, para que tales concesiones no les fuesen arrancadas á consecuencia de desórdenes y movimientos populares, seria indispensable que al mismo tiempo que se proclamase el principio de la no intervencion del Austria, los soberanos de la Italia central modificasen profundamente el sistema político que siguen desde hace mucho tiempo bajo la proteccion de las bayonetas extranjeras.

El gabinete de Turin se halla convencido de que se evitaria todo peligro revolucionario en los ducados de Parma y de Módena á estar dotados de instituciones análogas á las que goza el Piamonte desde hace 11 años. La experiencia de nuestro país demuestra que un sistema cuerdamente liberal, aplicado con buena fe, puede funcionar en Italia del modo mas satisfactorio, afianzando al mismo tiempo la tranquilidad pública y el progreso de la civilizacion.

Respecto á la Toscana, cree necesario el gabinete de Turin el restablecimiento de la Constitucion de 1848, jurada por el gran duque, revocada en el preciso momento en que, fundándose en las instituciones que la misma consagraba, era el gran duque restaurado en su trono derribado por un movimiento revolucionario.

El gabinete de Turin no desconoce las mas graves dificultades que la cuestion presenta respecto de los Estados romanos: el doble carácter con que se halla revestido el Sumo Pontifice, jefe de la Iglesia católica y príncipe temporal, hace casi imposible en sus Estados el establecimiento del sistema constitucional. El Papa no podria consentir en ello sin correr peligro de hallarse muchas veces en contradiccion consigo mismo, debiendo obtar entre sus deberes como pontífice y sus deberes como soberano constitucional.

Sin embargo, al reconocer la necesidad de renunciar á la idea de afianzar la tranquilidad de los Estados del Papa por medio de instituciones constitucionales, cree el gabinete de Turin que se conseguiria igual resultado adoptando el proyecto que los plenipotenciarios de S. M. el rey de Cerdeña en el congreso de Paris expusieron en la nota del 27 de marzo de 1856, dirigida á los ministros de Francia y de Inglaterra. Dicho proyecto, que mereció la completa aprobacion de lord Clarendon, descansa en la separacion administrativa introducida en las provincias del Estado romano, situadas entre el Adriático, el Pó y los Apeninos, y en el desenvolvimiento en las mismas de las instituciones municipales y provinciales establecidas en principio, sino puestas en práctica por el mismo Papa á su regreso de Gaeta. Este proyecto deberia completarse ahora con el establecimiento en Roma de una consulta nombrada por los consejos provinciales, á la cual deberian someterse las cuestiones relativas á los intereses generales del Estado.

Las ideas que acaban de exponerse son una respuesta clara y precisa á la interpelacion que el gobierno de S. M. Británica ha dirigido al gabinete de Turin. Resumiéndolas, resulta que, segun su opinion, los peligros de una guerra ó de una revolucion pueden conjurarse, y la cuestion italiana resolverse temporalmente mediante las condiciones que siguen:

Obteniendo del Austria, no en virtud de los tratados, pero sí en nombre de los principios de humanidad y de eterna justicia, un gobierno nacional separado para la Lombardía y el Estado de Venecia;

Exigiendo que, conforme con la letra y el espíritu del tratado de Viena, cese la dominacion del Austria en los Estados de la Italia central, y por consiguiente que sean destruidos los fuertes destacados levantados fuera

del recinto de Plasencia, que se anule el tratado de 24 de diciembre de 1847, que se ponga fin á la ocupacion de la Romania, y que sea proclamado y respetado el principio de la no intervencion;

Invitando á los duques de Módena y de Parma á dotar á su pais de instituciones análogas á las que existen en el Piamonte, y al gran duque de Toscana á restablecer la constitucion que aceptara libremente en 1848;

Obteniendo del Sumo Pontifice la separacion administrativa de las provincias situadas mas acá de los Apeninos, conforme con las proposiciones comunicadas en 1856 á los gabinetes de Lóndres y de Paris.

Quiera Dios que la Inglaterra obtenga la realizacion de tales condiciones! La Italia pacificada la bendeciria, y la Cerdeña, que tantas veces ha invocado su auxilio en favor de sus infelices conciudadanos, le consagraria un reconocimiento eterno.

XIV.

Artículo inserto en el *Monitor* francés en su número del 15 de marzo.

El espectáculo que ofrece una parte de la Alemania nos aflige y nos admira.

Una cuestion vaga, indefinida, que se roza con los mas delicados problemas y con los mas altos intereses, acaba de suscitarse en el mundo político. El gobierno francés ve en ella un objeto de profundo exámen y de exquisita vigilancia, y se ocupa de la azarosa situacion de Italia para resolverla de acuerdo con sus aliados y en interés de la tranquilidad de Europa. ¿Puede manifestarse acaso un deseo mas ardiente y sincero de vencer pacificamente las dificultades, y de evitar las complicaciones que resultan siempre de la falta de prevision y de energía?

Esto no obstante, una parte de la Alemania contesta á aquella actitud pacífica con irreflexivas alarmas, fundada en una presuncion que nada justifica y que todo rechaza; despiértanse las preocupaciones, se propaga la desconfianza, se desencadenan las pasiones, y se predica contra la Francia una especie de cruzada en las cámaras y en la prensa de algunos de los Estados de la Confederacion. Se la acusa de abrigar ambiciosos proyectos que ha negado, de meditar conquistas que no necesita, procurando con semejantes calumnias espantar á la Europa con imaginarias agresiones, cuya idea ni siquiera ha existido.

Los hombres que de este modo extravian al patriotismo aleman padecen un error de fecha, pudiéndose decir de ellos, que nada han aprendido ni nada han olvidado. Profundamente dormidos desde el año 1813, despiertan ahora despues de un sueño de medio siglo, poseidos de sentimientos y pasiones sepultados en la historia, y que son un contrasentido en los tiempos actuales; son visionarios que quieren defender enérgicamente lo que nadie piensa en atacar.

Si el gobierno francés no se hallara convencido de que sus actos, sus principios y el sentimiento de la mayoría del pueblo aleman desmienten las absurdas suposiciones de que se pretende hacerle objeto, podria resentirse vivamente, viendo en ello no solo una injusticia, sino tambien un ataque contra la independencia de su política. En efecto, el movimiento que se pretende excitar en el Rhin con motivo de una cuestion que no amenaza á la Alemania, y en la que está la Francia interesada como potencia europea, solo puede tender á disputarle el derecho de hacer sentir su influencia en Europa y de defender sus propios intereses, aunque sea con extrema moderacion. Semejante pretension seria altamente ofensiva á ser verdadera. La vida de una gran nacion como la Francia no está encerrada en sus fronteras; por el contrario, debe manifestarse en el mundo todo por la saludable accion que ejerce en provecho de su poder nacional, y en beneficio de la civilizacion. Cuando una nacion renuncia á este papel, abdica el alto rango que le corresponde.

Así pues, oponerse á esa legítima influencia que en todas partes protege el buen derecho, ó confundirla con las ambiciones que á este amenazan, es desconocer igualmente el papel que ha de desempeñar la Francia, y la moderacion de que tantas pruebas tiene dadas el Emperador desde que el pueblo francés le elevó á la responsabilidad del poder supremo.

El Emperador, que supo dominar todas las preocupaciones, debia esperar que no serian invocadas contra él. ¿Qué habria sucedido si al subir al trono hubiese abrigado los sentimientos mezquinos y los recuerdos irritantes de que hoy se echa mano para hacerle sospechoso? Que en lugar de aliarse estrechamente con la Inglaterra, como se lo aconsejaban los intereses de la civilizacion, se habria declarado su enemigo como parecian aconsejárselo las rivalidades seculares de ambos pueblos. Que en lugar de acoger á los hombres de todos los partidos, habria rechazado con

desconfianza á los partidarios de las antiguas dinastías. Que léjos de asegurar la paz de Europa, la habria convertido en un vasto campo de batalla, borrando á costa de su seguridad é independencia los recuerdos de 1814 y de 1815.

Si cediendo el Emperador á tales instigaciones hubiese querido renovar sin motivo en una era de paz y de civilizacion las guerras y las conquistas del primer imperio, no hubiera pertenecido á su época, y habria incurrido en la mayor falta que puede cometer el jefe de un Estado. Es imposible reinar con gloria mientras tenga el poder por móviles el resentimiento y el odio. La verdadera gloria de un soberano es la que se funda en la generosa apreciacion de las necesidades de su pais y en la ilustrada garantía de los intereses de la sociedad.

Aclarar una situacion patentizada ya por tantos actos decisivos de la política del Emperador, es el único fin que nos proponemos. Ante situacion tan franca y despejada, la Europa debe experimentar mayor confianza, y los que pretenden asustarla y engañarla reconocerán la inutilidad de sus esfuerzos.

En cuanto á la Francia, podemos decir que hasta el presente no se ha conmovido por esos vagos rumores é injustos ataques; no hace responsable á la Alemania toda del error ó malevolencia de algunas manifestaciones, dictadas mas bien por resentimientos mezquinos que por un temor real. Cuando el patriotismo aleman no se halla obcecado por prevenciones de ninguna clase, sabe distinguir muy bien entre los deberes que le obligan y las preocupaciones que le extravian. La Alemania nada debe temer de nosotros por su independencia, debiendo nosotros prometernos de ella tanta justicia respecto de nuestras intenciones, como simpatía abrigamos hácia su nacionalidad. Mostrándose imparcial manifestará ser previsora, y prestará un gran servicio á la causa de la paz.

Así lo ha comprendido la Prusia, y de ahí su union con la Inglaterra para aconsejar con prudencia á la corte de Viena en el mismo momento en que procuraban algunos agitadores enardecer y coligar contra nosotros á la Confederacion germánica. La reservada actitud del gabinete de Berlin es por cierto mas ventajosa á la Alemania, que el ciego ardor de aquellos que, apelando á los resentimientos y preocupaciones de 1813, se exponen á irritar en Francia el sentimiento nacional. El pueblo francés es susceptible en materias de honor, y así como posee la moderacion de su fuerza, la amenaza le enardece, y la conciliacion le calma.

XV.

***Nota dirigida por el Consejo federal á las varias potencias*, explicando la actitud que la Suiza entiende tomar en caso de una guerra en Italia.**

Berna 14 de marzo de 1859.

Aunque todos los Estados de Europa disfruten hoy de los beneficios de la paz, es innegable la instabilidad de tal estado de cosas, y la existencia de motivos para creer que puede ser de un momento á otro turbada la tranquilidad general.

En tales circunstancias debe la Suiza, por su dignidad, por su carácter de Estado independiente y libre, por su constitucion política y por su organizacion, manifestar á tiempo y con franqueza la actitud que se propone observar en las eventualidades que pueden sobrevenir, atendidas su posicion, su historia, sus necesidades interiores y sus relaciones con los Estados extranjeros.

El consejo federal declara pues del modo mas formal, que en caso de que se turbe la paz de Europa, la confederacion suiza defenderá y sostendrá con todos los medios de que dispone la integridad y neutralidad de su territorio, á las cuales tiene derecho en su calidad de Estado independiente, y que le han sido solemnemente reconocidas y aseguradas en virtud de los tratados europeos de 1815. La Suiza sabrá cumplir lealmente esta mision de un modo igual para todos.

Los tratados de 1815 declaran además que algunos puntos del territorio de Saboya que forman parte integrante de los Estados de S. M. el rey de Cerdeña, sean comprendidos en la neutralidad suiza.

Resulta en efecto de aquellos tratados lo siguiente: la declaracion de las altas potencias de fecha 29 de marzo de 1815 y el acta de accesion de la dieta suiza de 12 de agosto de 1815, el acta final del congreso de Viena de 9 de junio del propio año (artículo 92), la paz de Paris de 20 de noviembre del mismo, (artículo M), y el acta del propio dia asegurando la neutralidad perpétua de la Suiza y la inviolabilidad de su territorio, así como tambien la de los puntos de la Saboya designados en las propias actas, admitidos igualmente al goce de la misma neutralidad, con la cláusula especial de que siempre que las potencias vecinas de la Suiza se hallasen en guerra ó en inminente peligro de ella, las tropas de

S. M. el rey de Cerdeña que se encontrasen en las provincias neutrales, pudiesen retirarse pasando por el Valais si fuera necesario sin que otras tropas armadas de cualquier potencia puedan estacionar en él ni atravesarlo, excepto aquellas que la confederacion suiza creyese conveniente colocar allí.

Las disposiciones ante citadas de los tratados generales fueron expresamente confirmadas en todos sus puntos por el tratado especial que se firmó en 16 de marzo de 1816 entre la confederacion y S. M. el rey de Cerdeña.

En caso de que lo reclamasen las circunstancias, y solo como medida necesaria para asegurar y defender la neutralidad de su territorio, la confederacion suiza hará uso del derecho que le fué conferido por los tratados europeos, ocupando los puntos neutrales de la Saboya; pero entiéndase que si la confederacion se ve obligada á apelar á esta medida, sabrá respetar escrupulosamente las estipulaciones de los tratados, entre otras la que previene que, no pueda de modo alguno la ocupacion militar suiza perjudicar la administracion establecida por S. M. sarda en las referidas provincias. El consejo federal declara que procurará ponerse de acuerdo con el gobierno de S. M. el rey de Cerdeña acerca de las condiciones especiales de semejante ocupacion.

El consejo federal abriga la esperanza de que estas sus declaraciones, tan francas como leales, serán favorablemente acogidas, y de que las altas potencias sabrán comprender y apreciar la posicion en que ha debido colocarse la Suiza en vista de la situacion actual. El consejo aprovecha esta ocasion, etc.— En nombre del consejo federal suizo.—*El presidente de la confederacion.*—STAEMPFLI.— *El canciller.*—SCHIESS.

XVI.

Tratado de alianza celebrado entre el Austria y el gran duque de Toscana, para la conservacion del órden exterior é interior de Italia.

En nombre de la santísima é indivisible Trinidad.

S. M. el emperador de Austria y S. A. I. y R. el gran duque de Toscana, animados de un igual deseo de asegurar, por medio de relaciones mas íntimas entre ambos, la tranquilidad de sus posesiones y la paz exterior é interior de la Italia, han convenido en celebrar entre sí un tratado de amistad, de union y de alianza defensiva, cuyo objeto permanente es atender así á la tranquilidad interior de Italia como á su seguridad exterior.

Con este objeto, y para lograr tan recomendable fin, han concedido sus plenos poderes:

S. M. I. y R. A. al S. Clemente, Wenceslao, Lotario, príncipe de Metternich-Winneburgo-Ochsenhausen, etc. su primer plenipotenciario en el congreso;

Y S. A. I. y R. al príncipe Neri Corsini, etc. su plenipotenciario en el congreso.

Los cuales, despues de mostrar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1.°

S. M. el emperador de Autria y S. A. I. y R. el gran duque de Toscana declaran, que en virtud de la union que contraen por medio del presente tratado, habrá entre ambos, á contar desde hoy, una alianza que tendrá por objeto la defensa de sus respectivos Estados, y la conservacion del reposo exterior é interior de Italia.

2.°

S. M. I. y R. A. y S. A. I. y R. el gran duque de Toscana, se garantizan recíprocamente del modo mas absoluto cuantos Estados poseen en Italia, segun las estipulaciones del tratado general de Viena.

3.°

Siempre que la península de Italia se halle amenazada de una guerra, las dos altas partes contratantes emplearán, despues de ponerse de acuerdo sobre este punto, su mediacion para impedirla; sin embargo, en caso de que sus esfuerzos sean infructuosos, declaran ahora para entonces, que considerarán cualquier ataque ó agresion inminente contra sus posesiones respectivas en Italia, como propio y personal al otro.

4.°

A pesar de que la mútua garantía de sus posesiones en Italia, á la que se obligan S. M. el emperador de Austria y S. A. I. y R. el gran duque de Toscana, debe ser sostenida con todo su poder, y de que así lo entienden S. M. I. y S. A. I. y R. en virtud del principio, fundamento del presente tratado, á saber: quien ataca las posesiones de uno de los dos Estados ataca al otro; sin embargo, las altas par-

tes contratantes han juzgado á propósito fijar las fuerzas que deberán aprontar en caso de una guerra que ponga en peligro la tranquilidad de Italia. S. M. I. se obliga á aprontar á lo menos ochenta mil combatientes de todas armas, y S. A. I. y R. seis mil hombres tambien de todas armas.

5.°

Ambas partes contratantes se obligan recíprocamente á conservar en buen estado las plazas fuertes que aseguran el sistema de defensa exterior de Italia. Dichas plazas serán designadas particularmente.

6.°

Los dos soberanos convendrán sin tardanza en las bases de un sistema comun de defensa. Un tratado particular determinará las relaciones que deberán mediar entre las tropas de S. A. I. y R. el gran duque y el general en jefe del ejército austriaco, lo mismo que las medidas de provision.

7.°

S. M. el emperador y S. A. I. y R. el gran duque se obligan y prometen, para el caso en que se empeñase una guerra para la defensa de Italia, no escuchar ni hacer proposicion alguna de tregua ni de paz; no negociarla ni celebrarla con el enemigo sino de comun acuerdo, y comunicarse recíprocamente cuanto sepan y pueda interesar á la seguridad de Italia ó á la tranquilidad de sus posesiones respectivas.

8.°

El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones cambiadas dentro de seis semanas ó antes si es posible.

En fe de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo han firmado y puesto en él el sello de sus armas.

Hecho en Viena á los 12 de junio del año de gracia 1815. — PRÍNCIPE DE METTERNICH. — L. S. — PRÍNCIPE CORSINI. — L. S.

XVII.

Tratado de alianza entre el emperador de Austria y Fernando IV rey de las Dos Sicilias.

En nombre de la santísima é indivisible Trinidad.

S. M. Siciliana y S. M. el emperador de Austria puestos de acuerdo acerca de los medios mas convenientes para terminar de un modo pronto y eficaz la guerra en que se encuentran ambos soberanos empeñados con el actual gobierno de Nápoles, y animado S. M. I. y R. A. del deseo de devolver á los pueblos del reino de Nápoles los beneficios de la paz exterior, los de la seguridad interior y los de una tranquilidad fija y estable, asegurando á este efecto la posesion de aquel reino á su antiguo soberano por medio de estipulaciones conformes al verdadero interés del Estado, han convenido dichas Majestades en establecer por el presente tratado preliminar el fin que con sus esfuerzos se proponen, y las condiciones que deberán servir de base á su alianza.

En su consecuencia han nombrado:

S. M. el rey de las Dos Sicilias, al comendador Alvaro Ruffo de los príncipes de la Scaletta, etc., ministro plenipotenciario cerca de S. M. I. y R. A.;

Y S. M. I. y R. A., al S. Clemente Wenceslao, Lotario, príncipe de Metternich-Vinneburgo-Ochsenhausen, etc., ministro de Estado de las conferencias y de negocios extranjeros.

Los cuales, despues de mostrar sus plenos poderes hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1.°

S. M. el rey de las Dos Sicilias se obliga á secundar por todos los medios de que puede disponer los que S. M. I. y R. A. se halla resuelto á emplear en la guerra que sostiene contra el actual gobierno de Nápoles.

Para que sea mas eficaz la cooperacion de las tropas sicilianas, serán estas mandadas por un general austriaco.

S. M. Siciliana y S. M. I. se obligan á no celebrar paz ni tregua á no ser de comun acuerdo.

2.°

Las altas partes contratantes, deseosas de dar á los pueblos del reino de Nápoles una prueba de su solicitud, asegurándoles al mismo tiempo los beneficios de la paz exterior y los de una perfecta tranquilidad interior, han convenido en establecer las disposiciones siguientes, conforme á las cuales S. M. Fernando IV declara querer recobrar el gobierno de Nápoles:

I. Nadie podrá ser inquietado por las opiniones y la conducta política que haya observado antes del restablecimiento del rey Fernando IV en el trono de Nápoles, en cualquier tiempo y en cualquiera circunstancia.

II. La venta de los bienes del Estado se declara irrevocable.

III. La deuda pública será garantida.

IV. Todos los napolitanos son aptos para poseer los cargos y empleos, ya civiles ya militares del reino.

V. La nobleza antigua y la nueva serán conservadas.

VI. Cualquier militar al servicio de Nápoles, nacido en el reino de las Dos Sicilias, que preste juramento de fidelidad á S. M. el rey Fernando IV, conservará sus grados, honores y pensiones.

Su Majestad el emperador de Austria apoya estas disposiciones con su garantía formal.

3.º

SS. MM. resueltas á extender las relaciones establecidas entre sus coronas por el presente tratado preliminar, se obligan á celebrar inmediatamente un tratado de alianza defensiva perpétua.

Esta alianza tendrá por objeto consolidar el estado de paz y de tranquilidad interior, así del reino de las Dos Sicilias como de la Italia en general.

Las altas partes contratantes se reservan en su consecuencia el convenir ulteriormente en las medidas oportunas para realizar el objeto permanente de su union.

4.º

El presente tratado preliminar tendrá igual fuerza y valor que un tratado formal de alianza.

Será ratificado dentro de seis semanas, ó antes si es posible, y las ratificaciones serán cambiadas en Viena.

En fe de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y puesto en él el sello de sus armas.

Hecho en Viena á los 29 de abril del año de gracia 1815.—EL COMENDADOR RUFFO.—L. S. —PRÍNCIPE DE METTERNICH.—L. S.

XVIII.

Tratado de alianza defensiva entre el emperador de Austria y el rey de las Dos Sicilias, junto con los artículos secretos y separados.

S. M. el emperador de Austria y S. M. el rey de las Dos Sicilas, animados de un igual deseo de asegurar, por medio de relaciones mas íntimas entre sí, la tranquilidad de sus posesiones y la paz exterior é interior de Italia, han convenido en celebrar un tratado de amistad, de union y de alianza defensiva, cuyo objeto permanente es atender así á la tranquilidad interior de la Italia como á su seguridad exterior.

Con este objeto y para conseguir fin tan provechoso, SS. MM. han conferido sus plenos poderes, á saber:

S. M. el rey de las Dos Sicilias, al comendador Alvaro Ruffo de los príncipes de la Scaletta, etc. ministro plenipotenciario cerca de S. M. I. y R. A.

Y S. M. I. y R. A. al S. Clemente Wenceslao, Lotario, príncipe de Metternich-Winneburgo-Ochsenhausen, etc., ministro de Estado de las conferencias y de negocios extranjeros; los cuales, despues de mostrar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1.º

S. M. el emperador de Austria y S. M. el rey de las Dos Sicilias, declaran que en virtud de la union que entre si contraen en virtud del presente tratado, habrá entre ellos, á contar desde este dia, una alianza cuyo objeto será la defensa de sus estados respectivos y la conservacion del reposo exterior é interior de Italia.

2.º

S. M. I. y R. A. y S. M. el rey de las Dos Sicilias se garantizan recíprocamente y del modo mas absoluto cuantos Estados poseen en Italia, segun las estipulaciones del acta principal del congreso de Viena.

3.º

En caso de estar la Península italiana amenazada de una guerra, ambas partes contratantes interpondrán, despues de haberse concertado sobre este punto, su mediacion para

impedirla; sin embargo, si sus esfuerzos fuesen infructuosos, SS. MM. declaran desde ahora que considerarán cualquier ataque ó agresion inminente dirigido en Italia contra una de las dos coronas como propio y personal á la otra.

4.°

A pesar de que la mútua garantía de sus posesiones en Italia á la cual se obligan S. M. el emperador de Austria y S. M. el rey de las Dos Sicilias, deba ser sostenida con todo su poder, y de que SS. MM. así lo entienden en virtud del principio fundamento de este tratado de que quien ataca las posesiones de una corona ataca á la otra, sin embargo, las altas partes contratantes han juzgado á propósito fijar las fuerzas que deberán aprontar en caso de una guerra que ponga en peligro la tranquilidad de Italia. S. M. I. se obliga á aprontar á lo menos ochenta mil combatientes de todas armas, y S. M. el rey de las Dos Sicilias veinte y cinco mil combatientes á lo menos.

5.°

Un tratado particular determinará las relaciones que deben mediar entre sus ejércitos respectivos, especialmente por lo que toca al mando y á las medidas para proveer las tropas.

6.°

SS. MM. se obligan y prometen para el caso de empeñarse una guerra para la defensa de Italia, no escuchar ni hacer proposicion alguna de tregua ni de paz, no negociarla ni celebrarla con el enemigo, sino de comun acuerdo, y comunicarse recíprocamente cuanto sepan y pueda interesar á la seguridad de Italia ó á la tranquilidad de sus posesiones respectivas.

7.°

El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones cambiadas dentro de seis semanas, ó antes si es posible.

En fe de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo han firmado, y puesto en él el sello de sus armas.

Hecho en Viena á los 12 de junio del año de gracia 1815.—Príncipe de Metternich.—L. S.—El comendador Ruffo.—L. S.

Artículos separados y secretos.

1.°

Debiendo los lazos de parentesco y de afinidad entre las familias reinantes de Italia y las demás potencias de Europa, lo mismo que sus intereses recíprocos, subordinarse al interés general de la seguridad exterior é interior de Italia, y á la garantía del estado de posesion estipulado por el tratado de Viena, los cuales forman el objeto permanente de la alianza de 12 de junio de 1815, conviénese entre S. M. el emperador de Austria y S. M. el rey de las Dos Sicilias en que, conforme con el artículo IV del tratado de amistad y de union de 12 de junio de 1815, no podrán contraer alianza alguna contraria á dicho tratado y á la confederacion defensiva de Italia, sea de la naturaleza que fuere.

2.°

Como los compromisos que SS. MM. contraen en virtud del presente tratado á fin de asegurar la paz interior de Italia, les obligan á preservar sus Estados y súbditos respectivos de nuevas reacciones y de los peligros que llevan consigo imprudentes innovaciones, causa infalible de aquellas, entiéndese entre las altas partes contratantes que S. M. el rey de las Dos Sicilias, al restablecer el gobierno del reino, no introducirá cambios y alteraciones inconciliables con las antiguas instituciones monárquicas ó con los principios adoptados por S. M. I. y R. A. para el régimen interior de sus provincias italianas.

Los presentes artículos separadamente escritos tendrán igual fuerza y valor como si se hubiesen continuado en el tratado público de este dia. Serán ratificados, y las ratificaciones cambiadas al mismo tiempo.

En fe de lo cual los plenipotenciarios respectivos los han firmado, y puesto en ellos el sello de sus armas.

Hechos en Viena á los 12 de junio de 1815.—Príncipe de Metternich.—L. S.—El comendador Ruffo.—L. S.

XIX.

Tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Austria y el ducado de Módena para la mútua conservacion de la paz interior y exterior y del órden legal en ambos Estados.

S. M. el emperador de Austria y S. A. R. el archiduque duque de Módena, animados del

comun deseo de estrechar mas aun los lazos de amistad y parentescoq ue existen entre ellos, y de conservar en sus Estados por medio de sus comunes esfuerzos, asi la paz interior y exterior como el órden legal, han convenido en celebrar un tratado para conseguirlo.

A este efecto han nombrado por sus plenipotenciarios: S. M. el Emperador de Austria á S. A. el príncipe de Metternich, canciller de la Corte y del Estado, etc. etc.

Y su A. R. el duque de Módena, al conde Teodoro Volo, su Chambelan,

Los cuales, despues de mostrar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1.°

En cualquier caso de ataque exterior contra los Estados italianos de S. M. el emperador de Austria y de su A. R. el duque de Módena, las altas partes contratantes se obligan á prestarse recíprocamente auxilio y asistencia por todos los medios de que pueden disponer, luego que lo solicite una de las partes.

2.°

Como en consecuencia de lo dicho los Estados de S. A. R. el duque de Módena entran en las líneas de defensa de las provincias italianas de S. M. el emperador de Austria, su A. R. el duque de Módena concede á S. M. el emperador el derecho de hacer adelantar sus tropas por el territorio de Módena y de ocupar las fortalezas del mismo, siempre que lo exijan los intereses de la defensa comun y la prudencia militar.

3.°

En caso de que en el interior de los Estados de S. A. R. el duque de Módena se produjesen hechos que hiciesen temer por la conservacion del órden y de la tranquilidad, ó si los movimientos tumultuosos de este género tomasen las proporciones de una verdadera sublevacion, para cuya represion fuesen insuficientes los medios de que el gobierno dispone, S. M. el emperador se obliga á prestar, luego que se le haya pedido, el auxilio militar necesario para la conservacion ó el restablecimiento de la tranquilidad y del órden legal.

4.°

S. A. R. el duque de Módena se obliga á no celebrar tratado militar alguno con otra potencia sin el consentimiento previo de S. M. I. y R. A.

5.°

Cuanto se refiere á los gastos de las tropas de una de ambas partes al operar en el territorio de la otra, será determinado sin dilacion por un tratado especial.

6.°

El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones cambiadas dentro de quince dias, ó antes si es posible.

En fe de lo cual, nosotros, plenipotenciarios de S. M. el emperador de Austria y de S. A. R. el archiduque duque de Módena, hemos firmado el presente tratado y puesto en él el sello de nuestras armas.

Hecho en Viena á los 24 de diciembre de 1847.—CONDE T. VOLO.—L. S.—PRÍNCIPE DE METTERNICH.—L. S.

XX.

Tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el Austria y el ducado de Parma para la mutua conservacion en sus Estados del órden legal y de la paz interior y exterior.

S. M. el emperador de Austria y S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, animados de un comun deseo de estrechar mas aun los lazos de amistad y parentesco que entre ellos existen y de velar por medio de sus comunes esfuerzos para la conservacion del órden legal y de la paz interior y exterior en sus Estados respectivos, han convenido celebrar entre sí un tratado especial con este objeto.

A este efecto han nombrado por sus plenipotenciarios:

S. M. el emperador de Austria al baron Felipe de Neumann, etc. etc.

Y S. A R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, al caballero Enrique Salati,

Los cuales, despues de mostrar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

1.°

En caso de que los Estados italianos de S. M. el emperador de Austria y de S. A. R.

el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, se viesen expuestos á un ataque exterior, las altas partes contratantes se obligan á prestarse recíprocamente auxilio y asistencia por todos los medios de que pueden disponer, luego que una de las partes haya dirigido su demanda á la otra.

2.°

Como los Estados de S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, entran en las líneas de defensa de las provincias italianas de S. M. el emperador de Austria, S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, concede á S. M. el emperador el derecho de hacer avanzar sus tropas por el territorio de los Estados de S. A. R. y de ocupar las fortalezas de los mismos siempre que lo exijan los intereses de la comun defensa y la prudencia militar.

3.°

En caso de que en el interior de los Estados de S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, se produjesen hechos que hiciesen temer por la conservacion del órden y de la tranquilidad, ó si los movimientos tumultuosos de esta naturaleza tomasen las proporciones de un verdadero tumulto, para cuya represion fuesen insuficientes los medios de que dispone el gobierno, S. M. el emperador se obliga á prestar, luego que le haya sido pedido, el auxilio militar necesario para la conservacion ó el restablecimiento de la tranquilidad y del órden legal.

4.°

S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, se obliga á no celebrar tratado militar alguno con otra potencia, sin consentimiento previo de S. M. I. y R. A.

5.°

Cuanto se refiere á los gastos de las tropas de una de las dos partes al operar en el territorio de la otra, será determinado sin dilacion por un tratado especial.

6.°

El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones cambiadas dentro de un mes, ó antes si es posible.

En fe de lo cual, nosotros, plenipotenciarios de S. M. el emperador de Austria y de S. A. R. el infante de España, duque de Parma y de Plasencia, hemos firmado y sellado con nuestras armas el presente tratado.

Hecho en Parma á los 4 de febrero de 1848.
NEUMANN. —L. S. — E. SALATI. — L. S.

XXI.

Nota del conde de Cavour al marqués de Azeglio, embajador del gobierno sardo en Lóndres.

Turin 21 de marzo de 1859.

Sr. Marqués:

El gobierno ruso acaba de hacer la proposicion de someter la cuestion italiana á un congreso de las grandes potencias, y me apresuro á manifestaros las miras del gobierno del rey sobre este punto.

La Cerdeña no puede elevar objecion alguna contra la reunion de un congreso que tomase en consideracion los intereses y las justas quejas de la Península, y que diese pacífica y satisfactoria solucion á las dificultades que han conmovido á toda la Europa.

Sin embargo, el gabinete de Turin cree que el Piamonte deberia estar representado en el congreso, y está persuadido de que su intervencion seria útil, por no decir indispensable, si las potencias que muestran hácia la Italia una decidida simpatía y las que desean prevenir los peligros que resultan del estado anormal de la Península, quieren lograr que prevalezca un sistema mas conforme á la justicia obteniendo concesiones y garantías que puedan por su naturaleza calmar la agitacion pública.

La Cerdeña goza de la confianza de las infortunadas poblaciones cuya suerte va á decidirse; ha elevado ya la voz en su favor en el seno del congreso de Paris, y no solo fué escuchada esta voz por los gobiernos mas ilustrados de Europa, sino que logró tambien calmar enojos y descontentos próximos á estallar; desarmó á la revolucion sustituyéndola con la accion regular y legal de la diplomacia.

Al ponerse al frente del movimiento nacional, la Cerdeña ha usado siempre la influencia que ha adquirido para combatir abiertamente las pasiones revolucionarias; en vez de excitar los ánimos de hombres agriados por el sufrimiento y las decepciones, se ha esforzado en mantenerlos dentro de sus justos límites y en conducirlos á una sana aprecia-

cion de los hechos y de los obstáculos que han aplazado la realizacion de sus legítimos deseos.

Podemos afirmar que si la Italia no ha sido recientemente teatro de nuevas turbulencias, si no hemos tenido que deplorar insensatos movimientos populares seguidos de sangrientas reacciones, es debido en gran parte á la saludable accion y á la prudente actitud del Piamonte.

Por lo que toca á las cuestiones que han de formar la base de las deliberaciones del congreso, el gabinete de Lóndres sabe ya el modo como son consideradas por el gobierno del rey. En el memorandum de 1.° de marzo explicó francamente sus miras é indicó los remedios necesarios, habiendo merecido sus consideraciones una favorable acogida en la corte de Lóndres. Lord Malmesbury ha reconocido la moderacion de la Cerdeña y ha prestado homenaje á su buena fe, de modo que así por la conducta general del gobierno sardo, desde que los asuntos de Italia han ocupado el primer lugar en los intereses europeos, como por sus declaraciones claramente formuladas acerca de los puntos que necesitan una solucion inmediata, el gobierno inglés debe hallarse convencido de que la corte de Cerdeña prestará un sincero apoyo á cuantas medidas propongan en interés de la Italia las altas potencias reunidas en congreso.

Por consiguiente me atrevo á esperar que el gabinete de Lóndres convendrá sin dificultad en que es necesario esté la Cerdeña representada en el congreso propuesto por la Rusia.

Con este objeto, os ruego, señor marqués, que sometais estas observaciones á lord Malmesbury, leyéndole y dándole copia del presente despacho. — C. Cavour.

XXII.

Nota dirigida por el conde Buol á lord Loftus, embajador de Inglaterra en Viena, relativa al programa establecido por el gabinete de Lóndres para las deliberaciones del congreso.

El infrascrito se apresura á acusar recepcion de la nota que lord A. Loftus le hizo el honor de dirigirle en 28 de este mes, expresando las condiciones en virtud de las cuales se halla dispuesto el gobierno de S. M. Británica á aceptar la proposicion de un congreso de las grandes potencias para deliberar sobre las complicaciones sobrevenidas en Italia.

Como el gobierno británico manifestó además el deseo de que accediera el gobierno imperial á tales proposiciones, por lo tanto el infrascrito ha tomado sobre este punto las órdenes del emperador, su augusto soberano.

El infrascrito se halla autorizado para informar á lord A. Loftus, de que el gobierno imperial, apreciando los motivos que impulsan al gabinete inglés y los sentimientos de franca amistad que le animan respecto del Austria, acepta en el sentido indicado en la nota adjunta las bases de discusion propuestas en el despacho de S. S.

El quinto punto de deliberacion que ha juzgado á propósito añadir á aquellas, el de un acuerdo acerca de un desarme simultáneo de las grandes potencias, será mirado sin duda por todos los gobiernos como una nueva prueba de las pacíficas intenciones del Austria.

Resulta además de una nota de lord A. Loftus que si el gobierno imperial acepta con las mencionadas condiciones la proposicion de un congreso, el gobierno británico invitará al de Francia de un modo eficaz á insistir junto con él para que la Cerdeña se desarme inmediatamente, y á darle una garantía colectiva del cumplimiento del compromiso con él contraido.

Este acto, que el gabinete británico propone verificar de acuerdo con el gobierno francés, se halla tanto mas conforme á los intereses generales, en cuanto seria moralmente imposible, como lo demostró el gobierno imperial en su nota dirigida á M. de Balabine con fecha del 23, entregarse á pacíficas deliberaciones en medio del estrépito de las armas.

El infrascrito debe desear tanto mas que estos esfuerzos produzcan un completo resultado, en cuanto el Austria no podrá presentarse en el congreso hasta que la Cerdeña haya completado su desarme y procedido al licenciamiento de sus cuerpos francos. Aceptadas y ejecutadas estas condiciones, el gobierno imperial se halla dispuesto á hacer la formal promesa de que el Austria no atacará á la Cerdeña durante las deliberaciones del congreso, mientras esta última respete el territorio imperial y el de sus aliados.

Ruego á lord A. Loftus que comunique la presente nota á su gobierno, y aprovecho esta ocasion etc.

ANEXOS.

Proposiciones inglesas.

I. Medios para afianzar la conservacion de la paz entre el Austria y la Cerdeña.

II. Evacuacion de los Estados romanos por las tropas extranjeras de ocupacion, y exámen de las reformas que conviene introducir en los Estados italianos.

III. Sustituir una combinacion á los tratados celebrados entre el Austria y los Estados italianos.

IV. No se alterarán las divisiones territoriales ni los tratados de 1815.

Observaciones del gabinete de Viena.

I. El congreso examinará los medios de hacer que cumpla la Cerdeña sus obligaciones internacionales, y las medidas convenientes para evitar la repeticion de las actuales complicaciones.

II. Podrá discutirse la conveniencia de la evacuacion de los Estados pontificios, dejando el congreso los detalles de su ejecucion á las tres potencias directamente interesadas. Tambien podrá debatirse la cuestion de las reformas administrativas, lo mismo que los consejos que convenga dar, pero su adopcion definitiva dependerá de las decisiones de los Estados directamente interesados.

III. La validez de nuestros tratados no puede ponerse en duda; mas si todas las potencias representadas en el congreso convienen entre sí en producir sus tratados políticos con los Estados italianos, el Austria hará lo mismo por su parte. Se pondrá de acuerdo con los gobiernos co-interesados para presentar al congreso sus comunes tratados, y para examinar hasta qué punto su revision puede ser considerada útil.

IV. Entiéndese que no se alterarán las divisiones territoriales existentes, los tratados de 1815, ni los celebrados en cumplimiento de los mismos.

V. Acuerdo para un simultáneo desarme de las grandes potencias.

Viena 31 de marzo de 1859.—Buol.

XXIII.

Artículo oficial del *Monitor* francés, publicado en su número del 10 de abril de 1859.

El gobierno francés, como el que mas, comprende y respeta las susceptibilidades nacionales. Si en sus miras, ó con su conducta, hubiese dado á la Alemania un motivo de temor por su independencia, léjos de desdeñar la entereza y las alarmas del patriotismo germánico, las hubiera considerado nobles y legítimas.

Nosotros empero no nos decidiremos á creer en una resolucion injustamente tomada en perjuicio nuestro por parte de aquellos á quienes no hemos dado motivo alguno de sospecha. Nuestra confianza en la equidad de los demás Estados, es únicamente efecto de la lealtad de nuestra política. Cuando han estallado manifestaciones en algunos puntos de la Confederacion germánica, sin emocion alguna las hemos acogido, porque contábamos con que la parte ilustrada y sana de la Alemania reconoceria pronto lo infundado de tales violencias.

No hemos sido engañados en semejante creencia. La agitacion provocada en la prensa y en las cámaras de muchos Estados alemanes, léjos de seguir propagándose, tiende á calmarse; con satisfaccion lo consignamos ahora.

Para presentar sospechoso al gobierno francés, habíanse hecho subir hasta él responsabilidades indirectas, atribuyéndole una parte en las opiniones hostiles á la independencia de la Confederacion germánica, libremente publicadas bajo la égida de una legislacion que no autoriza censura alguna preventiva. Estas opiniones, á cuyos autores únicamente obligaban, han resonado en Alemania como una amenaza; propagadas por la malevolencia, han sembrado la alarma acreditando tal vez sensibles yerros respecto de las miras del gabinete de las Tullerías.

Cuando se quiere la justicia, no se teme la luz. El gobierno francés nada tiene que callar porque está seguro de no tener nada que ocultar. La actitud que ha tomado en la cuestion italiana, léjos de autorizar las desconfianzas del espíritu germánico, debe al contrario inspirarle la mayor seguridad. La Francia no podria atacar en Alemania lo que quiere proteger en Italia. Su política, que desconoce toda ambicion de conquista, solo busca las satisfacciones y las garantías reclamadas por el derecho de gentes, la felicidad de los pueblos, y el interés de la Europa. Así en Alemania como en Italia, quiere que las nacionalidades reconocidas por los tratados puedan sostenerse y aun fortalecerse, puesto que las considera como una de las bases esenciales del órden europeo.

Presentar la Francia como hostil á la nacionalidad Alemana, es no solamente un error, sino un contrasentido. El gobierno del Emperador, desde hace diez años, ha ejercido su parte de influencia en allanar las dificultades que se han presentado y en resolverlas bajo el punto de vista de la equi-

dad y de la justicia. En España ha sostenido constantemente el trono constitucional de la reina, ejerciendo sobre los refugiados, que continuas revoluciones echaban en nuestras fronteras, una vigilancia desinteresada. En Suiza, su mediacion oficiosa, ha contribuido al arreglo del negocio de Neufchatel, que podia traer complicaciones con la Prusia. En Italia mismo, su solicitud se ha anticipado á las dificultades actuales, y despues de haber restablecido al Papa en su autoridad, ha inspirado en todas partes ideas de moderacion. En Nápoles, de acuerdo con su aliada la reina de Inglaterra, ha tratado de llevar el gobierno de las Dos Sicilias á realizar reformas que lo hubieran consolidado. En Alemania, en la delicada cuestion suscitada entre la Confederacion y la Dinamarca respecto de los ducados, ha comprendido, á pesar de sus simpatías por esta, la justa susceptibilidad del patriotismo aleman tocante á provincias por tantos lazos unidas al cuerpo germánico, y solo ha hecho oir en Copenhague consejos de conciliacion. En los Principados danubianos, se ha esforzado en hacer triunfar los deseos legítimos de estas provincias para asegurar de este modo en aquella parte de Europa el órden basado sobre los intereses nacionales satisfechos.

La política de la Francia no podria tener dos pesos ni dos medidas; pesa con igual equidad los intereses de todos los pueblos. Lo que quiere hacer respetar en Italia, sabrá asi mismo respetarlo en Alemania. No seriamos nosotros quienes nos veríamos amenazados por el ejemplo de una Alemania nacional que conciliara su organizacion federativa con las tendencias unitarias, cuyo principio ha sido ya constituido en la grande union comercial del Zolverein. Todo cuanto fomente en los paises vecinos las relaciones creadas por el comercio, por la industria, por el progreso, aprovecha á la civilizacion, y cuanto fomenta la civilizacion eleva á la Francia.

XXIV.

Ultimatum del Austria á la Cerdeña. — Despacho del conde de Buol al conde de Cavour.

V. E. no ignora que el gobierno imperial se apresuró á acceder á la proposicion del gabinete de S. Petersburgo, consistente en reunir un congreso de las cinco potencias para allanar las complicaciones sobrevenidas en Italia.

Convencidos empero de la imposibilidad de entablar con probabilidades de buen éxito, negociaciones entre el ruido de las armas y los preparativos de guerra que tenian lugar en un pais limitrofe, hemos pedido que fuese el ejército sardo reducido á su efectivo de paz, y licenciados los cuerpos francos ó voluntarios italianos antes de la reunion del congreso.

El gobierno de S. M. Británica consideró esta condicion tan justa y conforme con las exigencias de la situacion, que no vaciló en apropiársela, declarándose pronto á insistir en union con la Francia, para el inmediato desarme de la Cerdeña, ofreciéndole en cambio contra cualquier ataque por nuestra parte una garantía colectiva, á la cual es seguro que el Austria no habria faltado.

El gabinete de Turin parece haber contestado con una negativa categórica á la invitacion de reducir su ejército al efectivo de paz, rechazando tambien la garantía colectiva que se le ofrecia.

Semejante negativa nos ha inspirado un pesar tanto mas profundo, en cuanto si el gobierno sardo hubiese consentido en el acto pacífico que de él se esperaba, lo habríamos considerado como un primer síntoma de sus buenas intenciones para contribuir por su parte á mejorar las tristes relaciones que median hace algunos años entre ambos paises. En este caso, apartando del reino Lombardo-Veneto las tropas imperiales estacionadas en él, nos habria sido permitido evidenciar de nuevo que no habian sido reunidas con un objeto agresivo contra la Cerdeña.

Frustradas nuestras esperanzas, el emperador mi augusto soberano se ha dignado ordenarme hacer directamente un esfuerzo supremo para lograr que el gobierno de S. M. Sarda modifique la decision que parece haber tomado.

Tal es, señor conde, el objeto de la presente. Tengo el honor de rogar á V. E. se digne tomar su contenido en la mas grave consideracion, y manifestarme si el gobierno real consiente, si ó no, en reducir sin dilacion su ejército al efectivo de paz y en licenciar á los voluntarios italianos.

El portador de la presente, á quien os dignareis, señor conde, hacer saber vuestra contestacion, tiene órden de hallarse á vuestra disposicion por espacio de tres dias. Si al espirar este plazo no recibiera contestacion, ó no fuese esta completamente satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias que acarrearia semejante negativa, cae-

ria toda entera sobre el gobierno de S. M. Sarda. Despues de agotar en vano los medios conciliadores para procurar á sus pueblos la garantía de la paz, en la cual el emperador puede y debe insistir, S. M. deberá á pesar suyo recurrir á la fuerza de las armas para obtenerla.

Esperando que la contestacion que de V. E. solicito será conforme con nuestros deseos, que únicamente se cifran en la conservacion de la paz, aprovecho esta ocasion etc.

Viena 19 de abril de 1859. —C. Buol.

XXV.

Artículo oficial de la Gaceta de Viena, publicado en su número del 22 de abril de 1859, anunciando el envío de un ultimatum al gabinete de Turin.

Sazonado por los acontecimientos que, desde el principio de este año, han proyectado sobre el porvenir de la Europa su sombra mas y mas profunda, acércase el desenlace lleno de graves consecuencias.

El sincero deseo que anima al emperador nuestro soberano para conjurar, si es posible aun, los peligros que amenazaban al mundo, el deber en que se halla de no omitir para conservar la paz medio alguno compatible con el derecho y la dignidad del Imperio, el deseo de demostrar que el Austria debe quedar libre de toda responsabilidad si cayese el azote de la guerra sobre paises prósperos y dichosos, estos motivos todos han decidido al gobierno de S. M. I. y R. A. á hacer cerca de S. M. el rey Victor Manuel una última tentativa para conservar la paz.

Desde hace muchos años la Cerdeña no ha cesado de atacar los sagrados derechos del Austria; por sus últimas manifestaciones, se ha convertido en el declarado adversario de los mismos; por sus armamentos, se ha puesto en estado de hallarse siempre pronta á intentar una agresion, y el gobierno sardo solo tiene un medio para convencer al mundo de que no medita la guerra y las revoluciones, de que se halla dispuesto á restablecer las relaciones regulares entre él y el vecino imperio. Es este medio el que el Piamonte deponga las armas de las que no podria servirse sino para cometer un incomprensible atentado contra el derecho de gentes, las bases del órden legal, la verdadera salvacion de la Italia y el bienestar de la Europa.

El ministro imperial de negocios extranjeros ha dirigido al jefe del gabinete de Turin, conde de Cavour, una nota en la cual se intima al gobierno sardo de un modo eficaz, con un espíritu conciliador, pero con el grave carácter de una suprema y fatal advertencia, que proceda á su inmediato desarme.

Si á consecuencia de este acto, que apoyan las representaciones de otras potencias europeas, vuelve la Cerdeña á su pacífica actitud, sabe que la palabra del Austria, la garantiza contra toda agresion.

No significa esto, que retire el gobierno imperial la proposicion que inició, en virtud de la que debe establecerse sin dilacion y antes de la apertura del congreso, un acuerdo entre las grandes potencias que han procedido á extraordinarios armamentos, á fin de restablecer en todas partes el efectivo de paz.

El Austria mantiene esta proposicion en toda su integridad, pero no cree deber subordinar, á la marcha de las negociaciones ulteriores sobre la cuestion de un desarme general, las medidas á que se halla decidida respecto del Piamonte. Quiera Dios que la presente comunicacion pueda ir seguida de otra que llene de legítimo contento á los partidarios de una paz honrosa, y satisfaga al mismo tiempo los firmes sentimientos que inspira al Austria la conciencia de su fuerza y de su dignidad. Azarosos destinos nos esperan, pero la confianza que comunican el derecho y el valor no abandonará ni un solo momento á nuestro magnánimo monarca, ni á los fieles pueblos de su corona.

XXVI.

Contestacion del conde de Cavour al Ultimatum del Austria.

Turin 26 de abril de 1859.

Señor Conde:

El baron de Kellersberg me entregó el dia 23 del corriente, á las cinco y media de la tarde, la comunicacion que V. E. me hizo el honor de dirigirme el dia 19 de este mes, rogándome en nombre del gobierno imperial que contestara por medio de un sí ó de un no, á la invitacion que se nos dirigia de que redujéramos el ejército al efectivo de paz y licenciáramos los cuerpos formados de voluntarios italianos, añadiendo que si pasados tres dias no recibia V. E. contestacion, ó si no era esta completamente satisfactoria, S. M. el emperador de Austria se hallaba decidido á recurrir á las armas para imponernos por la fuerza las medidas que son objeto de su comunicacion.

La cuestion del desarme de la Cerdeña, que constituye el fondo de lo solicitado por V. E., ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias y el gobierno de S. M., negociaciones que han dado por resultado una proposicion formulada por la Inglaterra, á la que se han adherido la Francia, la Prusia y la Rusia.

La Cerdeña la ha aceptado sin reserva ni segunda intencion, y como V. E. no puede ignorar la proposicion de la Inglaterra ni la contestacion de la Cerdeña, nada puedo añadir para manifestar las intenciones del gobierno del rey respecto de las dificultades que se oponen á la reunion del congreso.

La conducta de la Cerdeña en esta circunstancia, ha sido juzgada por la Europa, y sean cuales fueren las consecuencias que produzca, el rey, mi augusto soberano, se halla convencido de que la responsabilidad pesará sobre los que fueron los primeros en armarse, sobre los que han rechazado las proposiciones formuladas por una gran potencia, y reconocidas justas y razonables por las demás, y sobre los que sustituyen á ellas una intimacion amenazadora.

Aprovecho esta ocasion, etc. — C. Cavour.

XXVII.

Discurso pronunciado por el conde de Cavour, el dia 23 de abril de 1859, en la cámara de los diputados sardos, reunida en sesion pública.

Señores:

Las grandes potencias europeas, deseosas de tratar la cuestion italiana por la via diplomática y de resolverla pacíficamente, determinaron en marzo convocar un congreso á este fin. El Austria, empero, subordinó su adhesion á dicho proyecto a una condicion que solo se referia á la Cerdeña, á saber: la de su desarme preventivo. Semejante pretension, rechazada sin vacilar por el gobierno del rey como injusta y contraria á la dignidad del país, no halló apoyo en ninguno de los gabinetes; y entonces el Austria sustituyó á ella la de un desarme general.

Este nuevo principio dió lugar á una serie de negociaciones que, á pesar de la rapidez de las comunicaciones telegráficas, han continuado durante muchas semanas, dando por último resultado la proposicion de la Inglaterra de la que estais ya enterados y que fué aceptada por la Francia, la Rusia y la Prusia. Aunque el Piamonte comprendió los inconvenientes que podia suscitar la aplicacion de aquel principio, aceptólo por espíritu de conciliacion y como la última concesion posible. El Austria por el contrario, lo rechazó abiertamente, y su negativa, cuya noticia nos ha llegado de todos los puntos de Europa, nos ha sido oficialmente anunciada por el representante de la Inglaterra en Turin, el cual, por órden de su gobierno nos ha notificado que el gabinete de Viena se hallaba resuelto á dirigir al Piamonte una intimacion directa para que se desarmara, solicitando una contestacion definitiva dentro el término de tres dias.

El fondo y la forma de semejante intimacion no pueden dejar duda alguna á los ojos de la Europa acerca de las verdaderas intenciones del Austria, y ha de ser considerada como resultado y consecuencia de los preparativos de agresion que desde hace mucho tiempo realiza el Austria en nuestras fronteras, preparativos que durante estos últimos dias se han hecho mas amenazadores aun.

En estas circunstancias, y ante los graves peligros que nos amenazan, el gobierno del rey ha creido de su deber presentarse sin dilacion al parlamento para pedirle los poderes que cree necesarios para atender á la defensa de la patria, y en su consecuencia ha rogado á vuestro presidente que reuniera inmediatamente la cámara, suspendida con motivo de las vacaciones de Pascua. Ayer por la noche empero, á una hora muy adelantada, supimos indirectamente que el Austria aplazaba la ejecucion de la medida que contra el Piamonte intentaba (el Ultimatum fué presentado aquella misma tarde); mas como ha rechazado la proposicion inglesa, no modifica esto en lo mas mínimo la situacion, ni puede modificar nuestro proyecto. En tales circunstancias las medidas adoptadas por S. M. el emperador de los franceses, son para nosotros un consuelo y un título á nuestra gratitud.

Por estos motivos, esperamos que la cámara no vacilará en sancionar con su voto la proposicion de conferir al rey los plenos poderes que las circunstancias exigen. ¿Quién mejor que él puede ser el depositario de nuestras libertades? Quién es mas digno de esta prueba de confianza por parte de la nacion? El, cuyo nombre despues de diez años de reinado, es sinónimo de lealtad y de honor; él, que sostiene con mano firme la bandera tricolor italiana; él, que desde ahora se dispone á combatir por la libertad y por la independencia!

Estad seguros, señores, de que al confiar

en esta crísis la autoridad suprema á Victor Manuel, vuestras resoluciones obtendrán el unánime asentimiento del Piamonte y de la Italia!

XXVIII.

Comunicacion dirigida por Napoleon III al Senado y al Cuerpo legislativo, en 27 de abril de 1859.

El estado de Italia, agravado por las medidas administrativas adoptadas en el reino Lombardo-Veneto, impulsó al gobierno austriaco, desde el mes de diciembre último, á verificar armamentos que no tardaron en ofrecer un carácter bastante amenazador, para despertar en el Piamonte las mayores inquietudes.

El gobierno del Emperador no pudo ver nacer estas dificultades, sin pensar atentamente en las consecuencias que podian producir para la paz de Europa, y como no se hallaba en el caso de intervenir directamente, para proponer él mismo los medios de prevenirlas, se apresuró á aceptar las proposiciones que se le dirigieron. Confiado en los sentimientos del gobierno de S. M. Británica lo mismo que en las luces de su embajador en Paris, el gobierno del Emperador celebró sinceramente la mision que el conde Cowley desempeñó en Viena como una primera tentativa de reconciliacion, felicitándose con no menos sinceridad al saber que las ideas cambiadas entre el embajador de Inglaterra y el gobierno austriaco podian proporcionar elementos de negociacion.

La proposicion de reunirse en congreso, presentada en aquel momento por la Rusia, despejaba felizmente la situacion, llamando á las cinco potencias á participar igualmente en la discusion de una cuestion de interés europeo, y el gobierno del Emperador no vaciló en declarar que se adheria á ella.

Al imitarle, el gobierno inglés juzgó útil precisar las bases de las deliberaciones eventuales del congreso. Dichas bases son las siguientes:

1.° Determinar los medios por los cuales puede mantenerse la paz entre el Austria y la Cerdeña;

2.° Establecer el mejor modo como pueden ser evacuados los Estados romanos por las tropas francesas y austriacas;

3.° Examinar la conveniencia de introducir reformas en la administracion interior de dichos Estados y de los demás de Italia, cuya administracion ofreciese vicios que tendieran evidentemente á crear un estado permanente y peligroso de turbacion y descontento, y cuáles deberian ser dichas reformas;

4.° Sustituir á los tratados entre el Austria y los Ducados, una confederacion de los Estados de Italia para su mútua proteccion, así interior como exterior.

El gobierno del Emperador aceptó sin reserva estas bases de negociacion, así como habia aceptado la proposicion de un congreso.

El gobierno austriaco por su parte habia dado su asentimiento á la reunion de un congreso acompanándolo de ciertas observaciones, pero sin poner á él condiciones formales y absolutas, y todo hacia esperar que podrian abrirse las negociaciones dentro un término muy próximo.

El gabinete de Viena habia hablado del previo desarme de la Cerdeña, como de una medida indispensable para afianzar la calma de las deliberaciones, é hizo mas tarde del mismo una condicion absoluta de su participacion en el congreso. Semejante pretension suscitó unánimes objeciones, y el gabinete de Viena sustituyó á ella la proposicion de un desarme general é inmediato, anadiéndolo como quinto punto á las bases de las negociaciones.

Así pues, señores, mientras la Francia aceptaba sucesivamente sin vacilar cuántas proposiciones le eran sometidas, el Austria, despues de aparentar hallarse dispuesta á las negociaciones, suscitaba imprevistas dificultades.

El gobierno del Emperador no abandonó por ello los conciliadores sentimientos que habia tomado por norma de su conducta. El gabinete inglés, que continuaba ocupándose con la mas leal solicitud en los medios de hacer desaparecer las dilaciones que sufria la reunion del congreso por la cuestion del desarme, creyó que se satisfaria el quinto punto propuesto por el Austria, admitiendo el principio del desarme general, cuya ejecucion debia ser reglamentada al abrirse las deliberaciones de los plenipotenciarios.

El gobierno de S. M. consintió en tal combinacion, y solo quedó en pié la cuestion de si era necesario que la Cerdeña accediese tambien previamente al principio del desarme general. Semejante condicion parecia no poder ser impuesta al gobierno sardo en cuanto era alejado de las deliberaciones del congreso; pero esta misma consideracion ofrecia los elementos de una combinacion nueva

que, conforme con los principios de equidad, parecia no deber suscitar objecion alguna: el gobierno del Emperador declaró al gobierno inglés hallarse dispuesto á excitar al gabinete de Turin para que consintiera en el principio del desarme, con tal de que todos los Estados italianos fuesen llamados á formar parte del congreso.

No ignorais, señores, que, modificando esta invitacion de un modo que conciliara las susceptibilidades de todos, el gobierno de S. M. Británica ha presentado una última proposicion basada en el principio del desarme general simultáneo é inmediato. Su ejecucion debia confiarse á una comision en la que se hallase representado el Piamonte; los plenipotenciarios debian reunirse luego despues que se hallase reunida dicha comision, y los Estados italianos debian ser llamados por el congreso á deliberar junto con los representantes de las cinco grandes potencias, del mismo modo que en el congreso de Laybach en 1821.

El gobierno del Emperador quiso manifestar de nuevo sus conciliadoras disposiciones, y adhirióse á dicha proposicion aceptada ya por las cortes de Prusia y de Rusia, y á la cual el gobierno piamontés habia declarado estar dispuesto á conformarse.

Sin embargo, en el mismo instante en que el gobierno del Emperador creia poder alimentar la esperanza de un acuerdo definitivo, hemos sabido que la corte de Austria se negaba á aceptar la proposicion del gobierno de S. M. Británica y dirigia una intimacion directa al gobierno sardo, de modo que mientras por una parte el gabinete de Viena persiste en no consentir en la admision de los Estados italianos en el congreso, haciendo así su reunion imposible, exije por otra al Piamonte que reduzca su ejército al efectivo de paz y que licencie á los voluntarios, es decir, que conceda sin dilacion y exclusivamente al Austria lo que ha concedido ya á las potencias mediante la única condicion de deliberar con ellas.

Inútil consideramos insistir sobre el carácter de semejante pretension, ni extendernos en manifestar los moderados sentimientos de que se ha mostrado constantemente animado el gobierno del Emperador. Si los reiterados esfuerzos de las cuatro potencias para conservar la paz han encontrado numerosos obstáculos, estos no han procedido de la Francia como lo atestigua en alta voz nuestra conducta; y si la guerra debe ser el resultado de las complicaciones presentes, el gobierno de S. M. tendrá la firme conviccion de haber hecho cuanto su dignidad le permitia para prevenir semejante calamidad, de la que en ningun modo será responsable. Las protestas que los gobiernos de la Gran Bretaña, de la Rusia y de la Prusia han dirigido á la corte de Viena, prueban que se nos hace sobre este punto completa justicia.

En presencia de semejante estado de cosas, si la Cerdeña es amenazada, si, como es presumible, es invadido su territorio, la Francia no puede vacilar en contestar á la voz de una nacion aliada, con la cual la unen intereses comunes y simpatías tradicionales, rejuvenecidas por una reciente fraternidad de armas y por la union contraida entre las dos familias reinantes.

Señores, el gobierno del Emperador fuerte con la constante moderacion y con el conciliador espíritu que siempre le ha animado, aguarda sin zozobra los acontecimientos futuros, confiado en que su conducta, en las varias peripecias que acaban de sucederse, obtendrá el asentimiento de la Francia y de la Europa.

XXIX.

Circular dirigida por el ministro de negocios extranjeros del imperio francés á los agentes diplomáticos del Emperador, fechada en 27 de abril de 1859.

Señor....

La comunicacion que por órden de S. M. I. ha sido dirigida al Senado y al Cuerpo legislativo, me dispensa de referir los sucesos que han llamado la atencion pública durante las últimas semanas, y que han sido objeto de mis últimas comunicaciones. La situacion ha tomado una gravedad extrema, y el desenlace que se anuncia no es por desgracia el que habian preparado leales y perseverantes esfuerzos; en tan graves circunstancias, es un consuelo para el gobierno del Emperador el poder someter á la apreciacion de la Europa la cuestion de á qué potencia incumbe la responsabilidad en los acontecimientos.

Que el estado de cosas en Italia sea del todo anormal, que el mal estar y la sorda agitacion que de él resultan constituyesen un peligro para todos, que la razon aconsejase conjurar, por medio de una prudente prevision, una inevitable crisis, son hechos reconocidos por la Inglaterra, la Prusia y la Rusia, al mismo tiempo que por la Francia. La unanimidad de los temores ha creado la con-

formidad de sentimientos y de actos; la mision del conde Cowley á Viena, la proposicion de un congreso, emanada de San Petersburgo, el apoyo prestado por la Prusia á esas tentativas pacíficas, el ardor con que la Francia ha acogido cuantas combinaciones se han presentado hasta el último momento, estos actos en una palabra han sido inspirados por igual móvil, por el vivo y sincero deseo de consolidar la paz, no cerrando por mas tiempo los ojos sobre una dificultad que amenazaba turbarla.

Así las cosas, el gobierno del Emperador ha tenido su parte de iniciativa y de accion; pero tócame manifestar, que esta parte se ha confundido siempre en una obra colectiva: la Francia ha ofrecido sencillamente su cooperacion, en calidad de gran potencia europea, para solventar junto con los demás gabinetes una cuestion que excitaba sus simpatías, es cierto, pero en la que no veia aun deberes particulares que cumplir, ni intereses de momento que defender. El dia en que el gabinete de Viena prometió, por medio de solemnes declaraciones, no dar principio á las hostilidades, habia parecido presentir la actitud que necesariamente impondria al gobierno del Emperador cualquier agresion dirigida contra el Piamonte.

Semejante promesa, que daba á las potencias tiempo para ejercer su mediacion, permitia esperar la próxima convocacion del congreso. En efecto, con el asentimiento de la Francia, de la Prusia y de la Rusia, la Inglaterra acababa de determinar las últimas condiciones para la reunion de dicha asamblea, en la que se reservaba á los Estados italianos el lugar que les señalaban la razon y la justicia; la Cerdeña por su parte se adheria al principio del desarme previo y simultáneo de todas las potencias que, desde hacia algun tiempo, habian aumentado su efectivo militar; cuando á tantos presagios de paz, el gabinete de Viena opone de repente un acto que, para caracterizarlo como debe serlo, equivale á una declaracion de guerra.

Así pues, el Austria destruye aislada y deliberadamente la obra emprendida por la Inglaterra con tanta paciencia, secundada por la Prusia y la Rusia con tanta lealtad, y facilitada por la Francia con tanta moderacion; no solo cierra á la Cerdeña la puerta del congreso, sino que le intima bajo pena de obligarle á ello por la fuerza á que deponga las armas sin condicion alguna dentro un plazo de tres dias.

Al mismo tiempo despliégase en las márgenes del Tessino un formidable aparato militar y á decir verdad, el general en jefe austriaco espera la contestacion del gabinete de Turin, en medio de un ejército en marcha.

No ignorais la impresion causada en Lóndres, en Berlin y en San Petersburgo por la inoportuna y fatal resolucion del gabinete de Viena: la admiracion y el disgusto de las tres potencias se han revelado en una protesta de la cual se ha hecho eco la opinion pública en todos los puntos de Europa.

Si la Inglaterra, la Prusia y la Rusia, con el acto que han realizado, han podido poner á cubierto su responsabilidad moral y satisfacer las exigencias de su dignidad ofendida, el gobierno del Emperador, si bien movido por consideraciones análogas, debia tomar una actitud mas decidida, y cumplir otras obligaciones. Nada modifica la solidaridad establecida desde un principio entre nosotros y las potencias mediadoras; la cuestion es la misma en el fondo, pero tenemos harta confianza en las disposiciones de que las potencias nos han dado tan evidentes pruebas, para dudar ni un momento de que se engañen acerca del sentido de la política que nos trazan antiguas tradiciones y necesidades imperiosas de posicion geográfica.

Desde hace medio siglo la Francia no ha pretendido jamás ejercer en Italia un influencia interesada, y no puede seguramente ser acusada de haber intentado despertar el recuerdo de antiguas luchas y de históricas rivalidades; solo ha pedido hasta ahora, y los tratados están de acuerdo con sus deseos, que los Estados de la Península gozasen de vida propia y no tuviesen, en sus negocios interiores así como en sus relaciones con el extranjero, sino que contar consigo mismos. Segun mi opinion lo mismo se piensa en Lóndres, en Berlin y en San Petersburgo; pero sea como fuere, es lo cierto que las circunstancias han investido al Austria respecto de las varias potencias italianas de una influencia preponderante.

Solo la Cerdeña se ha librado hasta ahora de una accion que, segun confesion general, altera en una parte importante de la Europa el sistema de equilibrio que se quiso establecer en ella. En cualquier otro país este hecho hubiera sido muy grave; pero fuesen cuales fueran nuestros íntimos sentimientos podria bastarnos, sabiendo como sabemos las opiniones de los demás gabinetes, indicarles el mal para que lo remediasen.

Semejante conducta al tratarse de la Cerdeña equivaldria á olvidar nuestros mas esen-

ciales intereses. Los pasos de los Alpes, que abren por aquella parte una de las fronteras de la Francia, no se hallan en nuestro poder, y nos importa en alto grado que la llave de los mismos se guarde en Turin, únicamente en Turin. Consideraciones francesas que son igualmente europeas, en tanto continuan sirviendo de regla á las relaciones recíprocas de las naciones el respeto de sus derechos y de sus legítimos intereses, no permiten al gobierno del Emperador vacilar acerca de la conducta que debe seguir cuando un Estado tan poderoso como el Austria toma para con el Piamonte el tono de la amenaza y se prepara abiertamente á dictarle sus leyes. Semejante obligacion adquiere mayor gravedad en vista de haberse negado el Austria á discutir antes de obrar; no queremos hallarnos delante de un hecho consumado, y esto es lo que está resuelto á impedir el gobierno del Emperador, de modo, que en este momento no adoptamos una actitud ofensiva sino una medida puramente defensiva.

Antiguos recuerdos, la comunidad de origen, una reciente alianza de las familias soberanas nos unen con la Cerdeña, y estas graves razones de simpatía que apreciamos en todo su valor, quizás no bastarian aun para decidirnos; lo que nos indica el camino que debemos seguir es el interés permanente y hereditario de la Francia, es la imposibilidad absoluta en que se halla el gobierno del Emperador de admitir que la fuerza establezca al pié de los Alpes, á pesar de las inspiraciones de una nacion amiga y de la voluntad de su soberano, un estado de cosas que entregaria la Italia toda á la influencia extranjera.

S. M. I., fiel á las palabras que pronunció cuando fué llamado por el pueblo francés al trono del jefe de su dinastía, no se halla animado de ambicion personal alguna, del menor deseo de conquista. No hace mucho tiempo que el Emperador probó en una crísis europea ser la moderacion el alma de su política; á la hora presente la misma moderacion preside con igual fuerza á sus designios, y si bien vela por los intereses que la Providencia le ha confiado, S. M. no piensa en separar sus miras de las de sus aliados, y así podeis asegurarlo.

Léjos de esto su gobierno, que no pierde de vista los incidentes que se han verificado en las negociaciones durante las últimas semanas, confia en que el gobierno de S. M. Británica continuará mostrando una actitud que, uniendo por medio de un lazo moral la política de ambos paises, permitirá á los gabinetes de Paris y de Lóndres explicarse sin reserva y combinar, segun las eventualidades, un acuerdo destinado á preservar el continente de la lucha que puede nacer en uno de sus extremos. Estamos profundamente convencidos de que la Rusia dirigirá sus esfuerzos al mismo apetecido resultado, y en cuanto á la Prusia, el espíritu imparcial y moderador á la vez que ha manifestado desde el orígen de la crísis, es segura garantía de que nada omitirá para circunscribir y localizar la esplosion de la misma.

Deseamos que las demás potencias que componen la Confederacion germánica no se dejen extraviar por los recuerdos de otro tiempo: la Francia ve con sentimiento la agitacion que se ha apoderado de algunos Estados de Alemania, y no comprende como aquel gran país, de ordinario tan tranquilo y tan patrióticamente imbuido del sentimiento de su fuerza, pueda creer su seguridad amenazada por acontecimientos cuyo teatro debe permanecer apartado de su territorio. El gobierno del Emperador se lisonjea de que los hombres de Estado de la Alemania reconocerán en breve que depende en gran parte de ellos mismos el contribuir á limitar la extension y duracion de una guerra que la Francia, en caso de verse obligada á sostenerla, tendrá al menos la conciencia de no haber provocado.

Os encargo, Señor...., que os inspireis en las consideraciones expuestas en la presente comunicacion en vuestra próxima entrevista con...., dejándole copia de la misma. Ante el claro lenguage que con vos empleo por órden del Emperador, y que revela por parte de S. M. el deseo de ofrecer á los demás gabinetes todas las garantías posibles para que aprecien la situacion bajo su verdadero punto de vista y de tranquilizarles sobre sus consecuencias, me es difícil suponer que el gobierno de...... no acoja nuestras explicaciones con una confianza igual á la que nos las ha dictado.

Recibid, etc. — Walewski.

XXX.

Protesta del Gran duque de Toscana declarando nulos y de ningun valor los actos verificados en Florencia en 27 de abril de 1859.

Las recientes violencias ejercidas á consecuencia de la revolucion piamontesa, tenian por objeto imponerme actos contrarios al honor de mi persona, no menos que á mi volun-

tad de declarar la guerra, violando así el derecho principal que va anexo á la soberanía.

En presencia de semejante estado de cosas, me he visto obligado á abandonar mi querida Toscana, buscando léjos de ella, acompañado de mi familia, un seguro y tranquilo asilo en un Estado amigo, con el cual está ligada aquella por medio de recíprocos tratados.

En Florencia y en la mañana del 27 de abril, protesté solemnemente en presencia del cuerpo diplomático acreditado cerca de mi persona, contra las violencias expresadas, declarando nulos y de ningun valor ni efecto los actos de que se trata.

Hoy, 1.° de mayo, hallándome en Ferrara, protesto de nuevo solemnemente contra la violencia de que he sido objeto, y reitero lo formalmente manifestado acerca de la nulidad de dichos actos, que tienden á destruir un estado de cosas sancionado por el tratado de Viena de 1815, firmado y garantido por las potencias europeas.

Quiero por consiguiente, que la responsabilidad de los actos mencionados caiga sobre aquellos que contra toda justicia han sido autores de los mismos.

Ferrara 1.° de mayo de 1859. —Leopoldo.

XXXI.

Protesta del Gran duque Leopoldo contra los actos de soberanía ejercidos por la Cerdeña en Toscana.

En mi manifiesto fechado en Ferrara el dia 1.° de este mes, protesté contra la revolucion y la violencia que me obligaba á abandonar mis Estados, y declaré nulos y de ningun valor ni efecto los actos de 27 de abril último. Muy ajeno estaba yo de prever que un soberano á quien me unen lazos de parentesco pudiese, á pesar de los tratados y del derecho de gentes, usurpar, sin provocacion alguna de mi parte, el poder supremo en mis Estados, declarándose protector de la Toscana y nombrando un comisario real para gobernar el Gran ducado. Me veo por lo tanto obligado á protestar contra la injusticia de semejante acto, y protesto solemnemente contra esta usurpacion y contra los actos todos, de cualquier clase que sean, que emanen de un poder arbitrario establecido en menosprecio de mis derechos soberanos. —Leopoldo.

XXXII.

Proclama dirigida por la Duquesa regente de Parma á su pueblo antes de su primera salida de la capital.

Nos, Luisa María de Borbon, regente por el duque regente I, de los Estados de Parma.

Atendido que los deseos humanos de las grandes potencias no han logrado todavía reunir un congreso europeo, en el cual se estudien y allanen las actuales dificultades por medio de concesiones razonables y de prudentes medidas, ya que se halle encendida la guerra en lugares muy próximos á nuestros Estados reales, nuestros deberes de madre nos mandan poner en seguridad á nuestros queridos hijos contra los peligros que pudieran amenazarles.

En su consecuencia hemos debido tomar la resolucion de alejarnos momentáneamente del Estado, constituyendo, como constituimos, á nuestros ministros en comision gubernamental, á fin de que durante nuestra ausencia administren el Estado con plenos poderes en nombre del duque Roberto I, conforme á las leyes establecidas, y siguiendo en caso necesario las instrucciones especiales que les hemos dado para circunstancias extraordinarias.

En la confianza de recobrar en breve el ejercicio personal de nuestra regencia, dirigimos al cielo ardientes y sinceros votos para que este querido país pueda preservarse de toda calamidad, dominando en los ánimos de todos los sentimientos de la benevolencia y los consejos de la razon.

Dado en nuestra residencia ducal de Parma en 1.° de mayo de 1859.—Luisa.

XXXIII.

Nota dirigida por el cardenal Antonelli á los miembros del cuerpo diplomático residente en Roma, notificándoles la resolucion tomada por su gobierno de mantenerse neutral durante la guerra.

Palacio del Vaticano, 3 de mayo de 1859.

Las esperanzas que habíamos concebido acerca de la conservacion de la paz europea acaban de desvanecerse.

En vista de lo declarado por los periódicos oficiales y de los formidables preparativos de guerra de dos grandes naciones, es evidente que las hostilidades empezarán en breve; semejante estado de cosas llena de viva amar-

gura el corazon de Su Santidad, quien, revestido con el sublime carácter de Padre comun de los fieles y en su calidad de vicario de Aquel que es autor de la paz, como tambien por el deber de su ministerio apostólico, desea y pide á Dios en sus fervientes oraciones que restablezca en la tierra el precioso é inestimable beneficio de la paz.

Sin embargo, en medio de la profunda tristeza que embarga su corazon, Su Santidad confia en el buen deseo de las potencias para contener y disminuir á lo menos los graves peligros que amenazan á la Europa, ya que sea imposible conjurarlos. Cualesquiera que puedan ser los acontecimientos, Su Santidad espera con fundamento que en caso de una guerra será respetada bajo todos aspectos la neutralidad que el gobierno pontificio debe conservar á causa de su carácter especial, neutralidad de la cual no podrá jamás separarse, como lo ha declarado en muchas circunstancias, y como de nuevo lo declara hoy. Su Santidad espera pues, que en la presente guerra se respetará su neutralidad y que se alejará de los dominios de la Iglesia toda coalision que pudiese parar en detrimento de los Estados y súbditos de la Santa Sede.

Aunque Su Santidad cifre entera confianza en las razones que acaban de expresarse, ha creido de su deber, al tratarse de una cuestion tan importante, dar al infrascrito cardenal secretario de Estado el especial mandato de dirigir á V. E. la presente Nota, rogándole que sea comunicada á su gobierno, y haciéndole comprender al mismo tiempo la utilidad que ha de reportarle el dejar al gobierno pontificio y sus Estados en una condicion que en nada altera la neutralidad que le es propia á consecuencia de su carácter excepcional, que el derecho público reconoce y que las potencias han admitido siempre en semejante circunstancia.

En tanto que V. E. se digna dar una contestacion afirmativa á la presente comunicacion, el infrascrito tiene el honor de renovaros los sentimientos de su consideracion profunda.—SANTIAGO, cardenal ANTONELLI.

XXXIV.

A pesar de nuestras diligencias é investigaciones nos ha sido imposible encontrar el texto íntegro del presente documento, viéndonos privados por lo tanto de presentar á nuestros lectores en toda su extension, segun venimos practicando hasta ahora y practicaremos en lo sucesivo, siempre que obstáculos insuperables, atendida la índole de nuestra publicacion, no nos lo impidan como en este momento.

Extracto de la nota circular dirigida por el conde Buol á los agentes diplomáticos austriacos cerca de las cortes extranjeras.

Empieza el documento haciendo resaltar la templanza y moderacion del Austria respecto del Piamonte desde el año 1849; dice que jamás el Emperador ha dado motivo al rey de Cerdeña para que este le considerase como un enemigo declarado, y expone las fases presentadas por la última cuestion reproduciendo, en apoyo de su buen derecho y de su buena fe en las negociaciones, las razones alegadas en las notas anteriores. Extiéndese luego en demostrar la agresiva actitud del Piamonte durante los últimos años y especialmente en los últimos meses, terminando con los siguientes párrafos referentes á la Francia:

«La Francia, compartiendo desde hace mucho tiempo una terrible responsabilidad moral, se ha apresurado á asumirla en toda su extension, no vacilando en penetrar en el terreno de los hechos.

« En 26 de este mes el gobierno imperial francés declaró por medio de su encargado de negocios en Viena, que consideraria el paso del Tessino por las tropas austriacas como una declaracion de guerra contra la Francia, y mientras se esperaba aun en Viena la contestacion del Piamonte á la intimacion de desarmar, la Francia enviaba sus tropas á las fronteras terrestres y marítimas de la Cerdeña, no ignorando que con ello arrojaba el peso decisivo en la balanza de las últimas resoluciones de la corte de Turin.

« ¿Por qué, preguntamos ahora, se han visto desvanecidas de repente las legítimas esperanzas de los partidarios de la paz europea?

« Porque ha llegado el tiempo de realizar planes tramados hace mucho tiempo en silencio; porque el segundo imperio francés quiere poner en práctica sus ideas; porque el estado político legal de la Europa debe ser sacrificado á sus injustas pretensiones, sustituyendo al tratado que forma la base del derecho público europeo, el poder que impera en Paris y que desde allí ha sorprendido al mundo.

« Las tradiciones del primer Napoleon van á ser planteadas de nuevo.

« Esta es la significacion del combate que va á presenciar la Europa.

« Convénzase el mundo de que hoy, lo mismo que hace medio siglo, se trata de defender la independencia de los Estados y los bienes mas preciosos de los pueblos contra la ambicion y la sed de conquistas.

« El emperador Francisco José, el soberano de nuestro imperio, aunque deplora los sufrimientos que la guerra llevará consigo, encomienda, con la conciencia tranquila, su justa causa á la Providencia divina; ha desnudado la espada porque manos criminales han atentado contra el honor y la dignidad de su corona, y la esgrimirá convencido de su buen derecho, fuerte con el entusiasmo y el valor de su pueblo, y secundado por los votos de cuantos distinguen la verdad de la mentira, y el derecho de la injusticia.

« Servíos comunicar la presente y el manifiesto imperial al gobierno cerca del cual estais acreditado. — C. Buol.

XXXV.

Comunicacion dirigida por M. Walewski al marqués de Banneville, embajador de Francia en Viena.

Señor marqués:

En el momento en que os escribo la presente comunicacion, no puedo casi dudar de que el ejército austriaco ha pasado el Tessino; por mi comunicacion telegráfica del 26 de abril os manifesté ya el sentido que el gobierno del Emperador deberia atribuir á semejante manifestacion.

Si por desgracia la precipitacion de los acontecimientos hace supérflua toda discusion, es un deber para mí el recordar en pocas palabras el conjunto de los actos que prueban á la vez la imperiosa necesidad que dicta nuestra conducta, y la constancia de nuestros esfuerzos para conseguir distinto resultado.

El gobierno del Emperador no debe á buen seguro justificarse de la inquietud que le inspirara el estado de cosas en Italia. La crísis que estalla hoy en el centro de la Península da razon sobrada á nuestra prevision, y nos ha bastado exponer nuestros temores para que las grandes potencias europeas participasen de ellos en el mismo grado que nosotros; tan simultáneo acuerdo por parte de los gabinetes ante un peligro del que tenian todos hacia algunos años un íntimo sentimiento, manifiesta hasta qué punto les pareció oportuna la cuestion.

Estamos profundamente convencidos de que el congreso reunido en las condiciones propuestas por el gabinete de San Petersburgo, limitándose al programa que para sus deliberaciones trazara el gobierno de S. M. Británica, habria resuelto satisfactoriamente las dificultades que la prudencia no permitia abandonar por mas tiempo á sí mismas. ¿Quién puede dudar en el dia de que el obstáculo contra el cual se ha frustrado la obra conciliadora ha sido la pretension emitida por el gabinete de Viena acerca de un desarme del cual debia ella ofrecer el primer ejemplo?

En efecto, la Cerdeña habia aceptado sin segunda idea la situacion que para ella resultaba de los términos de la proposicion rusa, y si bien se habian efectuado en su territorio algunos preparativos militares, ha de tenerse en cuenta que la desproporcion de fuerzas hacia inadmisible toda agresion por parte de la misma, y que la razon le imponia el deber de esperar con tranquilidad la decision de las grandes potencias. En una palabra, no habia para el Austria garantía mas real ni mas completa que la inmediata reunion del congreso, y si la primera condicion cuyo cumplimiento reclamaba antes de contestar á la invitacion de los aliados, condicion considerada por todos inaceptable, si dicha condicion, repetimos, ha dado lugar posteriormente á combinaciones que ha sido la última en rechazar, permitido ha de serme el decir que así al principio como al fin, el obstáculo para la armonía, único deseo de las demás cortes, ha estado de contino en Viena.

La situacion, señor marqués, adquiria sin duda mucha gravedad á consecuencia de tantas dilaciones, pero el conjunto de buena voluntad que se habia formado y mantenido hasta el fin en los gabinetes de Paris, de Berlin, de Lóndres y de San Petersburgo oponia, por decirlo así, su resistencia á los peligros de semejante situacion. Nada se hallaba perdido sin remedio cuando el Austria, no contenta con negar su consentimiento á las últimas proposiciones de la Inglaterra, ha dirigido á Turin una intimacion que debia por necesidad modificar la actitud que habiamos tomado.

El gobierno del Emperador no veia en los asuntos de Italia sino una gran cuestion europea, cuya solucion exigia el buen acuerdo de todos sus aliados, si bien dichos asuntos guardaban relacion por cierta parte única con intereses que le eran mas personales y

peculiares. El Austria, al hacer la promesa de no hostilizar al Piamonte, reconocia implícitamente la existencia de un límite que nuestro vivo deseo de alcanzar una solucion pacífica no nos permitia que fuese violado; el gobierno del Emperador por otra parte habia anunciado que no apoyaria á la Cerdeña en una tentativa agresora, pero que le prestaria su auxilio en caso de tener que recurrir á medidas defensivas. Semejante compromiso solo era limitado por una condicion, y á la corte de Viena tocaba el dispensarnos de la misma.

Sabedores de la amenaza que pesaba sobre el Piamonte, hemos debido ponernos en estado de atenuar sus efectos, y á peticion de S. M. el rey de Cerdeña ha entrado en su territorio la vanguardia del ejército francés. Vivas simpatías que no vacilamos en proclamar, no podian aconsejarnos la indiferencia ante los peligros de un país que se halla con la Francia en estrechas relaciones, pero dictáronnos nuestra conducta motivos mas poderosos al ver que dicho país se hallaba á nuestras puertas, que cubria una de nuestras fronteras, y que constituia el último obstáculo á la extension de una influencia que la Inglaterra, la Prusia y la Rusia consideraban, como nosotros, peligrosa para el equilibrio europeo, y orígen en la parte de Italia constituida en Estados independientes y soberanos, de perpetuas turbulencias y agitaciones.

Señor marqués, al adoptar el gobierno del Emperador una resolucion, cuyo carácter puramente defensivo he procurado definir, ha querido que la corte de Viena no ignorase que su ultimatum y las eventualidades á que el mismo daba orígen, creaban, junto á la cuestion general tratada hasta entonces en comun por los gabinetes de París, de Berlin de Lóndres y de San Petersburgo, una cuestion directamente francesa. Era una suprema advertencia, una última tentativa para impedir si era tiempo aun que el Austria y la Francia debiesen encontrarse en un terreno que no fuese el de la discusion europea.

En este solemne momento no vacilo en salir garante de que los sentimientos que sin cesar han animado al gobierno del Emperador, no le arrastraban á los extremos á que le ha conducido fatalmente una voluntad que no es la suya; el paso del Tessino nos obliga á atravesar los Alpes, declinando ante la Europa la responsabilidad de los acontecimientos. Así pues, luego que no os quepa duda alguna acerca del movimiento de las tropas austriacas, os avistareis con el conde de Buol, y despues de leerle la presente comunicacion de la cual le dejareis copia, le pedireis vuestros pasaportes.—Recibid etc.

París 29 de abril de 1859.—Walewski.

XXXVI.

Circular del conde de Cavour á los agentes diplomáticos del Piamonte en el extranjero, denunciando los excesos cometidos por el ejército austriaco en el territorio piamontés.

Señor embajador:

Por un despacho circular precedente he tenido el honor de poner en conocimiento de las legaciones de S. M. los actos de expoliacion á que se ha entregado el ejército austriaco en las provincias sardas que ha ocupado. Debo ahora informaros que se ha mandado practicar una averiguacion judicial por órden del gobierno acerca del particular, la que probará que el Austria ha violado brutalmente las leyes de la guerra, y que la conducta de sus tropas no es la que debe distinguir á las naciones civilizadas. Los resultados de esta averiguacion se comunicarán á su tiempo á las legaciones; pero hay un hecho que se halla hoy justificado legalmente por la autoridad judicial, y que debo señalar á la indignacion de los gabinetes de la Europa entera: publicado por la prensa, tal vez no se creeria. El gobierno debe manifestarla garantizando la verdad.

El 20 de mayo, el mismo de la batalla de Montebello, hácia las once de la mañana, algunas tropas austriacas estaban acampadas en las alturas de Torricella, pueblecillo de la provincia de Voghera. Una patrulla, despues de haber apresado al alguacil del tribunal á quien encontró en el camino forzándole á que le sirviese de guia, entró en el susodicho pueblecillo y se introdujo en la casa de los labradores Cignoli, donde, despues de minuciosas pesquisas en todas las partes de la habitacion, los soldados dieron órden á la familia Cignoli de que les siguieran y á otras personas que se encontraban allí por casualidad.

En el registro se habia descubierto una bolsa pequeña de cuero que contenia unos pocos perdigones de caza.

Las personas detenidas eran nueve, á saber:

Pedro Cignoli, de edad de sesenta años.
Antonio Cignoli, de cincuenta.
Jerónimo Cignoli, de treinta y cinco.

Carlos Cignoli, de diez y nueve.
Bartolomé Cignoli, de diez y siete.
Antonio Setti, de veintiseis.
Gaspar Ricardi, de cuarenta y ocho.
Hermenegildo San Peregrino, de catorce.
Luis Archille, de diez y ocho.

Habia, pues, un anciano de sesenta años y un niño de catorce.

La patrulla les condujo delante del jefe austriaco, que se encontraba en la carretera, á caballo, en medio de sus tropas.

Despues de cambiar algunas palabras en aleman con los soldados que conducian aquellos prisioneros, el jefe previno al alguacil, que habia servido de guia, que permaneciese en su puesto; y en seguida mandó á los desgraciados campesinos, que no sabian hacerse comprender y á los cuales todos sus miembros temblaban, que bajasen á una senda inmediata á la carretera; apenas dieron algunos pasos, cuando dicho jefe mandó hacer fuego á un peloton que se hallaba formado.

Ocho de aquellos infelices cayeron muertos en el acto, y el anciano Cignoli, mortalmente herido, no daba señales de vida. Las tropas austriacas volvieron á continuar su marcha, y dirigiéndose al alguacil, el jefe le dijo que podia irse, y para que no le molestasen las tropas que todavía estaban en las cercanías, le dió un salvo conducto.

Este era una tarjeta, en la que, debajo de una corona de conde, se leia:

FELDMARSCHALD TENIENTE URBAN.

Esta tarjeta consta en el sumario que se ha instruido sobre el asunto.

Algun tiempo despues los habitantes se aproximaron al sitio donde se habia llevado á cabo aquella horrorosa matanza. El anciano Cignoli, que habia recobrado los sentidos, fué trasladado al hospital de Voghera, donde murió á los cinco dias. Hechos de esta especie no necesitan comentarios. Son asesinatos tan cobardes como atroces, de los cuales apenas se podria encontrar ejemplo entre los salvajes.

Os ruego, señor embajador, que deis comunicacion de este despacho-circular al ministro de negocios extranjeros del gobierno cerca del cual estais acreditado, recibiendo al mismo tiempo la seguridad de mi distinguida consideracion.

Turin 12 de junio de 1859.—C. CAVOUR

XXXVII.

Parte oficial de la batalla de Montebello, dado por el general Forey.

EJÉRCITO DE ITALIA.

PRIMER CUERPO.—PRIMERA DIVISION.

Parte oficial del general Forey, trasladado al Emperador por S. E. el mariscal Baraguay-d'Hilliers.

Voghera, 20 de mayo á media noche.

Señor mariscal:

Tengo el honor de daros cuenta del combate que mi division ha sostenido hoy.

Advertido á las doce y media de la tarde de que una fuerte columna austriaca con artillería habia ocupado Casteggio y desalojado de Montebello á la gran guardia de caballería piamontesa, me dirigí sin pérdida de momento á las avanzadas, camino de Montebello, con dos batallones del regimiento n.° 74, destinados á relevar á dos batallones del regimiento n.° 84 apostados en dicho camino, delante de Voghera, en la direccion de Madura.

En tanto el resto de mi division tomaba las armas, mandé que la precediera una batería (la 6.ª del regimiento n.° 8).

Al llegar al puente echado en el riachuelo llamado Fossa-Gazza, límite de nuestras avanzadas, hice colocar en batería una seccion de nuestra artillería, apoyada á derecha é izquierda por dos batallones del regimiento n.° 84, los cuales desplegaron sus cazadores por las márgenes del rio.

Mientras daba las anteriores disposiciones, el enemigo se habia dirigido de Montebello á Ginestrello, y marchaba contra mí en dos columnas, la una por el camino real y la otra por la calzada del camino de hierro; entonces ordené al batallon del regimiento n.° 74 que se encontraba á la izquierda, que ocupase la calzada de Cascina Nuova, y al otro que se dirigiese á la derecha del camino á retaguardia del regimiento n.° 84.

Apenas se habia terminado este movimiento, cuando se trabó en toda la línea un vivo tiroteo entre nuestras guerrillas y las del enemigo, el cual marchaba hácia nosotros sosteniendo á aquellas por medio de columnas procedentes de Ginestrello. La artillería abrió con éxito el fuego contra ellas y al cual contestó el enemigo.

Ordené entonces avanzar á mi ala derecha, y el enemigo se retiró ante el ardor de nuestras tropas; pero observando que solo tenia

yo un batallon en la parte izquierda del camino, dirigió contra él una fuerte columna. Merced al vigor y á la firmeza de dicho batallon, mandado por el coronel Cambriels, y á las cargas de la caballería piamontesa, admirablemente mandada por el general Sonnaz, los austriacos debieron retirarse.

En aquel momento el general Blanchard, seguido del regimiento n.º 98 y de un batallon del regimiento n.º 91 (los otros dos se habian quedado en Oriolo donde tuvieron un choque), llegaba á mi lado y recibia la órden de relevar al batallon del regimiento n.º 74, encargado de defender la calzada del camino de hierro y de establecerse sólidamente en Cascina Nuova.

Tranquilizado por aquella parte hice avanzar otra vez á mi derecha, y me apoderé de la posicion de Ginestrello, no sin vencer una obstinada resistencia; juzgando entonces que siguiendo la línea de las montañas con el grueso de la infantería, y el camino con mi artillería, protegida por los caballos piamonteses, lograría apoderarme mas fácilmente de Montebello, organicé del modo siguiente mis columnas de ataque bajo las órdenes del general Beuret:

El batallon de cazadores n.º 17, apoyado por los regimientos números 84 y 74 formados en escalones, se lanzaron contra la parte Sur de Montebello, donde el enemigo se habia fortificado.

Trabóse entonces un combate cuerpo á cuerpo en las calles del pueblo que fué preciso ocupar casa por casa. Durante aquella lucha el general Beuret cayó á mi lado mortalmente herido.

Despues de una tenaz resistencia, los austriacos debieron ceder ante el ardor de nuestras tropas, y aunque fuertemente atrincherados en el cementerio, fueron desalojados á la bayoneta de aquella última posicion á los gritos mil veces repetidos de ¡Viva el Emperador!

Eran entonces las seis y media, y no juzgando prudente llevar mas léjos el triunfo de la jornada, detuve á mis tropas detrás de la eminencia en que se halla situado el cementerio, guarneciendo la cima con cuatro piezas de artillería y fuertes guerrillas, las cuales rechazaron á Casteggio á las últimas columnas austriacas.

Poco tiempo despues vi que las fuerzas enemigas evacuaban Casteggio, dejando allí una retaguardia, y que se retiraban por el camino de Casatima.

No puedo ponderar bastante, señor mariscal, el valor desplegado por nuestras tropas en esta jornada; todos, oficiales, subalternos y soldados, han rivalizado en ardor, y no debo olvidar tampoco á los oficiales de mi estado mayor que me han secundado perfectamente.

Dentro de poco tendré el honor de dirigiros los nombres de los que se han distinguido de un modo mas particular.

Ignoro todavía el número exacto de nuestras pérdidas, numerosas por desgracia, sobre todo en jefes superiores, los cuales han expuesto su persona á los mayores peligros. Las evaluo aproximadamente en 600 ó 700 hombres entre muertos y heridos.

Las del enemigo han debido ser considerables á juzgar por el número de muertos hallados en el pueblo de Montebello especialmente.

Hemos hecho unos 200 prisioneros, entre los cuales se cuentan un coronel y varios oficiales.

Han caido tambien en nuestro poder muchas cajas de municiones.

En cuanto á mí, señor mariscal, felicitome por haber sido mi division la primera en luchar con el enemigo. Este glorioso bautismo, que recuerda uno de los mas hermosos nombres del Imperio, señalará sin duda uno de los altos indicados en a órden del dia del Emperador.

Soy con respeto, señor mariscal, vuestro humilde y obediente servidor, *El general jefe de la primera division del primer cuerpo*,—Forey.

P. D. En virtud de los informes que de todas partes recibo, las fuerzas del enemigo no bajaban de 15 á 18,000 hombres, y segun las relaciones de los prisioneros eran de mucho superiores á este número.

XXXVIII.

Parte del general jefe del segundo ejército, feldzeugmestre conde Gyulai, al Emperador.

Señor:

Me apresuro á comunicar á V. M. mi relacion sobre el primer combate de importancia empeñado en la presente campaña por las tropas de V. M. Como se deduce ya de los primeros é incompletos partes que han servido de base al actual, los destacamentos todos del valiente ejército que han tomado parte en la lucha, han dado evidentes pruebas de su firmeza y experimentado valor.

Como lo anuncié en 19 del corriente por parte telegráfico al primer ayudante de campo de V. M., ordené el dia 20 un gran reconocimiento en la orilla derecha del Pó, en cuanto las noticias de los espías lo mismo que las observaciones hechas por las avanzadas establecidas á lo largo del Sesia y del Pó, hacian suponer que el enemigo proyectaba con fuerzas considerables un movimiento contra Plasencia, pasando por Voghera. Durante la noche del 19 al 20, tres brigadas del 5.° cuerpo fueron dirigidas con este objeto desde Pavía al puente de Vaccarizza, que se hallaba ya ocupado por la brigada Boer, formando parte del 8.° cuerpo.

Para esta expedicion coloqué bajo las órdenes del jefe del 5.° cuerpo al teniente feld-mariscal Urban, quien en expediciones anteriores habia reconocido ya el país entre Stradella, Vaccarizza y Voghera, y que se hallaba para este efecto con una brigada del 5.° cuerpo (general mayor Braum), y una brigada de su propia division de reserva (general mayor Schaaffgotsche), entre el puente de Vaccarizza y Broni. La expedicion mandada por el teniente feld-mariscal Stadion se componia pues de la division Baumgarten (brigadas Gaal, Bils y príncipe de Hesse) del 5.° batallon de la brigada Braum, del 9.° cuerpo y de la brigada Schaaffgotsche, completada por las tropas de la guarnicion de Plasencia (regimiento Hess) á fin de reemplazar á las partes de dicha brigada que habian quedado allí.

El teniente feld-mariscal Stadion empezó el dia 20 por la mañana su movimiento hácia el puente.

El teniente feld-mariscal Urban se habia dirigido por el camino real de Casteggio, haciendo antes batir á su izquierda la montaña por el tercer batallon de cazadores.

El teniente feld-mariscal Baumgarten seguia por la llanura con la brigada Bils por la parte de Casatima, y la brigada Gaal en la direccion de Robecco.

Su reserva compuesta de dos batallones y medio marchaba hácia Barbianello junto con el cuerpo del tren de artilleria. La brigada príncipe de Hesse formaba el ala derecha y se encaminaba por Verona á Brondazzo. El teniente feld-mariscal Stadion habia dispuesto que desde aquella posicion, que debia ser ocupada á las once, se empezase el ataque al medio dia, y que el teniente feld-mariscal Urban se apoderase de los pueblos de Casteggio y Montebello, á fin de adquirir una base para amenazar á Voghera, obligando así al enemigo á desplegar sus fuerzas.

El general mayor Gaal debia seguir en clase de reserva al teniente feld-mariscal Urban. Cuando el enemigo hubo abandonado á Montebello, el teniente feld-mariscal Urban marchó desde aquel pueblo contra Ginestrello, donde encontró á un enemigo superior en número que le opuso una sangrienta resistencia; esto no obstante los valientes cazadores de los batallones 3.° y 4.° de los regimientos Hess y Don Miguel, se apoderaron en breve de la eminencia y quinta de Ginestrello, no sin experimentar pérdidas considerables.

Sin embargo, el enemigo no tardó en desplegar fuerzas muy superiores que aumentaban de continuo por los incesantes refuerzos que le traian los caminos de hierro, y el teniente feld-mariscal Urban, junto con la brigada Gaal que habia llegado en aquel entonces para apoyarle, fueron rechazados con grandes pérdidas hasta Montebello. En tanto el teniente feld-mariscal Stadion habia llamado á las brigadas Bils y Hesse que ocupaban el ala derecha de la línea, mientras que el enemigo desplegaba una superioridad de fuerzas que iba siempre en aumento contra el general mayor Gaal, que acababa de reunirse con el general Braum junto con un batallon de Hess y otro de Rossbach. Montebello fué evacuado despues de una obstinada resistencia; el enemigo á quien pudo mantenerse á distancia á causa de las grandes pérdidas que habia experimentado, del buen continente de las tropas, y de haber sido desplegadas de antemano las reservas de la brigada Bils, no continuó la persecucion, y el cuerpo, que una vez en Casteggio no fué hostilizado en lo mas mínimo, llegó al puente durante la noche y se retiró á la orilla opuesta del Pó el 21 por la mañana.

Segun resulta de varios partes incompletos aun, los cuerpos que combatieron en Ginestrello bajo el mando del feldzeugmestre Urban fueron: el tercer batallon de cazadores, el tercer batallon del regimiento Don Miguel, dos batallones de Rossbach, el batallon de granaderos Hess, dos piezas de á 6 y cuatro de á 12 del regimiento n.° 8 de Hall. En aquel punto fué el combate mas sangriento, las pérdidas mas numerosas, y el número de los enemigos triple del nuestro.

En el combate de Montebello empeñáronse dos compañías y media de Rossbach, un batallon de granaderos, un batallon de línea de aquel regimiento, el segundo batallon de infantería Hess, dos batallones de infantería del regimiento Archiduque Carlos, el batallon de Liccans, un escuadron de húsares Hall, cua-

tro piezas de á 6 y dos de á 12. Gran parte de las tropas que combatieron en Ginestrello tomaron parte igualmente en el combate contra un enemigo que nos era dos veces superior en número.

El príncipe de Hesse mandaba el regimiento Culoz, un batallon Zobel, cuatro piezas de á 12, y tres escuadrones de uhlanos de Sicilia. Empeñáronse varios combates cerca de Calcababbio y de Causone de Lausi, y viéronse en ellos muchos hermosos ejemplos de cargar la infantería á la bayoneta contra la caballería ó de disparar su primera descarga á treinta pasos de distancia; los húsares y los uhlanos rivalizaban en ardor segun el modo de combatir propio de cada arma; la artillería avanzaba hasta muy cerca del enemigo, y al paso que disminuia así sus propias pérdidas, hacia mas terrible el efecto de su fuego.

Es de admirar las escasas heridas que la artillería ha causado en nuestras filas, siendo así que el enemigo disparaba contra nosotros desde una distancia muy corta. La infantería enemiga apuntó muy bien pero no merece su caballería un juicio tan favorable; por todas partes fué puesta en derrota por nuestros húsares y uhlanos, y cedia al primer ataque formal. La adjunta lista de nuestras pérdidas completará lo que se indica superficialmente en la presente relacion respecto de la mayor ó menor parte que cada division ha tomado en la lucha.

El estampido del cañon habia llamado hácia Casteggio al teniente feld-mariscal Crenneville, apostado cerca de Broni con parte de la brigada feld-mayer. El teniente feld-mariscal Stadion le hizo tomar posicion cerca de Borgo-San-Giuletta á fin de recibir en caso necesario á la brigada Bils, destinada á cubrir la retirada. De los partes particulares resulta que no ha habido persecucion, y en su consecuencia el teniente feld-mariscal Crenneville volvió aquella misma noche á Stradella. Así durante la marcha hácia delante como durante la retirada, el flanco derecho ha sido protegido por el general mayor príncipe de Hesse, con tanta prudencia como resolucion.

Por parte del enemigo parece haber entrado en línea todo el cuerpo de ejército del mariscal Baraguay-d'Hilliers y una brigada piamontesa.

Las tropas francesas que tomaron parte en la accion se componian de doce regimientos de infantería, de algunos batallones de cazadores, y de un regimiento de caballería; los piamonteses tenian allí una brigada y el regimiento de caballería de Novara; las reservas eran numerosas y aumentaban sin cesar.

El teniente feld-mariscal Stadion evalúa en 40,000 hombres á lo menos el número de los combatientes enemigos.

El resultado del reconocimiento que justifica mi posicion actual, me parece compensar los grandes sacrificios que el mismo ha exigido.

Espero todavía los partes detallados; el teniente feld-mariscal conde Stadion insiste particularmente en el valor desplegado por cuantas tropas tomaron parte en el combate. Los regimientos Archiduque Carlos, Hess, Don Miguel, Rossbach, Culoz, los húsares Hall, el tercer batallon de cazadores, y en general cuantas tropas entraron en fuego han añadido una hermosa página á su historia y á lahistoria militar del Austria.

Luego que haya recibido los partes detallados de los jefes, someteré á V. M. los nombres de los oficiales que mas se han distinguido. Por desgracia esta gloriosa batalla nos ha costado grandes sacrificios.

Han sido trasladados á Pavía 600 heridos, entre ellos 20 oficiales; el mayor Buttner, del estado mayor general, que se hallaba casualmente en Vaccarizza con una mision particular, y que se unió á la columna, ha sucumbido, lo mismo que el mayor del tercer batallon de cazadores; el teniente coronel Spielberg y el mayor Piers, del regimiento de infantería Archiduque Carlos, han faltado á la lista y estarán probablemente muertos ó habrán quedado heridos en el campo de batalla; el general mayor Braum ha sido herido.

Cuanto antes trasmitiré á V. M. los partes detallados; pero puedo decir desde ahora con orgullo que por su valor y el espíritu que las anima, se han mostrado las tropas dignas del favor de V. M., y que considerarán la aprobacion de su emperador y jefe como el mas noble estímulo para nuevas hazañas.

Cuartel general del ejército en Garlasco á 28 de mayo de 1859. — *El feld-zeugmestre,* GYULAI.

XXXIX.

Parte del general jefe de la guardia imperial sobre la batalla de Magenta.

Puente de San Martino, 5 de junio de 1859.

SEÑOR:

En virtud de las órdenes de V. M., la 2.ª brigada de granaderos de la guardia, bajo el mando del general Wimpffen, marchó de Trecate

el dia 4 de junio á las ocho de la mañana, para ocupar el puente de San Martino, evacuado por los austriacos. Estos, al verificar su retirada el dia anterior, habian intentado volar el puente del Tessino; pero su operacion habia tenido mal éxito, y aunque dos arcos hubiesen sufrido considerables averías, eran no obstante practicables aun para la infantería y aun para la artillería mediante algunas reparaciones.

Los granaderos pasaron el puente, y reconocieron la orilla opuesta, en la cual el enemigo se mostraba con pocas fuerzas.

A las diez de la mañana la brigada del general Cler, dos escuadrones de cazadores de caballería á las órdenes del general Cassaignolles, tres baterías de artillería de infantería y dos baterías montadas se pusieron en marcha desde Trecate con direccion al puente de San Martino, donde llegaron las tropas á las once y media.

En aquel momento disparáronse algunos tiros de cañon y de fusil por los austriacos y por dos batallones del general Wimpffen, apoyados por una seccion de artillería de infantería. Los tiradores austriacos y algunas piezas que habian montado fueron arrojados mas allá del puente de Naviglio; á la una de la tarde mandé cesar aquel combate sin objeto, y solo se oyeron algunos raros fusilazos cambiados entre nuestros granaderos, que se habian otra vez acercado al puente de San Martino, y los tiradores enemigos que de nuevo habian ocupado sus posiciones delante del puente de Naviglio.

A la una y media, V. M. oyó el cañoneo empeñado á la derecha de la posicion del enemigo, y creyó que el cuerpo de ejército del general Mac-Mahon y la division de cazadores de la guardia á las órdenes del general Camou habian realizado su movimiento de circunvalacion.

Dejar solo aquel cuerpo de ejército luchando con todas las fuerzas enemigas, hubiera podido hacer mas difícil y aun indeciso el tan bien combinado ataque del general Mac-Mahon, y á fin de dividir la atencion y las fuerzas del enemigo, V. M., que sabia la próxima llegada de los cuerpos del general Niel y del mariscal Canrobert, mandó á la division de granaderos de la guardia, compuesta de cinco mil hombres, atacar de frente la posicion del enemigo.

Dicha posicion forma un vasto semicírculo de colinas que apoya su derecha en el pueblo de Buffalora, su centro en Magenta, y su izquierda en Rebecco; esta línea se halla cubierta por un canal ancho y profundo, el Naviglio Grande, que corre entre dos diques muy escarpados y accesibles únicamente por tres puentes frente de las tres aldeas. Delante y detrás del puente de Magenta se encuentran cuatro grandes edificios de granito (las casas de la Aduana), los cuales ocupados por el enemigo defendian la proximidad del canal, é impedian luego su paso.

A derecha é izquierda del camino real que conduce desde el puente de San Martino al de Magenta, el terreno se hallaba cortado por fosos llenos de agua y por arrozales inundados, que imposibilitaban la marcha de la infantería fuera del camino. A la izquierda una estrecha calzada conduce al puente de Buffalora, y á la derecha, el terraplen del camino de hierro guia al puente de Rebecco. Para apoderarme de tan formidable posicion hice atacar el pueblo de Buffalora por el segundo regimiento de granaderos al mando del coronel Alton, é hice marchar por la calzada del camino de hierro al tercero de granaderos mandado por el coronel Metman. El regimiento de zuavos se formó en un recodo del terreno cerca del camino real y al abrigo del fuego enemigo, mientras se colocaban en el camino dos piezas de artillería que sostenian con ventaja el fuego de los cañones austriacos.

En la derecha, el tercero de granaderos, guiado por el general Wimpffen, desalojó al enemigo de un reducto que defendia el puente de Rebecco, lo rechazó mas allá del canal, y merced á la energía de aquel regimiento, todos los esfuerzos hechos por los austriacos para recobrar tan importante posicion, fueron infructuosos durante el resto de la jornada.

Tomada aquella posicion, el teniente coronel Tryon, con un batallon del tercer regimiento de granaderos, se arrojó rápidamente hácia la izquierda y atacó las dos primeras casas que defendian las cercanías del puente de Magenta; despues de un vivo tiroteo logró apoderarse de ellas; pero su tropa era harto débil para pasar el puente, vigorosamente defendido por fuerzas muy superiores. Entonces los zuavos, mandados por el coronel Guignard y dirigidos por el general Cler, apoyaron el ataque del tercero de granaderos, forzaron el paso del puente, se establecieron en la casa de la derecha, y debieron luchar aun algun tiempo antes de expulsar al enemigo de la casa de la izquierda, de donde salia un mortífero tiroteo. Finalmente, despues de media hora de una obstinada lucha, aquella po-

sicion fué tomada á viva fuerza y nada se opuso ya al libre paso del puente.

Quizás habria sido prudente limitarse á este triunfo y á la posesion de aquel puente esperando la llegada de los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert; esta medida era tanto mas necesaria cuanto que el general Mac-Mahon habia suspendido su ataque; pero arrastradas por su ardor habitual, nuestras tropas, compuestas apenas de tres batallones, salieron de la posicion que habian conquistado, y se dirigieron hácia Magenta, centro de la posicion enemiga. En breve se encontraron en presencia de fuerzas superiores, y columnas enemigas, apoyadas por un gran número de tiradores, amenazaron su derecha y su izquierda.

En aquel momento el general Cassaignolles, al frente de 110 cazadores de la guardia, cargó varias veces y con notable energía contra la izquierda, y á pesar de las dificultades del terreno, plantado de árboles y de viña, lograron acuchillar á los tiradores enemigos y detener la marcha ofensiva de sus columnas.

Sin embargo, favorecido el enemigo por la naturaleza del terreno no muy practicable para la caballería, emprendió de nuevo su marcha ofensiva, y el débil destacamento de cazadores de la guardia se retiró entre las dos casas que forman la cabeza del puente de Magenta, donde no tardó en incorporársele la artillería y la infantería dirigidas contra el centro de la posicion enemiga.

Los dos edificios, á la derecha y á la izquierda del puente, fueron solidamente ocupados por el tercero de granaderos y por los zuavos, sienda enviada la caballería mas allá del puente.

Eran las cuatro de la tarde y el enemigo se creia victorioso.

Para el triunfo de la jornada importaba conservar el paso del puente sobre el Naviglio, á fin de permitir á los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert el atacar al enemigo luego de su llegada.

V. M. mandó defender el puesto con grande energía, esperando la llegada de los refuerzos que se acercaban; las órdenes de V. M. fueron ejecutadas: los zuavos, los granaderos del tercer regimiento y los del primero que habian acudido en su apoyo, resistieron á todos los ataques en los puestos que les habian sido confiados.

A las cinco de la tarde se presentó á la vista del puente la brigada Picard, y recobrando entonces la ofensiva los granaderos y los zuavos, se lanzan á la bayoneta, rechazan otra vez al enemigo hácia Magenta, y proporcionan libre paso á los dos cuerpos de ejército que llegaban. La division Vinoy, del 4.° cuerpo, entró entonces en accion, siendo las operaciones del general Niel secundadas por el fuego de la artillería de la guardia, dirigido con habilidad contra las reservas enemigas, abrigadas detrás de los pueblos de Castello, de Barci y de Rebecco.

Durante las operaciones de que acabo de dar cuenta, el regimiento del coronel Auton se habia apoderado de Buffalora, vigorosamente defendido, y secundado por el regimiento de línea número 73, perteneciente al cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, se mantuvo allí hasta el fin de la jornada contra el ataque de fuerzas superiores.

Todos los regimientos de la division Mellinet, la caballería y la artillería han cumplido dignamente con su deber; sin embargo, la toma de una posicion que el arte y la naturaleza parecian hacer inexpugnable, posicion defendida por fuerzas muy superiores en número, no pudo obtenerse sino á costa de considerables pérdidas. Entre las mas sensibles, debo indicar á V. M. la del valiente general Cler, militar de gran mérito que recibió la muerte guiando á los zuavos á la carga.

En el ataque de Buffalora por el segundo regimiento de granaderos, los comandantes Maudhuy y Desne de Lisle encontraron una muerte gloriosa, y el general Wimpffen al mandar el ataque de la derecha, fué ligeramente herido en el rostro.

Al general Mellinet, que durante la accion me secundó con raro valor, le mataron dos caballos; mas tarde someteré á V. M. los nombres de los oficiales que mas se distinguieron, y que me parecen mas particularmente dignos de recompensa.

A pesar de que el general Le Boeuf no se halle bajo mis órdenes, faltaria á mi deber si no manifestara el enérgico auxilio que me ha prestado, dirigiendo el fuego de mi artillería durante lo mas empeñado de la accion. Guiado por su celo al medio de nosotros, es seguro que se le encuentra en todas partes donde hay peligro.

El general jefe de la guardia imperial,
REGNAULD DE SAINT-JEAN-D' ANGELY.

XL.

Parte del general jefe del 2.° cuerpo de ejército, sobre la batalla de Magenta.

Cuartel general de Magenta, 6 de junio.

Señor, ayer tuve el honor de dirigir á V. M. un primero y sucinto parte acerca de las operaciones del 2.° cuerpo en la jornada del 4; recibidos los partes particulares de los jefes de division, puedo ahora completarlo.

En virtud de las órdenes de V. M., el 2.° cuerpo y la division de cazadores de la guardia imperial, salieron de Turbigo el 4 á las diez de la mañana con direccion á Magenta.

La primera division del 2.° cuerpo (Lamotterouge) partió de Turbigo para Robechetto, Malvaglio, Casate y Buffalora, mientras que la division Espinasse se dirigia al mismo punto por Bascate, Inverano, Mesero y Marcallo.

La division Camou, de los cazadores de la guardia, marchaba en pos de la division Lamotterouge. Llegado á Cuggiono, observé que la vanguardia de esta division (eran entonces las doce) tenia el enemigo delante de ella en Casate; los informes que he recogido durante el dia de ayer, indican que habia en aquel punto dos regimientos austriacos.

Hiceles atacar inmediatamente por el regimiento de tiradores argelinos; el pueblo fué tomado, y el regimiento se estableció á 200 metros mas allá. Hícele detener en aquel punto, y mandé desplegar la 1.ª division, con la derecha en Cascina Valizio y la izquierda en Cascina Malastalla, mientras que el enemigo por su parte reunia fuerzas en Buffalora y en Cascina Guzzafame.

Las disposiciones del enemigo me revelaban tener delante de mí fuerzas considerables.

Mientras que la division Lamotterouge se formaba en línea de batalla, hice avanzar en segunda línea á la division de cazadores de la guardia compuesta de trece batallones, y prevenia al general Espinasse que apresurara su movimiento hácia Mesero y Marcallo.

A las dos, participábame aquel general tener el enemigo delante de sí en Marcallo.

Mandéle al momento apoderarse del pueblo y establecerse luego en él con su izquierda apoyada en Marcallo, y su derecha en la direccion de Cascina Guzzafame. Luego que adquirí la seguridad de que se habian realizado estas disposiciones preparatorias, hice atacar vigorosamente Buffalora por la division Lamotterouge, apoyada por la division Camou.

A ser exactas las noticias que he recibido, la posicion de Buffalora se hallaba ocupada por 15,000 austriacos, teniendo á sus espaldas, entre Buffalora y Magenta un cuerpo de 20,000 hombres.

El enemigo tenia á su frente delante del pueblo de Buffalora una fuerte bateria de artillería y otra de cohetes.

La posicion fué vigorosamente atacada por el regimiento de tiradores indígenas y por el regimiento de línea número 45, mientras que los granaderos de la guardia, procedentes de San Martino, atacaban igualmente á Buffalora y obligaban al enemigo á retirarse hácia á Magenta.

Ocupado por mis tropas el pueblo de Buffalora, hice sin pérdida de momento un cuarto de conversion á la izquierda para formar una línea de batalla, apoyada la derecha en el camino de Buffalora á Magenta, y la izquierda en Cascina-Nova, comunicándose por este punto con la division Espinasse.

Luego que la division Lamotterouge hubo tomado su órden de batalla, y que la division Camou hubo salido á la izquierda de Buffalora, hice marchar directamente toda la línea hácia Magenta, ocupada entonces por el enemigo con fuerzas considerables.

En Cascina-Nova, el 45 de línea empeñó un combate con indecible intrepidez contra las fuerzas establecidas en el interior y en las cercanías de aquella granja espaciosa; dos regimientos húngaros que defendian aquella posicion, viéronse obligados á ceder á nuestro ardor, y depusieron las armas unos 1,500 hombres. El regimiento número 45 se apoderó de una bandera sobre el cadáver del coronel de uno de aquellos regimientos.

El movimiento se prolongaba hácia Cascina Guzzafame, y la division Lamotterouge encontró delante de sí fuerzas considerables que maniobraban con la intencion evidente de oponerse á la reunion de mis dos divisiones, y de aislar completamente á la division Espinasse.

En aquel instante suspendí el movimiento de la division Lamotterouge, dejando únicamente á sus guerrillas que se empeñasen con el enemigo, á fin de dar tiempo á los batallones de la division para formarse en buen órden, y á los trece batallones de la division Camou para tomar igualmente su línea de batalla á 200 metros á retaguardia de la division Lamotterouge.

Hecho esto, ordené al general Lamotterouge el ataque de Magenta, haciendo tomar por punto de direccion á todos sus batallones el campanario de aquel pueblo, amenazando

con su ala derecha, compuesta del 45 de línea, la derecha del enemigo.

En tanto la division Espinasse, marchando de Marcallo por Cascina Medici, atacaba al enemigo por su derecha. El movimiento convergente de ambas divisiones se verificó con una unidad y un ardor que exceden á toda comparacion.

La division Lamotterouge, al sentirse apoyada por los cazadores de la guardia, y estos teniendo delante de sí una primera línea formada de regimientos cuyo valor conocian, rivalizaron en arrojo para conseguir el mismo fin. El encarnizamiento del enemigo en Magenta fué indescriptible: por ambas partes se comprendia que Magenta era en realidad la clave de la posicion. En aquel movimiento de ataque en toda la línea, el general Auger, jefe de la artillería del 2.° cuerpo, habia seguido á la division Lamotterouge, estableciendo sucesivamente las baterías de dicha division y las de la reserva en la derecha de mi línea de batalla, á fin de contestar vigorosamente á la artillería enemiga establecida á la salida del pueblo en el camino de Buffalora.

A las siete, el grueso de las fuerzas enemigas empezó su movimiento de retirada hácia Robecco, Castellaro y Corbetta. Parte de ellas tomaron el camino que conduce desde Magenta á Ponte di Magenta.

Entonces nuestra artillería, con cuarenta piezas colocadas en batería en el camino de hierro paralelo á la direccion de la línea de retirada seguida por el enemigo, pudo tomar por el flanco y las espaldas á las columnas austriacas, que desfilaban por aquella parte en el mayor desórden; recibidas como eran en aquel momento por una de las divisiones del 4.° cuerpo, uno de cuyos regimientos, el 52 de línea, habia contribuido por un momento al ataque de Magenta, debieron experimentar pérdidas considerables.

El pueblo de Magenta, tomado por nosotros á las siete y media, hallábase aun entonces lleno de numerosos destacamentos enemigos atrincherados en las casas, que se defendian con intrepidez, pero á quienes era imposible toda retirada. A las ocho cesó el fuego por ambas partes, y aquellos destacamentos hubieron de deponer sus armas. El ataque del pueblo por la division Espinasse, realizado al mismo tiempo que el de la division Lamotterouge, hace grande honor á los regimientos de la segunda division.

El segundo regimiento de zuavos y el segundo regimiento extranjero se han distinguido particularmente.

El campo de batalla cubierto enteramente con los cadáveres del enemigo, sembrado con sus armas y efectos de toda especie, indica á la vez el vigor de nuestras tropas y la importancia de las pérdidas experimentadas por el enemigo.

A la hora presente estimo en 5 ó 6,000 el número de prisioneros que he dirigido á San Martino.

Hemos encontrado mas de 10,000 fusiles en el campo de batalla, y nuestras pérdidas, aunque sensibles, son relativamente poco considerables.

El general Espinasse, cargando al frente de uno de sus batallones, cayó mortalmente herido, lo mismo que uno de sus oficiales de ordenanza, en el pueblo de Magenta.

Heróicamente como él, al frente de sus tropas, cayeron los coroneles Brouhot, del 65 de línea, y Chabrieres del segundo regimiento extranjero.

No puedo menos de insistir sobre los servicios que en esta jornada nos ha prestado la caballería, la cual ha cargado varias veces á la caballería enemiga que procuraba penetrar en los intervalos de nuestras columnas.

El peloton que me servia de escolta ha cargado tres veces contra partidas de uhlanos; la caballería austriaca ha retrocedido siempre delante de la nuestra.

Segun los informes dados por un oficial de ordenanza del general Jellachich, hecho prisionero, el enemigo tenia delante de nosotros cuatro cuerpos de ejército de 30,000 hombres nominales cada uno, pero que no contaban en realidad sino 25,000 combatientes.

Dichos cuerpos eran los de Glam-Gallas, Lichtenstein, Benedeck y Zobel, mandados en jefe por el feld-mariscal Gyulai.

Inútil es decir cuanto debo felicitarme por el vigor y la energía de las tropas que tengo el honor de mandar, sin distincion de armas ni de cuerpos. En ellas comprendo, como es natural, la division de cazadores de la guardia, puesta un instante bajo mis órdenes, y cuya cooperacion nos ha sido muy útil.

El único pesar que experimento, es no poder en este parte daros los nombres de los muchos oficiales y soldados que merecen ser citados en la órden del dia del ejército.

Los oficiales generales sin excepcion, se encuentran todos en esta categoría, y lo mismo puedo decir de todos los jefes de cuerpo.

Ayer dirigí hácia San Martino tres cañones tomados al enemigo en la jornada del 4 de junio.

Soy con el mas profundo respeto,
Señor,
De V. M.,
Humildísimo y obedientísimo servidor y súbdito,
El general jefe del segundo cuerpo.—DE MAC-MAHON.

XLI.

Parte del mariscal jefe del tercer cuerpo, de la batalla de Magenta.

El mariscal jefe del 3.er cuerpo salió de Novara el dia 4 de junio, y luego que hubo pasado el puente del Tessino á las cinco de la tarde, y tomado las órdenes del Emperador, se dirigió rápidamente al lugar del combate, donde la brigada Picard de la division Renault, llegada á las cuatro de la tarde, se colocó á la derecha de los granaderos de la guardia, que se habian apoderado con tanto valor de posiciones verdaderamente formidables.

Al llegar el mariscal, la brigada Picard, apoyada por algunos batallones de la division Vinoy, habia tomado, perdido y recobrado varias veces el pueblo de Ponte-di-Magenta; pero la disposicion del terreno que se extiende entre dicho pueblo y la calzada del camino de hierro presenta una eminencia que domina á dicha calzada, y cuya ocupacion era en cierto modo la clave de la posicion.

El mariscal la hizo ocupar por varias compañías dirigidas por el general Courtois d'Hurbal y por el capitan Molenes, uno de sus edecanes; luego prolonga su marcha hasta el mismo pueblo de Ponte-di-Magenta, el cual, despues de ser tomado y recobrado por tres veces, debia ser defendido aun otra contra un nuevo ataque de los austriacos.

El general Picard, el coronel Bellecourt del 85 y muchos oficiales que dan á las tropas el ejemplo del ardor y de la tenacidad, lo recobran de nuevo.

El enemigo comprendia la importancia de aquel punto que, á quedar en su poder, le colocaba en el flanco de nuestra linea de comunicacion con el puente del Tessino; semejante circunstancia explica su obstinacion en los ataques sucesivos, y el irresistible ardor de los nuestros para recobrar la posicion.

La brigada Jannin, llevando á su frente al general Renault, habia en fin podido dirigirse rápidamente contra la linea austriaca, apoyándose en la porcion de Ponte-di-Magenta situada en la orilla izquierda del canal Naviglio. Tomada y recobrada por distintas veces aquella parte del pueblo, aislada por el puente del Naviglio que el enemigo habia volado, quedó en posesion del general Renault, quien se estableció definitivamente en ella.

La division Trochu, que no aparece en el teatro de la pelea hasta las ocho de la noche con su primera brigada, se estableció en el pueblo de Ponte-di-Magenta, y aseguró nuestro triunfo por medio de una sólida ocupacion.

Las tropas, á pesar de su debilidad numérica y de las fatigas de una penosa marcha, han secundado siempre el ejemplo de sus jefes, y cargado con ardor al enemigo.

El triunfo ha sido glorioso, pero muy caramente adquirido: mas de mil y cien hombres han sido muertos ó heridos. Entre los oficiales que han perdido la vida, debo citar con sentimiento al coronel Senneville, mi jefe de estado mayor general, oficial superior de grandes cualidades; al coronel Charlier del 90 de linea, muerto al frente de sus soldados, y al capitan de estado mayor Baligand, excelente oficial, ayudante de campo del general Jannin.

Entre los heridos se encuentran el intendente Mallarmé; el coronel Auzouy del 23 de linea; el coronel de estado mayor Cornely, mi primer ayudante de campo, contuso por la caida de su caballo al recibir una bala; el capitan de estado mayor Armand, uno de mis ayudantes de campo, herido ligeramente de un balazo en la barba, y el subteniente Lestanges, herido de un sablazo en la cabeza.

Hemos cogido al enemigo algunos centenases de prisioneros, que han sido dirigidos inmediatamente hácia San Martino.

Todo induce á creer que las pérdidas del enemigo apostado delante de nosotros, han sido á lo menos triples de las nuestras.

El conde de Vimercanti, oficial piamontés, puesto á mi disposicion por el Emperador, me ha sido de grande utilidad.

El mariscal de Francia, jefe del 3.er cuerpo.—CANROBERT.

XLII.

Parte del general jefe del 4.º cuerpo, sobre la batalla de Magenta.

Cuartel general de Ponte-di-Magenta, 5 de junio de 1859.

Señor:

No me ha sido dable todavía reunir los do-

cumentos todos relativos á la parte que la division Vinoy, del 4.° cuerpo, ha tomado en la batalla dada ayer en el puente del Tessino; pero creo que V. M. leerá con interés el resúmen de los informes que he podido procurarme.

En el momento en que acababa de acampar en Trecate, procedente de Novara, la division Vinoy fué llamada por el Emperador. La distancia que media desde Trecate á Ponte Nuovo di Magenta ha sido recorrida casi enteramente á la carrera, y varias veces debí calmar mas bien que excitar la rapidez de la marcha. Tiempo era ya de que aquella division llegara: la gran superioridad de las fuerzas enemigas hacian experimentar sensibles pérdidas á la guardia imperial, vivamente atacada en sus posiciones, debiendo yo enviar refuerzos á los puntos mas amenazados. Las tropas de la division, combatiendo por grupos de dos ó tres batallones, se encontraron varias veces en posiciones muy críticas: extendidos en línea éramos cortados, y envueltos si formábamos columnas de ataque.

El enemigo ha sido arrojado de todas las posiciones que nosotros queríamos ocupar, dejando el suelo cubierto de muertos y heridos; la segunda division ha hecho mas de 1,000 prisioneros.

Tan vivo combate ha producido muchas y sensibles pérdidas; segun los partes que he recibido hasta ahora, y que considero exactos, la division Vinoy ha tenido 11 oficiales muertos y 50 heridos, siendo de 650 el número de subalternos y soldados muertos ó heridos. El regimiento número 85 es el que mas ha sufrido; el comandante Delort, de dicho regimiento, alcanzó una muerte gloriosa al frente de su batallon, y todos los demás oficiales superiores fueron puestos fuera de combate. El general Martimprey ha sido herido al frente de su brigada.

Muchos actos de valor tendria que manifestar, pero creo de mi deber participar desde hoy á V. M. la brillante conducta del general Vinoy; es imposible unir en mas alto grado el ardor que electriza al soldado y la presencia de ánimo que atiende á los casos difíciles é imprevistos.

Señor, en la segunda division del 4.° cuerpo, todos han cumplido con su deber, satisfechos al combatir á la vista de V. M.

Soy con el mas profundo respeto,

Señor,

De V. M.

El mas adicto servidor y súbdito,

El general de division, ayudante de campo del emperador, jefe del 4.° cuerpo.—Niel.

XLIII.

Parte telegráfico dirigido á la Gaceta de Viena por el conde Grunne, ayudante de campo del emperador Francisco José, relativo á la batalla de Magenta.

Verona 6 de junio, á las 10 y 40 minutos de la noche.

La batalla de Magenta dada el dia 4 de junio ha sido muy viva y sangrienta, y ha durado hasta la noche. En aquella madrugada el enemigo atacó cerca de Turbigo y Buffalora á dos brigadas del primer cuerpo, mandadas por el feld-mariscal-teniente (general de division) Clam-Gallas; el ataque de los enemigos fué sostenido sucesivamente por tres brigadas del 2.° cuerpo y por la division Reichach, del 7.° cuerpo, que acababan de pasar á la orilla izquierda del Tessino. Al medio dia el 3.er cuerpo de ejército tomó tambien parte en la accion, y el puente de Buffalora, lo mismo que el pueblo de Magenta, fueron tomados, perdidos y recobrados.

En la mañana del 5, el combate principió de nuevo en el ala izquierda cerca de Magenta; pero carecemos de detalles acerca de esta nueva accion. El enemigo cesó en sus ataques, y en la tarde del 5, nuestro ejército se estableció de flanco entre Abbiate-Grasso y Binasco. Visto el éxito incierto del combate, el feld-zeugmestre, conde Gyulai, mandó evacuar completamente á Milan. Los cuerpos de ejército 5.° y 8.°, muy apartados del campo de batalla, no han podido tomar parte en la accion. Tenemos en nuestro poder gran número de prisioneros franceses. Las pérdidas son considerables por una y otra parte, pero no se han recibido todavía los partes oficiales y detallados.

En tanto podemos decir que se cuentan entre los heridos al feld-mariscal-teniente baron Reichach, los generales mayores (generales de Brigada) Burdina, Dulferld y Lebzeltern, al coronel Hubatschek, al teniente coronel Stromfeld y al mayor Merkl de Hartmann, de infantería. El teniente coronel Hoffer y el mayor Walter, del regimiento del Rey de los belgas, el mayor Morans del regimiento conde Wimpffen, el teniente coronel Imbrisserio y el mayor Haas, del segundo regimiento fronterizo del Banato, han desaparecido.

El mayor Kronfeld de húsares de Prusia, ha muerto en el campo de batalla; carecemos de otras noticias escritas. Las comunicaciones telegráficas se hallan interrumpidas entre Milan, Pavía y Verona, y esto no me permitirá

obtener hasta pasados algunos dias detalles auténticos por la via telegráfica; pero luego que se reciban los informes que se esperan, serán comunicados al público sin pérdida de momento.

XLIV.

Parte del general en jefe del segundo ejército, feld-zeugmestre conde Gyulai, al Emperador sobre la batalla de Magenta.

Señor: Me apresuro á trasmitir á V. M. con el mayor respeto, por conducto del coronel Weiszrimmel, del estado mayor general, un parte sucinto de la batalla de Magenta, y despues le añadiré una descripcion detallada de este hecho glorioso para las armas de V. M., aunque el triunfo no haya coronado nuestros esfuerzos.

El dia 4 de junio, á las siete de la mañana, el teniente feld-mariscal conde de Clam, me manifestó que con unos 7,000 hombres de su cuerpo de ejército, y con el 2.° cuerpo, ocupaba la posicion de Magenta, y que fuertes masas enemigas avanzaban hácia el puente que el mismo teniente feld-mariscal habia adandonado pocos dias antes por no creerlo de posible defensa.

Cuando recibí este aviso (á las ocho y cuarto de la mañana), del 7.° cuerpo habia la division Reichach en Corbetto, el teniente feld-mariscal Lillia en Casteletto; el 3.er cuerpo estaba en Abbiate-Grasso; el 5.° en marcha para Abbiate-Grasso; el 8.° iba de Binasco á Betazzo, y el 9.° cuerpo estaba á orillas del Po mas abajo de Pavia. Transmití á los cuerpos la órden de avanzar inmediatamente, y dirigí los cuerpos 3.° y 5.° sobre el flanco derecho del enemigo, en caso de que este debiese realmente intentar un ataque al salir de San Martino. Ya el dia anterior supe que el enemigo habia pasado el Tessino en Turbigo.

Por este lado esperaba su ataque principal. Ya antes la division Cordon, del 1.er cuerpo, habia sido enviado á Turbigo; sin embargo, habia debido retirarse en parte, y mas tarde, cuando perdimos Buffalora, debió tambien retirarse de allí, porque el enemigo la atacaba en esta última posicion.

Mandé al teniente feld-mariscal conde Clam que defendiese á Magenta, é hice adelantar á todos los cuerpos.

Al mediodia el enemigo empezó el ataque. Disponiendo de fuerzas superiores llegó á apoderarse del dique del Naviglio y de Ponte-di-Magenta. Con este motivo tuvo pérdidas enormes; sin embargo los diques y lo cortado del terreno le permitieron establecerse en esta posicion á eso de las dos. A esta hora, yo me habia trasladado á Magenta con mi estado mayor, y estaba tomando mis disposiciones.

En el momento en que la primera línea empezaba á ceder, la division del teniente feld-mariscal baron Reichach recibió la órden de recobrar del enemigo la posicion de Ponte-di-Magenta. Yo me dirigí á caballo á Robecco para indicar al 3.er cuerpo de ejército la direccion del flanco derecho enemigo. Poco despues de mi llegada á dicho punto, se me dió la noticia de haberse recobrado heróicamente Ponte-di-Magenta, tomando además un cañon rayado.

Seguras de la victoria las columnas del 3.er cuerpo, siguieron entonces avanzando, el general mayor Ramming por la ribera oriental del Naviglio, la brigada Hartung entre el canal y Carpengago, y la brigada Durfeld detrás de los dos en concepto de reserva.

Cuando estas brigadas avanzaron para el ataque, la division del teniente feld-mariscal Reichach tenia que retroceder, si bien esta division, y en especial la brigada del general mayor Lebzeller, que precedia heróicamente al regimiento de infantería *Emperador* en un ataque contra Buffalora, habia rechazado con denuedo varios asaltos.

El enemigo hacia adelantar constantemente en línea tropas descansadas; la aparicion del cuerpo 13.° sobre el flanco del ejército aliado, produjo al principio muy buen efecto. La brigada del general mayor Hartung, apoyada por el general mayor Durfeld, embistió varias veces contra Ponte-Vecchio-di-Magenta; este punto fué tomado, perdido y vuelto á tomar, y por fin quedó en poder del enemigo. Montones de cadáveres indican el empeño que en esta lucha se puso de una y otra parte.

La brigada del mayor general Ramming despues de varios ataques del bravo regimiento Rey de los belgas contra Robecco, debió tambien retirarse, y se detuvo delante de este pueblo. Al anochecer llegó al campo de batalla el 5.° cuerpo; la brigada del príncipe de Hesse intentó en vano, bien que combatiendo con rara bravura, rechazar al enemigo que avanzaba por la parte de Magenta. Este pueblo, en el que aun se sostenian las cansadas tropas del teniente feld-mariscal conde Clam y del teniente feld-mariscal príncipe Lichtenstein, debió en fin ser evacuado ante los ataques de un enemigo superior en número que llegaba tambien por la parte del Norte. La division del

teniente feld-mariscal Lillia recibió entonces la órden de trasladarse á Corbetto, y ocupar como reserva este puente por donde debia efectuarse la retirada.

Llegada la noche, hice ocupar tambien fuertemente á Robecco, y prepararlo todo para atacar de nuevo en la mañana del 5. Las enormes pérdidas del enemigo permitia igualmente esperar que se le encontraria desordenado, y la bravura que nuestras tropas habian mostrado en todos los ataques, hacia abrigar la esperanza de que con su choque quedaria derrotado el enemigo.

Hemos hecho prisioneros de casi todos los regimientos del ejército francés, y parecia consiguiente que hubiese empeñado en la batalla sus últimas reservas, en tanto que por nuestra parte disponíamos aun del 5.° y 8.° cuerpo de ejército y de una division del 3.° que no habian entrado en accion; estas tropas, llegando como debian llegar frescas al campo de batalla, podian servir de gran peso en la balanza. Todo esto lo habia calculado, y no esperaba mas, sin perjuicio de concluir de tomar mis disposiciones para el ataque, que recibir aviso de que las tropas ocupaban sus posiciones, y el total de las pérdidas que habian experimentado.

Entonces tan solo fué cuando supe que las tropas del 1.° y 2.° cuerpos de ejército, que eran las que mas habian sufrido del primer choque del enemigo, se habian ya retirado, y que no podian llegar al campo de batalla sino haciendo una marcha muy fatigosa de noche. Estas tropas se habian ya puesto en camino desde las tres de la mañana, de manera que á la hora en que me habria sido posible enviarlas de nuevo adelante, verificaban ya su marcha en retirada. En tales circunstancias, hube de tratar de conservar intactos, para cubrir los demás, á los cuerpos que se encontraban aun dispuestos á combatir, y me fué necesario ordenar la retirada.

En la madrugada del 5, el bravo regimiento de infantería Gran duque de Hesse, atacó de nuevo á Ponte-di-Magenta para facilitar el movimiento de retirada. Fué este, dice el teniente feld-mariscal príncipe de Schwarzenberg en su parte, el último esfuerzo de un bravo regimiento que el dia antes habia perdido un oficial de plana mayor y nueve capitanes sin vacilar una sola vez en el ataque ni ceder en la retirada.

Dejóse al enemigo en Magenta, y despues se dispuso la retirada. Creo poder decir con toda seguridad que el enemigo, á pesar de sus fuerzas superiores, ha pagado cara la posesion de Magenta, y que hará al ejército de V. M. la justicia de que ha cedido á un ejército valiente y superior en número, pero no sin haber sostenido una lucha heróica.

No puedo en este momento dar mayores detalles sobre el combate, en atencion á que en las circunstancias actuales, no podria exigir que se me enviasen en tiempo oportuno los partes de las tropas; pero creo aproximarme á la verdad, fijando en 4,000 ó 5,000 el número de nuestros muertos ó heridos, pérdida que por parte del enemigo habrá sido seguramente doble. Entre los heridos se encuentran al teniente feld-mariscal Reischach, herido de un balazo en la cadera, y á los generales Lobzeltern y Durfeld, heridos ambos en el brazo. Así que haya recibido los partes de los jefes de cuerpo, no dejaré de enviar á V. M. una relacion mas circunstanciada, y de darle los nombres de los que se han distinguido particularmente.

Cuartel general de Belgiojoso, á 6 de junio de 1859.

Feld-zeugmestre,—Gyulai.

XLV.

Ley dada por Victor Manuel, rey de Cerdeña, en 8 de junio de 1859, relativa al gobierno provisional de la Lombardía.

Nos, Victor Manuel II, rey de Cerdeña, etc.

En virtud de los poderes extraordinarios que nos han sido conferidos por la ley de 25 de abril último, á propuesta de nuestro consejo de ministros, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.° Para el gobierno temporal de las provincias de la Lombardía se nombrará un gobernador.

Art. 2.° El gobernador administrará las provincias de la Lombardía en nombre del rey, y estará investido de plenos poderes, excepto las limitaciones que sean determinadas por disposiciones especiales emanadas de nuestro gobierno, las cuales serán publicadas en el diario oficial del reino. En cuanto se refiera á la guerra y á la administracion militar, el gobernador deberá limitarse á hacer ejecutar prontamente las órdenes del ministerio de la guerra y del jefe de los ejércitos aliados. Para los demás asuntos á que no se extiendan los plenos poderes del gobernador, se entenderá directamente con nuestro ministerio.

Art. 3.° Las autoridades todas de las pro

vincias lombardas quedan colocadas bajo a inmediata dependencia del gobernador.

Art. 4.° El gobernador de la Lombardia conocerá en todos los asuntos que incumbian bajo el antiguo régimen al gobernador general del reino lombardo-veneto y á los departamentos centrales, ó á los ministros del pasado gobierno.

Art. 5.° El gobernador podrá nombrar comisiones especiales elegidas entre los empleados y los ciudadanos mas distinguidos por sus luces, su probidad y su adhesion á la causa nacional, á fin de consultarles en los mas importantes asuntos políticos, económicos y morales de la Lombardía.

Art. 6.° Quedan destituidos todos los empleados no italianos.

Art. 7.° Quedan suprimidos la tenencia de la Lombardia y el consejo de la misma.

Los artículos desde el 8 al 16 inclusive son de un interés puramente local.

Art. 17. Quedan suprimidas las delegaciones provinciales.

Art. 18. En cada provincia se instituirá una intendencia general. El intendente general será nombradó por el rey.

Los artículos desde el 19 al 25 inclusive son de interés puramente local.

Art. 26 Queda suprimida la seguridad general de policía.

Art. 27. Quedan igualmente suprimidos los comisarios imperiales de policía.

Art. 28. Se establece en cada provincia una oficina de cuestura para la seguridad pública.

Los demás artículos hasta el 40 inclusive, son disposiciones de interés puramente local.

Art. 41. Los Códigos civil, penal, de comercio y de procedimientos, y en general todas las leyes, decretos, reglamentos y ordenanzas relativas á la administracion pública que ha regido hasta ahora en las provincias lombardas, se mantendrán en todo lo que no sea contrario á la presente ley, salvo empero las modificaciones de forma que haga indispensables el cambio de régimen.

Dado en Milan, á los 8 de junio de 1859.

VICTOR MANUEL.

CAVOUR.

XLVI.

Parte trasmitido al emperador Napoleon III por el mariscal Baraguay-d'Hilliers, relativo al combate de Marignan.

Marignan, 10 de junio.

Señor:

V. M. dióme ayer la órden de dirigirme con el primer cuerpo de ejército al camino de Lodi, y de arrojar al enemigo de San Juliano y de Marignan, advirtiéndome que para esta operacion podia disponer del 2.° cuerpo mandado por el mariscal Mac-Mahon.

Sin pérdida de momento me dirigí á San Donato para ponerme de acuerdo con el mariscal, y convenimos en que él atacaria San Juliano con su primera division, y que despues de desalojar de allí al enemigo, marcharia contra Carpianello para pasar el Lombro, cuyo acceso es muy difícil, marchando luego á Mediglia.

La segunda division debia tomar en San Martino el camino que conduce á Bettola por Trivulzo y Casanova, y dirigirse á la izquierda de Mediglia, atacando por la espalda la posicion de Marignan.

Convinose además en que el 1.er cuerpo se dirigiese por el camino real de Marignan, y que enviase al punto indicado en el mapa «Betolma» la primera division, la cual, pasando por Civesia y Viboldone, ocupase Mezzano y estableciese en aquel punto una batería de 12 piezas para batir primeramente Dedriano, y mas tarde el cementerio de Marignan, donde el enemigo se habia atrincherado y donde habia establecido fuertes baterías;

Que la segunda division del 1.er cuerpo, despues de salir de San Juliano, marchase á San Brera y estableciese allí una batería tambien de 12 piezas para batir el cementerio y enfilar el camino desde Marignan á Lodi;

Finalmente, que la tercera division del mismo cuerpo marchase directamente contra Marignan y se apoderase del pueblo, en union con las divisiones primera y segunda, luego que nuestra artillería hubiese introducido el desórden en él.

La primera division dejó Marignan á su izquierda, y recibió órden de marchar á Cerro, mientras que la segunda y tercera se dirigian á Sordio, donde debian entrar en comunicacion con el 2.° cuerpo, que se encaminaba igualmente á aquel punto por Dresano y Casalmajocco.

Para que tales disposiciones tuvieran completo éxito, era preciso tiempo para plantearlas, y V. M., al prescribirme que operase el mismo dia de mi salida de San Pietro l'Olmo, hacía mi empresa mas difícil, pues los primeros batallones de la tercera division del primer cuerpo, no pudieron entrar en línea hasta las tres y media, tan embarazado se hallaba el camino con los convoyes del 2.° y 4.° cuerpos. Esto no obstante, á las doce y media dí órden al mariscal Mac-Mahon de dirigirse á

San Juliano, donde no encontró al enemigo, y vadeando el Lombro á pesar de hallarse indicado en el mapa un puente en Carpianello, continuó su marcha hácia Mediglia.

A las cinco y media, la tercera division del 1.er cuerpo llegó á unos 1200 metros de Marignan, ocupado por el enemigo, el cual habia construido un parapeto en el camino á unos 500 metros mas allá del pueblo, y establecido baterías detrás de un ancho foso en la línea de las primeras casas. Di órden al general Bazaine de que dispusiera su division para el ataque, mientras que se formaba en guerrilla un batallon de zuavos.

El enemigo nos recibió con un cañoneo que podia ser peligroso, en cuanto las balas enfilaban el camino por el cual debiamos marchar en columna. Nuestra artillería contestó con éxito á la de los austriacos, y el general Forgeot, con dos baterías y los tiradores de la primera division en Mezzano, apoyó en nuestra derecha el ataque que íbamos á realizar. Entonces hice echar á tierra las mochilas, y lancé contra la batería enemiga al segundo batallon de zuavos seguido por toda la primera brigada.

Los austriacos habian colocado una nube de tiradores en las primeras casas del pueblo y en el cementerio, pero esto no obstante, no pudieron resistir la impetuosidad de nuestro ataque, y emprendiendo la retirada, se resistieron vigorosamente en las calles, en el castillo y detrás de las verjas y paredes de los jardines, siendo por fin completamente arrojados del pueblo á las nueve de la noche.

Al llegar cerca de Marignan, la segunda division se formó á la izquierda de la tercera, siguió el curso del rio, y mató ó hizo prisioneros á los enemigos que habiamos desalojado ya del pueblo. Tambien el mariscal Mac-Mahon pudo disparar contra los austriacos algunos cañonazos desde el camino de Lodi, pues se habia dirigido á Colognio al oir nuestro tiroteo.

La resistencia del enemigo ha sido muy vigorosa, y ha habido mas de un combate á la bayoneta; en uno de los ataques de los austriacos, el águila del regimiento número 33 estuvo por un momento en peligro, pero fué bizarramente defendida.

Las pérdidas del enemigo son considerables: las calles y los campos inmediatos al pueblo están llenos de cadáveres austriacos: 1200 heridos enemigos han sido llevados á nuestros hospitales; hemos hecho 800 ó 900 prisioneros, y tomado una pieza de artillería. Nuestras pérdidas se elevan á 943 hombres entre muertos y heridos; pero lo mismo que en los combates anteriores, los jefes han sufrido en mayor proporcion que la ordinaria: los generales Bazaine y Goze han salido contusos; el coronel del 1.° de zuavos ha sido muerto; el coronel y el teniente coronel del regimiento número 33 han sido heridos, y ha habido en todo 13 oficiales muertos y 56 heridos.

Con el estado de estas pérdidas, tengo la honra de enviar al emperador las propuestas hechas por los generales de division y aprobadas por mí. Ruego á V. M. que atienda á ellas, y que trate al 1.er cuerpo con su benevolencia acostumbrada.

Le recomendaré, si, particularmente al coronel Anselme, mi jefe de estado mayor, propuesto para general de brigada; al comandante Foy, cuyo caballo ha sido herido, propuesto para teniente coronel; al comandante Melin, propuesto para oficial de la Legion de honor; al capitan Rambaud, para el cual es solicitado ya el ascenso, y Mr. Franchetti, subalterno en el 1.° de cazadores de Africa, mi porta-guion, herido á mi lado.

Soy con respeto,

Señor,

De V. M.,

El humildísimo y fidelísimo súbdito,

El mariscal jefe del 1.er cuerpo—Baraguay d'Hilliers

XLVII.

Parte de la batalla de Marignan publicado por la Gaceta de Viena.

Verona, 13 de junio á las cuatro de la tarde.

El dia 8 de este mes, la brigada Roden, perteneciente á la division de retaguardia Berger, del 8.° cuerpo de ejército, se encontraba en Marignan.

A las cinco y media de la tarde, tres columnas enemigas, procedentes de Milan, se adelantaron contra aquel pueblo. La columna de ataque que marchaba por el camino real se componia de tres batallones, seis piezas de artillería y una division de caballería; la columna de la derecha contaba igual fuerza, si bien llevaba diez cañones y algunos cohetes á la congreve; la de la izquierda era algo mas débil y tenia dos cañones.

A las cinco y tres cuartos el enemigo empezó el ataque con un vivo cañoneo; la batería de la brigada Roden contestó al fuego de la artillería enemiga, mas que doble de la

nuestra, y lo hizo de un modo tan certero y eficaz que causó al enemigo considerables pérdidas.

Pasada una media hora, durante la cual la brigada Roden habia penetrado de nuevo en Marignan, el enemigo dirigió un fuerte ataque de infanteria contra el flanco derecho de la brigada, amenazando asi sus comunicaciones con el puente del Lombro y su linea de retirada hácia Lodi, con fuerzas tan superiores, que los destacamentos que se hallaban en Marignan debieron recibir órden de retirarse.

La bateria continuó el fuego hasta el último momento, y en tanto la brigada Boer, que se habia mantenido á espaldas de Marignan, apoyó á las tropas empeñadas en la lucha, tomando posicion en Castello Bernardi, y ocupando aquel punto hasta que hubieron sido trasportados los últimos heridos. Los destacamentos que se retiraban de Marignan eran apoyados por dicha brigada, mientras que el enemigo, que habia pasado á la orilla izquierda del Lombro, barria el camino en toda su extension desde La Capuccini.

Un violento chubasco y sin duda la intencion de marchar contra Pavía, indujeron al enemigo á cesar el combate, y la division Berger continuó su marcha hácia Lodi sin ser inquietada en su calidad de retaguardia del 8.° cuerpo.

En ese combate, como siempre, nuestras tropas han combatido heróicamente; los oficiales, dando el ejemplo á sus soldados, eran los primeros en precipitarse contra el enemigo, y los primeros tambien por desgracia en encontrar la muerte de los héroes.

Nuestras pérdidas se elevan á 250 hombres entre muertos y heridos; entre los primeros se encuentra al general mayor Boer, el cual gravemente herido, ha muerto al ser conducido á Lodi.

XLVIII.

Tratado celebrado en París entre las cortes de Austria, de España, de Francia, de la Gran Bretaña, de Prusia y de Rusia, determinando en cumplimiento del artículo XCIX del acta del congreso, la reversion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

En nombre de la santísima é indivisible Trinidad.

Habiendo reconocido que la causa que indujera á S. M. Católica á diferir su asentimiento al tratado firmado en Viena en 9 de junio de 1815, lo mismo que al de París de 20 de noviembre del mismo año, consistia en el deseo de ver fijar por acuerdo unánime de las potencias que lo firmaron la aplicacion del artículo XCIX de dicho tratado de 9 de junio, y en su consecuencia la reversion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla despues del fallecimiento de S. M. la archiduquesa María Luisa;

Considerando que el mencionado asentimiento es necesario para completar la adhesion general á las transacciones en que se fundan los intereses politicos y la paz europea;

Considerando que S. M. Católica, persuadida de esta verdad y animada de iguales sentimientos que sus augustos aliados, se ha decidido de su espontánea voluntad á consentir en dicho tratado en virtud de los actos solemnes firmados á este efecto en 7 y 8 de junio de 1817;

Considerando en su consecuencia ser conveniente satisfacer al mismo tiempo las demandas de S. M. Católica, relativas á la reversion de dichos ducados de un modo que contribuya aun mas al afianzamiento de la paz y de la buena inteligencia, por fortuna restablecidas, y existentes en Europa, SS. MM. Imperiales y Reales de Austria, de España, de Francia, de la Gran Bretaña, de Prusia y de Rusia han nombrado para este efecto á los plenipotenciarios que á continuacion se expresan:

S. M. el emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, al señor Nicolás Carlos, baron de Vincent, etc., etc.

S. M. el rey de España y de las Indias al señor Carlos Gutierrez de los Rios, Fernandez de Córdoba, Sarmiento de Soto Mayor, etc., etc.

S. M. el rey de Francia y de Navarra al señor Armando Manuel de Plessis-Richelieu, duque de Richelieu, caballero de la real y militar órden de San Luis, etc.

S. M. el rey del reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda al señor Carlos Stuart, etc.

S. M. el rey de Prusia al señor Carlos Federico Henry, conde de Goltz, etc.

S M. el emperador de todas las Rusias, rey de Polonia, al señor Carlos Andrés Pozzo di Borgo, etc.

Los cuales, despues de cambiar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

I.

El estado de posesion actual de los ducados

de Parma, Plasencia y Guastalla, lo mismo que el del principado de Luca, queda determinado por las estipulaciones del acta del congreso de Viena, y las disposiciones de los artículos XCIX, CI y CII se conservan en toda su fuerza y vigor.

II.

La reversion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, prevista por el artículo XCIX del acta final del congreso de Viena, queda establecida del modo siguiente:

III.

Despues del fallecimiento de S. M. la archiduquesa María Luisa, los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla pasarán en toda soberanía á S. M. la infanta de España María Luisa, al infante D. Carlos Luis, su hijo, y á sus descendientes varones en línea directa y masculina, á excepcion de los territorios enclavados en los Estados de S. M. I. y R. A. en la orilla izquierda del Pó, los cuales permanecerán en toda propiedad en posesion de dicha Majestad, conforme con la restriccion establecida por el artículo XCIX del acta del congreso.

IV.

Al mismo tiempo y segun los términos del artículo CII del acta del congreso, se verificará la reversion del principado de Luca en favor de S. A. I. y R. el gran duque de Toscana.

V.

A pesar de que la frontera de los Estados austriacos en Italia esté determinada por la línea del Pó, conviénese de comun acuerdo que en la fortaleza de Plasencia, que ofrece un interés muy particular al sistema defensivo de la Italia, S. M. I. y R. A. conservará el derecho de guarnicion puro y simple hasta la época de las reversiones y despues de la extincion de la rama de los Borbones españoles, reservándose para el futuro soberano de Parma todos los derechos reales y civiles sobre la indicada plaza. Los gastos que ocasione la guarnicion de la ciudad de Plasencia vendrán á cargo del Austria, y su fuerza en tiempo de paz será determinada amistosamente entre las altas partes interesadas, tomando empero por regla el menor gravámen posible de los habitantes.

VI.

S. M. I. y R. A. se obliga á pagar á S. M. la infanta María Luisa las sumas atrasadas desde 9 de junio de 1815, procedentes de lo pactado en el § II del artículo CI del acta del congreso, y á continuar el pago segun las mismas estipulaciones y con iguales hipotecas. Oblígase además á hacer pagar á S. M. la infanta el importe de las rentas percibidas en el principado de Luca desde la misma época hasta el momento de haber entrado S. M. la infanta en posesion del mismo, deducidos los gastos de administracion. La liquidacion de dichas rentas se verificará amistosamente entre las altas partes interesadas, y en caso de disentir en sus opiniones, nombran por árbitro á S. M. Cristianísima.

VII.

En caso de extinguirse la rama del infante don Carlos Luis, la reversion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla queda explícitamente mantenida conforme á los términos del tratado celebrado entre el Austria y la Cerdeña en 20 de mayo de 1815.

VIII.

El presente tratado, hecho por sextuplicado, se unirá al acta suplementaria del tratado general de Viena, será ratificado por las altas partes respectivas, y las ratificaciones cambiadas en Paris dentro de dos meses, ó antes si es posible.

En fe de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo han firmado y puesto en él el sello de sus armas.

Hecho en Paris, á los diez dias del mes de junio del año de gracia 1817.—El baron Vincent. (L. S.)—El conde Fernan Nuñez, duque de Montellano. (L. S.)—Richelieu. (L. S.)—Carlos Stuart. (L. S.)—J. conde de Goltz. (L. S.)—Pozzo di Borgo. (L. S.)

XLIX.

Parte de S. A. I. el príncipe Napoleon, jefe del 5.° cuerpo del ejército de Italia, al emperador.

Cuartel general de Goito, 4 de julio de 1859.

Señor: La mision del 5.° cuerpo, cuyo mando se ha dignado confiarme V. M., ha sido hasta ahora política y militar.

Únicamente la division de Autemarre, que

se quedó con el ejército de V. M., ha tenido la dicha de que uno de sus regimientos, el 3.° de zuavos, entrara en batalla con el enemigo, y se cubriera de gloria en Palestro, y que el 93.° alcanzase igual ventura peleando en Montebello.

El 5.° cuerpo tenia por mision política al reunirse en Toscana:

1.° Conservar este ducado en la línea de conducta trazada por V. M., esto es, no permitir que degenerase la expresion del sentimiento patriótico, y sobre todo organizar militarmente todos los recursos que podian sacarse de este pais, así como de los ducados de Parma y Módena;

2.° Obligar, con la presencia de la bandera francesa en las fronteras de la Romanía, al gobierno austriaco á observar estrictamente la neutralidad en los Estados del Papa;

3.° Garantir á los habitantes de la accion ofensiva del Austria, y permitir que manifestasen libremente la expresion de su simpatía por la causa de la independencia italiana y su reconocimiento hácia las benéficas intenciones del gobierno de V. M.

La mision militar del 5.° cuerpo consistia:

1.° En impedir que un cuerpo austriaco se apoyase en Toscana, y privar al enemigo los preciosos recursos de la Italia central;

2.° En amenazar el flanco izquierdo del ejército austriaco, comprometiendo sus líneas de retirada, y en apresurar su evacuacion de los ducados de Parma y de Módena, despues de la primera victoria del ejército aliado.

Las tropas del 5.° cuerpo han alcanzado felizmente esos diversos objetos sin disparar un tiro y tan solo con su presencia en Liorna, en Florencia y en las vertientes del Apenino.

1.° Bajo el punto de vista político, la Toscana ha gozado de la mayor tranquilidad sin que se coartase su libertad en modo alguno. El ejército toscano, desorganizado desde el 27 de abril, ha podido organizarse bajo la proteccion de la bandera francesa, con tal rapidez, que actualmente da al 5.° cuerpo un contingente de 8 á 10,000 soldados armados, equipados y dispuestos á medirse con el enemigo, y se organiza igualmente en Florencia una division de voluntarios á las órdenes del general Mezzacapo, sin que el país se vea privado del regimiento de gendarmes toscanos, de 2,000 hombres de fuerza, y suficiente para conservar la tranquilidad; y por último, ha logrado que el enemigo no infringiese la neutralidad en los Estados Pontificios.

Finalmente, el entusiasmo que se ha manifestado en todos los puntos recorridos por el 5.° cuerpo, desde el dia de su desembarco en Liorna, hasta el de su incorporacion con el ejército de V. M., y las ovaciones que han recibido él y su jefe en Liorna, en Florencia, en Luca, en Massa, en Parma, y en todas las localidades grandes ó pequeñas donde ha debido detenerse, son un testimonio auténtico y que no dejará de producir un efecto moral considerable.

2.° Bajo el punto de vista militar, la presencia del 5.° cuerpo en Toscana, ó mas bien de una division de infantería, una brigada de caballería y nueve baterías, ha contenido á los cuerpos austriacos, que desde las orillas del Mincio parecian dispuestas á lanzarse sobre las ricas llanuras inmediatas á la ribera derecha del Pó, y la presencia de este cuerpo, pronto á abrirse paso por entre el ejército austriaco, ha causado á este ejército un temor bastante intenso para que se apresurase, despues de la batalla de Magenta, á evacuar á Ancona, Bolonia y sucesivamente todas las posiciones en la ribera derecha del Pó, destruyendo obras que habian costado mucho tiempo y dinero.

Tales son, señor, los resultados que ha dado la expedicion, ordenada por V. M., del 5.° cuerpo á Toscana y á los Ducados, y solo me falta dar á conocer sucintamente á V. M. las operaciones, enteramente pacíficas por fortuna hasta este dia, de la parte de este cuerpo reunida en Toscana.

El 12 de mayo último desembarcaba casi toda la 1.ª division del 5.° cuerpo (division de Autemarre) en Génova, donde me encontraba yo con una parte de mi estado mayor.

El 14 fué enviado á Bobbio el tercero de zuavos, de la division de Autemarre.

El 17 recibió el 5.° cuerpo, menos la division de Autemarre, órden de V. M. para que partiera á Liorna, á donde debian trasladarse directamente de Francia las tropas de la segunda division (Uhrich) que llegaban de Paris. La brigada de caballería ligera del general Laperouse recibió igualmente órden de embarcarse para Liorna, en tanto que la division de Autemarre se separaba del 5.° cuerpo para reunirse con el 1.° en Voghera.

El 23 de mayo desembarqué en Liorna, dondé no tardaron en concentrarse la segunda division, la brigada de caballería, la artillería de division, la de reserva, y el parque llegado de Francia.

El 31 de mayo trasladé mi cuartel general á Florencia, y la primera brigada de la segunda division, la caballería, la artillería y todos

los servicios administrativos se concentraban en aquella ciudad, en tanto que la segunda brigada se dirigia de Luca á Pistoya, ocupando por medio de guardias avanzadas todos los desfiladeros de los Apeninos y los puntos mas importantes de las carreteras. El general toscano Ulloa conducia igualmente por órden mia á los principales desfiladeros de la Romanía la brigada organizada de su division.

El 12 de junio, habiéndose conseguido el objeto político que V. M. deseaba que se alcanzase primeramente, y auxiliado con la presencia del 5.° cuerpo, me fué permitido dar principio á mi movimiento para agregarme á la division de Autemarre é incorporarme con el ejército de V. M.

En tanto que dirigia la division toscana sobre Parma por el ducado de Módena y por la carretera del collado del Abetone, hice marchar las tropas francesas que se hallaban desde Luca á San Marcelo y á Florencia, por Luca, Massa, Pontremoli y Parma.

Esta marcha de diez y seis dias, condiciones atmosféricas desfavorables las mas de las veces, me ha permitido patentizar el vigor y la excelente disciplina de las tropas de V. M.

La division Uhrich (14.° batallon de cazadores, 18.°, 26.°, 80.° y 82.° de linea), los 6.° y 8.° de húsares de la brigada Laperouse, el escuadron de guias toscanos que incorporé á nuestra caballería, las nueve baterías de division ó de reserva, y las dos baterías del parque del 5.° cuerpo, tuvieron que marchar bajo una temperatura elevadísima, y sufrieron varias veces violentas borrascas, que acrecentaron los torrentes y presentaron ciertas dificultades.

Se ha conservado el estado sanitario en las condiciones mas favorables, y no puedo menos de congratularme por la estricta disciplina que han conservado los jefes y oficiales de todos los cuerpos.

El contacto con las poblaciones no ha dado lugar á queja alguna.

El paso del Pó en Casal-Maggiore, á 12 kilómetros de Mantua, así como la construccion del puente de barcas, han sido operaciones verificadas con inteligencia, actividad y celo.

Las tropas que traigo á V. M., y que operan actualmente con el ejército principal en Goito, serán indudablemente dignas de las que, mas afortunadas, han vencido ya al enemigo.

El príncipe, jefe del 5.° cuerpo del ejército de Italia, NAPOLEON (Gerónimo).

L.

Nota dirigida por el conde de Cavour á los representantes de la Cerdeña en las cortes extranjeras, explicando las causas y el objeto de la guerra.

Turin, 14 de junio.

Señor:

El conocimiento que teneis de los principios que han dirigido constantemente la política del gobierno de S. M., junto con las frecuentes comunicaciones que he dirigido á la legacion en estos últimos tiempos, han debido poneros en situacion de apreciar los acontecimientos políticos y militares que acaban de verificarse en Lombardía. Conviene, empero, examinar hoy el orígen y las causas de los mismos hechos, precisando así mas claramente aun las intenciones y los actos del gobierno del rey.

Luego que la cuestion italiana, negada por unos, negada su importancia por otros, ocupó el primer lugar entre las preocupaciones de la Europa, el gabinete de S. M., con la franqueza que le caracteriza, dió á conocer la extrema dificultad de la situacion; para ello en el memorandum de 1.° de marzo último, dirigido al gobierno británico, y publicado despues por la prensa, traté de demostrar los resultados de la dominacion austriaca en Italia, resultados que carecen de analogía en la historia moderna.

Manifesté que la antipatía y el odio universal contra el régimen austriaco procedian primeramente del sistema de gobierno impuesto á los lombardo-venetos, luego, y sobre todo, del sentimiento de nacionalidad herido por la dominacion extranjera. El progreso de las luces y de la instruccion, que el Austria no podia impedir por completo, habian hecho á aquellas poblaciones mas sensibles á su triste condicion, como lo era el ser gobernadas, dominadas por un pueblo con el cual no tienen comunidad alguna de orígen, de costumbres y de idioma.

Despues de medio siglo de dominacion, los austriacos, mas que establecidos en aquellas provincias, se hallaban acampados en ellas, y semejante estado de cosas no se presentaba como un hecho transitorio, cuyo término mas ó menos remoto pudiese preverse, sino que se agravaba y empeoraba cada dia. Esta situacion, deciamos, no es contraria á los tratados; pero si á los grandes principios de

equidad y de justicia en que descansa el órden social.

Si no se logra que modifique el Austria los tratados existentes, añadiamos, es imposible una solucion definitiva y estable, y será preciso contentarse con paliativos mas ó menos eficaces; pero con la esperanza de hacer mas tolerable la suerte de los lombardo-venetos, y de mejorar momentáneamente una situacion tan grave, nos apresuramos, en vista de la demanda que se nos dirigiera, á indicar los medios que nos parecian mas conducentes para obtener el resultado apetecido.

Por desgracia, el Austria se mostró mas opuesta que nunca á toda conciliacion; hallábase decidida á conservar con la fuerza la preponderancia ilegal que conquistara sobre los Estados reconocidos por los tratados como independientes, y para ello redoblaba las amenazas y realizaba formidables preparativos militares dirigidos contra el Piamonte, única barrera opuesta á su exclusiva dominacion en Italia.

Los pequeños Estados que unieran su suerte á la del Austria, y que bajo igual título que esta habian atraido sobre sí el ódio de sus súbditos, no podian cumplir sus deberes para con sus pueblos, y parecian inminentes, graves é inevitables complicaciones.

El reposo de la Europa se hallaba amenazado, y entonces fué cuando hizo la Rusia la proposicion de un congreso que las grandes potencias aprobaron, y que el Piamonte aceptó. La base del congreso era el mantenimiento del *statu quo* territorial, es decir, de los tratados que aseguraban al Austria sus posesiones en Italia.

Público es ya lo que ha sucedido: el Austria, que veia puestas en discusion, no sus derechos legales que le eran expresamente reservados, sino las usurpaciones que realizara en menoscabo de las estipulaciones europeas, arrojó de repente la máscara, y á pesar de la promesa que hiciera á la Inglaterra de no atacar al Piamonte, lanzó su ejército contra los Estados de S. M., diciendo en alta voz sus generales que el emperador negociaria en Turin.

Los hechos no han correspondido á la jactancia de los estados mayores, y los ejércitos austriacos debieron limitar sus hazañas á exacciones y actos de crueldad incalificables contra poblaciones indefensas. El enemigo ha sido rechazado del territorio piamontés, y las victorias de Palestro y de Magenta nos han franqueado la Lombardía.

La experiencia confirmó entonces nuestras apreciaciones acerca del estado moral de las provincias lombardo-venetas y de los pequeños Estados que hicieran causa comun con el Austria. Los sentimientos de los pueblos estallaron; las autoridades municipales, las mismas autoridades instituidas por el Austria, proclamaron la deposicion del antiguo gobierno, renovaron la union de 1848, y confirmaron por unanimidad su anexion al Piamonte. La municipalidad de Milan la proclamó al alcance de los cañones austriacos.

Al aceptar el rey este espontáneo acto de la voluntad nacional, en nada atenta contra los tratados existentes, pues el Austria, al negarse á aceptar un congreso que habria tenido por base el mantenimiento de dichos tratados, y al invadir los Estados de S. M., ha destruido en lo que á ella toca los pactos de 1814 y de 1815.

Las provincias italianas sometidas á su dominacion por la fortuna de la guerra, han recobrado sus derechos naturales; libertadas dos veces en el espacio de once años, su voluntad se ha manifestado sin obstáculo ni presion alguna, y así en 1848 como en 1859, aquel territorio se reunió espontáneamente al Piamonte como un hermano que encuentra á su hermano despues de una prolongada y dolorosa separacion.

S. M. proclama altamente que el objeto de la guerra actual es la independencia italiana y la expulsion del Austria de la Peninsula, causa harto noble para ocultarla, harto santa para no merecer las simpatías de la Europa civilizada. Tócanos reconocer aquí que jamás nos han faltado aquellas simpatías, y la política del gobierno del rey, siempre la misma, ha obtenido la aprobacion, no solo de la opinion pública, sino tambien de los gabinetes.

Por medio de los mas eminentes hombres de Estado, la Europa ha manifestado el interés que le inspiraba la suerte de la infortunada Italia, si bien en estos últimos tiempos han aparecido ciertos recelos, ciertas desconfianzas mas ó menos ocultas, siendo desconocida hasta cierto punto la generosa intervencion del emperador Napoleon en favor de un aliado injustamente atacado y de una nacion oprimida.

Han querido verse ambiciosas miras y proyectos de engrandecimiento, donde solo habia un noble afecto á la causa de la justicia y del buen derecho, y el imperioso deber de velar por la dignidad y los intereses de la Francia. Las esplícitas declaraciones del emperador Napoleon III al desnudar la espada, han calmado considerablemente esos temores, y la

proclama de Milan, tan clara, y tan digna, ha debido desvanecer las dudas que podian alimentarse todavía.

Estamos persuadidos de que no se alterará el equilibrio europeo con el engrandecimiento territorial de una gran potencia, y de que se creará en Italia un reino fuertemente constituido, tal como lo indica la naturaleza por la configuracion geográfica, la unidad de raza, de idioma y de costumbres, y tal como la diplomacia quiso constituirlo en otro tiempo en interés de la Italia y de la Europa.

Junto con la dominacion del Austria y de los Estados que á ella han unido sus destinos, desaparecerá una causa permanente de agitacion y turbulencias; el órden quedará garantido, el foco de las revoluciones sofocado, y la Europa podrá entregarse segura á las grandes y pacíficas empresas que son la honra de este siglo.

Este es, señor ministro, el punto de vista bajo el cual debeis presentar los acontecimientos que tienen lugar en Italia. La lucha que el Austria ha provocado debe tener por resultado su expulsion de un pais que solo la fuerza habia sometido á un yugo odioso é intolerable. Nuestra causa, y me complazco en repetirlo al concluir esta comunicacion, es noble y justa; podemos y debemos proclamarla en alta voz, confiados en el triunfo de nuestro buen derecho.

Con este motivo, etc.

CAVOUR.

LI.

Nota dirigida por el conde de Cavour á los representantes de la Cerdeña en el extranjero, explicando la conducta del gobierno sardo en los ducados de Módena y Parma.

Turin, 16 de junio de 1859.

Señor:

Por mi despacho circular de fecha de ayer, os anuncié que los ducados de Módena y de Parma, así como la Lombardía, apenas se han visto libres de la presencia de las tropas austriacas, han proclamado laterminacion del antiguo gobierno y su anexion al Piamonte, renovando con este acto la rendicion á la casa de Saboya que hicieron por vez primera hace once años.

La posicion excepcional de este país me obliga á descender á algunos pormenores sobre este punto para con las legaciones del rey.

Es indudable que el Piamonte no hubiera podido reconocer al principiarse la guerra la neutralidad de los ducados, aunque la hubiesen proclamado de un modo formal. En efecto, los ducados de Módena y de Parma estaban enlazados por medio de convenios particulares que, con menosprecio de los tratados, entregaban el territorio de sus Estados á los ejércitos austriacos, y establecia por lo tanto entre el Austria y los ducados relaciones obligatorias, incompatibles con los deberes de una verdadera neutralidad.

Conocidos son estos convenios: los tratados del 24 de diciembre de 1847 y del 4 de febrero de 1848, sientan expresamente que los Estados de S. A. R. el duque de Módena y de S. A. R. el duque de Parma, entran en las líneas de defensa de las provincias italianas del emperador de Austria, y que por consiguiente, este tiene el derecho de introducir tropas en los territorios de Módena y de Parma, y de ocupar sus fortalezas siempre que lo exigieren sus intereses. Los soberanos de estos ducados se comprometen por una de las disposiciones de dichos tratados, que dan una verdadera idea de la prevision del gobierno austriaco, á no concluir con ninguna otra potencia convencion militar alguna, sin preceder el consentimiento del gobierno imperial de Viena.

Estas estipulaciones tan duras y terminantes impedian á los ducados el conservar la neutralidad, pues hubieran debido anularlas antes de las hostilidades para volver á poner sus Estados en las condiciones necesarias para pretender y obtener las inmunidades de los neutrales. Pero nada de esto se hizo, y por el contrario, los dos ducados dieron paso á las tropas imperiales que se aglomeraban en la frontera del Piamonte, y se convirtieron de este modo en una de las bases de operaciones del enemigo. Rompiéronse las hostilidades, y el Piamonte fué invadido por la frontera de uno de estos dos Estados, sin que sus príncipes hicieran protesta alguna, pues antes bien apoyaron el ataque. Los deberes internacionales exigian al menos que se hubiera hecho á la Cerdeña alguna comunicacion para dar explicaciones sobre la intencion y la conducta de aquellos gobiernos en circunstancias tan extraordinarias; pero ninguna comunicacion se nos dirigió en este sentido. Hallábase por consiguiente la Cerdeña de hecho y de derecho en estado de guerra con los ducados que se habian convertido en partes integrantes del sistema militar del Austria.

Los gobiernos de Módena y de Parma no

podian tampoco presentar como pretexto el ignorar las intenciones de la Cerdeña, porque desde 1848 no habiamos cesado de protestar contra estipulaciones que constituian una infraccion notoria de los tratados europeos, y un peligro permanente contra la seguridad de nuestras fronteras. La invasion austriaca, llevada á cabo por el territorio de Plasencia, vino á demostrar con evidencia cuán fundadas eran nuestras previsiones.

El duque de Módena, como archiduque de Austria, participaba del odio de su familia contra el Piamonte, su corazon y su corona estaban en favor del extranjero, y debia seguir la suerte de la potencia á la que habia infeudado sus Estados.

S. A. R. la duquesa de Parma no se hallaba en iguales condiciones, su nacimiento y las cualidades personales que le honran, inspiraban un interés muy sincero, y su gobierno debió de haber seguido una linea de conducta mas digna y adecuada á sus deberes internacionales; pero el gabinete de Parma se dejó arrastrar desgraciadamente por la pendiente á donde se dirigia, y no quiso salir de la posicion que voluntariamente habia aceptado respecto del Austria. La invasion del Piamonte se preparó en el territorio de Parma, salieron de allí las tropas imperiales para invadir nuestras provincias, y Plasencia se convirtió en base de las operaciones ofensivas del conde Gyulai.

Se ha dicho que un tratado europeo habia concedido al Austria el derecho de tener guarnicion en esta ciudad. No negarémos el hecho; pero esta servidumbre militar solo tenia un objeto defensivo, como expresamente se dice en el tratado á que se alude, y las potencias firmantes tuvieron cuidado de declarar que quedaban reservadas todas las regalías del soberano territorial. Ahora bien, Parma abdicó por un convenio especial y voluntario entre ella y el Austria los derechos mas esenciales de la soberanía, dejándole completa libertad de extender las obras de fortificaciones en Plasencia y de construir otras, prometiendo el auxilio de los ingenieros austriacos, dándole trabajadores y proporcionando los materiales necesarios (artículo 7 del tratado de 14 de marzo de 1822). Finalmente, los soberanos de Parma concedieron al Austria, por un tratado particular y libremente estipulado, el derecho de entrar en el territorio de sus Estados, siempre que lo tuviera por conveniente. La Cerdeña protestó contra la extension de las fortificaciones de Plasencia que modificaba la índole y el objeto de la ocupacion, y protestó contra el tratado de 4 de febrero de 1848.

¿Ha declarado el gobierno de Parma que cedia á la ley del mas fuerte? ¿ha expresado al menos algun pesar por lo que á su vista acontece? Todo se preparaba en Plasencia para la invasion de los Estados del rey; el ultimatum de Viena llegaba á Turin; movianse los cuerpos del ejército austriaco, entraban en el Piamonte, ocupaban á Voghera y Tortona, y amenazaban á Alejandría; estaban interceptadas nuestras comunicaciones con Génova, y el gabinete de Parma callaba, y no se cuidó de la suerte de un estado vecino con el cual estaba en relaciones amistosas. Solamente habló de neutralidad y del deseo de tomar acuerdos militares con Cerdeña respecto de Parma y de Plasencia, cuando se frustraron los planes del enemigo, cuando, habiendo tomado la ofensiva á su vez los ejércitos aliados del Piamonte y de Francia, estaban los austriacos próximos á evacuar los ducados de Parma y de Plasencia. Pero era ya tarde, y el gabinete de Parma ni siquiera tenia ya derecho para hacer proposiciones de esta clase, pues estaba formalmente comprometido, por el artículo 4 del tratado de 1848, á no celebrar arreglo militar alguno sin el consentimiento del Austria.

Estos hechos y estas razones, que importa dar á conocer y comprender bien, explican y justifican la conducta del gobierno del rey. Cualquiera que fuese el interés que le inspirase la persona de la duquesa de Parma, no podia hacer distincion alguna entre Parma y Módena, pues la neutralidad de estos ducados era imposible de derecho y de hecho, y debian seguir la suerte de la potencia á que habian confiado voluntariamente su destino.

La legacion de S. M. ajustará su lenguaje á las consideraciones que preceden.

CAVOUR.

LXI.

Ministerio de negocios extranjeros, 28 de junio de 1859.

Muy señor mio: he recibido y sometido á la reina vuestros despachos, incluso el del 25. Debo deciros que el gobierno de la reina reconoce espontáneamente la oportunidad de la combinacion de los esfuerzos empeñados en la guerra con el Austria, ya sea por la accion regular de los soberanos respectivos, ó bien por el movimiento espontáneo de los habitantes bajo una direccion comun. Pero en

lo que toca á la agregacion permanente á la Cerdeña de Estados que han obedecido hasta aquí á sus soberanos respectivos, el gobierno de la reina ha adoptado una línea de conducta que cree conforme al derecho de gentes.

El gobierno de la reina considera que todo lo que se hace actualmente debe considerarse provisional. Por mas que pueda ser necesario hacer arreglos para la conservacion temporal del órden en los paises donde el gobierno precedente se ha retirado ó ha sido derribado, sin embargo, la voluntad del pueblo, la fortuna de la guerra, y definitivamente un tratado europeo, deben en último caso disponer los arreglos territoriales y los derechos de soberanía en la Italia del norte y del centro. El gobierno de la reina tiene la satisfaccion de ver que el gobierno del emperador de los franceses participa de sus ideas sobre este particular, lo cual se confirma por la declaracion del *Monitor* del 24 del corriente. Del lenguaje del baron Brunnow infiero que tal es aparentemente la manera de ver del gobierno ruso en este asunto. Leed este despacho al conde de Cavour, pero sin dejarle copia. — Soy, etc.

J. Russell.

LIII.

Nota dirigida por el conde de Cavour al marqués de Azeglio, embajador sardo en Lóndres, referente á los asuntos de Parma.

Turin, 22 de junio.

Señor marqués: Sir James Hudson por órden del conde de Malmesbury me ha leido y entregado copia del despacho adjunto relativo á los asuntos de Parma.

En esta comunicacion el primer secretario de Estado de negocios extranjeros de S. M. Británica, se limita á establecer que, en virtud de la conducta de la Cerdeña, el gobierno de Parma se hubiera encontrado en la imposibilidad de protestar contra la entrada de las tropas austriacas en el ducado, *si hubiesen intentado hacerlo*, puesto que ya no hubiera podido fundar su protesta en el carácter neutral del ducado. El conde de Malmesbury añade que el gobierno de Parma no se ha apartado jamás de la línea de estricta neutralidad, y que el Austria no ha dado el ejemplo de no tenerlo en cuenta; de lo cual deduce, que la intervencion de la Cerdeña debe considerarse como un cruel é incalificable uso de la fuerza contra un Estado débil y reducido.

Me abstendré de apreciar el tono poco amistoso de esta comunicacion, y me limitaré á rectificar los hechos que en ella se refieren. Estos hechos son tan notorios, que despues de leido el despacho á que aludo, se pudiera preguntar no sin razon, si el ministro que nos acusa ha echado una mirada al mapa del teatro de la guerra. En efecto, nadie ignora que en el territorio de Parma se preparó el ataque contra el Piamonte; y que allí las tropas austriacas se reunian en masa amenazando nuestra frontera, de modo que el territorio del ducado les sirvió para invadir el Piamonte. Plasencia era el punto principal de las operaciones ofensivas del conde Gyulai; Voghera y Tortona fueron ocupadas por un cuerpo de ejército que entró por la parte de Plasencia; de allí partió la direccion tomada hácia Bobbio; si se hubiese amenazado á Alejandría, si por un momento nos vimos expuestos á que se nos privase de comunicaciones con Génova, todo debe atribuirse á la violacion del territorio del ducado.

¿Acaso el gobierno de Parma ha protestado contra estos actos que se realizaban á su vista? No pronunció siquiera una palabra para impedir, en cuanto pudiese, las operaciones militares de su aliado contra un Estado vecino, con el cual asegura que deseaba mantener relaciones amistosas. Cuando eran inminentes las hostilidades, la conveniencia y el deber internacional hubieran exigido cuando menos, que de cualquier modo se pasase una comunicacion á la Cerdeña para dar explicaciones sobre la línea de conducta que el gobierno de Parma se proponia seguir en las circunstancias excepcionales en que iba á encontrarse. Nada se nos dijo.

Cuando los planes del enemigo hubieron fracasado, cuando por haber tomado á su vez la ofensiva los ejércitos aliados, los austriacos estaban en víspera de evacuar los ducados, entonces se habló del deseo de conservar la neutralidad. Ya se deja comprender que despues de lo ocurrido, no podia admitirse semejante pretension. El conde de Malmesbury en su despacho solo ha querido consignar un hecho, esto es, que el gobierno de Parma no ha faltado jamás á los deberes de la neutralidad, y que el Austria la ha respetado siempre. Para desvanecer estas aserciones, no tengo mas que recordar las operaciones militares que han tenido efecto desde el 29 de abril, operaciones de las cuales se desprende que las noticias recibidas por el conde de Malmesbury eran completamente inèxactas. Si el ministro británico de negocios extranjeros hubiese lle-

vado la discusion á otro terreno, é invocado en favor del gobierno de Parma tratados anteriores que lo colocaban en una situacion excepcional, me hubiera sido grato contestar de un modo tan satisfactorio. En mi despacho circular del 16 del actual encontrareis razones para tratar esta cuestion, si es necesario.

Dignaos leer y dejar copia de este despacho á lord John Russell, y soy, etc.

CAVOUR.

LIV.

Nota inserta en el *Monitor* francés relativa á la dictadura ofrecida por los ducados al rey del Piamonte.

Se ha formado una equivocada idea acerca del carácter que presenta la dictadura ofrecida al rey de Cerdeña desde todos los puntos de Italia, y de ella se deduce que, sin consultar las aspiraciones de los pueblos ni las grandes potencias, queria el Piàmonte auxiliado por los ejércitos franceses reunir la Italia entera en un solo Estado. Semejantes conjeturas carecen de todo fundamento: los pueblos que han sido libertados ó evacuados, desean hacer causa comun contra el Austria, y con esta intencion se han colocado como era natural bajo la proteccion del rey de Cerdeña; pero no se olvide que la dictadura es un poder puramente temporal, que al reunir las fuerzas comunes en una misma mano, tiene la ventaja de no prejuzgar en lo mas mínimo las combinaciones del porvenir.

LV.

Protesta de la duquesa regente de Parma contra los actos verificados en el ducado despues de su partida.

Nos, Luisa Maria de Borbon, Regente de los Estados de Parma por el duque Roberto I.

Alejada del pais que gobernamos con verdadero amor en nombre de nuestro hijo huérfano de padre, no hemos podido menos de afectarnos al saber los graves cambios políticos que se han realizado en él, en contravencion á las disposiciones que dejamos al partir, y en contravencion á los derechos é intereses del ducado de Parma.

En su consecuencia, á despecho nuestro nos vemos en la precision de quejarnos de una parte de nuestros súbditos y de un gobierno vecino que tiene la intencion de ocupar nuestro puesto, y que sin motivos legítimos quiere considerarnos como enemigos.

A la verdad, no podíamos esperarnos semejantes acontecimientos.

Cuando el dia 3 de mayo nuestros súbditos vinieron espontáneamente á colocarse de nuevo bajo nuestra autoridad, vimos en este hecho una prueba de las buenas disposiciones del país con respecto á nuestra persona; en cuanto al extranjero, recibimos sin cesar de parte de todas las potencias, sin exceptuar las beligerantes, testimonios de cordial inteligencia, que correspondian perfectamente á la política que hemos seguido constantemente.

Sin embargo, los sucesos que han sobrevenido en los Estados de nuestra casa, primero en Pontremoli, luego en la capital, y por último en Plasencia, son infracciones de los derechos de nuestro hijo el duque de Parma, Roberto I, y no podemos menos de protestar de una manera pública y solemne, como lo hacemos por medio de este documento, contra los actos de rebelion que se han permitido las municipalidades de Parma, Plasencia y Pontremoli, en representacion de las poblaciones, por haberse arrogado el derecho de emanciparlas de la obediencia que deben al duque en calidad de súbditos, en virtud de lo cual dichas municipalidades han proclamado la incorporacion del país al reino del Piamonte.

Protestamos además contra la conducta observada por el gobierno piamontés, primero en la provincia de Pontremoli, y luego en otros puntos del país, puesto que dicho gobierno ha atizado y apoyado por una parte la revolucion, y por otra, contraviniendo á todos los derechos y estipulaciones de los tratados europeos en general, y de los tratados especiales con el Piamonte en particular, ha aceptado la sumision que se le ha hecho del ducado de Parma, y esto sin provocacion ni causa alguna legítima de guerra.

Al propio tiempo rechazamos todos los argumentos que pudieran invocarse como motivo ó pretexto de derecho ó de hecho para hacernos responsables solidariamente con el Austria de los actos de esta potencia con respecto al Piamonte, cuando se retiró de la fortaleza de Plasencia.

Protestamos, además, contra todos los que en el curso de las vicisitudes políticas, han atacado ó ataquen de cualquier modo los derechos de nuestro hijo, derechos que por esta acta declaramos querer conservar intactos y en toda su integridad.

Protestamos y declaramos que tenemos por

nulos, no ocurridos y de ningun efecto todos los actos que se han realizado ó puedan realizarse en los Estados de Parma contra los derechos de nuestro querido hijo.

Protestamos contra las consecuencias de estos actos, reservándonos en todo tiempo y por todos los medios legales hacer valer los derechos antes citados.

Hacemos esta protesta en presencia de Dios y de los hombres; protestamos, no tan solo en interés de nuestro hijo, sino tambien en el interés de sus súbditos, y queremos que nuestra protesta se lleve á conocimiento de las potencias en que se apoya el derecho público de Europa.

Apelamos á estas potencias con la confianza de que, en su alta justicia, en interés de la inviolabilidad de los derechos de los soberanos y de los Estados, en su magnanimidad en fin, apoyarán eficazmente la causa del jóven huérfano soberano de Parma.

Dado en San-Gall, en Suiza, á 20 de junio de 1859. — Luisa.

Por copia conforme,
G. Pallavicino, secretario particular.

LVI.

Enciclica dirigida por Su Santidad Pio IX á los patriarcas, arzobispos y obispos, con motivo de los sucesos ocurridos en las legaciones.

PIO IX, PAPA.

Venerables hermanos: Salud y bendicion apostólica:

Los movimientos sediciosos que han estallado recientemente en Italia contra la autoridad de los príncipes legítimos, en los países mas inmediatos á los Estados Pontificios, han invadido algunas provincias nuestras como la llama de un incendio. Movidas por este funesto ejemplo, y excitadas por intrigas exteriores, se han sustraido á nuestro régimen paternal, y á pesar de su corto número, los adictos á la revolucion piden que dichas provincias sean sometidas á un determinado gobierno italiano, que en los últimos años se ha declarado adversario de la Iglesia, de sus legítimos derechos, y de sus sagrados ministros.

Reprobando y deplorando los actos de rebelion con los cuales una parte del pueblo en las provincias sublevadas desprecia con tanta injusticia nuestro celo y nuestros cuidados paternales, y declarando solemnemente que la soberanía temporal que se esfuerzan por quitarle los pérfidos enemigos de la Iglesia de Jesucristo, es necesaria á esta Santa Sede para que pueda ejercer sin obstáculo su sagrada autoridad en bien de la religion, creo conveniente dirigiros, venerables hermanos, las presentes letras, para buscar un lenitivo á nuestro dolor, en medio de la gran perturbacion de la paz pública.

Con este motivo os exhortamos, atendida vuestra piedad decidida hácia la Sede apostólica y vuestro celo especial por su libertad, á que veleis para que se cumpla lo que leemos haberse prescrito en otro tiempo por Moisés y Aaron, sumo sacerdote de los hebreos (Núms., cap. XVI, vers. 46.): «Toma el incensario, y sacando fuego del altar, echa incienso sobre él, y ve prontamente al pueblo para que ruegues por ellos; porque ya ha salido la ira del Señor, y la mortandad se encrudece.»

De igual modo os exhortamos á que rogueis al Señor, imitando á los santos hermanos, Moisés y Aaron, que postrados humildemente dijeron (Núms. XVI, 22): «Fortísimo Dios de los espíritus, de toda carne, ¿acaso por el pecado de uno se ensañará tu ira contra todos?»

Por esto, venerables hermanos, os dirigimos las presentes letras en lo cual tenemos un gran consuelo, porque confiamos que correspondereis en gran manera á nuestros deseos y cuidados.

Lo declaramos por lo demás en alta voz, revestidos de la virtud celeste que Dios, oyendo las súplicas de los fieles, comunicará á nuestra debilidad, arrostraremos todos los peligros, sufriremos toda clase de pruebas antes que faltar en nada á nuestro deber, á pesar de nuestra indignidad, fuimos elevados por la voluntad de Dios á esta Sede suprema del príncipe de los Apóstoles, ciudadela y baluarte de la fe católica. Para el cumplimiento de vuestros deberes pastorales, llamando sobre vosotros, venerables hermanos, toda clase de alegrías y felicidades, os concedemos amorosamente para vosotros y vuestra grey la bendicion apostólica, prenda de la celeste beatitud.

Dado en San Pedro de Roma, á 18 de junio de 1859, año catorce de nuestro pontificado.

LVII.

Alocucion pronunciada por Su Santidad Pio IX en el consistorio secreto celebrado en 20 de junio de 1859.

Venerables hermanos: Al gravísimo senti-

miento que, lo propio que á todos los buenos, nos ha causado la guerra suscitada entre naciones católicas, se añade la profunda afliccion por el deplorable cambio y desórden que en algunas provincias de nuestro territorio pontificio ha ocurrido, por la mala influencia y sacrílega osadía de hombres impíos. Ya comprendeis, venerables hermanos, que os hablamos y nos lamentamos de la desatentada conjuracion de los rebeldes á nuestro sagrado y legítimo gobierno civil y al de esta Santa Sede, de la rebelion que algunos hombres astutos y residentes en las propias provincias nuestras, no han vacilado en fraguar, fomentar y poner en práctica, no solo en clandestinas y reprobadas reuniones, sí que tambien por medio de vergonzosos acuerdos tomados con habitantes de los paises limítrofes, ya valiéndose de calumniosos y fraudulentos libelos, ya apelando á las armas extranjeras, ó haciendo uso de cualesquiera fraudes y perversas artes. Y no podemos menos de sentir profundamente que semejante conjuracion fatal haya empezado en nuestra ciudad de Bolonia, que habiendo sido objeto de los beneficios de nuestra paternal benevolencia y liberalidad, cuando dos años atrás fuimos á visitarla, no dejó de manifestar y dar pruebas de su veneracion hácia Nos y esta Sede apostólica. El dia 12 de este mes, luego que las tropas austriacas abandonaron impensadamente la ciudad de Bolonia, sin pérdida de tiempo varios hombres conjurados y por demás osados, conculcando todos los derechos divinos y humanos, y dando libre rienda á la perversidad, no repararon en promover un tumulto, y armar, reunir y hacer avanzar á la guardia urbana, y entrar en el palacio de nuestro cardenal legado, y allí, despues de arrancar el escudo de las armas pontificias, desplegaron y fijaron en su lugar la bandera de la revolucion, con grande indignacion y estremecimiento de los ciudadanos honrados, que no temian reprobar semejante desafuero y declararse en favor de Nos y de nuestro gobierno pontificio. Luego los mismos revolucionarios intimaron á nuestro cardenal legado que, cumpliendo con su obligacion, no dejó de resistir á tan depravados intentos, y de sostener y defender nuestra dignidad y los derechos de esta Santa Sede. Y á tal punto llevaron su maldad é imprudencia los rebeldes, que no vacilaron en cambiar el gobierno, y pedir la dictadura del rey de Cerdeña, y con este motivo enviar sus respectivos comisionados á dicho rey. Así pues, no pudiendo nuestro legado impedir tantos desafueros, ni presenciarlos y sufrirlos por mas tiempo, de palabra y por escrito protestó solemnemente contra todo lo que los revolucionarios habian hecho contra nuestros derechos y los de esta Santa Sede, y precisado á salir de Bolonia, se dirigió á Ferrara.

Los reprobables acontecimientos de Bolonia se han reproducido con condiciones análogas en Ravena y Perusa, y en otros puntos por hombres sediciosos, y con profundo sentimiento de todos los buenos, porque no temian que nuestras tropas pontificias, siendo pocas en número, pudiesen reprimir sus ímpetus y resistir á su furor y osadía. En su consecuencia, en las propias ciudades se ha visto conculcada por los revolucionarios la autoridad de las leyes divinas y humanas, y rechazado el supremo poder temporal nuestro y de esta Santa Sede, y dada al viento la bandera de la revolucion, y removido el legítimo gobierno pontificio, y solicitada la dictadura del rey de Cerdeña, y nuestros delegados ó inducidos ú obligados á partir despues de protestar públicamente, y por último se han cometido otros muchos actos de rebelion.

Nadie ignora empero lo que esperan siempre con avidez esos audaces enemigos del gobierno temporal de la Sede apostólica, lo que quieren, lo que desean, lo que codician. Todos saben en verdad que por disposicion especial de la Divina Providencia entre la multitud y diversidad de los príncipes temporales, tambien la Iglesia de Roma ha tenido su gobierno temporal, merced al que el Romano Pontífice, Supremo Pastor de toda la Iglesia, sin estar sujeto á ningun príncipe, puede ejercer la suprema potestad de apacentar y regir todo el rebaño del Señor, y desempeñar con entera libertad por todo el mundo la autoridad del mismo Jesucristo Nuestro Señor, y al propio tiempo propagar con mayor facilidad la religion divina, y atender á las diferentes necesidades de los fieles, y dar los oportunos auxilios á los necesitados, y practicar todos los demás bienes que conozca mas convenientes y útiles á todo el pueblo cristiano. Así pues, los enemigos de los dominios temporales de la Iglesia Romana procuran invadir, menguar y destruir el principado temporal de la misma Iglesia y del Romano Pontífice, conservado por cierta proteccion celestial, y por la antigua posesion que data de muchos siglos, y por un justísimo y legítimo derecho, y tenido y defendido siempre como sagrado y respetado patrimonio de San Pedro por comun consentimiento de todos los pueblos y príncipes católicos: y procuran des-

truirlo para que. despojada de su patrimonio, la Iglesia Romana, puedan deprimir y pisotear la dignidad y majestad de la Sede apostólica y del Romano Pontífice, causar con mayor libertad mas graves daños á la religion santísima, hacerle mas cruda guerra, y destruir por completo la misma religion, si destruirse pudiese. A esto tendieron y tienden los depravados consejos, maquinaciones y fraudes de aquellos hombres, á aniquilar el gobierno temporal de la Iglesia Romana, como lo demuestra clara y abiertamente una experiencia diaria y tristísima.

Por lo tanto, Nos, obligados por el deber de nuestro cargo apostólico y por un solemne juramento, debiendo vigilar en gran manera por conservar incólume la religion, y defender, para que se conserven íntegros é intactos los derechos y los bienes de la Iglesia Romana, y vindicar y consolidar la independencia de esta Santa Sede, que es absolutamente inseparable de la utilidad de la Iglesia universal, y por lo tanto, debiendo defender el principado que para ejercer la libre administracion de las cosas sagradas en todo el mundo la Divina Providencia lo concedió á los Romanos Pontífices, y para trasmitirlo íntegro é intacto á nuestros sucesores, no podemos menos de condenar en gran manera, y reprobar los impropios y malvados esfuerzos y conatos de los súbditos rebeldes, y oponernos á ellos, con toda energía.

Por lo tanto, despues que, accediendo á lo solicitado por nuestro cardenal secretario de Estado, reprobamos y detestamos los malvados esfuerzos de semejantes rebeldes en la comunicacion dirigida á todos los ministros y representantes de las naciones extranjeras cerca de Nos y de esta Santa Sede, hoy, venerables hermanos, en esta vuestra solemne reunion, levantando nuestra voz, protestamos con toda la energía de que es capaz nuestro ánimo contra todos los actos que se han permitido los revolucionarios en las citadas ciudades, y en virtud de nuestra autoridad suprema condenamos, reprobamos, rescindimos y abolimos todos y cada uno de los actos que los rebeldes se han permitido, así en Bolonia, como en Ravena y en Perusa y en otros puntos contra el sagrado y legítimo principado nuestro y de esta Santa Sede, sea cual fuere el modo con que se hayan realizado estos actos, llámeseles como se quiera; y además, los declaramos y calificamos de actos inútiles, ilegítimos y sacrílegos.

Además, recordamos á todos que los sagrados cánones, las constituciones apostólicas y los decretos de los concilios generales, y especialmente del Tridentino (Ses. 22, cap. 11 de Reform.) imponen excomunion mayor y otras penas y censuras eclesiásticas en que, sin necesidad de declaracion especial, incurren todos los que de cualquier modo intenten atacar el poder temporal del Romano Pontífice; y por consiguiente, declaramos que han incurrido en estas penas eclesiásticas los que en Bolonia, Ravena, Perusa y otras partes se han atrevido con actos reales, consejos, aquiescencia ó de cualquier otro modo á violar, alterar y usurpar nuestro poder y jurisdiccion temporal y el de esta Santa Sede, y el patrimonio de San Pedro.

Mientras empero para cumplir con nuestro cargo, no sin profundo sentimiento, nos vemos obligados á hacer y publicar esta declaracion, no dejamos de rogar con humildad y fervor al clementísimo Padre de las misericordias que desvanezca la desgraciada ceguera de tantos hijos, para que haga con su poder sin límites que cuanto antes amanezca el apetecido dia, en el cual, arrepintiéndose esos hijos, y volviendo á ser recibidos con alegría en el seno paterno, podamos ver restablecidos en toda la jurisdiccion de nuestro territorio pontificio el órden y la tranquilidad, sin amago de perturbacion alguna. Con esta confianza en Dios, abrigamos tambien la de que los príncipes de Europa procurarán, como en otro tiempo, emplear ahora todos sus consejos y esfuerzos para defender y conservar íntegro el principado temporal nuestro y de esta Santa Sede, pues á todos y á cada uno les interesa en gran manera que el Romano Pontífice goce de plenísima libertad, para que pueda atender, como es debido, á la tranquilidad de la conciencia de los católicos residentes en los territorios de los mismos príncipes. Cuya esperanza se aumenta, por cuanto nuestro hijo carísimo en Jesucristo el emperador de los franceses ha manifestado que, á pesar de estar en Italia las tropas de su nacion, no solo no harán nada contra el gobierno temporal nuestro y de esta Santa Sede, sino que lo defenderán y conservarán.

LVIII.

Parte del coronel Schmidt relativo á la toma de Perusa.

Como he tenido el honor de anunciar por medio del telégrafo, la ciudad de Perusa ha vuelto á quedar sujeta á la autoridad del gobierno de la Santa Sede. Hoy cumplo con el

deber de trasmitir los detalles de las operaciones.

El 20 del actual, á las dos de la mañana, salí de Foligno con mi regimiento, acompañado de la division de artillería indígena, de un piquete de 60 gendarmes y 30 aduaneros, y adelanté con precaucion hasta el puente de San Giovanni, que habian abandonado poco antes los insurrectos. Allí pasé el Tiber y marché hácia la aldea, que parecia desierta; mas apenas habian penetrado en ella los gendarmes de á caballo, que formaban la vanguardia, salió un tiro de una casa cerrada.

Sin detenerme en la aldea, seguí avanzando cosa de media milla por la carretera principal, en la cual encontré al caballero Lattanzi, consejero de Estado, enviado á Perusa por el gobierno, con encargo de intentar el restablecimiento del órden y sumision de la ciudad por los medios pacíficos.

Manifestóme la inutilidad de sus esfuerzos y la obstinacion de los facciosos, que se hallaban resueltos á defender la ciudad contra todo ataque.

Conociendo, pues, las intenciones hostiles de los insurrectos, y sabiendo además que aguardaban refuerzos de Toscana, me decidí á no diferir el asalto, á pesar del cansancio de las tropas.

Dispuse que los soldados abandonasen sus mochilas, formé tres columnas, y adelanté hácia la ciudad en medio de los gritos entusiastas de las tropas.

La primera columna, á las órdenes del mayor Teannerat, seguida de la artillería, avanzó por la nueva carretera; la segunda, al mando del mayor Dupaquier, siguió la carretera antigua; y la tercera, compuesta de dos compañías de tiradores, ocupó el intervalo entre las dos primeras, penetró en los campos, y atravesó algunos jardines, en los cuales tropezó con muchos rebeldes que fueron fácilmente rechazados.

A las tres, despues de haber triunfado de todas las dificultades, llegaron las tres columnas delante de la fachada de San Pedro, punto de reunion que se les habia designado, y tomaron sus posiciones á pesar del vivo fuego de los insurrectos, protegidos por las murallas y las barricadas.

Intenté de pronto desconcertar á los rebeldes con algunos cañonazos; pero viendo que no lograba el resultado apetecido, y cediendo por otra parte á la impaciencia de mis tropas, di la órden de ataque.

Me es imposible describir el ardor y bravura de nuestros soldados, que, aclamando al Soberano Pontífice, se lanzaron contra las altas murallas de la ciudad y las barricadas que obstruian la puerta.

Al cabo de pocos minutos fué arrancada la bandera de la rebelion, y ondeó en su lugar el estandarte pontificio.

Rechazados los insurgentes, se retiraron hácia la puerta de San Pedro, en donde habian formado la segunda línea de defensa fortificada, y ocuparon las casas de la calle anterior. En este punto se empeñó un combate de los mas vivos bajo un fuego mortífero.

Las tropas irritadas por tan obstinada resistencia, no conocieron ya freno, y, despues de haber destruido las barricadas, se apoderaron de la posicion, tomando por asalto las casas desde las cuales se les hacia fuego.

En este momento, el enemigo aterrorizado, y conociendo que toda resistencia era ya imposible, se retiró con precipitacion al interior de la ciudad, procurando en vano defender aun algunas posiciones.

Por último, despues de tres horas de encarnizada lucha, y arrostrando una lluvia de proyectiles, la tropa se apoderó del fuerte y enarboló en él, en medio de entusiastas aclamaciones, el estandarte de la Santa Sede.

Habia cesado toda resistencia, los insurgentes se habian dispersado como por encanto, y Perusa se hallaba enteramente ocupada por las tropas.

El valor de que han dado prueba los oficiales superiores y subalternos, así como los soldados, no ha desmentido la reputacion militar de los regimientos extranjeros al servicio de la Santa Sede, y ha probado cuán dignos son de la confianza que les concede el gobierno.

Tambien debo hacer mérito de la conducta enérgica de las tropas indígenas de todos armas, que han tomado parte en esta operacion.

Citaré en primera línea al gendarme Pablo Cavalieri, que ha tenido una pierna fracturada por una bala; al gendarme Paoletti, herido tambien.

Me propongo mencionar en un parte ulterior á los militares que mas se han distinguido.

Nuestras pérdidas son sensibles; consisten en 10 muertos y 35 heridos. Las del enemigo son mucho mas considerables, si bien es imposible por ahora fijar la cifra con certeza; no bajan de 50 muertos, 100 heridos, y 120 prisioneros.

LIX.

Nota dirigida por el gobierno pontificio á los representantes de las potencias extranjeras, con motivo de los actos cometidos por el Piamonte en las Legaciones.

Palacio del Vaticano, 12 de julio de 1859.

En medio de los temores y de los cuidados ocasionados por la deplorable guerra actual, parecíale á la Santa Sede que podria estar tranquila despues de las muchas seguridades que habia recibido, seguridades á las que se habia agregado la de que el rey del Piamonte, por consejo del emperador de los franceses su aliado, se habia negado á aceptar la dictadura que le habian ofrecido las provincias sublevadas de los estados pontificios. Pero es muy posible que la realidad sea enteramente distinta, y que á la vista del Padre Santo y de su gobierno se realicen hechos que hacen cada dia mas incalificable la conducta del gabinete sardo hácia la Santa Sede, conducta que revela claramente que quiere quitar al Padre Santo una parte integrante de sus dominios temporales.

Desde la revolucion de Bolonia, de la que Su Santidad tuvo ocasion de lamentarse en su alocucion de 20 de junio, se han reunido en dicha ciudad gran número de oficiales piamonteses, procedentes de Toscana ó Módena, con el objeto de preparar alojamientos para las tropas piamontesas. De estos estados extranjeros introdujeron millares de fusiles para armar á los sublevados y á los voluntarios, y cañones para acrecentar el desórden de las provincias sublevadas, y dar nueva audacia á los perturbadores del órden.

Otro hecho que hace completamente ilusoria la negativa de aceptar la dictadura, ha venido á poner el colmo á esta infraccion manifiesta de la neutralidad unida á una activa cooperacion para mantener la sublevacion en los estados de la Iglesia. El nombramiento del marqués Máximo d'Azeglio en calidad de comisario extraordinario en la Romanía (segun se desprende del decreto de S. A. R. el príncipe Eugenio de Saboya, teniente general de S. M. sarda, fecha 28 de junio, y de la carta del conde de Cavour que lleva la propia fecha) para dirigir la cooperacion de las Legaciones en la guerra y bajo el especioso pretexto de impedir que este movimiento nacional produzca desórdenes, es una verdadera atribucion de facultades que perjudica á los derechos del soberano del territorio.

Los acontecimientos han adelantado con tal rapidez, que las tropas piamontesas han entrado ya en territorio pontificio, ocupando á Torte, Urbano y Castellfranco, donde han llegado bersaglieri piamonteses y parte de la brigada Real-Navi, todo con el objeto de oponer junto con los sublevados una resistencia enérgica á las tropas pontificias, que se han enviado para recobrar el poder usurpado en las provincias rebeldes, y crear nuevos obstáculos á la realizacion de este justo propósito.

En fin, para completar la usurpacion de la soberanía legítima, se han ocupado en Ferrara dos oficiales de ingenieros, uno de ellos piamontés, para minar y destruir aquella fortaleza.

Tan odiosos atentados, para cuya perpetracion se infringe abiertamente el derecho de gentes por mas de un concepto, no pueden menos de afligir el ánimo de Su Santidad y causarle profunda y justa indignacion, aumentada todavía con la sorpresa de ver que tales enormidades son obra del gobierno de un rey católico que habia aceptado el consejo que le diera su augusto aliado de no admitir la dictadura que se le habia ofrecido.

Cuantas medidas se han tomado para prevenir y menguar esta série de males han sido inútiles, y por esto Su Santidad, no olvidando los deberes que le incumben para la proteccion de sus estados y para la integridad del poder temporal de la Santa Sede, esencialmente unido con el libre é independiente ejercicio del supremo pontificado, reclama y protesta contra las usurpaciones cometidas á pesar de la aceptacion de la neutralidad, queriendo que su protesta se comunique á todas las potencias europeas. Confiado en el espíritu de justicia que las anima, cree se dignarán prestarle su apoyo, que no permitirán que alcance feliz resultado una infraccion tan manifiesta del derecho de gentes y de la soberanía de Su Santidad, y que no vacilarán en cooperar á su revindicacion, para cuyo efecto solicita su proteccion y auxilio.

El infrascrito cardenal, secretario de Estado, envia á V. E. la presente nota en conformidad á la órden pontificia, suplicándole que la trasmita á su corte, y aprovecha esta circunstancia, etc., etc.

G. C. ANTONELLI.

LX.

Manifiesto dirigido por Bartolomé de Szemere, ex-ministro presidente de Hungría, á varios periódicos franceses, explicando el carácter del movimiento húngaro.

Sr. Redactor:

Cuanto mas debia afectar nuestro sentimiento patriótico el absoluto silencio que los periódicos franceses guardaron de diez años á esta parte con respecto á la Hungría, mayor ha sido mi complacencia al leer vuestro artículo de hoy, que por fin nos hace completa justicia.

Habeis caracterizado perfectamente el movimiento húngaro, diciendo que no era un movimiento revolucionario, sino puramente nacional, y añadid á estas calificaciones la siguiente: puramente constitucional:

Para probarlo, voy á comunicaros el extracto de una memoria que algunos compatriotas en union conmigo presentamos al presidente de la república francesa en 1851, á la sazon en que el Austria quiso entrar en la Confederacion germánica con todas las provincias húngaras é italianas: los actuales acontecimientos explican claramente con que objeto el Austria concibió este proyecto, muy bien calculado, preciso es confesarlo, pero por fortuna abortado.

En la citada memoria enumerábamos una á una las garantías políticas que debian servirnos como otras tantas torres de defensa contra los desmanes del poder absoluto. La primera de estas garantías fué el juramento solemne que cada rey debia prestar á la observancia de todas nuestras leyes. La segunda fué el diploma de coronacion, autorizado con el sello y la firma del rey, y que en resúmen contenia la recapitulacion de todos los principios fundamentales de nuestra Constitucion, y constituia realmente un pacto personal y sinalacmático entre la nacion y el rey. La tercera está en los tratados de paz concluidos en 1606, 1622, 1645 y 1711 entre la Hungría y la dinastía, tratados que individualmente confirmaban nuestra libertad é independencia; y algunos de ellos se habian concluido bajo la influencia y las garantías de la Francia, de Inglaterra, de Suecia y de Holanda; y así estos tratados deben considerarse como que tienen la autoridad y la fuerza de un acto internacional.

La cuarta garantía estaba en nuestro Código íntegro en que se insertaron los juramentos, los diplomas de todos nuestros reyes, los artículos de todos nuestros tratados con la dinastía, y además un gran número de leyes concernientes á las seguridades mas solemnes para limitar por una parte el poder real, y por otra para poner á salvo las libertades de la nacion. No citaré mas que dos: el artículo 3.° de 1715 dice: «El rey no podrá gobernar sino en conformidad á las leyes existentes ó á las que en adelante se hagan ó voten por la Dieta; que por consiguiente la Hungría no será gobernada jamás segun el *sistema establecido* en los *demás paises* pertenecientes á la casa de Austria.» En una ley de 1799 se dice: «No obstante los cambios introducidos en la sucesion por la pragmática sancion, la Hungría con sus partes anexas queda un reino libre é independiente, en cuanto á la forma y al sistema de su gobierno; jamás será subordinada á ningun otro pais ó nacion, conservará siempre su propia Constitucion, y por consiguiente será gobernada y administrada por sus reyes legalmente coronados, no siguiendo el ejemplo de otros paises, sino sus propias leyes y costumbres.»

Despues de indicar estas cuatro garantías raciocinamos en la citada memoria del siguiente modo:

«Es por lo tanto incontestable que despues de haber obtenido tantas seguridades y garantías, estamos en el derecho de exigir de los Hapsburgos el respeto de nuestra independencia nacional y de nuestra Constitucion, sancionada por nuestras leyes, consagradas por los tratados y juradas por todos nuestros reyes.»

Aun cuando en 1804 Francisco I habia tomado el título de emperador de Austria, en su proclama de 15 de agosto de 1804 hizo, con respecto á nosotros y en presencia de la Europa, una declaracion espontánea en los siguientes términos: «Que nuestros reinos, principados y provincias conserven invariablemente sus títulos, sus instituciones y prerogativas..... esto debe verificarse principalmente para el reino de Hungría; en cuanto á las coronaciones que han tenido lugar para nos y nuestros predecesores como rey de Hungría, se hará invariablemente lo mismo que hasta ahora.»

Se nos preguntará quizá si la posicion de la Hungría con respecto al Austria no ha sido completamente cambiada por los acontecimientos de 1848 y 1849.

A esto contestaremos:

1.° Que las reformas que se hicieron en 1848, no eran el resultado de medidas revolucionarias, sino que esas reformas fueron adop-

tadas é introducidas por las vias legales *discutidas* y *votadas* por ambas cámaras, consentidas y *sancionadas* por el rey.

La llegada á Viena de una diputacion húngara, compuesta de unos 150 individuos, y encargada por ambas cámaras de exponer al rey los deseos y antiguas quejas del país, no puede calificarse de medida violenta, y sobre todo despues que tres semanas mas adelante el mismo rey se dirigió espontaneamente á Presburgo para sancionar en persona las leyes á que habia dado su consentimiento en Viena, y todo esto mientras que el órden legal y la tranquilidad mas general reinaban en Hungría.

2.° Que, á pesar de que por las leyes de 1848, se cambiaron las denominaciones de algunos cargos públicos, estas leyes no alteraron sin embargo en manera alguna las relaciones de la Hungría con el Austria, y no eran mas que la confirmacion pura y simple de los derechos garantidos ya por todas nuestras leyes antiguas.

3.° Que la nacion no tomó las armas sino cuando el Austria hizo invadir su territorio, por Jellachich, uno de los altos funcionarios del país, que ayudado é instigado por la corte de Viena, se sublevaba contra las leyes existentes.

4.° Que en el acto mismo de la invasion de la Hungría por el grande ejército austriaco en diciembre de 1848, las dos cámaras habian enviado al príncipe Windischgraetz, jefe del ejército, mensajeros de paz, que no solo se negó á recibir, sino que los hizo prender, y uno de ellos, el conde Luis Batthyany, á pesar de la santidad de su mision, fué condenado á ser ahorcado.

5.° Que la Hungría no ha pedido jamás otra cosa que la conservacion de lo que poseia, de lo que existia legalmente, la conservacion de su antigua Constitucion, de su libertad, de su independencia nacional, de sus derechos y de sus leyes, confirmados, garantidos y jurados por la dinastía de Hapsburgo; la guerra se nos ha hecho únicamente para derrocar nuestra Constitucion de diez siglos.

La Hungría es pues la que queria conservar, la que fué el campeon de la legalidad, y la dinastía austriaca es la que se insurreccionó contra las leyes existentes; la Hungría se defendió solamente, la dinastía fué la que le impuso la guerra, que nosotros aceptamos, porque no podiamos evitarla.....

Hé aquí, señor redactor, toda la verdad en pocas palabras. La Hungría queda constantemente en el terreno legal, histórico, constitucional; y el amor de la patria, el sentimiento de la independencia nacional, y el amor á la libertad fueron los que crearon nuestro ejército, fuerte de 180,000 hombres, que rechazó victoriosamente á los austriacos hasta las puertas de Viena. — Debieron su salvacion á los rusos.

Si hay un pueblo en el mundo que ame la libertad y tenga amor á su nacionalidad, es ciertamente el pueblo húngaro; durante diez siglos poseyó la libertad y la independencia como nacion; por lo mismo sabe apreciarlas. Así es que creo que no hay mas que un medio de satisfacerlo, y este es devolver á su patria sus *límites históricos* y su antigua *Constitucion*, acatada durante tantos siglos. Solo con esta condicion, hay posibilidad de una reconciliacion entre la Hungría y la dinastía austriaca. Así como sabia ser libre bajo esta dinastía en lo pasado, así espero que sabrá serlo en lo porvenir.

París, 26 de julio de 1859.

BARTOLOMÉ DE SZEMERE,
ex-ministro presidente de Hungría.

LXI.

Parte dirigido al ministro de marina por el vice-almirante francés Romain-Desfosses, relativo á las operaciones de sus escuadras en el Adriático.

Navío Bretaña, Lossini Peccolo, 23 de julio de 1859.

Señor almirante:

Honrado por la confianza del emperador con el mando en jefe de las fuerzas navales del Mediterráneo, debo dar cuenta á V. E. de la reparticion y del uso que de las mismas he hecho en virtud de vuestras instrucciones, en el momento en que tienen por mision especial secundar en el mar Adriático las grandes operaciones del ejército de S. M.

Dichas fuerzas navales comprendian diez navíos de línea y cuatro fragatas de hélice, y de ellas habian ido destacados dos navíos y dos fragatas al mando particular del contra-almirante Jurien de la Graviére, á fin de asegurar el bloqueo efectivo de Venecia.

V. E. me habia ordenado dejar en Tolon como reserva cuatro navíos y dos fragatas á las órdenes del contra-almirante Jehenne, de modo que con los navíos incluso el *Bretaña* que lleva mi pabellon, debia dirigirme al golfo de Venecia, y reunir allí los varios elementos de la escuadra expedicionaria.

El mas importante entre todos, atendida la naturaleza de las aguas en que debiamos operar, era una nueva escuadra recien constituida pór las órdenes de S. M., y que bajo el nombre de escuadra de sitio debia, con cinco vapores y seis buques de trasporte de hélice, completar el total de las fuerzas navales colocadas bajo mi mando superior.

La escuadra de sitio fué confiada á la direccion del contra-almirante conde Bouet-Willaumez, el cual llegó á Tolon el dia 1.º de junio para activar el equipo y armamento de los buques destinados á formar parte de la misma.

Componíase de cuatro fragatas de ruedas, y de veinte y cinco baterías flotantes y cañoneras, en su mayor parte de un escaso calado, y cubiertas de hierro en sus costados ó en su proa, es decir, propias para batir fortificaciones.

Las fragatas de ruedas y las baterías flotantes fueron armadas con tanta rapidez que el dia 12 el contra-almirante Bouet-Willaumez pudo partir para el Adriático con la primera y respetable division de la escuadra de sitio.

Despues de una arribada forzosa á Messina, donde permaneció tres dias para renovar su provision de carbon, llegó el undécimo dia á la bahía de Antivari, señalada por V. E. como punto de reunion general de la escuadra expedicionaria, y á fin de adelantar en lo posible el momento de aquella reunion, resolví hacer remolcar cada grupo de cañoneras á medida que quedaban dispuestas por uno de mis cuatro navios.

El *Arcola* partió el 15 con seis de aquellas pequeñas embarcaciones.

El 18, al asomar el alba, marchó el *Alejandro*, remolcando otras seis cañoneras, y en la tarde de aquel mismo dia salí de Tolon con el *Bretaña* y dos vapores, arrastrando en pos de nosotros las diez últimas cañoneras, y dejando en Tolon al navío *Temible*, que tres dias despues debia conducir la última fraccion de la escuadra, compuesta de dos buques de trasporte cargados de municiones de guerra y de dos cañoneras toscanas.

Despues de dificultades de navegacion que los marinos comprenden, y que es inútil por lo tanto enumerar á V. E., halláronse aquellas fuerzas reunidas en Antivari el dia 30 de junio, y allí se proveyeron de carbon, mediante los numerosos buques mercantes que bajo escolta habeis dirigido de antemano hácia aquel puerto neutral. Reunióseme la víspera una division naval sarda, compuesta de dos fragatas de hélice y de tres corbetas y vapores de ruedas, la cual, mandada por el capitan de navío Tholozano, se habia colocado bajo mis órdenes sin pérdida de momento.

Desde el 30 por la tarde al 1.º de julio á medio dia toda la escuadra salió de Antivari, por grupos, del mismo modo que habia llegado hasta allí; el primero de ellos, mandado pór mí y dirigido con toda la rapidez posible hácia el Adriático, donde debia apoderarme de la isla de Lossini, se componia, previendo resistencia, de la manera siguiente:

De los navíos *Bretaña* y *Temible*;

De las fragatas *Mogador* (contra-almirante Bouet-Willaumez) é *Isly*;

De la fragata sarda *Victor Manuel*;

De ocho cañoneras y de una batería flotante.

La isla de Lossini, situada en la entrada del archipiélago de Quarnero, es un punto central entre Venecia, Fuerte, Pola, Fiume y Zara, principales establecimientos marítimos del Austria en el litoral del Estado de Venecia, de la Iliria, de la Istria, de la Hungría y de la Dalmacia.

La posesion de aquella isla era para nosotros de importancia extrema, pues habia de proporcionarnos una excelente base de operaciones. El enemigo debia comprenderlo así mismo, y era presumible que nos opondria una resistencia que nos hallábamos en situacion de vencer.

Sin embargo, nada de esto sucedió, y ya por temor de dejar una guarnicion prisionera, ya mas bien por la impotencia de defenderse en toda la extension de las costas amenazadas por la escuadra aliada, los austriacos habian abandonado á sus propias fuerzas la numerosa poblacion de Lossini, y desarmado las torres Maximilianas que dominan la ciudad y el puerto de Augusto.

Sustituí en la ciudad y en las torres de Lossini Piccolo los pabellones francés y piamontés al austriaco, y manifesté á los habitantes que serian tratados como compatriotas si ellos por su parte nos auxiliaban con todos sus recursos. Aquella poblacion, esencialmente pacífica y mercantil, correspondió á lo que de ella esperaba; así fué que no juzgué conveniente usar del derecho que me competia para confiscar los catorce ó quince buques mercantes anclados en el puerto, despues de asegurarme que eran propiedad en efecto de los habitantes de la isla.

Entonces dióse principio á los preparativos para el ataque de las costas de Venecia; las baterías flotantes recibieron el complemento de su artillería, y se desarbolaron del todo á

fin de ser menos vulnerables á los fuegos del enemigo, las cañoneras hicieron otro tanto, y unas y otras, dirigidas por el contra-almirante Bouet-Willaumez y el capitan de navío Roncière le Nourry, se dirigieron á la bahía vecina para ejercitarse en el tiro, lo cual aquellos buques, armados á toda prisa, y dotados de excelentes marineros, artilleros distinguidos todos ellos, no habian practicado aun del modo conveniente.

Al mismo tiempo el comandante Bourgeois, del *Mogador*, realizaba con éxito repetidos ensayos de fuertes petardos sub-marinos, á fin de destruir las estacadas que obstruian la entrada de los tres puertos de Venecia, á saber: Chioggia, Malamocco y Lido.

Tres dias escasos bastaron para establecernos fuertemente en Lossini, cuya custodia confié á 400 marineros y á 400 soldados de infanteria de marina al mando superior del capitan de fragata Duvauroux, oficial enérgico, instruido y vigilante. Los almacenes, que en la ciudad alquilamos, se llenaban con nuestras provisiones de víveres y carbon; montábanse en la playa aparatos destilatorios para hacer potable el agua del mar, y finalmente, un hospital de 120 camas, establecido en tierra con nuestros propios recursos, recibia á los enfermos de la escuadrilla, mientras que disponiamos uno de los trasportes mixtos de la escuadra para recibir los heridos el dia del combate.

En tanto que parte de nuestros infatigables marineros verificaba aquellos trabajos indispensables, bajo la enérgica y activa direccion del contra-almirante Chopart, mi jefe de estado mayor, los demás completaban la provision de carbon, desaparejaban las baterías y las pequeñas cañoneras, y montaban en varios trabaccoli apresados morteros de 0,32 centímetros que V. E. habia puesto á mi disposicion antes de salir de Tolon.

El dia 6 de julio llegaron á Lossini dos grandes buques de trasporte mixtos, conduciendo 3,000 hombres de infantería de línea que formaban parte de las tropas unidas á la expedicion por órden del emperador. Repartíles sin pérdida de momento en los buques y supe entonces que el general de division Wimpffen se dirigia por órden de S. M. á tomar el mando de las tropas de desembarco.

El dia 7, un vapor que envié á Rímini, portador de un parte telegráfico, anunciando á V. E. la toma de posesion de Lossini, y pidiéndole las órdenes del emperador, segun se me habia prescrito antes de salir de Tolon, regresó al puerto de Antivari con una órden de S. M. que me mandaba atacar las obras avanzadas de Venecia.

La escuadra se hallaba pronta, y fijé la marcha para el dia siguiente 8 por la mañana, dejando únicamente dos cañoneras toscanas á disposicion del comandante superior, á fin de contribuir á la seguridad de nuestro establecimiento.

El combinado ataque de la escuadra y del cuerpo expedicionario debia tener lugar el dia 10 de julio, y así lo habia participado á V. E. desde el 7 por medio del telégrafo de Rímini. Nadie dudaba de su éxito.

El 8, al asomar el dia, la escuadra salia de Lossini, cuando apareció el navío *Eylau*, expedido la víspera por la tarde por el contra-almirante Jurien, á fin de comunicarme una carta del gobernador general del Estado de Venecia y un parte de Verona, en el cual el general Fleury, ayudante de campo del emperador, me anunciaba haberse celebrado una suspension de armas, y me ordenaba de parte de S. M. la suspension de las hostilidades.

Un momento despues llegó un vapor parlamentario procedente de Zara, y su capitan me entregó una nota en la cual el gobernador general de la Dalmacia me participaba igualmente la suspension de armas.

Aquel imprevisto acontecimiento no debia modificar nuestras disposiciones de marcha, y creí por el contrario que la presencia de una escuadra numerosa delante de Venecia podria tener grande importancia en semejante ocasion.

Dispuesto ya todo, nos dirigimos hácia las playas venecianas, y el dia siguiente al salir el sol, la escuadra entera, compuesta de 45 buques de guerra de todo porte, anclaba á cinco leguas de la costa, á la vista de las cúpulas de San Marcos y de una poblacion agitada por muy varios sentimientos.

Inmediatamente expedí un oficial parlamentario á Malamocco portador de una carta, en la cual advertia al feld-mariscal la suspension de las hostilidades, pidiéndole tambien que se me otorgara un salvo-conducto para un oficial á quien deseaba enviar al cuartel general del emperador por el camino de hierro de Venecia á Verona. El gobernador austriaco me contestó que someteria mi demanda á S. M. Apostólica.

El 10 por la mañana se acercó al *Bretaña* un vapor con el pabellon parlamentario, y púsose á mi disposicion para conducir al oficial á quien queria enviar cerca del emperador. El capitan de fragata Foullioy, mi pri-

mer ayudante de campo, se embarcó en el vapor, llevando una relacion en la que daba somera cuenta á S. M. de la situacion de la escuadra, de lo que habia hecho hasta aquel dia, y de lo que estaba pronto á hacer á la primera señal.

Mi ayudante de campo regresó el dia 12 por la mañana; varios oficiales austriacos le habian acompañado durante su expedicion á través del ejército enemigo, tratándole con extremada cortesía. Llegado al cuartel general francés, establecido en Valeggio, tuvo el honor de ser recibido en la mañana del 11 por el emperador, quien se dignó interrogarle extensamente acerca de la escuadra y de sus medios de ejecucion.

S. M. le entregó para mí la carta autógrafa siguiente:

« *Valeggio, 11 de julio.*

« Mi querido almirante:

« Se ha celebrado una suspension de armas que durará hasta el 15 de agosto, y os ruego por lo tanto que envieis otra vez á Lossini cuantos buques no sean necesarios en el mar.

« En caso de no celebrarse la paz, cuento en la fuerza de la escuadra y en la habilidad de su jefe para conseguir junto con el ejército de tierra el objeto que me he propuesto.

« Emplead el tiempo que resta hasta el 15 de agosto en ejercitar las tripulaciones, en practicar reconocimientos en todas las costas, y en adquirir noticias acerca de los puntos débiles del enemigo.

« NAPOLEON. »

Aquí debo terminar mi relacion, señor almirante; el resto es ya conocido de V. E., que no ignora ser la abnegacion una virtud necesaria y esencial en nuestra profesion. Los marinos de la escuadra del Adriático, al ver frustrada su esperanza de que sus grandes esfuerzos y actividad fuesen coronados con una honrosa participacion en los gloriosos trabajos del ejército, no dejan de celebrar los triunfos á los que no les ha sido dable contribuir con las armas en la mano, ni de asociarse al regocijo y á la gratitud de la patria.

Ruego á V. E. que acepte la expresion de mi profundo respeto.

El vice-almirante, senador, jefe de la escuadra del Mediterráneo,

ROMAIN DESFOSSÉS.

LXII.

Manifiesto publicado en Lóndres por Mazzini, expresando su opinion acerca de la guerra.

La guerra empezada, desde ahora no es ya una probabilidad acerca de la cual se podia y debia discutir, sino un hecho consumado. Ha estallado la guerra entre el Austria y el Piamonte; los soldados de Luis Napoleon están en Italia; la alianza ruso-francesa, que un año hace habiamos nosotros anunciado, va revelándose á la Europa. El parlamento sardo ha conferido poderes dictatoriales á Victor Manuel. Una insurreccion militar ha derribado al gobierno del duque de Toscana y aceptado la dictadura del rey. La fermentacion universal que reina en Italia producirá probablemente hechos notables en otras partes. Los destinos de nuestra patria se han entregado hoy irrevocablemente al campo de la accion, á la decision de las batallas.

En vista de tales condiciones, los mas, embriagados por el deseo de accion, fascinados por la idea de tener el auxilio de poderosos ejércitos regulares, trastornados por la alegría de hacer la guerra á la merecidamente aborrecida dominacion austriaca, olvidan los desengaños del pasado y sus causas; sacrifican, no solo sus mas caras creencias, sí que tambien la intencion que es preciso guardar; renuncian á toda prevision, á toda libertad de juicio; no tienen mas que palabras de aplauso para quien se ha encargado de dirigir la guerra; aprueban sin exámen todo lo que venga del Piamonte ó de la Francia; inician una batalla de libertad haciéndose esclavos. Unos, viendo perdida toda idea de moralidad política en los agitadores y en la turba secuaz y á un pueblo apóstol de la libertad desde hace medio siglo aliarse de una vez con el despotismo, y á los hombres autores ayer de la anarquía de Proudhon, entregarse á ciegas sin reserva á un rey, y á los conciudadanos de Goffredo Mameli gritar trascordados ¡ viva el emperador ! que, como á otros mil, lo llevó á la muerte, desesperan del porvenir y declaran que nuestro pueblo es indigno de la libertad.

Nosotros no participamos de las ciegas y servilmente expresadas esperanzas de los primeros, ni del desesperado desaliento de los últimos. La guerra iniciada empieza bajo tristísimos auspicios, pero los italianos pueden, cuando quieran, dirigirla á mejores fines, y nosotros tenemos fe en los nobles instintos de

nuestro pueblo. Estos instintos se revelan poderosos hasta ahora, aun en medio de los errores á que lo lanzan los agitadores. Era quizás mejor que en vez de formar un núcleo bajo la direccion absoluta de los poderes, que pueden hacer traicion á las esperanzas que se han concebido, los voluntarios hubiesen ordenado tácitamente la insurreccion, que la hubiesen capitaneado en nombre del pueblo italiano, asegurando y constituyendo su iniciativa; pero el espíritu que lo mueve, santo y sublime, y el testimonio que dan de afecto á la patria comun, es innegable. El núcleo del futuro ejército nacional, espontáneamente reunido, lleva consigo las mas bellas esperanzas de la Italia.

La aceptacion de la dictadura real es un error que puede llegar á ser verdaderamente funesto, y viola la dignidad de un pueblo que se levanta para emanciparse. Esta dictadura que, en un país y con un parlamento partidarios de la iniciativa del monarca, podria prestarle un grande auxilio en la opinion pública, ante los ejemplos de Roma y Venecia, en donde la armonía de las asambleas populares con los jefes de la defensa produjo una gran fuerza, ante los recuerdos de las largas y tremendas guerras sostenidas por la Inglaterra contra el primer imperio, sin la menor violacion de la libertad interior, ahora no es evidentemente mas que una concesion hecha á las exigencias del monarca aliado, y el primer estadio de un plan cuyo objeto es sustituir la cuestion de territorio á la cuestion de libertad; pero el pueblo, que la acepta aplaudiendo, cree hacer un sacrificio supremo en pro de la patria comun, é ilusionado al ver en aquella concentracion de poderes la salvacion de la guerra, pretende probar con aquel aplauso su propia determinacion de combatir y vencer bajo cualesquiera condiciones. El entregar sin condicion las provincias que se sublevan á la direccion del rey dictador, puede llegar á ser indudablemente fatal: la lógica de la insurreccion exigia que cada provincia sublevada contribuyese con un delegado á formar el gobierno nacional de insurreccion; pero en este inmenso error hay un homenaje hecho á la necesidad de la unidad nacional, que refuta inútilmente la loca palabreria de la prensa europea sobre nuestras divisiones, y que constituye sin embargo el derecho italiano. El amor á la patria es tanto hoy dia en Italia, que puede superar y vencer todos los obstáculos. Los buenos deben animarse y procurar dirigirlo, y por esto deben insistir, sin temor, en la mala interpretacion de la verdad de la situacion actual. Pero nos encontramos en momentos demasiado solemnes para que nos entretengamos en discutir las ventajas inmediatas ó en formular censuras.

La VERDAD de la situacion es la siguiente:

Lo mismo y mucho mas que en 1848, el movimiento italiano tiende á la libertad y á la unidad de las naciones. La guerra iniciada por la monarquia sarda y por Luis Napoleon tiene un objeto completamente distinto. Como, y mucho mas que en 1848, el antagonismo que existia entonces entre las tendencias de la nacion y las de los jefes aceptados, antagonismo que produjo la ruina de la guerra, amenaza producir tremendos desengaños en Italia.

La Italia quiere la unidad nacional. Luis Napoleon no puede quererla. Bonaparte busca, además de Niza y de la Saboya, concedidas ya por el Piamonte en premio del auxilio que le presta para la formacion de un reino del norte, una oportunidad para levantar un trono en el sur á Murat, y un trono en el centro para su PRIMO. Roma y parte de los Estados romanos deberán quedar bajo el gobierno temporal del Papa.

Sinceramente ó no, poco importa, el ministro que rige con un poder supremo los destinos del Piamonte, ha dado su aceptacion al proyecto.

La Italia tendria de este modo cuatro Estados: dos serian gobernados DIRECTAMENTE por el extranjero: INDIRECTAMENTE la Francia tendria á la Italia toda entera; el Papa depende de la Francia desde 1849; el rey sardo quedaria por deber de gratitud, ó por inferioridad de fuerza, avasallado al imperio.

El plan recibiria una realizacion completa si el Austria resistiese hasta el último extremo; pero si el Austria, derrotada desde un principio, hiciese proposiciones iguales á las que por algun tiempo hizo en 1848 al gobierno inglés, consistentes en abandonar la Lombardía bajo la condicion de conservar los Estados de Venecia, la paz, naturalmente pedida por toda la diplomacia europea, quedaria aceptada: las solas concesiones de la Saboya y de Niza á la Francia recibirian su ejecucion: la Italia quedaria abandonada á la venganza de sus patronos, y el cumplimiento del plan diferido para tiempos mas favorables.

Este proyecto es conocido de todos los gobiernos de Europa, y esta es la causa de que todos se armen; de aquí proviene la efervescencia guerrera en la Confederacion germánica; de aquí que se hayan ordenado los ele-

mentos de una coalicion entre la Inglaterra, la Alemania y la Prusia, coalicion inevitable, cualquiera que sea el lenguaje que usen los gobiernos. La base de la coalicion seria fatalmente, á no ser que la Italia asegurase su propia existencia, no como aliada de Bonaparte, la defensa del Austria y de los tratados del año 1815.

Esta coalicion la teme Luis Bonaparte. De aquí la alianza con la Rusia, incierta, y ciertamente no comprada sin condiciones liberticidas: el abandono absoluto de la Polonia, entre otras, y el protectorado general de la Turquía europea, concedido al czar, en cambio del Mediterráneo, convertido en lago francés.

Cuando la guerra se prolongue y adquiera por la intervencion de la Alemania proporciones europeas, la insurreccion de las provincias ahora turcas, preparada de antemano, y la de la Hungría, proporcionarán ocasion á la Alemania de manifestarse.

Cuando las cosas lleguen á este punto, está pactado que en estas trasformaciones territoriales quedará ahogada toda idea de derecho popular y de libertad.

Los príncipes rusos gobernarian los Estados que saliesen de las ruinas del imperio turco y del austriaco: los príncipes de la dinastía Bonaparte, los nuevos Estados de la Italia, y quizás los de otros paises.

Constantino de Rusia ha sido propuesto ya á los descontentos húngaros, como lo ha sido Napoleon Bonaparte á los agitadores monárquicos de las Legaciones y de la Toscana. Del mismo modo que Carlos V y Clemente VII, enemigos mortales de corazon, se coaligaban para repartirse las ciudades libres de Italia, los dos czares, enemigos tambien de corazon, se coaligan para sofocar las aspiraciones de libertad y para imperializar la Europa. De aquí el decreto que suprime la libertad de imprenta del Piamonte, arrancado á Cavour. Muda la imprenta, prohibido todo comentario acerca de las operaciones, ignorado todo lo que se refiere al pueblo, la arena queda abierta á la táctica de los iniciadores patronos. Y los ánimos, fascinados por el fantasma de una independencia, que en último resultado, no seria mas que un cambio de dependencia, olvidan todo afecto á la cuna de toda independencia, la libertad.

Tales son los designios del despotismo que se ha aliado con nosotros. Los unos podrán negarlos, como negaba Luis Napoleon toda intencion de llevar á cabo el golpe de Estado, por lo mismo que desean ardientemente llevarlos á cabo; los otros, por ciega credulidad á todas las palabras que proceden de los poderosos, ó por el ciego deseo que ofusca el entendimiento. Pero no por eso son menos ciertos; conocidos son del que esto escribe, conocidos de los gobiernos, y descubiertos en parte por las palabras y por los actos de Luis Napoleon y del conde de Cavour. Digo del conde de Cavour, porque me inclino á creer que Victor Manuel ignora lo que se estaba tramando en Plombieres y Stutgard.

Si el conde de Cavour hubiese amado verdaderamente á la Italia, hubiera aprovechado el inmenso prestigio que proviene de la posicion de una fuerza material importante, y de las tendencias universales italianas, para preparar á la Italia á obrar, y al Piamonte á preparar, el movimiento. Habria provocado, como podia hacerlo, una insurreccion parecida á la de marzo de 1848 en el Lombardo-Veneto. La insurreccion habria, como entonces, cogido al enemigo desprevenido, y habria desordenado sus fuerzas diseminadas. Sobre aquel enemigo desalentado, aterrorizado por la súbita sublevacion del pueblo, el ejército regular del reino sardo, secundado francamente por las milicias y por las insurrecciones, hubiera vencido, y obtenido fácilmente una victoria final. La Italia entera le habria seguido en aquella hermosa empresa. Los pueblos sojuzgados por el Austria, no empobrecidos por nuevas conquistas, habrian aprovechado la oportunidad de enarbolar su bandera nacional; la Europa hubiera aplaudido y favorecido una lucha iniciada con solo fuerzas italianas. Y la Europa, que amenaza ahora Luis Napoleon, el cual entra en Italia, en cierto modo llamado por ella y como á libertador, no habria nunca tolerado que hubiese penetrado en la Península, sin ser llamado ni provocado, para sofocar una insurreccion contra el Austria. Esta empresa era santa y sublime, y Cavour podia llevarla á cabo. Pero era necesario, en nombre de la libertad y de su derecho, aliarse con la revolucion, que en Italia no tiene exigencias exageradas, ni un programa de terror, ni tendencias á la anarquía de los trastornos sociales. El ministro de la monarquía sarda no era para tanto. Su aversion al pueblo y á la libertad, lo induce á buscar una alianza odiosa, por sus antiguas tradiciones de conquista, á todas las naciones.

Ese pensamiento ha cambiado la naturaleza de la causa italiana. Si vence, merced al aliado convertido en patrono, la unidad nacional está perdida; la Italia quedará convertida en un campo entregado á nuevas reparticion es

bajo el dominio ó protectorado francés. Si sucumbe con él, la Italia sufrirá males y reacciones sin fin, y la Europa, en vez de compadecerla, dirá: Vosotros no teneis mas que lo que mereceis. Sobre todos los cálculos, sobre todas las tácticas humanas, existe una ley moral que los pueblos no violan nunca impunemente. Toda culpa lleva consigo su inevitable expiacion. La Francia, ya lo habíamos predicho, expia ahora el delito de la expedicion de Roma. ¡Dios evite á la Italia la expiacion severa que ha merecido la monarquía sarda por haber hecho fraternizar una causa santificada por medio siglo de sacrificios, de martirios y de aspiraciones virtuosas, con la bandera del egoismo!

Y sin embargo, la guerra es un hecho iniciado, un hecho poderoso que crea nuevos deberes, y modifica esencialmente la conducta que debe observarse.

Entre los planes de Cavour y la amenaza de la coalicion, entre Luis Napoleon y el Austria, la situacion de la Italia es igualmente triste: la Italia! el objeto mas caro de nuestro corazon, y cuyo porvenir es demasiado alto para que no sacrifiquemos en sus aras la queja, el dolor, la amargura de los desengaños, y hasta la conciencia de sus graves y merecidos peligros. El hecho está iniciado: era preciso procurar que cambiasen sus condiciones primitivas, y en el deber de todos estaba buscar los medios de mejorarlas. Cuanto mas graves son los peligros de la situacion, tanto mas deben concentrarse los esfuerzos de todos para salvar de aquellos peligros á la patria comun. Si la guerra solo tuviese lugar entre gobiernos, podríamos permanecer meros espectadores, acechando el momento en que, debilitados los combatientes, pudiese presentarse en el campo el elemento nacional. Pero este elemento se ha presentado ya; víctima ó no de una ilusion, el pais se estremece impulsado por el deseo de la accion, y cree poder aprovecharse de la guerra regio-imperial al llegar ésta á su fin. El movimiento toscano, movimiento espontáneo del ejército y de los ciudadanos italianos, la agitacion universal, y el campo de los voluntarios, traspasan el círculo del plan trazado por los intrigantes: son palpitaciones de la nacion. Fuerza es seguirla en la arena; preciso es ensanchar, italianizar la guerra; los hombres de fé republicana sienten mejor que nadie este deber, y sabrán cumplirlo.

La Italia puede, queriendo, salvarse de los peligros que le amenazan, y hacer salir de la crisis actual su propia unidad.

Es necesario que el Austria caiga; podemos deplorar la intervencion imperial, pero no podemos negar que el Austria es la eterna enemiga de todo desarrollo nacional italiano, y que los italianos son los primeros soldados que ha encontrado en el campo. Es preciso que el Austria sucumba; todos los italianos deben cooperar á ello, todo italiano puede consultar su propia conciencia acerca de dónde y cómo; todo italiano debe dar sangre, dinero y consejo, todo lo que pueda, contra el Austria. Lo exige el honor, lo exige la salvacion de todos. Vea la Europa, por esta manifestacion universal, que existe entre nosotros y el Austria una guerra mortal, y que esta guerra no cesará hasta que el último soldado del Austria haya pasado nuestra frontera natural, los Alpes. Aprenda en nuestros hechos que aun cuando nos quedásemos solos en el combate, combatiríamos y sabríamos vencer.

Es necesario que el pueblo de Italia conserve intacta su dignidad, que obligue á la Europa á admirarla. No olvidemos á Roma, al 2 de diciembre, las ofensas inferidas en estos últimos diez años á nuestros hermanos en creencias.

El grito de viva la Francia! puede salir sin culpa de los labios italianos, pero el grito de viva el emperador! ese no. Enseñe á los pueblos nuestro silencio respecto á él; enseñe nuestra viril actitud con el rey piamontés que aspiramos á la libertad, no á un cambio de esclavitud, que queremos ser agradecidos, pero no ciegos y estúpidos aduladores, y que confiamos, vigilando. El servilismo, deberíamos saberlo de muy antiguo, abre el camino á la traicion. Si quereis que quien os guia no se separe de su propio deber, haced que deba respetaros y temeros.

Es necesario que la Italia se levante, que se levante de un extremo á otro, y constituya su propia fuerza, de modo que los cien mil extranjeros que han acudido en nuestra ayuda, parezcan una legion aliada mejor que un ejército libertador.

La insurreccion deberia ser general: al Norte para conquistarse, no recibir la libertad; al Sur, para ordenar la reserva del ejército nacional. La insurreccion puede, con las debidas reservas, dirigirse bajo el mando militar del rey á cualquier parte que esté el austriaco, acampado é inmediato: la insurreccion en el Sur, deberia operar y mantenerse mas independiente. Levantándose, y levantándose unida, organizando un poder provisional, armándose, escogiendo un punto

estratégico central, desde el que pueda mandarse auxilios donde sean necesarios, y haciendo que se concentren todos los elementos que no tienen enemigos que combatir inmediatamente, Nápoles y Sicilia podrian asegurar la salvacion de la causa de Italia, y constituir su fuerza, representada por un campo nacional. Merced á este campo y á los voluntarios del Norte, la Italia, al terminar la guerra, se encontraria, cualesquiera que fuesen las intenciones de los iniciadores, árbitra suprema de sus propios destinos.

Es necesario entretanto que la expresion de los votos italianos se presente enérgica en todos los puntos de Italia. El grito de insurreccion deberia ser en todas partes UNIDAD, LIBERTAD, INDEPENDENCIA NACIONAL. Este grito deberia hacerse oir continuamente al rededor del ejército franco-sardo; deberia hallarse al final de todas las exposiciones, de todas las proclamas de las autoridades provisionales; deberia ser la consigna de los voluntarios y de las milicias ciudadanas; deberia ser el grito y la inspiracion de los combates. Juren todos no soltar las armas mientras haya un palmo de Italia que permanezca esclavo, hasta que el pacto de unidad nacional sea aceptado de cuantos habitantes cuenta la Italia. Sepa la Europa, sepa Luis Napoleon, sepa antes que todos el rey sardo lo que los italianos quieren. Que las manifestaciones populares excluyan de antemano toda nueva reparticion de la Italia, toda implantacion de las dinastías extranjeras, toda paz en el Adiger ó en el Mincio, todo abandono de una parte cualquiera de la Italia; que el nombre de Roma vaya siempre unido al nombre de Italia. Allí, en la ciudad sagrada, está el paladion de nuestra unidad nacional; y si Roma, ingrata, lo rechaza, no debemos rechazarlo nosotros.

De Roma, de Nápoles y de la conducta de las milicias voluntarias, depende el destino de Italia. Roma representa la unidad de la patria. Nápoles y los voluntarios pueden constituir un ejército. Inmensos son estos deberes; y si Roma, Nápoles y los voluntarios no saben cumplirlos, no merecen la libertad, y no la tendrán. La guerra, abandonada á los gobiernos, acabará con un nuevo tratado de Campoformio y con un reparto de la Italia, que quizá se prolongaria mas de un año con vicisitudes diversas y con la caida de Napoleon, sin una sola ventaja para la Italia.

La DISCIPLINA, que ahora se pregona como un secreto de la victoria por los hombres que llevaron á la ruina la insurreccion de 1848, no es mas, tal cual ellos la entienden, que un servilismo y una inercia fatal del pueblo. La disciplina, como nosotros la entendemos, puede exigir una fuerte union para todo aquello que concierne á la ejecucion de una guerra regular; puede exigir el silencio en todas las cuestiones de forma; pero no que la Italia se levante ó se acueste á medida de los deseos de un dictador, sin programa, y de un autócrata extranjero, y que no manifieste claramente su voluntad de ser libre y UNA. La insurreccion y el grito unánime de la unidad no pueden hacer mas que favorecer los designios del dictador, si estos son buenos; le perjudicarán si no son sanos y verdaderamente italianos. La nacion armada suministrará, á la Europa que desconfia de Napoleon, y que se pondria tarde ó temprano al lado del Austria, un punto de apoyo para colocarse entre la vieja tiranía y las ambiciones dinásticas del imperio.

Sublevarse, armarse, combatir al Austria en los territorios que ocupa; aceptar la direccion militar del señalado para este objeto; mantenerse independiente en lo demás, hasta que la Italia, emancipada de todas las tiranías extranjeras ó domésticas, podrá revelar su propia opinion; afirmar entretanto enérgicamente de todos los modos posibles y en todas las circunstancias aquella parte de sus aspiraciones por la que la Italia sufre y combate desde hace un tercio de siglo, la UNIDAD NACIONAL; dar pruebas de concordia y de disciplina, pero meditando los peligros que se presentan, y vigilando, este es un deber inviolable para todo italiano. Ante los hechos iniciados contra un imperio fundado en la negacion absoluta de toda nacionalidad; ante una guerra en la cual un gobierno italiano puede, queriendo, hacer levantar á la nacion, cesa toda oposicion sistemática, cesa la conspiracion secreta; pero no cesa el deber de asegurar el derecho italiano y la voluntad del pais, de modo que venga á ser difícil todo lo que sea separarse de ellos; no cesa el deber de la santa conspiracion pública que deberia hacer de toda la Italia, de un extremo á otro, un programa visible de libertad y unidad.

Cumpla cada uno de nosotros con su parte en la linea indicada, y á pesar de los obstáculos, mas graves que no lo eran en 1848, la Italia será libre.

G. MAZZINI.

LXIII.

Instrucciones dirigidas á los italianos por la sociedad nacional.

SOCIEDAD NACIONAL ITALIANA. INDEPENDENCIA. UNION.

(*Instrucciones secretas.*)

La presidencia cree de su deber, en el estado actual de cosas en Italia, comunicar las siguientes instrucciones secretas:

1.ª Tan pronto como principien las hostilidades entre el Piamonte y el Austria, os levantareis al grito de ¡Vivan la Italia y Victor Manuel! ¡Fuera los austriacos!

2.ª Si no puede verificarse la insurreccion en vuestra ciudad, todos los jóvenes que se hallen en estado de llevar las armas saldrán de ella, y se trasladarán á la mas inmediata donde se hubiere efectuado con buen éxito la insurreccion, ó donde al menos hubiere probabilidades de que salga bien. Entre las ciudades cercanas elegireis la mas próxima al Piamonte, donde deberán concentrarse todas las fuerzas italianas.

3.ª Emplleareis todos vuestros esfuerzos para vencer y desorganizar el ejército austriaco, interceptándole las comunicaciones, cortando los puentes y los telégrafos, quemando los depósitos de vestuario, víveres y forrajes, y cogiendo y guardando en rehenes los grandes personajes que se hallen al servicio del enemigo y á sus familias.

4.ª No tirareis nunca los primeros sobre los soldados italianos y húngaros. Por el contrario, hareis todo lo posible por comprometerlos á seguir nuestra bandera, y recibireis como hermanos á los que cedan á vuestras exhortaciones.

5.ª Las tropas regulares que abracen la causa nacional, serán inmediatamente enviadas al Piamonte.

6.ª Donde hubiere triunfado la insurreccion, la persona mas autorizada en la estimacion y confianza pública, tomará el mando militar y civil, con el titulo de comisario provisional por el rey Victor Manuel, y lo conservará hasta la llegada del comisario enviado por el gobierno piamontés.

7.ª El comisario provisional abolirá los impuestos que existiesen sobre el pan, el trigo, etc., y en general todos los que no existan en los estados sardos.

8.ª Hará una leva por via de reclutamiento, de los jóvenes de diez y ocho á veinte años, á razon de 10 por cada 1,000 almas de poblacion, y recibirá como voluntarios á los de veinte á treinta y cinco años que quieran tomar las armas por la independencia nacional, enviando inmediatamente á los quintos y voluntarios.

9.ª Nombrará un consejo de guerra para juzgar y castigar, dentro de las veinte y cuatro horas, todos los atentados contra la causa nacional y contra la vida ó propiedad de los ciudadanos pacíficos. No tendrá miramiento alguno con clases ni categorías; pero nadie podrá ser condenado por el consejo de guerra por hechos políticos anteriores á la insurreccion.

10.ª Prohibirá la fundacion de círculos y periódicos; pero publicará un boletin oficial de los hechos que convenga hacer llegar á conocimiento del público.

11.ª Destituirá de sus funciones á todos los empleados y magistrados opuestos al nuevo órden de cosas, procediendo para ello con mucho misterio y prudencia, y siempre por via provisional.

12.ª Mantendrá la mas severa é inexorable disciplina, aplicando á cada uno, sea quien fuere, las disposiciones militares en tiempo de guerra. Será inexorable con los desertores; y á este propósito, dará órdenes severas á todos sus subordinados.

13.ª Enviará al rey Victor Manuel un estado detallado de las armas, municiones y fondos que se encuentren en las ciudades ó provincias, y esperará órdenes acerca del particular.

14.ª En caso de necesidad, hará requisiciones de dinero, caballos, carros, buques, etc., dejando siempre el correspondiente recibo; pero castigará con las penas mas severas á todo el que hiciere semejantes requisiciones sin necesidad evidente, y sin contrata expresa.

15.ª Hasta que llegue el caso previsto en el articulo 1.° de esta instruccion, se usarán todos los medios posibles para manifestar la aversion que profesa la Italia á la dominacion austriaca y á los gobiernos enfeudados con el Austria, al mismo tiempo que su amor á la independencia y su confianza en la casa de Saboya y en el gobierno piamontés, procurando evitar conflictos y movimientos intempestivos y aislados.

Turin 1.° de marzo de 1859.

Por el presidente,

El vice-presidente, GARIBALDI.

El secretario, LA FARINA.

LXIV.

Decreto de S. M. la reina de Inglaterra, mandando á sus súbditos observar una estricta neutralidad en la lucha italiana.

VICTORIA, et., etc.

Atendido que á pesar de nuestros esfuerzos ha estallado la guerra entre S. M. el emperador de Austria por una parte, y S. M. el rey de Cerdeña, aliado de S. M. el emperador de los franceses, por otra;

Atendidò que existe dicho estado de guerra entre los súbditos de los expresados soberanos, con los que nos encontramos en buenas y amistosas relaciones, que gran número de nuestros súbditos tienen intereses en los territorios de aquellos soberanos, y que es nuestro deseo conservar á nuestros súbditos los beneficios de la paz de que gozan, observando pura una estricta é imparcial neutralidad mientras se prolonguen las hostilidades;

Hemos creido, de acuerdo con nuestro consejo privado, deber publicar el real decreto siguiente:

Ordenamos y mandamos á nuestros leales súbditos, que observen durante las hostilidades una completa neutralidad, y que se abstengan de toda violacion ó contravencion á las leyes, advirtiéndoles que en caso contrario lo harán á su peligro y riesgo.

Vista la ley de S. M. Jorge IV del año 59 de su reinado, prohibiendo el equipo de buques de guerra y el trasporte de materiales que puedan servir á un uso análogo, declaramos que cualquiera que se haga culpable de semejante delito, será convicto de *misdemeanour* y castigado conforme á la ley.

Y para que ninguno de nuestros súbditos caiga bajo la aplicacion de dicho estatuto, ordenamos que nada se haga contra lo prevenido en el mismo, bajo pena de incurrir en nuestro desagrado y en las penas enumeradas en él.

Advertimos además á nuestros súbditos y á cuantos tienen derecho á nuestra proteccion, que observen respecto de las varias partes beligerantes la mas estricta neutralidad.

Los que en menosprecio de nuestro real decreto, intenten violar la neutralidad que prescribimos, incurrirán en las penas determinadas por las leyes de las naciones.

Y declaramos que nuestros súbditos y toda persona que tenga derecho á nuestra proteccion, que obrase en sentido contrario á nuestras instrucciones, lo hará á su peligro y riesgo, no recibiendo de nos proteccion alguna en los daños que quizás le resulten.

Bukingham, 13 de mayo, año 22 de nuestro reinado.

Dios guarde á la reina!

LXV.

Memoria anexa á los proyectos de ley presentados por el ministerio prusiano á la Cámara de diputados.

Al presentar el gobierno del rey al Parlamento los proyectos de ley que deben proporcionarle los medios de hacer frente á las eventualidades, cuya importancia no puede exactamente calcularse, cree de su deber dirigir al Parlamento comunicaciones que pongan en relieve la actual posicion política de la Prusia, y la que ha adoptado hasta ahora respecto á la cuestion del dia.

La situacion de Italia, objeto de las últimas negociaciones diplomáticas, y causa de la guerra que acaba de estallar, ha llamado mas de una vez durante los últimos años la atencion de los gabinetes extranjeros. De ella se trató especialmente hace pocos años en el Congreso de Paris; la Francia y la Cerdeña solicitaron con instancia que fuese tomada en consideracion, y acabóse por fin por hacer constar los modos distintos como era apreciada la cuestion.

Las negociaciones posteriores entre el Austria y la Francia acerca de la cuestion italiana, tuvieron un carácter puramente confidencial, y por lo tanto no participaron en ellas las demás potencias, mientras que la enemistad que hace años existe entre el gobierno austriaco y el gobierno sardo, no traspasaba los límites de una cuestion especialmente italiana. Las amistosas relaciones que el gobierno del rey mantuvo con ambas potencias, se demuestran por el hecho de que al romper la corte de Viena las relaciones diplomáticas, la legacion del rey en Turin quedó encargada de los intereses de los súbditos austriacos, posicion que aprovechó para procurar desvanecer malas inteligencia, y reconciliar á ambas cortes. Por desgracia sus esfuerzos han sido inútiles.

La situacion tomó un nuevo carácter cuando las divergencias existentes entre el Austria y la Francia sobre los asuntos italianos se agravaron hasta el punto de creer la Francia necesario ponerse de parte de la Cerdeña de un modo tal que el Austria creyó amenazada su posicion como potencia italiana.

En el mismo momento en que la cuestion italiana amenazaba tomar las proporciones de una complicacion europea, pasaba bajo el dominio de las cuestiones que desde la fundacion del derecho que rige en el dia el estado europeo (1815), consideran las cinco grandes potencias como objeto de su comun solicitud. El gobierno del rey miró como un deber sagrado el mantener el tradicional principio, al cual debe la Europa el haberse librado por espacio de cuarenta años de las calamidades de una guerra entre las grandes potencias europeas, y en este sentido tomó parte en las negociaciones de las potencias, encaminadas á desvanecer la enemistad que existia entre la Francia y la Cerdeña de una parte, y el Austria de otra, y á terminar por la via amistosa las diferencias que entre dichos Estados se habian producido.

Partiendo de este principio, el gobierno del rey, no solo se adhirió á la proposicion de la Rusia para la reunion de un Congreso, sino que aceptó las bases del mismo formuladas por la Inglaterra, y lo hizo con tanto mayor placer cuanto que se designaba como punto de partida el mantenimiento de los tratados de 1815, y del estado de posesion que de los mismos resultaba.

Aceptadas las bases por las cinco potencias, no fué causa ninguna de ellas de haberse frustado la idea del Congreso; este resultado fué debido á dos cuestiones preliminares, á dos cuestiones de forma, á saber: el desarme de las potencias rivales, y la participacion de los Estados italianos, especialmente de la Cerdeña, en las deliberaciones del Congreso.

En las negociaciones entabladas para solventar aquella cuestion preliminar, la posicion del gobierno del rey, no podia ser mas que puramente mediadora; pero cuanto mas infructuosas eran las tentativas hechas por ambas partes para conciliar las opuestas pretensiones, tanto mas indispensable era para la Prusia el tomar á su vez las medidas que en el caso de amenazadoras complicaciones y entre los armamentos de los demás Estados exige imperiosamente la condicion de su propia seguridad.

El gobierno que alimentaba fundadas esperanzas de ver conservada la paz, habia aplazado por algun tiempo esas medidas, cuya necesidad habia sido reconocida desde mucho antes; pero ante la situacion cada dia mas grave, no era ya permitida la vacilacion, y la seguridad de la Alemania debia ser al ejecutarlas el primer objeto de su solicitud. Impulsado por este sentimiento puso en pié de guerra, durante la segunda mitad del mes anterior, la parte del ejército que forma el contingente federal prusiano, y presentó á la Dieta germánica la proposicion, que despues se convirtió en decreto, de poner en pié de guerra todos los contingentes federales.

Con semejante acto no abandonó la Prusia la posicion que conservara hasta entonces; el carácter puramente defensivo del mismo, su objeto de atender únicamente á la seguridad de la Prusia y de la Alemania, eran evidentes, y la resolucion de adoptar tal medida, no impidió al gobierno del rey el tomar parte con gran celo en la última tentativa de mediacion emanada de la Inglaterra, consistente en verificar un desarme general, cuya ejecucion fuese determinada por comisarios de las cinco grandes potencias y de la Cerdeña, invitando al Congreso á los Estados italianos todos conforme con el precedente establecido en el congreso de Laybac.

Aprobada esta proposicion por los gabinetes de Berlin, de Lóndres, de San Petersburgo y de Paris, y adherida á ella la Cerdeña, imperó hasta el último momento la esperanza de que el Congreso se reuniria; mas esta esperanza, y con ella toda probabilidad de conservar la paz, no tardó en desvanecerse.

Es cierto que poco antes el Austria habia manifestado á Lóndres y á Berlin por la via confidencial, que no cifraba ya esperanza alguna en las negociaciones verificadas hasta entonces, y que pensaba dirigir directamente á la Cerdeña un ultimatum para alcanzar un desarme inmediato; pero la Prusia y la Inglaterra, tanto en su propio interés como en el del Austria, habian disuadido á esta potencia de un acto, cuya única consecuencia podia ser la guerra. Ambos gabinetes creian firmemente en el buen éxito de las representaciones hechas con este motivo, cuando la proposicion de la Inglaterra de un desarme anterior al Congreso, y de la admision en el Congreso de los Estados de Italia, segun los precedentes de Laybach, obtuvo la aprobacion de todas las potencias interesadas, excepto la del Austria, de modo que debió ser grande su sorpresa al ver que esta, rechazando la proposicion inglesa, envió el proyectado ultimatum.

Con ello tomó la cuestion un aspecto distinto, y la Prusia se creyò obligada á expresar al gabinete de Viena su pesar y su reprobacion por la medida tomada por el Austria en las expresadas circunstancias. La Inglaterra y la Rusia han protestado contra el proceder del Austria; la Francia declaró que conside-

raba como un caso de guerra la entrada de los austriacos en el Piamonte, y á peticion de la Cerdeña envió un ejército auxiliar para defender aquel estado italiano, del cual es amigo y aliado. Poco despues empezó la guerra entre la Francia y la Cerdeña de una parte, y el Austria de otra.

Ante hechos tan graves, y las eventualidades que de ellos pueden nacer, el gobierno del rey ha sometido á un nuevo, profundo y concienzudo exámen su propia posicion y sus deberes para con la Prusia y para con la Alemania, y no ha visto motivo para emprender otra senda que la seguida hasta hoy, teniendo en cuenta, sin embargo, el cambio de circunstancias. Es cierto que por ahora ha cesado toda accion directa de mediacion por parte de la Prusia lo mismo que para las demás potencias, pero esto no obstante la Prusia no dejará de obrar hoy para el restablecimiento de la paz, así como obró antes para su conservacion.

Con todo, si en los últimos tiempos ha empleado exclusivamente para conseguirlo las negociaciones diplomáticas, ahora que la cuestion ha entrado en una nueva fase, no puede menos de tomar una posicion armada, para apoyar sus esfuerzos pacíficos. Partiendo de este principio, el gobierno prusiano ha hecho extensiva á todo el ejército la órden dada primeramente á tres cuerpos del mismo; mas para que pueda conservar dicha posicion, y darle, si las circunstancias lo exigen, la extension necesaria, para que pueda poner la marina en pié de guerra y proveerla de los objetos necesarios para la proteccion de las costas, se dirige con confianza á la representacion del país, para obtener los indispensables créditos pecuniarios.

El gobierno desea los créditos pedidos únicamente para objetos militares; los desea para mantener una posicion que le pone en estado de cumplir la doble mision impuesta á la Prusia en el actual estado del mundo, consistente primero en atender á la defensa y seguridad de la Alemania, y en velar luego por los intereses nacionales y el equilibrio europeo, en cuanto pueda este ser comprometido por la marcha de los acontecimientos.

LXVI.

Dictámen de la comision de la Cámara de los diputados de Prusia acerca de los proyectos de ley presentados por el gobierno.

La comision ha aprobado generalmente la conducta del gobierno por haber adoptado una posicion mediadora, sobre todo desde el momento en que, tomando partido la Francia en la cuestion italiana, adquirió esta dimensiones mas grandes y peligrosas, y por haber considerado la solucion de la diferencia como un asunto comun de las grandes potencias. Esta posicion mediadora ha sido claramente explicada por los representantes del gobierno, quienes han declarado que la Prusia consideró desde un principio la conservacion de la paz como un interés europeo, que su gobierno recibiria muy mal cualquier tentativa para violarla, que habia proclamado altamente la validez de los tratados, y que no habia hecho á potencia alguna la promesa de auxiliarla ni de conservarse neutral.

Al plantearse la cuestion italiana, hallábase la Prusia en buenas relaciones con todas las potencias, y en especial con la Gran Bretaña, de modo que si se hubiese declarado en favor del Austria, se habria enajenado la amistad de la Inglaterra y de la Rusia, sin por esto asegurar la paz; al contrario, es muy posible que la guerra habria sido la inmediata consecuencia de su conducta. Además, es preciso advertir que no se trataba de un conflicto existente, sino únicamente del temor de un conflicto, cuya importancia nadie podia apreciar, en cuanto no se veia con precision ni uno solo de los puntos litigiosos; tomar partido por el Austria en tales circunstancias, habria equivalido para la Prusia á renunciar á su propio juicio, y á establecer su solidaridad con una política de la que solo el Austria es responsable, y en la cual no participa la Prusia en lo mas mínimo.

Contra la exactitud de este modo de ver, un solo miembro preguntó si habria sido posible, sin abandonar la posicion mediadora, evitar la guerra actual, apoyando algo mas al Austria, y si una palabra enérgica pronunciada á tiempo habria hecho reflexionar á la Francia; pero esta opinion, expresada bajo la forma dubitativa, fué refutada por varios individuos, quienes se refirieron á las declaraciones hechas por el gobierno desde el principio de la cuestion, y no encontró eco en miembro alguno de la comision.

Esta cree que la actitud tomada por el gobierno, y los actos que son consecuencia de la misma, están en armonía, no solo con los intereses de la Prusia, sino con los intereses generales de la Alemania, que no pueden separarse de aquellos.

El Austria con su ultimatum ha tomado la apariencia de parte agresiva, y ha sido la primera en marchar hácia delante, sin tener en

cuenta las tentativas de mediacion pendientes todavía, ni las representaciones de la Inglaterra y de la Prusia; los motivos aducidos hasta ahora por aquella potencia, no justifican un acto de tanta trascendencia, y deber era de la Prusia, que habia tomado una parte activa en las tentativas de mediacion, el reprobar aquella conducta, que ponia fin á las negociaciones, tanto mas cuanto que el haberse puesto en pié de guerra por aquel entonces los tres cuerpos de ejército, que forman el contingente federal prusiano, y la proposicion hecha simultáneamente por la Prusia á la Dieta germánica, y aprobada por esta asamblea, de poner en pié de guerra los contingentes federales, podian hacer creer que con semejantes actos, muy justificados por sí mismos, y puramente defensivos, queria abandonar la Prusia la posicion que adoptara y apoyar el ultimatum del Austria.

La comision ha visto con placer por la memoria del gobierno, que la expresada medida era del todo independiente á la ofensiva tomada por el Austria, siendo su único objeto afianzar la seguridad de nuestro país y de la Alemania, por medio de disposiciones del todo conformes con el presente estado de cosas; y al aprobarla vivamente, la comision celebra en primer lugar que la Prusia haya probado ante el entusiasmo que se manifiesta en las demás partes de la Alemania en favor de una accion única y enérgica, que, bajo el punto de vista de los intereses alemanes, se hallaba tambien penetrada de la necesidad de defender la Alemania, por medio de fuerzas colectivas, y en segundo lugar, que se le haya ofrecido ocasion de manifestar con actos reales los patrióticos sentimientos de que está animada.

Despues de lo dicho, no puede hacer otra cosa la comision, sino aprobar la política seguida hasta aquí por el gobierno; pero antes de entrar en la discusion detallada de los proyectos de ley, réstale, ahora que la guerra ha extallado, manifestar á la Cámara su opinion acerca de si los medios pecuniarios solicitados por el gobierno para prepararse á la lucha, y de si la actitud tomada por el gobierno en los momentos actuales, corresponden á los intereses del país. El gobierno declara que aun despues de empezadas las hostilidades, desea conservar la posicion que ha adoptado con las sencillas modificaciones que exige el cambio de circunstancias; para el restablecimiento de la paz, quiere obrar como mediador armado, de modo que no solicita esos créditos únicamente para fines militares, y designa la doble tarea que la Prusia ha de proponerse en las complicaciones actuales.

Consiste esta en velar ante todo por la seguridad de la Alemania y en cuidar de los intereses nacionales, entre los cuales se cuenta el mantenimiento del equilibrio europeo. Por lo que toca á la actitud de las otras dos grandes potencias, ha declarado el ministro de negocios extranjeros que la Inglaterra permaneceria neutral, mientras se lo permitiesen las circunstancias y su propio interés; la Rusia ha dicho no tener con las demás potencias compromiso alguno que la despojara de su libertad de accion, y que si por el momento entendia conservarse en una actitud expectante, se reservaba el modificarla desde el momento en que otras potencias se mezclasen en la guerra.

El ministro ha demostrado al mismo tiempo la necesidad de que ante los armamentos y la guerra de las dos mas grandes potencias militares, pudiese la Prusia llamar á las armas, en un momento dado, todas sus fuerzas defensivas, y la comision ha debido convencerse de que no podia el gobierno, sin comprometer la posicion que tomara, manifestarla ni á ella ni á la Cámara los fines que se proponia dentro de los límites de la nacion, ni tampoco los medios con que trata de realizarlos. La comision, como antes hemos dicho, ha acordado, en vista de los motivos expuestos mas arriba, que la actitud del gobierno se halla en completa armonía con los intereses del país y la actual situacion de las cosas.

La comision ha venido en conocimiento, por las declaraciones del gobierno y por la política que hasta aquí ha seguido, de que la guerra empeñada en este momento por el Austria contra la Cerdeña y la Francia, para mantener su poder y su política en Italia, no constituye un motivo suficiente para tomar las armas en pro del Austria contra la Francia, enajenándose las otras dos potencias, aun cuando pueda abrigarse contra las intenciones del gobierno francés una desconfianza fundada en varios indicios.

No cree tampoco la comision que los esfuerzos de los Estados italianos para adquirir una unidad nacional mas fuerte y una mejor administracion, pudiesen formar por sí solos, aun cuando fuesen revestidos de las formas revolucionarias, una razon para que el gobierno tomase parte en la guerra, solo para defender el principio, sin que lo exigieran nuestros propios intereses nacionales.

Cuanto mas fuerte es la Prusia por la union que existe entre el rey y el pueblo, tanto me-

nos puedo encontrar motivos para intervenir por la via de las armas en otros paises, donde no existe semejante armonía.

Esto no obstante la comision espera que en el desempeño de la doble empresa que el gobierno se propone, no desconocerá los peligros que para la seguridad é integridad de la Alemania encierra la actitud del emperador de los franceses, actitud que envuelve una segunda intencion muy significativa, segun puede colegirse del lenguaje de la proclama imperial. La idea de que el sistema que rige á la Francia tiende á un engrandecimiento exterior, y de que la guerra italiana no es mas que una preparacion para realizar planes mas vastos, que interesan directamente á la Prusia y á la Alemania, se halla en la mente de todos, y no puede el gobierno desconocerla.

Pero aun suponiendo que la actitud tomada por la Francia respecto del poder austriaco en Italia, no sea mas que el punto de partida de planes y de ideas mas extensas, que podrian en su ejecucion amenazar á la Prusia y á la Alemania, ha de convenirse en que, para evitar una guerra que debe tener la Italia por teatro, no está conforme con los intereses prusianos y alemanes el tomar una posicion que, en la suposicion expresada, habria comprometido á la Alemania en una guerra contra la Francia en el Rhin, y provocado además otros peligros. Aparte, empero, de esta suposicion, es indudable que incumbe al emperador de Austria la defensa de su poder italiano y de sus posesiones que no pertenezcan á la Confederacion, en cuanto él mismo declaró en el protocolo de 6 de abril de 1818, al fijarse el territorio federal aleman, su deseo de probar á la Confederacion, no incluyendo á la Lombardia en el territorio de la misma, que no abrigaba intencion alguna de extender mas allá de los Alpes la línea de defensa de la Confederacion germánica.

Imposible es desconocer que, en la guerra que debe el Austria sostener en Italia, pueden sobrevenir eventualidades que amenacen, no solo los intereses austriacos, sino tambien los intereses alemanes; pero no toca al Austria, guiada por consideraciones, no del todo alemanas, pero sí á la Alemania, y ante todo á la Prusia, que no se halla impulsada por ningun móvil extraño, el determinar la época en que aquellas eventualidades serán bastante amenazadoras para exigir el empleo de las fuerzas de la Alemania.

Partiendo de tales principios, discutidos en el seno de la comision, ha debido esta aprobar como justa y útil para el país la actitud tomada por el gobierno, al mismo tiempo que ha considerado como natural consecuencia de ella los esfuerzos de la Prusia en favor de un Congreso. La mayoría de la comision ha opinado que, cuando las otras dos potencias mediadoras protestaron contra el ultimatum del Austria, que ponia fin á las tentativas pacíficas, hizo bien la Prusia en manifestar al gabinete de Viena el sentimiento y la reprobacion que semejante acto le habia inspirado; y si bien uno de sus miembros manifestó que siendo en realidad el Austria, á pesar del ultimatum, la parte atacada, no podia asociarse á aquella manifestacion, su dictámen no fué aceptado por la mayoría.

Hase dicho tambien en el seno de la comision que, aun cuando la Francia y la revolucion italiana no dirigiesen la guerra actual sino contra el Austria, podia fácilmente ser causa de ataques ulteriores, y se ha expresado el temor de que se diese hasta valor en una guerra como la presente á la política de paz y mediacion. La comision, empero, no participa de esta idea, y las declaraciones del gobierno, sus últimas medidas, y especialmente el haber puesto en pié de guerra otros seis cuerpos de ejército, le inspiran la conviccion de que el gabinete tiene plena conciencia de la extension del peligro, y de que si evita toda provocacion, en tanto no la cree necesaria, sabrá decidirse sin vacilar en el momento oportuno, empuñando las armas en pro de la Alemania, y haciendo que todas las fuerzas de la Confederacion sean dirigidas contra el enemigo, para la defensa de los comunes intereses. Bajo este aspecto, la comision ha visto en el entusiasmo del resto de la Alemania, y especialmente en el de la Alemania meridional, un feliz presagio de haber cobrado nueva fuerza el sentimiento de unidad colectiva, y solo ha deplorado que aquel entusiasmo no se haya dirigido únicamente contra el enemigo exterior, sino que tambien, por un error de difícil explicacion, haya tomado por blanco á la Prusia.

Esperamos que las medidas interiores del gobierno prusiano, y el mayor desenvolvimiento de las fuerzas de la Prusia, facilitada por los actuales proyectos de ley, despertarán en la Alemania meridional el sentimiento de la seguridad, al mismo tiempo que el de la necesidad de una íntima union con la potencia alemana que tiene mayores fuerzas para combatir al enemigo exterior, y esperamos tambien que acabarán por rectificarse las equivocadas ideas hijas de la agitacion. Respecto de este punto, un miembro del gobierno ha manifestado en el seno de

la comision, la confianza de que los hechos, mas aun que las palabras, demostrarán los errores acreditados en la Alemania meridional, acerca de la actitud de la Prusia, que si bien se decia que la Prusia se mostraba harto indecisa, si no se reconocia por la Alemania toda que nuestro gobierno tenia conciencia de la grave responsabilidad que sobre él pesa, se acabará por ver que la Prusia será el campeon del honor prusiano y del honor aleman.

Antes de terminar, debemos hablar de la Dieta germánica y de su actitud respecto de la cuestion del dia.

No es dudoso que la guerra sostenida en Italia por el Austria es ajena á la Confederacion, pero en virtud del art. 47 del acta final del Congreso de Viena, la Dieta tiene derecho, considerando al Austria como la parte atacada, para decidir, por mayoría de votos, si considera peligroso dicho ataque para el territorio federal.

Resuelta esta cuestion afirmativamente, resultaria para la Confederacion el deber de tomar medidas de defensa comun, y de prestar auxilio á la parte atacada. Con este motivo se ha dicho en el seno de la comision que varios Estados alemanes se habian obligado, por medio de tratados separados, á socorrer al Austria, y que era de temer por lo tanto que dichos Estados lograsen formar en la asamblea una mayoría que obligara á los demás gobiernos, y especialmente á la Prusia, á pesar de todo derecho y de la naturaleza de la situacion, á tomar parte en una guerra ajena realmente á los intereses alemanes.

Sin embargo, el ministro de negocios extranjeros ha manifestado, no tener noticia de dichos tratados, sino por los periódicos, y que los gobiernos á quienes se atribuyen, habian negado su existencia; ha manifestado además que no habia en este momento divergencia alguna en el seno de la Dieta, si bien algunos Estados han manifestado deseos de tomar una actitud mas decidida, que por otra parte nada justificaba.

Es de esperar con todo que tambien en ellos acabarán por prevalecer los intereses verdaderamente alemanes, y que desde el momento en que el poder de la Alemania, no reside en el Austria, cuya voz en la Confederacion reconoce otros móviles que los intereses alemanes, la Prusia ejercerá la autoridad que le corresponde por su posicion en Alemania.

En vista de estas explicaciones, la comision no puede menos de declarar á la Cámara, que la política del gobierno se halla en armonía con los intereses del pais, y que las medidas militares, para cuya realizacion solicita medios el gabinete, quedan perfectamente justificadas por la situacion de la Alemania y de la Europa.

LXVII.

Discurso pronunciado por el príncipe regente de Prusia en el acto de cerrar el Parlamento.

Ilustres y nobles miembros de las dos Cámaras:

Dentro de pocos dias volverá á encontrarse en medio de nosotros nuestro rey y señor. Su permanencia en un clima meridional ha terminado. Beneficiosos han sido, sin duda, sus efectos para la salud del rey; pero no se ha conseguido el completo restablecimiento que todos anhelábamos.

Vuestros votos se han confundido con mis acciones de gracias con motivo del nacimiento de su nieto. La casa real y el pais considera este feliz acontecimiento como una nueva prenda, una nueva garantía de la solidaridad inseparable de sus destinos.

Las deliberaciones de la legislatura actual han llegado á su término en un momento de agitacion.

Habeis sometido, señores, á un maduro exámen las proposiciones que os ha presentado el gobierno.

En el dominio del derecho, la ley relativa á la modificacion de algunas disposiciones del Código penal, llenará muchos vacíos, y templará los rigores que se han manifestado en la aplicacion de dicho Código. Las modificaciones introducidas en el de comercio de las provincias rhinanas, realizarán, de acuerdo con las prescripciones relativas á las quiebras, mejoras vivamente deseadas.

Asimismo, otras leyes de interés provincial, votadas por ambas Cámaras, satisfarán las necesidades de los paises á que se destinan.

Los importantes proyectos de ley, relativos á la reforma de la ley sobre el matrimonio y regularizacion del impuesto territorial, no han podido ser votados por acercarse el término de esta legislatura. Volveremos á ocuparnos en otra ocasion del arreglo legislativo de esos dos proyectos, como igualmente del proyecto de ley relativo á los derechos de propiedad de los esposos en la provincia de Westfalia.

Señores, no puedo menos de expresaros mi

reconocimiento por la unanimidad con que habeis votado el aumento de la lista civil, necesario para el sosten de la dignidad de la corona.

Despues de haber examinado con cuidado las leyes financieras, que os han sido presentadas, habeis determinado los medios indispensables, no solo para hacer frente á los gastos corrientes de la administracion, sino tambien para satisfacer las necesidades extraordinarias. Mi gobierno procurará, en las actuales circunstancias políticas, emplear esos medios de un modo que merezca vuestra aprobacion.

El comercio é industria, qne acaban apenas de reponerse de una de las crisis mas graves, han recibido una nueva sacudida. Ha disminuido la masa del trabajo remunerador, y ha sufrido todavía una nueva restriccion por haber sido desechada la ley presentada por mi gobierno para la conclusion del ferro-carril del Rhin y de la Nahe. El gobierno procurará en lo posible remediar las consecuencias de esta penosa situacion.

Varios desacuerdos han surgido, con motivo de la interpretacion de algunas disposiciones de la Constitucion y de las leyes del pais, entre mi gobierno y la cámara de los señores, y entre ambas de la Dieta; pero no dudo de que el sentimiento prusiano, que tan vivo se conserva en la representacion nacional, sabrá, en interés de la corona y del país, hacer que desaparezcan las divergencias, y que todos los corazones se unan mas y mas en ese espíritu de lealtad y adhesion al rey y á la patria, que se ha manifestado de un modo tan evidente y consolador para mi corazon, en las medidas adoptadas durante estos últimos dias.

La guerra, que los esfuerzos continuos y leales de mi gobierno han procurado en vano evitar, ha extallado en Italia. La gravedad de esta situacion ha exigido que se pusiese al ejército en pié de guerra, medida que ha debido hacerse extensiva á la marina, para cuyo desarrollo ulterior habeis acordado los medios necesarios. La unanimidad con que habeis votado las importantes sumas que podian exigir la movilizacion eventual de todo el ejército, es una prueba mas del espíritu de patriotismo que habeis conservado.—Recibid la sincera expresion de mi gratitud.

La nacion ha seguido vuestro ejemplo; todas las reservas han acudido presurosas á agruparse de nuevo al rededor de sus banderas. La actitud del ejército y el espíritu que le anima, me llenan de confianza, sean cuales fueren los acontecimientos que el porvenir nos reserve. Sé que cuando el país reclame sus servicios, se mostrará digno de la gloria y valor de nuestros padres.

Señores, la Prusia está resuelta á defender las bases del estado legal y equilibrio europeos. Su derecho y su deber exigen que proteja á la Alemania, y vele por su seguridad y sus intereses nacionales.

La Prusia cuenta, para conseguirlo, con el apoyo y confianza de todos los confederados alemanes.

Muy crítico es, señores, el momento en que regresais á vuestros hogares. ¡Ojalá el Omnipotente extienda su mano protectora sobre la patria querida, y oiga propicio los votos que formamos para nuestro rey y señor!

LXVIII.

Nota dirigida por el conde de Buol á los ministros austriacos acreditados cerca de los gobiernos de la Confederacion germánica.

Viena, 28 de abril de 1859.

El gobierno imperial habia convenido con la corte real de Prusia, abstenerse de suscitar un debate en el seno de la Dieta germánica sobre el caso previsto por el art. 47 del acta final del congreso de Viena, hasta el momento en que la Francia manifestase formalmente la intencion de tomar parte en una guerra entre el Austria y la Cerdeña. Este momento ha llegado ya; el encargado de negocios de Francia, marqués de Banneville, me declaró anteayer, á consecuencia de órdenes recibidas por el telégrafo, que su gobierno consideraria como un caso de guerra el paso de la frontera piamontesa por las tropas austriacas. Hay mas, la Francia no ha esperado siquiera este acontecimiento para enviar un ejército á Cerdeña.

Luego despues llegó la contestacion evasiva de Turin, y recibióse al mismo tiempo la noticia de una revolucion militar en Florencia, y de sublevaciones en Massa y Carrara; en vista de tales hechos se ha dado á nuestras tropas la órden de entrar en el Piamonte.

En semejantes circunstancias, no podemos ya diferir el participar nuestra situacion á la Dieta federal, y hemos encargado al conde Rechberg que la comunique, en una sesion extraordinaria que se celebrará, en lo posible, el lunes, la declaracion de que tengo el honor de enviaros copia. Os ruego que lo pongais en conocimiento del gobierno cerca del cual estais acreditado, manifestando la creencia de

que aquella dará por consecuencia la movilizacion del ejército federal, y de que el representante de ese gobierno en el seno de la Dieta habrá recibido órden de cooperar á semejante decision.

Recibid, etc.

BUOL.

LXIX.

Circular dirigida por el príncipe Gortschakoff á los agentes rusos cerca de las cortes alemanas.

Señor conde:

En vista de las complicaciones que han surgido en Italia, muchas grandes potencias de Europa han creido deber manifestar su actitud inmediata y eventual.

Segun las noticias que nos han llegado, el gobierno de S. M. Británica ha declarado á los Estados de la Confederacion que, á su modo de ver, ningun acto hostil del gobierno francés, ningun tratado obligatorio, justifica por parte de la Alemania un ataque contra la Francia, ni la adopcion prematura de una línea de conducta que podria motivar una guerra europea; que en consecuencia, si en la actualidad la Confederacion provocase una guerra semejante sin un *casus fœderis*, y generalizase sin causa suficiente una lucha que debe en lo posible permanecer *localizada*, el gobierno de S. M. Británica observaria una estricta neutralidad, y no podria prestar auxilio á la Alemania, ni poner sus costas al abrigo de cualquier ataque, interponiendo sus fuerzas navales.

A su vez, el gabinete de las Tullerías ha declarado solemnemente que no abriga con respecto á la Alemania ningun sentimiento que deba alarmarla, y que le anima por el contrario el mas vivo deseo de que no se alteren en lo mas mínimo sus buenas relaciones con la Confederacion germánica, cuyos derechos é intereses se propone respetar.

Por último, el gobierno prusiano, al poner su ejército en pié de guerra, ha declarado que esa medida, puramente defensiva, tenia solo por objeto asegurar la integridad de la Alemania, poner sus intereses al abrigo de todas las eventualidades, y velar por el sosten del equilibrio europeo.

Para indicar de que modo juzga S. M. el emperador esas cuestiones de actualidad, bastaria que me conformase con las anteriores declaraciones. Los principios en ellas sentados, las seguridades que contienen, están enteramente de acuerdo con las miras de mi augusto señor.

No obstante, habiéndose visto el emperador precisado en estos últimos tiempos á abandonar la reserva que se habia impuesto desde la guerra de Oriente, creo útil entrar en algunos pormenores.

El deseo del emperador de concentrar exclusivamente su atencion sobre las reformas esenciales, emprendidas en el interior del imperio, ha debido ceder á la gravedad de las circunstancias. Nuestro augusto señor, no creyó posible permanecer espectador indiferente de las complicaciones que amenazaban la paz general.

Para resolver esas complicaciones, propusimos un Congreso europeo. La idea fué bien acogida por las grandes potencias.

Este Congreso no colocaba á ninguna de ellas delante de una incógnita. El programa habia sido trazado de antemano sobre las bases propuestas por el gobierno de S. M. Británica, y hasta recibió mas tarde una ampliacion reclamada por el gobierno austriaco.

La idea fundamental que habia presidido á esta combinacion, no perjudicaba ningun interés esencial.

Por una parte, se mantenia en Italia el estado de posicion territorial respectiva, y por otra parte podia dar el Congreso un resultado que no tenia nada de exorbitante, ni de insólito en las relaciones internacionales.

En cuanto á nosotros, estábamos dispuestos á seguir estas deliberaciones con un espíritu muy conciliador y sentimientos equitativos. Confiando en el apoyo que debian encontrar nuestros esfuerzos, podíamos esperar que la humanidad se veria libre del azote de la guerra.

Esta esperanza ha quedado frustrada. En el último momento, y cuando parecian allanadas todas las dificultades de detall, el gabinete de Viena rompió bruscamente las negociaciones, alegando el fútil pretexto de que su dignidad no le permitia tomar asiento en un Congreso en el cual fuesen admitidas las cortes italianas, y por lo tanto, la Cerdeña.

Seria por demás entretenerse en probar que, en un Congreso destinado á discutir los negocios de Italia, la ausencia de las cortes italianas hubiera sido á la vez ilógica é injusta; y que su participacion estaba conforme con los principios sentados en Aquisgran, y sancionados por los Congresos de Laybach y Verona, convocados por el Austria misma.

Hemos sentido viva y profundamente una determinacion que, por una parte, probaba

que en Viena no se habia comprendido la intencion que nos habia dictado la proposicion de una reunion europea, y confiaba, por otra, á los azares de la guerra intereses que hubieran protegido las bases mismas del Congreso propuesto.

Los documentos de esta negociacion tendrán que sujetarse algun dia al fallo de la conciencia pública.

No tememos por nuestra parte en manera alguna el juicio que pódrá hacerse de la conducta observada por el gabinete imperial. Entonces se probará hasta la evidencia que, deseosos de acelerar una reunion de la cual esperábamos una solucion pacífica, no hemos opuesto la menor dificultad, ni obstinacion fundada en opiniones preconcebidas. Debemos añadir con toda sinceridad que, durante el curso de esas negociaciones, el gobierno francés ha secundado lealmente los esfuerzos de las potencias que, como nosotros, anhelaban la conservacion de la paz.

Sea como fuere, despues del mal éxito de esta suprema tentativa para precaver la guerra que acaba de extallar, quédanos otra obligacion: la de limitar en lo posible sus desastrosos efectos.

Por lo que hace á este punto, he manifestado ya nuestra adhesion completa á las declaraciones de las potencias que tienden á ese fin, tan esencial para los intereses de Europa.

Asociándonos principalmente á la del gobierno de S. M. B., no podemos disimular la afliccion que nos causa la agitacion que se manifiesta en algunos puntos de Alemania.

Mucho tememos que esa agitacion no tenga mas fundamento que un error análogo al que hizo desconocer en Viena la idea del Congreso propuesto por la Rusia.

Pero los errores que envuelven los destinos de los pueblos, toman un carácter de gravedad que impone el deber de esclarecerlos.

El emperador no quiere que existan dudas acerca de sus deseos é intenciones en las actuales circunstancias.

Parece que algunos Estados de la Confederacion germánica contemplan con gran recelo el porvenir. Para evitar un peligro que creemos ilusorio, se exponen á originar verdaderos peligros, y esto no solo por no resistir á pasiones, cuyo desarrollo podria comprometer la seguridad y fuerza interior de los gobiernos, sino aun suministrando justos motivos de queja á un Estado vecino y poderoso, en el instante mismo en que reciben de él declaraciones tranquilizadoras.

El gobierno francés ha proclamado solemnemente que sus intenciones no son hostiles á la Alemania.

Esta declaracion hecha á la faz de la Europa, ha sido acogida con el asentimiento solícito de casi todas las grandes potencias. Pues bien, este asentimiento supone obligaciones.

Así es como hemos entendido el nuestro.

Cuando un concurso fatal de circunstancias llega á producir una ruptura hostil, el único medio de acelerar el restablecimiento de la paz y minorar los males de la guerra, es el de circunscribirla en el terreno en que luchan los intereses que le dieron origen.

Hoy dia, el gabinete de Berlin ha tomado por divisa de su actitud la defensa de la integridad alemana y el sosten del equilibrio europeo.

Tenemos igual interés en la conservacion de ese equilibrio, y bajo este punto de vista nuestra vigilancia no será menos activa que la de otros. En cuanto á la integridad de la Alemania, el carácter noble y caballeroso del príncipe que se ha proclamado su defensor, y cuyo poder se halla á la altura de esta empresa, es, á nuestro entender, una garantía suficiente. Creemos casi inútil recordar, con la historia en la mano, que este interés no ha sido tampoco indiferente para la Rusia, y que no ha retrocedido ante los mayores sacrificios, cuando se ha tratado de preservarlo de un peligro inminente.

Pero S. M. el emperador no consideraria justa la repeticion de semejantes sacrificios, siempre que los reclamase una situacion provocada con violencia y á pesar de las exhortaciones amistosas que prodiga y de las pruebas con que las apoya.

Hoy deseamos, como la mayor parte de las grandes potencias, localizar la guerra, porque ha nacido de circunstancias locales, y porque es el único medio de acelerar el restablecimiento de la paz. La marcha que siguen algunos Estados de la Confederacion germánica, tiende, por el contrario, á generalizar la lucha, dándole un carácter y proporciones acaso superiores á toda prevision humana, y que de todos modos acumularian ruinas y obligarian á derramar torrentes de sangre.

Esa tendencia es tanto mas injustificable, cuanto que prescindiendo de las garantías que ofrecen á la Alemania las declaraciones positivas del gobierno francés, aceptadas por las grandes potencias, los Estados alemanes se desviarian de la base fundamental que los une.

La Confederacion germánica es una com-

binacion pura y exclusivamente defensiva. Como á tal ha entrado en el derecho público europeo.

Ahora bien, ningun acto de hostilidad ha cometido la Francia respecto de la Confederacion, ningun tratado obligatorio existe para esta que motive un ataque contra aquella potencia.

Si, por consiguiente, la Confederacion cometiera actos hostiles á la Francia, fundándose únicamente en datos conjeturales, contra los cuales ha obtenido mas de una garantía, habria falseado el objeto de su institucion y desconocido el espíritu de los tratados que han sancionado su existencia.

Confiamos, pues, en que la sabiduría de los gobiernos federales sabrá evitar manifestaciones que le serian, perjudiciales y que no contribuirian á fortalecer su estado interior.

Si, lo que Dios no permita, viniese á suceder de otro modo, habriamos cumplido un deber de franca y sincera amistad. Sea cual fuere el éxito de las complicaciones actuales, el emperador, libre en su accion, obrará segun le aconsejen los intereses de su país y la dignidad de su corona.

San Petersburgo, 15|27 de mayo de 1859.

Príncipe GORTSCHACOFF.

LXX.

Contestacion del ministro de negocios extranjeros de Sajonia, á la circular del príncipe Gortschacoff.

Dresde, 15 de junio de 1859.

A. M. DE KŒNERITZ, MINISTRO RESIDENTE DEL REY EN SAN PETERSBURGO.

El príncipe Volkouski me ha dado á leer un despacho que le ha dirigido el príncipe Gortschakoff, para manifestar la actitud del gobierno imperial en vista de las complicaciones sobrevenidas en Italia y de la guerra que de ellas ha resultado, así como el modo con que el gabinete de San Petersburgo cree que debe juzgar la posicion de los gobiernos de Alemania en medio de estos acontecimientos.

El gobierno del rey tiene una completa confianza en los sentimientos nobles y elevados de S. M. el emperador de todas las Rusias, y no duda del carácter benévolo y conciliador de la disposicion de que está animado el gobierno de S. M. Imperial respecto de Alemania y de los diferentes gobiernos de la Confederacion germánica, de modo que hemos podido recibir con reconocimiento tan importante comunicacion, y os suplico, caballero, que se lo manifesteis así al príncipe Gortschakoff.

Creemos dar al gobierno imperial la prueba mas relevante de la sinceridad de estos sentimientos, respondiendo con igual franqueza á las diferentes observaciones que acaba de dirigirnos.

El despacho del príncipe Gortschakoff se divide en dos partes distintas: la primera, que es retrospectiva, examina las negociaciones que han precedido al principio de las hostilidades, y recuerda el Congreso propuesto por la Rusia para impedirlas; y la segunda, que se ocupa de lo presente y del porvenir, se dirige con preferencia á demostrar las miras del gobierno imperial sobre la tarea reservada en el dia á la Confederacion germánica.

En cuanto á la primera, el príncipe Gortschakoff sabrá apreciar las consideraciones que nos inducen á guardar cierta reserva al discutir la cuestion, y no encontrará menos digno de excusa el que un gobierno aleman se permita el no participar del juicio severo que se hace de la conducta del gobierno austríaco, el cual, segun expresa extensamente el despacho del príncipe Gortschakoff, es el único responsable de las calamidades de la guerra.

El gobierno del rey ha hecho á su tiempo toda la justicia merecida á los esfuerzos del gabinete de San Petersburgo para precaverla con un Congreso europeo, pero á menos de faltar á todo deber de imparcialidad respecto de un gobierno confederado, nos seria imposible fijarnos en el episodio del Congreso, representando una fase, y no en el conjunto de hechos que han precedido y acarreado la guerra, en vez de remontarnos al orígen de las complicaciones que han terminado haciéndola estallar. En este caso, no podríamos olvidar que, no habiendo hecho el gobierno austriaco nada que pudiera excitar recelo á sus vecinos, ni á ninguna otra potencia en Europa, fué inquietada en un principio y amenazada despues en el pacífico ejercicio de sus derechos de soberanía. Nos es difícil además no convencernos de que si semejantes empresas, en vez de hallar simpatías, no hubieran merecido la reprobacion inequívoca de Europa, se habria evitado muy probablemente á la humanidad el azote de la guerra, aun antes de que se plantease la cuestion del Congreso.

Seremos mas esplícitos sobre las cuestio-

nes relativas á la posicion y á la actitud de los gobiernos italianos. En esto tenemos que cumplir una mision, y debemos dar las mas sinceras gracias al príncipe Gortschakoff, por habernos proporcionado la ocasion de entrar en algunas explicaciones propias para ilustrar á los gobiernos extranjeros sobre lo que pasa en el dia en Alemania.

El despacho del ministro de negocios extranjeros de Rusia manifiesta el pesar que le causa la excitacion que se observa en algunas partes de Alemania, expresa el temor de que esta agitacion no sea debida á un error, y encuentra este error en la tendencia de algunos Estados de la Confederacion germánica á alarmarse con un peligro imaginario, y á hacer nacer peligros reales, no tan solo cediendo á pasiones, cuyo desarrollo podria exponer la seguridad y la fuerza interior de los gobiernos, sino hasta proporcionando motivos graves de queja á un Estado vecino y poderoso, en el momento en que reciben de él declaraciones tranquilizadoras.

Existe verdaderamente un error, pero no es preciso buscarlo de parte de los gobiernos alemanes.

El príncipe Gortschakoff se digna recordarnos, mas adelante, que la Confederacion es una combinacion pura y exclusivamente defensiva, y que si en el dia se dejara arrastrar á actos hostiles contra la Francia, faltaria al objeto de su institucion, y desconoceria el espíritu de los tratados que han sancionado su existencia.

Responderemos á esto, principiando con una ligera reserva. Aunque no queremos examinar hasta qué punto puede aplicarse la palabra combinacion á una union de Estados independientes, reconocida como indisoluble, y contando entre sus miembros dos grandes potencias europeas, nos permitiremos manifestar, que la Confederacion germánica tiene por su organizacion un carácter principal y esencialmente defensivo, pero que no puede pretenderse que sea una combinacion exclusivamente defensiva. Los tratados sobre cuya base ha entrado en el derecho público europeo (me sirvo de las propias palabras del príncipe Gortschacoff), y en los cuales puso su firma la Rusia, le reconocen el derecho de paz y de guerra. Los Estados alemanes se han mostrado siempre muy celosos en conformarse con las leyes fundamentales que rigen á la Confederacion y en no separarse de ellas, y por esta razon pueden ayudar á conservarlas intactas.

Suplicamos, empero, al príncipe Gortschakoff que no pierda de vista que, segun nuestra idea, no se trata de desconocer en lo mas mínimo ese carácter defensivo por excelencia, ni de traspasar el circulo de las disposiciones defensivas que se encuentran en las leyes fundamentales.

El artículo 47 del acta final de Viena, del cual se ha hablado con sobrada frecuencia en estos últimos años, para que sea necesario citar el texto, ha previsto la eventualidad que se presenta en el dia como un hecho, y los gobiernos alemanes no necesitan para cumplir los deberes que les impone ceder á pasiones que comprometen su seguridad, ni alarmarse por un peligro futuro.

Podríamos recordar, por otra parte, que la Confederacion no ha tomado hasta ahora las decisiones que forman el objeto de la solicitud del príncipe Gortschakoff y le inspiran temores respecto de la solidez de nuestro *asiento interior*; pero léjos de suscitar una cuestion de oportunidad, preferimos darle una prueba mas de nuestra confianza en las disposiciones amistosas del gobierno imperial, aceptando de este modo una discusion anticipada.

No es la primera vez que ha sido llamada la Dieta de Francfort para discutir sobre las obligaciones federales de la Alemania, respecto de las dos grandes potencias que forman parte de la Confederacion, y no es inútil recordar precedentes de fecha muy reciente, los cuales demostrarán cómo se ha entendido hasta ahora su carácter *defensivo*, sin dar lugar á ninguna objecion de parte de las grandes potencias que firmaron los tratados, sobre cuya base ha entrado la Alemania en el derecho público europeo.

Hace algunos años que Rusia, á consecuencia de una discusion con el imperio otomano, ocupó con sus tropas los Principados danubianos. La intervencion de las grandes potencias, dirigida á producir un acuerdo, no dió resultado por haberse negado la Puerta otomana á aceptar pura y simplemente el arbitramiento de la conferencia de Viena, y la Turquía declaró entonces la guerra á la Rusia, teniendo por aliados á Francia y á Inglaterra.

La Confederacion germánica tomó en aquella época, á propuesta del Austria y de la Prusia, una resolucion por la cual todo acto de agresion contra las posesiones no alemanas de Austria y de Prusia, se consideraria como equivalente á un ataque contra el territorio federal, y algunos meses despues, cuando las tropas austriacas ocuparon los

Principados danubianos, la Confederacion amplió dicha resolucion en el sentido de que un ataque contra aquella fuerza armada, que se hallaba, no tan solo fuera del territorio federal, sino hasta fuera del territorio austriaco, seria tambien considerado como una agresion dirigida contra la Confederacion.

No sé que estas decisiones hayan provocado protestas, ni tan solo amonestaciones en Paris ni en Lóndres, ni aun en San Petersburgo, y sin embargo, el gobierno imperial de Rusia hubiera hallado indudablemente motivo para oponerse á la actitud de la Confederacion, si hubiese sido contraria á los tratados.

Pero si la Confederacion se mantuvo entonces en los límites de sus derechos y deberes, ¿por qué habia de exponerse actualmente á faltar al objeto de su institucion, y á desconocer el espíritu de los tratados tomando resoluciones análogas?

¿No existirá acaso analogía entre las circunstancias actuales y las de entonces?

Existe en efecto una diferencia notable. En 1854 la Confederacion tenia en consideracion la eventualidad de una agresion procedente del Este, así como dirige actualmente sus miradas hácia el Oeste.

Pero en aquella época no habia precedido á la intervencion de la Dieta ningun acto, ni demostracion alguna que tendieran á amenazar el territorio austriaco ó prusiano, y en el dia, por el contrario, esta intervencion no ha tenido aun lugar, pero en cambio ha sido invadido el territorio austriaco.

¿Se tratará de objetarnos en San Petersburgo que la Alemania debia temer mas de Rusia en aquella época? El despacho del príncipe de Gortschakoff nos recuerda que el gobierno francés ha declarado solemnemente que no abriga intencion alguna hostil respecto de Alemania, y nos dice al mismo tiempo que la mayoría de las grandes potencias ha acogido con solícito asentimiento dicha declaracion. Nos acordamos igualmente de un manifiesto en que se declara la intencion de libertar á la Italia desde los Alpes hasta el Adriático. ¿Habrá obtenido tambien esta declaracion el solícito asentimiento de las grandes potencias?

El despacho del príncipe Gortschacoff vuelve á manifestar la intencion que abriga el gobierno imperial de velar por la conservacion del equilibrio europeo: estamos profundamente agradecidos por el carácter tranquilizador que tiene esta manifestacion para el porvenir de Europa, y sabemos apreciar del mismo modo la importancia del interés que el gobierno imperial declara tener en que se conserve la integridad de Alemania.

Nos complacemos además en persuadirnos de que si la Rusia ha hecho sacrificios en favor de Alemania, no se arrepiente de ello, porque, como nos ha dicho el despacho del príncipe Gortschakoff, la Rusia solo sigue la inspiracion de sus intereses, y se han presentado circunstancias en que la Rusia ha tenido á su vez ocasion de estar satisfecha de la Alemania, guiada tambien por las inspiraciones de sus propios intereses. La Alemania no pide en el dia sacrificios, sino que reclama tan solo su independencia en el cumplimiento de sus deberes federales.

Al hablar de esta suerte, no abrigamos la pretension de tomar la palabra en nombre de la Alemania; pero cuando se trata de negocios federales y de la defensa de los derechos, así como de las obligaciones de la Confederacion, cada uno de los gobiernos alemanes nos creemos llamados á alzar la voz, sin temer por nuestra parte el ser desmentidos por nuestros confederados.

Servíos leer el presente despacho al príncipe Gortschakoff.

BEUST.

LXXI.

Nota del gobierno francés á sus agentes diplomáticos en el extranjero, protestando de sus pacíficas intenciones respecto de la Alemania.

París, 20 de junio de 1859.

Habreis leido ya la circular dirigida por el gabinete ruso á sus agentes en Alemania, y habreis apreciado la importancia de las razones que con tanta oportunidad somete á la reflexion de los gobiernos confederados. No cabe definir mejor la posicion respectiva de las potencias en la cuestion italiana, y juzgar con mayor exactitud la situacion general. El gobierno ruso reconoce la sinceridad de las seguridades dadas á la Alemania desde el principio de la guerra, y ve con razon en ellas suficientes motivos para que la Confederacion aguarde con entera confianza los resultados de la lucha que sostenemos en Italia.

No me propongo insistir mas sobre una exposicion, cuyas deducciones habreis comprendido fácilmente. Recomiendo, no obstante, á vuestra atencion las consideraciones que mas especialmente se refieren á las relaciones de la Confederacion en la cuestion pendiente.

No solo, en concepto del gobierno ruso, no hay motivo para que intervenga la Alemania, toda vez que no peligran sus intereses ni sus derechos, sino que al inmiscuirse en el conflicto, abandonaria el papel que le han señalado los tratados.

No solo no puede apoyarse en la necesidad de proteger el equilibrio europeo, que nada amenaza, sino que ella misma lo comprometeria, si pretendiese establecer que es necesariamente parte interesada en una guerra suscitada por el Austria como potencia europea, y que la accion del cuerpo federal, considerado como tal, debe ejercerse fuera de los límites de la Confederacion; semejante doctrina tenderia en efecto nada menos que á la incorporacion de hecho de las provincias no alemanas del Austria al territorio federal, y bajo este punto de vista, seria tan opuesta á los mismos intereses de los demás Estados alemanes, como al espíritu de los tratados europeos, que han sancionado las condiciones de su existencia.

Los órganos del Austria objetan que la posesion del reino Lombardo-Veneto es necesaria para la seguridad de las fronteras federales; pero sin entrar en controversia sobre este punto, puedo referirme á los actos mismos de la Dieta, en la circunstancia mas decisiva.

Cuando esta asamblea debió ocuparse de la organizacion militar de la Confederacion germánica, se llamó á los miembros de la asociacion que tienen posesiones alemanas, para que manifestaran cuáles eran, entre sus provincias, las que querian hacer partícipes de los cargos y obligaciones comunes; y en el acta de las deliberaciones de 6 de abril de 1818, consta que el Austria, despues de haber enumerado sus territorios alemanes, habló de los de Italia, y declaró en términos positivos, que no deseaba extender mas allá de los Alpes la línea de defensa de la Confederacion. Tratábase, lo repetimos, de fijar las bases del sistema militar germánico.

La discusion habia tomado en aquel entonces toda la importancia que convenia á un asunto tan estrechamente unido á los intereses mas esenciales de la Alemania. Ni una voz se levantó para sostener que el reino Lombardo-Veneto, ó el Pó, ó alguno de sus afluentes, ó el mismo Adiger, fuesen necesarios para la seguridad de la Confederacion; y en los Alpes, á propuesta del Austria, convino la Dieta en colocar la frontera y línea de defensa de la Alemania.

No insistiré mas en un hecho que pulveriza toda objecion, y contra el cual no puede prevalecer una tésis basada en falsas apreciaciones, y únicamente suscitada por la necesidad de las circunstancias.

Las recientes medidas militares adoptadas por la Prusia, no nos inspiran la menor inquietud. El gobierno prusiano, al movilizar una parte importante de su ejército, declara que no tiene otro objeto que el de proteger la seguridad de la Alemania, y ponerse en estado de ejercer una justa influencia en los arreglos ulteriores de acuerdo con las otras dos grandes potencias. En este punto estamos conformes con el gabinete de Berlin.

El gobierno del emperador, que se hubiera complacido en ver la cuestion italiana discutida en un Congreso, léjos de rechazar el concurso de todas las potencias para fijar su arreglo, está dispuesto á pedirlo en el momento oportuno.

La circular del gobierno ruso indica de un modo bien esplícito en qué sentido se ejercerá su accion cuando llegue la hora. Como recuerda ese documento, y os anuncié yo mismo, el gobierno inglés, al romperse las hostilidades, se esforzó en disuadir á los gobiernos alemanes de hacer causa comun con el Austria contra nosotros. No conocemos aun oficialmente las disposiciones de los nuevos ministros de S. M. Británica, pero podemos sacar, de los discursos pronunciados en la discusion que les llevó al poder, las deducciones mas favorables para la independencia de la Italia, y en ellos se funda nuestra firme conviccion de que los votos del gobierno inglés y el apoyo de su influencia serán favorables á la solucion que anhelamos.

WALEWSKI.

LXXII.

Nota dirigida por lord John Rusell á lord Bloomfield, ministro británico en Berlin.

Lóndres, 22 de junio de 1859.

Milord, el gobierno de S. M. ve con grande ansiedad la tendencia que se advierte en Alemania á tomar parte en la guerra que ha extallado entre Francia y Cerdeña contra el Austria, y cree que de la actitud moderada y prudente de la Prusia depende principalmente la cuestion de saber si la guerra actual quedará limitada al suelo italiano, ó se extenderá al territorio aleman, y tal vez á otras partes de Europa.

El emperador Napoleon ha declarado que

no tenia intencion de atacar la Alemania, y se espera y cree que el príncipe regente de Prusia no emprenderá tampoco un ataque contra la Francia. Se ha dicho que, aunque la Alemania no se veia amenazada directamente, lo estaba al menos indirectamente; que si no tomaba parte en la guerra en el Pó, tendria que defenderse pronto en el Rhin, y que las fortalezas austriacas del Mincio y del Adiger eran en realidad los baluartes de la Alemania contra la Francia. Estas razones encierran muchos puntos inexactos ó infundados.

Es positivo que la guerra entre Austria y Cerdeña procede, tal vez de un modo inevitable, de la situacion de Italia. El Austria ha ejercido durante mucho tiempo, desde 1815, una supremacía aparente en los Estados italianos, y la Cerdeña ha apoyado y fomentado en estos últimos años la pasion de los italianos por su independencia. Cuando lord Loftus pidió al conde de Buol la seguridad de que en ningun caso dejaria el Austria pasar sus fronteras á ninguno de sus soldados, sin mediar un acuerdo con la Francia, recibió la siguiente contestacion: «No puedo daros esa seguridad, porque equivaldria á renunciar á nuestra soberanía. No intervendremos en ningun Estado sin que se reclame nuestra cooperacion, pero en este caso la concederemos; esta conviccion es la mejor garantía para la conservacion del órden.» El Austria no quiso por consiguiente renunciar á su derecho de intervencion, en el caso en que se le pidiese, y la Cerdeña no quiso renunciar tampoco á la pretension de representar los padecimientos y las aspiraciones de Italia; pero como el rey de Cerdeña no era por sí solo capaz de zanjar una diferencia de esta clase, reclamó y obtuvo el auxilio del emperador de los franceses.

No os hablaré del objeto inmediato de la guerra, porque mi antecesor explicó perfectamente las miras de S. M. sobre este punto. Si examinais estas explicaciones, vereis claramente que la causa de la guerra existia en las pretensiones opuestas del Austria y la Cerdeña, y que esta guerra ha principiado sin que la Alemania interviniera en modo alguno en la cuestion. Seria una suposicion arbitraria pretender que la Francia, en caso de vencer en el Pó y en el Brenta, dirigirá un ataque contra el Rhin. Sin embargo, la grave cuestion de una guerra continental, no debe resolverse con suposiciones graves y temores exagerados, y es igualmente un error decir que las fortalezas del Mincio y del Adiger son los baluartes de la Alemania. Es forzoso recordar que las fortalezas de Verona, Mantua y Peschiera no pertenecen á las antiguas fronteras de Alemania, y que por el contrario todo el país de Verona hasta el mar Adriático formaba en 1792 una parte de un Estado italiano débil, incapaz de hacer la guerra y completamente decaido.

Lo que en verdad puede decirse es, que en tanto que muchos alemanes consideran aquellas fortalezas como un baluarte de la Alemania, muchos italianos las miran como una amenaza para la Italia. El tratado de paz que debe concluirse decidirá sin duda de su suerte futura.

Si estas razones son suficientes para arrastrar á los Estados alemanes á una guerra, existen tambien poderosas razones contra una medida tan precipitada. El príncipe-regente de Prusia conocerá en su prudencia cuán impolítico seria dar á su país la reputacion de campeon de los malos gobiernos de Italia, pues no puede ser necesario para la seguridad de Berlin y Magdeburgo que impere en Milan ó en Bolonia un gobierno detestable, y al mismo tiempo la Prusia pasaria á los ojos de los italianos como defensora de todo lo que el Austria ha hecho ó dejado hacer, si llegara á tomar las armas contra Francia y Cerdeña.

Existe además otra consideracion de la mayor importancia. La guerra no ha producido hasta ahora en Francia grande agitacion, y cuando se haya resuelto la cuestion de autoridad en el campo de batalla, las dos grandes potencias beligerantes estarán sin duda dispuestas á dar fin á una lucha que agota sus fuerzas. Pero si la Francia fuera llamada á la defensa de su propio territorio por un ataque de Alemania, no puede decirse de antemano hasta qué punto se inflamarian las pasiones del odio nacional, ó cuánto tiempo tendria que sobrellevar el continente europeo los males de la guerra.

Se os ha informado ya de que S. M., sostenida por la opinion unánime de su pueblo, está resuelta á conservar una estricta neutralidad. S. M. no ha contraido por nuestro país ningun compromiso que pueda entorpecer su libertad de obrar, y su gobierno espera que la Prusia seguirá la misma senda, en cuanto se lo permitan los intereses de Alemania. Tal vez llegue pronto el momento en que la voz de las potencias mediadoras podrá hacerse oir con buen éxito, y en que no quedarán sin efecto los consejos en favor de la paz.

Leed este despacho al baron de Schleinitz, y entregadle una copia.

Soy, etc., etc.

JOHN RUSSELL.

LXXIII.

Nota dirigida por Mr. de Schleinitz, ministro de negocios extranjeros de Prusia, á las córtes de Lóndres y de San Petersburgo, dando explicaciones acerca de las medidas militares de la Prusia, y manifestando su deseo de ejercer con la Inglaterra y la Rusia una accion mediadora.

AL CONDE BERNSTORFF EN LÓNDRES, Y Á MR. BISMARCK EN SAN PETERSBURGO.

Berlin, 24 de junio de 1859.

La rapidez con que se suceden de algunos dias á esta parte los acontecimientos políticos y militares en Italia, la caida de los gobiernos de Toscana, Parma y Módena, las sublevaciones que han tenido lugar en otros puntos de la Península, y finalmente, la incertidumbre que existe en todos los ánimos sobre la duracion y extension probables de una lucha en la cual están empeñados dos imperios poderosos, han determinado al gobierno del rey á movilizar una parte del ejército prusiano, por motivos de precaucion y por su propia dignidad.

La agitacion que se ha apoderado de Alemania, la aproximacion continua de las partes beligerantes á las fronteras alemanas, y los accidentes de una guerra que nos habíamos esforzado en precaver con nuestros consejos, del modo mas leal y desinteresado, habrian justificado ya suficientemente unos armamentos que, por lo demás, no hacen mas que responder á los de nuestros vecinos.

Conocereis por otra parte que desde ahora debemos ponernos en situacion de vigilar la marcha de los acontecimientos, cuyo resultado final podria modificar el equilibrio europeo, debilitando un imperio con el cual nos unen los lazos de la Confederacion germánica, y atacando las bases del derecho público, á cuya fundacion hemos contribuido, y cuya conservacion interesa á la familia de los Estados europeos.

La actitud que hemos creido deber tomar, no prejuzga en modo alguno la cuestion italiana, ni los intereses diversos que con ella se enlazan; pero el príncipe regente, con la conciencia de su derecho y de las obligaciones que le imponen su propia dignidad en los intereses de su país, y de Alemania, no podia renunciar á ejercer la influencia que tiene derecho á pretender, ni aprobar de antemano con una actitud pasiva los cambios que los límites territoriales han sufrido ó pueden sufrir en uno de los paises que lazos tan numerosos unen á la gran familia de los pueblos europeos.

Seria sin embargo, un error, atribuir al gobierno del rey la intencion de querer empeorar con una intervencion prematura y arbitraria una situacion tan peligrosa ya, y de tratar aisladamente y sin consultar antes á las demás potencias, de sentar en primera línea tal ó cual solucion de una cuestion que está en contacto con tantos intereses, y que por el bien general no podrá menos de ser objeto de la solicitud comun de todas las grandes potencias. Léjos de eso, la Prusia no puede seguir otro fin, con su actitud, su influencia y sus consejos, que el mismo que se esforzaba en conseguir recientemente de acuerdo con la Inglaterra y la Rusia, ni abrigar mas deseo que el de volver al terreno de las negociaciones, con el objeto de encontrar una solucion equitativa para todos, y que ofrezca garantías duraderas para una cuestion que errores lamentables han separado de la única base que el tiempo puede y debe aprobar, cuando se trata de los grandes principios y de su órden público y social.

Repito que nuestros armamentos no tienen otro objeto, ni anuncian por nuestra parte una nueva política, ni en modo alguno la intencion de añadir nuevas complicaciones á las que habiamos creido precaver, y cuyo curso hemos seguido constantemente despues con inquietud. Deseamos la paz, y partiendo de este principio, nos dirigimos con confianza á los gabinetes de Lóndres y San Petersburgo, para combinar, de acuerdo con ellos, los medios de poner término á la efusion de sangre, y devolver lo mas pronto posible á la Europa la paz y seguridad que exigen sus intereses morales y materiales.

Todo el mundo sabe el profundo pesar que nos causó la malhadada resolucion del Austria, y la energía con que la hemos reprobado. Esta resolucion del gabinete de Viena, en el mismo instante en que las demás potencias trataban de combinar las bases de una solucion equitativa, provocó un rompimiento que esperábamos precaver por medio de una accion comun.

Pero á pesar de esta falta, somos sin embargo de opinion de que Europa, y Alemania

en particular, no pueden presenciar con indiferencia el decaimiento de una potencia que siempre nos ha parecido un elemento esencial y una garantía del equilibrio general, por su posicion geográfica y su conformacion especial. Al sostener aun ahora este principio, estamos sin embargo muy léjos de desconocer las dificultades que se opondrian al simple restablecimiento de un estado de cosas, que no solo ha acarreado la guerra, sino tambien una série de sublevaciones que se han propagado por grados en la Italia del Norte y en la Central; y creemos que las reformas efectivas y latas serán un medio mas seguro y justo para conservar el órden y la tranquilidad en aquellos paises, que esas medidas de violencia y de alarde de fuerzas militares, que son tan onerosas para el Austria, como desproporcionadas con los recursos de sus provincias italianas.

Somos igualmente de opinion de que los tratados, en virtud de los cuales ejercia el Austria una especie de protectorado sobre algunos Estados vecinos, pueden sustituirse con una combinacion menos opuesta á los sentimientos de sus pueblos, y que el órden y la legalidad, sin los cuales es imposible un prudente progreso, encierran garantías mas seguras que las que han dado el mal éxito que acabamos de presenciar.

Segun lo que precede, os convencereis de que no podemos abrigar la intencion de contribuir por nuestra parte á la restauracion irrealizable de un pasado, que tan tristes resuldos ha producido, y de que, por el contrario, acogeremos con afan cualquiera proposicion, cuyo objeto tienda á conciliar los derechos de la casa imperial de Austria con una obra de regeneracion basada en principios liberales y conciliadores, y que nos parezca capaz de satisfacer los deseos legítimos de los pueblos.

Nos creemos tambien con derecho para tomar acta de las declaraciones inequívocas del emperador Napoleon y de su resolucion de no desear conquistas, ni engrandecimiento para la Francia. Esta intencion, que fué expresada esplícita y francamente desde el principio, y que corrobora declaraciones posteriores, es para nosotros una garantía preciosa de nuestra esperanza en una solucion pacífica, y uno de los datos sobre cuya base se podrá llegar, como confiamos muy pronto y de comun acuerdo, á la redaccion de las proposiciones que desearíamos dirigir, de acuerdo con las cortes de Rusia é Inglaterra, á las potencias beligerantes. Prejuzgaríamos hasta cierto punto una cuestion, que deseáramos con afan llevar al terreno de un acuerdo europeo y de las negociaciones, si quisiéramos precisar mas nuestras ideas sobre este punto.

Hemos debido limitarnos á indicar la situacion exterior é interior, á dar á conocer nuestro sincero deseo de poner término á las calamidades de la guerra que, aproximándose cada vez mas á las fronteras de la Confederacion germánica, puede de un momento á otro imponernos obligaciones mas directas y apremiantes, yá dirigirnos con completa confianza y franqueza á las grandes potencias que, habiendo permanecido extrañas como nosotros hasta ahora en esta malhadada guerra, tienen como nosotros interés en intervenir en tiempo oportuno, y precaver una conflagracion general.

Abrigamos la esperanza de que obtendreis fácilmente que el gabinete de Lóndres (San Petersburgo) nos exprese, con la misma franqueza con que nos hemos explicado, sus miras sobre la solucion de las complicaciones actuales, y el modo de hacer que las acepten las partes beligerantes.

Dignaos manifestar al mismo tiempo á lord John Russell (príncipe Gortschakoff), nuestra esperanza y deseo de poner nuestra accion é influencia en armonía con la del gabinete inglés (ruso), para apresurar la conclusion de la paz y la continuacion de las negociaciones entre las partes beligerantes, y tratar de aprovechar todas las ocasiones para presentar en primer término la idea de una mediacion comun, sobre cuya forma y extension esperamos con la mas viva impaciencia las comunicaciones que esté dispuesto, como esperamos, á dirigirnos el gobierno de S. M. la reina de Inglaterra (del emperador de Rusia).

Recibid, etc.—SCHLEINITZ.

LXXIV.

Contestacion de lord John Russell á la nota anterior.

Lóndres, 7 de junio de 1859.

El conde Bernstorff me ha leido despachos del baron de Schleinitz, de los cuales el uno llevaba esta indicacion: «Muy confidencial;» relativos á la situacion actual de los negocios, y de la política que la Prusia desea seguir juntamente con Inglaterra y Rusia, con respecto á la guerra de Italia y sus consecuencias. Estos despachos tienen las fechas respectivas de los dias 24 y 27 de junio.

El baron de Schleinitz, en el primero de dichos despachos, alude al estado de los nego-

cios que han obligado á la Prusia á movilizar una parte de su ejército. No es solamente la agitacion de la Alemania, dice, causada por el progreso de la guerra en la direccion de sus fronteras lo que ha hecho necesarios armamentos proporcionados á los de sus vecinos, sino que la Prusia ha creido que debia ponerse en estado de vigilar la marcha de unos acontecimientos que podian tender á modificar el equilibrio del poder europeo, debilitando un imperio con el cual la Prusia está confederada, y afectando las bases de derechos europeos, consignados en actas en las cuales la Prúsia aparece como firmante.

El baron de Schleinitz hace observar, sin embargo, que la posicion adoptada por la Prusia, no prejuzga la cuestion italiana, aun cuando los intereses de la Prusia y de la Alemania impongan al príncipe regente el deber de emplear la influencia que debe ejercer, como tambien el impedir la prematura sancion de las modificaciones territoriales que afectan á una nacion que forma una parte esencial de la gran familia europea. Pero la Prusia desea obrar, como lo ha hecho precedentemente, de concierto con Inglaterra y Rusia para volver á abrir las negociaciones en interés de la paz. El conde Bernstorff tiene, en consecuencia, la órden de concertarse con el gobierno de la reina respecto á la manera de llegar á este resultado, de poner de esta manera término á la efusion de sangre, y de devolver á la Europa la calma que exigen sus intereses morales y materiales.

El baron de Schleinitz hace observar que si bien la Prusia ha sentido la decision del Austria de llevar las cosas al extremo, sin embargo, ni la Europa en general, ni la Alemania en particular, no pueden mirar con indiferencia todo lo que tienda á debilitar al Austria. El baron de Schleinitz está muy léjos de hacerse ilusiones acerca de las dificultades procedentes de los acontecimientos de la guerra, y cree que será necesaria una reforma considerable en la administracion de los asuntos de la Italia del Norte y del Centro, y que en ella se encontrará una manera mas segura de gobernar pacíficamente estos paises, que empleando los recursos militares del Austria. Cree tambien que los tratados que obligan á dicha nacion á ejercer una especie de protectorado sobre ciertos Estados italianos, podrian reemplazarse con un sistema mejor.

Por consiguiente, la Prusia no piensa en restablecer un estado de cosas pasado, que en la actualidad podria considerarse como un imposible; pero admitirá desde luego toda proposicion que tenga por objeto la reorganizacion de Italia, en la que, sin desconocer los derechos del Austria, se satisfagan los votos legítimos del pueblo italiano, reorganizacion basada en principios liberales. La Prusia cree además que está en el derecho de tomar acta de la declaracion esplícita del emperador Napoleon, que dice que no desea conquista alguna, ni engrandecimiento de territorio; esto parece al baron de Schleinitz una garantía de la posibilidad de poder llegar á un acuerdo comun con la Inglaterra y la Rusia, respecto á la marcha que se ha de seguir.

Se suplica al conde de Bernstorff que pregunte cuáles son las miras del gobierno de la reina acerca de este asunto, y el despacho termina con una recomendacion de no desperdiciar ninguna ocasion para llevar adelante la idea de una mediacion comun. El despacho del 27 acusa el recibo de la comunicacion que, en escrito del 22, os suplicaba hicieseis al baron de Schleinitz; refiérese esta comunicacion al despacho del 24, escrito antes que dicha comunicacion, para consignar en él las miras que el gobierno prusiano desea poner en ejecucion.

He ofrecido al conde de Bernstorff que esta comunicacion seria examinada detenidamente por el gobierno de S. M., pero que deseaba primeramente preguntarle cuál era la verdadera significacion de las palabras «poner término á la efusion de sangre,» y una «mediacion comun.» Preguntábale si en el caso de que las proposiciones de la Inglaterra y la Prusia reunidas, y aun de la Rusia, si se adheria á ellas, fuesen desechadas, si estas potencias emplearian la fuerza.

S. E. ha dicho que no podia dar explicaciones sobre este punto; que la Prusia no podia proponer al Austria ningun abandono de territorio, sino solamente reformas y cambios en la manera de administrar. S. E. decia, sin embargo, que deseaba obtener de mí una respuesta inmediata, y le contesté que como el gabinete no se habia decidido todavia, solo podia manifestarle la opinion de que no habia llegado aun la hora de hacer ninguna clase de proposicion á las potencias beligerantes.

Encontrándose la corte de Prusia en esta disposicion, deseo desde luego que deis las gracias al baron de Schleinitz de parte del gobierno de S. M. por su tono amistoso y su celo por el bienestar de los Estados de Europa, que ha sido lo que le ha inspirado esta proposicion. Los esfuerzos tentados por una

potencia tan ilustrada como la Prusia para restablecer la paz en el continente europeo, serán siempre apreciados por S. M.

El gobierno de la reina está pronto á declarar, que verá con gusto el momento en que podrá aceptarse una proposicion equitativa de armisticio ó de negociacion. Pero el gobierno de S. M. se cree obligado en conciencia á ir mas léjos, y acoger unánimemente la proposicion de la Prusia, y con una franqueza igual. El gobierno de la reina cree que en el estado actual de los asuntos de Italia, no se puede esperar la terminacion de esta guerra sin una cesion por parte del Austria.

El emperador de los franceses no se ha contentado con rechazar la invasion austriaca del territorio de su aliado; ha manifestado que su intencion era libertar la Italia desde los Alpes al Adriático. Esta proclama ha sido acogida con trasportes de alegría en el norte y en el centro de Italia, en todas partes donde las tropas austriacas no ejercian un poder opresor.

Milan y toda la Lombardía, Parma, Módena y Toscana han proclamado con entusiasmo su participacion en la guerra, á la cual se les invitaba. Por consiguiente, no tenemos motivo para suponer que el emperador de Austria esté dispuesto en este momento á ceder sus posesiones hereditarias á ningun otro soberano. Tal es la dificultad de la crisis actual de Europa.

La grande y antigua monarquía de Austria puede seguir creyendo por mucho tiempo que no hay ninguna derrota irreparable, ó tardar á reconocer por un tratado el triunfo de una insurreccion popular contra su dominacion. Sin embargo, despues de los acontecimientos que se han verificado, no debe esperarse á que un tratado obtenido por todas las fuerzas de la Alemania, que estableciese la supremacía del Austria en Italia, reuna elementos de duracion y de seguridad.

El príncipe regente de Prusia teme que peligre la conservacion del equilibrio de las potencias en Europa. La balanza de los poderes en ella significa, de hecho, la independencia de todos sus diversos Estados. La preponderancia de una nacion cualquiera amenaza y destruye esta independencia. Pero el emperador Napoleon en su proclama de Milan ha declarado, como el baron de Schleinitz lo ha observado justamente, que en esta guerra no busca conquista, ni engrandecimiento de territorio. Tal vez seria prematuro discutir si el rey de Cerdeña deberá reinar en la Lombardía, Parma, Módena y Toscana, ó si los diversos Estados independientes de la Italia del norte deberán ser conservados ó creados.

El gobierno de S. M. está firmemente convencido de que una nacion italiana, en la que el pueblo se compusiese de los ciudadanos libres de un gran país, fortificaria y confirmaria el equilibrio europeo. La independencia de los Estados no se encuentra nunca tan asegurada como cuando la autoridad soberana se apoya en el amor del pueblo. Un soberano enteramente sostenido por la fuerza de las armas á la cabeza de un pueblo sin cariño para con él, es continuamente objeto de ataques dirigidos por vecinos ambiciosos; y el poder basado en elementos tan discordantes solo ofrece un equilibrio sin estabilidad.

Si la Italia pudiera ser gobernada por príncipes que poseyesen el afecto de sus pueblos, este país, con sus 25 millones de habitantes, su riqueza natural y su antigua civilizacion, seria, así lo cree el gobierno de la reina, un miembro precioso de la familia europea.

Debo añadir que toda organizacion de la Italia, á los ojos de los gobiernos de Europa, seria incompleta si no se efectuaba una reforma permanente en la administracion de los Estados de la Iglesia. Nuestras miras respecto á los defectos del gobierno pontificio han sido sometidas al gobierno del emperador de los franceses. El gobierno de S. M., siendo del parecer que se acaba de indicar sobre el estado actual de los negocios, es opuesto á todo cambio que podria ser infructuoso desde luego, ó conducir á una organizacion parcial y sin seguridad.

La reina ha hecho grandes esfuerzos, de una manera compatible con la paz, para mantener la fe de los tratados. En el último momento, el Austria, por un acto de imprudencia suprema, ha empezado la guerra invadiendo el Piamonte. Desde este momento todo ha cambiado: el Austria ha pasado la frontera que se trazara en los tratados de 1815, y no se podia, despues de esto, pensar que estos tratados serian considerados como obligatorios para la Francia y la Cerdeña. La Italia ha sido provocada á la guerra, y ha tomado parte en la lucha.

En estas circunstancias el gobierno de la reina se ha visto en el caso de mirar esta cuestion de una manera mas general, y tendria un placer en ponerse de acuerdo con la Prusia en todas las ocasiones en que una de las dos potencias crea llegado el momento de dar con éxito algun paso que pueda conducir á la paz. El gobierno de S. M. se com-

place en ver que el gobierno de Berlin no participa de la violenta excitacion que se ha manifestado recientemente en algunos puntos de Alemania, y que en tanto que dirige los asuntos de la Confederacion germánica, se siente animado de una solicitud ilustrada en favor de los mas caros intereses de la Confederacion europea.

JOHN RUSSELL.

LXXV.

Parte del mariscal jefe de la guardia imperial acerca de la batalla de Solferino.

Cavriana, 25 *de junio.*

Señor:

En 24 de junio, la guardia imperial se hallaba acampada del modo siguiente: las dos divisiones de infantería en Montechiari, las dos divisiones de artillería y la division de caballería en Castenedolo.

V. M. le dió órden de abandonar ambas posiciones para dirigirse á Castiglione.

La infantería salió de Montechiari á las cinco de la mañana, la artillería partió de Castenedolo á la misma hora, y alcanzó el ala izquierda de ambas divisiones de infantería en Montechiari á las siete menos cuarto.

La division de caballería no debia partir de Castenedolo hasta las nueve de la mañana, y marchar luego libremente á fin de no cansar los caballos.

A las seis de la mañana, empeñóse un sostenido cañoneo con el enemigo, que habia tomado posicion mas allá de Castiglione, y resuelto á presentar batalla.

V. M. ordenó entonces á la guardia imperial que acelerase su movimiento, y expidióse órden á la caballería de partir antes de la hora que se le habia indicado; á las ocho pudo montar á caballo, y á las nueve y media llegaba al lugar del combate, donde fué puesta á disposicion del mariscal Mac-Mahon, segun mandato de V. M.

Las dos divisiones de infantería de la guardia habian seguido desde Castiglione el camino de Guidizzolo, pero V. M. que juzgó ser el punto decisivo de la batalla la posicion de Solferino, vivamente defendida por el enemigo, dió órden á su guardia de dirigirse á la izquierda, á fin de que pudiese apoyar el ataque del mariscal Baraguay d' Hilliers contra Solferino.

La division de tiradores mandada por el general Camou, fué desplegada en línea detrás del 1er. cuerpo, y 500 metros mas allá se formó en columna doble la division Mellinet.

La division Forey habia experimentado sensibles pérdidas en el ataque de la posicion del Monte, y marchando á su auxilio la brigada Maneque, compuesta de los cazadores de á pié de la guardia y de los 1.º y 2.º de tiradores, se apoderó de aquella posicion á los gritos de ¡viva el emperador!

En aquel momento dos batallones del 2.º de tiradores, lanzados contra la torre y el convento de Solferino, se apoderaron de ellos con irresistible arrojo.

Los mismos batallones ocuparon luego la cima de la posicion del Monte, sostenidos por la artillería montada de la guardia, que fué á situarse en batería en el camino real de Cavriana. No tardó el enemigo en querer recobrar tan importante posicion, y el corto número de tropas que en ella se hallaban, no habria permitido conservarla, si V. M., apreciando exactamente el estado de las cosas, no hubiese dado órden á la division de granaderos, mandada por el general Mellinet, de apoyar á las baterías de la guardia y á la brigada Maneque. Esta órden, ejecutada con prontitud por el general Mellinet, permitió á la brigada dicha y á la artillería de la guardia, no solo conservar la posicion por un instante amenazada, sino ganar terreno y apoderarse sucesivamente de las posiciones del enemigo.

De este modo llegó la brigada Maneque á alguna distancia de Cavriana, posicion importante, rodeada de antiguas fortificaciones, donde el enemigo podia renovar en el pueblo y en la torre la obstinada resistencia que opusiera en Solferino.

V. M. dió órden á la artillería de la guardia de batir aquella posicion y á la brigada Maneque de apoderarse de ella, órden que fué ejecutada con vigor é inteligencia á la vista de V. M.

El pueblo de Cavriana acababa de ser tomado á las cinco de la tarde, cuando una violenta tempestad suspendió por un momento las operaciones; mas apenas hubo cesado, los tiradores de la guardia continuaron la obra comenzada: arrojaron al enemigo de las alturas que dominan el pueblo donde habia de establecerse el cuartel general de V. M., y dieron fin á su jornada.

La brigada Maneque se apoderó de una bandera y de 13 cañones, é hizo varios prisioneros.

Durante el combate, la artillería de la guardia se distinguió por la precision de sus

tiros, y la buena eleccion de sus posiciones; siempre que ha tenido que batir baterías enemigas, ha apagado su fuego en muy poco tiempo.

La caballería, mandada por el general Morris; se ha colocado, luego de su llegada al campo de batalla, á las órdenes del mariscal Mac-Mahon, el cual operaba en un país llano, donde podia venir el caso de necesitar sus servicios.

Mientras se esperaba la llegada del cuerpo del general Niel, que debia unirse por su izquierda con el mariscal Mac-Mahon, fué empleada en cubrir la derecha del 2.° cuerpo, á cuyo efecto el general Morris dispuso sus tres brigadas en escalones, cubriéndolas con una línea de tiradores.

El general Morris esperaba con impaciencia la ocasion de entrar en batalla con su caballería, presentándose por fin, á las tres y media, una columna de caballería austriaca, é hízole cargar por el flanco por los cazadores de á caballo; los austriacos, rechazados, se retiraron hácia sus baterías, cuyo fuego detuvo nuestra carga.

He manifestado la parte que tomó la guardia en la batalla de Solferino; allí, como en Magenta, peleó á la vista y bajo la directa impulsion de V. M., que ha podido juzgar por sí mismo del valor y de la abnegacion absoluta con que ejecuta sus órdenes.

Mas tarde expondré á V. M. los nombres de los oficiales que se distinguieron mas particularmente, y les propondré para las oportunas recompensas.

Soy con el mas profundo respeto,

Señor,

De V. M.,

El muy humilde y obediente servidor,

El mariscal jefe de la guardia imperial

REGNAUD DE SAINT-JEAN-D' ANGELY.

P. D. Debo llamar la atencion de V. M. sobre el teniente de cazadores de á pié llamado Monoglea, que se ha apoderado en el pueblo de Solferino de cuatro cañones con sus tiros, mandados por un coronel que le ha entregado su espada.

LXXVI.

Parte del mariscal jefe del primer cuerpo acerca de la batalla de Solferino.

Pozzolongo, 25 de junio.

Señor:

V. M. me habia dado órden de dirigirme el 24 desde Esenta á Solferino; á las dos de la madrugada hice partir por el camino de la montaña á la division Ladmirault con cuatro piezas de artillería, y á las tres, por el de la llanura, á las divisiones Forey y Bazaine con su artillería, la artillería de reserva y los bagajes.

Apenas la cabeza de esta última columna habia llegado á Fontane, cuando la division Forey lanzó contra el enemigo dos compañías de cazadores, le desalojó sin mucha dificultad de las alturas de Monte di Valsenra, y con dos batallones del 74, le arrojó del pueblo de Grole, donde la resistencia fué mas obstinada.

En aquel entonces la segunda division, á la izquierda de la primera, fué divisada en un valle bastante ancho, rodeado de elevadas colinas que se extienden hasta Solferino. El general Ladmirault formó su division en tres columnas: la de la derecha, compuesta de dos compañías de cazadores y de cuatro batallones, fué confiada al general Donay; la de la izquierda, compuesta como la anterior, al general Negrier, y se reservó para sí la columna del centro, compuesta de cuatro compañías de cazadores, de cuatro batallones y de la artillería.

Las divisiones Forey y Ladmirault se adelantaron paralelamente hácia Solferino: la primera por la derecha atacando el monte Fenile, y la segunda por la izquierda, desalojando al enemigo de los primeros reductos de la posicion.

La ocupacion del monte Fenile por el 84.° permitió á la sexta batería del 8.° regimiento el establecerse, allí, y proteger el movimiento de la primera brigada, mandada por el general Dieu, el cual descendió la vertiente del monte Fenile y tomó la direccion de Solferino, arrojando de colina en colina á las tropas enemigas, cuyo número aumentaba sin cesar.

Dicha brigada tomó posicion ante fuerzas superiores, y dirigió el fuego de su artillería contra unas alturas coronadas por una torre y un bosque de cipreses; durante aquel cañoneo el general Dieu, gravemente herido, debió entregar el mando al coronel Cambriels, del 84.°

V. M. llegó en persona cerca de las baterías de la division Forey, y despues de examinar la posicion, dió órden de marchar adelante con cuatro piezas de la reserva del 1.er cuerpo, y la brigada Alton, desplegada por batallones. El general Forey se puso al frente de esa brigada, que marchó con ardor; pero recibida por un violento fuego de metralla y fusilería por su frente y por su flanco, debió detener

su movimiento V. M. envió entonces á la brigada Maneque, cazadores de la guardia, para apoyar á la primera division, la que, reanimada por aquel auxilio, se lanzó contra el enemigo á paso de carga y á los gritos de Viva el emperador! apoderándose despues de una obstinada lucha de la eminencia de los cipreses y de la torre que domina á Solferino.

La division Ladmirault habia empezado su ataque al mismo tiempo que la division Forey, y despues de colocar su artilleria en bateria, y de un cañoneo que introdujo el desórden en las filas enemigas, apoderóse á la bayoneta de las primeras posiciones; sus cargas encontraron en breve á batallones enteros que hacian un nutrido y mortífero fuego, y desde aquel momento solo pudo avanzar con trabajo y paso á paso. El general Ladmirault recibió un balazo en la espalda, retiróse un instante para aplicar un vendaje á la herida, tomó otra vez el mando, y lanzó sus batallones de reserva, que imprimieron nuevo impulso á nuestro ataque: herido de otro balazo, el general Ladmirault debió entregar el mando al general Negrier.

La obstinada resistencia del enemigo, las fuerzas considerables que nos oponia, y las dificultades que ofrecian á la segunda division el terreno y los fuegos cruzados del reducto de los cipreses y del cementerio almenado, contra el cual se habian intentado en vano muchas cargas, me obligaron á hacer entrar en accion á la division Bazaine. El 1.er regimiento de zuavos y poco despues el 34.° apoyaron á la segunda division, mientras que el enemigo cubria nuestras columnas de fuegos de artillería, de fusilería y de cohetes, é intentaba varios movimientos ofensivos contra nuestros dos flancos. El 37.° fué tambien lanzado al fuego.

El cementerio se oponia á todos nuestros esfuerzos, y conociendo la necesidad de allanar aquel obstáculo, di órden de abrir brecha en él, colocando á 300 metros del muro, en un sitio muy peligroso, una batería de artillería del regimiento núm. 10.°, mandada por el capitan Canecoude. La media batería de montaña y otras piezas de las divisiones concentraron sus tiros en la misma direccion, y despues de un fuego bien dirigido y muy nutrido, que abrió varias brechas en las paredes del cementerio, de las casas y de la torre; apagado el fuego de la artillería enemiga del reducto de los cipreses por la artillería del general Forey y por la octava batería del regimiento núm. 10.° de la tercera division, el general Bazaine lanzó contra el cementerio el 3.er batallon del 78.°, mandado por el comandante Lafaille, é hizo tocar la carga en las dos divisiones: las tropas todas se pusieron en movimiento y tomaron el pueblo y el castillo en el mismo momento en que la primera division aparecia en la cima de la torre y en el bosque de los cipreses.

Creo de mi deber manifestar el valor y la firmeza de la brigada de la guardia que V. M. ha enviado para apoyar la primera division en un momento de peligro; una batería de la guardia, mandada por el general Le Bœuf, ha secundado nuestro ataque, lanzando contra el pueblo una lluvia de granadas.

El 1.er cuerpo mató al enemigo unos 800 ó 1000 hombres, le hirió mucha gente, le hizo 1,200 prisioneros, y tomóle cuatro cañones, dos carros y dos banderas; pero no obtuvo este triunfo sin experimentar sensibles pérdidas. Los generales Ladmirault y Dieu fueron heridos de gravedad; el general Forey lo fué ligeramente; los coroneles Taxis, Brincourt, Pinard y Barry han sido heridos, lo mismo que los tenientes coroneles Valet, Moire, Hemar y Servier. El teniente coronel Ducoin y los comandantes Kleber, Saint-Paer, Angevin y Guillaume han sido muertos, y heridos los comandantes Brun, Meuriche, Pontgibaud, Lebreton, Laguerre, Leseble, Mosquery, Gourzy, Lepinasse y Foy. El número de oficiales fuera de combate asciende á 234, y el de los soldados muertos ó heridos á unos 4,000.

Dirijo adjuntos á V. M. estados de proposicion, no solo para cubrir los empleos vacantes, sino tambien para las recompensas á que se han hecho acreedores tantos valientes soldados que han merecido bien de la patria y del emperador en esa gran jornada, en la que ambos ejércitos se han encontrado en un vasto terreno, donde Solferino en el centro, ocupaba un punto de muy difícil acceso. V. M., que se encontraba en el lugar del combate, ha visto y ha apreciado los obstáculos vencidos por el 1.er cuerpo, las numerosas fuerzas con que ha combatido, y la obstinacion de la defensa aumentada, segun se asegura, por la presencia en Solferino del general en jefe enemigo.

Despues de la toma del pueblo y cuando las tropas se habian formado otra vez en línea, V. M. ha mandado á la primera division que se dirigiera á las colinas inmediatas á Cavriana, y á la tercera que persiguiera al enemigo; verificólo así por espacio de una legua, y dirigiendo el fuego de sus baterías contra el enemigo en retirada, causóle enor-

mes pérdidas é hízole muchos prisioneros. Salidas de Esenta á las dos y á las tres de la madrugada, mis divisiones no descansaron hasta las nueve de la noche.

Al medio dia y en lo mas empeñado del combate, divisamos cuatro columnas austriacas que intentaban envolver el ala derecha del ejército piamontés; seis piezas de artillería, dirigidas por el general Forgeot, las obligaron á retroceder en desórden.

No puedo celebrar bastante el celo y vigor de los oficiales todos de las divisiones del 1.er cuerpo y del estado mayor general, y en particular de los generales Forey, Ladmirault, Bazaine y Forgeot. Me abstengo de hacer citas individuales, porque deberian ser harto numerosas; á los oficiales de todas las armas les debo un merecido tributo de elogios, y si entre ellos el número de muertos y heridos excede á la proporcion ordinaria, ha de atribuirse á que todos han expuesto su vida, felices con dar así al emperador una nueva prueba de su adhesion.

Soy con respeto, de V. M.,
Señor,
El muy humilde y fiel súbdito,
El mariscal,
BARAGUAY-D'HILLIERS.

LXXVII.

Parte del mariscal jefe del 2.º cuerpo acerca de la batalla de Solferino.

Cuartel general de Cavriana, 26 de junio.

Señor:

En virtud de las órdenes de V. M., el 2.º cuerpo salió de Castiglione el 24 por la mañana para ocupar á Cavriana; á las tres abandonó el indicado pueblo marchando en una sola columna por el camino de Mántua, á fin de no estorbar el movimiento de los cuerpos 1.º y 4.º que marchaban por sus flancos á retaguardia del mismo.

El 2.º cuerpo debia abandonar el camino de Mántua á unos seis kilómetros de Castiglione, y dirigirse hácia Cavriana por el camino de San Cassiano.

A las cuatro fui prevenido por el general Gaudin de Villaine, que formaba mi vanguardia, de que el enemigo se hallaba delante y á corta distancia de mí, en el mismo camino que yo seguia.

A las cinco se empeñó el tiroteo entre mis exploradores y los del enemigo, que ocupaban una granja llamada Casa Marino.

Dirigíme en persona á Monte Medolano, que se encuentra cerca de la granja, y desde aquella eminencia pude convencerme de que deberia luchar con grandes masas enemigas.

En aquel entonces (las cinco) oí un vivo cañoneo á mi izquierda entre Castiglione y Solferino.

Era el mariscal Baraguay-d'Hilliers que en su marcha hácia el último punto, habia encontrado al enemigo.

Por la parte de Cavriana observaba un gran movimiento de tropas enemigas que ocupaban sucesivamente cuantas alturas se extienden entre Solferino y Cavriana.

La situacion en que me encontraba no carecia de gravedad; comprendia la necesidad de acercarme lo mas pronto posible al mariscal Baraguay-d'Hilliers; pero al mismo tiempo no podia abandonar la llanura y marchar hácia Solferino ó Cavriana sin exponerme á permitir al enemigo que cortara al ejército, penetrando en aquella misma llanura por el camino que conduce desde Mántua á Guidizzolo, entre los cuerpos 3.º y 4.º y yo.

No tenia noticia alguna del general Niel, y conocia la necesidad de mantenerme en la posicion en que me hallaba, de saber, antes de emprender cualquier movimiento, si aquel jefe podia apoyarme, ocupando la línea que se extiende desde Modola á Guidizzolo.

A las seis no veia aun por la parte de Medola á las columnas del general Niel, y envié hácia aquel punto á mi jefe de estado mayor general, á fin de que averiguara la posicion del 4.º cuerpo.

El general Lebrun llegó á Medola en el mismo instante en que el 4.º cuerpo atacaba el pueblo, donde el enemigo se habia sólidamente establecido.

Advertido el general Niel de mi intencion de dirigirme hácia el 1.er cuerpo, me manifestó que luego de apoderarse de Medola se acercaria lo posible á mi ala derecha, á fin de permitirme ejecutar mi movimiento hácia Cavriana, pero me avisó al propio tiempo que no podria reunirse conmigo antes de que el 3.er cuerpo se hubiese reunido con él para apoyar su derecha.

A las ocho y media observé que las fuerzas del enemigo aumentaban á mi frente en la llanura de Guidizzolo, y entonces mandé atacar la granja de Casa-Marino á fin de establecer mi frente de columna á la altura de aquel edificio, desde donde debia observar mejor los movimientos y las fuerzas del enemigo.

En tales circunstancias tomé las disposiciones siguientes:

La segunda division, que marchaba al frente del cuerpo de ejército, fué desplegada delante de la granja, perpendicularmente al camino de Mántua, en el cual apoyaba su derecha; junto á ella y prolongando la línea de batalla, mandé colocar la primera brigada de la primera division, con su izquierda en el mismo camino y su derecha hácia Medola, por donde debia llegar el cuerpo del general Niel.

La segunda brigada de la primera division, formando la reserva del cuerpo de ejército, fué colocada detrás de Casa-Marino, hácia la granja Barsaccia, para hacer frente á las columnas de caballería que desde San Cassiano amenazaban interceptar las comunicaciones entre el 1.° y 2.° cuerpo. La caballería de reserva (7.° regimiento de cazadores) cubria en aquel punto la izquierda de mi segunda division.

Apenas hube tomado estas disposiciones, cuando una fuerte columna austriaca, procedente de Guidizzolo y siguiendo el camino de Mántua, se adelanta hácia Casa-Marino; precedíala una numerosa artillería que se colocó en batería á 1,000 ó 1,200 metros delante de mi frente de batalla.

Las cuatro baterías de artillería de las divisiones primera y segunda (doce del 7.°, once del 11.°, segunda del 9.° y trece del 13.°) avanzaron al momento hasta la línea de los tiradores, y abrieron un fuego muy vivo que obligó á la artillería enemiga á retroceder, despues de haber visto saltar dos armones de municiones. Al principio de aquel combate de artillería contra artillería, el general Auger perdió el brazo izquierdo llevado por una bala de cañon.

En esto, participáronme la llegada de las divisiones de caballería Partonneaux y Desvaux, á retaguardia de la derecha de mi línea de batalla, y mandéles que se pusiesen junto á mi ala derecha, ocupando el espacio vacío que habia entre Medola y Monte Modelano.

Las baterías de á caballo de ambas divisiones se desplegaron delante de su línea y tomaron de flanco á la artillería enemiga, batida ya de frente por las piezas de mis divisiones. Los generales Partonneaux y Desvaux ejecutaron varias cargas con feliz éxito; en una de ellas 600 infantes fueron arrollados hasta la línea de nuestros tiradores, quienes les hicieron prisioneros.

Mientras esto sucedia en mi ala derecha, una columna, compuesta de dos regimientos de caballería, intentaba envolver mi ala izquierda, sostenida por dos escuadrones del 4.°, y cuatro del 7.° de cazadores, mandados por el coronel Savaresse. Nuestra caballería rechazó vigorosamente tres cargas del enemigo, y le arrolló con el mayor desórden contra los batallones de la izquierda de la segunda division (batallon de cazadores núm. 11.° y 72.° de línea) que se habian formado en cuadro. El enemigo dejó en el campo gran número de caballos muertos ó heridos. Nuestros cazadores se apoderaron de muchos prisioneros, entre los cuales habia un oficial superior, y de unos treinta caballos ensillados,

Merced á estas cargas y al fuego de mi artillería, pude mantener á cierta distancia al enemigo, y esperar, no sin alguna impaciencia, que entrara en línea el 4.° cuerpo.

A las once recibí aviso del general Niel de que se hallaba pronto á marchar directamente hácia Cavriana, y mandé al general La Motterouge, que con su division formada en dos líneas, se dirigiese hácia Solferino, donde debia reunirse con la infantería de la guardia imperial. El general Decaen debia seguir su movimiento.

En aquel momento (las dos y media) poníase á mi disposicion por órden de V. M. la division de caballería de la guardia imperial.

Dí órden al general Morris de establecerse en el espacio que separaba mi ala derecha de las divisiones Partonneaux y Desvaux, y de formarse á retaguardia en escalones luego que el 2.° cuerpo marchase adelante. De este modo debia unir mis fuerzas con las del 4.° cuerpo.

Tomadas estas disposiciones y luego que la division La Motterouge se hubo reunido con los tiradores de la guardia, todo el 2.° cuerpo por batallones dió frente á la derecha, dirigiéndose á San Cassiano y á las demás posiciones que el enemigo ocupaba en la llanura.

El pueblo de San Cassiano fué atacado por la derecha y la izquierda, y tomado con irresistible ardor por los tiradores indígenas y el 45.° de línea.

Los tiradores argelinos se dirigieron luego hácia la izquierda para atacar la posicion principal que une Cavriana con San Cassiano.

El enemigo habia reunido en ella fuerzas considerables; el primer fuerte, en el que se veia una especie de reducto, fué tomado por los tiradores; pero en aquel momento observé que el enemigo hacia un nuevo esfuerzo para penetrar entre mi derecha y el general Niel, y que por otra parte la columna de mi izquierda no se hallaba todavía en mi línea.

Por esto debí emprender por un instante el movimiento general hácia adelante.

El enemigo reunió entonces grandes fuerzas entre Cavriana y el reducto ocupado por los tiradores, é hizo luego un vigoroso movimiento ofensivo que obligó á estos á abandonar la posicion. Un batallon del 45.° y parte del 72.°, mandados por el coronel Castex, apoyaron á los tiradores. los cuales recobraron el reducto, y se establecieron en él segun la órden que les habia comunicado.

El 45.° y el 72.° de línea tomaron posicion á alguna distancia.

Un nuevo esfuerzo del enemigo obligó á los tiradores á abandonar otra vez su posicion.

Entonces mandé al general La Motterouge que sostuviera aquella columna con su brigada de reserva (65.° y 70.° de línea), y dispuse que todo el cuerpo de ejército marchase adelante, luego que empezase nuestro ataque de la izquierda.

Asi que el general La Motterouge se hubo reunido con los tiradores y con el 45.°, toda la columna emprendió la marcha.

Apoyóla en su movimiento un batallon de granaderos y seguido á corta distancia por el resto de la brigada de la guardia, mandada por el general Niel.

Todas las posiciones fueron tomadas sucesivamente hasta Cavriana, donde los tiradores indígenas entraron al mismo tiempo que los tiradores de la guardia, llegados por el camino de Solferino.

La division Decaen secundó el movimiento y arrojó al enemigo de varias granjas, situadas en la llanura.

La caballería de la guardia, que á las órdenes del general Morris flanqueó mi ala derecha durante todo el movimiento, se hallaba formada en tres escalones.

El primero, compuesto de los cazadores y guias, apoyaba su izquierda en la derecha de la division Decaen; los otros dos se apoyaban en el general Desvaux.

A las tres, el general Morris dió órden al general Cassaignoles de cargar contra una columna de caballería austriaca que amenazaba envolver su derecha

Poco despues, un regimiento de caballería enemiga intenta rechazar á un escuadron de cazadores de la guardia que formaba una línea de tiradores, admirablemente mandada por el comandante Vigerie; el enemigo sin sospecharlo marchó contra el 11.° batallon de cazadores que se habia formado en cuadro en un camino hondo y entre los trigos, de modo que apenas se veia.

El batallon hizo fuego, y la caballería enemiga se desbandó en desórden, siendo entonces acañoneada de flanco por una batería de la segunda division y por una batería de la guardia.

A las seis y media el enemigo se hallaba en retirada en todas direcciones, despues de experimentar grandes pérdidas, á juzgar por el número de cadáveres que dejaba en el campo.

La primera division vivaqueó entonces en el fuerte situado á espaldas de Cavriana, y la segunda permaneció en la llanura formada en batalla á fin de facilitar la reunion del 4.° cuerpo con el 2.°

Inútil es explicar el valor desplegado por las tropas del 2.° cuerpo durante tan larga jornada. V. M. ha podido juzgar por sí mismo de su irresistible arrojo en las diferentes faces de la batalla. V. M. ha visto con sus propios ojos como han sabido coronar su victoria tomando las difíciles posiciones de Cavriana y desalojar al enemigo de las alturas donde intentó en vano concentrar su resistencia.

Por desgracia nuestras pérdidas han sido muy sensibles; no podia ser de otra manera.

Al principiar la batalla, el general Auger, jefe de la artillería del 2.° cuerpo, perdió el brazo izquierdo, que le fué arrebatado por una bala de cañon.

El coronel Donay, del 70.° de línea, el coronel Laure, y el teniente coronel Herment, del regimiento de tiradores, han sido muertos al frente de sus tropas.

Entre los cuerpos que mas han sufrido citaré: al regimiento de tiradores que ha tenido 7 oficiales muertos y 22 oficiales heridos; al 72.° de línea que ha tenido 5 oficiales muertos y 19 heridos; el 45 de linea, diezmado ya en Magenta, ha tenido en la jornada del 24 de junio 20 oficiales fuera de combate.

En resúmen, en tan dura jornada el 2.° cuerpo ha tenido 19 oficiales muertos, 95 oficiales heridos, 192 soldados muertos, 1266 heridos y 300 desaparecidos. (Este último número, que era ayer de 500, disminuye á cada momento, y vuelven á sus cuerpos muchos hombres fatigados que no pudieron seguirles.)

No hago ahora citas particulares á V. M., y me reservo el llamar despues su benévola solicitud hácia aquellos que, esforzados entre todos, merecen ser propuestos para recompensas.

Tengo el honor de ser con respeto,

Señor, de V. M.

El muy humilde y obediente servidor y súbdito,
El mariscal jefe del 2.° cuerpo,
MAC-MAHON, duque de MAGENTA.

LXXVIII.

Parte del mariscal jefe del tercer cuerpo acerca de la batalla de Solferino.

Rebecca, 25 de junio de 1859.

Señor:

Al dar cuenta á V. M. ayer noche de las operaciones en que tomó parte el 3.er cuerpo durante la jornada del 24 del corriente, solo pude dar al emperador algunas noticias aproximadas, á falta de los partes de los generales de division; hoy que los he recibido, puedo entrar en mas precisos detalles.

Salido de Mezzano el 24 á las dos y media de la madrugada con direccion á Medola, segun las órdenes del emperador, pasé el Chiesa en Visana, por un puente arrojado durante la noche por los ingenieros piamonteses. Durante la noche de la víspera habia mandado á la brigada Jannin de la division Renauld, que marchara á aquel punto para proteger dicha operacion. A las siete, mi frente de columna llegaba á Castelgoffredo, y las noticias recogidas por mi vanguardia, anunciáronme que la caballería enemiga se encontraba aun en aquella reducida ciudad, plaza rodeada de murallas y provista de puertas que habian sido fortificadas.

El general Jannin, al frente de un batallon del 56.°, recibió órden de rodear la posicion y de dirigirse al sur de la ciudad para penetrar en ella por la puerta de Mántua; el general Renault tomó el mando de las tropas que debian atacar de frente, y la puerta del lado de Acqua Fredda fué derribada á hachazos por los ingenieros. Los húsares del 2.° regimiento que componian mi escolta, mandados por el capitan comandante Lecompte, se precipitaron contra un piquete de húsares austriacos que se encontraba en la ciudad y le acuchillaron. Dichos soldados dieron pruebas de grande ardor, tuvieron muchos heridos, y causaron grandes pérdidas al enemigo.

A las nueve y cuarto llegó el 3.er cuerpo á la altura de Medola; al entrar en este pueblo, supe que el 4.° cuerpo habia entrado en accion á mi frente y que el ala derecha del mismo, mandada por el general Luzy, que habia rechazado fuertes ataques, peligraba de verse envuelta y solicitaba prontos socorros.

El general jefe del 4.° cuerpo me dirigia igualmente varios oficiales, pidiéndome que enviara refuerzos á su centro que habia sufrido considerables pérdidas. En aquel momento recibí del emperador comunicacion en la que me anunciaba que un cuerpo de 25 á 30,000 hombres habia salido de Mántua por la puerta Pradella durante el dia 23, y que sus avanzadas se encontraban en el pueblo de Acqua Negra; estas noticias eran confirmadas por el general Luzy que anunciaba haber visto una columna considerable pasar desde su izquierda á su derecha, por los informes de la gente del pais, y finalmente por una gran polvareda que se divisaba por la parte de Azola hácia Acqua Fredda.

Para hacer frente á las exigencias de la situacion, me apresuré á enviar al general Renault con seis batallones para apoyar al general Luzy en el camino de Cesara. El 41.° tomó posicion á dos kilómetros de Medola, junto al Seriola Marchionole; el 56.° fué colocado delante de Castelgoffredo vigilando el movimiento anunciado por parte del enemigo; una seccion de artillería púsose en batería en el camino en la línea de los tiradores, é hizo fuego contra las columnas austriacas que se dirigian hácia nuestra derecha.

Esta disposicion permitió á la division Luzy apoyar á la izquierda, hácia el centro del general Niel; y como á la una de la tarde los ataques contra Rebecco se hacian mas y mas amenazadores, llamé á la totalidad de la division Renault, excepto dos batallones del 23.° de línea que dejé para la custodia de Medola. La division se estableció entonces en la derecha y la izquierda del Seriola, uniéndose sólidamente con la derecha del 4.° cuerpo, al cual siguió en el pronunciado movimiento que debió verificar hácia la izquierda.

A consecuencia de este movimiento, parte de la division Renault se encontró á la altura de Rebecco, hácia donde debieron marchar un batallon del 56.°, el 90.° con dos compañías del 8.° batallon de cazadores de á pié y una seccion de artillería, ataque que fué dirigido del modo mas enérgico por el coronel Guilhem, del 90.°, y por el comandante Schwartz del 56.° Esta columna llegó en línea en el momento en que el 73.° (division Luzy), iba á ser envuelto; una vigorosa carga á la bayoneta, dirigida por el comandante Schwartz, tuvo un feliz resultado, y mas tarde, á las cinco, aquella parte de la division Renault ocupaba el pueblo de Rebecco.

Las eventualidades que podian producirse en su ala derecha, no permitian al 3.er cuerpo distraer mayores fuerzas, y esto no obs-

tante dirigiansele sin cesar nuevas demandas para que apoyara el centro del 4.° cuerpo, contra el cual, lo mismo que contra su derecha, hacia el enemigo desesperados esfuerzos. Suponiendo que la division Bourbaki y la brigada Collineau de la division Trochu serian suficientes para rechazar al cuerpo austriaco, anunciado de Mántua, envié al general Trochu con la brigada Bataille de su division al general Niel, á fin de que fuese colocado entre las divisiones Failly y Vinoy del 4.° cuerpo.

A las cuatro entró en línea aquella brigada con los batallones en columna cerrada por division, segun el órden que les habia prescrito, permitiendo este refuerzo al general Niel verificar un movimiento ofensivo que rechazó en un principio al enemigo. Este volvió á la carga, y la brigada Bataille, lanzada de nuevo al combate, y mandada con admirable acierto por el general Trochu, rechazó definitivamente al enemigo, el cual no se presentó ya mas.

En aquella rápida marcha hasta el camino de Ceresara, el 44.° que formaba el ala derecha fué por un instante envuelto por el enemigo; mas por órden del general Bataille, cuyo valor y sangre fria no puedo elogiar cual merecen, los dos últimos batallones, valerosamente dirigidos por el coronel Pierron y el comandante Caudanier, hicieron frente á la derecha, marcharon con rapidez hácia el Tejar, y estrecharon de tan cerca al enemigo, que le hicieron varios prisioneros y le obligaron á abandonar dos piezas que fueron tomadas.

El 43.° de línea, uno de cuyos batallones se encontró por un momento en grave peligro, manifestó grande solidez, y tengo el pesar de anunciar al emperador que su jefe, el coronel Broutta, fué mortalmente herido. El 19.° batallon de cazadores á pié se distinguió tambien por su ardor. Para apoyar el movimiento de la brigada Bataille, mandé al general Courtois de Hurbal que hiciese avanzar su artillería de reserva, la cual tomó en efecto posicion.

Habia enviado al coronel Besson, mi jefe de estado mayor general, al camino de Medola á Castelgoffredo, para observar si los reconocimientos del general Bourbaki habian podido descubrir algo de los proyectos del enemigo, relativos al movimiento anunciado. Fuertes destacamentos de uhlanos, apoyados por la artillería ligera, pudieron hacer creer en la realizacion de aquel ataque, para el cual era necesario prepararse; pero como se vió por distintas veces que no seguia á la caballería cuerpo alguno de infantería, creí poder dejar sola á la brigada Collineau de la division Trochu para cubrir á Medola, y hacer entrar en línea á la division Bourbaki. A contar desde aquel momento nuestra posicion quedaba del todo asegurada.

Debo mencionar especialmente la parte tomada por el general Trochu en el triunfo de la jornada; este general elogia mucho á su ayudante de campo, el capitan Capitaine, el cual perdió su caballo.

Las pérdidas experimentadas por las tropas del 3.er cuerpo empeñadas en la batalla del 24 de junio, se elevan á 250 hombres entre muertos y heridos, entre los cuales se cuentan 3 oficiales muertos y 12 heridos.

De V. M., Señor,
El fiel súbdito,
El mariscal CANROBERT.

LXXIX.

Parte del mariscal jefe del 4.° cuerpo acerca de la batalla de Solferino.

Cuartel general de Volta, 27 de junio de 1859.

AL EMPERADOR.

Señor:

Las tropas del 4.° cuerpo han tomado una parte muy importante y gloriosa en la batalla de Solferino, y voy á hacer á V. M. una relacion somera de tan dura jornada.

Segun la órden de marcha del 24 de junio, el cuartel imperial debia trasladarse con la guardia desde Montechiaro á Castiglione; el 1.er cuerpo desde Esenta á Solferino; el 2.° cuerpo desde Castiglione á Cavriana; el 3.er cuerpo, desde Mezzano á Medola, y el 4.°, reforzado con las dos divisiones de caballería Partonneaux y Desvaux, desde Carpenedolo á Guidizzolo. El rey de Cerdeña debia ocupar Pozzolongo.

El 4.° cuerpo se puso en marcha á las tres de la madrugada, luego que los soldados hubieron tomado café; las tres divisiones de infantería seguian el camino de Carpenedolo á Medola; las baterías y el tren de reserva iban intercalados entre la division Vinoy y la division Failly, y la division Luzy marchaba á la vanguardia, sirviéndola de batidores dos escuadrones del 10.° de cazadores, mandados por el general Rochefort. El camino atraviesa un pais muy bien cultivado, cubierto de árboles y viñedos, y tiene á ambos lados profundos fosos llenos de agua.

Las dos divisiones de caballería marchaban por el camino de Castiglione á Goito, que atraviesa una llanura de 3 ó 4 kilómetros de anchura, donde la caballería y la artillería pueden maniobrar fácilmente. Este camino pasa por Guidizzolo.

Como á dos kilómetros de Medola los escuadrones del general Rochefort encontraron varias partidas de uhlanos, á quienes cargaron con impetuosidad, pero detuviéronles en breve las tropas de infantería que ocupaban el pueblo, apoyadas por la artillería. El general Luzy tomó inmediatamente sus disposiciones de ataque: hizo rodear el pueblo á ambos lados del camino por varios batallones de infantería á las órdenes de los generales Lenoble y Donay, y luego que se halló á la vista de las primeras casas, ocupadas por el enemigo, dispuso empezar el cañoneo. Poco despues, los movimientos de flanco se hicieron mas y mas pronunciados, y mandando el toque de ataque, se lanzó él mismo contra el pueblo al frente de una sólida columna de infantería. Aquel ataque, ejecutado con indecible arrojo, tuvo completo éxito; á las siete se hallaba Medola en nuestro poder, y el enemigo se retiraba despues de experimentar grandes pérdidas, y dejando en nuestro poder dos cañones y gran número de prisioneros.

Al salir de Medola, tres batallones de la division Luzy marcharon por el camino de Ceresara, mientras que la brigada Donay emprendia la persecucion del enemigo hácia Rebecco, pueblo situado á una legua de Medola en el camino de Guidizzolo. Esta brigada halló en breve fuerzas superiores que detuvieron su marcha.

Luego que la division Vinoy salió del pueblo de Medola, mandé adelantar por el camino de la llanura ocho piezas pertenecientes á la division Luzy; la division Vinoy marchó á sostener la artillería, rechazando al mismo tiempo al enemigo que ocupaba pequeños abrigos en la direccion de un edificio aislado llamado Casa Nova, que se encuentra á la derecha del gran camino de Goito á 2 kilómetros de Guidizzolo. Durante todo el dia se han sostenido al rededor de aquella casa encarnizados combates.

Luego que pude salir del pais cubierto que atraviesa el camino de Medola, vi en la llanura fuertes columnas austriacas de infantería y caballería, que hacian frente al cuerpo del mariscal Mac-Mahon, y que amenazaban envolverme en el movimiento que practicaba sobre su flanco. La division Vinoy se formó en batalla en una direccion oblicua que me acercaba al mariscal Mac-Mahon, y con este apoyo, hice salir de Medola la artillería de reserva que se colocó en batería, teniendo á sus espaldas y á su izquierda las divisiones de caballería. Para tener un apoyo en su derecha, el general Vinoy tomó al enemigo la granja de Casa Nova, pero como ocupaba entonces una línea harto extensa para mis fuerzas, esperaba con impaciencia á la division Failly, la cual por su parte redoblaba el paso para tomar parte en el combate.

El enemigo intentó envolver la izquierda del general Vinoy en el espacio que dejaban entre sí el 2.º y el 4.º cuerpos. Una columna de infantería, apoyada por una numerosa caballería, se acercó hasta 200 metros de la division Vinoy; pero detúvola el fuego de las 42 piezas de artillería de las divisiones y de la reserva que tomaban sucesivamente su puesto de combate, y que no tardaron en estar en batería bajo la entendida direccion del general Soleille. El enemigo desplegó á su vez toda su artillería; pero en aquella lucha, que duró gran parte del dia, nuestra artillería tuvo siempre una ventaja incontestable, y atestiguan sus terribles efectos los restos de hombres y caballos que cubren la tierra.

A medida que avanzaba el cuerpo del mariscal Mac-Mahon, la division Vinoy, apoyada en Casa Nova, seguia el movimiento con su ala izquierda, al tiempo que las fuerzas enemigas, que retrocedian por la llanura, dirigian sus esfuerzos contra la Casa Nova y las primeras casas de Rebecco, donde se habian empeñado sangrientos combates. Luego que entró en línea la division Failly, dila por punto de direccion la aldea de Beate, situada entre Rebecco y la granja de Casa Nova; el general Failly marchó hácia allá con la brigada O' Farrel, y yo conservé junto á mí como reserva, la brigada Saurin.

A contar desde aquel momento, mis tropas se hallaban dispuestas del modo siguiente, de derecha á izquierda: en el pueblo de Rebecco la division Luzy; en Beate, la primera brigada de la division Failly, y á la izquierda en la direccion del mariscal Mac-Mahon, la division Vinoy desplegada, siete baterías de artillería y dos divisiones de caballería.

El objeto que me proponia, y que habria dad magníficos resultados á poderse realizar, consistia en ocupar Rebecco con una ó dos divisiones del mariscal Canrobert, llegado á Medola, luego que el 2.º cuerpo hubiese tomado Cavriana; entonces con las divisiones Luzy y Failly me habria apoderado de Gui-

dizzolo, y dueño del empalme de los caminos, cortaba la retirada ya á Goito, ya á Volta, á las masas enemigas que ocupaban la llanura. Por desgracia, el mariscal Canrobert, amenazado en su ala derecha, no juzgó prudente el prestarme su apoyo hasta el fin de la jornada.

El enemigo, que comprendió el peligro á que le exponia mi marcha hácia Guidizzolo, concentró todos sus esfuerzos para impedirla, y se empeñó por espacio de seis horas una viva lucha al rededor de la Casa-Nova, y de los pueblos de Beate y de Rebecco. Cuando combatíamos con fuegos de infanteria, el enemigo, que tenia la superioridad del número, me hacia perder terreno; pero formaba entonces una columna de ataque con mis batallones de reserva, y la bayoneta nos devolvia mas de lo que nos arrebatara el tiroteo.

En aquellos incesantes combates tuve el pesar de ver caer valientes soldados y jefes muy dignos de mandarles. El coronel Lacroix del 30.° de linea, el coronel Capin del 53.°, el coronel Broutta del 43.° (division Trochu); los tenientes coroneles Neucheze del 8.° de linea, Compagnon del 2.° de linea, y Oudes del 5.° de húsares; los comandantes Nicolás, Tierronnier y Hebert se hicieron matar al frente de sus tropas. El general Donay, que se distinguió particularmente en esa jornada, y gran número de oficiales superiores, recibieron heridas que privarán por algun tiempo al emperador de sus servicios, y á estas pérdidas debo añadir otra para mi muy sensible, la del coronel de ingenieros Jourjon, oficial distinguido, tan notable por su ciencia como por sus cualidades militares.

La caballeria ha sido para nosotros un poderoso auxiliar para alejar de Casa-Nova á la infanteria enemiga, que renovaba sin cesar sus esfuerzos para arrebatarnos tan importante punto de apoyo. Las dos divisiones Partonneaux y Desvaux han cargado diferentes veces contra la infanteria austriaca, y siempre con indecible arrojo.

A las tres, se presentó en el campo de batalla el mariscal Canrobert para juzgar por sí mismo de mi posicion, y dió órden á la division Renault, del 3.er cuerpo que observaba el camino de Medola á Ceresara, de dirigirse á Rebecco; al mismo tiempo mandó al general Trochu que condujera su primera brigada al lugar donde se hallaba mi reserva, entre Casa-Nova y Beate, pues allí se dirigian los mayores esfuerzos del enemigo.

Al ver que iba á ser sostenido por tropas de refresco, formé sin pérdida de momento en columna de ataque cuatro batallones de la division Luzy, á los que uní dos batallones de la division Failly, que constituian entonces mi única reserva, y el general Luzy condujo esas tropas en la direccion de Guidizzolo. La cabeza de la columna, formada por un batallon del 30.° de linea, llegó hasta las primeras casas del pueblo, pero debió retirarse ante fuerzas superiores. Nuestros soldados se hallaban rendidos de cansancio; hacia doce horas que marchaban y combatian en un terreno sin agua, y durante aquella continua lucha ni siquiera habian tenido tiempo para comer.

El mariscal Canrobert prometióme la llegada de la division Bourbaki antes de la noche, y quise intentar mi último esfuerzo contra Guidizzolo, con la brigada Bataille, de la division Trochu, que ocupaba el puesto de mi reserva. El general Trochu formó sus batallones en columnas cerradas, y los condujo al enemigo, con el ala derecha á la vanguardia, con tanto órden y sangre fria como en un campo de maniobras; apresó al enemigo una compañía de infanteria y dos cañones, y llegó cerca de Casa-Nova, en Guidizzolo.

Una violenta tempestad, precedida de torbellinos de polvo, nos sumergió en la oscuridad, y puso fin á tan terrible lucha, acampando el 4.° cuerpo en un terreno que habia gloriosamente conquistado. El enemigo perdió una bandera, tomada por los soldados del 76.° de línea, y 7 piezas de artillería; el 4.° cuerpo hizo 2000 prisioneros, y en un campo de batalla que tiene cerca de dos leguas de extension, sitio por donde pasó el 4.° cuerpo, se halla cubierto de cadáveres austriacos. El combate fué largo y tenaz, y ni un batallon del cuerpo de ejército dejó de tomar parte en él.

Me es imposible citar á V. M. los numerosos actos de valor que he presenciado ó que me han sido referidos, debiendo limitarme á manifestar que todos han cumplido con su deber. Sin embargo, al expresar mi satisfaccion á V. M., debo hablar naturalmente de la heróica conducta de los generales de division; luego, de los generales de brigada, y en seguida, de los jefes de cuerpo, los cuales han tenido muchos muertos y heridos.

A continuacion inserto el estado de las pérdidas experimentadas por las tropas del 4.° cuerpo y las dos divisiones de caballería.

Infantería: primera division (Luzy), 15 oficiales muertos, 84 oficiales heridos; 275 soldados muertos, 1552 heridos; segunda division (Vinoy), 4 oficiales muertos, 39 oficiales

heridos; 150 soldados muertos, 896 heridos y 126 desaparecidos; tercera division (Failly), 18 oficiales muertos, 8 oficiales heridos y 3 desaparecidos; 89 soldados muertos, 723 heridos y 372 desaparecidos.

Caballería: division Partonneaux, 1 oficial muerto, 7 oficiales heridos; 12 soldados muertos, 44 heridos y 4 desaparecidos. Division Desvaux, 7 oficiales muertos, 15 oficiales heridos y 4 desaparecidos; 51 soldados muertos, 137 heridos y 38 desaparecidos. Artillería, 4 oficiales heridos, 8 soldados muertos, 65 heridos y 1 desaparecido. Estado mayor de ingenieros, 1 oficial muerto.

Totales; 46 oficiales muertos, 207 heridos y 7 desaparecidos; 586 soldados muertos, 3417 heridos y 541 desaparecidos.

Oficiales fuera de combate:		260
Soldados id.	id.	4,544
Total general.		4,804

El mariscal, jefe del 4.° cuerpo.
NIEL.

LXXX.

Parte de S. M. el rey de Cerdeña acerca de la batalla de Solferino.

El dia 24 de junio, mientras las tropas francesas al mando del mariscal Baraguay d'Hilliers marchaban contra Solferino, tres divisiones piamontesas avanzaban con direccion á Peschiera, Pozzolengo y Madonna de la Scoperta; precedíanlas varios destamentos encargados de explorar su marcha y reconocer el terreno.

La tercera division (general Mollard) debia batir la llanura comprendida entre el camino de hierro y el lago, y la quinta (general Cucchiari) marchar hácia Pozzolengo donde tambien debia dirigirse la primera division (general Durando), pasando por Castel Venzago y Madonna della Scoperta. Las fuerzas destacadas en su reconocimiento por la quinta division, compuestas de un batallon de infantería, de un batallon de bersaglieri, de un escuadron de caballería ligera y de dos piezas de artillería, á las órdenes del coronel Cadorna, dejaron á su derecha las alturas de San Martino, que no se hallaban ocupadas por el enemigo, y continuaron avanzando hácia Pozzolengo por el camino de Legnano.

Las avanzadas austriacas, vigorosamente atacadas y rechazadas á las siete de la mañana, no tardaron en ser apoyadas por fuerzas imponentes, ante las cuales fué preciso retirarse.

Al oir el tiroteo el general Mollard envió á la reducida columna, que servia de vanguardia su division, en auxilio del coronel Cadorna, y envió dos compañías de bersaglieri á la *Cascina* Succale á fin de operar una diversion.

La tercera y la quinta divisiones recibieron órden de apresurar su marcha.

La columna del coronel Cadorna se replegó lentamente y en buen órden, sostenida por cuatro piezas de artillería y por un batallon de infantería, apostadas en San Martino, al tiempo que en la derecha el enemigo ganaba con fuertes columnas las alturas por Stefano y San Donino, y avanzaba con rapidez hácia *Cascina* Contracania, amenazando cortar la linea de retirada.

Preciso fué abandonar San Martino; eran entonces las nueve de la mañana, y la vanguardia de la tercera division empezaba á aparecer por la calzada del camino de hierro. Con la esperanza de no dar tiempo al enemigo para establecerse sólidamente en las alturas, el general Mollard hizo marchar al asalto al primer regimiento que vió disponible (el 7.° de infantería), á quien sostuvo luego el 8.°, con órden de atacar á la bayoneta sin disparar un tiro; aquellos esforzados regimientos, apoyados por una batería de artillería y por algunas cargas de caballería ligera de Monferrato, llegaron con admirable arrojo á la cima de las alturas, apoderándose de varios cañones; pero por dos veces debieron ceder al número y abandonar su conquista. El coronel Beretta y el mayor Solaro habian sido muertos; el general Ansaldi y los mayores Borda y Longoni, heridos, y las pérdidas en oficiales subalternos eran igualmente numerosas.

El enemigo ganaba terreno, y avanzaba por la *Cascina* Solvetta hácia el camino de hierro para privarnos de tan importante linea de comunicacion. Una brillante carga, ejecutada por un escuadron de caballería, dió tiempo para reunir algunas tropas en el punto amenazado.

Entonces, las diez de la mañana, llegó al campo de batalla la division Cucchiari por el camino de Rivoltella, poniéndose tres batallones del regimiento núm. 12.° á disposicion del general Mollard, á fin de que pudiese recobrar las *Cascinas* Canova, Arnia, Selvetta y Monata, y desalojar al enemigo de las cercanías del camino de hierro. En la izquierda, el 4.° batallon del 12.° y el regi-

miento núm. 11.º de infantería, fueron formados en columnas de ataque en el camino de Lugano, y marcharon todos al asalto bajo un mortífero fuego. La iglesia de San Martino de Roccolo, lo mismo que las Cascinas de la derecha, incluso la Contracania, fueron tomadas con notable ardor; apoderáronse de 3 piezas de artillería, mas el enemigo logró otra vez expulsarles de allí. En aquel ataque murió un mayor, y fueron heridos un coronel y dos mayores.

En tanto, la segunda brigada de la quinta division (17.º y 18.º de línea), con su batallon de bersaglieri, se formaba en columna de ataque en la izquierda del camino de Lugano, dejando en reserva al 18.º; dos batallones del 17.º y dos compañías de bersaglieri marcharon contra la iglesia de San Martino y la *Cascina* Contracania, que habian vuelto á caer en poder del enemigo, y los otros dos batallones, con algunos bersaglieri, dirigiéronse á la izquierda hácia Cascina Corbii di Sotto y Vestone. El 18.º se adelantó para apoyar al 11.º; recobróse todo el terreno perdido, llegóse al punto culminante de las alturas, y las posiciones fueron tomadas de nuevo.

En esto llegó de Desenzano y Rivoltella la brigada Pignerol (division Mollard): formada en dos líneas y dirigida con su artillería contra la Cascina Contracania, habia empezado ya su fuego, é iba á completar el triunfo de la quinta division, cuando esta, diezmada por la metralla y luchando con un enemigo que recibia incesantes refuerzos, debió verificar su retirada, que realizó en buen órden por el camino de Rivoltella. El general Mollard suspendió entonces el fuego empezado por la brigada Pignerol hasta la llegada de nuevas tropas, y en efecto no podia renovarse el ataque de San Martino antes de dar algunas horas de descanso á los soldados, que habian combatido toda la mañana bajo un sol ardiente, y sin ser sostenidas por tropas de refresco.

La segunda division (general Fanti) habia sido enviada á Solferino á fin de cooperar en caso necesario al ataque dirigido contra aquel punto por el mariscal Baraguay d' Hilliers; pero viendo el rey que la posicion habia sido tomada valerosamente por las tropas francesas, y comprendiendo por otra parte la necesidad de reforzar nuestra izquierda, dió órden á la segunda brigada de aquella division que marchara sin pérdida de momento á San Martino, y á la primera que se dirigiese á Pozzolengo á fin de apoyar á la division Durando, empeñada hacia muchas horas en un combate en el que experimentaba grandes pérdidas. Al saber S. M. que la brigada Aosta (de la segunda division) se acercaba á San Martino, dió órden de atacar otra vez aquella posicion y de apoderarse de ella antes de la noche. Dicha brigada llegó junto á San Martino á las cuatro de la tarde, y fué puesta á las órdenes del general Mollard, tomando posicion á la izquierda de la brigada Pignerol delante de la *Cascina* Contracania.

La artillería tenia órden de no abrir el fuego hasta á una distancia muy corta; los soldados dejaron sus mochilas, y á las cinco se empezó á marchar adelante.

Un batallon y dos piezas de artillería debian atacar al enemigo por la izquierda; la quinta division, que se habia replegado en el camino de Rivoltella, se hallaba en marcha para volver al campo de batalla, y entonces fué cuando sopló por la parte del lago un huracan terrible, seguido de una lluvia copiosa.

Las columnas, arrostrando todos los obstáculos, marcharon con resolucion hácia el enemigo, el cual, libre de todo ataque por la derecha, habia concentrado su artillería en la cima de las alturas, entre las *Cascinas* Contracania y Colombara, desde donde barria con un nutrido fuego las cercanías de la posicion. La brigada Pignerol se lanzó contra la *Cascina* Contracania, y obligada á conquistar el terreno palmo á palmo, experimentó muy sensibles pérdidas. Entre sus oficiales superiores fueron muertos los dos coroneles y herido un mayor.

La brigada Aosta marchó contra las *Cascinas* Canova, Arnia y Monata, y se apoderó de ellas sucesivamente; atacó luego la Contracania y la iglesia de San Martino, y trató de mantenerse en aquellas varias posiciones combatiendo con encarnizamiento. Su general, dos coroneles y dos mayores habian sido heridos, y un mayor muerto, hasta que para sostener á la infantería con un imponente fuego de artillería, el jefe de estado mayor mandó colocar 18 piezas cerca de la Casa Monata para batir la *Cascina* Contracania.

Todos los esfuerzos se dirigieron á aquel punto; atacado de frente por el 3.º y el 6.º de infantería que avanzaban de Casa Monata, por la brigada Pignerol por la derecha, y sucesivamente por los 7.º, 12.º, 17.º y 18.º y por los batallones de bersaglieri, el enemigo empezó á ceder, y para asegurar un triunfo tan caramente comprado, dióse órden á toda la artillería disponible de marchar á galope á la colina.

Poco despues, 24 piezas coronaban las alturas y abrian su fuego; el enemigo que se hallaba á corta distancia amenazaba arrojarse sobre nuestros cañones, pero un escuadron de caballería con dos brillantes cargas, introdujo el desórden en sus filas, diezmadas ya por la batalla, y perseguido por la infantería, dejó en nuestro poder las formidables posiciones, defendidas con tanta obstinacion durante un dia entero.

Mientras que se empeñaba el combate en el extremo izquierdo desde las primeras horas de la mañana, en la parte opuesta, en las colinas de Solferino, el 1.er cuerpo del ejército francés sostenia con el enemigo una vivísima lucha.

Un destacamento compuesto de tropas de la primera division (Durando), (3.er batallon de bersaglieri, un batallon de granaderos y una seccion de artillería de la décima batería), bajo el mando del jefe de estado mayor coronel Casanova, salido de Lonato al despuntar el alba, llegó á las cinco y media á la altura de la posicion Madonna della Scoperta, que encontró ocupada por el enemigo.

Este fué atacado por aquellas tropas, seguidas de cerca por la brigada de granaderos, y despues de sostener hasta medio dia los esfuerzos de un enemigo superior en número, viéronse obligadas á replegarse hasta el camino de Cascina Rondotto. Reforzadas allí con cuatro batallones de la brigada de Saboya, mandados por el coronel Rolland, tomaron otra vez la ofensiva y cargaron al enemigo á la bayoneta. Dos batallones de granaderos, enviados aquella misma mañana por Castelloro y Cadignolo, entraban á su vez en línea, mientras que la batería 11.ª se ponia en posicion y abria su fuego. Estos combinados esfuerzos hicieron que el enemigo abandonase las posiciones conquistadas aquella mañana.

El rey había confiado al general La Mármora el mando de las divisiones primera y segunda, y una vez rechazado el enemigo en Madonna della Scoperta, el general, segun las órdenes de S. M., dirigió parte de sus tropas contra San Martino, donde las divisiones tercera y quinta continuaban combatiendo. La primera division (Durando) pasó por San-Rocca, Cascina, Taverna y Monte-Fami; y encontró en el camino á una columna austriaca compuesta del regimiento Prohaska y de otras tropas que habian combatido en San Martino, y que intentaban seguramente envolver las fuerzas que atacaban aquella posicion. Rechazada aquella columna, se retiró á toda prisa, pero de ello resultó un retardo en el movimiento de la primera division; la hora era ya muy avanzada, y las tropas habian combatido todo el dia contra tres brigadas enemigas. Las pérdidas de aquella division fueron: 6 oficiales muertos y 25 heridos; 97 soldados muertos y 580 heridos.

La brigada del Piamonte de la segunda division (Fanti) había cooperado igualmente al ataque de las posiciones de Madonna della Scoperta, y rechazado el enemigo, fué dirigida por el general La Mármora contra Pozzolengo. Llegada á la altura de Cascina Rondotto, encontró á un cuerpo enemigo sólidamente establecido en las *Cascinas* Torricelli, San Giovanni y Proda, y en las alturas de Sermo.

El enemigo, atacado en aquellas posiciones por el 5.º batallon de bersaglieri (mayor Augelini), por el regimiento del Piamonte y por una seccion de la cuarta batería al mando del general Camerana, cedió el terreno y fué perseguido hasta mas allá del pueblo de Pozzolengo.

La misma brigada ocupó San Giovanni, y colocada allí una batería de 4 obuses, abrió un fuego muy vivo que enfilaba por el flanco las fortificaciones de San Martino, contribuyendo no poco á que el enemigo abandonara aquella posicion, disputada con encarnizamiento durante todo el dia.

Además de las graves pérdidas sufridas por la brigada Aosta, apostada en la izquierda, la segunda division tuvo en aquella jornada 1 oficial muerto y 5 heridos, 16 soldados muertos y 56 heridos. Las cuatro divisiones que componian aquel dia el ejército sardo entraron todas en fuego, y sus pérdidas totales se elevaron á 49 oficiales muertos, 167 heridos, 642 subalternos y soldados muertos, 3,405 heridos, y 1,258 desaparecidos, faltando en todo á la lista 5,525 hombres. Muchos cuerpos vieron fuera de combate la cuarta parte de su efectivo, y un batallon de bersaglieri tuvo 7 oficiales muertos ó heridos de los 13 con que contaba. Tres coroneles de la misma division sucumbieron gloriosamente.

Al terminar la jornada, el enemigo habia sido desalojado de todas sus posiciones, ocupando nuestras tropas la de Pozzolengo; 5 cañones habian quedado en nuestro poder como trofeo de tan sangrienta batalla, en la que nuestras tropas lucharon contra fuerzas tan superiores. Las del enemigo pueden calcularse aproximadamente en 12 brigadas, pues tenemos prisioneros pertenecientes á estos diferentes cuerpos.

El ejército austriaco habia desplegado todas sus fuerzas que ascendian á cerca de 200,000 hombres: tomando otra vez la ofensiva, habia repasado el Mincio y ocupado las posiciones de Pozzolengo y Solferino, prolongando su izquierda por la llanura de Guidizzolo; pero por la noche habia debido abandonar todos los puntos de aquel vasto campo de batalla, colocando entre él y las victoriosas tropas aliadas la barrera del Mincio y de sus fortalezas.

El jefe de estado mayor,

L. G. DELLA ROCCA.

LXXXI.

Relacion oficial de la batalla de Solferino insertada en la *Gaceta de Viena*.

El ejército imperial habia ocupado el dia 21 de junio las posiciones que le habian sido asignadas en la orilla izquierda del Mincio: el 8.° cuerpo formaba el extremo del ala derecha entre Peschiera y Casa Nuova; el 5.° se extendia desde Brentina á Solionzo; el 1.° y 7.° se hallaban de reserva en Quaderni y en San Zenore di Mozzo; la caballería y la artillería de reserva se encontraban en Rosegaferro cerca de Villafranca, donde el emperador habia trasladado el cuartel general desde el 20 de junio.

En el primer ejército el 3.er cuerpo se hallaba cerca de Pozzolo; el 9.° en Goito y en sus alrededores; el 11.° en Roverbella, y la division de caballería del teniente feld-mariscal conde Zedwitz en Mozzecane.

El ejército austriaco se encontraba pues reunido con los refuerzos disponibles que habia recibido, y podia por lo tanto tomar contra el enemigo, que era empero superior en número, una vigorosa ofensiva con algunas probabilidades de buen éxito.

Además, las últimas noticias recibidas acerca de los movimientos y de las intenciones probables del enemigo, nos hicieron creer que debiamos precipitar el ataque cuanto nos fuese posible, y en su consecuencia fijóse el dia 23 para efectuar el paso del Mincio.

El enemigo se habia limitado por entonces á ocupar sólidamente la linea del Chiesa, sin seguir al ejército imperial en su retirada mas allá del Mincio. Una patrulla, compuesta de un escuadron de húsares del emperador, de un escuadron de ublanos de Suecia y de dos piezas de artillería á caballo, al mando del mayor Appell, del nombrado regimiento de uhlanos, habia recibido el encargo de reconocer el pais lleno de colinas que se encuentra entre ambos rios, y en parte alguna encontró columnas importantes, y solo algunos destacamentos aislados.

En Chiodino y en Castel Venzago trabó escaramuzas que terminaron con la retirada del enemigo, en las cuales perdimos 2 oficiales, 5 soldados y 9 caballos.

El primer ejército habia enviado tambien exploradores hasta el Chieva sin que en parte alguna encontrasen al enemigo.

El 23 por la mañana el ejército austriaco dió principio á su movimiento ofensivo. El extremo del ala derecha era formada por la brigada Reichiin del 6.° cuerpo de ejército, la que, procedente de Roveredo, se dirigió á través del campamento atrincherado de Peschiera hácia Ponti, para incorporarse con el 8.° cuerpo de ejército, el cual pasó el Mincio cerca de Solionzo, y llegó á Pozzolengo sin haber experimentado por parte del enemigo la menor resistencia.

El 5.° cuerpo de ejército pasó el rio en Vallegio y se dirigió hácia Solferino; el 1.er cuerpo siguió al 5.°, y marchó hácia Cavriana.

El 7.° cuerpo de ejército y la division de caballería de reserva del teniente-feld mariscal conde Mensdorff pasaron el Mincio cerca de Ferri, entre Masimbona y Possolo, y se dirigieron el primero á Forento, y la segunda mas allá de aquel punto á Tezze, cerca de Cavriana.

Todas las tropas del segundo ejército, colocadas á las órdenes del general de caballería conde Schlick, habian llegado al medio dia á los puntos que se les designaran sin encontrar al enemigo, y por la tarde las avanzadas fueron adelantadas desde Casa Zapaglia hasta Grolle, pasando por Contrada-Mescolara y Madonna della Scoperta.

El primér ejército, al mando del feld-zeugmestre conde Wimpffen, formaba el ala izquierda de la vanguardia, y pasó igualmente el Mincio en Ferri con el 3.er cuerpo; los cuerpos 9.° y 11.°, lo mismo que la division de caballería del teniente feld-mariscal conde Zedwitz, efectuaron su paso por Goito, y esta última, apoyada por el 9.° cuerpo, se adelantó hasta Medola; el 3.° y el 9.° cuerpos de ejército acamparon en Guidizzolo, y el 11.°, en clase de reserva, en Castel-Grimalde.

La division del teniente feld-mariscal conde Gellachich, del 2.° cuerpo, recibió órden de dirigirse desde Mántua á Manaria para tomar parte en las operaciones del ejército principal, y poder operar contra el flanco del enemigo mas allá de Goffredo.

El jefe de cuerpo teniente feld-mariscal príncipe Eduardo Liechtenstein tomó en persona el mando de aquella division. El 6.º cuerpo tenia por encargo apoyar, segun las circunstancias, la marcha del ejército por medio de destacamentos enviados del sur del Tirol.

Mientras el grueso del ejército austriaco habia tomado posicion en la tarde del 23 desde Pozzolengo á Guidizzolo para obrar luego concentricamente en la direccion del Chiesa, y atacar luego al enemigo en sus posiciones principales de Carpenedolo y Montechiaro, el enemigo, ya fuesse que hubiera sido informado de nuestros proyectos, ya que ejecutase un plan concebido de antemano, realizó tambien un movimiento hácia adelante, y llegó el 23 con todo el ejército piamontés y algunos destacamentos franceses, compuestos de 60 ó 70,000 hombres, á los puntos de Essenta, Desenzano y Rivoltella, y á las posiciones avanzadas de Castel-Venzago y San Martino, en tanto que el grueso del ejército francés ocupaba sólidamente Castiglione delle Stiviere, Carpenedolo y Montechiaro, y enviaba destacamentos en la direccion de Solferino y Medola.

Ambos ejércitos se encontraron; el 24 muy de mañana el enemigo con fuerzas considerables emprendió un ataque general contra la línea de marcha del ejército austriaco.

En el ala derecha, las tropas del 8.º cuerpo, al mando del teniente feld-mariscal Benedek, lograron, no solo contener y rechazar el violento choque del ejército piamontés, sino llegar hasta San Martino, apoderarse de aquella favorable posicion, y mantener en ella la lucha.

Los piamonteses fueron rechazados con pérdidas considerables hasta Rivoltella y Desenzano.

En el centro de las posiciones austriacas, cuya clave formaban las alturas que dominan Solferino, la brigada Bils, vanguardia del 5.º cuerpo, fué tambien atacada desde muy temprano en su posicion avanzada, y se halló empeñada en una lucha furiosa, y en breve el ataque enemigo se extendió con fuerzas muy superiores por toda la línea del 5.º cuerpo de ejército.

En primera fila las brigadas Bils y Puchner (infantería Kinski y Culoz, un batallon de ogulinos, y el 4.º batallon de cazadores del Emperador) manifestaron un valor y una firmeza admirables, y hasta las once de la mañana rechazaron á la bayoneta los ataques de un enemigo tres veces mas numeroso, que adelantaba sin cesar nuevas tropas, ponia nuevos cañones en batería, é inundaba Solferino de granadas á una distancia de 3,000 pasos.

Sin embargo, cuando con una fuerte division penetró el enemigo en el valle que se extiende al norte de Solferino y en el de Guadri, amenazando así envolver la posicion de las brigadas dichas, fué imposible, á pesar de la resistencia opuesta por las brigadas Koller y Gaal, del 5.º cuerpo, que en aquel entonces habian llegado, restablecer en buenas disposiciones el combate que tomó desde el mediodia un aspecto nada favorable.

No siendo apoyadas con suficiente energía por el 1.er cuerpo de ejército, las tropas del 5.º cuerpo que, despues de ser rechazadas varias veces, se habian lanzado de nuevo con todas las reservas, reconquistando sus primitivas posiciones, viéronse por fin obligadas á abandonar las primeras alturas que dominan el campo de batalla, y á retirarse á las cumbres del Monte-Mezzana; y luego que fuertes columnas enemigas se adelantaron por el camino que desde Castiglione conduce por Grole á Solferino, debieron evacuar aquel punto y limitarse á ocupar el castillo, el cementerio y la Rocca, hasta que por fin tuvieron que ceder igualmente sus últimas posiciones despues de una heróica resistencia.

Solo mediante una lucha encarnizada y á costa de enormes sacrificios, pudo el enemigo arrancar aquellas posiciones al valeroso regimiento de Reischach, el cual, con admirable abnegacion, protegió y cubrió la marcha de las tropas de su propio cuerpo y de las del 1.º, no sin experimentar considerables pérdidas. Las tropas del 5.º cuerpo se retiraron á Mescolaro y Pozzolengo; las del 1.º se replegaron hácia Cavriana, y desde allí á Volta y á Valeggio.

El 7.º cuerpo, que durante este tiempo habia avanzado desde Foresto, parte hácia Solferino, pasando por San Cassiano en la llanura, y parte hácia Cavriana, pasando por las alturas situadas al sur de aquel pueblo, no llegó á tiempo por desgracia para impedir la pérdida de Solferino, y dar en aquel punto un giro favorable á la lucha. Sin embargo, ocupando Cavriana y las inmediatas colinas, protegió la retirada del centro, hasta que el enemigo, que avanzaba por las alturas de Solferino que dominan aquella posicion, la hizo insostenible con su mortífero fuego.

La division de caballería Mensdorff, compuesta de tres brigadas, se habia adelantado por la llanura mas allá del Valle del Fermine, á fin de apoderarse del terreno abierto y fa-

vorable á los movimientos de la caballería que se extiende entre Casa-Mariana y San Cassiano; atacó las baterías enemigas establecidas en el camino y á los destacamentos de caballería; pero experimentó un violento fuego cruzado de cuatro ó cinco baterías y debió retirarse.

Mientras que el 7.º cuerpo marchaba contra el enemigo, la expresada division de caballería apoyó con su artillería los movimientos del mismo; pero no pudo resistir al fuego del enemigo, el cual disponia de mucho mayor número de cañones.

En el ala izquierda, los destacamentos del primer ejército, enviados delante de Medola el 23 por la noche, - 2 batallones del regimiento de infantería archiduque Francisco Cárlos,— fueron vigorosamente atacados al despuntar el dia, y rechazados hácia Guidizzolo, despues de una lucha encarnizada

Al perseguirles el enemigo se apoderó del pueblo de Rebecco, situado entre Guidizzolo y Medola, y se estableció en él con fuerzas imponentes.

En esto llegaron de Guidizzolo el 3.º y 9.º cuerpos, y el 1.º adelantó por el camino real hasta Quagliara, sin poder pasar adelante, pues el 9.º cuerpo, á pesar de sus esfuerzos, no logró desalojar de Rebecco al enemigo.

Durante muchas horas se peleó por la posesion de aquel punto, á donde el enemigo enviaba desde Medola incesantes refuerzos, mientras que por nuestra parte destacamos de una vez del 11.º cuerpo, llegado entonces de Castel-Grunaldo, la division Blomberg (brigadas Dobzzenski y Host) para apoyar al 9.º cuerpo, y la brigada Baltin para cubrir al 3.º. El pueblo de Rebecco fué varias veces tomado y perdido; la lucha cesó varias veces, y siempre tomó la ofensiva el ejército austriaco.

Sin embargo, aunque apoyados por un enérgico ataque contra Medola, las tropas del 9.º y 11.º cuerpos no lograron obtener ventaja alguna duradera, á pesar de sus vigorosos esfuerzos y considerables pérdidas; el 3.er cuerpo se encontró por lo tanto detenido en su marcha, mas resistió con admirable firmeza á los violentos ataques del enemigo, que recibia sin cesar nuevos refuerzos.

La division de caballería Zedwitz, cuya cooperacion era indispensable y esperada con ansia para apoyar al ala izquierda, no se presentó, pues á consecuencia del combate trabado aquella mañana en Medola, habia debido retirarse hasta Ceresara y Goito.

El movimiento de flanco que dos brigadas del 2.º cuerpo habian recibido órden de ejecutar, y que podia producir un efecto decisivo en el flanco y en la retaguardia del enemigo, tampoco fué ejecutado, pues la noticia de la proximidad de un importante cuerpo enemigo, procedente de Piadena y Cremona (donde se hallaba en efecto la division Autemarre), retuvo á aquellas fuerzas en Marcaria luego que hubieron pasado el Oglio.

Por órden del emperador, el ala izquierda intentó tomar de nuevo la ofensiva á las tres de la tarde.

Luego que la brigada Greschke del 11.º cuerpo, hubo adelantado hasta Guidizzolo para reunir los destacamentos dispersos de su propio cuerpo y del 9.º, avanzaron las dos últimas baterías de reserva bajo la proteccion de dos batallones y de dos divisiones de caballería, á fin de cañonear á la artillería enemiga, mientras que confiando todavía en el apoyo de la caballería de reserva, las tropas se lanzaban de nuevo á un ataque general. Sin embargo, todo fué en vano; hostigadas vigorosamente y sin cesar en su flanco izquierdo, las tropas no pudieron obtener un buen resultado.

Al mismo tiempo Cavriana caia en poder del enemigo, despues de una obstinada resistencia; dos brigadas del 7.º cuerpo, entusiasmadas con la presencia de S. M. el emperador, habian defendido largo tiempo y con incierto resultado aquel pueblo y las alturas inmediatas; el ala izquierda de aquel cuerpo, apoyada por la division de caballería Mensdorff, que volvió á la carga por tercera vez, hizo una última é inútil tentativa para rechazar al enemigo, que se adelantaba con fuerzas superiores desde San Cassiano á Cavriana.

Una vez hubo cedido el centro en Solferino y en Cavriana, el ala izquierda no podia ya forzar la posicion del enemigo, y á las cuatro de la tarde se decidió la retirada general.

La del ala izquierda fué cubierta con mucha prudencia por los dos últimos batallones intactos del regimiento infantería archiduque José, y por el valiente batallon de cazadores número 10, bajo la direccion del teniente feld-mariscal Weigt, jefe del cuerpo de ejército; Guidizzolo no fué evacuado hasta las diez de la noche, despues que las tropas todas hubieron salido de la plaza, llevándose los heridos y puesto en seguridad las baterías.

En el centro fué cubierta la retirada por las tropas del 7.º cuerpo, las cuales dieron pruebas de firmeza y valor; la retirada se verificó en buen órden, y combatiendo por el Bosco-Scuro á espaldas de Cavriana.

Una violenta tempestad interrumpió el combate por espacio de media hora, y el enemigo cesó de avanzar por el Bosco-Scuro. Las brigadas Brandenstein y Wussin (los valientes regimientos de infantería archiduque Leopoldo y Emperador, el 19.° batallon de cazadores y el 1.° de Liceaus) se retiraron á Volta en buen órden, al mando del teniente feld-mariscal príncipe de Hesse. A las ocho llegaron á aquel punto, que ocuparon sólidamente á fin de proteger la retirada del parque del ejército á través del difícil desfiladero de Borghetto y Valeggio.

La brigada Gablenz, de la misma division, ocupó hasta las diez de la noche las alturas inmediatas á Cavriana con dos batallones de infantería Greccher y tres batallones de cazadores del Emperador, y despues de incorporar á sus filas los destacamentos aislados que se retiraban, se replegó ya entrada la noche á Volta, pasando el Mincio al despuntar el dia por el puente de Ferri.

En el ala derecha el 8.° cuerpo se habia conservado en las mas favorables condiciones de lucha; luego que el 5.° cuerpo hubo dado principio á su retirada hácia Pozzolengo, el teniente feld-mariscal Benedek se retiró tambien hácia Salionzo, despues de rechazar dos ataques de un enemigo superior en número y de hacerle 400 prisioneros.

Pozzolengo fué ocupado hasta las diez de la noche por las tropas del 8.° cuerpo, lo que hizo posible la retirada de los 1.° y 5.° cuerpos.

En esos combates, lo mismo que en todos, las tropas imperiales lucharon con admirable valor.

Las tropas del 5.° y del 7.° cuerpos, mandadas con mucha inteligencia y celo, se portaron de un modo admirable, manifestando un arrojo superior á todo elogio.

En el 1.er cuerpo, el regimiento italiano Wernhordt, infantería que peleó con indecible valor, ha merecido la honra de ser citado particularmente en el parte detallado del jefe del ejército.

En la caballería merece gloriosa mencion el regimiento de húsares del rey de Prusia, el cual, bajo el violento fuego de las baterías enemigas, ha dado una carga contra el regimiento francés de cazadores de Africa, causándole considerables pérdidas y haciéndole numerosos prisioneros.

Nuestras pérdidas, sobre todo en oficiales, son muy considerables, y en algunos cuerpos ascienden á la cuarta parte del efectivo total. El enemigo ha experimentado tambien pérdides enormes, sobre todo en el ataque de Cavriana y Solferino.

En punto alguno se ha atrevido á hostilizar en lo mas mínimo la retirada de nuestras tropas.

En el centro no adelantó sino hasta Cavriana; en ambas alas no pudo ganar ni un palmo de terreno.

Por nuestra parte entraron en accion los cuerpos de ejército 1.°, 3.°, 5.°, 7.°, 8.°, 9.° y 11.° y una brigada del 6.°; por la del enemigo, segun los prisioneros, entraron en batalla cinco regimientos de caballería, los cuerpos de Niel y de Mac-Mahon en el ala derecha frente al ala izquierda austriaca; en el centro los cuerpos de ejército de Canrobert y de Baraguay d'Hilliers, y por fin la guardia y el ejército piamontés en el ala izquierda, de modo que han peleado todas las fuerzas enemigas.

El ejército austriaco no se ha desorganizado y se halla pronto para el combate en las posiciones que le han sido designadas por el emperador. Si las fuerzas superiores del enemigo y un cúmulo de circunstancias contrarias le han arrebatado tambien esta vez la palma de la victoria, siéntese empero animado no solo por haber dado al arrogante agresor reiteradas pruebas de su firmeza y arrojo, sino tambien por haberle causado numerosas pérdidas, haber debilitado sus fuerzas y contribuido con ello al buen resultado final.

LXXXII.

Armisticio firmado en Villafranca entre el emperador de Austria por una parte, y por otra el emperador de los franceses y el rey de Cerdeña.

Artículo 1.° Habrá suspension de armas entre los ejércitos aliados de S. M. el rey de Cerdeña y de S. M. el emperador de los franceses por un lado, y los ejércitos de S. M. el emperador de Austria por otro.

Art 2.° Esta suspension de armas durará desde este dia hasta el 15 de agosto sin denunciacion. Por consiguiente, las hostilidades, si tienen efecto, empezarán sin aviso previo el 16 al medio dia.

Art. 3.° Luego que se hayan acordado y firmado las estipulaciones de esta suspension de armas, cesarán las hostilidades en toda la extension del teatro de la guerra, así en tierra como en mar.

Art. 4.° Los respectivos ejércitos guardarán estrictamente las siguientes líneas de demar-

cacion, que quedarán señaladas por todo el período de la suspension de armas. El espacio que separa las dos líneas de demarcacion, se declara neutral, de suerte que será prohibido entrar en él á los soldados de ambos ejércitos. Cuando la línea divisoria pase por un pueblo, todo él quedará á la disposicion de las tropas que lo ocupen.

Las fronteras del Tirol, el Stelvio y el Tonale en toda su direccion, forman un límite comun á los ejércitos beligerantes.

La línea de demarcacion franco-sarda arranca de la frontera del Tirol, pasa por Bagelino, Lavenone é Idro, atraviesa la cordillera que media entre los valles Degagna y Toscolano, y termina en Maderno, en la ribera occidental del lago de Garda.

Las tropas piamontesas estacionadas en las localidades de Rocca d'Anfo, conservarán las posiciones que al presente ocupan.

Entre la orilla oriental del lago de Garda y el Adiger habrá una línea de demarcacion trazada al sur de Lazise, desde Vallona por Saline hasta Pastrengo; esta línea marcará el límite de las posiciones franco-sardas.

Desde Pastrengo la línea de demarcacion fanco-sarda seguirá el camino que conduce á Somma-Campagna, y de allí pasará por Pozzo-Moreto, Prabiano, Quaderni y Massimbona á Goito.

La línea de demarcacion austriaca se extenderá desde la frontera del Tirol, cerca de Ponte del Caffaro, hasta Rocca d'Anfo, donde las tropas conservarán las posiciones que ocupan al presente, y comprenderán el camino que comunica entre estos dos puntos; destacándose en seguida de la punta N. E. del lago de Iltro, la línea de demarcacion austriaca seguirá la frontera del Tirol y el torrente llamado Toscolano, hasta la localidad del mismo nombre, situada á orillas del lago de Garda.

El camino que va de Lazise á Ponton servirá de límite á las tropas austriacas entre la ribera oriental del lago de Garda y el Adiger.

Los buques de la escuadrilla austriaca del lago de Garda comunicarán libremente entre Riva y Peschiera; sin embargo, en la parte meridional del lago, mas abajo de Maderno y de Lazise, no podrán abordar sino en Peschiera, y en esta parte de la línea evitarán el apartarse de la línea oriental.

Arrancado del Adiger, de Buzzolengo, la línea de demarcacion austriaca se dirigirá sobre Mántua por Dossoduono, Izolalta, Nogarode, Bagnole, Canedole y Drasso.

Villafranca y todo el terreno comprendido entre las dos líneas de demarcacion, se declaran neutrales.

Desde Goito la línea de demarcacion franco-sarda pasa por la ribera derecha del Mincio, por Rivalta, Caste-Lucchio, Gadbianna, Sezone y tocará el Pó en Scorzarolo. La línea de demarcacion austriaca se dirigirá á Mántua por Curtatone y Montanara, y luego por toda la extension de Valli hasta Borgoforte.

Mas abajo de Borgoforte, el Pó forma una línea de demarcacion natural entre los ejércitos beligerantes hasta Ficarolo, y desde aquí hasta su embocadura en Porto di Goro.

Mas allá del Pó la línea de demarcacion queda trazada naturalmente por las costas austriacas del Adriático, comprendidas las islas que dependen de ellas y hasta la última punta meridional de la Dalmacia.

Art. 5.° Los caminos de hierro de Verona á Peschiera y Mántua podrán, durante la suspension de armas, utilizarse para abastecer las plazas fuertes de Peschiera y Mántua, con la condicion expresa de que el abastecimiento de Peschiera quede terminado en el espacio de dos dias.

Art. 6.° Las obras de ataque y defensa de Peschiera continuarán, durante la suspension de armas, en el estado en que se encuentran actualmente.

Art. 7.° Los buques mercantes, sin distincion de banderas, podrán circular libremente por el Adriático.

Hecho y acordado, salva la ratificacion, entre nosotros los abajo firmados, provistos de plenos poderes de nuestros respectivos soberanos, el teniente general Della Rocca, primer ayudante de campo de S. M. el rey de Cerdeña, y jefe de estado mayor del ejército sardo; el mariscal Vaillant, mayor general del ejército francés; el general de division Martimprey, primer ayudante general del mismo ejército; y el general de artillería baron de Hess, jefe de estado mayor del ejército austriaco, y el conde Meusdorff-Pouilly, general de division del ejército austriaco.

Villafranca, 8 de julio de 1859.

Mariscal Vaillant.

Teniente general Della Rocca.

General de Martimprey.

General Hess.

General Meusdorff.

LXXXIII.

Circular dirigida por el ministro del interior sardo á los gobernadores é intendentes generales de las provincias del reino.

La índole de los acontecimientos, por cuyo medio se ha verificado la anexion de la Lom-

bardia al reino subalpino, ha dado motivo á los hombres ilustres que componian el consejo de la Corona á hacer dimision de sus cargos; pero este cambio no ocasiona ninguna modificacion importante en la direccion politica que con tanta prudencia como firmeza han sostenido hasta ahora en el gobierno del Estado.

Los sentimientos que enlazan al rey y al país con el glorioso emperador y con la gran nacion cuyos destinos rige, la necesidad de asegurar y ejecutar lealmente en interés de la patria comun las condiciones de la paz, y la oportunidad de hacer partícipes en el acto á las provincias agregadas de las franquicias de que están en posesion las antiguas provincias, léjos de desviarnos, deben convencernos mas y mas de lo conveniente que nos es continuar fielmente la direccion que hace mas de dos lustros nos asegura, armonizando el órden con la libertad, todos los beneficios de nuestro gobierno político.

Así pues, el nuevo consejo de ministros continuará desenvolviendo con la mayor amplitud posible los grandes principios que el magnánimo autor del Estatuto sentó por base de nuestro derecho público para el progreso de sus pueblos y la salvaguardia de los destinos de Italia, y buscará, en las reformas llevadas á cabo y en las libertades practicadas á ejemplo nuestro, el medio de realizar sin trastornos la independencia que el deseo de Europa y consideraciones de justicia y civilizacion reclaman igualmente.

La obra que el nuevo ministerio está llamado á llevar á cima en breve plazo, es tan ardua como importantes son sus efectos para todo el país, de modo que necesita la cooperacion franca y el auxilio inteligente de todos los funcionarios públicos en los diversos puntos del reino. El infrascrito se dirige á los que dependen de su ministerio, invitándoles con confianza á que se penetren á fondo de la idea del gobierno y le ayuden con solícito esmero en el desempeño del cargo que les ha impuesto la confianza de la corona.

Con este objeto, se apresurarán á tranquilizar los ánimos prematuramente desalentados, á despertar las esperanzas frustradas, á consolidar la fé en el derecho y la libertad, á hacer que desaparezcan todas las ocasiones de disentimiento, á asegurar en todas partes las condiciones del órden, y á reunir en fin al rededor del trono constitucional del rey todos los intereses y todas las aspiraciones é influencias legítimas de la nacion.

El gobierno del rey quiere ser el de todo el país y no el de un partido, y aunque es propio de las organizaciones liberales que la nacion esté fraccionada en partidos, es igualmente una condicion general de dichas organizaciones que las autoridades, de las que dimana directamente la garantía de los derechos é intereses de los ciudadanos, permanezcan extrañas á todo espíritu de partido.

La autoridad moral de los funcionarios públicos se acrecentará á proporcion del celo que desplieguen en el cumplimiento de su deber con este objeto.

Los representantes del poder central en las diversas provincias cuidarán igualmente de no olvidar que, segun el espíritu de nuestras instituciones, son al mismo tiempo, y bajo todos conceptos, los representantes de las provincias hasta ante el mismo poder, y que su mision consiste en proteger, secundar y consolidar legalmente la accion local, tanto pública como privada, y no rehusarla, ahogarla ó emplearla en beneficio exclusivo de la accion del gobierno.

Abrigando el gobierno el designio de proponer reformas dirigidas á ampliar las libertades municipales y provinciales, para asegurar mejor la cooperacion de la nacion con todos los poderes del Estado, los funcionarios públicos se esmerarán en secundar este movimiento, preparando los pueblos para recibir este aumento de garantías políticas.

En las provincias donde el régimen representativo no está aun en vigor, se esforzarán en anticipar el momento en que deban disfrutarlo, tratando de averiguar el deseo de los pueblos para conformarse á él en cuanto la razon pública lo permita, y consultarán con este objeto á las personas que por su instruccion, su moralidad y otras cualidades sean consideradas como representantes naturales del país. Con este mismo objeto cuidarán de alejar de los cargos públicos á las personas que no merezcan la consideracion pública.

El gobierno del mas leal de los monarcas no solo debe ser, sino que tambien debe parecer á los ojos de todos, el mas seguro, honrado y moral de los gobiernos, y la nacion tiene derecho á parecer digna de sus libertades. Todos los funcionarios públicos aprovecharán con esmero cuantas ocasiones se les presenten de rendir homenaje á la moralidad civil.

Finalmente, deberá llamar toda vuestra atencion la seguridad pública. Sucede con frecuencia despues de las grandes guerras ó las fuertes emociones políticas que el órdese halla bajo este concepto mas ó menos gra-

vemente comprometido, y debeis hacer de modo, con el apoyo de la autoridad municipal y de la guardia nacional, que habrá de organizarse en cada municipalidad, que todas las personas de cualquiera clase, riqueza y condicion se crean seguras bajo la proteccion pública. Los pueblos juzgan y reconocen con razon por esta circunstancia esencial la bondad y la fuerza de los gobiernos.

El infrascrito confia en que todos los funcionarios de su ministerio, tanto en las antiguas como en las nuevas provincias, le prestarán el apoyo y la cooperacion necesaria para la realizacion de la obra que se le ha confiado.

Turin, 29 de julio de 1859.

RATAZZI.

LXXXIV.

Ley proclamando en las provincias lombardas la igualdad de derechos civiles, políticos y religiosos.

El gobernador general de la Lombardía.

Considerando que la diferencia que en virtud de la legislacion del antiguo gobierno existe entre los habitantes de Lombardía por razon del culto religioso que profesan, es contraria á la perfecta igualdad de derecho observada en los demás paises de los Estados reales é incompatible con los principios de la civilizacion moderna, ha determinado y decreta:

Art. 1.° En las provincias lombardas, todos los ciudadanos son iguales ante la ley, sea cual fuere el culto religioso que profesen al igual de lo que se observa en las antiguas provincias del reino, y gozan de los mismos derechos civiles y políticos.

Art. 2.° Queda derogada toda disposicion contraria del código civil y de procedimientos y cualquiera otra ley así civil como política.

Art. 3.° Las disposiciones que determinan el ejercicio de los cultos católico é israelita continúan en todo su vigor.

Dado en Milan, á 4 de julio de 1859.

VIGLIANI.

LXXXV.

Nota del ministro prusiano explicando las intenciones de gobierno segun lo expresado al general Willisen.

A S. E. el embajador de Prusia en Viena.

Berlin, 14 de junio de 1859.

En vuestras comunicaciones del 29 y 31 del pasado mes, V. E. nos ha dado las primeras noticias, esperadas con grande interés acerca de la acogida dispensada por el gabinete de Viena á las últimas proposiciones presentadas en nuestro nombre al teniente general Willisen.

Deseoso de que reinara la mayor claridad posible en asunto de tanta importancia, procuré en mi carta al general Willisen indicar de un modo preciso nuestro modo de ver, así respecto á lo que proyectábamos hacer en determinadas circunstancias, como respecto á las hipótesis que deberian necesariamente arrastrar á nuestra nacion.

Por la comunicacion de V. E. veo que el general Willisen ha leido mi carta palabra por palabra al conde de Rechbert, que le ha comunicado tambien el parte telegráfico de 27 del pasado mes, y que por lo tanto el ministro se halla del todo informado de nuestra opinion.

Nos ha satisfecho el que nuestros actos hayan sido justamente apreciados por el gabinete imperial, y que el conde de Rechberg haya declarado estar de acuerdo con la actitud tomada por nosotros.

Creemos tambien muy razonable que la corte imperial, deseosa de evitar cualquier mala inteligencia, cifre una importancia particular en ver expresadas bajo una forma conveniente las intenciones formuladas en varias conversaciones.

Por esto paso á explicar las ideas que hemos emitido en las conversaciones que han tenido lugar en Viena.

Queremos que la guerra que ha estallado en Italia no conduzca á un trastorno general del órden de cosas existente en Europa; queremos por el contrario obtener la conservacion de las posesiones territoriales del Austria en Italia, tales como han sido fijadas por los tratados de 1815, y restablecer la paz sobre la misma base.

Nada podrá desviarnos de estas reclamaciones; mas si la posicion que tomase el Austria en la cuestion, impidiera el resultado de la mediacion armada que proyectamos ó el restablecimiento de la paz, nos reservariamos completamente la libertad de nuestra accion.

Si dentro de los límites que acabamos de indicar, no pudiese obtenerse la paz para el Austria; si el imperio se hallase gravemente amenazado á causa de la pérdida de sus posesiones italianas, y el sistema europeo en peligro, nuestra intencion, para evitar tales eventualidades, es intentar una mediacion

armada, y obrar para conseguir este objeto del modo que exigen nuestros deberes como potencia europea y como nacion alemana.

En nuestro interés está que nuestra intervencion no sea tardia; pero la eleccion del momento oportuno, así para la mediacion como para la accion ulterior de la Prusia, debe quedar reservada al libre arbitrio de la corte de Berlin.

Estas son nuestras formales intenciones, con tal, empero, de que el Austria y los demás gobiernos alemanes nos dejaran la iniciativa de cuantas medidas hayan de tomarse en la Confederacion, y que no se tratará de alianzas separadas.

Si he comprendido bien las noticias que me comunicais, estas intenciones é hipótesis han sido bastante afortunadas para obtener el asentimiento de la corte imperial.

A fin de atestiguar este acuerdo de miras entre ambos gabinetes, el conde de Rechberg desea verlas formuladas por escrito, y con este objeto ha propuesto un cambio de notas.

Sin embargo, á nuestro modo de ver, pueden oponerse graves objeciones contra semejante proposicion.

La intencion del conde de Rechberg es sin duda ver escrito lo que el ministro, en su carta del 29 del mes pasado al general Willisen, califica de un cambio de ideas, lo cual equivaldria á la trasformacion de nuestros pensamientos políticos mas secretos y confidenciales en promesas positivas, á las que solo faltaria la forma de un tratado, y que harian imposible para nosotros la política que hemos declarado querer adoptar.

El cambio de notas propuesto podria ser considerado, por la Francia y la Rusia, como un compromiso formal y una intervencion en la guerra; mas no es esto todo: haria irrealizable cualquier tentativa de mediacion, siendo así que podemos renunciar tanto menos á esta última, cuanto que nuestra actual posicion ante los grandes gabinetes nos hace creer que producirá en su actitud el efecto que se desea.

Hechas estas observaciones creemos poder abrigar la conviccion de que el gobierno imperial considerará muy justo que nos neguemos al cambio de notas que solicita.

Además, para aclarar los proyectos existentes, no es preciso en lo mas mínimo recurrir á semejante formalidad.

A este fin, V. E. queda autorizado para manifestar de viva voz al conde de Rechberg, en nombre del gobierno prusiano, las ideas contenidas en este despacho, que le leereis.

Seguros estamos de encontrar cerca de la corte imperial una confianza igual á la nuestra; al realizar la Prusia las miras que ha enunciado, trátase para ella, no del cumplimiento de un deber para con el Austria, sino de una generosa resolucion tomada espontáneamente por S. A. R. el príncipe regente. Esto debe hacer que se deposite en nosotros una plena y entera confianza.

De Schleinitz.

LXXXVI.

Contestacion del conde de Rechberg á la nota anterior.

Al baron de Koller, embajador de Austria en Berlin.

El embajador de Prusia, con el despacho que nos anuncia la movilizacion de una parte del ejército prusiano y al cual respondió mi precedente declaracion, me ha leido otro despacho ulterior del baron de Schleinitz, en el cual expone las consideraciones que han aconsejado esta medida al gabinete de Berlin.

He sentido que las instrucciones del baron de Werther no le permitieran dejarme copia, segun mi deseo, de esa exposicion circunstanciada. Segun las conversaciones que habia tenido anteriormente con él y con el general Willisen, habia creido que el gabinete de Berlin no seguiria mostrando con nosotros tanta reserva, y hasta el punto de no darnos ningun documento escrito relativo á sus intenciones. Para que á falta de un documento de esta clase nuestro augusto soberano el emperador pudiera al menos tener verbalmente un conocimiento exacto y completo de las miras de la Prusia, propuse al baron de Werther que me acompañase á Verona cerca de S. M.; pero habiendo escrito á su gobierno, no obtuvo la autorizacion necesaria.

A pesar de la importancia de las declaraciones del baron de Schleinitz, no pude por consiguiente dar cuenta al emperador mas que refiriéndome á las impresiones que me habia dejado una audiencia atenta, y si en mi respuesta no he seguido con completa exactitud todos los pormenores del despacho del gabinete de Berlin, debe atribuirse únicamente á esta circunstancia.

El gabinete de Berlin principia exponiendo que no ha podido decidirse al cambio de notas que le propusimos porque hubiera producido dicho cambio el mismo efecto que una garantía formal de nuestras posesiones de Italia; pero nos parece que la conservacion de tales

posesiones no puede considerarse como un negocio exclusivamente austriaco sin que reciba un trastorno incalculable, la solidez del sistema de Estados europeos. Es verdad que los firmantes del Congreso de Viena no tomaron garantía especial en cuanto á la conservacion del arreglo territorial fundado en Italia; pero esta garantía quedaba mas que sustituida con los principios generales sobre los cuales se basaba la alianza concluida entre las potencias conservadoras de Europa. La Francia no podia esperar, en la época que siguió al Congreso de Viena, ni aun hasta nuestros dias, que solo encontraria ante ella un adversario si trataba de derrocar una parte importante del órden europeo sancionado por lós tratados, ni podia pensar en romper con una guerra localizada las relaciones territoriales que habian establecido las potencias aliadas, no solamente como un trofeo de sus victorias, sino como el cimiento de su comun seguridad contra una potencia ambiciosa é invasora. La defensa solidaria de lo que solidariamente se habia conquistado, era una cosa tan natural y procedia de tal modo de su origen, que fué, como es sabido, considerada como condicion enteramente propia de la conveniencia particular del Austria declarar á la Lombardia parte constitutiva del territorio federal aleman, y por consiguiente, del sistema de defensa de la Alemania. Si esto no tuvo lugar, fué únicamente porque no se queria ampliar de un modo inútil las obligaciones de la Confederacion, ni apartarse de la idea de una union nacional alemana, en atencion á que existia sin esto la alianza entre las principales potencias de la Confederacion.

Los mismos artículos del acta final de Viena, en los cuales se ha buscado tantas veces un apoyo en estos últimos tiempos, pero hasta ahora sin resultado, hubieran obligado á la Confederacion germánica á seguir el acuerdo con el Austria de un modo mas preciso que en el caso actual, segun nuestro juicio, si los artículos se hubiesen redactado como la Prusia proponia en un principio.

¿Parecerá acaso menos peligroso en el dia que en épocas anteriores el trastorno del sistema defensivo de 1815, y particularmente el aislamiento de una de las dos potencias alemanas respecto de Francia? No lo creemos, y rechazamos la idea de que el gabinete prusiano pueda responder afirmativamente á esta pregunta.

Por otra parte, nos parecia que mediaba una diferencia fácil de apreciar entre el cambio de notas que proponíamos y una garantía duradera, y por medio de tratado, de nuestras posesiones italianas. Al hacer nuestra proposicion, abrigamos únicamente la intencion de tomar acta de una série de declaraciones que la Prusia habia hecho, en parte públicamente y en parte de un modo confidencial, por conducto de sus representantes, y que provocadas por los sucesos del momento, solo habrian podido tener efecto durante la complicacion actual. Las magnánimas palabras del príncipe regente nos habian inspirado la conviccion de que la Prusia estaria de acuerdo con nosotros en el terreno de los principios, y de que emplearia todas sus fuerzas para conservar el órden legal existente, la realidad de los tratados, el poder de Alemania, y el equilibrio europeo. Nuestros representantes en Berlin habian recibido las mismas promesas de seguridad que habian expresado en Viena los de Prusia. ¿No era por consiguiente muy natural que nosotros deseáramos manifestar el acuerdo que reinaba entre las miras de ambas potencias? Nos complacemos en esperar que el gabinete de Berlin aprobará completamente en el fondo este deseo, y temeríamos no hacer justicia á los sentimientos de la potencia alemana, nuestra confederada, si no considerásemos suficientemente sentado entre ella y nosotros, sin la menor sombra de duda, de que debe rechazarse la empresa de Francia dirigida á turbar el órden legal establecido por los tratados en Italia, bajo el pretexto de emancipar la nacionalidad italiana, y que deben conservarse con la union de todas nuestras fuerzas las posesiones adquiridas en otro tiempo en comun, tanto en Italia como en el Rhin. Sin embargo, como el gabinete real de Prusia no desea al parecer que tomemos formalmente acta de sus declaraciones, no traspasaremos el límite que traza á las negociaciones la Prusia, al menos por ahora, en atencion á que quiere que la cuestion de su conducta futura se trate estrictamente como negocio de confianza entre ambas potencias.

Pero el despacho del baron de Schleinitz manifiesta además la intencion de hacer primeramente una tentativa de mediacion para conjurar las eventualidades que resultarian en el caso de que el Austria se viese gravemente amenazada de perder sus posesiones de Italia, ó de que se pusiese por esto en peligro el órden legal de Europa.

Si solo se tratara de fijar el momento en que debiera hacerse esta tentativa, podriamos preguntar: ¿acaso el órden legal de Europa no ha sido ya por demás amenazado? ¿no ha

sido ya turbado en realidad? ¿no ha experimentado un trastorno profundo?

Pero hemos de decir con toda la franqueza, que la gravedad de la situacion nos impone como un deber de amigos, que desde el principio de la llamada cuestion Italiana, creimos que el papel de mediadora no era el que la Prusia podia elegir y desempeñar con buen éxito, no solo para su propia satisfaccion, sino tambien, aun sin mencionar nuestras opiniones y deseos, para el bien y la paz de Alemania y de Europa.

La índole y trascendencia del debate empeñado nos parecia que hacian moralmente imposible para la Prusia un papel semejante. La lucha que sostenemos únicamente ha sido desde el principio la de nuestro derecho contra la usurpacion, y de nuestra independencia y la de Europa contra la supremacía de la Francia. Nunca se han mezclado en ella cuestiones de derecho dudoso, y la fuerza convincente de los acontecimientos demostró muy pronto cuán nulos é infundados eran los pretextos bajo los cuales trataron de ocultar nuestros adversarios sus verdaderos proyectos, hasta que llegasen á su completa madurez. En vista de lo que ha sucedido, nadie se tomará ya el trabajo de hablar de nuestros tratados con Parma ó Módena, ó de nuestras relaciones con los demás Estados de Italia.

Hasta nosotros hemos casi olvidado ya que eran estas en otro tiempo las pretendidas causas de la guerra, pero aunque fuera de otro modo y se abriera á un mediador un campo mas favorable, existen sin embargo razones fáciles de adivinar para que no pudiéramos ver con alegria ni satisfaccion presentarse á la Prusia como mediadora. Por otra parte, nuestro deseo de ver á la Prusia *tomar partido por nosotros* y combatir á nuestro lado es muy vivo, y hasta sobrado legítimo, segun nuestra opinion, porque tiene además, como miembro de la Confederacion germánica, obligaciones que de un momento á otro pueden llegar á ser incompatibles con su posicion de mediadora.

Estas reflexiones, que hicimos ya cuando solo podia tratarse de tentativas de mediacion pacífica, se aplican naturalmente con mayor fuerza á una mediacion formal y armada de la Prusia.

Una mediacion armada, segun lo dice la expresion, implica la idea de un caso de guerra de ambas partes. Felizmente no existe este caso entre Austria y Prusia, y por consiguiente no podemos figurarnos, en vista de las relaciones que existen entre estas dos potencias, la posibilidad de una mediacion armada de la Prusia, porque nos parece que deben ser extrañas á aquellas relaciones la expresion y lo que representa.

Por el contrario, no debemos juzgar como la corte de Berlin puede creer conveniente presentar bajo otro sentido la actitud imponente que ha tomado en la movilizacion del ejército, porque lo único que hemos de desear es que la Prusia se declare con franqueza y pronto contra la Francia. Pero si el gabinete de Berlin piensa, á causa del carácter que ha conservado hasta ahora en sus relaciones con esta última potencia, que es necesaria una corta transicion para preparar una decision semejante; si la Prusia cree que debe, respecto de la Francia, principiar dando á esta transicion el nombre de mediacion armada, nosotros no podemos en modo alguno dar á este modo de presentar su actitud el carácter de verdad completa de que á nuestros ojos carece; pero podemos esperar con confianza la evolucion probablemente próxima, por medio de la cual la Prusia, de acuerdo ya con nosotros acerca de los principios, promete unirse igualmente con nosotros en la accion.

Mantenemos al mismo tiempo completamente cuanto dijimos en un despacho anterior, esto es, que no pondríamos dificultad alguna en comunicar de antemano y confidencialmente al gabinete de Berlin nuestra opinion sobre las proposiciones de paz que creyera poder dirigir á la Francia, suponiendo sin embargo que estas proposiciones conservasen intactas las disposiciones territoriales de 1815 y los derechos de soberanía del Austria y de los demás príncipes de Italia. Es indudable que desde el momento en que la Prusia fuera nuestro aliado activo, no podria tratarse de proponer condiciones de paz sino de comun acuerdo.

Habíamos añadido á la proposicion varias veces mencionada de un cambio de notas la oferta de dejar á la Prusia la iniciativa de todas las medidas que hubiera de tomar la Confederacion germánica respecto á la cuestion pendiente. S. M. el emperador se limitará por ahora á apoyar las proposiciones que esté decidido á hacer el gobierno prusiano; pero V. E. conocerá que ya que el gabinete de Berlin no ha tomado bajo ningun aspecto un compromiso obligatorio por cuanto se refiere á lo futuro, reservándose su libre eleccion hasta en el caso en que abrace resoluciones mas enérgicas bajo la forma de una mediacion armada, no podemos por nuestra parte renunciar al pleno ejercicio de nuestro derecho,

y hasta debemos asegurar sin dilacion nuestra libertad de movimientos en el dominio de los negocios federales alemanes.

Tales son las observaciones que conforme á las intenciones del emperador tengo que trasmitir á V. E. en contestacion á la comunicacion verbal que se nos ha hecho, y únicamente debo encargaros que leais el presente despacho al baron de Schleinitz, sin oponerme, sin embargo, si el ministro manifiesta desearlo, á que se lo entregueis para que haga de él un uso confidencial.

Soy, etc.

Verona, 22 de junio de 1859.

CONDE DE RECHBERG.

LXXXVII.

Contestacion del gabinete prusiano á la nota anterior.

Berlin, 5 de julio de 1859.

En contestacion á mi despacho á V. E. de fecha 14 del mes último, el conde de Rechberg, por órden del emperador, ha dirigido desde Verona en 22 del corriente al baron de Koller una nota detallada que este último me comunicó ayer confidencialmente. En su consecuencia me veo obligado á enviar á V. E. la adjunta copia de tan importante documento.

Convencidos de la influencia que la respuesta del gobierno imperial á la sincera explicacion de nuestras intenciones amistosas respecto del Austria, debia tener en la ulterior actitud de la Prusia en la crisis actual, la esperábamos con el vivo deseo de alcanzar el resultado á que tienden hace muchos meses nuestros desinteresados esfuerzos, esto es, á encontrar una segura base de acuerdo entre ambos gabinetes.

Un leal exámen de los puntos mas graves que se enuncian en la contestacion del ministro de negocios extranjeros de Viena, demostrará á V. E. si es posible que el gobierno prusiano considere su deseo como realizado.

El conde de Rechberg ha tomado por punto de partida de su razonamiento la negativa contenida en mi comunicacion del 14 de junio de consentir en un cambio de notas, á fin de formular las condiciones de acuerdo que han de fijar la actitud que toman los gobiernos. Considerando nosotros semejante cambio de notas como una nueva garantia dada por la Prusia para la conservacion de las posesiones austriacas en Italia, renunciariamos con ello á la posicion libre é independiente que ha de permitir á la Prusia el apresurar la solucion de la cuestion como potencia mediadora. La mediacion se habria convertido en guerra y el mediador en campeon.

A no tomar el Austria por guia de su conducta sino el interés del Estado, ningun cargo podriamos dirigirla; pero nos es imposible convenir en que sean los tratados de 1815 la expresion de principios generales y de tendencias singulares á cuya observancia puede ser compelida la Prusia, aun á despecho de sus intereses.

Si las potencias europeas y aun el Austria no participasen de nuestro modo de ver, ¿cómo habrian podido hacerse tantos cambios en el órden de cosas establecidas por los tratados de 1815, segun ha sucedido en Bélgica, en Cracovia, y en Neufchatel?

Por lo que toca á la cuestion actual de la garantia de las posesiones austriacas en Italia, parécenos que las tentativas hechas en distintas épocas por el gabinete imperial á fin de obtener de la Prusia un apoyo para el territorio indicado, confirman que no se trata ahora de precisar mejor relaciones ya existentes, sino de fundar un nuevo compromiso, por medio del cual se impusieran á la Prusia, para la seguridad del territorio y del poder del Austria, obligaciones cuya gravedad no desconoce sin duda el gobierno imperial, y que en ningun caso pueden ser aceptadas por la Prusia sino por una libre y espontánea resolucion.

El ministro, con pesar lo digo, se ha engañado completamente en la apreciacion de nuestras intenciones y de nuestros sentimientos. Si la Prusia se ha mostrado pronta á obrar estipulando la conservacion de las posesiones austriacas en Italia como una condicion para el restablecimiento de la paz, lo ha hecho sin que existiera para ella deber alguno que se lo dictara, y obedeciendo únicamente á una resolucion espontánea en favor de los intereses del Austria, gravemente amenazada ya en sus posesiones.

Nos obliga á hacer esta repetida declaracion el ver consignada en la nota del conde de Rechberg la opinion errónea de que, conforme con los tratados de 1815, ha de tener la Prusia por objeto de su política la conservacion del *statuo quo* en Italia, aun á costa de los mayores sacrificios. Solo así puede comprenderse que el gabinete imperial califique la política de mediacion que hemos adoptado de cosa insuficiente y aun de imposibilidad moral, y que despues de un corto tiempo de

suspension exija de nosotros una alianza abierta con el Austria.

¿Será preciso que para justificar nuestros proyectos de mediacion, invoque otra vez los cuatro puntos que constituian la base de las negociaciones del congreso, partiendo del supuesto de que era antinormal la situacion de Italia? ¿Acaso el Austria, al aprobar dichos puntos, no reconoció la justicia de los esfuerzos que hicieran las potencias neutrales, para introducir allí un órden de cosas mas tolerable? ¿quién ignora que las dificultades que debian resolverse no se referian todas á los tratados de 1815, sino que tenian en parte su origen en una situacion creada despues de aquella época? Aplicándose el Austria á la solucion de tales dificultades, á la reforma de tal estado de cosas, en vez de exponer su territorio á mil peligros, habria hallado el mejor apoyo contra la usurpacion.

Y cuando en vez de esto, por su conducta con la Cerdeña y á despecho de las representaciones de la Prusia, ha amontonado contra sí los peligros que la paz debia y podia conjurar, ¿qué mas lógico sino que la Prusia se declare por la mediacion con las otras grandes potencias? El gobierno ha dejado ya oir su voz en este sentido en Lóndres y en San Petersburgo, y se atreve á asegurar que, manteniéndose en semejante línea de conducta, le será posible servir los intereses generales de la Europa y los del Austria, y obrar en su favor de un modo que habria sido imposible desde el momento en que la Prusia se hubiese presentado como campeon despojado de la libertad de sus resoluciones.

Si el conde de Rechberg considera esta libertad de resolucion como imposible para la Prusia en calidad de miembro de la Confederacion germánica, la cual impone deberes imcompatibles, segun nosotros, con la mediacion, hemos expresado claramente nuestro propósito, para el caso de un ataque del enemigo contra la Confederacion; y las medidas militares tomadas son una prueba de que no habria tardado en convertirse el propósito en una realidad. La actitud de la Alemania, empero, nos induce á creer que semejante hecho no tendrá lugar; si lo tuviera, es claro que la Prusia deberia modificar su posicion á fin de llenar los deberes de confederada; pero observe el gabinete imperial que tambien en en este caso deberia el Austria tomar una actitud muy distinta de la que tiene actualmente.

Siento que las explicaciones de la nota del conde de Rechberg me hayan obligado á este exámen retrospectivo; pero cuanto mayor es nuestro deseo de ponernos de acuerdo con el gabinete imperial, tanto mas obligados estamos, aunque á pesar nuestro, á indicar las diferencias de nuestros razonamientos.

Tales diferencias versan, así sobre las bases de la paz, como sobre las hipótesis á las que debemos sujetar nuestra accion.

Al indicar en 14 de junio los límites que deseábamos señalar á nuestra mediacion, guiábanos la convicion de que solo nos era dable dirigir nuestros esfuerzos hácia el establecimiento de una situacion que cupiera en el dominio de lo posible, y que ofreciese al mismo tiempo garantías de duracion. La mision de un congreso debia ser el remediar los males del sistema político seguido hasta ahora en Italia, y es evidente que, habiendo los acontecimientos probado la necesidad de una reorganizacion fundamental, no habriamos podido restablecer completamente el órden de cosas anterior, ni conquistar la paz con este objeto con las armas en la mano.

Nuestras anteriores declaraciones rechazan de un modo formal semejante suposicion, y esto no obstante en lo que de nosotros solicita el conde de Rechberg, no podemos ver otra cosa sino el restablecimiento del *statuo quo ante bellum* en la Italia del norte y en la Italia central. En caso de ser rechazadas estas proposiciones, el gabinete imperial espera que tomaremos sin vacilar parte en la guerra como aliados del Austria.

El gobierno del rey ha sabido con vivo pesar tales pretensiones, que aplazan de nuevo la realizacion de un acuerdo con el Austria, en el mismo momento en que nos lisonjeaba la esperanza de hallarse muy próxima su realizacion.

Cuando en la nota de 14 de junio deciamos querer la paz basada en el mantenimiento de las posesiones austriacas en Italia, y estar prontos á entrar en la via de una mediacion armada, creiamos que el Austria se apresuraria á tendernos la mano en idéntico sentido.

Para ello, era necesario que el Austria separara la cuestion de sus posesiones con las de sus relaciones con los demás Estados italianos, y que no hiciera incompatibles los derechos de soberanía de los príncipes italianos con el establecimiento de un nuevo órden de cosas, mas conforme con las necesidades de la época y con los deseos de los pueblos.

Además, el gobierno del rey habia expresamente declarado considerar como una cuestion abierta la que se referia á las relaciones

del Austria con los demás Estados italianos.

A pesar de esta declaracion, el Austria ha hecho entrar la indicada cuestion en el dominio de sus condiciones, comprometiendo asi desde un principio el resultado de nuestra intervencion de un modo que no consideramos justificado, y por esto es que ha de encontrarse muy natural que nos reservemos para este caso la mas completa é independiente libertad de apreciacion.

Al comunicar el gobierno prusiano al gabinete de Viena sus intenciones relativamente á la paz, puso tambien á sus actos ulteriores la condicion expresa de que el Austria nos dejaria la iniciativa de cuantas medidas hubiesen de tomarse en la Confederacion, evitándose todas las proposiciones de alianza separadas. El conde de Rechberg ha contestado á esta demanda, diciendo, que el Austria no podia renunciar al pleno ejercicio de sus derechos, y que por el contrario debia mantener ilesa su libertad de accion respecto de sus confederados. En vista de esto no podemos menos de decir que la condicion propuesta por nosotros, no ha encontrado el menor asentimiento por parte del gobierno austriaco.

Así, pues, el resultado del exámen á que he sometido la nota del conde de Rechberg, no coresponde á las esperanzas que con justicia abrigábamos; sin embargo, si se han desvanecido por ahora las bases que creiamos posibles para un acuerdo con el Austria, esto no debe dispensarnos de la tarea que nos hemos impuesto, ni modificar nuestros sentimientos.

La Prusia, completamente libre en sus resoluciones, empleará en adelante todos sus esfuerzos para restablecer, de acuerdo con la Inglaterra y la Rusia, una paz que corresponda á los intereses de la Alemania y de la Europa, y que ofrezca garantías de estabilidad. Sin embargo, atendidos los amistosos sentimientos que al Austria profesamos, tendremos una satisfaccion particular en poder ser útiles á sus intereses en medio de los esfuerzos que hagamos para conseguir aquella.

Ruego á V. E. que lea al ministro la presente nota, dejándole copia de ella, si así lo desea.

De Schleinitz.

LXXXVIII.

Nota del ministro prusiano á su embajador en Viena, contradiciendo las injustas apreciaciones del gabinete imperial.

Berlin, 23 de julio de 1859.

La comunicacion de V. E. de 19 del presente, me ha informado de que, despues de las explicaciones que habeis dado al conde de Rechberg, en virtud de mis notas del 15 del corriente, el gabinete imperial de Austria no puede ya dudar de la posicion tomada por el gobierno del rey en la cuestion italiana durante los últimos tiempos que precedieron á la firma de los preliminares de paz.

En este intervalo, el modo de ver erróneo que se habia apropiado del gabinete de Viena, ha encontrado en documentos oficiales, una expresion que ofusca demasiado la actitud que hemos observado, para no creerme obligado á probar por medio de hechos incontestables, que por nuestra parte no hemos dado lugar en lo mas mínimo á esa mala inteligencia.

Un manifiesto de S. M. el emperador de Austria, dado en Luxemburgo el dia 15 de julio, contiene la observacion de que S. M. ha visto desvanecerse amargamente sus esperanzas de no encontrarse solo en una lucha que no habia sido emprendida únicamente en favor del buen derecho del Austria; que á pesar de las ardientes simpatías que la justa causa del Austria habia encontrado en la mayor parte de la Alemania, así cerca de los gobiernos como cerca de los pueblos, sus aliados mas antiguos y naturales se habian negado obstinadamente á reconocer la grande importancia de la cuestion del dia, y que por consiguiente el Austria habria debido hacer frente por sí sola á los acontecimientos futuros; que S. M., en fin, habia adquirido la conviccion de que tratando directamente con el emperador de los franceses sin intervencion de tercero, podia obtener condiciones menos desfavorables que las que podian esperarse de la intervencion en la negociaciones de las tres grandes potencias que no habian tomado parte en la lucha, con sus proposiciones de mediacion, concertadas por ellas y apoyadas por la presion moral de su acuerdo.

Una circular francesa del conde de Rechberg, que el baron de Koller ha tenido la bondad de leerme estos dias, y otra circular del 16 de este mes, dirigida á los represen-

tantes del Austria cerca de las cortes alemanas, cuyo contenido esencial nos ha sido trasmitido de diversos puntos, no permiten, muy á pesar mio, abrigar la menor duda de que con la última frase citada del manifiesto imperial se quiso condenar la actitud observada por la Prusia.

A ambos documentos va unido un proyecto de mediacion formulado en siete puntos y adoptado, á lo que se dice, por la Inglaterra, cuya aceptacion en efecto habria sido mas perjudicial al Austria que el tratado directo firmado con la Francia. En su comunicacion dirigida á los representantes del Austria, pretende el conde de Rechberg que el proyecto habia sido aprobado por la Prusia, la Gran Bretaña y la Rusia, y que estas potencias habian prometido apoyarlo eficazmente.

Los pretendidos hechos enunciados en dichos documentos han alcanzado muy pronto la publicidad por medio de los numerosos órganos de la prensa austriaca y alemana, proporcionando materia á violentos ataques contra la política prusiana.

Por conforme que sea con nuestros propios sentimientos el deseo expresado á V. E. por el conde de Rechberg, consistente en que los gabinetes de las dos grandes potencias alemanas se abstengan de recíprocas recriminaciones, creo, sin embargo, poder esperar de los sentimientos equitativos del ministro, que semejante deseo no ha de suponer la idea de dejar sin contestacion los cargos que contra nosotros se han hecho cerca de los gabinetes, y que han sido lanzados á la publicidad fundándolos en hechos inexactos, y que por el contrario el gabinete imperial se apresurará á rectificarlos por la misma via y con la misma publicidad que les diera á consecuencia sin duda de erróneas suposiciones.

No entendemos, con ello, poner en duda el derecho del gobierno imperial para hacer directamente la paz con la Francia sin intervencion de las demás grandes potencias, ni agitar la cuestion de si la intervencion de estas últimas habria dado al Austria un resultado mas favorable que su tratado directo con el emperador de los franceses. El gabinete imperial recordará cuanto deploramos nosotros la contienda, empezada á pesar de nuestros consejos, y que expresando siempre con franqueza nuestra opinion, hemos procurado prevenir de antemano una amarga decepcion posterior.

Nuestra actividad mediadora, nuestros armamentos, nuestras proposiciones á la Dieta germánica, excluyen decididamente la suposicion de que hayamos desconocido la gravedad de la cuestion que se agitaba, y respecto á saber hasta qué punto el Austria se hubiera visto obligada á hacer frente por sí sola á los acontecimientos futuros, no solo sus armamentos y sus proposiciones, sino tambien los órganos que S. M. el emperador de Austria habia acreditado en estos últimos tiempos cerca del gobierno del rey, podrán dar un testimonio que sin temor esperamos.

Sin embargo, creiamos fundadamente que la justificacion pública de las condiciones de paz consentidas por el Austria, á creerla necesaria el gabinete imperial, no se habria fundado en pretendidas miras ó intenciones del gobierno del rey antes de procurarse cerca de este último las aclaraciones que sin duda alguna habria proporcionado. Segun la comunicacion de V. E., mencionada al principio de la presente, el ministro imperial de negocios extranjeros atribuye los errores que han determinado al Austria á firmar los preliminares de paz á la circunstancia de no haberle dirigido antes las comunicaciones para las cuales autoricé á V. E. en 15 del corriente, y á que no hayamos procurado en general, ponernos de acuerdo con el gabinete de Viena acerca de las tentativas de mediacion.

Respecto á este último punto, bastará recordar que segun la nota del conde de Rechberg, expedida desde Verona en 22 de junio, el gabinete imperial negaba á la Prusia el derecho de tomar el papel de mediadora propiamente dicho, especialmente si lo tomaba de acuerdo con otras grandes potencias no alemanas; que solo se hallaba dispuesto á conversaciones confidenciales acerca de las proposiciones de paz que debiamos dirigir á la Francia, con objeto de mantener intactos el estado territorial de 1815 y los derechos de soberanía del Austria y de los demás príncipes italianos; y que por fin, á consecuencia de esto habia desvanecido de antemano todo acuerdo posible entre los dos gobiernos sobre proposiciones de mediacion realizables. Es evidente tambien que no teniamos motivo alguno para declarar no haber formulado ni aceptado condiciones de mediacion de ninguna especie, mientras no se nos puso en el caso de contestar al cargo de haber propuesto condiciones de mediacion desfavorables para el Austria.

Asi pues, si por una parte nos hallábamos imposibilitados de impedir al Austria que incurriera en un error, del cual no hemos tenido conocimiento hasta despues de la consecucion

de Villafranca, las noticias que le habian llegado acerca de nuestros pretendidos proyectos de mediacion carecian por otra parte del caracter positivo que habria podido hacer supérflua una demanda de explicaciones sobre el mismo punto. Segun lo manifestado á V. E. por el conde de Rechberg, el gabinete de Viena supo por medio del gabinete francés las disposiciones de las potencias neutrales, añadiendo el ministro que lo indicado por la Francia como condiciones de mediacion, era á corta diferencia lo que lord John Russell en su nota del 22 de junio á lord Boomfield designó como el punto de vista del gabinete de Viena, y que conocidas las disposiciones de los gabinetes de Lóndres y de San Petersburgo, podia decirse con certeza que de una mediacion de las tres potencias se hubieran obtenido condiciones menos favorables que las consentidas en Villafranca por el emperador Napoleon.

Inútil me parece hacer observar que la referida nota del secretario de Estado de Inglaterra, prueba claramente que el gabinete inglés comprendia la cuestion de muy distinto modo que el gobierno del rey, lo mismo que insistir acerca de la extrañeza de que una de las partes beligerantes pida noticias á su adversario acerca de las disposiciones de las potencias neutrales. De todos modos, á no estar yo bien informado, el conde de Rechberg debe estar ya convencido de que el proyecto de mediacion en siete puntos que se decia aceptado por las potencias neutrales, no era un proyecto inglés, sino un proyecto francés que habia sido rechazado en Lóndres; la primera noticia que de él supimos, nos llegó unos ocho dias despues de firmados los preliminares de paz.

El gobierno de S. A. R. el príncipe regente cree en conciencia haber probado, mientras ha durado la lucha, los mas amistosos sentimientos, mucho mas de lo que debia en virtud de obligaciones positivas. Los hechos hablan tan alto que no tememos en este punto el juicio de los confederados alemanes, de las grandes potencias europeas y de la opinion pública; pero esto no bastaba para que guardáramos silencio cuando despues de celebrada una paz, que no nos toca á nosotros juzgar, se nos hace públicamente responsables de lo que puede tener de perjudicial para el Austria. Abrigo por lo tanto la esperanza de que el gabinete de Viena, despues de considerar con calma el verdadero estado de las cosas, sabrá apreciar nuestras acciones y dar á este modo de ver la expresion conveniente.

Con este objeto, ruego á V. E. que lea la presente comunicacion al conde de Rechberg, dejándole copia de la misma si así lo desea.

DE SCHLEINITZ.

LXXXIX.

Circular dirigida por el gabinete prusiano á sus legaciones en Alemania, con motivo del proyecto de mediacion atribuido á las potencias neutrales.

Señor.......

Luego despues de su regreso de Verona el conde de Rechberg dijo á nuestro embajador en Viena que el Austria habia aceptado principalmente las proposiciones de paz, porque las condiciones de mediacion procedentes de las grandes potencias neutrales eran mas desfavorables al Austria que las proposiciones á que accedia el emperador de los franceses. A un despacho circular del conde de Rechberg. de que se me ha hecho recientemente lectura confidencial, iba adjunto un proyecto de mediacion que se decia dirigido por Inglaterra á la Francia, pretendiéndose que la Prusia se habia adherido á sus proposiciones. El *Diario de Maguncia* publica hoy este proyecto. Se os autoriza para declarar terminantemente: 1.° que la Prusia no ha formulado condiciones de mediacion de ninguna especie, ni ha aceptado condiciones de este género que hubiesen sido formuladas por otros: 2.° que el proyecto adjunto á la circular austriaca y publicado despues por los periódicos, nos era completamente desconocido.

Berlin, 21 de julio de 1859.

DE SCHLEINITZ.

XC.

Declaracion de la corte de Rusia referente al mismo asunto, hecha en el *Diario de San Petersburgo*.

Varios periódicos que se han hecho intérpretes de los actos públicos, han pretendido que se habian acordado entre las potencias neutrales ciertas bases de mediacion antes de la paz de Villafranca, y que por ser estas batas bases menos ventajosas que las condiciones impuestas por la Francia, se habia resuelto el emperador de Austria á aceptar estas últimas.

Estamos autorizados para declarar que las bases de mediacion no habian pasado del es-

tado de proyecto, que no se habian formulado aun, y que ni siquiera habian sido discutidas.

Los preliminares de paz han sido firmados entre la Francia y el Austria antes que el principio de la mediacion que era objeto de negociaciones entre las potencias neutrales hubiese llegado á ser definitivamente establecido.

XCI.

CÁMARA DE LOS COMUNES DE INGLATERRA.

Sesion del 28 de julio de 1859.

M. Disraeli dice que encuentra en el discurso de lord Russell que acaba de oir, una parte especialmente oscura, y es la que se refiere á las condiciones de paz propuestas al emperador de Austria por sus aliados naturales, condiciones que este soberano ha considerado mas duras que las que ha obtenido de su enemigo. El orador dice que quisiera oir algunas aclaraciones mas completas acerca de este punto. ¿Tienen los ministros en su poder el proyecto del tratado en cuestion? ¿Ha sido presentado al emperador de Austrria con su consentimiento? Se me ha dicho, añade el orador, aunque la noticia puede no ser cierta, que este proyecto destinado á poner término á las hostilidades, considerado tan desfavorable por el emperador de Austria en comparacion á las condiciones ofrecidas por el enemigo, le ha llegado por conducto del gobierno inglés. La Cámara desearia que se le asegurase que no se le ha hecho semejante comunicacion, pues de lo contrario el gobierno habria cometido el mismo fatal error que en 1848.

En mi concepto no es necesario que Inglaterra sea representada en el congreso. Creo que nuestro pais no tiene interés en tomar parte en un congreso á menos que el equilibrio de las potencias no se vea amenazado por un cambio de territorio que aumentase la fuerza de un Estado ya demasiado grande. Pero, se ha dicho, aun cuando el equilibrio no sea afectado por la reunion de la Lombardía al Piamonte, hay que tener presente otro objeto «el porvenir de Italia» como lo ha dicho lord Russell. Y ha añadido que, en las conferencias que siguieron á la guerra de Crimea, el gobierno inglés se obligó á cierto sistema político relativamente á Italia. Pero lo que se dijo antes de la guerra con el fin de evitarla, es muy diferente de lo que se ha dicho despues que la guerra estalló y hubo llegado á su término.

Si lord John Russell estuviese llamado á tomar parte en la conferencia destinada á arreglar los intereses de Italia, á consecuencia del tratado de Villafranca ¿no se encontraria ligado por las condiciones de estos tratados por lo que respecta á la Italia? ¿Qué conducta seguiria, por ejemplo, en la cuestion de los Ducados? ¿Seria pues prudente el dejarnos llevar á las conferencias? Concluyo pues manifestando la confianza de que los ministros no considerarán como un deber á aconsejar á la Reina el nombramiento de un representante de Inglaterra para que asista al proyectado congreso.

Lord Palmerston: Me apresuro á responder á la pregunta hecha por el honorable miembro, ó bien que, á mi modo de ver, esto sea una cosa poco necesaria, pues las explicaciones dadas por mi noble amigo, lord Russell, me parecen perfectamente precisas sobre el punto indicado por el honorable miembro. En cierto periodo de la guerra el embajador francés cerca de nuestra corte entregó á mi noble amigo un pequeño papel, que contenia ciertos términos de arreglo redactados de una manera general. Este diplomático pedia al mismo tiempo que el gobierno inglés la pasase al austriaco y recomendase dicho proyecto como pudiendo servir de base á un tratado de paz.

Mi noble amigo (lord Russell), de acuerdo con sus cólegas, encontró que seria poco conveniente por parte del gobierno, deseoso como estaba de ver cesar la guerra, el negarse á servir de intermediario para una comunicacion que una de las dos partes beligegerantes consideraba como un paso dado hácir un arreglo pacífico, y que la otra parte era dueña de aceptar ó no; así pues, creimos que no debiamos rehusar la comision.

Por otra parte veiamos que la posicion de las dos potencias beligerantes no era de naturaleza para justificar una intervencion por nuestra propia cuenta. En tal circunstancia tomamos el partido que nos pareció mas conveniente, y respondimos: «Comunicaremos vuestras proposiciones al ministerio austriaco. Estas proposiciones contienen vuestras ideas, no las nuestras. Por nuestra parte no añadiremos á ellas consejo alguno, ninguna opinion que nos sea propia, y manifestaremos claramente que la comunicacion viene de vuestra parte y no de la nuestra.»

Hé aquí lo que ha pasado. Mi noble amigo entregó el pequeño papel al embajador de Austria, diciéndole que la proposicion no partia de nosotros, sino que venia del gobierno

francés, y que el gobierno austriaco podria hacer de ella lo que le pareciera mejor. En cuanto á las condiciones expresadas en este documento, nos abstuvimos de hacer la menor oposicion. El honorable M. Disraeli parece creer que la proposicion emanada de nosotros fué emanada á consecuencia de una opinion ú de una recomendacion nuestra. Respecto á este punto está muy mal informado.

El orador, respondiendo á una parte del discurso del preopinante, se esfuerza en justificar la conducta del gobierno en 1848, y prosigue:

El honorable M. Disraeli pretende que, en ningun caso, nos conviene entrar en conferencia sobre las cuestiones que se debaten actualmente. Cree que el representante de Inglaterra en el congreso no iria allí sino para firmar y aprobar lo que las demás potencias habrian decidido. Pero es necesario tener presentes dos cosas enteramente dintintas en el arreglo que se va á hacer. La primera consiste en las estipulaciones relativas á Venecia y la Lombardía. Venecia debe quedar en poder del Austria. Encuanto á la Lombardía ha sido conquistada por las armas francesas y sardas, y cedida al Piamonte por la Francia para salvar el amor propio del Austria Sobre estos puntos las partes beligerantes están en el derecho de tratar directamente, puesto que se refieren al territorio que ha sido el teatro de la guerra, y que se encuentra actualmente ocupado por las potencias que han tomado parte en ella.

Pero hay otras condiciones del arreglo que se refieren á paises de Italia que los ejércitos beligerantes no han ocupado, y respecto á los cuales las dos potencias contratantes no tienen el derecho de estipular, ni aun el de hacer ejecutar lo que ellas hubiesen podido acordar.

Mi noble amigo ha dicho que antes de tomar una resolucion debiamos esperar y oir qué arreglo se hacia entre Francia, Austria y Cerdeña. Ha señalado tambien las diferentes dificultades que podian nacer de este arreglo. La Francia y el Austria pueden decir: «Italia será una Confederacion.» Pero estas naciones no tienen el poder de organizar semejante sistema. Pueden decir que lo propondrán; pero este sistema no puede ponerse en ejecucion por un tratado concluido en Zurich ó en otra parte, sino que esto dependerá de la buena voluntad de los miembros mismos de la Confederacion.

En cuanto á las dificultades de ejecucion, mi noble amigo ha podido señalarlas con tanta mas facilidad cuanto que son evidentísimas. Es de presumir que el Austria y la Cerdeña serán miembros de la Confederacion. Pero, ¿cómo podrán sus representantes respectivos sentarse á una misma mesa y discutir en comun los asuntos? El Papa, por otra parte, debe ser el jefe honorario de la Confederacion; pero el rey de Cerdeña está excomulgado (Muestras de negacion). Perdonad; no lo está personalmente, pero toda persona que toma posesion de una parte del territorio del Papa queda excomulgado, y los comisarios del rey de Cerdeña han ejercido su autoridad en las Legaciones; no se necesita, pues, un grande esfuerzo de lógica para probar que por este hecho mismo el rey de Cerdeña está excomulgado.

En todos los casos, la presencia de los representantes del Austria, del Papa y de Cerdeña en una misma deliberacion, no promete una solucion muy amistosa de las dificultades que en ella pudieran surgir. Es posible que se agiten allí cuestiones de tolerancia religiosa, de libertad de imprenta, ó como se dirá tal vez, de licencia de imprenta, mientras que otras versarán sobre los diferentes grados de libertad política.

Todos estos asuntos deberán tratarse en comun. Y si el Austria forma parte de la Confederacion con algun otro Estado donde rigen estas instituciones libres, este Estado no podrá entenderse con el Austria, ni con Estados como Toscana y Módena. Si llegamos á convencernos de que está en nuestro poder el cortar males existentes y favorecer el progreso de las poblaciones de Italia, no solamente será oportuno, sino que será un deber del gobierno inglés el emplear toda su influencia á favor de la prosperidad futura de los italianos.

El noble lord, al concluir, declara que si la Inglaterra toma parte en un congreso, no será con compromisos que puedan humillar la grandeza de la Gran Bretaña, y añade que hasta ahora nada habia decidido sobre este particular.

XCII.

Artículo oficial de la *Gaceta prusiana* despues de la paz de Villafranca.

A la sorpresa que debió causar en el primer momento la repentina é inesperada noticia de la paz, ha sucedido una apreciacion tranquila y reflexiva, y poco á poco se comprende la importancia que encierra el hecho de haberse

restablecido la paz, y de que tambien esta vez han podido conjurarse los peligros de una guerra europea.

Si así ha sucedido, débese en gran parte á la actitud tomada por la Prusia en estos últimos meses; y en efecto, ¿cómo desconocer que dependia esencialmente de la Prusia dar á la guerra las proporciones que se temian, tomando parte en ella y arrastrando consigo á la Alemania?

Nadie ignora el entusiasmo con que una parte del pueblo aleman habria acogido semejante conducta de la Prusia, y era natural que un antiguo confederado y compañero de armas, confiado en simpatías que duran hace muchos años, creyese poder contar tambien en una comunidad de accion durante la guerra.

El gobierno prusiano ha resistido á todas las instancias; y al echar hoy una mirada retrospectiva sobre la marcha de las cosas y sobre el resultado que acababa de producirse, no ve razon alguna para arrepentirse de su actitud, que le ha valido la aprobacion completa y casi unánime de su propio país, confiando en que ha de llegar un dia en que la Alemania no le niegue su agradecimiento por la conservacion de la paz.

La posicion de la Prusia era distinta y mas complicada que la de las demás potencias neutrales: sus relaciones con el Austria en el seno de la Dieta germánica, la proximidad del teatro de la guerra á las fronteras alemanas, todo podia imponer á la Prusia, en el momento en que menos lo esperase, obligaciones cuya gravedad no ha desconocido su gobierno, como lo ha probado por medio de medidas de prevision y de defensa.

Precisamente á causa de esta posicion, debia el gobierno sentirse inclinado á una mediacion, por medio de la cual abrigaba el deseo y la esperanza de evitar á su antiguo aliado sacrificios, cuya medida é importancia no permitian calcular los azares ulteriores de la guerra.

La Prusia podia y debia considerar como mision propia aquella obra de paz, no tomando parte en una lucha emprendida á pesar de sus amistosos consejos y de sus graves advertencias; y si el nuevo manifiesto del emperador expresa el pesar de que el Austria haya debido sostener sola la lucha sin sus antiguos y naturales aliados, la Prusia al menos no dejó sobre esto duda alguna al gobierno imperial, manifestándole claramente que faltaba la base esencial y verdadera de la comunidad de accion, la que solo puede descansar en la comunidad así de las causas como del objeto de la guerra.

La Prusia puede desnudar la espada por los intereses alemanes, por los intereses prusianos y por los fundamentos en que se apoya la paz europea; pero no para conservar ó restablecer en Italia un estado de cosas que el Austria, por el actual tratado de paz, declara ella misma insostenible, no puede hacerlo para mantener ciertas disposiciones de los tratados de 1815 que desde el principo de la guerra han sido puestos en cuestion, pues no ha de olvidarse que para el congreso, cuya reunion impidió la intimacion del Austria á la Cerdeña, se tomaba unánimemente por base los referidos tratados.

La Prusia no podia emprender la guerra para obtener semejante resultado; no habia motivo para una guerra federal, cuyo teatro podia llegar á ser la misma Alemania; no habia motivo para dar á la Europa el grito de alarma.

Tampoco el Austria ha visto en ello causa suficiente para empeñar sus últimas fuerzas; despues de una lucha de dos meses en la que debió retirarse, sin ser empero vencida, renuncia á seguir el combate, y en vez de imponer nuevos sacrificios á sus pueblos, cuyas fuerzas distan mucho de hallarse agotadas, celebra la paz sacrificando una provincia y reconociendo que ha de establecerse en Italia un nuevo órden de cosas.

Así pues, la posesion de la Lombardía, sus tratados anteriores con los príncipes italianos, cuanto existia hasta aquí no le han parecido dignos de los sacrificios que habrian exigido la continuacion de sus esfuerzos y una lucha suprema y decisiva, y á este precio, elevado sin duda, se encuentra el Austria libre de enemigos sin haber pasado por el último extremo; y á este precio, repetimos, la Prusia y el Austria habrian debido intervenir con todas sus fuerzas y sacrificar la sangre de sus hijos.

La Prusia ha reconocido siempre la grande importancia de la cuestion del dia, y precisamente porque la ha reconocido ha evitado tomar parte en la guerra, convirtiéndola así en guerra de principios, cuando tampoco lo era para el Austria, segun lo prueba su desenlace.

La Prusia no tiene razon alguna para deplorar que las circunstancias hayan hecho inútil una mediacion que le habria impuesto nuevos sacrificios, y en este punto se encuentra en igual posicion que las demás potencias europeas cuya cooperacion esperaba. El

manifiesto imperial insinúa que de la participacion de dichas potencias en las negociaciones habrian resultado condiciones menos favorables al Austria; pero á esto contestaremos que las hipótesis de que partia la Prusia en sus comunicaciones á los demás gobiernos, eran de naturaleza mucho mas ventajosa que los preliminares de paz actualmente establecidos.

Convencido de haber cumplido su deber respecto de su propio pais y respecto de la Alemania, sin haber olvidado su posicion en Europa, el gobierno prusiano no tiene motivo alguno para estar descontento del imprevisto giro que han tomado los acontecimientos; y suspendiendo las medidas militares que habia tomado, espera los sucesos con la calma que inspira la conciencia de tener la completa y unánime aprobacion del pueblo.

XCIII.

Artículo oficial de la Gaceta austriaca despues de la paz de Villafranca.

La rapidez con que se han sucedido los acontecimientos no ha debido sorprender á nadie; el armisticio hacia presentir la entrevista de ambos soberanos y la próxima conclusion de la paz. Es cierto que no tenemos motivos para alegrarnos por el resultado de la guerra, mas tampoco pueden abatirnos los últimos acontecimientos. Hemos sido desgraciados en la lucha; quizás nuestras faltas han sido causa de nuestra desgracia; el *væ victis* ha resonado en nuestros oidos y perdemos una magnifica perla de la corona austriaca; sin embargo, nuestro honor permanece intacto y nuestras fuerzas no se han debilitado de tal modo que debamos mirar el porvenir con inquietud.

Nuestro ejército es tan sólido como antes, su valor es el mismo, solo un dolor experimenta; el de no ser guiado otra vez al combate. El Austria ha luchado con honor, si bien le ha sido contraria la suerte de las armas. El resto de la Europa no ha querido reconocer el fondo de la cuestion, y ha ocultado su indiferencia y otros sentimientos bajo distintos pretextos. El Austria se encontraba en presencia, no solo de la mayor potencia continental, sino tambien de una de las primeras potencias marítimas de Europa; tenia además delante de sí á la rebelion que se organizaba en un vasto territorio insurreccionado, y aunque en tales condiciones no habia desaparecido del todo la posibilidad de vencer, el emperador prefirió hacer un gran sacrificio antes que continuar derramando la sangre generosa de tantos valientes.

De todos modos, bajo el punto de vista de la humanidad, el fin de las batallas, el término de tanta matanza, debe consolarnos á todos.

El perfeccionamiento de los medios de destruccion y la grandeza de los ejércitos hacen que cada batalla sea actualmente una carnicería; en cada una de las que se han dado se han perdido tantos hombres como eran los que entraban antes en lucha, y los muertos, los heridos no son mercenarios ni soldados de profesion, sino trabajadores, laboriosos hijos de nuestras familias, siendo cada hombre que perece una pérdida para la vida nacional y para el bienestar del pueblo. Alegrémonos al pensar que nuestros valientes soldados no deberán correr nuevos peligros ni suportar nuevas privaciones; en breve volverán á su patria, donde podrán mostrar con orgullo sus gloriosas cicatrices, teniendo el derecho de envanecerse por sus hazañas ante Dios y ante los hombres.

Y aun bajo el punto de vista político, ha de sernos provechosa la paz. Hemos perdido una provincia, una hermosa provincia, pero á pesar de esto habremos aumentado en fortaleza. Desde ahora invertiremos mejor el capital que nos queda, esforzándonos en emplearlo de un modo mas beneficioso, repararemos el tiempo perdido, recogeremos nuestras fuerzas morales y materiales, y procuraremos aumentarlas. Nuestro augusto monarca ha dicho al hablar del imperio que se hallaba en la senda del progreso; pues bien, en adelante será el progreso mas acelerado, el desenvolvimiento mas rápido. El único aliado del Austria ha sido su propio pueblo y la voz de la nacion alemana; los pueblos del Austria han sostenido lealmente el honor de la corona, sin que seduccion alguna haya podido extraviarles ni hacerles vacilar en su fidelidad. Ni un solo hombre ha dejado de acudir á sus banderas, y miles de voluntarios han querido tomar parte en los sangrientos combates.

La lealtad del pueblo merece ser recompensada, y el gobierno debe procurar estrechar mas y mas los lazos qne unen á los austriacos entre sí y con la familia imperial, empleando los medios convenientes para aumentar el arsenal de nuestras fuerzas morales y materiales, á fin de que si llegasen á amenazarnos nuevos peligros, pudiésemos oponerles una falanje impenetrable.

El Austria cumplirá mejor así su mision

histórica y su mision alemana; jamás olvidará cuáles han sido las ideas y los sentimientos del pueblo aleman, convencida de que si ha permanecido en la vaina la espada alemana, no ha sido por culpa del noble pueblo y de los gobiernos que han comprendido hallarse amenazada su existencia en la de su mas fiel amigo. El Austria nunca ha llamado al extranjero contra la Alemania, y un porvenir no lejano quizás demuestre cuáles han sido sus sentimientos. En breve podrá levantarse el velo que cubre todavia muchos actos ocultos, muchas intrigas, y se verá en qué parte han estado y estarán siempre los sentimientos del derecho y de la buena fe.

XCIV.

Discurso pronunciado por lord Derby en el banquete que le fué ofrecido por el partido conservador en 16 de julio de 1859.

Tenemos la satisfaccion de saber que con la exhibicion de los documentos presentados hace poco al Parlamento, los hombres de Estado así del pais como del extranjero han quedado convencidos de que prácticamente hemos observado, como nos habiamos propuesto, la mas estricta é imparcial neutralilidad. Si fueron vanas nuestras súplicas y nuestras exhortaciones, y no lograron retraer á las dos partes, que habian determinado ya la guerra, de dar el último paso, no fué por falta de solicitud ni de imparcialidad.

Empero la guerra ha terminado ahora, y los amigos de la humanidad pueden regocijarse de que se haya puesto fin á la efusion de sangre humana que ha corrido á torrentes en Magenta, en Solferino y en otros puntos de Italia. No puedo hablaros todavía de una manera cierta de las condiciones de esa tregua ó paz; pero sí debo manifestaros, por las noticias que al presente tenemos, que esta paz va á producir un estado de cosas mas crítico y mas peligroso que nunca. Opino, como lo he dicho en ocasiones anteriores, que la guerra empezó con motivos insuficientes y bajo falsos pretextos, puesto que de todas cuantas razones se alegaron para justificarla, no hay una sola que se haya sostenido, alcanzado el objeto de ella, con la lucha que acaba de tener lugar, y muchas cosas han quedado en una posicion mas falsa de la que tenian antes de empezar la guerra. Yo que estoy en favor de los gobiernos constitucionales, yo que en union de los verdaderos amigos de la libertad admiraba el ejemplo que estaba dando la Cerdeña, gobernándose de una manera constitucional, evitando por un lado los excesos del despotismo y por otro la licencia, vi con gran sentimiento que su gobierno no se contentaba con los beneficios de su libertad y de su constitucion, que no estaba satisfecho con que esta constitucion y la felicidad doméstica que les proporcionaba fuesen un ejemplo consolador que podia tomar el resto de Italia, sino que vi, y lo repito con pesar, que aquel gobierno, abandonando la senda constitucional, se esforzaba en excitar la animosidad, fomentando negras intrigas y maquinaciones entre otros Estados, y obligando con este motivo á mantener sobre las armas ejércitos que arruinaban las rentas de la nacion y destruian su propio bienestar.

Preví que al solicitar la cooperacion de un vecino poderoso contra la imaginaria aprension de una invasion austriaca, llamaba los mas sérios peligros y muchas calamidades inevitables sobre sí, lo mismo que sobre el resto de Italia. Y ¿cuál ha sido, pregunto yo, el resultado de esa efusion de sangre derramada por esos 100,000 hombres que ha habido *fuera de combate* durante el curso de esta campaña? ¿Cuál era el motivo de queja? La presencia del extranjero en Italia, el mal gobierno de los Estados Pontificios, el descontento y disgusto de sus habitantes, y la necesidad de libertarlos del yugo extranjero y de dejarles la libertad de elegir la forma de gobierno que mas les gustase. A la espiracion de esta guerra, ¿cuales son los términos en los que, por lo que sabemos hasta ahora, se ha hecho esta paz, y cuales las ventajas que esta carniceria ha reportado en favor de la libertad italiana? La Cerdeña ha visto suspendida su constitucion, aunque creo que habrá sido solamente mientras duró la lucha. El Milanesado, cuya posesion fué reconocida por el emperador Napoleon como justo patrimonio del Austria mientras esta no saliese de sus límites, y del cual no pretendia arrojarla, ha sido cedido por esta nacion. ¿Tiene Milan el derecho de darse un gobierno ¡No! pero todo esto está arreglado; Francia acepta de Austria la cesion de ese mismo territorio al cual se decia que esta nacion no tenia derecho alguno, y lo traspasa desdeñosamente á manos del rey de Cerdeña su aliado. No pretendo decir que los Estados italianos no tuviesen motivos de queja contra los gobiernos que los regian; pero si su anhelo era la libertad de Italia, ¿cuál debia haber sido la conducta de Cerdeña? El Piamonte se ha incorporado la Lombardia con el beneplácito

de su poderoso aliado; pero falta saber ahora si esto ha sido á gusto de los lombardos y aun de los piamonteses. La Cerdeña ha querido adquirir tambien los ducados de Módena, Parma y Toscana; pero ha acallado los proyecyectos de ambicion que concibiera, y el resultado de todos sus esfuerzos y maquinaciones ha sido que Toscana, Módena, y aun creo que Parma, por la fuerza de las bayonetas extranjeras, y quizás por las del Piamonte mismo, volverán á ocupar la posicion que antes tenian. ¿Qué se ha hecho para mejorar el gobierno de los Estados Pontificios? ¡Nada! Pero se nos ha dicho que se formará una confederacion de todos los Estados bajo el cetro de sus antiguos soberanos, incluso Venecia, que continuará bajo el dominio del Austria. Esta Confederacion, que comprende tambien el Piamonte, quedará sujeta á la presidencia—honoraria—del soberano Pontífice.

Hé aquí los resultados que ha dado la libertad ofrecida de Italia, la mortandad que ha ocasionado esta guerra. No creais que pretendo con esto manifestar ninguna clase de opinion respecto al efecto probable de esta tregua; pero creo que hay un resultado inevitable, y es que los amigos de la libertad, ora sea esta ilimitada ó moderada, pero especialmente los partidarios de la primera, cuyas esperanzas ha hecho revivir la intervencion de Francia y Cerdeña, sufrirán un doble desengaño al ver desvanecer sus caras ilusiones. Mejor hubiese sido para ellos no abrigar ninguna esperanza que hacérselas concebir para arrancar despues la copa de los labios de un pueblo sensible exponiéndole á todas las consecuencias de semejante desengaño.

De todos modos me alegro que la guerra haya terminado sin ir mas allá. Creo al emperador de los franceses cuando habla de los varios motivos de humanidad y de política que le han aconsejado la determinacion que ha tomado de poner fin á los horrores de la guerra, pues creo que si hubiese durado un poco mas, habria habido una conflagracion europea, que nadie sabe cuando hubiese terminado. Sin embargo, no puedo menos de decir que el actual estado de cosas es digno de la mas séria consideracion por parte de la Inglaterra. En Europa las pasiones se encuentran muy agitadas. En todas partes se han hecho grandes armamentos, y en Francia sobre todo se ha despertado ese espíritu militar que acostumbra predominar en el país, y que pareció dormido durante algun tiempo y aun sustituido por ideas de paz. Este ardor militar se ha despertado otra vez, y la repentina terminacion de la guerra no ha permitido que quedasen satisfechas las pasiones que excitara.

La Francia no solamente tiene un ejército poderoso, sino que su armada prospera de una manera alarmante y en desproporcion á lo que requiere la necesidad de la defensa de sus costas. A Francia le basta y está segura con su ejército; pero respecto á sus poderosas escuadras, deben ser consideradas por las demás naciones, no como un objeto de defensa, sino de agresion. Creo sinceramente que el emperador de los franceses desea mantener relaciones amistosas con Inglaterra, y creo que las seguirá; pero digo tambien que estas buenas relaciones pueden correr peligro si con el objeto de precavernos contra la posibilidad de un cambio de sentimientos de su parte ó de la de su nacion, nos vemos obligados á hacer esfuerzos sobrehumanos, esfuerzos que estamos haciendo y que tendremos que continuar con el objeto de mantener nuestra armada en este estado de disposicion belicosa que requiere la existencia de nuestro país.

Nuestro deseo es vivir en paz, y este deseo, me atrevo á asegurarlo, es tambien el del actual gobierno; pero la posicion de la Francia en este momento con su poderoso ejército, con una grande armada siempre en aumento, y con el espíritu militar que se ha despertado en su pueblo, cualesquiera que sean los deseos y las miras personales del emperador, puede comprometer las amistosas relaciones que existan entre ambas naciones, y conducirnos á una guerra que seria fatal al bienestar y á los intereses de Europa. Si esto me causa ansiedad, me tranquiliza por otra parte la confianza de que mis compatriotas no permitirán que este gobierno, ni ningun otro ceje en sus esfuerzos, que son imperiosamente necesarios para poner á la Gran Bretaña en un estado de perfecta seguridad.

Sin embargo, por mas que confie en los buenos sentimientos, en los buenos deseos y en la sábia política del emperador de los franceses, repito la noble idea emitida la otra noche por mi ilustre y venerable amigo lord Lyndurst, de que cualquiera que sea la confianza que yo pueda tener en los demás, no consentiré que la seguridad, el honor y los intereses de Inglaterra dependan de la buena voluntad ó indulgencia de la Francia, ni de ningun otro país del mundo.

Señores: por mas que anhele la conservacion de la paz, creo que estareis de acuerdo conmigo en decir que el primer deber de la

Inglaterra es estar perfectamente preparada para la defensa, y que ninguna falsa economia ni mezquina parsimonia debe privarla de hacer los mas grandes esfuerzos para mejorar su defensa nacional. Estoy tan cierto de esto, que no dudo que cualesquiera que sean las demandas y los sacrificios que se exijan por este ó cualquiera otro gobierno, se corresponderá á ellos y serán hechos con gusto, en cualquier circunstancia, por todos aquellos que se glorian de pertenecer al gran partido conservador de Inglaterra.

XCV.

Manifiesto de Mazzini despues de la paz de Villafranca.

En 1848, cuando la mayoría de una Asamblea republicana, olvidando el deber y la moralidad nacional, autorizó la expedicion de Roma, escribí contestando á las calumnias de M. de Montalembert: «Franceses: tambien tendreis vosotros una expedicion de Roma en el interior.» El 2 de diciembre vino á probar la verdad de mi prediccion. La Francia expía todavía en la opresion y la vergüenza el crimen que entonces cometiera.

Si la Europa continúa en la cobarde y culpable indiferencia con la cual contempla hoy dia los progresos y los actos del resucitado bonapartismo, lo pagará amargamente.

Así como la expedicion de Roma fué el preludio del *golpe de Estado* francés, la guerra de Crimea y la de Italia son dos pasos dados hacia el *golpe de Estado* europeo. Ahora vendrá el desmembramiento de la Turquía y la guerra contra la Inglaterra, aislada en Europa.

Si se hubiese prevenido la expedicion de Roma, si lord Palmerston en vez de declarar por boca de lord Normamby que el gobierno protestante de S. M. aprobaba la restauracion del catolicismo en Roma, hubiera dicho á Luis Napoleon: «Inglaterra no admite la intervencion extranjera en los asuntos interiores de los demás Estados,» el imperialismo se hubiera visto detenido al principio de su carrera, y probablemente no habrian ocurrido las guerras de Crimea y de Italia. La debilidad de los demás es lo que ha hecho audaz y fuerte á Napoleon.

La expedicion de Roma tenia un triple objeto: hacerse propicio al clero de Francia, desacreditar la Asamblea republicana, y preparar á los soldados franceses para combatir la bandera republicana en su pais. Además, con esto Luis Napoleon descubria las tendencias y la fuerza de los gobiernos de Europa. Este hecho vergonzoso fué para él lo que el pulso de un enfermo es para el médico. El pulso de la Europa tolerante, indiferente, fria espectadora de la noble lucha de Roma, le hizo ver que no debia temer encontrar en los gobiernos firmeza política, fe en un principio regulador, ni el orgullo de la independencia moral. Los pueblos empezaron á sentir lo mismo. El bonapartismo, es decir, la ciega adoracion de la fuerza, brotó de las ruinas de la libertad romana.

Despues vino el *golpe de Estado* del 2 de diciembre.

Un grito de cólera y de indignacion resonó en toda la Europa, y pareció que se abria un abismo á los piés del usurpador. Si se le hubiese dejado entonces aislado, no pudiendo sostenerse en Francia sino por medio del terror, hubiera caido al poco tiempo. El gobierno inglés en una hora fatal, con tan poca moralidad como prevision, llenó el vacío tendiendo la mano al culpable. La alianza inglesa salvó á Luis Napoleon y le dió fuerza y *prestigio* en Europa. Los pueblos, viendo que la altiva, la libre y la poderosa Inglaterra se se aliaba con él, empezaron á suponerle una fuerza que en realidad no tenia.

El desaliento se apoderó del corazon de los buenos. ¿Creyeron los autores de esa alianza limitar con ella la accion de su aliado? ¿Se figuraron que convenia disminuir, por un medio cualquiera, el antogonismo tradicional de ambas naciones? La accion de una potencia no se limita aliándose con otra, á no ser que representen un mismo principio.

La libre Inglaterra, aliándose con el imperialismo, le prestaba, sin circunscribir su accion, la fuerza moral que necesitaba. Respecto al antagonismo nacional, los hechos han demostrado y demostrarán mas todavía que no hay para este antagonismo otro remedio que la libertad en Francia. Es preciso que la Francia tenga libertad, ó gloria y guerra. Además, aliándose con el imperio, Inglaterra se aliaba con un hombre y no con el país. Nadie puede creer en la dinastía napoleónica, y cuando Napoleon muera ó vuelva á la emigracion y Francia sea otra vez una nacion libre, la alianza de la Gran Bretaña con el déspota será indudablemente para muchos un nuevo eslabon añadido á la cadena del antagonismo.

Habeis desconfiado siempre de la Francia, dirán, y solo os habeis aliado con ella cuando vuestra alianza servia para sostener la tiranía que la oprimia.

No; la conducta del gobierno inglés fué inspirada por una política tímida, y nada hay peor que la política del miedo con una potencia igual en fuerza y que no es amiga en realidad.

Luis Napoleon adivinó el móvil de esta política, y prosiguió con audacia sus designios.

La guerra de Crimea no fué para él sino el medio de lograr que se firmase en Paris un tratado de paz que le abriese el camino para ponerse de acuerdo con Rusia. Apenas logró su objeto, se apresuró, como lo ha hecho ahora, á concluir una paz insegura para su aliada, paz que la opinion pública de Inglaterra calificó de prematura. Enconó mas la enemistad entre Inglaterra y Rusia, y al poco tiempo empezaron las negociaciones secretas con el Czar. Lo mismo que en Crimea, Luis Napoleon en la guerra de Italia buscaba contraer una nueva alianza con el Austria. El orgullo tradicional de la monarquía austriaca solo podia doblegarse en el campo de batalla. Nuestra guerra, decia Napoleon al conde de Cavour en las conferencias de Plombières, no durará mas que siete semanas; despues de una derrota Austria ofrecerá otra vez las condiciones de 1848, y las aceptaremos. Las potencias no intervendrán. El conde de Cavour—con sinceridad ó sin ella poco importa—dió su consentimiento, é hizo de la idea de la causa nacional italiana, el escalon para la alianza franco-austro-rusa. Pero apenas la idea nacional italiana, emancipándose del plan, se dirigió hácia la unidad, desengañando la ambicion dinástica de Luis Napoleon, se apresuró hacer la paz, y propuso lo que le convenia aceptar para realizar su primera idea.

La paz de Villafranca es la inauguracion de una nueva santa alianza entre las tres potencias que en la actualidad representan el despotismo en Europa—la Francia imperial, Rusia y Austria.—El objeto de esta alianza—son las frases pronunciadas en Plombières y en Stutgard—es imperializar la Europa, apoderarse, con la mira de falsearla, de la idea nacional, y sustituir la cuestion de territorio á la de libertad. Los medios—y este será el primer paso que seguirá á la guerra lombarda—son la particion entre las tres potencias aliadas de las posesiones mahometanas de Europa y Africa, y la guerra contra Inglaterra.

Si el Austria no hubiese aceptado las proposiciones de Villafranca, el plan se hubiera llevado á cabo, con algunas modificiones, entre el Czar y el emperador Napoleon. Hungria, emancipada del Austria, hubiera sido para el duque Constantino, y el Mediterráneo convertido en lago francés para el emperador. Rusia habria sido directa ó indirectamente dueña del Norte y del Este de Europa, y la Francia imperial del Oeste y del Sur. Al presente el convenio de los tres soberanos cambia la idea de la particion y de los límites, como he dicho, y el primer paso que se dará será el desmembramiento de la Europa Oriental y la guerra contra la Inglaterra y Prusia.

Declaro, no por conjeturas mas ó menos probables, sino por un conocimiento positivo del hecho, la existencia de este plan. Declaro que se discutió en Plombières y que las bases del convenio entre el emperador y el Czar relativas al Oriente fueron llevadas á Paris por la Roncière en su última mision un poco antes de la guerra de Italia. No falta en Europa quien sabe la verdad de lo que digo, y quien pudiera corroborarla; pero debo respetar su silencio, puesto que quiere guardarlo.

Los que hayan leido la carte que dirigí á Cavour, que se publicó el año pasado y algunos números del diario *Pensiero ed Azione*, saben que las revelaciones que les hice acerca de lo que ha sucedido últimamente, prueban la autoridad de las fuentes de donde saco mis noticias.

Un plan como el que acabo de manifestar supondrá para algunos, genio en Luis Napoleon. Para mí, solo revela una intolerable medianía, y la debilidad de los gobiernos europeos. A los que hicieron de Lafayette el héroe de ambos hemisferios porque era un hombre honrado que no podia comprarse con dinero, les contesté ha veinte años, diciéndoles que su exagerada fama probaba solamente, por desgracia, la inmoralidad que predominaba entonces en Europa. Los rápidos triunfos de Luis Napoleon me prueban tan solo la falta de una politica firme y honrada en los gobiernos europeos. Cuando por una parte no se encuentran sino planes ocultos, pertinacia y sagacidad para llevarlos á cabo, la mentira convertida en sistema y el poder absoluto, y por otra, dudas, miedo y la ausencia absoluta de una política fija ó de un acuerdo comun, el triunfar durante un cierto período no requiere la fuerza del genio.

Bastaba á Luis Napoleon, en esta última empresa, adivinar que los alemanes, entregados por una larga costumbre á la esfera del pensamiento, meditarian mucho, antes de obrar sobre la mision histórica del elemento

teutónico, sobre la doble parte que correspondía al Austria y á la Prusia, y sobre los derechos de los treinta y siete Estados que componen la patria comun; bastábale comprender que extraviada por una política materialista, ahora tradicional, por los torpes sectarios de la paz á toda costa, y por las disputas intestinas, no de principios, sino de partidos, la Inglaterra se resignaria, aunque agitadamente y agravando los peligros de su posicion, á la política de abnegacion que se llama neutralidad. El genio de Luis Napoleon es el genio del espíritu del mal. Incapaz de creer ni de comprender los principios del bien, ni los nobles instintos que animan á los individuos y á las naciones, posee el conocimiento de todas las formas del egoismo, de todas las malas tendencias, y de todas las bajas pasiones que pueden pervertir aquellos instintos. Como la serpiente tentadora, percibe el pecado ó las debilidades que conducen á él. No puede crear, sino destruir; en eso estriba todo el secreto de su poder. Una política franca y lógicamente moral lo derribaria pronto. La insistencia de la pobre y dividida Italia en querer su unidad, era suficiente para echar por tierra todos los planes dinásticos de Luis Napoleon.

La guerra es para el imperio una necesidad absoluta. El imperio no representa un principio como la libertad, ni una tradicion como la legitimidad, ni una fe como la teocrácia. El imperio representa un hecho, un poder creado por la usurpacion, y este hecho es necesariamente invasor. Esta fuerza no puede mantenerse sino por la accion, apropiándose la vida de los demás para robustecerse á sí propia. La gloria y el engrandecimiento de territorio son las únicas cosas que el imperio puede dar en cambio de la libertad. En el país donde la fuerza consiste en un jefe y un ejército, la guerra es la condicion normal de su existencia. Hacerse la ilusion de que el imperio es la paz, es dar un mentís á la historia.

Las alianzas del imperio no pueden formarse sino con el despotismo. Las alianzas se fundan en la identidad de principios ó de intereses. La existencia del imperio en Francia reclama el triunfo del imperialismo en Europa; por consiguiente, la alianza natural para Luis Napoleon es con la Rusia y el Austria, y lo seria con la Prusia si las provincias rhinianas destinadas por la tradicion imperial á pertenecer á la Francia, no se opusiesen á ello. Los hombres de Estado que aliaron á Inglaterra con el imperio, cometieron un error, é intentaron un imposible. Ante el movimiento ascendente del imperialismo, en presencia de una nueva santa alianza del despotismo, y á la vista de los peligros que amenazan á Inglaterra, á Prusia y á la libertad de Europa, la neutralidad inculcada como un deber por los hombres de Estado de la Gran Bretaña es, como lo es la alianza, y aun mas que la alianza misma, un error y un crimen.

Comprendo la neutralidad para la Suiza y para la Bélgica: son puntos estratégicos que, en caso de una guerra europea, es necesario proteger contra la invasion de cualquiera potencia, y cuya independencia han convenido mantener los gobiernos europeos. Pero la neutralidad en un estado de primer órden adoptada como una regla de conducta política, y sin reprocidad de parte de los demás Estados, no es mas que la abdicacion, el suicidio de aquel Estado.

Moralmente, la neutralidad es el abandono de toda funcion, de toda mision, de todos los deberes que deben llenarse sobre la tierra; es una mera existencia pasiva, el olvido de todo lo que santifica á un pueblo, la negacion del derecho comun de las naciones, el egoismo erigido en principio; es un ateismo político. Un pueblo no puede limitar su libertad de accion sin hundirse, sin negar los progresos de los cuales Dios le ha llamado á disfrutar. Políticamente la neutralidad de un Estado es su nulidad. Sin disminuir ninguno de sus peligros, condena á una nacion á tenerles que hacer frente en el aislamiento.

La historia nos señala los Estados á los cuales la neutralidad ha perdido, á Venecia por ejemplo; no hay uno solo al que la neutralidad haya librado de la guerra ó de la invasion. «Media via», decia Tito Livio, «quœ nec amicos parat, nec inimicus tollit.» Por inscribir una negacion en su bandera, una nacion no evita la muerte, sino que allega á ella la deshonra.

No hablo de una guerra de intereses contrarios, sino de una guerra de principios opuestos. A un lado está la bandera de la libertad, del derecho, de la verdad y de Dios; al otro la de la tiranía, del absolutismo, de la mentira y del espíritu maligno. En una parte se combate por la libertad del pensamiento, por la inviolabidad de la conciencia, por la union fraternal de los pueblos; en la otra, por destruir la libertad de pensamiento y de conciencia, por conquistas injustas, por el entronizamiento de la fuerza bruta como principio de gobierno universal. Y vosotras, naciones

libres y fuertes, vosotras que os declarais partidarias de la verdad y de la justicia, y que habeis repetido por espacio de diez y ocho siglos la fórmula del Cristianismo: «Todos los hombres son hijos de Dios, y por consiguiente todos hermanos»; vosotras decís: entre el bien y el mal permanecemos neutrales, espectadores indiferentes. Esta es la doctrina de Cain. Cualquier pueblo que la adopte ó la enseña no debe llamarse cristiano; este pueblo es prácticamente un pueblo de ateos ó de cobardes.

Cobarde y ateista fué la fórmula pronunciada por Casimiro Perrier, bajo el reinado de Luis Felipe.—*Chacun pour soi, chacun chez soi.* La neutralidad es la aplicacion práctica de esta fórmula.

La doctrina de la neutralidad, de la indiferencia entre los dos principios, libertad y despotismo, fué inaugurada por Canning en su discurso de 28 de abril de 1823. De esta fecha en adelante Inglaterra ha progresado en la senda que conduce al aislamiento. En el dia no cuenta un solo aliado, entre ninguno de los pueblos ni de los gobiernos, en quien poder confiar en la hora del peligro. Los gobiernos la consideran inútil para sus designios, en tanto que los pueblos la acusan de egoista.

¡Absurdo é inútil egoismo! La humanidad es una sola: su vida colectiva no puede destruirse con una teoría. Así como en el corazon de cada Estado hay una accion y una reaccion continuas entre clase y clase, entre ciudadano y ciudadano, que hacen el aislamiento imposible al individuo, la misma accion y reaccion existe entre Estado y Estado, entre pueblo y pueblo en la gran sociedad de la raza humana. No podeis renunciar á los beneficios de la comunidad, como no podeis evitar sus males; podreis permanecer pasivo; pero no prevendreis la actividad de los demás obrando sobre vos y modificando vuestras costumbres. Una alza ó baja de fondos en Viena ó en Paris se deja sentir en vuestros bancos y en toda vuestra vida financiera. Una guerra, una insurreccion, cierra ó paraliza vuestros mercados. No puede haber ninguna lucha larga en el continente sin que os veais obligados á tomar parte en ella. El pretexto de permanecer neutral no puede al fin salvaros de la guerra; no hace mas que dejar al enemigo la eleccion del terreno y de la hora. No; la neutralidad puede ser hoy dia el grito de una fraccion de hombres incapaces de grandes miras ni de grandes concepciones en la vida nacional; pero no puede ser la regla ni la política de ninguna nacion grande ni moral. La vida de una nacion no puede dividirse en dos partes; no puede representar la libertad en el interior y la indiferencia y el egoismo en el exterior; la vida en el interior y exterior son solamente dos aspectos, dos fases del mismo principio que es el alma de la nacion.

La Inglaterra no puede decir, me abstendré de intervenir en el bien, y dejaré que cada cual intervenga libremente en el mal. No puede negar su funcion en Europa y contemplar impasible el creciente poder del imperalismo austro-franco y del czarismo. Un terrible castigo le haria expiar tarde ó temprano el cobarde abandono del deber que Dios impone á las naciones, lo mismo que á los individuos.

El imperalismo es el peligro mas inminente de Europa; la Europa debe combatirlo y vencer ó morir en la lucha.

El imperialismo no puede resistirse halagándolo, empleando con él la diplomacia, esforzándose en detener ó limitar su accion con hipócritas alianzas ó concesiones condicionales. Debe hacérsele frente resueltamente. Si la Francia se convence de que el imperio es un hecho contra el cual nadie puede competir, si los pueblos se persuaden de que no hay apoyo para ellos en ninguna parte, la Europa está perdida.

No puede resistirse el imperialismo esforzándose en conservar los viejos tratados de 1815, irremediablemente violados en muchísimos puntos, y merecidamente condenados en los demás, ni sosteniendo obstinadamente al Austria destinada á perecer bajo el choque de las diferentes razas de que se compone, ni buscando una barrera contra el Czar en el imperio turco de Europa—el Este de Austria—que está tambien condenado á desaparecer bajo el poder de las razas cristianas que constituyen casi las siete octavas partes de su poblacion. El único medio de destruir el imperialismo, es aislarlo y arrancarle las armas con las cuales se prepara á conquistar la Europa.

Estas armas son el principio de naciolidad.

No tengo necesidad de insistir acerca del poder de un principio que está suficientemente probado por los hechos. Agitaciones, conferencias diplomáticas, insurrecciones, guerras, todo, desde la última cuarta parte de siglo, ha sido originado por este principio. Todos indican, como un axioma político, la necesidad inevitable de reformar el mapa de Europa. En las resucitadas razas que constituyen el Imperio turco en Europa, y en los inquie-

tos súbditos del imperio austriaco, reside el secreto del poder del czarismo. El sacudimiento de la aletargada Italia excitó á Napoleon á emprender la guerra lombarda, y la misma causa precipitó despues la paz de Villafranca. Sin un nuevo arreglo de Europa basado en las naturales tendencias de los pueblos, no hay paz ni asociacion fraternal posibles.

Luis Napoleon y el Czar intentan apoderarse, para sus fines particulares, de este principio. Es preciso arrebatárselo y las nacionalidades oprimidas no se verán forzadas, desesperando de los demás, á arrojarse á los piés del imperialismo.

Luis Napoleon y el Czar intentan sustituir la cuestion territorial á la de libertad. Es necesario que la Europa garantice la libertad á los pueblos.

Una liga, de la que forme cabeza la Inglaterra, que uniendo la Prusia, Alemania, Bélgica, Holanda, España y los demás Estados menores de Europa, se declare dispuesta á servir de garantía á la independencia y á la libertad de todos los Estados, en todo lo concerniente á sus asuntos interiores, y pronta á proteger aun por la fuerza de las armas esta libertad y esta independencia contra un invasor cualquiera, destruiria radicalmente los planes del imperialismo, libraria para siempre á los pueblos de sus seducciones, haria imposibles nuevas guerras emprendidas por la fuerza numérica, y aislaria el imperio condenándolo á luchar por su existencia en Francia.

Una liga semejante es no solamente posible sino fácil. Toda Europa está hoy asustada de las invasoras tendencias del imperialismo.

Respecto á la cuestion de Italia—cuestion de la cual depende hoy la guerra ó la paz de Europa—la liga podria decir al imperio: «Has hecho la paz con el Austria, han cesado pues todas las causas para que permanezcas mas tiempo en Italia. Has descendido de los Alpes para asegurar la independencia de este pais; pues bien, esta independencia requiere que se retiren los ejércitos extranjeros de la Peninsula: abandónala. Pocos dias antes de la guerra ofreciste que saldrias de los Estados Romanos luego que el Austria los abandonase. La condicion queda cumplida, deja á Roma. Deja que el pueblo de Italia, libre, solvente con sus propias fuerzas las cuestiones que desde medio siglo acá se vienen debatiendo entre él y sus gobiernos, entre la nacion organizada y Austria dueña de Venecia. Nosotros cuidaremos de que no vuelva á pasar el Mincio, la frontera que le has marcado con la paz.»

Esta es la única política digna de la Inglaterra. Solo con ella puede reanudar sus lazos fraternales con los demás pueblos, y elevarse á la altura de una mision europea, llenar su deber sin exponerse á graves peligros, y contener el movimiento usurpador del imperio. Si no lo hace así, la Inglaterra debe prepararse á combatir sola con él, primero en Turquía, y despues en sus mismas playas.—Lóndres, agosto de 1859.—*José Mazzini.*

XCVI.

Protesta de los toscanos partidarios de la dinastía de Lorena contra los actos del nuevo gobierno.

Ante Dios y los hombres.

Considerando que un partido que desde Turin extendia su accion á toda la Toscana, ha conspirado sin descanso, de diez años á esta parte, contra la soberanía y legitimidad de Leopoldo II;

Que los conspiradores, valiéndose de todos los medios de seduccion, han logrado desviar la opinion pública y seducir al ejército;

Que esta vasta conspiracion, perfectamente organizada, que habia establecido en todos los paises comités y afiliaciones, y disponia de crecidos fondos y de una prensa clandestina, ha mostrado sus resultados en la funesta jornada del 27 de abril, en cuya ocasion fueron violados con descaro los derechos sagrados de la soberanía en la persona del príncipe, violando en perjuicio propio esa misma libertad, que es el patrimonio de todo ciudadano, y ese sentimiento de honor al que todo hombre probo debe sacrificar gustoso su existencia;

Que á consecuencia de las violencias de que habia sido objeto, se vió el príncipe obligado á abandonar el territorio toscano con toda su real familia y dejar el pais en poder de los conspiradores;

Que deben considerarse como calumnias divulgadas con astucia, los rumores publicados por los periódicos de la faccion, relativos al pretendido proyecto de bombardeo de Florencia, rumores que carecen á la vez de verdad y hasta de verosimilitud;

Que en el ánimo de los buenos toscanos no extraviados ó seducidos por los conspiradores, vive imperecedero el recuerdo de la casa de Lorena, y principalmente de Leopoldo I,

ese príncipe filósofo y reformador, del excelente Fernando II, y del buen Leopoldo II, que, deseoso del bien público, consagraba toda su vida á las mejoras materiales y morales de su querida Toscana, de suerte que esa hermosa porcion de la Italia es deudora á la ilustre casa de Lorena de la prosperidad y progresos que ha alcanzado mas que ningun otro país de la Península;

Que es una imprudente mentira el sostener que la parte sana de la poblacion aborrece la persona de Leopoldo II y su familia, pues que á esta fraccion, para convertirse en mayoría, solo le falta poder formular libremente su opinion é ilustrar al pueblo acerca de las ilusiones y fraudes de que es víctima;

Que bajo el punto de vista moral, religioso y hasta económico, la fusion con el Piamonte que se trata de imponer á la Toscana, es á todas luces nociva y ruinosa;

Que la noble intencion manifestada por Su Majestad el emperador de los franceses de constituir la nacionalidad italiana por el único medio posible y practicable, esto es, por el lazo federal que uniria los varios Estados italianos entre sí, hallaria un obstáculo manifiesto en la absorcion de la Toscana por el Piamonte, formando este último un reino desproporcionado con respecto á sus confederados, ya por su posicion, ya por su espíritu invasor temible para todos, y en particular para el Estado pontificio y el reino de las Dos Sicilias, con los cuales se encontraria en abierta hostilidad;

Que ni esta razon ni otras muchas, de igual importancia para evitar la anexion forzosa al Piamonte, y la declaracion de destronamiento dictada contra la casa de Lorena, pueden ya exponerse públicamente, ni siquiera formularse en el interior de las familias, sin exponerse á un encarcelamiento ó destierro, y lo que es peor, sin riesgo de ser entregado al furor de un populacho ébrio y asalariado;

Que el gobierno, usurpado por los jefes de la conspiracion, se dispone á ejercer una presion indigna en las próximas elecciones de los diputados, para esta asamblea, que debe, segun dicen, formular los votos legítimos del país, pero que en realidad solo ha de servir de instrumento dócil para ratificar legalmente lo que ya tiene decidido desde hace tiempo la faccion, esto es, la anexion al Piamonte;

Que la parte honrada y moderada de la poblacion no goza de la libertad de la prensa, mientras se concede á la faccion una libertad sin freno; que se viola de esta suerte el principio fundamental del régimen representativo, y se bastardean las elecciones en su mismo orígen; que es injusto despejar á la poblacion honrada y laboriosa del campo, que constituye las tres cuartas partes del Gran Ducado, del derecho de votar, que se concedió en Francia á todos los súbditos para la eleccion de Napoleon III, y que por lo tanto, no podrá decirse que la Toscana está legítimamente representada en la próxima asamblea;

Por todas estas razones y otras que se expondrán á su debido tiempo á la Italia y al mundo,

Los infrascritos, ciudadanos toscanos, protestan solemnemente contra todo acuerdo que tienda á declarar el destronamiento de Leopoldo II y de su dinastía, y que ose decretar la fusion del Gran Ducado en el reino del Piamonte, pues semejante acuerdo no sería la expresion de los votos libres del pueblo toscano. Contra esta ilusoria deliberacion ya prevista, claman desde hoy, ante Dios, ante S. M. el emperador de los franceses, ante los príncipes y pueblos italianos, y ante todas las potencias del mundo; no habiendo podido por lo demás publicar el presente documento en Toscana, por hallarse el país en poder de una faccion dominante, falto de toda libertad y hasta en estado de sitio.

XCVII.

Exposicion de los venecianos al conde de Cavour.

Excelencia:

En 1848, en medio de los mas crueles sufrimientos, los pueblos del Estado de Venecia hicieron un espontáneo acto de fusion con el Piamonte.

Las desgracias de la guerra limitaron los efectos de semejante acto á la expresion de un simple deseo, pero este creció y se hizo mas ardiente durante los años sucesivos, años famosos por tal esclavitud que han hecho inextinguible el odio de los venetos hácia el gobierno austriaco y su amor hácia el Piamonte.

Irrecusable prueba de ese odio son los miles de jóvenes de todas clases que han abandonado su familia y su bienestar para exponer su vida en los campos de batalla contra el enemigo comun.

Prueba de ese odio son la generosidad y abnegacion de aquellos, que no pudiendo ser soldados, han arriesgado su libertad y dado su dinero para auxiliar á los valientes que se han alistado bajo las banderas del rey.

Prueba de ese odio ha sido la indignacion que estalló anteayer á la mas remota sospecha de que los preliminares de paz pudiesen tener por consecuencia el separar á los venetos de sus hermanos del Piamonte y de la Lombardía, sumiéndoles otra vez en sus antiguas miserias, bajo el yugo del Austria. Sea este yugo impuesto directamente por el gobierno austriaco, ó séalo por las manos de un archiduque, siempre bajo las guirnaldas de flores se ocultarán cadenas que bastarán para reducir á la nada la promesa imperial de la independencia italiana. Un lazo cualquiera entre la Italia y la casa de Habsburgo no puede ser para nosotros mas que un lazo de esclavitud.

Excelencia:

Los venetos se dirigen con confianza á vos, y por vuestra mediacion á su rey (así pueden llamarle ante Dios y ante los hombres), seguros de que ambos sabeis lo que desean y lo que esperan, lo que han hecho y lo que hacen, lo que han sufrido y lo que sufren todavía, y desde este supremo momento hareis cuanto sea posible á fin de obtener para los pueblos del Estado de Venecia la realizacion de un deseo y de una necesidad que datan de mas de diez años: deseo y necesidad que se confunden con el de la misma vida, y cuyo solo cumplimiento puede afianzar la paz de toda la Península.

El fuego de las revoluciones, siempre funesto y con frecuencia estéril, se halla oculto en Italia, y puede á cada instante ser causa de un terrible incendio. Si ha cesado la accion de las armas que podia impedir su explosion, solo existe un medio para atajar sus siniestras consecuencias, y es este el que defendais vos la causa de este pais en las discusiones europeas que han de decidir en breve de los destinos de Italia.

Excelencia, nuestra patria confia del todo su causa á la proteccion de nuestro leal é intrépido rey, á la sabiduría de vuestros consejos, á vuestro ardiente corazon, y á la conocida elocuencia de vuestros discursos.

14 de julio de 1859.

Los pueblos del Estado de Venecia.

XCVIII.

Protesta contra la paz de Villafranca presentada por los pueblos del Estado de Venecia á los embajadores de Inglaterra, de Rusia y de Prusia.

Excmo. Señor: Al saber lo pactado en Villafranca, gritos de dolor y de desesperacion se oyeron en los pueblos del Veneto.

Gran número de personas ilustres por su posicion y condicion, y miembros de municipios, tan luego como tuvieron noticia del suceso, se han sentido vivamente afectados contra aquel tratado, encargándonos presentar su vigorosa reclamacion al gobierno sardo y á los ministros de las potencias extranjeras residentes aquí, para invocar su ayuda y proteccion.

Nosotros os la presentamos, y nos permitimos unir tambien nuestras palabras.

Seria largo el contenido de la dolorosa historia de nuestras tristes vicisitudes: pero oidlo en compendio.

Venecia, por trece siglos independiente, débil de civilizacion en las tinieblas de la edad media, pero maestra en las artes y en las ciencias; que despues promovió la industria y el comercio, y fué baluarte contra la invasion y la barbarie otomana, que por tantos años amenazó la Europa; la Venecia, envuelta en el torbellino que enfureció el curso del siglo XVIII, fué injustamente borrada del número de las potencias.

¡No nos quedamos empero en aquel triste pasado!

El Congreso de Viena, desconociendo los méritos y los derechos de aquella ilustre república, sin oirla, y por la sola razon de la fuerza, la dió en esclavitud al Austria.

Aquí principia la prolongada série de la prepotencia de la opresion de que ha sido víctima.

Un gobierno extranjero, impuesto por las bayonetas, mal quisto de las poblaciones, no podia reinar sino con la violencia y la astucia, y la violencia y la astucia fueron los solos medios de su dominacion.

Las exacciones sin medida y á su placer, las persecuciones y las calumnias á los hombres de valía, los patíbulos y las cárceles á quien dejaba escapar entre sus labios una palabra de libertad y de independencia; la industria y el comercio encadenados en provecho de la industria y comercio de las demás partes del imperio; las ciencias que mas favorecen la libertad, con trabas ó vendidas; favorecidos el ocio y el vicio; quintas anuales; arrebataba á la poblacion la juventud mas robusta, sustraida á las artes, á la industria, á la agricultura, y enviada á las provincias mas remotas del imperio para oprimir en ellas otra nacionalidad; hé aquí, en pocas palabras, lo que es el gobierno austriaco.

Treinta y tres años de este inicuo tratamien-

to no han bastado, empero, á enfrenar y corromper un pueblo lleno de integridad y amante de su independencia.

El odio, encerrado al principio en los pechos, comenzó poco á poco á inflamarse. Si fué reprimido, se encendió de nuevo; y con el tiempo y lentamente creciendo, se hizo una hoguera en 1848, con tal ímpetu, que no pudiendo sofocarla los ejércitos austriacos, se acogieron á sus fortalezas.

Libres entonces los venetos se unieron por voto universal á sus hermanos del Piamonte y de la Lombardía; y en tanto que nuevos refuerzos aumentaban los ejércitos austriacos, y los italianos, abandonados á sí mismos, desamparados, nuevos en gran parte á las cosas militares, debieron sucumbir; pero cayeron protestando envueltos en su sangre y con las armas en la mano.

La resistencia de Udino, de Treviso, de Cadore y de Venecia, no vencida por el hierro y el fuego enemigo, y si por el hambre y la peste, dejaron ejemplos esplendentes del amor de los venetos á su independencia y de su odio inextinguible á la dominacion austriaca.

La Europa asistió impasible á nuestro sacrificio, y sin duda creyó en nuestra muerte. ¡Véase ahora como se ha engañado!

Sucumbimos en 1849 para resucitar y comenzar la lucha.

La sangre de los mártires y los padecimientos de los encarcelados daban nueva vida á la resistencia de los venetos.

Viendo que la crueldad no hacia efecto, se recorrió á los halagos. ¡Vanos artificios, porque los halagos fueron desdeñosamente rechazados!

Mientras tanto, una voz misericordiosa resonó del lado acá de los Alpes, al grito de dolor de la Italia: y aquella voz se propagó como una chispa eléctrica, é inflamó los pechos de la juventud veneta, que numerosa y escogida desafiando los peligros, corrió á participar de la dura vida del soldado.

Mas tarde, otra voz se oyó desde la Francia, que nos dice que la Italia ha de ser libre desde los Alpes al Adriático, y nuestra juventud se apresuró á inscribirse en el ejército sardo.

Nuestros jóvenes, llenos de amor patrio y fieles á su promesa, dieron una bella prueba en el campo de batalla. Muchos en Palestro, en Como, en Varese, en Razzate, en San Martino, encontraron la muerte de los héroes, consolados en sus postreros momentos con la esperanza de que su patria seria libre. ¡Qué engaño!

El yugo antiguo es en su lugar colocado otra vez sobre el cuello de la Venecia. No crea la Europa que Venecia pueda resignarse.

Ahora la ferocidad y el despotismo son mas insolentes que nunca. A los antiguos ultrajes se agregan nuevos ultrajes: las contribuciones se piden, no en razon de las facultades, sino en razon de las opiniones contrarias al gobierno: se arrestan personas honorabilísimas y se destierran sin formacion de causa....

Las casas se invaden por turbas licenciosas de soldados.... por todas partes terror y espanto.

¡Este es el estado de nuestras provincias!

Estas nuevas teas allegadas á la ira justísima de los venetos, traerán una guerra aun mas desencadenada contra nuestros enemigos. ¡Ah! sí, la Venecia volverá á ser la vanguardia si la Europa no viene en su ayuda; volverá, mas fiera é indómita que al principio, á sostener la lucha hasta que obtenga la independencia á que tiene derecho.

Hemos descrito los sufrimientos y relatado los propósitos de los venetos: ahora permitid que digamos una palabra en interés de la paz y del equilibrio europeo.

Hace cuarenta y cinco años que Italia está en revolucion, y que amenaza de continuo la paz de Europa. Para que prevaleciesen las torcidas ideas de los pactos de 1815, se fundó la Santa Alianza, donde el Austria tuvo el asentimiento de otras potencias para reducir á los pueblos de Italia, si hubiera sido posible, al silencio y á la quietud del sepulcro. Lo intentó en vano.

Se reconoció en el Austria la verdadera causa del mal, y se emprendió una guerra por Francia y el Piamonte para lanzarla de Italia.

La guerra terminó con la paz de Villafranca, que confirmó el dominio del Austria sobre la Venecia y sobre las fortalezas lombardas, el regreso del duque de Módena y del gran duque de Toscana.

A los males de Italia no se puso remedio; se mantienen las causas y se renuevan los efectos; y los pactos de Villafranca, si no se varian, suscitarán nuevas turbulencias y nuevas guerras.

Austria, quedando dueña de la Venecia y del cuadrilátero, con las influencias que le dan la fuerza del vasto imperio, del cual es señora, y sus relaciones de parentesco con los príncipes de Módena y Toscana, y los derechos que se arroga de su sucesion, con el

Concordato con Roma, el Austria, ya sola ó confederada, conservará sobre la Italia la preponderancia que fué la causa principal de la guerra, poco tiempo ha terminada. De este modo, si las cosas se llevan en los términos acordados en Villafranca, la suerte de la Venecia será empeorada, la paz amenazada por la revolucion, y el equilibrio europeo alterado. Una sola esperanza nos queda abtes de llegar á los medios extremos: la esperanza de que un congreso de las potencias pueda remediar la desastrosa paz de Villafranca, dando tambien la independencia al Veneto.

Os rogamos que sean trasmitidas estas nuestras palabras á vuestro gobierno, del cual esperamos que las atenderá por deber de humanidad, por observancia del derecho, y por mantener la paz y el equilibrio de Europa.

XCIX.

Carta dirigida por Su Santidad al obispo de Albano dando gracias á Dios por los beneficios de la paz.

Señor Cardenal:

Todo el mundo católico sabe cuales han sido en la presente lucha en Italia nuestros sentimientos, y que no hemos tenido respecto de Nos otra mira que el restablecimiento de la paz, con cuyo objeto hemos dirijido á todo el episcopado nuestras letras, invitándole á que hiciesen públicas rogativas para obtener del Dios de la Paz un don tan inmenso. Ahora que se ha alcanzado este don, os encargamos que prevengais á los fieles de esta capital del cristianismo, para que asistan á las solemnes acciones de gracias que se ofrecerán al Señor, que se ha dignado poner término al mas terrible de todos los azotes, la guerra. Cualesquiera que sean las consecuencias de esta paz, las esperemos con calma, confiando siempre en la proteccion que Dios se dignará conceder ahora y constantemente á su Vicario, á su Iglesia, y á la conservacion de los derechos de ambos. Por lo tanto, se recitarán las preces ordinarias al fin de la Misa, substituyendo á la oracion *Pro pace* la de *Pro gratiarum actione*. Nuestro deber es dar gracias á Dios por la paz obtenida entre las dos grandes potencias católicas beligerantes; pero es una verdadera necesidad continuar las preces en atencion á que diversas provincias del Estado de la Iglesia se hallan aun bajo el poder de los destructores del órden establecido, y porque en dichas provincias una autoridad usurpadora extranjera proclama en nuestros dias que Dios ha creado el hombre libre de sus propias opiniones, ya políticas ya religiosas, desconociendo de este modo las autoridades establecidas por Dios sobre la tierra, y á las cuales se debe obediencia y respeto, y olvidando igualmente la inmortalidad del alma que, cuando pase de lo transitorio á lo eterno, deberá dar cuenta especial de sus opiniones religiosas al Juez omnipotente é inexorable, y sabrá entonces, aunque sobrado tarde, que solo hay un Dios y una fe, y qué aquel que salga del círculo de la unidad será sumergido en el diluvio de las penas eternas.

Es por lo tanto indudable que conviene continuar orando á Dios para que se digne en su infinita misericordia restablecer la rectitud del alma y del corazon en todos aquellos que han sido arrojados de la senda de la verdad, y alcanzar que lloren, no sobre la matanza imaginaria y falsa de Perusa, sino sobre sus propias faltas y sobre su ceguedad personal. Esta ceguedad ha impulsado en estos últimos dias á una multitud de insensatos, la mayor parte israelitas, á arrojar violentamente de su santo retiro á una familia religiosa, y ha producido otros muchos males que afligen y despedazan el corazon. Pero la oracion es mas poderosa que el infierno, y todo lo que pidan á Dios los que se reunan en su nombre, será instantáneamente conseguido. ¿Qué pediremos? Que se conviertan y vivan todos los enemigos de Jesucristo, de su Iglesia y de la Santa Sede.

Recibid la bendicion apostólica que os enviamos de todo corazon.

En el Vaticano, á 15 de julio de 1859.

El Papa, Pio IX.

C.

Proyecto de Confederacion italiana.

Art. 1.° Todos los Estados de Italia, y en especial los Estados Pontificios, los del Rey de Cerdeña, el reino de las Dos Sicilias, el Veneto, la Toscana, Módena y Parma, formaran una Confederacion.

Art. 2.° Los Estados confederados llevan por objeto asegurar la conservacion de la independencia exterior y de la seguridad interior del conjunto de la Confederacion, y en particular de cada uno de los Estados confederados.

Art. 3.° Los individuos pertenecientes á la Confederacion son y continuarán siendo, como tales, iguales en derechos: en cuanto á

las ventajas y gravámenes inherentes á cada uno de los Estados, se señalarán unos y otros en proporcion de sus respectivos recursos.

Art. 4.° La presidencia honoraria de la Confederacion corresponderá al Papa, la presidencia efectiva la ejercerán alternativamente el rey de Nápoles y el del Piamonte. La Dieta tendrá sus reuniones en Roma.

Art. 5.° El Papa tendrá dos votos, Nápoles y el Piamonte tres votos cada uno: la Toscana y el Austria dos votos cada una: los ducados de Módena y Parma un voto cada uno.

Art. 6.° Todas las disposiciones orgánicas y todas las decisiones referentes á los principios constitutivos de la Confederacion habrán de ser votadas por unanimidad. En los demás casos las votaciones habrán de estimarse por la mayoria de las dos terceras partes de los votos, y serán obligatorias para todos los individuos de la Confederacion.

Art. 7.° Los Estados de la Confederacion se reservan el derecho de tratar individualmente con las potencias extranjeras, sin que puedan empero contraer ningun compromiso incompatible con las condiciones fundamentales del pacto federal.

Art. 8.° Los mismos Estados someterán sus mútuas desavenencias á la decision arbitral del Consejo de la Confederacion.

Art. 9.° Si el territorio estuviese amenazado por enemigos exteriores, los individuos de la union se comprometen colectiva é individualmente á cooperar á la defensa comun con todas sus fuerzas, suministrando su contingente al ejército federal.

Art. 10.° Los contingentes federales se formarán exclusivamente de tropas nacionales.

Art. 11.° Las fortalezas de Mántua, Plasencia y Gaeta quedan declaradas fortalezas federales. El Veneto proporcionará la mitad de la guarnicion de Mántua, el Piamonte la mitad del efectivo de la de Plasencia, y el reino de las Dos Sicilias la mitad de la guarnicion de Gaeta. Lo restante de la guarnicion lo proporcionarán los demás Estados confederados, en las proporciones que se determirán segun la fuerza de su contingente federal.

Art. 12.° Si ocurriesen desórdenes en el interior, cada uno de los Estados conferados tendrá el derecho de requerir la cooperacion de la Confederacion.

Art. 13.° Para asegurar la armonia de las miras y de los esfuerzos, los gobiernos aliados se comprometen á tomar por norma de conducta en su administracion interior los principios mas conformes al objeto de su alianza, y á emplear todos sus cuidados en mejorar las instituciones legales.

Art. 14.° Habrá instituciones municipales y provinciales fundadas en el principio electivo en cada Estado de la Confederacion, y se crearán Consejos con facultades para votar los impuestos y arreglar la administracion de la Hacienda.

Art. 15.° En caso de divergencia con el soberano sobre los derechos estipulados en los artículos anteriores, las partes interesadas en cada Estado podrán consultar la cuestion con el Consejo de la Confederacion, el cual adoptará los medios oportunos.

Art. 16.° En su primera reunion el Consejo de la Confederacion se ocupará en organizar las fuerzas militares y el sistema de aduanas.

CI.

CÁMARA DE LOS COMUNES DE INGLATERRA.

Sesion de 28 de julio de 1859.

Lord John Russell, despues de presentar varios documentos relativos á los negocios de Italia, se extiende sobre la situacion de las relaciones exteriores de Inglaterra.

Hubiera deseado, dice el ministro, al ver que se acerca la hora de cerrarse la sesion, diferir el dar á la cámara las explicaciones que le someto hoy sobre la situacion de nuestras relaciones con las potencias extranjeras, confiando poder anunciar al Parlamento antes de su prorogacion, que se ha adoptado un arreglo definitivo, ya por las demás potencias entre sí, ya entre otros gobiernos é Inglaterra; pero en la situacion actual de los negocios políticos, no me he creido con derecho para retardar estas explicaciones.

Antes de darlas diré que he visto con satisfaccion en el *Monitor universal* la decision del emperador de los franceses de poner en pié de paz sus ejércitos de mar y tierra, lo cual es un augurio de paz general. No entraré en pormenores sobre acontecimientos que no ignora la cámara. Ella sabe que la paz se ha hecho de un modo súbito é inesperado; sabe cuales han sido las razones que dió al principio el emperador de los franceses, esto es, que si la guerra hubiera continuado, sus límites se hubiesen aumentado considerablemente, y que hubiera tenido que combatirse á un tiempo en el Mincio y en el Rhin; y sabe igualmente los motivos que ha dado el emperador de Austria, y que consisten en que las potencias neutrales se proponian pre-

sentarle bases de mediacion menos ventajosas y aceptables que las condiciones de paz que podia obtener por medio de negociaciones directas.

Creo que las razones emitidas por ambos soberanos tienen cierto fundamento, porque nadie puede asegurar que los Estados alemanes no hubieran tomado parte en la guerra muy pronto, y porque es imposible decir si las potencias neutrales no hubieran interrumpido igualmente con bases de negociaciones de paz si hubiesen tardado mas los sucesos que han acontecido.

He de decir, sin embargo, en lo que concierne á las potencias neutrales, que creo que no se ha hecho entre ellas ningun acuerdo con este objeto; pero puedo asegurar que no se ha verificado arreglo alguno entre el gobierno de S. M. con Prusia ó Rusia ni mucho menos con Cerdeña.

En cuando á la mediacion de la Prusia en cooperacion con Inglaterra y Rusia, los periódicos alemanes han publicado el despacho que contiene la proposicion de la Prusia, y la respuesta del gabinete británico á esta proposicion forma parte de los documentos que he entregado á la secretaría de la cámara.

Aunque tengo motivos para pensar que aquellas circunstancias fueron de gran peso á los ojos del emperador de los franceses y del de Austria, existen otras razones que no tienen menos valor para ellos. Creo imposible que un soberano que no se haya encontrado jamás en un campo de batalla, deje de horrorizarse al ver mas de 40 mil hombres llenos de vigor y vida caer ante sus ojos muertos ó heridos; creo que este espantoso espectáculo produjo un efecto inmenso en el ánimo de Napoleon III, y que la misma impresion recibió el emperador Francisco José, y creo en fin que no hay motivo alguno para dejar de conocer que dos soberanos que siguen y defienden su política, y tienen en sus manos el destino de dos grandes imperios, pueden experimentar sentimientos de hombre.

El tratado de Villafranca de 11 de julio ofrece dos aspectos enteramente distintos. El primero se refiere á la cesion de la Lombardía por el emperador de Austria al emperador Napoleon, y la cesion de esta provincia por el segundo á la Cerdeña. Creo, en cuanto á esta cuestion, que nosotros, que no hemos tomado parte alguna en la guerra, no tenemos derecho á intervenir bajo ningun concepto, ya para comentar el tratado, ya para criticarlo.

Si el emperador de los franceses ha creido que habia sacrificado bastante sangre francesa y dinero, y que la continuacion de la guerra hubiera acarreado nuevas é inmensas pérdidas de hombres y dinero, creo que se ha justificado completamente con haber hecho la paz. Por otra parte, si al emperador de Austria le pareció que debia tomar en consideracion los sacrificios que tenia que hacer, y juzgó conveniente concluir la paz con la cesion de una de sus provincias, no creo que este arreglo sea capaz de turbar la Europa y de justificar la intervencion de las potencias extranjeras con tal objeto.

Pero es diferente el carácter del otro aspecto del tratado, porque se refiere á la organizacion futura de la Italia. Debo decir sobre este punto que el emperador de los franceses ha dirigido á Inglaterra una comunicacion en que establece que el congreso propuesto tenia por objeto discutir sobre todas las cuestiones producidas por la situacion creada en Italia á consecuencia del nuevo estado de cosas y referentes á los intereses generales.

El gobierno de S. M. no ha contestado á esta comunicacion inmediatamente despues de recibirla, considerando que se necesitaban dos cosas antes de tomar parte en las conferencias: la primera es tener noticia del proyectado tratado de Zurich, y la segunda que el emperador de Austria fuese una de las partes contratantes. Deben tambien ser objeto de consideraciones los puntos que se someterán al congreso. El tratado, tal como se supone en el dia, no conducirá probablemente á un arreglo de los negocios que en 1856 llamaron la atencion del embajador de S. M. en París, y que ocasionaron la malhadada guerra que acaba de tener lugar.

Se presenta una cuestion, á consecuencia de la opinion expresada por el emperador de los franceses, relativa á una Confederacion. Los artículos del tratado no dicen que deba formarse una confederacion; pero aun considerando la cuestion en sí propia, pareceria prematura; es cierto no obstante que podemos suponer que si la Italia, que durante tantos siglos ha sido la víctima de las contiendas de las potencias extranjeras, pudiera tener un gobierno y una organizacion que le fueran propios, si una federacion reuniera todos los Estados italianos en uno solo, la Italia seria bastante fuerte para resistir cualquiera agresion, y que la intervencion de las potencias extranjeras no seria para ella un peligro ni una necesidad.

Creo prudente este pensamiento, pero debo declarar al mismo tiempo que dudo que haya

llegado el momento en que pueda efectuarse semejante Confederacion. Para comprender á fondo la trascendencia de mi aserto, es preciso considerar las bases sobre las cuales se quiere establecer dicha Confederacion.

Segun el plan resuelto en Villafranca, el Papa seria presidente de la Confederacion y el emperador de Austria uno de sus miembros, dos archiduques formarian probablemente parte de la Confederacion, y la formarian igualmente el rey de Nápoles y el de Cerdeña. Conozco que una Confederacion formada de este modo seria un beneficio para la Italia, pero juzgo que en nuestra época debe tomarse en consideracion el exámen de un arreglo semejante.

La Cerdeña, como todos sabemos, y vemos con satisfaccion, goza hace algunos años de una constitucion y de todas las libertades que de ella dependen. ¿Cómo hemos de esperar, con el Papa por presidente de la Confederacion, el emperador de Austria como uno de sus miembros, y archiduques que le están unidos con lazos íntimos de parentesco y que naturalmente seguirian sus inspiraciones; cómo hemos de esperar, repito, ver apoyadas las miras que el gobierno piamontés podria emitir en el seno de la asamblea federal?

Examinad la cuestion de libertad religiosa, cuestion importante en ese pais y que siempre se ha considerado con grande interés en Turin y en todas las provincias del Piamonte. La libertad religiosa existe en todos los Estados sardos, en tanto que en Toscana se encuentra lo que se llama libertad de conciencia, y así como en Cerdeña no se molesta á los italianos que se han hecho protestantes, en Toscana no les es permitido reunirse para dedicarse al ejercicio de su culto. ¿Cómo acudirá en su auxilio la Confederacion y establecerá reglas sobre este punto? ¿Cómo se pondrán de acuerdo en esto los Estados que tengan ideas opuestas? ¿Qué harán el Papa por una parte y el emperador de Austria, que ha hecho un concordato con él, para adoptar la opinion emitida y practicada por la Cerdeña, de que la libertad religiosa es una de sus mas predilectas libertades?

Me parece por consiguiente, que aunque una Confederacion sea excelente para la Italia, el tratado de Villafranca contiene apenas las condiciones necesarias para formar en aquel país una union federal defensiva.

Pero existe además otro punto, cual es el de saber cómo se ejecutará el tratado, y en cuanto á este objeto se necesitarán explicaciones claras y completas antes que S. M. envie un representante á un congreso de las grandes potencias de Europa. Sabemos que se dice en uno de los artículos de ese tratado, muy breve y bastante ambiguo en sus términos, que los duques de Toscana y Módena volverán á sus Estados concediendo una amnistía general. ¿Cómo volverán á sus Estados?

El gran duque de Toscana se encuentra en una posicion muy análoga á la de un soberano que reinó en nuestro país. Reinó en virtud de una constitucion; la infringió y la rasgo; su pueblo le dirigió representaciones, se le exigió la abdicacion, y no cedió, pero huyó del país. Esta situacion es muy poco favorable para que regrese con el consentimiento y aprobacion de su pueblo.

Puede suceder, sin embargo, que el pueblo toscano, habiendo gozado durante muchos años de una gran felicidad bajo el benéfico reinado de Leopoldo I y de su descendiente, se contente con llamar al hijo del gran duque al trono que este ha abandonado; pero ya que entro en esta cuestion, debo decir, aunque no esté seguro formalmente del hecho, que estoy convencido de que el emperador de los franceses no abriga la intencion de emplear la fuerza, ni servirse de sus tropas para la restauracion del gran duque de Toscana.

Creo poder asegurar igualmente que el emperador de Austria no tiene ni ha tenido nunca intencion de emplear la violencia para restablecer á los dos archiduques en su trono, y hasta añadiré que si estuviera dispuesto á hacerlo, no lo consentiria el emperador de los franceses.

Si sucede así, là ejecucion del tratado presentará numerosas dificultades.

Es difícil y hasta dificilísimo saber cuál será el resultado de las deliberaciones del pueblo toscano, que debe reunirse muy pronto, y esta es la senda mejor que puede adoptarse, para tratar acerca de la constitucion que destruyó el gran duque. Luego que el cuerpo popular se halle reunido, se decidirá, como hicimos nosotros, sobre la cuestion de si debe recibir nuevamente el soberano que de tal suerte se ha portado, si ha de restablecerlo en el trono, ó elegir otro soberano.

El gobierno de la reina solo puede seguir una conducta: si los representantes del pueblo de Toscana se reunen y declaran (me apresuro á manifestar que los toscanos son prudentes y tranquilos) que solo hay una forma de gobierno bajo la cual pueden vivir felizmente, ¿cómo podrá el representante de S. M. B. apoyar una medida contraria á esta declaracion?

Diré lo mismo respecto del ducado de Módena. Unos dicen que el gran duque de Módena seria recibido en sus Estados en medio de aclamaciones, y otros que no pondrá los piés en ellos sino por la fuerza.

Será por consiguiente necesario pedir explicaciones sobre estos objetos, aun suponiendo que tomáramos parte en una conferencia, antes que esta se verifique.

Otra de las cuestiones que deberán tratar los preliminares, es la del gobierno temporal del Papa, cuestion la mas árdua para Italia hace muchos siglos. Diré sobre este punto que las proclamas del emperador de los franceses y del rey de Cerdeña durante la última guerra han acarreado un cambio en el gobierno de Bolonia. Esta ciudad, como nadie ignora, ha permanecido durante los diez últimos años en la obediencia con auxilio de una guarnicion austriaca que ha conservado el órden tanto en ella como en la provincia.

Un miembro de la cámara de los lores, lord Lyndhurst, enumeró en uno de sus discursos las personas sentenciadas á muerte por los austriacos bajo el imperio de la ley marcial. No dudo que una gran parte de aquellas personas, no diré todas, eran reos de robos ó de otros crímenes, pero ningun pueblo ve con gusto administrar la justicia criminal por un cuerpo de tropas extranjeras. La mejor ley marcial no debe aplicarse sino en casos extremos, y como un recurso enteramente excepcional.

He sabido que el cardenal legado partió en coche de Bolonia luego que la evacuaron las tropas austriacas. Nadie se ocupó de él, pero creyó no obstante necesario partir en el momento que salieron las tropas austriacas de la ciudad. Esto recuerda la contestacion que dió un dia un cardenal legado á una persona que le preguntaba cómo se hallaba el pueblo de la ciudad: «¡Oh! todo va muy bien, dijo; el pueblo se porta satisfactoriamente; pero en cuanto á los que por sus cargos dependen del Papa, ya no quedan aquí mas que el vicelegado y yo, aunque debo añadir que no estoy muy seguro del tal vicelegado.»

Pues bien: así se encuentra Bolonia desde que la evacuaron las tropas austriacas.

Sabemos que uno de los hombres mas queridos y respetados de la Italia, hablo del marqués Máximo de Azeglio, partió á Bolonia con una mision del rey de Cerdeña, y fué recibido con las aclamaciones de setenta mil personas. ¿Qué cambios habrán de introducirse en el gobierno de Bolonia para que pueda aceptarlos el pueblo italiano?

El emperador de los franceses y el de Austria dicen que han aconsejado al Papa que haga ciertas reformas indispensables, pero el Papa, que disfruta los derechos de un soberano independiente, ha dicho siempre: «Podré ser arrojado mañana de Roma y verme obligado á huir á la mas miserable aldea de Italia, pero conservaré mi autoridad allí, y mientras permanezca en tal punto dirigiré el gobierno segun me dicte la conciencia.»

Me aseguran que el Papa no es contrario á la Confederacion ni aun con el título de presidente, pero tiene en su avanzada edad escrúpulos que le impiden empeñarse eventualmente en la guerra, y piensa con razon que como vicario de Jesucristo no le corresponde ponerse á la cabeza de una Confederacion ofensiva.

Hé aquí algunas de las dificultades que ofrece la cuestion de la reunion de un congreso.

Tengo una satisfaccion en decir que el rey de Nápoles, aunque no haya hecho todo lo que podrian desear los amigos de las instituciones libres, ha principiado, sin embargo, á desviarse del sistema que desgraciadamente ha prevalecido durante la vida de su antecesor.

Se dice que entre las instituciones de su padre habia una cosa peor que los calabozos donde se encerraba á los desgraciados presos, y era una ley que se parece á la de los sospechosos bajo el régimen del terror mas que á ninguna otra de las que conozco. Únicamente en Nápoles se hallaban mas de 30,000 personas bajo la vigilancia de una policía despótica y tiránica, y me aseguran, que agregando las de las provincias puestas bajo la misma vigilancia, se llegaria á un número de 100,000 personas consideradas como sospechosas por la policía de Nápoles reinando el anterior monarca.

Estas personas no podian cumplir los deberes de su profesion, ni salir de su casa, ni hacer por consiguiente visitas en las de los demás, y eran continuamente espiadas por la policía que ejercia de este modo un poder arbitrario, un poder superior al que ejercia el mismo soberano.

Me complazco en saber que el rey ha principiado á desviarse de este sistema. La policía le ha excitado bajo este concepto, pero posee en el ministro que se ha elegido, esto es, en el príncipe Satriano, á quien conocemos mas con el nombre de general Filangieri, un hom-

bre firme y de un carácter invariable y conciliador, y creo que el reino de Nápoles mejorará considerablemente bajo la direccion de este ministro.

Voy á decir ahora que debe concluirse próximamente en Viena un tratado, y que ha sido enviado á esta ciudad un agente confidencial del gobierno francés para determinar las bases con el emperador de Austria. En cuanto me ha sido posible averiguar, creo que el emperador de los franceses tiene vivos deseos de que este tratado proporcione á los italianos el privilegio del *self-governement*, de que lo disfruten bajo un soberano mas bien que de otro cualquiera, ó que lo posean bajo una Confederacion en la cual entren dos ó tres poderosos Estados. Estoy convencido, y lo está igualmente el gobierno de S. M., de de que la existencia de un Estado ó de varios independientes en Italia contribuiria á la felicidad de Europa, y á alejar un gran número de los peligros resultantes de la lucha de las potencias hostiles en hermosas campiñas y fértiles provincias, y daria á la Europa una garantía para la paz futura.

No podré asegurar en este momento si habrá una conferencia ó un congreso; pero puedo decir con confianza que el gobierno y con mayor razon el Parlamento obrarian con poca prudencia si tomaran en esta cuestion una decision absolutamente perentoria.

No convendria al ministro de la corona decir que Inglaterra, despues de haber tomado una parte activa en todos los grandes negocios de Europa desde 1815, despues de haber tomado, como en la administracion de M. Canning, una parte activa en la formacion del reino de Grecia, y despues de haber tomado igualmente, bajo la direccion del noble amigo que se sienta á mi lado y que era entonces secretario de negocios extranjeros, una parte importante en la fundacion del reino de Bélgica y en su separacion de la Holanda; no convendria jamás, repito, al honor de este pais decir que quiere ahora bruscamente y sin motivo renunciar á asistir á esas reuniones y á esas asambleas de las diversas potencias de Europa, si existe una probabilidad de mejorar la suerte de Italia, de confirmar la paz, y de asegurar la independencia de los Estados italianos.

Al mismo tiempo el gobierno tiene que entregarse á algunas consideraciones antes de tomar parte en semejante congreso.

En primer lugar diré que seria muy poco digno el tomar parte en un congreso que no tuviese otro objeto que arreglar los pormenores del tratado. Declaro que no solamente nuestra intencion no ha sido limitarnos á representar un papel de esta naturaleza, sino que tampoco se nos ha hecho nunca proposicion alguna en este sentido.

El emperador de los franceses ha dicho siempre, y con razon, que Italia ha sido un foco de peligros y de revolucion, pero que estos peligros no podian evitarse ni ponerse á cubierto de las revoluciones, á no ser que las potencias de Europa consintiesen en un arreglo que fuese aprobado por el pueblo de Italia, arreglo que por su naturaleza fuera aceptable á todos los hombres razonables.

Siendo esas las miras del gobierno francés y de tal monta las dificultades que encontramos en el camino que debe conducirnos á tomar parte en el congreso, diré solamente, con el permiso de la Cámara, que si la Italia, tan bella bajo el punto de vista material, tan rica en hombres eminentes de todo género; que si este país, cuyo estado ha inspirado cantos de tristeza desde los tiempos del Petrarca hasta los de Leppardi, pudiese ser feliz; que si los talentos y genios que encierra pudiesen desarrollarse libremente; que si pudiesen, con las demás naciones, contribuir á asegurar el bienestar de esta parte del mundo, declaro que me congratularia de ello, y que lo mismo haria el gobierno en interés de la felicidad general de Europa.

CII.

Discurso leido en la sesion de apertura de la asamblea toscana por el baron Bettino Ricasoli, encargado del gobierno provisional.

Señores diputados de Toscana.

El gobierno siente un indecible placer al encontrarse entre los legítimos representantes del país, nombrados por los sufragios libres en una eleccion á la que ha presidido una concordia que haria honor á todo pueblo iniciado ya en las instituciones liberales.

En tan solemne ocasion, la Toscana no se ha desmentido á sí misma, y el gobierno se felicita por no haber confiado en vano en la cordura de los ciudadanos.

Nadie ignora nuestra posicion ni los votos que se exigen hoy de vuestra sabiduria; el gobierno no tiene por costumbre ocultar nada ni cubrir con artificio sus deseos políticos.

Cuando delibereis sobre la suerte de la patria, el gobierno considerará de su deber, proporcionaros cuantas noticias particulares

puedan servir para ilustrar las opiniones; mas antes de penetrar en el porvenir, demos una ojeada al pasado y al presente. La guerra nacional emprendida por el deseo de los italianos todos, y hecha posible por la generosa cooperacion del emperador de los franceses, ha derribado en Toscana una dinastia que reinaba en ella hacia mas de un siglo. Pero atiéndase á que dicha dinastia no ha sido expulsada, sino que por su propia voluntad prefirió seguir la suerte del Austria, con la cual la unian pactos de vasallaje, á satisfacer el sentimiento nacional. No ha habido violencia alguna; pero habiéndose el soberano declarado austriaco, y queriendo el pais permanecer italiano, cada uno ha tomado su camino.

Desprovisto el Estado de todo gobierno, la municipalidad de Florencia nombró un gobierno provisional que no tardó en ser reconocido por la Toscana entera. Las miradas y las afecciones todas se fijaron entonces en el rey magnánimo que guiaba al Tessino á los ejércitos libertadores, y fué espontáneamente proclamado dictador con autoridad suprema en los asuntos civiles y militares. Altas razones de Estado, no permitieron la aceptacion de la dictadura, pero bajo el protectorado del rey Víctor Manuel constituyose en Toscana un gobierno regular, el cual conservó la tranquilidad del pais, é hizole tomar parte en la guerra de la independencia.

Un comisario real ejerció el poder supremo en beneficio de todos; una consulta nombrada por él, asegurábale el apoyo de la opinion pública, y fuerte con semejante apoyo y colocándose al frente del pais en vez de establecerse á la zaga del mismo, el gobierno remedia el lastimoso estado de la hacienda, por medio de la emision de cédulas municipales, reforma las leyes y prepara la reorganizacion del Estado, sobre los principios de libertad. Las brillantes victorias de los ejércitos italo-franceses coronaron felizmente nuestra empresa.

Magníficas promesas, tales como se hacen siempre á los pueblos, elevaron muy alto las esperanzas de los italianos.

Una paz inesperada, motivada por razones poderosas que debemos respetar, en cuanto las ignoramos, frustró los proyectos y entristeció los corazones, si bien la solemne palabra del emperador de los franceses nos responde de que la causa italiana no será por ello abandonada. Con la paz cesaban los protectorados del rey; el comisario extraordinario debió salir de Florencia, dejando la autoridad en manos de los que hasta entonces la habian ejercido bajo su dependencia con tácito asentimiento de todos.

La partida del comisario fué un triunfo de gratitud y de esperanza; fué como la despedida de dos amigos que esperan volverse á ver. Los toscanos comprendieron perfectamente la razon de aquella marcha, y sin manifestacion alguna alarmante, se resignaron á aquel necesario abandono. En tanto, el gobierno nada habia omitido para investigar la suerte reservada á la Toscana, en virtud de los preliminares de Villafranca, y antes de que el emperador saliese de Italia, nuestro enviado le expresó nuestros temores y esperanzas, prometiéndole el emperador con francas y benévolas palabras los dos extremos siguientes:

1.° Que no habria intervencion armada:

2.° Que se atenderian los votos legítimamente expresados. El rey Víctor Manuel nos dirigió iguales consuelos, y al recomendarnos que conservásemos el órden interior para no proporcionar pretexto alguno á los ejércitos extranjeros, terminaba excitando á los pueblos de la Italia central á tomar ejemplo de él, que, encerrando su dolor en su corazon, expresaba con intrepidez el desenlace de los destinos de Italia.

Alentado por tan solemnes declaraciones, repetidas á nuestros delegados en Paris y en Lóndres, y no cediendo á tímidos consejos, el gobierno pensó desde luego en convocar la representacion nacional para que, intérprete de los públicos deseos, elevase su expresion legítima al emperador Napoleon, árbitro de la paz ó de la guerra, y á los potentados que se proponian organizar de un modo estable los asuntos de Italia. En tan solemne momento, la Toscana ha correspondido á lo que de ella se esperaba; pruebas de ello son el órden admirable que en las elecciones ha reinado y vuestra presencia en este sitio.

La guardia nacional, organizada en muy poco tiempo, ha protegido la santa libertad de las elecciones, así como protegerá la libertad de los votos que emitan los representantes del país. El gobierno, luego que pudo convencerse de que la suerte de la Toscana y la de toda la Italia Central, podia depender de nosotros, abrió negociaciones para establecer una liga militar, que reuniese las fuerzas de la defensa, y diese principio en Italia á la solidaridad nacional, sin la que habrian sido superfluos los esfuerzos de los Estados aislados, y si nuestro ejército no ha tenido la gloria de sufrir todas las fatigas de la guerra

sabrá dar valor á los votos de la Toscana, y sostener en caso necesario las últimas batallas de la independencia nacional.

Sin embargo, estas y otras medidas habrian sido vanas si el país no hubiese secundado al gobierno de un modo tan admirable: desde hace cuatro meses, la Toscana es regida por un gobierno que toma su razon de ser de la necesidad de las cosas, y que descansa en las fuerzas que le presta la opinion pública sin que jamás haya estado el país tan bien gobernado y unánime en medio de tantas tentaciones al desórden. Si los que nos sentamos en estos bancos, por cierto muy poco envidiables en estas criticas circunstancias, poseemos la confianza de nuestros conciudadanos, envanezcámonos con ella, en cuanto nos inspira resolucion para procurar el bien de la patria.

Al prestarnos su apoyo y al legitimar en lo posible nuestro mandato para el porvenir, la representacion nacional nos dará fuerza para mantener al país en una forma expectativa, lo que es tanto mas necesario cuanto que, en las circunstancias actuales, teniendo el valor de perseverar en una actitud que nos concilie el aprecio y el respeto de la Europa, confiamos que nuestros votos serán escuchados. De todos modos habremos cumplido con nuestro deber, y la posteridad no podrá dirigirnos acusacion alguna; pongamos de nuestra parte la razon y el buen derecho, y dejemos que la violencia realice su obra, si posible es; la violencia puede destruir, pero no edificar, y no seria una verdadera paz la que dejase subsistentes las causas de los conflictos entre los pueblos y los soberanos.

Señores representantes, no nos desalentemos por las reducidas proporciones de nuestro Estado; momentos hay en que es dado á los pequeños la realizacion de grandes cosas, y no olvidemos que mientras en este palacio, donde desde hace tres siglos no habia resonado la voz de la libertad, trataremos de los negocios de Toscana, nuestro pensamiento deberá abrazar á la Italia entera. La municipalidad sin la nacion es en el dia un contrasentido, y sin clamores, sin jactancia, proclamemos junto con los italianos lo que queremos ser. Si así lo hacemos, la Toscana dará un grande ejemplo, y al felicitarnos por haber nacido en esta parte de Italia, no desesperemos jamás del porvenir de nuestra amada patria, sea cual fuere el giro de los acontecimientos.

CIII.

Memorandum dirigido á las potencias europeas por el gobierno provisional toscano.

Las causas que han producido en Toscana el movimiento nacional de 27 de abril, y las circunstancias en medio de las cuales se efectuó el abandono del Estado por el príncipe entonces reinante y por toda la familia gran ducal, son harto conocidas para que sea preciso recordarlas aquí.

Lo que importa si dejar bien sentado, es la perfecta unanimidad de todos los toscanos en el sentimiento italiano, el órden admirable observado en tan calamitosos tiempos, el constante y digno acuerdo de todas las voluntades, así sobre el objeto deseado como sobre los medios para alcanzarlo. Y si por una parte nos ofrece semejante espectáculo, vemos por la otra una invencible obstinacion, primero contra los votos mas nobles y legítimos de la Toscana, y un desprecio mas tarde de estos mismos votos y de la opinion nacional, llegado al punto de buscar un asilo en el campamento de nuestros enemigos, y de combatir con ellos contra las armas italianas.

Estos hechos eran ya conocidos cuando llegó á Toscana la noticia de la imprevista paz de Villafranca; el país entero se conmovió a saberla, no solo porque en presencia de las grandes esperanzas concebidas la causa general de la Italia experimentaba un gran desengaño, sino tambien porque ciertos artículos del tratado inspiraron el temor de una restauracion en Toscana de la dinastía de Lorena.

Los hombres mas tranquilos y versados en los negocios políticos procuraron calmar la ansiedad general, recordando las generosas simpatías del emperador Napoleon III hácia los pueblos italianos, y sus nobles palabras relativamente al respeto de sus legítimos votos, concluyendo de aquí ser absurdo el temor de que el gobierno francés que, con la participacion en la guerra que emprendiera del ejército toscano á las órdenes de un príncipe imperial, habria sancionado la deposicion de la dinastía de Lorena sancionando el movimiento que la derribara del trono, quisiese luego verificar una restauracion por medio de la fuerza ó tolerar que los demás lo verificasen. Estas prudentes palabras fueron escuchadas, y el país recobró la mas completa calma.

Todos sintieron renacer su confianza en los destinos de la patria, pero no por ello habia

de ocultarse que nuestra futura suerte se hallase sometida á tanta incertidumbre. Con la paz cesaba el protectorado de S. M. el rey de Cerdeña, y el comisario extraordinario abandonó Florencia trasfiriendo la autoridad suprema al ministerio, del mismo modo que el gobierno provisional se la habia trasferido por su decreto de 11 de mayo.

En tan graves circunstancias, el gobierno de la Toscana se penetró inmediatamente del deber y de la necesidad de convocar la representacion nacional. La Constitucion de 1848 representaba de un modo incontestable el derecho público de la Toscana, en cuanto no podia dudarse de la ilegalidad del decreto gran ducal de 1852 que la aboliera por medio de un golpe de Estado. Decidióse, pues, proceder á las elecciones segun lo dispuesto en la ley de 3 de marzo de 1848, ley que muy lata y liberal en la época en que fué decretada, se habia convertido en mas liberal aun á consecuencia del aumento sucesivo de la cuota de familia que habia aumentado considerablemente el número de electores. Dicha ley ofrecia además la ventaja, de que emanando del gobierno gran ducal, los partidarios de este, así en el interior como en el exterior, no podian acusarla de dar resultados en desacuerdo con el verdadero estado de la opinion pública.

Tantas y tan graves consideraciones determinaron al gobierno de la Toscana á convocar la Asamblea conforme con los términos de la ley electoral de 3 de marzo de 1848, y á decretar otra nueva. Desde entonces fué para unos motivo de temor, y de esperanza para otros ver á un pueblo que habia perdido desde mucho tiempo la costumbre de todo acto de la vida política, y que debia realizar uno tan grave en medio de circunstancias capaces de excitar las mas vivas pasiones, haciéndole sucumbir á la prueba. El pueblo toscano, empero, la sufrió, dando un solemne testimonio de patriotismo y buen sentido.

El órden mas admirable, la enorme afluencia de electores, la concordia que reinó en las elecciones, el nombramiento de los representantes, que son por diversos títulos la ilustracion del país, demostraron con elocuencia á la Europa que la Toscana es digna de la libertad que de su justicia reclama.

La Asamblea nacional, regularmente convocada, regularmente reunida y deliberando regularmente, ha emitido dos votos que en sustancia solo forman uno, en cuanto reunidos llenan el objeto para que fué convocada la Asamblea, esto es, la organizacion definitiva del país.

Por el primer voto se declaraba irrevocablemente terminado en Toscana el reinado de la dinastía austro-lorena.

Por el segundo manifestábase que la voluntad del pueblo toscano era formar parte de un poderoso reino italiano bajo el cetro constitucional del rey Victor Manuel II.

Creemos necesario hablar separadamente de cada uno de ellos, demostrando no solo el pleno derecho que tenia para emitirlos la Asamblea nacional toscana, sino tambien las poderosas razones de interés político que recomiendan su aceptacion á la prudencia de todos los gobiernos.

Que la Toscana abandonada á sí misma y dejada sin gobierno, tuviese el derecho de atender á su propia administracion y de elegir un gobierno conforme con sus sentimientos é intereses, es una verdad tan elemental que puede precindirse de toda demostracion. Basta citar á este fin una autoridad que en el caso presente no puede suscitar objecion alguna, la del mismo gran duque Leopoldo II. En su decreto de 12 de mayo de 1848, motivado por la agregacion á la Toscana de las provincias de Massa, Carrara, Garfagnana y Lujignana, aquel príncipe proclama solemnemente el principio que aquí invocamos, y lo hace fundándose en los mismos hechos y en las mismas razones.

Los sentimientos hostiles de un soberano contra el país que gobierna constituyen, segun el derecho público de todas las épocas y de todos los pueblos civilizados, una causa de las mas graves para privarle de los derechos de soberanía, proteccion tutelar extendida sobre un pueblo, no el odio y la guerra contra él. Muchas son las pruebas de los hostiles sentimientos de la dinastía de Lorena contra la Toscana. El Belvedere, el asilo buscado en Austria durante la guerra, y la batalla de Solferino, los proclaman bastante alto para que renunciemos, movidos por un sentimiento de moderacion, á insistir mas en este punto. ¿Qué diremos en fin de la fe violada llamando al país á la soldadesca extranjera, y destruyendo, con la abolicion del estatuto, el pacto fundamental que obligaba al príncipe y al pueblo?

Si el derecho de los toscanos para rechazar el gobierno de la dinastía de Lorena es incontestable, no son menos evidentes las razones de interés político, no solo en sí mismas, sino tambien en lo que tocan á la tranquilidad general de la Italia y del mundo, que aconsejan imperiosamente á todos los gobiernos europeos sancionar los votos de la

Toscana. Las consecuencias de una restauracion de la dinastía lorenesa serian políticamente tan fatales, que no hay hombre de Estado que las considere sin espanto.

La conducta y las tendencias de la dinastía de Lorena durante el último período decenal, y sobre todo los hechos sucedidos desde el principio del año hasta hoy, han elevado entre ella y la Toscana una barrera insuperable. Si no hubiera en la Toscana un soberano de la dinastia caida, lo haria sin duda alguna con profundos é insensibles sentimientos de rencor contra el pais entero, comprendiendo en su aversion à las clases todas de la sociedad desde las mas elevadas hasta las mas humildes.

El pais lo sabe, y contestaria á tales sentimientos con sentimientos mas hostiles aun. Por una parte una profunda animosidad, por otra una inextinguible desconfianza, tales serian los lazos que unirian á los gobernantes con los gobernados, sin contar que los odios y las divisiones personales harian todo gobierno imposible. La Toscana se convertiria en foco permanente de la revolucion, y reduciria la paz de Italia á un hermoso ensueño. ¿Dónde estaria la fuerza del gobierno restaurado, y dónde su apoyo? ¿dónde encontraria la autoridad y los medios de gobernar?

En todos los países en que se temen agitaciones revolucionarias es el ejército el defensor natural de la tranquilidad pública y el escudo del gobierno; pero en Toscana, el ejército, mas que otra clase alguna de ciudadanos, se halla comprometido respecto de la dinastia de Lorena; él, mas enérgicamente que todos, ha manifestado su reprobacion por la conducta antinacional de aquella dinastía, y él, mas que nadie, ha contribuido á su caida. Sabido esto, fácil es apreciar cuáles serian las tendencias y el espíritu del ejército toscano, viéndose obligada la dinastia á recurrir á tropas auxiliares, á la intervencion extranjera. Entonces empezaria otra vez con mas terrible intensidad aun la série de violencias por una parte, de conspiraciones revolucionarias por otra, de opresion y de venganza, que han atraido sobre la pobre Italia la atencion del mundo, haciendo comprender la necesidad de aplicar un remedio á tantos infortunios.

Conviene observar que si la fortuna de la guerra ha obligado al Austria adherirse á la paz de Villafranca, no la aceptará jamás de buen grado ni sinceramente. Espiará siempre la ocasion, ya de recobrar la Lombardía, ya de recobrar su antigua posicion en el resto de Italia, aprovechando con este objeto cuantas complicaciones europeas se presenten. Los periódicos mas adictos al gobierno austriaco no vacilan en revelar tales proyectos, y si esto sucediese la Italia deberia y querria hacer de nuevo un grande esfuerzo nacional para conservar las conquistas debidas al valor de los ejércitos franco-italianos, á las hazañas del rey Victor Manuel, y á la eficaz y generosa cooperacion de S. M. el emperador de los franceses. Con una dinastia austriaca en Toscana, nos hallariamos otra vez en 27 de abril, y nadie puede pretender que un país aventure cada instante sus destinos y su prosperidad en una continua alternativa de revoluciones y restauraciones. La cuestion que se agita actualmente entre la Toscana y la dinastía de Lorena queda reducida á estos términos: Saber si el vencido puede imponer la ley á los vencedores; si un pueblo civilizado que ha dado pruebas de todas las virtudes cívicas deberá ser sacrificado á los que se hallan dispuestos á despreciar esta última; si la ambicion y el interés de una familia deberán prevalecer contra el interés y la voluntad de dos millones de hombres. Decidanlo la Europa y la conciencia pública.

El gobierno de la Toscana, aunque no posee en este momento las comunicaciones diplomáticas, no ignora que se dá grande importancia en cierta esfera á una supuesta abdicacion de Leopoldo II y á un programa de su hijo Fernando, conteniendo promesas de instituciones liberales y de politica italiana. En esta abdicacion y en estas promesas fúndanse principalmente los consejos de un gobierno amigo para que no se niegue por mas tiempo la Toscana á la restauracion de la dinastía caida. Para ceder á semejantes sugestiones, seria preciso que la Toscana olvidase la historia de estos últimos tiempos, y tantas violaciones de la fe jurada; seríale preciso olvidar que la antigua dinastía se hallaba del todo enfeudada á los intereses y á las pasiones del Austria, hasta el punto de ser incompatible con los sentimientos y los intereses del país; seríale preciso olvidar igualmente la presencia en Módena del mismo archiduque Fernando, quien, poseido de impaciencia y de ansiedad, esperaba en aquel punto el resultado de la batalla de Magenta para volver á Toscana al frente de los austriacos á ser la batalla ganada por estos. Seria preciso en fin que el nombre de Solferino desapareciese de las páginas de la historia.

Singular ejemplo por cierto de moralidad pública! un príncipe que busca un asilo en el campamento de los enemigos de su país, que combate contra él, y que despues de vencidos los aliados que eligiera, dice á aquellos á quienes combatia y cuya derrota deseaba: Ahora estoy con vosotros. El sentimiento de su seguridad lo mismo que el de la dignidad recíproca no puede permitir á la Toscana acceder á tan humillante capitulacion, arrancada á la derrota y fruto de un tardío arrepentimiento.

Al trazar este rápido cuadro de las consecuencias que produciria en Toscana una restauracion, nos hemos abstenido de considerar la hipótesis de que pudiese aquella efectuarse por medio de una intervencion extranjera; y hemos obrado así porque promesas emanadas de una elevada autoridad que han llegado á nosotros por diversos conductos, nos garantizan la imposibilidad de semejante desgracia, porque despues de los acontecimientos que se han sucedido en Toscana en el espacio de cuatro meses, una intervencion extranjera para restablecer por la fuerza de las bayonetas á un archiduque austriaco en su trono italiano, seria un acto tan monstruoso que el mero hecho de ocuparse de él, es no solo un absurdo, sino una injuria gratuita á un gobierno amigo y aliado.

El gobierno de la Toscana no ignora que rechazado ó excluido como imposible el medio de las intervenciones, hay hombres que creen poder alcanzar por otra via el mismo resultado. Con esta idea, háblase de no reconocer el voto de la Toscana y de abandonarla á sí misma hasta que su estado de incertidumbre política y las consecuencias de la misma hayan producido de un modo ú otro la restauracion deseada. Pero, ¿seria esto un acto de justicia? ¿Seria un acto de buena política? Convencidos estamos de que este plan no daria resultado alguno, porque la Toscana no habia de faltar á lo que se debe á sí misma, y permaneceria unida, tranquila y disciplinada; pero si por desgracia sucediese lo contrario, ¿es seguro que la agitacion de la Toscana no habia de propagarse á otras partes de Italia, siendo el origen de nuevas y terribles complicaciones? Acaba de terminar una guerra sangrienta emprendida para devolver á la Italia su tranquilidad y extinguir un foco de incesantes peligros para la paz de Europa; ¿y cómo es posible que con la situacion revolucianaria de un país italiano se pretenda conservar las cosas en un estado que encerrase en sí mismo el gérmen y la razon necesarias de nuevos trastornos? La Romanía, las provincias de Módena y de Parma se encuentran en una posicion semejante á la nuestra, y á ella se aplicaria igual sistema.

Tendríamos, pues, si llegase esto á realizarse, que en el centro de la Italia, habria cuatro millones y mas de italianos agitados por turbulencias revolucionarias, mientras que la Europa asistiria indiferente é impasible á semejante espectáculo. Y si en oprobio de ese sistema, obstinábanse los pueblos en no llamar á los príncipes destronados, y convertiase en anarquía el desórden, ¿qué haria la Europa? ¿Dejaría á la anarquía que se entregara á todos los excesos y á los pueblos á que se despedazasen entre sí? ¿Intervendria? Y en este caso ¿quién intervendria? ¿El Austria? ¿La Francia? ¿las dos juntas? cada una de estas hipótesis es una imposibilidad política, de modo que el gobierno de la Toscana confiando en la prudencia y equidad de las grandes potencias, tiene la firme conviccion de que despues de pesar con sangre fria el sistema de que se trata mas arriba, y de considerar sus inútiles y desastrosos efectos, convendrán todas en que no es practicable.

Sin embargo, al declarar por unanimidad que el reinado de la dinastía Austro-Lorena habia terminado en Toscana, la Asamblea nacional no habia cumplido enteramente su mandato, en cuanto semejante voto no bastaba para la organizacion definitiva del país. Por esto emitió un segundo voto, unánime como el primero, declarando que la voluntad de la Toscana era formar parte de un poderoso reino constitucional bajo el cetro del rey Victor Manuel. Las representaciones municipales, intérpretes del público deseo, habian emitido en época muy reciente un voto conforme en todo al de la Asamblea.

Las deliberaciones municipales relativas á este asunto pertenecen á 225 municipalidades, en las cuales van comprendidas las ciudades de Florencia, de Liorna y las mas importantes de la Toscana; y para dar una idea de la inmensa mayoría que tal combinacion ha reunido, basta decir que en 1350 votos ha habido 1297 en pró y solo 53 en contra. Así pues el voto de la Asamblea nacional tiene ya, como expresion de la opinion pública, un precedente que revela toda su importancia y todo su valor. Muchas y poderosas razones lo han dictado; muchas y poderosas razones recomiendan su sancion á la sabiduría de la Europa.

El carácter principal ó por mejor decir único y exclusivo del movimiento italiano de 1859

es el sentimiento de la nacionalidad, y esto es tan cierto que ninguna cuestion de forma gubernamental interior ha turbado esta vez, como sucedió por desgracia en 1848, el ardor de los italianos en la conquista de la independencia nacional. Todos los pueblos italianos por el contrario, aplaudieron la restriccion momentánea de las libertades constitucionales en el Piamonte, creyendo útil tan prudente medida para la buena direccion de la guerra, objeto de todos sus pensamientos.

El voto emitido por la Asamblea toscana en su sesion de 20 de este mes, ha sido inspirado ante todo por el mismo sentimiento de nacionalidad, y con el objeto de satisfacerlo. Cuando el Austria conserva una fuerte posicion en Italia, cuando esta posicion puede hacerse mas terrible aun á establecerse la confederacion de que se trata en los preliminares de Villafranca, la necesidad de constituir en Italia un Estado poderoso, lo mas poderoso posible, en las circunstancias actuales, es manifiesta para todo el mundo. Es por una parte una necesidad de defensa, y por otra una necesidad de equilibrio, sin la cual no seria posible la confederacion propuesta; y claramente resulta que esta idea de adhesion á la causa nacional y de prevision patriótica, ha tenido grande influencia en el voto emitido, y se encuentra en todos los ánimos, así en la asamblea como fuera de ella, en cuanto el número de partidarios de la union de la Toscana al Piamonte ha aumentado considerablemente despues de la paz de Villafanca.

Mientras duraba la guerra y se alimentaba la esperanza de que el reino de la Italia superior, arrojados los austriacos de toda la Península, habria visto aumentada su fuerza con la del Estado de Venecia, la autonomía toscana tenia sus defensores, que ahora han desaparecido. ¿Por qué? En Toscana la idea italiana domina á todas las demás, y si hay alguien que se halle dispuesto á reconvenirnos por ello, recuérdese que si en las actuales circunstancias hubiese la Toscana manifestado aspiraciones contrarias, los mismos que califican nuestro voto de excesivo, nos habrian echado en cara nuestras antiguas rivalidades municipales, nuestras contiendas de pueblo á pueblo, deduciendo de ahi que los italianos son incorregibles ó indignos de formar una nacion.

Hemos dicho que reforzar al Piamonte es al propio tiempo una necesidad de defensa y una necesidad de equilibrio, y esto además de ser verdad en interés italiano, lo es tambin en interés europeo. Mientras el Piamonte no sea bastante fuerte para oponer al Austria una formal resistencia, el Austria estará siempre dispuesta á atacarle; los últimos acontecimientos deben haber robustecido el sentimiento de antigua hostilidad, y la Europa habrá de temer siempre una nueva lucha en Italia, capaz de comprometer la paz del mundo.

La necesidad de aumentar la fuerza del Piamonte, aparece claramente como condicion de equilibrio en interés europeo, considerando el caso de realizarse la confederacion proyectada en Villafranca. Conocidas son las tendencias de Roma y de Nápoles, y si el Piamonte no pudiese arrojar un gran peso en el otro platillo de la balanza, el Austria aliada con aquellos dos gobiernos, puede ser algun dia dueña de la confederacion, y disponer en un momento dado, de todas las fuerzas de la Italia añadidas á las suyas propias. En este caso, no se trata ya de equilibrio italiano sino de equilibrio europeo. ¿Pueden aceptar la Francia, la Prusia y las demás potencias europeas la posibilidad de semejantes peligros?

Despues de tantas agitaciones y de tanta incertidumbre, la Toscana desea ardientemente la tranquilidad y la mas sólida garantía para alcanzarla en su union con el Piamonte, pues así como está ya fuera de duda que semejante union es conforme con el deseo de todos, ó de casi todos los toscanos, lo está tambien que la satisfaccion universal hará imposible todo desórden. El estado de perpétua agitacion mas ó menos latente que en varias provincias de Italia ha durado y dura aun por desgracia, como en efecto en algunas de un profundo disentimiento entre los pueblos y los gobiernos, desaparecerá del todo en Toscana, luego que esta vea su suerte asegurada en manos de un rey poderoso y leal, que posee su entera confianza y gratitud, lo mismo que las de todos los pueblos italianos.

Privar á los toscanos de los beneficios que podria reportarles formar parte de un gran Estado, seria faltar á la justicia y á la prudencia.

Los hechos han demostrado que fuera de las grandes agregaciones no puede haber para los pueblos el progreso moral y material, que es uno de los caracteres distintivos de la civilizacion moderna; la Toscana ha hecho bastante en favor de la civilizacion del mundo para tener el derecho de no ser excluida ahora del goce de los mismos beneficios. No poseer ejército, ni marina, ni diplomacia; tener un comercio lánguido y una industria

mas lánguida aun; estar privado del movimiento científico y artístico, tal es en el siglo XIX la condicion de un país reducido á estrechos límites.

¿Con qué derecho, y con qué justicia se pretende imponer á la Toscana semejante suplicio? Podríamos enumerar aquí otros y considerables beneficios que la Toscana se promete con fundamento de su ingreso en un Estado importante, y la Europa obraria cuerdamente no ahogando tantos gérmenes de progreso moral y de prosperidad material, en cuanto la benéfica solidaridad que la marcha de los tiempos ha creado en todas partes haria que las naciones todas se aprovechasen de aquellos.

La Asamblea toscana al emitir estos votos, y despues de expresar los particulares motivos de esperanza que la inducian á creer que serian acogidos y secundados por las grandes potencias, ha confiado al gobierno el cuidado de emplear los medios mas eficaces para conseguir su realizacion. El gobierno, alentado por iguales esperanzas, ha aceptado de buen grado tan importante comision.

Como la Asamblea, confia en que el rey valeroso y leal que tanto ha hecho por la Italia, y que ha protegido con tanta benevolencia la Toscana, no querrá rechazar el homenaje de gratitud y fidelidad que un país entero le ofrece en interés de su propia dicha y de la patria comun:

Confia en la justicia y en la alta sabiduría de la Francia, de la Inglaterra, de la Rusia y de la Prusia.

El magnánimo emperador de los franceses, que ha tomado con tanta generosidad la defensa de un pueblo oprimido, que ha dicho y probado con gloria que se le encontraria donde hubiese una causa justa que defender; la prudente y liberal Inglaterra; la Rusia, cuya política elevada y llena de grandeza es en el dia la admiracion de Europa; la valerosa Prusia, que representa tan noblemente en Alemania el principio de la nacionalidad, no querrán desconocer el derecho de un pueblo tranquilo y unánime que no exige mas que atender á sus propios destinos del modo que cree mejor para su seguridad y su dicha.

Si la justicia humana nos abandonase, defenderíamos contra toda agresion y por todos los medios los derechos y la dignidad del país; y si los acontecimientos nos fuesen contrarios, cabríanos á lo menos el consuelo de pensar que todos, pueblo, Asamblea y gobierno, hemos cumplido con nuestro deber sin debilidad y arrogancia. La conciencia pública y la historia juzgarian de qué parte se hallaban el derecho, la prevision civil, la moderacion, y dónde se encontraban la injusticia, la ceguedad y el abuso de la fuerza.

Florencia, 24 de agosto de 1859.

El presidente del Consejo de ministros, ministro del interior.

RICASOLI.

El ministro de instruccion pública, ministro interino de negocios extranjeros.

C. RIDOLFI.

El ministro de justicia y de gracia.

E. POGGI.

El ministro de hacienda.

R. BUSACCA.

El ministro de negocios eclesiásticos.

SALVAGNOLI.

El ministro de la guerra,

CAVERO.

CIV.

Artículo inserto en el *Monitor* francés en su número del 9 setiembre de 1859.

Cuando los hechos hablan por sí mismos parece inútil á primera vista su explicacion; sin embargo, cuando la pasion ó la intriga desfiguran las cosas mas sencillas, se hace indispensable restablecerlas en su verdadero carácter á fin de que todo el mundo pueda apreciar justamente la marcha de los acontecimientos.

En el mes de julio último, cuando los ejércitos franco-sardos y austriaco se hallaban unos delante de otros entre el Adiger y el Mincio, las probabilidades de triunfo eran casi iguales por ambas partes; pues si el ejército franco-sardo tenia por él la fuerza moral de las victorias obtenidas, el ejército austriaco era numéricamente mas fuerte y se apoyaba no solo en temibles fortalezas, sino tambien en la Alemania entera, dispuesta á hacer suya la causa del Austria á la primera señal. A realizarse esta eventualidad, el emperador Napoleon se habria visto obligado á retirar sus tropas de las márgenes del Adiger para trasladarlas al Rhin, y desde aquel momento, la causa italiana, por la cual se habia emprendido la guerra, quedaba si no perdida, muy comprometida á lo menos.

En tan graves circunstancias, el emperador creyó ventajoso para la Francia, en primer lugar, y para la Italia despues, la celebracion de la paz, con tal de que las condiciones de la misma fuesen conformes al programa que

se habia impuesto, y útiles á la causa que queria servir.

La primera cuestion era saber si el Austria cederia por medio de un tratado el territorio conquistado; la segunda, si abandonaria lealmente la supremacia que adquiriera en toda la Península; si reconoceria el principio de una nacionalidad, admitiendo el sistema federativo; si consentiria en fin en dotar al estado de Venecia de instituciones que hiciesen de él una verdadera provincia italiana.

Respecto al primer punto, el emperador de Austria cedió sin oposicion el territorio conquistado, y respecto al segundo, prometió grandes concesiones para el estado de Venecia, admitiendo para su organizacion futura la posicion del Luxemburgo en la Confederacion germánica. A tales concesiones empero, ponia por condicion, *sine quâ non*, el restablecimiento de los archiduques en sus Estados.

Asi pues, la cuestion quedó en Villafranca planteada en los siguientes términos: ó el emperador nada podia estipular en favor del estado de Venecia, debiéndose limitar á la posesion de lo conquistado por sus armas, ó debia dar su aprobacion al restablecimiento de los archiduques, á fin de obtener concesiones importantes y el reconocimiento del principio de nacionalidad. Su conducta quedaba por lo tanto trazada por el buen sentido, pues no se trataba de restablecer á los archiduques por medio de tropas extranjeras, sino por el contrario de restaurarles con formales garantías, y mediando la libre voluntad de los pueblos, á quienes se haria comprender cuanto interesaba aquella restauracion á la gran política italiana.

Esta es en pocas palabras la verdadera historia de la negociacion de Villafranca, y es evidente para todo hombre imparcial que el emperador Napoleon obtenia por el tratado de paz tanto y mas quizás de lo que con las armas conquistara, siendo fuerza reconocer que el emperador Napoleon, no pudo ver sin un sentimiento de profundo aprecio la franqueza y la resolucion con que el emperador Francisco José, en interés de la paz europea y con el deseo de restablecer sus buenas relaciones con la Francia, renunciaba, no solo á una de sus mas hermosas provincias, sino tambien á la política peligrosa quizás, pero no desprovista de gloria, que asegurara al Austria la dominacion de Italia.

En efecto, á ser el tratado sinceramente cumplido, el Austria no era ya para la Península la potencia enemiga y temible opuesta á todas las aspiraciones nacionales, y sofocándolas desde Parma hasta Roma y desde Florencia hasta Nápoles, sino que se convertia por el contrario en una nacion amiga, en cuanto convenia de buen grado en dejar de ser una potencia alemana en esta parte de los Alpes, y en establecer ella misma la nacionalidad italiana hasta las playas del Adriático.

Fácil es pues de comprender que si despues de la paz hubiesen regido los destinos de Italia hombres mas atentos al porvenir de la patria comun que á mezquinos triunfos parciales, el objeto de sus esfuerzos habria sido favorecer y no poner obstáculos á las consecuencias del tratado de Villafranca. En efecto, ¿qué conducta mas patriótica podian observar que decir al Austria: Deseais la restauracion de los archiduques? Sea; pero ejecutad entonces lealmente vuestra promesa relativa al estado de Venecia; haced que tenga vida propia, que posea una administracion y un ejército italianos; en una palabra, que el emperador de Austria solo sea en esta parte de los Alpes el gran duque de Venecia, asi como el rey de los Paises Bajos solo es en Alemania el gran duque de Luxemburgo.

No era imposible tampoco que despues de francas y amistosas negociaciones, se decidiese el emperador de Austria á adoptar combinaciones mas conformes con los votos manifestados por los ducados de Módena y de Parma.

Despues de lo que habia sucedido, el emperador Napoleon debia confiar en el buen sentido y en el patriotismo de la Italia, y creer que comprenderia el móvil de su política que puede resumirse en estas palabras:

«En vez de correr los azares de una guerra europea, y por consiguiente de exponer la independencia del pais; en vez de gastar otros 300 millones, y de verter la sangre de 50,000 soldados, el emperador Napoleon ha aceptado una paz que sanciona por primera vez, desde muchos siglos, la nacionalidad de la Península. El Piamonte, que representa la causa italiana, recibe un considerable aumento de poder, y desempeñará el principal papel en la confederacion, si esta se establece. Sin embargo, exígese el cumplimiento de una sola condicion en cambio de estos beneficios: el restablecimiento en sus Estados de las antiguas familias soberanas.»

No hemos perdido la esperanza de que sea comprendido este lenguaje por la parte sana de la nacion, pues á no ser así, ¿qué sucederá? El gobierno francés lo ha dicho ya: los archiduques no serán restablecidos en sus Estados por una fuerza extranjera; pero no re-

cibiendo cumplimiento parte de las condiciones estipuladas en Villafranca, el emperador de Austria se encontrará libre de todos los compromisos que contrajera en favor de Venecia. Inquieta por hostiles demostraciones en la orilla derecha del Pó, se mantendrá en estado de guerra en la orilla izquierda, y en vez de una política de conciliacion y de paz, veráse renacer una política de desconfianza y de ódio que será causa de nuevos traornosst y de nuevas desgracias.

A lo que parece, se cifran grandes esperanzas en un congreso europeo; de todas veras deseamos su reunion, pero dudamos mucho de que obtenga un congreso mejores condiciones para la Italia. Un congreso solo reclamará lo justo, y ¿seríalo acaso exigir á una gran potencia importantes concesiones sin ofrecerle en cambio una compensacion equitativa? El único medio de solucion sería la guerra, pero los italianos han de saber que solo existe una potencia en Europa que emprenda la guerra por una idea; esta potencia es la Francia, y la Francia ha cumplido ya su mision.

CV.

Memorandum dirigido á las potencias europeas por el gobierno provisional de la Romanía.

La asamblea de los diputados de la Romanía ha expresado los deseos de los pueblos para el porvenir, y ha emprendido sus sesiones despues de realizar la parte esencial de su cometido. Salida del sufragio universal y compuesta de hombres de todos los partidos, —liberales, conservadores y ardientes partidarios del progreso, lo mismo que de antiguos y leales servidores del gobierno pontificio, representando todas las notabilidades sociales, así en talento, como en nacimiento y en fortuna,—dicha asamblea podia considerarse como órgano fiel de las aspiraciones populares.

El órden y la libertad de opinion que no han cesado de reinar durante estos cuatro meses, han dado á sus decisiones las mas sólidas garantías de independencia, y si los partidos todos se hallan acordes sobre una misma idea, expresada en una votacion unánime, negándose á reconocer el gobierno temporal del Papa y pidiendo la anexion á los Estados sardos, es claro que sus decisiones han de ser tomadas en grave consideracion, en cuanto han de haber sido dictadas por las causas mas imperiosas.

Al exponer sus justas quejas contra el gobierno temporal del Papa, la asamblea ha protestado su profundo respeto por la autoridad espiritual del jefe de la Iglesia, y absteniéndose el gobierno de entrar en la cuestion de si es realmente beneficioso para la Iglesia el que sea su jefe soberano temporal, no puede menos de hacer observar que el poder temporal del Papa es exclusivamente político; que ha sufrido en muchas épocas diferentes modificaciones; que nó puede señalarse al mismo un límite absoluto; que el Papa, como príncipe italiano, ha perdido y ganado territorios como cualquier otro soberano, y que no solo han variado las fronteras de los mismos, sino que las pretensiones temporales delos Papas han sido examinadas y juzgadas en los consejos de los príncipes y en los congresos diplomáticos, como los de cualquier otro soberano y en virtud de los mismos principios.

La Santa Sede no posee territorio alguno por derecho divino, y los misterios teocráticos nada tienen que ver en la cuestion.

Considérese además, que durante la edad media, los Papas no ejercieron soberanía en la Romanía, que, como el resto de Italia, se hallaba dividida en repúblicas y principados, hasta el siglo XV en que César Borgia, hijo de Alejandro VI, despojó á los señores de Rimini, Forlí, Imola y Faenza, convirtiéndose luego estos Estados en propiedad de la Iglesia por tratados puramente humanos. Bolonia fué conquistada por Julio II, en perjuicio de la familia Bentivoglio, y Ferrara por Clemente VIII, en el siglo siguiente, con perjuicio de la casa de Este, que habia reinado allí por espacio de cuatro siglos. A fines del siglo XVIII, el Papa, por el tratado de Tolentino, cedió las Legaciones y las Marcas que formaron parte de la república Cesalpina y del reino de Italia hasta 1815, siendo de advertir que la soberanía ejercida por el Papa antes de las guerras de Napoleon I, difiere profundamente de la que ha pretendido despues de la restauracion.

La Santa Sede adquirió muchas de sus provincias, y en especial las cuatro Legaciones, garantizando á los pueblos la conservacion de sus franquicias. Las ciudades se gobernaban por sus antiguas instituciones; Bolonia, por ejemplo, era gobernada por un Senado de cuarenta miembros, pertenecientes á las familias mas antiguas del país; tenia sus embajadores en Roma, y el Papa no era absoluto señor de aquella tierra, sino que compartia su autoridad con el Senado.

Las demás provincias habian conservado del mismo modo su existencia propia agrupándose detrás de la misma autoridad; en una palabra, en parte alguna hubo sumision sin un contrato entre el príncipe y sus súbditos, y no se observaban entonces los efectos del gobierno clerical porque su accion era nula.

Como contraste de este antiguo estado de la Romanía y de la administracion que gozó por espacio de 20 años, formandoparte del reino de Napoleon, en Italia, la restauracion de los Papas, sin restablecer las franquicias municipales, sustituyó al código Napoleon una masa confusa de antiguas leyes y el *motu proprio*; en vez de la igualdad civil, estableció la jurisdiccion de los tribunales privilegiados, y en vez de admitir á todos los ciudadanos á los empleos del Estado, proclamó la dominacion del brazo clerical.

Semejante sistema, que provocó desde un principio universal repugnancia, no podia originar mas que trastornos, y asi ha sucedido durante los cuarenta y cinco años que han trascurrido desde los tratados de Viena. Las sublevaciones han sido seguidas de reacciones, y estas de nuevas tentativas de rebelion reprimidas por las armas extranjeras. Las partes todas de la vida social se hallaban alteradas; la corrupcion administrativa, los asesinatos politicos, el aumento de sociedades secretas y la total falta de seguridad: tal era la situacion de este desgraciado pais.

El gobierno pontificio no ha aplicado á ello el mas mínimo remedio; no ha mejorado la educacion del pueblo, ni la administracion; no ha escuchado reclamacion alguna, pero ha multiplicado sí, los castigos. La Romania es el pais de Europa, que cuenta proporcionalmente mayor número de sentencias capitales, á destierro y á galeras.

El resultado de semejante situacion ha sido crear una incompatibilidad absoluta entre el gobierno y el pueblo. Impotente por sí propio, el gobierno pontificio ha encontrado en el ejército austriaco un instrumento de coaccion siempre dispuesto, y las Legaciones han sido ocupadas por el Austria, en parte desde 1815 á 1818, y por completo en 1821, en 1831, desde 1832 á 1838, y finalmente desde 1849 á 1859, pocos dias despues de la batalla de Magenta. En vez de administrarse la justicia civilmente, la represion penal era confiada á consejos de guerra austriacos, y los súbditos del Papa eran condenados por las sentencias de tribunales extranjeros, reunidos en Verona ó en Mántua.

Y ahora preguntamos: ¿puedése imaginar mas completa abdicacion por parte de un gobierno? No solo las prerogativas esenciales del poder quedan abandonadas en el interior á una autoridad extranjera que lo centraliza todo entre sus manos, sino que las fronteras desaparecen, los límites de los Estados se confunden, y los decretos de la justicia deben buscar su confirmacion en suelo extranjero.

Tales hechos equivalen á una confusion completa por parte del gobierno del Papa de ser impotente para administrar el país.

La autoridad nominal de Roma y el gobierno efectivo del Austria eran dos hechos tan estrechamente unidos, que no se concebia que la una existiese sin el otro, y por esto el dia que puso fin á la ocupacion extranjera púsolo tambien á la dominacion pontificia. Los austriacos salieron de Bolonia á las siete de la mañana y el legado partió á medio dia, dirigiéndose, no á Roma, sino á Pádua, y allí, á retaguardia del ejército austriaco, esperó, como los archiduques el resultado de la batalla de Solferino.

Notorios son el buen órden y la tranquilidad que desde el dia 12 del pasado junio, fecha de la emancipacion del gobierno austro-pontificio, han caracterizado la conducta de las poblaciones, en las cuales ha disminuido notablemente el número de crímenes y delitos, sin que haya recibido un miembro del clero el mas ligero insulto.

Así pues, los acontecimientos de los últimos meses y la costumbre que ha contraido el pueblo de gestionar por sí sus negocios, lo mismo que la moderacion y cordura que ha manifestado, parecennos otras tantas garantías contra la restauracion del pasado. Y sino juzguélo la Europa: compare el estado actual del país con su situacion anterior, y decida si es posible una restauracion. La separacion del gobierno pontificio, que el congreso de Viena estuvo á punto de decidir en favor de la Romania, en una época en que tan poco se atendian los deseos de los pueblos, ¿será negada hoy en qué la experiencia es ya completa, y en que solo se trata de reconocer uno de los actos mas justos que se hayan verificado desde 1815?

El mantenimiento de la soberanía del Papa es incompatible con la secularizacion administrativa, con la igualdad civil y legal, con el derecho de votar los impuestos, y con las demás instituciones liberales que el presidente Luis Napoleon reclamaba para los romanos en 1849, y el único medio para obtener la

Romania lo que solicita es hacerse independiente de los Estados del Papa. Sin embargo, aun suponiendo que fuesen concedidas todas las reformas interiores, la cuestion de nacionalidad que en el dia domina á todas las demás produce otro motivo de incompatibilidad.

Para obtener la independencia nacional los habitantes de la Romanía habrian podido resignarse al sacrificio de las mas urgentes reformas; si el Papa se hubiere mostrado un monarca italiano hubiera obtenido sus simpatías á pesar de los vicios de su gobierno, mas así en la política extranjera como en la política interior, el cisma no puede ser mas completo. Pio IX creyó un dia poder tomar la direccion de la independencia nacional y de las reformas, pero al hallarse en presencia de su doble mision de príncipe y de jefe de la iglesia, hizo experimentar á la causa italiana su primera decepcion.

Desde entonces la política de Pio IX no se ha apartado de las prescripciones de una inexorable lógica; cuanto mas ardor han mostrado sus súbditos en pro de la patria italiana, mas exclusivamente cumple su mision como jefe de la iglesia. A lo menos en 1849 permite que sus subditos tomen parte con los piamonteses en la guerra contra el Austria, mas en 1849 condena al destierro y á la cárcel á aquellos que ofrecen á la causa del pais sus brazos y su sangre, de modo que lo que en cualquiera otra parte es un título á la gratitud de la nacion, fué castigado entre nosotros como un crímen.

Los hechos que anteceden justifican plenamente la decision por la cual ha declarado la asamblea negarse á reconocer en lo sucesivo el poder temporal del papa en las Legaciones.

Falta ahora que expliquemos las causas de la declaracion relativa á la anexion al Piamonte.

La posicion por este tomada desde 1849, la gloria de que se cubrió su ejército, el valor y la lealtad de su rey, han debido atraerle precisamente el afecto de los italianos. La Romania presa de una agitacion y un malestar que parecian en cierto modo irremediables, tenian no léjos de sí un gobierno constitucional que ofrecia el espectáculo de una estrecha alianza entre el órden y la libertad. El Piamonte es en el dia la esperanza de los pueblos oprimidos, y su punto de reunion para el porvenir, de modo que no ha de verse en el movimiento actual de la Romanía un acto de entusiasmo transitorio; su justificacion es tan interesante á la misma naturaleza de las cosas, que, bajo nuestro punto de vista, cualquier otra resolucion que se tomara en la cuestion de las Legaciones, no podria tener un carácter difinitivo.

Por su posicion geográfica, la Romanía pertenece á la Italia superior: el valle del Pó está destinado á no formar mas que un solo estado del cual deben hacer parte Parma, Módena, Ferrara, Bolonia y las Legaciones, desde los Apeninos hasta el Adriático, á cuyas consideraciones, tomadas de los signos exteriores, añádense otras resultantes del carácter del pueblo. En efecto, desde el vertiente de los Apeninos hasta Suza, al pié de los Alpes, encuéntrase por todas partes una raza de hombres con iguales caracteres, con iguales costumbres y con iguales condiciones de existencia, ofreciendo los elementos de una union compacta y natural, y á esto podemos añadir además las tradiciones vivas aun y los recuerdos históricos del reino de Italia que, á pesar de su corta duracion, ha dejado profundas huellas en nuestras ideas y costumbres. Nuestra agricultura, nuestro comercio y nuestros intereses todos nos empujan hácia la llanura lombarda; nuestros ojos no se apartan de Turin y de Milan, y nuestro destino es, no formar una confederacion con los habitantes del Piamonte y de la lombardia, sino confundirnos con ellos.

Altas razones políticas hacen esta combinacion necesaria. Cual es la urgente necesidad de estos pueblos tan profundamente agitados por las revoluciones? Un gobierno fuertemente organizado con instintos militares y un decidido espíritu de órden, y el Piamonte es el único que puede satisfacer tales exigencias; solo él tiene la fuerza bastante para protegernos con eficacia, para constituir un ejército nacional, y para hacer que desaparezca la huella de nuestras discordias. Si la Europa desea organizar estas provincias de un modo permanente y quiere que no sean por mas tiempo un peligro para la paz de Italia, solo tiene un medio para conseguirlo, esto es sancionar los deseos del pais. Cualquier otro plan dejaria subsistentes los gérmenes de nuevas revoluciones; el espíritu subversivo y las pasiones violentas hallarian siempre un terreno favorable, y no habria gobierno que pudiese adquirir la fuerza suficiente para dominar la situacion.

Esta anexion es el único arreglo que pueda asociar en una misma idea á los conservadores y á los liberales; los primeros ven en el Piamonte la salvaguardia del órden y de la estabilidad, los segundos aprecian sus institucio-

nes, sus tendencias y su expansion nacional; comprenden que la union bajo el cetro de la casa de Saboya es lo único posible para la Romania, y que el reino de la Italia superior es el término fijado á los esfuerzos del país. Satisfaciendo la voluntad de los pueblos de las Legaciones, la Europa realizará una obra de sana política y de precaucion, y asegurará la tranquilidad de estas provincias.

La siguiente consideracion no se halla aquí fuera de propósito. El congreso que la Rusia proponia debia tener por base de sus deliberaciones la libertad de la orilla derecha del Pó; el Austria debia ser confinada á los límites que le señalaran los tratados de 1815, y habia de renunciar á la legítima preponderancia que conquistara en Italia. Los preliminares de Villafranca le han fijado nuevas fronteras, que deberá respetar, pero quien es capaz de garantir el sur de la Italia contra la eventualidad de una efectiva intervencion del Austria? El único medio de evitar tal peligro consiste en formar un poderoso reino que separe al Austria de los estados de Roma y de Nápoles; para ello las Legaciones son de extremada importancia.

Cierre una potencia militar el camino, y queda libre el sur de la Italia, al paso que un estado débil y sin recursos dejaria abierta la via que conduce desde Venecia á Roma y á Nápoles; y si bien es de creer que las potencias no querrán la renovacion de aquel peligro, y que el emperador Napoleon no permitirá jamás que reconquiste el Austria su preponderancia en Italia, es de muy sana política el cuidar, no solo del presente, sino tambien del porvenir, lo cual se lograria estableciendo un obstáculo que se encuentra mas en la naturaleza de las cosas que en la disposicion de los ánimos. De este modo se alcanzaria una garantía contra la repeticion de las dificultades políticas que han producido la guerra de 1859.

En resúmen, la restauracion del gobierno pontificio en la Romania no puede verificarse sino por medio de la intervencion extranjera y despues de una obstinada lucha, solo serviria para agravar la situacion y la crisis que ha precedido á la guerra, siendo de advertir que en todo caso solo podria ser temporal y amenazaria el porvenir con incalculables peligros. Desde que se ha decidido solventar la cuestion sin atender á los tratados de 1815, solo una solucion puede satisfacer las aspiraciones del pueblo, la anexion al Piamonte. Los demás proyectos no serian menos contrarios que el expresado á la letra de los tratados, y reunirian la manifiesta desventaja de no satisfacer los deseos de los pueblos, y de no ofrecer garantía alguna para el reposo de Italia y la paz europea.

Sometémos con confianza á la benévola apreciacion de las potencias las consideraciones que preceden. Sancione la Europa los legítimos votos de la Italia central, y habrá cumplido una grande obra de paz y de justicia.

Bolonia, 3 de octubre de 1859.
El gobernador general de la Romania.
LEONETTO CIPRIANI.

CVI.

Nota dirigida por el gobierno de Turin á los gabinetes de Paris, Lóndres, Berlin y San Petersburgo en pro de la anexion de la Italia central.

Turin, 28 de setiembre de 1859.

«Señor ministro: conocidas son las deliberaciones de las asambleas de Toscana, Módena y Parma, y la contestacion que ha dado S. M. el rey nuestro augusto dueño, á las diputaciones de dichas asambleas.

«En presencia de acontecimientos tan graves, el gobierno del rey debe explicarse con franqueza acerca de la situacion, y llamar la atencion mas seria de los gabinetes de las grandes potencias hácia hechos que acaso no tienen precedentes en la historia.

«Cuando el Austria, en el pasado mes de abril, poniendo término de repente á los debates diplomáticos y desatendiéndose de los compromisos formales contraidos ante la Europa, invadió el Piamonte, toda la Italia conoció que no se trataba ya de una cuestion aislada y propia del reino sardo, sino que de la suerte de las armas iban á depender la libertad de toda la península y sus futuros destinos.

«Por desgracia, los gobiernos de la Italia central habian desde mucho tiempo separado su causa de la causa de la Italia, uniéndose de hecho y de derecho con el extranjero, que desde entonces fué el único apoyo de un poder universalmente aborrecido. Los soberanos de estos países no han sido víctimas de una revolucion propiamente dicha; han escogido ellos mismos entre sus deberes como príncipes italianos y sus compromisos con el Austria; han abandonado sus Estados, dejándolos sin gobierno, dos de ellos han combatido bajo las banderas de su aliado y han compartido sus derrotas. De esta suerte han abier-

to por sí mismos un abismo entre ellos y sus antiguos súbditos.

«Despues de las victorias memorables, la mano del vencedor señalaba en Villafranca límites territoriales mas estrechos á la dominacion austriaca en la Península; pero el arreglo definitivo de los asuntos de la Italia central debia quedar indeciso, puesto que al firmar los preliminares de la paz no podian preveerse los obstáculos insuperables que habia de encontrar la restauracion de los príncipes por parte de las poblaciones. S. M. habia dado órden, por su parte, de que se retirasen las autoridades que habia enviado á Toscana, Módena y Parma. Por este solo hecho podian los pueblos disponer libremente de sí mismos, y se hallaban sustraidos al mismo tiempo á toda influencia exterior.

«Los hombres respetables que, á falta de autoridad reconocida, se habian encargado de la direccion de los negocios públicos, juzgaron que, colocados en medio de semejantes circunstancias, debian hacer un llamamiento á las poblaciones por medio de la eleccion de asambleas nacionales. Sabido es lo que aconteció. Las asambleas confirmaron por unanimidad la destitucion de los antiguos gobiernos, y proclamaron la anexion al Piamonte.

«Al pensar en lo que ha ocurrido en Florencia, Módena y Parma, llama ante todo la atencion el acuerdo y la espontaneidad que han dictado todas las deliberaciones de los cuerpos constituidos, y el órden que ha reinado constantemente durante la crísis imprevista que se acaba de atravesar. Este órden y esta regularidad se explican fácilmente si se considera que no son partidos exaltados ó movidos por añejos rencores é injustos padecimientos personales los que se han puesto á la cabeza del movimiento.

«Lo mas ilustre de la nobleza, los mas ricos comerciantes, los hombres mas inteligentes, los mas influyentes propietarios, han prestado su concurso al cumplimiento de un acto que debia asegurar á aquellos paises un porvenir mas conforme á sus intereses y al interés general de la Península. Esas deliberaciones no han sido efecto de un acto de irreflexion; han sido adoptadas despues de maduras reflexiones y en virtud de consideraciones de un órden superior y permanente.

«Al romper para siempre los lazos que les unian á un pasado odioso y que podia dar lugar á las mas acerbas recriminaciones, las poblaciones de los ducados han querido sobre todo sacudir el yugo de la dominacion extranjera, librarse de la influencia austriaca, y concurrir, por medio de su union bajo el cetro del rey nuestro augusto soberano, á la constitucion de un reino bastante fuerte para asentar sobre bases sólidas y duraderas la prosperidad y tranquilidad de la Italia.

«Estas poblaciones, impelidas por los malos consejos de la desesperacion, desconcertadas por la inexperiencia del manejo de los negocios, podian, en un momento de delirio, acariciar proyectos quiméricos y peligrosos, podian dejarse arrastrar por corrientes subversivas, destruir el principio monárquico para sustituirle la idea republicana; podian creerse con derecho para hacerlo, y, no obstante, ni siquiera lo han intentado. La Italia central ha dado con su conducta, firme al par que prudente, un mentís sin réplica á la acusacion que con harta ligereza se habia formulado contra la voltariedad de los italianos y su incapacidad para darse un buen gobierno. Semejante acusacion, que no habia sido hasta ahora mas que una injusticia, será en adelante una calumnia.

«Las tradiciones seculares, las antiguas costumbres podian aconsejar y hacer desear la conservacion de su autonomía á Estados que habian gozado hasta entonces de una vida independiente y separada del resto de la nacion. Pero no; se ha prescindido de las inclinaciones mas naturales y del orgullo histórico, para entrar en la vida comun. La Toscana ha sido la primera en dar el ejemplo; la parte de Italia que mas puede envanecerse con sus recuerdos, no ha vacilado. Habia en Italia una monarquía que ha sabido hermanar el órden con las libertades públicas; la Toscana, no menos que Módena y Parma, se han adherido sin condiciones y sin reservas á dicha monarquía. En vano se buscaria un testimonio mas solemne del irresistible poder del sentimiento de la solidaridad nacional.

«Es que todos los italianos han comprendido, tras una larga y cruel experiencia, que la Península no se hallará al abrigo de la presion extranjera, y que su independencia no será efectiva y viable, hasta que exista en el norte de la Italia un Estado bastante fuerte y poderoso para oponerse á las influencias exteriores preponderantes.

«El momento en que se está negociando la paz en Zurich entre los plenipotenciarios del Piamonte, de la Francia y del Austria, no será ciertamente el que elija el gobierno sardo para usar un lenguaje menos comedido al hablar del adversario que ha combatido en los campos de batalla. Pero hay verdades que no pueedn ocultarse porque tienen el carácter de

la evidencia; peligros hay acerca de los cuales es imposible formarse ilusiones, porque existen en la naturaleza de las cosas y son una necesidad invencible de la situacion.

«Si la guerra que ha terminado poco ha, hubiese dado por resultado la cesacion completa de la dominacion austriaca en la Península, las consideraciones que vamos á desarrollar no serian menos fundadas, pero sí menos poderosas para las personas dispuestas á favor de los anteriores gobiernos de los ducados. En el actual estado de cosas, no hay nadie, señor ministro, que pueda desconocer, que si el poder del Austria en Italia ha sido limitado en extension, nada ha perdido en fuerza ofensiva é invasora. Conserva las grandes fortalezas del Veneciado, y lo que es mas Peschiera y Mantua que pertenecen á la Lombardía, y forman su natural defensa; esa provincia queda desmantelada y expuesta por lo tanto á las agresiones.

El gobierno del rey no pone en duda la sinceridad de las intenciones del Austria en cuanto al arreglo de las cesiones estipuladas; mas las circunstancias cambian; los intereses subsisten, las ocasiones tientan á veces, y las quejas de la política son una herencia que se trasmite de generacion en generacion.

«La última guerra no ha podido levantar una barrera entre los Estados del rey de Cerdeña y su formidable vecino; la Italia no puede contemplar sin temor el porvenir; pues no hay equilibrio entre las fuerzas nacionales organizadas y el Austria atrincherada detrás del Mincio y del Adger. Si la paz de Villafranca no recibiera su complemento, respetando los votos de las poblaciones emancipadas por la guerra, no habria establecido ese equilibrio de poderes, esa proporcion de las fuerzas relativas que existia en Italia en el último siglo, y que no restableció el congreso de Viena.

«La Italia del Norte estaba entonces dividida en muchos estados pequeños, débiles y sin consistencia, que no podian sostener fuerzas militares de alguna importancia, ni contribuir eficazmente á la defensa comun. Los Estados del rey de Cerdeña formaban la única excepcion. Tenian en verdad poca extension, pero la educacion militar de los pueblos, la habilidad y la firmeza de los príncipes, las ventajas de la situacion geográfica del país colocaban al Piamonte en el número de las potencias de segundo órden, y hacian que se le considerase como el defensor natural de la independencia italiana.

«El Austria no poseia entonces mas que los ducados de Milan y Mantua, que se hallaban separados y distantes del núcleo de sus Estados hereditarios. En tiempo de paz tenia allí pocas tropas; si estallaba una guerra, la distancia y la dificultad de los trasportes daban tiempo á la casa de Saboya para disponer sus medios de defensa. El Austria era entonces un poderoso vecino, mas no un vecino amenazador.

«Esta combinacion política no carecia de inconvenientes; pero la division sancionada en Paris y en Viena, en 1814 y en 1815, fué imponderablemente mas desastrosa para la Italia en general, y con especialidad para el Piamonte.

«La anexion de los Estados de Génova, esta union de dos pueblos bajo un gobierno nacional, ha sido un favor que debe agradecerse al Congreso de Viena, pero no era en manera alguna suficiente para contrabalancear el enorme engrandecimiento del Austria en Italia. Esta potencia no solo adquiria una extension territorial doble, sino que enlazaba las provincias italianas con los Estados hereditarios. La república de Venecia aislaba, en el pasado siglo, las posesiones austriacas en el norte de la Italia.

«La devolucion al Austria delos restos Venecianos destruyó por completo el poder relativo de los Estados, poder que era la fuerza del Piamonte y la seguridad de la Italia. Medio siglo de experiencia autoriza al gobierno de Cerdeña para repetir lo que declaraba en 1814: «En la antigua division veíase una causa de debilidad para la Italia superior: en esta, se vé su esclavitud completa.

«Una ocasion única y providencial se presenta hoy dara reformar un arreglo tan perjudicial y hasta contrario, bien puede decirse sin temor de equivocarse, á los votos y previsiones de los que lo aprobaron. La Toscana Parma y Módena, agregadas á los Estados del rey, podrian formar en adelante una aglomeracion política, insuficiente todavía para resistir á la potencia que posee el Veneciado, pero ofreciendo al menos elementos propios para conjurar los peligros mas inminentes. ¿Querrá oponerse la Europa á una modificacion territorial que anhela toda una nacion, y que es al propio tiempo conforme á los intereses generales? ¿Y por qué habia de oponerse?

«No se dirá probablemente, señor ministro, que el equilibrio europeo peligre por la union de aquellas provincias con la Cerdeña, ni que dicha union pueda ser motivo de recelo para las grandes potencias; semejante objecion no podria admitirse en una discusion sé-

ria, y es inútil por consiguiente detenerse en ella. Por otra parte, fácil fuera demostrar que la formacion de un Estado tal cual acaba de indicarse, y el restablecimiento del equilibrio italiano, harán desaparecer por mucho tiempo causas permanentes de rivalidad entre las potencias limítrofes, y asegurar la tranquilidad de la Europa afianzando la de la Italia.

«Por lo demás, señor ministro, despues de lo que ha ocurrido en los ducados, es lícito considerar la restauracion de las antiguas dinastías como una imposibilidad moral.

«¿Podrian estas dinastías volver á los Estados que abandonaron, como no fuese á la cabeza de las tropas austriacas? Pero entonces se daria otra vez principio á ese sistema de intervencion y de inmixtion en el régimen de los Estados cuya independencia se ha reconocido, sistema que ha motivado la última guerra, y daria lugar indefectiblemente á complicaciones de igual naturaleza.

«Además, si la restauracion llegase á efectuarse por este medio, ¿cómo podrian los príncipes gobernar con beneplácito del país? Si los soberanos destronados regresaran al frente de tropas extranjeras, no tendrian otro apoyo que el de las bayonetas austriacas. Una restauracion verificada bajo tales auspicios, el uso inmoderado de un poder sin apoyo en la opinion pública daria por resultado inevitable el triunfo de las doctrinas demagógicas y de las pasiones revolucionarias. Habria en Italia nuevas tinieblas, un nuevo caos. Hartas veces ha tenido que presenciar la Europa, en estos paises, el triste espectáculo de un poder que parecia haberse propuesto debilitar en la conciencia humana el respeto á la autoridad monárquica. Conviene, pues, que lo medite mucho y procure evitarlo.

«Con este objeto cree el gobierno del rey deber dirigirse á los gobiernos. Apoyándose en los derechos que le confiere el voto general de las poblaciones, hubiera podido S. M. aceptar, á lo menos provisionalmente, el gobierno de los Estados de la Italia central. Pero creyó que si, como príncipe italiano, podia no consultar mas que su conciencia, como miembro de la familia enropea tenia otros deberes que cumplir

«Es menester que la Europa intervenga para resolver las dificultades de la situacion italiana. Los hechos que han tenido lugar en las Legaciones indican que esta necesidad ha venido á ser urgente, y que toda demora seria funesta. Las consideraciones que preceden pueden aplicarse en gran parte á aquellas provincias; pero si la autoridad colectiva de las potencias debe examinar los cambios sobrevenidos en el derecho público de los ducados, con mayor motivo deberá fijar su atencion en la cuestion de las Legaciones.

«Por el memorandum de 1831, y por las declaraciones del Congreso de París, las potencias han contraido deberes para con esas malhadadas comarcas; es preciso que satisfagan hoy sus votos legítimos.

«El doble carácter de que se halla revestido el sumo Pontífice y el respeto debido al jefe de la Iglesia católica, nos obligan, señor ministro, á no insistir en las condiciones anormales de las Romanías; estas condiciones son por lo demás harto notorias para que sea necesario volver á manifestar las consecuencias que habian de tener y han tenido en efecto. Solo por medio de la ocupacion extranjera ha podido la Santa Sede conservar el gobierno de las Legaciones.

«La última ocupacion contaba ya once años; el ejercicio de las atribuciones mas esenciales de la soberanía estaba confiado á la autoridad militar extranjera; la autoridad del Sumo Pontífice era nominal; el Austria era la que dominaba de hecho.

«Aquellas poblaciones han conservado hasta hoy un órden admirable; si ahora se viesen abandonadas, si llegasen á considerar como inevitables la restauracion del anterior gobierno y la repeticion de los deplorables abusos de una administracion inconciliable con las necesidades de la civilizacion moderna, nada seria capaz de contener el desenfreno de las pasiones, y la desesperacion arrastraria las masas á las mas violentas resoluciones.

«El gobierno del rey confia en la generosa iniciativa y en la justicia de la Europa. El principio que invocan las poblaciones de la Italia central está basado en antecedentes diplomáticos, ha sido reconocido en circunstancias menos favorables en Grecia, en Bélgica y últimamente en los Principados danubianos; es el principio que ha modificado la constitucion de la Inglaterra y de la Francia.

«No solo se trastorna en el caso actual el equilibrio de los poderes, sino que destruye los gérmenes latentes de futuras discordias.

«Devuelve al mismo tiempo la tranquilidad á la Italia, á ese noble país al que dos veces ha debido la Europa sus luces y civilizacion.

«Violar este derecho que ha penetrado ya en las relaciones internacionales, seria cometer un atentado contra la opinion, mejor diríamos, contra la conciencia pública. Los gobiernos saben hoy, como los individuos, que

debe respetarse ese poder cuando protesta en nombre de los eternos principios de la justicia. Ruégoos, señor ministro, que hagais lectura de este despacho al ministro de negocios extranjeros, y aprovecho esta coyuntura para reiteraros las seguridades de mi mas alta consideracion.— DABORMIDA.

CVII.

Alocucion pronunciada por Su Santidad en el consistorio secreto de 26 de setiembre.

Venerables hermanos:

Con el mayor dolor deplorábamos en la alocucion que os dirigimos el 20 de junio último todos los actos cometidos por los enemigos de la Silla apostólica, tanto en Bolonia como en Ravena y otras partes, contra nuestro legítimo poder temporal. Declarábamos al propio tiempo que todos esos hombres habian incurrido en las censuras y penas eclesiásticas, y que sus actos eran nulos y de ningun valor.

Abrigábamos, sin embargo, todavia la esperanza de que esos hijos rebeldes, despertados y conmovidos á nuestra voz, volverian á su deber, sobre todo, considerando la dulzura y la mansedumbre que hemos observado siempre desde el principio de nuestro sumo pontificado, y con que actividad, con que solicitud, en medio de las mas graves dificultades de la época, hemos dirigido todos nuestros cuidados, todos nuestros pensamientos á la prosperidad y seguridad de nuestros pueblos.

Pero ha sido vana esta esperanza. Excitados por consejos extranjeros, por instigaciones y socorros de todo género, con cuyo medio ha aumentado su audacia, se han atrevido á todo, han intentado trastornar esas provincias (de la Romanía), sometidas á nuestra autoridad pontificia, separándolas enteramente del poder temporal de la Santa Sede. Y enarbolando en dichas provincias el estandarte de la revolucion y de la defeccion, y aboliendo el gobierno pontificio instituyeron en ellas al principio dictadores pertenecientes al reino subalpino, que denominados despues comisarios extraordinarios, y por fin gobernadores generales, se han arrogado temerariamente los derechos de nuestro poder soberano, y han separado de sus destinos públicos á los que por su notoria fidelidad para con el príncipe legítimo se hacian sospechosos de no adherirse á sus perversos proyectos.

Los honbres de esa secta no han vacilado ni aun en invadir el poder eclesiástico, publicando nuevas leyes sobre los hospicios, las casas de huérfanos, los legados y los distintos lugares é Institutos piadosos. Se han atrevido tambien á perseguir á diversos eclesiásticos, áexpulsarlos ó encarcelarlos.

Animados siempre de un odio inextingible contra la silla apostólica, no han temido, el dia del mes último, celebrar en Bolonia una asamblea llamada por ellos nacional de la Emilia, y promulgar un decreto lleno de falsas quejas y pretextos, por el cual, fundándose inexactamente en la unanimidad de los pueblos, han declarado, contra los derechos de la Iglesia romana, no querer ya permanecer sometidos al poder temporal de los pontífices, votando al dia siguiente su anexion al reino de Cerdeña tal como existe hoy dia.

En medio de estas lamentables tentativas, no perdonan los jefes de esa faccion medio alguno para corromper las costumbres del pueblo, valiéndose de libros y periódicos que se publican en Bolonia y otras partes; estos escritos fomentan la licencia é invitan á la multitud á que se atreva á todo; el Vicario de Cristo sobre la tierra se vé en ellos cubierto de injurias; las prácticas piadosas son pintadas con irrision; se burlan de las oraciones que forman parte del culto de la Virgen Inmaculada y que se destinan á implorar su poderosa proteccion En los teatros se atenta al pudor público, á la castidad y á la virtud; las personas consagradas á Dios se ven expuestas al desprecio y á la risa de todos.

Los que de tal modo obran afirman que son católicos, que honran y respetan la autoridad y el poder espiritual y supremo del Pontífice romano. Fácilmente se comprenderá cuan mentirosa es su afirmacion. En efecto, los autores de tales actos conspiran con todos aquellos que hacen la mas cruda guerra al Pontífice romano y la Iglesia católica, con los que hacen los mayores esfuerzos para que, si esto pudiese suceder jamás, nuestra divina religion y su salvadora doctrina sea arrancada y extirpada de todas las almas.

Fácilmente comprendereis por lo mismo, venerables hermanos que participais de nuestros trabajos é inquietudes, cual sea nuestro dolor, y qué tristeza nos es comun con vosotros y todas las personas honradas.

En tal amargura, experimentamos un consuelo, el de ver que los pueblos de la provincia emiliana, en gran parte afligidos por esos culpables hechos, y queriendo permanecer enteramente extraños á ellos, conservan

su fidelidad á su soberano legítimo y continúan unidos con constancia á nuestro poder temporal, al de la Santa Sede.

Lo que tambien nos consuela es que todo el clero de esos paises, digno seguramente de los mayores elogios, no ha pensado en otra cosa, en esos momentos de turbulencias y de revolucion, que en cumplir exactamente sus deberes, y en probar, de una manera brillante, hasta qué punto conserva sus sentimientos de fe y de respeto hácia Nos y la silla apostólica, con desprecio de los mas terribles peligros.

Ya, en razon de nuestros graves deberes y del solemne juramanto que hicimos de combatir sin temor por la causa de nuestra santísima religion, de protejer vigorosamente los derechos y las posesiones de la Iglesia romana contra toda violacion, y de defender constantemente nuestro poder civil y el de la Santa Sede, no podemos menos de elevar nuestra voz apostólica, á fin de que todo el universo, sobre todo el catolicismo, y con especialidad todos nuestros venerables hermanos, los prelados, de quienes recibimos para consulo de nuestra alma, en medio de las mayores angustias, tantos y tan preciosos testimonios de su amor y de su fiel adhesion hácia Nos, hácia la Santa Sede y el patrimonio de San Pedro, conozcan cuán vivamente reprobamos todo lo que semejantes hombres han osado hacer en las provincias emilianas que pertenecen á nuestros dominios. Por esto es por lo que en vuestra solemne asamblea reprobamos todos los actos ya recordados y todos los demás hechos de los rebeldes contra el poder y las inmunidades eclesiásticas, y contra nuestro poder temporal.

Nadie ignora por lo demás que todos los qué, en las dichas provincias, han contribuido abiertamente con hechos, consejos, con su solo consentimiento, á los actos de que se trata, ó que los han favorecido de un modo cualquiera, han incurrido en las censuras y penas eclesiásticas de que se hace mérito en nuestra precedente alocucion.

Prosternémonos, venerables hermanos, con confianza, ante el trono de la gracia, para que en estas adversidades el concurso del cielo nos de consuelo y valor; no cesemos de rogar con fervor y humildad, de suplicar con todas nuestras fuerzas al Dios rico en misericordia, para que con su omnipotencia vuelva á la senda de la justicia, de la religion y de la salvacion á todos esos hombres extraviados, muchos de los cuales, acaso engañados miserablemente, no saben lo que hacen.

CVIII.

Discurso de su E. el cardenal arzobispo de Burdeos, al emperador Napoleon III.

El clero de esta diócesis, por el órgano de su arzobispo, tiene la satisfaccion de renovar á V. M. el sincero homenaje de su respeto y de su adhesion; con patriótico orgullo contempla al monarca cuya valerosa espada tanto ha enaltecido la gloria de nuestro pais.

Con afecto saluda tambien á la madre del príncipe imperial, á la noble soberana que tan bien hermana la firmeza del alma con la bondad del corazon, y que durante azarosos dias ha llevado tan virilmente el peso de los negocios públicos.

Señor, cuando hace ocho años la ciudad de Burdeos os dispensó tan entusiasta acogida, las bóvedas de nuestra antigua basílica se llenaron con las aclamaciones de la multitud; mis sacerdotes y yo nos hallábamos allí con alegría asistiendo á lo que nos parecia ser el bautismo del novel Imperio. Orábamos entonces por el que habia detenido el invasor torrente de las revoluciones, por el que habia afirmado en la frente de la iglesia y del sacerdocio la honrosa aureola que se pretendia arrebatarles, por el que habia inaugurado sus grandes destinos devolviendo al vicario de Jesucristo su ciudad, su pueblo y la integridad de su poder temporal.

Hoy oramos señor con mas fervor, si es posible, para que Dios os proporcione los medios, así como teneis la voluntad de permanecer fiel á la política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre, y que es quizás el secreto de la prosperidad, del orígen y las glorias de vuestro reinado.

Oramos con perseverante confianza, con una esperanza que no han podido desvanecer deplorables acontecimientos ni sacrílegas violencias; y el motivo de esta esperanza, cuya realizacion parece actualmente tan difícil, sois vos, Señor, despues de Dios, vos que habeis sido y quereis ser todavía el hijo primogénito de la iglesia, vos que habeis dicho estas memorables palabras: «La soberanía temporal del jefe venerable de la iglesia está intimamente ligada con la gloria del catolicismo y con la libertad y la independencia de Italia;» hermosa idea conforme con los sentimientos que profesaba el jefe augusto de vuestra dinastía cuando al hablar del poder temporal de los papas decia estas palabras: «Los siglos lo han hecho, y han hecho muy bien.»

Ayer cuando V. M. ponia por primera vez

el pié en la graciosa poblacion que ha aparecido como por encanto en una playa antes desierta, cuando se os vió arrodillado en un santuario, no concluido aun, sagrado asilo cerrado á los rumores del mundo y abierto por la parte del cielo para recibir el consalador rocío que de allí desciende, parecia que la Inmaculada patrona de aquel sitio os cubria lo mismo que á vuestra augusta compañera y á vuestro querido hijo, con su maternal proteccion. Con ella satisfareis la deuda de vuestra gratitud proporcionando á su Hijo un triunfo en la persona de su Vicario: este triunfo es digno de vos, Señor, y el mundo católico, á cuyas angustias pondrá fin, lo saludará con trasporte.

CIX.

Contestacion de Napoleon III, al discurso anterior.

Doy gracias á V. E. por los sentimientos que acaba de manifestarme; veo que hace justicia á mis intenciones sin desconocer empero las dificultades que las combaten, y creo que comprende su elevada mision al procurar robustecerla con firmeza antes, que esparcir inútiles alarmas.

Os doy gracias tambien por haber recordado mis palabras, pues espero firmemente que aparecerá para la Iglesia una nueva era de gloria el dia en que todos participen de mi conviccion de que el poder temporal de su Santidad no se opone á la libertad y á la independencia de Italia.

No me es lícito entrar aquí en las consideraciones que exigiria la grave cuestion que habeis tratado, y me limito á recordar que el gobierno que ha restablecido á su Santidad en su trono, no puede dirigirle sino consejos inspirados por el mas sincero y religioso afecto. Inquiétase si y con razon del dia que no puede estar léjos en que Roma será evacuada por nuestras tropas, pues la Europa no puede permitir que la ocupacion, que dura hace diez años se prolongue indefinidamente; cuando nuestro ejército se retire que dejará en pos de sí? la anarquía el terror ó la paz? Cuestiones son estas cuya importancia conoce todo el mundo, mas para resolverlas es preciso en la época en que vivimos no apelar á las ardientes pasiones, sino buscar con calma la verdad y rogar á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes sobre el prudente ejercicio de sus derechos y sobre la extension de sus deberes.

No dudo que las oraciones de V. Em. y las de su clero, continuarán atrayendo sobre la emperatriz, mi hijo y sobre mí las bendiciones del cielo.

CX.

Carta dirigida por Napoleon III al rey del Piamonte.

Señor y hermano mio:

Escribo hoy á V. M. para exponerle la situacion actual, recordarle el pasado, y determinar con vos el mejor modo de penetrar en el porvenir. Las circunstancias son graves, y es fuerza dejar á un lado las ilusiones, los estériles pesares, y examinar sin rodeos el estado real de las cosas. Así pues, no se trata en el dia de saber si hice bien ó mal al celebrar la paz de Villafranca, sino de deducir de la misma las consecuencias mas favorables para la pacificacion de la Italia y el reposo de la Europa.

Antes de entrar en el exámen de esta cuestion, quiero recordar de nuevo á V. M. los obstáculos que hacian difíciles las negociaciones y la celebracion de un tratado.

La guerra tiene con frecuencia menos complicaciones que la paz: en la primera solo luchan dos intereses, el ataque y la defensa; en la segunda, por el contrario, trátase de conciliar muchos intereses generalmente opuestos.

Así sucedió en el momento de la paz; era preciso hacer un tratado que afianzase en lo posible la independencia de la Italia, que satisfaciese al Piamonte y las aspiraciones de los pueblos, y sin embargo no lastimara el sentimiento católico, ni los derechos de los soberanos por quienes se interesaba la Europa.

Entonces creí que si el emperador de Austria consentia en negociar francamente conmigo para obtener tan importante resultado, desaparecerian las causas de antagonismo que dividen ambos imperios hace tantos siglos, y que la regeneracion de la Italia se llevaría á cabo de comun acuerdo sin mas efusion de sangre.

A mi modo de ver, las condiciones escenciales de dicha regeneracion eran:

La Italia se compondrá de varios estados independientes, unidos por medio de un lazo federativo.

Cada uno de ellos adoptará un sistema representativo particular y reformas saludables.

La Confederacion debia consagrar pues el

principio de la nacionalidad italiana, no teniendo mas que una bandera, un sistema de aduanas y una moneda.

Su centro director habia de residir en Roma y ser formado por representantes nombrados por los soberanos en virtud de una lista propuesta por las cámaras, á fin de que en aquella especie de dieta la influencia de las familias reinantes sospechosas de parcialidad hácia el Austria, fuese equilibrada por el elemento procedente de la eleccion.

Al conferir á su Santidad la presidencia honoraria de la Confederacion, se satisface el sentimiento religioso de la Europa católica, se aumenta la influencia moral del Papa en toda la Italia, y esto le permite hacer concesiones conformes con los legítimos deseos de los pueblos.

Este plan formado por mí al celebrarse la paz, puede realizarse todavía si V. M. emplea su influencia en hacerlo prevalecer. Para su realizacion se han dado ya grandes pasos.

La cesion de la Lombardía con una deuda limitada, es ya un hecho consumado.

El Austria ha renunciado á su derecho de guarnicion en las plazas de Plasencia, Ferrara y Commachio.

Es cierto que el derecho de los soberanos ha sido reservado, pero tambien ha sido garantida la independencia de la Italia central, puesto que se ha rechazado abiertamente toda idea de intervencion extranjera.

Finalmente, el estado de Venecia se convertirá en una provincia del todo italiana.

El verdadero interés de V. M. lo mismo que el de la Península, está en secundarme en el desenvolvimiento de este plan para lograr de él las mejores consecuencias posibles, pues no debo olvidar que me hallo comprometido por el tratado, y que en el futuro congreso no podré apartarme de mis compromisos. El papel que allí ha de desempeñar la Francia se halla trazado de antemano.

Solicitaremos que Parma y Plasencia sean unidas al Piamonte, por serle aquel territorio estratégicamente indispensable;

Que la duquesa de Parma sea establecida en Módena;

Que la Toscana, aumentada quizás con algunos territorios, sea devuelta al gran duque Fernando;

Que se adopte en todos los estados de Italia un sistema de prudente libertad;

Que el Austria deje de ser francamente un obstáculo incesante para el porvenir, y que consienta en completar la nacionalidad del estado de Venecia, no solo creando una representacion y una administracion separadas, si que tambien un ejército italiano;

Que las fortalezas de Mantua y Peschiera sean consideradas fortalezas federales;

Que una confederacion basada en las necesidades reales y en las tradicciones de la Península, como tambien en la exclusion de toda influencia extranjera, afiance la obra de la independencia de Italia.

Nada omitiré para alcanzar tan gran resultado; crea V. M. que mis sentimientos no pueden variar, y mientras no se opongan á ellos los intereses de la Francia, tendré un placer en servir á la causa por la cual combatimos juntos.

Saint-Cloud, 20 de octubre de 1859.

NAPOLEON.

CXI.

Tratado de paz entre la Francia y el Austria celebrado en Zurich, á los 10 de noviembre de 1859.

En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad.

S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de Austria, deseosos de poner fin á las calamidades de la guerra y de prevenir que se reproduzcan las complicaciones que la han engendrado, contribuyendo á establecer sobre sólidas y duraderas bases la independencia interior y exterior de Italia, han resuelto convertir en tratado de paz definitivo los preliminares firmados por su mano en Villafranca, y nombrado á este efecto por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el Emperador de los franceses, al señor Francisco Adolfo, baron de Bourqueney, senador del Imperio, gran cruz de la órden imperial de la Legion de honor, gran cruz de la órden de Leopoldo de Austria etc., etc., etc.

Y al señor Gaston Roberto Mhorin, marques de Banneville, oficial de la órden imperial de la Legion de honor, etc., etc., etc.

S. M. el Emperador de Austria al señor Alois, conde Karolyi de Ragy Karolyi, su chambelan y ministro plenipotenciario, etc., etc., etc.

Y al señor Othon, baron de Meysenbug, caballero de la órden imperial y real de Leopoldo, comendador de la órden imperial de la Legion de honor, etc., etc., su ministro plenipotenciario y consejero áulico;

Los cuales reunidos en Zurich despues de

canjear sus plenos poderes hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° En lo sucesivo habrá paz y amistad entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, como igualmente entre sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos, perpetuamente.

Art. 2.° Los prisioneros de guerra serán entregados inmediatamente por ambas partes.

Art. 3.° Para atenuar los males de la guerra y por una derogacion excepcional de la jurisprudencia generalmente consagrada, los buques austriacos capturados, sobre los cuales no ha recaido aun el fallo del Tribunal de presas, serán restituidos.

Los buques y cargamentos serán entregados en el estado en que se encuentren en el acto de la devolucion, despues del pago de todos los gastos que hayan podido ocasionar la conduccion, custodia y diligencias de dichas presas, como igualmente del flete que corresponde á los aprehensores, sin que pueda haber lugar á pedir indemnizacion por presas echadas á pique ó destruidas, como igualmente por aprehensiones ejercidas en las mercancías de propiedad enemiga, aun en el caso de que no hubiesen sido falladas en el Tribunal de presas.

Queda por otra parte establecido que las sentencias pronunciadas por el Tribunal de presas son definitivas, y los beneficios ejecutorios en favor de los que tengan derecho á los mismos.

Art. 4.° S. M. el Emperador de Austria renuncia para sí y todos sus descendientes y sucesores, en favor de S. M. el Emperador de los franceses, á sus derechos y títulos sobre la Lombardía, excepto las fortalezas de Peschiera y Mantua y de los territorios determinados por los nuevos límites que quedan en poder de S. M. I. y R. apostólica.

La frontera que parte del límite meridional del Tirol, sobre el lago de La Garda, seguirá por medio del lago hasta la altura de Bardolino y de Manerba, desde donde irá á buscar en línea recta el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda.

Esta zona será determinada por una circunferencia, cuyo rádio, contando que parte del centro de la plaza, está fijado en 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glásis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia, así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia; se extenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo; seguirá el curso del Pó hasta Luzzara, punto desde el cual en nada cambian los límites actuales, que quedan tal como estaban antes de la guerra.

Una comision militar, instituida por los gobiernos interesados, se encargará de ejecutar el trazado sobre el terreno en el mas breve plazo posible.

Art. 5.° S. M. el Emperador de los franceses declara su intencion de entregar á S. M. el Rey de Cerdeña los territorios cedidos por el artículo que antecede.

Art. 6.° Los territorios ocupados aun en virtud del armisticio del 8 de julio último, serán evacuados recíprocamente por las potencias beligerantes, cuyas tropas se retirarán inmediatamente detrás de las fronteras determinadas en el artículo 4.°

Art. 7.° El nuevo gobierno de la Lombardía tomará á su cargo los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-véneto.

Igualmente se encargará de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada entre las altas partes contratantes en 40 millones de florines, «moneda de convencion».

La manera como deberá efectuarse el pago de estos 40 millones se determinará en un artículo adicional».

Art. 8.° Se instituirá inmediatamente una comision internacional para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-véneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para el nuevo gobierno, y de dos quintos para el Austria.

Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en en efectos públicos, el nuevo gobierno recibirá tres quintos y el Austria dos: y en cuanto á la parte del activo que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios, la comision hará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de ellos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran.

En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-véneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion; el nuevo gobierno se encarga de tres quintos y el Austria de dos, sea para pagar los intereses, sea para el reembolso del capital, conforme á los reglamentos

hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de súbditos austriacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria, que dentro de un plazo de tres meses, desde el dia del canje de las ratificaciones, ó antes si fuera posible, trasmitirá al nuevo gobierno de la Lombardía estados especificados de estos títulos.

Art. 9.° El nuevo gobierno de la Lombardía será sucesor en los derechos y obligaciones que resulten de los contratos regularmente estipulados por la administracion austriaca para objetos de interés público, que conciernan especialmente al país cedido.

Art. 10. El gobierno austriaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas en las cajas públicas austriacas, á título de fianzas, depósitos ó consignaciones; así como los súbditos austriacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán exactamente reembolsadas por el nuevo gobierno.

Art. 11. El nuevo gobierno de la Lombardía reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austriaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y sobre todo las concesiones que resultan de los contratos hechos en 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857, y 23 de setiembre de 1858.

Desde la fecha del canje de las ratificaciones del presente tratado, el nuevo gobierno se encarga de todos los derechos y de todas las obligaciones que resultaban para el gobierno austriaco de las concesiones antes citadas, en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

En su consecuencia el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austriaco respecto á estos caminos de hierro, queda trasferido al nuevo gobierno de la Lombardía. Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios, en virtud del contrato de 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el tesoro austriaco.

Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones por expropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no hayan sido pagados todavía, serán satisfechos por el gobierno austriaco, y, por la parte en que en que ello puedan estar obligados en virtud del acta de concesion, por los concesionarios en nombre del gobierno austriaco.

Un convenio especial arreglará, en el mas corto plazo posible, el servicio internacional de los caminos de hierro entre los países respectivos.

Art. 12. Los súbitos lombardos domiciliados en el territorio cedido por el presente tratado tendrán, por espacio de un año, á contar desde el dia del canje de las ratificaciones, y mediante una declaracion hecha de antemano á la autoridad competente, facultad plena y entera de exportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso se les mantendrá su calidad de súbditos austriacos. Además son libres de conservar sus bienes inmuebles situados en este territorio lombardo.

Igual facultad se concede reciprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía establecidos en los Estados de S. M. el emperador de Austria.

Los lombardos que hagan uso de las presentes disposiciones, no podrán, por este hecho, ser inquietados por ninguna de ambas partes en sus personas ó en sus propiedades situadas en los Estados respectivos.

El plazo de un año se extiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía que, en la época del canje de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austriaca. Su declaracion podrá ser recibida por la mision austriaca mas próxima ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquia.

Art. 13. Los súbditos lombardos que sirven en el ejército austriaco, excepto los originarios de la parte del territorio lombardo reservado á S. M. el emperador de Austria por el presente tratado, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á sus casas. Los que quieran permanecer en el servicio del Austria no serán molestados por este hecho en sus personas ni propiedades.

Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía que manifiesten la intencion de conservar las funciones que desempeñan al servicio del Austria.

Art. 14. Las pensiones así civiles como militares, regularmente liquidadas, que cor-

rian á cargo de las cajas públicas de la Lombardía, serán satisfechas en adelante por el nuevo gobierno á sus titularios, y, si á ello hubiese lugar, á sus viudas é hijos. Esa estipulacion comprende así á los pensionistas civiles como militares, como igualmente á sus viudas ó hijos sin distincion de origen, que conserven su domicilio en el territorio cedido, y cuyos sueldos pagados hasta 1814 por el antigno reino de Italia, quedaron entonces á cargo del tesoro austriaco.

Art. 15. Los archivos que contienen los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil, relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como pueda verificarse. Recíprocamente los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil que corresponden al territorio cedido, que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios del nuevo gobierno de la Lombardía.

Las altas partes contratantes se comprometen á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Véneto.

Art. 16. Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía, podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles, en el caso de que la nueva legislacion, bajo la cual pasan, no autorice la conservaciòn de sus establecimientos.

Art. 17. S. M. el emperador de los franceses se reserva el trasferir á S. M. el rey de Cerdeña, en la forma establecida en las transacciones internacionales, los derechos y obligaciones que resulten de los artículos 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16 y 17 del presente tratado, como igualmente del artículo adicional mencionado en el artículo 7.

Art. 18. S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de Austria, se obligan á emplear todos sus esfuerzos para favorecer la creacion de una Confederacion entre los Estados italianos, que será colocada bajo la presidencia honoraria del Papa, cuyo objeto será mantener la independencia y la inviolabilidad de los Estados confederados, asegurar el desarrollo de sus intereses morales y materiales, y garantir la seguridad interior y exterior de la Italia, por medio de la existencia de un ejército federal.

El Véneto, que queda colocado bajo la corona de S. M. I. y R. apostólica, formará uno de los Estados de esta Confederacion, y participará de las obligaciones y de los derechos que resulten del pacto federal, cuyas cláusulas se determinarán por una asambla compuesta de todos los Estados italianos.

Art. 19. Las circunscripciones territoriales de los Estados independientes de Italia que no tomaron parte en la última guerra, no pudiendo cambiarse sino con el concurso de las potencias que han tomado parte en su formacion y que han reconocido su existencia, los derechos del gran duque de Toscana, del duque de Módena, y del duque de Parma, quedan expresamente reservados entre las altas partes contratantes.

Art. 20. Deseando ver asegurados la tranquilidad de los Estados de la Iglesia y poder del Padre Santo; convencidos de que este objeto no puede alcanzarse de una manera eficaz sino adoptando un sistema apropiado á las necesidades de los pueblos, conforme con las generosas intenciones ya manifestadas por el Sumo Pontífice, S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria unirán sus esfuerzos para obtener de S. S., que su gobierno tome en consideracion la necesidad de introducir en la administracion reformas reconocidas indispensables.

Art. 21. Para contribuir con todas sus fuerzas á la pacificacion de los ánimos, las altas partes contratantes declaran y prometen, que en sus territorios respectivos y en los países restituidos ó cedidos, ningun individuo comprometido á consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en la Península, de cualquier clase ó condicion que sea, podrá ser perseguido, inquietado ó molestado en su persona ó propiedad, á causa de su conducta ó de sus opiniones políticas.

Art. 22. El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones canjeadas en Zurich en el término de quince dias ó antes si fuera posible.

En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

Hecho en Zurich, á los 10 de noviembre del año de gracia de 1859.

BOURQUENEY, BANNEVILLE, KAROLYI, MEYSENBUG.

Artículo adicional al tratado firmado entre la Francia y el Austria en Zurich á los 10 de noviembre de 1859.

El gobierno de S. M. el Emperador de los

franceses se obliga con el gobieno de S. M. I. y R. apostólica, á efectuar por cuenta del nuevo gobierno de la Lombardía, que le garantizará su reembolso, el pago de 40 millones de florines (moneda de convencion), estipulados en el artículo 7 del presente tratado, en la forma y segun los cambios determinados en los párrafos siguientes:

8 millones de florines se pagarán en dinero de plata contante por medio de una carta órden pagadera en París, sin interés, á la espiracion del tercer mes contado desde la fecha de la firma del presente tratado, cuya carta órden será entregada á los plenipotenciarios de S. M. I. y R. apostólica, al verificarse el canje de las ratificaciones.

El pago de los 32 millones restantes se efectuará en Viena en dinero contante en diez pagos sucesivos de dos en dos meses, en letras de cambio sobre París á razon de 3 millones 200.000 fl. (moneda de convencion), cada uno. El primero de estos diez pagos se hará dos meses despues de la carta órden de 8 millones de florines arriba estipulada. Para este término como para todos los demás, los intereses se fijarán al 5 p. c. á contar desde del primer dia del mes que seguirá al canje de las ratificaciones del presente tratado.

El presente artículo adicional tendrá igual fuerza y valor que si se hubiese insertado palabra por palabra en el tratado de este dia.

Este artículo será ratificado en acta separada, y las ratificaciones canjeadas al propio tiempo.

En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos han firmado esta acta adicional, y puesto en ella el sello de sus armas.

Hecho en Zurich, á los 10 de noviembre del año de gracia de 1859.

BOURQUENEY, BANNEVILLE, KAROLYI, MEYSENBUG.

CXII.

Tratado entre la Francia y la Cerdeña celebrado en Zurich á los 10 de noviembre de 1859.

En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad.

S. M. el rey de Cerdeña y S. M. el emperador de los franceces, deseosos de consolidar su alianza y de fijar por medio de un definitivo acuerdo los resultados de su participacion en la última guerra, han resuelto consagrar por un tratado las disposiciones de los preliminares de Villafranca, relativas á la cesion de la Lombardía, han nombrado á éste efecto por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el rey de Cerdeña, al señor Francisco Luis, caballero Des Ambrois de Nevache, caballero gran cordon de su órden de los santos Mauricio y Lázaro, vicepresidente de su consejo de Estado, senador y vicepresidente del senado del reino, etc. etc.

Y al señor Alejandro caballero Jocteau, comendador de su órden de los santos Mauricio y Lázaro y de la órden imperial de la Legion de honor, su embajador residente cerca de la Confederacion Suiza;

S. M. el Emperador de los franceses, al señor Francisco Adolfo, baron de Bourqueney, senador del Imperio, gran cruz de la órden imperial de la Legion de honor, etc., etc., etc.

Y al señor Gaston Roberto Morin, marqués de Banneville, oficial de la órden imperial de la Legion de honor, comendador de la órden de los Santos Mauricio y Lázaro, etc., etc.

Los cuales, despues de cambiar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1.° Por un tratado, fecha de este dia, habiendo S. M. el Emperador de Austria renunciado para sí y sus descendientes y sucesores, en favor de S. M. el Emperador de los franceses, á su derecho y títulos sobre la Lombardía; S. M. el Emperador de los franceses trasmite á S. M. el Rey de Cerdeña los derechos y títulos que adquiere por el artículo 4.° del tratado arriba citado, cuyo tenor es el siguiente:

«S. M. el Emperador de Austria renuncia para sí y todos sus descendientes y sucesores en favor de S. M. el Emperador de los franceses, á sus derechos y títulos sobre la Lombardía, excepto las fortalezas de Peschiera y Mántua y los territorios determinados por los nuevos límites, que quedan en poder de S. M. I. y R. austriaca.

«La frontera que parte del límite meridional del Tirol sobre el lago de La Garga, seguirá por medio del lago hasta la altura de Bardalino y de Manerba desde donde irá en línea recta á encontrar el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda. Esta zona será determinada por una circunferencia, cuyo rádio, contando que parte del centro de la plaza, está fijado en 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glasis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio

hasta La Gracia; se extenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo; seguirá el curso del Pó hasta Luzzara, punto desde el cual en nada cambia los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

«Una comision militar, instituida por los gobiernos interesados, se encargará de ejecutar el trazado sobre el terreno en el mas breve plazo posible.

Art. 2.º S. M. el rey de Cerdeña, al tomar posesion de los territorios que le han sido cedidos por S. M. el Emperador de los franceses, acepta las cargas y condiciones anexas á esta cesion, de la manera que han sido estipuladas en los artículos 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, y 16 del tratado concluido en este dia entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, concebidos en los términos siguientes:

(*a*) «El nuevo gobierno de la Lombardía tomará á su cargo los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-véneto.

Igualmente se encargará de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada entre las altas partes contratantes en 40 millones de florines, «moneda de convencion»,

(*b*) «Se instituirá inmediatamente una comision internacional para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-véneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para el nuevo gobiermo y de dos quintos para el Austria.

Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, el nuevo gobierno recibirá tres quintos y el Austria dos: y en cuanto á la parte de activo que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios, la comision hará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de ellos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran.

En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-véneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, el nuevo gobierno se encarga de tres quintos y el Austria de dos: sea para pagar los intereses, sea para el reembolso del capital conforme á los reglamentos hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de los súbditos austriacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria que, dentro de un plazo de tres meses, desde el dia del canje de las ratificaciones, ó antes, si fuera posible, trasmitirá al nuevo gobierno de la Lombardía estados especificados de estos títulos.

(*c*) «El nuevo gobierno de la Lombardía será sucesor en los derechos y obligaciones que resulten de los contratos regularmente estipulados por la Administracion austriaca para objetos de interés público que conciernan especialmente al país cedido.

(*d*) «El gobierno austriaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas en las cajas públicas austriacas, á título de fianzas, depósitos ó consignaciones; así como los subditos austriacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán exactamente reembolsadas por el nuevo gobierno.

(*e*) El nuevo gobierno de la Lombardía reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austriaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y sobre todo las concesiones que resultan de los contratos hechos en 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857, y 23 de setiembre de 1858.

Desde la fecha del canje de las ratificaciones del presente tratado, el nuevo gobierno se encarga de todos los derechos y de todas las obligaciones que resultaban para el gobierno austriaco de las concesiones antes citadas, en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

En su consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austriaco respecto á estos caminos de hierro queda trasferido al nuevo gobierno de la Lombardía. Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios en virtud del contrato de 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el tesoro austriaco.

Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones por expropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no hayan sido pagados todavía, serán satisfechos por el gobierno austriaco. Un convenio espe-

cial arreglará en el mas corto plazo posible el servicio internacional de los caminos de hierro entre los paises respectivos.

(*f*) «Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido por el presente tratado tendrán, por espacio de un año, á contar desde el dia del canje de las ratificaciones, y mediante una declaracion hecha de antemano á la autoridad competente, facultad plena y entera de exportar sus bienes muebles francos de derechos y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso se les mantendrá la calidad de súbditos austriacos. Además son libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

Igual facultad se concede reciprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria.

Los lombardos que hagan uso de las presentes disposiciones no podrán, á causa de sus opiniones, ser molestados por ninguna de las dos partes en sus personas ó en sus propiedades situadas en los Estados respectivos.

El plazo de un año se extiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía que, en la época del canje de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austriaca. La declaracion podrá ser recibida por la mision austriaca mas próxima, ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquía.

(*g*) «Los súbditos lombardos que sirven en el ejército austriaco, excepto los que son originarios de la parte del territorio lombardo reservado á S. M. el emperador de Austria por el presente tratado, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á sus casas. Los que quieran permanecer al servicio del Austria, no serán molestados por este hecho en sus personas ni propiedades.

Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía que manifiesten la intencion de conservar las funciones que desempeñan al servicio de Austria.

(*h*) «Las pensiones así civiles como militares, regularmente liquidadas que corran á cargo de las cajas públicas de la Lombardía, serán satisfechas en adelante por el nuevo gobierno á sus titularios y si á ello hubiere lugar, á sus viudas é hijos. Esta estipulacion comprende tanto á los pensionistas civiles como militares, como igualmente á sus viudas é hijos, sin distincion de origen que conserven su domicilio en el territorio cedido, y cuyos sueldos pagados hasta 1814 por el antiguo reino de Italia, quedaron entonces á cargo tesoro austriaco.»

(*i*) «Los archivos que contienen los títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil, relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregadas á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como pueda verificarse. Reciprocamente estos títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil que correspondan al territorio cedido, que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios del nuevo gobierno de la Lombardía. Las altas partes contratantes se comprometen á comunicarse reciprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Véneto.

(*j*) «Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles, en el caso en que la nueva legislacion bajo la cual pasan no autorice la conservacion de sus establecimientos.

Art. 3.° Por el artículo adicional al tratado concluido con fecha de este dia entre S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de Austria, habiéndose comprometido el gobierno francés á pagar al austriaco por cuenta del nuevo gobierno de la Lombardía la suma de 40 millones de florines (moneda de convencion), estipulado en el artículo 7 de dicho tratado, S. M. el rey de Cerdeña, á consecuencia de las obligaciones que ha aceptado por el artículo precedente, se obliga á reembolsar esta suma á la Francia de la manera siguiente:

El gobierno sardo entregará al de S. M. el emperador de los franceses títulos de la renta sarda 5 por ciento al portador por valor de 100 millones de francos; el gobierno francés los acepta al curso medio de la Bolsa de Paris del 29 de octubre de 1859. Los intereses de esta venta corren á beneficio de la Francia desde el dia de la entrega de los títulos, que tendrá lugar un mes despues del canje de las ratificaciones del presente tratado.

Art. 4.° Para minorar las cargas que el gobierno francés se ha impuesto con motivo de la última guerra, el gobierno de S. M. el rey de Cerdeña se obliga á entregar al gobier-

no de S. M. el emperador de los franceses una suma de 60 millones de francos, para el pago de la cual se inscribirá en el Gran libro de la Deuda pública de Cerdeña, una renta de 5 por 100 de 3 millones Los títulos de la misma se remitirán al gobierno francés que los acepta á la par. Los intereses de esta renta correrán á beneficio de la Francia desde el dia de la entrega de los títulos que tendrá lugar un mes despues del canje de las ratificaciones.

Art. 5.° El presente tratado será ratificado y las ratificaciones de él serán canjeadas en Zurich dentro del término de quince dias ó antes si es posible.

En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado, y puesto el sello de sus armas.

—Hecho en Zurich, á los 10 de noviembre del año de gracia de 1859.

(Sello) Des Ambrois. *(Sello)*. Jocteau. *(Sello)*. Bourqueney. *(Sello)*. Banneville.

CXIII.

Tratado de paz entre el Austria, la Francia y la Cerdeña, celebrado en Zurich á los 10 de noviembre de 1859.

En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad.

S. M. el Emperador de Austria, S. M. el Emperador de los franceses, deseosos de completar las condiciones de paz, cuyos preliminares, estipulados en Villafranca, han sido convertidos en un tratado celebrado con fecha de este dia entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Emperador de los franceses; deseosos además de consignar en un documento comun las concesiones territoriales, tales como han sido establecidas en el mencionado tratado, así como tambien en el firmado este mismo dia entre S. M. el rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de los franceses, han nombrado á este efecto por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el Emperador de Austria al señor Alois, conde de Karolyi de Ragy Karolyi, su chambelan y ministro plenipotenciario, comendador de la órden del Salvador de Grecia, etc., etc., etc.

Y al señor Othon, baron de Meysenbug, caballero de la órden imperial y real de Leopoldo, comendador de la órden imperial de la Legion de honor, su ministro plenipotenciario y consejero áulico.

S. M. el Emperador de los franceses, al señor Francisco Adolfo, baron de Bourqueney, senador del Imperio, gran cruz de la órden imperial de la Legion de honor y de la de Leopoldo de Austria, etc,, etc., etc.

Y al señor Gaston Roberto Morin, marqués de Banneville, oficial de la órden imperial de la Legion de honor, comendador de la de los santos Mauricio y Lázaro, caballero de gracia de la órden Constantiniana de las dos Sicilias, etc., etc., etc.

S. M. el rey de Cerdeña, al señor Francisco Luis caballero Des Ambrois de Nevache, caballero gran cordon de su órden de los santos Mauricio y Lázaro, vicepresidente de su consejo de Estado, senador y vicepresidente del senado del reino, etc., etc.

Y al señor Alejandro, caballero Jocteau, comendador de su órden de los santos Mauricio y Lázaro, comendador de la órden imperial de la Legion de honor, y su ministro residente cerca de la Confederacion suiza.

Los cuales, despues de cambiar sus plenos poderes, hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes;

Art. 1.° Desde el dia de las ratificaciones del presente tratado habrá perpétua paz y amistad entre S. M. el rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de Austria, sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.

Art. 2.° Los prisioneros de guerra austriacos y sardos serán entregados inmediatamente por ambas partes.

Art. 3.° A consecuencia de las cesiones territoriales estipuladas en los tratados concluidos en este dia, entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Emperador de los franceses por una parte, y S. M. el Rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de los franceses por otra, los nuevos límites entre las provincias italianas del Austria y la Cerdeña serán en adelante los siguientes:

La frontera que parte del límite meridional del Tirol, en el lago de La Garda, seguirá por el medio del lago hasta la altura de Bardolino y de Manerba, desde donde irá en línea recta á encontrar el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda.

Seguirá la circunferencia de esta zona, cuyo radio, contado desde el centro de la plaza, se fija á 3,500 metros mas la distancia de dicho centro al glacis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia, se extenderá de La Gracia en li-

nea recta hasta Scorzarolo, seguirá el curso del Pó hasta Luzzara, desde cuyo punto en nada cambian los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

Una comision militar, instituida por las altas partes contratantes, se encargará de ejecutar el trazado del terreno en el mas corto plazo posible.

Art. 4.° Los territorios ocupados aun en virtud del armisticio del 8 de julio serán evacuados recíprocamente por las tropas austriacas y sardas, que se retirarán inmediatamente al otro lado de las fronteras determinadas en el artículo precedente.

Art. 5.° El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña se encargará de los tres quintos de la deuda del Monte-lombardo-véneto. Se encargará igualmente de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada por las altas partes contratantes en 40 millones de florines (moneda de convencion).

Art. 6.° Respecto á los 40 millones de florines estipulados en el artículo anterior, el gobierno de S. M. el Emperador de los franceses renueva la obligacion que ha contraido con el gobierno de S. M. el Emperador de Austria, de efectuar su pago segun la manera determinada en el artículo adicional al tratado firmado con fecha de este dia entre las dos altas partes contratantes.

Por otra parte, el gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña repite nuevamente la obligacion que ha contraido por el tratado firmado tambien hoy entre la Francia y la Cerdeña, de reembolsar esta suma á S. M. el Emperador de los franceses, con arreglo á lo estipulado en el artículo 3.° de dicho tratado.

Art. 7.° Se instituirá inmediatamente una comision compuesta de delegados de las altas partes contratantes para proceder á la liquidacion del Monte-lobardo-véneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para la Cerdeña y de dos quintos para el Austria.

Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, la Cerdeña recibirá tres quintos y el Austria dos; y en cuanto á la parte del activo que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios, la comision efectuará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de los mismos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran situados.

En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte-lombardo-véneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, la Cerdeña se encargará de tres quintos y el Austria de dos, sea para pagar los intereses, sea para reembolsar el capital con arreglo á los reglamentos hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de súbditos austriacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria que, dentro de un plazo de tres meses, á contar desde el canje de las rectificaciones, ó mas pronto si fuese posible, trasmitirá al gobierno sardo estados especificados de estos títulos.

Art. 8.° El gobierno de S. M. sarda es sucesor en los derechos y obligaciones que resultan de los contratos regularmente estipulados por la Administracion austriaca para objetos de interés público que conciernan particularmente al pais cedido.

Art. 9.° El gobierno austriaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por las súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas en las cajas públicas austriacas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones. Los súbditos austriacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán igualmente reembolsados por el gobierno sardo.

Art. 10. El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austriaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y en particular las concesiones que resultan de los contratos celebrados en 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857, y 23 de setiembre de 1858.

Desde el dia del canje de las ratificaciones del presente tratado, el gobierno sardo se encarga de todos los derechos y obligaciones que resultaban para el gobierno austriaco de las concesiones arriba citadas en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

En consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austriaco respecto á estos caminos de hierro queda trasferido al gobierno sardo.

Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios en virtud del contrato de 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construc-

cion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el Tesoro austriaco.

Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones por expropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no han sido aun satisfechos, serán pagados por el gobierno austriaco, y por la parte que en ellos les corresponde, en virtud del acta de concesion, por los concesionarios en nombre del gobierno austriaco.

Un convenio especial arreglará, en el plazo mas corto posible, el servicio internacional de los caminos de hierro entre el Austria y la Cerdeña.

Art. 11. Quede consignado que el cobro de los créditos que resulten de los párrafos 12, 13, 14, 15 y 16 del contrato de 14 de marzo de 1856, no dará al Austria ningun derecho de intervencion ni de vigilancia sobre la construccion y explotacion de los caminos de hierro en el territorio cedido. El gobierno sardo se obliga por su parte á facilitar todos los datos que se le pidan respecto á este punto por el gobierno austriaco.

Art. 12. Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido tendrán durante el espacio de un año, contado desde el dia del canje de las ratificaciones y mediante prévia declaracion hecha á la autoridad competente, plena y entera facultad de exportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso conservarán la calidad de subditos austriacos. Serán igualmente libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

La misma facultad queda acordada recíprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria. Los lombardos que se aprovechen de las presentes disposiciones no podrá ser, por el hecho de esta accion, inquietados por ninguna de ambas partes en sus personas ó propiedades situadas en los Estados respectivos.

El plazo de un año se extiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía, que en la época del canje de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austriaca. Su declaracion podrá ser recibida por la mision austriaca mas próxima, ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquía.

Art. 13. Los súbditos lombardos que están al servicio del Austria, excepto los que son originarios de la parte del territorio lombardo reservado á S. M. el Emperador de Austria, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á sus casas.

Queda sentado que los que quieran permanecer al servicio de S. M. I. y R. apostólica, no serán por este hecho inquietados en sus personas ni propiedades.

Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía que manifiesten la intencion de continuar sus funciones en el servicio del Austria.

Art. 14. Las pensiones tanto civiles como militares regularmente liquidadas, que corrian á cargo de las cajas públicas de la Lombardía, seguirán pagándose en lo sucesivo á sus titulares, y si á ello hubiese lugar, á sus viudas y á sus hijos por el gobierno sardo.

Esta estipulacion se extiende á los pensionistas asi civiles como militares, á sus viudas é hijos, sin distincion de origen, que conserven su domicilio en el territorio cedido, y cuyos pagos hechos hasta 1814 por el antiguo reino de Italia, pasaron entonces á cargo del Tesoro austriaco.

Art. 15. Los archivos que contienen títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el Emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como sea posible.

Recíprocamente los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil concernientes al territorio cedido que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios de S. M. el Rey de Cerdeña.

Los gobiernos de Austria y Cerdeña se obligan á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, todos los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Véneto.

Art. 16. Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía, cuya existencia no autorice la legislacion sarda, podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles.

Art. 17. Todos los tratados y convenios concluidos entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Rey de Cerdeña que estaban en vigor antes del 1.° de abril de 1859, quedan

confirmados siempre que no deroguen el presente tratado. Sin embargo, las dos altas partes contratantes se obligan á someter, en el término de un año, estos tratados y convenios á una reunion general, á fin de introducir en ellos, de comun acuerdo, las modificaciones que se crean conformes al interés de los dos países.

Entretanto, estos tratados y convenios comprenden el territorio nuevamente adquirido por S. M. el Rey de Cerdeña.

Art. 18. La navegacion del lago de La Garda es libre, salvo los reglamentos particulares de los puertos y de la policía ribereña. La libertad de navegacion del Pó y de sus afluentes queda mantenida conforme á los tratados.

En el término de un año, á contar del canje de las ratificaciones del presente tratado, se concluirá entre el Austria y la Cerdeña un convenio destinado á fijar las medidas necesarias para prevenir el contrabando en estas aguas. Entre tanto se aplicarán á la navegacion las disposiciones estipuladas en el convenio de 22 de noviembre de 1851 para la represion del contrabando en el Lago Mayor, el Pó y el Tesino, y durante el mismo intervalo no se hará innovacion alguna en los reglamentos ni en los derechos de navegacion que rigen respecto al Pó y sus tributarios.

Art. 19. El gobierno austriaco y el gobierno sardo se obligan á arreglar, por un acta especial, todo lo relativo á la propiedad y conservacion de los puentes y pasos del Mincio, allí donde forma la frontera, á las construcciones nuevas que tengan que hacerse, á los gastos que las mismas ocasionen, y á la percepcion de los peajes.

Art. 20. Allí donde el cauce del Mincio marque en lo sucesivo la frontera entre el Austria y la Cerdeña, las construcciones que tengan por objeto la rectificacion y encauzamiento de este rio, ó que fuesen de naturaleza á cambiar su corriente, se harán de comun acuerdo entre los dos Estados limítrofes. Un arreglo ulterior determinará este asunto.

Art. 21. Los habitantes de los distritos limítrofes disfrutarán recíprocamente de las facilidades que estaban anteriormente aseguradas á los ribereños del Tessino.

Art. 22. Para contribuir con todas sus fuerzas á la pacificacion de los ánimos, S. M, el Emperador de Austria y S. M. el Rey de Cerdeña, declaran y prometen que en sus territorios respectivos, y en los países restituidos ó cedidos, ningun individuo comprometido á consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en la Península, de cualquier clase ó condicion que sea, podrá ser perseguido, inquietado ó molestado en su persona ó propiedad á causa de su conducta ó de sus opiniones políticas.

Art. 23. El presente tratado será ratificado y las ratificaciones de él canjeadas en Zurich en el término de quince dias, ó antes si fuera posible.

En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

Hecho en Zurich, á los 10 de noviembre del año de gracia de 1859.

(sello) Bourqueney, *(sello)* Banneville, *(sello)* Karolyi, *(sello)* Meysenbug, *(sello)* Des Ambrois, *(sello)* Jocteau.

FIN.

ÍNDICE.

Colocacion de las làminas de la Guerra de Italia.

ÍNDICE

de las láminas del album de la Guerra de Italia.